



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

TRATADOS HIPOCRÁTICOS

(ESTUDIOS ACERCA DE SU CONTENIDO,
FORMA E INFLUENCIA)

ACTAS DEL VII^e COLLOQUE INTERNATIONAL HIPPOCRATIQUE

(Madrid, 24-29 de Septiembre de 1990)

Edición preparada por J.A. López Férez



UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

TRATADOS HIPOCRÁTICOS

(ESTUDIOS ACERCA DE SU CONTENIDO,
FORMA E INFLUENCIA)

ACTAS DEL VII^o COLLOQUE
INTERNATIONAL HIPPOCRATIQUE

(Madrid, 24-29 de septiembre de 1990)



Edición preparada por **J. A. LÓPEZ FÉREZ**

(Esta publicación ha sido subvencionada por la UNED, la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia, y las Consejerías de Educación y Salud de la Comunidad de Madrid).

© UNIVERSIDAD NACIONAL
DE EDUCACION A DISTANCIA - Madrid

J. A. López Férez

*Reservados todos los derechos y
prohibida su reproducción total o parcial*

ISBN: 84-362-2779-4
Depósito legal: M-24008-1992

Primera edición, octubre 1992

*Imprime:
Rufino García Blanco
Avda. Pedro Díez, 3 - 28019 MADRID*

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
NOTA PREVIA	7
PEDRO LAÍN ENTRALGO, <i>Presentación del Coloquio</i>	11

I

PENSAMIENTO, ANTROPOLOGÍA, METODOLOGÍA

LAURENT AYACHE, <i>Hippocrate laissait-t-il la nature agir?</i>	19
RÉJANE BERNIER, <i>Etude comparative de l'embryologie hippocratique et de l'embryologie indienne antique</i>	37
J. R. HANKINSON, <i>Doing without hypotheses: the nature of Ancient Medicine</i>	55
HÉLÈNE IOANNIDI, <i>La sensation-perception dans le Corpus Hippocratique</i>	69
ALBERTO JORI, <i>Piani temporali e piani spaziali nel trattato Sull'Arte</i>	75
JACQUES JOUANNA, <i>La naissance de la science de l'homme chez les médecins et les savants à l'époque d'Hippocrate: problèmes de méthode</i>	91
JESÚS LENS, <i>On some ways of reasoning in the Corpus Hippocraticum</i>	113
ODDONE LONGO, <i>La détermination du sexe chez les hippocratiques</i>	123

	<u>Páginas</u>
P. N. SINGER, <i>Some Hippocratic mind-body problems</i>	131
ANTOINE THIVEL, <i>¿Quiénes son los adversarios de Pólipo en los dos primeros capítulos del tratado De la naturaleza del hombre?</i>	145
CÉLINE VINCENTELLI, <i>La cosmologie et le thème micro-macrocosmique dans les Semaines</i>	157

II

DIAGNÓSTICO. PATOLOGÍA

GHEORGHE BRĂTESCU, <i>Les rapports entre la physiopathologie et l'anatomopathologie hippocratiques</i>	171
VINCENT-PIERRE COMITI, <i>Approche globale et individuelle de la pathologie dans les textes de la Collection hippocratique.</i>	181
MIRKO D. GRMEK, <i>Le diagnostic rétrospectif des cas décrits dans le livre V des Epidémies hippocratiques</i>	187

III

TRATAMIENTO. DIETÉTICA

SIMON BYL, <i>Le traitement de la douleur dans le Corpus hippocratique</i>	203
MARIE-PAULE DUMINIL, <i>Les malades «frappés»</i>	215
FERNANDO GARCÍA ROMERO, <i>Ejercicio físico y deporte en el Corpus hipocrático</i>	225
ANN ELLIS HANSON, <i>The logic of the gynecological prescriptions</i>	235
MERCEDES LÓPEZ SALVÁ, <i>La leche como fármaco terapéutico en el Corpus Hippocraticum</i>	251
WESLEY SMITH, <i>Regimen, krêsis, and the history of Dietetics.</i>	263
VALÉRIE VISA, <i>L'image de l'athlète dans la Collection hippocratique</i>	273

IV

LENGUA, ESTILO, ESTRUCTURA LITERARIA

MANUELA GARCÍA VALDÉS, <i>Estudio lingüístico y del vocabulario de Perì euschēmosynēs</i>	287
PAUL DEMONT, <i>Observations sur le champ sémantique du changement dans la Collection hippocratique</i>	305
LUIS F. GUILLÉN, <i>Hipócrates y el discurso científico</i>	319
JUTTA KOLLESCH, <i>Zur mündlichkeit hippokratischer Schriften</i>	335
DOLORES LARA NAVA, <i>Función literaria del prólogo en los tratados hipocráticos más antiguos</i>	343
ANTONIO LÓPEZ EIRE, <i>Algunos aspectos de la lengua de los tratados hipocráticos más antiguos</i>	351
JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ, <i>Thermós y derivados en el Corpus Hippocraticum</i>	365
MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ-GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ, <i>Los compuestos con dys- en el Corpus Hippocraticum</i>	381
JORDI REDONDO, <i>Niveles retóricos en el Corpus Hippocraticum</i>	409
IGNACIO RODRÍGUEZ ALFAGEME, <i>Las fuentes del tratado De glandulis</i>	421
THOMAS RÜTTEN, <i>Die Entdeckung eines pseudohippokratischen Briefromans als Melancholieschrift</i>	437
EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE, <i>Las Cartas pseudo-hipocráticas</i>	453
LAURENCE VILLARD, <i>La terre dans la Collection hippocratique: vocabulaire et usages</i>	467
JOANA ZARAGOZA GRAS, <i>El léxico ginecológico de las Epidemias hipocráticas</i>	479

V

RELACIÓN, INFLUENCIA, TRADICIÓN.

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ CONESA, <i>Nota al parágrafo 86 del tratado hipocrático Perì diaítēs</i>	493
FRANCISCO REDONDO PIZARRO, <i>Audición, olfacción y voz en el tratado Sobre las carnes del Corpus Hippocraticum, en relación con los conocimientos actuales</i>	499

	<u>Páginas</u>
ANTONIO GARZYA, <i>Sýnesis come malattia: Euripide e Ippocrate.</i>	505
BERNHARD ZIMMERMANN, <i>Hippokratisches in den Komödien des Aristophanes</i>	513
FELIPE HERNÁNDEZ MUÑOZ, <i>Demóstenes y el vocabulario hipocrático</i>	527
MARÍA LUISA DEL BARRIO VEGA, <i>La medicina hipocrática y los íamata de Epidauro</i>	539
HEINRICH VON STADEN, <i>Lexicography in the third Century B.C.: Bacchius of Tanagra, Erotian, and Hippocrates</i>	549
INNOCENZO MAZZINI, <i>Ippocrate in Celso</i>	571
MIGUEL E. PÉREZ MOLINA, <i>Paralelismos sintomatológicos entre el Corpus Hippocraticum y la obra médica de Areteo de Capadocia</i>	585
DANIELLE GOUREVITCH, <i>Les lectures hippocratiques de Soranos d'Ephèse dans son traité Des maladies des femmes</i> .	597
IVAN GAROFALO, <i>Galeno e l'anatomia di Ippocrate</i>	609
DANIELLA MANETTI-AMNERIS ROSELLI, <i>Problemi di edizione della sezione anatomica di Epidemie II</i>	623
JANINE BERTIER, <i>Médecine et philosophie dans l'Ad Gaurum, sur la manière dont l'embryon s'anime</i>	635
MARIA FERNANDA FERRINI, <i>I romanzi greci antichi e il Corpus Hippocraticum</i>	647
PAOLA MIGLIORINI, <i>L'epiglottide fra fisiologia e filosofia: da Ippocrate ai latini</i>	661
MANUEL E. VÁZQUEZ BUJÁN, <i>El Hipócrates de los comentarios atribuidos al Círculo de Rávena</i>	675
FRANCISCO CALERO, <i>Pervivencia de Hipócrates en el Liber de somniis de Auger Ferrier</i>	687

VI

ÍNDICE DE PASAJES CITADOS (Selección)

Elaborado por MARÍA TERESA GALLEGO PÉREZ	693
--	-----

VII

LISTA DE INSCRITOS EN EL COLOQUIO	747
---	-----

NOTA PREVIA

Estas *Actas* contienen las comunicaciones leídas en el VII Coloquio internacional hipocrático, celebrado en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, durante los días 24-29 de septiembre de 1990, y organizado por el Departamento de Filología clásica de tal universidad.

Una vez más damos las gracias al Comité de honor de tal Coloquio: S.S.M.M. los Reyes de España, Excmo. Sr. Presidente de la Comunidad de Madrid, Excmo. Sr. Ministro de Educación y Ciencia, Excmo. Sr. Rector de la UNED, Excmo. Sr. Vicerrector de Educación permanente de la UNED, Excmos. Srs. Consejeros de Salud y Educación de la Comunidad de Madrid, Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Filología de la UNED, Sociedad Española de Estudios clásicos.

Mención especial merecen las personas y entidades patrocinadoras: por parte de la UNED, los Excmos. Srs. Rector (Dr. Mariano Artés Gómez, que presidió la Presentación y declaró abierto el Coloquio) y Vicerrector de Educación Permanente (Dr. Luis Tejero Escribano), el Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Filología (Dr. Jenaro Costas Rodríguez), y el Instituto Universitario de Educación a Distancia (IUED); por otro lado, la Dirección General de Investigación Científica y Técnica del Ministerio de Educación y Ciencia, y las Consejerías de Educación y Salud de la Comunidad de Madrid. Estas tres instituciones, junto con la UNED, han subvencionado la presente publicación.

Asimismo renovamos nuestro agradecimiento a las entidades colaboradoras, particularmente al Excmo. Ayuntamiento de Madrid,

Patrimonio Nacional, Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial, Dirección General de Bellas Artes y Archivos del Ministerio de Cultura, y Caja Madrid. La Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid nos ofreció el Castillo de Manzanares el Real, donde se clausuró el Coloquio.

Un Comité científico internacional, integrado por los profesores Brătescu (Rumania), Desautels (Canadá), Grmek y Jouanna (Francia), Kollesch y Wittern (Alemania), López Férez (España), Mudry (Suiza), Roselli (Italia) y von Staden (EEUU) estableció las pautas para la publicación de estas *Actas* *.

J. A. LÓPEZ FÉREZ (Coordinador del Coloquio)

* Una comunicación expuesta durante el Coloquio («Una nueva traducción de los tratados hipocráticos en España») no nos ha sido remitida; otra, no resultó aceptada.

PRESENTACIÓN

Presentación del VII Coloquio internacional hipocrático

PEDRO LAÍN ENTRALGO

(Universidad Complutense, Madrid)

Señor Rector de la Universidad a Distancia, eminentes y queridos colegas, señores congresistas: mi presencia aquí tiene un sentido que trataré, no de desvelar, sí de explicar, pero que, en cualquier caso tiene, antes que ese sentido, en mi propia persona, unas resonancias muy íntimas, muy tocantes a lo central de mi vocación y de mi vida intelectual. Resonancias que van acompañadas, inevitablemente, de melancolía. Hace ahora cincuenta años, exactamente cincuenta años, iniciaba yo mi dedicación formal a la que había de ser mi disciplina universitaria, la Historia de la Medicina, y, movido por una convicción muy profunda, adquirida de mis maestros próximos y remotos, y pertinente al acervo cultural, a la orientación de las mentes en este mundo nuestro, el mundo occidental, yo tenía la convicción de que no puede haber un hombre culto, y menos un intelectual culto (no es vana la adición del adjetivo al sustantivo) si no tiene una cuestión personal con el mundo antiguo, más concretamente, con la Grecia clásica. ¿Para qué? Para heredar, para discutir, para renovar. Pero ello es rigurosamente imprescindible: malo sería el porvenir de la cultura europea si los que rigen la educación de los jóvenes olvidasen esta profunda, radical, verdad que desde la Edad Media viene siendo nervio de nuestra vida intelectual, de nuestra cultura.

Movido, pues, por esta convicción y manejando las briznas del griego que yo por mi cuenta había aprendido hasta entonces, empecé mi contacto con la Medicina antigua y lo hice examinando, desde el punto de vista de mis intereses de entonces, uno de los escritos de la Colección hipocrática, el *Peri archaiēs iatrikês* (*De prisca medicina*). Lo publiqué gracias a la buena intervención de mi eminente, recordado y fraternal amigo Antonio Tovar en la revista *Emerita* (1944). A partir de entonces comencé, con una cierta infidelidad, una devoción por la medicina antigua hipocrática que no ha cesado y que culminó con la elaboración de un libro, *La medicina hipocrática* (1970), que anda ya por ahí hace muchos años y que tuvo en algún modo una cierta consagración (aprovecho la ocasión de saludar a mi antiguo y admirado

colega el Prof. Jouanna) al asistir al I Coloquio internacional hipocrático, que se celebró en Estrasburgo en 1972.

Dos hitos, pues, en mi vida: la dedicación a la medicina antigua y la participación en el I de estos Coloquios hipocráticos. Pues bien, junto a esto, que en mí produce melancolía, por el recuerdo de lo que hice, por el recuerdo de lo que pude hacer y no hice, por todo eso, se añaden otros sentimientos que con todo deber, con toda conciencia de mi deber, debo expresar a ustedes. En primer término, mi gratitud. El hecho de que aun habiéndome apartado tanto tiempo de la observancia hipocrática se hayan acordado de mí los organizadores del Coloquio (por segunda vez. La ocasión anterior fue, no a propósito de Hipócrates, sino de Galeno) me llena, pues, de gratitud. Pienso que no ha sido enteramente vano mi paso por esta disciplina y mi dedicación a ella.

Y, por supuesto, el honor de representar aquí a los organizadores del Coloquio, a la tradición de los coloquios hipocráticos y a esta parcial, incierta y, en todo caso, viva cultura española sobre la cual algo diré después.

Todo esto es, en cifra, rápidamente expuesto, el sentido de mi presencia aquí. Pero también otro más profundo, no personal, sino institucional. Ustedes, la inmensa mayoría de ustedes, filólogos clásicos, han tenido la atención de consagrar a los textos fundamentales de la Historia del saber médico racional, científico, a los hipocráticos, su saber, su atención, su amor. Ahora bien, esto que hacen ustedes ¿qué sentido puede tener visto desde donde yo puedo y debo verlo, es decir, desde mi condición de profesor de Historia de la Medicina, aunque ya apartado de la docencia oficial? Desde que comencé mi contacto con la medicina hipocrática, junto con esa convicción de que tenía que cumplir el rito iniciático de todo hombre culto de occidente, tener una cuestión personal con el mundo antiguo, a la vez que eso, adquirí una profunda convicción que no ha hecho sino robustecerse a lo largo de los años: que la Medicina antigua, y más concretamente y sobre todas ellas, la Medicina hipocrática no podría ser bien entendida, bien cultivada, si en el empeño no colaboraban a la vez filólogos, filólogos clásicos, e historiadores de la medicina, médicos que sepan lo que es la disciplina histórica y que la cultiven con responsabilidad. Colaboración entre filólogos y médicos historiadores. ¿Qué aporta cada cual a esto? El filólogo aporta el rigor filológico e histórico. El contacto de los médicos con el hipocratismo, vivo en cierto modo desde la Edad Media, se basaba en un saber humanístico, a veces considerable, pero en todo caso no suficiente, de los recursos filológicos, lingüísticos, necesarios para abordar el saber riguroso acerca de la medicina antigua.

El siglo XIX representó en este sentido el punto de partida. Por supuesto siempre hay que prestar el tributo que merece el esfuerzo enorme de un Littré, con una obra que en buena parte continúa vigente, aunque naturalmente tan rebasada por la investigación ulterior. A partir de este momento, desde que se ofreció un *corpus* medianamente utilizable desde el punto de vista de la investigación filológica era necesario que Littré, que no era propiamente un filólogo clásico, fuese seguido por los filólogos propiamente dichos, por los filólogos de observancia estricta, y esto sucedió exactamente desde fines del XIX.

Fue un discípulo de Wilamowitz, C. Friedrich, quien con sus *Hippokratische Untersuchungen* (Berlín, 1899) inició formalmente el contacto de los filólogos clásicos con el *CH*. Ellos aportaron el rigor filológico y lingüístico, histórico, y, por tanto, nos pusieron en trance de comprender con una exactitud hasta entonces no conocida lo que nos dice la medicina antigua a los hombres de hoy, que no sólo a los médicos.

Esto han aportado desde entonces los filólogos clásicos y el ejemplo —la filología clásica que venía estudiando las grandes creaciones del mundo griego, las literarias, las filosóficas— encontró un campo, en cierto modo no virgen, pero sí insuficientemente cultivado en la ciencia y en la medicina. Y justamente la filología de nuestro siglo ha tenido —después de Homero, Sófocles, Platón...— como temas realmente fructíferos los concernientes a la medicina y la ciencia de la antigüedad.

Pues bien, esta colaboración, mejor dicho, este empeño, no sería suficiente, siendo imprescindible y primordialísimamente valioso, si a él no se añadiese la intelección del sentido médico que tienen los escritos, y naturalmente esto sólo puede hacerlo un hombre que tenga mentalidad y formación médica.

Voy a permitirme, reexcavando en mis viejos recuerdos, ofrecer a ustedes un mínimo testimonio personal de esto. En mi primer contacto con la medicina antigua, con la medicina hipocrática, en el trabajo que publiqué sobre *De prisca medicina*, analicé la conciencia histórica del autor del escrito, muy notoriamente importante dentro de él, porque aborda el problema del origen de la medicina y aporta a la visión helénica antigua, arcaica, la noción del origen del saber, de los *prôtoi heúrôntes*, de los primeros inventores. Eso es lo que traté de analizar allí.

Más tarde volví y me encontré con un texto clave para la Historia de la medicina griega y para la intelección de la medicina griega por parte de los médicos y los filólogos de hoy. El autor de *De vetere medicina*, desconocido para nosotros, dice que el saber del médico,

para garantizar su exactitud y su acercamiento a la verdad, necesita un *métron*, un canon, un criterio de distinción entre lo que debe ser acertado y lo que no debe ser acertado. Este *métron* lo tiene el médico en la *aísthēsis tou sōmatos* (VM 9.I 588-590 L.) ¿Qué quiere decir esto? La traducción literal es evidente: «sensación del cuerpo». Pues bien, los filólogos (voy a nombrar unos cuantos: Deichgräber, Festugière, Müri, Diller, Jones) traducen esto de formas diversas, a veces de modo inadmisibles. Otros piensan que ha habido un error. Así, Deichgräber cree que se debe leer *diáthesis*. Pero un médico frente a esto no puede equivocarse. ¿De quién es esa *aísthēsis*? ¿Del enfermo? No. Es del cuerpo del enfermo, pero percibida por la *aísthēsis* del médico. Entonces, ahí está el canon real de la medicina griega y uno de los grandes legados por los cuales la medicina hipocrática se ha convertido en nervio de la medicina occidental. El médico, para saber si una cosa es cierta o no es cierta, en sus juicios diagnósticos, en sus conjeturas, debe atenerse a lo que ve, a lo que siente en el cuerpo del enfermo. «Sensación del cuerpo del enfermo». Sin esto no se entendería ni el escrito, ni el *totum* de la medicina hipocrática, ni, por supuesto, el sentido de su tradición, la cual, gloriosa, ha sido deficiente. Ha sido preciso incorporar lo que el hipocratismo descuidó. No es que éste abandonara la *psychē*, el alma, en la consideración de la enfermedad, pero no la considera suficientemente. Es más, los hipocráticos, los posteriores a Platón, que fueron casi todos, desconocieron el espléndido ensayo de valoración de la influencia psicoterapéutica del médico que es el *Cármides* platónico.

Me cabe la satisfacción de haber sido quizás el renovador de esta búsqueda de lo que esto significó en Platón y en los que no lo conocieron.

He aquí, pues, con un ejemplo pequeño, personal, y por lo tanto modesto, cómo a mi juicio la intelección, la comprensión de la medicina antigua sólo puede ser llevada a cabo si colaboran de una manera eficaz, con buena voluntad, y, por supuesto, con saber suficiente, filólogos y médicos hipocratistas. Estos últimos han actuado a veces con enorme ligereza técnica, y es preciso que, con rigor, acercándonos a aprender lo que nos dicen los filólogos, pongamos a la contribución del empeño común el sentido de lo que puede ser la acción médica expresada por un antiguo. Colaboración *secundum artem* en la elaboración de la medicina antigua en tantos y tantos casos a los que podría aludir, pero basta con lo expuesto.

Este creo yo que debe ser, por una parte, el sentido de mi presencia aquí, y, por otra parte, lo que debe quedar entre nosotros, los historiadores de la medicina española como fruto y recuerdo de la actividad

de ustedes y de su presencia en este Coloquio. Una presencia que para los no españoles, y quizás también para los españoles jóvenes, conviene glosar en unos pocos minutos.

Los no españoles que asisten tienen contacto, quizás por vez primera algunos, otros de forma continuada, reiterada, con la filología clásica española. Y no sé si los jóvenes más jóvenes, y los no españoles, tienen conciencia de lo que la filología clásica española ha representado en la cultura española contemporánea.

La filología clásica fue una laguna considerable en la renovación, en el auge de crecimiento de la universidad española que se inició a fines del XIX con Cajal, por el lado de las ciencias experimentales, y con, sobre todo, Menéndez Pidal, por el lado de las ciencias que llamaremos humanísticas, la filología, en este caso románica. El proceso de incremento, de renovación, de dedicación seria y actual al cultivo de la ciencia fue creciendo, progresando y llegó el momento en que la filología clásica había de ser abordada. El Centro de Estudios históricos, poco antes de nuestra guerra civil, inició esto: la creación de un centro de estudios clásicos que había de acometer la obra de llenar la laguna, desde luego deshonrosa para nosotros, puesto que, después del siglo XIX y todo lo transcurrido hasta entonces del XX, la filología clásica era una parte fundamental de la cultura universitaria europea y occidental.

Pero la guerra civil cortó este empeño y fue preciso que, después de la misma, unos cuantos hombres, casi sin medios, pero dotados de una voluntad de hacer obra importante, original, de ponerse a la altura de lo que se hacía en el mundo, levantaran lo que hoy es una de las galas de la cultura universitaria española, es decir, la filología clásica.

Los nombres, quizás, ustedes los conocen, los españoles, aunque, como se olvida tanto entre nosotros el pasado inmediato, conviene recordarlos: Antonio Tovar, Fernández-Galiano, los que han salido del fecundísimo magisterio de Tovar —aquí está a la cabeza de ellos el Prof. Rodríguez Adrados, que es padre de lo que este Coloquio representa, puesto que con él se formó también López Férez—, Martín Ruipérez, Lasso de la Vega, Luis Gil, Alsina, García Gual y tantos más, que han creado un cuerpo de investigadores del saber y las letras clásicas, de la filología y la lingüística clásicas, a la altura de lo que se hace en cualquier parte del mundo.

Yo, siempre, como contemplador, espectador de lo que es la cultura de mi país, he agradecido la obra de estos hombres, que sin grandes medios, desde los años cuarenta hasta hoy, han sabido crear este amenazado grupo, no por fuerzas internas, sino por el hecho de que

los proyectos de educación muchas veces olvidan lo que decía yo antes: que no puede haber un hombre culto que no sepa tener una cuestión personal con el mundo antiguo.

De ellos han salido los que a mi juicio son los pioneros del hipocratismo filológico español actual: López Férez (me honré presidiendo la lectura de su tesis doctoral hace ahora muchos años), y García Gual, que ha dedicado también valiosa atención a la versión rigurosa de los tratados hipocráticos al español.

La cultura clásica española, con la cual ustedes han tomado contacto y a la cual los jóvenes pertenecen, es un oasis de primera calidad en el panorama de la cultura española, en el cual hay huecos, lagunas, todavía.

Pues bien, esto que ustedes representan por el hecho de ser filólogos consagrados a la medicina antigua, esto que yo veo que deben aportar a los que no están aquí, pero que deben beneficiarse de esos trabajos, desde el campo de la Historia de la medicina responsablemente cultivada, y esto que han hecho ustedes, tomar contacto con la universidad española en uno de sus focos, de sus campos de trabajo más valiosos, la filología clásica, todo ello es el Coloquio que ahora se inicia. Continúa, con brío renovado, nunca decadente, lo que los Profs. Jouanna y Bourgey de Estrasburgo, pronto hará veinte años, iniciaron allí. Han incorporado lo que principalmente de Europa y América ha supuesto este interés amplísimo por el cultivo de la filología clásica aplicada a la medicina antigua. Esta empresa sin la cual no habría cultura actual válida, sin la cual seríamos todos técnicos más o menos hábiles al servicio de no sabemos qué, nos ayuda a saber al servicio de qué está nuestro esfuerzo. Todo esto representa a mi juicio este Coloquio al cual he sido invitado para honor mío, por tanto, para que en él yo manifieste mi gratitud y para despertar en mí una agri-dulce melancolía, pensando en lo que hice, en lo que no hice y en lo ya nunca haré. ¡Muchas gracias!

I

PENSAMIENTO, ANTROPOLOGÍA,
METODOLOGÍA

Hippocrate laissait-t-il la nature agir?

LAURENT AYACHE

(Université de Nice)

Le naturalisme d'Hippocrate¹ semble aller de soi. D'une part, en effet, on trouve dans la *Collection hippocratique* nombre d'expressions dont le contenu naturaliste paraît manifeste, comme: «la nature suffit en tout et pour tout»², ou encore le fameux passage des *Epidémies* VI 5,1: «les natures sont les médecins des maladies». D'autre part, l'argument essentiel avancé en faveur du naturalisme hippocratique est celui de la passivité, de l'attitude d'expectative du médecin qui préférerait *laisser la nature agir* plutôt que de la contrarier, afin de «sauver la nature sans la changer»³. Cette conjonction de l'attribution d'une attitude passive et d'une doctrine naturaliste est bien exprimée par C. Bernard: «la médecine antique, hippocratique, ou médecine d'observation [...], concluant forcément à l'expectation comme traitement, était passive et se résumait essentiellement dans le pronostic, se bornant à rechercher les bonnes influences, à éviter les mauvaises et à favoriser les bonnes dispositions de la nature curative ou médicatrice»⁴. Ainsi, selon le fondateur de la médecine expérimentale, naturalisme et passivité hippocratiques s'impliquent mutuellement. En effet, le naturalisme ne peut convenir qu'à une science d'observation, qui décrit et classe les maladies sans déboucher sur une maîtrise des phénomènes, ce qui conduit C. Bernard à cette formule lapidaire: «La thérapeutique d'Hippocrate est nulle»⁵. Pourtant, la question du naturalisme d'Hippocrate mérite, me semble-t-il, d'être ouverte. Elle comprend un enjeu philosophique important: celui de la régulation éthique de la technique. En effet, en prescrivant de ne pas toujours intervenir, la médecine hippocratique se distingue radicalement de la médecine moderne: elle inclut parmi ses prescriptions médicales des directives éthiques. Quelle est l'instance à l'origine de cette régulation

¹ Hippocrate désigne ici l'ensemble des auteurs de la *Collection hippocratique*.

² *Alim.* 15 (*CUF* VI-2, p. 141, 24) (*IX* 102 L.).

³ *Praec.* 9 (*IX* 264 L.).

⁴ C. BERNARD, *Principes de médecine expérimentale*, Paris, 1987, p. 10.

⁵ *Ibid.*, p. 96.

de la thérapeutique? S'agit-il de la nature? L'idée de nature est-elle la norme, perdue par la technoscience moderne, qui limite l'intervention médicale chez Hippocrate?

Pour tenter l'esquisse d'une réponse, je pense ⁶ qu'il convient d'abord de préciser le contenu de la notion de nature telle qu'elle se présente dans la *Collection*. Après quoi j'aborderai l'examen des cas de non-intervention médicale, et je poserai la question de l'origine de ces directives d'abstention. Celles-ci peuvent être divisées en deux classes très différentes: le médecin peut devoir suspendre provisoirement son traitement, c'est-à-dire attendre le moment opportun pour agir; il peut aussi devoir supprimer définitivement la médication, notamment dans le cas où le traitement paraît désespéré. Je montrerai qu'il ne s'agit pas alors d'expectative ni de passivité, mais d'une attitude strictement médicale, autrement dit, que ne rien faire peut être conçu comme un médicament. Il n'y a donc pas, à proprement parler, de restriction de l'action thérapeutique due à l'application d'un principe moral, notamment naturaliste, chez Hippocrate. La médecine règle de façon autonome le comportement du médecin. Plus encore, je tenterai de montrer, à l'inverse, que c'est l'absence de norme naturelle qui conduit le médecin grec à pratiquer le «ne pas agir». Se posera enfin le problème du status du savoir hippocratique, dans la mesure où il produit indistinctement des directives techniques et des conseils éthiques sur la mise en œuvre de la thérapeutique, ce dont la technoscience moderne, de l'aveu même de Bernard, n'est pas capable ⁷.

NATURE ET NATURALISME

Il ne suffit évidemment pas qu'une doctrine fasse référence à la nature pour qu'elle soit naturaliste. On ne voit d'ailleurs pas comment un médecin pourrait ignorer la nature, puisque son objet est la vie. On peut même attribuer au médecin hippocratique un certain naturalisme, dans le sens d'un refus du surnaturel. Il ne s'agit pas, en l'occurrence, d'un refus du divin, mais plutôt du refus de la causalité magique et de l'action superstitieuse qui, comme on le sait, est parti-

⁶ On excusera sans doute ici l'usage de la première personne, dont on salue l'émergence chez Hippocrate.

⁷ Selon BERNARD, la technique médicale est innocente (*Ibid.* p. 29 et 34.)

culièrement bien exprimé par *Maladie sacrée*⁸. Mais le naturalisme ne se contente pas d'affirmer le cadre naturel des phénomènes. Il soutient:

1. qu'il existe un ordre des choses prédéterminé et immuable aux niveaux cosmique, spécifique, individuel;
2. que cet ordre est la cause formelle et finale de processus spontanés, dits «naturels»;
3. que, du point de vue moral, cet ordre est normatif: en son accomplissement réside le bien, le mal se mesurant par l'écart entre le réel et la nature⁹.

Cela nous conduit au second critère de l'emploi naturaliste de la notion de nature: en ce sens, la nature s'oppose à la fois au hasard, qui ne poursuit pas de but (même lorsqu'il en réalise un, justement par hasard¹⁰), et à l'artifice, qui désigne le produit de l'action humaine. Comme le montre C. Rosset, la nature est toujours un «tiers-état», ne relevant ni de la matière (hasardeuse) ni de l'humain (artificiel)¹¹. Hippocrate sera donc naturaliste si, dans la *Collection*,

1. Φύσις s'oppose à τέχνη et à τύχη;
2. les processus naturels sont finalisés par une norme naturelle.

La référence principale citée à l'appui de la lecture naturaliste d'Hippocrate est *Epidémies* VI 5,1:

«Les natures sont les médecins des maladies. La nature trouve par elle-même les voies et moyens, non par intelligence; tels sont le clignement, les offices que la langue accomplit, et les autres actions de ce genre; sans instruction et sans savoir, la nature fait ce qui convient»¹².

Selon L. Bourgey, «c'est la forme organisatrice d'un Aristote qui se laisse pressentir ici»¹³. Lors de son intervention au colloque de Paris, il précisait: «la nature chez Hippocrate et la nature chez Aristote se présentent incontestablement avec un nombre significatif de caractères communs. Il s'agit non seulement d'une activité ordonnée et ré-

⁸ «Quant à la maladie dont il s'agit ici, elle ne me paraît pas plus divine que le reste, mais elle a la nature qu'ont les autres maladies, et la cause dont chacune dérive. Cela, la nature et la cause, est le divin d'où provient tout le reste», *M. Sacr.* 2 (VI 364 L.).

⁹ Ce sont ces trois aspects que LALANDE résume dans son *Dictionnaire technique et critique de la philosophie*, Paris, 1926¹⁴, p. 667.

¹⁰ ARIST., *Phys.* II 5, 196 b 27-31.

¹¹ C. ROSSET, *L'anti-nature*, Paris, 1973; 1: «Le mirage naturaliste», pp. 9-30.

¹² *Epid.* VI 5, 1 (V 314 L.) trad. Littre légèrement modifiée.

¹³ L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la Collection Hippocratique*, Paris, 1953, p. 259.

glée; cette activité organise le développement de l'être et le constitue immédiatement dans son existence même. L'organisme qui se guérit lui-même ne fait que continuer le mouvement par lequel le corps vivant se crée. Le médecin vient en second lieu, pour aider»¹⁴. Ce passage des *Epidémies* semble donc satisfaire tous les critères du naturalisme: il présenterait des procédés spontanés, ne relevant ni de la technique ni du hasard, qui réduiraient l'écart entre l'état réel du malade et la norme naturelle qu'est la santé, ce qui conduirait le médecin à la quasi-passivité et à l'expectative¹⁵. Néanmoins, comme on le sait, le poids de cette référence a été exagéré par Littré, qui traduit φύσις au singulier, tirant le texte en un sens naturaliste¹⁶. Le pluriel interdit de voir ici une référence à la nature cosmique, ou même générique. Mais il ne s'agit pas non plus, malgré la lecture de Bourgey, de «la nature individuelle propre à chaque homme»¹⁷. En effet, les exemples qui suivent ne décrivent pas une organisation *générale* des individus en vue de maintenir ou de restaurer un ordre déterminé, propre à chacun: l'auteur énumère des procédés *locaux* de régulation, tels le clignement des paupières. La théorie de l'autorégulation par causalité circulaire (rétroaction), généralement admise dans la *Collection*¹⁸, ne suffit pas pour en faire un naturalisme. Les processus naturels, «sans intelligence et sans savoir», peuvent certes concourir à la résolution des maladies. Ils peuvent tout autant être, à l'occasion, nocifs, voire mortels. Ainsi des larmes, évoquées dans l'énumération d'exemples qui suit ce passage, et dont le même texte affirme plus haut qu'elles sont bonnes «dans les maladies aiguës, chez les individus gravement affectés, coulant volontairement», mais «mauvaises» si elles coulent «involontairement»¹⁹. On comprend alors que le texte mette en garde: les natures (c'est-à-dire, me semble-t-il, ces processus), ne prennent pas toujours «la même tournure»²⁰; les natures curatives sont aussi, à l'occasion,

¹⁴ «Hippocrate et Aristote; l'origine, chez le philosophe, de la doctrine concernant la nature», *Hippocratica*, Paris, 1978, pp. 59-64.

¹⁵ On trouve un bon résumé de la lecture naturaliste de ce passage dans H. EY, *Naissance de la médecine*, Paris, 1981, p. 219.

¹⁶ On peut s'étonner de la persistance de cette lecture fautive: comme on le voit, H. EY conserve le sens de Littré qu'il ajoute à la correction de sa traduction. E. TERRAY, *La politique dans la caverne*, Paris, 1990, p. 103, reproduit la traduction fautive.

¹⁷ BOURGEY, *op. cit.*, p. 258 note 1. L'expression ἡ ἰδία φύσις ἐκάστου ne désigne que le produit de l'histoire singulière de chacun et ne constitue qu'un des éléments dont le médecin doit tenir compte, dans une somme infinie, qui commence par la considération de la totalité: ἡ κοινὴ φύσις πάντων; *Epid.* I 3, 10 (II 670 L).

¹⁸ Cette conception est théorisée de la façon la plus complète par le traité *Des lieux dans l'homme*, qui s'ouvre sur cette considération: *Loc. Hom.* 1, 1 (*CUF XIII* p. 38, 1-3) (VI 276 L.). La rétroaction est analysée en détail au c. 41 sq. («le secouru de tantôt va maintenant secourir à son tour le secourant», *ibid.* 41, 4 (*CUF XIII* p. 71, 10-12) (VI 332 L.).

¹⁹ *Epid.* VI 1 (V 272 L.). En faisant dépendre le caractère bénéfique des larmes de leur caractère *non* spontané, l'auteur se situerait plutôt aux antipodes du naturalisme! (voir la discussion *in fine*).

²⁰ οὐ τοῦ αὐτοῦ πανταπᾶσι τρόπου. Cf. *loc. cit.*

des natures morbifiques. Dès lors, l'auteur des *Epidémies* VI n'adopte nullement une attitude passive, et prescrit quelques lignes plus bas de «contrarier le mal, non de le seconder»²¹. Comment penser que cet auteur laisse la nature agir quand il donne cette directive: «Quant aux dépôts, le médecin tantôt les déterminera, lorsqu'ils ne se font pas, tantôt les déviara, lorsqu'ils se font; il les recevra, s'ils vont tels qu'ils doivent aller, et par où ils doivent aller; tantôt, s'ils ne sont pas d'une portée suffisante, il les y aidera, ou il les repoussera s'ils sont complètement malheureux»^{22?}

Il faut comprendre ce texte non comme l'affirmation du caractère unilatéralement curatif des processus naturels, ce qui est manifestement en contradiction avec le contexte, mais comme l'affirmation du caractère naturel de la médecine²³. L'art ne crée rien. Il ne s'agit pas pour le médecin de produire de l'inédit dont il serait l'auteur, de fabriquer une santé ou une physiologie artificielle. L'art ne sort pas de la nature, il est inclus en elle comme en un labyrinthe dont il s'agirait de parcourir le bon chemin et non de tracer les voies. C'est ainsi que se comprend τὰς ἐφόδους: les voies sont déjà tracées par la nature, et d'abord en un sens matériel, les larmes, le cérumen, la salive, l'urine, les gaz, les menstrues, évoqués par le texte, peuvent évacuer les humeurs morbides. Il reste au médecin à susciter les processus naturels idoines au moment opportun: il n'y a là aucun abandon passif à l'égard d'une nature bienveillante, mais il n'y a d'autre part aucune possibilité d'échapper à l'horizon des cours naturels. «Les techniques dont usent les hommes sont semblables à la nature humaine», affirme le traité *Du régime*²⁴. Il ne s'agit pas là d'une théorie de l'imitation préfigurant celle d'Aristote²⁵, mais de l'idée que la nature englobe l'art, ce qui permet de comprendre les comparaisons qui suivent, dans lesquelles les termes qui désignent la nature humaine tomberaient pour la plupart dans la classe des techniques pour le Stagirite; cela permet

²¹ *Epid.* VI 5, 4 (V 316 L.).

²² *Epid.* VI 2, 7 (V 282 L.).

²³ Cf. J.-P. VERNANT, «Travail et nature dans la Grèce ancienne», *Journal de psychologie*, 1955, pp. 1-29, maintenant dans *Mythe et pensée chez les grecs*, Paris, 1982, p. 16 sq. On ne peut assimiler la santé à «une maison», la thérapeutique à la construction, comme le fait Vernant (p. 32), après Aristote, il est vrai (*Met.* VII 7, 1032 b 13; *PA* 639 b 20).

²⁴ *Vict.* I 11, 1 (*CUF* p. 13, 4-5) (VI 487 L.).

²⁵ Selon Aristote, l'art n'est possible que parce que la nature est essentiellement incomplète, et laisse un champ de hasard. Dans ce champ, l'art imite la nature, c'est-à-dire accomplit ce que la nature accomplirait si elle était parfaite (*ARIST.* *Eth. Nic.* VI 4, 1140 a 10-24; *Phys.* II 8, 199 a 8-20). L'art prolonge la nature, en suppléant à ses défaillances (qui la constituent comme nature, c'est-à-dire comme monde du mouvement), et ce n'est qu'en ce sens qu'on peut relativiser l'opposition φύσις / τέχνη comme le fait P. AUBENQUE (*Le problème de l'être chez Aristote*, Paris, 1962, 1977⁴, p. 426 n. 6; *La prudence chez Aristote*, Paris, 1963, 1986³, pp. 67-70).

de comprende plus particulièrement le curieux c. 18, selon lequel le naturel (le goût) imite l'artificiel (la musique)²⁶, passage que l'on peut rapprocher du traité *Des airs, des eaux, des lieux* qui affirme que «la nature vient en aide à l'usage», en soutenant l'hérédité d'un caractère acquis artificiellement (l'allongement de la tête des macrocéphales) et devenu naturel par l'habitude. «Où est l'empêchement qu'un macrocéphale engendre un macrocéphale?»²⁷ demande Hippocrate, qui semble ainsi répondre par avance à Aristote, selon lequel «rien de ce qui est par nature ne peut être rendu autre par l'habitude»²⁸, or «c'est parce que l'homme a telle nature que sa genèse se produit de telle façon»²⁹. Le naturel hippocratique est un résultat, une somme, et non un modèle. Τέχνη s'oppose à τύχη mais est incluse dans les φύσεις. *Régime* conclut: «tous les arts participent (ἐπικαινωμένουςιν) à la nature humaine»³⁰. C'est pourquoi, quand le traité *De l'art* veut prouver l'existence de la médecine, il oppose les guérisons médicales à celles qui seraient dues au hasard, et non à des guérisons naturelles³¹. Mais le hasard lui-même n'est avancé que pour prouver *a contrario* l'existence de la technique, selon une méthode sur laquelle je reviendrai. En général, le hasard (τύχη) et le spontané (τὸ αὐτόματον) sont niés, et réduits à des cas de production naturelle dont la cause est ignorée; ce qui est spontané «pour nous» ne l'est pas «pour la cause»³². De sorte que la nature ne désigne pas chez Hippocrate ce «tiers-état» évoqué par C. Rosset³³, mais englobe toutes les productions tant naturelles que techniques et fortuites. Quand le traité *Des airs, des eaux, des lieux*, affirme que «sans la nature rien ne se produit»³⁴, l'universalisation de

²⁶ *Ibid.* I 18, 3 (*CUF* p. 17,2) (VI 492 L.): Γλῶσσα μουσικὴν μιμεῖται; «La langue imite la musique». Joly propose, après Koller, de rectifier le texte comme suit: Γλῶσσαν μουσικὴν μιμεῖται; (*ibid.*, n. 1). Dans son édition du *CMG*, p. 247, R. Joly signale que la leçon Γλῶσσα μουσικὴν ne se trouve qu'en Θ; M porte Γλῶσσα μουσικὴ μιμεῖται, erreur qui dénoterait une hésitation du copiste, et prouverait la nécessité de la rectification. Cependant, il me semble qu'on peut suivre Θ; la réciprocité de la μίμησις (la technique imite la nature, mais la nature imite aussi la technique) ne semble pas si absurde, pour peu qu'on considère qu'elle est également affirmée en ce qui concerne le rapport micro-macrocosmique au c. 10, 1 (*CUF* p. 12, 1-2) (VI 484 L.): «accordant les petits organes aux grands et les grands aux petits» (je souligne).

²⁷ *Aer* 14 (II 60 L.).

²⁸ ARIST., *EN* II 1, 1103 a 20, trad. J. Tricot.

²⁹ ARIST., *PA* 640 b 1-2, trad. P. Louis; cf. *Phys.* II, 193 a 10 sq.

³⁰ *Vict.* I 24, 3 (*CUF* p. 19, 19) (VI 493 L.).

³¹ «Pour ma part, à vrai dire, je ne dénie pas non plus au hasard toute efficacité, mais j'estime que les traitements défectueux des maladies sont dans la majorité des cas suivis d'échec, tandis que les bons le sont de réussite». *Ars.* 4, 2 (*CUF* V-1, p. 227, 12-15) (VI 6 L.). L'auteur joue sur la triade: τύχη, ἀτυχίη, εὐτυχίη. Cela revient à nier le hasard, qui n'apparaît tel qu'au profane. Le texte me semble ironique.

³² *Alim.* 14 (*CUF* VI-2, p. 141, 22) (IX 102 L.).

³³ Cf. *supra* n. 11. C. Rosset souligne la méfiance du naturalisme à l'égard du hasard, au-delà duquel il cherche toujours une raison. Mais il s'agit alors d'une cause finale («rien en vain»), et pas seulement de l'affirmation d'un déterminisme des phénomènes naturels.

³⁴ *Aer* 22 (II 76 L.).

la notion exclut sa compréhension naturaliste, s'il est vrai qu'il n'y a de nature, en ce sens, qu'opposée au hasard et à l'artifice.

Nature, chez Hippocrate, ne désigne d'abord rien de plus que *le réel*, cet englobant universel dont on peut privilégier tel aspect, cheminer telle voie, selon les circonstances et l'opportunité, mais qu'on ne peut quitter³⁵. Φύσις est utilisée indifféremment pour désigner des réalités bénéfiques ou dommageables, souhaitables ou regrettables³⁶. La nature du naturaliste, au contraire, est toujours bénéfique; mais elle est ailleurs ou perdue; c'est un objet exotique ou nostalgique, expression du regret suscité par un monde abandonné au hasard et à la démesure de l'artifice, comme celui décrit par Platon dans le *Politique*, dont l'attitude me semble diamétralement opposée à celle de l'auteur de *l'Ancienne médecine*³⁷. De même qu'A. Thivel a montré qu'on ne peut parler de vitalisme à propos d'une pensée, héritière d'Héraclite, qui ignore la distinction entre matière inerte et moteur transcendant³⁸, de même, donc, on ne peut parler de naturalisme à propos d'une pensée qui considère que la prétention à créer de l'artificiel distinct du naturel relève de l'illusion.

On trouve cependant chez Hippocrate, comme chez tout médecin, l'expression d'une norme. Le médecin, selon la formule que Socrate attribue à Protagoras dans le *Théétète* de Platon, doit faire passer les hommes d'un état à un état «meilleur»³⁹. «La vie elle-même est une activité normative» disait G. Canguilhem⁴⁰, et «le médecin a pris le parti de la vie»⁴¹. Le médecin ne peut donc considérer les divers états de vie de façon indifférente. Cette discrimination du meilleur et du pire ne suppose-t-elle pas la référence à une nature, norme idéale que la thérapeutique tendrait à restaurer, et qui serait contenue, non plus dans le concept de φύσις, mais dans celui d'ὕγιαια?

La santé est, on le sait, conçue par Hippocrate comme un état d'équilibre entre les éléments ou les humeurs qui composent la totalité

³⁵ Ce sens est bien dégagé par Bourgey (*op. cit.*, p. 258 n. 1), qui remarque de plus que φύσις désigne «la simple façon d'être d'une chose particulière», et est très rarement employé pour désigner l'ensemble des êtres. Mais Bourgey considère que ce concept désigne également un «principe de guérison» (cf. *ibid.*, index, p. 300).

³⁶ La même réalité étant souvent ambivalente (cf. par exemple: *Rg. Acut.* 59, 2 (CUF VI-2, p. 62 17-19) (II 354 L.)).

³⁷ PL., *Pol.* 269 d-274 e.

³⁸ Cf. A. THIVEL, «Peut-on parler d'un vitalisme d'Hippocrate, notamment dans les Epidémies? En d'autres termes: Hippocrate était-il vitaliste?», *Die hippokratischen Epidemien*, Actes du Vème Coll. int. hipp., Stuttgart, 1984, p. 96: «il n'y a ni mécanisme, ni vitalisme, parce que tout est mouvement».

³⁹ PL., *Theaet.* 167 a.

⁴⁰ G. CANGUILHEM, *Le normal et le pathologique*, Paris, 1988, p. 77.

⁴¹ *Ibid.*, p. 153.

organique. La maladie, au contraire, est définie comme écart, par excès ou par défaut, à cet équilibre ⁴². Cependant, si la santé fait ainsi office de concept opératoire pour définir la maladie *a contrario*, cela ne lui confère aucun contenu positif. Elle s'abîme dans une retraite analogue à celle que subit la notion de nature normative chez les sophistes, notion qui permet de discréditer la convention (que vaut un impératif conventionnel, comparé à un impératif naturel?) mais s'évanouit quand on la considère en elle-même (car *il n'y a pas* d'impératif naturel) ⁴³. De même la santé, comme norme naturelle, ne sert qu'à qualifier les maladies: par son retrait progressif, elle produit une typologie des déséquilibres morbides; mais ce retrait se poursuit indéfiniment, de sorte que seules les maladies sont réelles, et la santé n'est rien. Sa définition par l'équilibre permet de qualifier la maladie comme prédominance d'une humeur, discontinuité, dysharmonie. Mais cet équilibre varie lui-même en fonction de la constitution des lieux et des moments du temps (saison, âges), de sorte que l'on peut être en bonne santé si l'humeur qui domine dans le corps s'accorde à la qualité qui domine dans le milieu extérieur, comme le montre le traité *Des airs, des eaux, des lieux* ⁴⁴. Cette première relativisation permet de rendre compte des maladies dues aux brusques changements de climat par exemple. Mais la notion de santé poursuit sa retraite, à nouveau relativisée par la notion de tempérament individuel, qui permet de rendre compte de ce que les mêmes conditions profitent aux uns et nuisent à d'autres, comme l'affirme l'*Ancienne médecine* par exemple ⁴⁵. La nature individuelle est à son tour relativisée, car elle dépend de l'histoire individuelle (*Maladie sacrée* développe ainsi une théorie épigénétique du tempérament phlegmatique ⁴⁶) et des habitudes (comme l'explique en détail *Régime des maladies aiguës* ⁴⁷); de sorte que rien n'est en soi naturel, comme le montre ce passage de *Fractures*, qui cherche la position naturelle pour bander un blessé: «L'attitude naturelle est différente suivant les actions à accomplir et dans le même travail il peut arriver qu'autre soit la position naturelle du bras droit, et autre celle

⁴² Cf. par exemple *Nat. Hom.* 4 (VI 40 L.).

⁴³ Cf. par exemple le texte d'ANTIPHON LE SOPHISTE, 87 B 44 D.-K.

⁴⁴ On peut en effet être en bonne santé, sur un mode phlegmatique, dans un climat humide, tout autant que, sur un mode bilieux, dans un climat sec. Seul le *changement* est dommageable (cf. A. THIVEL, «L'explication des maladies dans le traité hippocratique *Des airs, des eaux et des lieux*», *AFLNice* 50, 1985, pp. 129-138. Voir également *Cnide et Cos?*, Paris, 1981, p. 238 sq.

⁴⁵ «Le fromage ne nuit pas à tout le monde», *Vet. Med.* 20, 5 (*CUF* II-1, p. 147, 12-13) (I 624 L.).

⁴⁶ «Si la purgation ne s'est pas opérée et qu'il y ait eu concentration dans le cerveau, le sujet sera nécessairement pituiteux», *M. Sacr.* 5 (VI 370 L.); cf. *Epid.* V 26 (V 224 L.), qui évoque une «habitude bilieuse».

⁴⁷ Ainsi «on supporte bien les aliments auxquels on est habitué, même s'ils ne sont pas bons de nature...», *Rg. Acut.* 36, 1 (*CUF* VI-2, p. 50, 16-19) (II 298 L.), cf. *Aph.* II 50 (IV 484 L.).

du bras gauche. En effet, la position naturelle est différente pour lancer un javelot, différente pour tourner une fronde, différente pour jeter une pierre, différente pour le pugilat, différente pour le repos»⁴⁸. L'auteur affirme bien qu'il faut faire les extensions «dans la position naturelle», mais on ne peut trouver celle-ci, surdéterminée par les circonstances et l'histoire, qu'en laissant le blessé présenter lui-même son bras. Hippocrate se sert bien de la nature comme norme, mais c'est un fond muet, indéfiniment rectifié, de sorte que seules valent ces rectifications, emploi similaire à celui que fera Pascal d'une nature corrompue, c'est-à-dire effacée, et suppléée par les coutumes et l'histoire.

Le traité *Du régime* utilise manifestement cette méthode qui peut être rapprochée de celle dont use Gorgias dans le traité *Du non-étant ou de la nature*, ou dans la *Défense de Palamède*⁴⁹. Qui veut connaître le régime approprié à la santé doit d'abord connaître la nature de l'homme, et la nature des aliments et boissons. Mais cela n'est pas suffisant:

«Les aliments et les exercices ont des vertus opposées mais qui collaborent à la santé. Par nature, les exercices dépensent l'énergie disponible; les aliments et les boissons, eux, compensent les pertes».

Ce premier couple, dont l'équilibre définirait la santé, est cependant immédiatement relativisé. Tous les aliments ne sont pas, en effet, équivalents. De même, tous les exercices n'ont pas le même effet:

«Il importe de discerner [...] lesquels d'entre eux développent les chairs, lesquels les diminuent...»

Ainsi un régime proportionné aux exercices peut produire un état pathologique, si les exercices ne sont pas appropriés;

«et non seulement cela, mais encore [il faut connaître] la proportion des exercices à l'égard de la quantité d'aliments, de la nature du patient, de son âge, des saisons de l'année, des changements des vents, de la situation des lieux où il vit, de la constitution de l'année».

Chaque détermination supplémentaire rend compte de cas de maladies. La santé, elle, s'abîme dans l'indéfinie surdétermination:

«Tout cela étant connu, la découverte n'est pas encore complète. Si, en effet, il était possible, en sus de tout cela, de trouver dans chaque cas individuel une proportion exacte des aliments et des exercices, sans excès

⁴⁸ *Fract.* 2 (III 420 L.).

⁴⁹ *Du non-étant ou de la nature* (82 B 3 D.-K.); *Défense de Palamède* (82 B 11 D.-K.). Sur «la structure de recul» du *TNE*, cf. B. CASSIN, *Si Parménide*, Paris, 1980, p. 57 et pp. 452-454; sur la «retraite argumentative» du *Palamède*, cf. A. TORDESILLAS «Palamède contre toutes raisons» in J.-F. MATTEI (éd.), *La naissance de la raison en Grèce*, Paris, 1990, pp. 241-255.

ni défaut, on aurait trouvé alors très exactement la santé [...]. Malheureusement, [...] ce dernier point, est impossible à découvrir»⁵⁰.

Ainsi, on ne peut atteindre la santé comme norme naturelle, mais, en la poursuivant, on découvre, en même temps qu'elle se retire, la multiplicité des maladies comme autant de santés échouées: «ce qu'on pouvait découvrir, je l'ai découvert aussi loin que possible (ἔγγιστα τοῦ ὄρου), mais la rigueur absolue, personne ne l'a découverte»⁵¹. La santé est donc une limite asymptotique et non une norme naturelle définie *a priori*. Cela explique la curieuse recherche entreprise par l'auteur de ce traité *Du régime*, qui soigne non seulement les malades, mais aussi les bien-portants. Un bien-portant est en effet un malade qui s'ignore, car l'équilibre instable qu'il vit bascule déjà dans le sens d'une maladie à venir⁵².

Pour le naturalisme, la nature désigne une norme *a priori*, immuable, cause finale des processus naturels toujours bénéfiques; ces processus s'opposent au hasard et à l'artifice. Pour Hippocrate au contraire, tout est naturel: le hasard apparent, le geste de l'homme de l'art, ne se distinguent pas du phénomène spontané, lequel peut nuire tout autant que guérir. Le naturel désigne tout le réel. Quant à la nature comprise comme norme idéale, qui s'exprime dans la notion de santé, elle désigne non un modèle immuable comme une essence, mais une limite indéfiniment repoussée, dont le retrait permet de différencier les maladies, mais qui, en elle-même, est un néant.

Cependant, si l'hippocratisme ignore toute norme naturelle et tout processus finalisé vers l'accomplissement d'une telle forme, se pose alors le problème de l'interprétation des pratiques du *ne rien faire*, dont le sens ne peut être de *laisser la nature agir*.

PRATIQUES DU NE RIEN FAIRE

De nombreux textes de la *Collection* prescrivent de suspendre le traitement, ou de le limiter au minimum, en attendant le moment opportun (καιρός), pour intervenir. Ces prescriptions s'appliquent au dé-

⁵⁰ *Vict.* I 2 1-3 (*CUF* p. 2, 8; p. 3, 22) (VI 468-470 L).

⁵¹ *Ibid.* III 67, 3 (*CUF* p. 71, 3) (VI 594 L.).

⁵² Pour une analyse détaillée, voir R. JOLY, *Recherches sur le traité pseudo-hippocratique Du régime*, Paris, 1960.

but des maladies et ou au moment des crises. Hippocrate ne rend, à ma connaissance, jamais raison de ces prescriptions par l'idée d'une nature curative. On trouve en revanche dans les textes des justifications de deux ordres: l'établissement du diagnostic et la mise en œuvre de la thérapeutique.

Etablir un diagnostic suppose d'une part que des symptômes s'expriment de façon sensible, pour le malade et/ou pour le médecin, d'autre part qu'ils soient intelligibles, c'est-à-dire susceptibles d'une interprétation. Comme on le sait, le traité *De l'art* justifie la «lenteur» de la médecine en invoquant les cas de maladies qui, se portant vers l'intérieur du corps, ne s'offrent pas spontanément au regard médical. Le médecin doit alors forcer la nature⁵³ à produire extérieurement des signes manifestes, sur lesquels pourra s'appuyer son raisonnement⁵⁴. Cela exige du temps: le temps de rendre les signes manifestes, le temps de les interpréter⁵⁵. Au problème de la *visibilité* s'ajoute donc celui de la *lisibilité* des symptômes. Or, aucun symptôme n'est univoque, ni même signifiant par lui-même. Il ne fait sens que mis en perspective, en composant un syndrome d'une part, selon la méthode enseignée par *Epidémies* VI 3, 12⁵⁶; en l'inscrivant dans l'histoire du malade et de sa maladie d'autre part, car le même symptôme change de valeur selon l'âge du patient, et «le jour» où il apparaît dans le cours de la maladie. De plus, il faut considérer les circonstances de lieu et de temps (les constitutions et les saisons) dans lesquelles s'inscrivent les symptômes. Le premier livre des *Epidémies* énumère la somme indéfinie des considérations dont la sémiologie doit tenir compte⁵⁷. On peut résumer cette relativisation des signes en affirmant qu'aucun état de partie du corps, et même qu'aucun état du corps total, n'est par lui-même normal ou pathologique; il ne prend de valeur que relativement à la totalité historique et cosmique dans laquelle il s'inscrit.

Le médecin ne juge donc pas de la pathologie en comparant l'état du patient à un modèle de santé fixé par la nature: un tel modèle n'existe pas. Le médecin ne peut juger de la nature pathologique de telle partie ou de telle conformation du corps qu'en comparant celles-

⁵³ «Quand la nature se refuse même à livrer de son plein gré ces sources de renseignements, l'art a trouvé les moyens de contrainte par lesquels *la nature violentée* sans dommage les laisse échapper». *Ars.* 12, 3 (*CUF* V-1, p. 240, 10-12) (VI 24 L.); je souligne.

⁵⁴ «Ce qui échappe au regard des yeux, tout cela est vaincu par le regard de l'intelligence». Cf. *Ars.* 11, 2 (*CUF* V-1, p. 237, 11-13) (VI 20 L.); cf. *Flat.* 3, 3 (*CUF* V-1, p. 106, 9-10) (VI 94 L.); *Vict.* I 11, 1 (*CUF* p. 13, 3-4) (VI 486 L.); *Ars.* 12, 6 (*CUF* p. 241, 8-11) (VI 26 L.) trad. J. Jouanna.

⁵⁵ Pour la chronologie du début des maladies. Cf. *Ars.* 10-12 (*CUF* V-1, pp. 235-241) (VI 16-26 L.).

⁵⁶ «Reconnaître les concordances des symptômes entre eux, puis derechef, les discordances dans ces discordances, jusqu'à ce que de ces discordances résulte une concordance seule et unique»; *Epid.* VI 3, 12 (V 298 L.); cf. également *Progno.* 17 (II 158 L.).

⁵⁷ *Epid.* I 3, 10 (II 670 L.).

ci à leur état habituel, et non à un état idéal. Ainsi le *Pronostic* prescrit d'examiner «si la physionomie est semblable à celle des gens en santé, mais surtout si elle est semblable à elle-même, ce qui serait l'apparence la plus favorable»⁵⁸, les signes sont rapportés aux habitudes antérieures: «être couché sur le ventre, quand on n'a pas l'habitude de dormir ainsi pendant la santé [...], grincer des dents, quand ce n'est pas une habitude d'enfance», etc.⁵⁹. On comprend qu'un tel diagnostic fondé sur l'histoire du patient exige plus de temps que celui qui se fonderait sur la détection d'écarts à la norme. En réalité, le diagnostic hippocratique, qui comprend les notions modernes de diagnostic et de pronostic, est une activité continue dont le jugement évolue au fil du suivi de la maladie. Les maladies sont en effet semblables en leur commencement: elles expriment le divorce entre l'économie interne du corps et le milieu cosmique qui l'entourne, divorce dû à un changement subit du milieu (modification climatique par exemple), ou de la vie de relation que le sujet entretient avec celui-ci. Les maladies vont se différencier au cours de leur évolution en fonction des localisations⁶⁰, des métastases, des crises, des dépôts, des récurrences... C'est pourquoi le *Prorrhétique* II nous enseigne «qu'il n'est pas sûr de prédire avant que la maladie ait pris sa constitution»⁶¹, et le *Pronostic*, qu'il est très difficile «de diagnostiquer la terminaison heureuse ou malheureuse de [certains] cas, car les débuts des longues maladies sont extrêmement semblables»⁶².

L'absence de modèle de santé permet de comprendre, de façon similaire, l'absence ou la limitation de l'intervention thérapeutique. Contrairement au médecin aristotélien qui ne peut soigner qu'après avoir déterminé «ce qu'est la santé»⁶³, le médecin hippocratique ne peut, quant à lui, chercher à rétablir *la* santé, comme s'il s'agissait d'une norme naturelle. La maladie qu'il doit combattre est due à un changement de l'habitude du patient, et la question qui se pose à lui, et qui est débattue notamment dans le traité *Du régime des maladies aiguës* (*R.M.A.*), est de savoir s'il doit opposer à ce changement un nouveau changement violent⁶⁴, ou accompagner le cours de la maladie en intervenant ponctuellement. *R.M.A.* répond par une référence à l'état de santé, en montrant qu'il n'y a pas de norme hygiénique, sinon

⁵⁸ *Progn.* 2 (II 112 L.).

⁵⁹ *Progn.* 3 (II 120 L.).

⁶⁰ La localisation est en effet une manifestation seconde de la maladie. Cf. *Flat.* 2, 1 (*CUF* V-1, p. 105 6-9) (VI 93 L.). Ἰδέη ne me semble nullement préfigurer ici le platonisme, comme l'affirme J. JOUANNA dans son commentaire (édition de la *CUF*, *ibid.* p. 133 n. 4).

⁶¹ *Pror.* II 2 (IX 14 L.).

⁶² *Progn.* 20 (II 170 L.).

⁶³ ARIST., *PA* 639 b 16, trad. P. Louis.

⁶⁴ Cf. *Rg. Acut.* 26, 2 (*CUF* VI-2, p. 47, 8-13) (II 278 L.).

l'habitude. Ainsi, on ne peut dire s'il vaut mieux prendre un ou deux repas par jour. En revanche, «aussi bien pour ceux qui prennent deux repas que pour ceux qui n'en prennent qu'un, les changements brusques n'apportent que dommage et faiblesse»⁶⁵. Le médecin devra donc s'abstenir de tout «changement brusque du tout au tout dans un sens ou dans l'autre»⁶⁶. Il ne s'agit pas seulement ici d'un argument *a fortiori*, qui montrerait que ce qui est nuisible pour l'homme sain l'est d'autant plus pour le malade; l'absence de norme de santé laisse la place au seul critère de l'habitude. Je ne vois là, d'autre part, aucun «préjugé conservateur»⁶⁷: pour que l'auteur du *R.M.A.* prône un changement brutal, il faudrait au moins qu'un état normal soit assignable, vers lequel il pourrait diriger son patient⁶⁸. De plus, restaurer la santé ne revient pas toujours à restaurer l'état antérieur. Au contraire, le médecin hippocratique cherche à achever la maladie plutôt qu'à l'annuler, de sorte qu'il souscrirait sans doute à la belle formule de Canguilhem: «Aucune guérison n'est retour à l'innocence biologique»⁶⁹. C'est une harmonie nouvelle entre l'organisme et le milieu que vise le médecin, comme le montrent les traités qui attendent d'un changement de saison⁷⁰, «d'âge, de lieu, de genre de vie»⁷¹, la résolution du mal.

Enfin, la considération du cours de la maladie permet de comprendre pourquoi les directives d'abstention s'appliquent principalement avant ou pendant les crises. La crise a, en effet, outre sa dimension temporelle (le moment ou la maladie *se juge*), une dimension spatiale⁷²: elle désigne la fixation du mal en un ou plusieurs lieux déterminés, de sorte qu'on pourrait bien souvent traduire κρίνειν par «faire élection». Cette dimension spatiale de la crise, qui la distingue de la notion de paroxysme, est explicite, notamment lorsqu'*Epidémies* II évoque une «crise sur les testicules»⁷³, ou réduit la crise aux «plaies et tumeurs»⁷⁴, ainsi que dans le traité *Des articulations*, qui décrit des lésions qui «renferment en soi toute la crise»⁷⁵. Dans le meilleur des

⁶⁵ *Ibid.* 28, 2 (*CUF* VI-2, p. 48, 5-7) (II 282 L.).

⁶⁶ *Ibid.* 35, 1 (*CUF* VI-2, p. 50, 14-15) (II 296 L.).

⁶⁷ R. JOLY, *Le niveau de la science hippocratique*, Paris, 1966, p. 150.

⁶⁸ Ainsi Platon, lorsqu'il met en garde contre les méfaits du changement (*Leg.* VII 797 d sq.).

⁶⁹ G. CANGUILHEM, *op. cit.*, p. 156.

⁷⁰ *Nat. Nom.* 8 (VI 50 L.).

⁷¹ *Aph.* II 45 (IV 484 L.).

⁷² De même, la notion de καιρός, dont l'analyse est inséparable de celle de κρίσις, évolue d'un sens local (cf. HOMÈRE, *Iliade*, IV 184 par exemple: l'endroit fatal) à un sens temporel. Cf. P. AUBENQUE, *La prudence ...*, p. 104, n. 4; voir également A. TORDESILLAS, «L'instance temporelle dans l'argumentation de la première et de la seconde sophistique: la notion de *kairos*», in *Le plaisir de parler*, sous la direction de B. CASSIN, Actes du colloque de Cerisy, 10-17 Sept. 1984, Paris, 1986, p. 33.

⁷³ *Epid.* II 1, 7 (V 78 L.).

⁷⁴ *Ibid.* II 1, 11 (V 82 L.).

⁷⁵ *Artic.* 49 (IV 216 L.).

cas, la crise est le dénouement (λύσις) de la maladie: les humeurs morbides forment un dépôt et s'évacuent, permettant au corps de trouver un nouvel équilibre. La crise est ainsi ce qui *distingue* le mal du malade. En intervenant trop tôt, le médecin risque de nourrir le mal, ou d'affaiblir le malade. En suscitant une crise précoce, par une intervention hâtive, ou en empêchant la crise d'être complète, en l'atténuant par une médication à contretemps, il risque de ne pas libérer totalement le malade des humeurs morbides, ce qui peut provoquer des récidives ⁷⁶. L'intervention médicale doit donc d'abord attendre ou susciter des dépôts, avant de provoquer l'évacuation de ceux dont la mauvaise localisation ne permet pas l'expulsion spontanée. Ici encore, on ne trouve aucun abandon à une nature médicatrice: les directives d'abstinence, réglées par le *κατρός*, constituent, dans un univers sans finalité naturelle, la pratique médicale appropriée.

Il nous reste à évoquer le dernier cas d'abstention médicale: la suppression définitive de la médication dans les cas désespérés. Savoir ne rien faire fait partie de l'art médical, comme le montre par exemple le traité *De l'art* lorsqu'il définit la médecine ainsi: «Délivrer complètement les malades de leurs maladies, ou émousser la violence des maladies, et ne pas traiter les malades qui sont vaincus par les maladies, en sachant bien que la médecine peut tout cela» ⁷⁷. Cette attention du médecin grec aux affections incurables est d'une part justifiée par le refus de causer «des souffrances inutiles» ⁷⁸, ce qui suppose de savoir reconnaître les cas désespérés. Mais surtout, il s'agit alors, pour le médecin, de pronostiquer le devenir de la maladie. Le discours prend le relais de l'action quand celle-ci doit être abandonnée: ainsi, le traité *Des articulations* évoque «les prédictions brillantes et théâtrales (λαμπρὰ καὶ ἀγωνιστικά) [qui] se tirent du diagnostic qui prévoit par quelle voie, de quelle manière, en quel temps chaque affection finira, soit qu'elle tourne vers la guérison, soit qu'elle tourne vers l'incurabilité» ⁷⁹. Dans certains cas, le discours accompagne un traitement désespéré, qu'il est permis d'entreprendre à condition qu'il soit précédé d'un pronostic, selon la directive de *Maladies des femmes* ⁸⁰. Par le pronostic, le médecin cherche à soigner sa réputation, dans les cas où son impuissance la compromet: «En prédisant quels sont ceux qui doivent périr et réchapper, il [sc. le médecin] sera exempt de blâme» ⁸¹. Ce type

⁷⁶ «Ne pas mettre en mouvement ce qui se juge ni ce qui est jugé complètement, ...mais laisser les choses en l'état» *Aph.* I 20 (IV 468 L.). «Ce qui reste après la crise produit ordinairement des récidives», *ibid.* II 12 (IV 472 L.).

⁷⁷ *Ars.* 3, 2 (*CUF* V-1, p. 226, 13 p. 227, 1) (VI 4 L.), trad. J. Jouanna.

⁷⁸ *Artic.* 58 (IV 252 L.).

⁷⁹ *Ibid.*

⁸⁰ *Mul.* I 71 (VIII 150 L.).

⁸¹ *Progno.* 1 (II 112 L.).

de pronostic n'est donc pas extérieur à la pratique médicale: il constitue en quelque sorte une *automédication* métaphorique par laquelle le médecin, ne pouvant plus rien pour le patient, se soigne lui-même. Il ne s'agit pas pourtant de vaine gloriole; ce qui est en jeu, comme l'affirme le traité *Du pronostic*, c'est la «confiance», sans laquelle la médecine ne serait plus possible: il faut que «le malade affronte la maladie avec le médecin»⁸², et, pour ce faire, «qu'il se fie en l'humanité du médecin»⁸³, afin de recouvrer la santé. En perdant sa réputation, le médecin perdrait la possibilité de soigner d'autres cas pour lesquels la guérison est possible.

Je ne développe pas ce point, étudié par ailleurs par H. von Staden⁸⁴. J'ajouterai seulement qu'en soignant sa réputation, le médecin engage solidairement celle du corps médical tout entier. En effet, la φήμη s'attache, non à l'individu, mais à la lignée. Or, la communauté médicale est pensée sur le mode de la famille, comme le montrent les textes (*Prorrhétique* II par exemple⁸⁵) qui mettent sur le même pied les enfants et les disciples du médecin, les disciples étant des enfants sur le mode de l'adoption. La solidarité de la famille médicale est à son tour pensée de façon analogue à celle qui détermine la santé du corps humain, à cette différence près que le corps médical est un tout par convention, qui s'établit par le discours. Être médecin, c'est, peut-être à une date tardive, avoir proféré ce discours performatif qu'est le *Serment*, par lequel un homme se fait médecin en adoptant la famille des Asclépiades, et en engageant solidairement sa réputation⁸⁶. C'est aussi recevoir et donner un enseignement, notamment oral. C'est enfin prendre part au débat médical, comme l'enseigne par exemple *Maladies* I. De même que la santé du corps réside en son harmonie, de même *Régime des maladies aiguës* affirme que le discord entre les médecins ruine la médecine⁸⁷. De même que cette harmonie dans le corps est concours de forces discordantes, de même la médecine définit un champ polémique dans lequel chacun tente de surpasser les autres⁸⁸. Etabli par le discours, le corps médical se soigne également par le discours: le pronostic d'une part, qui préserve la réputation en cas

⁸² *Epid.* I 2, 5 (II 636 L.).

⁸³ *Praec.* 6 (IX 258 L.).

⁸⁴ H. VON STADEN, «Incurability and hopelessness: the *hippocratic corpus*», in *La maladie et les maladies dans la collection hippocratique*, P. POTTER - G. MALONEY - J. DESAUTELS (éd.), Actes du Colloque international hippocratique de Québec (1987), Québec, p. 75 sq. Le pronostic fatal est étudié p. 109 sq.

⁸⁵ *Pror.* II 20 (IX 20 L.): «J'ai parlé avec leurs enfants et leurs disciples».

⁸⁶ «Je mettrai mon maître de médecine au même rang que les auteurs de mes jours... je tiendrai ses enfants pour des frères». *Jusj.* (IV 628 sq. L.).

⁸⁷ Cf. *Rg. Acut.* 8, 1 (*CUF* VI-2, p. 39, 10-12) (II 240 L.).

⁸⁸ Cf., entre autres, *ibid.* 6, 1 (*CUF* VI-2, p. 38 6-12) (II 234 L.); *Progno.* I (II 112 L.); *Morb.* I 1 (VI 140 L.).

d'échec; mais aussi cet autre type de discours *autothérapeutique*, qui, comme le corps isole et évacue les humeurs morbides pour recouvrer la santé, sert à isoler et à évacuer les praticiens qui, par des pratiques hasardeuses ou inconvenantes, discréditent la médecine, et qu'il s'agit d'exclure, en montrant que ce ne sont pas, en fait, des médecins. C'est ainsi que procèdent *La loi* et le traité *De l'art*, en distinguant les médecins par le nom et les médecins par le fait, ou selon l'art ⁸⁹, et c'est peut-être ainsi que l'on peut comprendre l'interdiction de la pratique de la taille dans le *Serment*.

Les cas d'interruption définitive du traitement accompagnée de pronostic, et les cas d'interdiction de traiter, ne sont donc nullement l'effet d'un critère moral naturaliste qui imposerait une soumission à un ordre des choses qu'il faudrait respecter. Ils sont commandés par une attitude pragmatique strictement médicale, qui impose de soigner la réputation de la corporation afin de pouvoir continuer d'exercer la médecine sur d'autres patients curables.

La nature, chez Hippocrate, n'est donc pas un concept naturaliste. Elle ne désigne pas un ordre normatif finalisant des processus naturels opposés au hasard et à l'artifice. Le naturel qualifie tout le réel, sans connotation bénéfique ou maléfique. Quant à la nature comme norme, c'est-à-dire la santé, elle est une limite indéfiniment repoussée, et donc un néant. Dès lors la pratique du *ne rien faire* ne signifie pas que le médecin laisse la nature agir. C'est une pratique médicale. Lorsqu'elle est suspension du traitement, elle s'explique par l'absence de norme naturelle, qui contraint le médecin à accompagner l'histoire du malade vers une santé inédite qu'il ne peut anticiper qu'après la crise. Quand elle est suppression du traitement, elle laisse la place à une pratique du discours pronostique qui soigne la réputation du corps médical, dont l'intégrité est menacée par l'échec de la thérapeutique.

Pour conclure, je voudrais évoquer, en contrepoint, non le *Phèdre*, mais le *Protagoras* de Platon ⁹⁰. Socrate s'entretient avec l'homonyme d'Hippocrate. Je ne sais si l'homonymie est significative, elle est en tout cas consciente, puisque Socrate lui-même la remarque. Le dialogue porte sur les savoirs que l'on peut acquérir, moyennant finance, auprès des sophistes. Selon Socrate, rien n'est plus dangereux que ce commerce, si l'acquéreur ne maîtrise pas la *médecine de l'âme*, c'est-à-dire la philosophie, pour distinguer le bon du mauvais, le juste de l'injuste. Les sciences exigent donc une régulation morale extérieure à

⁸⁹ *Ars.* 8, 6 (*CUF* V-1, p. 234, 2-3) (VI 14 L.); *Lex* 1 (IV 638 L.); cf. aussi *Artic.* 42 (IV 184 L.).

⁹⁰ *PL.*, *Prot.* 313 b sq.

leur savoir. Je serais tenté de voir là un dialogue entre platonisme et hippocratisme. L'hippocratisme ignore toute norme extérieure au savoir médical: ni la nature ni le divin ne fournit un modèle semblable à l'intelligible platonicien. Mais le médecin hippocratique n'en a pas besoin. La médecine est à elle-même sa propre médecine. Le savoir médical n'est pas innocent. Il est savoir du possible et du convenable, pouvoir de faire et prudence de ne pas toujours faire. Il est vrai que cette prudence est bien modeste, comparée à la sagesse dont le philosophe est en quête. Elle est attention à l'opportunité et à la communauté. Elle s'exprimera au plus juste chez cet auteur politique de la renaissance, qui sut lui trouver cette formulation: «si tu savais changer de nature quand changent les circonstances, ta fortune ne changerait point»⁹¹.

DISCUSSION

Mme DUMINIL fait remarquer que le sens de φύσις dans les titres est bien celui de réalité. Elle émet une objection concernant la lecture du passage d'*Epidémies* VI évoquant les larmes (cf. n. 19), en lesquelles il faut voir un signe pronostique et non une cause bénéfique ou maléfique. Il me semble que la distinction entre cause et signe n'est pas nette dans les textes hippocratiques et que le déterminisme doit plutôt s'interpréter comme harmonisation réciproque de la partie et du tout. De plus, les larmes ne sont pas évoquées seulement comme symptômes en 5, 12.

Mme BERTIER fait remarquer que φύσις a un sens explétif chez Hérodote, notamment en II 68: Τῶν δὲ κροκοδείλων φύσις ἐστὶ τοιήδε.

⁹¹ MACHIAVEL, *Le Prince*, c. XXV, Trad. J. Anglade, Paris, 1972, p. 132.

Etude comparative de l'embryologie hippocratique et de l'embryologie indienne antique

RÉJANE BERNIER

(Université de Montréal)

Au point de vue historique, l'étude de l'embryologie hippocratique paraît beaucoup plus aisée que celle de l'embryologie indienne. D'une part, les traités embryologiques hippocratiques (*De la génération, De la nature de l'enfant, Du régime I*) font partie d'un ensemble qui a fait l'objet d'excellentes recherches historiques et philologiques au cours des trente dernières années. D'autre part, les conceptions médicales grecques antérieures de même que les théories des physiologues de l'Ionie et de la Grande Grèce des VII^e et VI^e siècles av. J.C. sont suffisamment connues pour qu'il soit possible de déceler leur influence dans la formation de la pensée hippocratique. La recherche s'étend sur une période relativement courte: trois ou quatre siècles tout au plus, avec, à l'occasion, quelques références à Homère.

La situation est bien différente en ce qui concerne l'embryologie indienne. Plusieurs auteurs, en particulier Daremberg (1867), V. Henry (1891-1896), P. Cordier (1894), R.F.G. Müller (1930, 1955) ont montré que le *Rig-veda*, le *Sama-veda* et l'*Atharva-veda* mentionnent des parties du corps, des organes, y compris ceux de la reproduction, traitent de la formation du fœtus, des maladies et de leurs traitements. Or les débuts de la période védique remontent, d'après Winternitz (1959: 310) vers 2500-2000 av. J.C. et sa fin vers 750-500 av. J.C. Les *Veda* sont antérieurs au bouddhisme (VI^e s. av. J.C.) et même au jaïnisme fondé vers 750 av. J.C.

Aux *Veda* se rattachent les *Brahmanas* et les *Upanishads*. L'une d'entre elles, la *Garbha Up.* est consacrée à la formation de l'embryon. Keswani (1965: 66) considère cette *Upahishad* comme une des plus anciennes et la fait remonter aux environs de l'an 1000 av. J.C.

Non seulement la datation précise des oeuvres védiques et post-védiques est-elle impossible, mais il en est également ainsi pour les deux plus anciens traités systématiques d'embryologie qui relèvent des traités d'anatomie (les *sarirasthana*) ayurvédiques: les *samhitas* de Sus-

ruta et de Caraka dont l'origine première serait due à une révélation de Brahma. Selon les indianistes récents l'oeuvre de Susruta est datée entre le VI^e s. av. J.C. et le II^e s. a.D. (Voir Winternitz, 1959, Filliozat, 1949 et Jolly, 1951) et serait légèrement antérieure à celle de Caraka. Ce sont surtout ces deux dernières oeuvres que je prendrai comme point de comparaison avec les traités hippocratiques, mais il est essentiel de se rappeler qu'elles prennent leur inspiration dans une littérature qui n'est pas restreinte à 3 ou 4 siècles mais qui s'étend au moins sur deux millénaires et qu'elles contiennent certaines données «médicales» des Veda.

En ce qui concerne la connaissance que les médecins anciens avaient de l'anatomie en général et de la formation de l'embryon en particulier, il fait distinguer entre la situation qui prévalait en Grèce et celle qui existait en Inde.

On sait que les médecins grecs du temps d'Hippocrate ne pratiquaient pas la dissection mais que, par contre, l'avortement était fréquent. L'observation d'embryons avortés était donc possible.

En Inde, il fut un temps où la dissection était interdite mais dans la *Samhita* de Susruta (dont l'intérêt pour la chirurgie est très marqué), on trouve des indications très précises sur la façon de préparer un cadavre pour la dissection (*SS.*, sa., 5,49).

D'autre part, l'avortement était interdit dans l'Inde ancienne et selon Tiwari (1986: 151) la seule connaissance de l'embryon que les Indiens ait eue provenait de l'observation d'embryons expulsés accidentellement.

L'ORIGINE DES SEMENCES

Pour les A.H., les semences mâles et femelles n'apparaissent qu'à la puberté, lorsque les vaisseaux sanguins sont complètement développés et assez volumineux pour laisser passer le sperme et les menstrues (*Gén.* 2, 2-3 (VII 472 L.)).

Chez les Indiens, on soutient que les menstrues commencent à l'âge de 12 ans et durent jusqu'à 50 ans environ. Ce n'est cependant qu'à l'âge de 16 ans que la femme peut concevoir, de préférence avec un mari âgé de 25 ans.

A. CHEZ LE MÂLE

Dans les textes hippocratiques, deux thèses sont en présence: 1. le sperme vient de l'humeur qui se trouve dans toutes les parties du corps (*Gén.* 1, 1 (VII 470 L.)); 2. le sperme vient de la tête vers la moelle (*ibid.*, 2, 2 (VII 472 L.))¹. Les deux conceptions ne sont pas sans certaines relations et peuvent être conciliées lorsque l'auteur *De la gén.* écrit que la partie la plus grasse et la plus forte de l'humeur va à la moelle pour passer le long des reins, par des veines, et va aux testicules et à la verge (1, 1, 2 et 3 (VII 470 L.)) (voir Lesky, 1950: 1240).

Il me paraît nécessaire de distinguer deux problèmes: celui de la formation de la semence et celui de l'émission de la semence qui met en cause les voies de transmission. La stérilité des eunuques mettait en évidence la nécessité des testicules dans la voie de transmission mais l'on ignorait leur rôle spermatogénétique et l'on croyait que le sperme dans la première étape de sa formation était véhiculé par les veines (*Gén.* 2, 2 (VII 473 L.)). L'existence de vaisseaux sanguins le long de la colonne vertébrale pouvait laisser croire que le sperme venait de la moelle. Les connaissances anatomiques du système sanguin telles que mentionnées dans la *Nature de l'homme* (spéc. 11, 1-4 (VI 58 L.)) ne permettent pas, cependant, d'expliquer la relation du sperme avec la moelle, les reins, les testicules et le pénis.

Du côté indien, la thèse soutenue par Susruta (*sa.*, 4, 23) et Caraka (*sa.*, IV, 7) voulant que le sperme appelé «*sukra*» vienne de tout le corps, se trouvait d'après Cordier (1894: 37) dans l'*Aitariya Up.* du *Rig-veda*. Le *sukra*² envahit la totalité du corps de tout être vivant, tout comme le jus est présent dans la totalité de la canne à sucre ou le *ghrta* dans le lait. Il est intéressant de signaler à ce sujet l'interprétation de Tiwari (1986: 50) qui en fait un système endocrinien selon l'axe hypothalamo-pituitaire.

Le mécanisme de formation du sperme a été longtemps ignoré. Chez les A.H. il est difficile de préciser à laquelle des 4 humeurs (sang, bile, eau, flegme) le sperme est le plus apparenté.

Pour les Indiens, le *sukra* est le 7ème *kalâ* ou tissu. Les autres *kalâ* formés à partir de l'alimentation étant le chyle, le sang, la chair, la

¹ Erna Lesky fait remonter à Alcméon la thèse de l'origine encéphalomyélique de la semence.

² D'après MÜLLER (1955: 6), *sukra* vient de *suc* qui signifie éclairer, briller. Cette idée de lumière remonte au *Rig-veda* et à l'*Atharva-veda*. De plus, tout comme la pluie arrose les champs ainsi la semence arrose la femelle (voir *Atharva-veda*).

graisse, les os, la moelle et la semence (*sukra* ou *artava*). Cette séquence des transformations métaboliques des produits de la digestion jusqu'à la semence est mentionnée dans la *Garbha Up.* et chez Susruta (*sa.*, 4, 5-20) et Caraka ³.

Tant dans les textes hippocratiques que dans les textes indiens, on a l'idée que l'émission du sperme est associée à la chaleur produite par le frottement lors de la relation sexuelle. Le sperme est alors échauffé, il devient fluide, s'agite et écume (*Gén.* 1, 2 (VII 471 L.)) ⁴. Le sperme ne se manifeste que dans l'état d'excitation sexuelle, ajoute Cakrapani (*CS.*, 1977: 389). Dans le coït, le feu est activé par *vayu* (*SS.*, *sa.*, 3, 3).

Un bon sperme est celui qui ressemble à un cristal, est fluide, visqueux, doux et a une odeur de miel. Certains disent que le sperme normal ressemble à de l'huile (*SS.*, *sa.*, 2, 17).

Pour les médecins indiens, le *sukra* est composé des quatre *mahabhûtas* (éléments): eau (*jala*), air (*vayu*), feu (*agni*), terre (*prthvi*) plus l'éther ou l'espace (en dépit des objections de Kirfel, 1951) (*akasa*) qui est impalpable mais est partout (*CS.*, *sa.*, II, 4; IV, 6).

Pour l'auteur du *Régime*, l'âme (avec Joly, 1960, traduisons le sperme) est composée de feu et d'eau et des parcelles de l'homme (*Rég.* I 25, 1 (VI 496 L.)). Elle a des cellules mâles et femelles (*Rég.* I 7, 1 (VI 480 L.)). Ce terme de cellules ou de parcelles (*mérea*) réfère au phénomène de la conception ou de l'union des semences fournies par le mâle et la femelle. L'A.H. soutient qu'il y a domination d'une semence sur l'autre, soit par la force, soit par la quantité et il admet que l'enfant ressemblera, pour chaque partie, à celui des parents qui aura le plus contribué à la formation de cette partie (*Gén.* 8, 2 (VII 480 L.)). Il y aurait donc des parties destinées à la formation d'un organe ou d'une structure chez l'embryon.

En Inde, on a chez Caraka (*sa.*, IV, 30), mais pas chez Susruta, une idée apparentée qui implique une distinction des semences en *bija*, *bijabhaga* et *bijabhagavayava* que les traducteurs modernes interprètent comme étant les équivalents des chromosomes, des gènes et des parties des gènes i.e. en fait, les déterminants génétiques. L'embryon reçoit des parties de chacun des parents (*SS.*, *sa.*, 3, 33 et *CS.*, *sa.*, 3, 6 et

³ Elle est fort semblable à la thèse d'Aristote qui considère le sperme comme la résidu de la digestion des aliments opérée par la coction.

⁴ On retrouve, chez Aristote, l'idée d'écume spermatique qu'il associe à l'élément astral, l'éther.

7; IV, 12 et 14) et les malformations des semences ont d'importantes répercussions sur la structure de l'embryon.

B. CHEZ LA FEMELLE

Ni chez les Indiens ni chez les Grecs on ne connaissait l'existence des ovaires, quoique Tiwari (1986: 16) signale que les *phala-srotas* mentionnés par Susruta pourraient bien leur correspondre.

L'utérus est connu sous le nom de *yoni* ou de *garbhasaya* (quoique Müller, 1955: 13, note 44 refuse cette signification à ce dernier terme). Sans trouver d'affirmation quant au caractère bicorné de l'utérus, il y a cependant mention des côtés droit et gauche de l'utérus qui ressemble à une coquille de conque à ouverture plus ou moins triangulaire.

Le sang des menstrues est le *rakta* provenant du *rasa* (produit de la digestion). La semence ou *artava* est-elle identique ou non au *rakta*? Le terme *artava* vient, d'après Müller (1955: 14, note 52 et p. 22), du terme *ritu* qui désigne le temps des femmes c'est à dire la période qui s'étend du début des menstruations jusqu'au douzième jour. Il faut remarquer que d'après les Indiens la femme est féconde pendant les menstruations, quoique les relations sexuelles soient alors prohibées. C'est donc après les menstruations que doivent s'unir les parents. Ce qui permet d'établir une certaine distinction entre *artava* et *rakta*. En fait, rien ne permet de supposer que les anciens Indiens connaissaient l'existence de l'oeuf (voir Müller, 1955) quoique certains traducteurs aient traduit *artava* par *ovum*. Il semble cependant que les Indiens aient cru que la relation sexuelle pouvait déclencher la production de l'*artava*. Un bon *artava* ressemble à du sang de lapin, est comme de la laque liquide et ne tache pas les vêtements.

On sait que les A.H. ont parfois assimilé la semence féminine aux sécrétions vaginales. Ces sécrétions vaginales ont également été identifiées par les Indiens qui les ont parfois appelées *sukra* (cf. Müller, 1955: 17, note 65).

La période de fécondité suit la fin des menstruations chez les A.H. et en Inde. Dans *Mal. F.* I 57 et 63 (VIII 114-16, 126-130 L.) et dans *Foetus de 8 mois* 13 (VII 458 L.) la conception a lieu à la fin des règles. Dans *Rég.* I 27, 3 (VI 500 L.) la fécondité semble réduite à un jour par mois. Susruta et Caraka estiment que la période de fécondité se situe entre le quatrième jour après le début des menstruations et le douzième jour inclusivement.

Les A.H. ont reconnu des cas d'impuissance chez le mâle et de stérilité, tant chez le mâle que chez la femelle. Mais ils ont rarement mentionné que la semence provenant de l'un ou l'autre progéniteur puisse être défectueuse (voir plus loin).

Au contraire, en Inde, on admet que les semences masculines et féminines peuvent être viciées, soit intrinsèquement, soit par des *dosas* (humeurs) physiques ou mentales et que ces déficiences influent considérablement sur les qualités de l'embryon.

Chez les A.H. on trouve mentions de tests permettant de conclure à la fécondité de la femme, mais il n'est pas mentionné de test correspondant relatif à la fécondité du sperme. En Inde, par contre, on trouve un tel test, identique à celui qui est mentionné dans Arist., *Gén. An.* 2, 8, 747 a 3-5: soit mettre le sperme dans l'eau; s'il est fécond, il s'enfonce dans l'eau car il est lourd mais s'il n'est pas fécond, il est léger et flotte à la surface de l'eau. Jolly (1951: 62) signale que ce test se trouve dans *Narada*, 12, 10.

En Grèce aussi bien qu'en Inde, les médecins affirment que l'homme et la femme sont tous deux capables de produire des semences mâles et femelles.

LA CONCEPTION

Dans *Gén.* 4, 2 (VII 475-477 L.) le sperme est considéré comme froid alors que la matrice est chaude. Le sperme éteint la chaleur de la matrice. Après le coït, la flambée finit. Pour l'A.H., lorsque la femme conçoit, la semence ne sort pas de la matrice (*Nat. E.* 13, 1 (VII 490 L.)). Pour Susruta (*sa.*, 3, 9), c'est après la période de fécondité que la matrice se ferme, comme un lotus, ou encore lorsqu'il y a gestation et que le passage du sang menstruel est bloqué, ce qui provoque la montée du sang vers les seins et la formation du lait.

Pour Susruta (*sa.*, 3, 4), lors de l'accouplement le feu est activé par *vayu* et le fluide séminal mâle est émis dans l'utérus et se combine à l'*artava* (ou *sonita*). Or, comme le *sukra* dépend de la lune, il est froid et humide ou aqueux alors qu'*artava* qui dépend du soleil est *agneya*, i.e. chaud et enflammé (voir Müller, 1955: 21, n. 81).

La similitude entre pensées grecque et indienne en ce qui concerne les qualités de la semence cède cependant le pas à une profonde dif-

férence quant au rôle de ces semences dans la production de l'embryon. Alors que pour l'A.H., la réunion des semences mâles et femelles suffit pour produire le vivant, il n'en est pas de même chez les Indiens. En effet, selon ces derniers, *sukra* et *artava* sont des conditions nécessaires qui déterminent certains caractères de l'embryon, mais elles ne sont pas des conditions suffisantes pour produire l'animation. C'est l'*atman*, l'âme, qui communique la vie au *garbha*. L'âme (*atman* ou *jiva*) est éternelle (*CS., sa., III, 8*), n'est ni engendrée ni détruite, mais transmigre dans les corps des différents vivants, soit humains, soit animaux. A la mort du corps, l'âme persiste et se réincarne en fonction de son *karma*. En fait, c'est ce *karma* (dynamique des actions accomplies dans une existence antérieure) qui détermine la prochaine incarnation (*SS., vol. I, Introd. de Bhishagratna, p. XXVII*). C'est le moule qui sert à l'embryon qui lui imprime sa forme spécifique (*CS., sa., III, 16; cf. Tiwari, 1986: 138-140*).

Cette théorie de la transmigration diminue le rôle des principes générateurs en ce qui concerne l'animation. *Sukra* et *artava* déterminent chacun des parties du corps de l'embryon (voir plus loin). Mais la plus grande partie de la vie psychique du nouveau vivant ne dépend pas de son corps mais de l'*atman* qui l'anime.

En ce qui concerne la production des jumeaux, les A.H. avaient remarqué que chacun des embryons peut avoir son propre chorion (*Nat. E. 31 (VII 540 L.)*) ou, au contraire, que les embryons peuvent être dans un même chorion (*De la superf. 14 (VIII 484 L.)*).

Pour Susruta (*sa., 2, 37*), c'est *vayu* qui procède à la formation du foetus dans l'utérus. C'est *vayu* qui divise la semence: s'il divise une semence mâle, cela produit des jumeaux mâles; s'il divise une semence femelle, cela produit des jumelles; s'il divise des semences mélangées à parts égales, cela produit des jumeaux hermaphrodites (*Garbha Up., 3*). Le nombre d'embryons correspond au nombre de pièces produites par la- ou les- division(s) successive(s) effectuée(s) par *vayu*. D'après Tiwari (1986: 175), tous les médecins classiques n'ont parlé que de jumeaux uniovulaires, produits par division d'une semence unique.

La femme manifeste par des caractères externes le fait qu'elle est enceinte. Les caractères mentionnés par les A.H. (*Mal. F. III 215 (VIII 417 L.)*); *De la superf. 16 (VIII 485 L.)* sont semblables à ceux signalés par Susruta (*SS., sa., 3, 14 et 15*) et Caraka. (Voir Tiwari, 1986: 200).

LA DÉTERMINATION SEXUELLE

Le désir de connaître le mécanisme à l'origine de la production d'un mâle ou d'une femelle existait tout autant chez les Indiens que chez les Grecs.

On sait que chez les A.H. on trouve deux explications, l'une qualitative, l'autre quantitative. En effet, dans *Gén.* 6, 1 (VII 478 L.) l'A.H. fonde la différenciation sexuelle sur la qualité des semences qui, fortes, produisent un mâle, ou faibles, produisent une femelle. Par contre, dans *Rég.* I 28, 3 et 4 et 29, 1 c'est la semence la plus abondante qui est cause de la sexualisation, qu'elle vienne de l'homme ou de la femme. Et comme le mâle aussi bien que la femelle peuvent chacun produire une semence mâle ou femelle, on se trouve donc devant six possibilités: 1. les deux semences sont masculines; 2. les deux semences sont féminines; 3. l'homme et la femme produisent des semences différentes, ce qui présente 4 situations possibles. L'argument quantitatif permet d'expliquer les différents degrés de virilité (allant jusqu'à l'androgynie) et de féminité tant des mâles que des femelles (plus ou moins viriles). Mais il semble aussi que la semence masculine produite par la femme a des qualités différentes de celle qui est produite par l'homme et que la semence féminine produite par l'homme ait également des qualités différentes de celle produite par la femme. En effet, il n'y aurait pas une telle multiplicité de degrés si toutes les semences masculines étaient identiques et si toutes les semences féminines étaient identiques. Les différents niveaux de virilité et de féminité signalés par les A.H. sont marqués davantage par des caractères psychiques que par des caractères sexuels. D'après E. Lesky, la notion d'hermaphrodisme n'a pas existé dans le monde grec avant le IV^{ème} siècle av. J.C. et c'est pourquoi cet auteur a préféré parler d'intersexualité.

La pensée indienne fonde, comme le *Régime*, la différence sexuelle sur la prépondérance quantitative de la semence et elle admet donc les mêmes catégories que les A.H. Cordier (1894) signale que cette idée se trouvait déjà dans la loi de Manu (IX, 34, III, 49 st.). La médecine indienne ajoute cependant une catégorie que l'on ne trouve pas chez les A.H.: celle où il y a égalité quantitative soit de la semence masculine fournie par l'homme et de la semence féminine fournie par la femelle, soit de la semence masculine fournie par la femme et de la semence féminine fournie par l'homme. Elle considère que ce sont là des cas d'hermaphrodisme (*Garbha Up.*, 3 et *SS., sa.*, 3, 5). D'après Cordier (1894: 92), les mythes de l'hermaphrodisme et même des mâles gravides florissaient dans les temps védiques.

Le pensée indienne n'utilise cependant ni l'hermaphrodisme ni les

facteurs quantitatifs pour expliquer la hiérarchie de virilité et de féminité mais bien plutôt les facteurs qualitatifs des semences (cf. *SS., sa., 2, 38-43*). Si *sukra* et *artava* sont en bon état, le produit est un enfant normal et sain. Si le *sukra* est défectueux, le mâle engendré sera frappé de différents niveaux d'impuissance et, à la limite, de stérilité (*ibid.*). Les déficiences de la sexualité sont analysées de façon plus détaillée chez les Indiens que chez les A.H.

On trouve, chez les Indiens comme chez les Grecs, l'association du côté droit au sexe mâle et du côté gauche au sexe femelle (voir Müller, 1955: 31). Ainsi, si la femme porte le fœtus du côté droit, elle est enceinte d'un garçon; si elle le porte du côté gauche, elle est enceinte d'une fille; si, enfin, elle le porte au centre de l'utérus, c'est qu'il s'agit d'un hermaphrodite.

Chez les Grecs, la technique pour engendrer un garçon consiste à avoir des rapports à la fin des règles, à effectuer une pénétration en profondeur et à lier le testicule gauche. Pour engendrer une fille, il faut avoir des rapports pendant les règles et lier le testicule droit.

Chez Susruta et Caraka, les relations pendant les règles (conçues comme étant généralement de 3 jours) sont interdites.

Chez les Indiens, le mâle est procréé les 4e, 6e, 8e, 10e et 12e jours après le début des règles alors que la femelle est engendrée les 5e, 7e, 9e et 11e jour après les règles mais ni le 13e jour ni les jours subséquents (*SS., sa., 2, 28-30*). Cette idée existe déjà dans Manu (III, 48, st.) d'après Cordier.

Le sexe est donc déterminé par les semences et par le jour de la fécondation. Mais la nourriture et certains médicaments interviennent également dans la sexualisation et les Indiens concevaient qu'il est possible de changer le sexe de l'enfant après la conception (rites *pumsavana*) avant la manifestation du sexe, i.e. au cours des deux premiers mois (cf. *CS., sa., VIII, 19* et Tiwari, 1986: 193 et la critique de Kakrapani dans *CS., 473*). Il semble que la médecine ayurvédique actuelle accorde encore foi à cette possibilité.

LE DÉVELOPPEMENT MORPHOLOGIQUE ET PHYSIOLOGIQUE DE L'EMBRYON

Selon l'A.H., après la fécondation, la semence s'échauffe, se condense et s'épaissit. L'embryon prend du souffle, gonfle, s'entoure

d'une membrane semblable à celle qui existe sur le pain qui cuit (*Nat. E.* 12, 6 (VII 488 L.). La semence a inspiration et expiration en même temps que la mère et se développe grâce au sang de la mère, transporté par le cordon ombilical. Dans *Des Chairs* 6, 3 (VIII 593 L.), l'auteur soutient que l'embryon suce dans la matrice et tire l'aliment et l'air dans le dedans du coeur (*Nat. E.* 14, 2 (VII 492 L.)).

Susruta a distingué deux périodes dans la nutrition de l'embryon: 1) avant la formation des organes, l'embryon est nourri par osmose par les vaisseaux qui l'entourent (*SS., sa.,* 3, 31); 2) à partir du moment où les organes sont formés, l'embryon est nourri par le cordon ombilical (*ibid.*; voir Tiwari, 1986: 144-146). Caraka (*sa.,* VI, 23) soutient également que l'embryon se nourrit par osmose et par le cordon ombilical.

L'auteur du *Rég.* I 26, 1 (VI 498 L.) écrit que tous les membres se développent en même temps, aucun avant ou après l'autre. Mais ceux qui sont plus grands par nature sont visibles avant les plus petits, sans pour cela s'être formés antérieurement (trad. Joly).

Susruta et Caraka soutiennent également que toutes les parties de l'embryon sont formées simultanément, même si elles ne sont pas toutes visibles au même moment, en raison de leur petitesse. Le développement de l'embryon est souvent comparé à celui du bambou à partir de la pousse de bambou.

Lorsqu'il veut rendre compte du développement de l'embryon, l'A.H. écrit, dans *Nat. E.* que la chair développée par le souffle se divise en membres (17, 1 (VII 496 L.)) et que les os durcissent, solidifiés par la chaleur (17, 2 (VII 498 L.)). Plus loin, il écrit que les os durcissent et se creusent grâce au souffle (19, 1 (VII 506 L.)). Puis le foetus se ramifie aux extrémités et les viscères s'articulent.

Les Indiens appliquent à la formation de l'embryon (*garbha*)⁵ le paradigme macrocosme-microcosme. Les éléments qui ont joué un rôle dans la formation de l'univers président également à celle de l'embryon (*CS., sa.,* V, 3-4). *Vayu* (l'air ou le souffle) divise et redivise la masse cellulaire de l'embryon, *tejas* (feu) le différencie, *ap* (eau) lui fournit le fluide, *prthvi* (terre) le consolide et *akasa* (éther ou espace) le fait croître (*SS., sa.,* 5, 3). Lorsque l'embryon montre des organes tels que les membres, la langue, le nez, les oreilles, les fesses, etc., on l'appelle foetus ou corps (*sarira*) (*SS., sa.,* 5, 3).

⁵ D'après MÜLLER (1955, 12, note 39) *garbha* vient de *grabh* ou *grah* qui signifie fruit du corps ou embryon.

Les organes des sens et leurs objets propres sont dérivés des cinq éléments (*bhûtas*): *akasa* est à l'origine des organes de l'ouïe et du son, *vayu* des organes de perception et des qualités tactiles, *teja* des organes de la vue et du visible, *ap* des organes du goût et des qualités gustatives, enfin *prthvi* est à l'origine des organes olfactifs et des odeurs (*SS., sa., 1, 19; CS., sa., IV, 12*).

En plus des *bhûtas*, il faut prendre en considération pour expliquer la formation de l'embryon, les *dosas* (humeurs): *vata*, *pitta* et *kapha* qui, avec les éléments, son à l'origine des différents types de constitution (*SS., sa., 4, 62-80*). Il y a aussi des conditions mettant en cause le type psychique (*SS., sa., 4, 81-99*).

Ces notions sont à rapprocher de la caractérologie dont Joly estime que le *Régime* constitue un premier exemple, d'abord les chapitres 28 et 29, ensuite 32 et 36 pour les intelligences.

Pour les A.H., la période de formation de l'embryon varie selon qu'il s'agit d'un garçon (30 jours) ou d'une fille (42 jours). Le mouvement, lui, apparaît après 3 mois chez le mâle et 4 mois chez la femelle (*Mal. F. I 71 (VIII 150 L.)*; *Nat. E. 21, 1 (VII 510 L.)*). Ces distinctions n'ont pas d'équivalent dans la pensée médicale indienne quoique l'on retrouve, là aussi, la reconnaissance explicite d'une supériorité du mâle.

Des textes indiens anciens présentent une analyse détaillée de la formation de l'embryon. Ainsi, la *Garbha Up.* 3 décrit les progrès semaine après semaine pendant le premier mois: après la fécondation, l'embryon devient une *kalala*, après 7 nuits, il forme une vésicule (*bud-buda*), après la deuxième semaine, une masse sphéroïde (*pinda*), après un mois, une masse ferme (*kathina*) (voir Müller, 1955, 25, n. 97).

Les textes de Susruta et Caraka, pour leur part, décrivent le développement mois par mois. Ainsi, au premier mois, l'embryon devient une *kalala* (masse gélatineuse) (*SS., sa., 3, 18; CS., sa., IV, 9*). Au 2ème mois, il devient une masse solide des cinq *mahabhûtas* (ou principes premiers du cosmos). L'embryon mâle a une forme globulaire, l'embryon femelle a une forme allongée, alors que l'hermaphrodite a la forme d'une tumeur et est porté au centre de l'utérus (*CS., sa., IV, 10*). Au 3ème mois, apparaissent les bourgeons des membres et la tête ainsi que les sens, d'après Caraka (*sa., IV 11*) et les «ébauches» des subdivisions des autres parties, lesquelles deviennent plus visibles au 4ème mois. Le foetus devient plus stable, plus compact et plus lourd (*CS., sa., IV, 20*). A ce moment, le coeur (qui est le siège de la conscience) est perceptible et c'est le moment où la femme a deux coeurs (*dvihridaya* ou *dauhrda*) et des envies qui ne sont autres que les désirs du foetus (*SS., sa., 3, 14; CS., sa., IV, 15*). L'embryon devient

conscient lorsque sont formés les organes des sens et il se rappelle ses vies antérieures, d'où ses désirs ⁶. Ceux-ci doivent être satisfaits sinon il y a augmentation du *vata* qui détruit ou déforme le foetus (*CS., sa., IV, 19*).

Les désirs permettent de prédire le caractère de l'enfant à naître. Par exemple, la mère qui désire voir un roi mettra au monde un fils riche et fortuné; celle qui désire manger du boeuf accouchera d'un fils qui sera fort et pourra supporter tous les maux (*SS., sa., 3, 19-28*).

Au 5ème mois, l'esprit (*manas*) devient plus développé. Il y a également, d'après Caraka (*sa., IV, 21*) augmentation de la chair et du sang. Au 6ème mois, vient la sagesse. L'embryon a l'intellect (*buddhi*) et sa force s'accroît (*CS., sa., IV, 22; SS., sa., 3, 30*).

Au 7ème mois, toutes les parties et subdivisions deviennent plus manifestes (*SS., sa., 3, 30*). On se rappelle que l'auteur du *Foetus de 7 mois 1* (VII 436 L.) estime aussi que «le foetus croît et prend le plus de vigueur à ce terme que dans tout le reste du temps». C'est le moment où les membranes cèdent à la violence et où les embryons les plus forts naissent.

Le 8ème mois de gestation constitue, pour les Hippocratiques comme pour les Indiens, une période particulièrement difficile. D'après l'A.H. c'est au 8ème mois que se forment les dépôts chez les embryons et c'est ce qui cause les difformités telles que la boiterie ou la cécité (*Ibid. 5* (VII 444 L.)).

La même idée se trouve exprimée dans la *Garbha Up.* 3. Les Indiens soutiennent que le 8ème mois est dangereux pour l'embryon parce que les *ojas* (force vitale) vont et viennent de l'embryon à la mère, par les canaux. C'est aussi le mois où les *raksasas* (démons) s'attaquent à l'embryon (*SS., sa., 3, 30; CS., sa., IV, 24*). Grecs et Indiens signalent que si l'embryon naît à 8 mois, il ne survivra pas.

Selon les A.H., c'est la naissance à la fin du 9ème mois qui est le plus favorable pour l'enfant (*Foet. 7 m. 7* (VII 444 L.)). Il reste que, dans le monde grec, il n'y a pas de terme fixe à la gestation, même si l'on admet qu'elle est généralement de 9 mois complets. Il arrive qu'elle puisse se prolonger jusqu'à 10 mois. Pour les Indiens, le foetus est expulsé au 9e, 10e, 11e ou 12e mois ou même plus tard (*SS., sa., 3, 30; cf. Tiwari, 1986: 157*).

⁶ Tiwari (1986: 211) admet qu'aucune explication scientifique n'appuie cette interprétation de l'état bicardiaque.

On peut signaler qu'on ne trouve pas mention de la superfétation chez les Indiens mais que l'on connaît, par contre, l'existence de môle ou de fausse grossesse.

Fondamentalement, les descriptions de Susruta et de Caraka rejoignent les descriptions des A.H. quoiqu'elles soient plus raffinées au niveau des premiers stades. Selon ces auteurs, la première transformation de la masse cellulaire est la formation des 7 couches de la peau comparées aux couches de la crème formées à la surface du lait bouilli (comparaison que l'on retrouve chez Aristote).

Puis se forment les tissus (*kala*) et les principes (*dhatu*s). A leur tour, ces tissus s'organisent en organes. Susruta mentionne 700 veines, 500 muscles, 900 ligaments, 210 jointures, 300 os (selon Hoernle, 1907, les *Veda* et la *Garbha Up.* en comptaient 360).

Les Indiens pratiquaient l'embryotomie lorsqu'il était impossible d'extraire le fœtus (*CS., sa., VIII 31*) et ils ont également pratiqué la césarienne sur la mère morte (cf. Tiwari, 1986 : 567). D'après Cordier (1894 : 92) le *Mahabarata* rapporte des cas de césarienne sur une femme vivante.

L'INNÉ ET L'ACQUIS

Certes, les Hippocratiques n'avaient pas une véritable théorie de l'hérédité. Cependant, l'importance qu'ils accordaient aux semences tant masculines que féminines reposait sur une observation empirique de phénomènes de ressemblance entre les progénitures et les progéniteurs.

L'exposé précédent nous a permis de signaler que chez les Indiens, les semences masculines et les semences féminines sont respectivement à l'origine de caractères différents. Cette distinction n'est nullement réservée aux caractères sexuels. L'*artava* est à l'origine de la peau, du sang, de la chair, de la graisse, du nombril, du coeur, du kloman (poumon droit?), du foie, de la rate, des reins, de la vessie, du rectum, de l'estomac, du colon, des parties inférieure et supérieure de l'anus, du petit et du gros intestin, du mésentère et de l'omentum. Pour sa part, le *sukra* paternel contribue aux cheveux, aux poils de la figure et du corps, aux ongles, dents, os, veines, ligaments, artères et à la semence (*CS., sa. III, 6 et 7; SS., sa., 3,19*). Mais ces déterminants «génétiques» ne produisent qu'une partie de la structure de l'embryon.

En effet, les organes des sens sont produits par l'âme, éternelle, par l'intermédiaire de l'esprit (*manas*). D'autre part, j'ai mentionné que les organes des sens sont dérivés des *bhutas* cosmiques (vent, feu, eau, terre, éther). On n'a pas de détails précis sur les relations entre ces *bhutas* et l'*atman*, mais de toute façon le corps ne joue qu'un rôle d'instrument ou d'outil sous l'action des *bhutas* et de l'*atman*. Ajoutons que toute la vie psychique antérieure est conservée par l'*atman*, ce qui a comme effet que l'embryon se souvient de ses vies antérieures. Il les oublie cependant lors du passage dans les voies génitales au moment de la naissance.

En plus de ces différents intervenants dans la formation du fœtus, il faut mentionner la nourriture de la mère, qui est extrêmement importante, au point que les traités ayurvédiques prescrivent à la femme enceinte un régime approprié pour chaque mois de gestation. Mais le comportement même de la mère est également un facteur important. On peut signaler que sur ces deux points, la médecine indienne est assez semblable à la médecine traditionnelle chinoise. Il y a également là de nombreuses prescriptions à l'adresse de la femme enceinte.

Ajoutons enfin à cette multiplicité de facteurs, l'intervention des démons (*raksas*) qui s'emparent de l'embryon et peuvent provoquer un avortement ou des malformations du fœtus. D'où, de longue date, des incantations ayant pour but de chasser les démons.

En ce qui concerne les caractères innés, l'hérédité peut jouer de différentes façons comme on peut le remarquer dans le cas de parents estropiés. On lit, en effet, dans *Gén.* 11, 1 (VII 484 L) que des parents estropiés produisent parfois des enfants estropiés, parfois des enfants normaux. Cela dépend de l'état du sperme qui dépend lui-même des 4 humeurs. Si les humeurs ne fournissent pas la semence complète, l'enfant sera mutilé. Cela est à rapprocher des nombreuses déficiences du *sukra* et de l'*artava* mentionnés par les Indiens, qui ont cependant surtout leur effet dans les caractères sexuels.

CONCLUSION

Toute la recherche des philologues grecs qui ont tenté de rendre compte de la formation de la doctrine hippocratique en remontant souvent aux sources présocratiques constitue un apport extrêmement important pour la compréhension de la genèse de la pensée grecque.

Mais l'histoire n'a pas commencé avec le monde grec. Thivel (1981 : 323) soutient que l'ancienne médecine hippocratique était fondée sur la physique ionienne. Mais l'Ionie a été influencée par la civilisation orientale. Conquise par les Perses aux VII-VI^e siècles av.J.-C., elle a sûrement subi une influence de cette domination qui s'étendait, à l'est, jusqu'à l'Indus. Une autre trace de la pensée orientale a reçu une diffusion grâce à Pythagore, lui-même marqué par l'orphisme et par la pensée indienne dont il connaissait certaines thèses, entre autres celle de la transmigration des âmes.

On sait, grâce aux découvertes faites à Boghazhoi en Asie Mineure, qu'il y a eu, au début du XIV^e s. av.J.-C., un contrat entre le roi des Hittites et le roi de Mitani. Ce contrat atteste les noms des divinités hittites, babyloniennes et aussi védiques (Winternitz, 1959 : 305).

Filliozat (1949 : 213) admet qu'il y a eu une influence indienne sur les traités des *Maladies des femmes* et de la *Nature de la femme*. Cette influence peut également s'être exercée sur les traités d'embryologie. La présente analyse a mis en évidence de nombreuses similitudes entre pensées grecque et indienne en ce qui concerne la production et la formation de l'embryon: origine des semences, pangenèse, rôle respectif des semences dans la détermination du sexe, idée de prédominance d'une semence sur l'autre, différents niveaux de virilité et de féminité, formation simultanée des parties, rôle des éléments dans la formation de l'embryon, relation macrocosme-microcosme, même explication de la formation du lait, idée que les semences contiennent des parcelles, liaison du côté droit au sexe mâle et du côté gauche au sexe femelle, rôle de la nourriture de la mère pour l'embryon, rôle des différents souffles pour l'accouchement, test de la validité du sperme.

En particulier, la thèse de l'homme comme microcosme à l'image du macrocosme que l'on trouve dans le *Régime* et le traité *Des semaines* existe aussi chez Caraka. Elle ne fait que reprendre le mythe des origines qui demeure encore partie intégrante de la civilisation indienne actuelle où «chaque nouvelle naissance représente une récapitulation symbolique de la cosmogonie et de l'histoire mythique de la tribu» (Eliade, 1963 : 49-50). L'origine du mythe remonte jusqu'aux textes védiques qui constituent l'une des plus anciennes sources de la période historique avec l'Égypte, la Mésopotamie et l'Asie Mineure.

A plusieurs reprises, j'ai signalé qu'à travers les *samhitas* de Susruta et de Caraka, on trouve des conceptions indiennes qui remontent à des époques antérieures au corpus hippocratique. «S'il y a eu transmission de doctrine ce devait être de l'Inde vers la Grèce et non l'inverse» (Thivel, 1981 : 321). Certes, ces «doctrines» étaient à l'état fragmentaire et les premiers systèmes dignes de ce nom sont ceux de

Susruta, Caraka, Bhela, etc. et il est difficile de préciser comment les influences se sont exercées. L'imprécision des datations des oeuvres indiennes, qu'elles soient médicales, rituelles, sacrificielles ou autres, contraint à la prudence. Seule la poursuite des travaux pourra nous éclairer. On sait que certains produits indiens étaient connus des A. H. (poivre, cannelle, cardamome, etc.) mais on a tout lieu de croire qu'une analyse comparative exhaustive de la thérapeutique gynécologique hippocratique et ayurvédique donnerait des résultats intéressants⁷

REFERENCES

Charaka Samhita transl. R. K. SHARMA and BHAGWAN DASH, based on Cakrapani Datta's Ayurveda Dipika, Varanasi, 1977.

P. CORDIER, *Etudes sur la médecine hindoue. Temps védiques et héroïques*, Paris, 1894.

⁷ DISCUSSION:

S. BYL signale que R. Joly a modifié son interprétation du *Régime* I 17, 3 relative à la période de fécondité de la femme. Dans l'édition publiée en 1984 dans le *CMG*, R. JOLY admet que la fécondité s'étend sur une période plus considérable.

J. BERTIER. Le fait qu'il y ait des similitudes entre pensées grecque et indienne implique-t-il nécessairement que l'une des deux ait exercé une influence sur l'autre? Le phénomène ne peut-il pas être le résultat de deux évolutions identiques réalisées indépendamment l'une de l'autre?

R. BERNIER. On peut croire effectivement que lorsqu'il s'agit de décrire ou d'expliquer une même réalité, les mêmes thèses puissent germer dans deux milieux indépendants l'un de l'autre. Cela est possible lorsque les niveaux et les milieux de culture sont fort semblables. Mais dans des civilisations très différentes les unes des autres tant par leur présent que par leur passé (je pense ici tout particulièrement à la période védique et à la pensée religieuse qui l'animait), cela semble peu probable. De plus, plusieurs des similitudes mentionnées portent sur des points de détails qui ne sont pas fondés sur l'observation mais ont une base purement conceptuelle (p. ex. liaison du côté droit au sexe mâle et du côté gauche au sexe femelle, test de la fécondité du sperme, etc.). On peut signaler que l'embryologie chinoise ancienne ne présente que peu de similitudes avec la pensée grecque, contrairement à l'embryologie indienne.

J. BERTIER. Pour quelle raison l'avortement était-il interdit dans l'Inde ancienne?

R. BERNIER. Tout simplement par respect de la vie. Un tel respect existe encore aujourd'hui en Inde. Il est en partie associé à la croyance en la transmigration des âmes. Mentionnons que l'acte de procréation était accompagné de tout un cérémonial socio-religieux qui avait pour but la production d'un enfant normal et sain, de préférence de sexe masculin.

- CH. DAREMBERG, «Recherche sur l'état de la médecine durant la période primitive de l'histoire des Indous», *L'Union médicale*, 1867, pp. 161-168; 342-346; 455-460.
- M. ELIADE, *Aspects du mythe*, Paris, 1963.
- J. FILLIOZAT, *La doctrine classique de la médecine indienne*, Paris, 1949.
- Garbha Upanishad*. A brief sanskrit Treatise on Ancient Indian Embryology by N. H. KESWANI and N. K. BHIDE, *Clio Medica*, 1965, I, 65-74.
- V. HENRY, *Le livre XIII d l'Atharvaveda*, Paris, 1891.
- V. HENRY, *Les livres X, XI, XII de l'Atharvaveda*, Paris, 1896.
- A. F. R. HOERNLE, *Studies in the Medicine of Ancient India. Osteology of the Bones of the Human Body*, New Delhi, 1907.
- J. JOLLY, *Indian Medicine*, Poona, 1951.
- R. JOLY, *Recherches sur le traité pseudo-hippocratique du Régime*, Paris, 1960.
- W. KIRFEL, *Die fünf Elemente insbesondere Wasser and Feuer*, Waldorf-Hessen, 1951.
- E. LESKY, *Die Zeugungs- und Vererbungslehren der Antike und ihr Nachwirken*, Wiesbaden, 1950.
- R. F. G. MÜLLER, «Die Medizin in Rig-Veda», *Asia Major* 6, 1930: 315-376.
- R. F. G. MÜLLER, *Altindische Embryologie*, Leipzig, 1955.
- Susruta Samhita. Anatomical and Obstetric Considerations in Ancient Indian Surgery based on sarira-sthana* of C. D. SINGHAL and L. V. GURU. Allahabad, 1973.
- Sushruta Samhita* transl. K. K. BHISHAGRATNA, 3 vol. Varanasi, 1963.
- A. THIVEL, *Cuide et Cos? Essai sur les doctrines médicales dans la collection hippocratique*, Paris, 1981.
- P. TIWARI, *Ayurvediya Prasuti-tantra evam stri-roga*, Varanasi, 1986.
- M. WINTERNITZ, *History of Indian Literature*, Varanasi, 1967, v. III, p. 11.

Doing without hypotheses: the nature of *Ancient medicine*

J. R. HANKINSON

(*University of Texas at Austin*)

What is not in dispute is that the author of *Peri archaías iatrikês*, generally known in English as *On Ancient Medicine* (*Vet. Med.*), took issue with an innovative school of medical theorists of his day over the matter of whether medical science should make use of things called *hypotheses*, and advocated instead a sort of empiricism in matters medical. However, much else remains obscure or controversial. There seem to me to be four principal questions to be considered. Firstly (1) just what has the author got against hypotheses? ¹ And (2) what, in any case, *is* an hypothesis? Then (3) how does the author's own method differ from that he opposes? In any case (4), is he really offering an alternative *method* rather than simply a different version of the same one? I shall be dealing, at greater or lesser length, with all of these questions; but the latter two will be the focus of my principal concern.

Just what the author might mean by *hypothesis* depends in part on when he was writing. Jones and earlier scholars tended to assign *Vet. Med.* to the late fifth century: but their reasons for doing so seem tenuous to say the least; and the first half or the fourth century seems to be altogether more probable ². If that is right, and the word has

¹ I shall render *hypothesis* by its common transliteration; "postulate" is sometimes preferred (e.g. by W.H.S. JONES in the Loeb Classical Library edition *Hippocrates* I, Cambridge Mass.-London, 1923); and perhaps "assumption" is also a possibility. But for reasons which will become apparent, I do not think that any English rendering has precisely the right sense - and while "hypothesis" in its modern scientific sense of "testable but unconfirmed theory" is certainly misleading, it is, I think, no more so than any of the alternatives.

² JONES, *op. cit.*, p. 5, writes: "the reference, in Chapter 15, to participation (*koinōneîn*) in *eidē* and to 'absolute existences' (*autō ti eph' heoutōū*) might lead a critic to infer that the writer lived in the age of Plato. But there are two insuperable difficulties to this hypothesis. One is that in Chapter 20 the word *sophistēs* is used in its early sense of 'philosopher', which implies that the writer lived before Plato attached to the word the dishonourable meaning it has in later Greek." (Jones's second reason is that the theories

already developed a variety of not entirely compatible senses³. Indeed, if we look only to Plato as providing the most comprehensive contemporary collection of cases, the word appears to have a wide range of connotation⁴, although the central sense, of an assumption used as a basis for further deductions, seems reasonably secure. Thus in *Meno*, faced with the question “is virtue teachable?”, and having arrived at the usual Socratic *impasse*, Socrates offers to treat of the issue “as the geometers frequently make their investigations” by hypothesis (*Men.* 86 e), and then offers two “hypotheses” which may serve to advance the argument: the first is that virtue is knowledge (*Men.* 87 b-c), the second that virtue is good (*Men.* 87 d: this is perhaps a case of “hypothesizing another hypothesis, the best of those above”: *Phd.* 101 d)⁵. However, this is not particularly helpful in our context.

Better, I think, is the passage of *Rep.* V, 510 c - 11 d, where Plato castigates the geometers for treating as *archai*, or self-evident first principles, assumptions which should have the status of mere hypotheses. Plato outlines, admittedly in infuriatingly vague and imprecise terms, a procedure for treating the hypotheses *as* hypotheses, and using them

the author is apparently attacking are derivatives of those of Empedocles and Anaxagoras - but this in itself shows nothing). It seems to me that the use of *sophistēs* in a non-pejorative sense is still possible in Plato's time (cf. *Isoc. Antid.* 251); but even so, it is *not* clear that our author's usage in Ch. 20 is not meant to be subtly derogatory. Furthermore, it seems impossible that any writer of the fifth century could use the term *philosophiē* (*Vet. Med.* 20) (*CMG* I 1, 51.10) (I 620 L.) in the way our author does. The evidence, then, suggests a date at the very least contemporary with Plato. J. JOUANNA, in the introduction to his recent Budé edition (Paris, 1990), also prefers an earlier date, placing the text at the very end of the fifth century; I did not have the chance to consult his work before writing this article - but a brief examination of his reasons for such an assignment have not convinced me of their probative strength.

³ In Aristotle, indeed, it is far from clear what the meaning of the term is: *Post. An.* I 2, 72 a 14 ff. implies that *hypotheseis* are a sub-class of *theseis*, or posits, which are defined as “immediate deductive principles which cannot be proved”, i.e. as axioms in the modern sense (Aristotle, in this passage, reserves *axiōma* for the things “which it is necessary for anyone who is going to learn anything to grasp”: he is thinking of the Principle of Non-Contradiction, and other “Laws of Thought”; cf. *Metaph.* IV 4-6); *hypotheseis* are those which make an assertion that something is or is not the case (and are contrasted with definitions, which Aristotle says make no such claims). It used to be more or less universally held that these items were existence-assumptions (“there are horses”; “horses exist”), which, in conjunction with definitions (“horses are whinnying mammalian quadrupeds”) generated the syllogistic structure of knowledge. But J. BARNES, *Aristotle's Posterior Analytic*, Oxford, 1975, pp. 103-4, produces evidence that suggests that, Aristotle's examples and *Post. An.* I 10, 76 b 3-22 notwithstanding, this is too restrictive a categorisation: he cites *Phys.* VIII 3, 253 b 5 “where it is a supposition of natural science that nature is a source of change”. In this passage, a *hypothesis* appears to be a working assumption of a science which is not challengeable from within the science itself, although not necessarily immune from all challenge; at *Phys.* II 3, 195 a 18, the word simply means “premiss”.

⁴ See R. ROBINSON, *Plato's Earlier Dialectic*, Oxford, 1953³, chs. 7-13, for a very full, and extremely brilliant, analysis of *hypothesis* in *Meno*, *Phaedo*, *Republic* and *Parmenides*.

⁵ This passage, which is not without obscurity, is well discussed by ROBINSON, *op. cit.*, pp. 114-22.

as stepping-stones on which to ascend to an ultimately unhypothesized first principle, from which the deductive path can then be retraced, this time setting the whole science on firm foundations (it seems reasonably clear that Plato is thinking of a kind of transcendental argument - it is much less clear *what* kind, if indeed he had any clear idea himself).

An hypothesis, then, is an assumption which plays some role in an argument or explanation; and the purpose of hypothesizing *p*, say, where *p* is equivalent to some proposition under discussion *q*, is to see what needs to be true in order for *p* to be true, and hence what needs to be true in order for *q* to be true. An assumption of the procedure is that *p* is somehow more readily tractable than *q*, although their equivalence is supposed (in some sense) to be evident.

Some aspects of this analysis can be transferred to *Vet. Med.*; but such a transfer is of limited theoretical interest only. First and foremost, the *hypotheses* of which our author complains are indeed assumptions of a sort - but precisely *what* sort is far from clear. Let us first take stock of what he says about them in the opening chapters of the treatise. In the first sentence of our text, our author speaks of

[1] “hypothesizing for themselves as an hypothesis for their argument ⁶ the hot, the cold, the wet, and the dry, or anything else they want, narrowing down the principle of the explanation of diseases and death for men and hypothesizing one or two things in all cases” (*CMG I* 1, 36.2-6) (I 570 L.).

Here it seems that an hypothesis is an allegedly explanatory principle, of great generality, which is supposed to unify a set of apparently disparate phenomena (it is these features which seem to me to make “hypothesis” a not entirely unacceptable translation); although the passage suggest that what are hypothesized are *entities* (material principles) rather than postulates, or principles in the propositional sense (which of course renders such a translation at best one of art):

At the end of the chapter, the author writes:

[2] “for this reason I have not considered it (i.e. medicine) to be in need of a new-fangled hypothesis ⁷ in the same way as the unclear and

⁶ Or just possibly “hypothesizing for themselves by reason a hypothesis...”

⁷ Or, reading *kenês*, with M and Jones, an empty hypothesis; Jones, *op. cit.*, p. 14, n. 1 adopts the reading on the grounds that “the writer’s objection is not that the postulate is novel, but that it *is* a postulate”. But elsewhere our author stresses that the advocates of the hypothetical method are moderns: at *Vet. Med.* 13 (*CMG I* 1, 44.8-9) (I 598 L.) he refers to them as those “who seek out the art after the new fashion (*tôn kainôn trópon*), on a hypothesis”.

problematic things are, concerning which it is necessary (if one is to try to say anything) to rely on an hypothesis, as in the case of things in the sky or below the earth ⁸, if someone were to state, even know, how these things are, it would be clear neither to the speaker himself nor to his audience whether what he said was true or not. For there is nothing which can be brought to bear upon it which would give clear knowledge” (*CMG* I 1, 36.15-21) (I 572 L.).

Here the principal feature of hypotheses seem to be their untestability, or perhaps more accurately their resistance to conclusive proof; in regard to the obscure regions of meteorology and seismology, one may perhaps say something truly, and hence (in a sense) know the truth - but one cannot know, as Xenophanes (*Fr.* 21 B 34 D.-K.) might have put it, that one knows it. Such cannot be the condition of medicine, in which knowledge has been achieved, something confirmed by the fact that medicine is a *technē*, it has a success-rate, and there clearly can be better and worse practitioners of it (this latter is of course a Hippocratic commonplace).

Finally, after having run through the reasons for thinking that medicine is indeed a perfectly respectable empirical science and one whose subject matter is in no way obscure, but perfectly open and ready to hand, our author concludes:

[3] “and so for these reasons these things [i.e. medical matters] have no need of an hypothesis” (*CMG* I 1, 37.18-19) (I 574 L.).

This does not mean that while medicine does not need hypotheses, it could still make use of them: rather the claim is that hypotheses can have no place at all in medical science, as is confirmed by *Vet. Med.* 2 (*CMG* I 1, 37.4-9) (I 572 L.).

Putting these texts together, in answer to question (2) above, hypotheses are apparently explanatory devices, of great generality, suitable for use only in cases where the subject-matter is inherently obscure - and perhaps as text [2] suggests, even in those cases they can confer no genuine knowledge - but which are in any case quite superfluous to medical practice (which answers questions (1), at least provisionally). So let us turn to the third and fourth of my original questions.

Our author insists, in an admirably empiricist manner, on observation, clinical record, and practice as means to the discovery of the appropriate regimen for human beings in sickness and health. Indeed,

⁸ Studies of these things became proverbially obscure after Aristophanes satirized Socrates for inquiring into them; see *AR.*, *Nu.* 188-94, 225-34; *PL.*, *Ap.* 19 b-c, 26 d-e.

medicine is for him an offshoot or branch of general dietetics; *Vet. Med.* 3-12 (CMG I 1, 37.20-44.7) (I 574-98 L.) gives a lengthy (and independently extremely interesting) account of this development. But, it has often been noted, in spite of his aversion to arbitrary hypotheses, grand and inherently untestable theoretical structures, our author himself apparently makes use of assumptions no less arbitrary and speculative (so, e.g., G. Lloyd in his *Magic, Reason and Experience*, Cambridge, 1979, pp. 146-9, a passage from which I quote below) than those of the people he castigates. For instance, at *Vet. Med.* 14 (CMG I 1, 45.5-46.1) (I 600-2 L.), he writes:

[4] “Indeed I know that it makes a difference... whether the bread be of bolted or unbolted flour, of kneaded or unkneaded wheat... [5] The powers (*dynamies*) of each of them are great and different from one another... For man is affected and altered by each of these things in one way or another: [6] and the whole of regimen is based on these things, for the healthy, the convalescent, and the sick. So there could not be anything more useful and necessary to know than these things, and how the first investigators, researching properly and with the reasonings appropriate to the nature of man, discovered things... [7] For they did not consider the dry, the wet, the hot or the cold, or any of these things either to harm or to be of any use to man, but rather they thought that the strength of each thing, being more powerful than the nature of man which failed to overcome it, did the harming.. [8] The strongest of the sweet is the sweetest, of the bitter the bitterest, of the sharp the sharpest, and there is an extreme of each of these internal things. For they saw that these things were internal to human beings, and were harmful to them; for there is in humans salt, bitter, sweet, sharp, astringent and insipid, and countless others possessing powers varying in number and strength.» [The numbers in square brackets are inserted simply for ease of reference].

All this seems pretty theoretical, especially in its talk of powers (the author later defines a power as “intensity and strength of humours”, a definition itself apparently theoretical in tone: *Vet. Med.* 22 (CMG I 1, 53.2-3) (I 626 L.)), and in particular in the claims of [8] regarding the various opposing properties and their strengths. The notion of strength, indeed, seems to be of paramount importance. In the description of the discovery of medicine and dietetics in chs. 3-6, our author writes:

[9] “they (i.e. the people of former times) suffered many and terrible things on account of their strong and bestial regimen, eating raw and un-mixed things which possessed great powers” *Vet. Med.* 3 (CMG I 1, 38.3-5) (I 576 L.).

Whatever one makes of the fanciful historical claims the writer makes about the rigours of life before the discovery of dietetics, it is clear that he takes the idea of strength here to be a matter of completely uncontroversial empirical observation. No theory underpins the notion

at all - we do not need to resort to theorizing in order to give the concept flesh. It is just to be taken as given that stronger foods are those which are the more difficult for the body to deal with, the weaker foods those which are more easily assimilated. Now, discerning which *they* are is clearly a matter for empirical investigation. Our author nowhere suggests that a food's strength or weakness can be inferred *a priori* from its colour, or its weight, or its name - although empirical connexions can be established on the basis of which we may hypothesize (in a neutral sense) what the distinguishing features of strong foods are, and hence licence us to predict, in a given case, whether or not some previously unencountered food will be strong or weak. In fact, our writer indicates, it is foodstuffs which are raw and unblended ([4]-[5]) which are in general strong - but that is something that has been *discovered*, not something that has been inferred (the author is, of course, largely correct, at least as regards ease of digestion).

So in the case of strength he can be acquitted of making use of an undefined, empirically inadequate term. He does not, however, simply fall back on the blanket recommendation of weak food (gruels and the like); if that were possible, he says, the art would be easy: *Vet.Med.* 9 (*CMG* I 1, 41.10-13) (I 588 L.). Rather men require a balance of foods, and furthermore what is suitable to one will not necessarily be suitable to another — for human beings differ from one another in regard to the strength of their constitutions. But what is important, he feels, is the overwhelming empirical support available for the claim that proper regimen, both in sickness and in health, involves relating two continua; that of the relative strengths of food (ranging from raw, undiluted, unbroken grains and meats on the one hand to thin, heavily cooked gruels on the other), and that of the relative strengths of individual people (which is itself part of a continuum involving other animals): and this continuum is further to be divided into two axes, that relating the particular normal constitution of an individual to those of others (hence someone may have naturally a better or worse digestion, a greater or lesser resistance to fevers than the ordinary run of humanity), and that relating particular stages of an individual's constitutional history the one to the other (hence someone may now in better or worse condition than they generally are). What the competent physician and dietician does is relate the data concerning the two continua in particular cases. This is not, of course, in itself either particularly unusual or particularly sophisticated in the Greek milieu of the time — after all Aristotle famously uses the example of Milo of Croton the wrestler, for whom it would be perfectly appropriate to eat meals quite unsuitable for ordinary mortals like you and me, in order to illustrate his point that the proper means in moral action are relative to the people concerned (indeed, Aristotle presents it as a com-

monplace of sports medicine of the time: *Nic.Eth.* II 6, 1106 a 36 ff.)⁹ In summary: foods come in differing strengths, which can be determined (at least approximately) by long empirical investigation; human beings too come in varying degrees of robustness; and each individual human being's robustness itself varies across time. The doctor needs to be aware of these principles (which are in a sense theoretical); but he also needs to know their empirical cash-value — just which sorts of food are strong, and what are indications of weakness, either constitutional or morbid, in human beings.

My main suggestion, then, is this. Insofar as the author of *Vet.Med.* embraces theory, it is theory of a recognisably empirical type. The theory merely intends to establish connections between a variety of recurrent features of the world, and to assign to them a rough comparative value. The latter procedure is difficult, however, because.

[10] “you will not find any measure, either of number or weight, in respect of which one will ascertain precise truth other than the sensations of the body. And for this reason it is a task to find things out so precisely that only a few scattered mistakes are made. Indeed I strongly commend the doctor who only makes small mistakes. Perfection is infrequently seen”. *Vet.Med.* 9 (*CMG* I 1, 41.20-4) (I 588-90 L.)

It would be interesting and instructive to analyze the modes of reasoning either presupposed or explicitly employed by our author in his development of (or rather his rational reconstruction of the development of) the empirical hypotheses of medical and dietetic practice — but such a project is beyond the scope of this paper. I shall content myself with the assertion, which I hope to be able to back up on another occasion, that none of them would fall foul of a line of demarcation which the author himself suggests to rule out of account certain types of theorizing. These types of theorizing are, of course, those he castigates as being based on “new-fangled hypotheses”.

So let us return to the principal concerns of this paper. A little while ago, I attempted to acquit our author of the charge that his introduction of such concepts as powers and strengths was illegitimate according to his own methodological strictures. That acquittal took

⁹ The connections between doctrines of the mean in medicine and ethics are complex and fascinating: see W. JAEGER, “Aristotle's use of medicine as a model for method in his ethics”, *JHS* 77, 1957; D.S. HUTCHINSON, “Doctrines of the mean and the debate concerning skills in fourth-century medicine, rhetoric and ethics”, in R.J. HANKINSON (ed.) *Method, Medicine, and Metaphysics (Apeiron* 21 2), Edmonton, 1988. Our author writes: “it is necessary to aim at some measure (*metron*)”; 9 (*CMG* I 1, 41.19-20) (I 589 L.).

the form of trying to show how, while in a clear sense theoretical terms, they were not purely *a priori* assumptions taken on board with no concern for empirical adequacy — and nor were the general interrelations established on the basis of them mere empty definitional postulates. After determining, for instance, that the effect of foodstuffs on an individual is a function of the strength of the food measured against the robustness of the individual (this can even be expressed as a formula: $E = S/R$), it still remains to put experimental flesh on the theoretical skeleton, to discover, that is, just *what* types of food are strong, and *which* constitutions better able to resist them. When he writes that

[11] “all the causes of pain can be reduced to the same thing, that it is the strongest foods which most greatly and most obviously harm human beings, whether they be healthy or sick”. (*Vet.Med.* 6 (*CMG* I 1, 40.9-11) (I 584 L.).

He is not merely uttering an empty analytic truth, but is rather making an empirical claim, and one capable of empirical justification (it is of course too sweeping — but that objection is, for our purposes, of limited moment, since it is not theoretical). It is of importance that, properly interpreted, our author has no quarrel with explanations of a high level of generality — this is one feature of the hypothetical method that he does not attack — at least given that the generality obtained is not empty.

But there is still more work to be done. Crucially, can we justify on our author’s behalf the introduction of categories such as the sweet and the bitter (cf. text [8] above) into key causal roles in the theory? There are a number of issues to be considered. In [8] 14, ((*CMG* I 1, 45.23-46.1) (I 602 L.)), he claims that the strongest in the category of the sweet is the sweetest (and in general seems committed to the view that, within any graduated category of *F*-type things, the strongest will be the most *F*). Now, that assumption may seem harmless enough, indeed perhaps even trivially true — strength of a quality just *is* its concentration. But this will not do. The strength in question is *causal* strength, the ability adversely to affect the body, and it certainly does not follow that what is most *F* for any determinable value of *F* will be the strongest in that sense: for *F*-ness may be quite irrelevant to any pathogenic qualities (the whitest foods would turn out to be the strongest, for instance, of those in general category of the pale). But here again it is important to read our author’s contention *not* as simply a piece of *a priori* theorizing. He is not asserting that, in any determinable category you care to mention, the best or most complete exemplars of that category will be causally the strongest in his sense. Rather he holds that, if any particular quality is found to be associated

with a particular type of harmful effect, then an increase in its concentration will increase its effect. That, too, is a theoretically-loaded claim, and it is one that can be attacked, at least in its full generality (it ignores the possibility of causal thresholds); but it too is susceptible of empirical testing. If drinking unsweetened lemon juice is associated with acid indigestion, and there is a link between the quantity and concentration of it on the one hand, and the severity of the affliction on the other, then it is indeed plausible to infer a quantitative causal connection. Our author nowhere implies that such inferences will be in all cases straightforward — indeed he counsels against over-confident causal ascription on the basis of insufficient evidence (*Vet.Med.* 21 (CMG I 1, 52.17-27) (I 624-6 L.)).

I want to turn now to what seem to me to be the most important passages regarding the author's hostility to the hypothetical method. He writes, after the lengthy excursus on the actual properties of foods and their interrelations which have occupied chs. 8-12:

[12] “if there is some hot, cold, wet, or dry which harms a man, then the proper medical practitioner should treat cold with hot, hot with cold, wet with dry and dry with wet”. (*Vet Med.* 13 (CMG I 1, 44.11-13) (I 598 L.)).

It is not clear whether our writer *endorses* the treatment of opposites with opposites, or merely ascribes it to his opponents, although he only needs to do the latter (ultimately this will not matter, for reasons I shall sketch later). He goes on to outline a case involving a man of weaker than average constitution who eats strong foods (uncooked unmilled grain and raw meat). Now it is taken as a given (presumably one agreed on all sides) that such a diet will have unfortunate, probably fatal, consequences. But, he continues:

[13] “what remedy should be prescribed for someone in this state? hot, cold, dry, or wet? Clearly one of these, since if the harmful agent is one of them, it must be countered with its opposite, as their theory has it... [here our author remarks that the sensible course would obviously be to moderate his diet, with baked bread for instance in place of raw grain, irrespective of such theories] What will we say? That hot things should be administered as he was suffering from the cold, or the opposite?... In preparing the bread, did he remove the hot, the cold, the dry, or the wet? That which has been exposed to fire and water, and compounded of many other things each of which has its own nature and power, has lost some properties, and has been combined and mixed with other” (*Vet.Med.* 13 (CMG I 1, 44.18-45.4) (I 598-600 L.)).

The complaint is basically three-fold: (1) there is no way to ground the claim that any particular one of the alleged theoretical entities is as a matter of fact responsible for what has happened; (2) the theoretical entities are in any case superfluous — they can do no expla-

natory work which cannot be done at the level of reference to the ordinary foods which are supposed to embody them; and (3) in any case, if we are to construe hot, cold, etc. not as purely theoretic entities, but as their ordinary language correlates, it is unclear which of them has as a matter of fact been affected by the cooking and mixing process¹⁰ (indeed, our author will accept hot and cold in their ordinary senses: in that case his objection is that those phenomenally available properties in fact correlate very poorly with the actual run of diseases and their cures: chs. 16-19 develop this theme, and contain much of interest and relevance which I cannot pursue here)¹¹.

What distinguishes our author's preferred categories (sweet, bitter, etc.) from the hot and the cold, the wet and the dry, as they are employed by the new hypothesizers, is precisely that sweet and bitter are for him phenomenal properties. Something is sweet in this sense just in case it *tastes* sweet. HCWD, on the other hand, as urged by their partisans, are non-phenomenal, and are only tenuously linked to their phenomenal homonyms. Consider this from ch. 15:

[14] "I am at a loss as to how people who adopt this position and depart from this [i.e. the traditional] way to make the art hypothetical can treat human beings, since I don't think they have isolated anything that is in itself hot, or cold, or dry, or wet, and does not participate in any other form. Rather I think they have the same foods and drinks as everyone uses, but assign to them the hot, the cold, the dry, and the wet, since it would be pointless to enjoin a patient to be administered something hot. For immediately he will ask; 'what?'".

The point is twofold; either HCWD have their ordinary, phenomenal senses (it *feels* hot), or they are being used in some altogether remote theoretical sense (I leave aside the possibility of the remote senses standing in *some*, possibly causal, relation, under suitable transformation conditions, to the phenomenal senses). If the former, then as a matter of empirical fact, such properties are of little diagnostic or therapeutic import (see n. 11 above). But if the latter, then they are useless, even as items of theory — we learn nothing from the assign-

¹⁰ The reference to the effects of fire and water on the raw grain may not be casual: after all, on the standard Aristotelian model fire is hot and dry, while water is cold and wet — hence moistened and cooked flour has been subjected to all four alleged basic elements (I am grateful to my colleague S. White for pointing this out in discussion).

¹¹ But effectively his argument is that (phenomenal) heat and cold, while frequently correlated with certain types of malady, are causally unimportant; one reason for this is that heat and cold are spontaneously corrected by the body (and hence in general require no therapeutic intervention); another is that, in the case in which heat (for example) is correlated with some morbid condition, it is always in association with other properties (bitter, acid, etc.), and comparative study will show that it is the latter which are causally significant. I hope to be able to treat of all of these issues in much greater depth on another occasion.

nation of such “theoretical” terms to evident concatenations of evident properties which actually form the basis of scientific generalizations. Such a procedure is at best redundant, and at worst inimical to good practice in that it encourages people to think that they have said something important or illuminating where they have not in fact done anything of the kind.

G. Lloyd has written:

“It is true that this doctrine [sc. that of our author referring to salt, bitter, sweet, etc.] is more complex than those he rejects... Yet it is otherwise open — we should say — to very similar objections. The ‘salty’, the ‘bitter’, and so on, are left vague and ill-defined. Although the writer’s ideas about isolating the operative factors in pathological conditions are admirable, he does not, in practice, follow his analysis through... his own interpretation of the effective ingredients is, we might say, almost as arbitrary and dogmatic as that in terms of the hot, the cold, the wet and the dry.

The difficulties the writer encountered, in attempting to bring evidence for his theories, emerge from two passages in particular [I discuss these immediately below]... The writer... has, then, not just a general ideal that theories should be testable, but also a particular method of approach. Given that it was not feasible to investigate what goes on inside the body directly, he has an alternative procedure to propose, that of studying the changes that take place outside the body and drawing inferences — by analogy — concerning what happens inside it. Yet the gap between theory and practice is still wide... The writer’s insistence on excluding arbitrary postulates from medicine, admirable as it is as an expression of the need to challenge assumptions, represents a quite impracticable ideal. In practice, the conceptual framework of his theories is not much less purely speculative than that of those of his opponents”. (*Magic, Reason and Experience*, Cambridge, 1979, pp. 147-9).

We have already seen reason to take issue with much of that analysis. I want finally to consider briefly some aspects of the author’s “experimentalism”, insofar as it bears on the issue of whether our author’s theoretical presuppositions are somehow less arbitrary than those he opposes. In chapter 15, in the course of trying to show that HCWD are causally and hence therapeutically irrelevant, he writes;

[15] “It will make a difference if he administers something hot and astringent or something hot and insipid (or equally the cold and astringent... or the cold and insipid). For I know that absolutely opposite effects result from each of them, not only in humans but also in leather or wood, and in many other things much less sensitive than humans”. (*Vet. Med.* 15 (CMG I, 47.3-8) (I 606 L.)).

I have no space fully to analyze the causal assumptions at play here,

and their acceptability or otherwise:¹² but the basic point is straightforward. Effects fall into categories determined not by hot and cold, but by astringent and insipid (it is hinted that hot and astringent will have the same type of effect as cold and astringent — and similarly for hot and cold insipid).¹³ That is clearly an empirical claim. What “experiment” does he have in mind? Simply, I suggest, those involving the obviously corrosive effects of astringent liquids. You can just see this sort of thing happen to wine-skins and mixing-bowls; human tissue is not radically different from them in type — and hence this will happen to humans too. And this is borne out by actual indigestive experience.

Equally, consider the brief, puzzling remarks of chapter 24:

[16] “If a humour that is sweet changes form not by admixture, but of its own accord, what quality will it first become: bitter, salt, astringent, or acid? Acid, I think. Thus the acid humour will be next least appropriate to administer where the sweet is the least appropriate. If someone is able to happen upon something by external investigation, he will always be able to choose the best of all”. (*Vet.Med.* 24 (*CMG* I, 55.7-13) (I 634-6 L.)).

The author suggests that some spontaneous alterations of humour can take place, and implies that in order to make the best therapeutic inferences, these spontaneous changes must be taken into account; and he suggests that we can infer what will happen inside the body from evident events outside it. What is he thinking of? Quite clearly the process in which milk turns sour, or wine turns to vinegar. These are, in the appropriate sense, spontaneous — and it makes sense to think that such processes will take place too inside the body. There is nothing arcane about these procedures, nothing out of the ordinary about the effects described. No special observations need to have been made (and hence Lloyd’s scepticism as to whether the investigations were carried out is misplaced); what the author urges, in effect, is that we should apply our perfectly quotidian knowledge of the effects of juices (classified according to their phenomenal types) both upon themselves and upon particular sorts of tissue, to our therapeutic theory.

¹² Note briefly however how the final analogy depends upon it being the case that the humours will have similar types of effect of leather and wood as they do on human tissue, although not to the same degree — the possibility that the type of effect (and not merely its intensity) might be different for different types of tissue is not canvassed; and no reason is given for the assumption. It is, in context, defensible I think — but its defence will have to wait upon another occasion.

¹³ There may of course be a difference of *degree*; hot acids being the more powerful. But that does not affect the plausibility of our author’s analysis.

This is, it seems to me, a perfectly reasonable empiricism; and this is, basically, what doing without hypotheses amounts to. It does not entail doing away with theory altogether — it merely dictates what the limits of effective theorizing may be, and what sorts of term should figure in the theories themselves. Of course, our author has not said the last word on therapy (he does not pretend to have done); nor, more importantly, would we be inclined to think that he is right in his view that all of therapy is basically dietetic. There are, indeed, unjustifiable assumptions at work at the basis of his belief in the completeness of his method. But the unjustifiable assumptions he makes are not to be lumped together with the type of assumption he himself criticizes — for they are of quite a different kidney. Whatever his failings, our author is not, as he is often alleged to be, susceptible of the same sort of criticism as that which he aims at his opponents.

La sensation-perception dans le *corpus* hippocratique

HÉLÈNE IOANNIDI

(C.N.R.S., Paris)

Désespérant de trouver par mes propres moyens un thème bien délimité, j'ai demandé au Prof. Jouanna de choisir pour moi. Il m'a proposé d'étudier la sémantique de l'αἴσθησις i.e. de la sensation. Or dans son *Dictionnaire* (ἀΐω I) P. Chantraine traduit αἴσθησις par «perception, connaissance», «objet de la perception» et réserve le sens de «sensation» au terme de αἴσθημα, qui ne figure pas dans la *CH*. Ma recherche est d'emblée régie par la question «sensation ou perception?», et la réponse à cette question est que l'αἴσθησις recouvre indistinctement nos notions de sensation et de perception. La différence entre ces deux notions n'a aujourd'hui encore pas trouvé de définition scientifique; cependant la nécessité d'une distinction s'impose à tous: la perception implique une intervention mentale. Ce qui n'est pas le cas de la sensation.

La *Concordance* donne 43 occurrences de αἰσθάνομαι, 14 de αἴσθησις, 5 de αἴσθομαι, 2 de ἀναισθησία, 7 de ἀναίσθητος, 3 de ἀναισθήτως, 2 de ἐπαισθάνομαι, 1 de εὐαίσθητος, 1 de καταισθάνομαι, 1 de προαισθάνομαι. Le L.S.J., le Bailly et le Chantraine donnent le terme αἰσθητήριον comme figurant chez Hippocrate (*Vict.* IV, 86), mais il n'en est rien.

L'examen du vocabulaire de l'ἀναισθησία permet de constater que celle-ci va de la perte de la sensibilité à la stupidité¹ ou à la démence²; l'incapacité de réflexion est une extension de sens toute naturelle étant donné l'absence de discontinuité entre le physique et l'intellectif. Ce vocabulaire de l'ἀναισθησία inclut les passages où le verbe αἰσθάνομαι, à la 3^e personne indiquant le malade, est précédé de la négation. Un cas d'absence de réflexe nociceptif³: «si vous approchez

¹ *Ep.* XVII (21, 11 Putzger) (IX 378, 4 L.).

² *Ep.* X (5, 23 Putzger) (IX 324, 9 L.).

³ *Int.* 48 (VII 284, 18 L.).

le doigt des yeux, le malade ne s'en aperçoit pas (οὐκ αἰσθίησεται), attendu qu'il ne voit point». Absence de réflexe proprioceptif⁴: «Laisser aller des matières ténues sans le sentir (μὴ αἰσθανομένων) tout en ayant sa raison, est mauvais»⁵. Anesthésie hystérique en *Aphorismes*⁶?: ceux qui sont insensibles à la douleur affectant une partie de leur corps ont la *gnōmē* malade. L'insensibilité généralisée à tout le corps est rapprochée parfois du sommeil comateux⁷. Les *Vents* attribuent aux «vents» l'anesthésie des «apoplexies»⁸ et de la crise épileptique. Les *Prén. Coaques*⁹ donnent une explication de l'anesthésie rationnelle aux yeux de l'auteur, à la fois mécaniste et fantaisiste aux nôtres.

Le vague du sens et par conséquent la variété de la traduction sont encore plus grands dans les énoncés affirmatifs sur l'αἰσθησις. Le sujet est tantôt le malade tantôt le médecin. Il est à noter que le sens du verbe αἰσθάνομαι tend à englober celui de «juger» surtout s'agissant du médecin dans l'exercice de sa fonction. Exemples: «Elles (= les maladies qui font efflorescence à la surface du corps) offrent la possibilité de reconnaître par la vue et par le toucher la dureté ou la souplesse qu'elles présentent, ...»¹⁰; «... quand vous constatez qu'il se forme quelque tumeur de ce genre, ...»¹¹; «... l'art entend traiter une fois qu'il est informé ...»¹². A propos de la discussion sur l'expression τοῦ σώματος τὴν αἰσθησιν, cela pourrait être un argument en faveur de l'interprétation «sensation du médecin face au corps du malade»¹³, mais il faut reconnaître le poids de l'autre interprétation («sensation du malade face au régime qu'il ingère»). La *gnōmē* fonctionne comme un sixième sens: «ce qu'on peut percevoir en regardant, en touchant, en écoutant, en flairant, en goûtant, et en appliquant l'intelligence»¹⁴. Ou bien la *diánoia* prolonge la sensation et lui assure un fondement exact permettant le diagnostic et le pronostic¹⁵. Notre analyse montre à quel point le médecin est loin de se poser en homme de science la question de la sensation-perception-appréciation-par-le-jugement. Et pourtant les admirables pages consacrées par L. Bourgey à la médecine rationnelle restent toujours à relire. C'est que la médecine hippocra-

⁴ *Prorrh.* I 78 (V 530, 4 L.).

⁵ *Coac.* VII 35 (V 728, 14 L.).

⁶ *Aph.* II 6 (Loeb IV 110, 2) (IV 470, 18 L.).

⁷ *Epid.* VII 41 (V 408, 14-15 L.); *Epid.* V 2 (V 204, 13 L.).

⁸ *Flat.* 13 (*CUF* V/1.120, 14; *ibid.* 123, 8); (VI 110, 8 L.; *ibid.* 110, 23).

⁹ *Coac.* II 20 (V 672, 12 L.).

¹⁰ *de Arte* 9 (*CUF* V/1.235, 1-2) (VI 16, 8-9 L.).

¹¹ *Fist.* 2 (*CUF* XIII 138); (VI 448, 12 L.).

¹² *de Arte* 11 (*CUF* V/1.238, 9) (VI 20, 16 L.).

¹³ *VM* 9 (*CUF* II/1. 128, 13 et n. 8); (I 590, 1, L.).

¹⁴ *Off.* 1 (Loeb III.58, 6 Withington); (III 272, 45 L.).

¹⁵ *Ep.* XVII (19, 3 Putzger); (IX 368, 17 L.).

tique est un art aux normes exigeantes: le praticien doit assurer le bon fonctionnement de la continuité entre ses perceptions sensibles et son jugement.

Est-ce simplement par extension que αἰσθάνεσθαι se dit aussi de choses inanimées (récipients de terre cuite remplis de vin ou d'autres liquides ¹⁶; cuir et bois ¹⁷), au sens de «être altéré sous l'effet d'un agent extérieur»? A cette question, la réponse serait sans hésitation positive, si αἰσθάνεσθαι n'était utilisé également au sujet du cœur ¹⁸, du diaphragme ¹⁹ du cerveau ²⁰ de l'homme ²¹. Faut-il alors parler de traces d'«animisme» combattu à coups de rationalisation?

Voici enfin trois passages qui prouvent que αἴσθησις peut signifier exclusivement soit sensation soit perception:

Epidémies V ²² nous fournit un énoncé où la sensation est exempte de toute perception: un jeune ivrogne dort sous une tente; un serpent lui entre dans la bouche; il en a une sensation brute sans pouvoir deviner de quoi il s'agit: ὁ τι ἤσθετο οὐ δυνάμενος φράσασθαι. Il serre les dents et détache un morceau de serpent; il est pris de terribles souffrances et meurt. Dans *Préceptes* ²³, l'αἴσθησις a une claire représentation —elle est donc perception nette— et, en messagère, transmet cette représentation à la *diánoia*. Αἰσθάνομαι signifie percevoir et non avoir une simple sensation dans un passage de *Régime I* ²⁴ où il nous est expliqué pourquoi ceux dont l'âme est de révolution très lente, i.e. ceux dans l'âme de qui le feu est très nettement inférieur à l'eau, perçoivent convenablement ce qui est tactile, mais n'aperçoivent la qualité, i.e. n'identifient l'objet d'où émane la sensation visuelle ou auditive que s'ils connaissent cet objet d'avance.

Ce dernier passage fait partie de notre unique théorie médicale de la sensibilité-intelligence de l'âme (*Régime I* chap. 35-36) et il en constitue la partie la plus difficile à interpréter. L'élucidation est due à

¹⁶ *Morb. Sacr.* 13 (Lipourlis, 'Ἰπποκρατ.λατρική, Thessalonique, 1983, c. 16, 142, 3; 6; 10); (VI 384, 2 et 6 L.).

¹⁷ *VM* 15 (*CUF* II/1. 138, 14); (I 606, 13 L.).

¹⁸ *Morb. Sacr.* 17 (c. 20. 148, 4 et 7 Lipourlis; *ibid.* 148, 10); (VI 392, 19 et 21 L.; *ibid.* 394, 3).

¹⁹ *Morb. Sacr.* 17 (c. 20.4 et 7 Lipourlis; *ibid.* 146, 12); (VI 392, 19 et 21 L.; *ibid.* 392, 12).

²⁰ *Morb. Sacr.* 13 (c. 16. 142, 10 Lipourlis); (VI 386, 6 L.).

²¹ *VC* 2 (Loeb III. 10, 13 Withington); (III 190, 10 L.).

²² *Epid.* V 86 (V 252, 13 L.).

²³ *Praec.* 1 (IX 250, 5 L.).

²⁴ *Vict.* I 35 (*CMG* I/2, 4. 152, 31; 32; 33; 33; 35; 154, 1 Joly²) (VI 516, 10; 12; 13; 14; 14; 16-17 L.).

Jouanna ²⁵; et cette élucidation porte sur les deux notions centrales: περιόδος-αἰσθήσιες. Περίοδος désigne ici la révolution cyclique de l'âme centrée sur le ventre. Αἰσθήσιες désigne ici les parcelles sensibles qui, émanant des objets se précipitent sur les portes de l'âme, puis s'en éloignent avec une vitesse qui varie avec le canal emprunté. Cette élucidation était indispensable, parce que la constatation de l'influence exercée sur l'auteur du *Régime* par la doctrine empédocléenne rapportée par Théophraste ²⁶, influence constatée depuis longtemps, ²⁷ ne suffisait pas à rendre le texte médical pleinement intelligible. On a le choix entre deux hypothèses: 1) l'auteur du *Régime* n'a pas été capable d'exposer sa théorie de façon intelligible et n'en était pas conscient. 2) Au tout début de son ouvrage, l'auteur explique que parmi ses prédécesseurs certains ont fait des découvertes partielles justes et que lui-même utilisera ces découvertes partielles dans la construction de sa théorie originale, fondée sur la prodiagnose et qui présente l'avantage d'être une synthèse systématique; il pourrait donc s'adresser à un public familiarisé avec les doctrines présocratiques et capable de reconnaître les éléments que leur emprunte le *Régime*; un public qui ne connaîtrait pas ces doctrines de la façon lacunaire et indirecte dont nous les connaissons: «Une telle comparaison (entre *Régime* 35-36 et Théophraste, *De Sensu* 10-11) permet d'éclairer le compte rendu de Théophraste et de préciser la théorie de l'intelligence selon Empédocle» écrit Jouanna. Cette seconde hypothèse me paraît plus intéressante et plus féconde. L'auteur du *Régime* formulerait ses réflexions maladroitement, mais cela n'empêcherait pas ses contemporains de le comprendre.

Pour finir, soulignons que dans cette théorie, il y a intellection lorsque l'âme saisit les αἰσθήσιες et les «digère». Un régime approprié stabilise ou améliore le fonctionnement de cette αἴσθησις - φρόνησις. Or le livre I se termine par le chap. 36 qui traite des qualités affectives et morales de l'âme, telles que l'irascibilité, la malveillance,... Le régime est sans effet sur ces affects car ceux-ci ne s'expliquent pas par la perfection et les six degrés d'imperfection du mélange feu-eau qu'est le fluide de l'âme. L'auteur a peut-être eu des raisons subjectives d'adopter cette attitude ²⁸. Mais il importe de noter que nulle part dans le *CH* le vocabulaire de l'αἴσθησις ne s'applique aux affects. Je n'ai

²⁵ REG 79, 1966, pp. XV-XVIII.

²⁶ THPHR., *Sens.* 10-11 (D.-K. 31 A 86, I pp. 302-3). Je remercie vivement L. Brisson de m'avoir fait lire G. M. STRATTON, *Theophrastus and Greek Physiological Psychology before Aristotle*, London-New York 1917. L. B. m'a constamment soutenu le moral.

²⁷ v. R. JOLY, *Recherches sur le traité pseudohippocratique du Régime*, Paris, 1960, pp. 88-9.

²⁸ v. JOLY¹ (*CUF*, n. 2 à la p. 34 et n. 2 à la p. 35); JOLY² (*CMG* p. 261, n. à 156, 24).

pas fait de recherche sur ce vocabulaire ailleurs. C'est l'une des raisons que j'ai d'avouer avoir traité mon sujet partiellement. Mais je ne peux pas ne pas citer un texte aristotélicien²⁹, où le v. αἰσθάνεσθαι s'applique aux affects: «C'est un fait d'observation: dans la plupart des cas, l'âme ne subit aucune passion et n'accomplit aucune action qui n'intéresse le corps: tels la colère, l'audace, le désir, en général la *sensation*». D. Andriopoulos déclare: «Les anciens philosophes développèrent leurs théories pour éclaircir des problèmes gnoséologiques; à l'exception du *De Anima* d'Aristote dont la principale visée était de fonder une psychologie systématique»³⁰. L'auteur du *Régime* ajoute une confirmation à cette analyse du Prof. Andriopoulos³¹.

²⁹ ARIST., *de An.* I 1, 403 a 7, texte de A. Jannone, trad. E. Barbotin, (CUF 1966, p. 3, 23-27).

³⁰ D. ANDRIOPOULOS, *Αρχαία Ελληνική Γνωσιοθεωρία (Sense and perception in Greek Philosophy*, W. Green, USA, 1974) Thessalonique, 1988, p.9.

³¹ L'intervention de G. BRATESCU et la mise au point par J. JOUANNA ont été encourageantes. L'intervention de L. VILLARD m'a donné l'occasion de préciser que mon hypothèse de traces d'"animisme" combattu par des rationalisations s'inspire de la "conception psychanalytique" du pré-animisme (hylozoïsme universel) dans l'animisme: Cf. S. FREUD, *Totem et tabou*. La réflexion collective est indispensable.

Piani temporali e piani spaziali nel trattato *Sull'arte*

ALBERTO JORI
(Università di Padova)

1. IL PROBLEMA

Per inquadrare il tema della presente indagine sono necessarie alcune considerazioni preliminari di carattere storico-culturale.

All'interno del paradigma¹ che appare dominante nella cultura greca del periodo arcaico, la vista — intesa come la forma di esperienza caratteristica di chi «è presente a», «assiste a» — costituisce il termine di riferimento essenziale per distinguere il dominio dell'esperienza umana da quello dell'esperienza divina. La distinzione fra tali domini esibisce, entro il quadro culturale suddetto, una netta connotazione temporale. L'area dell'esistente che è accessibile all'uomo, in termini conoscitivi, appare infatti coincidente con la dimensione del presente. La sfera della visione e della conoscenza divine si estende invece anche al passato — soprattutto a quello di carattere mitico —

(E' per me un grato dovere quello di ringraziare il prof. Jouanna che, con le sue penetranti osservazioni, mi ha fornito degli stimoli preziosi per approfondire la proposta interpretativa qui formulata. Ho cercato di rispondere agli interrogativi e ai rilievi avanzati dal prof. Jouanna in alcune note di questo contributo. Vorrei poi ringraziare i proff. E. Berti, O. Longo e M. Mignucci per i loro utili suggerimenti.)

¹ Il termine viene qui utilizzato in un senso vicino a quello proposto da T. KUHN: cf. *La struttura delle rivoluzioni scientifiche*, trad. it., Torino, 1978, p. 30 ss. Com'è noto, la nozione kuhniana di paradigma è stata oggetto di numerose critiche (in particolare si veda, per alcuni acuti rilievi, L. LAUDAN, *Il progresso scientifico. Prospettive per una teoria*, trad. it, Roma, 1979, pp. 96 ss.). Kuhn stesso è giunto in un secondo momento a distinguere tra una «matrice disciplinare» e un «esemplare» e a proporre addirittura l'abbandono del termine «paradigma»: «Second Thoughts on Paradigms», in *The Structure of Scientific Theories*, a c. di F. SUPPE, Urbana, 1977², pp. 459-82. Per gli scopi della presente indagine, tuttavia, l'utilizzazione del termine in questione non sembra comportare problemi particolari: va soltanto precisato che un paradigma deve essere inteso non solo come un complesso di metodologie di ricerca, ma anche come un insieme di assunti generali relativi tanto alle entità e ai processi presenti in un certo ambito di ricerca quanto alle fonti legittime del sapere relative a tale ambito (su quest'ultima nozione si veda ora Y. ELKANA, *Antropologia della conoscenza*, trad. it., 1989, p. 30 ss.).

e al futuro². Peraltro, gli dei possono elargire a certi uomini, investiti di particolari funzioni (connesse, in genere, alla sfera del sacro), dei frammenti del proprio sapere privilegiato ed «enciclopedico»³. Si tratta dei casi del poeta, il quale, appunto grazie all'ispirazione divina, può «vedere» e rammemorare nel suo canto un passato ignoto ai comuni mortali, e dell'indovino, che è invece in grado di intravedere gli eventi futuri⁴. Ordinariamente, comunque, passato e futuro si sottraggono in termini, per così dire, strutturali alla vista e in generale alla conoscenza umane e costituiscono la dimensione di ciò che è celato od «occulto», opposta a quella di ciò che invece è «palese»⁵.

Nel corso del v sec. a. C. si verifica un processo di uniformazione o unificazione epistemica delle tre dimensioni temporali. Esso è dovuto, in termini generali, all'adozione, da parte di nuclei via via più consistenti di intellettuali, di un approccio sempre più consapevolmente «laico» alla realtà, con la conseguenza che si giunge a rifiutare di ammettere l'esistenza di suoi settori pregiudizialmente negati all'uomo e riservati agli dei. In termini più specifici, si deve poi fare

² Cf. D. LANZA, *Lingua e discorso nell'Atene delle professioni*, Napoli, 1979, p. 99.

³ Cf. H. A. HAVELOCK, *Preface to Plato*, Harvard, 1963, p. 102.

⁴ Cf. J.-P. VERNANT, *Mito e pensiero presso i Greci. Studi di psicologia storica*, trad. it., Torino, 1982, pp. 95-97. E il caso di ricordare l'invocazione omerica alle Muse che precedi il «catalogo delle navi» (*Il. II* 484-87). Il prof. Jouanna obietta che nei poemi omerici si fa riferimento alle dimensioni temporali ricorrendo a una terminologia di carattere spaziale, il che sembrerebbe confermare la tesi secondo cui l'intuizione omerica del tempo e delle sue articolazioni esibisce un carattere fondamentalmente unitario. Il passo dell'*Iliade* testè citato rende chiaro, però, che per Omero esiste una netta *distinzione* tra un'esperienza come quella delle Muse — le quali, *essendo presenti a tutti gli eventi*, li conoscono direttamente attraverso quell'autentica fonte di sapere che è la vista (e realizzano in tal modo un'effettiva continuità epistemica tra passato, presente e futuro), sicché possono essere maestre di Verità (cf. N.-L. CORDERO, «La Déesse de Parménide, maîtresse de philosophie», in AA.VV., *La naissance de la raison en Grèce. Actes du Congrès de Nice [mai 1987]*, a c. di J.-F. MATTÉI, Paris, 1990, pp. 207-208) — e quella degli uomini, che invece possono conoscere il passato solo «per sentito dire», e quindi mancano ordinariamente di un sapere sicuro e affidabile relativo agli eventi trascorsi (cf. H. FRÄNKEL, «L'empirismo di Senofane e la sua critica della conoscenza», in *I presocratici*, a c. di W. LESZL, trad. it., Bologna, 1982, p. 279, n. 16). È interessante notare che la contrapposizione udito/vista si presenta anche nel trattato *Sull'arte* (vedi *infra*): qui, tuttavia — conformemente alla modifica di paradigma della quale mi propongo di dimostrare la presenza e la rilevanza — il sapere autentico, basato sui dati della visione, non è più inteso (anche per ciò che riguarda le dimensioni del non-attuale) quale monopolio degli dei. Esso viene invece presentato come «dotazione» dei *demiourgoi* e, più in particolare, dei medici: quantomeno dei «buoni» medici (che evitano di affidarsi alle fuorvianti «rivelazioni» dei malati).

⁵ È significativo il fatto che, come rileva il Vernant, i poeti e gli indovini — ovvero i mortali che riescono a oltrepassare i limiti delle comuni potenzialità conoscitive umane — siano sovente presentati dalla tradizione come ciechi: tra la vista del presente e quella aperta al non-attuale sussiste una sorta di opposizione, sicché il possesso dell'una sembra richiedere all'uomo, come prezzo, la rinuncia all'altra: «L'aedo e l'indovino hanno in comune uno stesso dono di "veggenza", privilegio che hanno dovuto pagare a prezzo dei loro occhi, Ciechi alla luce, vedono l'invisibile». (*Mito e pensiero*, cit., pp. 95-6; corsivo mio).

riferimento a vari elementi speculative che, pur scaturendo da impostazioni dottrinali tra loro distinte, se non addirittura contrapposte, sembrano aver contribuito, nel loro complesso, alla progressiva affermazione di una visione tendenzialmente unitaria delle articolazioni temporali.

Di tali elementi mi pare che ne vadano sinteticamente ricordati almeno tre. In primo luogo, si deve far cenno alla comprensione eleatica dell'essere come totalità sempiterna. Mi riferisco, in proposito, non tanto alla posizione di Parmenide, che inquadra e irrigidisce l'essere in una sorta di eterno presente (giungendo a negare che abbiano un senso per l'essere medesimo le dimensioni del passato, ossia del non essere più, e del futuro, ovvero del non essere ancora)⁶, quanto a quella di Melisso. Quest'ultimo, infatti, vede l'essere scorrere senza mutamento lungo la linea unidirezionale del tempo, da un passato senza principio a un futuro senza termine: egli, così, ammette passato, presente e futuro, ma li intende al contempo come dimensioni essenzialmente omogenee⁷. In secondo luogo va ricordata la dottrina degli atomisti relativa alla struttura causale della realtà. Essa, infatti, lega ovviamente in un preciso rapporto gli eventi o gli stati del mondo che si susseguono nel tempo⁸. Infine, se deve fare riferimento all'elaborazione sistematica e alla capillare diffusione nei più diversi settori della cultura, durante gli ultimi decenni del V sec. a. C., di quella metodologia, imperniata sul principio del trarre inferenze intorno al non visibile da ciò che invece è manifesto, della quale la massima di Anassagora, secondo cui «le cose manifeste sono aspetto di quelle occulte»⁹, costituisce la formulazione più significativa e in qualche modo

⁶ Cf. 28 B 7,5 D.-K.: Osserva acutamente E. BERTI che il presupposto dell'argomentazione è costituito dalla nozione dell'univocità dell'essere, «ammessa al punto da escludere di poter dire "era" e "sarà", 'cioè di distinguere i diversi tempi del verbo essere, cosa che invece il linguaggio comune consente». (ID., *Contraddizione e dialettica negli antichi e nei moderni*, Palermo, 1987, p. 21).

⁷ Cf. 30 B 1-2 D.-K.

⁸ Per quanto riguarda LEUCIPPO, cf. 67 B 2 D.-K. Relativamente a DEMOCRITO, cf. 68 A 1. 45 D.-K.

⁹ 59 B 21 a D.-K. Cf. H. DILLER, «ΟΨΙΣ ΑΛΗΛΩΝ ΤΑ ΦΑΙΝΟΜΕΝΑ», *Hermes* 1932, pp. 14-42 (ora in *Kleine Schriften zur antiken Literatur*, München, 1971, pp. 119-143) e G. E. R. LLOYD, *Polarity and Analogy. Two Types of Argumentation in Early Greek Thought*, Cambridge, 1966, pp. 338-41 e 553-55. H. GOMPERZ ha suggerito un'interpretazione della massima di Anassagora che differisce da quella proposta dal Diller. A suo avviso, infatti, il Clazomenio avrebbe voluto giustificare con essa la propria sfiducia nei confronti della conoscenza sensibile, dal momento che «il fenomeno non è che il modo in cui ci si presenta ciò che non è osservato» (cf. ID., «ΟΨΙΣ ΑΛΗΛΩΝ ΤΑ ΦΑΙΝΟΜΕΝΑ», *Hermes* 1933, pp. 341-43). A parere di R. JOLY, le due interpretazioni non sono incompatibili, poiché «la connaissance sensible, même si on s'en méfie, n'en est pas moins forcément le point de départ de la réflexion philosophique des Présocratiques» (*Recherches sur le traité pseudo-hippocratique «Du Régime»*, Paris, 1960, p. 63). E evidente, tuttavia, che c'è una distanza considerevole tra un atteggiamento di fiducia nei dati dei sensi, ri-

quella definitiva. Tale metodologia, infatti, giunge a costituire il perno di una strategia cognitiva finalizzata alla ricostruzione di ciò che è nascosto alla vista, vale a dire anche degli eventi passati e di quelli futuri, attraverso l'esame e la «lettura» di ciò che alla vista è invece direttamente accessibile, ossia il presente: un'esemplare testimonianza di questa tecnica è fornita da Tucidide nella sua «archeologia»¹⁰.

Il processo di unificazione epistemica delle dimensioni temporali e, parallelamente, di sostanziale razionalizzazione della relazione dell'uomo con esse troverà il suo compimento nel quadro di una rigorosa teorizzazione della scienza (*epistēmē*) e del contestuale chiarimento della capacità, detenuta da quest'ultima, di proiettarsi conoscitivamente su tutti i piani temporali. Particolarmente limpide appaiono, al riguardo, le parole di Socrate nel *Lachete* (198 d):

«Sembra a me e a Lachete che la scienza, nella diversità dei suoi oggetti, non sia diversa a seconda che si rapporti al passato per sapere come una cosa sia avvenuta, al presente per sapere in che modo una cosa avvenga, e al futuro per sapere come meglio potrà avvenire o avverrà ciò che ancora non è avvenuto, ma che sia sempre identica.»

Ma tra la fine del V e i prime decenni del IV sec. a. C. questa stessa concezione dell'estensione onnitemporale della conoscenza scientifica viene proposta, e caricata di una precisa normatività «pragmatica», anche in contesti tecnico-professionali, il che dimostra come sia giunta a costituire il punto di forza di un nuovo paradigma ampiamente affermatosi¹¹. I compiti fondamentali del medico, quali vengono precisati nelle *Epidemie*, sono infatti i seguenti: λέγειν τὰ προγεγόμενα, γινώσκειν τὰ παρρόντα, προλέγειν τὰ ἐσόμμενα¹². L'affermazione di questo principio in ambito medico non è, evidentemente, casuale: nella *iatrikē* è essenziale, infatti, riuscire a formulare corrette

tenuti lo strumento esclusivo o comunque privilegiato per conoscere la costituzione profonda del reale (interpretazione Diller) e un atteggiamento di sostanziale diffidenza verso il «fenomeno» (interpretazione Gomperz). In ogni caso, la maggior parte dei testi antichi relativi alla massima di Anassagora sembrano confermare l'interpretazione dilleriana.

¹⁰ Cf. TH. I 1-21. Sul metodo di Tucidide (posto a confronto con quello ippocratico) cf. G. PUGLIESE CARRATELLI, «Ippocrate e Tucidide», in *Scritti sul mondo antico*, Napoli, 1976, pp. 460-73.

¹¹ Non a caso Platone si richiama, sempre nel *Lachete*, alla struttura effettiva delle *téchnai*, e soprattutto della medicina; cf. 198 d. Seguono, a ulteriore chiarimento della nozione della onnicomprensività temporale di una stessa *téchnē* — in rapporto ai fenomeni che rientrano nel suo ambito — gli esempi dell'agricoltura e dell'arte strategica (cf. *Lach.* 198 e - 199 a).

¹² *Epid.* I 11. Si vedano anche *Epid.* I 23: il medico deve considerare καὶ ὅσαι ἐξ οἴων ἐς οἴα διαδοχαὶ νοσημάτων (ovvero la concatenazione causale della malattie) e *Prog.* I (II 110 L.): il terapeuta ha il compito di conoscere, e di riferire ai malati, τὰ τε παρρόντα καὶ προγεγονότα καὶ τὰ μέλλοντα ἔσεσθαι.

previsioni dello sviluppo futuro delle malattie ¹³. Non solo: nel quadro dell'attività terapeutica emerge anche con chiarezza la nozione della «legalità» dei fenomeni. E solo la convinzione che essi si scandiscano in una successione regolare, e ampiamente verificata, garantisce al medico la condizione fondamentale di possibilità per l'opera di ricostruzione del passato e di previsione dell'avvenire ¹⁴.

Emerge allora un problema di grande interesse. Ci si può domandare, infatti, se sia legittimo affermare che nel contesto culturale della fine del V sec. a. C., caratterizzato dal predominio del sapere tecnico, sia scomparsa, con il superamento della frattura epistemologica tra presente e non-presente, anche la bipartizione tra il «palese» e l'«occulto». Porsi un tale interrogativo significa chiedersi, in sostanza, se il nuovo paradigma venga a strutturarsi sulla persuasione che l'*intera* realtà spazio-temporale ricada (o possa comunque ricadere) nella categoria di ciò che è «palese» e vada pertanto intesa come integralmente trasparente alla comprensione e alla conoscenza umane.

E' proprio nell'ambito della medicina, vale a dire di un dominio che si fa testimone privilegiato dei nuovi equilibri del sapere ¹⁵, che è possibile trovare una risposta a questa domanda. In particolare, una composizione del *Corpus Hippocraticum* consente di cogliere in una prospettiva, per così dire, strategica la configurazione del paradigma in questione, verificandone al contempo le tensioni e le antinomie strutturali. Parlo del trattato *Sull'arte*, che risale, come ha autorevolmente confermato il prof. Jouanna nella sua recente edizione dell'opera, all'ultimo quarto del V sec. a. C. ¹⁶.

2. PIANI TEMPORALI NELL'ARTE

Nell'*Arte* è possibile individuare la presenza e l'intersezione di quelle precondizioni di una comprensione omogenea del tempo alle quali si è fatto cenno in precedenza.

¹³ Va ricordato, a tale proposito, che la capacità dei medici di prevedere l'evoluzione della malattie costituisce da sempre un fattore decisivo anche per conquistare la fiducia e la collaborazione del paziente: si veda, ad esempio, E. SHORTER, *La tormentata storia del rapporto medico paziente*, trad. it., Milano, 1986, p. 71.

¹⁴ Cf. V. DI BENEDETTO, *Il medico e la malattia. La scienza di Ippocrate*, Torino, 1986, p. 136.

¹⁵ Cf. G. CAMBIANO, *Platone e le tecniche*, Torino, 1971², p. 36 ss.

¹⁶ Cf. *Des vents. De l'art*, ed. J. Jouanna, Paris, 1988, pp. 190-91.

Innanzitutto, all'interno dell'opera si colgono tracce significative della speculazione eleatica. Certo, l'Eleatismo è guardato dal trattatista in termini piuttosto critici, come sembra doversi desumere, in particolare, dai contenuti del 2° capitolo (cf. Jouanna, 225, 9 ss.). Tuttavia la comprensione melissea del tempo come dimensione indifferenziata e unidirezionale dell'essere, perpetuamente identico a sè, mostra di aver agito in profondità sul pensiero dell'autore. Quest'ultimo trascrive tale intuizione metafisica su un piano essenzialmente epistemologico. Egli, infatti, asserisce che gli enti sono sempre visti e conosciuti, mentre i non enti non sono nè visti nè conosciuti (c. 2, Jouanna, 225, 15-226,2). L'affermazione secondo cui gli enti in quanto tali sono di volta in volta oggetto di visione e di conoscenza lascia intendere che non c'è un settore temporalmente determinato della realtà che rimanga costitutivamente estraneo alla percezione e alla conoscenza umane. Al tempo stesso, essa suggerisce che la conoscenza (dell'esistente) c'è sempre, in virtù di un principio che potremmo definire della tendenziale coestensione di essere-visione-conoscenza.

In secondo luogo, vediamo affermata nel trattato con rigore e perentorietà la tesi della struttura deterministica della realtà, in linea con le posizioni degli atomisti; l'autore infatti sostiene che tutto avviene per una causa precisa e che, conseguentemente, quello di «τὸ αὐτόματον» è un puro nome, privo di referente oggettivo. Vale la pena di citare il passo-chiave in cui viene espressa questa tesi, «il caso ... è manifestamente convinto [in senso giuridico] di non esser nulla, poichè si troverebbe che tutto quanto avviene avviene per un perchè, e nella misura in cui si dà un perchè appare evidente che il caso non possiede nessuna realtà all'infuori del nome» (c. 6, Jouanna, 230, 15-18) ¹⁷.

Nell'*Arte* rileviamo anche la presenza del principio anassagoreo della ὄψις ἀδήλων τὰ φαινόμενα ο, comunque, di qualcosa che lo richiama da vicino ¹⁸. L'autore, infatti, dopo aver distinto le malattie in «palesi» (o esterne) e «occulte» (o interne), sottolinea il fatto che le seconde richiedono, per essere diagnosticate dal medico, la messa in opera di una complessa metodologia — il τεκμαιρθεσθαι — la quale si esercita sui dati percettibili, ossia affioranti alla superficie del corpo del paziente, e mette in luce la loro precisa valenza indiziaria: per tale

¹⁷ Il passo ricorda LEUCIPPO; cf. 67 B 2 D.-K. (citato alla n. 8); si veda H. DILLER, «Das Selbstverständnis der griechischen Medizin in der Zeit des Hippokrates», in AA.VV., *La Collection Hippocratique et son rôle dans l'histoire de la médecine*, Leiden, 1975, p. 87. Nel passo si può cogliere anche un'eco del pensiero anassagoreo; secondo Alessandro di Afrodisia, infatti, il Clazomenio affermava (59 A 66 D.-K.) μηδὲν τῶν γινομένων γίνεσθαι καθ' εἰμαρμένην, ἀλλ' εἶναι κενὸν τοῦτο τοῦνομα (ringrazio il prof. A. MAGRIS che mi ha segnalato questa testimonianza).

¹⁸ Cf. G. E. R. LLOYD, *Magia ragione esperienza. Nascita e forme della scienza greca*, trad. it., Torino, 1982, p. 93 e n. 38 p. 225, nonché Hippocrate, *Des vents*, cit., p. 179.

via il terapeuta potrà non solo risalire alla malattia interna che di tali dati (o, almeno, del loro scostarsi dai valori normali o «naturali») è la causa, ma anche elaborare un'anamnesi e una prognosi adeguate (cf. c. 12; Jouanna, 240, 1 sgg.).

Nel trattato, infine, gli elementi concettuali suddetti sono illustrati e correlati gli uni agli altri in termini di rigore e persuasività notevoli, grazie all'elevato livello di consapevolezza metodologica dell'autore. L'*Arte*, infatti, ha lo scopo di dimostrare — su un piano di astrazione e di «formalità» epistemologiche pressochè assolute¹⁹ — l'esistenza della medicina, chiarendone al contempo lo statuto di *téchnē* e, anzi, di *téchnē* esemplare: un tale compito implica, ovviamente, che il trattatista affronti anche il problema generale del senso da attribuire alla nozione medesima di «tecnicità» e del particolare valore epistemico che va riconosciuto a un'attività per la quale si ammetta la legittimità di tale qualifica²⁰.

Non sorprende, data la presenza dei fattori sin qui illustrati, che l'autore dell'opera giunga a presentare come agevolmente superata, o comunque superabile, grazie al patrimonio dottrinale e metodologico della *iatriké*, l'ordinaria difficoltà di accedere conoscitivamente alle dimensioni del passato e del futuro.

A tale proposito, egli afferma che i terapeuti si pongono all'opera: «dopo aver considerato le circostanze presenti e, delle passate, quelle disposte in modo simile alle presenti, così da poter dire come risolsero malattie curate in passato» (c. 7, Jouanna, 231, 12-14). Per quanto poi riguarda, in termini specifici, il futuro, egli puntualizza che la *iatriké* è dotata di una precisa, e costitutiva, capacità predittiva: «la medicina... tanto negli eventi che si verificano per un perchè quanto in quelli che vengono previsti manifestamente non solo risulta, ma anche risulterà sempre dotata di realtà» (c. 6, Jouanna, 230, 18-20). In questo passo si istituisce una connessione strettissima tra la struttura causale del reale, da un lato, e la possibilità per l'uomo e più in particolare per il medico di conoscere ciò che avverrà, dall'altro: l'autore asserisce, anzi, non solo, o non tanto, che la medicina s'interessa agli eventi causalmente determinati (tra i quali anche quelli futuri), quanto che essa *rivela la sua realtà* (ὀδότη), vale a dire la sua esistenza e la sua

¹⁹ Cf. J.-H. KÜHN, *System-und Methoden-Probleme im Corpus Hippocraticum*, Wiesbaden, 1956, p. 40.

²⁰ Dell'ampiezza della prospettiva concettuale dell'autore — che evidentemente si richiama anche al contemporaneo dibattito sofisticato sulle *téchnai* (sul quale si vedano F. HEINIMANN, «Eine vorplatonische Theorie der τέχνη», *Museum Helveticum* 18, 1961 3, pp. 105-130 [ora in *Sophistik*, ed. C. J. CLASSEN, Darmstadt, 1976, pp. 127-169]).

potenza ²¹, nello stesso prodursi di tali eventi (in modalità che li rendono perfettamente trascrivibili negli schemi epistemici in cui la *iatrikē* si concreta).

Il tema della previsione degli eventi futuri conosce inoltre nel trattato uno sviluppo di un certo interesse. Troviamo, infatti, un accenno significativo: l'autore afferma che il medico inferisce (τεκμαίρεται) dai sintomi (σημεῖα) ἅ τε πεπονθότων ἅ τε παθεῖν δυναμένων (c. 12, Jouanna, 240, 9-10), vale a dire «tanto le malattie di chi ne è già affetto quanto quelle di coloro che possono ammalarsene». Nel riferimento alla conoscenza delle malattie che possono incogliere sembra affiorare l'immagine di una sorta di medicina preventiva e anzi, più in particolare, l'idea di quella specifica tecnica «prediagnostica» (προδιάγνωσις) di cui parla, presentandola come una propria scoperta (ἔξεύρημα), l'autore del *Regime* ²². E degno di rilievo, tuttavia, il fatto che mentre quest'ultimo manifesta una fiducia pressochè assoluta nell'inevitabilità del verificarsi delle malattie (previste come effetti di squilibri nel rapporto alimenti/fatiche o, più in generale, entrate/spese energetiche), l'autore dell'*Arte* sembra assumere, al riguardo, un atteggiamento più problematico: egli infatti parla delle malattie future come di semplici possibilità. Nell'*Arte* giunge a delinarsi, per tale via, uno schema generale di processi —e specificamente di processi morbosi— non necessari, bensì possibili o tendenziali, e tali non perchè la prospettiva concettuale dell'autore lasci uno spazio agli eventi «non relazionali», ossia casuali ²³ (egli, come si è visto, nega con decisione l'esistenza di τὸ αὐτόματον), ma perchè fa parte di tale prospettiva la percezione del ruolo causale che può giocare, intenzionalmente o meno, l'uomo stesso. Ne consegue una precisa consapevolezza del fatto che anche i comportamenti dei malati, qualora fortuitamente si rivelino corretti —vale a dire conformi a τὰ ὀρθά— possono interferire con lo sviluppo delle malattie, con il risultato di avviare queste ultime in direzioni diverse da quelle cui esse sarebbero «naturalmente» destinate ²⁴. Evidentemente il trattatista ammette la presenza di tale dinamica anche nel caso di coloro che sono in procinto di ammalarsi: l'adozione occasionale (e inintenzionale) di comportamenti terapeuticamente corretti può

²¹ Cf. c. 5, Jouanna, 228, 13-14.

²² L'autore del *Regime* parla della tecnica da lui scoperta (cf. III 69,2, *Du Régime*, ed. R. JOLY, Paris, 1967). Secondo Joly l'idea di una medicina preventiva doveva essere piuttosto diffusa verso la fine del V sec. a.C. (cf. *Recherches*, cit., p. 124).

²³ Sulla nozione di evento non relazionale cf. E. NAGEL, *La struttura della scienza. Problemi di logica della spiegazione scientifica*, trad. it., Milano, 1978, p. 340.

²⁴ Infatti il malato, anche se non si rivolge al terapeuta, ha, secondo l'autore, la possibilità di «imbattersi» nella medicina (ληπτὴν περιτχεῖν), adottando senza saperlo proprio i comportamenti adatti a farlo guarire: in tal modo egli accede direttamente, senza la mediazione costituita dal sapere e dall'operato dei medici, alla dimensione oggettivo-naturale della *iatrikē* (cf. c. 5, Jouanna, 228, 8 ss.).

infatti arrestare il processo morboso prima che questo riesca a manifestarsi, lasciandolo in tal modo nella condizione di possibilità non realizzata.

Se i medici hanno la capacità di dominare unitariamente, in termini conoscitivi, gli eventi «collocati» nelle tre dimensioni temporali (nella misura, naturalmente, in cui questi esibiscono una specifica rilevanza dal punto di vista terapeutico), i malati, dal canto loro —afferma l'autore dell'*Arte*— non sanno οὐδ' ὅ τι ἐκ τῶν παρεόντων ἔσται οὐδ' ὅ τι ἐκ τῶν τούτοισιν ὁμοίων γίνεται (c. 7, Jouanna, 231, 15-16): «nè che cosa deriverà dalle circostanze presenti nè che cosa solitamente risulti dalle condizioni simili a queste». Essi mancano di quel sapere che è monopolio degli operatori terapeutici: di conseguenza, non conoscono le linee tendenziali di sviluppo non solo della malattia di cui ciascuno di loro soffre, ma anche di quella che potremmo chiamare la famiglia analogica di morbi nella quale rientra il loro caso (e la cui individuazione è appunto necessaria per prevedere l'evoluzione di quest'ultimo). Nè l'incapacità del paziente-«profano» di gestire le dimensioni temporali si arresta al futuro: essa, per così dire, rifluisce anche sul passato —sul *suo* passato— e finisce col proiettarsi sulla stessa dimensione del presente. Infatti anche per quanto riguarda il loro personale vissuto —puntualizza l'autore— i pazienti sono testimoni inattendibili: «anche ciò che i malati di morbi non visibili tentano di riferire a chi li cura intorno alle loro malattie, essi lo riferiscono sulla base dell'opinione piuttosto che su quella di una conoscenza effettiva» (c. 11; Jouanna, 237, 19-238, 1). Emerge qui il concetto che conoscere qualcosa (ad esempio una malattia) non equivale, semplicemente, a disporre di una somma destrutturata di dati percettivi, quale può avere, per esempio, un qualsiasi malato, per il fatto stesso di essere passato attraverso tutta una serie di esperienze e, soprattutto, di sofferenze connesse al suo stato di malattia. La conoscenza coincide invece con l'interpretazione sistematica di tali dati, e questa, a sua volta, può essere fornita esclusivamente dall'individuazione dei rapporti causali tra i fenomeni²⁵. Questo punto è chiarito dal passo immediatamente successivo: «[i malati], se avessero avuto conoscenza [delle proprie malattie], non sarebbero incappati in esse: è infatti proprio della medesima sagacia alla quale spetta la conoscenza delle cause

²⁵ La prospettiva dell'autore dell'*Arte* si distingue dunque in termini sostanziali da quella dell'autore dell'*Antica medicina*. Ad avviso di quest'ultimo anche il malato ha un proprio sapere —diverso e complementare rispetto a quello del medico— consistente nel proprio vissuto: il sapere del malato costituisce anzi il momento di verifica della validità della diagnosi del medico, J. PIGEAUD. «Qu'est-ce qu'être malade? Quelques réflexions sur le sens de la maladie dans *Ancienne médecine*», in AA.VV., *Corpus Hippocraticum*, Mons, 1977, p. 200. Il prof. Jouanna è nel giusto quando osserva che la problematica alla quale fa riferimento il trattatista dell'*Arte* è differente da quella che domina l'*Antica medicina* (ove il problema è quello dell'individuazione di un criterio del sapere).

delle malattie anche il saperle curare con tutti i trattamenti terapeutici che impediscono loro di potenziarsi»²⁶.

L'autentica conoscenza scientifica — che spetta alla σύνεσις²⁷ — è dunque essenzialmente conoscenza delle cause (τὰ αἴτια) degli eventi. In quanto tale essa consente non solo di risalire dal presente al passato (che è appunto la dimensione nella quale si collocano le cause di ciò che si verifica attualmente) e di proiettarsi conoscitivamente dal presente verso il futuro (ovvero verso la dimensione degli effetti futuri dello stato di cose attuale), ma anche di passare dal momento della «contemplazione» a quello della prassi. Lo *scire per causas* è infatti inteso dal trattatista come l'unico fondamento adeguato di un'operatività (giovevole) efficace²⁸. Il presente, quale si configura nel quadro dell'attività tecnica, diventa in tal modo il punto focale di un nesso che da una parte raccoglie e unifica tutte le dimensioni temporali e, dall'altra, collega la componente conoscitiva della *téchnē* a quella operativa. A sua volta, il futuro esibisce un volto ambivalente: è infatti l'area di processi ed eventi prevedibili ma, proprio in virtù di tale costitutiva prevedibilità dei suoi «contenuti» — o, meglio, proprio in virtù della condizione di questa loro prevedibilità, consistente nel loro carattere di eventi causati — rappresenta anche la dimensione in cui può inserirsi fruttuosamente l'azione tecnica dell'uomo. Esso è dunque tecnicamente controllabile nella stessa misura in cui è prevedibile; ma il dominio tecnico-operativo del futuro si realizza, in modo apparentemente paradossale, proprio facendo «fallire» le pur valide previsioni elaborate dall'operatore professionale. Per ciò che riguarda specificamente la *iatrikḗ*, così, possiamo dire di conoscere una malattia se ne individuiamo le cause e se su tale base riusciamo a prevederne l'evoluzione; tuttavia, proprio in quanto disponiamo di un tale sapere abbiamo anche la capacità di arrestare l'espansione del male, modificando in tal modo quelli che (prevedibilmente) sarebbero stati gli eventi futuri relativi al processo morboso.

²⁶ Si noti come la capacità di «scorrimento» lungo i piani temporali che viene attribuita nel trattato alla *iatrikḗ* (e al medico) giunga in certa misura a riproporsi all'interno del discorso qui svolto dall'autore: questi si colloca idealmente nel *passato* dei malati per considerare da tale prospettiva quello che (pur non corrispondendo al loro effettivo presente) avrebbe potuto essere il loro *futuro*.

²⁷ La σύνεσις, sulla quale si fonda anche la capacità di scoprire nuove risorse (cf. c. 1, Jouanna, 224, 4-7), è in sostanza la «capacità di comprensione», la «perspicacia», la «sagacia» (cf. PL., *Cra.* 412 a, *Philb.* 19 d). Della σύνεσις dei terapeuti (cf. c. 7, Jouanna 231, 6) l'autore tesse l'elogio *ibid.*, c. 7, Jouanna 231, 11-14. Sul termine e sulle sue valenze semantiche si veda ora la relazione del prof. GARZYA, «La *synesis* come malattia: Euripide e Ippocrate», presentata a questo stesso Colloquio.

²⁸ Invero, il malato può accedere alla dimensione oggettivo-naturale della medicina adottando inconsapevolmente i comportamenti adatti a guarirlo (cf. n. 24).

3. PIANI SPAZIALI NELL'ARTE

All'interno della prospettiva concettuale delineata nell'*Arte*, però, con la caduta della barriera epistemologica tra presente e non-presente non è affatto scomparsa anche la frattura tra «palese» e «occulto». Quest'ultima affiora anche nel nuovo paradigma di cui il trattato dà testimonianza, esibendo però una valenza e una collocazione *non più temporali*, come nel paradigma tradizionale, *bensì spaziali*.

Nell'*Arte*, infatti, la distinzione tra «palese» e «occulto» si presenta e viene tematicamente elaborata a due livelli, strettamente connessi tra loro, che hanno un netto carattere topologico. Innanzitutto abbiamo la distinzione-opposizione tra l'esterno (o la superficie) del corpo, che naturalmente è visibile, e l'interno del corpo medesimo, che invece non lo è (o che comunque viene presentato come strutturalmente estraneo all'area delle visibilità: cf. c. 11, Jouanna, 237, 4-6). Questa bipartizione viene riproposta nel trattato a un secondo livello, ossia in riferimento ai fenomeni morbosi, come si è già accennato: le malattie, così, vengono distinte in «palesi» (φανερὰ) — e queste evidentemente sono quelle che si manifestano in superficie, sulla pelle — e in «occulte» (ἄδηλα), o interne.

Com'è ovvio, quest'ultima distinzione, pur essendo sul piano logico-epistemologico «sovrastrutturale» rispetto alla prima, si presenta come la più rilevante dal punto di vista terapeutico. Essa viene precisata dal trattatista nel 9° capitolo: «a coloro che hanno una conoscenza sufficiente di quest'arte risulta che delle malattie le une non hanno sede nella dimensione di quanto è difficile da vedere — e queste non sono molte — mentre le altre non si trovano nell'aperta evidenza e — queste si — sono numerose. Le prime sono quelle malattie che erompono sulla pelle, nell'aperta evidenza, col colorito o con gonfiori» (c. 9, Jouanna, 234, 13-17), le malattie del secondo tipo sono invece quelle «che sono dirette non solo verso le ossa, ma anche verso la cavità interna» (c. 10, Jouanna 11-12).

Ai due ambiti spaziali e ai morbi ad essi relativi vengono riservate due forme differenti di conoscenza: rispettivamente la vista degli occhi (τὴν τῶν ὀμμάτων ὄψιν c. 11, Jouanna, 237, 11-12) e quella dell'intelletto (l'autore parla di una γνώμης ὄψις *ibid.*)²⁹. La seconda è una vista che si basa sui dati garantiti dalla prima, ma li traspone a un

²⁹ Sulla nozione di γνώμης ὄψις cf. TH. GOMPERZ, *Die Apologie der Heilkunst*, Leipzig, 1910², p. 134 e p. 155 e P. FRIEDLAENDER, *Platone. Eidos, paideia, dialogos*, trad. it., Firenze, 1979, p. 16.

altro livello epistemologico: si tratta appunto del metodo del *τεκμαίρεσθαι*, che consente di cogliere la valenza indiziaria dei sintomi affioranti alla superficie e di risalire in tal modo alle realtà «occulte» che stanno a loro fondamento.

La differenza decisiva tra i procedimenti conoscitivi della vista «fisica» e di quella «intellettuale» viene chiarita dal trattatista nei termini seguenti: mentre il vedere che ha per oggetto le malattie evidenti si esercita direttamente *su di esse* e sui loro caratteri costitutivi³⁰, nel *τεκμαίρεσθαι* abbiamo, per così dire, una frattura e al contempo una mediazione tra realtà percepita (i dati fenomenici esteriormente attingibili) e realtà conosciuta (la malattia interna); e questo proprio per la natura ambivalente, e al limite ambigua, delle malattie «occulte». Esse, infatti, nella misura in cui sono interne non sono direttamente visibili, d'altro canto possono mandare all'esterno del «messaggi», sicchè alla superficie del corpo affetto affiorano generalmente degli indizi della loro esistenza e natura.

A tale proposito, l'autore dell'*Arte* sembra voler porre in risalto la presenza nella medicina — proprio per il fatto che essa per lo più deve cimentarsi con malattie «occulte» — di una chiara consapevolezza del carattere «strumentale» della vista. E appunto da tale consapevolezza che scaturiscono l'esigenza e l'impegno, anch'essi intesi come caratteristici della *iatriké*, ad operare in un modo che potremmo definire inventivo-manipolatorio sulla vista stessa, allo scopo di foggare uno strumento conoscitivo al contempo più duttile e più potente: capace, quindi, di superare i limiti che sono intrinseci ad essa nell'ambito del suo impiego naturale. La vista dell'intelletto è appunto il risultato di un «potenziamento» di quella degli occhi (cf. c. 11, Jouanna, 237, 11-13 e c. 12; Jouanna, 240, 1 sgg.). Questa concezione ben s'inquadra nella più generale prospettiva teorica elaborata dal trattatista, secondo cui le *téchnai* vanno gradualmente arricchendosi, grazie alle ricerche degli esperti, di risorse sempre più efficaci. In proposito, andrà ricordato un passo del 1° capitolo: «mi sembra, invece, che il ritrovare qualcuna delle cose non scoperte — la quale sia anche, ritrovata, più potente che non ritrovata — sia non solo brama ma altresì opera specifica dell'acutezza d'ingegno, e parimenti il condurre a termine quanto è rimasto incompiuto» (c. 1, Jouanna, 224, 4-7). L'accento cade qui sulla capacità di scoprire qualcosa *ὃ τι καὶ εὐρεθὲν κρείσσον ἢ ἀνεξεύρετον*, una precisazione che lascia intravedere, diversamente

³⁰ Cf c. 9, Jouanna, 234, 17-235, 3 «E ... possibile percepire *di esse* [*scil.* delle malattie] tanto con la vista quanto con il tatto la rigidità e la mollezza, e distinguere quelle che sono calde e quelle che sono fredde, e accertare i caratteri per la presenza o l'assenza di ciascuno dei quali esse sono siffatte».

da quanto ritengono alcuni studiosi ³¹, una concezione sostanzialmente «aperta» ed «evolutiva» — quantomeno sul piano dell'operatività o, meglio, delle risorse strumentali — delle *téchnai* e, tra esse, della *iatriké*.

4. IL RUOLO DEL *DEMIOURGOS*

L'autore afferma che al medico non è possibile pervenire alla «verità evidente e infallibile» (τὴν ἀναμάρτητον σαφήνειαν) servendosi delle pretese rivelazioni, anamnestiche o di altro tipo, dei malati (cf. c. 11, Jouanna, 238, 5-6). Sembra legittimo dedurne che, a suo avviso, la *σαφήνεια* è effettivamente conseguibile da parte dei terapeuti, ma, per l'appunto, *con altri mezzi*. È proprio da qui che scaturiscono una presa di posizione generale contra l'udito (ἀκοῆ c. 11, Jouanna, 237, 11) e l'accento contestualmente posto sulla possibilità-necessità per il medico di elaborare la diagnosi delle malattie interne sulla base di dati accertati *de visu*. L'antitesi *audito/vista* (in cui la *vista* va intesa come integrata dal λογισμός, ossia dal «calcolo» razionale) è, ovviamente, metaforica: sta ad indicare un'opposizione tra il «sapere appreso dagli altri», che per l'autore è, in sostanza, un sapere apparente, un non-sapere, e il «sapere conquistato da se stessi», l'unico autentico ³². Essa dunque contribuisce a mettere in rilievo l'autonomia — diremmo quasi l'autarchia gnoseologica — del buon terapeuta.

Il riferimento alla *σαφήνεια*, inoltre, non può non ricordare Alcmeone e in particolare il *Fr.* 24 B 1 D.-K.: περὶ τῶν ἀφανέων, περὶ τῶν θνητῶν, σαφήνειαν μὲν θεοὶ ἔχοντι, ὡς δὲ ἀνθρώποις τεκμαίρεσθαι... Il filosofo crotoniate riconosce qui la strutturale «opacità» che caratterizza la realtà, agli occhi dell'uomo: l'evidenza, intesa quale perfetta trasparenza dell'essere, costituisce infatti un privilegio degli dei. I mortali dovranno dunque avvalersi, secondo il pensatore, di una tecnica conoscitiva indiziaria e anzi, più propriamente, congetturale.

Così, Alcmeone riserva la *σαφήνεια* agli dei e individua nel τεκμαίρεσθαι il procedimento tipico degli uomini, privi di una rive-

³¹ Si vedano M. VEGETTI, «Technai e filosofia nel *peri technes* pseudoippocratico», *AAT* 48, 1963-64, pp. 349 ss, e J. JOUANNA in Hippocrate, *Des vents*, cit., p. 105.

³² E in tale prospettiva che va colto il significato del ruolo centrale che il verbo εἰδρίσκειν gioca nella composizione (cf. P. FABRINI e A. LAMI, «Il problema della lingua nello scritto ippocratico "De arte"», *Revista critica di storia della filosofia* 34, 1979, p. 130).

lazione originaria della natura della realtà. Anche l'autore dell'*Arte*, come si è visto, conferisce un ruolo di assoluta centralità al τεκμαίρεσθαι, soprattutto nel quadro della sua analisi delle metodologie diagnostiche della medicina (la quale per tale aspetto si fa testimonianza esemplare delle potenzialità conoscitive umane)³³. Diversamente da Alcmeone, tuttavia, egli non vede un'opposizione irriducibile tra σαφήνεια e τεκμαίρεσθαι: per lui, infatti, la prima costituisce, a quanto sembra, l'obiettivo-cardine del ricercatore e insieme rappresenta il risultato regolare del τεκμαίρεσθαι (propriamente, di quello del medico). Se si accetta questa interpretazione, se ne deduce che il termine σαφήνεια indica nell'*Arte* una condizione epistemica che si trova pienamente alla portata dell'uomo, *nella misura in cui questi sia un operatore tecnico*. Invece il «profano», non potendo ricorrere al metodo del τεκμαίρεσθαι, si trova condannato a una condizione di non-verità; non solo: egli allontanerà dalla σαφήνεια anche l'esperto che sia tanto incauto da affidarsi alle sue pretese rivelazioni.

Quello che è affiorato è un dato di un certo interesse. Nella differenza d'impostazione del nostro autore rispetto ad Alcmeone è possibile cogliere una traccia dell'influsso «secolarizzante» di Anassagora e soprattutto dei sofisti. Il paradigma che appare operante nella composizione non si regge più, infatti, come per il Crotoniate, sull'antitesi dio/uomo (o conoscenza divina/conoscenza umana), bensì, come si è visto, sull'opposizione *dēmiourgós/idiōtēs* o, anche, *epístasthai/doxázēin*³⁴. E questa opposizione trova proprio nel rapporto conoscitivo e operativo dell'uomo con la dimensione dell'«occulto» — topologicamente inteso — il suo terreno cruciale di verifica.

Certo, la frattura fra *dēmiourgós* e *idiōtēs* risulta a prima vista più agevolmente superabile di quella tradizionale fra dio e uomo, e questo nel senso, piuttosto ovvio, che un *idiōtēs* può diventare, mediante un opportuno «addestramento», un *dēmiourgós*. Nell'*Arte*, tuttavia, essa finisce con l'esibire una valenza particolarmente — e significativamente — rigida. L'autore infatti precisa che per poter diventare dei buoni operatori professionali (e in particolare terapeutici) sono necessari dei prerequisiti naturali che non tutti hanno (cf c. 9, Jouanna, 235, 5-8) e che, pertanto, sembrano contribuire a individuare all'interno della comunità una classe di (potenziali) operatori tecnici «geneticamente» distinta da quella dei non-tecnici. Egli inoltre giunge, almeno per ciò che riguarda la medicina (ma il discorso appere facilmente generaliz-

³³ Cf. M. ISNARDI PARENTE, *Techne. Momenti del pensiero greco da Platone ad Epicuro*, Firenze, 1966, pp. 146-47, n. 42.

³⁴ Cf. c. 11, Jouanna, 237, 19 ss.: i malati riferiscono le loro (pretese) informazioni ai medici.

zabile), alla constatazione dell'esistenza di una sorta di incommensurabilità tra *dēmiourgós* e *idiōtēs*³⁵; all'interno del nuovo paradigma il primo si vede attribuire una condizione di superiorità che presenta analogie non irrilevanti con quella tradizionalmente riservata agli dei.

5. CONCLUSIONE

Abbiamo dunque verificato, sulla base di alcuni elementi forniti dall'*Arte*, come nella prospettiva epistemologica che si afferma in Grecia verso la fine del V sec. a. C. la distinzione tra «palese» e «occulto» conservi la sua tradizionale centralità. Tuttavia la distinzione suddetta «slitta», nel passaggio dal vecchio al nuovo paradigma, dal piano temporale — ove veniva a identificarsi con quella tra presente e non-presente — a quello spaziale. Nel quadro dell'attività terapeutica essa finisce dunque col risultare equivalente a quella tra «esterno» e «interno» (del corpo). In quest'ottica, si giunge ad attribuire al *dēmiourgós* (e in particolare al terapeuta) uno statuto privilegiato, e questo precisamente perchè lo si ritiene dotato della capacità non solo di procedere conoscitivamente verso le dimensioni del non-attuale, ma anche di comprendere — mediante il ricorso alla tecnica del *τεχμαίρεσθαι* — quali realtà e processi si celino nell'«interno», percettivamente inattingibile, dell'organismo.

Si pone allora un ultimo interrogativo. Si potrebbe essere tentati di affermare, infatti, che nel quadro del nuovo paradigma e della visione dell'opera del *dēmiourgós* che esso propone non sembra esistere una differenza sostanziale tra l'attività di ricostruzione del passato e di previsione del futuro a partire dal presente, da un lato, e quella consistente nel determinare la natura di fattori e processi interni sulla base di elementi esteriormente percettibili, dall'altro.

³⁵ Cf. c. 7, Jouanna, 231, 11 ss. Tra terapeuta e malato, dunque, non può svolgersi un vero «dialogo». La relazione che intercorre tra i due viene presentata dall'autore come un rapporto tra chi semplicemente impartisce degli ordini, intorno alla correttezza dei quali non è lecito avanzare dubbi, e chi tali ordini deve eseguire. Le forme verbali in cui trova espressione questa posizione sono illuminanti. I verbi-chiave utilizzati nel testo per illustrare l'atteggiamento e il compito del terapeuta sono infatti *ἐπιτάσσειν* (cf. c. 7, Jouanna, 231, 7, 11 e 17; 232, 4-5, 5, 7 e 8) e l'analogo *προστάσσειν* (cf. c. 7, Jouanna, 231, 8 e 9-10). In termini del tutto simmetrici, la funzione esclusiva del malato è quella di ubbidire agli ordini ricevuti: *ὑποσχεῖν* (cf. c. 4, Jouanna, 227, 17 e c. 7, Jouanna, 231, 9-10) e *πειθεσθαι* (cf. c. 7, Jouanna, 232, 9), e la colpa più grave di cui il paziente può rendersi responsabile è il trasgredire — *παρὰβαίνειν* (cf. c. 7, Jouanna, 231, 8) — alle disposizioni del terapeuta, con esiti inevitabilmente mortali.

In realtà, una tale differenza esiste, ed è decisiva.

Nella nuova prospettiva gli eventi del passato e quelli del futuro sono visti come essenzialmente omogenei a quelli del presente (ai quali, del resto, sono connessi da una serie di rapporti di causa ed effetto): come questi ultimi, anch'essi sono un possibile oggetto di esperienza. L'unico elemento che li distingue presenta un carattere «quantitativo»: consiste infatti nella loro specifica collocazione, o posizione, nella serie temporale (di conseguenza, un'esperienza che li avesse per oggetti diretti o immediati dovrebbe coincidere con punti della sequenza cronologica diversi da quelli di volta in volta corrispondenti al presente).

Invece nella frattura che sussiste tra realtà «palesi» e realtà «occulte», intese in senso spaziale, permane un irriducibile residuo «qualitativo» e, si potrebbe dire, ontologico: le seconde per la loro stessa natura non possono essere in alcun modo oggetto di un'esperienza diretta (o immediata). Di conseguenza, mentre il «profano» non riuscirà a saperne nulla, o quasi, lo stesso *dēmiourgós* potrà raggiungere intorno ad esse, con molta fatica, una conoscenza certo attendibile e sufficiente per un agire corretto, ma pur sempre indiretta e non priva, in quanto tale, di una sua valenza problematica (relativa, ad esempio, alla necessaria «lentezza» dell'indagine: l'autore dell'*Arte* si sofferma su tale carattere nella seconda parte del trattato).

Anche questa distinzione tra realtà «palesi» e realtà «occulte» viene a fondarsi, com'è ovvio, sul presupposto, riconducibile a precise scelte culturali, del carattere strutturale-naturale di un limite della conoscenza diretta (o comunque completa) dell'uomo. E inevitabile fare riferimento, a tale proposito, anche allo scarso ricorso alla dissezione del corpo umano da parte dei terapeuti greci dei secc. V e IV a. C., evidentemente connesso all'idea dell'illegittimità dell'impiego diretto della vista per conoscere l'interno dell'organismo ³⁶.

Non c'è dubbio: c'imbattiamo qui in un significativo fattore di «intrasparenza» epistemologica. In effetti, la scienza moderna, con il suo ideale «regolativo» di una *descrizione esaustiva* dell'universo, sarebbe sorta anche dal superamento di quel residuo «qualitativo» che si cela nella distinzione, tematizzata pure nel trattato *Sull'arte*, fra «palese» e «occulto» topologici.

³⁶ Cf. G. E. R. LLOYD, *Magia*, cit., pp. 108-109.

La naissance de la science de l'homme chez les médecins et les savants à l'époque d'Hippocrate: problèmes de méthode

JACQUES JOUANNA

(*Université de Paris, Sorbonne*)

Le cinquième siècle peut se définir par la naissance non seulement du rationalisme, mais aussi de l'humanisme, à condition de donner à ce terme son sens large de réflexion de l'homme sur lui-même. Les savants que l'on désigne sous le nom conventionnel de Présocratiques¹ ont participé à cet humanisme, ainsi que les médecins que l'on désigne sous le nom traditionnel d'Hippocratiques. C'est la période décisive où l'homme prend conscience de sa place dans l'univers, de son pouvoir inventif qui lui a permis de passer de la nature à la culture. Mais c'est aussi la période où l'homme découvre qu'il est lui-même objet de science. C'est sur ce dernier aspect de l'humanisme que je voudrais réfléchir aujourd'hui en abordant des problèmes de méthode.

Par «problèmes de méthode», il faut entendre soit ceux que les Anciens pouvaient se poser eux-mêmes sur la connaissance de l'homme, soit ceux qui se posent à l'érudit moderne dans l'étude des relations entre l'anthropologie des médecins hippocratiques et celle des savants préplatoniciens. Les deux premières parties, relativement brèves, seront consacrées à la science de l'homme chez les médecins et

¹ La dénomination traditionnelle de «philosophes présocratiques» ou de «Présocratiques» est arbitraire. Outre qu'il y a des Présocratiques qui sont contemporains de Socrate, ils n'étaient pas appelés «philosophes» au V^e siècle ni même au IV^e siècle, mais *sophistai*, comme le prouvent le traité de l'*Ancienne médecine* 20 et aussi Isocrate, *Eloge d'Hélène* 2-3 et *Sur l'échange* 268. Le terme de *sophistai* appellerait la traduction par «sophistes»; mais cette traduction n'est malheureusement pas possible, car l'usage moderne a établi une distinction entre philosophes et sophistes qui n'a aucun sens pour les Anciens du V^e siècle et a donné au terme de «sophistes» un sens péjoratif qu'il n'avait pas avant Platon. Tout compte fait, la meilleure traduction de *sophistai* est «savants». Dans les deux premières parties où j'envisage la problématique du point de vue des Anciens, je parlerai donc de «médecins» et de «savants», exactement comme l'auteur de l'*Ancienne médecine* au c. 20 parle de *iētroî* et de *sophistai*. La dénomination par «physiologues» ou «physiciens» ne convient pas non plus parce qu'elle n'est pas antérieure à Aristote. Pour «physiologue», voir par exemple Aristote, *Poétique* 1447 b 19: «Il est juste d'appeler Empédocle physiologue plutôt que poète»; pour les autres emplois, voir Bonitz s.v.; pour «physicien», voir par exemple *Physique* I, 184 b 17 et les autres emplois dans Bonitz, s.v.

les savants du V^e siècle et aux problèmes inhérents à cette science, tels qu'ils étaient vus par les Anciens eux-mêmes. La troisième partie, plus longue, consistera en un examen critique, à partir d'exemples précis, des présupposés méthodologiques qui sous-tendent implicitement dans l'érudition moderne l'étude des relations entre l'anthropologie des médecins hippocratiques et celle des savants préplatoniciens.

I. LA VISION DE L'HOMME ET LA NAISSANCE DE LA SCIENCE DE L'HOMME CHEZ LES MÉDECINS DE LA *COLLECTION* *HIPPOCRATIQUE*

Vouloir aborder dans son ensemble le thème de la vision de l'homme selon les médecins hippocratiques au cours d'une communication aussi brève relèverait de l'*hýbris*. Et l'on ne se disculperait guère si l'on précisait qu'il s'agit de l'«homme» au sens du grec *ánthrōpos* au masculin et que sont laissés de côté les rares emplois d'*ánthrōpos* au féminin et tout ce qui concerne l'homme en tant qu'*anér* opposé à *gyné* la femme. Il y a là un vaste champ de recherche qui devrait partir de l'étude des divers emplois du terme *ánthrōpos* et des mots de sa famille. Grâce à cette étude philologique, de multiples approches de cette vision de l'homme apparaîtraient.

Je me limiterai ici à un point très particulier, aux passages où le mot *ánthrōpos* apparaît dans des formules attestant que l'homme est l'objet d'un savoir. Ce que je voudrais souligner, c'est que nous rencontrons dans la *Collection hippocratique* les premiers textes de la civilisation occidentale qui inaugurent une science de l'homme. Les textes sont bien connus. Mais ils ont été utilisés dans le cadre plus général des relations entre la médecine et la philosophie ou des méthodes de connaissance, et non dans la perspective première qui est la leur, celle qui affirme l'existence d'une science de l'homme².

C'est en effet dans la *Collection hippocratique* que l'on trouve pour

² Pour les relations entre la philosophie et la médecine, voir par exemple W.H.S. JONES, *Philosophy and Medicine in Ancient Greece*, Baltimore, 1946; pour les méthodes de connaissance, voir surtout J.-H. KÜHN, *System-und Methodenprobleme im Corpus Hippocraticum*, Wiesbaden, 1956. La place centrale de l'homme a mieux été dégagée par K. DEICHGRÄBER, *Hippokrates, Über Entstehung und Aufbau des menschlichen Körpers* (ΠΕΡΙ ΣΑΡΚΩΝ), Leipzig-Berlin, 1935, p. 27 sq.

la première fois l'expression qui inaugure la pleine conscience que l'homme est l'objet d'un savoir. Cette expression, c'est en grec εἰδέναι ὅ τι ἐστὶν ἄνθρωπος «savoir ce qu'est l'homme», que l'on trouve dans un passage capital de l'*Ancienne médecine*, au c. 20³. L'*Ancienne médecine* n'est pas l'unique traité de la *Collection hippocratique* où l'on rencontre des expressions aussi nettes pour désigner la science de l'homme. Dans le début du traité du *Régime* on rencontre une expression comparable au c. 2 : παντὸς φύσιν ἀνθρώπου γινῶναι καὶ διαγινῶναι «connaître et reconnaître la nature de l'homme tout entier»⁴. Cette science de l'homme est la science des éléments constitutifs de la nature de l'homme⁵. On trouve même un terme abstrait pour désigner cette science: c'est le terme ionien ἱστορίη employé dans le chapitre 20 de l'*Ancienne médecine*: ταύτην τὴν ἱστορίην εἰδέναι ἄνθρωπος τί ἐστι, «cette ἱστορίη qui consiste à savoir ce qu'est l'homme»⁶. Le terme est traduit traditionnellement par «enquête»; mais comme il est formé sur une racine *weid - qui signifie à la fois «voir» et «savoir», il peut désigner aussi bien le «savoir», la «science» résultat de l'«enquête» que l'enquête elle-même. Il y a donc bien une science de l'homme qui naît en tant que telle au V^e siècle, dans la mesure où elle se désigne comme telle.

On ne peut manquer de noter les analogies et les liens étroits qui existent dans la *Collection hippocratique* entre cette naissance de l'anthropologie en tant qu'*historiē* et la naissance de la médecine en tant que *téchnē*⁷:

– tout d'abord la formulation nette de l'existence de ces deux savoirs, science de l'homme et art de la médecine, apparaît pour la première fois dans la *Collection hippocratique*.

– ensuite, l'existence même de ces deux savoirs est contestée au moment même où ils sont affirmés. Le traité de l'*Art* est un témoin

³ *Ancienne médecine* 20, L. I 620, 8 (= Jouanna 146, 1 sq.).

⁴ *Régime* I 2, L. VI 468, 7 sq. (= Joly *CMG* 122, 23).

⁵ Voir aussi *Chairs* 1, L. VIII 584, 5 sq. (= Joly 188, 7 sq.): ἐς ἀνθρώπου ἀποδείξω...ὅπως ἔφω «à propos de l'homme je vais montrer comment sa nature s'est formée».

⁶ *Ancienne médecine* 20, L. I 620 (= Jouanna 146, 13 sq.).

⁷ Ces deux modes de connaissance ne se confondent pas, puisqu'ils sont désignés par deux mots grecs différents *historiē* et *téchnē*. Les termes modernes les plus usuels que l'on emploie pour les traduire («enquête» et «art») ne rendent pas compte exactement des ressemblances et des différences entre ces deux modalités de connaissance. Les différences ne portent pas sur la validité ou le degré de la connaissance. La médecine qui consiste à soigner le malade (*therapeúein*) est, pour les Hippocratiques, une science au même titre que l'*historiē*. Mais on pourrait présenter les différences de la façon suivante : alors que l'*historiē* reste une science qui ne modifie pas l'objet de son savoir, la *téchnē* est une science qui se réalise par une action sur l'objet du savoir. Connaissance et pouvoir d'agir sont indissolublement liés dans la notion de *téchnē*.

des discussions sur l'art de la médecine, comme le traité de l'*Ancienne médecine* est un témoin des discussions sur la science de l'homme.

– enfin et surtout, la problématique sur la science de l'homme est indissolublement liée à celle de l'art de la médecine. La problématique, clairement formulée par l'*Ancienne médecine* au c. 20, consiste à savoir si la science de l'homme est préalable à l'exercice de la thérapeutique ou si elle découle de l'observation médicale. Suivant la réponse donnée, il est clair que le contenu de la science de l'homme change. Les partisans d'une science de l'homme préalable, comme l'auteur du *Régime*, partent d'une étude sur la genèse de l'homme en général, alors que l'auteur de l'*Ancienne médecine* juge artificielle cette vision de la nature de l'homme en général et substitue à cette nature de l'homme (*phýsis* au singulier!) la vision de plusieurs natures ((*phýsies* au pluriel!)), de plusieurs catégories d'hommes qui se définissent suivant les différents types de réaction des corps aux différentes parties du régime⁸. Toutefois, malgré la différence sur le contenu de la science de l'homme, ce qui paraît fondamental, c'est l'affirmation par tous ces médecins, quelle que soit la solution qu'ils adoptent, de l'existence d'une science de l'homme englobée dans une médecine correctement définie, que cette science de l'homme soit l'étape première ou l'étape ultime de cette médecine.

Le cinquième siècle apparaît donc comme le siècle où est née une science de l'homme en rapport étroit avec l'art de la médecine⁹.

⁸ Sur le passage du singulier φύσις au pluriel φύσιες, *Ancienne médecine* 20, L. I 620, 11 et 624, 5 (= Jouanna 146, 5 et 147, 17). Voir KÜHN, *System-und Methodenprobleme...*, p. 22 sq.

⁹ Il semble que ces premières formulations d'une science de l'homme n'aient pas survécu au V^e siècle et que la problématique ait subi un léger glissement au IV^e siècle. On sait qu'Aristote dans un passage de son traité sur la *Sensation et les Sensibles* (436 a-b) reprend la thèse des adversaires de l'*Ancienne médecine*. Voici le passage:

«La plupart de ceux qui s'occupent de la nature et parmi les médecins ceux qui s'attachent à leur art de façon plutôt philosophique, les premiers terminent par l'étude de la médecine, tandis que les seconds commencent la médecine par l'étude de la nature».

Pour le véritable médecin, selon Aristote, la médecine englobe donc un savoir préalable. Mais alors que ce savoir dans la *Collection hippocratique* était un savoir sur l'homme (*ánthrōpos*), c'est chez Aristote un savoir plus vaste, un savoir sur la nature (*perì phýseōs*). Le terme d'*ánthrōpos* présent chez les médecins du V^e siècle a disparu chez Aristote. Comment interpréter cette différence de formulation? Faut-il y voir une régression au IV^e siècle de l'anthropocentrisme caractéristique de la deuxième moitié du V^e siècle? Ou faut-il y voir une différence de points de vue entre des médecins intéressés principalement par l'homme et un savant qui englobe le savoir sur l'homme dans un savoir plus large sur la *phýsis*? Les deux explications ne s'excluent pas.

II. PROBLÈME DE LA RELATION ENTRE LA SCIENCE DE L'HOMME CHEZ LES MÉDECINS ET LA SCIENCE *SUR LA PHÝSIS* CHEZ LES SAVANTS.

L'homme, on vient de le voir, est l'objet central de l'enquête des médecins hippocratiques; et c'est la raison pour laquelle on peut parler de science de l'homme. L'homme est aussi objet de savoir pour les savants préplatoniciens. Mais chez eux, la connaissance de l'homme n'est qu'une partie d'une *historiē* plus vaste, l'*historiē peri phýseōs*, dont le programme a été magistralement résumé par Socrate dans le *Phédon* de Platon:

«Quand j'étais jeune, j'avais une étonnante passion pour cette science que l'on appelle "Enquête sur la nature". Cela me paraissait être une science mirifique: connaître les causes de chaque être, pourquoi chaque être naît, pourquoi il meurt, pourquoi il existe. Et souvent je me tourneboulais à force d'examiner d'abord des questions de ce genre: Est-ce quand le chaud et le froid ont une certaine putréfaction, comme le disaient certains, est-ce à ce moment-là que les êtres vivants se forment? et est-ce le sang qui est ce par quoi nous pensons ou bien l'air ou le feu? ou bien n'est-ce rien de tout cela, mais est-ce le cerveau qui est la cause des sensations de l'ouïe, de la vue et de l'odorat; et de cela résulteraient la mémoire et l'opinion, et de la mémoire et de l'opinion devenant stable, naîtrait de cette façon le savoir? Et inversement examinant les processus de destruction, ainsi que les phénomènes relatifs au ciel et à la terre, pour finir je me persuadai qu'à l'égard de cet examen ma nature était d'une inaptitude à nulle autre pareille» (*Phédon* 96 a-c).

Ce texte est de la plus haute importance pour comprendre ce qu'était l'*historiā peri phýseōs* des savants et quel était son programme ¹⁰. L'homme, dans la perspective des savants, n'est qu'un cas particulier dans une recherche plus vaste sur la constitution originelle des êtres vivants. Il est significatif que l'on ne trouve pas le mot «homme» (*ánthrōpos*) dans la définition de l'*historiā peri phýseōs* donnée par Socrate, mais le mot «êtres vivants» (*tà zōa*). Et cette recherche sur les êtres vivants se rattache à une enquête plus vaste sur la cosmologie.

¹⁰ La traduction traditionnelle par «Enquête sur la Nature» ne me paraît pas correspondre exactement au sens et à l'extension du terme *phýsis* dans cette expression. Le sens étymologique «action de naître, de pousser» (nom d'action correspondant au moyen *phýesthai*), est encore présent comme l'indique l'interrogation *diā tí gígnetai*. C'est donc avant tout une étude sur la genèse, sur la constitution originelle. Quant à l'extension de la recherche, il me semble qu'elle porte primitivement sur les êtres vivants (cf. *tà zōa*), alors que la recherche cosmologique est désignée ici par les termes *tà peri tōn ouwānōn te kai tēn gēn páthē*. L'*historiē peri phýseōs* des savants me paraît donc être, au sens premier et restreint, une science des êtres vivants, une *zoogénese*, et non une science de la nature en général. C'est en tous les cas en ce sens qu'Aristote emploie l'expression τῆς περὶ φύσιν ἰστορίας en *Parties des animaux* I 1.

Voilà pourquoi la formulation de la science de l'homme, en tant que telle, semble être le propre des médecins hippocratiques et non des savants préplatoniciens.

Mais si l'anthropologie des savants se situe dans un cadre plus large que chez les médecins, il reste qu'il y a un recoupement évident du domaine d'étude des savants et des médecins, lorsque les médecins font dériver leur thérapeutique d'une conception préalable de la nature humaine. Comment faut-il envisager la relation entre ces médecins et les savants? ou plutôt, comment ces médecins pensaient-ils leur relation avec les savants? La question est d'autant plus délicate que certains savants étaient aussi médecins. C'est justement le cas d'Empédocle cité par l'auteur de l'*Ancienne médecine*. Mais la distinction entre médecins et savants reste néanmoins valable puisqu'elle est faite par l'auteur de l'*Ancienne médecine* lui-même.

Il faut reconnaître qu'il y a parfois des ressemblances telles dans la méthode entre médecins et savants qu'on se demande ce qui peut bien différencier l'approche du médecin de celle du savant dans l'étude de l'anthropologie. Le cas limite dans la *Collection hippocratique* est le traité des *Chairs*; car c'est l'unique traité à exposer la formation originelle de l'homme, ce que l'on pourrait appeler une *anthropogénèse*, de même que les savants exposaient la formation originelle des êtres vivants, une *zoogénèse*. De plus, l'anthropogénèse du traité des *Chairs* découle d'une cosmologie, tout comme la zoogénèse des savants. Qui plus est, on est certain que l'auteur des *Chairs* connaissait la production des savants sur la *phýsis*: il y fait lui-même allusion au c. 15 dans l'expression tout à fait remarquable *phýsin syngrápsantes*¹¹. Et il n'est pas indifférent de noter qu'il cite cette littérature écrite sur la *phýsis* justement à propos de l'explication de l'ouïe par le cerveau, explication qui est donnée en exemple par le Socrate du *Phédon* dans son programme de la recherche *perì phýseōs*¹².

¹¹ *Chairs* 15, L. VIII 604,2 (= July 197,24 sq1.), C'est le témoignage le plus ancien sur l'existence du titre Περί φύσεως.

¹² La comparaison de ce programme de la recherche *perì phýseōs* et du traité des *Chairs* me paraît par ailleurs susceptible d'éclairer un aspect de la composition du traité hippocratique jugé singulier pas les érudits modernes. Après la partie sur la formation originelle de l'homme (c. 3-14), l'auteur des *Chairs* passe sans transition à l'explication des sens (c. 15-18). On a parlé de disparité visible et l'on a attribué cette disparité à la composition archaïque (voir R. JOLY, *Hippocrate XIII, ... Des Chairs, ...* Paris, CUF, 1978, p. 182). C'est possible. Mais il me semble qu'une explication nouvelle peut être suggérée. Dans le programme de la recherche *perì phýseōs* du Socrate platonicien, l'explication sur les sensations fait suite à la zoogénèse, tout comme l'explication sur les sensations succède à l'anthropogénèse chez l'auteur des *Chairs*. Cette comparaison semble indiquer que l'ordre des deux développements traitant respectivement de la formation de l'homme et de l'explication des sensations dans le traité des *Chairs* n'avait rien d'exceptionnel dans l'anthropologie au V^e siècle.

Devant tous ces points de contact entre le traité hippocratique des *Chairs* et la recherche sur la *phýsis* des savants, on est en droit de se demander si cet auteur n'est pas lui-même un savant et s'il ne s'agit pas d'un de ces ouvrages sur la *phýsis* qui aurait été recueilli dans une collection d'écrits médicaux. Une telle conclusion, malgré les rapprochements dégagés jusqu'ici, ne me paraît pas acceptable. Car elle occulte un aspect du traité des *Chairs* qu'il faut maintenant mettre en lumière. Quelle est en effet l'intention de l'auteur lorsqu'il écrit son traité? On a remarqué depuis longtemps que le titre du traité (*Des chairs*) n'est pas satisfaisant, car il ne correspond pas à l'ensemble du contenu du traité; et l'on a proposé plusieurs autres titres (*Peri archôn*, «Sur les Principes»; *Über Entstehung und Aufbau des menschlichen Körpers*)¹³. Mais, d'une façon assez étonnante, on n'a pas relevé que l'auteur, conformément à un usage bien attesté au V^e siècle, indique son sujet dès les premières phrases de son traité. Que veut-il faire? La réponse est donnée explicitement dans la deuxième phrase du traité: βουλόμενον συνθεῖναι τὸν λόγον τόνδε περὶ τῆς τέχνης τῆς ἰητρικῆς, «moi qui veux composer le traité que voici sur l'art de la médecine»¹⁴. Ce n'est donc pas un traité sur la *phýsis* que veut composer l'auteur, mais bien un traité sur l'art de la médecine. Et au cours de son exposé l'auteur fait appel à son expérience médicale. Ainsi au c. 18, dans son exposé sur l'explication de la voix et de la parole, il rappelle qu'il a vu des gens qui, s'étant tranché la gorge, continuaient à vivre mais ne pouvaient plus parler, et qu'il fallait refermer la plaie pour qu'ils se mettent à parler à nouveau¹⁵. L'auteur des *Chairs* est donc un médecin qui compose un traité sur la médecine; il ne se confond pas avec un savant rédigeant un traité *perì phýseōs*, malgré les ressemblances que l'on a pu dégager entre sa recherche et la recherche *perì phýseōs*.

Il faut donc prendre acte de cette situation, même si elle peut nous paraître paradoxale. Un médecin, dans un ouvrage sur la médecine, peut traiter de l'homme suivant la même méthode qu'un savant dans un ouvrage sur la *phýsis*, sans avoir, pour autant, l'impression de sortir du domaine médical. Que certains de ses collègues, tels que l'auteur de *l'Ancienne médecine* ou de *la Nature de l'homme*, puissent penser qu'il sort du domaine de la médecine est une autre affaire. L'auteur des *Chairs* estimait avoir autant de compétence qu'un savant pour exposer sa science de l'homme, qu'il s'agisse de l'anthropogénèse ou de l'explication de la pensée ou des sens. C'est son opinion personnelle qu'il expose tout au long de son ouvrage comme il le dit expressément à la fin de son préambule: «Maintenant je vais exposer mes propres

¹³ Sur la question du titre, voir K. DEICHGRÄBER, *Hippokrates...*, p. 26 et R. JOLY, *Hippocrate XIII...*, p. 183 sq.

¹⁴ *Chairs* 1, L. VIII 584,3 sq. (= Joly 188,5 sq.).

¹⁵ *Chairs* 18, L. VIII 608,16 sq. (= Joly 200,17 sq.).

opinions»¹⁶. Il faut même aller plus loin. Cette compétence qu'il revendique ne concerne pas seulement l'anthropologie, mais même la cosmologie qui sert de base à son anthropologie. En effet, juste après avoir dit qu'il va exposer ses opinions personnelles, il commence par la cosmologie, et pour qu'il n'y ait pas de doute sur ses intentions, il entame son exposé sur la cosmologie par un *δοκεῖ δέ μοι* «à mon avis»¹⁷. Qu'un médecin expose ses opinions personnelles même sur la cosmologie peut paraître paradoxal à un moderne. Mais là encore, il convient d'en prendre acte. Le médecin se jugeait compétent même dans ce domaine, dans la mesure où sa propre conception de l'anthropologie en dépendait. La seule différence entre un savant et un médecin sur ce point est que le médecin ne fait pas comme le savant un exposé complet sur la cosmologie, mais il n'expose que ce qui est nécessaire pour en déduire son anthropologie:

«Au sujet des choses d'en haut je n'ai besoin d'en parler que dans la mesure où je vais montrer à propos de l'homme et du reste des êtres vivants comment ils sont venus au monde et sont nés, ce qu'est l'âme, ce que sont la santé et la maladie, ce que sont le mal et le bien dans l'homme, et d'où vient qu'il meurt»¹⁸.

Revendiquant donc sa compétence dans le domaine de l'anthropologie, le médecin pouvait entrer en concurrence avec le savant. Cela est clairement perceptible dans le traité des *Chairs*. En effet, s'il mentionne certains auteurs de traités sur la *phýsis*, c'est justement pour les critiquer:

«Il y a des gens qui ont déclaré dans leurs traités sur la *phýsis* que le cerveau est ce qui résonne. Cela n'est pas possible. Car de lui-même le cerveau est humide et la membrane qui l'entoure est humide et épaisse et autour de la membrane il y a des os. Aucun des corps humides ne résonne; ce sont les corps secs; or l'audition est produite par les corps qui résonnent»¹⁹.

Il y avait donc concurrence entre savants et médecins sur le même sujet.

Au problème posé au début de cette partie, c'est-à-dire à la question de savoir comment le médecin se situait par rapport au savant dans le domaine de l'anthropologie, on peut répondre de la façon suivante, à partir de l'exemple de l'auteur des *Chairs*: le médecin se considérait dans une situation de concurrence et non de dépendance

¹⁶ *Chairs* 1, L. VIII 584,8 (= Joly 188,10 sq.).

¹⁷ *Chairs* 1, L. VIII 584,9 (= Joly 188,12).

¹⁸ *Chairs* 1, L. VIII 584,4-7 (= Joly 188,6-10).

¹⁹ *Chairs* 15, L. VIII 604,2-6 (= Joly 197,26-198,5).

vis-à-vis du savant; il proposait ses théories personnelles et se reconnaissait une compétence dans tout ce qui concerne l'anthropologie, même quand cette anthropologie est fondée sur une cosmologie. Son expérience de médecin lui donnait une compétence particulière pour parler de l'homme, même s'il ne revendique pas en ce domaine la seule compétence pour les médecins, comme le fait l'auteur de l'*Ancienne médecine*.

III. PRINCIPES DE MÉTHODE POUR L'ÉTUDE DES RELATIONS ENTRE L'ANTHROPOLOGIE CHEZ LES MÉDECINS HIPPOCRATIQUES ET LES SAVANTS PRÉPLATONICIENS.

De ce réexamen résultent des principes de méthode pour l'étude des relations entre les «Présocratiques» et les Hippocratiques. C'est la relation de concurrence dans l'égalité des compétences, et non celle de dépendance qui devrait inspirer les principes de méthode. Or il semble que ce soit la logique de la dépendance qui ait généralement présidé aux recherches de l'érudition moderne.

Généralement, un rapprochement fait entre un «Présocratique» et un Hippocratique est interprété comme le signe d'une influence du savant sur le médecin²⁰. Significatif est l'ouvrage de référence qui est actuellement le point de passage obligé pour l'étude des «Présocratiques», à savoir les *Vorsokratiker* de Diels/Kranz. On ne dira jamais assez combien cet ouvrage, qui est en fait, malgré ses éminents mérites, un reflet de l'érudition passée, continue à être un puissant facteur d'orientation de l'érudition actuelle, dans la mesure où sa grille de présentation des textes guide encore inconsciemment la réflexion. La façon dont il présente les textes hippocratiques est révélatrice.

Les références à la *Collection hippocratique* apparaissent, la plupart du temps, dans la rubrique C qui est celle des «Imitations» (ou «Nachwirkung»). C'est donc la logique de la dépendance des médecins par

²⁰ J. LONGRIGG dans deux articles («Philosophy and Medicine: Some early Interactions», *HSPH* 67, 1963, pp. 147-175 et «[Hippocrates] *Ancient Medicine* and its intellectual Context», in *Formes de pensée dans la Collection hippocratique*, F. LASSERRE et Ph. MURPHY (éd.), Genève, 1983, pp. 249-256), a réagi vigoureusement contre l'explication systématique par l'influence des savants sur les médecins; mais en renversant les positions traditionnelles (influence de l'*Ancienne médecine* sur Protagoras et Anaxagore), il reste en définitive dans la logique de la dépendance; cf. la remarque de V. Langholf après la communication de Longrigg in *Formes de pensée...*, p. 256.

rapport aux savants qui est adoptée d'emblée. Par exemple, pour en rester au traité des *Chairs*, le début de son développement sur la cosmologie est cité dans la rubrique C de Diogène d'Apollonie (64 C 3 D.-K.). Il s'agit du passage suivant:

«Mon avis est que ce que nous appelons le chaud est immortel, comprend tout, voit, entend et sait tout, le présent et l'avenir. Ce chaud, pour la plus grande partie, quand tout fut secoué, se retira dans le circuit le plus élevé. Et c'est, à mon avis, ce que les Anciens ont nommé éther»²¹.

Ce serait une imitation de Diogène d'Apollonie B 5: «Et mon avis est que ce qui est appelé air par les hommes est ce qui comporte la pensée et que c'est par ce principe que tous les hommes sont gouvernés» et de B 8 où il est dit que ce principe est «immortel». Ce rapprochement et cette influence ont été acceptés par les érudits modernes²².

Mais un examen critique s'imposerait. D'une part, même si l'on reste dans l'optique traditionnelle de la relation de dépendance, il faut admettre qu'il y a une sérieuse transposition. Car l'auteur des *Chairs*, bien qu'il admette l'existence de l'air comme élément constitutif de l'univers, n'accorde pas à l'air les qualités divines mais les attribue au chaud, c'est à dire au feu (éther = ce qui brûle)²³. D'autre part et surtout, pour juger de la validité de ce rapprochement ponctuel, il conviendrait de se demander s'il a un sens dans le système global du médecin qui, je le rappelle, affirme présenter des vues personnelles. Or il est clair que la logique du système cosmologique du médecin est fort différente de celle Diogène d'Apollonie. Alors que pour Diogène l'air est la substance unique dont tout le reste est issu, pour l'auteur des *Chairs*, le chaud n'est qu'un des trois principes constitutifs du tout, les deux autres *moirai* étant la terre et l'air. A la cosmologie moniste de Diogène d'Apollonie s'oppose la cosmologie pluraliste de l'auteur des *Chairs*. Cette cosmologie à trois éléments est déjà originale en elle-même; car une cosmologie à trois éléments n'est pas si fréquente que cela chez les Présocratiques. S'il fallait faire un rapprochement entre la

²¹ *Chairs* 2, L. VIII 584,9-13 (= July 188, 12-17).

²² Cf. K. DEICHGRÄBER, *Hippokrates...*, p. 31. H. DILLER, *Kleine Schriften zur antiken Medizin*, 1973, p. 152 (= C.R. de l'éd. de Deichgräber du traité des *Chairs*): il insiste plus que Deichgräber sur l'influence de Diogène d'Apollonie; la logique de la dépendance atteint chez Diller un stade raffiné car il distingue une dépendance positive et une dépendance négative («Die teils positive, teils negative Abhängigkeit von letzterem [sc. Diogenes von Apollonia] ist besonders greifbar»). JOLY, *Hippocrate... Des Chairs*, p. 182 suit la position de Diller: «De nombreuses analogies font penser à Empédocle, à Archélaus, aux héraclitéens du *Cratyle*, mais surtout à Diogène d'Apollonie».

²³ Ainsi R. JOLY, *Hippocrate... Des Chairs*, p. 205: «L'auteur applique au chaud les qualités divines que Diogène attribuait à l'air».

cosmologie du traité des *Chairs* et celle d'un Présocratique, c'est à Ion de Chios qu'il faudrait songer, plus qu'à Diogène d'Apollonie, car Ion de Chios retenait les trois mêmes principes constitutifs de l'univers, le feu, la terre et l'air ²⁴. Et quand on passe de la cosmologie à l'anthropologie, l'écart entre le traité des *Chairs* et Diogène d'Apollonie se creuse encore, car les deux principes qui sont à la base de l'anthropologie de l'auteur des *Chairs* sont le chaud et la terre et non pas l'air comme chez Diogène. L'originalité de cette anthropologie vient de ce qu'il explique la formation de tous les tissus humains par deux grands constituants, le gras et le glutineux. Or ce gras et ce glutineux sont le résultat d'une transformation de la terre par les poches de chaud qui avaient été retenues en elles lors de l'ébranlement et de la séparation initiale du monde. Il n'y a donc rien qui soit fondamentalement commun entre l'auteur des *Chairs* et Diogène d'Apollonie. Le rapprochement fait dans Diels/Kranz et repris par les érudits modernes paraît superficiel et n'éclaire ni la cosmologie ni l'anthropologie de l'auteur des *Chairs*. Une influence de Diogène d'Apollonie devient problématique.

La logique de la dépendance a amené à franchir une étape supplémentaire dans la présentation des passages hippocratiques insérés dans les *Vorsokratiker* de Diels/Kranz. Il arrive qu'un passage hippocratique soit inséré, non pas dans la rubrique C («Nachwirkung»), mais dans la rubrique A («Doxographie»). Cela revient à dire que l'influence du modèle présocratique sur le médecin hippocratique est si directe que le texte du médecin sert à reconstituer la pensée de son modèle. On va aborder ici une autre face de l'anthropologie, à savoir l'embryologie. Un passage du traité de la *Nature de l'enfant* 31 sur les jumeaux est cité dans la doxographie de Démocrite en 68 A 151 D.-K. sur le même plan qu'un passage d'Elie (Hist. Nat. XII 16) rapportant l'opinion de Démocrite sur les portées nombreuses du porc et du chien. Un lecteur de bonne foi prendra ce passage hippocratique comme un reflet fidèle de la pensée de Démocrite. C'est bien ainsi que devait l'entendre Diels; mais cela suppose une idée intermédiaire qui a été supprimée dans la présentation. Cette idée intermédiaire est la suivante: le rapprochement entre le témoignage d'Elie sur Démocrite et le passage du traité hippocratique est si évident que l'on peut prendre aussi le texte hippocratique comme une doxographie sur Démocrite, bien que le nom de Démocrite ne soit pas cité. En admettant même que le rapprochement soit évident, il n'est pas de bonne méthode de mettre sur le même plan que les autres des témoignages qui ne comportent pas expressément le nom de Démocrite ²⁵.

²⁴ Voir ION DE CHIOS 36 A 6 D.-K. (textes d'Isocrate et de Philoan).

²⁵ Il arrive même que soit inséré dans la section B (= fragments) de Démocrite un

Mais ce rapprochement est-il aussi évident? A en juger par tous les spécialistes d'Hippocrate qui ont étudié l'influence de Démocrite sur la *Collection hippocratique*, il semble que oui²⁶. C'est même ce rapprochement qui est considéré comme la pierre angulaire pour prouver l'influence de Démocrite sur l'ensemble *Génération/Nature de l'Enfant* et *Maladies IV*²⁷. Un réexamen critique de ce rapprochement m'amène à mettre en question sa validité.

Voici les deux passages:

1. Elie, *Histoire naturelle* VII 10 (68 A 151 D.-K.):

«Démocrite dit que le porc et le chien ont plusieurs petits et il en donne la cause, disant qu'ils ont plusieurs matrices et plusieurs endroits dans la matrice qui reçoivent la semence. Ce n'est pas à la suite d'une seule copulation que la semence remplit complètement toutes les matrices, mais c'est deux et trois fois que ces animaux saillissent afin qu'une succession continue remplisse les réceptacles de la semence».

2. *Nature de l'enfant* 31:

«Que des jumeaux naissent d'un seul coït en voici la preuve: le chien, la truie et quelques autres animaux, c'est à la suite d'un seul coït qu'ils mettent au monde deux ou plusieurs petits; chacun des petits dans la matrice se trouve dans une poche et dans une membrane; nous voyons par nous-mêmes qu'il en est ainsi; et ces petits, ils les mettent au monde tous le même jour dans la plupart des cas»²⁸.

On fait ressortir surtout deux ressemblances entre le témoignage rapporté par Elie sur Démocrite et le médecin hippocratique: la première est la croyance dans le fait que la matrice chez la femme comme chez les animaux a plusieurs poches; la seconde est que l'auteur hippocratique choisit exactement les mêmes exemples que Démocrite pour les animaux donnant naissance à plusieurs petits à la fois, à savoir le chien et la truie. On s'en émerveille et l'on va jusqu'à parler de rapprochement textuel.

Faut-il vraiment être un spécialiste de Démocrite pour songer au chien et au porc comme exemples d'animaux donnant le jour à plusieurs petits? Ce sont les animaux domestiques auxquels n'importe qui pouvait penser. Nous, nous ajouterions le chat, qui n'était pas encore

témoignage ne comportant pas le nom de Démocrite: 68 B 5 D.-K. (= Diodore I 7-8). Ce témoignage a été utilisé abusivement pour postuler une influence de Démocrite sur l'*Ancienne médecine*; voir en dernier lieu J. JOUANNA, *Hippocrate II*, 1ère partie: *De l'ancienne médecine*, Paris, 1990, p. 46-48.

²⁶ M. WELLMANN, «Spuren Demokrits von Abdera im Corpus Hippocraticum», *Archaeion* 2, 1929, p. 304 sq.; R. JOLY, *Hippocrate XI. De la génération, De la nature de l'enfant, Des Maladies IV.* ..., Paris, 1970, p. 19 sq.; I. M. LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation», «On the Nature of the Child», «Diseases IV»*, Berlin, 1981, p. 64 et pp. 252-255; A. STÜCKELBERGER, *Vestigia Democritea*, Basel, 1984, p. 64 sq.

²⁷ Voir LONIE, *The Hippocratic Treatises* ..., p. 64.

²⁸ Je traduis, pour l'étendue, uniquement le passage cité dans Diels/Kranz.

un animal domestique au temps d'Hippocrate. Mais l'essentiel n'est pas là. Entre le témoignage d'Elieen et le traité hippocratique, je vois une contradiction qui porte sur la thèse même soutenue par le médecin hippocratique. Quelle est cette thèse? Quelle est l'idée directrice qui oriente tout le début du développement du médecin hippocratique sur les jumeaux? Elle ressort avec la plus grande clarté; c'est que les jumeaux naissent d'un seul coït (ἄφ'ένος λαγνεύματος). L'analogie avec les animaux est une preuve *a fortiori* de cela; ils ont deux ou plusieurs petits d'un seul coït. Non sans lourdeur l'auteur enfonce cette idée comme un clou: «Les jumeaux naissent d'un seul coït» (ἄφ'ένος λαγνεύματος)... «Que les jumeaux naissent d'un seul coït (ἄφ'ένος λαγνεύματος), en voici la preuve: le chien, la truie et quelques autres animaux à la suite d'un seul coït (ἄφ'ένος λαγνεύματος) donnent le jour à deux ou plusieurs petits...» Or que nous dit le témoignage d'Elieen à ce sujet? Justement le contraire: «Ce n'est pas à la suite d'une seule copulation, dit-il, que la semence remplit complètement toutes les matrices, mais c'est deux et trois fois que ces animaux saillissent». Ainsi, à partir du moment où l'on replace dans son contexte le passage du médecin comparé au témoignage d'Elieen sur Démocrite et que l'on en dégage la fonction dans la démonstration, il paraît clair que le rapprochement ne permet ni de conclure à une influence de Démocrite sur l'auteur hippocratique, ni d'utiliser le passage hippocratique comme doxographie de Démocrite. Bien au contraire, ce que l'auteur de la *Nature de l'enfant* écarte avec force ici, c'est la théorie selon laquelle la naissance de deux ou plusieurs petits est un cas particulier de la superfétation²⁹; or le témoignage d'Elieen implique au contraire que Démocrite expliquait les naissances nombreuses chez les animaux par plusieurs coïts, et donc par la théorie de la superfétation³⁰. Dans la discussion pour savoir si les jumeaux ou plus généralement les naissances multiples proviennent d'un seul coït et d'une seule semence qui se divise dans la matrice ou si elle provient de plusieurs coïts et de plusieurs semences par superfétation, le traité hippocratique et Dé-

²⁹ La théorie de la superfétation pour expliquer les jumeaux ou les triplés est attestée chez Erasistrate et les Stoïciens d'après le Pseudo-Plutarque V 10,3-4 (DIELS, *Doxographi graeci*, p. 423).

³⁰ Cette opposition entre *Nature de l'enfant* et Démocrite se confirmerait si l'on faisait intervenir un témoignage d'Aristote sur Démocrite qui n'a pas été exploité dans la discussion. D'après Aristote (*Gén. Anim.* IV 4, 769 b-770 a), il est clair que Démocrite expliquait par la superfétation non seulement les monstres nés de la superposition de deux semences, qui peuvent échanger leurs parties mais aussi les œufs d'oiseaux qui opèrent des échanges entre eux. La critique que fait Aristote de la théorie de Démocrite laisse entendre que pour les œufs, comme pour les monstres, il y avait plusieurs coïts et plusieurs semences. Il dit en effet: «Mais s'il est vrai qu'à la suite d'une seule semence et d'un seul coït plusieurs petits naissent, ce qui semble être, il vaut mieux ne pas faire un détour en quittant le plus court chemin». La critique faite ici de Démocrite par Aristote rejoint la position de *Nature de l'enfant*.

mocrite, loin d'être comparables, se situent dans des camps opposés ³¹. C'est donc plutôt une relation de concurrence qu'une relation de dépendance qui ressort du rapprochement, si tant est que le rapprochement prouve une relation avec Démocrite, ce qui n'est pas assuré, car le problème des jumeaux était un lieu obligé de l'embryologie ³². S'il y a une comparaison à faire entre le traité hippocratique et un «Présocratique», c'est à Empédocle qu'il faudrait songer, lui qui devait expliquer la naissance des jumeaux et des triplés par la division de la semence ³³. C'est aussi par la division d'une seule semence émise dans un seul coït que le traité du *Régime* explique la naissance des jumeaux ³⁴.

En bref, cette relation de dépendance qui préside implicitement à l'étude comparative de l'anthropologie des «Présocratiques» et des Hippocratiques aboutit dans le détail à multiplier des rapprochements avec tel ou tel «Présocratique», dont la pertinence n'est pas toujours évidente, faute d'un examen attentif du contexte et de la fonction du passage hippocratique dans la cohérence de ce contexte.

Et dans la vision d'ensemble, à quoi aboutit cette méthode sinon à considérer que l'anthropologie hippocratique est éclectique? Eclectisme, amalgame, contamination, voilà les maîtres mots qui reviennent sous la plume des critiques. Pour en rester à l'embryologie de l'auteur hippocratique de *Génération/Nature de l'enfant*, on voit un exemple de contamination dans sa théorie de la semence qu'il expose comme suit: «La semence arrive du corps entier et s'écoule depuis le cerveau... dans la moelle épinière et... le long des reins... à travers les testicules jusqu'à la verge ³⁵». Comme les travaux, devenus classiques, d'E. Lesky distinguent une théorie encéphalo-myélogène de la semence dont le premier représentant est Alcméon de Crotona et une théorie de la pan-

³¹ On a voulu rapprocher aussi le passage où Elien parle de «deux ou trois accouplements» pour expliquer la naissance de plusieurs petits et le passage où l'auteur de *Génération/Nature de l'enfant* parle de «deux ou trois éjaculations» dans le même coït, pour expliquer que les jumeaux peuvent être de sexe différent. Mais pour harmoniser les deux textes, on a été jusqu'à suggérer qu'Elien, notre seule source sur Démocrite, a peut-être mal interprété la pensée de Démocrite! Voir LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation»*, p. 64, n. 76: «It is possible that Aelian mistook Democritus' meaning, in which case the resemblance is even closer».

³² En ce qui concerne les Présocratiques, on trouve des échos de ce lieu obligé dans l'ouvrage doxographique du Pseudo-Plutarque qui rapporte en V 10,1-4, les explications d'Empédocle, d'Asclépiade, d'Erasistrate et des Stoïciens à ce sujet; cf. DIELS, *Doxographi graeci*, p. 419 sq. Dans la *Collection hippocratique*, voir aussi *Régime* I 30, L. VI 504,14-506,7 (= Joly *CMG* 146,17-27).

³³ Comparer *Génération/Nature de l'enfant* 31 (σχιθθεῖσα) et Empédocle d'après Pseudo-Plutarque V 11 (περισχισμὸν τοῦ σπέρματος).

³⁴ *Régime* I 30, L. VI 504,14-506,7 (= Joly *CMG* 146,17-27); noter en particulier ἀποσχίζεσθαι et ἕμα ἀπεκρίθη.

³⁵ *Génération* I, L. VII 470, 13 sqq. (= Joly 44, 16 sqq.).

génèse plus récente dont l'origine est Démocrite ³⁶, on en déduit que l'auteur de *Génération/Nature de l'enfant* opère une contamination de ces deux modèles ³⁷. On y voit donc une nouvelle influence de Démocrite, mais combinée cette fois avec celle d'Alcméon de Crotona.

Un réexamen critique devrait partir des textes hippocratiques pris en eux-mêmes. D'abord, lorsqu'on relit sans préjugés l'exposé de l'auteur de *Génération/Nature de l'enfant* sur l'origine et le cheminement du sperme dans le corps, on ne trouve pas le moindre indice qui laisse entendre que l'auteur avait l'impression d'apporter une solution originale en mêlant deux théories séparées et contradictoires. Il énonce dans la même phrase, comme une évidence, sans apporter la moindre justification, que la semence provient de tout le corps et qu'elle va dans la moelle épinière ³⁸. Ensuite et surtout, le traité *Génération/Nature de l'enfant* n'est pas le seul traité hippocratique à présenter la coexistence de ces deux croyances. On la retrouve dans deux autres traités:

– dans un passage du traité des *Os* où les deux croyances sont également réunies dans la même phrase:

«De la semence converge dans ce vaisseau (c'est-à-dire le vaisseau aux parties génitales) de toutes les parties du corps en général; mais la majeure partie, comme il a été dit, se rassemble en provenance de la moelle épinière» ³⁹;

– dans le traité des *Airs, eaux, lieux*. On sait que l'auteur de ce traité allègue la conception selon laquelle la semence vient de toutes

³⁶ E. LESKY, *Die Zeugungs- und Vererbungslehren der Antike und ihr Nachwirken*, Mainz, 1950, Nr. 19; cf. aussi *id.*, «Die Samentheorie in der hippokratischen Schriften-sammlung», *Festschrift Neuburger*, 1948, pp. 302-308.

³⁷ Voir par exemple JOLY, *Hippocrate XI...*, p. 44, n. 4: «Deux théories sur l'origine du sperme se contaminent ici». Cf. aussi LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation»...*, p. 62 «The pangensis theory (held by Democritus and, probably, by Anaxagoras), that sperm is derived from the whole body, is combined with the encephalo-myelogenic theory, that it is derived from the head or brain via the spinal marrow (Alcmaeon and the Pythagoreans)». Tous deux renvoient aux travaux d'E. Lesky qui est à l'origine de cette opinion (cf. *Die Zeugungs- und Vererbungslehren...*, p. 1240 [16]). Voir aussi STÜCKELBERGER, *Vestigia Democritea...*, p. 59.

³⁸ Le détail monterait du reste la souplesse et la complexité des explications. C'est seulement la majeure partie de la semence qui provient de la tête, le long des oreilles dans la moelle épinière (c. 2). Par où passe le reste? par la moelle épinière? ou par des vaisseaux qui arrivent directement aux organes génitaux (cf. c. 1)? ou par les deux à la fois?

³⁹ *Nature des os* 15, L. IX, 190, 1-3. Le cheminement de la semence est du reste complexe. Il est probable que la semence provenant de la moelle résulte déjà d'un rassemblement de la semence issue de tout le corps; cf. c. 14, L. IX 186, 22 sqq.: «Les autres vaisseaux... se rendant de toutes les parties à la moelle, apportent chacun l'humeur la plus ténue et la plus pure et y dégorgent». Cette complexité du trajet est analogue à celle de *Génération/Nature de l'enfant*; voir note précédente.

les parties du corps pour justifier que l'allongement de la tête des Macrocéphales, dû d'abord à l'usage, ait pu passer dans la nature⁴⁰. Mais ce qu'il faut ajouter, c'est que le même auteur dans un autre passage célèbre, celui de la maladie des Scythes Anarées, dit que la pratique de l'incision derrière l'oreille, loin de les guérir de l'impuissance, la favorise, ce qui suppose que la semence descend de la tête par la moelle épinière:

«Il me semble que la semence est détruite par ce traitement. Il y a en effet le long des oreilles des vaisseaux qui, une fois coupés, font que ceux qui ont subi cette coupure deviennent impuissants»⁴¹.

Cette explication doit être rapprochée de celle que le traité *Génération/Nature de l'enfant* donne de la même pratique:

«Ceux qui ont été incisés le long de l'oreille, ceux-là peuvent avoir des rapports sexuels et éjaculer, mais la semence est peu abondante, faible et stérile; c'est que la majeure partie de la semence vient de la tête le long des oreilles dans la moelle épinière. Cette voie, à cause de la cicatrice due à l'incision, est devenue dure»⁴².

Dès lors, dans *Airs, eaux, lieux* comme dans *Génération/Nature de l'enfant*, sans parler de *Nature des Os*, on constate la présence conjointe de la croyance selon laquelle la semence vient de toutes les parties du corps et de la croyance selon laquelle elle descend de la tête le long des oreilles jusqu'aux organes génitaux, sans qu'il y ait la moindre conscience d'une contradiction⁴³.

Allons-nous en conclure que la position de l'auteur des *Airs, eaux, lieux* sur la semence est le résultat de la cohabitation d'une théorie ancienne et d'une théorie moderne et que le traité des *Airs, eaux, lieux* a subi comme celui de *Génération/Nature de l'enfant* la double influence d'Alcméon et de Démocrite? Ne vaudrait-il pas mieux parler sur la cohérence de l'anthropologie des médecins et s'interroger d'abord sur la validité des cadres que les érudits modernes appliquent aux textes hippocratiques pour les interpréter?

A vrai dire, la façon traditionnelle de poser le problème et de le résoudre ne repose pas seulement sur l'idée implicite et sommaire d'une dépendance des médecins par rapport aux Présocratiques, mais aussi sur une confiance, à mon sens excessive, dans une doxographie récente.

⁴⁰ *Airs, eaux, lieux* 14, L. II 60, 1-7 (= Diller 58, 20-25).

⁴¹ *Airs, eaux, lieux* 22, L. II 78, 5 sq.

⁴² *Génération* 2, L. VII 472, 12-16 (= Joly 45, 19-24).

⁴³ Sur la croyance qu'une incision derrière l'oreille rend impuissant, comp. *Lieux dans l'homme* 3, L. VI 282, 14 sq. (= Joly 42, 12 sq.).

Sur quels témoignages repose en fait la reconstruction qu'E. Lesky fait des deux théories différentes encéphalo-myélogène et pangénétique, sinon sur des témoignages récents et douteux? La source principale est un passage que l'on dit toujours être d'Aétios à la suite des *Vorsokratiker* de Diels/Kranz, mais que la tradition nous a transmis dans le *Corpus* de Plutarque⁴⁴. Ce passage dit en trois mots à propos d'Alcméon que «la semence est une partie du cerveau» et à propos de Démocrite que «la semence vient de toutes les parties du corps et en particulier des plus importantes, telles que les os, les chairs et les nerfs».

De même que l'on procède par rapprochements ponctuels entre les «Présocratiques» et les Hippocratiques sans tenir compte de la cohérence des textes hippocratiques, on part ici de ces fragments doxographiques qui ont été distribués entre chacun des auteurs concernés dans les *Vorsokratiker* de Diels/Kranz, sans se reporter au contexte et s'interroger sur la validité d'ensemble de ces témoignages⁴⁵. Or ces deux renseignements doxographiques sur Alcméon et Démocrite font partie d'un ensemble de six doxographies répondant à la question «Quelle est l'*ousía* de la semence?». Il est assez facile de mesurer le degré de fiabilité de cette doxographie quand on prend la série dans son ensemble, car sur les six définitions deux concernent des auteurs dont on possède l'oeuvre: Aristote et Platon. La définition pour Aristote est la suivante: «la semence est ce qui est capable de bouger en lui-même pour achever quelque chose d'analogue à ce qu'est ce de quoi elle s'est séparée». On imagine ce que les érudits auraient tiré de cette doxographie déplorable si l'on ne possédait pas les écrits d'Aristote. C'est en réalité le démarquage d'une phrase sortie au hasard de son contexte et concernant la semence mâle⁴⁶. Il n'y a aucun effort de synthèse pour donner une idée précise de la théorie d'Aristote. Le comble est que la définition de la semence que l'on attendrait pour Aristote, à savoir que la semence est «un résidu de la nourriture»⁴⁷, est attribuée dans le Pseudo-Plutarque à Pythagore!⁴⁸ E. Lesky n'accorde, du reste, aucune valeur à la doxographie sur Pythagore, car elle va à l'encontre de son système qui place la théorie hémotogène au IV^e

⁴⁴ Mon intention n'est pas de remettre en cause la source des *Placita* attribués à Plutarque, mais de mettre en garde contre la fâcheuse habitude de citer Aétios, comme si l'on connaissait directement des manuscrits de cet auteur.

⁴⁵ Le Pseudo-Plutarque est édité par DIELS dans ses *Doxographi Graeci*, p. 273 sqq.

⁴⁶ ARISTOTE, *Génération des animaux* IV 1, 766 b 1-3.

⁴⁷ Voir *Ibid.* IV 1, 766 b 8.

⁴⁸ Voir DIELS *Doxographi Graeci*, p. 417: «Pythagore dit que la semence est l'écume du sang le meilleur, résidu de la nourriture (περίττωμα τῆς τροφῆς) comme le sang et la moëlle». Faut-il penser qu'il y a une interversion fautive dans l'archétype du Pseudo-Plutarque?

siècle ⁴⁹. Pourquoi voudrait-on, dans ces conditions, que la doxographie soit si douteuse sur Pythagore, et une ligne après, si fiable sur Alcéméon? La situation se complique du reste pour Alcéméon, dans la mesure où une doxographie de Censorin est en contradiction avec celle du Pseudo-Plutarque ⁵⁰. Erna Lesky est obligée de récuser le témoignage de Censorin et d'affirmer que le témoignage du Pseudo-Plutarque est «die allein massgebliche Wiedergabe der alkmaionischen Lehre», «la seule restitution de la théorie d'Alcéméon qui fasse autorité» ⁵¹. Quand on réalise que ce témoignage sur Alcéméon auquel on accorde tant d'autorité fait suite au témoignage si peu fiable sur Aristote et sur Pythagore, auquel Erna Lesky elle-même n'attribue aucune autorité, on se gardera d'être aussi affirmatif; et l'on se demandera si l'éloge ou le blâme accordé à telle ou telle partie d'une même source doxographique ne vient pas en réalité d'un désir inconscient de justifier des cadres modernes logiquement et chronologiquement préétablis. Sans doute, cette théorie sur la semence attribuée par le Pseudo-Plutarque à Alcéméon est dans la logique de ce que l'on sait sur Alcéméon qui accordait une prépondérance à la tête. Mais il faut avouer que le détail des explications physiologiques nous échappe.

Quant à la doxographie sur Démocrite, elle est certes confirmée par les *Définitions médicales* attribuées à Galien ⁵²; et elle n'est pas contredite par le témoignage de Censorin (qui toutefois a été récuser dans le cas d'Alcéméon) ⁵³. Mais de ces trois témoignages E. Lesky, et d'autres érudits à sa suite ⁵⁴, tirent une conclusion qu'ils n'autorisent pas, à savoir que Démocrite est le créateur de la théorie pangénétique («der eigentliche Schöpfer der P.L.»). Aucune de ces trois doxographies ne dit rien de tel. La tendance qui consiste à attribuer à un nom connu la première invention d'une théorie est une *interpretatio facillior* qui contribue à accroître la simplification déjà opérée par la doxographie. La preuve en est qu'Aristote lorsqu'il expose la théorie de la pangénèse ne la fait pas remonter à un penseur particulier, mais parle de «certains (τινες)» («certains prétendent que la semence vient du corps tout entier»). Le pluriel indique clairement que la théorie de la

⁴⁹ LESKY, *Die Zeugungs- und Vererbungslehren...*, p. 1345 (121).

⁵⁰ CENSORIN 5,2 (24 A 13 D.-K): *sed hanc opinionem (sc. ex medullis profluere semen) non nulli repellunt ut Anaxagoras Democritus et Alcmaeon Crotoniates*. Ce n'est pas du reste la seule contradiction entre Censorin et le Pseudo-Plutarque sur Alcéméon. Opposer aussi CENSORIN 5,5: *De conformatione autem partus nihilo minus definite se scire Alcmaeon confessus est ratus neminem posse perspicere quid primum in infante formetur* et Pseudo-Plutarque V 17: «Qu'est-ce qui se forme en premier dans le ventre (de la mère)?...Alcéméon dit que c'est la tête dans laquelle se situe l'hégémonique».

⁵¹ LESKY, *Die Zeugungs- und Vererbungslehren...*, p. 1236 (12).

⁵² *Définitions médicales*: XIX 449 K.

⁵³ CENSORIN 5, 2 (24 A 13 D.-K.).

⁵⁴ Voir par exemple STÜCKELBERGER, *Vestigia Democritea...*, p. 59, n.45.

pangénèse n'était pas la propriété d'un seul, en fût-il le plus illustre représentant ⁵⁵.

Quelles conséquences devons-nous tirer de ce rapide examen critique de la documentation doxographique pour juger des théories embryologiques des traités hippocratiques et de leur relation éventuelle avec les «Présocratiques»?

Première conséquence: la présence d'une théorie de la pangénèse dans un traité de la *Collection hippocratique* ne signifie pas nécessairement qu'elle s'explique par une influence de Démocrite ⁵⁶. Démocrite n'était qu'un représentant parmi d'autres de la théorie dite pangénéti- que. Les traités hippocratiques *Génération/Nature de l'enfant* et *Airs, eaux, lieux* en sont d'autres représentants. Etant donné qu'il s'agit, selon Aristote, d'une théorie adoptée par plusieurs, il est impossible d'en tirer des conclusions certaines soit sur la relation entre le philo- sophe et les médecins, soit sur la relation des médecins entre eux ⁵⁷.

⁵⁵ *Génération des animaux* 721 b 11 sq.; cf. aussi 722 a 1. Qu'Aristote pense à Démocrite parmi ces τινες est évident. Son nom est explicitement mentionné à propos de la pangénèse en 764 b 14, comme le remarque H. DE LEY, «Pangensis versus Panspermia. Democritean notes on Aristotle's Generation of animals», *Hermes* 108, 1980, p. 130-131 et n. 10. Mais ce n'est pas une raison pour croire que Démocrite est l'unique représentant de la théorie qui se cache sous les τινες. Car même dans ce dernier passage il est clair qu'il y a d'autres penseurs justifiant le τινες de 721 b 11: πρὸς Δημόκριτον καὶ εἴ τις ἄλλος οὕτω τυγχάνει λέγων.

On a voulu faire d'Anaxagore le créateur de la doctrine pangénéti- que qui aurait eu de l'influence sur la *Collection hippocratique* (voir M.-P. DUMINIL, «Les théories biologiques sur la génération dans la Grèce antique», *Pallas* 31, 1984, p. 99 sqq.). Aristote, en tout cas, ne rangeait pas la doctrine de ce savant dans le pangénéti- sime. Il ne peut y avoir pangénéti- sime selon lui que si, en même temps, la semence vient des deux parents (cf. *Génération des Animaux* 721 b 8 sqq.); or il dit formellement que, selon Anaxagore, la semence ne vient que de l'homme, la femme fournissant le lieu (*Génération des Animaux* 763 b 30-33). Est-il dès lors exact de présenter la théorie d'Anaxagore en disant que la semence contient «des éléments de toutes les parties du corps des parents» (DUMINIL, «Les théories biologiques...», p. 99)?

⁵⁶ LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation...»*, p. 67, bien qu'il croie à l'in- fluence de Démocrite sur le traité, le reconnaît («Pangensis then cannot be used as an argument for the influence of Democritus»). Mais la base de son argumentation pour justifier l'influence de Démocrite était le c. 31 sur les jumeaux. On a vu ce qu'il fallait en penser. Aussi l'utilisation qu'il fait de l'influence de Démocrite pour situer la date du traité (p. 71) ne paraît pas démonstrative.

⁵⁷ En ce qui concerne les relations de Démocrite et des médecins, l'attitude générale est celle de la dépendance des médecins hippocratiques par rapport au savant, comme on l'a vu (cf. par ex. Wellmann, E. Lesky, Joly, Lonie, Stückelberger); on a pensé aussi à une dépendance inverse de Démocrite par rapport à des médecins (cf. par ex. Pohlenz cité à la note suivante). Isolée, mais intéressante du point de vue méthodologique est l'attitude de DE LEY, «Pangensis...», p. 133, n. 23, qui met en garde contre des conclusions trop rapides sur la relation entre les médecins et les savants et envisage la possibilité d'une indépendance entre la théorie de Démocrite et celle des médecins. En ce qui concerne les relations des traités hippocratiques, LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation...»*, p. 116, suggérait que le traité *Génération/Nature de l'enfant* était antérieur à *Airs, eaux,*

L'influence de Démocrite sur le traité *Génération/Nature de l'enfant* n'est pas démontrable, surtout s'il faut écarter le rapprochement qui servait jusqu'à présent de pierre angulaire⁵⁸. De manière plus générale, l'influence de Démocrite sur la *Collection hippocratique* est d'autant moins démontrable qu'il n'y a pas de trace de ce qui fait la spécificité de Démocrite, la théorie des atomes⁵⁹.

Deuxième conséquence: l'explication de la théorie de la semence dans les traités hippocratiques par la contamination me paraît juger de la complexité des textes conservés dans leur intégralité par des cadres issus de doxographies récentes et simplificatrices. On a scindé en deux théories, assignées à deux époques différentes (Alcméon-Démocrite), deux mouvements de la semence qui apparaissent complémentaires dans le traité *Génération/Nature de l'enfant*. Il me semble que le trajet de la semence (montée de la semence venue de tout le corps, puis redescente de la plus grande partie depuis le cerveau jusqu'aux parties génitales) peut être comparé à la façon dont certains auteurs hippocratiques se représentaient plus ou moins clairement le trajet des humeurs dans le corps, car la théorie de la semence dans ce traité hippocratique s'inscrit bien dans un contexte humoral, puisque la semence vient de l'ensemble des quatre humeurs⁶⁰.

Pour confirmer le rôle simplificateur de la doxographie sur ces théories de la génération, on terminera en rappelant qu'il y a une doxographie sur Hippocrate lui-même. Les *Définitions médicales* attribuées à Galien distinguent deux groupes de penseurs sur les théories de la semence, ceux qui font venir la semence du cerveau (Platon et Dioclès)

lieux (et aussi à *Maladie sacrée*) parce que la théorie pangénétique semble être considérée comme établie, tandis que le projet de l'auteur de *Génération/Nature de l'enfant* est de l'établir. Mais il reconnaissait que d'autres explications sont possibles (selon lui Démocrite source commune des deux traités hippocratiques). Sa suggestion sur l'ordre chronologique des traités est présentée par STÜCKELBERGER (*Vestigia Democritea...*, p. 59, n. 43) comme s'il s'agissait d'une certitude. Le phénomène de simplification que l'on observe dans la présentation des opinions par la doxographie antique s'observe donc aussi dans l'érudition moderne.

⁵⁸ Parmi les autres rapprochements qui ont été faits (cf. la présentation claire de STÜCKELBERGER, *Vestigia Democritea...*, pp. 57-79), le plus intéressant concerne l'explication de la différence des sexes suivant la prédominance du sperme des parents: même emploi du verbe $\chi\rho\alpha\tau\epsilon\acute{\iota}\nu$ en *Génération* 6, L. VII 478-480 (= Joly 48, 19) et dans le compte rendu de la théorie de Démocrite suivant Aristote, *Génération des animaux* 764 a 10. Mais comment prouver une influence de Démocrite sur le médecin à propos d'une notion telle que celle de la prédominance qui est à la base de toute la physiologie et de la nosologie hippocratiques?

⁵⁹ Voir M. POHLENZ, «Nomos und Physis», *Hermes* 81, 1953, p. 436 sq. (Anhang 1. Der Ursprung der pangenetischen Zeugungslehre).

⁶⁰ *Génération* 1, L. VII 470,1 sq. (= Joly 44,1 sq.): «la semence de l'homme vient de l'ensemble de l'humide contenu dans le corps». Cet humide comprend les quatre humeurs; cf. *Maladies IV* 1, L. VII 542,8,10 (= Joly 84,7-9).

et ceux qui la font venir de tout le corps. Or pour illustrer ce second groupe, la doxographie cite Hippocrate aux côtés de Démocrite et de Praxagoras ⁶¹. Il est facile de prendre ici la doxographie en défaut. L'analyse attentive montre que la position des traités hippocratiques est plus complexe et ne s'accommode pas des cadres simplificateurs où le doxographe veut les insérer. Pourquoi n'en serait-il pas de même pour les Présocratiques?

* * *

En bref, l'anthropologie présocratique ne saurait être une clé d'interprétation de l'anthropologie hippocratique, à la fois pour des raisons essentielles et des raisons circonstanciées. Pour des raisons essentielles: c'était plutôt des relations de concurrence que des relations de dépendance entre médecins et savants; cela signifie que les influences sont réciproques et probablement d'une complexité qui nous échappe par suite d'une perte importante de la littérature scientifique et médicale ⁶². Pour des raisons circonstanciées: l'anthropologie préplatonicienne n'est connue qu'à travers une doxographie parfois récente et simplificatrice. Cela ne veut pas dire que l'étude des relations entre l'anthropologie hippocratique et l'anthropologie préplatonicienne soit inutile. Mais cette étude comparée doit reposer sur des préalables méthodologiques: en ce qui concerne les Présocratiques, sur une critique attentive des sources replacées dans leur contexte doxographique et sur une évaluation de leur fiabilité, en établissant les distinctions qui s'imposent entre doxographie ancienne et doxographie récente; en ce qui concerne les Hippocratiques, sur la prise en considération de la cohérence d'ensemble des textes. Une lecture des textes hippocratiques, qui prend appui sur l'examen critique de la tradition du texte et détermine l'interprétation du détail par une meilleure prise en compte de la cohérence de l'ensemble du contexte, voilà ce qui me paraît être encore l'une des voies les plus fécondes pour le progrès des études hippocratiques. Avant de vouloir expliquer ce qui est clair par ce qui est parfois obscur, commençons par comprendre «Hippocrate» par «Hippocrate».

⁶¹ *Définitions médicales*: XIX 449 sq. K.

⁶² Cf. la bonne remarque de H. DILLER, *Wanderarzt und Aitiologe*, Leipzig, 1934, p. 112 à propos de Démocrite: «Gerade zwischen Ärzten und ihm (sc. Democritus) wird ein lebhaftes Geben und Nehmen gewesen sein».

On some ways of reasoning in the *Corpus Hippocraticum* *

JESÚS LENS

(University of Granada)

In the *Corpus Hippocraticum* (*CH*) the word λόγος can mean a good many things, from the most generic “argumentation” via “parts of a work” to “a full work”¹.

But even the very name “work”, when speaking about some tracts in the *CH*, gives us pause. We find, on one hand, precise reference to perfectly delimited works, references which sometimes even differentiate between the work as such and its reelaboration. So at the beginning of *On Regimen in acute diseases*:² “the authors of the work entitled *Cnidian sentences* have correctly described the experiences of patients in individual diseases and the outcome of some of them... The later revisers have shown rather more medical insight in their discussion of the remedies to be employed in each instance”.

Sometimes, on the other hand, it is difficult to speak of a work divided into sections and it is better to look at some of these works as an ensemble of various λόγοι articulated in varying hierarchies³.

* My warmest thanks are due to Prof. Nigel Wilson (Oxford) for his help with my English and for his invaluable remarks; all remaining mistakes are, of course, my own.

¹ J. H. KÜHN-U. FLEISCHER, *Index hippocraticus*, Göttingen, 1989, pp. 477 f.

² 1, 1 Οἱ συγγράψαντες τὰς Κνιδίας καλεομένης γνώμας ὅποια μὲν πάσχουσιν οἱ κάμνοντες ἐν ἐκάστοισι τῶν νοσημάτων ὀρθῶς ἔγραψαν καὶ ὅποιος ἔνια ἀπέβαινε (II 224 L.) 3, 1 ... Οἱ μέντοι ὕστερον ἐπιδιασκευάσαντες ἰητρικώτερον δὴ τι ἐπήλθον περὶ τῶν προσοιστέων ἐκάστοισιν (II 226 L.)

³ KÜHN-FLEISCHER and G. MALONEY-W. FROHN, *Concordance des oeuvres hippocratiques*, I-V, Montreal, 1984 (repr. Hildesheim-Zürich-New York, 1986), allows us to see most clearly an interesting point. JOUANNA (“Rhétorique et médecine dans la *Collection hippocratique*”, *REG* 97, 1984, pp. 29 ff.) has very acutely seen that, to state their activity, the authors in the *CH*. make use of λέγειν or γράφειν in such a way that it allows us to discern that more than twenty tracts have been drawn up from the start with a written publication in view.

So, in fact, the verb γράφειν and its compounds are relatively frequent in the *CH*; on the other hand we may add that the word used for naming a “work” is only seldom γραφή or βιβλίον (and, moreover, some of these scanty occurrences appear in the *Epistulae*); the noun regularly made use of for “work” is λόγος.

Kühn-Fleischer allow us to see most interesting variants in titles, as at *Epid.* II 5.72.1 (manuscripts divided between βιβλίον and λόγος; Littré solved the difficulty of choosing between them by eliminating both of them from the text) or *Prorrh.* II 9.6.2 (λόγος given by the manuscripts, βιβλίον conjectured by Littré).

Writings of such a kind are to some extent fluid, and they are particularly liable to additions and to piecemeal publication under a variety of titles.

This happens not only with some tracts in the *CH*, nor is it limited to archaic prose. Some archaic hexameter poetry⁴ was surely “published” in this way under a variety of titles, and here also it is risky to speak of a work divided into parts; this is a librarian’s concept *a posteriori* which does not explain either the origin or the character of such texts.

We could posit, of course in quite a provisional way, that *λόγος* with regard to not a few texts in the *CH* simply designates some textual unity of various length or kind. It could obviously be objected that such a general characterization is not a very distinct one, but this is one of the characteristics of the *λόγος* when looked upon in the way we propound. This is a characteristic so real that sometimes it is not easy for us to discern exactly what *λόγος* is meant by the writer of that word.

So we can understand the difficulties experienced sometimes by those who selected a bundle of *λόγοι* to give rise to a work, an entity which sometimes, I dare say, was a provisional one.

In the *CH* the classic example of this problem is provided by the works which our manuscripts divide as three under the names *On generation*, *On the nature of the child*, *On Diseases IV*. It is quite certain that this partition, which is what we find in the manuscripts, is not an adequate one.

There are those who think that this is really one work, among them, in modern times, such a great authority as Joly⁵. This criterion had dictated Littré’s resolution to impose upon the three works one continuous numbering, even if that great editor was not without misgivings about taking it as one and the same work.

⁴ So M. WEST (*Hesiod. Theogony*, Oxford, 1966, pp. 48 ff.) has shown that “in its present form, the *Theogony* is designed to lead without a break into the *Catalogue of Women*”, and that “it is the division between the two poems, not their combination, that is artificial... At some time between 700 and 300 the *Theogony* in the original form as composed by Hesiod gave place to an expanded version which formed merely the preface to the much longer *Catalogue*. A parallel is to be found in the arrangement of the Trojan and Theban epics into continuous cycles ... A likely date for it is the sixth century... It seems to have been a period of editorial activity, largely agglutinative in character...”

⁵ *Hippocrate XI*, Paris, CUF, 1970, pp. 9 ff.

Other scholars ⁶ have taken them as two works, one created by the combination of the first two items, *On generation* and *On the nature of the child*, and the other by *On Diseases IV*.

The fact is that at *On Diseases IV* we find (leaving aside the appendixes) ⁷ two final sentences, and there is one at the manuscript end of *On the nature of the child*, but we do not find a final sentence at the end of *On generation*. This is the main argument of those who think that the three works are really only one. So Joly: the final sentence we meet with first at *On Diseases IV* (48.3) Οὕτω δέ μοι οὗτος ὁ λόγος πᾶς ἐκκεκορῦφωται is very similar to that which ends *On the nature of the child* (31.3) Οὗτος ὁ λόγος ὧδε εἰρημένος ἅπας τέλος ἔχει, so that the end of *On the nature of the child* cannot be used as an objection against the unity of the three tracts, an assertion with which I am basically in accord, but from which not all possible deductions have been made.

The fundamental fact is that the author has written Οὕτω δέ μοι οὗτος ὁ λόγος πᾶς ἐκκεκορῦφωται for mentioning something different from what we take as a work, because the author in person clarifies for us the contents of οὗτος ὁ λόγος πᾶς as, immediately before, he expounds in summary form the points taken into consideration in this λόγος: Οὗτος ὁ λόγος ἐρεῖ τὰ νοσήματα κρίνεσθαι ἐν τῆσι περισσῆσι τῶν ἡμερέων, καὶ τὴν ἰκμάδα τῆ ὑγιεῖ τριταίην ἐξιέναι, τὴν δὲ κόπρον δευτεραίην, καὶ ταῦτα τριταῖα ἐόντα ἱστορεῖ ἀλλήλοισιν ὅτι οὕτως ἔχει.

The contents of this λόγος are, then, only a few paragraphs. We see with perfect clarity in a particularly instructive (though admittedly exceptional) occurrence, how a short λόγος has been given a final sentence similar to that which ends what we take as complete works. In the *CH* one work can be one λόγος which is the summing up of

⁶ For instance I. M. LONIE, *The hippocratic treatises «On Generation» «On the nature of the child» «Diseases IV»*, Berlin-New York, 1981, pp. 43 ff., and JOUANNA "Rhétorique et médecine..." (cit. at n. 3) p. 31 n. 1. My disagreement with Jouanna on this particular topic does not detract from my general appreciation of this really important paper.

⁷ Which strongly reminds one of the "Appendixes" at the end of Pseudo-Xenophon, *Constitution of the Athenians*. The comparative study of this work with some in the *Corpus hippocraticum*, initiated by M. KUPFERSCHMID, *Zur Erklärung der pseudoxenoph. Athenaiion Politeia*, Diss. Hamburg, 1932, pp. 15 ff., and K. I. GELZER, *Die Schrift vom Staate der Athener*, Berlin, 1937, pp. 93 ff., should take into consideration this point, which is a particularly clear illustration of our dictum that some of the tracts in the *Corpus hippocraticum* (and, on the other hand, Pseudo-Xenophon *Constitution of the Athenians*) are an ensemble variously hierarchized (*sit uenia uerbo*) of a diversity of λόγοι.

various λόγοι, which is not the same as Regenbogen's dictum "Die Teile eines λόγος heissen wiederum λόγοι"⁸.

But, with regard to these tracts, beginnings are as instructive as endings, particularly so that of *On Diseases IV*. Joly has correctly asserted that there is continuity between the end of *On the nature of the child* and the beginning of *On Diseases IV*, but we must clarify that there is something more.

At *On Diseases IV* we read, near the beginning, a table of contents of what then will be (and is really) developed. This table of contents appears near the beginning (32.2) but not just at the beginning, because the tract begins (at 32.1) with an abstract of the main ideas developed in the two first tracts. This is, of course, an almost conclusive argument in favor of the unity of the three of them, as such a procedure was frequently followed by historians, as Laqueur⁹ years ago saw: not infrequently historians began new books not with a table of contents to be developed, but with an abstract of those developed in the preceding ones, followed (as here) by the table of contents to be developed.

Joly, among others, quite correctly saw¹⁰ that many peculiarities in the *CH* are to be explained given the fact that at least some of them were originally oral tracts. But I think there is the danger that we take these tracts as conventionally written works into which some anomalies intrude as remnants from this oral condition; such remnants might be the preservation of some allusion which in the written text would no longer be justified, or the fluidity of titles.

But I think it would be dangerous to limit the orality of the *CH* to such particular and at the same time undefined points. I think that orality does not manifest itself only in the form of remnants, but as something which conditioned the text in a more substantial way.

The characteristics upon which I want to put emphasis now are

⁸ "Eine Forschungsmethode antiker Naturwissenschaft", *Quellen und Studien zur Geschichte der Mathematik* 1, 2, 1931, pp. 130-182, repr. in *Kleine Schriften*, München, 1961, pp. 141-194.

⁹ In a paper titled, in a perhaps misleading way, "Ephoros" and published in two instalments in *Hermes* 46, 1911, pp. 161-206 with the subtitle "1. Die Proömien" and pp. 321-254 with the subtitle "2. Die Disposition". Cf. pp. 161 f.: "Die so gefassten Proömien verzichten auf jede literarische, rhetorische oder philosophische Erwägung, sie haben den einzigen Zweck, der Leser Kurz an das zu erinnern, was vorher, in den vorangegangenen Büchern, ausführlich zur Darstellung gekommen war, und bilden somit den Übergang zum Folgenden".

Bibliography in F. W. WALBANK, *A historical Commentary on Polybius I*, Oxford, 1957, p. 294; II, Oxford, 1967, p. 266.

¹⁰ *O. c.* (at n. 5) pp. 11 f.

the way in which some tracts in the *CH* do introduce, along with the main argumentation, the contradiction to this argumentation or a dialogic expansion of it¹¹. This desire to present the audience or the readers with a full picture of a situation, giving the two sides of it, is not without parallel in archaic literature and thought.

We can look at the final chapter of *On Regimen* I, which traditionally has caused great surprise¹². So Joly¹³: “one is surprised to see here the main features of character drily enumerated and explained

¹¹ The introduction of a fictitious interlocutor can be made in the following ways: 1) With expressions such as ἀλλ’ ἴσως φήσεται τις or ἴσως δ’ ἂν τις εἴποι. 2) Mentioning him in the second person without introducing him. 3) Quoting words verbatim from this fictitious character introduced by φησὶ or something similar. 4) Quoting verbatim from this fictitious character without the least introduction.

These resources are generally thought to be characteristic of hellenistic cynic-stoic diatribe, but it is not difficult to trace its appearance in former texts. Here I shall put forward only examples pointed out by recognized authorities.

E. DES PLACES, *Le pronom chez Pindare. Recherches philologiques et critiques*, Paris, 1947, p. 18 (concerning *O.* VIII 59): “τοὶ pourrait à la rigueur être le pronom et s’adresser à l’interlocuteur fictif, souvent pris à partie comme il le sera plus tard dans la diatribe”. P. 105: “Nous avons noté, à propos de la première personne...; à propos de la seconde, la prépondérance des cas où Pindare interpelle le vainqueur ou un parent du vainqueur, s’adresse à un dieu ou à un héros; plus rarement, il prend à partie un interlocuteur fictif ou se parle à soi-même”.

At Aristotle’s *Politics* 1268 a 25 the paragraph “ἀλλὰ δεῖ καὶ κρείττους εἶναι τοὺς τὰ ὄπλα γε κεκτημένους ἀμφοτέρων τῶν μερῶν” is commented on by W. L. NEWMAN, *The Politics of Aristotle* II, Oxford, 1887, p. 302: “ἀλλὰ introduces a rejoinder from some imagined defender of Hippodamus’ scheme, and τοῦτο δ’ Aristotle’s comment in reply”. Very enlightening also is E. BARKER’s translation in *The Politics of Aristotle*, Oxford, 1946, p. 70: “It may be rejoined that the class which possesses arms ought to be superior to both of the other classes. We may answer that rejoinder by the argument that...”.

Most enlightening is W. JAEGER’s note in his “On the origin and cycle of the philosophic ideal of life” (first published in German in 1928) in *Aristotle. Fundamentals of the history of his development*, Oxford, 1948², pp. 4441 ff., where he points out that characteristic of *Magna Moralia* is the lively, direct address, more like the diatribe style, where the opponent imagined by the speaker says “you”, and the constantly recurring “he says” as a means of introducing the adversary’s objections. Jaeger takes the vivid imaginary dialogue in the “you” and “I” style as school-jargon.

I have studied this technique in some detail in Ps.-Xenophon, *Constitution of the athenians: La Constitución de los atenienses del Pseudo-Jenofonte*, Granada, Universidad, 1989. I am working on this procedure’s use in pre-hellenistic literature with the help of my former pupils J. Campos, J. L. L. Cruces and P. Fuentes. I am also grateful to them for their help in tracing texts for this paper.

¹² 36.2-3 Τῶν δὲ τοιούτων οὐκ ἐστὶν ἡ σύγκρησις αἰτιῆ· οἶον ὀξύθυμος, ῥάθυμος, δόλιος, ἀπλοῦς, δυσμενής, εὖνους τῶν τοιούτων ἀπάντων ἢ φύσις τῶν πόρων δι’ ἧν ἡ ψυχὴ πορεύεται, αἰτιῆ ἐστὶ δι’ ὁκοίων γὰρ ἀγγείων ἀποχωρεῖ καὶ πρὸς ὁκοῖα τινα προσπίπτει καὶ ὁκοιοῖσι τισὶ καταμίσγεται, τοιαῦτα φρονέουσι διὰ τοῦτο οὐ δυνατόν τὰ τοιαῦτα ἐκ διαίτης μεθιστάναί· φύσιν γὰρ μεταπλάσαι ἀφανέα οὐχ οἶον τε. 3 Ὡσαύτως δὲ καὶ τῆς φωνῆς ὁκοίη τις ἂν ἦ, οἱ πόροι αἴτιοι τοῦ πνεύματος δι’ ὁκοίων γὰρ ἂν τινῶν κινῆται ὁ ἦρ καὶ πρὸς ὁκοίους τινὰς προσπίπτει, τοιαύτην ἀνάγκη τὴν φωνὴν εἶναι. Καὶ ταύτην μὲν δυνατόν καὶ βελτίω καὶ χεῖρω ποιεῖν, διότι λειοτέρους καὶ τροχητέρους τοὺς πόρους τῷ πνεύματι δυνατόν ποιῆσαι, κείνο δὲ ἀδύνατον ἐκ διαίτης ἀλλοιωθῆσαι (VI 522-4 L.)

¹³ Hippocrate. *Du Régime*, Paris, CUF, 1967, p. 34. n. 2.

in quite a different way". The psychological explanation given by Joly is a good illustration of the difficulties encountered by that kind of criticism: "It seems that the author, frightened by the length of the preceding exposition and of what he would still need to write in the same style, has suddenly taken the decision to stop".

Such interpretation is, of course, quite unconvincing. We could think that these surprising words are put into the mouth of a fictitious character, but that is not very likely at a book's end, even if it is not impossible. But the important fact is the way in which the contrary argument (or a fundamental rectification to the main argument) is put into the same textual level as the main argument, in a way which reminds one of Xenophon's criticism of Sparta near the end of *Constitution of the Lacedaemonians* and of Persia at the end of *Cyropaedia*, these chapters contradicting some of the statements made in earlier ones.

A passage such as this one from *On Regimen* can be really understood only with the help of our initial considerations about some Hippocratic tracts as a summing up of various λόγοι within a superior hierarchy. This text is particularly important because the rectification, as is expressly said in the introductory remarks, was directed to a fundamental, not an accidental point in the argumentation.

Another very interesting text is found at *On Breaths* 1.4: "This sort of medicine (sc. the kind which makes use of the contraries to face illness) is quite natural. For example, hunger is a disease, as everything is called a disease which makes a man suffer. What then is the remedy for hunger? That which makes hunger to cease. This is eating; so that by eating must hunger be cured" (Transl. W.H.S. Jones; cf. n. 16).

A dialogue of this kind we can take as between the author and a fictitious character or between the author and himself, this time not in contradiction but simply in dialogue, as the fictitious character is mainly but not always a contradictor. Here we see (in a tract of epideictic nature!) a good sample of school room conversation, of the kind so easily observed in the pseudo-aristotelian *Magna Moralia* well studied by Brink following some remarks by Jaeger¹⁴.

The text is important because we dare to suggest provisionally that the breaking up of the main argument, either by the insertion of a

¹⁴ Cf. n. 11 and K.O. BRINK, *Stil und Form der pseudoaristotelischen Magna Moralia*, Diss. Berlin, 1933, p. 64: «ordinärer Schuljargon».

contrary argument or by putting in a clarifying dialogue, is mainly a didactic resource which must be understood in a teaching context.

To this same world, and perhaps at the very beginning of the use of these deictic practices, of which the ushering in of a fictitious character is the most remarkable, but not the only one, is the formulation of propositions in the course of an argumentation, as we see in a most interesting passage of *On Ancient Medicine* 20. The hypothesis which is to be rejected (πονηρόν ἐστὶν βροῦμα τυρός) is put in quite simply with the words καὶ μὴ ἀπλῶς οὕτως, and then the hypothesis which is to be upheld is put in with the words οὕτως οὖν, μοι ἔστω, οἶον. If we misunderstand this way of reasoning we shall have serious problems in translating the passage, as Festugière found¹⁵.

At *On regimen in acute diseases* 3 we read some words which have traditionally been felt as difficult: Ἀτὰρ οὐδὲ περὶ διαίτης οἱ ἀρχαῖοι συνέγραψαν οὐδὲν ἄξιον λόγου· καὶ τοι μέγα τοῦτο παρῆκαν. Jones¹⁶ cautiously argued that the whole from Ἀτὰρ to παρῆκαν is a parenthesis, referring incidentally to the ἀρχαῖοι as similar to the Cnidians in their neglect of regimen, and it would be tempting to see the parenthesis as put into the mouth of a fictitious interlocutor.

We select as particularly suggestive *On Regimen in acute diseases* 37.4: Τιμωρητέον μὲν δὴ τοιόνδε τι μέρος τῷ ἐναντίῳ λόγῳ ὅτι...

This we take as an intermediate stage between the pre-or para-diatribic ones and objections of the ἀλλ' ἴσως φήσει τις or ἴσως δ' ἄν τις εἴποι class, which is the most common and has been the object of several studies. Of this, as was well seen by Jouanna, we have, among others, two examples at *On Breaths*. Jouanna¹⁷ thinks it a sophistic resource, as its frequent use by Gorgias shows, but we must not discard the possibility that in origin it was a school technique taken up by the sophists.

Extremely interesting is *On Art* 2.1-2: Εἰ γὰρ δὴ ἔστι γε ἰδεῖν τὰ μὴ ἔόντα ὥσπερ τὰ ἔόντα, οὐκ οἶδ' ὅπως ἂν τις αὐτὰ νομίσειε μὴ ἔόντα ἅ γε εἶη καὶ ὀφθαλμοῖσιν ἰδεῖν καὶ γνώμη νοῆσαι ὡς ἔστιν. 2 Ἄλλ' ὅπως μὴ οὐκ ἦ τοῦτο τοιοῦτον· ἀλλὰ τὰ μὲν ἔόντα αἰεὶ ὁρᾶται τε καὶ γινώσκειται, τὰ δὲ μὴ ἔόντα οὔτε ὁρᾶται οὔτε γινώσκειται (VI 4 L.)

¹⁵ A.J. FESTUGIÈRE, *Hippocrate. L'ancienne médecine*, Paris, 1948, p. 18: «Supposons donc qu'on me donne l'exemple suivant». Better W.H.S. JONES, *Hippocrates* I, London-Cambridge (Mass.) (Loeb), 1923, p. 55: «I would therefore have the point put thus».

¹⁶ *Hippocrates* II, London-Cambridge (Mass.) (Loeb), 1923, p. 64, n. 1.

¹⁷ *Hippocrate* V. 1, Paris (CUF), 1988, p. 15.

We can take as our starting point Jouanna's remark ¹⁸ that the argumentation is based upon a radical distinction between being and not being, and so remembers one of the Eleatics... but in so far as the author of *On Art* introduces into his reasoning the evidence of sight as a touchstone of being and not being besides reasoning, he decidedly departs from the Eleatic doctrine according to which the sight perceives the future but not the being... This explains the fact, according to Jouanna, that the same words have been used in contradictory ways to explain the author's relationship. The author's position, as stated by Jouanna, is ambiguous, but we must add that this ambiguity does not express itself in an ambiguous expression, but in two contradictory ones, in such a way that we could perhaps see a dialogue form faded in the transmission of the text.

Some really interesting instances we find at *On Diseases II*, for which we have the excellent commentary by Jouanna ¹⁹ which most minutely points out the difficulties in the text.

At 4 a 1 we find the curious remark Ἦν περὶ τὸν ἐγκέφαλον φλέβια ὑπερραιμῆση — τὸ μὲν οὖνομα οὐκ ὀρθὸν τῇ νούσῳ · οὐ γὰρ ἀνυστὸν ὑπερραιμῆσαι οὐδὲν τῶν φλεβίων οὔτε τῶν ἐλασσόνων οὔτε τῶν μειζόνων · ὀνομαίνουσι δὲ καὶ φασιν ὑπερραιμεῖν · εἰ δ' ὡς μάλιστα ὑπερραιμῆσειε. This is the object of a brilliant commentary by Jouanna ²⁰, who points out that the whole of this sentence concerning the inadequacy of the word previously given in the text (ὑπερραιμεῖν) is a parenthesis which did not appear in the text followed by the author of *On Diseases II* a 1, as is shown by comparison with the version we read again at *On Diseases II* some twenty pages later, where the same text appears again but, as is well said by Jouanna, the text of the model has not been altered. Ermerins had taken the parenthesis as a later addition, but Jouanna thinks more likely that it be a remark added by the author of *On Diseases II* a 1. Such a parenthesis, concludes Jouanna, if one admits that its author is the author of *On Diseases II* is a good testimony of critical reflexion of the physician over his model. But it is of course possible to give an alternative explanation: the parenthesis could originally have formed part of the text as a remark by a fictitious interlocutor, and then, of the two derivative texts, one has preserved it and the other not.

Here we see a text with reference to which we cannot exactly say, as so many often happens with technical literature, frequently subject

¹⁸ *O.c.*, in preceding note, pp. 175 s.

¹⁹ *Hippocrate X*, 2, Paris (*CUF*), 1983.

²⁰ *O. c.* in preceding note, pp. 216 f.

to reelaboration, where “literary” creation ends and textual transmission begins.

I wish to finish this paper by dwelling upon the fact that I am quite conscious that to postulate words by a fictitious interlocutor can sometimes mean explaining *obscura per obscuriora*; my emphasis is upon the peculiar textual quality of some tracts in the *CH*, in which the status of many of the constituents is still notably autonomous and the hierarchization rather fluid.

La détermination du sexe chez les hippocratiques

ODDONE LONGO

(*Université de Padoue*)

Par «détermination du sexe» on peut entendre deux différents ordres de faits: a) les procédés, aujourd'hui tout-à-fait routiniers, par lesquels on individue cliniquement le sexe de l'embryon humain avant la naissance; b) les mécanismes biologiques grâce auxquels l'embryon humain (ou, plus généralement, l'embryon des Mammifères, ou des Vertébrés) passe d'un état (apparemment) indifférencié du point de vue sexuel, à la condition d'individu de sexe masculin ou féminin.

Pour ce qui concerne a), les médecins du *Corpus* hippocratique pratiquaient, dans la prévision du sexe de l'enfant qui devait naître, des méthodes tout-à-fait traditionnelles, s'appuyant sur des observations de type analogique. Par ex., si les seins de la future mère regardaient vers le haut, il s'agissait sans aucun doute d'un mâle; le contraire était vrai, évidemment, pour une petite fille (*Morb. mul.* 216). On pouvait même aboutir au diagnostic du sexe grâce à des procédés d'ordre expérimental et, à la fois, analogique. Selon le même auteur, il fallait prendre le lait de la future mère, le pétrir avec de la farine et le faire cuire à feux doux. Si le petit pain se calcinait, c'était un garçon qui allait naître; s'il s'entrouvrait, c'était une fille. On a déjà remarqué (Joly) que nous avons là une symbolique sexuelle assez évidente.

En tout cas, l'objet de notre exposé ne sera pas l'individuation prénatale du sexe des bébés, mais b) la détermination physiologique, biologique du sexe de l'embryon et de l'individu complet. Pour ce qui concerne les théories anciennes, on ne peut pas envisager ce problème sans avoir préalablement considéré une autre question, à savoir, quel est l'apport respectif des deux parents dans la conception. Pour nous, il est évident que dans la plupart des Métazoaires la conception se produit par fécondation d'une oosphère par un spermatozoïde, qu'il s'agisse de Mammifères, d'Oiseaux, d'Amphibiens etc. Ce qui n'est pas vrai pour la biologie ancienne, qui, pour des raisons évidentes, n'était pas en condition d'observer l'existence des oosphères chez les Mammifères, tandis que l'apport spermatique masculin restait dans l'ordre

des phénomènes macroscopiques. Là où les médecins ou les biologistes (philosophes) grecs admettent une contribution «séminal» de la part de la femelle (femelle de Mammifère, ou mieux encore, femelle humaine), ils identifient cette «semence» féminine avec les seules émissions visibles à l'oeil nud, c'est-à-dire ou avec le fluxe menstruel, ou avec le liquide vaginal, tout spécialement celui sécrété en occasion du coït (Hp., *Gen.* 5.1.).

L'exemple le mieux connu d'une théorie purement «masculine» de la reproduction humaine nous est énoncé par Apollon dans les *Euménides* d'Eschyle (vv. 658 ss., tr. P. Mazon):

«Ce n'est pas la mère qui enfante celui qu'on nomme son enfant: elle n'est que la nourrice du germe en elle semé. Celui qui enfante, ce l'homme qui la féconde; elle, comme une étrangère, sauvegarde la jeune pousse —quand du moins les dieux n'y portent pas atteinte..»

Le père est donc le seul auteur de la génération, tandis que la femme ne fait que «prêter», pour ainsi dire, son utérus à la semence masculine; elle n'est pas *mère*, mais simplement *nourrice* de l'embryon. Par cette théorie, Eschyle pouvait justifier Oreste de l'accusation de matricide; le fait ne subsistait pas, du moment où Clytemnestre n'était que la «nourrice» du fils d'Agamemnon (v. aussi Eur., *Or.* 552 ss.).

La doctrine de l'apport exclusivement masculin à la génération était acceptée en Grèce par plusieurs penseurs, parmi lesquels il faut ranger (probablement) Anaxagore, et après lui Diogène d'Apollonie, Hippon et une partie considérable des Stoiciens. Il s'agit d'ailleurs d'une doctrine qui devait connaître une très longue fortune. Encore au XVIII^e siècle, Erasmus Darwin croyait que les organismes se construisaient à partir de certaines «fibrilles» provenant du père, tandis que la mère n'aurait fourni au foetus que la nourriture indispensable. Le coup de grâce à cette doctrine sera évidemment porté par le progrès des techniques microscopiques d'observation dans la physiologie animale et humaine. C'est notamment à Karl Ernst von Baer que nous sommes redevables de la découverte (1827) de l'oosphère des Mammifères.

Par contre, Parménide, Empédocle, Alcmeon, l'école atomiste, étaient convaincus que la femme (la femelle) aussi apportait sa semence dans la fécondation. Mais, à fin de nous soustraire au risque de dresser ici des simples listes de noms, nous constaterons qu'il y a dans l'antiquité essentiellement deux positions qui se font face, représentées respectivement par la biologie aristotélicienne d'un côté, par les écrits hippocratiques de l'autre.

Pour ce qui concerne Aristote, bien qu'avec des incertitudes et des changements d'avis, il est somme toute partisan de l'arrhénogénèse. La femme contribue en effet de quelque manière à la formation de l'embryon avec le «résidu» (*perittōma*) menstruel, mais ce qu'elle ap-

porte n'est rien que matière, nourriture; la substance, la «forme» du nouveau vivant procède du père, du mâle.

C'est sur des positions opposées à celle d'Aristote que nous voyons se ranger, comme nous l'avons dit, l'école hippocratique, et plus précisément le *De genitura* et le premier livre du *Regimen*. D'après ces deux traités, la femme apporte à la conception un liquide séminale à elle, qui est identifié dans la sécrétion vaginale. Au déclin de l'ancienne médecine, Galien insistera, dans le *De semine*, en énonçant sa théorie de la génération, sur le double apport du mâle et de la femelle à la reproduction, contre Aristote et les aristotéliens. Galien reconnaissait correctement dans les ovaires, qu'il appelle «testicules féminins», la source de la semence maternelle. Mais l'autorité aristotélique est, malgré tout, si forte chez lui, qu'il est enclin à identifier encore une fois semence féminine et fluxe menstruel.

Pour revenir au sujet central de notre communication, quels sont donc, d'après les écrits hippocratiques que nous avons nommés, les mécanismes par lesquels, une fois accepté l'apport paritaire des deux parents à la conception, est décidé le sexe de l'enfant qui va naître? Comment se passe-t-il que l'on naît mâle ou femelle?

Aujourd'hui, les mécanismes de la détermination, ou différenciation sexuelle, sont parfaitement connus; l'embryologie, animale et humaine, est en mesure d'illustrer presque tous les passages, des premières ébauches de différenciation jusqu'à la maturation sexuelle du fœtus, à l'acquisition définitive de sa part de l'un des deux sexes. Dans la détermination du sexe embryonnaire trois facteurs interviennent: 1) facteur génétique (ou chromosomique), 2) facteur endocrin (ou hormonal), 3) facteur ambient (ou organique). Les facteurs plus immédiatement responsables de la différenciation sont évidemment les deux premiers, et avant tout le facteur génétique; on peut dire en effet que le sexe futur de l'embryon est décidé d'une manière irréversible par le facteur chromosomique, dans l'instant même de la fécondation de l'oosphère.

Néanmoins, dans la première période du développement, jusqu'à 7/8 semaines à partir du moment de la fécondation, l'embryon se trouve encore dans un état ambigu, que l'on serait tenté d'appeler hermaphroditique. Du point de vue anatomique, coexistent en lui et une ébauche de l'appareil génital intérieur masculin, les canaux dits de Wolff, et une esquisse de l'appareil féminin (canaux de Mueller). Cela concerne les appareils génitaux intérieurs, tandis que pour l'appareil génital extérieur, celui-ci est encore tout-à-fait indifférencié. C'est seulement comme effet de l'évolution hormonale successive —facteur 2)— que l'embryon s'achemine vers la réalisation complète du sexe

génétique. Dans le cas du mâle, c'est la sécrétion par les cellules testiculaires interstitiales de testostérone et dihydrotestostérone qui conduit à la regression et disparition presque complète des canaux de Mueller, dont une faible trace se conservera quand-même, dans les individus de sexe masculin, dans *l'uterus masculinus*; quant aux organes génitaux extérieurs, ils parviennent eux-aussi à ce moment à acquérir leur conformation masculine définitive.

L'embryologie hippocratique s'était posé elle aussi, de quelque façon, le problème du développement du fœtus dans les premières semaines de vie, et de sa détermination sexuelle. D'après *Nat. puer.* 18.1 ss., l'embryon humain de sexe féminin rejoignait sa forme complète en 42 jours, celui de sexe masculin en 30. Cette doctrine présuppose évidemment qu'à ce moment du développement embryonnaire, la détermination du sexe s'est déjà produite, puisque le sexe du fœtus est reconnaissable à l'observation. Les 30/40 jours de l'auteur hippocratique ne sont en défaut que de 10/15 par rapport aux 50/55 de l'embryologie actuelle. L'auteur du traité observe aussi que dans le cas d'avortement d'un fœtus masculin de moins de 30 jours de vie, celui-ci apparaît encore non formé (*ánarthron*) tandis qu'après les 30 jours (42 pour les femelles), les embryons abortifs sont parfaitement articulés. Il s'agirait là de savoir de quelle façon il était possible pour l'observateur de reconnaître le sexe du fœtus abortif, puisque ce dernier était encore *ánarthron*. Nous avons là un cercle vicieux, à moins de supposer que l'auteur hippocratique croyait que le sexe est reconnaissable même dans l'embryon non formé, c'est-à-dire que la différenciation anatomique des organes sexuels est absolument précoce.

La différenciation génétique des sexes est, d'après nos connaissances actuelles, le produit de l'existence, dans les gamètes, de l'un de deux hétérochromosomes, c'est-à-dire les chromosomes qui sont porteurs spécialisés de la différence sexuelle, et que l'on symbolise conventionnellement par X (femelle) et Y (mâle). Tandis que les cellules diploïdes portent deux hétérochromosomes identiques (XX ou YY), qui s'ajoutent aux 44 autosomes propres de l'espèce humaine, en donnant un total de 46, les cellules haploïdes (les gamètes) sont porteuses d'un hétérochromosome seulement. L'oosphère est toujours porteuse, chez les Mammifères, d'un hétérochromosome féminin (X), tandis que le spermatozoïde peut porter Y ou X (le contraire est vrai chez les Oiseaux). Par conséquent, on peut affirmer que la détermination génétique du sexe est au gré du mâle, du père (ce qui repropose de quelque manière la suprématie du sexe masculin qui était bien présente dans les théories anciennes).

Qu'est-ce que pensaient, à ce sujet, les hippocratiques, et particulièrement l'auteur de *Reg.* I 27 ss., qui frise plus de près la problé-

matique actuelle? La théorie de la détermination des sexes qui est exposée dans ce traité est assez plus compliquée que la théorie moderne, puisque les facteurs en jeu sont plus nombreux, mais le schème conceptuel sur lequel les deux doctrines sont fondées est à peu près le même.

La conception du nouveau vivant est due, comme nous savons, au double apport de la semence masculine et féminine. Or, l'auteur du *Regimen* déclare que les deux semences sont également porteuses, et du principe masculin et du principe féminin. Pour employer notre symbolique, ce n'est pas seulement le gamète masculin, mais aussi l'oosphère, qui sont porteurs indifféremment d'X et de Y. D'après l'auteur hippocratique, la détermination du sexe dépend de la suprématie (qualitative ou quantitative) de l'un des deux principes; toutefois, comme nous verrons bientôt, nous n'avons presque jamais à faire avec une suprématie absolue.

Les deux cas les plus simples, et les mieux réussis, de détermination du sexe du nouvel être, nous les avons évidemment lorsque l'apport de part paternelle est identique à celui de part maternelle, c'est-à-dire, lorsque l'embryon est marqué, ou comme YY, ou comme XX. Ici, aucun doute sur ce que sera le sexe de l'individu nouveau; en outre, il s'agira de sujets parfaitement achevés du point de vue sexuel: le mâle YY est un véritable mâle, un *anēr lamprós*, et les femmes XX sont les plus belles et les plus riches en féminité. Il en va de même dans le *De genitura*: si la semence est mâle (= forte) de l'un côté, femelle (= faible) de l'autre, la plus abondante quantitativement déterminera le sexe: «si la semence faible est beaucoup plus abondante que la forte, celle-ci... tourne à femelle; si la semence forte est plus abondante que la faible, ... cette dernière tourne à semence mâle».

Les choses se font plus compliquées, et la définition du sexe moins parfaite, lorsque la rencontre des deux «gamètes» (l'auteur du *Regimen* parle de *sómata tà apokrithénta*, c'est-à-dire de «corpuscules sécrétés») voit la combinaison YX ou XY (l'ordre que nous suivons ici est père-mère). Dans ce cas d'assortiment génétique hétérogène, la réalisation du sexe aura lieu, bien entendu, en vertu de la prédominance de l'un des deux principes, masculin et féminin, présents dans l'embryon; mais cette prédominance ne sera jamais totale, ce qui se passe, au contraire, dans le cas de nos zygotes XY, où Y efface tout-à-fait, sauf pour l'*uterus masculinus*, les traces de X.

Commençons par les mâles. À côté du mâle «parfait», porteur de Y de la part du père et de la mère, nous avons deux autres types de mâles, moins parfaits que le premier. Dans le premier type, YX (où Y vient du père, X de la mère, comme dans l'embryologie moderne),

il y a évidemment une prédominance de Y. La virilité de ces individus, bien qu'elle ne réjoigne pas le niveau des mâles «parfaits», est quand-même remarquable. Il faut souligner que, dans l'exposé de l'auteur hippocratique, il se produit dans ces sujets, au cours du développement embryonnaire, quelque chose de semblable à la dégradation des canaux de Mueller dont nous avons parlé. «L'élément mâle se développe et l'élément féminin dépérit et se sépare pour aller vers un autre destin» (*Reg.* I 28.3).

Dans le troisième cas, celui des sujets XY (X paternel, Y maternel), où la prédominance est encore exercée par Y, mais dans une mesure plus faible, puisque Y vient cette fois de la mère, nous avons encore un mâle «imparfait», avec des caractères féminins plus marqués. Ces sujets s'appellent *andrôgynoi*, mais le mot ne doit pas nous tromper: il s'agit toujours de mâles, non pas de hermaphrodites.

Les mêmes phénomènes s'observent, en renversant le signe, pour les femmes dont l'assortiment génétique est mêlé. Les femmes YX, avec prédominance de X, montrent encore un degré suffisant de féminité, tandis que les femmes XY, avec prédominance X plus faible (X vient du père), sont déjà des véritables viragos (*andrétaï*).

Déterminations «génétiques» à part, il faut remarquer que dans le *Regimen* on retrouve aussi des facteurs ambiants et alimentaires qui, bien qu'ils aient du relief surtout par rapport au développement sexuel de l'individu adulte, sont capables néanmoins de conditionner, même à priori, le sexe de l'enfant qui va naître, ou pour mieux dire, qui va être conçu. Les aliments, et plus en général, le régime de vie où les principes du froid et de l'humide sont prédominants, s'accordent avec la nature féminine, ainsi que le chaud et le sec sont propres à la nature masculine. Il sera donc possible d'influencer, avant la naissance, ou avant la conception, le sexe de l'enfant à venir; il suffira que les deux parents s'astreignent à un régime chaud et sec, si l'on veut avoir des fils, ou froid et humide, si l'on préfère des femelles.

Pour ébaucher une conclusion de notre exposé, nous remarquerons que la doctrine hippocratique présente une complexité décidément supérieure aux théories actuelles. Conséquence inévitable du fait que les facteurs en jeu, et donc leurs possibles combinaisons, sont en nombre plus élevé: chez l'auteur hippocratique nous avons en effet un gamète féminin porteur de Y qui pour nous n'existe pas. Cette complexité permet d'ailleurs à l'auteur du *Regimen* de justifier, non seulement les sexes «physiologiques», les individus «normaux» du point de vue sexuel, mais aussi les cas plus ou moins marqués d'«intersexualité».

La préoccupation de justifier l'existence de sujets «anormaux» n'est

pas surprenante dans une société où l'inversion sexuelle, dans ses formes différentes, était assez largement pratiquée. Nous retrouvons en effet le même souci dans l'anthropogonie platonique du *Banquet*; dans le mythe des origines, il ne suffit pas d'un androgyne primordial, dont le sectionnement donne le jour à un mâle et à une femelle. Il faut imaginer par surcroît deux autres êtres «doubles», un double mâle et une double femelle, qui donnent origine respectivement aux homosexuels de sexe masculin et de sexe féminin.

Some Hippocratic mind-body problems ¹

P. N. SINGER

(University of Cambridge)

1. Is there a Hippocratic mind-body problem? In a very useful paper ², J. M. Pigeaud asserted a sense in which there was, responding to O. Temkin ³ who had denied it. Temkin had pointed out that the Hippocratic texts do not have a “mind” defined in clear contradistinction to the “body” ⁴. Pigeaud suggested that some mind-body distinction, and some problems of relationship between the ‘psychic’ and the “physical” in pathology and therapeutics, are addressed in the *CH* ⁵. More recently, V. Di Benedetto ⁶ has reasserted the notion of a continuum between the mental and the physical in the Hippocratic texts, pointing to various examples of how the transition from the one domain to the other was not problematized. Also relevant to the question is the common view that Hippocratic medicine is distinguished by its “naturalism”, in the sense of a denial that there is anything at work in the body which is different in kind from anything at work in the rest of the natural world, or by its “holism”—which in one of its senses implies the absence of a mind-body distinction. One version of such views can lead to a material-reductionist view of “Hippocrates”,

¹ I should like to thank T. S. Barton for the help she gave me during the preparation of this paper.

² J. M. PIGEAUD, “Quelques aspects du rapport de l’âme et du corps dans le Corpus hippocratique”, *Hippocratica*, M. D. GRMEK (ed.), Paris, 1980, pp. 417-33.

³ Quoted in *op. cit.*, p. 430.

⁴ See also O. TEMKIN, “The doctrine of epilepsy in the Hippocratic writings”, *BIHM* 1/8, 1933, pp. 277-322, esp. p. 297, n. 72: “I use this modern term [‘psychic’] only for the sake of brevity. It must not be overlooked that the author [of *The sacred disease*] does not use it, and itemises where we have a comprehensive term”. The fact thus briefly enunciated seems to me crucial. The present paper in a sense carries on from where this footnote left off.

⁵ One feature of PIGEAUD’s argument is that there is a polemic between philosophy and medicine evidenced in some Hippocratic texts (see e.g. *VM* 20 and *Nat.Hom.* 1-2). This takes place rather in such areas as the status of the medical τέχνη and the nature of explanation and scientific postulates, though, rather being a debate over the therapy of the soul—a debate which is only clearly formulated at a later period.

⁶ V. DI BENEDETTO, *Il medico e la malattia. La scienza di Ippocrate*, Torino, 1986, esp. ch. 2, pp. 35-69.

which again provides a kind of answer to the “Hippocratic mind-body problem”⁷.

The attempt to elucidate Hippocratic thought in this area is beset by a number of difficulties. First, one wishes to present the subject in a way which respects the *CH* in its historical specificity, its distance from modern frameworks of thought—even, potentially, its ability to challenge, through its difference, modern philosophical and scientific preconceptions. Conscious that a view with hindsight—a view that sees an ancient “science” as merely a stepping stone along the way to ours—not only devalues but actually distorts the texts, one attempts to peel away anachronistic notions of what constitutes a medical science as one approaches the *CH*. But, in the process of describing an alien system of thought, it seems difficult to avoid characterizations in terms of lack: the Hippocratics lacked a strong sense of “organ”⁸ for example, or of “body”⁹, or they have not yet defined the “mind” clearly¹⁰. The scholarly sensitivity which wishes not to import anachronistic concepts into the text, itself risks falling into the positivist trap, by only managing to define the text’s difference in terms of the absence of concepts which we have. It is easier to say what is not there—to “think away” modern beliefs—than what is there in its place—to see what it would be like, positively, to think within these preconceptions. After all, the problem we admit at the outset is that we *do have* the preconceptions which they lack, and not some others.

While wishing to avoid such negative assessments, on the other hand, one is conscious how distortive positive assessments can be. Hippocrates has been claimed as a precursor, founding father, champion—always of an intellectual movement dear to the heart of the individual scholar¹¹. Such distortions are always clearer in the case of

⁷ See below on the interpretation of B. SIMON.

⁸ See H. IOANNIDI, “Les notions de partie du corps et d’organe”, in *Formes de pensée dans la Collection hippocratique*, F. LASSERRE and P. MUDRY (ed.), Genève, 1983, pp. 327-30. Cp. M. VEGETTI, “Metafora politica e immagine del corpo negli scritti Ippocratici”, *Ibid.*, pp. 459-70, especially p. 460.

⁹ See VEGETTI, *loc. cit.*

¹⁰ Cp. what is said of Homer in B. SNELL, *The discovery of the mind. The Greek origins of European thought*, Eng. trans., Oxford, 1953, esp. ch. 1.

¹¹ Littré’s positive assessment of certain parts of the *CH*, for example, affected his views on their authenticity. More recently, such aspects of “Hippocratic” medicine as its naturalist spirit and its empirical orientation have been emphasized in ways which risk isolating them from their context (both internal and external) and thus, ultimately, distorting the nature of Hippocratic thought. See, for example, (respectively) W. A. HEIDEL, *Hippocratic medicine: its spirit and method*, New York, 1941, and L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la collection hippocratique*, Paris 1953. Cp. the interest of such scholars as M. D. GRMEK (e.g. *Les maladies à l’aube de la civilisation occidentale*, Paris, 1983) in what can be learned—of relevance to modern medicine—from Hippocratic case histories.

another scholar, of course, than in one's own case; I am sure that what follows will not be free of them. One cannot entirely avoid reading "Hippocrates" for what one personally finds interesting in him.

A Scylla and Charybdis, then, which menace constantly as one navigates the precarious course of philosophical exposition of ancient medical texts; and there is of course a third major problem: the lack of unity of the *CH*. To talk of "the Hippocratic answer" to any question is to generalize beyond the point of usefulness. In what follows I shall not be attempting a contribution to the study of major differences in content within the *CH*; nor shall I be attempting to address "the Hippocratic mind-body problem". My title refers rather to a series of problems—both our problems in reading the text, and the Hippocratics' solutions to them—which arise in the area which we would call that of relationships of mind and body. I shall necessarily be selective; I hope merely to highlight certain aspects, and juxtapose certain themes, in a way which may lead to a clearer understanding of some of the implications of the Hippocratic "mind-body continuum", "non-dualistic thought", and so on.

2. Let us begin with a further precision about dualism. There are various dualisms which might distort our reading of texts which are innocent of them: the soul-body dualism (itself of course no single thing) of Plato's middle dialogues and of later Platonic thought; the post-Cartesian dualism that emphasizes the special position of consciousness; and many descendants. It is not the mind-body dichotomy as such which chiefly concerns us here, but, more specifically, the distinction between the psychological and the physical or physiological in medical accounts. And here too some confusion may arise: a rather different dualism is in play in the way we consider accounts in pathology and accounts of physiological process. In the latter case it is the contrast between neurological or brain-processes and other kinds of physical ones which underlies our preconceptions, and which we find lacking in the *CH*: We shall see shortly how the role of a central organ of intelligence is a crucial part of this difference. In the case of pathology, the category of the psychological tends to be firmly contrasted in our medical definitions from the physical; and it is the difference from Hippocratic thought that this represents from which I would like to start.

Let us consider some pathological accounts from *Affections, Diseases* and *Epidemics*¹². The account of phrenitis at *Aff.* 10 (VI 217-

¹² My statement above that I shall not concern myself with major differences of content within the *CH* may seem to need some justification here, since some scholars have

18 L.), for example, may at first seem like a description of a transition from physiological to psychological symptoms. In this example, there is a fever, and pains around the liver and hypochondria; the last in the sequence of symptoms is given in the phrase: καὶ τοῦ νοῦ παρακίπτει. The body is affected, and then the mind. But, of course, we must guard against confusing something which falls under our general heading “psychological” with a similar ancient categorization. νοῦς represents a specific sort of ability, that of reasoning, and the loss of this ability may be just another symptom, not one which is marked off from preceding ones as different in kind —belonging to “mind” and not to “body”. In many of the case-histories of *Epidemics*, “physical” symptoms, such as the quality of excretions, and “psychological” symptoms, such as melancholy, anger, loss of reason, are juxtaposed with ease¹³.

We should be aware that this particular dichotomy —that between physical and psychological in medical accounts— does not underlie the texts. Di Benedetto cites many examples¹⁴ which point to the same conclusion: that the transition from the one domain to the other was not felt to be problematic; and Pigeaud shows how, in the particular case of the *The sacred disease*, to which we shall return, the notion of interaction is unlike certain modern versions.

If, then, we accept as a working hypothesis the non-dichotomous nature of the assumptions underlying these texts, it may lead us to question, too, the exact nature of distinctions in Hippocratic texts

seen in some of the texts here considered, in particular *Diseases II*, the stamp of a “Cnidian” medicine which involves “prerational” or “primitive” concepts (see F. KUDLIEN, “Early Greek primitive medicine”, *CM* 3, 1968, pp. 305-36); if this were true, it would affect the extent to which the could be regarded as representative of “Hippocratic” medicine, or set alongside works like *The sacred disease* and *The nature of man* in our analysis. See also J. JOUANNA, *Hippocrate. Pour une archéologie de l'école de Cnide*, Paris, 1974, and A. THIVEL, *Cnide et Cos? Essai sur les doctrines médicales dans la Collection hippocratique*, Paris, 1981. A clear-headed summary of the arguments to date, with a sceptical conclusion, is that of V. LANGHOLF, *Medical theories in Hippocrates. Early texts and the "Epidemics"*, Berlin-New York, 1990. Without wishing to enter into the debate in detail, I should say that the essential points of W. D. SMITH'S classic attack (“Galen on Coans versus Cnidians”, *BHM* 47, 1973, pp. 569-85) on the Cnidian-Coan dichotomy seem to me to stand; that the major differences between texts *Diseases* and more “rational” ones can be understood as basically a function of genre rather than of school, and that concepts such as “prerational” and “primitive” are seldom well-defined when used in this context. Certainly KUDLIEN in his analysis of such features in *Diseases II* fails either to give a clear account of what these terms mean or adequately to justify his assertion that the terms he takes to be used with “primitive” connotations in “Cnidian” works are used in such a different way in “Coan” ones.

¹³ See e.g. *Epid.* III 17, 2 (III 112 L.): τὰ τῶν οὖρων... ἦν μέλανα... ἄθυμος, ἄγρυπνος ὄργαι' δυσφορῖαι' τὰ περὶ τὴν γνώμην μελαγχολικά: cp. *Epid.* III 17, 11; 7; 12; 13.

¹⁴ *Loc. cit.*

which do seem to have something more like a clear mind-body distinction. *Epid.* VI 8, 31 (V 354-6 L.), for example, distinguishes epileptics from melancholics according to the course the disease takes - whether it turns to the σῶμα or to the διάνοια. Here διάνοια, like νοῦς above, can well be understood to mean a specific kind of mental function; the expression looks dichotomous, but there could be many other entities as well as σῶμα, and διάνοια¹⁵.

If such dichotomous divisions are in general foreign to the system of the Hippocratics, we must be wary too of the style of interpretation which views the texts as presenting a “physicalism”, a reduction of all medical experience to the realm of the material. B. Simon favours such an approach, stating that “all diseases of the mind are diseases of the body”, and referring to the “simple model of “body acting on mind””¹⁶. To be led by the prominence of “element” theory, and of “physical” factors such as the wind and the diet, to advocate a material-reductionist interpretation, would be fundamentally wrong¹⁷. It is not just that it is factually wrong that only “physical” factors are relevant to the aetiology of diseases, though this is the case. In several of the case-histories of the *Epidemics*, for example, grief or other emotional dispositions are present, at least as predisposing causes: at *Epid.* III 17, 15 (III 142 L.), a woman is taken by a fever ἐκ λύπης; and in the same book, 17, 11 (III 134-6 L.), a general psychological characteristic —δυσήνιος— is added to the aetiology. When, meanwhile, different diseases are described as affecting φλεγματοῦδεσιν and πικροχόλοισιν at *Epid.* III 14 (III 98 L.), we cannot be clear that these are “purely physical” characteristics, especially since it is difficult with words of this kind in the *CH* to know to what extent stable types are referred to, and to what extent temporary states. And in the case of melancholy and its cognates, which seem to represent a concept which in some of its Hippocratic appearances predates the element theories which give it precise physical definition, the problem of its fundamental nature —physical or psychological— is notorious¹⁸. In some cases

¹⁵ *Hum.* 9 (V 488-90 L.), meanwhile, which seems to talk of a soul in some kind of a dichotomous or trichotomous relation to the body, is a passage so difficult to interpret that it would be unwise to base any substantial interpretation on it. One possibility, at least, would allow the view that ψυχή and σῶμα are not here regarded as the two —or two of the three— items which cover the field exhaustively.

¹⁶ B. SIMON, *Mind and madness in ancient Greece. The classical roots of modern psychiatry*, Ithaca-London, 1978, p. 215.

¹⁷ Of course, it is true that some Hippocratic treatises do take up a position on whether man can be defined as a composite of elements —which sounds like a debate about reductionism. But Hippocratic elements are not modern fundamental particles: the connotations of “just being” fire, water, etc. are quite different from those of “just being” molecules.

¹⁸ See H. FLASHAR, *Melancholie und Melancholiker in den medizinischen Theorien der Antike*, Berlin, 1966, ch. 2, and DI BENEDETTO, *op. cit.*, pp. 57-62. See also W. MÜRI,

in the *Epidemics*, where sexual activity or loose living¹⁹ is presented as the prelude to a fever, again, how can we be confident in asserting that such factors can be defined as uniquely physical ones? Although there may be some theoretical account as to how, in terms of humours or elements, such causes could have their effects, in general the theoretical framework in works like *Epidemics*, *Diseases*, *Affections* is not dominant enough for one to be able to say that the *process* by which a “bodily” cause would effect the “mind”, or a “mental” one the “body”, is clearly defined.

Regimen IV, meanwhile, seems to give us a “materialist” system of explanation of dreams; but if so it is a materialism in which the revolutions of the body symbolically reflect those of the heavenly bodies in extraordinary ways, and in which recommended procedures—including circular motions, voice-exercises and prayers—²⁰ could hardly be incorporated under any normal concept of material causal explanation. *Airs, waters, places*, too, a seeming account of the physical effects of the environment, includes effects of political constitutions and customs²¹ which do not involve an account of any physical process by which these are mediated.

The more serious problem for Simon is of course that he reads a modern notion of the distinction of mental and physical into the Hippocratic text. In works of this kind such a dualism is not in play, and this means that symptoms which we would have to compartmentalize as belonging to the one sphere or the other sit happily side by side.

The crucial point is precisely that of process: in a non-dichotomous system of thought it is not problematic that symptoms affecting the diaphragm accompany grief or loss of consciousness, because the process of transition is no more remarkable than that from the diaphragm to, say, the liver. Our problematization of such a transition is, I think, connected with our particular notion of a central organ of consciousness: the brain. I shall argue that Hippocratic notions of what we would call “psychological” function or illness involve the body in a

“Melancholie und schwarze Galle”, *MH* 10, 1953, pp. 21-38. See, most recently, LANGHOLF'S discussion of the etymology (*op. cit.*, ch. 2, pp. 47-8). Langholf demonstrates some of the difficulties, both in the cases of μελαγχολία and χόλος and in the case of “organs” such as the καρδίη, of distinguishing between “metaphorical” usage which has something in common with Homeric or dramatic poetry and “physiological” usage—without seeming entirely to be free of the desire to make some such distinctions.

¹⁹ *Epid.* III 17, 10 (III 130 L.): ἀφροδισίων και ποτών, and, similarly, *ibid.* 16 (III 146 L.); also *ibid.*, 3 (III 112 L.): ἐκ πόνων και κόπων και διαίτης γενομένης ἀμελέος.

²⁰ VI 644-6 L.

²¹ *Aër.* 16 (II 64 L.).

much fuller and more various way, not needing the mediation of this central organ. This leads me to my second main point.

3. I have been talking about the interference of modern dualistic ways of thinking on our relationship with the Hippocratic text. Let us move to another, more specific, intellectual element which also causes interference: the late ancient doxography. For it is not just *our* notion of the brain which is at issue here, but also later Greek notions, especially that of the ἡγεμονικόν —the “central organ of intelligence” familiar to us from Hellenistic and later philosophical and medical thought. If we take as a starting-point Tertullian’s doxography of the *principale* (his translation of ἡγεμονικόν) in *De anima* 15²², we are immediately cautioned, by an ancient, to be sensitive to the range of different views that were possible in this area. Philosophical and medical authors placed the *principale* in a variety of places, including subtly different places within the head; some denied its existence. If we compare Galen’s doxography in *De placitis Hippocratis et Platonis*, which is interested in smoothing over the differences, in their models of the soul, between (especially) Plato, Hippocrates Aristotle²³, Tertullian’s seems much more nuanced in its realization of the differences available. Alexandrian medicine, the Stoics and Galen all have²⁴ some kind of notion of a central seat of intelligence; Aristotle too has something which corresponds to this, though it is far from clear that it is everything that Galen means by ἡγεμονικόν. In the case of “Hippocrates” it is even less clear that there is a similar notion in play. It is interesting that Tertullian, while acknowledging a greater degree of disagreement in the authorities than Galen, does still attribute a *principale* to Hippocrates. We may follow Tertullian’s hint in his acknowledgment of difference, but go further than he does.

The nearest Hippocratic equivalent of either our king of brain or the later Greek ἡγεμονικόν is provided by *The sacred disease*. Though there are other places where the ἐγκέφαλος is important in the *CH*, and though there are Hippocratic “cardiocentrists” too, any attempt to find something close to a central organ of intelligence relies heavily on this text. As P. Manuli points out, the “haemocentrists” (who are polemically opposed to the “encephalocentrists”) do not become “car-

²² TERT., *De anima*, J. H. Waszink (ed.), Amsterdam, 1947, pp. 18-21.

²³ See esp. GAL., *De plac. Hipp. et Plat.* VI (CMG V 4, 1, 2, esp. pp. 416-24) (:V 574-84 K.). We may compare the [pseudo-]Galenic commentary on *Hum.* 9 (:XVI 302 K.), cited by PIGEAUD (*op. cit.*, p. 427), which finds Platonic tripartition in the Hippocratic text. Cp. Galen’s use of the words related to θυμός in *Epid.* II, at CMG V 4, 1, 2, p. 416 (:V 574-5 K.).

²⁴ Though probably (especially in the case of Stoicism) in different ways which, again, Galen ignores; this is beyond my scope here.

diocentrists" for a long time²⁵; in other words a substance, not a central organ, is more often regarded as crucial in the mechanisms of intelligence. In the case of the "encephalocentrists", the major texts apart from *The sacred disease—Places in man* and *The nature of man*—do not provide evidence of an organ which has anything like the dominance with which we are familiar. In the case of *Places in man*, the centrality of the head is brought out mainly in pathology, in the theory of fluxions in *Loc.* 10 ff. (VI 294 ff. L.), and in the anatomical model (3, VI 280 ff. L.). Though there is clearly a role in perception too (2, VI 278-80 L.), this does not amount to saying that we have here a "central organ of intelligence" in the full sense²⁶. *Nat. Hom.* 11 (VI 58-60 L.) again gives the brain a centrality which is largely anatomical

To turn to *The sacred disease*, then: is the brain in this text really something like the "commanding" organ of later Greek thought? Pigeaud discussed the question in some detail, and pointed to ways in which the air, rather than the brain which is its filter, constitutes the central element in this account of cognition, and to the fact that the brain does not seem to intervene or command in "mental" processes as in later accounts of conscious processes²⁷. As in the case of the haemocentrists, again substances rather than organs dominate, or at least have a higher relative importance than we would expect. It is the ἀήρ that provides φρόνησιν (VI 390 L.), and this intelligence is not confined to the brain, but distributed through other parts of the body too, to the extent that they partake of the air. Furthermore, in his polemic against those who believe that the καρδίη or φρένες are the seat of intelligence, our author admits that these organs have the greatest share in αἴσθησις (VI 392-4 L.). Granted the *The sacred disease* is the strongest case for a "brain"-like, or ἡγεμονικόν-like, ἐγκέφαλος, it nevertheless lacks the unique role which we associate with such an organ.

We should consider how some other texts highlight the lack of a central organ of intelligence; the fact that what we would call "psychological" events involve the participation of various parts of the

²⁵ P. MANULI, "La techne medica nella tradizione encefalocentrica e cardio-emocentrica", in *Corpus Hippocraticum*, R. JOLY (ed.), Mons, 1977, pp. 182-95, esp. p. 185. See also the conclusions of M.-P. DUMINIL, *Le Sang, les vaisseaux, le coeur dans la collection hippocratique. Anatomie et physiologie*, Paris, 1983, esp. pp. 96 ff. on the lateness with which the heart is regarded as the centre of the vascular system; and the texts assembled in C.R.S. HARRIS, *The heart and the vascular system in ancient Greek medicine from Alcmaeon to Galen*, Oxford, 1973, ch. 2.

²⁶ Cp. MANULI's comment (*op. cit.*, p. 185) that *Loc.* shows the signs of an encephalocentric theory, which however is not yet fully "theorized".

²⁷ *Op. cit.*, pp. 419 ff.

body; and the role of “physical” substances rather than organs in the accounts of these processes ²⁸.

Consider some of the accounts of affections of the head in *Diseases* II. At *Morb.* II 21, for example: ἐξαπίνης υἰγαίνοντα ὀδύνη ἔλαβε τὴν κεφαλὴν, καὶ παραχρῆμα ἄφωνος γίνεται, καὶ ῥέγκει, καὶ τὸ στόμα κέχηνε· καὶ ἦν τις αὐτὸν καλέη ἢ κινήσῃ, στενάζει, ξυνίει δὲ οὐδέν, καὶ οὐρέει πολὺ, καὶ οὐκ ἐπαῖει οὐρέων (VII 36 L.). Similar accounts are given at *Morb.* II 3 ²⁹ and 6 ³⁰. In all the cases cited, it seems at first blush that the head has a strong relevance to symptoms which we would associate with brain-function: loss of speech, loss of consciousness, loss of awareness, derangement. In fact, of course, this text belongs rather to the “cardio-haemocentric” tradition. It is, as *Morb.* II 5 makes clear, the καρδίη, not the ἐγκέφαλος, which is most closely associated with loss of consciousness, or “lifelessness”: ὀδύνη ἐπὶ τὴν καρδίην φοιτᾷ καὶ ἀψυχίη... καὶ ἄπνοος τελέθει... ἀψυχέει δ’ ὅταν προσίστηται πρὸς τὴν καρδίην φλέγμα ἢ χολή (VII 12 L.) ³¹, in spite of this relevance of the head. Furthermore, the motions of phlegm, blood and bile in various parts of the body determine what happens in various cases which would later be comprehended in terms of affections of the ἡγεμονικόν, or of neurological pathology. No single organ is the central one involved in such cases; and the organs in the body only have explanatory value in relation to the notion of fundamental substances.

Turning to *Int.* 48, we find an extended description of a disease which arises from bile. It is the resultant swelling of the liver, which then pushes on the φρένας ³², that leads to derangement: παραφρονέει ³³. But we notice that loss of hearing and sight seem to be associated with the effect the illness has on the head, so that, again, involvement in “psychological” and “neurological” affections is distributed over different parts of the body, not mediated by a single one. Furthermore, the disease is classified as a “thick” disease (the heading

²⁸ One may compare with *Morb. Sacr.* the doctrine of *Flat.* (esp. 5, VI 96 L.). The relations between Hippocratic texts which emphasize the role of blood, and Presocratic theories such as those of Diogenes and Empedocles, have been pointed out by others. See esp. P. MANULI and M. VEGETTI, *Cuore, sangue et cervello. Biologia e antropologia nel pensiero antico*, Milano, 1977, esp. p. 63, where there are examples other than those given below of the central role of blood in intelligence and in pathological accounts in the *CH.*

²⁹ περιωδυνή τὴν κεφαλὴν ἴσχει, καὶ ἐμέει χολήν, καὶ δυσουρέει, καὶ παραφρονέει (VII 10 L.).

³⁰ ὀδύνη λαμβάνει τὴν κεφαλὴν, καὶ παραχρῆμα ἄφωνος γίνεται καὶ ἀκρατῆς ἔωντοῦ (VII 14 L.).

³¹ Cp. *Morb.* II 20 (VII 34 L.).

³² VII 284 ff. L.

³³ VII 286 L.

of ch. 48 is "Ἄλλο παχύ) rather than one of *any* particular part of the body — a presentation which is supported by the disparate way the symptoms are laid out, not pointing to any one clear locus as the essential one.

Another instructive example is provided by *Diseases of girls*. Here and in *Diseases of women*, as is well known, affections of the womb are causally effective in hysterical complaints. This in itself is worthy of note. If the womb has such centrality in female pathology that in its wanderings over the body and its effect on other organs it comes almost to be regarded as the woman's true soul, as Manuli points out³⁴, then we have another sense in which the "seat of intelligence" cannot be identified in a single location. But there is a further point which reinforces our argument. Consider the description of the mental aberrations at *Virg.* (VIII 468 L.) after the "physical" causes have advanced to a certain point, ὑπὸ μὲν τῆς ὀξυφλεγμασίης μαίνεται, ὑπὸ δὲ τῆς σηπεδόνοϋ φονᾶ, ὑπὸ δὲ τοῦ ζοφεροῦ φοβέεται καὶ δέδοικεν, ὑπὸ δὲ τῆς περὶ τὴν καρδίην πιέξιϋ ἀγχόνας κραινοῦσιν, ὑπὸ δὲ τῆς κακίης τοῦ αἵματος ἀλύων καὶ ἀδημονέων ὁ θυμὸς κακὸν ἐφέλκεται. Five "physical" causes for five, mainly "psychological" symptoms or sets of symptoms (and more follow); only in the case of the penultimate is the symptom linked explicitly to any equivalent of a "seat of intelligence", the καρδίη.

From this emerges my second major point. Above I claimed that an account of process was not felt necessary in the transition of diseases from the mental to the physical realm or *vice versa*, that such mixtures of symptoms were not an explanandum. Here it seems, further, that what accounts of such processes there are do not involve one central organ, or even seat, of intelligence mediating between one sphere and the other. A "physical" event can simply lead to a "psychological" one (or *vice versa*), without the laborious mechanism that our science would require, that it must go through the brain (in some way which would have to be explained).

4. We should consider, further, the directness of the connections that obtain between the outer world and the inner, between the environment and the essential nature of man: this too is of significance

³⁴ In S. CAMPESE, P. MANULI and G. SISSA, *Madre materia. Sociologia e biologia della donna greca*, Torino, 1983, part 3, ch. 2, p. 157. For the uterine wanderings and their various effects —which again, are in our terms part physical, part psychological— see *Mul.* II 123 ff. (VIII 266 ff. L.). Cp. *Loc.* 47 (VI 344 L.): Τὰ γυναικεῖα νοσεύματα καλεόμενα' αἱ ὁστέρα πάντων τῶν νοσημάτων αἰτιαί εἰσιν, κτλ.

for the relation of body and soul. *The sacred disease* provides a clear example in the very direct connections it makes between the winds (and other externals) and one's susceptibility to the disease³⁵. *Airs, waters, places*, similarly, allows for a direct influence of the climate on character³⁶. It will be helpful in this context to add a further consideration regarding female pathology in the *CH*.

Women are psychologically unstable and weak compared with men; the extent to which the gender difference in the *CH* is reflected in their psychological disturbances is brought out by Di Benedetto³⁷. Now, in the treatises which give a theoretical account of this gender difference, it is characterized not just in terms of the womb, as was mentioned above, but in terms of qualities—qualities such as moisture or heat, which can equally be predicated of the outside world³⁸. The close connection which Hippocratic "element" or "quality" theory implies between the environment and the individual thus amounts to a connection also, in this context, between the outer world and the realm of the mental. If (i) the difference between men and women can be described in terms of externally existing qualities, and (ii) this difference is one of fundamental significance to psychological attributes, then (iii) there is a fundamental significance of these externally existing qualities for psychological attributes.

This point could be reinforced, too, by a consideration of the relevance of seasonal or cyclical changes to personal health: again, to the extent that the effects in question include tendencies to such things as melancholic affections, the mental state of the individual has a direct connection with the elements outside³⁹.

5. There is a continuum between the psychological and the physical, and a close connection between the inner world of man and the cosmos as a whole. A final consideration about the nature of Hippocratic vocabulary may be relevant. It is in the nature of the Hip-

³⁵ VI 384-6 and 394 L.

³⁶ *Aër.* 16 (II 62-4 L.).

³⁷ *Loc. cit.*

³⁸ One theoretical account is given in *Vict.* I 34 (VI 513 L.): Τῶν δὲ πάντων τὰ μὲν ἄρσενά θεομότερα καὶ ξηρότερα, τὰ δὲ θήλεα ὑγρότερα καὶ ψυχρότερα...; another in *Mul.* I 1 (VIII 12-14 L.), where the qualitative distinction "sparse/dense" is used to characterize the difference between female and male flesh, and where problems arising from the menstrual cycle are related ultimately to heat: the woman has hotter blood than the man, and will suffer from excess heat if she does not void it. See CAMPESE, MANULI and SISSA, *op. cit.*, pp. 154 ff.

³⁹ Cp. the passages cited above from *Morb. Sacr.* and *Aër.* Again, female pathology is relevant, since a cyclical change—the monthly period—affects the mental health of the woman.

pocratic texts to include a lot of material which belongs to a “pre-scientific” discourse, and which must be distorted if we interpret it purely in its capacity as “protoscientific”. Words derived from θυμός can be related to pre-Hippocratic experiential accounts, to the terms in Homer or in tragedy that describe emotion⁴⁰. Words derived from ψυχή retain a connection between the theoretical entity which provides life or energy and the experience of being breathless, spiritless, without force. Then, too, the “melancholy” words seem to express a phenomenological account of depression, sadness, darkness as much as a theoretical account of bodily process. But we must avoid seeing such aspects as merely “relics” or “fossils” in the text.

Rather than manifesting an early form of naturalism or monism, on the one hand, or giving evidence of some “folk heritage” or “pre-rational” wisdom, on the other, the Hippocratic texts show that the body can be used to give an account of total experience. It is true, as some commentators have pointed out, that the role of anything like a psychotherapy or a “therapy of the word” seems to have a very small role in the *CH*⁴¹. But what the texts encapsulate is an account of experience which, though frequently passive in the face of what happens, is rich in the variety of connections that it suggests, and in the use of corporeal terms to describe mental experience—or, if you like, of experiential words to describe the body. Perhaps, at a time when even traditional medicine seems continually to be rediscovering the complexity and importance of the relations between “body” and “mind”, as well as encountering the existence of alternatives to its theoretical model, it is time to look more sympathetically at this language, this account of experience and these multifarious connections.

The ἀήρ and φύσα of *The sacred disease* and of *Breaths*, the πνεύματα of *Airs, waters, places*⁴² and the cosmically sympathetic elements of *The nature of man*⁴³ may be closer to the ill winds of tragedy⁴⁴ than to oxygen and nitrogen; but perhaps the patient may learn from the Hippocratic text the environment in its widest sense—the Cam-

⁴⁰ See again KUDLIEN, *op. cit.* and LANGHOLF, *op. cit.* I believe that two topics—the use of terms related to “breath”, and the connection of Hippocratic language with, in particular, that of drama—provide a rich field for further study, if one can only avoid dualistic classifications into the “physiological” and “prerational”, “literal” and “metaphorical”, and so on.

⁴¹ See W. RIESE, “An outline of a history of ideas in psychotherapy”, *BHM* 25, 1951, pp. 442-56; also P. LAÍN ENTRALGO, *The therapy of the word in classical antiquity*, Eng. trans., New Haven, 1970.

⁴² *Aër.* 3-6 (II 14-16 L.)

⁴³ *Nat. Hom.* 7-8 (V 46-52 L.)

⁴⁴ E., *IT* 1317: πνεῦμα συμφορᾶς; ID., *HF* 216: ὅταν θεοῦ σοὶ πνεῦμα μεταβάλῃ τὴν τύχην.

bridge cold, for example, or the damp of Pavia ⁴⁵— will affect body and mind in a complexity of ways which threaten to invalidate the distinction. It is something which she or he cannot, in reason, escape ⁴⁶.

⁴⁵ I am grateful to M. Vegetti for pointing out to me the similarity between Pavia and the Hippocratic Phasis (*Aër.* 15).

⁴⁶ In the discussion which followed the reading of this paper in Madrid, A. DEBRU raised the question of the extent to which Hippocratic medicine was creating its own language, and attempting in a sense to “conquer the field” with a specifically medical terminology, especially in the area of “neurology”. This may be taken as a corrective to my inclination to emphasize links with non-medical discourses; certainly I would not wish to deny the competitive elements, and the extent to which specialist language is being created (though this extent would vary from treatise to treatise); I would merely wish to emphasize the various ways in which this language surprises modern expectations regarding medical science.

J. JOUANNA referred to R. Joly’s emphasis on the relation between ψυχή and sperm in *Vict.* I (See R. JOLY, *Récherches sur le traité pseudo-hippocratique Du Régime*, Paris, 1960, esp. pp. 30, 76.)

In general, I would agree that there is an important connection between theories of the soul in the *CH* and embryology; and the “pangenesis” doctrines of *Morb.*IV and *Nat. Puer.* provide a further example of a way in which the soul’s functions can be seen as distributed over the body rather than dependent on a single organ. In response to the specific question regarding the relevant passages of *Vict.* I, it seems to me plausible that a relation of this kind is in play, although I would resist moving on those grounds towards any kind of reductionist view of the meaning of ψυχή.

W. D. SMITH reminded me of the importance of the doctrine of *Vict.* I 36 (VI 522-4 L.), where certain characteristics are due to the nature of the πόροι through which the soul is conveyed, rather than to the mixture of the ψυχή itself. This is not a straightforward passage to interpret—and there is an obvious connection with the previous point—but, without elaborating on details, I think one may say at least that here too is evidence of the non-centralized, complicated relationship of the soul to the functioning of the body.

¿Quiénes son los adversarios de Pólipo
en los dos primeros capítulos del tratado
De la Naturaleza del hombre?

ANTOINE THIVEL

(Universidad de Niza)

La interpretación de la Colección hipocrática plantea numerosos problemas a los comentadores y eruditos de la época moderna, sobre todo con motivo de la lamentable costumbre que tenían los autores antiguos, de no citar los nombres de quienes criticaban o aprobaban, sino designarlos solamente por alusiones más o menos claras, y, a menudo, muy oscuras. Puede ser que, en el medio ambiente bastante cerrado en que escribían estos médicos, estas alusiones hayan sido suficientes para dar a comprender al lector a quiénes se designaba así, pero para nosotros que tratamos de identificarles después de tantos siglos, y sobre todo después de tantos comentarios que multiplicaron los contrasentidos y las confusiones, esta tarea resulta muy difícil, cuando no imposible. Así es como desde hace ciento cincuenta años se han dedicado a un verdadero juego de acertijo los eruditos.

Bien es sabido que en todos los tratados hipocráticos que llegaron hasta nosotros sólo se citan dos nombres de filósofos coetáneos, Empédocles en el capítulo 9 de la *Medicina antigua*, y Meliso de Samos a finales del primer capítulo de la *Naturaleza del hombre*. Evidentemente, esto resulta insuficiente para permitirnos precisar la posición de estos dos autores con respecto a las numerosísimas escuelas médicas y filosóficas que existían en aquella época, sobre todo si consideramos que sólo llegamos a conocer aquellas doctrinas por intermedio de la escuela más dogmática en la antigüedad, digo la de Aristóteles y de sus sucesores, que deformaron considerablemente las doctrinas que nos han transmitido.

Por su parte, los modernos no dejaron de añadir sus prejuicios a sus varias apreciaciones, y parece que en este combate oscuro no podamos alcanzar ninguna certeza, puesto que hasta nuestro primer informador, Aristóteles, debe ser objeto de sospecha. De allí vienen todas las contradicciones de los comentadores, y eso explica que hasta ahora no hayamos podido llegar a un sistema claro, coherente, y admitido de todos, cuando por ejemplo se trata de precisar las relaciones

entre tratados como la *Medicina antigua*, *Aires, aguas y lugares*, *Flatos*, *Naturaleza del hombre*, *Carnes y Semanas*. Luego hay que intentar orientarse en este dédalo, tomándose en cuenta todos los elementos con la mayor objetividad posible, porque las cuestiones de doctrina y de teoría de la medicina conciernen todos los tratados de la Colección hipocrática.

Desde hace unos años, algunos han reconocido que no era preciso contraponer los tratados con una tendencia empírica, los de una influencia más filosófica, y los que harían la síntesis entre la teoría y la experiencia, y prepararían por consiguiente la ciencia moderna, siendo los últimos evidentemente atribuidos a Hipócrates y a su escuela, la escuela de Cos. El debate entre Cos y Cnido sobre el número de las enfermedades no resume toda la Colección hipocrática, aun cuando a éstas se añada una tercera escuela, la de Sicilia, que estaría más atraída por las consideraciones transcendentales. Juzgar de este modo es aplicar a los textos hipocráticos una concepción general de la ciencia, que bien puede encerrar su propio valor, pero que no puede en ningún caso hacer las veces de un análisis histórico y crítico. Por otra parte, nada nos permite decir que los médicos de la época de Hipócrates concebían la ciencia como hoy la concebimos, siguiendo a tal o cual filósofo. Al contrario, sólo elucidando sus pensamientos en lo que difieren de los nuestros, podremos aprender algo de ellos, y para eso primero cabe reponerlos en su tiempo, e interpretarlos según la ciencia y la filosofía que conocían entonces, la de los presocráticos o preplatónicos.

Otra idea en otro tiempo muy propagada, pero que hay que desechar ahora porque los hechos enseñan que resulta falsa, es que en la antigüedad pudieran existir unos médicos, o escuelas médicas, que hubieran rechazado completamente todo pensamiento teórico, y hubieran defendido enérgicamente hasta sus últimas consecuencias la independencia de la medicina con respecto a toda filosofía. Por cierto, las declaraciones del autor de la *Medicina antigua*, y las de Pólibo al principio de la *Naturaleza del hombre* parecen abundar en este sentido; en efecto, estos dos autores, que por otra parte tienen posiciones muy distintas, afirman que la medicina se basta a sí misma, que no necesita la filosofía, y además el autor de la *Medicina antigua* dice que no necesita las investigaciones de los físicos sobre lo que pasa en los aires y debajo de la tierra, y que, al contrario, la medicina sola puede explicar el hombre, puede en suma hacer las veces de la física y de la biología, contradiciendo a cuantos afirman, como el autor de *Aires, aguas y lugares*, que es necesario conocer el universo para conocer el hombre. Pero estas declaraciones no deben producir ilusiones: incluso estos dos autores no son extraños a la filosofía, tal como la concebimos hoy, y sus concepciones médicas se fundan sobre un tipo de razona-

miento, un método de análisis de la realidad, que puede ser válido para todo el universo. Para el autor de la *Naturaleza del hombre*, resulta muy fácil demostrarlo: aunque no consigue identificar sus cuatro humores con los cuatro elementos de Empédocles, por lo menos se adhiere a este filósofo, puesto que piensa que el ser no es uno, sino múltiple, y reduce este múltiple a cuatro. Sin embargo hay que observar que si Pólipo permanece fiel a Empédocles en su teoría general, no lo sigue en fisiología, pues explica el sistema vascular por cuatro parejas de venas que bajan de la cabeza, mientras el Agrigentino coloca el corazón en el centro del sistema.

Pasemos ahora al ataque que nuestro autor lanza contra los médico-filósofos que dicen que el hombre está formado por un solo elemento: hay que reducir esta polémica a sus exactas proporciones. Todo lo que Pólipo reprocha a sus adversarios es su propio monismo, pero él mismo también tiene una opinión bien determinada sobre la naturaleza de los elementos que componen el cuerpo humano, y por otra parte más abajo, en el capítulo 6, intenta hacer de ello una demostración experimental.

El rechazo de toda filosofía parece más radical por parte del autor de la *Medicina antigua*: la medicina más atacada es la de Empédocles, porque imagina cuatro elementos fijos, eternos y separados, mientras que el autor hipocrático considera que el cuerpo humano está formado por cualidades flexibles, intercambiables e innumerables, regidas por el principio del cambio. Además, admite una evolución de la humanidad desde sus orígenes. Así pues, su pensamiento se relaciona con la física jonia, la de Anaximandro, Anaxímenes y Heráclito, aun cuando permanece escéptico ante las explicaciones que sus coetáneos daban a propósito de los terremotos y los fenómenos meteorológicos: está convencido de que la medicina es la ciencia más avanzada, y de que es nuestro punto de partida para comprenderlo todo, porque el hombre es el ser más cercano al hombre. Por cierto, está equivocado, como ha mostrado luego la historia de las ciencias, pero hay que comprender que en su época, cuando no existían la anatomía y la fisiología, y las ciencias de la naturaleza sólo eran conjeturales, el recurso a la experiencia inmediata podía parecer el procedimiento más seguro. Pero este autor no es, como se ha dicho, un empirista, pues no hay ninguna experiencia ciega, y cada recurso a la experimentación, aun sin el método experimental, supone ya un esfuerzo racional de clasificación y explicación de los hechos. Dicho de otro modo, no hay ninguna medicina puramente empírica, que quedaría ajena a toda ciencia y a toda filosofía de la naturaleza, porque de haberla sería la medicina popular, la de magos y matasanos.

Los trabajos recientes de los filósofos nos han permitido discernir

mejor la cara del autor de la *Medicina antigua*, en particular desde la aparición del artículo de G. E. R. Lloyd en la revista *Phronesis* en 1963¹. Por fin queda resuelta la cuestión de su pertenencia a la escuela pitagórica: puede que su ataque no se dirija en exclusiva a Filolao en su polémica, pero no hay duda de que sus adversarios se sitúan cerca de los pitagóricos y eleáticos, o de los médicos que se inspiraban en estas filosofías, y no cerca de los jonios ni de sus sucesores. Al contrario, en esta cercanía es donde cabe situar a tal autor, a pesar de su desaprobación de las investigaciones cosmológicas, porque su teoría del cambio cualitativo se emparenta con la de los Milesios y de Heráclito. Así se justifica plenamente el título de este tratado: se trata, en efecto, de defender la medicina antigua, la medicina jonia que reinaba en Grecia desde el siglo VI, y se negaba a adaptarse a las nuevas concepciones venidas de Sicilia y de Italia del Sur, esencialmente a la idea de que unas sustancias fijas, diversamente dosificadas en la composición de los diferentes cuerpos, formaron los seres.

Establecido esto, parece que el problema de la polémica en la *Naturaleza del hombre* puede solucionarse fácilmente. Pólibo se opone a la teoría de la *Medicina antigua*, se decide por las ideas de Empédocles en contra de los jonios, y ya parece hacerlo en el prólogo, en el que denuncia a quienes dicen que todo lo que existe no está constituido por un solo elemento, tierra, agua, aire o fuego. Por cierto, desde siempre los críticos han interpretado así este pasaje, pues recordaban que, según Aristóteles, Tales creía que el principio (ἀρχή) del universo era el agua, Anaxímenes escogía el aire, y Heráclito el fuego. Puesto que Aristóteles dice que el principio de Anaximandro es el infinito o lo indeterminado (τὸ ἄπειρον), nadie se asombra al ver que Pólibo no cita el ἄπειρον como elemento que pueda constituir el universo, pues nadie conoce médico alguno que admita que al cuerpo humano lo forma el ἄπειρον. Pues, en efecto, ¿cómo podría existir tal médico? Por otra parte, Pólibo cita también la tierra, aunque no conozcamos ningún fisiólogo jonio que ponga la tierra como elemento de base. Un verso de Jenófanes citado por Simplicio² dice que «todo lo que se desarrolla y crece está hecho de tierra y agua», pero, en primer lugar, aquí la tierra no está sola, hay agua también, y, además, esta declaración ya podría ser una recuperación, por parte de Jenófanes, de una concepción de la cosmología popular, y no una teoría de sabio físico, pues se encuentra textualmente en Homero³ y en un poema atribuido a los Órficos⁴. Añadamos que según Filopón, el comentarador de Aris-

¹ G. E. R. LLOYD: «Who is attacked in "On Ancient Medicine"?» *Phronesis* 8, 1963, pp. 108-126.

² JENÓFANES, *Fr.* B 29 D.-K. (I 136). Cf. también B 33.

³ HOM., *Il.* VII 99.

⁴ ORPH. B 13 D.-K. (I 11, 25).

tóteles, Parménides admitía dos elementos, el agua y el fuego, a los que Ión de Quios añadía el aire, y esta precisión coincide con lo que dice Isócrates en su discurso *Contra los sofistas*⁵. Pero tampoco aquí está sola la tierra, sino que la acompaña el fuego, y, además, Jenófanes y Parménides no son, en sentido propio, fisiólogos jonios: se les considera aún, por lo general, como los fundadores de la escuela de Elea. Por lo tanto, hay algunas dificultades en la identificación de los adversarios de Pólibo con los jonios.

Para aclarar quiénes son estos adversarios, tenemos que estudiar los argumentos de Pólibo. Estos son tres: 1) primero, la substancia única de que hablan estos filósofos, sea tierra, agua, aire o fuego, nunca es visible en estado puro en los cuerpos compuestos; 2) en segundo lugar, todos estos filósofos razonan de la misma manera (γνώμη τῆ αὐτῆ), pero no dicen lo mismo: todos piensan que el universo está formado de un solo elemento, pero a partir de este momento incurrir en contradicción; 3) por último, se llevan la contraria a sí mismos, porque no se muestran capaces de sostener su teoría tres veces seguidas contra un contradictor. Ahí se coloca la comparación con luchadores, que deben triunfar tres veces seguidas de sus adversarios para que se les declare vencedores. En nuestro pasaje resulta fácil reconstituir las tres partidas de estas justas erísticas: los filósofos en que piensa Pólibo debían de demostrar fácilmente que el universo está hecho con un solo elemento, recurriendo a argumentos lógicos, como «lo que existe es uno, es a la vez uno y todo» (era la primera partida); después, demostraban que este elemento era forzosamente —por ejemplo— el aire, como hace el autor del tratado *Sobre los flatos* (era la segunda partida), pero cuando los oyentes les preguntaban por qué escogían el aire en vez de la tierra, el agua o el fuego, no sabían qué contestar, no hacían más que charlar; luego, se les derrotaba en la tercera partida. Al contrario, Pólibo demuestra en tres puntos que su teoría de los cuatro humores es acertada; pues muestra que el monismo llega al resultado de no poder explicar tres cosas: el dolor, el movimiento, y la generación. No se derriba a sí mismo, ni es derribado por los otros. Así se acaba la demostración en tres puntos según la retórica de Gorgias.

No hay duda de que en este primer capítulo Pólibo no combate a los cosmólogos jonios del siglo VI, olvidados desde hace mucho tiempo, sino a sus sucesores de fines del V. Sin embargo, si admitimos que los adversarios de Pólibo son monistas jonios, deberíamos suponer que les reprochaba razonar como Heráclito, pero en lugar de esto sabemos que lo asombroso, lo que plantea el principal problema de este pasaje,

⁵ 36 A 6. D.-K. (I 378, 30).

es que el capítulo termine con estas palabras: τὸν δὲ Μελίσσου λόγον ὀρθοῦν, «razonar así es restablecer el razonamiento de Meliso» (aquí está todavía la metáfora de la lucha). ¿Por qué Pólipo habla aquí de Meliso de Samos, un filósofo eleático? No obstante, no hay ningún motivo para corregir el texto, y nadie lo propone. Incontestablemente hay ahí una contradicción, que todos los comentaristas han tratado de disminuir o resolver.

El último comentarista, y sin duda el mejor, es nuestro colega J. Jouanna. Veamos cómo hace para justificar la presencia del nombre de Meliso al fin de un capítulo que critica a los jonios. En su precioso comentario de la *Naturaleza del hombre*⁶ hace observar que Pólipo se inspira en los análisis de Meliso sobre el ser para refutar el monismo jonio (se trata de la definición del ser como lo uno), y dice que esto es comprensible si se estima que el autor apunta esencialmente a Diógenes de Apolonia, lo que es visible porque de este filósofo Pólipo adopta la expresión técnica κόσμος para nombrar el mundo, y por otra parte —dice Jouanna— existía un antagonismo personal entre Diógenes y Meliso. Los monistas jonios se derriban a sí mismos con sus contradicciones internas, pero también Meliso se derriba a sí mismo, ya que sus argumentos imposibilitan el pluralismo, esto es la explicación del dolor, del movimiento y de la generación. Detrás del monismo jonio, el autor ataca a algunos médico-filósofos que, a finales del siglo V, aplicaron la cosmología jonia a la biología, y, entre éstos, critica particularmente a Diógenes de Apolonia, que explicaba todas las cosas con un solo elemento, el aire. Sostiene un combate en dos frentes a la vez, contra los jonios y contra los eleatas, y no da la razón a ninguna de las dos partes. ¿Por qué se comporta así? ¿Sería porque está en contra de toda filosofía, y carece de teoría propia? Eso no lo dice Jouanna, quien añade que Pólipo lo hace así porque ve en estas dos categorías de filósofos a enemigos enconados de Empédocles.

Tal es la explicación de Jouanna. Hasta hoy, es la más completa, la más elaborada; es ingeniosa, es brillante, pero no es satisfactoria, pues supone que el problema que se planteaban a sí mismos todos los presocráticos era únicamente el del número de los elementos, cuando lo que diferencia los jonios de los eleatas es que para aquéllos los elementos son móviles e innumerables, mientras que para éstos son fijos y determinados en número. Para mostrar que Pólipo ya tiene en su espíritu la teoría de Diógenes de Apolonia, Jouanna establece varios acercamientos contundentes entre el texto de la *Naturaleza del hombre*

⁶ J. JOUANNA, *Hippocrate, la Nature de l'homme*, CMG. I. 1, 3, Berlín, 1975, p. 41.

y los fragmentos de tal filósofo ⁷, precisamente a propósito del dolor, del movimiento y de la generación. Estos acercamientos son interesantes, pero, primero, conviene observar que los enemigos del movimiento no son los jonios, sino los eleatas, y por consiguiente si Pólibo quiere rehabilitar el movimiento, probablemente lo hace contra los eleatas, y no contra los jonios. Luego, ¿qué nos prueba que Diógenes de Apolonia era un discípulo de los jonios? Esta afirmación se remonta a la antigüedad, exactamente al comentador de Aristóteles, a Simplicio, que, reproduciendo una reseña de Teofrasto ⁸, dice que Diógenes adoptó el principio de Anaxímenes, pero que también se valió de ideas de Anaxágoras y de Leucipo. Por esta razón Diógenes aparece, en las historias de la filosofía, como el representante típico de esta especie rara que llamamos «los eclécticos de finales del siglo V». Pero quizá estos «eclécticos» inventaran muchas ideas nuevas, y más tarde estas ideas fueran atribuidas a los antiguos jonios, como lo supone A. Rivaud ⁹. En lo que concierne a Diógenes de Apolonia, uno ve bien que su sistema es a la vez una física y una teología: para él, el aire es un principio que da la vida y la razón, y lo identifica con Zeus. El sol, en lo alto del universo, está hecho con el aire más seco y caliente, y cuanto más se baja en la creación, tanto más se hunde en lo frío y húmedo; al fin, la humedad absoluta es la muerte ¹⁰. Esta concepción es más religiosa que materialista; tal universo es enteramente estático y jerarquizado; hay poca cosa racional en ello. Nos interesa dicho filósofo porque tenemos de él textos relativamente abundantes; nos permite darnos cuenta, por comparación, de lo que debían de ser las teorías de otros filósofos, como Hípaso o Hipón, que apenas conocemos, pues de ellos no quedan muchos fragmentos. Pero, de ningún modo, Diógenes de Apolonia puede ser considerado como un discípulo de los antiguos jonios, ya que su concepción del mundo difiere de la de ellos. Mejor dicho, debe de ser alguien que conoce la teoría de Parménides, la de la unidad del ser, y que intentó servirse de ella para explicar todo lo que existe, escogiendo arbitrariamente uno de los elementos de Empédocles, el aire, mientras que Hípaso había escogido el fuego, e Hipón escogía el agua. Todos estos filósofos querían fundar una física con los principios de Parménides, aunque eso era imposible porque el filósofo de Elea había abierto anteriormente un abismo infranqueable entre el ser perfecto e inmóvil, y el mundo cambiante donde vivimos.

Tiene razón Jouanna al decir que la polémica de Pólibo apunta a

⁷ *Ibid.* p. 40.

⁸ SIMPLICIUS, *Phys.* I 25, 1 (II 52, 29 D.-K.).

⁹ A. RIVAUD, *Le problème du devenir et la notion de matière dans la philosophie grecque, depuis les origines jusqu'à Théophraste*, Paris, 1905, pp. 219-223.

¹⁰ DIÓGENES 64 B 25 D.-K. (II 61) cf. A. LAKS, *Diogène d'Apolonie, la dernière cosmologie présocratique*, Lille, 1983.

pensadores tales como Diógenes de Apolonia, pero no podemos aceptar esta identificación sino añadiendo esta importante precisión: son discípulos de los eleatas, no de los jonios. En realidad, Diógenes de Apolonia era un médico-filósofo poco conocido, y nadie se lo tomaba en serio. Su influencia fue quizá mucho menor de lo que se ha creído, particularmente sobre la Colección hipocrática ¹¹. No fue el primero en llamar al mundo κόσμος; esta expresión ya la utilizaba Heráclito, y quizá Pitágoras y Anaximandro. Además, a finales del siglo V, Diógenes de Apolonia no era lo bastante célebre para que Aristófanes se burlase de Sócrates atribuyéndole ideas suyas ante el público ateniense: ahí está otra tradición que fue aceptada por casi todos los eruditos, particularmente por H. Diels, y a la cual, creo, es mejor renunciar. El único fiador antiguo de la misma es Diógenes Laercio (IX, 57), pero hoy día sin duda tiene razón C. H. Kahn, cuando dice ¹² que Diógenes de Apolonia no tenía nada original, y que era demasiado oscuro para que los atenienses lo conociesen. Las nubes divinas de las que Sócrates es el gran sacerdote, en la comedia de Aristófanes, son ciertamente las de los meteorólogos jonios, que todos ya conocían, pero en ellas ya no creía el verdadero Sócrates desde mucho antes ¹³, pues la sátira resultaba especialmente cruel e injusta para él, vestido de aquellos oropeles ridículos y extranjeros, que en aquel entonces casi todos habían abandonado.

Los filósofos monistas a quienes Pólipo critica en su primer capítulo, e igualmente los médicos monistas a que condena en el segundo, son, pues, discípulos de los eleatas y no de los jonios: filósofos y médicos que intentaban aplicar a la explicación de la naturaleza los principios lógicos que Parménides había fijado para la definición del ser perfecto, inmóvil y eterno, a su entender, el único objeto del conocimiento. A ellos naturalmente eso les planteaba muchos problemas, pero eran, por decirlo así, los primeros que utilizaban la noción de substancia en las ciencias naturales. Admitían en general que la substancia primordial iba modificada por las cualidades segundas, frío, caliente, seco y húmedo (tales médicos se ven condenados también por el autor de la *Medicina antigua*), pero ¿de dónde venían esas cualidades? No podían venir del mismo ser, pues para eso era necesario hacer intervenir otros factores: el monismo de estos autores amenazaba, pues, con transformarse en un dualismo. Por tal razón, otro discípulo de Parménides más lógico que los anteriores, Meliso de Samos, imaginó un sistema en que el ser de Parménides se confundía

¹¹ Cf. I. M. LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation», «On the nature of the child», «Diseases IV»*, Berlín-Nueva York, 1981, pp. 68-69.

¹² Cf. Ch. H. KAHN, *Anaximander and the origins of greek cosmology*, Nueva York, 1960, pp. 106 ss.

¹³ Cf. PL., *Phd.* 96 a-b.

con el mismo mundo: el ser era a la vez uno y todo, eso resultaba ser una especie de panteísmo al estilo de Spinoza. Pero en tal sistema la variedad de los objetos, la multiplicidad, el movimiento, el tiempo, ya no encontraban lugar. El solo medio de restablecerlos era construir, como intermediario, entre el ser de Parménides y el mundo real, una teoría del conocimiento. En eso se ocuparon más tarde, con métodos diferentes, Platón y Aristóteles, y a continuación todos los filósofos. Pero, tal cual era, el sistema de Meliso no podía ciertamente permitir la fundación de una ciencia; en cualquier caso, no la de la medicina. Y ello porque Pólipo prefirió adoptar, siguiendo a Empédocles, un sistema en que la substancia era múltiple desde el comienzo: se dividía en cuatro, pero cada uno de esos cuatro elementos o humores tenía en sí exactamente las mismas características que el ser de Parménides, y así quedaba resuelto el problema de lo múltiple. Pólipo, pues, tiene algo en común con sus adversarios: la creencia en la fijeza del ser; ésta viene a ser un primer esbozo de la noción de substancia. Lo único que se les reprocha a estos autores es creer que no hay más que una sola substancia, pues entonces hay que aplicar el sistema de Meliso, y así la medicina resulta imposible.

El razonamiento de Pólipo resulta muy claro de ese modo: ya no es necesario que supongamos que combate en dos frentes a la vez, contra los jonios y contra Meliso; sus adversarios son médicos monistas y eleatas, pero él tiene también un parentesco con la escuela de Elea, puesto que es discípulo de Empédocles. Resulta ser una pendencia interna de la escuela empédocleo-eleática. Así comprendemos por qué Pólipo se sirve, de vez en cuando, de expresiones sacadas del mismo Meliso, como τὸ ἓν καὶ τὸ πᾶν («lo uno y el todo»), o αὐτὸ ἐφ'ἑωυτοῦ («el humor único en sí y entre sí»). Pero Pólipo es, antes de todo, un médico, y está persuadido de que sus ideas teóricas pueden ser verificadas mediante un experimento. Por eso se ve más lejos, en los capítulos 5 y 6, que cree en la existencia real de los cuatro humores, y que pretende probar su presencia en el cuerpo humano gracias a purgaciones y sangrías. Así, al contrario de los jonios, afirma la permanencia de la naturaleza humana, que no es variable según las circunstancias exteriores, como lo es por ejemplo en *Aires, aguas y lugares*; igualmente se justifica el título del tratado: *Περὶ φύσιος ἀνθρώπου*. Esta permanencia, dice, se manifiesta siempre κατὰ νόμον καὶ κατὰ φύσιν «según la naturaleza y según la costumbre», es decir en todos los casos, cualesquiera que sean las circunstancias. Ello nos muestra que Pólipo conoce la antítesis sofística de νόμος y φύσις, de la que se sirve también el autor de *Aires, aguas y lugares*, pero de momento aparta sus consecuencias demasiado relativistas, porque podrían conducir al escepticismo.

¿Nos es posible identificar estos adversarios eleáticos de Pólipo?

Desgraciadamente, la mayor parte de sus obras ha ido desapareciendo, de modo que ni siquiera podemos darle nombres. Sabemos que el pitagórico Hípaso de Metaponto tomaba como principio el fuego, y que lo identificaba con el número ¹⁴, pero es demasiado antiguo para que Pólipo haya pensado precisamente en él. Hipón de Samos ¹⁵, que prefería el agua, es más reciente, pero no se conoce mejor, y los doxógrafos constantemente mezclaron su doctrina con la de Tales. Sin embargo es probable que haya venido a Italia del Sur, que haya adoptado la teoría de Parménides, y que identificara el ser absoluto con el agua, fuente de vida. Para el aire ya he citado a Diógenes de Apolonia, y todos piensan, evidentemente, en el autor del tratado *Sobre los flatos*. En cuanto a los médicos que no creían más que en un humor, podemos buscarlos en la Colección hipocrática y en el *Anónimo de Londres*. En el tratado de *Las semanas* 18 ¹⁶, leemos que el agua es el humor de base, tanto del cuerpo humano como del universo, y que los otros humores no son sino variedades de él. Este escrito recibe sin duda la influencia del eleatismo o del pitagorismo, porque su teoría se parece a la de Menéstor, que fue un pitagórico de Síbaris, y creador de la botánica; sólo en este tratado de la Colección hipocrática se habla de un humor único. *Las carnes* no hablan más que de un calor primitivo. Según el *Anónimo de Londres*, Trasímaco de Sardes decía que la causa de las enfermedades era una corrupción de la sangre, que se transformaba en bilis, flema o pus. Pero, no conocemos la fecha de este médico. La doctrina de Timoteo de Metaponto es quizá menos nítida: a su modo de ver, los residuos de alimentos que se acumulan en el cerebro producen un humor salado y agrio que, propagándose por todo el cuerpo, causa las enfermedades. ¿Era este humor la flema? De ello no sabemos nada. Estos ejemplos no son muy demostrativos, pero para nosotros resulta suficiente saber que tales doctrinas existieron alrededor de fines del siglo V.

Para entender esta situación, debemos tener presente que, entre la física jonia y la filosofía de Aristóteles, hay una contradicción esencial. El fundamento de toda la física jonia, desde Anaximandro hasta Heráclito, es la comprobación de que todo lo que existe está subordinado al nacimiento y a la muerte, γένεσις καὶ ὄλεθρος, todo está en el tiempo, el tiempo es el tejido del ser. De allí viene la idea de los intercambios y las compensaciones, del ciclo de los elementos que son variables según los momentos. Pero a partir del día en que Parménides, para dar al principio de la identidad toda su fuerza, afirmó que el ser es uno e inmutable, el único medio de volver a encontrar el mundo

¹⁴ D.-K. I 107-110.

¹⁵ *Ibid.* 385-389.

¹⁶ VIII 642. L.

real y el movimiento fue suponer, como lo hizo Empédocles, que el ser era, por cierto, inmóvil y eterno, pero también múltiple. Para esto era preciso reemplazar el nacimiento y la muerte, γένεσις και ὄλεθος, por la mezcla y la separación, μίξις και ἀπόκρισις. En lo sucesivo, todo se explicaba en un universo estático y jerarquizado. El mismo trabajo lo hizo también Aristóteles, introduciendo las nociones de materia y forma, de potencia y acto. Pero obrando así, ya no podía comprender las concepciones de los jonios, y dando cuenta de estas doctrinas, como quien dice, las asimiló a la suya, achacando a cada uno un primer principio, un primer motor (ἀρχή), cuando para los jonios no hay primer motor, ya que todo se reduce al ciclo de la vida y de la muerte. Por esta razón Aristóteles estableció que el agua era el principio de Tales, porque este decía que la tierra descansa sobre el agua; el aire era el principio de Anaxímenes, porque éste hablaba de meteorología; y el fuego, el de Heráclito, porque era la llegada del camino hacia arriba y el arranque del camino hacia abajo (ὁδὸς ἄνω και κάτω). La presentación inexacta efectuada por Aristóteles la han repetido todos los doxógrafos y todos los historiadores modernos. Por ello se explica el error de los comentaristas de Hipócrates, que creyeron que Pólibo atacaba a los jonios en el comienzo de su tratado, y lo que les arrastró a inextricables confusiones. Sin embargo podemos agradecerle a Pólibo, el que nos permita, gracias a un corto pasaje, restablecer la verdad, y poner en tela de juicio toda la presentación de los presocráticos realizada por Aristóteles.

La cosmologie et le theme micro-macrocosmique dans les *Semaines*

CÉLINE VINCENTELLI

(Université de Nice)

Depuis la thèse de W. H. Roscher¹ qui proposait de reculer la date des *Semaines* au VI^e siècle avant J.C et qui, du même coup, rappelait l'attention sur ce traité du Corpus, trois questions orientent les recherches des différents commentateurs: à quel courant philosophique rattacher les c.1-11 de cet écrit? L'exposé cosmologique de la première partie doit-il être séparé des théories nosologiques de la deuxième partie? Faut-il rejeter *Sem.* de la Collection hippocratique?

Dans l'ensemble, les critiques, qu'ils soient partisans ou non de la thèse de Roscher, croient à l'ancienneté des c.1-11 par rapport aux c.12-53 (datés du IV^e). On admet, généralement, que l'auteur, probablement un médecin cnidien, a voulu confirmer ses observations sur l'importance du nombre 7 (en rapport avec les jours critiques), en utilisant, comme introduction, un fragment d'un auteur plus ancien qui célébrait la prépondérance de ce nombre dans tout l'univers.

L'unité des *Sem.* reste donc problématique, tout autant d'ailleurs que la question des sources. En effet, si les chercheurs s'accordent à reconnaître, dans la cosmologie de *Sem.*, quelques traces des spéculations pythagoriciennes, son auteur est, avant tout, appréhendé comme un éclectique qui a grappillé et compilé des théories utiles à sa démonstration²; pire encore, certains le définissent comme «un es-

¹ *Über Alter, Ursprung und Bedeutung der hippokratischen Schrift von der Siebenzahl. Ein Beitrag zur Gesch.d.ältest.griech. Philos.u.Prosaliterat.*, Leipzig, 1911; *Die hippokratische Schrift von der Siebenzahl in ihrer Vierfachen Überlieferung*, Paderborn, 1913. Cet ouvrage contient une édition très utile des 4 textes des *Sem.*, aussi citerons-nous les passages des *Sem.* d'après cette édition. Le manuscrit du *Parisinus lat.* 7027 a été édité par Littré, VIII 634-673; l'*Ambrosianus lat.* G108 a été édité par Daremberg in éd. Littré, IX 433-468.

² C'est l'avis de F. BOLL, *Zur Schrift «Peri Hebdomadôn»*, Leipzig, 1913. Nouvelle édition in *Kleine Schriften zur Sternkunde des Altertums*, Leipzig, 1950.

prit pauvre et archaïque»³. Bourgey, qui est persuadé de l'existence de deux opuscules différents, voit, dans *Sem.* (c.1-11) une oeuvre fruste, médiocre et puérile où «l'arbitraire de la pensée atteint des proportions effarantes et enfantines»; il lui refuse, d'ailleurs, une quelconque influence des thèmes pythagoriciens⁴. Seul, Mansfeld⁵, se démarque, avec originalité, de ce consensus relatif: le traité des *Sem.* est l'oeuvre d'une seule main et l'étude des c.1-11 et des c.12-53 démontre une seule et même source, celle de Posidonius. Sa thèse, qui tente d'établir que *Sem.* date du I^{er} siècle et se situe dans l'orbite stoïcienne, ne nous a pas convaincu; en revanche, il nous a semblé que, pour la première fois, Mansfeld posait, pour l'interprétation du traité, une question essentielle, oubliée par la majorité des critiques: y a-t-il une différence de doctrine entre la cosmologie des c.1-11 et la nosologie des c.12-53?

De fait, personne ne contredira cette évidence: seule, la première partie du traité a suscité un réel intérêt.

Or, 3 points méritent d'être retenus:

- a) la démarche intellectuelle du clinicien des c.12-53 s'oppose-t-elle fondamentalement à celle du philosophe des c.1-11?

De toute évidence, on retrouve, dans la seconde partie des *Sem.*, «un goût intempérant de la spéculation»; ce spécialiste des fièvres reste «un théoricien par tournure d'esprit»⁶, qu'on relise, à cet effet, les c.12, 13, 32 et 52. De même, le cosmologue de la première partie appuie ses explications sur un parallèle avec la biologie qui, manifestement, sert de fondement à ses conceptions septénaires (c.1 et 10)⁷.

- b) En second lieu, comment ne pas admettre que ce ne serait pas la première fois, dans le *Corpus*, qu'un médecin fit précéder son étude des maladies particulières d'un exposé cosmologique: qu'on se reporte aux traités des *Chairs*, *Du Régime* ou *Nature de l'homme*.

- c) Enfin, nous l'avons déjà souligné, la cosmologie des *Sem.*

³ Cf. H. DIELS, *Die vermeintliche Entdeckung einer Incunabel der griechischen Philosophie*, 1911.

⁴ L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la Collection hippocratique*, Paris, 1953, pp. 130 sq.

⁵ *The pseudo-hippocratic tract Peri Hebdomadon ch.1-11 and greek philosophy*, Assen, 1971.

⁶ Ces propos sont de BOURGEY, *op. cit.*, pp. 70 sq.

⁷ ROSCHER, *op. cit.*, p. 1 (l.1-17): «Telle est la constitution du monde et des parties qui y sont contenues, que toute chose est réglée par le nombre 7. L'embryon lui-même après 7 jours prend forme humaine. Ce même chiffre domine les maladies et tout ce qui, dans le corps, peut être affecté».

porte, à n'en pas douter, l'empreinte du Pythagorisme⁸. Or, on ne peut nier, et nous y reviendrons, que cette même influence se reconnaît dans certains passages des c.12-53.

N'y aurait-il donc pas, entre les deux parties des *Sem.*, une cohérence de pensée, une unité doctrinale?

Si cette hypothèse s'avérait exacte, on peut, d'ores et déjà, mesurer la portée de ses conséquences pour une interprétation du traité, une clarification des doctrines et une datation plus précise. Evidemment, seul un examen des doctrines peut répondre.

Dans un premier temps, il nous paraît important de revenir, rapidement, sur la thèse défendue par Roscher, afin de lever toute ambiguïté sur une datation très tardive des *Sem.* (c.1-11), qui, selon l'érudit allemand, constituerait le plus ancien fragment qui nous soit parvenu sur la philosophie naturaliste ionienne.

On le sait, son argumentation s'appuie, tout particulièrement, sur le c.11. [Rappelons que l'auteur des *Sem.*, après avoir affirmé au c.1 que «toute chose est réglée par le nombre 7», s'attache à démontrer l'ordre septénaire des phénomènes dans le monde: des sphères cosmiques (c.1), des planètes et constellations (c.2), des vents (c.3), des saisons (c.4), des âges (c.5), des parties du corps auxquelles correspondent celles de la terre et du monde (c.6), des parties du corps humain (c.7), des fonctions de la tête (c.8), des voyelles (c.9), des éléments constitutifs de l'âme (c.10)]. Pour finir, il déclare, au c.11: «Toute la terre peut se diviser en 7 parties»; il établit alors les correspondances suivantes: la tête est le Péloponnèse; le cou et la colonne vertébrale, l'Isthme; le diaphragme, l'Ionie; les jambes, l'Hellespont; les pieds, le Bosphore de Thrace et le Cimmérien; le ventre supérieur, l'Égypte et la mer égyptienne; le ventre inférieur et l'intestin, le Pont Euxin et les Palus Méotides.

C'est à partir d'une comparaison avec les deux plus vieilles cartes connues, celles d'Anaximandre (antérieure à -550) et d'Hécatée (-524/-500), et l'inscription tombale de Darius d'Hystaspe (-500/-486), que Roscher tire son argument pour une datation très reculée des c.1-11. En effet, le point de vue géographique de ces 3 cartes est, selon lui, beaucoup plus étendu, donc plus tardif que celui de la carte des *Sem.*

⁸ Cf. la note de R. MONDOLFO «Nota sul Peri hebdomadon» in *La filosofia dei Greci nel suo sviluppo storico*, I, II; «Ionici e Pitagorici», Florence, 1938, pp. 239-250; BOLL (*op. cit.*); R. JOLY, *Recherches sur le traité pseudo-hippocratique du Régime*, Paris, 1960, pp. 35-47.

La démonstration de Roscher nous semble peu convaincante et ce, à plusieurs titres. Peut-on, objectivement, mettre en parallèle la carte de *Sem.* avec les trois autres?

L'approche mythique et anthropomorphique des *Sem.* n'a que peu de rapport avec la géographie ionienne d'un Anaximandre ou d'un Hécatéé, à caractère expérimental et rationnel: il s'agissait, pour ces premiers géographes, de tracer, sur la base des récits des voyageurs et des navigateurs, les pourtours des pays entourant la Méditerranée. Et ces districts connus par leur proximité ou les voyages qu'on y fait, forment la partie centrale du monde.

La démarche géographique des *Sem.* est totalement différente; elle s'appuie sur un choix arbitraire de terres et de mers: l'auteur s'obstine seulement à montrer une nouvelle application de sa théorie septénaire et de sa doctrine micro-macrocosmique qui veut faire correspondre ces parties géographiques à celles du corps humain. Nous croyons, avec F. Boll, qu'il n'y a pas lieu de chercher, dans ce c.11, une carte du monde à comparer avec celles d'Anaximandre, d'Hécatéé ou de Darius d'Hystaspe, ni encore moins de tirer, de la liste des terres et des mers, une conclusion sur l'horizon géographique de cet écrivain; ou alors, il faudrait le situer avant Homère! Il ne connaît ni la Crète, ni Chypre, ni la Thrace, ni la Phénicie, ni l'Éthiopie; et on pourrait difficilement expliquer comment un Ionien du VI^es. ignore, non seulement, Delphes et Athènes mais encore la Sicile et la Grande Grèce, la mer Égée, la Phrygie et la Perse.

Or, dans le même temps, son énumération imagée des formes des terres et des mers, démontre que la représentation géographique était, de son temps, une habitude fort répandue; par là même, nous sommes renvoyés à une époque bien postérieure à celle d'Anaximandre ou d'Hécatéé.

F. Boll, suivi par Mondolfo sur bien des points, contredit d'ailleurs deux autres arguments de Roscher: celui de la pauvreté des astres ainsi que celui de l'omission des 7 planètes et des 7 notes. Ainsi, l'indigence de la liste des astres du c.2 ne peut révéler une phase primitive de la connaissance des étoiles, autrement, *Sem.* serait plus ancien qu'Homère et Hésiode, chez qui est déjà notée l'étoile du matin. Une preuve d'ailleurs que les notions astronomiques de notre auteur ne sont pas limitées: il cite au c.6 Jupiter qui n'apparaît pas au c.2. D'autre part, si l'on ne peut déterminer, avec certitude, la mention des 7 planètes, leur omission, de toute façon, ne constituerait pas un argument décisif puisque leur introduction précise n'est pas antérieure à Parménide⁹.

⁹ Cf. A. REY, *La jeunesse de la science grecque*, Paris, 1933, p. 427 sq.

Mondolfo rappelle, également, que l'absence des 7 notes, dans l'énumération des c.1-11, ne peut servir de preuve: la lyre à 7 cordes est bien antérieure à Thalès et l'interprétation mathématique des intervalles musicaux, autres que ceux de la quarte, la quinte et l'octave, se situe à l'époque d'Archytas.

La date des *Sem.* ne peut donc être antérieure à l'époque de Parménide: cette datation reste en accord avec sa prose, sa terminologie ou encore le concept de sphéricité de la terre, que l'on devine au c.2. Bien évidemment, il n'est pas question de nier en bloc, l'utilisation dans *Sem.* d'un fonds d'idées largement répandu voire la présence d'échos de doctrines anaximandréennes. Mais, après tout, Anaximandre n'a-t-il pas contribué à l'élaboration de concepts qui seront théorisés plus tard par les Pythagoriciens: mystique des nombres, proportion numérique, harmonie de la sphère.

Justement, dans l'ensemble, les explications cosmologiques des *Sem.* ne sont pas autre chose que des applications de la physique et même de la métaphysique occidentale.

Il est indéniable que la géométrie et la proportion numérique règnent dans l'Univers des *Sem.* Les c.1 et 2 développent toute une théorie sur les sphères cosmiques: l'Univers est constitué de 7 zones sphériques et les distances de ces sphères concentriques forment une série harmonique; ainsi, on peut relever, au c.2, l'utilisation de termes adoptés par les Pythagoriciens pour les rapports harmoniques: l'Olympe est l'endroit le plus élevé (*hýpatos*) et la lune, qui est le milieu (*mésē*) entre l'Olympe et la terre située au centre du cosmos, a pour fonction d'harmoniser (*synarmózein*).

Autre application de l'astronomie occidentale: la distribution des zones cosmiques dans cet ordre de succession, sphère des étoiles, du soleil et de la lune.

Ajoutons-y encore le concept de l'*ólympos kósmos*¹⁰. Enfin, la sphéricité de toutes les zones qui entourent la terre est introduite la façon si systématique que la lecture du c.2 autorise à poser que cette sphéricité vaut pour la terre. *Sem.* s'accorderait bien d'ailleurs avec les

¹⁰ Ainsi «Philolaos appelle Olympe, la partie la plus haute, l'enveloppe où l'on trouve les éléments les plus purs...» (Philolaos, A XVII, J. P. DUMONT, *Les Présocratiques*, Paris, 1988, p. 497).

conceptions de Parménide sur la sphéricité de l'Univers et de la terre ¹¹).

Seule, la théorie septénaire, pose un problème. De fait, les critiques l'ont souvent noté, la croyance en la valeur magique du nombre 7 fait référence à de très anciennes conceptions cosmologiques, partagées par de nombreux penseurs en et hors de Grèce. Hésiode et Solon lui conféraient déjà une vertu exceptionnelle. Difficile donc de rattacher, avec certitude, le système septénaire des *Sem.* à un courant philosophique et, en particulier, au Pythagorisme même si le 7 est, avant tout, identifié au temps critique (*kairós*).

Toutefois, les spéculations pythagoriciennes sur le nombre se sont traduites, non seulement, par des découvertes définitives (ex. les triangles) mais, aussi, par une mystique des nombres qui insiste sur les propriétés du nombre 7. Pour Hippon, par exemple, «à tous les stades de la vie, le nombre 7 est le nombre de l'efficience» ¹²; Proros de Cyrène serait l'auteur d'un opuscule *Sur le nombre 7*; souvenons-nous, également, d'Aristote qui tourne en dérision les Pythagoriciens sur cette importance exagérée du nombre 7 ¹³. Enfin, Pythagore reste le premier philosophe à formuler une théorie sur le pouvoir universel du nombre.

Replacée dans son contexte, cette doctrine septénaire garde une dimension pythagoricienne et ce, d'autant plus, que la pensée de notre auteur n'est pas aussi rigide qu'on le croit: ainsi, dans les c.14 et c.16, il reprend à son compte l'idée sur la valeur symbolique du nombre 3, le premier qui ait commencement, milieu et fin, celui par lequel se définissent l'harmonie et le Tout ¹⁴.

¹¹ Pythagore est d'ailleurs associé à cette tradition sur la sphéricité de la terre (DUMONT, *op. cit.*, p. 249, Diogène Laërce XLIV). Parménide pense «qu'étant donné que la terre est en tous sens également distante, elle demeure en repos et en équilibre, car il n'y a pas de cause susceptible de la faire pencher plutôt d'un côté que de l'autre» (*ibid.*, p. 249-250) (Cf. également les *Bacchantes* de Philolaos, *ibid.* p. 509 B XIX). *Sem.* (c.2) (VIII 634-5 L.) «Au milieu du monde se trouve la terre, de sorte que ce qui est pour les uns au-dessus, est pour les autres au-dessous, et ce qui est pour les uns à droite, pour les autres est à gauche» (ROSCHER, *op. cit.*, p. 5, 1.24-38).

¹² DUMONT, *ibid.*, p. 466. Pour Philolaos, la santé est contenue dans le nombre 7 (*ibid.*, p. 92).

¹³ DUMONT, *ibid.*, p. 553; M. WELLMANN (*Die Pseudo-Hippokratische Schrift «Peri Hebdomadon»*, Berlin, 1934, pp. 6-10) fait de Proros l'auteur des *Sem.*, thèse qui reste fragile et discutable. Pour Aristote cf. DUMONT, *ibid.*, p. 576 B XXVII = *Métaphysique* XIV 6, 1092 b 26 et sq. Cf. également, J. BIDEZ, *Eos ou Platon et l'Orient*, Bruxelles, 1945.

¹⁴ Au c.14 (ROSCHER, *op. cit.*, pp. 21-22) l'auteur note 3 stades dans le *causus*: début (*arché*, 1.34), milieu (*akmé*, *mésē*, 1.37-38), fin (*teleuté*, 1.60). c.16, de l'année: elle a un commencement, un milieu, une fin. Le corps est comme l'année qui dans sa révolution revient sur elle-même (cf. VIII 640-1 L.)

L'orientation pythagoricienne des *Sem.* va, en outre, être confirmée par la doctrine micro-macrocosmique qui, encore et surtout, apporte la preuve de l'unité doctrinale des deux parties.

L'affirmation peut sembler paradoxale: en effet, le thème micro-macrocosmique a plutôt servi d'argument décisif pour une division des *Sem.* puisque l'arithmologie des c.1-11, à la base même des parallèles établis par l'auteur entre l'homme et le monde, est absente de la seconde partie; si ce n'est au c.26 où est exposée la théorie septénaire des jours critiques.

En réalité, la contradiction n'est qu'apparente: en effet, la rupture n'est que numérique ou, si l'on préfère, quantitative. Il semblerait que l'auteur, après avoir démontré l'ordre septénaire du microcosme et du macrocosme (qu'il estime acquis), n'envisage plus les rapports micro-macrocosmiques que d'un point de vue qualitatif. Et, de fait, sur le plan qualitatif, une lecture attentive dévoile que la cosmologie de la première partie et la nosologie de la seconde partie s'appuient sur la même principe vital: le chaud primitif.

Dans la première partie des *Sem.*, c'est, au c.6, que l'auteur exprime très clairement l'omniprésence du chaud dans le microcosme et le macrocosme: «la chaleur pénètre dans l'homme comme dans le monde en deux endroits. Une partie des rayons s'est liée à la terre et est semblable à la chaleur des intestins et des veines. Au contraire, la chaleur des étoiles et du soleil, dans les plus hautes régions de l'Univers, à la chaleur sous la peau...».

Cette description qui coupe le monde en 2, en opposant le monde supérieur, siège du chaud originnaire et pur ¹⁵, au monde inférieur, la terre, siège d'un chaud mélangé (*congregatum*) aux autres éléments (et donc non pur), puise manifestement aux sources métaphysiques du Pythagorisme.

D'ailleurs, le chaud ne se caractérise pas seulement par son omniprésence: *Sem.* lui attribue une fonction vitale dans le mélange des éléments. A cet égard, le c.1 est très éclairant: la sixième partie de l'Univers est, selon l'auteur, l'élément humide; or, il se trouve que cette humidité est mélangée au chaud qui est responsable de son

¹⁵ Cette interprétation se base sur le c.1 (VIII 634 L.) (ROSCHE, *ibid.*, p. 3) l'auteur donne aux étoiles les qualificatifs suivants: 1.55-57 *thermotátên... lampédóna*; et au soleil: 1.60-61 *thermasian*; c.6 (*ibid.*, p.11, 1.9-12) (*calidum*), *quod in superioribus partibus est mundi, quod stellae et sol*; le soleil et les étoiles ne sont que chaleur (cf. MANSFELD, *op. cit.*, pp. 79-80).

mouvement ¹⁶. Ajoutons que le chaud est également présent dans la terre ¹⁷. Est-ce à dire que le chaud que l'on trouve dans l'eau et la terre n'est pas là par accident ou par intermittence, mais qu'il est bien une part essentielle de ces éléments (cf c.6)? Bien plus, puisque le chaud mêlé à l'élément humide est cause de son mouvement, et que la terre elle-même est faite de chaud et se nourrit de l'humidité, le chaud ne serait-il pas la cause du mouvement de tous les éléments?

Sur ce point, le c.15 s'accorde avec le c.1 et l'éclaire en le complétant: «l'eau est celle qui capte et qui préserve la chaleur; la chaleur du soleil donne à tout mouvement et croissance» (cf également le c.40: le chaud de l'âme communique aux humeurs et aux parties, comme le fait le soleil à la terre).

Il semblerait donc que le chaud soit un médiateur entre les éléments du monde, de la même façon que, dans la seconde partie des *Sem.*, il permet la crase des éléments constitutifs du corps. Il est vrai qu'aux c.13 et 24, il est surtout question du chaud et du froid, mais on voit aux c.14,15 et surtout 20, que le chaud est plus important: «le chaud qui a produit le corps est aussi celui que nous tue».

Dans l'étiologie et la physiologie de notre médecin, la santé et la vie sont un équilibre tempéré du chaud de l'âme et du froid des humeurs; la mort et la maladie une rupture de cet équilibre. Ce concept de l'âme-harmonie, typiquement pythagoricien, est commun aux deux parties du traité; il n'y a pas lieu d'opposer, sur ce thème, le c.10 et le c.13, même si le c.13 a une conception dualiste de l'âme qui semble contredire la conception septénaire du c.10. Peu importe, à la limite, le nombre des parties énumérées: l'essentiel est que l'âme est appréhendée, dans les deux cas, comme un harmonieux équilibre des éléments constitutifs de l'organisme, et que sa partie première reste le chaud primitif. Il est même possible d'avancer que le c.10 est une anticipation de la physiologie générale développée dans la seconde partie.

Le chaud apparaît bien, dans les 2 parties des *Sem.*, comme un principe causal universel, autour de lui s'ordonnent le monde, l'homme, la vie et la mort, la santé et la maladie. Bien plus, le chaud dans *Sem.* n'est pas autre chose que le souffle vital puisque, quand tout le chaud s'exhale par la respiration, c'est le dernier souffle et donc la mort (c.52).

¹⁶ *Sextum maris umorem et fluminum... cum his calorem qui ducatio est et inrigatio humoris* (c.1, *ibid.*, p. 3, 1.78-86).

¹⁷ c.6, *ibid.*, p. 11, 1.4-8. *E<st> quiddam ex solis splendoribus congregatum terrae, hoc quod... calidum est; c.15, ibid.*, p. 24, 1.5-7 *terra habet calidam quidem solis partem* (cf. VIII 637 L.)

A ce titre, on peut, malgré les différences, rapprocher *Sem.* du traité des *Chairs* (le chaud y est défini comme la cause intelligente et universelle) et du groupe *Génération-Nature de l'enfant-Maladies IV* et les situer dans l'orbite des thèses siciliennes et pythagoriciennes.

C'est encore la doctrine micro-macrocosmique qui va permettre de mettre en relief un autre point de convergence déterminant pour l'unité des *Sem.*: il y a, dans les 2 parties du traité, une seule et même démarche dans la façon d'appréhender les rapports entre l'homme/microcosme et l'Univers/macrocosme. C'est à tort, nous semble-t-il, que la théorie micro-macrocosmique des *Sem.* a été définie comme ionienne. Même si l'on constate, dans la philosophie présocratique, une relation interchangeable entre le comparé et le comparant, en l'occurrence, entre la copie et le modèle, chez les Ioniens, l'analogie va fondamentalement du monde vers l'homme, qui se présente comme une réduction du macrocosme: l'homme est considéré comme une partie du monde, comme un produit de son milieu. Cette méthode apparaît clairement dans *Airs, Eaux, Lieux* ou du *Régime*, traités qui entretiennent des rapports étroits avec les Milésiens (cf. Mansfeld). Toute autre est la démarche des *Sem.*: l'analogie va de l'homme vers le monde. A ce propos, il n'y a pas lieu d'opposer le c.6 au c.15. Si le début du c.6 semble établir que les êtres vivants imitent le monde, la suite du passage indique, clairement, que c'est le squelette humain qui sert de modèle à l'Univers et non l'inverse; les principales relations sont les suivantes: terre/os, chair..., veines/fleuves, mer/ventre, Air/respiration, Etoiles, soleil/chaleur, lune/diaphragme...

Le même raisonnement est reproduit au c.15 où l'auteur des *Sem.* se propose de comparer le corps de l'animal avec le monde: le monde, écrit-il, est constitué comme le corps vivant: la chaleur originaire est le soleil, l'eau les humeurs, le froid originaire l'air, et la terre les os et la chair. Si la classification septénaire du c.6 n'est pas répétée, les 4 éléments cités (chaleur, eau, air et terre) répondent à ceux du c.6. Bien plus, l'identification de la terre aux os et à la chair est exactement parallèle au c.6 ¹⁸; notons, également, l'effet solidifiant du froid de l'air qui contribue à la formation de la terre et de la chair. Les comparaisons entre les phénomènes humains et universels fleurissent dans la seconde partie (c.16,32,40), mais cette approche anthropomorphique fait surtout le fonds du c.18: il n'y a qu'une humeur dans le corps comme il n'y en a qu'une dans le monde; les différentes humeurs (bile, phlegme) comme les différents liquides terrestres (vin, vinaigre...) ne

¹⁸ c.15, *ibid.*, p. 24, 1.12-13: *quod ossosum et carnosum terrae*/ c.6, *ibid.*, p. 10, *ossa* (1.14)-*caro* (1.18). Pour les parallèles entre le microcosme et le macrocosme, cf. JOLY, *op. cit.*, p. 40.

sont que les modifications d'une seule humeur dues au chaud et au froid. La première partie du traité et, en particulier, le c.1, préparait l'élaboration de cette théorie de l'humeur unique (les mers, les fleuves, les sources... proviennent du même élément humide)¹⁹. On le voit, l'analogie entre les 2 parties est complète: les conceptions cosmologiques s'accordent avec les explications étiologiques, et ce, d'autant plus, que c'est encore le chaud qui provoque le déplacement des humeurs: le chaud de l'âme mis en mouvement par la chaleur du soleil, un excès de travail, un mauvais régime attire les humeurs qui par putréfaction donnent la fièvre²⁰.

Le c.6 confirme clairement que la chaleur dans l'Univers est (*est... quod hoc*) ce qui est chaud dans le corps humain.

Le corps et ses parties sont donc bien le point de référence: le macrocosme imite le microcosme, l'homme est le modèle, l'Univers la copie; voilà qui explique, sans doute, un autre aspect de la théorie micro-macrocosmique à savoir que l'analogie vaut aussi pour les plantes et les animaux (c.14, 17, 21), ce qui est un écho manifeste des doctrines occidentales, en particulier empédocléennes.

Mais les similitudes ne s'arrêtent pas là: il faut noter encore l'adhésion des *Sem.* au principe des semblables: c'est le chaud qui met en mouvement le chaud de l'âme; notre traité établit aussi une relation automatique entre les différentes époques de l'année et l'apparition des maladies qui sont aggravées par une saison semblable²¹. Effet mécanique des saisons, saison auxiliaire de la maladie, semblable qui agit seul sur le semblable, sont autant d'applications des principes élaborés par l'école italique. A cet égard, notons que *Sem.* n'est pas un cas isolé; en effet, nombreux sont les traités de la Collection qui se situent dans la même mouvance intellectuelle et qui développent les mêmes schémas de raisonnement: *Nature de l'homme*, *Gen-Nat. enf.-Mal IV*, et *Chairs* qui reste par ses théories cosmologiques (importance du nombre 7, du souffle vital, du chaud comme principe de vie) le plus proche de notre écrit. *Sem.* (c.1-11) n'est, en aucun cas, un bloc er-

¹⁹ Peut-être un reflet des théories médicales d'Hippocrate (cf. DUMONT, *op. cit.*, p. 464, «Mais dans un autre livre, le même auteur (Hippocrate) affirme que ce qu'il dénomme humidité s'altère dans le cas d'un excès de chaleur ou de froid, ce qui entraîne des maladies» (Ménon).

²⁰ c. 19, *ibid.*, p. 29,1.7-22: *Quando autem animae calidum moye<bi>tur a solito ex labore <au>t fervore, aut de sole... necesse est adtractionem cholericum aut flegmatum calidum animae a<d> se ips<um> ex quibus adtract<i>s, incenditur ipse calor in febres* (cf. VIII 643 L.)

²¹ c. 50, *ibid.*, pp. 72-73. «Il y a péril si la saison est l'auxiliaire de la maladie, comme l'été du causus, l'hiver de l'hydropisie».

ratique qui aurait puisé à des sources persanes, comme le supposait Goetze²². Ce traité forme un tout cohérent et présente une forte unité.

Dès lors, nous sommes autorisés à utiliser la seconde partie pour une interprétation définitive et une datation plus précise de cet écrit.

A cet égard, les c.12-53 apportent d'abord la preuve décisive de l'influence pythagoricienne; elle apparaît au c.52 où l'auteur donne sa définition de la mort en ces termes: «la respiration exhale le chaud, qui a formé tout le corps... L'âme, abandonnant la tente du corps, livre ce simulacre froid et mortel à la bile, au sang, au phlegme et à la chair».

Ce concept de l'âme comme principe même de la vie et cette image de l'âme qui abandonne la tente du corps ont un caractère orphique et pythagoricien très marqué (cf Philolaos pour qui l'âme est ensevelie dans le corps comme une tombe)²³. L'empreinte du Pythagorisme s'étend jusqu'à la thérapeutique: au c.30 le médecin des *Sem.* donne cette prescription: *musica oblectari aures*.

En second lieu, et ce n'est pas le moindre, cette seconde partie permet de faire des *Sem.*, un traité hippocratique à part entière. De fait, personne ne pourra nier que, sur le plan de la médecine concrète, *Sem.* reprend à son compte toutes les doctrines qui constituent le fonds de la médecine hippocratique: théorie humorale, influence des saisons, théories des jours critiques, des crises et de la coction, prescriptions thérapeutiques et diététiques.

De nombreux critiques rangent d'ailleurs *Sem.* parmi les écrits de l'école de Cnide. *Sem.* présente de telles similitudes avec *Maladies III* (cf. en particulier, la valeur pronostique de la langue qui s'exprime dans des termes identiques *Sem.* c.51, *Mal.* III c.6 et 15) que Littré et Ilberg²⁴ pensaient que *Mal.* III était la suite des *Sem.* J. Jouanna²⁵, qui a repris les arguments de Littré et Ilberg, confirme et consolide

²² A. GOETZE, «Persische Weisheit in griechischen Gewande», *Zeitschrift für Indologie und Iranistik*, 1923, p. 60 sq., 167 sq.

²³ Cf. DUMONT, *op. cit.*, p. 507, Philolaos B XIV: «l'âme a été attelée au corps et ensevelie en lui comme dans un tombeau».

²⁴ Cf. VIII 623 L.; J. ILBERG, «Die medizinische Schrift «Uber die Siebenzahl» und die Schule von Knidos» in *Griechische Studien Hermann Lipsius zum sechzigsten Geburtstag dargebracht*, Leipzig, 1894. Cf. en particulier la question de la réclame: on trouve à la fin des *Sem.* et au début des *Maladies III* la même phrase.

²⁵ *Pour une Archéologie de l'école de Cnide*, Paris, 1974, pp. 435-450. «Les rapports entre les *Sem.* et *Maladies III* ne sont donc pas aussi extérieurs et superficiels que le prétendent les modernes...» (p. 449). Contre Littré et Ilberg, voir également MANSFELD, *op. cit.*, p. 13 et 14.

ces rapports entre les deux oeuvres et, du même coup, renforce la preuve des liens qui unissent *Sem.* au *Corpus* dans son ensemble (sans qu'il soit question pour lui de faire de *Sem.* un traité de l'école de Cnide ou de défendre la thèse de l'unité d'auteur).

Si, enfin, on prend en compte que les *Prénotions coaques* utilisent et compilent les *Sem.* (cinq prénotions s'y trouvent textuellement), nous disposons, non seulement, d'un autre point d'appui dans la Collection hippocratique, mais encore, d'un *terminus ad quem*.

Aussi, à la lumière de ces éléments, il nous est possible, d'une part, de restituer les *Sem.* à la Collection hippocratique et, d'autre part, de dater cet écrit du IV^e siècle ²⁶.

²⁶ Dans la discussion J. BERTIER pense que la doctrine micromacrocsmique exposée par Platon dans le *Timée* contredit une possible influence pythagoricienne dans les *Sem.*

II

DIAGNÓSTICO. PATOLOGÍA

Les rapports entre la physiopathologie et l'anatomopathologie hippocratiques

GHEORGHE BRĂTESCU

(Bucarest)

Les traités hippocratiques ne témoignent pas d'un savoir très poussé en matière d'anatomie humaine et les exégètes en sont tous d'accord.

«Les connaissances anatomiques d'Homère — remarque Ch. Daremberg — ne sont guère moins avancées que celles d'Hippocrate»¹. Cette affirmation ne doit pas être prise trop à la lettre: s'il est vrai que dans la Collection hippocratique on n'a pas affaire à une terminologie anatomique sensiblement plus riche que celle rencontrée dans les épopées homériques (ce que Daremberg a démontré d'une façon convaincante), on ne peut perdre de vue le *contenu* différent des notions homonymes maniées par les rhapsodes archaïques ou les médecins savants. Comment pourrions-nous oublier, par exemple, qu'au long des siècles qui séparent Homère d'Hippocrate les philosophes se sont efforcés d'approfondir par la dissection et même par la vivisection leur savoir concernant la structure des organismes animaux? Et comment pourrions-nous négliger les multiples indices de l'intérêt réel manifesté par les penseurs de l'époque pour l'anatomie et la physiologie de l'homme? Le cerveau dont parlaient les poètes des temps anciens était-il identique à celui évoqué dans leurs écrits par les médecins siciliens ou ioniens? Voilà pourquoi il est certain que les mêmes appellations des parties du corps désignent dans les oeuvres hippocratiques un contenu incomparablement plus dense et plus précis que dans les poèmes homériques.

Mais on doit pourtant reconnaître que, dans le *Corpus Hippocraticum*, les descriptions anatomiques systématiques sont absentes même dans les ouvrages qui portent un titre autrement plein de promesses, comme *Des chairs*, *De la dentition*, *Des glandes* ou *De la nature des os*. Le traité *Des lieux dans l'homme* se propose d'inventorier certaines

¹ CH. DAREMBERG, *La médecine dans Homère*, Paris, 1865, p. 10.

données élémentaires à propos des organes des sens, du système veineux (ayant son origine à la tête), des nerfs (c'est-à-dire du tissu fibreux et musculaire), des os (et de leur manière de s'articuler), puis des fluxions (à caractère pathologique), etc. Le minuscule livre *De l'anatomie* ne contient qu'une liste sommaire des organes internes, avec de courtes annotations, plus ou moins exactes, relatives à la forme ou aux rapports de chacun de ces organes (Littre VIII 538-540). Le traité *Du coeur*, dans lequel sont consignés des renseignements intéressants, sinon toujours corrects, au sujet de la structure et même du fonctionnement de ce prodigieux centre de l'activité vitale, mérite toutefois une mention spéciale.

H. E. Sigerist estimait que la principale raison de l'absence dans la Collection des écrits anatomiques de valeur vient de ce que les médecins grecs du V^e et IV^e siècles n'étaient pas habitués à penser «morphologiquement», donc à se préoccuper de la localisation des affections dans l'organisme et à s'inquiéter régulièrement des modifications présentées par les tissus à la suite des processus morbides². Tout au plus les chirurgiens étaient ceux qui accordaient une certaine attention à la morphologie³.

L'humorisme hippocratique n'était nullement compatible avec l'affirmation de la morphologie et de la morphopathologie dans le cadre de la pensée médicale hellénique de l'époque classique. La pathologie de l'Ecole de Cos, observe F. Kudlien, est fondée sur la conception des «maladies à caractère général» (*Allgemeinkrankheits-Konzeption*), selon laquelle chaque maladie se déroule, dès son début, dans l'espace de l'organisme entier⁴. Et si, en effet, le mal s'empare de l'ensemble du corps, même lorsque certaines manifestations locales tendent à masquer par leur intensité la souffrance générale de l'organisme, quelle importance peut encore présenter l'étude détaillée des diverses formations anatomiques affectées? Dans cette optique, il s'avérait donc malaisé et inutile de vouloir préciser le siège d'une affection quelconque.

On rencontre cependant dans le *Corpus* un passage où le problème de l'interdépendance de la maladie et de la conformation des organes

² H. E. SIGERIST, *Grosse Aerzte*, München, 1932, p. 25.

³ Cela explique, constate V. DI BENEDETTO, pourquoi dans le traité chirurgical *Des fractures et des articulations* (qui devait rassembler originellement les actuels livres *Des fractures* et *Des articulations*) on découvre des indications relatives à tout un plan d'étude des divers formations de notre économie, de suggestives notations d'anatomie comparée et même certaines données d'anatomie fonctionnelle. Ce traité marque «un grand bond en matière de connaissance anatomique de l'homme» (*Il medico e la malattia - La scienza di Ippocrate*, Torino, 1986, pp. 241 et 247).

⁴ F. KUDLIEN, *Der Beginn des medizinischen Denkens bei den Griechen*, Zürich-Stuttgart, 1967, p. 69.

est abordé sans détours. L'auteur du traité *De l'ancienne médecine* recommande aux praticiens de «savoir quelles maladies dérivent des puissances (ἀπὸ δυνάμιων) et quelles des figures (ἀπὸ σχημάτων)»⁵. Que veux-je dire par là? J'appelle puissances les propriétés extrêmes et les forces des humeurs; j'appelle figures la conformation des organes qui sont dans le corps». Et voilà ce que nous apprenons dans la suite: certains organes «sont creux et, de larges, ils vont en se rétrécissant; les autres sont déployés; d'autres, solides et arrondis; quelques-uns, larges et suspendus; d'autres étendus; d'autres larges; d'autres denses; d'autres mous et pleins de suc; d'autres spongieux et lâches». La forme et la consistance de ces organes tellement différents présente une importance particulière quand il s'agit de l'exercice de la fonction spécifique à chacun d'eux, fonction consistant surtout dans la collection des humeurs en vue de leur éventuelle transformation et de leur acheminement dans la direction qui correspond aux exigences de l'organisme.

S'il s'agit, par exemple, de l'apport par absorption des liquides d'une autre partie du corps, «lesquels des organes, creux et déployés, ou solides et ronds, ou creux et de larges devenant étroits, lesquels — se demande l'auteur hippocratique — auront la plus grande puissance? Pour moi — déclare-t-il — je pense que ce sont ceux qui, étant creux et larges, vont en se rétrécissant. On peut juger par ce qui est visible au dehors: la bouche ouverte, vous n'aspirerez aucun liquide; mais rapprochez les lèvres en les allongeant et en les comprimant, et vous aspirerez tout ce que vous voudrez, surtout si vous ajoutez un tuyau. De même, les ventouses... Parmi les organes intérieurs du corps, une constitution et une forme de ce genre ont été données à la vessie, à la tête et à l'utérus. Et manifestement ce sont les parties qui aspirent le plus, et elles sont toujours pleines d'un liquide qu'elles ont attiré» (22, I 626-628 L.)⁶.

Pour nous, il est en quelque sorte déroutant d'apprendre que précisément la vessie, la tête et l'utérus seraient des organes dont la fonction s'accomplit par un mécanisme analogue à celui de l'aspirateur;

⁵ Δύναμις équivaut ici à force, qualité, fonction et σχῆμα à configuration, position, organe. Dans la Collection Hippocratique, constate H. Ioannidi, la notion d'organe n'est pas pleinement élaborée et cristallisée; on y utilise couramment l'expression τὰ τοῦ σώματος, (partie) du corps. Le terme σχήματα de l'*Ancienne médecine* désigne pratiquement les organes internes, en tant que possédant une configuration propre. C'est seulement Aristote qui va introduire le concept bien déterminé δ'ὄργανον, organe («Les notions de partie du corps et d'organe», in *Formes de pensée dans la Collection hippocratique*, Genève, 1983, pp. 327-328).

⁶ L'auteur du traité *Des maladies* IV considère lui-aussi que la tête fonctionne comme une pompe aspiratrice en vue de l'accumulation du flegme: «Ce qu'il y a de flegmatique dans l'aliment ou la boisson, allant au ventre, est attiré, partie par le corps, partie par la tête qui, creuse et superposée comme une ventouse, pompe le flegme qui est visqueux. Le flegme suit de proche en proche jusqu'à la tête» (35, VII 549 L.).

leur vision humorale incite les hippocratiques à considérer que l'écoulement de l'urine dans la vessie, la production du flegme dans la boîte crânienne ou l'accumulation du sang menstruel dans l'utérus et même le développement ici, dans la cavité amniotique, du fœtus se produisent par la «suction» active de certains liquides ...

Le passage que nous avons cité exprime une conception dans laquelle le morphologique est subordonné à la physiologie humorale. Comme on le sait bien, l'humorisme repose sur l'hypothèse que toute activité corporelle, tant à l'état normal, que dans des circonstances pathologiques, serait le résultat du déplacement et de la modification des liquides vitaux; dans cette situation, les divers organes assument plutôt le rôle de conduits et de récipients des humeurs. En n'assurant en dernière instance que le dépôt et le flux des liquides, les viscères ne méritent pas d'intérêt par eux-mêmes, mais seulement dans la mesure où ils correspondent aux «prétentions» de leur contenu humoral.

Voilà pourquoi l'attention de l'auteur hippocratique ne se concentre pas sur ce qui ultérieurement va s'appeler le *parenchyme*, le tissu propre et spécifique des viscères, mais sur l'aspect extérieur des organes, sur leur profil et sur les dimensions de leurs orifices, en un mot sur leur *figure*. La structure différentielle des tissus est complètement négligée, car on nie pratiquement à ces tissus toute participation décisive à la production et à la modification des humeurs.

Que peut signifier, dans le cadre d'une telle pathologie humorale, l'affection primitive du parenchyme? L'érosion ou la déchirure de la paroi des organes creux présenterait tout au plus un certain intérêt dans la mesure où ces accidents pourraient compromettre les fonctions de transport ou de dépôt des humeurs qui y sont abritées. Tout mal local ne tarde pas de retentir sur l'économie entière ⁷.

La rate «n'est apte ni à la coction, ni à l'émission des humeurs» proclame l'auteur de l'*Ancienne médecine* (22, I 630 L.); cette consta-

⁷ F. KUDLIEN signale cependant un passage intéressant du *Pronostic*: «Dans les urines où se trouvent les nuages, il faut examiner s'ils sont en haut ou en bas, et comment ils sont colorés... Prenez garde de ne pas vous en laisser imposer par des urines semblables que pourrait fournir la vessie atteinte de quelque affection; car alors l'urine donne un signe qui appartient non plus au corps entier, mais à la vessie seule» (12, II 142 L.). Donc l'auteur hippocratique (et on doit tenir compte de ce que, conformément à une opinion largement admise, cet auteur serait Hippocrate le Grand) admettait lui-aussi l'existence de «maladies localisées» (soit une souffrance cantonnée dans un certain organe, soit même une perturbation à substrat humoral, mais avec manifestation limitée «loco-régionale»); cependant, observe Kudlien, ces maladies-là siégeant dans une portion restreinte du corps se placent pour les hippocratiques sur un plan complètement secondaire dans la hiérarchie nosologique (*op. cit.*, p. 69).

tation est susceptible de généralisation dans la mesure où, du point de vue de l'humorisme ancien, les organes se comportent plutôt passivement au cours du déroulement des phénomènes vitaux. Ce n'est pas leur structure intime qui compte dans ces cas-là, mais leur configuration, leurs dimensions ou leur position.

Pour les médecins hippocratiques la fonction ne se reflète pas directement dans la texture de l'organe, mais dans sa forme globale. En ce sens on pourrait parler d'une tendance «formaliste» de la physiopathologie hippocratique ⁸.

En adoptant une démarche méthodique illustrée par G. Bachelard et en se proposant donc d'entreprendre une sorte de psychanalyse de la Collection, R. Joly fait mention, parmi les images qui «tyrannisaient l'inconscient des auteurs hippocratiques», lorsque ceux-ci se penchaient sur les réalités biologiques, de celle qui réduit les principaux organes du corps au rôle exclusif de «récipients». Pour ces auteurs, la physiologie n'est qu'une «physique du récipient» ⁹.

A son tour, M. Vegetti observe que si chaque organe particulier se présente comme un récipient séparé, le corps en entier s'avère être lui-aussi un grand récipient de fluides: une préoccupation constante du médecin hippocratique est de préciser et de contrôler ce qui entre et ce qui sort du récipient en cause, c'est-à-dire, pour utiliser un vocabulaire à teinte cybernétique, de déterminer la balance *input/output*. La symptomatologie hippocratique découle dans une large mesure de l'examen des matières évacuées, celles-ci offrant de nombreuses indications à propos du comportement des humeurs dans le récipient corporel; la thérapie s'appuie elle-aussi sur le contrôle diététique des apports de substance dans ce même récipient ¹⁰.

D'autre part, nous voulons attirer l'attention sur le fait que chez les hippocratiques la «physique du récipient» n'a pas en vue seulement le fonctionnement des organes creux ou celui de l'ensemble du corps considéré lui-aussi, en totalité, comme un organe creux: la paroi même de tels organes se présente souvent comme une espèce de récipient, éventuellement du type de l'éponge. Quand, par exemple, l'auteur du premier livre *Des maladies des femmes* affirme que «la femme a la chair plus lâche et plus molle que l'homme; cela étant ainsi, le corps féminin tire du ventre le fluide plus vite et plus que le corps masculin» (1, VIII

⁸ Voir G. BRĂTESCU, «Evolutia conceptiilor despre corelatia dintre morfologie si functional (cu referire specială la medicii antici)», *Revista medicală* 9, 1963, pp. 217-218.

⁹ R. JOLY, *Notice à Hippocrate* (CUF vol. IX, Paris, 1970, p. 31).

¹⁰ M. VEGETTI, «Metafora politica e immagine del corpo negli scritti ippocratici», in *Formes de pensée dans la Collection hippocratique*, Genève, 1983, pp. 461-462.

12 L.), il pense non seulement au remplissage de la cavité utérine, mais aussi au gonflement des parois de la matrice par suite de l'afflux des liquides organiques provenant des régions environnantes. La propriété essentielle d'une telle chair est de contenir une quantité supplémentaire d'humeurs et autres fluides.

La forme extérieure et les dimensions relatives des segments du corps peuvent influencer d'une façon notable l'état de santé de l'individu, en déterminant pas mal de troubles organiques. C'est toujours l'auteur de l'*Ancienne médecine* qui nous avertit: «A l'intérieur et à l'extérieur du corps, il est plusieurs autres figures d'organes qui contribuent, très diversement entre elles, aux souffrances soit chez l'homme sain, soit chez l'homme malade. Tels sont: une tête grosse ou petite, un cou mince ou gros, long ou court, un ventre allongé ou arrondi. La largeur ou l'étroitesse de la poitrine et des côtes, et mille autres conditions dont il faut connaître les différences, afin qu'avec un savoir exact on observe les causes de chaque chose» (23, I 634 L.). L'étude de la conformation de toute partie du corps est donc indispensable à l'application courante des connaissances de physiopathologie.

En admirant la teneur méthodologique du fameux passage de l'*Ancienne médecine* à propos de la corrélation entre «forces» et «figures», P. Laín Entralgo souligne le mérite historique de l'écrivain hippocratique d'avoir mis ici «la première pierre d'une éventuelle morphologie fonctionnelle»¹¹, orientation médico-biologique visant à révéler les rapports immanents entre la forme vivante et la fonction que cette forme est destinée à remplir.

Une expression indubitable du «pressentiment» que les hippocratiques ont eu de cette morphologie fonctionnelle est le fait qu'ils reconnaissent l'importance de l'exercice pour le maintien de l'intégrité des organes et des autres structures anatomiques. Les auteurs des écrits consacrés aux *Maladies des femmes* reviennent avec insistance sur l'idée que la meilleure façon de préserver la santé de la femme est la pratique ininterrompue d'une vie sexuelle normale, en y incluant en égale mesure la copulation et la grossesse.

Dans les livres chirurgicaux on parle souvent de la diminution des masses musculaires consécutive à l'impotence fonctionnelle du membre concerné. «L'exercice contribue beaucoup à rendre charnus le bras et la main», remarque l'auteur du traité *Des articulations*, qui rapporte en faveur de cette assertion des observations personnelles: «Grâce à l'exercice, les chairs de la main et de l'avant-bras ne s'atrophient pas

¹¹ P. LAÍN ENTRALGO, *La medicina hipocrática*, Madrid, 1970, p. 137.

chez les individus galiancones (avec atrophie et raccourcissement du bras dus à une ancienne lésion de l'humérus), et même les bras gagnent quelque chose en chair; mais quand la cuisse a été luxée en dedans, soit de naissance, soit en bas âge, les chairs s'atrophient plus qu'au bras, parce que l'infirme ne peut s'en servir de sa jambe» (53, IV 236-238 L.).

Dignes d'attention sont aussi les considérations enregistrées dans divers traités à propos des relations entre la conformation des organes et leurs qualités fonctionnelles par rapport surtout à leur capacité de favoriser ou de gêner le mouvement des fluides dans le corps. Les commentateurs modernes ont été intrigués par l'affirmation rencontrée ici et là selon laquelle la simple configuration propice d'un organe est capable de lui assurer par elle-même une énergie prodigieuse. Nous avons déjà cité l'auteur de l'*Ancienne médecine* qui prétend que les organes «creux et larges» qui «vont en se rétrécissant» se montrent aptes par là-même à «attirer des liquides du reste du corps». A. Thivel nous engage à ne pas mépriser de telles vues: «Plutôt que de se gausser de la naïveté de ces conceptions, on peut y voir une première tentative d'appliquer la mécanique des fluides à l'explication des phénomènes organiques»¹².

L'idée du rôle stimulant et «activateur» de la forme dans l'accomplissement d'une fonction quelconque, comme c'est le cas, par exemple, des organes qui possèdent, en vertu de leur conformation spécifique, la faculté de réaliser l'absorption ou la succion, pourrait se présenter comme une préfiguration de la conception platonicienne relative au rôle créateur dévolu à la forme dans tout procès organisé. Mais, tandis que pour Platon et Aristote la forme est celle qui engendre les activités matérielles et crée la fonction, pour les hippocratiques elle ne fait que conditionner les manifestations physiologiques et physiopathologiques. C'est une nouvelle preuve que, du point de vue philosophique, l'hippocratisme est né dans un contexte présocratique ou en tout cas préplatonicien.

Même si l'auteur de l'*Ancienne médecine* évoque les potentialités dynamisantes de la forme, il ne suppose aucunement l'existence d'une force extra-naturelle capable de «vitaliser» spontanément la substance inerte. Si la tête est apte, par l'effet de sa conformation, à absorber le flegme du reste de l'organisme, il ne s'agit pas d'un privilège octroyé par une puissance idéale, mais d'une banale manifestation du déterminisme naturel. En tout cas, on ne peut découvrir dans la Collection

¹² A. THIVEL, «Peut-on parler d'un vitalisme d'Hippocrate, notamment dans les *Epidémies*?» in *Die hippokratischen Epidemien*, Stuttgart, 1989, p. 92.

hippocratique nulle trace de *ἔντελέχεια*, le principe métaphysique invoqué par Aristote et ses successeurs pour expliquer comment l'âme, par ses vertus agissantes, devient le créateur du corps.

Les conceptions hippocratiques en matière de corrélation entre «la force» et «la figure» n'ont aucun lien ni avec la vision finaliste de Galien, qui considérait que la parfaite concordance entre la forme et la fonction est la preuve suprême de l'existence d'un tout-puissant créateur préoccupé dans sa sagesse et sa bonté de sauvegarder l'harmonie universelle.

A la différence des chirurgiens du *Corpus*, le savant de Pergame refusait d'admettre que les structures organiques puissent être influencées profondément par l'exercice de leur fonction. Il a combattu, par exemple, l'affirmation d'Epicure et d'Asclépiade selon laquelle «le volume des tendons est une conséquence nécessaire de la quantité de mouvement.» Le célèbre médecin gréco-romain craignait qu'en reconnaissant la faculté morphogénétique de la physiologie on ne diminue l'importance de l'intervention de la divinité, para l'intermédiaire de l'âme immatérielle, dans le façonnage de l'organisme. L'argument avancé par Galien pour réfuter la théorie de la plasticité anatomique à mécanisme fonctionnel est, du reste, assez puéril: «S'il en est ainsi, ceux qui se fatiguent beaucoup auront, sans doute, quatre pieds et quatre mains, tandis que ceux qui gardent le repos n'auront qu'un pied et qu'une main» (*De l'usage des parties*, I 21)... Cette «démonstration» prend involontairement l'allure d'une polémique avec l'auteur hippocratique des *Articulations*.

De ce point de vue, les médecins hippocratiques se situent plus près d'André Vésale, le grand morphologiste de la Renaissance, que de Galien, car Vésale n'a pas perdu les occasions, dans son monumental traité de 1543 *De humani corporis fabrica*, de mettre en évidence des corrélations entre les formes anatomiques et les fonctions que celles-ci ont à accomplir¹³.

Il serait pourtant téméraire de conférer aux écrivains hippocratiques la qualité de promoteurs du courant scientifique contemporain de la morphologie fonctionnelle, illustré surtout par W. Roux, le créateur, au début de notre siècle, de la «mécanique du développement». R. Joly a raison de se déclarer en désaccord avec ceux qui comparent certaines opinions exprimées d'une manière plutôt métaphorique par les hippocratiques avec la doctrine de Roux en matière de morphologie

¹³ Voir G. BRĂTESCU, «Vésale et la physiologie», in *Pagine di storia della medicina* 15, 1971, pp. 8-10.

causale: «La ressemblance est aussi superficielle que celle qui rapproche, si souvent, l'atome de Démocrite et l'atome de la physique nucléaire»¹⁴.

Il y a toutefois un élément commun dans les assertions de l'auteur de *l'Ancienne médecine* et celles de W. Roux: le souci de ne déduire les lois de la dynamique des structures organiques que de la réalité morpho-fonctionnelle intrinsèque de ces structures.

¹⁴ R. JOLY, *Le niveau de la science hippocratique*, Paris, 1966, pp. 80-81.

Approche globale et individuelle de la pathologie dans les textes de la Collection Hippocratique

VINCENT-PIERRE COMITI

(Collège de France, Paris)

Comme je l'ai fait aux colloques de Lausanne et de Berlin, je prendrai aujourd'hui encore la précaution de vous dire que je ne suis pas philologue et le texte de Littré m'a encore servi de base. L'inhomogénéité des épidémies m'a retenue et l'étude que je me suis proposé de faire a pour objet l'approche des maladies retenues par les auteurs. Le critère essentiel que j'ai pris est celui de l'approche globale ou de l'approche individuelle des affections.

Si l'abord des affections à partir d'un individu peut être isolé dans la collection, ces cas servent à illustrer très rapidement dans *Epidémies* I des constitutions ou font l'objet de descriptions particulières dans I 3, 13, quatorze malades. *Epidémies* II, III, IV sont de la même forme tandis qu'*Epidémies* V est presque exclusivement composée de descriptions particulières, *Epidémies* VI de remarques et de conseils et *Epidémies* VII est bâtie sur un modèle proche d'*Epidémies* I. *Epidémies* VI prend pour point de départ de très nombreux éléments: femmes après des avortements (VI 1, 1) individus à la tête pointue (VI 1, 2) sortie d'un os (VI 1, 3) puberté (VI 1, 4) douleur au rein (VI 1, 5) femmes humides (VI 1, 6) affections avec frisson (VI 1, 8) impuissance des jambes (VI 1, 9) abcès proéminents (VI 1, 10) chez des enfants petite toux avec dérangement de ventre et fièvre continue (VI 1, 12) larmes coulant involontairement dans les maladies graves aiguës (VI 1, 13) tout concourt ici à permettre à l'auteur de communiquer son savoir sur le pronostic ou l'évolution de l'état. Les deux sections suivantes introduisent des éléments thérapeutiques et c'est seulement à la section VI 4, 4 qu'une description précise, celle de la femme d'Agasis (VI 4, 4) est faite. Dans cette observation comme dans celle de Xénarque il est recommandé quelque régime ou prescription mais rien n'est dit sur l'évolution de la maladie. Par contre, la dernière observation de la huitième section (VI 8, 32) Phaéthuse, femme atteinte de virilisme meurt car différentes tentatives de lui faire revenir ses règles échouèrent. Après *Epidémies* VI penchons-nous sur *Epidémies* V où les descriptions particulières abondent. Nous avons, comme bien

d'autres, analysé le traitement: régime, exercice, purgatifs, saignées notamment. Nous n'y reviendrons pas.

Ces descriptions comportent parfois les circonstances de survenues des affections, l'évolution des signes essentiellement d'inspection et de palpation, parfois quelques mots sont dits sur le traitement et souvent l'auteur indique, mais pas toujours, l'issue de l'affection. D'emblée, quelque soit le traitement, signalons la gravité des blessures, à l'exception d'un individu blessé à l'oeil (V 49), de Billus blessé au dos (V 96) et d'une blessure par flèche (V 46). L'infection et notamment le tétanos régnait alors et les auteurs devaient en connaître fort bien le pronostic fatal puisqu'en règle générale le traitement n'est pas décrit. Il en va tout autrement dans les autres affections où le traitement est souvent relaté. Il est intéressant, non pas tant d'examiner les affections qui se terminent par la guérison (V 1, 2, 6, 8, 10, 12, 16, 23, 42, 67, 73 notamment) après traitement que d'étudier les échecs de la thérapeutique. Scomphus meurt le septième jour de pleurésie (V 3). Mais la purgatif n'est intervenu que le dernier jour. Si Phénix meurt (V 4) d'une tuméfaction à la mâchoire malgré l'excision, c'est à cause d'une pourriture sèche. Si Eupolème meurt du fait de sa hanche (V 7) «il semble que, si on avait pratiqué une seule large incision et évacué le pus par cette voie (s'il en avait fallu une seconde, on l'aurait fait large aussi) il semble que, cela étant pratiqué à temps, le malade aurait guéri». A Larisse, Scamandre (V 15) atteint d'un sequestre à la hanche mourut malgré les traitements. Mais l'auteur nous dit: «Il aurait, ce semble, résisté davantage, sans la force du purgatif».

Mais ne soyons pas schématiques: même si aussi Hécason est cautérisé tardivement (V 30) la recherche d'une justification à la mort d'un malade n'est pas toujours entreprise.

Dans *Epidémies* I 3, 13 le traitement reste un élément marginal des 14 cas. Devant une fièvre ou une pathologie de la grossesse et de l'accouchement, nous sommes en fait en présence de descriptions assez pures: «Philiscus demeurait auprès de la Muraille; il pris le lit. Premier jour, fièvre aiguë, sueur, nuit pénible... Deuxième jour, exarcebation générale... Quatrième jour, aggravation générale, urines noires; la nuit fut plus supportable et les urines d'une couleur plus favorable... Chez ce malade, la respiration fut, jusqu'à la fin, grande, rare, comme si le malade se souvenait de respirer; la rate se gonfla et forma une tumeur arrondie; les sueurs froides durèrent jusqu'au bout; les accès furent aux jours pairs» (I 3, 13, 1).

Il serait bien entendu tentant de faire de ces descriptions le Corpus dans lequel aurait puisé nos auteurs du *Pronostic*, des *Epidémies* ou des *Prénotions* pour édifier leurs sentences. Mais continuons cette lec-

ture de cas individuels. Dans *Epidémies* II 2 et 4, les cas sont brièvement décrits et l'auteur fait référence à des individus connus. Les descriptions du livre III sont plus longues et des explications sont avancées quant à l'issue de l'affection. Deuxième malade (III 1, 2): «Il est probable que l'abondance des urines évacuées produisit la solution de la maladie et la guérison du malade au quarantième jour» et deuxième malade (I 1, 2): «Il est probable que c'est en raison de la suppression des selles qu'Hermocrate mourut au vingt-septième jour». Ces remarques présentes pour sept malades sur treize sont importantes car elles se réfèrent majoritairement à une interprétation physiopathologique de l'issue, tandis que dans les descriptions des seize malades de la troisième section (III 3, 17) est repris certes le rôle des évacuations ou de leur arrêt quant à la guérison ou à la mort mais le rôle du symptôme est introduit: «Il est probable que l'affaiblissement produit par la fièvre, la phrénitis et l'affection et l'hypochondre, causa la mort le cent vingtième jour» (III 3, 17, 1).

Véritable carrefour des *Epidémies*, le livre IV présente l'intérêt de montrer comment il est possible de passer du cas unique à la considération générale (IV 35). «La femme, dans le village de Boulagoras, ayant eu ses purgations, fut prise de fièvre; la rate était grosse, et l'hypochondre droit aussi était un peu, non pas gonflé mais tendu; ces malades deviennent très rouges; celle-ci l'était beaucoup». De même (IV 48) «A Aénos, ceux qui avaient des frissons, des plaies de tête, qui étaient dans un état fâcheux, qui avaient des suppurations à la suite du ténesme, ceux-là venant à marcher, étaient pris de douleurs des pieds... Ainsi Clinie, sans appétit, dépérissant, rendit des selles purulentes, parfois un peu sanguinolentes; les pieds enflèrent». Je ne veux pas dire ici qu'il existe une correspondance entre le cas clinique individuel et la sentence; j'entends par sentence l'énoncé d'une règle générale car, comme le montre le cas précédent, les descriptions générales en sont aussi une source importante et je crois ce dernier facteur en fait prépondérant.

Les cas particuliers du livre VII n'offrent rien d'innovant quant à notre propos. Tournons-nous plutôt vers les descriptions globales. L'introduction du cas de Polycrate d'*Epidémies* VII 1, est descriptif: «Après la canicule les fièvres devinrent sudorales; après la sueur il n'y avait pas de refroidissement complet; puis la chaleur reprenait; les fièvres étaient passablement longues, de solution difficile, et ne causaient pas beaucoup de soif...».

Ici pas de maxime ni de conseil. Dans *Epidémies* VII comme en VII 67 bis, la recommandation est isolée: «l'hydropique doit se fatiguer, suer, manger du pain, ne pas boire beaucoup, se laver la tête avec beaucoup d'eau, non chaude mais tiède». Les constitutions sur-

tout du premier livre des *Epidémies* montrent comment il est aisé de passer d'une description d'ensemble à des sentences. Dans ce cas, l'auteur en effet n'est plus lié à une réalité individuelle bien décrite mais à un panachage de facteurs étiologiques et de signes dont il ne peut retenir que les éléments qui lui conviennent. Dans «Etiologies et responsabilités causales dans les épidémies» j'avais essayé de montrer que les facteurs généraux comme le climat, la constitution générale sont sur le même plan, correspondent avec des signes comme la sueur, les récives ou les crises (Cf. *Die Hippokratischen Epidemien*, Stuttgart, 1989, p. 108).

De ces relations (I 3, 10) découlent pour nos auteurs des signes à portée diagnostique. Ils demandent d'étudier pour connaître ce diagnostic, la nature humaine, les prescriptions, les prescripteurs, la constitution générale de l'atmosphère, les particularités du ciel et du pays, le régime, l'âge, les songes, les signes divers émanant du malade comme démangeaisons, vomissements, selles, sueurs, urine, frissons et bien d'autres. Il y a plus. Le pronostic découle aussi des approches panachées des maladies.

La seconde constitution (I 2, 4) débute par la description des tempêtes à Thasos puis des pluies, des vents, du froid et des ophtalmies qui apparaissent, des dysenteries, des diarrhées, des flux douloureux, d'humeurs bilieuses: «Il y eut des vomissements de pituite, de bile, et les éléments étaient rejetés non digérés..., les fièvres tierces furent plus fréquentes que les causus et plus pénibles»; «ces accidents durèrent longtemps chez la plupart, mais ne causèrent pas de malheurs exceptés chez ceux que tout le reste menaçait de destruction» et insensiblement l'auteur en vient à parler des signes parfois fâcheux comme le dégoût pour la nourriture ou la strangurie et nous signale les signes constamment péjoratifs (I 2, 4): «Les douleurs de la tête et du cou, les pesanteurs dans ces parties avec sensibilité sont avec ou sans fièvre. Aux malades affectés de phrénitis, elles annoncent des convulsions; il survient des vomissements érugineux; avec ces accidents, quelques uns meurent très promptement». Ces associations de signes se poursuivent dans la suite du texte et se développent dans la troisième constitution (I 2, 6): «à ceux à qui il survenait épitaxis heureuse et abondante, étaient surtout sauvés par ce phénomène» ou bien «dès le début des causus, des signes décisifs indiquaient ceux qui devaient avoir une terminaison funeste: fièvre violente au commencement même, petits frissons, insomnie, inquiétude, soif, nausées, etc.» et même «parmi les malades, la mortalité tomba surtout sur les adolescents, les jeunes gens, les hommes faits, sur les individus à peau glabre, sur ceux à cheveux noirs, sur ceux à yeux noirs, sur ceux qui vivaient à l'abandon et dans l'indolence, sur ceux qui avaient la voix grêle...» (I 2, 7).

Il importe peu de savoir si ces affirmations sont vraies ou fausses ou s'il s'agit ici d'une étape pré-scientifique d'observation non quantitative mais il est intéressant de voir ce passage de descriptions générales faites à partir de signes perçus dans l'atmosphère comme sur des malades, de voir donc ce passage d'éléments combinés à des affirmations générales. Mais cette fois cela est fait sans aucune référence. «Dans les chaleurs sans pluies, les fièvres sont généralement sans sueur» ou «les causus surviennent de préférence en été» ou «c'est en automne qu'il y a le plus de vers intestinaux et de cardialgies». Nous sommes au début du deuxième livre et bien évidemment l'auteur n'est pas nécessairement le même. Ces maximes concernent aussi bien l'anatomie que le fonctionnement du corps humain: «il est mauvais qu'un hydropique, ayant les jambes enflées, soit pris de toux» (II 5, 13) voire «les varices chez les chauves, si elles ne sont pas grosses annoncent la manie» (II 5, 23). Nous pourrions aussi examiner la deuxième constitution du livre III mais elle n'éclaire pas différemment la question bien présomptueuse que je m'étais posée: l'intentionnalité de la forme de narration. Certes, la description d'une étiologie, d'un mécanisme peut relever de la forme singulière ou commune et la constitution est plus générale à engendrer des règles et des maximes que la description unique. Mais une question que je crois essentielle demeure, c'est celle du mécanisme intellectuel qui relie description et affirmation. Je pense qu'en ce qui concerne ce dernier point, les deux formes narratives remplissent des fonctions mais je ne sais pas encore lesquelles.



Le diagnostic rétrospectif des cas décrits dans le livre V des *Epidémies* hippocratiques

MIRKO D. GRMEK

(*École Pratique Hautes Études, Paris*)

I. INTRODUCTION GÉNÉRALE

Les anciennes descriptions de cas cliniques sont souvent sommaires et entachées de préjugés doctrinaux. Elles insistent sur des symptômes qui, pour un médecin d'aujourd'hui, n'ont qu'une signification discriminatoire réduite et omettent précisément les détails qui permettent le diagnostic différentiel moderne.

Je me propose d'exposer ici quelques problèmes et quelques pièges que j'ai rencontrés en préparant, aux côtés, de Fernand Robert, l'édition des livres V et VII des *Epidémies* pour la Collection des Universités de France ¹.

Bien que ces livres fassent partie du *Corpus Hippocraticum*, il ressort clairement de leur contenu, notamment des références à certains événements historiques contemporains, qu'ils ne peuvent pas être l'oeuvre d'Hippocrate lui-même. La rédaction du livre V ne remonte pas au-delà des années 350 avant J.-C. C'est un recueil de notices copiées à partir d'un fichier d'observations cliniques faites par plusieurs médecins à des dates différentes, notamment pendant le deuxième quart du IV^e siècle avant J.-C.

II. TYPES DE PROBLÈMES QUI CONDITIONNENT LE DIAGNOSTIC RÉTROSPECTIF

1. La maladie est *nommée*. Les anciens médecins posent et disent leur diagnostic. Ils le font évidemment en utilisant la terminologie de leur époque.

¹ Dans mon exposé, toutes les citations des *Epidémies V* sont tirées de la traduction faite en commun par F. ROBERT et moi-même du texte grec nouvellement établi. Les différences d'avec l'édition de Littré sont dues principalement à l'utilisation des manuscrits M et V.

Le lecteur sans expérience dans le domaine de l'histoire de la médecine a l'impression que, dans de tels cas, le diagnostic rétrospectif est particulièrement simple et facile. On n'a qu'à traduire les termes anciens dans le langage de la médecine moderne. En fait, de tels cas sont souvent traîtres.

Il n'y a pas de «dictionnaire» qui permettrait de passer de la terminologie nosologique ancienne à la terminologie pathologique moderne, car ce qui a changé, c'est essentiellement le système nosologique auquel se réfère la terminologie utilisée.

Exceptionnels dans les livres I et III, de tels cas sont devenus assez fréquents en V et VII. Il semble bien qu'en puisant dans un fichier d'observations cliniques, le compilateur de ces livres ait remplacé parfois par un nom de maladie tout un pan de la description initiale.

1a. La terminologie ancienne est restée valable. Exemples typiques: les *hémorroïdes* et le *cancer*.

Pour désigner ce dernier, on utilise dans le livre V deux termes techniques, *καρκίνος* et *καρκίνωμα*; il ne semble pas qu'il y ait de différence dans leur signification nosologique.

Epid. V 20: «Eudémos à Larissa, qui avait des hémorroïdes très fortes et qui à la longue était exsangue: la bile fut mise en mouvement, mais il y eut adoucissement général, puis le ventre fut dérangé par en bas, il avait des selles bilieuses et des hémorroïdes étaient saillantes². (...) Chez cet homme, on opéra³ les hémorroïdes alors qu'il n'était pas en bon état quant au ventre et avait encore besoin d'être soigné et de vomir. Ensuite, après application d'un enduit sur le cancer, la fièvre survint et ne la lâcha plus avant de l'avoir tué...»

Dans ce texte, il faut traduire *καρκίνος* par *cancer*. Dans la médecine grecque antique, c'est un terme technique qui désigne une ulcération (non nécessairement une tumeur) avec des érosions envahissantes irrégulières et n'ayant pas de tendance vers la guérison. Si Littré a raison de dire qu'il ne faut pas attribuer à ce terme le sens *anatomopathologique* moderne, il n'est pas vrai pour autant que l'auteur hippocratique assimile *καρκίνος* à une simple tumeur. Ce mot a pour lui un sens *clinique* précis, impliquant un pronostic néfaste. Il est

² Littré accepte la leçon de C (qui vient de V): ἐνεῖχον signifie simplement *s'arrêtaient* et, pour en préciser le sens, Littré traduit par *cessaient de fluer*. Le leçon de M (ἀνεῖχον) donne un sens complet (*étaient saillantes*) et s'accorde mieux, du point de vue médical, avec la suite de cette histoire.

³ L'emploi du verbe ἐπιχειρέω dans le texte grec suggère que l'intervention chirurgicale n'a pas été une excision radicale.

donc très probable que ce malade n'a succombé simplement à un étranglement des hémorroïdes mais qu'un cancer du rectum au sens moderne était associé aux hémorroïdes et au prolapsus de la muqueuse intestinale.

Epid. V 101: «Chez une femme, à Abdère, un carcinome se produisit à la poitrine, et par le mamelon s'écoulait un ichôr sanguinolent; quand cet écoulement se fut arrêté, elle mourut».

«Carcinome» —il n'y a pas à chercher un autre mot pour traduire *καρκίνωμα*, puisque ce texte est une description admirable, saisissante par sa brièveté même, de ce qui s'appelle ainsi aujourd'hui encore.

1.b. Entre la signification ancienne et moderne d'un nom de maladie peuvent exister des nuances subtiles, le terme antique étant défini essentiellement par les symptômes et le terme actuel par l'étiologie et par la nature des lésions anatomiques.

Le diagnostic rétrospectif doit donc tenir compte du contexte pour justifier ou non la traduction simple, voire la translittération, du terme grec. Exemples: la *dysenterie* et les *fièvres tierce, quarte et demi-tierce*.

Epid. V 29-30: «Cyrénios, à Omilos, ayant eu une suppuration dans la cavité inférieure, fut cautérisé trente jours plus tard qu'il ne fallait, et se porta convenablement; le pus fut desséché dans le ventre. Mais comme il mangeait, au plus fort de la saison chaude, des fruits et autres aliments contre-indiqués, une fièvre s'empara de lui, et une diarrhée; et il mourut.

Hécason, à Omilos, ainsi que le précédent, fut cautérisé trop tard; pourtant le ventre fut desséché à peu près, mais une dysenterie s'empara de lui, et, après avoir échappé, il mangeait de tout, jusqu'à enfler de partout; le pus fit irruption par le bas, et la diarrhée; et il mourut.»

La *δυσεντερίη* est une diarrhée avec crampes abdominales et la présence, dans des selles liquides, des amas sanglants et mucopurulents. C'est ce que disent aussi bien pseudo-Galien dans les *Definitiones medicae* 269, XIX 421-422 K., que Celse IV 22. J'en retiens ici seulement la partie clinique, car la partie anatomopathologique de ces définitions, c'est-à-dire la mention des ulcérations intestinales, est posthippocratique. La diarrhée funeste dont souffrirent Cyrénios et Hécason, déclenchée après un abcès abdominal chronique et apparemment guéri, suggère fortement le diagnostic rétrospectif de dysenterie amibienne. On peut rapprocher cette histoire du cas décrit dans *Epid.* V 90, et VII 55 et 99, ainsi que de la maladie dont a souffert Galien dans sa jeunesse, en l'attribuant, lui aussi, à une consommation malencontreuse de fruits.

A la même catégorie appartient le diagnostic de fièvres intermittentes, Ainsi, par exemple, dans le chapitre 89, l'auteur hippocratique mentionne l'apparition d'une douleur précordiale «chez la soeur de Diopéithès, dans une demi-tierce, au moment de l'accès». La hémicité ou demi-tierce est une fièvre aiguë qui combine la fièvre tierce avec la fièvre quotidienne. La plupart des cas hippocratiques de cette fièvre correspondent sûrement à la fièvre tierce maligne de la terminologie actuelle, c'est-à-dire à la malaria de type falciparum, mais ce diagnostic ancien est prononcé parfois à propos des malades dont les symptômes rappellent en premier lieu le diagnostic rétrospectif de fièvre typhoïde (voir, par exemple *Epid.* VII 42).

1c. Le terme ancien a subi une restriction importante. Exemple: le *choléra*.

Le cinquième livre des *Epidémies* mentionne cette maladie à trois reprises, dans les chapitres 10, 71 et 79. En V 10, «à Athènes, un choléra prit un homme» et en 71 et 79, il est question seulement des «troubles cholériques». Traduire le χολέρα des écrits hippocratiques par *flux de bile* est une interprétation étymologique qui, malgré une ancienneté certaine (Celse, IV 11), est loin d'être assurée. Le translittérer pose un sérieux problème car le terme *choléra* désigne dans la terminologie médicale actuelle une maladie infectieuse particulière (diarrhée sévère due à *Vibrio cholerae*), venue en Europe de l'Inde au début du XIX^e siècle et inconnue dans le monde méditerranéen antique. La χολέση hippocratique est une gastro-entérite relativement bénigne, caractérisée par des vomissements «bilieux», des crampes douloureuses et de selles molles ou liquides non sanglantes. C'est en fait une gastro-entérite non vibrionique due soit à une infection non spécifique, soit à une allergie alimentaire.

1d. Un glissement de sens considérable sépare l'ancien terme de son dérivé moderne. Exemple: la pleuritis et la péripneumonie.

Il ne faut pas traduire πλευριτις par *pleurésie*, ni περιπνευμονίη par *pneumonie*. Le découpage nosologique de ces concepts ne s'inspire plus des mêmes critères qu'autrefois. La *pleuritis* des anciens désigne le plus souvent, mais non nécessairement, la pneumonie lobaire, tandis que le diagnostic de péripneumonie peut se rapporter, selon les cas, aussi bien à la pneumonie qu'à la pleurésie de la nosologie moderne.

Epid. V 3: «Scomphos, à Oineiadai, pris de pleuritis, mourut le septième jour en plein délire; il avait bu un médicament purgatif ce jour-là, alors que la veille il avait toute sa raison; et l'effet purgatif n'avait pas été grand, mais pendant la purge, le délire s'était déclenché.»

Dans les textes hippocratiques, la *πλευριτις* est une maladie aiguë dont le tableau clinique est dominé par une douleur poignante dans le côté et par une toux accompagnée d'une fièvre continue. Du point de vue de la médecine moderne, c'est un syndrome qui englobe aussi bien plusieurs formes de pneumonie et d'affections non pleuropulmonaires que la pleurésie au sens actuel.

Chez Scomphos, la mort au septième jour suggère le diagnostic rétrospectif de pneumonie franche. L'auteur hippocratique ne va pas jusqu'à dire que la prise du purgatif a provoqué le délire et la mort, mais il note la coïncidence. La prise de l'ellébore peut, en effet, provoquer une intoxication grave, voire mortelle, mais il paraît difficile d'attribuer le décès foudroyant de ce malade à une intoxication.

Epid. V 5: «Eurydamas, à Oineiadai, au cours d'une péripleurésie, au dixième jour, commençait à délirer; soigné, il retrouva la raison en même temps que les crachats étaient devenus plus propres, et la maladie était en marche vers le mieux, quand un sommeil profond le submergea, et ses yeux étaient devenus ictériques; il mourut à l'approche des vingt jours».

La *περιπνευμονία* hippocratique est une maladie caractérisée par des difficultés respiratoires, une expectoration particulière, une fièvre aiguë et une pesanteur sur la poitrine (sans douleur prononcée).

Le cas *Epid. V 14* est particulièrement intéressant dans la mesure où l'auteur hippocratique exprime des doutes sur le diagnostic posé par ses collègues:

«A Larissa, Hippothénès passait aux yeux des médecins pour être atteint de péripleurésie mais il ne l'était nullement. A l'origine, dans une lutte, il était tombé à la renverse sur un sol dur, l'adversaire étant tombé sur lui; puis il avait pris un bain froid, avait dîné, et s'était senti plus lourd. Le lendemain, il eut de la fièvre et une toux plutôt sèche s'installa; la respiration fréquente. Au cinquième jour, il émit des crachats sanguinolents, peu abondants; et il commençait à délirer (...) Le onzième jour, il mourut. Les cinq jours précédents (...), la fièvre avait cessé, aucun crachat n'était émis, et il n'avait pas de râle, puisqu'il n'avait pas de crachat.»

L'auteur de cette fiche clinique tient à souligner la chute de la fièvre et l'absence du râle et des crachats lors de l'agonie, car cela dément le diagnostic de péripleurésie. Littré lui donne raison et pense pour sa part, sans justification valable, que *c'est un cas de fièvre pseudo-continue* (ou, dans la terminologie actuelle, une forme maligne d'accès paludéen). Pourquoi ne pas admettre tout simplement, sur la foi des informations concernant le début de la maladie, que la contusion du thorax a provoqué une lésion pulmonaire? Cela serait en bon accord avec l'hémoptyisie abondante et les circonstances de l'issue fatale. L'ac-

cident a pu engendrer aussi une pneumonie post-traumatique, mais ce diagnostic moderne ne saurait justifier celui de péripleuronie au sens hippocratique, dont la définition est purement clinique.

En tout état de cause, la critique du diagnostic de *péripleuronie* est, dans ce cas d'hémoptysie fatale, en accord avec ce qu'on sait d'après d'autres sources de la définition clinique de cette maladie. Cet exemple prouve que les auteurs hippocratiques, au moins ceux du IV^e siècle, tenaient au procédé logique du diagnostic et ne se limitaient pas au pronostic.

1e. Changement complet du sens d'un terme nosologique ancien.
Exemple: la *lèpre*.

Epid. V 9: «A Athènes, un homme était en proie à une démangeaison de tout le corps, mais surtout aux testicules et au front; violemment en proie, et sa peau était épaisse sur le corps tout entier. C'était comme une *lèpre* pour l'apparence, et l'on n'aurait pu pincer la peau à aucun endroit à cause de cet épaissement. Personne ne pouvait le soulager. S'étant rendu à Mélos aux bains chauds, il vit cesser sa démangeaison et sa pachydermie, mais il fit une hydropisie, dont il mourut.»

Il est tentant de traduire λέπρα par *maladie écaillée*, mais cela risque de masquer le fait que l'auteur pense bel et bien à une maladie déterminée. Pour les médecins hippocratiques, c'est une maladie bénigne caractérisée par l'aspect écaillé, raboteux et blanchâtre de la peau. Elle correspond à un ensemble d'affections cutanées où domine le tableau clinique du psoriasis et de l'eczéma. Aucun cas de vraie lèpre, c'est-à-dire de la maladie provoquée par le bacille de Hansen, n'est décrit dans les *Epidémies*.

Dans le texte cité, l'auteur ne pose pas de diagnostic mais évoque la «lèpre» seulement à titre de comparaison: la peau du malade avait un aspect semblable à celui que présentent les «lèpreux». Notre diagnostic rétrospectif doit donc être fondé entièrement sur la description clinique. D'après cette description, simple mais remarquablement claire et précise, l'Athénien en question souffrait d'une érythrodermie maligne ou toxique. L'évolution mortelle suggère le diagnostic rétrospectif soit de réticulose maligne, soit de leucémie, soit enfin d'une forme à prédominance cutanée de la maladie de Hodgkin.

La balnéothérapie dans les célèbres eaux thermales sulfureuses de Milo a pu calmer les manifestations dermiques sans agir pour autant sur le processus pathologique primaire. Du point de vue hippocratique, la suppression de l'éruption «lèpreuse» était plus à craindre que son apparition. Le traitement a guéri les symptômes concernant la peau et, en tournant vers l'intérieur les matières nuisibles, il a tué le malade.

Epid. V 17: «A Larissa, un garçon de Théophorbos avait une élépra à la vessie; il urinait visqueux, et avait mal au début et à la fin de la miction, et se frottait la verge. Ce garçon, après avoir bu le diurétique âcre, eut, sans que rien passât dans la vessie, un abondant vomissement purulent et bilieux, et par en bas d'autres évacuations pareilles; il avait mal au ventre, avait des brûlures internes (...). Il meurt, le troisième jour après avoir pris (le médicament).»

Cette *ἐλέπρα* n'a aucun rapport avec la lèpre au sens moderne. Il s'agit d'une cystite qui, chez ce garçon, n'est qu'un élément pathologique d'une affection abdominale grave. Il pourrait bien s'agir d'une tuberculose généralisée.

2. Les symptômes sont décrits mais la maladie *n'est pas nommée*.

2a. Bien que la maladie ne soit pas nommée, le diagnostic ancien est exprimé implicitement. Exemple: la maladie par excellence (*ἐπιληψία*).

Dans le chapitre 22, l'auteur parle d'un cas de *la* maladie, c'est-à-dire de la maladie par excellence. Il décrit les symptômes avec une telle précision qu'on peut non seulement confirmer son diagnostic mais aller plus loin dans la reconnaissance du caractère des troubles neurologiques.

Epid. V 22: «Apellaios de Larissa avait l'âge d'environ trente ans; il était en proie à la maladie. Il en était pris la nuit, dans son sommeil, plutôt que le jour. Il resta malade environ deux ans avant sa mort (...) Il était gros mangeur, et comme il avait le corps bilieux, après une longue séance de lutte il eut beaucoup de frissons, et la fièvre le prit, et la maladie, à la nuit; le lendemain, il se jugeait en bonne santé, et le jour d'après; mais la nuit suivante la maladie s'empara de lui après son dîner au sortir du premier sommeil, et le tint la nuit et le jour jusqu'au temps du souper. Il mourut avant de reprendre connaissance. Il y avait des contractions sur la droite d'abord du visage et du corps, ensuite sur la gauche; et quand il semblait que cela se relâchait, une somnolence le tenait, il ronflait et la maladie reprenait à la suite.»

Ce tableau est une bonne description, prise sur le vif, d'une forme particulière de l'épilepsie, à savoir l'épilepsie partielle de Bravais et Jackson. Les convulsions y proviennent d'un foyer cérébral d'irritation circonscrit, d'où les irradiations à partir d'une région du corps. Elles commencent, dans ce cas, au visage et dans le côté droit: elles partent donc d'une lésion de l'hémisphère gauche du cerveau, provoquée probablement par une chute ou par un coup sur la tête.

2b. La description comporte des symptômes typiques, parfois même pathognomoniques. Exemples: *tétanos*, *migraine*, *ulcère gastroduodénal*.

L'opisthotonos (contraction des muscles de la nuque et du dos) et le trismus (spasme tonique des muscles masticateurs) permettent de diagnostiquer le tétanos (*Epid.* V 15, 47, 74-76 et 95), les scotomes scintillants caractérisent la migraine ophtalmique (*Epid.* V 83) et la douleur épigastrique à jeun est un signe assez fiable de la maladie ulcéreuse. Un exemple suffira pour montrer les particularités de ce type de diagnostic rétrospectif.

Epid. V 6: «A Oineiadai, un homme était pris d'une maladie: toutes les fois qu'il était à jeun, il y avait un gargouillement violent dans son ventre, et il avait mal; et quand il avait mangé et que ses aliments étaient digérés, que du temps avait suivi la prise de sa nourriture, peu après il se remettait à souffrir de ce même mal. De plus, son corps dépérissait et se consumait; et il ne lui venait absolument pas de profit de la nourriture qu'il prenait; l'aliment pris passait dans les selles de façon défectueuse et à l'état brûlé. Toutes les fois qu'il venait de manger, exactement à ce moment-là, il y avait le moins de gargouillement et la souffrance le tenait le moins. Ce malade, qui buvait des médicaments de toute sorte, vomitifs et purgatifs, n'en tirait aucun bien; mais en lui pratiquant la saignée alternativement à chacun des bras jusqu'à ce qu'il fût devenu exsangue, alors il eut une amélioration et fut débarrassé de son mal.»

Pour le médecin moderne, l'état «brûlé» des selles de ce malade fait soupçonner une perte occulte de sang. Cet aspect des selles, la faim douloureuse (le fait que le jeûne exacerbe et la prise alimentaire calme la douleur du ventre), la dyspepsie, le dépérissement général et la guérison s'accordent parfaitement avec le diagnostic rétrospectif d'ulcère duodénal. La saignée est, certes, un traitement éprouvant et dangereux, mais faite ainsi à outrance elle peut contribuer à l'arrêt de l'hémorragie interne.

2c. Les symptômes décrits sont peu communs dans l'expérience clinique actuelle.

A cette catégorie appartiennent notamment les tableaux cliniques disparus du monde occidental mais observés encore de nos jours dans certains pays pauvres. Exemple: le *noma*.

Epid. V 4: «Chez Phoenix à Oineiadai, et chez Andréas, qui étaient frères, l'une des mâchoires enfla ainsi que la lèvre située du côté de cette mâchoire et de l'oeil; et rien n'apparaissait, si l'on regardait de l'intérieur ⁴, et il n'y avait pas non plus de suppuration à l'extérieur, mais la mâchoire était devenue gonflée de pourriture sèche, et il mourut. L'autre aussi, la même chose; mais lui, il était mort au septième jour...»

⁴ C'est le texte de V. Il diffère de celui qu'adopte Littré et présente l'avantage de rendre mieux compte de la logique de l'examen médical.

Dans la description émouvante de la tragédie de ces deux frères, probablement deux enfants, on peut reconnaître une stomatite gangréneuse qui se complique de la nécrose du massif facial. Ce syndrome est rare aujourd'hui dans le monde occidental, car il résulte d'une attaque locale par des microbes non spécifiques (dans les cas hippocratiques, l'allure de l'infection correspond bien au noma provoqué par une association fusospirillaire), le plus souvent chez un enfant, souffrant de malnutrition et d'affaiblissement immunologique général.

Bien qu'il s'agisse d'une affection de la bouche, elle peut commencer par la commissure des lèvres et même par la peau du visage, ce qui peut expliquer l'absence, chez Phoenix, de lésions visibles lors de l'inspection initiale de la cavité buccale. Le fait que, dans cette histoire, une affection semblable apparaisse chez deux frères suggère au lecteur moderne sa nature contagieuse. Telle n'était pas l'opinion du médecin hippocratique qui pouvait facilement expliquer cette double apparition du mal par l'identité du régime et par l'exposition au même climat. Littré a envisagé le diagnostic de charbon. Il est vrai que l'infection par le *Bacillus anthracis* peut affecter gravement le visage et causer la mort, mais elle ne provoque pas une telle nécrose osseuse. Un autre diagnostic rétrospectif possible est celui d'actinomyose maxillaire. L'absence de suppuration dans la description hippocratique rend toutefois l'actinomyose beaucoup moins probable que le noma.

Un autre cas probable de cette maladie est décrit dans *Epid. V* 100 (garçon de Métrodoros à Cardia). La fréquence du noma dans les descriptions cliniques des livres IV, V et VII des *Epidémies* est un indice du bas niveau d'hygiène infantile et d'une sous-alimentation grave qu'on rencontre pendant les périodes de famines ou de guerre.

2d. Les symptômes décrits semblent «incroyables» au point que certains commentateurs les ont taxées d'«invraisemblables».

A mon avis, aucune des histoires hippocratiques n'est en désaccord véritable avec les connaissances médicales de notre temps. Cela doit être souligné en tant que preuve d'une objectivité extraordinaire du regard clinique des médecins hippocratiques.

Epid. V 25: «A Larissa, une servante de Dyséris, quand elle était jeune, avait une douleur violente dans les rapports sexuels, mais autrement ne souffrait pas. Elle ne fut jamais enceinte. Mais, parvenue à soixante ans, la voilà prise à partir du milieu du jour de souffrances comme de violentes douleurs d'accouchement; et cette femme mangea avant le milieu du jour beaucoup de poireaux, et voilà qu'une douleur la prit qui dépassait en violence chacune des précédentes, elle se mit debout et touche quelque chose de raboteux à l'orifice de sa matrice. Après cela, comme elle commençait à s'évanouir, une autre femme, en introduisant la main, fit sortir une

Pierre grande comme un bouton de fuseau, raboteuse; et la malade fut guérie alors à l'instant même, et le resta.»

Cette histoire a intrigué les commentateurs. On l'a taxé d'«énigmatique». Pourtant, elle ne comporte rien d'in vraisemblable, ni même rien de véritablement extraordinaire. Un historien et médecin avisé, Achille Souques, a proposé le diagnostic de «corps étranger du vagin avec vaginisme». Il me paraît plus probable que la patiente a souffert dans sa jeunesse non pas d'un vaginisme psychosomatique mais d'une dyspareunie organique due très probablement à une myomatose de la matrice qui s'est soldée, au seuil de la vieillesse, par la sortie d'une «pierre raboteuse», en fait d'un myome utérin nécrosé et calcifié.

3. Les blessures.

3a. Du point de vue de l'interprétation médicale rétrospective, les blessures ne présentent que rarement des problèmes d'interprétation. Les questions qu'on se pose à leur propos concernent essentiellement l'identification des structures atteintes et la nature des complications provoquées. Exemple: une *blessure au ventre*.

Epid. V 98: «Aristippos fut frappé d'une flèche dans le ventre, en haut, avec force. Mauvais! Douleur du ventre, terrible; et cela s'enflamma vite. Aucune évacuation par en bas; il avait la nausée; matières bilieuses foncées; et quand il avait vomi, il semblait aller mieux, mais peu de temps après les douleurs reprenaient terribles; le ventre, comme dans les iléus; chaleurs; soifs. Dans les sept jours, il mourut.»

Chez ce blessé, la pénétration de la flèche a occasionné une perforation de l'estomac ou du côlon, suivie rapidement d'une péritonite avec un iléus réflexe.

Il est intéressant de noter que l'auteur de ce texte décrit l'état grave d'Aristippe en le comparant aux troubles abdominaux aigus qu'il désigne par le terme d'εἰλεοί (au pluriel dans ce récit, mais au singulier dans l'histoire parallèle, en *Epid.* VII 29). Dans la médecine grecque ancienne, εἰλεός est une colique avec arrêt du passage des matières fécales qui survient à la suite du dessèchement et de l'inflammation des intestins. Toutefois, les médecins hippocratiques utilisaient aussi ce substantif assorti d'un qualificatif pour désigner certaines autres maladies (cf. par exemple *Aff. int.* 44-46; Littré, VII 274-282).

3b. Les récits appartenant au domaine de la traumatologie sont parfois très instructifs par les renseignements historiques qu'ils véhiculent en marge de leur contenu purement médical. Ainsi, dans le livre V, elles témoignent de la participation des médecins hippocratiques

aux campagnes de Philippe de Macédoine (notamment *Epid.* V 61 et 95). Exemple: une *blessure à l'orbite*.

Epid. V 49: «L'homme qui avait reçu un coup à l'oeil l'avait reçu à la base de la paupière; et la pointe avait pénétré sensiblement, mais le croc demeurait. Après incision de la paupière, tout se souleva; rien de mauvais; l'oeil resta, et guérit promptement; du sang jaillit violemment en abondance suffisante.»

L'accident rapporté ici sans le nom du blessé rappelle de très près celui dont fut victime Philippe II lors du siège de Méthoné en 355-354 avant J.-C. Dans les deux cas, la flèche se planta dans la partie supérieure de l'orbite, mais le roi, lui, perdit l'oeil. Il fut soigné par un asclépiade de Cos, Critoboulos, et on attribua à ce médecin hippocratique le succès esthétique de l'intervention chirurgicale.

Les analogies entre les rapports sur la blessure du roi et la description hippocratique, rédigée à cette même époque par un médecin qui était probablement au service de la cour de Macédoine, ainsi que la découverte des tombes royales de Vergina et l'étude paléopathologique des ossements que l'on tient pour les restes mortels de Philippe II, méritent qu'on revienne sur ce sujet et qu'on le réexamine avec toute la minutie nécessaire.

4. Les symptômes décrits ne permettent pas d'en tirer un diagnostic rétrospectif suffisamment précis et assuré.

L'historien se sent frustré lorsque les symptômes décrits dans un texte ancien forment un syndrome non spécifique ou ne correspondant à aucune maladie telle qu'elle est définie dans la nosologie actuelle. On peut distinguer essentiellement quatre cas d'espèce.

4a. Le tableau clinique n'est pas spécifique. La description comporte des symptômes qui correspondent parfaitement à une maladie moderne, mais d'autres diagnostics rétrospectifs sont possibles et même assez probables. Exemple: la *fièvre à pappataci*.

Epid. V 72: «Chez Timochares, en hiver, catarrhe, surtout aux narines; après coït, tout fut asséché, fatigue; de la chaleur survint; tête lourde; sueur abondante descendant de la tête⁵; il était du reste sujet à la sueur même en bonne santé. Le troisième jour, en bonne santé.»

Cette description d'un état catarrhal aigu, avec fièvre, asthénie, mal

⁵ D'après la rédaction parallèle en *Epid.* VII 69, la sudation s'étendait sur tout le corps.

de tête et sudation forte, qui guérit promptement en trois jours, correspond très bien à l'évolution typique de la fièvre à pappataci, dite aussi «la fièvre de trois jours». Il s'agit d'une maladie virale, transmise par l'insecte diptère *Phlebotomus papatasi*. Elle est actuellement endémique en Grèce. On observe des poussées épidémiques surtout pendant les mois chauds mais parfois aussi, en Méditerranée orientale, au cours d'un hiver doux. Malheureusement, aucun des symptômes énumérés n'est pathognomonique et le diagnostic rétrospectif du cas de Timocharès doit rester vague: rhinite aiguë avec syndrome grippal.

4b. Le tableau clinique ancien suggère, parfois même annonce avec vigueur, une entité clinique historiquement reconnue mais abandonnée par la pathologie moderne ou, plus exactement, scindée en entités nouvelles puisqu'on s'est rendu compte qu'elle ne forme en fait qu'un mélange hétérogène du point de vue étiologique. Exemple: la *phrénitis*.

Epid. V 52: «Le cuisinier, à Acanthos: sa bosse ⁶ s'était produite à la suite d'une phrénitis. Chez cet homme, aucune potion ne produisait de mieux, mais bien le vin noir et du pain, s'abstenir de bains, se frictionner fort, faire des fomentations sans excès de chaleur, mais douces.»

La clé de cette histoire est le terme φρενίτις. Importante dans la nosologie ancienne, cette maladie n'a pas d'équivalent dans la pathologie moderne. D'après les descriptions hippocratiques, la *phrénitis* est un délire fébrile aigu, accompagné de douleurs dans le milieu du corps. C'est un syndrome, expression clinique d'une atteinte toxi-infectieuse du système nerveux central. Il peut se produire au cours de plusieurs maladies aiguës. Dans le cas particulier de ce cuisinier d'Acanthos, la gibbosité qui apparaît à la suite d'une phrénitis pourrait être de nature tuberculeuse (mal de Pott).

Face à des situations semblables, il est rare qu'on puisse pousser le diagnostic au-delà des catégories nosologiques aujourd'hui périmées. Cependant, celles-ci peuvent être bien postérieures à l'époque en question et le diagnostic rétrospectif, tout en n'étant pas conforme au découpage actuel des entités nosologiques, peut avoir une valeur explicative et contribuer à la connaissance de la pathocénose.

4c. L'ancienne description contient une foule de renseignements mais ils sont en partie contradictoires.

⁶ En fait, les manuscrits donnent κώφωμα (*surdité*) au lieu de κόφωμα (*bosse*), mais sans cette conjecture, le récit est en contradiction avec la tradition médicale et le bon sens. On ne fait pas des onctions et des frictions pour soigner une défaillance de l'ouïe.

Epid. V 59: «Les aines des foulons formaient des tumeurs dures et indolores; et vers les parties sexuelles et à la nuque, pareilles, volumineuses; fièvre; auparavant, ils toussaient; le troisième ou le quatrième mois⁷, le ventre fondit; les chaleurs survinrent; langue sèche; soif; évacuations par le bas difficiles. Ils moururent.»

Ce texte pose un problème délicat: d'une part, le tableau clinique suggère l'existence d'une lymphadénopathie généralisée, soit de nature infectieuse, soit plus probablement proliférative maligne (maladie de Hodgkin, leucémie lymphoïde, etc.); d'autre part, une telle lymphadénopathie ne prend jamais l'allure d'une épidémie circonscrite à un atelier ou à un métier.

Les foulons blanchissaient les tissus et détachaient les vêtements. C'était un métier désagréable et nocif, notamment à cause de l'usage du soufre et de l'urine humaine. A la suite de B. Ramazzini, les historiens de la médecine citent habituellement ce chapitre comme exemple de la reconnaissance des maladies professionnelles dans l'Antiquité. Cependant, d'après les connaissances médicales actuelles, il ne semble pas que l'affection décrite ici puisse être due à une condition spécifique du milieu et frapper plusieurs personnes en même temps et de façon identique. Les variantes de certains manuscrits concernant le substantif *foulon* et l'adjectif indiquat la *toux* pourraient bien être la trace d'une ancienne rédaction au singulier.

4d. La description ancienne ne comporte pas une quantité suffisante de caractéristiques discriminatoires sur lesquelles pourrait s'appuyer le diagnostic moderne.

Epid. V 19: «Une servante d'Ainésidèmos, à Larissa, eut une altération de cavité⁸ et des intestins, du fait d'une bile mise en mouvement spontanément, et il y eut évacuation de bile et de sang par le haut et par le bas; la fièvre la tenait. Comme la malade était faible, on lui donna un purgatif faible, potion étendue d'eau et en petite quantité, à la suite de quoi, elle vomit abondamment, et il y eut évacuation plus importante par le bas; et cela revint le soir. Le lendemain, il y avait de la fièvre, mais faible; la cavité était ulcérée et à nouveau les selles furent pareilles. Au troisième jour, elle mourut à la fin du jour, alors que la fièvre la reprenait dans toute sa violence...»

⁷ C'est le texte de toute la tradition manuscrite. Littré, à la suite de Bankroft, introduit ce qu'il appelle une «correction évidente» et traduit *le troisième et quatrième jour*. Cette conjecture est opportune, si l'on tient à voir dans la maladie des foulons une affection épidémique aiguë; elle ne s'impose nullement du point de vue médical, car l'évolution des polyadénopathies indolores correspond mieux au délai que donne ici la leçon traditionnelle.

⁸ Laquelle des deux «cavités» du corps? Sans doute l'inférieure, mais le texte grec ne le précise pas. Littré traduit par *estomac*.

Dans ce cas, le diagnostic rétrospectif est incertain. On peut envisager toute une gamme de maladies: la forme foudroyante de la fièvre tierce maligne, l'appendicite avec perforation de l'appendice vermiculaire, une infection gastro-intestinale suraiguë, etc.

De telles incertitudes sont très fréquentes. Le nombre considérable d'échecs dans nos tentatives pour diagnostiquer les maladies du passé n'a rien d'étonnant, car même ceux qui examinent directement les malades en chair et os ne peuvent éviter de se trouver parfois, et même assez souvent, dans des situations semblables.

Tenter le diagnostic rétrospectif est un exercice parfois impossible, souvent difficile, toujours délicat. Le philologue et l'historien de la médecine doivent respecter l'imprécision du texte. Il vaut mieux rester dans l'incertitude et dans le vague que préférer des opinions hardies et tranchantes qui, à force d'être reprises et répétées, risquent de faire prendre des conjectures pour des vérités historiques démontrées.

III

TRATAMIENTO. DIETÉTICA

Le traitement de la douleur dans le *Corpus* hippocratique

SIMON BYL

(Université libre de Bruxelles)

Le champ sémantique de la douleur est extrêmement important dans le *Corpus* hippocratique; il est presque aussi riche même que celui de la maladie, encore que les deux concepts se confondent assez souvent. Le premier comporte plus de 3000 occurrences¹. C'est la famille d'ὀδύνη qui est la plus riche, avec 1038 occurrences parmi lesquelles 772 pour ὀδύνη même. La famille de πόνος compte 795 occurrences, celle d'ἄλγος, 499, celle de πάθος, 444 et celle de λύπη, 59. D'autres mots désignent parfois la douleur, comme, par exemple, le mot homérique πῆμα que l'on rencontre une fois dans le petit traité *Des glandes*², daté par son dernier éditeur de la fin du V^e siècle ou du début du IV^e: ceci montre que Madame Mawet a eu tort d'être aussi catégorique lorsqu'elle a écrit: «Dans la littérature post-homérique, πῆμα... est *totalem*ent absent... du vocabulaire... médical»³. Il est très difficile de savoir si les médecins hippocratiques établissaient une nuance de sens entre ἀλγηδών, ἄλγημα, ἄλγος (attesté seulement 14 fois), ὀδύνη, ὀδύνημα, πόνος, πάθη, πάθημα, πάθος et πῆμα. Nous avons néanmoins plutôt le sentiment que tous ces mots sont, pour les médecins du *Corpus*, tout à fait interchangeables et en tout cas, nous ne creuserons guère aujourd'hui les distinctions possibles, insistant plutôt sur les similitudes.

En comparant l'*Aphorisme* VI 40⁴ avec l'*Aphorisme* VII 52⁵ qui lui est tout à fait parallèle, nous constatons que πόνος est le parfait synonyme d'ὀδύνη. Au chapitre 15 du traité *Des affections*⁶, c'est

¹ Il y a assurément des cas où πόνος signifie seulement «exercice» (cf. le *Régime, passim*). Πάθος n'a pas toujours le sens de douleur, de souffrance.

² *Des Glandes* 12, 11 (L. VIII 566; p. 119 éd. Joly).

³ F. MAWET, «Évolution d'une structure sémantique. Le vocabulaire de la douleur: Apollonios de Rhodes et Homère», *AC* 50, 1981, p. 506, n. 13.

⁴ L. IV 572.

⁵ L. IV 592.

⁶ L. VI 224.

ἀλγήματα qui est synonyme d'ὀδύναι; dans le paragraphe 542 des *Prénotions coaques* 6⁷, ἄλγημα est explicité par πόνος tandis qu'au paragraphe 73 des *Epidémies* V⁸, ἄλγημα est remplacé par ὀδύνη.

Un passage du traité *Des lieux dans l'homme* 42⁹ nous amènerait même à penser que la douleur (ὀδύνη) se confond avec la maladie (νόσημα), ce qui ne doit pas trop nous surprendre puisque nous constaterons que la thérapeutique de la douleur est identique à celle de la maladie. Il serait cependant abusif de penser que les médecins hippocratiques ont toujours confondu douleur et maladie. En effet, l'auteur de l'*Ancienne Médecine* écrit ces lignes: «(les hommes qui ont modifié la nourriture crue et créé ainsi la médecine) pensèrent que les substances qui seraient trop fortes pour pouvoir être surmontées par la nature, produiraient, si elles étaient ingérées, des douleurs (πόνους), des maladies (νόσους) et la mort (θανάτους)»¹⁰. L'auteur établit donc ainsi une sorte de crescendo, qui, partant des douleurs, passe par les maladies et aboutit à la mort, terme irréversible.

Peut-on savoir pour quelle raison le champ sémantique de la douleur est si important dans tout le Corpus? Y a-t-il un auteur du Corpus qui réponde à cette question? L'auteur du traité de l'*Art*, antérieur, selon R. Joly, à la fin du V^e siècle¹¹, déclare: «Quant à la médecine (car c'est d'elle qu'il s'agit), j'en vais faire la démonstration; et d'abord, la définissant telle que je la conçois, je dis que l'objet en est, en général, d'écarter les souffrances des malades (ἀπαλλάσσειν τῶν νοσεόντων τοῦς καμάτων)»¹².

Comme le titre de ma communication l'indique, je ne vais traiter que de la thérapeutique de la douleur. Apaiser la douleur, la supprimer, c'était souvent, pour les médecins hippocratiques, la chasser, l'ex-

⁷ L. V 708.

⁸ L. V 246.

⁹ L. VI 334 (p. 71 éd. Joly). M. D. GRMEK, dans son *Histoire du Sida*, Paris, 1989, p. 149 écrit qu'encore aujourd'hui «la grande majorité des gens confondent dans un concept général assez flou les lésions, les symptômes, les syndromes, les états de maladie et les maladies. Même le langage des médecins souffre souvent de telles confusions».

¹⁰ *L'Ancienne Médecine* 3 (L. I 578).

¹¹ Cf. R. JOLY, *Hippocrate. Médecine grecque*, Paris, 1964, p. 224. Cette date est proposée par J. JOUANNA, *Hippocrate. Des vents-De l'art*, Paris, 1988, p. 191.

¹² *Art*. 3 (L. VI 4). L'auteur du traité *Du Régime* I 15 (L. VI 490 = p. 136 éd. Joly-Byl, Berlin, CMG, 1984) écrit: «Ceci aussi est le propre de la médecine: débarrasser de ce qui fait souffrir (τὸ λυπεῖον ἀπαλλάσσειν)...». L'auteur du traité des *Vents* (L. VI 92 = p. 105 éd. Jouanna) définit «la médecine», comme une «soustraction (ἀφαίρεσις) et addition, soustraction de ce qui est en excès, addition de ce qui est un défaut». Je mets en exergue cette phrase de GRMEK, in *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale*, Paris, 1983, p. 11: «La thérapeutique et la prophylaxie n'ont eu, jusqu'au début du XIX^e siècle, pratiquement aucune influence sur la nature et la fréquence des maladies présents dans une société».

pulser: nous avons ici des images qui évoquent une conception ontologique archaïque de la maladie. En fait foi le vocabulaire. A côté de λύω¹³ et de παύω/παύομαι¹⁴, qui sont les deux verbes les plus fréquents pour marquer la résolution de la douleur, se rencontrent de nombreux verbes dont le préverbe marque souvent l'éloignement: ἀπαλλάσσω¹⁵ ἀποκινέω¹⁶ ἀπολείπω¹⁷ ἀποτελευτάω¹⁸ ἀφαιρέω¹⁹ διαχωρίζω²⁰ ἐκλείπω²¹ ἐκφυγγάνω²² κωφόω²³ λωφάω²⁴ ναρκόω²⁵ ῥηίζω²⁶ et χαλάω²⁷.

Il s'agit donc maintenant pour nous de déterminer les innombrables moyens par lesquels les médecins hippocratiques tentaient d'apaiser ou plutôt d'expulser la douleur d'une partie malade. La thérapeutique hippocratique est particulièrement complexe. Le patient grec ne pouvait pas, comme c'est généralement le cas aujourd'hui, se contenter d'absorber une substance analgésique, suivant une posologie proposée par le médecin; il était soumis à des traitements multiples au point que si R. Joly a pu parler de polypharmacie²⁸, je n'hésiterai pas à parler de polythérapie.

Bien que les exemples en soient très nombreux, je me limiterai à un seul, celui qui, en *Maladies II*, évoque ce que J. Jouanna appelle la maladie de l'éruption: «...quand le malade est en proie à la douleur τοῦτον ἐπὴν ἢ ὀδύνη ἔχη), baignez-le dans beaucoup d'eau chaude et faites des applications tièdes (χλιάσματα). Et quand le ventre est douloureux (ὅταν δ' ἐν τῇ γαστρὶ ἢ ὀδύνη ἦ) et a des vents, administrer un clystère (ὑποκλύζειν). Faites bouillir de la mercuriale et mélangez la décoction obtenue à la décoction d'orge mondé; par-dessus le ma-

¹³ λύω se trouve notamment, dans le champ sémantique de la douleur, en II 268 (= διαλύω), II 272, IV 504, IV 532 (λύσις), IV 572, IV 592, IV 594, V 250, V 276, V 602, V 620, V 644, V 648, V 682, V 708, V 728 (+ le substantif ἔκλυσις), VIII 224. Le verbe est déjà employé avec cette acception dès Homère (cf. *Odyssée* V 397).

¹⁴ παύω/παύομαι, dans le champ sémantique de la douleur, se rencontre notamment en I 618, II 146, II 252-254, II 274, V 354, V 460, V 668, VI 238, VI 240, VI 310, VII 30, VII 32, VII 88, VII 238, VII 400, VIII 110, VIII 114, VIII 278, VIII 448-450, IX 160.

¹⁵ Cf. I 618, VI 4, VI 210, VI 454-456, VI 490, VII 22.

¹⁶ Cf. VII 106. Voyez J. JOUANNA, *Hippocrate. Maladies II*, Paris, 1983, p. 209, n. 1.

¹⁷ Cf. VI 210-212.

¹⁸ Cf. V 650.

¹⁹ Cf. VI 490.

²⁰ Cf. IX 160.

²¹ Cf. V 212.

²² Cf. IX 68-70.

²³ Cf. VI 118.

²⁴ Cf. VI 240.

²⁵ Cf. VI 132.

²⁶ Cf. IV 540.

²⁷ Cf. VII 20, VII 30, VII 104-106.

²⁸ Cf. R. JOLY, *Le niveau de la science hippocratique*, Paris, 1966, p. 49.

lade boira du vin doux jusqu'à ce que la douleur se soit relâchée (ἔστ' ἂν ἡ ὀδύνη χαλάσῃ); le malade boira pendant six jours de l'eau de marcs de raisins doux qui auront macéré une nuit; s'il n'a pas de marcs de raisins, il prendra du miel et du vinaigre bouilli. Quand le malade est débarrassé de sa douleur (τῆς ὀδύνης ἀποκινήσῃ...)»²⁹. Nous constatons par ce seul texte que le malade est soumis à de multiples traitements et que le médecin considère que guérir son patient, c'est le débarrasser de sa douleur.

Je me propose maintenant de tenter d'établir une classification des traitements infligés au malade par le médecin qui essaie d'expulser la douleur.

Le régime occupe une place tout à fait démesurée³⁰ dans la thérapeutique hippocratique de la douleur³¹. C'est ainsi qu'on peut lire au chapitre 33 des *Affections* ces considérations: «... Pour tout ce qui tient aux aliments, aux boissons, aux potages, aux médicaments donnés pour la douleur (ὀδύνης εἴνεκα), on les administrera constamment sans aucun danger, si on les administre conformément à ce qui a été écrit»³². L'auteur de *Maladies III* recommande à son patient atteint de douleurs aux hypocondres de «boire à jeun aristoloche, hysope, cumin, silphion, mécon blanc, fleur de cuivre, miel, vinaigre et eau»³³. Nous noterons aussi que, plus d'une fois, les médecins imposent à leurs patients l'abstention de vin. C'est ainsi que le même auteur stipule, dans le cas d'une phlegmasie cérébrale: «Le vin est défendu absolument (ἀοινέειν)»³⁴ et qu'il fait suivre cette interdiction d'une autre prescription diététique: «Pour potage le malade prend la décoction d'orge froide». A la fin d'un traitement très complexe d'une douleur due à un orifice de la matrice trop béant, le médecin de la *Nature de la femme* ajoute cette prescription à l'adresse de sa patiente: «Elle mangera des poulpes et de la mercuriale»³⁵. Le mot δίαίτια ap-

²⁹ *Maladies II* 69, 2-3 (L. VII 104-106 = pp. 208-209 éd. Jouanna). Sur l'ensemble de ce chapitre, ὀδύνη apparaît 6 fois, νοῦσος 1 seule.

³⁰ Cf. R. JOLY, *Le niveau...*, op. cit., p. 120.

³¹ Cf. notamment II 146-148, II 496, II 522, V 250, V 324, V 380, V 668, VI 216-218, VI 244, VII 30, VII 88, VII 146-148, VII 238, VII 400, VIII 108-110, VIII 114, VIII 224, VIII 352, VIII 402.

³² *Affections* 33 (L. VI 244).

³³ *Maladies III* 16 (L. VII 146-148).

³⁴ *Maladies III* 1 (L. VII 118). Cf. aussi VII 120, VIII 352 et VI 216-218. Il faut remarquer que l'abstinence de vin peut être une prescription religieuse. Cf. *Hymne homérique à Déméter* 200-210. Mais dans d'autres cas, le vin est recommandé. Cf. le texte cité supra de *Maladies II* 69, 2 (L. VII 104-106 = p. 208 éd. Jouanna); parfois le vin entre dans la préparation d'une fumigation: VIII 400. L'auteur du traité *Du Régime des maladies aiguës* 50-52 consacre un long développement à l'usage médical du vin et, en 51, 2 (L. II 334), il écrit: «Voilà de bons critères des avantages et désavantages du vin, mais ils étaient ignorés de mes prédécesseurs» (éd. Joly, p. 58).

³⁵ *Nature de la femme* 45 (L. VII 390). La mercuriale est une plante médicinale de la famille des euphorbiacées.

paraît d'ailleurs parfois dans une recette contre le douleur. Ainsi au chapitre 15 du *Pronostic*, nous lisons: «Quand les souffrances (ἀλγημάτων) des régions thoraciques ne cessent (pas) par... le régime alimentaire (διδάταις)...»³⁶.

La chaleur —les médecins hippocratiques diraient le chaud (τὸ θερμόν)— joue un énorme rôle dans les remèdes contre la douleur. Il y a d'abord les fomentations (πυριήσιες, χλιαύσματα)³⁷. Les textes où apparaissent les fomentations sont extrêmement nombreux; aussi vais-je me limiter à deux d'entre eux. J'emprunte le premier à un chapitre de *Maladies II*, où nous lisons: «Quand le malade présente ces symptômes (de la “pleurésie”), appliquer des fomentations à l'endroit de la douleur (ἢ <ἄν> ὀδύνη ἔχη, χλιαύσματα προστιθέναι)»³⁸. Nous trouvons dans ce texte l'idée, souvent répétée ailleurs³⁹, que le remède contre la douleur doit être appliqué à l'endroit de la douleur. C'est dire qu'un médecin hippocratique aurait été fort surpris de constater que ses confrères du XX^e siècle prescrivent généralement des analgésiques *per os*, qui n'agissent cependant pas du tout au même niveau du corps. J'emprunte le deuxième texte à un traité gynécologique. Dans le cas d'une métrite, l'auteur du traité *Maladies des femmes II* propose notamment cette prescription: «... Si les douleurs sont pressantes (καταιγίζωσι), fomentez (πυριῆσαι) avec des éponges chaudes trempées dans l'eau et l'huile et exprimées...»⁴⁰.

Les auteurs hippocratiques préconisent souvent aussi, dans leurs recettes contre la douleur, le bain⁴¹, très généralement le bain chaud⁴². L'emploi du bain, dans la thérapeutique de la douleur, se comprend fort bien si nous reconnaissons, avec R. Ginouvès, que les médecins du Corpus avaient «le sentiment général que le bain favorise les évacuations (*Epidémies* L. V 320; *Affections* L. VI 224), le vomissement (*Régime salubre* L. VI 80; *Affections* L. VI 238), qu'il fait uriner (*Maladies II*, VII 22), qu'il favorise la sudation... (*Lieux dans l'homme*

³⁶ *Pronostic* 15 (L. II 146-148); cf. *Prénotions coaques* 2, 388 (L. V 668).

³⁷ Cf. II 268, II 464, V 238-240, VI 104, VI 210-212, VI 216-218, VI 224, VI 240, VII 32, VII 62, VII 64, VII 82, VII 88, VII 104-106, VII 126, VII 132, VII 146-148, VII 184, VII 202, VII 206, VII 378, VII 390, VIII 332, VIII 346, VIII 352, VIII 402, VIII 448-450...

³⁸ *Maladies II* 44, 2 (L. VII 62 = p. 175 éd. Jouanna). Sur la «pleurésie» antique, cf. D. GRMEK, *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale*, Paris, 1983, pp. 20, 30.

³⁹ Cf. V 430, VI 216-218, VI 240, VI 242, VII 64, VII 82, VII 88, VII 126, VII 132, VII 148, VII 184, 202, VII 206, VIII 346-348...

⁴⁰ *Maladies des femmes II* 171 (L. VIII 352).

⁴¹ Cf. R. GINOUVÈS, *Balaneutiké. Recherches sur le bain dans l'antiquité grecque*, Paris, 1962, pp. 368-369 (et la n. 12 de la p. 368).

⁴² Cf. II 346, V 434, VI 222-224, VI 224, VI 238-240, VI 316, VII 64, VII 88, VII 104-106, VII 146-148, VII 278, VIII 332, VIII 402.

L. VI 310)»⁴³. C'est dire que le bain devait passer pour un remède particulièrement adapté à l'expulsion de la douleur. En témoignent les exemples suivants: «Si des douleurs se jettent (ἐμπέσωσι) sur la tête, il importe d'échauffer (διαθερμαίνειν) la tête du patient en la baignant avec beaucoup d'eau chaude (λούοντα πολλῷ θερμῷ...)»⁴⁴. Pour toutes les douleurs naissant soudainement dans le corps, sans fièvre, il convient de laver (λούειν) le patient avec beaucoup d'eau chaude»⁴⁵. C'est parfois l'eau de mer qui est recommandée pour le bain⁴⁶. C'est ainsi que nous lisons dans les *Epidémies* VII: «Onisantidès avait une douleur de l'épaule survenue en été à la suite d'un dépôt. Baigner le corps et l'épaule dans la mer aussi longtemps que possible pendant trois jours; boire un vin blanc léger en étant couché dans la mer, et uriner dans la mer»⁴⁷. Commentant ce texte, R. Joly écrit: «Surdétermination bien naturelle: la mer, dans la conscience collective, purifie tout»⁴⁸.

Si les médecins prescrivent très souvent le bain, ils l'interdisent parfois. C'est ainsi que l'auteur de *Maladies* II écrit pour un malade dont le cerveau souffre de la bile: «Il s'abstiendra des bains pendant la durée de la douleur»⁴⁹.

Suivant en cela le grand Bachelard⁵⁰, nous dirons qu'une notion valorisée (comme le vin, le bain et d'autres notions) est toujours ambivalente. Si le bain chaud est souvent recommandé, c'est que le chaud est valorisé. C'est ainsi que l'auteur du petit traité *De l'usage des liquides* écrit: «Pour les yeux, le chaud est bon en cas de douleurs...»⁵¹

⁴³ GINOUVÈS, *op. cit.*, p. 368, n. 12. Ginouvès ne parle cependant guère de la médecine.

⁴⁴ *Affections* 2 (L. VI 210).

⁴⁵ *Affections* 16 (L. VI 224). Il faut se souvenir que Platon, vers 350, dans les *Lois* VI, 761 c n'admettra l'installation de bains chauds dans les gymnases qu'en les réservant aux vieillards, γεροντικά λουτρά θερμά, aux malades, et aux cultivateurs fatigués par les travaux des champs. Cf. GINOUVÈS, *op. cit.*, pp. 135-136.

⁴⁶ Cf. G. ROCCA-SERRA, «La mer, agent thérapeutique dans l'antiquité classique», *AIHS*, 1969, pp. 17-44.

⁴⁷ *Épidémies* VII 76 (L. V 434). Cf. *Épidémies* V 58 (L. V 240).

⁴⁸ JOLY, *Le niveau...*, *op. cit.*, p. 228. Dans le *Ploutos* 657-658, Aristophane se moque d'un traitement de médecine religieuse comportant un bain de mer froid: «Par Zeus, il devait être heureux, le vieillard, d'être baigné dans l'eau salée froide!». Un auteur tardif, Diogène Laërce, *Vie de Platon*, raconte que Platon tomba malade «en Égypte et qu'il y fut guéri par les prêtres grâce à un remède d'eau de mer, ce qui lui fit dire: "La mer lave tous les maux de l'homme"».

⁴⁹ *Maladies* II 19, 2 (L. VII 32 = p. 153 éd. Jouanna). Il n'est peut-être pas sans intérêt de se souvenir que les charlatans qui prétendaient guérir l'épilepsie prescrivait à leurs patients l'abstinence de bains (cf. *Maladie sacrée*, L. VI 354: λουτρῶν τε ἀπέχεσθαι).

⁵⁰ Cf. G. BACHELARD, *La formation de l'esprit scientifique*, Paris, 1965⁴, p. 122: «C'est un des traits fondamentaux d'une pensée valorisante que toute valeur peut être niée».

⁵¹ *De l'usage des liquides* 6, 4 (L. VI 132 = p. 169 éd. Joly).

ou «le chaud... calme les douleurs (ἀνώδυνον)»⁵². L'auteur du traité *Des lieux dans l'homme* proclame qu'«on calmera la douleur par des médicaments échauffants, dans le cas d'une "pleurésie" et d'une péripneumonie (θερμαντηρίοισι φαρμάκοισι)»⁵³. D'autres textes vont tout à fait dans le même sens⁵⁴.

Mais si le chaud est souvent valorisé, le froid l'est aussi. C'est ainsi qu'on lit dans le chapitre 30 des *Affections*, consacré à l'arthrite: «...Il convient d'appliquer sur la partie douloureuse des rafraîchissants (ψύγματα)»⁵⁵ ou dans le chapitre 19 de *Maladies II*: «Quand le malade présente ces symptômes (= le cerveau souffrant de la bile), appliquez-lui des réfrigérants à la tête (ψύγματα)»⁵⁶ ou encore au chapitre 1 de *Maladies III*: «(en cas de phlegmasie cérébrale)... il faut, quand la douleur est intense, rafraîchir la tête (ψύχειν); le mieux est de la raser, et de mettre dans une vessie ou un boyau quelque réfrigérant (τῶν ψυκτικῶν τι), par exemple le suc de strychnos et la terre du potier; on applique et on retire tour à tour avant que la substance appliquée ne s'échauffe...»⁵⁷.

Nous lisons aussi dans le petit traité *De l'usage des liquides*, qui consacre des développements spécifiques au rôle du froid et du chaud, ces considérations: «Les deux (= le froid et le chaud) sont utiles pour les gonflements aux articulations, pour la goutte sans ulcération, pour la plupart des spasmes; dans ces cas beaucoup d'eau froide en affusion sèche la sueur et engourdit (ναρκοῖ) la douleur. Un engourdissement (νάρκη) modéré calme la douleur et le chaud aussi dessèche et assouplit»⁵⁸. Nous constatons ici que le médecin hippocratique s'efforce de provoquer un engourdissement (νάρκη) de la douleur, par le froid ou par le chaud et qu'il est donc victime en thérapeutique de ce que R. Joly a appelé la polyvalence causale ou polycasualité⁵⁹.

Dans la thérapeutique de la douleur intervient souvent la purgation⁶⁰ qui semble un des moyens les plus efficaces d'expulser la douleur. C'est ainsi que nous lisons dans un passage du *Régime des maladies aiguës*: «(l'euphorbe et l'ellébore noir) apaisent la douleur

⁵² *Ibid.* 6, 5 (L. VI 134 = p. 170 éd. Joly).

⁵³ *Des lieux dans l'homme* 17, 1 (L. VI 310 = p. 58 éd. Joly).

⁵⁴ Cf. L. VII 20, VII 30.

⁵⁵ L. VI 242.

⁵⁶ *Maladies II* 19, 2 (L. VII 32 = p. 153 éd. Jouanna).

⁵⁷ *Maladies III* 1 (L. VII 118).

⁵⁸ *De l'usage des liquides* 6, 2 (L. VI 132 = p. 169 éd. Joly). Cf. aussi *Aphorismes V* 25 (L. VI 540).

⁵⁹ JOLY, *Le niveau...*, *op. cit.*, p. 32 sqq.

⁶⁰ Cf. II 146-148, II 274, II 466, IV 504, IV 506, V 246, V 650, VI 214, VI 222-224, VI 242, VII 30, VII 104-106, VII 146-148, VII 390, VIII 278.

(qui se situe sous le diaphragme sans se déclarer à la clavicule). Beaucoup d'autres purgatifs (ύπηλάτων) l'apaisent aussi, mais ce sont les deux meilleurs que je connaisse»⁶¹. Un aphorisme nous apprend que la purgation peut se faire par le haut ou par le bas: «Les douleurs au-dessus du diaphragme sont une indication de purger par le haut (ἄνω φαρμακείην); au-dessous, de purger par le bas»⁶². Dans une recette complexe de *Maladies II*⁶³ figure notamment la prescription suivante que nous avons déjà mentionnée: «Et quand le ventre est douloureux (ὅταν δ' ἐν τῇ γαστρὶ ἢ ὀδύνη ᾖ) et a des vents, administrer un clystère (ύποκλύζειν)». Dans le cas de Polycrate relaté par l'auteur des *Épidémies V*, la purgation doit être très efficace puisque nous apprenons qu'«après un lavement émollient, la douleur cessa (κλύσματι δὲ μαλθακῷ χρησαμένῳ ἔληξεν ἡ ὀδύνη)»⁶⁴.

Pour venir à bout de la douleur, le médecin hippocratique avait recours aussi aux vomitifs, moyens énergiques d'expulser ce qui est censé être la cause de la douleur, de la maladie⁶⁵. Un seul texte, extrait du *Prorrhétique II*, suffira à nous le montrer: «Les douleurs (ὀδύνη) survenant aux épaules, et qui, descendant dans les bras, produisent des engourdissements et des douleurs (ὀδύνας) n'ont pas d'apostases, mais elles guérissent (ύγιάζονται) avec le vomissement d'une bile noire. Mais celles qui demeurent là aux épaules, ou même qui vont au dos, se dissipent (ἐκφυγγάνουσιν) par un vomissement (ἐμέσαντες) de pus ou de bile noire⁶⁶». Ce texte est plein d'intérêt. En effet, il nous rappelle d'abord que douleur et maladie peuvent se confondre, que la douleur peut se guérir (ύγιάζονται, dont le sujet est ὀδύνη) par une expulsion (ἐκφυγγάνουσιν), en l'occurrence par un vomissement de l'agent causal de la douleur, la bile noire ou le pus.

Un autre moyen d'expulser la douleur est la saignée ou phlébotomie. Les textes, qui nous en parlent, sont assez nombreux⁶⁷. J'emprunte deux exemples à l'oeuvre de Polybe, la *Nature de l'homme*, où nous lisons: «Il faut donc, pour les douleurs du dos et des hanches, faire les saignées aux jarrets, et aux chevilles du côté externe⁶⁸» et aussi: «Il faut donc faire les saignées (φλεβοτομίας) pour les douleurs

⁶¹ *Régime des maladies aiguës* 33, 2 (L. II 274 = p. 46 éd. Joly).

⁶² *Aphorismes* IV 18 (L. IV 506).

⁶³ La référence se trouve à la n. 29.

⁶⁴ *Épidémies V* 73 (L. V 246). Il est intéressant de constater qu'au v. 1340 des *Grenouilles* d'Aristophane, «ἀποκλύζω implique que le lavage débarrasse de quelque saleté». Cf. GINOUVÈS, *op. cit.*, p. 28, 3: le verbe a encore une connotation magico-religieuse!

⁶⁵ Cf. notamment VI 210-212, VI 222-224, IX 68-70.

⁶⁶ *Prorrhétique II* 40 (L. IX 68-70).

⁶⁷ Cf. II 146-148, II 272, V 250, V 648, V 668, VI 58, VI 330, VII 118.

⁶⁸ *Nature de l'homme* 11, 1, 3 (L. VI 58 = p. 194 éd. Jouanna).

des lombes et des testicules, aux jarrets et aux chevilles, du côté interne ⁶⁹».

Une autre façon d'expulser la douleur est de provoquer l'éternuement ⁷⁰. C'est ainsi qu'on lit dans un texte des *Épidémies* VII: «La douleur de la tête ne cessant pas, on lui (=Polyphante, à Abdère) administra des sternutatoires (πταρμικά) ⁷¹». Dans un texte des *Affections*, dont j'ai cité plus haut un extrait, nous lisons ces prescriptions: «Si des douleurs se jettent sur la tête, il importe... de provoquer l'issue du phlegme et de la mucosité en déterminant l'éternuement (πταρμόν) ⁷²».

Pour soulager les douleurs gynécologiques, les médecins ont parfois recours aux fumigations ⁷³, très généreusement pratiquées en gynécologie hippocratique. C'est ainsi qu'on lit dans un paragraphe du traité *Des maladies des femmes* II: «Pour la douleur de matrice (ὀδύνης ὕστερέων): vin d'excellente qualité, coupé d'eau par moitié, trois demi-conges attiques, racines et graines de fenouil un tiers, huile de rose une demi-cotyle, jetez dans un vase neuf, versez le vin et donnez la fumigation (πυριήν)...» ⁷⁴; dans un autre paragraphe du même traité, c'est à une infusion utérine que le médecin recourt pour la douleur de la matrice (μητρῶων ὀδύνης ἔγχυτον) ⁷⁵ avant de proposer une autre fumigation (πυριῆσαι) propre à calmer les douleurs utérines (ὕστερέων ὀδύνης παῖον).

Assez paradoxalement sans doute, le médecin hippocratique n'hésite pas à cautériser son patient... pour calmer sa douleur ⁷⁶. Ainsi, dans un chapitre des *Epidémies* VI, pour combattre les douleurs, le médecin prescrit la cautérisation à côté de la purgation (παθαίρειν), de l'incision, de l'application du chaud, du froid, des éternuements... ⁷⁷.

Il peut nous paraître étrange aujourd'hui de lire à plusieurs reprises

⁶⁹ *Nature de l'homme* 11, 2, 9 (L. VI 58 = p. 194 éd. Jouanna).

⁷⁰ Cf. notamment V 324, V 460, V 210, VII 132.

⁷¹ *Épidémies* VII 112 (L. V 460).

⁷² *Affections* 2 (L. VI 210). A la p. 236 de son livre *Le niveau..., op. cit.*, JOLY écrit: «on sait l'importance de l'éternuement comme signe ominal dans la religion grecque: fausse rationalisation de la mantique populaire».

⁷³ Cf. notamment VIII 278, VIII 352-354, VIII 400.

⁷⁴ *Maladies des femmes* II 206 (L. VIII 400).

⁷⁵ Cf. *Maladies des femmes* II 172 (L. VIII 352).

⁷⁶ Cf. notamment V 324, VI 244.

⁷⁷ Cf. *Épidémies* VI 3 (L. V. 324). Sur le sens d'«évacuer» que possède dans le Corpus le verbe καθαίρειν, cf. L. MOULINIER, *Le pur et l'impur dans la pensée des Grecs*, Paris, 1952, p. 158 sqq.

dans le Corpus qu'«une douleur violente et subite (du foie) est dissipée par une fièvre (πυρετός) qui survient»⁷⁸. Mais il ne faut pas perdre de vue que la fièvre est un feu, πῦρ, élément chaud par excellence qui, par ailleurs, peut provoquer l'exsudation et que le mot simple πῦρ peut, dans un contexte médical, signifier la fièvre.

Les médecins avaient encore d'autres moyens de lutter contre la douleur, de l'expulser du corps du patient: l'évacuation de crachats⁷⁹, l'onction⁸⁰, l'hémorragie⁸¹, l'incision⁸² et l'emploi de ventouses⁸³. Citons un dernier texte très bref, emprunté au traité des *Affections internes*: «(dans un érysipèle du poumon), la douleur persistant, oignez (χρίων) d'huile la partie douloureuse (τὸ πονέον μέρος)»⁸⁴.

Pour être complet, je devrais encore citer, dans cet arsenal de moyens thérapeutiques contre la douleur, la succussion⁸⁵, les cataplasmes⁸⁶ et les borborygmes⁸⁷, signes qui annoncent vraisemblablement une expulsion.

R. Joly estime que, dans cette polypharmacie, cette polythérapie, «il est possible, après tout, que quelques-uns des remèdes utilisés aient une vraie valeur thérapeutique...»⁸⁸. C'est ainsi que nous avons constaté que les médecins utilisaient contre la douleur le «mécon» ou pavot qui fournit l'opium; mais ils l'emploient tellement rarement comme analgésique que nous sommes en droit de nous demander s'ils étaient conscients des propriétés de ce végétal.

Il n'est donc pas téméraire d'affirmer aujourd'hui que les résultats des médecins devaient être médiocres, sinon nuls. C'est cette ineffi-

⁷⁸ *Prénotions coaques* 2, 440 (L. V 682). Cf. aussi IV 572, IV 592. Il faut noter la fréquence d'emploi de πυρετός: 1037 occurrences dans le Corpus. Je dois l'intégralité des chiffres de mon étude à l'admirable outil de travail qu'est la *Concordance des œuvres hippocratiques* éditée par G. MALONEY et W. FROHN, Québec, 1984. Il faut savoir aussi que l'auteur des *Vents est* d'avis que «la fièvre» est «la maladie la plus commune» (L. VI 96 = p. 109 éd. Jouanna).

⁷⁹ Cf. notamment II 146, II 146-148, V 620.

⁸⁰ Cf. VII 132, VII 184, IX 160...

⁸¹ Cf. V 602, V 648, V 708...

⁸² Cf. VI 196, VII 202...

⁸³ Cf. V 136.

⁸⁴ *Affections internes* 7 (L. VII 184).

⁸⁵ Cf. V 354: Sur ce procédé, cf. L. BOURGEX, *Observation et expérience chez les médecins de la Collection hippocratique*, Paris, 1953, e. a. pp. 59-60, 158-159, 173-174; A. DEBRU, *Hippocrate, La consultation*, Paris, 1986, p. 277.

⁸⁶ Cf. V 428-430, IX 160.

⁸⁷ Cf. V 644-646.

⁸⁸ JOLY, *Le niveau...*, *op. cit.*, p. 50. A la suite de cette phrase, Joly s'empresse d'ajouter: «encore que l'auteur, vu la variété même des préparations qu'il préconise, en paraisse peu conscient».

cacité des remèdes rationnels —qui présentent cependant parfois des relents magiques et religieux— qui explique que les malades, incurables et torturés par la douleur, aient eu recours à la médecine religieuse des sanctuaires, comme celui d'Épidaure, ou aient été acculés au suicide ⁸⁹. Même aujourd'hui, à l'aube de l'an 2000, ce type de comportement, s'il a vraisemblablement diminué par rapport à l'Antiquité, grâce aux progrès constants d'une médecine de plus en plus performante, n'a pas disparu ⁹⁰.

⁸⁹ Cf. D. GOUREVITCH, *Le triangle hippocratique dans le monde gréco-romain. Le malade, sa maladie et son médecin*, Rome, 1984, pp. 169-216.

⁹⁰ Le banal article de M. A. HALEVY et S. HALEVY, «Le problème de la douleur et de l'analgésie chez Hippocrate», in *Actes du XVII^e congrès international d'histoire de la médecine*, Athènes-Cos, 1960, vol. I, pp. 167-175, n'est d'aucune utilité.

Les malades «frappés»

MARIE-PAULE DUMINIL

(Université de Toulouse - Le Mirail)

On rencontre les malades «frappés» (*blētoi*) dans quatre traités hippocratiques, *Maladies* II 8 et 25, *Maladies* III 3, *Régime des maladies aiguës* 5 et *Prénotions coaques* 394¹. Ces cas retiennent l'attention d'abord parce que les symptômes décrits ne sont pas les mêmes dans les quatre traités, ensuite à cause de l'originalité de l'appellation *blētós* qui utilise une épithète appliquée au malade pour désigner la maladie², enfin parce que deux traités, *Acut.* et *Coa.*, attribuent cette appellation «aux Anciens». Dans son livre *Il medico et la malattia*, V. di Benedetto considère qu'il s'agit de la même maladie dans les quatre traités tandis que J. Jouanna, dans son édition de *Mal.* II, est d'un avis opposé et que A. Thivel, dans son *Cnide et Cos?*, se demande «s'il s'agit bien de la même maladie» et répond un peu plus loin à sa propre question en affirmant que les Coaques ont confondu «une maladie nerveuse avec la péripneumonie», ce qui revient à dire que ce n'est pas la même maladie, mais que les Coaques ont cru que c'était la même³. Voilà ce qui suscite un nouvel examen du cas de ces malades «frappés». On partira du témoignage de *Mal.* II et III, puis on leur comparera le passage assez long que leur consacre *Acut.* en essayant de le placer dans une nouvelle perspective; enfin, on tentera de situer *Coac.* par rapport à *Mal.* II et III d'une part et à *Acut.* d'autre part.

Dans *Mal.* II, le paragraphe consacré aux malades «frappés» commence précisément par ἦν βλητὸς γένηται, exactement à la même place et avec la même fonction que, par exemple, ἦν σφακελίση ὁ ἐγκέφαλος au c. 5 (cf. également c. 4, 7, 9, 10, etc.), c'est-à-dire que la formule qui présente la maladie en nommant le processus pathologique qui en constitue la caractéristique principale. Une telle indi-

¹ *Mal.* II 8 et 25 (VII 16, 5 et 38, 19 L.) (Jouanna, 139 et 158); *Mal.* III 3 (VII 120, 17 L.); *Acut.* 5 (II 260, 17 L.) (Joly, c. 17, 1, p. 42); *Coac.* 394 (V 672, 8 L.).

² Cette forme de désignation est unique dans *Mal.* II.

³ V. DI BENEDETTO, *Il medico e la malattia*, Turin, 1986, p. 23 sq.; J. Jouanna, p. 139, n. 1; A. THIVEL, *Cnide et Cos?*, Paris, 1980, p. 270 et 278.

cation est un procédé équivalent, pour désigner la maladie, à celui qui donne simplement le nom de la maladie en tête de la description (cf. κωνάγχη δὲ γίνεται, c.); σταφυλὴ δὲ γίνεται, c. 10). Le cas du malade «frappé» fait partie d'un ensemble de cas qui traitent tous de maladies de la tête et, de fait, la sémiologie comme l'étiologie de ce chapitre se rapportent à la tête: le malade a mal à la partie antérieure de la tête, sa vue est affectée, les vaisseaux de la tête s'échauffent et le cerveau est enflammé. Les autres symptômes sont: somnolence (*komáinei*), battement des vaisseaux (de la tête sans doute, bien que le texte ne le précise pas), légère fièvre, impuissance du corps à se mouvoir (*akrasíē*). La cause de la maladie est l'échauffement des vaisseaux qui attirent alors le phlegme. Le phlegme refroidit le sang, l'immobilise, d'où la perte du mouvement. Si le sang se refroidit au point de se figer, c'est la mort. Aucun délai n'est indiqué.

Le c. 25 est très semblable au c. 8, étant entendu qu'il omet l'étiologie, mais ajoute une thérapeutique et des prescriptions de régime, comme dans toute la deuxième partie du traité par rapport à la première. Seulement ce c. 25 précise que les vaisseaux qui battent sont ceux des tempes; il ajoute que le malade maigrit et qu'il meurt le 18ème ou 20ème jour.

Le c. 3 de *Mal. III* commence par οἱ δὲ βλητοὶ λεγόμενοι εἶναι ⁴ et reprend les mêmes symptômes en y ajoutant la perte de la conscience (*ékphrones*). Le phlegme n'est plus rendu responsable de la maladie, mais, plus généralement, l'absence de purgation (*akatharsíē*). La mort, selon ce traité, intervient en trois ou cinq jours. A l'évidence, ces trois passages forment un ensemble et seront traités comme tels.

La tradition nous a transmis une interprétation du mot *blētós*: une glose marginale du *Marcianus graecus* 269 (M) *ad loc.* l'explique par «apoplectique» et précise qu'il désignait ceux qui meurent soudainement d'une maladie aiguë, ce que confirme Hésychius ⁵. Le diagnostic de la tradition paraît justifié si l'apoplexie, selon la définition du dictionnaire Robert, est bien «un arrêt brusque et plus ou moins complet des fonctions cérébrales, avec perte de connaissance et du mouvement volontaire, sans que la respiration et la circulation soient suspendues». Or, dans les deux traités, il y a arrêt des fonctions cérébrales (*kōma*, *ékphrones*) et du mouvement volontaire (*akrasíē*). De plus, si on compare à ces textes l'apoplexie des c. 6 et 21 de *Mal. II*, on y trouvera

⁴ V. DI BENEDETTO note que cette formule montre que le terme *blētós* devait être d'usage courant.

⁵ HÉSYCHIUS, éd. Latte, I, 331, 23; scholie de M relevée par J. Jouanna, éd. de *Mal. II*, p. 91; l'*Etymologicum magnum* (éd. Gaisford, 222, 22) donne la même définition qu'Hésychius.

ces deux symptômes et aussi la soudaineté de l'attaque. Quant à la cause, ce n'est plus le phlegme, mais la bile noire et c'est probablement là que réside, aux yeux du médecin hippocratique, la différence entre les deux maladies. On pourrait remarquer que dans les chapitres consacrés aux malades «frappés», il n'y a rien qui marque la soudaineté de la maladie: sans doute le mot *blētós* y suffisait-il et la rapidité d'évolution de la maladie. On peut donc sur ce point se ranger à l'avis de V. di Benedetto ainsi qu'au diagnostic «moderne» qu'il formule: il s'agit bien d'une description de l'ictus.

Quand on passe au c. 5 de *Acut.*, on note d'abord que le contexte où il est question des malades «frappés» est tout autre. Dans *Mal.* II et III, le cas était traité pour lui-même, comme une description de maladie parmi d'autres. Dans *Acut.*, il s'agit de faire l'éloge de la décoction d'orge (*ptisánē*) considérée par l'auteur comme le régime idéal dans les maladies aiguës. Cet éloge est rendu nécessaire par l'ignorance quasi générale des médecins à cet égard, ignorance dont les conséquences sont préjudiciables d'abord à la science médicale tout entière parce qu'à ce propos, les médecins disent n'importe quoi et se contredisent entre eux, ensuite aux malades parce que l'usage à contretemps de la *ptisánē* ou d'une *ptisánē* mal préparée peut leur causer le plus grand tort et même être cause de leur mort: c'est alors que le médecin hippocratique se met à parler des «malades frappés» qui succombent à l'administration d'une *ptisánē* mal préparée. Ce qui concerne les malades «frappés» n'est en fait qu'une incidente dans un ensemble qu'on pourrait intituler «*Défense et illustration de la ptisánē*».

La qualité principale de la *ptisánē* est son «coulant» grâce auquel «elle n'adhère ni ne s'arrête nulle part dans son trajet à travers la poitrine». Les précautions doivent être prises surtout quand on administre la décoction avec le grain. Une décoction mal préparée peut nuire de deux façons:

- chez ceux dont l'intestin est obstrué par les aliments, la décoction, administrée sans évacuation préalable, peut augmenter la douleur existante et en ajouter une nouvelle, car «la respiration deviendrait plus rapide, ce qui dessèche le poumon et fatigue l'hypochondre, le bas-ventre et le diaphragme»;
- chez ceux qui ont une douleur au côté, la douleur ne cède pas au traitement, les crachats ne sont pas expectorés, mais deviennent visqueux sans coctions. La mort intervient le septième jour au plus tard: les premiers meurent dans le délire (τὴν γνώμην βλαβέντες) et cela n'est pas étonnant, puisqu'une des parties affectées est le diaphragme dont on connaît les liens avec les troubles psychiques; rien d'étonnant non plus à ce

qu'une respiration rapide ait, sur l'état du sang, une incidence susceptible de se manifester par le délire; les autres, incapables de respirer couchés, sont étouffés par les râles. C'est ici que l'auteur remarque: «Voilà bien les malades dont les Anciens pensaient qu'ils étaient frappés, surtout parce qu'à leur mort, on trouve leur côté livide (πελιδνή), comme par l'effet d'un coup». Le processus pathologique est le suivant: des difficultés respiratoires apparaissent (πνευματίαι γίνονται), une respiration forte et rapide rend les crachats visqueux sans coction; ils ne peuvent être expectorés; bloqués dans les bronches, ils provoquent le râle, empêchent l'air d'entrer et le forcent à sortir rapidement. Les deux maux s'aggravent réciproquement: les crachats bloqués accélèrent la respiration et la respiration trop rapide rend les crachats visqueux et les empêche d'être expectorés.

Dans aucun des deux cas la tête n'est en cause. Pas une seule fois non plus il n'est question de maladie soudaine, puisque tel n'est pas le sens, ici, du mot *blētós*. Tout nous incite donc à penser qu'il s'agit d'une maladie complètement différente de celle que décrivent *Mal. II* et *III*.

Cependant, tel n'est pas l'avis de V. di Benedetto qui relève que, dans la description d'*Acut.*, certains malades succombent dans le délire et qui estime que c'est un symptôme cohérent avec les cas décrits dans *Mal. II* et *III* et qu'en conséquence et malgré les apparences, il s'agit de la même maladie. Or cette argumentation est irrecevable pour deux raisons, selon qu'on raisonne dans le cadre de la médecine moderne, comme il essaie de le faire, ou dans le cadre de la médecine hippocratique. Du point de vue des médecins modernes, le délire n'est pas un symptôme de l'ictus et, dès lors, le tableau clinique n'est plus cohérent. En outre, le délire n'est pas nécessairement un symptôme neurologique et il peut, par exemple, accompagner n'importe quelle forte fièvre. Du point de vue de la médecine hippocratique maintenant, la somnolence, l'impuissance à se mouvoir sont, comme le disent *Mal. II* et *III*, les conséquences d'un refroidissement du sang provoqué par les deux humeurs froides, le phlegme et la bile noire; au contraire, le délire est en général le résultat d'un échauffement du sang et il n'est pas difficile d'en trouver des exemples dans le *Corpus hippocratique*⁶. L'échauffement du sang est généralement dû à la bile, mais parfois aussi à la bile noire et au phlegme qui peuvent avoir un effet paradoxal d'échauffement, ce qui n'affecte aucunement le lien établi par les médecins

⁶ *Mal. I* 30 (VI 200 15-16 L.); *Mal. II* (VII 10,4 L.) (Jouanna, p. 133); *Mal. III* 10 (VII 128,23 et 130,4 L.).

hippocratiques entre l'échauffement du sang et le délire. On voit donc mal comment, dans une même maladie, le délire pourrait se manifester comme une alternative à la somnolence et à l'impuissance à se mouvoir.

A cela s'ajoute un argument positif et qui me paraît décisif. Les malades «frappés» de *Mal.* II et III sont appelés ainsi à cause de la soudaineté de la maladie que suggère d'ailleurs aussi le mot «ictus». La soudaineté est le symptôme caractéristique de la maladie puisqu'il sert à la nommer et il est aussi le symptôme essentiel qui permet de poser le diagnostic (et le pronostic). Dans *Acut.*, les choses sont très différentes: la lividité du côté qui fait penser à un coup est constatée seulement à la mort et, en conséquence, elle ne saurait contribuer en quoi que ce soit à poser le diagnostic. Cependant, on pourrait dire que la lividité du côté en elle-même n'est pas incompatible avec l'ictus. Ce n'est en effet qu'un pseudo-symptôme que la médecine moderne n'a pas retenu et qui tient sans doute uniquement à ce que la mort est survenue quand le malade était couché sur le côté, ce qui peut manifestement arriver dans n'importe quelle maladie et, en particulier, chez un malade frappé d'ictus. Pourtant, il est tout de même bien plus vraisemblable que cela se produise chez un malade qui souffre de certaines maladies respiratoires, par exemple d'un empyème du poumon. En effet, si l'abcès est unilatéral, le malade souffre moins s'il est couché sur le côté malade. Or cela est bien connu au moins de l'auteur de *Mal.* II qui l'expose au c. 47, consacré à la péricéphalite et à l'empyème du poumon⁷; pourtant ce texte ne parle pas du tout du côté livide.

Or on trouve précisément dans *Acut.* l'indique qu'il pense effectivement à l'empyème du poumon. Dans la phrase qui suit celle qui parle du côté livide, l'auteur précise que «la raison en est qu'ils (les malades «frappés») meurent avant que la douleur ne cesse». Cela renvoie une quarantaine de lignes plus haut⁸ où l'auteur explique que les précautions qu'il vient de recommander visent surtout ceux qui prennent la *ptisânē* avec le grain, car «les douleurs cessent aussitôt d'elles-mêmes quand ils commencent à expectorer de façon notable»... et ils font moins d'abcès (*émпыοι ήσσον γίνονται*). Il faut donc conclure que, si la décoction d'orge n'est pas administrée convenablement, la douleur ne cesse pas et les malades sont plus exposés aux abcès. Ainsi le texte-même d'*Acut.* contient l'idée sous-jacente que la pathologie consécutive au mauvais usage de la *ptisânē*, c'est l'empyème du poumon, ce qui est cohérent avec le côté livide.

⁷ *Mal.* II 47 (VII 70,2 L.) (Jouanna, c. 47b,3, p. 181,14); 59 (VII 92,6 L.) (Jouanna, 198,15); 60 (VII 92,22 L.) (Jouanna, 199,15 et la note 3, p. 198).

⁸ 4 (II 252,2 L.) (Joly, c. 14,1, p. 41).

En somme, les deux types de descriptions des malades «frappés» n'ont rien de commun et même, ils comportent deux symptômes incompatibles, la profonde somnolence et le délire. D'un côté, l'appellation de malades «frappés» est donnée après coup, à la mort, à des malades qui semblent avoir reçu un coup au côté, de l'autre la même appellation sert à poser le diagnostic d'une maladie dont l'apparition brutale et la gravité les mettent d'emblée dans un état tel que la maladie est comparée à un coup. En outre, dans les descriptions du groupe *Mal. II* et *III* où il y a souffrance au côté livide ni de malades «frappés». On doit en conclure que les malades «frappés» de ces deux traités ne sont pas les mêmes que ceux d'*Acut.* c.5 où l'observation du côté livide est bien à sa place. Et si on admet cela, il en résulte que les Anciens auxquels *Acut.* attribue cette appellation ne sont pas les auteurs de *Mal. II* et *III* qui, eux, ne se réfèrent pas aux Anciens⁹. Si maintenant on pose l'hypothèse que ces deux traités ne connaissent pas l'observation du côté livide, cela signifierait que ces traités sont antérieurs aux Anciens d'*Acut.*, ce qui est fort invraisemblable: ce serait leur attribuer une date beaucoup trop haute. Il faut alors admettre que *Mal. II* et *III* étaient au fait du côté livide, mais qu'ils l'ont délibérément ignoré pour faire un autre usage de l'appellation, pour en faire un nom de maladie.

Ici se présente une objection: *Acut.* dit que les Anciens parlaient de malades «frappés» surtout (*ouk hēkista*) à cause du côté livide, ce qui suppose l'existence d'autres raisons que l'auteur passe sous silence. Mais cela ne veut pas dire que les autres raisons sont celles de *Mal. II* et *III*. Or il faut noter l'insistance de l'auteur d'*Acut.* à présenter le côté livide comme la vraie raison, la raison essentielle des Anciens: la phrase commence par *μάλα* et la formule *διὰ τὸδε οὐχ ἥμισυτα ὅτι* renforce l'insistance. Cette insistance ne peut avoir qu'un sens: *Acut.* connaît le nouvel usage de *βλητός* qui est celui de *Mal. II* et *III* et il semble vouloir s'en tenir à l'usage des Anciens, en quoi il apparaît comme plus «conservateur» que *Mal. II* et *III*.

Dans ces conditions, le cas des malades «frappés» apparaît comme exemplaire de ce qu'était la médecine des «auteurs de l'ouvrage connu sous le nom de *Sentences knidiennes*» (c. 1): «ils ont décrit exactement ce qu'éprouvent les malades dans chacune des maladies et l'issue de

⁹ Ici se marque un désaccord total avec l'opinion de F. KUDLIEN, «Bemerkungen über die Knidische Aerzteschule», *Corpus hippocraticum*, Actes du Colloque de Mons, Mons, 1977, pp. 95-103. Non seulement, à mon avis, *Mal. II* et *III* ne sont pas les Anciens de *Acut.*, mais en outre il ne paraît justifié ni de donner à *blētōs* un sens surnaturel comme dans les adjectifs composés du type *diōblētōs* ni, par suite, de comprendre «anciens» au sens de «archaïques». Rien, dans nos textes, n'autorise une telle interprétation.

plusieurs d'entre elles... Mais les Anciens n'ont rien écrit de bon sur le régime». Et en effet, selon l'auteur d'*Acut.*, ils ont bien décrit les malades «frappés», mais ils n'ont pas su dire quelles règles impératives devaient être respectées dans l'administration de la décoction d'orge. Il n'est pas nécessaire de supposer que les Anciens du début du texte sont autres que ceux du c.5.

Maintenant, on peut s'interroger sur la description même de la maladie décrite dans *Acut.*: voilà une maladie où la simple absorption d'une décoction d'orge suffit à faire naître des troubles non digestifs, mais respiratoires. Qui plus est, même si la maladie antérieure était digestive, la nouvelle douleur est respiratoire. Il suffit pour cela que l'orge ne soit pas d'une qualité parfaite ou qu'il soit mal préparé, surtout si on administre la décoction avec le grain; elle risque de perdre ainsi sa qualité essentielle, son «coulant», grâce auquel elle «n'adhère ni ne s'arrête dans son passage à travers la poitrine». *A contrario*, la décoction mal préparée aura le tort d'adhérer et de s'arrêter dans le passage, ce qui a pour effet le blocage de l'air, une respiration rapide, les crachats visqueux qui ne peuvent être expectorés. Or l'air et les crachats sont dans ce cas bloqués dans la trachée.

Ici, on peut trouver quelques éclaircissements si on regarde le c. 13 de *Nature des os*¹⁰. Rappelons qu'il s'agit, dans les chapitres 11 à 19 de ce traité, d'une longue description d'un vaisseau unique qui irrigue tout le corps de ses ramifications au nombre desquelles se trouve la trachée qui va du coeur à la bouche en traversant le poumon où elle fait naître des conduits; la trachée contient peu de sang et beaucoup de souffle. Or, si des corps étrangers viennent à s'y introduire, soit avec la boisson, soit avec le passage du souffle ou du sang, ils ne peuvent être entraînés par le sang, puisque la trachée et les conduits qui en dépendent sont pauvres de sang: donc, ils y demeurent et y forment une concrétion (*pôros*). Alors la respiration devient rapide et difficile (*tachýpnoia*, *dýspnoia*) parce que l'air ne peut plus ni entrer ni sortir normalement ni facilement. Et si les liquides affluent plus abondamment dans les «passages du poumon» (οἱ δίοδοι τοῦ πλεύμονος) au point de ne pouvoir ni s'épaissir ni se figer, ils pourrissent le poumon et les malades souffrent d'empyème et de consomption (γίνονται ἔμπυοί τε καὶ φθινώδεις). On reconnaît dans les liquides qui affluent dans les passages du poumon les crachats qui, selon *Acut.*, deviennent visqueux sans coction. Ces crachats, visqueux à l'excès, sont équivalents à ceux qui ne peuvent ni s'épaissir ni se figer, ce qui, dans les deux traités, empêche leur expectoration.

¹⁰ *Nat. Os.* 13 (IX 184-186 L.).

Malgré un vocabulaire différent, les deux traités décrivent des processus pathologiques semblables et *Nat. Os.* permet de comprendre de quelle façon la décoction peut provoquer les souffrances décrites par *Acut.*: les grains d'orge de la décoction peuvent être entraînés dans la trachée comme les corps étrangers de *Nat. Os.*, y faire naître des concrétions et provoquer ainsi les accidents respiratoires. La décoction pouvait donc être tenue pour responsable de complications respiratoires survenant au cours des maladies aiguës et *Acut.* est un écho des discussions médicales de son temps sur les dangers éventuels de l'administration de la décoction avec le grain. Ces discussions sont précisément celles qui sont évoquées au c. 3 d'*Acut.*: «pourquoi certains médecins, dans les maladies aiguës, donnent-ils tout le temps des décoctions d'orge non passées et pensent soigner correctement alors que d'autres prennent grand soin que le patient n'absorbe aucun grain d'orge (car ils y voient un grand dommage) et ne donnent l'infusion qu'après l'avoir filtrée à travers un linge?»¹¹. Evidemment, l'auteur d'*Acut.* se place au rang des premiers, à condition de prendre des précautions quant à la qualité de l'orge et au soin apporté à préparer la décoction; à l'évidence aussi, les auteurs de *Mal. II* et *III* font partie du second groupe: comme l'a bien remarqué J. Jouanna¹², *Mal. II* parle constamment de τὸν χυλὸν τῆς πιτσάνης, c'est-à-dire de la décoction filtrée, et une seule fois de la décoction entière; V. di Benedetto¹³ ajoute qu'il en est de même dans *Mal. III*, *Aff. int.* et *Mul. A.*

Naturellement, il y a à l'arrière-plan de cette pathologie et de cette discussion diététique, la croyance à la possibilité qu'une partie des liquides ingérés passent dans le poumon et la méconnaissance du rôle de l'épiglotte. La croyance en question est attestée de bonne heure¹⁴ et elle s'est maintenue longtemps dans la pensée grecque, bien au-delà de la reconnaissance du rôle de l'épiglotte. Si une partie des liquides qu'on avale peut descendre dans la trachée pour refroidir la chaleur du coeur sans provoquer aucun désordre et sans qu'on en prenne conscience, il n'en va pas de même des parties solides que le liquide peut entraîner avec lui dans la traversée du poumon, d'où la méfiance de beaucoup de médecins à l'égard de la *ptisánē*. On peut alors penser que ce n'est pas un hasard si, des preuves accumulées par *Mal. IV* contre la croyance au passage des liquides dans le poumon, la septième

¹¹ 3 (II 238, 13 L.) (Joly, c. 7, 1, p. 38-39).

¹² J. JOUANNA, *Hippocrate*, Paris, 1974, p. 550, note à 52, 17.

¹³ DI BENEDETTO, *Il medico...*, p. 184.

¹⁴ Sur cette croyance et sur la pratique thérapeutique de l'infusion dans le poumon, la mise au point la plus complète est celle de I. M. LONIE, *The hippocratic treatises «On Generation», «On the Nature of the Child», «Diseases IV»*, Berlin-New York, 1981, pp. 361-366.

est justement celle-ci: «Si on buvait un cyceon ou si on absorbait une bouillie de céréale ou quelque autre chose de ce genre et que cela allât au poumon, à notre avis, on ne survivrait pas, même peu de temps»¹⁵. *Mal.* IV connaît l'épiglotte et sa fonction et il ne peut concevoir les craintes que la décoction d'orge inspirait aux médecins dont parle l'auteur d'*Acut.*

Il faut maintenant dire un mot de *Prénotions coaques* 394: à propos des péripneumonies, donc dans un contexte de maladies respiratoires comme dans *Acut.*, *Coac.* 394 parle d'une inflammation du poumon: «Alors, si une forte inflammation gagne les bronches (*aortai*) au point qu'elles s'appliquent contre le côté, les malades sont paralysés (*paralyontai*) de ce côté-là du corps et des lividités (*pelîômata*) apparaissent au côté extérieurement; les Anciens appelaient «frappés» ces malades». Ici donc, comme dans *Acut.*, l'adjectif «frappé» est employé à cause d'une lividité du côté, mais il y a une différence essentielle: dans *Acut.*, la lividité n'apparaît qu'à la mort; ici, elle est présentée comme un symptôme qui se manifeste dans le cours de la maladie et elle sert à désigner la maladie comme dans *Mal.* II et III. Elle a pour cause manifeste l'inflammation des bronches qui s'appliquent contre le côté, une étiologie connue aussi de *Mal.* II et III¹⁶ qui ne parlent ni l'un ni l'autre de côté livide. Enfin, on note la paralysie qui rappelle l'*akrasie* déjà rencontrée chez les malades «frappés» de *Mal.* II et III. Ainsi il n'y a guère de cohérence dans ce tableau clinique: l'auteur a pensé que *Mal.* II, III et *Acut.* décrivaient la même maladie et il en a fait une synthèse en éliminant les détails qui pouvaient paraître incompatibles entre eux. Ce traité apparaît donc, dans ce passage du moins, comme une pure compilation, sans valeur médicale.

L'erreur de *Coac.* est de croire que, sous la même appellation, ne peut nécessairement se trouver qu'une seule maladie. Or des raisons de cohérence interne aux textes, de cohérence avec le contexte, de rôle joué par l'adjectif *blētós* dans le discours médical prouvent qu'il y a deux sortes de malades «frappés», ceux que les Anciens appelaient ainsi et qui souffraient d'une affection respiratoire, ceux que *Mal.* II et III appellent «frappés» et qui souffrent d'une atteinte neurologique. Il en résulte que *Mal.* II et III ont réinterprété l'appellation ancienne d'une maladie et que cette nouvelle appellation est connue d'*Acut.* qui préfère cependant s'en tenir à l'usage des Anciens. Rien ne s'oppose plus dès lors à ce que les Anciens d'*Acut.* c.5 soient les mêmes que ceux du c.1, ce qui est plus satisfaisant que de supposer qu'ils sont différents à si peu de distance. D'après le contexte, il y a peu de doute

¹⁵ 56 (VII 608, 6 L.) (c. 56, 5, p. 121 Joly).

¹⁶ *Mal.* II 59 (VII 92, 1 L.) (c.59, 1, p. 198 Jouanna). *Mal.* III, 16 (VII 156, 1 L.).

que ces Anciens sont d'anciens Cnidiens, qu'ils soient les auteurs des *Sentences cnidiennes*, ceux de la révision de cet ouvrage ou les deux et il est certain que *Mal. II* et *III* n'en font pas partie. On voit ensuite que les malades «frappés» des Anciens supposent l'existence d'un débat ancien entre médecins sur l'administration de la décoction d'orge entière et que ce débat est toujours d'actualité au temps d'*Acut.*: la décoction peut-elle, dans certains cas, être plus nuisible qu'utile, peut-elle être à l'origine de maladies qu'on pourrait déjà appeler iatrogènes? Comme toile de fond de ce débat, il y a la croyance qu'une partie de la boisson passe dans le poumon pour le refroidir et l'ignorance du rôle de l'épiglotte. *Mal. II* et *III* sont au nombre des traités qui entretiennent de la méfiance à l'égard de la décoction entière. L'auteur de *Coac.* connaît les malades «frappés» par les mêmes textes que nous ou par des textes qui y ressemblent fort; il pense qu'il n'existe qu'une sorte de malades «frappés» et il fait une synthèse absurde des textes qui en parlent. C'est un compilateur, non un médecin.

Ejercicio físico y deporte en el *Corpus* hipocrático

FERNANDO GARCÍA ROMERO

(Universidad Complutense, Madrid)

Probablemente no sea exagerado afirmar que la relevancia que el deporte y los ejercicios físicos en general han alcanzado en nuestro mundo de hoy únicamente puede parangonarse, a lo largo de la historia de la humanidad, con la posición preeminente que ocuparon en la cultura de la antigua Grecia. Ello vale no sólo para el deporte de competición, para el deporte como espectáculo, sino que también (y esto es más importante), puede aplicarse a la práctica de ejercicios corporales como medio de adquirir y mantener tanto la salud física como el equilibrio mental, e incluso desarrollar y pulir las cualidades morales de la persona. Un texto platónico (*República* 410 b y ss.) es elocuente de lo que decimos.

Por supuesto, los escritos que componen el *Corpus Hippocraticum* no permanecen ajenos a estos conceptos. Así, al comienzo del tratado *Sobre los aires, aguas y lugares* se nos dice que «quien quiera estudiar correctamente la ciencia médica» (ἰητρικὴν ὅστις βούλεται ὀρθῶς ζητέειν) debe conocer, entre otras cosas, τὴν δίαιταν τῶν ἀνθρώπων, ὁκοίη ἤδονται, πότερον φιλοπόται καὶ ἀριστήται καὶ ἀταλαίπωροι, ἢ φιλογυμνασταὶ τε καὶ φιλόπονοι, καὶ ἔδωδοι καὶ ἄποτοι. La segunda alternativa representa, obviamente, el ideal de vida sana ¹.

Esta importancia higiénica básica que se otorgaba a las actividades físicas queda bien reflejada en el desarrollo y fijación de un amplio programa de ejercicios cuyo seguimiento podía contribuir a la consecución y conservación de la salud ² y que eran aplicables de acuerdo con las condiciones físicas y las necesidades de cada persona en particular, teniendo siempre en cuenta la influencia de factores internos

¹ Otras afirmaciones programáticas sobre el valor higiénico de los ejercicios físicos encontramos en *Sobre la oficina del médico* 20; *Epidemias* VI 4,18 y 4,23; *Sobre la dieta* II 60.

² Cf. W. D. SMITH, «The Development of Classical Dietetic Theory», en *Hippocratica*, Actes du Colloque hippocratique de Paris, Paris, 1980, pp. 439-448.

al propio individuo (su edad, sexo, complexión física, etc.) y también externos a él (el lugar, los vientos, las estaciones, etc.)³. El tratado hipocrático *Sobre la dieta* es, junto con el escrito de Galeno *Sobre cómo conservar la salud*, la obra que nos ofrece una más pormenorizada clasificación y descripción de los ejercicios físicos atendiendo a los condicionamientos apuntados⁴, y en él la gimnasia se prescribe tanto con fines terapéuticos⁵ como profilácticos, ya que, efectivamente, la prevención de las enfermedades mediante el adecuado régimen de alimentos y ejercicios físicos es el principal descubrimiento, el εὖρημα que con orgullo se atribuye a sí mismo el autor de Περί διαίτης, a quien se ha considerado por ello fundador o antecesor de la medicina preventiva⁶.

La aplicación de la gimnasia con ambos fines, profiláctico y terapéutico, se hace especialmente evidente en el auge que experimentó, desde el siglo V a.C., la gimnasia médica⁷. Con algunos posibles precedentes como el médico crotoniata Demócedes, casado con una hija del atleta Milón (cf. Heródoto III 125 ss.), o el pentatleta Ico de Tarento, el desarrollo de la gimnasia médica, o al menos su sistematización, va indisolublemente ligado a la figura del pedotriba Heródico de Mégara, luego radicado en la colonia megarense de Selimbria (cf. Platón, *Protágoras* 316 d-e). Citado por la *Suda* como maestro de Hipócrates, Heródico representa una etapa importante en el progreso de la medicina, a la que aplicó su experiencia en la palestra; se cuenta, en efecto, que, aquejado de una grave enfermedad, se prescribió a sí mismo un régimen combinado de ejercicios y masajes, gracias al cual recuperó la salud⁸. De sus ideas hallamos abundantes ecos en el *CH*, muy particularmente en el tratado *Sobre la dieta*, que, como es sabido,

³ Véase, por ejemplo, la edición del tratado Περί διαίτης de R. JOLY, Hildesheim, 1984, p. 19. La idea de que cada edad, sexo y complexión física requieren sus propios ejercicios aparece también explicitada en ARISTÓTELES, *Política* 1338 b.

⁴ *Sobre la dieta* I 2,2; cf. también I 32 y ss., III 67. La descripción de las cualidades de cada ejercicio y su adecuación a las diferentes constituciones humanas y estaciones y épocas del año se encuentran pormenorizada en II 57 y ss. y III 68 y ss.

⁵ Cf. igualmente *Sobre los flatos* 14; *Sobre las afecciones* 20 y 22; *Epidemias* VI 3,1; *Apéndice a «Sobre el régimen de las enfermedades agudas»* 29; *Sobre el arte* 5; *Sobre la naturaleza del hombre* 9; *Sobre la dieta sana* 4, etc. Véase igualmente la inscripción de Epidauro W 29, donde el deporte es la terapia que se prescribe para la curación de Hagéstrato (R. HERZOG, *Die Wunderheilungen von Epidauros*, Leipzig, 1931, 109).

⁶ JOLY, *op. cit.*, 19.

⁷ G. HABERLING, «Sportärzliches aus dem Altertum», resumido en *Gnomon* 1927, 622 y ss.; E. CHRYSAPIS, «La médecine sportive chez Hippocrate», *Verhandlungen II. Internationaler Sportärzte-Kongress* (Berlín, 1936), Leipzig, 1937, 229-231.

⁸ Escolios a PLATÓN, *Protágoras* 316 e; LUCIANO, *Cómo debe escribirse la historia* 35. Cf. L. GOSSEN, art. «Herodikos» en *RE* 8, 1, cols. 978-979; J. JÜTHNER, *Philostratos. Ueber Gymnastik*, Leipzig-Berlín, 1909, pp. 9-16 y 32-43; JOLY, *op. cit.*, pp. 34 y ss.; véase también, como curiosidad, J. AMSLER, «Heródico o de la fisiografía», *CAF* 1, 1959, 295 y ss.

se ha llegado a atribuir al propio Heródico, al igual que *Sobre el arte* ⁹. Su método se empleaba tanto para prevenir enfermedades (Platón, *República* 404 a-b, 410 b; Aristóteles, *Retórica* 1361 b) como para curarlas, si bien Platón y Aristóteles le acusan de prescribir normas dietéticas tan rebuscadas y numerosas que el paciente debía casi abandonar toda actividad y dedicarse únicamente a vivir para cuidar su salud. El pedotriba de Selimbria recibe asimismo la sarcástica crítica del autor de *Epidemias* VI (VI 3,18), quien afirma que «Heródico mataba a los que padecían fiebres con carreras, muchas luchas, baños de vapor, mala cosa», porque, se nos dice, «el estado febril es enemigo de las luchas, los paseos, las carreras, el masaje». La tradición posterior, no obstante, testimonia muy notables casos de curación, como el de aquel individuo que, según un contemporáneo de Galeno, el médico capadocio Areteo (XII 11 Hude), se dedicó a la práctica del deporte como remedio contra su gota con tan gran afán y éxito que acabó venciendo en Olimpia en la carrera.

En Heródico se encuentra ya como fundamental ¹⁰ una idea que es también básica en todas las referencias que en la colección hipocrática se hacen de los ejercicios físicos: la salud proviene del equilibrio entre alimentos y ejercicios y la enfermedad surge de una ruptura de ese equilibrio, por exceso o por defecto. Así, en *Sobre la dieta* I 2,3 leemos: «Si además de esto pudiera hallarse en cada caso la proporción de alimentos y el número adecuado de ejercicios que no ofrecieran un desequilibrio ni por exceso ni por defecto, se descubriría con exactitud la salud para los hombre», y un poco más adelante (III 69,2) el autor habla de su gran εὔρημα, el diagnóstico previo, y afirma : «es un diagnóstico previo al caer enfermo... si el alimento prevalece sobre los ejercicios o los ejercicios sobre los alimentos, o si están proporcionados unos a otros. Pues las enfermedades surgen del predominio de uno cualquiera de ambos factores, mientras que la salud proviene del equilibrio de uno y otro»; cf. igualmente *Epidemias* VI 6,2, *Sobre los flatos* 7, así como los numerosos casos descritos, especialmente en *Epidemias*, en los que se produce una ruptura de tal equilibrio debido a la práctica inmoderada o inadecuada de ejercicios: *Epidemias* I 1; I 26,2 (Sileno cayó enfermo ἐκ κόπων καὶ πότων καὶ γυμνασίων ἀκαίρων); III 8 (ἐκ κόπων καὶ πόνων καὶ δρομῶν παρὰ τὸ ἔθος); III 17,3, II 2,6, VI 5,14, VII 47, VII 122; *Sobre el régimen de las enfermedades agudas* 12, *Sobre la dieta* 66.

⁹ J. DUCATILLON, «Qui est l'auteur du traité hippocratique de l'Art?», *Corpus Hippocraticum*, pp. 148-158. La atribución de *Sobre la dieta* a Heródico remonta a C. FREDRICH, *Hippokratische Untersuchung*, Berlín, 1899.

¹⁰ *Pap.Lond.* 137, 9.20-37; cf. H. DIELS, «Ueber die Excerpte von Menons Iatrika in dem Londoner Papyrus 137», *Hermes* 28, 1893, pp. 407-434, sobre todo 421-422.

La justa medida en la práctica de los ejercicios físicos es también el ideal que defiende Platón para los ciudadanos de su ciudad utópica, y lo mismo cabe decir del Sócrates de Jenofonte (*Banquete* I 2, 4), de Aristóteles (*Política* 1338 b; 1285 b; *Ética a Nicómaco* 1112 b), Diógenes el cínico (Diógenes Laercio VI 30 y 70; cf. Dión Crisóstomo VII 11) y otros filósofos. En consecuencia, todos ellos critican duramente el insano entrenamiento y régimen de vida de los atletas, que convertía a personas, que en principio deberían ser prototipos de salud e incluso de belleza y armonía corporal, en hombres de cuerpos deformes por el sobredesarrollo y la excesiva especialización del entrenamiento e incluso en hombres de salud precaria, como veremos más adelante.

Estas críticas contra los atletas (contra los atletas profesionales) se encuentran también en el *Corpus* hipocrático, pese a que las cada vez mayores exigencias de la competición deportiva tuvieron como consecuencia el paulatino desarrollo de sistemáticos y crecientemente sofisticados métodos de entrenamiento, de manera que el perfeccionamiento de la preparación de los atletas con vistas a conseguir el máximo rendimiento en las pruebas correspondientes (que incluía el riguroso seguimiento de un estricto régimen de vida y en particular de un determinado régimen alimenticio) trajo consigo sustanciales adelantos en el conocimiento del cuerpo humano y de todo lo que contribuye a su fortaleza, progresos que pudieron ser aplicados a la medicina general. El atletismo profesional, en suma, se convirtió en importante campo de experimentación de la medicina ¹¹, como bien reflejan diversos pasajes de los escritos hipocráticos (cf. *Epidemias* V 14; VI 8, 30); recuérdese al respecto que el propio Galeno comenzó su carrera como médico de gladiadores.

Pero, como decíamos, a pesar de la contribución, pasiva ciertamente, del atletismo profesional al desarrollo de la investigación científica sobre todo lo concerniente al cuidado del cuerpo humano y la salud del hombre en general, en los escritos hipocráticos no se ahorran las críticas contra los atletas ¹². En *Sobre la dieta* I 24, 1 el deporte de competición es censurado desde una perspectiva ética: «(los pedotribas) enseñan a violar las normas según una norma, a ser injustos justamente, a engañar, hurtar, robar, cometer actos violentos, a lo peor de la mejor manera. El que no hace esto es malo, y el que lo hace, bueno. Una muestra de la insensatez del pueblo. Admiran eso y pien-

¹¹ Cf. M. I. FINLEY - H. W. PLEKET, *The Olympic Games*, Londres, 1976, pp. 94-95; también J. BENEDUM, «Ohrverletzungen an Athleten auf Darstellungen des Altertums und ihre Beziehung zur medizinischen Literatur der Zeit», *Gesnerus* 25, 1968, pp. 11-28.

¹² Sobre el tema, véase W. MERING, *Die Anschauungen des Hippokrates über Gymnastik und Massage*, tesis, Munich, 1937; también F. FETZ, *Gymnastik bei Philostratos und Galen*, Francfort del M., 1969.

san que sólo uno de entre todos los participantes es bueno y los demás malos. Muchos admiran, pocos entienden».

Así pues, el autor del tratado, al igual que Eurípides en un conocido fragmento de su drama satírico *Autólico* (Fr. 282 N.²), no muchos años anterior, arremete sin contemplaciones contra los dos estamentos que hacen posible el deporte como espectáculo, a saber, los propios atletas y los espectadores. En lo que afecta a los primeros, el atletismo es presentado como una escuela de bribonería, donde lo que prima son las malas artes para derrotar a los rivales¹³. Nos llamamos, pues, en las antípodas de la consideración que recibe el deportista en el género poético del epinicio, y particularmente en la obra de Píndaro¹⁴, donde el atleta es exaltado como modelo de vida y comportamiento, a partir de la idea de que las cualidades físicas y morales que despliega el deportista dentro y fuera de la competición se consideran normas arquetípicas que bien pudieran regir la conducta del buen ciudadano en sus relaciones con hombres y dioses, al servicio de la comunidad. Cuando el tratado *Sobre la dieta* fue compuesto, casi un siglo después probablemente, los tiempos habían cambiado de manera notable: la aristocracia tradicional, sostenedora del espíritu agnóstico y la ideología deportiva pindárica, había perdido en casi todas partes su poder, y nuevos principios éticos y políticos se habían afirmado y difundido, empujados por el viento de la sofística, afectando a la estimación del atleta en los círculos intelectuales, a los cuales pertenecía sin duda el autor de *Sobre la dieta*.

Las censuras en nuestro pasaje van dirigidas en primer lugar contra los pedotribas, encargados de instruir a sus pupilos en toda clase de

¹³ La recurrencia a procedimientos realmente ilegales en las competiciones deportivas de la antigua Grecia está documentada al menos desde época clásica (cf. PAUSANIAS V 21, 2-4). Filóstrato sostiene en su breve tratado *Sobre la gimnasia* la teoría de que el comportamiento irregular de los atletas fue haciéndose progresivamente más frecuente (consecuencia lógica, por otro lado, de los intereses de todo tipo que fueron rodeando el mundo del deporte en razón de su imparable popularidad y su impacto sobre gentes de toda condición social), hasta el punto de que en su época —afirma— los casos de corrupción eran constantes en todas partes menos en Olimpia. Sobre el particular puede consultarse C. A. FORBES, «Crime and punishment in Greek athletics», *CJ* 47 1951-52, pp. 169-173 y 202-203; D. G. ROMANO, «Boycotts, bribes and fines. The ancient Olympic Games», *Expedition* 27, 1985, pp. 10-21.

¹⁴ La bibliografía sobre el tema es extensa: P. A. BERNARDINI, «Esaltazione e critica del atletismo nella poesia greca dal VII al V secolo a.C. Storia di un'ideologia», *Stadion* 6, 1980, pp. 81-111; C. M. BOWRA, «The athletic ideal», en *Pindar*, Oxford, 1964, pp. 159-191; M. FERNÁNDEZ GALIANO, «El sentido del deporte en Píndaro», *CAF* 13, 1971, pp. 121-140; B. GENTILI, «Aspetti del rapporto poeta, committente, uditorio nella lirica corale greca», *StudUrb* 39, 1965, pp. 70-78; K. KRAMER, *Studien zur griechischen Agonistik nach den Epinikien Pindars*, Colonia, 1970; H. M. LEE, «Athletic arete in Pindar», *AncW* 7, 1983, pp. 31-37; A. SZASTYŃSKA-SIEMION, «Le pónos du sportif dans l'épinice grec», *Acta Conventus XI Eirene*, Varsovia, 1971, pp. 81-85.

trucos, lo cual, dicho sea de paso, ha sido aducido por diversos autores como prueba definitiva en contra de la adscripción del tratado a Heródico, él mismo maestro de gimnasia, que difícilmente habría hecho tales afirmaciones acerca de su propia profesión¹⁵. No extraña, en todo caso, este ataque de un médico contra los entrenadores, quienes supervisaban tanto la preparación física como el régimen de vida de los atletas, de manera que debían añadir a su conocimiento de las técnicas de cada disciplina nociones más o menos profundas de medicina, dietética y anatomía, a fin de prescribir los alimentos y ejercicios más apropiados para cada atleta. Tal intromisión de los entrenadores en campos en los que no estaban científicamente preparados y que los médicos consideraban de su exclusiva incumbencia, fue siempre muy mal vista por éstos, dando lugar a una larga polémica que alcanza su culminación (al menos para nosotros) en los escritos de Galeno, que hace de los entrenadores blanco de sus críticas en un buen número de pasajes¹⁶.

Además de los participantes *activos* en las competiciones deportivas, en el pasaje de *Sobre la dieta* que estamos comentando, son criticados asimismo los participantes *pasivos*, los espectadores, calificándose de «insensatez del pueblo» (τῶν πολλῶν ἀφροσύνη) la costumbre de reunirse para admirar a los atletas. Esta crítica se encuentra ya en Jenófanes (*Fr.* 1) y se hace especialmente frecuente a partir del siglo V, cuando las nuevas experiencias intelectuales y las modificaciones en el sistema educativo abogaban por la afirmación de la supremacía de la capacidad intelectual sobre la física. Con Jenófanes coinciden, en efecto, además del tratado *Sobre la dieta*, Eurípides (en el ya citado fragmento del *Autólico*), el Sócrates de la *Apología* platónica (36 d) y el orador Isócrates al comienzo de su *Panegírico*: todos ellos afirman que son los «sabios» (σοφοί) quienes benefician verdaderamente a la ciudad con su buen gobierno y no los atletas con sus victorias, y a los sabios deben dirigirse, en consecuencia, los privilegios que tradicionalmente se reservaban a los deportistas¹⁷. Así pues, también en este aspecto las críticas del autor de *Sobre la dieta* se enmarcan dentro de los ataques de los círculos ilustrados contra el deporte profesional, ataques que, sin embargo, apenas afectaron al fervor que la gente común mostraba y siguió mostrando hacia las competiciones atléticas y quienes participaban en ellas.

¹⁵ Cf. JOLY, *op. cit.*, p. 35, con n. 5.

¹⁶ Cf. FINLEY-PLEKET, *op. cit.*, p. 97.

¹⁷ Sobre el tema, H. BUHMANN, *Der Sieg in Olympia und in den anderen panhellenischen Spielen*, Munich, 1972; H. W. PLEKET, «Games, prizes, athletes and ideology. Some aspects of the history of sport in the Greco-Roman world», *Stadion* 1, 1975, pp. 49-89.

No obstante lo dicho hasta aquí, el rechazo que los escritos hipocráticos manifiestan contra el deporte de competición se basa no tanto en el aspecto ético cuanto en los perjuicios que puede ocasionar en la salud de los individuos, y tal repudio tiene su base en el ya apuntado concepto de equilibrio, que en el caso de los atletas se rompe por exceso. En el *CH*, en efecto, aparece con cierta frecuencia la noción que Bratescu¹⁸ denomina «exceso de salud», puesta a menudo en relación con la constitución y régimen de vida de los atletas.

Un primer reflejo de ese «exceso de salud» de los atletas en su dieta sobrealimentada, causa de las dolencias que sufre el voraz púgil Biante, tal como se describe en *Epidemias* V 71 (cf. también *Aforismos* I 15). Se trata igualmente de una crítica habitual contra los atletas, presente también en el *Fr.* 282 de Eurípides (allí son llamados «esclavos de sus mandíbulas y víctimas de su vientre») y de la que se hace frecuente eco la comedia (Aristófanes, *Paz* 33-4; Alexis, *Fr.* 168; Teófilo, *Fr.* 8; cf. Diógenes el cínico, en Diógenes Laercio VI 49). No obstante, también en este particular, las alusiones que al respecto hallamos en los escritos hipocráticos distan mucho de alcanzar la virulencia con que se manifiestan los médicos posteriores, especialmente Galeno (*Protréptico* 10-11), probablemente debido a que la dieta alimenticia de los atletas aún no había adquirido el grado de exquisitez y sofisticación al que llegó en época imperial, como muestra el testimonio de Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 43 y ss.), quien, en su afán de ensalzar el deporte de las épocas arcaica y clásica en triste contraste con la situación decadente que creía observar en su tiempo, acusa precisamente a los médicos de haber convertido a los atletas en sibaritas glotones, que debían ser alimentados con cerdos cebados exclusivamente con bellotas, con pescados que hubieran vivido en un *habitat* determinado o con pan de harina fina en el que se mezclaban semillas de adormidera¹⁹.

Además del exceso de alimento, los escritos hipocráticos censuran como sumamente perjudicial para la salud el estricto régimen de vida que los atletas se veían obligados a seguir. Efectivamente, con el transcurso del tiempo los métodos de entrenamiento fueron adquiriendo mayor complejidad hasta regular en el mínimo detalle prácticamente todas y cada una de las acciones cotidianas de los deportistas. Galeno (*Trasibulo* 99.19) y Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 47) coinciden en des-

¹⁸ «Sobre la concepción hipocrática acerca de la salud y la enfermedad» (en rumano, con resumen en francés), *StudClas* 11, 1969, pp. 57-68.

¹⁹ Véase, J. M. RENFREW, «Food for athletes and gods: a classical diet», en *The archaeology of the Olympics*, W. J. RASCHKE (ed.), Wisconsin, 1988, pp. 174-181; cf. también J. BAZANT, «On the gluttony of ancient Greek athletes», *LF* 105, 1982, pp. 129-131, y JOLY, *op. cit.*, pp. 27-28, con n. 28.

cribir y censurar el más conocido de esos métodos, basado en rígidos ciclos de cuatro días. Desarrollado a comienzos del siglo II d.C. por los entrenadores Teón de Alejandría y Trifón, este método alcanzó gran difusión y consistía en alternar durante cada ciclo un entrenamiento duro con una ejercitación más suave. El ciclo debía repetirse sin interrupción y en riguroso orden, y a ello apuntan las críticas de Galeno y Filóstrato, pues el sistema era tan rígido que no tenía en cuenta el estado de salud o de humor del atleta, de manera que podría perjudicar seriamente su salud; a propósito de esto cita Filóstrato el caso del luchador Gereno de Náucratis, quien, tras ser agasajado con sendos banquetes, el oficial y el privado, con motivo de su victoria en Olimpia, no se encontraba en las mejores condiciones para entrenarse, pero su preparador le obligó a ello para no trastornar el ciclo, con el resultado de que Gereno murió, entre continuos vómitos.

Estas críticas contra el régimen de vida de los atletas, que se hacen particularmente explícitas en época imperial por las razones señaladas, se hallan ya presentes en diversos autores a partir de época clásica, como testimonian diversos pasajes platónicos y algunos textos del *Corpus* hipocrático, como *Aforismos* I 3, donde se exponen los peligros de un estado de salud llevado al último límite durante mucho tiempo, o *Predicciones* II 1, pasaje en el que se menciona la siguiente modalidad de predicción: «conocer si los atletas ... pasan por alto alguna parte de su alimentación, comen algo indebido, beben en demasía, pasean demasiado poco o se entregan a alguno de los placeres de Afrodita; nada de eso les pasa inadvertido, ni siquiera si el individuo desobedeciera en algo insignificante». Efectivamente, la alimentación e incluso la vida sexual de los atletas (deportistas de éxito como Ástilo de Crotona, Ico de Tarento y otros muchos se abstenían de relaciones sexuales durante su período de entrenamiento, práctica bien conocida por los deportistas modernos; cf. Platón, *Leyes* 839 e-840 a) estaba tan controlada y sometida a una dieta tan estricta que Platón (*República* 404 a) asegura que «si se apartan un poco del régimen prescrito, estos atletas sufren grandes y violentas enfermedades», al estar su cuerpo habituado a una única norma de vida ²⁰.

Como resumen, podemos decir que en los escritos que componen el *CH*, como, en general, en toda la literatura médica griega, los ejercicios físicos desempeñan un destacado papel en su aplicación como remedio y también como prevención de enfermedades, pero la práctica competitiva del deporte es desaconsejada (aún sin llegar a la virulencia

²⁰ Por ello se critica a menudo la ineptitud de los atletas para la guerra y otras necesidades de la ciudad, pues se les considera incapaces de adaptarse a las cambiantes circunstancias de los momentos de dificultad; cf. ya TIRTEO, *Fr.* 12 West, y sobre todo EURÍPIDES, *Fr.* 282 N²; NEPOTE, *Epaminondas* II 4; PLUTARCO, *Filopemen* 3,2-4.

de las críticas posteriores) en parte por la animadversión que los círculos ilustrados manifestaban contra el fervor que el pueblo mostraba hacia los atletas, valorando las cualidades físicas por encima de las intelectuales, pero sobre todo por considerar el deporte profesional perjudicial en última instancia para la salud. Una frase del capítulo 34 del tratado *Sobre el alimento* compendia tal postura: διάθεσις ἀθλητικὴ οὐ φύσει, «la constitución atlética no es conforme a la naturaleza».



The Logic of the Gynecological Prescriptions

ANN ELLIS HANSON

(*University of Michigan*)

Medicaments and therapies are omnipresent in the gynecological treatises of the *Hippocratic Corpus*, for the writers of the gynecology not only interspersed their narratives of morbid, female ailments with means of treatment, but they concluded their treatises with collections of additional recipes. In no other segment of the early Greek medical writings are the medicaments that cure, or at least alleviate, awarded such prominence. *Diseases of Women I* treats morbid conditions that affect, or interfere with, reproduction: amenorrhea, infertility, miscarriage, retention of afterbirth or lochial flows. *Diseases of Women II* considers diseases of mature females: flows and fluxes, of both red and white varieties, and uterine displacements toward the head, toward the feet, and to many, moist locations in between. *Barren Women* focuses more narrowly on childlessness, but its scope is broad enough to include birth prognoses and tests to determine the sex of the unborn fetus, as well as elaborate directions for administering a uterine fumigation. *Nature of Women* is a miscellany that often overlaps textually with the other treatises-especially *Diseases of Women II* (cf. Grensemann, 1975, pp. 131-45, and 1987). The recipes clustered at the ends of treatises are usually grouped according to type of medication (e. g. fumigation/ fomentation, pessary, clyster, plaster) and/ or the condition to be medicated. These medicaments and therapies were referred to as τὰ γυναικεῖα in the narrative portions of *Diseases of Women* ("use one from τὰ γυναικεῖα" I 64, VIII 132.22-24 L., and II 113, VIII 244.4-5 L.), for these recipes were the possession of women and they medicated women's diseases. Such recipes belonged to Greek traditions of healing, passed down orally from generation to generation (Hanson forthcoming a). As we have them, however, the recipes are embedded in formal, medical treatises of the *Corpus*, written down in prose by Hippocratic doctors for their fellow professionals and perhaps also for heads of families, the *kýrioi*, who had to choose among itinerant medical practitioners that best suited to treat his wife, his daughter, his mother, and his female slaves.

The therapies which Hippocratic doctors borrowed from oral traditions brought in their train traditional assumptions about the anatomy and physiology of human bodies and about the ways in which human bodies responded to therapies (Hanson forthcoming a and b). In one sense, these medicaments, now incorporated in Hippocratic treatises, looked backward to earlier medical traditions, and they sometimes offer us a glimpse of pre-Hippocratic medical practices. These medicaments served as the basic material out of which Hippocratics built their own medicine, and, in this sense, the therapies also looked forward, for they show Hippocratics manipulating and adjusting earlier material to make it fit their own more self-conscious and more professional styles of medical narrative (cf. Lloyd, 1990, pp. 30-38, 70-73). Hippocratics enunciated general principles, not so much as goals in themselves, but rather as guides and shortcuts for finding treatment in individual cases. The gynecological treatises are exceptional in the *Corpus* in that not only do they include a general physiology for female bodies (*Morb. mul.* I 1, VIII 10.1-14.7 L.), together with myriad descriptions of morbid conditions that afflicted women, but they likewise reported therapies for women's diseases. This interweaving of theory with practice permits us to follow Hippocratic reasoning about women's bodies in ways we cannot do for men's bodies. More than in any other segment of the *Corpus* the gynecological treatises and their prescriptions reveal how Hippocratic doctors were mediating between theory and the welter of data that came to them from cases of specific women.

To look briefly at two examples: H. King (1990) has drawn attention to the apparent contradiction between the generalized statement that a nosebleed was therapeutically effective for a woman when her menstrual periods stopped at *Aphorisms* V 33 (IV 544.1-2 L.) and the specific case history at *Epidemics* VII 123 (V 468.4-6 L.), where the daughter of Leonides was said to have had a nosebleed, but died. King argued that the discrepancy was only an apparent one and that *Aphorisms*, *Epidemics*, and the gynecological treatises all participated in the same theory about the curative effects of nosebleeds for mature women. That is, in the minds of Hippocratics it was essential that adult women menstruate in order to be healthy, and amenorrhea was considered fatal after six months in the non-gravid woman (*Morb. mul.* I 2, VIII 16-18.15 L.). Epistaxis functioned as vicarious menstruation, and so did hemorrhoids. Further, as King demonstrated, the case history of the daughter of Leonides must be read in a way that responds to the signals its author gave about the uniqueness of the death in this specific case. First of all, the girl's body was ready to menstruate, but had not succeeded in doing so — “the *phýsis* (i.e. the young girl's development to maturity) had made a start, but the turned aside.” Next, after the nosebleed, «a change occurred», but «the doctor did not un-

derstand» (the change). Finally, the patient's age was reported together with the statement of her death— "she died a young girl, a *païs*." That is, as King explained, the patient, the daughter of Leonides, was still young and not a mature woman. Therefore, the passageways within her body had not been properly opened up by intercourse and childbirth, as they would have been later on, when she became a wife and mother. Her body was still immature, hard, and dense. A young girl could not survive the experience of misplaced menstrual blood forcing its way upward through the still constricted channels of her body. They were far too narrow to cope with such an upward thrust of blood. The general principle about curative powers of epistaxis enunciated in *Aphorisms* was intact, since it applied only to mature women. The death of the daughter of Leonides was the exception that proved the rule, for she died a *païs*. It was this that the doctor did not understand.

A second example shows even more clearly how the recipes and therapies used to medicate specific women clarify the intention of jejune statements of general principle (Hanson forthcoming a). The writers of *Nature of the Child* (30, VII 530.20-532.6 L.) and *Eight Month's Child* (5.3, CMG I 2, 1, 90.7-9) attributed the pains of labor to the baby's punching and kicking in its struggle to leave the womb, as it tried to birth itself. H. Fasbender (1897, pp. 126-29) was the first, so far as I am aware, to suggest that Hippocratics were ignorant of the peristaltic contractions of the uterus in childbirth; a generation and more later P. Diepgen (1937, p. 165) challenged Fasbender's conclusion by claiming that some passages in the *Corpus* seemed to show that Hippocratics were aware of uterine contractions in birth. I. Lonie reviewed the matter in 1981 and found the evidence Diepgen appealed to inconclusive. Lonie was left with "considerable doubt as to whether the author (of *Nature of the Child*) had actually observed childbirth" (pp. 244-45). Hippocratics did not deny the pain of childbirth, but their theory of birth attributed the pain to the blows of the infant and did not prepare them to witness the uterus contract and expel its burden. They saw what they expected to see— the infant fighting its way out. The therapies Hippocratics employed for dystocia forcefully underscore the fact that they saw the baby as active in the birth process and the uterus as a passive container. When birthing proved difficult, Hippocratics first prescribed sneezing, a mild form of shaking for the uterus (*Morb. mul.* I 68, VIII 142.17-20 L.). If that failed to result in the delivery of the baby, they employed succussion, a far more type of shaking. That is, either the parturient was shaken by men holding her under her armpits (*Morb. mul.* I 78, VIII 180.14-15 L.), or she was tied to a bed and the bed was dropped to coincide with her pains (*Morb. mul.* I 68, VIII 142.20-144.16 L., and *Exsect.* 4, VIII 514.14-516.9 L.). When all else had failed, they turned to excision of the fetus,

now deemed too weak to extricate itself from the womb (e. g. *Morb. mul.* I 70, VIII 146.19-148.23 L., and *Exsect.* 1, VIII 512.1-514.3 L.).

This series of therapies was borrowed from folk practices, and Hippocratics perpetuated the societal notion that the baby which could not stride energetically into the arms of its mother was probably the less desirable child—a female or an effeminate male of deficient strength. This paper will consider three further instances in which the logic of gynecological therapies serves to clarify Hippocratic theory and practice.

I. *COITUS INTERRUPTUS*, STERILITY, AND IMPOTENCE

In his 1965 study on the contraceptive practices of the Roman Empire, K. Hopkins declared that evidence for the practice of *coitus interruptus* was virtually lacking in our Greek and Roman sources. He concluded that we dare not assume this method of contraception to be widely known and practiced during classical antiquity. Less than ten years later, however, there was published for the first time papyrus, housed in the Papyrussammlung of the Universität Köln (*PKöln* II 58), containing a fragmentary poem of seduction by Archilochos. In the poem a young man tried to persuade a young girl to lie with him in love. He suggested to her something “...apart from the divine thing” (πάρεξ τὸ θεῖον χρῆμα). He promised to “act according to her orders: ‘beneath the lintel and below the gate’” (... ὡς με κέλει.../ [θρ]ιγκοῦ δ’ ἔνερθε καὶ πυλέων). He will “...hold fast at your garden’s grass” (σχῆσω γὰρ ἐς ποη[φόρους] / [κ]ήπους). Not only were these his terms of persuasion, but in his narration of the climax of their encounter he claimed, “...after caressing her fair body, I ejaculated my white force, touching her blond [pubic hair?]...” (σῶμα καλὸν ἀμπαφώμενος / [λευκ]ὸν ἀφῆκα μένος ξάνθης ἐπιφάυ[ων]). The young man of the poem ejaculated outside the girl’s vagina and the poem has been cited as evidence for the contraceptive practice of *coitus interruptus* (e.g. Leftkowitz/Fant, 1982, no. 104; Pomeroy, 1975, p. 166-67).

It was the great merit of Hopkins’ study that he drew attention to the profound confusion of medical writers, including those of the *Corpus*, about the process of conception. This confusion, as he demonstrated, resulted in a blurring of the difference between contraceptives and early stage abortifacients, even in so sophisticated a writer as Soranos. Many prescriptions in the *Corpus* were hemagogues (Jöchl, 1974) and they were said «to draw down the menses» (e.g. *Morb. mul.*

I 74, VIII 154.9 L.; I 78, VIII 176.10-11 L., VIII 178.1-2 L., and VIII 182.13-14 L.; I 84, VIII 204.14-16 L. and VIII 208.15-17 L.; *Nat. mul.* 32, VII 346.13-14 L., VII 350.5-9 L.; 109, VII 428.8-11 L.). Monthly bleeding indicated to a woman that she was not pregnant. Hopkins claimed, however, that many of the medicaments proffered by medical writers were ineffective. J. Riddle has recently questioned such conclusions, arguing instead that modern assessments of the antifertility potential of the herbal medicaments mentioned by Dioskourides and Soranos, as well as by the *Corpus*, suggest that many could have been, in fact, quite effective as contraceptives or early stage abortifacients (Riddle, 1989).

Insofar as *coitus interruptus* is concerned, Hopkins' investigation did not take into account the fact that Greco-Roman theories of conception attached considerable importance to the prompt and powerful delivery of male seed deep within the woman's body (Byl, 1990). Hippocratic doctors devoted much attention to opening and straightening the pathway to a woman's womb from vaginal mouth to uterine mouth (e.g. *Morb. mul.* I 85, VIII 210.7-8 L.; *Steril.* 213, VIII 408.4-18 L.). In particular, a group of tests, intended to demonstrate a woman's fecundity, relied on the ability of fumes to travel from a woman's vagina up to her uterus, tracing the upward path that would be followed by male seed. The fumes then moved further upward, via the central tube to which the uterus was connected, to arrive at the woman's head, mouth, and nose. In this way the woman herself and those administering the tests were able to perceive the odor. If the odors reached the top of her body, she could conceive:

«If a woman has menstruated and the mouth of her womb is as it should be, have her bathe and wash her head with soap. Wrap around her hair a clean, odorless, linen cloth, putting a clean hairnet on top. Then the woman should sleep, after inserting a pessary made from resinous juice of all-heal (*γαλβάνη*), that has been heated over a fire or left in the sun until soft. Early next morning, she is to untie the linen cloth and hairnet. Then someone is to smell her head: if it smells, the cleansing has turned out well; but if it hasn't, she doesn't smell. Have her fast throughout the procedure. If you insert this pessary in a childless woman, she never smells, not even if she menstruates. If you insert this into a pregnant lady, she will not smell. But if you insert this into a woman who has conceived repeatedly, is prolific and healthy, the top of her head will smell, even if you don't cleanse her first.» (*Steril.* 219, VIII 422-24 L.).

Vaginal fumigations that arrived at a woman's nostrils and mouth likewise affirmed her ability to conceive, because they showed the path to her uterus to be open (*Aphor.* V 59, IV 554.3-6 L.). Other odors performed the same function, such as that from a garlic bulb left in the vagina for the night (*Steril.* 214, VIII 414.20-22 and 416.2-5 L.; cf. Iverson, 1937). In addition, Hippocratic women were said to know

that conception had taken place because they remained dry after fruitfully intercourse (*Nat. pueri* 13, VII 490.6-7 L., and *Steril.* 220, VIII 424.16-21 L.). The dryness was a sign to the woman that the seed had reached her womb and that the mouth of her uterus had closed upon the seed to retain it.

Males too were thought to lack the ability to engender a child when their genital passageways were congested, as in the case of children, or severed, as in the case of eunuchs (e.g. *Genit./Nat. pueri* 2.1-2, VII 472.5-18 L.). Spermatic passageways in men were often thought to lead from the brain (as the source of sperm) via the spinal marrow to the testicles (Lesky, 1950, pp. 9-14). An incision behind the ear cut the pathway and impeded or interrupted the downward flow of seed (*Aër* 22, II 76.12-78.19 L.; *Genit./Nat. pueri* 2, VII 472.12-16 L.; *Loc. hom.* 3, VI 282.14-15 L.; *Epid.* VI 5.15, V 320.1 L.): The verb “ejaculate” was often expressed in Greek by *iévai* and its compounds, or by *βάλλειν* and its compounds, in the medical writers and in popular literature; the action of both verbs is forceful and violent. The Roman Soranos considered appetite an important factor in promoting a man’s ability to ejaculate and to impel his seed forcefully into the womb; without appetite, a man could not discharge his seed (*καταβάλλειν*), nor could the woman conceive it (I 37, *CMG* IV, 26.20-30; cf. also I 61, quoted below). So important was appetite to Soranos, that should a woman conceive after being raped, this was proof for Soranos that she must have felt appetite during the act. It was mental resolve that prevented the woman from being aware of her appetite-analogue, Soranos claimed, to the way in which grief temporarily took away her appetite for food.

In the gynecological section of *Aphorisms*, a woman was said not to conceive when the place she provided for seed was unsuitable—her uterus was too cold and dense, or too wet so as to drown the seed, or too hot and dry so as to deprive the seed of nourishment (V 62-63, IV 554.12-556.2 L.). The aphorism that followed began by saying that the situation was similar with males (*παραπλησίως*). In this commentary on *Aphorisms* Galen approved of V 62 and its discussion of sterility in women, but he found V 63 on males wanting in many ways and not worthy of Hippocrates. For example, he objected when the aphorism said that both coldness and heat prevented a man’s seed from collecting (*In Hipp. Aph. Commentarium*, XVII B 869.1-872.3 K.). Galen also pointed out that the two accounts were not structurally parallel as claimed—the effect of porosity of body was not mentioned in the account of women. Further, he argued that what the aphorism said about porosity in men—that because of porosity in some men’s bodies the breath was carried outside so that it did not impel the seed along (*ἢ γὰρ διὰ τὴν ἀραιότητα τοῦ σώματος τὸ πνεῦμα ἔξω φέρεται*

πρὸς τὸ μὴ παραπέμπειν τὸ σπέρμα)—was not true. Despite Galen, however, a regimen to enhance conception in *Diseases of Women I* also showed concern for preserving breath within a man, for it advised him not to eat flatulents before coitus—no garlic, onions, juice of silphium, or bean soup (75, VIII 164.20-166.2 L.). Breath was needed within to propel male seed. A proper regimen also strengthened a man for intercourse—such as consuming red wine and strong foods in *Barren Women* (218, VIII 422.18-22 L.), but avoiding hot baths (cf. Aristoph., *Nub.* 1045-46). Among foodstuffs, mint made a man's seed runny, inhibited his erections, and made his body weak (*Vict.* II 54, *CMG I* 2, 4, 176.2-4). The author of *Superfetation* suggested that a male was conceived when the father thrust in his seed as much as possible (31, VIII 500.5-6 L.).

If the man's ability to cast his seed deep within the woman was thought to enhance the potential for conception, the woman who did not want to conceive would be at pains to prevent forceful delivery of the seed into her uterus, as in the Archilochos fragment. In the Hippocratic *Generation* the medical writer claimed that "...when a woman has intercourse, if she is not going to take up the seed, the seed from both partners habitually goes out, whenever the woman wishes (ἐπὶν δὲ μιχθῆ ἢ γυνή, ἣν μὲν μὴ μέλλη λήψεσθαι πρὸς ἑωυτήν, πρὸς τῷ ἔθει χωρεῖ ἔξω ἢ γονή ἀπ' ἀμφοτέρων, ὁκόταν ἢ γυνή ἐθελήσῃ, *Genit.* 5, VII 476.17-20 L.). Hopkins admitted that this passage referred to "either coitus interruptus or some method of getting the semen out of the vagina after coitus" (pp. 130-31), yet ultimately dismissed it as "ambiguous" (p.143). I. Lonie's commentary on this passage (1981) followed Hopkins' lead. Hopkins had paired the statement from *Generation 5* with another passage later in the same treatise (*Genit./Nat. pueri* 13, VII 490.3-12 L.). Lonie made explicit the reason for the pairing: namely, the story about the expulsive abortion performed by the author of the treatise on a pregnant slave belonging to his kinswoman seemed to him important in the context of *Generation 5*, because "...the girl, although she had heard much else (e.g. that when a woman takes up the seed, her uterus closes and she feels no wetness after intercourse), does not seem to have heard about so indispensable a part of her professional knowledge (p. 124)"—such as *coitus interruptus*, or some other, appropriate means of contraception. The story of the slave girl, however, was told from the point of view of the slave owner and her kinsman, the doctor—the slave was said to be very valuable and she would lose her value, if she became pregnant. Thus the doctor ordered her to leap until the seed she conceived was expelled. But the story hardly proves that either the slave girl or the Greek society from which she came was ignorant of contraceptive methods, including *coitus interruptus*. Archilochos' poem of

seduction and the Hippocratic passage at *Generation 5* suggest otherwise.

Passages from the Roman period also imply a knowledge of *coitus interruptus*, as a contraceptive procedure. In Lucretius IV 1268-76 a woman who drew herself back at the moment of the man's ejaculation was said to avoid pregnancy thereby (*nam mulier prohibet se concipere atque repugnat, / clunibus ipsa viri Venerem si laeta retractat*). While Hopkins claimed there was no reference here to *coitus interruptus*, editors of Lucretius from Lambin (1583) to Bailey (1947) and Leonard/Smith (1961) have thought otherwise. Hopkins also quoted a passage from Soranos: "...during intercourse, the woman must hold her breath at the moment when the man is about to ejaculate, and she should draw herself back a little, so that the seed may not be thrust too deeply ($\acute{\alpha}\chi\omicron\nu\nu\tau\iota\sigma\theta\eta\nu\alpha\iota$) into her uterus" (*Gyn.* I 61, *CMG IV*, 46.1-4). Hopkins did not comment specifically on the passage, but seemed to sweep it aside, along with that from Lucretius, with his conclusion that other than the ambiguous passage in the *Hippocratic Corpus*¹ there was "complete silence of all previous classical writers on this subject (*coitus interruptus*)"—previous, that is, to references in Epiphanius in the 4th cent. and Augustine at the beginning of the 5th cent. (p. 143).

The gynecologies of the *Corpus* were pronatalist in that they affirmed the positive effects that repeated child-bearing brought to the health of all women, as well as stressing the dangers inherent in employing strong abortifacients (*Morb. mul.* II 67, VIII 140.14-19 L.) and the difficulties of carrying a child to full term (*Morb. mul.* I 25, VIII 66.15-68.17 L.). At the same time, these treatises also included menses-inducing prescriptions and Hippocratic writers on embryological topics described how they inspected an aborted fetus (*Nat. pueri* 13, VII 490.2-492.2 L.; *Carn.* 19, VIII 610.2-10 L.). These doctors displayed no concern that they were contravening current ethical norms, and there seems little question but that they thought a woman who did not want to conceive a child would first of all be at pains to prevent a man's seed from being hurled deeply into her womb. Should that contraceptive measure prove ineffective, the medical literature recorded other procedures to employ after coition, in order to remove unwanted seed and to draw down menses.

¹ Hopkins' text, p. 143, actually says "two ambiguous passages in the Hippocratic Corpus", and his note 60 mentions *Generating Seed 5* and *Nature of the Child 13*. But, as was noted above, *Nature of the Child 13* is not directly relevant to a discussion of *coitus interruptus*, unless one assumes, as did Lonie (1981), that it proved the slave girl to be ignorant of contraceptive measures and her ignorance to be an index for that of Greek society.

II. A UTERINE MEMBRANE AND THE *PARTHÉNOS*

The Hippocratic *Diseases of Young Girls* referred to an “impediment” to menarche in the body of the young girl that was removed by first intercourse:

“Release from this malady comes whenever there is no longer an impediment to the evacuation of blood. I say, then, that whenever young girls suffer this kind of sickness, they should sleep with a man as quickly as possible. If they become pregnant, they become healthy” (ἡ δὲ τῆσδε ἀπαλλαγῆ, ὁκόταν τι μὴ ἐμποδίζη τοῦ αἵματος τὴν ἀπόρρουσιν. Κελεύω δ’ ἔγωγε τὰς παρθένους, ὁκόταν τὸ τοιοῦτον πάσχωσιν, ὡς τάχιστα ξυνοικῆσαι ἀνδράσιν. ἦν γὰρ κνήσωσιν, ὑγιέες γίνονται (*Virg.*, VIII 468.20-23 L.).

G. Sissa (1984, 1990a) argued the impediment referred to by the author of this passage was not an occlusive membrane. She based her claim on the fact that Greek and Roman society in general and their medical writers in particular seemed to her to show no interest in the outward entrance of the vagina and its hymen of defloration—the anatomical part that was to play so large a role in the discussions of virginity in the Christianity of later centuries. It was the great merit of Sissa’s work to draw attention to the uniqueness of the Greek concept of *parthenía*, “virginity”, as an expression of the social status of a young girl, who was as yet neither wife nor mother (a *gynḗ*). In Greco-Roman thinking, there was, then, no anatomical definition of *parthenía* and no medical concern with whether or not a *parthénos* was physically intact.

Sissa had pointed to two references to vaginal membranes in the *Corpus*, but these were pathological growths—at *Diseases of Women* I 20 (VIII 58. 15-60.3 L.) and repeated with minor variations at *Nature of Women* 67 (VII 402.6-12 L.). This membrane was said to develop in mature women and its presence inhibited conception. A pessary was prescribed, but in the therapy in *Diseases of Women* I the better procedure was said to involve removal of the membrane. These passages, however, gave no information about the membrane’s location: “Whenever a woman does not receive the seed, although her menses are flowing as usual, a membrane will be toward the front” (ἦν τὴν γονὴν μὴ δέχεται ἢ γυνὴ τῶν γυναικῶν κατὰ φύσιν ἐρχομένων, μῆνιγξ ἐπὶ πρόσθεν ἔσται). Fasbender (1897, p. 79, n. 1) had called attention not only to these two passages, but to a similar pathological condition in *Barren Women*, where the woman was treated with pessaries of similar variety. This time, however, the medical writer told where the membrane was located, and it closed not the mouth of the vagina, but the mouth of the uterus: “Whenever the woman does not receive the

seed, there is every necessity that a membrane has grown in the *mouth* of her uterus" (ὅταν μὴ δύνηται ἡ γυνὴ γονὴν δέχεσθαι, πᾶσα ἀνάγκη μήνιγγα ἐπιπεφυκέναι ἐν τῷ στόματι τῶν μητρῶων (223, VIII 432.4-5 L.). That is, Hippocratic gynecology recognized both a mouth to the vagina (e.g. *Morb. mul.* 1.40, VIII 96.8 L.) and a mouth to the uterus (e.g. *Morb. mul.* 1.2, VIII 14.9-10 L.), each of which was equipped with lips or rim. Not only did Fasbender draw attention to these two "lower" mouths in a woman's body, but he noted as well that Hippocratics paid more attention to the inner, unseen mouth of the uterus, than to the outwardly visible entry to the vagina.

Sissa's notion that virginity was not equated in Greek thought with an intact membrane at the mouth of the vagina is certainly valid. Neither popular anatomy nor medical writers saw the vagina as closed off, or otherwise occluded, prior to first intercourse. Rather, as Sissa argued, lips (the *labia majora* and *minora* of modern anatomy) were thought to close over and to protect the vaginal mouth. In the mature woman these lips were forcibly opened both for the downward exit of menses and for the upward entry of the man's penis in order to deliver seed. But Sissa's argument went on to conflate the mouth of the vagina with the mouth of the uterus—that external os of the cervix in modern anatomy whose anterior and posterior lips extend down into the vagina.— This unseen mouth could be touched in order to check the condition of its surface (e.g. *Morb. mul.* I 90, VIII 218.4-5 L.); it was rubbed with oil to soften it (e.g. *Morb. mul.* I 74, VIII 156.10-11 L.). Touching the mouth of the uterus revealed whether it inclined in one direction or another (e.g. *Morb. mul.* I 10, VIII 40.15-42.1 L.; *Morb. mul.* II 134, VIII 304.2 L.) and whether or not it had closed pathologically in sicknesses (e.g. *Morb. mul.* I 2, VIII 14.9-10 L.) or physiologically in pregnancy (*Genit./Nat. pueri* 5, VII 476.20-21 L.). It was this inner mouth that the Hippocratic writer of *Diseases of Young Girls* thought was closed off in the young girl and it was a fantasy membrane at this inner mouth that served as an impediment to menarche. The notion that the mouth of the uterus was closed in young girls came to Hippocratics from the oral traditions of popular anatomy that likened the uterus to a jar, positioned in women upside down (Hanson, 1990, pp. 320-30). Under normal conditions the breaking out of menses at menarche forced a pathway down the vagina and removed impediments, as the writer of *Diseases of Young Girls* implied. But should menses not forge a path for themselves down the vagina, they made an alternate path of exit from her anus (*Morb. mul.* I 2, VIII 22.1-4 L.), or they overflowed the uterus and spilled upward within her body. The menstrual blood that found no egress accumulated in the sensitive areas at the center of the young girl's, crowding and choking her vital faculties. Madness was the result (*Virg.* 1, VIII 466.10-468.17 L.). The therapy for the young girl thus afflicted was

intercourse to remove the impediment and to permit the escape of menses. The belief in a fantasy membrane at the mouth of the uterus reenforced the desirability of prepubertal marriage, for first intercourse opened the mouth and facilitated menarche (Rouselle, 1988, p. 33; Hanson, 1990, pp. 322-23). It was this inner mouth of the uterus whose lips were expected to purse tight after fruitful intercourse; it was a fantasy obstruction at this inner mouth whose existence Soranos was denying at *Gynaikeia* I 17 (*CMG* IV, 11.29-12.5), when, in the course of his second proof that there was no such membrane, he observed "...that in young girls *parthénoi*) an inserted probe met no resistance, but penetrated to the depths".

III. THE ESSENCE OF FEMALE NATURE

In his study of polarity and analogy in early Greek thought G.E.R. Lloyd suggested that Greeks did not view the qualities cold/hot and wet/dry as "good" or "bad" in themselves, but saw in these opposites a continuum in which only the extremes were assigned negative value (1966, pp. 56-59). So, for example, in the *Corpus* "moist" described a healthy condition in the lower belly, for it indicated that the intestines were relaxed and evacuations were proceeding normally; "too wet", however, indicated diarrhoea and "too dry", constipation (e.g. *Aër* 9, II 38.10-13 L.; *Progn.* 11, II 134.13-136.3 L.; *Affect.* 55, VI 264.22-266.1 L.; *Aphor.* II 20, IV 476.1-4 L., and II 53, IV 484.15-17 L.). At the same time, Lloyd's view underestimated the extent to which writers in the *Corpus* associated wetness with being female. Rather, the *Corpus* equated the tendency to accumulate and retain bodily humors in excess with a sedentary lifestyle that resulted in fleshiness, weakness, fevers from the accumulation, and general ill health—all of which also characterized the mature woman. Wetness made a man more like a woman.

The essential wetness of female nature and its attendant weakness are readily apparent in the following pair of recipes, designed to fo-recast the sex of an unborn infant:

"Take some of her milk and knead with flour into a cookie, baking over a gentle fire. If the cookie bakes properly, she is pregnant with a male; but if it disintegrates, she is pregnant with a female. Or, wrap some of her milk and some flour in leaves and bake: if it congeals, she bears a male; but if it remains liquid, a female" (*Steril.* 216, VIII 416.21-24 L.).

The failure of the heat in the oven to cook the little girl cookie

replayed the womb's difficulties in overcoming the retardation that began with her conception from watery seed. Should prospective parents want to influence the gender of their child, they must alter their regimen prior to intercourse, as the writer of *Regimen I* suggested:

“Female incline more to water and so they grow from food and drinks and activities that are cool, moist, and soft. Males incline more toward fire and so they grow from foods and regimen that are dry and warm. If a man wants to engender a girl, he should use a regimen inclining toward water. But if he wants a boy, he must use a regimen inclining toward fire. And not only the man must do this, but also the woman, for growth comes not only from the secretion of the man, but also from that of the woman” (*Vict. I 27, CMG I 2, 4, 142.27-144.5*).

The timing of intercourse likewise influenced what was conceived. In general, Hippocraticists told parents that fruitful intercourse took place while the menstrual flow was tapering off or was just over. The author of *Superfetation* varied the generalization so as to associate the female more closely with the wet, and so for him a girl was conceived when menstrual blood was flowing, a boy when bleeding had stopped (31, VIII 500.5-8 L.; cf. *Epid. II 3.17, V 116.14-15 L., and VI 8.6, V 344.13 L.*). Because the female came from watery seed, she developed more slowly than the male fetus: the author of *Nature of the Child* correlated the baby's gender and the time the fetus took to articulate its parts with the amount of lochial flow expected from the mother after the birth. Because greater wetness caused a female to develop more slowly *in utero*, she consumed less of her mother's menses for her nourishment than did her male counterpart (18.1-2, VII 498.27-500.11 L.). As a result, more residues were left unconsumed at the birth of the little girl, and so the lochial flows of her mother extended for 42 days after delivery. The male fetus articulated his parts at 30 days and because he had begun to consume the residues in a more vigorous manner at an earlier age, there was less left over at his birth. Lochial flows for the mother of a boy extended for no more than 30 days. The same author expected quickening of a male fetus to take place at three months, but that of a female at four months (21.1, VII 510.18-21 L.). The author of *Eight Months' Child* noted that *in utero* the girl matured more slowly than the boy, but once born, she grew old more quickly (1, *CMG I 2, 1, 80.18-24*). The wetness that retarded her growth permeated the little girl's fetal environment and adversely affected her mother during the pregnancy. The woman who carried a girl was considered less healthy, and *Barren Women* made use of this difference in the mother's health to predict the sex of the unborn:

“Women with spots on their faces are pregnant with a female, but those who keep a good complexion are usually pregnant with a male. If a wo-

man's nipples turn upward, she bears a male, but if they turn downward, a female" (*Steril.* 216, VIII 416.18-21 L.).

The negative effects of pregnancy with a girl continued in Hippocrates' minds through birthing, since among the cases of postpartum suffering recorded in the *Epidemics* the majority reported that the baby was a girl (Hanson, 1989, p. 48). Wetter and weaker from the outset, the female fetus never overtook the male, who came to his birthing more vigorous and more dry.

Although the girl child dried out enough to accomplish and survive her birth, females became wet a second time at puberty (Hanson forthcoming b). This was when female bodies became fleshy and spongelike so as to absorb the greater moisture that circulated within them. In adulthood the female needed to menstruate, nourish a fetus, or lactate in order for her to maintain her health. By contrast, male bodies had no such needs (*Morb. mul.* I 1, VIII 12.23-14.7 L.). Men were expected to expend surplus moistures for the nourishment of their bodies or as sweat in strenuous exercise. But those men who did not, were wet and weak, like women. In *Regimen II*, for example, athletic men were said to feel pains of fatigue only after unusual or excessive exercise. Men out of training, however, suffered pains of fatigue after even slight exertions (II 66, *CMG I* 2, 4, 188.12-190.25). These latter had flesh that was wet, and strenuous activity caused melting within the body as exercises warmed it. Some of the melted substances passed out as sweat and other were purged with breath, but fluids still remained in excess and gathered in the fleshy parts of the man's body. Because the fluids could not circulate freely, they grew hot, and overpowered what was healthy within. Unathletic men suffered from high fever and pain. Therapies to alleviate the sickness included vapor baths to break up the collected humor, mild exercise, and restricted diet, so as to make these male bodies properly firm and lean. Men who did not exercise were also subject to accumulation of one of the constituent bodily humors in *Diseases IV*, and the end result of their inactivity was a fever produced by the heat of accumulation (45, VII 568 L.). In *Nature of Man* those men, who in their youth had been hard-workers and lovers of toil, discovered, when they ceased from strenuous activities in old age, that their flesh had become soft (12, *CMG I* 1, 3, 62.5-18). Should such men get sick, their bodies melted down and the surplus fluids that were trapped within gathered in the open space of lower belly, chest, bladder. If the superabundant moistures did not find a way out, they suppurated, especially those that were blocked up in the chest, because climbing up and out from the chest was difficult for liquids to accomplish. In *Airs, Waters, Places* those who dwelt on the Phasis river inhabited a land that was marshy, hot, wet, and covered with vegetation; their climate was dominated by violent rainstorms (15,

II 60.9-62.6 L.). In this land the fruits of earth were unhealthy, immature, and feminized (τεθηλυσμένοι) by superabundant wetness, while the men themselves were so thick of body that neither their joints nor veins were visible. These men were unable to work hard. The pervasive femininity of wetness reappeared in this Hippocratic author's view of the far-off Scythians (19, II 72.8-18 L.). Scythians inhabited a northern land that was chilled by the north wind, ice, and snow, and made sodden by heavy rains. Scythians too had thick and fleshy bodies and they closely resembled their womenfolk. Because of their wetness and softness, they lacked the strength to manipulate a bow or javelin. Scythian men dried out their excess moisture with cauterization and once burned in their shoulders, arms, wrists, breasts, hips, and loins, their bodies acquired better muscle tone. In the mind of these medical writers wet was unhealthy, and drying the wet was the only way to restore moist men to health and strength. *Aphorisms* III paired men of a wet nature with women in charting their reactions to the varying winds and humidities of the seasons (11-14, IV 490.2-92. L.), and *Aphorisms* VI noted that those men whose noses were runny and whose seed was watery were sickly, while those who were the opposite were healthier (2, IV 562.11-12 L.; cf. *Epid.* VI 6.8, V 328.4-6 L.). The gynecological prescriptions of the *Corpus* presupposed that female nature was wet and that wetness was the cause of women's weakness. Wetness in male nature made a man more like a woman and genderized wetness was a negative quality, as the logic of the gynecological recipes made clear.

BIBLIOGRAPHY

- BAILEY (1974). C. BAILEY, *Titi Lucreti Cari De rerum natura, libri sex*, Oxford, 3 vols.
- BYL (1990). S. BYL, with A.—F. DE RANTER, "L'étiologie de la stérilité féminine dans le *Corpus hippocratique*", pp. 303-22 in P. POTTER - G. MALONEY - J. DESAUTELS, ed., *La maladie et les maladies dans la collection hippocratique: Actes du V^e colloque international hippocratique*, Québec.
- DIEPGEN (1973). P. DIEPGEN, *Die Frauenheilkunde der Alten Welt*, Munich.
- FASBENDER (1897). H. FASBENDER, *Entwicklungslehre, Geburtshilfe und Gynäkologie in den hippokratischen Schriften*, Stuttgart.
- GRENSEMANN (1975). H. GRENSEMANN, *Knidische Medizin*, Teil I, Berlin and New York.
- : (1987). *Knidische Medizin*, Teil II, Stuttgart.
- HANSON (1989). A. E. HANSON, "Diseases of Women in the Epidemics", pp. 38-51 in G. BAADER and R. WINAU, ed., *Die Hippokratischen Epidemien (= Verhandl. des V^e colloque international hippocratique)*, Stuttgart.
- : (1990). "The Medical Writers' Woman", pp. 309-338 in D. M. HALPERIN - J. J. WINKLER - F. I. ZEITLIN, ed., *Before Sexuality: The Construction of Erotic Experience in the ancient Greek world*, Princeton.
- : (forthcoming a). "Continuity and Change: Three Case Studies in Hippocratic Gynecological Therapy and Theory", in S. POMEROY, ed., *Women's History and Ancient History*, Chapel Hill and London.
- : (forthcoming b). "Conception, Gestation, and the Origin of Female Nature in the *Corpus Hippocraticum*", in *Helios* 17, 1991.
- HOPKINS (1965-66). K. HOPKINS, "Contraception in the Roman Empire", *Comp. Studies in Soc. and Hist.* 8, 124-51.
- IVERSON (1939). E. IVERSON, "Papyrus Carlsberg no. VIII, with some Remarks on the Egyptian Origin of some popular Birth Prognoses", *Det. kgl. Danske Videnskabernes Selskab., Historisk-fil. Med.* 26.5.
- JÖCHLE (1974). W. JÖCHLE, "Menses-Inducing Drugs: Their role in Antique, Medieval and Renaissance gynecology and birth control", *Contraception* 10.4, 425-39.
- KING (1990). H. KING, "Daughter of Leonides", pp. 11-32 in A. CAMERON, *History as Text: The writing of ancient history*, Chapel Hill and London.
- LEFKOWITZ/FANT (1982). M. R. LEFKOWITZ and M. B. FANT, *Women's Life in Greece and Rome*, Baltimore.
- LEONARD/SMITH (1961). W. E. LEONARD and S. B. SMITH, *T. Lucreti Cari De rerum natura, libri sex*, Madison, Wisc.

- LESKY (1950). E. LESKY, *Die Zeugungs- und Vererbungslehren der Antike und ihr Nachwirken*, Mainz.
- LLOYD (1966). G. E. R. LLOYD, *Polarity and Analogy: Two Types of Argumentation in Early Greek Thought*, Cambridge.
- : (1990). *Demystifying Mentalities*, Cambridge and New York.
- LONIE (1981). I. M. LONIE, *The Hippocratic Treatises "On Generation", "On the nature of the Child", "Diseases IV"*, Berlin and New York.
- MANULI (1982). P. MANULI, "Elogio della castità: la ginecologia di Sorano", *Memoria* 3,39-49.
- POMEROY (1975). S. B. POMEROY, *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves*, New York.
- RIDDLE (1989). J. M. RIDDLE, "Contraceptives and Early Stage Abortifacients", *American Philological Association: Abstracts*, 121, 86.
- ROUSELLE (1988). ROUSELLE, *Porneia*, Oxford and New York.
- SISSA (1984). G. SISSA, "Une virginité sans hymen: le corps féminin en Grèce ancienne" *Annales ESC* 39, 1119-39.
- : (1990a) "Maidenhood without Maidenhead: the female body in ancient Greece", pp. 339-64 in D. M. HALPERIN - J. J. WINKLER - F. I. ZEITLIN, *Before Sexuality: the construction of erotic experience in the ancient Greek World*, Princeton.
- : (1990b) *Greek Virginity*, Cambridge and London.

La leche como fármaco terapéutico en el *Corpus Hippocraticum*

MERCEDES LÓPEZ SALVÁ

(Universidad Complutense, Madrid)

La leche es el primer alimento del recién nacido. Desde siempre ha sido fundamental en la nutrición del ser humano. Hoy sabemos que por su rico aporte vitamínico es elemento esencial del calcio alimenticio. La leche y el vino eran ya las principales bebidas entre los héroes homéricos. Pero además la leche es símbolo de alimento espiritual. En la religiosidad primitiva se la emplea en las actividades rituales como ofrenda a los dioses, especialmente a los dioses místéricos, y a los muertos. También se la utiliza en los ritos de fecundidad. Leche y miel han sido considerados alimentos divinos y, por tanto, símbolo de inmortalidad. Según Ovidio (*Met.* I 169) por la Vía Láctea llegan las almas al cielo. En los *Lupercalia* de Roma se utilizaba la leche como elemento purificador (*Plut. Rom.* 26). También en la iglesia antigua se daba a los recién bautizados leche y miel como símbolo de su iniciación en una nueva vida.

Las propiedades terapéuticas de la leche tampoco escaparon a los antiguos. El *Corpus Hippocraticum* se hace eco de esta riquísima tradición. Para conocer las virtualidades curativas que los autores del *Corpus* atribuyeron a la leche, examinaremos los siguientes tratados: *De victu*, *De victu acutorum* y los *spuria*, *De affectionibus*, *De internis affectionibus*, *De morbis*, y se analizarán también los libros de las *Epidemias* y los tratados ginecológicos.

No entraré en esta comunicación en la polémica, de qué tratados pertenecen a la escuela cnidia y cuáles a la de Cos, polémica, por lo demás, que desde los trabajos de W. D. Smith¹, Fr. Kudlien², V. Di

¹ «Galen on coans *Versus Cnidians*», *BHM* 67, 1973, pp. 569-585.

² «Bemerkungen zu W. D. Smith's These über die knidische Ärzteschule», *Corpus Hippocraticum*. Actes du Coll. hipp. de Mons (sept. 1975), Mons, 1977, pp. 95-113.

Benedetto³ y A. Thivel⁴ ha quedado superada, al demostrar estos autores que la distinción tradicional entre las dos escuelas, no se basa en sólidos fundamentos, y que, por tanto, los médicos de Cos como los de Cnido conocieron una tradición médica que en unos casos siguieron y de la que en otros se apartaron.

No obstante, quisiera comentar que el autor de *De victu acutorum* hace una crítica a la terapia empleada por los autores de las denominadas *Sentencias Cnidias* afirmando que no está de acuerdo con ellos, «porque utilizaron un número reducido de remedios. En la mayoría de los casos, si se exceptúan las enfermedades agudas, prescriben administrar purgantes y dar a beber suero y leche» (§ 1, II 226 L.) Veremos, en efecto, que en los tratados tradicionalmente considerados de la escuela cnidia se acude con frecuencia a la leche en la terapia de enfermedades, si bien en muchas ocasiones también los médicos de Cos acudieron a este remedio.

Dados los diferentes tipos de leche que se prescriben: de vaca, de cabra, de oveja, de burra, de yegua, de perra o incluso de mujer lactante, quisiera traer a colación un texto de *De victu*, que explica las diferentes virtualidades de cada tipo de leche. Dice así: «Con leche todos los *kykéōnes* son alimenticios, pero si la leche es de vaca es astringente y si es de cabra resulta más bien laxante, mientras que la leche de oveja lo es menos y resulta más laxante con leche de yegua o de burra» (II 41, VI 538 L.)

Examinaremos en primer lugar para qué tipo de dolencias se receta la leche de burra. Se prescribe esta leche como fármaco suavizante en enfermedades pulmonares (como una neumonía) o abdominales tras haber recetado previamente un purgante que limpiara el estómago de bilis y flemas y haber suministrado al enfermo alguna medicación o bebida que le ayudara a expectorar (*Int.* 3, VII 176 L.). Se recomienda que el paciente mientras beba esta leche se abstenga de todo tipo de comidas (*Morb.* II 70, VII 106 L.). Con cierta frecuencia se aconseja que se alterne la leche de burra con suero (*Morb.* II 68, 70, 73, VII 104, 106 y 112 L.) o con zumo (*Ibid.* 40, VII 56 L.), alimentos todos que favorecen el arrastre y la limpieza intestinal. Pero también es frecuente que se recomiende leche de burra en caso de no haber suero (*Morb.* II 38, VII 54 L.; *Mul.* I 63, II 121, VIII 128 y 264 L.) o que se recete indistintamente suero o leche de burra (*Aff.* 30, VI 242 L.;

³ «Cos e Cnido», *Hippocratica*. Actes du Coll. hipp. de Paris (sept. 1978), Paris, 1980, pp. 97-111.

⁴ *Cnide et Cos? Essai sur les doctrines médicales dans la Collection Hippocratique*, Paris, 1981.

Morb. II 13, 40, 51, 66; VII 24, 56, 80 y 100 L.). A. Laguna⁵ en su comentario a la obra de Dioscórides afirma que la leche de burra contiene mucho suero y es «solutiva del vientre», pues «el suero tiene virtud de mundificar, abrir las opilationes y relaxar el vientre». Por esto se aconseja tomar leche de burra mezclada con miel para purificarse a los enfermos con problemas en el bazo, ya sea por acumulación de bilis (*Int.* 30, VII 244 L.), de sangre (*Int.* 32, VII 250 L.) o de flema (*Int.* 33, VII 252 L.). Se aconseja también esta leche para limpiar el hígado de bilis (*Int.* 48, VII 286-8 L.) y, en general, de cualquier tipo de flema (*Int.* 10 y 49, VII 190 y 290 L.). Se recomienda asimismo para la sequedad de la médula espinal (*Int.* 13, VII 200 L.) y para la hidropesía del bazo (*Int.* 25, VII 230 L.). Los enfermos afectados por el causón, fiebre alta que consume el organismo y que atrae los humores ácidos y biliosos, deben purgarse también con leche hervida de burra (*Acut. Sp.* 1, II 396 L.). Se prescribe asimismo la leche de burra como purgante para los que tienen el estómago inflamado a causa de la bilis seca (*Acut. Sp.* 51, VI 312 Potter) y para los que sufren cólicos por irritación intestinal (*Acut. Sp.* 53, VI 314 P.). A éstos se les recomienda que primero beban leche de burra caliente y después que la espolvoreen con semillas de lino, harina de trigo y habas egipcias molidas sin su parte amarga. Se recomienda también para limpiar el estómago de los que han sufrido algún tipo de hemorragia nasal (*Acut. Sp.* 59, VI 320 P.). En caso de ciática se recomienda igualmente ablandar la parte de la pierna en donde se fijen los dolores con baños, fomentos y calor, hacer que el enfermo evacúe el vientre y, cuando el dolor remita, darle a beber leche de burra hervida. La causa del dolor en esta enfermedad, según leemos en *De affectionibus* (29, VI 240 L.) y *De internis affectionibus* (51, VII 292 L.) es que la bilis y la flema se fijan en el conducto sanguíneo y corrompen la sangre que allí se coagula. También la artritis que, según estos autores, se produce a causa de la bilis y de la flema fijadas en las articulaciones, debe tratarse con lavativas o supositorios que produzcan la evacuación del vientre del enfermo y cuando el dolor remita debe dársele o suero o leche hervida de burra. En *Epidemias* (VII 3, VI 368 L.) se afirma que los dolores provocados por una disentería se le aliviaron al enfermo al beber suero y leche hervida de burra, ya que ésta le produjo una fuerte evacuación de bilis y se le abrió así el apetito. Los penosos dolores de vientre de otro paciente se aliviaron con leche hervida de burra (*Ibid.* 4, V 372 L.) e igualmente para los borborigmos del vientre que aquejaban a Mnesianacte le fue útil ingerir este tipo de leche (*Epid.* VII 45, V 414 L.). Se recomienda también la leche de

⁵ PEDACIO DIOSCÓRIDES ANAZARBEO, *Acerca de la materia medicinal y los venenos mortíferos*, traducido de la lengua griega en la vulgar castellana por el Dr. Andrés Laguna, Salamanca, 1566. p. 164.

burra como purgante en algunos casos de tifus (*Int.* 43, VII 274 L.). De acuerdo con los autores de *De morbis mulierum* I (43, VIII 102 L.) y de *De natura muliebri* (52, VII 394 L.) si, después del parto, se producen vómitos de sangre se debe a que el tejido hepático está dañado, y afirma que a las mujeres aquejadas de esta dolencia conviene lavarlas con abundante agua caliente, aplicarles fomentos y darles a beber leche de burra durante cinco o siete días. También si a consecuencia del parto una mujer queda coja, debe beber un *kýlix* de leche de burra además de un purgante con el fin de liberar la pituita (*Mul.* I 78, VIII 196 L.). También se les recomienda que se fumiguen durante tres días con sandáraca ⁶, cerato y pelo de liebre (obsérvese la identidad de la medicina «técnica» o «dietética» con la medicina popular). Otro remedio para hacer bajar la pituita es macerar en leche de burra, ya la parte interior de un pepino, ya una dracma de calabaza, añadirle sal, miel y aceite y hacer con ello una irrigación (*Mul.* I 109, VIII 232 L.). Se recomienda asimismo la leche de burra para los trastornos de matriz. Por ejemplo, cuando se produce una ulceración después de un aborto y de haberse corrompido la criatura dentro, conviene lavar con abundante agua caliente, aplicar fomentos donde se localice el dolor y dar a la mujer durante tres o cuatro días leche hervida de burra (*Mul.* I 63, VIII 128 L.). También en los desplazamientos de la matriz, ya sea hacia los hipocondrios (*Mul.* II 125 y *Nat. Mul.* 3 y 18, VIII 268 L. y VII 314-316 y 338 L.), hacia el hígado (*Mul.* II 127, VIII 272 L.) o hacia abajo (*Mul.* II 128, VIII 276 L.), se recomienda leche de burra cuando los dolores cesen. Cuando la matriz se cierre (*Mul.* II 162, VIII 340 L.), se aconseja que la paciente se bañe con abundante agua caliente y que después se le administre *castoreum* junto con raíz de peonía. Y una vez que baje la regla, que interrumpa el tratamiento durante un día, que haga una fumigación general y que se le administre un medicamento que purgue por arriba y, si el médico lo juzga necesario, también un medicamento que purgue por abajo, por ejemplo, leche de burra o suero. Se mencionan también sus efectos purgantes cuando se prescribe para la inflamación, erisipela e hidropesía de matriz (*Mul.* II 171, 174 y 176, VIII 352, 356 y 358 L.). Se receta, en cambio, después de administrar a la enferma un purgante, cuando está afectada por unos flujos que le salen del interior de la matriz (*Mul.* II 119, 121, 122, VIII 258, 262-4 y 266 L.; *Nat. Mul.* 15 y 16, VII 334 y 336 L.). La leucorrea o flujo blanco y cierto flujo amarillento se atribuyen a la pituita o a la bilis que no ha sido correctamente liberada (*Mul.* II 119 y *Nat. Mul.* 15, VIII 258 y VII 334 L.). Hay otro tipo de flujo que se produce cuando la sangre que se elimina se vuelve biliosa y no hay purgación. En todos estos casos se recomienda primero purgar y después administrar leche de burra (*Mul.* I 16, *Nat.*

⁶ Cf. L. SANZ MINGOTE, *Tratados hipocráticos IV*, Madrid, 1988, nota 271, p. 164.

Mul. 18, VIII 54 y VII 338 L.) Si debido a cierto flujo de color cobrizo, la matriz se inflama y se cierra y la mujer tiene dificultad para miccionar, debe realizar también un régimen a base de leche de burra, hortalizas cocidas y algún pescado o carne cocida (*Mul.* II 115, VIII 248-250 L.) Cuando hay problemas para la concepción, se recomienda una fumigación general de todo el cuerpo, que la mujer beba un purgante y a continuación leche de burra (*Steril.* III 222, VIII 430 L.), es decir, una limpieza por dentro del cuerpo.

Se concluye a partir de estos casos que los autores del *Corpus* sabían que la leche de burra es la más laxante de todas las leches. La utilizaban, por tanto, para purgar y ayudar al arrastre. También se la utilizaba tras una purga para restaurar la flora intestinal y para suavizar ulceraciones así como para remover y disolver los humores malignos. No olvidemos que la leche de burra, menos densa que las demás, se utilizaba también tanto en Egipto como en Grecia y Roma con fines cosméticos para suavizar y nutrir la piel. Plinio (*HN* XXVIII 50) cuenta que Popea, la mujer de Nerón, se bañaba en leche de burra para mantener la piel tersa y que muchas mujeres en Roma se frotaban la cara con esta leche setecientas veces al día para evitar las arrugas y rejuvenecer el cutis.

La leche de yegua se prescribe dos veces en afecciones pulmonares (*Epid.* VII 3; *Int.* 3, V 368 y VII 176 L.) Se recomienda que se beba por la mañana en ayunas tres *kotýlai* de leche de yegua batida. También se recomienda la leche de yegua para limpiar mediante una irrigación la matriz de las mujeres que por causa del pus de una infección no pueden concebir (*Mul.* 222, VIII 430 L.)

La leche de perra en los tratados hipocráticos sólo se prescribe una sola vez. Se receta como elemento base en el que se disuelve jugo de silfio y simiente de berro. Esta bebida sirve para hacer bajar la regla y también para expulsar el feto (*Nat. Mul.* 32, VII 350 L.)

También la leche de oveja aparece tan sólo una vez en los textos analizados. Se prescribe cuando la matriz se ha girado hacia arriba, la regla no baja y un dolor va y viene del bajo vientre a la cintura. En tal caso la enferma debe lavarse con agua caliente, comer todos los ajos que pueda y beber después leche pura de oveja. A continuación debe tomar un purgante y fumigar la matriz con una mezcla de hinojo y ajeno (*Nat. Mul.* 8, VII 322 L.)

La leche de vaca y de cabra se suele recetar en general indistintamente. No obstante, hay ciertos casos en que se receta solamente leche de cabra. Así para el tratamiento de la pleuresía (*Morb.* III 16, VII 148 L.) se le recomienda al enfermo que la beba mezclada con

zumo de granada y miel. También en las hepatitis los enfermos además de seguir una dieta deben beber leche de cabra mezclada en una tercera parte con miel (*Int.* 24, VII 228 L.), y para la hidropesía hepática se prescribe leche de cabra con miel, vino blanco, orégano, zumo de silfio y no comer sólidos en diez días. También a las embarazadas pituitosas se les recomienda leche de cabra con miel con el fin de expulsar la pituita (*Mul.* I 29, VIII 74 L.). Para soltar el vientre de los niños se prescribe hacerles una irrigación a base de leche de cabra mezclada con miel (*Mul.* I 92, VIII 222 L.). De un enfermo de Abdera, que padecía una dolencia nefrítica por la que orinaba sangre cada poco tiempo, y que estaba además aquejado de disentería, se cuenta que por la mañana se le administraban tres *kotylai* de leche hervida de cabra, rebajada con una quinta parte de agua, y por la tarde se le daba pan de trigo muy hecho, vino tinto ligero y melón. Así se le contuvo el intestino y la orina empezó a limpiarse. Siguió bebiendo leche hasta que la orina volvió a su situación normal (*Epid.* VII 115, V 462 L.). Recordemos que según el autor de *De victu*, la leche de cabra es más laxante que la de vaca y según Plinio algo más nutritiva. A. Laguna ⁷ también recomienda mezclar la leche de cabra con miel a fin de que no se cuaje en el estómago.

Se receta indistintamente leche de cabra y de vaca en las neumonías y dolencias pulmonares, tras la conveniente medicación e infusiones con miel que hagan expectorar al enfermo. El hecho de que se recomiende leche de vaca con miel a un paciente con una ulceración en el tubo bronquial que no toleraba la lecha de cabra, muestra que estaba comprobado que la leche de vaca era más suave y, por tanto, más tolerable que la de cabra y, a su vez, la de burra y la de yegua más ligera y más fácil de digerir que la de vaca (*Int.* 1, VII 172 L.). El que en ciertos casos de enfermedad pulmonar, provocada por la flema y la sangre putrefacta acumulada en el pulmón (*Int.* 6 y *Morb.* II 47, VII 182 y 68 L.), o en otras dolencias cerebrales o medulares cuyo origen es la indebida acumulación de humores (*Int.* 10 y 49, VII 190 y 288 L.), se recomiende al paciente en primer lugar leche hervida de burra y después leche de vaca y de cabra, indica que estas últimas se recetaban en los períodos de convalecencia por sus efectos nutritivos (*Int.* 43, VII 274 L.). Asimismo a los enfermos con ciática o a los que han sufrido fiebres tifoideas, cuando llevan más de tres días de purgas, se les dice que beban leche de vaca o de cabra (*Int.* 51, VII 296 L.). La leche de vaca o de cabra suavizada con miel puede substituir a la leche de burra o de yegua, cuando éstas no se encuentren.

El autor de *Epid.* VII 3 (V 370-372 L.) relata que un enfermo que

⁷ En su traducción y comentario de la obra de P. Dioscórides, arriba citada, p. 164.

padecía problemas intestinales, tras administrarle durante dos días dos *kotylai* áticas de leche hervida de burra, lo que le produjo una fuerte evacuación de bilis, se le administró al tercero cuatro *kotylai* áticas de leche de vaca sin hervir mezclada con una sexta parte de agua y un poco de vino tinto, de efectos astringentes. Continuó tomando leche durante cuarenta días suprimiendo el agua al décimo pero conservando su pequeña proporción de vino tinto. La mezcla de leche y vino a partes iguales era frecuente en la terapia de traumatismos (*Epid.* II 5, 4 y 6, 13, V 128 y 135 L.). También el vino con leche contribuyó a que le cesaran los vómitos a una mujer que durante más de un mes los había padecido (*Epid.* VII 101, V 454 L.). En cambio, el autor de *Epidemias* VII 82 (V 438 L.) afirma que una de las posibles causas de las dolencias de tipo colérico o disentérico sea la mezcla de vino y leche.

También en los tratados ginecológicos se receta con frecuencia la leche de cabra y la de vaca por su alto valor nutritivo. A las mujeres con ulceración en la matriz, tras un tratamiento a base de lavativas, irrigaciones y unciones, y cuando se encuentren un poco restablecidas, se les recomienda que beban durante un día leche hervida de cabra y después de vaca. Tras la cura de leche, escribe el autor del tratado *De morbis mulierum*, hay que hacer engordar a la paciente lo más posible con todo tipo de alimentos y procurar que quede embarazada. Así se curará (I 63, VIII 128 L.) Un tratamiento muy semejante se aconseja a una paciente con ulceración en los *genitalia*, producida por el flujo de sangre biliosa que le fluye de la matriz (*Mul.* II 121, VIII 262-4 L.) Se le recomienda que cuando empiece la mejoría beba durante cuarenta días leche de vaca ya que ésta, dice el autor del tratado, «purifica, alimenta y mitiga el mal». Añade también que lo mejor para curarse totalmente de la dolencia es que quede embarazada.

Con frecuencia se recomienda en los regímenes beber leche de vaca durante cuarenta días. Así, a un enfermo de médula, después de purgarle y administrarle leche de burra los primeros días, se le dice que haga un régimen durante cuarenta días a base de leche de vaca y granos de avena (*Morb.* II 51, VII 80 L.). A las mujeres que presentan problemas después del parto, se les aconseja que tras beber leche de burra, después durante cuarenta días beban leche de vaca en ayunas (*Mul.* I 78, VIII 196 L.). Como remedio contra los vómitos de sangre de una mujer púerpera se recomienda en primer lugar lavarla con agua caliente, aplicar fomentos y dar a la paciente durante cinco o siete días leche de burra y después, durante cuarenta, si ella lo tolera, leche de vaca negra (*Mul.* I 43 y *Nat. Mul.* 52, VIII 102 y VII 394 L.). Como sugiere L. Sanz Míngote ⁸, apoyándose en los trabajos sobre medicina

⁸ O. c., nota 116, p. 109.

popular de L. Gil ⁹, tal vez la leche de vaca negra para los vómitos de sangre sea un remedio de medicina homeopática fundamentado en una asociación simpática de color. Cuando la matriz se desplaza hacia el costado se prescribe, asimismo, una cura a base de abundante leche de vaca durante cuarenta días (*Mul.* II 129 y *Nat. Mul.* 38, VIII 278 y VII 382 L.). Si la matriz se desplaza hacia la izquierda se le aconseja que beba por la noche leche de vaca, miel y agua y que se lave con agua caliente (*Mul.* II 140, VIII 314 L.). También a las enfermas que se han debilitado por las purgas y las continuas dietas, se les aconseja que beban durante cuarenta días leche caliente de vaca tal y como sale de la vaca (*Mul.* II 118, VII 256 L.). Las mujeres que padecen leucorrea, una vez purgadas, deben beber durante cuarenta días leche de vaca (*Nat. Mul.* 15, VII 334 L.). También tras una infección iliaca se recomienda beber durante cuarenta y cinco días dos *kotýlai* de leche de vaca (*Int.* 46, VII 280 L.), lo mismo que en el período de convalecencia que sigue a un trastorno hepático (*Int.* 48, VII 288 L.). Se prescribe también beber abundante leche a enfermos aquejados por dolencias de pecho (*Int.* 8, VII 186 L.), nefríticas (*Int.* 18, VII 212 L.) y hepáticas (*Ibid*) para hacerles engordar y a continuación cauterizarlos.

Recapitulando lo dicho hasta ahora, los autores del *Corpus* consideraban que la leche de burra y la de yegua eran las más suaves y que podían tener un efecto laxante. Se prescribían también para ablandar y eliminar la flema, la bilis o la sangre de los conductos en donde se había adherido indebidamente. Por esto se recomendaba en las dolencias pulmonares, nefríticas, hepáticas o disentéricas así como en la ciática y las artrosis o a las mujeres que habían tenido un aborto para ayudarles a evacuar, o a las que tenían molestias en la matriz a causa de un exceso de pituita o bilis.

La leche de perra se consideraba que tenía efectos emenagogos y se empleaba para ayudar a la expulsión del feto.

La de oveja se recomendaba después de ingerir muchos ajos para hacer bajar la regla. Según Plinio (*HN* XXVIII 33) es más grasa que la de cabra y la de vaca.

Las leches de cabra y de vaca son las más nutritivas. [En efecto, actualmente está comprobado que son las más ricas en proteínas (30-34 %).] La de vaca es más suave que la de cabra y se la suele recomendar en regímenes de cuarenta días a personas que han quedado debilitadas por la enfermedad. Mezclada con miel se suaviza y ayuda al arrastre de los humores malignos, pudiendo hacer las veces de la

⁹ *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969, pp. 188-194.

leche de burra en caso de que ésta falte. No obstante, es más astringente que la de cabra. Se emplea también la leche de vaca con el fin de hacer engordar a los enfermos para su ulterior cauterización. Según Plinio (XXVIII 33) la leche de vaca es la más medicinal.

Pero además de estas leches, hay acuerdo, nos dice Plinio (XXVIII 21), en que la leche más suave y delicada de todas es la de mujer lactante y aun especifica que la más eficaz es la de mujer que ha parido un varón, leche que tan sólo se ve superada por la de mujer que ha parido varones gemelos. La leche de la mujer que ha parido una niña también es excelente, dice Plinio, pero sólo sirve para quitar las manchas de la cara. Según este autor nada hay tan nutritivo como la leche de mujer, y, después, la de cabra; la de burra, en cambio, es la más efectiva (XXVIII 31). Esta opinión es compartida por Dioscórides (II 78) y por su traductor y comentarista A. Laguna¹⁰, quien afirma que «es la leche humana muy más delicada que todas y más familiar al hombre». También en el *Corpus* aparece la leche de mujer lactante como fármaco para algunas enfermedades. Así, el autor de *De morbis* III 2 (VII 120 L.) afirma que cuando hay fuertes dolores de cabeza, se debe a la suciedad del cerebro y que la única posibilidad de hacer salir el pus, allí acumulado, es a través de las orejas. Para ello el enfermo se tiene que tratar con baños de vapor, de manera que el vapor entre por los orificios nasales y las orejas y le limpie así el cerebro. Cuando el pus comience a salir, el paciente debe lavarse las orejas con vino dulce, aceite de oliva o leche de mujer.

También se utiliza la leche de mujer (y mejor si es de mujer que amamante a un varón) para favorecer la concepción. Se receta de la siguiente guisa como base de una infusión: «Machacar en leche de mujer que amamante a un varón granos de granada fresca y exprimir su zumo; quemar también el órgano genital de una tortuga marina, deshacerlo y derramarlo por entero sobre los *genitalia* de la mujer» (*Mul.* I 75, VIII 166 L.). También se emplea la leche de mujer en otro tipo de remedios para favorecer la concepción. He aquí otra receta: «Triturar con miel el fruto o flor del bulbo blanco, enrollarlo en un pedazo de lana y aplicarlo en la matriz durante tres días; al cuarto triturar malva silvestre de hojas anchas, mezclarlo con leche de mujer y envolviéndolo en un pedazo de lana, aplicarlo como pesario. Después, que la mujer se acueste con su marido. Debe tomar primero poleo cocido con harina y después beber una pizca de poleo con vino» (*Ibid.*). Los pesarios son frecuentes en los tratamientos de las enfermedades ginecológicas. Se hacen con diversas sustancias. Por ejemplo, a base de jugo de mandrágora y calabaza silvestre mezclado con leche

¹⁰ O. c., p. 164.

de mujer, para hacer bajar la regla (*Mul.* I 74, VIII 156 L.). También se recomienda que si un pesario molesta, debe mojarse en leche de mujer. Es decir, aquí la leche de mujer tiene un efecto suavizante. Otro pesario que sirve para hacer bajar la regla y que ayuda a evacuar agua, membranas, mucosidades y humor sanguinolento, se fabrica vertiendo leche de mujer en un trozo de lana, se sumerge en unguento y se le aplica cinco granos de pimienta con un poco de cohombro. Cuando la mujer se lo quite debe untarse con grasa de ciervo derretida en vino (*Mul.* I 84, VIII 206 L.). Otra forma de fabricarlo es macerar en leche de mujer dentro de un calabacín sin pepitas, mirra pura, un poco de miel y unguento egipcio. Si la matriz está irritada por tener aire dentro y la enferma rechaza estar con su marido, se recomienda un pesario con los siguientes elementos: lirio, azafrán, hojas de lino y grasa de ave, tritarlo bien, diluirlo en leche de mujer, empapar en ello hebras de lino fino, atarlo y aplicarlo como pesario en el orificio de la matriz (*Mul.* II 158 y 179, VIII 336 y 362 L.). En caso de que el orificio del útero esté duro y cerrado y no mantenga el esperma, se recomienda un pesario emoliente consistente en triturar en leche de mujer que amamante un varón, quince granos de cnido, médula de ciervo, miel, mirra, yema de huevo, grasa de cabra y aceite de rosas (*Mul.* II 158, VIII 336 L.). Las combinaciones de elementos en los pesarios emolientes se multiplican, pero por mor de la brevedad sólo citaré los que se aplican a una mujer que acaba de parir, para liberarla de los loquios, esto es, de la sangre que se produce en la vagina en los días subsiguientes al parto. Debe hacerse con el hígado fresco de una tortuga marina todavía viva triturado en leche de mujer con un poco de aceite de lirio y vino (*Mul.* II 78, VIII 172 L.). Para expulsar un corión adherido a la matriz, se recomienda entre otros remedios triturar la parte interior del cohombro silvestre en leche de mujer y aplicarlo en un trozo de lienzo.

Pero no acaban aquí los empleos en medicina de la leche de mujer. Es también útil para saber si una mujer concebirá o no (*Mul.* III 214, VIII 414 L.). La fórmula es la siguiente: «Si el médico desea saber si una mujer concebirá, que le dé a beber en ayunas mantequilla y leche de mujer que amamante un varón. Si eructa, quedará embarazada, si no, no». También se emplea la leche de mujer para saber si la criatura que va a nacer será niño o niña (*Ibid.* 216, VIII 416 L.). La prueba recomendada consiste en «coger leche de mujer, mezclarla con harina y hacer un panecillo cociéndolo a fuego lento: Si se quema por completo parirá un varón, y, si se entrea bre, una niña. Poner esa mima leche en hojas y asarla: Si se coagula, dará a luz un varón, y, si se disuelve, una niña»¹¹.

¹¹ Traducción de Sanz Mingote, *o. c.*, pp. 297-299.

Se prescribe también la leche de mujer para la enfermedad oftálmica denominada «argema», consistente en unas manchas blancas en el globo ocular. Para corregir esta enfermedad, debe aplicarse en el ojo savia de álamo mezclada con la leche de mujer a modo de unguento (*Mul.* I 105, VIII 228 L.). También Galeno (XII 267) afirma que el colirio más eficaz para ciertas enfermedades de la vista es la leche de mujer. Dioscórides (II 78) la recomienda mezclada con incienso para ojos ensangrentados por algún tipo de herida. Igualmente Plinio (XXVIII 21) afirma que la leche de mujer es muy beneficiosa para los ojos sanguinolentos, especialmente si se mezcla con miel, con zumo de narciso o con incienso. Y Celso¹² afirma que la leche de mujer es un buen lenitivo para las enfermedades de la vista.

Para terminar nuestro recorrido por la terapia láctea en el tratamiento de las enfermedades, lo haremos con unas palabras del célebre galeno renacentista, médico de cabecera del Papa Julio III, que dicen así: «es sin comparation muy mejor y harto más natural a cada criatura, la leche de su propia madre que la peregrina y extraña», y exhortan a los que deben proporcionar leche de mujer a los enfermos, a que les busquen «alguna mujer hermosa, moça, blanca, limpia, sana, regozijada y gratiosa, que les meta el peçon en la boca; y ansi con su dulce conversation, como con su leche sabrosa, los rehaga y restaure»¹³.

COLOQUIO:

M.^a D. LARA: «¿Hay en el *Corpus* recetas en las que se prescriba leche en general, sin especificar el animal? En caso de haberlas, cuando se receta sólo leche, ¿a qué tipo de leche se refiere?»

LÓPEZ SALVÁ: «En efecto, con cierta frecuencia se prescribe solamente leche. De los tratados que he analizado tengo recogidos todos los lugares en donde sólo se receta leche sin especificar. No lo he reflejado en la exposición porque me hubiera extendido en el tiempo sin aportar nada nuevo a lo ya expuesto. Pienso que cuando se prescribe leche sin especificar, se refiere a leche de vaca o a leche de cabra, que debían de ser las que más se utilizaban. Es frecuente en los tratados recomendar leche de burra y añadir, a continuación, que, en caso de no encontrarse, puede ser substituida por leche de cabra o de vaca rebajada con miel.»

M.^a T. GALLEGO: «¿Se habla en algún lugar del *Corpus* de las composiciones de los diferentes tipo de leche?»

LÓPEZ SALVÁ: «No, y además dudo de que tuvieran el instrumental necesario para descomponerla y analizarla en sus elementos. Hoy sabemos, por ejemplo, que la leche materna contiene de un 15 a un 18 % de proteínas, un 33 % de lípidos y de un 65 a un 70 % de glúcidos, en tanto que la leche de vaca tiene de un 30 a un 34 % de proteínas

¹² E. SCHELLER, *Aulus Cornelius Celsus. Über die Arzneiwissenschaft* (trad. y coment.), Hildesheim, 1967, p. 641.

¹³ LAGUNA, *o. c.*, pp. 163-4.

y de un 47 a un 52 % de glúcidos. Esto no creo que lo supieran los autores del *Corpus*. Pero lo que sí sabían por pura *empeiria* es que la leche de burra era mucho más ligera que la de vaca o la de cabra y que contenía mayor cantidad de suero. Se recomienda a veces que se rebaje con agua la leche de vaca o la de cabra. También sabían que la leche de oveja contenía más grasa y que era más pesada que las demás. Pero la composición de las diferentes leches no aparece en los tratados.»

M.^a D. LARA: «A veces se dice en los textos del *Corpus* que la leche se beba τὴν ὄρην en expresiones del tipo γάλα τὴν ὄρην πινέτω ¿Cómo podríamos entender ese τὴν ὄρην?»

LÓPEZ SALVÁ: «Ese «estar en sazón» de la leche podría referirse a la leche que producen animales que han tenido buenos pastos. La calidad de la leche es evidente que depende de la calidad de los pastos. Podría, por consiguiente, referirse también a la leche de una determinada época del año. Pues la leche que daban las cabras y las vacas entre abril y junio era de mejor calidad, más abundante y más dulce, que la que producían en verano los mismos animales cuando la hierba estaba seca. Se sabe que en verano daban a las cabras y a las vacas sal para que tuvieran sed y bebieran, y tuvieran así más leche. Pero era una leche aguada. Ahora bien, lo que yo me inclino a creer es que hace referencia a la leche del primer período de lactación que es más rica y abundante que la de las semanas siguientes.»

Regimen, κρῆσις, and the History of Dietetics

WESLEY SMITH

(University of Pennsylvania)

I am interested in finding the place of *Regimen*, Περὶ διαίτης, in the history of ancient dietetics. *Regimen* is the most elaborate, the fullest presentation of dietetic, that aspect of the science of medicine which later ages acknowledged to be the achievement of the classical period, of Hippocrates himself. And *Regimen* is the most explicitly self-conscious about methodology and about relation to predecessors: the author says, in effect, "I shall use the best of what they left me without criticising them, and I shall add my own discoveries"¹. Little was said about *Regimen*, however, in the following centuries.

As usual, Galen must be our prime source of information, and we must be careful about how we interpret the information he offers. Galen gives us most of the information we have about *Regimen* in this treatise on the *Faculties of Foods* (*Al. Fac.*). He refers to *Regimen* as exemplary in the science, and says that it offers a systematic approach to the science of foods, and that it uses the concept of κρῆσις to organize its ideas². What kind of truth and/or anachronism is there in Galen's description? Galen also tells us, you will recall, that *Regimen* is handed down in two versions, one called *Regimen*, which started with Book 2, and the other called the *Nature of Man and Regimen*, with included *Regimen* Book I³. We have no reason to distrust Galen's

¹ VI 468 L. I shall cite the work by Littré's pagination, but use Joly's *CMG* text.

² GALEN *Faculties of Foods*, Helmreich, *CMG* 5.4.2, p. 212-213: ὡστ' ἀναγκαιότατον ἔοικεν εἶναι πρὸς τὴν παροῦσαν θεωρίαν ἐπισκέψασθαι τὰς τε τῶν ἀνθρώπων καὶ τὰς τῶν ἔδεσμάτων κρῆσεις. αἱ μὲν οὖν τῶν ἀνθρώπων ὀπόσαι τ' εἰσὶ καὶ ὅπως χρῆ διαγιγνώσκειν αὐτάς, ἐν τοῖς Περὶ κρῆσεων ὑπομνήμασι λέλεχται, καθάπερ γε καὶ περὶ τῶν φαρμάκων ἐν τοῖς Περὶ τῆς δυνάμεως αὐτῶν. ἐν δὲ τῇ νῦν ἐνεστῶσῃ <πραγματεία> καιρὸς ἂν εἴη τὰς τῶν σιτίων εἰπεῖν κρῆσεις, ὡς ἐν τῷ Περὶ διαίτης γέγραπται βιβλίῳ, κατὰ τινὰς μὲν Ἱπποκράτους ὄντι συγγράμματι, κατὰ τινὰς δὲ Φιλιππίωνος ἢ Ἀρίστωνος ἢ Εὐρυφώντος... ὅτου δ' ἂν ἢ τῶν εἰρημένων ἀνδρῶν, εἰς τὴν καθόλου μέθοδον ἀναφέρειν φαίνεται τὴν ἐπὶ τοῖς σιτίοις διαίταν.

³ This is in the omitted portion of the passage I quoted in the preceding note. The "Dreams" of Book IV were not separated out in antiquity as in modern times.

report of this history, although he is our only source of information. He will have learned what he reports from the edition of Dioscorides and Capiton, or else from previous writers on the Faculties of Foods ⁴. And we may infer from what Galen says that *Regimen* was much used and read in the period between Hippocrates and Galen, and that its dietetic portion was used separately from its more philosophical introduction. By whom was it used, how, and when, is what I want to know. An answer is not at hand, but must be worked out carefully, I shall raise some considerations that bear on the answer.

I begin from Galen's comment as quoted above: It is true, as Galen says, that *Regimen* uses the term and concept κρᾶσις, that is, in Ionic, κρησις. In fact *Regimen* uses the compound form σύγκρησις in preference to the simple one. But it does not use it in the part of the work that Galen approves of and makes use of in *Al. Fac.*, the part of *Regimen* that begins with the discussion of foods in Book II. Galen would be accurate if he said that *Regimen* offers a theory which deals with the κρᾶσεις τῶν ἀνθρώπων, but he is not accurate when he says that it offers a theory of κρᾶσεις τῶν σιτίων. And in the section of *Regimen* which Galen uses there are no mentions of κρᾶσεις at all. *Regimen* uses κρησις only in Book I, and uses it much as Galen uses it, to describe the mixture of elements that make up the human creature. *Regimen* says that the initial, inherited κρησις of elements determines the basic φύσις of the person, which medicine must address by διαίτα, and it says that that κρησις determines also the basic intellectual capacity of the person, though not some aspects of his character. Of course, the basic elements *Regimen* talk about are not the four elements of Galen. In *Regimen* they are fire and water, water which nourishes all, and fire which moves all, and from the two the author derives all the four qualities, hot, cold, wet, and dry. Because *Regimen's* elements are certainly not the elements of *Nature of Man*, or of Galen, Galen had to reject *Regimen I* as a genuine Hippocratic work, however fond he was of the later portion. But even here, Galen's views are a little cloudy, since Galen had said in an aside a few years earlier that *Regimen* really was a genuine Hippocratic work, and that people were mistakenly robbing Hippocrates of it ⁵. It may be that in *Al. Fac.* Galen is just not bringing up the whole subject, or it may be that he is not be aware of all of it, since when time he defended *Regimen* as Hippocratic he was discussing the history of the word *chondros*, which is in the second part of *Regimen*.

⁴ For details on this subject, see my book *The Hippocratic Tradition*, Ithaca, 1979, esp. pp. 44-60, 235-40.

⁵ GALEN, Commentary on *Acut.*, CMG 5.9.1, p. 135. This is discussed and translated in my *Hippocratic Tradition*, p. 59.

Now, the belief that health and disease are determined by mixtures is a venerable one in Greece. We know well the passage from Alcmeon and the material from Empedocles and Anaxagoras, and others, to which our attention has been drawn by Fredrich, Festugiere, Jouanna, and others⁶. We have now a recent account of the derivation and early history of κρᾶσις and μίξις written by E. Montanari⁷. Considering the importance and ubiquitousness of the concept, it would seem that it should have been a straight and easy evolution from the notion, commonly held in the Classical period, that health is a benign mixture to Galen's developed theory of temperaments of human beings and the environment. But it was not, on the one hand because benign mixture, κρᾶσις, of humors or of qualities like bitter and sweet did not appear instinctively to be the same thing as κρᾶσις of basic elements to create existing objects, even though the words were the same, and on the other because observation of reality kept getting in the way. The opposed predilections that eventually defined themselves formally as Empiric and Dogmatic were both there from the beginning, and everyone shared both of them in some degree.

If we look at the early stage, the usage of κρῆσις and its synonym σύγκρῆσις in the Hippocratic Corpus generally, to see how the rest of the Corpus squares with the usage in *Regimen*, the results are interesting. There are many uses of the term ἄκρητος in the Corpus, and of forms of the verb κεράννυμι, to express the assumptions of humoral medicine: the ἄκρητα are dangerous, and when they have become κρηθέντα and πεφθέντα they are benign and no longer dangerous. The abstract noun ἀκρησίη is used in the context of the same ideas, but is, interestingly, used in a specialized way, in contexts in which the subject is a condition in which acrid humors are flowing down from the head and doing damage. The argument and evidence here are somewhat complex because of manuscript confusion with ἀκρασία, «weakness», so I shall not try to prove my statement completely; in any case I recognize four uses of ἀκρησίη in this specialized sense⁸. However, the abstract noun κρῆσις, along with its synonym σύγκρῆσις, does not occur frequently as a concept in the Corpus; in the sense of a combination of elemental constituents which determine the basic φύσις of the person, it occurs only in *Regimen* Book I and in the *Nature of Man*. In the Corpus there are only 27 instances of

⁶ J. JOUANNA, edition of Hippocrates *Nature of Man*, CMG 1.1.3, p. 256, discusses the subject and gives bibliography.

⁷ E. MONTANARI, ΚΡΑΣΙΣ Η ΜΙΞΙΣ, *un itinerario semantico e filosofico*. Parte Prima, dalle origini ad Eraclito, Florence, 1979.

⁸ The four passages are Littré I 584.14 and I 616.2 (*Vet. Med.*), II 474.12 (*Acut. App.*) and V 118.7 (*Epid.* II 3.17).

κρῆσις and σύγκρῆσις, of which *Regimen* Book 1 accounts for all but 8⁹. As I have said above, in Book I where it uses the concept, *Regimen* develops a theory of temperaments for the human being, but does not proceed to develop a theory of temperaments for foods or drugs in the manner that Galen later did. *Nature of Man* uses the concept and the term κρῆσις twice, both times in its argument that distinct elements must be blended to create a human being; in other words, *Nature of Man* uses κρῆσις as *Regimen* does. But neither *Nature of Man* nor *Regimen in Health*, which is attached to it, shows any tendency to develop a general theory of temperament, for humans or for food and drugs. The other Hippocratic uses of κρῆσις and σύγκρῆσις, in *Airs Waters Places* and in *Ancient Medicine* are for concepts typical of those works, notions of dilution of strong and unmixed humors in *Ancient Medicine*, and of tempered weather in *Airs Waters Places*.

Because *Regimen* uses κρῆσις and σύγκρῆσις in Book I only, and does not use it in connection with foodstuffs, whose δύναμις the author is analyzing, the work actually has a structure somewhat analogous to that of Galen's *Al. Fac.*, which has a highly abstract introduction relating the science of food to the theory of temperaments (*Regimen's* introduction related it to the theory of what man is), followed by a presentation of foodstuffs which does not actually use the concepts of temperament very much, but rather deals in δυνάμεις, and in such questions as "Is it easy or difficult of digestion?" "Is it nourishing?" "«Does it move the bowels, bind, or produce gas?" And, of course, "Is it moistening or drying?", etc. Wheat, for example, is always more nourishing than barley, barley more cooling and laxative. The motives of the authors of the two works are very different, however. Galen claims that a true science of food bases on temperaments of foodstuffs is possible, and he does not offer it to us because he is drawing on sources that did not phrase their accounts of foodstuffs that way. But *Regimen* denies the possibility of creating such a science. It begins its presentation of foodstuffs with the famous disclaimer, the statement that there is no simple shortcut from a particular quality of humor in the food to analysis of the food's δύναμις¹⁰. And that is *Regimen's* justification for its presentation of the long, detailed, traditional list. Galen ignored that disclaimer when he discussed *Regimen*

⁹ See the addendum at the end of this paper.

¹⁰ HIPPOCRATES, *Regimen* ch. 39 Ὅσοι μὲν κατὰ παντὸς ἐπεχείρησαν εἰπεῖν περὶ τῶν γλυκέων ἢ λιπαρῶν ἢ ἀλμυρῶν ἢ περὶ ἄλλου τινὸς τοιούτων τῆς δυνάμιος, οὐκ ὀρθῶς γινώσκουσιν· οὐ γὰρ τὴν αὐτὴν δύναμιν ἔχουσιν οὔτε τὰ γλυκέα ἀλλήλοισιν οὔτε τὰ λιπαρά οὔτε τῶν ἄλλων τῶν τοιούτων οὐδὲν· πολλὰ γὰρ τῶν γλυκέων διαχωρεῖ, τὰ δὲ ἴστησι, τὰ δὲ ὑγραίνει. ὡσαύτως δὲ καὶ τῶν ἄλλων ἀπάντων· ἐστὶ δὲ ὅσα στυφεῖ καὶ διαχωρεῖται, τὰ δὲ οὐρεῖται, τὰ δὲ οὐδέτερα τούτων. ὡσαύτως δὲ καὶ τῶν θερμομαντικῶν καὶ τῶν ἄλλων ἀπάντων, ἄλλην ἄλλα δύναμιν ἔχει.

in his *Al. Fac.*, that is to say, he suppressed what *Regimen* says, but he does discuss the subject in relation to Diocles. He tells us that Diocles got the whole thing wrong, despite being a dogmatic, and he quotes Diocles, the famous *Methodenfragment*, whose empiricism W. Jaeger made so much of ¹¹.

Properly considered, Diocles' words and point of view are very similar to those of *Regimen*, but in his discussion Galen implies that Diocles did not agree with Hippocrates or appreciate his theoretical approach to the science. C. Fredrich judged that Diocles was criticising *Regimen*, influenced in this by Galen, I presume, and Wellmann, Jaeger, and others followed him ¹². And I suppose that is the reason that people have missed the things that I am about to point out. But it is apparent, on consideration, that Diocles is not criticising *Regimen*, that Diocles, in fact, agrees with *Regimen* that establishing the *aitia* for the operation of foods is not a simple matter of equating qualities and *dynámeis*. Both made that assertion, and both continued to use the traditional lists of foods and the traditional evaluative categories. As Galen proceeds in his presentation of the science of foods, he treats Mnesitheus, another writer on whose accounts of foods he draws, as more properly dogmatic than Diocles, because he offered a theory of the differences of parts of plants ¹³. Galen says that the theory is wrong, unfortunately, and incomplete, but it is dogmatic. And he does later quote it, so that we can see that his interpretation is accurate ¹⁴.

¹¹ W. JAEGER, *Diokles von Karystos*, Berlin, 1938, pp. 25-30. The fragment: GALEN, *Al. Fac.* p. 203 Helmreich, DIOCLES *Fr.* 112: Διοκλῆς δὲ καίτοι δογματικὸς ὢν οὕτω κατὰ λέξιν ἔγραψεν ἐν τῷ πρώτῳ τῶν πρὸς Πλεισταρχὸν Ὑγιεινῶν "οἱ μὲν οὖν ὑπολαμβάνοντες τὰ τοὺς ὁμοίους ἔχοντα χυλοὺς ἢ ὁσμᾶς ἢ θερμότητος ἢ ἄλλο τι τῶν τοιοῦτων πάντα τὰς αὐτὰς ἔχειν δυνάμεις οὐ καλῶς οἴονται· πολλὰ γὰρ ἀπὸ τῶν οὕτως ὁμοίων ἀνόμοια δεῖξειεν ἂν τις γιγνόμενα. οὐδὲ δὴ τῶν διαχωρητικῶν ἢ οὐρητικῶν ἢ ἄλλην τινὰ δύναμιν ἔχοντων ὑποληπτέον ἕκαστον εἶναι τοιοῦτον, διότι θερμὸν ἢ ψυχρὸν ἢ ἄλμυρόν ἐστιν, ἐπεὶπερ οὐ πάντα τὰ γλυκέα καὶ δριμύα καὶ ἄλμυρά καὶ τὰ λοιπὰ τῶν τοιοῦτων τὰς αὐτὰς ἔχει δυνάμεις, ἀλλὰ τὴν ὅλην φύσιν αἰτίαν εἶναι νομιστέον τούτου...

¹² C. FREDRICH, *Hippokratische Untersuchungen*, Berlin, 1899, p. 171, p. 274-5; M. WELLMANN, *Die Fragmente der sikilischen Aerzte*, Berlin, 1901, p. 163; JAEGER, *Diokles von Karystos* pp. 25-30, K. DEICHGRÄBER, *Die griechische Empirikerschule*, Berlin, 1930, 274-5.

¹³ GALEN, *Al. Fac.* p. 203-4 Helmreich: αὕτη μὲν ἢ τοῦ Διοκλέους ῥῆσις ἐστιν ἐκ πείρας μόνης ἐγνώσθαι τὰς ἐν ταῖς τροφαῖς δυνάμεις ἡγουμένου καὶ μήτ' ἐκ τῆς κατὰ κρᾶσιν ἐνδείξεως μήτ' ἐκ τῆς κατὰ τοὺς χυμούς. οὕσης δὲ καὶ ἄλλης τῆς κατὰ τὰ μόρια τῶν φυτῶν οὐκ ἐμνημόνευσεν αὐτῆς. λέγω δὲ κατὰ τὰ μόρια τῶν φυτῶν ἐνδείξιν, ἢ πρὸς ταῖς ἄλλαις ἐχρήσατο Μνησίθεος ἐτέρας μὲν δυνάμεις ἐν ταῖς ῥίξαις εἶναι τῶν φυτῶν ἀποδεικνύς, ἐτέρας δ' ἐν τοῖς καυλοῖς, ὥσπερ γε κἂν τοῖς φύλλοις καὶ καρποῖς καὶ σπέρμασιν ἄλλας.

¹⁴ Mnesitheus as quoted by Galen on the different qualities of parts of plants, *Al. Fac.* p. 321-2 Helmreich, MNESITHEUS *Fr.* 24 Bertier = J. BERTIER, *Mnesithée et Dieu-chès*, Leiden, 1972. "πρῶτον μὲν οὖν αἱ ῥίζαι πᾶσαι δύσπεπτοί τ' εἰσὶ καὶ ταρακτικαί· λέγω δ' οἶον ῥαφανίδας σκόροδα κρόμυα γογγυλίδας καὶ πᾶν τὸ τοιοῦτον γένος. ὅσων γὰρ ἡ ῥίζα καὶ τὸ κατὰ γῆς πεφυκὸς ἐδώδιμὸν ἐστί, ταῦτα πάντα εἰς τὴν δύσπεπτον ἰδέαν καταχωρίζεται..."

Hence we have some sense of Mnesitheus' manner of looking for a hypothesis that will create shortcuts in the science. Our impression that Galen is giving us correct information is strengthened when Oribasius preserves a section from the same work of Mnesitheus, Περὶ τροφῶν δυνάμεων which says that the pattern with seeds is clear: if the plant has edible roots, its seeds will not be edible, and vice-versa ¹⁵.

However, I would like to add to this discussion a passage from Mnesitheus which Galen never quotes or alludes to, and which I have not seen anyone else talk about, i.e., Fredrich, Jaeger, and others seem to be unaware of it. In Athenaeus' *Deipnosophistae* Mnesitheus is quoted as expressing a view of the dynamis of foods, a dogmatic theory, that is very like, in words and sentiment, what Diocles criticizes in fragment 112 ¹⁶. I have emphasized the crucial words in the two fragments. I would think that had W. Jaeger noticed this passage he might have made much of the chronological implications here: Diocles apparently criticising Mnesitheus, Athenian criticizing Athenian. Of course we do not have a dependable date for Mnesitheus any more than for Diocles. But I want to make the point that whomever Diocles did criticize, if anyone specific, he does not name him. And there is, in the time of Diocles and Mnesitheus, no formal methodological division like that later created by the Empirics. When Diocles says οἱ μὲν οὖν ὑπολαμβάνοντες, "people who make the supposition", the people he is referring to do not belong to a competing sect or school or epistemological persuasion, though they are probably fellow dieticians who wrote accounts of dynamis of foods. And so, we have the anomalous situation in which people make pronouncements about possible theories, but without direct engagement with one another.

To remind you of the style and mentality of Galen in his *Al. Fac.*: He presents his material much as he does in his drug books, looking over the material of predecessors, drawing on it, assuring the audience that he is skipping nothing of importance, but he offers fewer direct quotes in the food catalogue than he does in the drug books. When, for example, he is looking for an adequate description of grains, he surveys the authorities on whom he draws for his work, and he judges them, in their presentations, not by degree of analytical capacity or orthodoxy in adherence to dogmatic principles, but for length and

¹⁵ ORIBASIIUS, *Medical Collection* Bk. 2 (Raeder, vol. 1 p. 62).

¹⁶ Mnesitheus as quoted by Athenaeus, on the actions of individual foods. ATHENAEUS, *Deipnosophistae* III 121, Fr. 21 Bertier: Μνησίθεος δ' ὁ Ἀθηναῖος ἐν τῷ περὶ ἐδεσμάτων οἱ ἄλυκοί, φησὶν, καὶ γλυκεῖς χυμοὶ πάντες ὑπάγουσι τὰς κοιλίας, οἱ δ' ὄξεις καὶ δριμεῖς λύουσι τὴν οὄρησιν, οἱ δὲ πικροὶ μᾶλλον μὲν εἰσὶν οὄρητικοί, λύουσι δ' αὐτῶν ἔνιοι καὶ τὰς κοιλίας· οἱ δὲ στρωφνοὶ τὰς ἐκκρίσεις... (cf. above, in note 11, οὐ πάντα τὰ γλυκέα κτλ. from Diocles).

fullness. When he discusses *týphē*, he says that Mnesitheus discussed it in a third category, additional to those of wheat and barley. He continues, “But Diocles ran through the whole subject rather carelessly and in summary fashion. Praxagoras and Mnesitheus wrote at a little greater length than Diocles, but even they were incomplete. Phylotimus wrote fully about some other things, but incompletely about others, and left some other things out entirely, like *zeia*. It is clear that his teacher Praxagoras left it out also, because Phylotimus left out nothing that he said and elaborated and added much and it is amazing that even the person who composed *Regimen*, attributed to Hippocrates. Whatever man of antiquity he was, he didn’t mention *zeia*.”¹⁷

Galen is talking about a fairly trivial matter here, yet his discussion fits the general substance and tone of his *Al. Fac.*. He is compiling a catalogue, using people who composed catalogues in similar fashion, more or less complete, and more or less of a style. It appears to me that in doing that he remains in a tradition that started with the Hippocratic *Regimen*. And it appears that the authors in that tradition, like *Regimen*, like Diocles, like Mnesitheus and Galen, offered some theoretical remarks to precede their catalogue, and that they followed with their own version of the traditional catalogue, repeating the traditional evaluations of the foods in similar language to the others, but apparently not verbatim. Galen’s predecessors only alluded to each other, but did not discuss one another directly, save in such instances as Phylotimus saying that he was elaborating on the presentation of his teacher Praxagoras. If they had criticized one another directly in theoretical matters, Galen would not have let it pass.

To summarize: Ancient treatment of the portion of *Regimen* that deals with the subject of diet leads us to a description of a tradition in dietetic writings. Dietetic discussion remained through the Hellenistic period a stable, formulaic catalogue form. It expanded to encompass new material and new styles of life, but was conservative in terminology and modes of expression. *Regimen*, the classical representative in the subject, remained part of the group. There were, periodically, at least, and perhaps regularly as a part of the literary form, discussions of hypotheses that would, if pursued, make food science a more abstract subject, change its form, tie it to the science of physiognomy

¹⁷ GALEN, *Al. Fac.* p. 234: ὀλίγω δὲ μακρότερον τοῦ Διοκλέους ὑπὲρ αὐτῶν ὁ τε Πραξαγόρας καὶ ὁ Μνησίθεος ἔγραψαν, ἐλλιπῶς μὲντοι καὶ αὐτοί. Φυλότιμος δὲ περὶ τινῶν μὲν μακρῶς πάνυ, περὶ τινῶν δ’ ἐλλιπῶς, ἐνίων δ’ οὐδ’ ὅλως ἐμνημόνευσεν, ὥσπερ οὐδὲ τῆς ζειᾶς. εὐδηλον δ’ ὅτι μηδὲ Πραξαγόρας ὁ διδάσκαλος αὐτοῦ. παρέλιπε μὲν γὰρ οὐδὲν ἂν ἐκεῖνος εἶπεν ὁ Φυλότιμος, ἐξεργάζεται δὲ καὶ προστίθησι πολλά. θαυμάσαι δ’ ἔστιν, ὅτι μηδ’ ὁ τὸ Περὶ διαίτης ἐπιγεγραμμένον Ἴπποκράτους συνθεῖς, ὅστις ποτ’ ἦν ἀνήρ παλαιός, ἐμνημόνευσε τοῦ τῶν ζειῶν ὀνόματος.

or temperaments, obviate the catalogues, etc., but those discussions, so far as we know them, took place separately or in introductions. Serious analyses of foods by their temperament, «hot in the second degree, wet in the first», etc., of the type that Galen implies would make a real science, did not occur in Galen's time or for some time after.

Addendum: κρησις and σύγκρησις in the *Corpus Hippocraticum*.
27 occurrences:

Regimen I 19 times: mixture of fire and water in generation and intelligence.

- 1 Ch. 6: ἔχοντα σύγκρησιν πυρός και ὕδατος.
- 2 Ch. 7: πυρός και ὕδατος σύγκρησιν ἔχουσα, μοῖραν σώματος ἀνθρώπου.
- 3 Ch. 25: Ἡ δὲ φυγή τοῦ ἀνθρώπου, σύγκρησιν ἔχουσα πυρός και ὕδατος.
- 4 Ch. 26: ἔχοντα τὴν σύγκρησιν ἦπερ και διὰ παντός ἔξει.
- 5 Ch. 28: τοιοῦτον εἶναι διὰ τὴν σύγκρησιν τοῦ ὕδατος τῶν μερέων.
- 6 Ch. 31: ὕδατος δὲ τὸ λεπτότατον και πυρός τὸ ἀραιότατον σύγκρησιν.
- 7 ὁ μαλακώτατός τε και ἀραιότατος πλείστην κρησιν δέχεται.
- 8 ὕδατος τὸ λεπτότατον και πυρός τὸ ἀραιότατον σύγκρησιν.
- 9 σύγκρησιν πυρός τοῦ ἰσχυροτάτου και ὕδατος τοῦ πυκνοτάτου.
- 10 πυρός τε τὸ ὑγρότατον και ὕδατος τὸ πυκνότατον σύγκρησιν.
- 11 Ch. 32: εἰ δὲ σύγκρησιν λάβοι πυρός τε τὸ ἰσχυρότατον ...
- 12 ἦν δὲ σύγκρησιν λάβῃ πυρός τοῦ ἀραιοτάτου ...
- 13 Ch. 35: πυρός τὸ ὑγρότατον και ὕδατος τὸ ξηρότατον κρησιν.
- 14 εἰ δὲ πυρός τοῦ εἰλικρινεστάτου και ὕδατος σύγκρησιν λάβοι.
- 15 τοῦ πυρός εἰλικρινῆ τὴν σύγκρησιν ἔχοντος.
- 16 τῆς ψυχῆς φρόνιμος ἢ σύγκρησις.

- 17 Ch. 36: φρονίμου και ἄφρονος ψυχῆς ἡ σύγκρησις αὐτῆ αἰτία ἐστίν.
- 18 τοῦ ὕδατος ἐπικρατέοντος ἐν τῇ συγκρῆσει.
- 19 τῶν δὲ τοιούτων οὐκ ἐστίν ἡ σύγκρησις αἰτία, οἶον ὀξύθυμος...

Ancient Medicine (Vet. Med.) 5 times.

1, 2. Chapt 5: the method of tempering strong *dynámeis*: εὖρον τὰ ῥοφήματα, μίξαντες ὀλίγα τῶν ἰσχυρῶν πολλῶ τῷ ὕδατι, και ἀφαιρέομενοι τὸ ἰσχυρὸν τῇ κρῆσει τε και ἐψήσει. Ὀκόσοι δὲ μηδὲ τῶν ῥοφημάτων ἐδύναντο ὑποκρατέειν, ἀφεῖλον και ταῦτα, και ἀφίκοντο ἐς πόματα, και ταῦτα τῆσί τε κρῆσεσι και τῷ πλήθει διαφυλάσσοντες ὡς μετρίως ἔχη.

3, 4. Chs. 16 and 19: cold is tempered by heat and vice-versa:

κρῆσις γὰρ και μετριότης τῷ μὲν ψυχρῷ γίνεται ἀπὸ τοῦ θερμοῦ, τῷ δὲ θερμῷ ἀπὸ τοῦ ψυχροῦ.

Κρῆσις αὐτέων, ἄλλην πρὸς ἄλληλα ἐχούσας δύναμιν. Ἐπει ἄλλω γε οὐδενὶ τὸ θερμὸν μιχθὲν παύσεται τῆς θερμῆς ἢ τῷ ψυχρῷ.

5. Chapter 24, change of humor from other than κρῆσις; research question: εἰ γλυκὺς χυμὸς μεταβάλλοι ἐς ἄλλο εἶδος, μὴ ἀπὸ ξυγκρῆσις, ἀλλ' αὐτὸς ἐξιστάμενος, ποῖός τις πρῶτος γένοιτο, πικρὸς, ἢ ἄλμυρός...

Airs Waters Places, one time. Ch. 12: tempered seasons:

Τὸ δὲ αἴτιον τουτέων ἡ κρῆσις τῶν ὠρέων.

Nature of Man, 2 times. Chs. 3 and 4: mixture of elemental constituents:

1. οὐδ' ἀπὸ τῶν πλειόνων γεννᾶται, ἦν μὴ τύχη καλῶς ἔχοντα τῆς κρῆσις.

2. ὀκόταν μετρίως ἔχη τῆς πρὸς ἄλληλα κρῆσις.

L'image de l'athlète dans la Collection hippocratique

VALÉRIE VISA

(*Université de Paris, Sorbonne*)

Depuis quelques années s'affirme une prise en charge médicale des sportifs ou, du moins, une perception plus aiguë du rôle des médecins dans ce domaine. Ainsi, rares sont les participants à une compétition qui ne se soumettent à un régime et à un programme d'entraînement soigneusement établis par un médecin, conjointement avec le directeur sportif, en vue de développer au mieux leurs atouts physiques. De plus, se multiplient des cliniques spécialisées et des centres de rééducation, afin de traiter les traumatismes des sportifs.

Par ailleurs, à travers le succès que connaissent aujourd'hui la diététique, la gymnastique ou d'autres sports d'entretien, se confirme aussi l'importance des médecins pour ceux qui, sans prétendre participer à des compétitions, se montrent soucieux d'une mise en forme de leur corps, par la recherche d'un équilibre alimentaire et physique.

Or, ces divers domaines d'intervention des médecins, qui suscitent aujourd'hui tant d'engouement, étaient, de façon tout à fait remarquable déjà étudiés et exploités en Grèce classique. Avant, toutefois, d'analyser les textes de la Collection hippocratique qui font référence à l'athlète, nous voudrions préciser certains points de terminologie qui nous paraissent importants dans la mesure où, avec les médecins de cette époque, vont naître ou s'épanouir de nouvelles idées dans le domaine du sport, suscitant des créations ou des transformations lexicales.

Soulignons d'abord que par «athlète», nous entendons tout homme qui participe à un concours sportif ou exerce un entraînement et une préparation à cette fin. Car le terme ἀθλητής dérive du verbe ἀθλέω, qui signifie à l'origine «lutter pour un prix (ἄθλον)», et ce n'est qu'ultérieurement que le verbe en arrivera à évoquer toute épreuve, tout combat à mener dans une vie humaine. Pour notre étude, nous nous en tiendrons au sens premier d' ἀθλητής, en rapport avec le monde précis des compétitions sportives.

Le terme n'apparaît que deux fois dans les traités de la Collection hippocratique (*Aphorismes* I 15 (IV 466 L.); *Prorrhétique* II 1 (IX 6 L.)) et une fois sous la forme adjectivale ἀθλητικός (*De l'aliment* 34 (IX 110 L.)). Pour être complet, notons enfin que le terme ἄθλον est utilisé une fois dans un des traités, mais dans un sens dérivé, à propos des Asiatiques qui «recueillent le prix de leur courage» (τῆς ἀνδρείης ... τὰ ἄθλα φέρονται, *Airs, eaux, lieux* 16 (II 64 L.)). Aussi pourrait-il sembler singulier de parler d'athlète dans un corpus de textes qui y fait apparemment si peu référence. Mais ce serait sans compter avec d'autres termes sous lesquels est susceptible de se découvrir le sportif de compétition. Il est, en effet, un groupe de mots qui abondent dans les traités, ceux de la famille de γυμνάζομαι (γυμνάσιον, -ίη; γυμναστικός), termes qui évoquent les exercices physiques et sont dérivés de l'adjectif γυμνός signifiant «nu», «sans vêtement».

Cette association de la nudité à la pratique gymnique est traditionnellement présentée comme une innovation caractéristique des Grecs dans le domaine sportif, qui consistait à pratiquer nus les exercices, aussi bien à l'entraînement que dans les concours. D'après deux témoignages littéraires, ceux de Thucydide (I 6, 5) et de Platon (*Rép.* 452 c-d), les pratiquants de sport auraient adopté, ou généralisé, cet usage vers la fin du V^e s. av. J.-C. Or, précisément, ce n'était pas là une particularité des athlètes mais de tous ceux qui faisaient des exercices physiques, comme le révèle l'application des termes de la famille de γυμνάζομαι à un contexte autre qu'agonistique¹. Ceux-ci servent, en effet, à désigner une nouvelle discipline sportive, différente de l'entraînement athlétique, mais qui n'est pas sans avoir des analogies avec lui, à savoir cette gymnastique qui se met en place au V^e s. av. J.-C., sous l'égide de la médecine.

Avec l'hippocratisme, se trouvent en effet définies deux sortes de maladies, celles qui, inévitables, fondent sur l'homme à l'improviste, et celles qui sont la conséquence d'une mauvaise hygiène de vie, de négligences sur le plan alimentaire ou physique. Or, une des grandes découvertes des médecins hippocratiques, réside dans la notion de diététique², qui recouvre des règles de vie au sens large, les médecins introduisant dans leurs soins des considérations sur la valeur des aliments et des boissons, des bains, des promenades, des exercices phy-

¹ C'est le cas dans l'exemple de PLATON (*Rép.* 452 c-d): le philosophe parle de ceux qui, généralement, pratiquent les exercices physiques, à un moment de son exposé où il s'attache à trouver la formation sportive idéale pour les gardiens de sa cité.

² Pour une étude plus spéciale de cette notion, on pourra se reporter au compte-rendu de la communication de W.D. SMITH dans ce colloque, ainsi qu'à un article précédent: «The development of classical dietetic theory», *Hippocratica*, Actes du 3^e colloque hippocratique de Paris, Paris, 1980, pp. 439-448.

siques...; ces derniers sont présentés comme indispensables au maintien de la santé par une médecine préventive que s'adresse aux hommes soucieux d'éviter les maladies dues à un déséquilibre entre apport alimentaire et dépense physique. Et la gymnastique trouve également sa place dans la médecine curative de traités plus spécialement chirurgicaux comme *Fractures* et *Articulations*. Or, parmi les exercices que préconisent les médecins, certains présentent de grandes analogies avec ceux du programme des compétitions sportives, et leurs sont parfois identiques ³, si bien que l'athlète peut déjà se profiler derrière ces prescriptions médicales. Car —et c'est là un point important— l'entraînement en vue de la participation au concours et l'entretien physique de personnes ordinaires, se font dans le même cadre de la palestre ⁴. Quant aux maîtres qui dirigent ces exercices dans les deux perspectives, ils ne sont pas sans présenter des points communs. Ainsi a-t-on pu faire d'Hérodicos de Sélymbrie, un ancien pédotribe, l'auteur du traité du *Régime* ⁵, d'après notamment un témoignage de Platon (*Rép.* 406 a-b) qui fait de ce personnage l'initiateur de la diététique, composée de gymnastique et de médecine. Il est vrai que l'entraîneur des athlètes, par l'expérience acquise dans la palestre, pouvait recueillir quelques notions de diététique en contrôlant chaque jour les effets de la nourriture, des massages et des exercices physiques sur ses élèves. A-t-il pour autant la même ambition que les médecins? Il semble que non, bien souvent, à écouter ces derniers. L'image de l'athlète dans la Collection hippocratique surgira, en effet, dans la palestre, où se côtoient médecins et pédotribes; mais, derrière ce terrain d'observation et d'expérimentation commun aux deux professions, se profileront des divergences entre les deux maîtres des exercices physiques car les athlètes sont parfois loin d'être fidèles, dans leur préparation, aux prescriptions des médecins.

Nous commencerons par étudier l'un des rares passages de la Collection hippocratique qui présente une référence explicite aux athlètes; il nous permettra d'entrevoir la présence, ainsi que le rôle des médecins dans le monde des participants virtuels aux Jeux.

Au début du deuxième livre du *Prorrhétique*, des c. 1 à 4 (IX 6-20

³ Voir, par exemple, l'étude de R. Joly sur les différents types de luttes et de courses aux chapitres 63 et 64 du traité du *Régime* (R. JOLY, *Recherches sur le traité pseudo-hippocratique Du Régime*, Paris, 1960, pp. 115-121).

⁴ Ainsi, au c. 68 du *Régime*, la médecin s'adresse aux personnes qui pratiquent des exercices dans un souci d'hygiène en leur faisant cette recommandation: «quand on veut prendre un bain, si c'est après les exercices de la palestre, on le prendra froid...» (trad. Joly, *CMG* I 2, 4); et deux c. des *Articulations* (4 et 47) attestent aussi de toute évidence la présence et l'intervention de médecins dans la palestre.

⁵ En introduction de son édition du *Régime*, Joly rappelle et commente les précédentes études sur Hérodicos, sans lui attribuer la rédaction du traité, la question de l'identité de l'auteur lui paraissant insoluble (cf. *CMG* I 2, 4, p. 34-36).

L.), l'auteur juge sévèrement quelques pronostics médicaux dépourvus, à ses yeux, de réalisme, et auxquels il est impossible d'accorder quelque crédit. Il faut noter qu'il n'est pas hostile au principe en soi de ces pronostics mais aux excès que certains en font; il rejette notamment la prétention de médecins à donner aux athlètes, ou à ceux qui pratiquent des exercices à des fins curatives, un examen infailible sur les plus infimes dérèglements dans leur régime: «on rapporte encore cet autre mode de prédiction: chez les athlètes (τοὺς ἀθλητὰς) et chez ceux qui prennent de l'exercice et de la fatigue pour cause de maladie (τοὺς τῶν νούσων εἵνεκα γυμναζομένους τε καὶ ταλαιπωρούοντας), connaître s'ils ont omis quelque portion de leur nourriture, ou mangé quelque chose en dehors du régime, ou trop bu, ou trop peu marché ou fait quelque acte vénérien» (traduction E. Littré)⁶. L'auteur du traité voit dans de tels pronostics des prétentions d'omniscience proches de la divination ou du charlatanisme.

Mais, s'il affiche là son scepticisme, il précise bien que c'est dans le cas d'imperceptibles écarts de régime. Les raisons de cette prudence sont ainsi exposées au c. 3 (IX 10-14 L.): il est déjà délicat de déceler de petits dérèglements chez les malades alités, qui se prêtent le mieux à l'examen, à plus forte raison chez ceux qui bougent, font de l'exercice, prennent une alimentation copieuse; l'auteur juge alors impossible de pousser si loin l'exactitude du diagnostic. En revanche, pour les dérèglements plus conséquents, il croit pouvoir établir un examen médical, ce qu'il fera au c. 4 ("le petits écarts, je ne sais comment j'en acquerrais la preuve; les grands écarts, j'écris comment il faut les observer", IX 15 L.). Voilà retracé le fil de la pensée de l'auteur, qui va donc proposer, au c. 4, son observation personnelle, quand l'intensité des écarts lui en donne, à ses yeux, le droit. Or, l'étude de ces dérèglements de régime, dont les athlètes, notamment, se révèlent les auteurs et les victimes, nous permettra, a contrario, de nous faire une idée de leur préparation habituelle.

Lorsque l'auteur, au c. 1, critiquait les prédictions de certains confrères, il regroupait les athlètes et les gens ordinaires pratiquant des exercices dans le cadre de soins; au c. 4, lorsqu'il expose sa propre méthode, il semble dissocier les deux catégories, faisant un développement particulier pour un groupe qui recouvre très certainement les athlètes: ἦν δὲ ἐσθίειν τε ἤδη ἀναγκαζόμενος συχνὰ καὶ ταλαιπωροῦειν ἰσχυρῶς... (IX 16 L.). La même catégorie est d'ailleurs à nouveau évoquée quelques lignes plus loin, dans une formule similaire: Τοῖσι δὲ συχνὰ ἐσθίουσιν ἤδη καὶ πολλὰ ταλαιπωροῦοσι (IX 18 L.). Cette définition paraît bien correspondre au régime normal des athlètes

⁶ IX 6 L.

révélé par d'autres témoignages: une alimentation substantielle et forcée, assortie d'un entraînement soutenu.

L'intensité de l'entraînement physique n'est pas très étonnante dans une recherche incessante de la meilleure forme physique et du perfectionnement technique, en vue d'établir des performances; c'est plutôt du point de vue alimentaire que les habitudes des athlètes peuvent surprendre. Il ressort, en effet, des premiers c. du *Prorrhétique* II, que les sportifs de compétition étaient tenus à une alimentation réglementée, tant en quantité qu'en qualité, comme le révèlent les écarts de régime habituel (manger un autre aliment que ce qui est prévu dans le régime ou ne pas manger tout ce qui est prescrit):

- ἦντι τοῦ σιτίου ἀπολίπωσιν (IX 6 L.)
- ἢ ἕτεροῖόν τι φάγωσιν (IX 6 L.)
- ἢ τὸ σιτίον μὴ καταφάγη (IX 16 L.).

Que les composants des régimes aient été strictement établis serait plutôt une preuve de bonnes règles alimentaires chez les athlètes qui, selon leurs spécialités, requièrent des apports nutritifs différents⁷. L'usage, en revanche, du régime forcé, propre aux concurrents des sports de combat, paraît néfaste, ou du moins dangereux, comme le confirmeront les textes que nous examinerons ultérieurement. A la différence, en effet, des réglementations actuelles, il n'y avait pas, en Grèce antique, de répartition des participants suivant des catégories de poids. Aussi, dans les épreuves de force, l'avantage était-il souvent aux hommes les plus corpulents, qui, pour répondre aux exigences de leur discipline, étaient donc conduits à manger sans frein. Il existe un terme spécifique pour ce régime forcé (ἡ ἀναγκοφαγία), qui ne figure pas dans ce passage du *Prorrhétique* II, mais l'idée n'en est pas moins présente dans les formules: ἐσθίειν ... ἤδη ἀναγκαζόμενος συχνά..., IX 16 L.; τοῖσι δὲ συχνὰ ἐσθίουσιν ἤδη..., IX 18 L.

Contraints à une alimentation réglementée, les athlètes doivent aussi, dans d'autres domaines, répondre à certaines obligations: se montrer raisonnables, par exemple, dans l'absorption de vin, comme le suggère l'auteur du *Prorrhétique* II, qui cite le cas d'ivresse dans les écarts de régime des sportifs:

- ἢ θωρηχθῆ (IX 16 L.)
- Εἰ δὲ μεθυσθείη (IX 16 L.)

⁷ Un passage d'ÉPICTÈTE (*Entretiens* XXIII 1, 2) témoigne, d'ailleurs, du souci de conformer le régime aux besoins de chaque sportif.

Ils ont aussi intérêt à accorder leur activité sexuelle aux exigences de l'entraînement; le médecin envisage ainsi, encore, les conséquences d'écarts dans cette conduite:

- ἢ ἀφροδισίων τι πρήξωσι (IX 6 L.)
- εἰ δὲ πλειστάκις διαπρήξαιτο (IX 16 L.)

Afin de préserver intacte toute leur énergie pour la préparation aux concours, les athlètes sont en effet invités à observer une continence sexuelle, voire une abstinence. Entre autres auteurs qui révèlent cette pratique ⁸, nous citerons Platon qui donne, notamment un exemple précis, celui d'Iccos de Tarente, vainqueur au pentathlon en 476 av. J.-C.: "N'avons nous pas ouï dire ce qu'a fait Iccos de Tarente en vue du concours Olympique et des autres concours? Pour y être vainqueur, ... (il) ne toucha jamais, on nous l'atteste, ni à une femme ni à un jeune garçon tant qu'il fut dans le feu de son entraînement; et pour Crison, Astyle, Diopompe et beaucoup d'autres, on nous raconte la même chose" ⁹ (*Lois* VIII, 840 a).

Les athlètes ont donc élaboré, dès le Ve s. av. J.-C., des méthodes d'entraînement assez strictes et systématiques. Mais, à trop vouloir plier ainsi les athlètes à une préparation dont la force réside dans la fidélité absolue à des habitudes de vie particulières, toute faiblesse ou manquement aux règles peut avoir des conséquences néfastes sur l'état physique. Remarquons bien que le médecin, dans ce texte du *Prorrhétique* II ne critique pas le genre de vie des athlètes, leur alimentation forcée ou leur entraînement intensif; il s'attache seulement à observer avec impartialité les maux qui résultent d'un abandon des règles de régime, à en noter les symptômes comme pour n'importe quel malade. L'image de l'athlète que nous livre ce premier texte naît ainsi sous le regard technique du praticien durant le temps du diagnostic, étape préalable à toute tentative de traitement. Or, d'autres écrits hippocratiques vont précisément révéler que l'athlète n'est pas seulement exposé au regard du médecin, qu'il bénéficie aussi de ses soins.

Le traité de la *Nature de l'homme* offre encore une vision d'athlètes soumis au régime forcé et à l'entraînement intensif. L'auteur aborde en effet, dans la troisième section, le problème du régime, en deux parties de longueurs inégales: la première, des c. 16 à 21, est consacrée au régime des personnes qui mènent une vie normale (τοὺς ἰδιώτας),

⁸ Voir par exemple ELIEN, *Histoires variées*, XI 3 ou *De la nature des animaux* VI 1.
⁹ Traduction A. Diès, t. XII. 1ère partie des *Oeuvres complètes* de Platon, CUF, Paris, 1956.

la deuxième, plus courte (c. 22), à celui des athlètes. Mais, nous devons avant tout préciser ce qui incite à reconnaître dans le participe substantivé τούδς γυμναζομένους, qui ouvre le c. 22, une dénomination des athlètes, en l'absence de termes plus précis comme ἀθληταί qui, dans le traité précédemment étudié rendait l'identification plus aisée.

Reconnaissons d'abord que c'est J. Jouanna qui, dans son édition du traité en 1975 (*CMG* I 1, 3) ¹⁰, a identifié, dans le c. 22, des prescriptions concernant précisément les athlètes. Selon lui, le terme γυμναζομένους, au début du chapitre, sert à désigner une catégorie différente de celle qui est évoquée par le nom ιδιώτας, au c. 16: puisque le terme ιδιώτης peut signaler celui qui n'a pas de connaissance professionnelle, ne possède pas de τέχνη, il est probable que l'auteur de la *Nature de l'homme* traite, à l'opposé, au c. 22, des spécialistes dans l'art des exercices physiques que sont les athlètes.

Cette interprétation a toutefois suscité des critiques, en particulier celle de R. Joly, qui revient sur ce passage au cours de son édition du *Régime* (*CMG* 12,4, p. 43 n. 9). Pour lui, ce serait conférer au groupe οἱ γυμναζόμενοι une coloration trop professionnelle; il préfère y voir une catégorie de gens ordinaires, seulement «ceux qui pratiquent des exercices». Les arguments de R. Joly se résument à constater que les termes comme γυμναζόμενος, ταλαιπωρία / ταλαιπωρεῖν, κρηφαγία, présents au c. 22, n'évoquent pas forcément l'entraînement physique ou le régime des athlètes. Prenons, par exemple, le terme κρηφαγία, désignant un régime carné; dans la mesure où les athlètes privilégiaient une telle nourriture énergétique ¹¹, et se distinguaient en cela des gens ordinaires qui mangeaient, en Grèce, peu de viande, la présence de κρηφαγία dans le texte pourrait faire songer à des sportifs de compétition. Toutefois, ce seul terme ne saurait suffire — en cela la remarque de R. Joly est tout à fait justifiée — à confirmer l'interprétation «athlétique» du c. 22, car il apparaît à plusieurs reprises dans la Collection hippocratique sans être, en aucune façon, lié à la notion d'athlétisme.

Cependant, R. Joly ne s'arrête pas sur le terme d'ἀναγκοφαγία (c. 22, p. 218, 1.4-5) qui est pourtant fort important puisqu'il est exclusivement réservé à la préparation athlétique ¹². De plus, nous consta-

¹⁰ Cf. *CMG* I 1, 3, p. 34.

¹¹ Selon PAUSANIAS, l'introduction du régime carné serait due au coureur Dromeus de Stymphale, vainqueur à Olympie dans les années 480 av. J.-C. (PAUS. VI 7, 10). Voir aussi PHILOSTRATE (*Gymnastique* 43) qui parle des diverses viandes dont se nourrissaient les athlètes archaïques.

¹² Le terme ἀναγκοφαγία, ou les verbes ἀναγκοφαγέω et ἀναγκοτροφέω, ne sont employés que pour souligner une caractéristique des athlètes (cf. PHILOSTRATE, *Gym.* 44; *Vie des Sophistes* II 17; ÉPICÈTE, *Entretiens* III 15, 3; ARISTOTE, *Polit.* VIII 1339 a 6). POLLUX, dans son lexique, compte le verbe ἀναγκοφαγήσαι parmi ceux qui évoquent la

tons qu'au paragraphe 4, le verbe κρηφαγεῖν est employé en liaison avec ἀναγκάζεται, en une association qui ne se retrouve pas dans les autres passages de la Collection où apparaissent ces dénominations d'une alimentation carnée. Il est donc clair que l'auteur a voulu ici insister sur l'idée de régime forcé caractéristique des athlètes, ce qui nous conduit à suivre l'interprétation de J. Jouanna et à reconnaître de futurs concurrents aux Jeux dans ce c. 22 de la *Nature de l'homme*.

Comment se trouvent donc traités les athlètes dans ce texte? Ils reçoivent d'abord au premier paragraphe de brefs conseils pour leur entraînement: «Les athlètes doivent en hiver courir et lutter, en été lutter, mais peu, supprimer la course et multiplier les promenades au frais» (traduction J. Jouanna), recommandations déjà bien caractéristiques d'un médecin, moins soucieux de leur performance que de leur santé. De fait, objet d'examen dans le *Prorrhétique* II, l'athlète devient ici matière à thérapie, bénéficiant d'un régime curatif élaboré par le médecin pour remédier aux déséquilibres causés par des excès alimentaires ou physiques se manifestant par des courbatures (§ 2), des diarrhées (§ 3), des vomissements (§ 6), une soif excessive (§ 7), ou des douleurs viscérales (§ 8). Certains de ces déséquilibres faisaient déjà partie des écarts envisagés par l'auteur du *Prorrhétique* II (cf. éd. Littré IX, 16,1. 11-18); mais, là où ce dernier se contentait d'un pronostic, l'auteur de la *Nature de l'homme* propose un remède. Ce faisant, il nous semble aussi aller plus loin dans la constatation des risques encourus par l'athlète, lorsqu'il déclare: «Cette sorte de diarrhée atteint surtout les individus à chair dense (τοῖσι πυκνοσάρκοισι), quand, avec une telle nature, ils sont soumis au régime forcé de la viande (ὅταν ἀναγκάζεται ὄνθρωπος κρηφαγεῖν). Car les vaisseaux, qui sont resserrés, n'admettent pas les aliments ingérés. Cette nature est instable (ἡ φύσις ὀξεᾶ), et le plein épanouissement de la santé dure peu chez de tels tempéraments (ἀκμάζει ὀλίγον χρόνον ἢ εὐεξίη)», *CMG* I 1, 3, p. 216, l. 17-19; p. 218, l. 1-4 (traduction J. Jouanna). Il apparaît ainsi que c'est le régime, en soi, des athlètes, qui peut comporter des vices pour certains individus, et pas seulement les écarts de régime. Certes, l'ombre que jette ici l'observation du médecin sur l'image d'un athlète, parfois soumis à une préparation inadaptée et même risquée, reste encore discrète, traduction de la position neutre et technique du praticien; il n'en est pas moins vrai que perce ici la vision d'un sportif qui va à contre-courant de l'ambition du médecin qui est de préserver la santé.

préparation athlétique (κοινὰ δ' ἐπὶ πάντων ἀναγκοφαγήσαι, ἀσκήσαι, ἀσκηθῆναι, ἀθλήσαι, γυμνάσασθαι, πονῆσαι, ἀγωνίσασθαι, *Onomasticon* III 153), et HESYCHIUS, au verbe ἀναγκοφαγεῖν, donne la définition suivante: πρὸς ἀνάγκην ἐσθίειν, ὅπερ ἀθληταὶ πάσχουσιν.

Le c. 3 de la première section des *Aphorismes* confirme cette vision, en lui conférant même une plus large extension: si l'auteur de la *Nature de l'homme* révèle les risques de la préparation athlétique pour une catégorie bien déterminée de pratiquants, «les individus à chair dense», l'auteur des *Aphorismes* étend l'ombre de la critique en lui donnant une portée plus générale. Nous donnerons d'abord une traduction de ce texte en prenant comme édition de référence celle de la Loeb¹³: «Chez ceux qui pratiquent les exercices physiques, un état de santé excellent porté à un niveau extrême est dangereux. Il ne peut en effet rester au même point ni demeurer stationnaire. Or, ne demeurant pas stationnaire et ne pouvant plus progresser, empirer est la seule voie qui reste. Voilà pourquoi il est bon de réduire sans tarder cet état de santé afin que le corps connaisse une nouvelle croissance».

Notons encore une fois l'absence du terme ἀθλητής dans ce texte; nous avons seulement τοῖσι γυμναστικοῖσιν. E. Littré et W. H. S. Jones ont choisi l'interprétation d'athlètes comme le montrent leurs traductions; ils peuvent sans doute se prévaloir du commentaire de Galien sur ce texte (XVII B 362 K.); et, même si ce que dit Galien ne prouve pas absolument ce qu'Hippocrate a voulu exprimer, des similitudes entre ce passage des *Aphorismes* et le c. 22 de la *Nature de l'homme* invitent à reconnaître dans les deux cas les mêmes destinataires¹⁴.

Le noeud du texte des *Aphorismes* réside dans le constat du caractère provisoire et précaire de la forme des sportifs qui, parvenue à son apogée, se change en une indisposition contraire; cette notion avait déjà été soulignée par l'auteur de la *Nature de l'homme*, mais elle restait limitée à un type physiologique particulier, alors que l'auteur des *Aphorismes* nous semble étendre son observation à tous les athlètes. La mise en regard des deux textes en révélera les échos: αἱ ἐπ' ἄκρον εὐεξίαι σφαλεραὶ *Aph.* I 3, ἀκμάζει ὀλίγον χρόνον ἢ εὐεξίη *Nat. hom.* p. 218, I 3, οὐδέτι δύνανται ἐπὶ τὸ βέλτιον ἐπιδιδόναι λείπεται οὖν ἐπὶ τὸ χεῖρον *Aph.* I 3, καὶ τρέπεται ἐφ' ἐκάτερα *Nat, hom.* p. 218, I 2.

Ces observations dressent donc l'image d'un athlète à l'état fragile, dépourvu de cette disposition constante que représente la véritable santé. C'est ce que souligne aussi le c. 34 du traité *De l'aliment*: l'auteur

¹³ *Hippocrates: Aphorisms*, ed. W. H. S. Jones, Loeb, vol. 4, London, 1931.

¹⁴ Du point de vue lexical, γυμναστικός, employé dans les *Aphorismes* au lieu de γυμναζόμενος dans la *Nature de l'homme*, inviterait déjà à y reconnaître des athlètes, le suffixe -ικός, dans la littérature technique, dénotant souvent un spécialiste dans un domaine particulier (cf. P. CHANTRAINE, *La Formation des noms en Grec ancien*, Paris, 1933, pp. 384-396).

y présente la constitution athlétique (Διάθεσις ἀθλητική) comme une rupture avec la nature (οὐ φύσει) car, à trop vouloir augmenter sa force en accroissant sa corpulence — ce qui s'adresse sans doute aux athlètes des sports de combat — le sportif va au-delà des capacités humaines. Ce sont les mêmes excès que souligne la formule ἐν τῷ ἐσχάτῳ qui jalonne le texte des *Aphorismes*, excès qui sont à l'opposé de la règle de modération, d'équilibre, de mesure qui parcourt les traités de la Collection ¹⁵. C'est d'ailleurs aussi un souci d'équilibre qui préside aux remèdes proposés par le médecin, dans la suite du c. 3 des *Aphorismes*, pour dissiper cet état physique défectueux et redonner au corps un nouvel épanouissement, par des réductions de chair et des évacuations propres à éliminer, sans doute, un embonpoint excessif.

L'athlète profite donc, au même titre que n'importe quel patient, des principes thérapeutiques établis par les médecins; objet d'observation, il bénéficie aussi du traitement médical comme d'autres malades; malgré ses écarts et l'inconséquence qu'il révèle dans une préparation parfois contraire à toute règle hygiénique, il n'est pas abandonné à son sort, mais est pris en charge par le praticien, qui met en oeuvre les connaissances acquises dans le domaine de la gymnastique et de la diététique ¹⁶.

L'image de l'athlète apparaît, dans les traités de la Collection hippocratique, sous un angle clinique ou thérapeutique, à travers le regard d'un médecin qui, présent dans la palestre, peut intervenir dès qu'il constate les méfaits de la préparation et de l'entraînement des sportifs de compétition. Et les médecins hippocratiques s'attachent à conserver, dans leurs remarques, la neutralité de l'observation scientifique. Si, dans la constatation d'erreurs et d'aberrations diététiques perce inévitablement la critique, celle-ci n'atteint jamais la virulence polémique dont fera preuve, notamment, Galien, qui n'a de cesse de condamner et de rabaisser les athlètes ¹⁷. Peut-être devons-nous voir dans cette attitude des médecins hippocratiques le signe d'une époque où la gymnastique médicale, qui vient de naître, n'a pas encore pris ses distances avec le monde athlétique; car les médecins et les pédotribes se côtoient dans la palestre, où se retrouvent tous ceux qui pratiquent le sport, bien qu'à des fins différentes, hygiéniques ou agonistiques ¹⁸.

¹⁵ Voir par exemple *Epid.* VI 6, 2: «fatigue, aliments, boissons, sommeil, coït, avec modération» (IV 325 L.).

¹⁶ Ainsi, dans le deuxième et dernier passage des traités où apparaît le terme ἀθλητής, c'est sur un ton tout à fait neutre que le médecin constate la supériorité inévitable des besoins alimentaires des athlètes par rapport à ceux qui ne pratiquent pas de sport intensivement (*Aphorismes* I 15 (IV 466 L.)).

¹⁷ Voir plus particulièrement dans le *Thrasybule* (V 806-898 K.) et *l'Exhortation à l'étude des arts* (I 1-39 K.).

¹⁸ Un témoignage de la collaboration entre médecins et pédotribes est donné au c.

Cependant, si les médecins hippocratiques ne s'en prennent pas encore ouvertement aux athlètes, il y a, dans la Collection, deux passages adressés aux pédotribes qui méritent l'attention, car leur ton polémique tranche nettement avec le reste des traités. Dans le sixième livre des *Epidémies* (*Epid.* VI 3, 18), est condamné Hérodicos de Sélymbrie, cet ancien pédotribe à prétentions médicales, que nous avons évoqué précédemment: «Hérodicos tuait les fébricitants par des courses, par des lutttes multiples, par des bains de vapeur...» (V 303 L.). Et, au c. 24 du *Régime*, l'auteur se lance dans une vive satire contre l'enseignement des pédotribes, qu'il juge sous un angle moral. Ces reproches pourraient annoncer les tensions et les conflits qui naîtront peu à peu entre médecins et pédotribes qui, d'associés qu'ils auraient pu rester, deviendront des concurrents et des rivaux. De plus, ce regard sévère et négatif porté sur le monde agonistique, ne peut qu'atteindre, même indirectement, les athlètes, et annoncer les critiques ouvertes dont ceux-ci ne cesseront, à travers les siècles, de faire l'objet ¹⁹.

IV de *L'Ancienne médecine*, dans lequel l'auteur reconnaît, dans la recherche du meilleur régime pour l'homme et dans les progrès de la diététique, l'apport des entraîneurs d'athlètes: «... encore de nos jours ceux qui s'occupent des exercices et de l'entraînement des athlètes ajoutent sans cesse quelque découverte en appliquant le même méthode dans leur recherche pour déterminer quels sont les aliments et les boissons dont l'athlète triomphera au mieux et grâce auxquels il sera au summum de sa force» (trad. J. Jouanna, *CUF*, Paris, 1990; commentaire p. 165 n. 8).

¹⁹ DISCUSSION:

S. BYL: «Je me demande si vous ne risquez pas de faire une confusion entre les athlètes et ceux qui, de manière plus générale, font de la gymnastique.»

V. VISA: «Lorsque les médecins hippocratiques font des observations et des prescriptions concernant les exercices physiques, il n'est certes pas impossible que les athlètes en soient aussi les destinataires. Mais, après avoir examiné les passages de la Collection où il était question de gymnastique, je me suis attachée à ne retenir que ceux qui faisaient explicitement référence aux athlètes ou présentaient des termes, comme *ἀναγκοραγίη*, spécifiques à la préparation des sportifs de compétition.»

S. BYL: «Il faudrait alors, cependant, préciser les occurrences des mots évoquant la gymnastique et dresser un champ sémantique, à partir de la concordance et de l'index hippocratiques.»

Y. GAROFALO: «Galien, dans son commentaire sur la *Nature de l'homme*, interprète-t-il le chapitre 22 comme un développement concernant les athlètes, à l'instar de J. Jouanna?»

Par ailleurs, pour ce qui est de *γυμναστικός*, quand Galien, en tout cas, emploie cet adjectif, c'est bien pour désigner des athlètes.»

[Après avoir vérifié, selon les suggestions d'Garofalo, le commentaire de Galien, nous pouvons préciser que ce dernier confirme une interprétation «athlétique» du c. 22, en établissant d'ailleurs la différence entre les gens ordinaires pratiquant de la gymnastique et les athlètes d'après la distinction terminologique des *γυμναζομένων* et des *γυμναστικῶς*, comme dans les *Aphorismes* I 3: *Ὅδ' περὶ τῶν τῆς ὑγείας ἔνεκα γυμναζομένων ἔοικε ποιεῖσθαι τὸν λόγον νῦν, ἀλλὰ περὶ τῶν γυμναστικῶν τι μετιόντων ἐπιτηδευμάτων καὶ μῆτε παύεσθαι τελέως αὐτοῦ δυναμένων μῆτε εἰς πᾶν βραχὺ συστεῖλαι* (*CMG* V 9, 1)].

IV

LENGUA, ESTILO,
ESTRUCTURA LITERARIA

Estudio lingüístico y del vocabulario de *Peri euschēmosynēs*

MANUELA GARCÍA VALDÉS

(Universidad de Oviedo)

Siguiendo una de las direcciones de la lingüística moderna, trato de aproximarme a la lengua de este tratado como un hecho social. Intento ver el tipo de comunicación buscado por el autor, la función que atribuye a su escrito y la fecha en que pudo ser compuesto.

Sigo la edición de I.L. Heiberg, *CMG I 1, Hippocratis Opera*, Leipzig-Berlín, 1927.

El contenido del tratado *Περὶ εὐσχημοσύνης*, *Sobre el buen porte*, es el siguiente: Comienza el escrito planteando de modo general el tema de la utilidad de las artes (*αἱ τέχναι*). Le interesa como tema de su discurso, después de desechar las demás artes, el arte que lleva al buen comportamiento y a la buena reputación (*τέχνην δὲ τὴν πρὸς εὐσχημοσύνην καὶ δόξαν*, 1, 10) y que desarrolla su actividad con método científico (*κάκεινοισι μέθοδος τις ἐοῦσα τεχνικῇ ἐργάζεται*, 2, 12). Describe las cualidades que deben acompañar al verdadero cultivador del arte (3). En primer lugar debe estar la disposición natural, pero ésta y la ciencia teórica deben marchar juntas, así como la teoría y la práctica, en los que se dedican a las artes. La sabiduría debe orientarse a la vida. El discurso que calificaríamos de filosófico-popular está expresado en un tono general, pero de manera categórica y con autoridad. En c. 5 y 6 aplica la doctrina expuesta a la medicina (*ἢ τέχνη ἰατρικῇ*). En este arte se puede dar también una realización plena de la sabiduría y el autor enumera las cualidades comunes del sabio y del médico (5). A partir del c. 7 comienzan las recomendaciones particulares para el correcto comportamiento del médico (7-17). Termina con un epílogo (18) a modo de reflexión final, que enlaza con las consideraciones hechas en el capítulo primero.

Estos contenidos están escritos en dialecto jónico, con un vocabulario filosófico y técnico y con una forma de las frases que puede parecerse a otros tratados teóricos hipocráticos.

Dicho esto así, podría parecer poco interesante su estudio. Y nada más lejos de esto. Lo considero de gran valor para la historia de la medicina y para el conocimiento del médico griego y su entorno. Este tratado ya ha sido estudiado, especialmente en su vocabulario por U. Fleisher, *Untersuchungen zu den pseudohippokratischen Schriften «Parangeliái», «Perì iētroû» und «Perì euschēmosýnēs»*, Berlín, 1939, p. 58-112. Este autor situó el escrito en la época helenística y, más concretamente, durante la renovación arcaizante del dialecto jónico, ya en tiempos del Imperio, sin concretar siglo.

El tratado se presenta como una exposición doctrinal teórica y en un tono general, como ya apuntamos. El autor se considera poseedor de unos conocimientos generalizados y de una filosofía que llamaríamos de divulgación, además de unos conocimientos específicos, propios del arte del médico que le llevan a hacer las recomendaciones que considera necesarias a los profesionales de la medicina.

Antes de presentar su arte como una sabiduría, parte de consideraciones generales sobre la σοφία y la τέχνη, para llevar, paulatinamente, a sus lectores hasta la medicina.

Teniendo en cuenta el contenido se pueden distinguir dos partes en el tratado, que están diferenciadas por el vocabulario que emplea, como más abajo veremos. Pero, en primer lugar he estudiado la forma de la frase, es decir, cómo están expresados los contenidos:

El autor expone su saber con premura, insistencia y convencimiento. Esa convicción y autoridad aparecen en los modos de expresión del escrito. El autor no defiende dialécticamente una tesis, sino la declara y se permite dar órdenes, manifestando su autoridad. El término ἡ πρόρρησις (4.25; 16, 18) y el imperativo πρόλεγε (17, 27), con el prefijo προ- con valor de «abiertamente», «públicamente», que se traducirían, el primero, por «declaración», y el segundo, «expón abiertamente» o «declara», lo indican bien.

Los hechos de estilo también lo revelan:

1.º El uso que hace de las partículas de unión y las conjunciones de subordinación que articulan los enunciados es, creo, muy elocuente. Utiliza de modo excesivo la partícula γάρ. En los capítulos 1, 4, 5, 6, 13, la emplea, 7, 8, 5, 6, 6, veces, respectivamente. Por ejemplo, el c. 4, en el que aparece 8 veces: comienza el párrafo con la locución combinada, μὲν οὖν, forma que sirve para entrar en materia a través de una afirmación rotunda que hace por medio de un superlativo y una oración nominal pura: «lo más importante de todo lo dicho, la disposición natural». Sigue la combinación de partículas καὶ γάρ, con

una oración condicional intercalada, que le lleva a otra conclusión confirmada por la condición: «De hecho, los que se dedican a las artes, si además les es dado esto, hacen su camino con todas las cualidades antes mencionadas». Sigue una oración nominal pura: ἀδίδακτον γάρ..., «en efecto, tanto en la ciencia como en el arte lo conveniente no puede ser enseñado». Esto que dice es evidente para el autor. La relación de causalidad expresada por γάρ no plantea objeción alguna, el autor no justifica el sentido de la frase «que no pueda ser enseñado», sino lo da como un hecho evidente ya adquirido. De la línea 18-23 aparecen 6 γάρ, con el mismo valor: «en efecto», «pues».

Al final del capítulo, se vuelve a la misma estructura: καὶ γάρ más una oración condicional (ἤν...), con una conclusión reafirmada por la condición y que expresa la evidencia a través de una comparación (καθάπερ): «Y si, seducidos por sus teorías, creen conocer la práctica que procede sólo de un aprendizaje, ésta los pone en evidencia, al igual que el oro falso sometido a la prueba del fuego».

No hay un razonamiento que vaya superando objeciones, sino declaraciones y exposiciones discursivas. Las oraciones subordinadas son escasas, las más empleadas son las condicionales y finales (ὅπως + subj.; ἵνα + subj.) y las de relativo. No hay subordinadas causales y muy escaso empleo de οὖν, con el valor antes mencionado, nunca para señalar la conclusión de un razonamiento que supere alguna objeción.

2.º La premura e insistencia está expresada también de otras maneras: le faltan los períodos complejos y bien contruidos. Es un estilo a veces poco elaborado y con cierta torpeza en la expresión. Abundan las frases paralelas yuxtapuestas cortas: νέοι τε γάρ αὐτέοισιν ἐπιπτουσιν, ἀκμάζοντες δὲ ... ἰδρωτας τίθενται βλέποντες, πρὸς βῦται δὲ ... νομοθεσίην τίθενται ἀναίρεσιν... (2, 13), con repetición de τίθενται en el mismo pasaje. Entre los párrafos 1, 3 - 1, 8 se repite el sintagma μηδὲν ἐς χρόος, que no parece ser una elaboración retórica buscada.

Es frecuente la construcción participial y la oración nominal pura, por ejemplo, en el párrafo 2,15-2,17. Oraciones nominales puras se encuentran también en los pasajes: 1,1; 1,9; 3,20; 11,22; 3,24; 4,14; 5,3; 5,11; 6,9; 8,4; 8,6; 9,11; 10,16; 13,32; 13,1; 13,2; 15,11. Aposiciones: 1,1; 1,10; 15,8-17. La asíndesis es abundante; expresa, en general, la intención de dar a la descripción el carácter de una enumeración: se puede ver en 4, 16-29; 6, 19-23. Hay giros sintácticos braquilógicos, como la expresión, εἰ δὲ μή, en 12,28; 17,25; εἴ γε μή, 2,12. Todos son procedimientos de expresión que tienden a simplificar el enunciado. En los capítulos 8-17, se repite la misma construcción sintáctica, que señala la sucesión de recomendaciones y órdenes; el autor con

fórmulas perentorias manifiesta su autoridad. Predomina la construcción de infinitivo dependiente de $\chi\rho\eta$ (7,26; 8,33; 11,21; 14,3; 15,8; 16,14; 18,30); o bien el imperativo de perfecto y de presente (7,29; 10,13; 12,23; 16,13; 17,22), siempre en órdenes nunca en prohibiciones. Un ejemplo del orden en que se encuentran estos sintagmas es el siguiente: $\text{ποιέειν δέ, 7,29; ἐσκέφθω δέ, 7,30; ἔστω δέ σοι, 8,5; 9,7; προκατεσκευάσθω δέ σοι, 10,12; τέμνειν, 10,13; προητοιμάσθω, 10,14; ἴσθι δὲ γινώσκων, 11,19; μεμνήσθαι, 12,23; μέμνησο, 12,27; χρέο... ἐπισκέπτεο, 13,30.}$

En cinco casos, utiliza el imperativo del tema de perfecto y uno de ellos es un infinitivo de perfecto, con un valor aspectual intensivo propio de este tema. Su uso alternante con el tema de presente y el sentido de la frase dejan ver que el perfecto está empleado indicando la expresión del contenido verbal después de su término; con este valor el perfecto se acerca al presente. Parece que hay en este uso una resurrección artificial del antiguo empleo del perfecto, sólo en una cara de su valor originario, pues no se ve en el texto el otro significado suyo de estado resultante de una acción pasada, como una especie de pasado enfático; con este último sentido llega a alcanzar una clara ventaja sobre el aoristo en el s. I a.C. Y cuando su frecuencia se hace mayor que la del aoristo, usado como simple pasado, este mismo uso priva al perfecto de su originalidad como tema autónomo y empieza a retroceder en su empleo desplazado por el aoristo, que acaba por eliminarlo casi totalmente en el griego muy tardío. Es interesante recordar a este respecto el trabajo de P. Chantraine, *Histoire du parfait grec*, París, 1927.

Se busca especialmente la *variatio* imperativo/infinitivo en algunos pasajes (7,29-30; 10,12-14; 12,23-27).

En párrafos próximos se nota a veces la reiteración del mismo sintagma; así $\text{ἔστω δέ σοι, en 8,5; 9,8; ὅπως ἦ σοι προκατηρητισμένα, en 7,30; 8,3.}$

3.º. Destaca también la estructura binaria de los razonamientos, o de los enunciados en general. Me fijo en los cuatro primeros capítulos. En el primero: la oposición está marcada por las partículas, $\gamma\alpha\rho\ldots \delta\acute{\epsilon}$; una misma raíz verbal con preverbios opuestos: $\text{ἀφέλκεται... ἐφειλύσατο,}$ y los pares de sujetos de cada uno de los verbos: $\text{τὸ σχολάζον καὶ ἄπρηκτον,}$ del primer verbo, opuestos por el sentido a los del segundo verbo: $\text{τὸ δ' ἐγρηγορὸς καὶ ἐντετακός.}$ Los conceptos que recogen los vicios y las virtudes van unidos dos a dos: $\text{ἀργίην οὐδὲ μὴν κακίην (1,6); αἰσχροκερδεῖς καὶ ἀσχημοσύνης (1,11).}$ Esto mismo se observa en el segundo párrafo: están coordinados dos par-

ticipios del siguiente modo: καὶ γὰρ ἐργαζόμενοι... καὶ ἀνακυκλέοντες. Los complementos circunstanciales de ἴδιοι δὲ τις ἄν, son dos unidos por καί. La apódosis de la oración condicional «y si van magníficamente ataviados» la constituyen dos participios verbales: φευκτέον καὶ μισητέον... ἔστιν.

Igualmente, en el párrafo tres, las cualidades del hombre competente y virtuoso se describen a través de adjetivos, en la primera parte, o de participios concertados, en la segunda, con una asíndesis continua, y en muchos casos están agrupados de dos en dos.

De manera insistente se repite once veces el mismo sintagma, πρὸς + ac., restringiendo el sentido de cada uno de los adjetivos de los que depende; o bien el régimen en dativo (3 veces) dependiente de los participios yuxtapuestos.

En el capítulo 4.º destacaríamos la oposición entre los conceptos, «sabiduría y arte», τε σοφίη καὶ ἐν τῇ τέχνῃ —«disposición natural y ciencia»— ἢ δὲ φύσις... τῇ δὲ σοφίῃ, y los conceptos: τὸ ποιηθὲν τεχνικῶς... τὸ δὲ ῥηθὲν τεχνικῶς, τὸ γὰρ οἶσθαι μὲν... μὴ πρῆσσειν δὲ αἰτίην μὲν τοῖσι κεχρημένοισιν ὄλεθρον δὲ τοῖσι χρεωμένοισι.

En conclusión, el autor, por su modo de escribir, deja ver que cree en su saber, está convencido de ese saber y lo quiere manifestar de manera rotunda y contundente a su lector, en la idea de que si observa estas instrucciones logrará el éxito y sus hechos se conservarán en la memoria de los hombres, como él mismo dice en el epílogo (18), último capítulo en el que manifiesta claramente, una vez más, esa autoridad propia de la persona que se cree poseedora de la verdad.

El tratado va dirigido a los profesionales de la medicina. Dice en un pasaje: «piensa en todo esto para tenerlo preparado de antemano, a fin de tener recursos cuando lo necesites» (7,28-32). Y a continuación (8-17) siguen las recomendaciones o más bien órdenes en 2.ª pers. sing. del imperativo, o bajo la fórmula «hay que» (χρή + inf.), orientadas a los que ejercen ese arte. Suponemos que el autor es un médico por los conocimientos que muestra de la profesión de la medicina y de la conducta concreta a seguir en esa profesión. Pero del texto no se deduce de modo seguro. Es más, se cuida mucho de exponer todo de manera impersonal. Al final dice: «Por tanto, siendo estas las indicaciones sobre la reputación y buen comportamiento en la sabiduría, en la medicina y en el resto de las artes, es preciso que el médico...», dando un valor general a las recomendaciones hechas precisamente a los médicos.

Una cuestión relacionada con el tipo de comunicación buscada por

el autor es el dialecto que emplea. Un estudio de él aún no se había hecho y puede dar alguna luz sobre la datación del escrito.

He tomado como punto de comparación a un autor del siglo II d.C. Arriano escribe la *Anábasis de Alejandro* en dialecto ático, y el apéndice, constituido por el libro VIII, dedicado a describir la *Historia de la India*, Ἰνδικά, lo escribe en dialecto jónico, como rasgo herodoteo. Su obra es una pieza literaria, según declara el propio autor, I 12,2-3.

He analizado los doce primeros capítulos y los tomo como punto de comparación en el estudio que hago sobre el tratado hipocrático *Sobre el buen porte*.

El jonio de Arriano es puramente artificial. Los editores han tendido a restablecer un jonio uniforme. Considero que lo más prudente es reproducir el texto transmitido por los manuscritos, en este caso por el ms. *A (Vindobonensis histor. gr. 4, del s. XII)* del que derivan todos los demás. (Véase, *Notice* de Chantraine en *Arrien, L'Inde*, París, 1968, pp. 12-19.

Sigo la edición de P. Chantraine. El texto refleja una gran mezcla dialectal del jónico y del ático. Es dialecto jónico con aticismos numerosos. Esta mezcla es muy posible derive de una tradición, pues presenta una gran unidad en la obra. Los datos y la situación lingüística de los doce capítulos analizados es la siguiente:

Fonética. En cuanto al vocalismo, predominan las formas sin contraer propias del dialecto jónico. Por ejemplo: ἔθνεα, 1,1; τοῦ ὄρεος, 1,5. Las formas de los verbos en —εω aparecen generalmente sin contraer, pero se encuentran contractas: ἐξηγείσθω, 1,7; ἐπιπλεῖν, 6,3; ποιούμενα, 4,12; καλούμενον, 7,8; πολεμοῦσιν, 11,10. Los verbos en —άω aparecen siempre contractos: περιορᾶν, 8,12; διαιτῶνται, 11,7; ἐφορῶσι, 12,5.

En los numerales compuestos: τεσσαρακοντούτεες, 9,5; τριακοντούτεες, 9,7, sin contraer; pero, contractas, ἑπταέτεις, 9,1; ἑπταέτει, 9,2.

La digamma detrás de v y q desaparece con alargamiento compensatorio de la vocal anterior, en jónico, y sin él en ático: no hay ningún ejemplo de οῦρος, siempre se encuentra ὄρος, ὄρεος, (1,5 y otros); ἔνεκα, 10,3; στενότατον, 3,9; μόνων, 12,2; pero, στεινότατος, 4,7; dos ejemplos de μοῦνος, 5,7; 12,9, y μουνογενήην, 8,6. Se lee οὐνόματα, 2,3; 5,2; οὐνομα, 8,7; οὐνόματι, 4,10; pero ὄνομα, 6,2; la preposición ἐς casi siempre; pero εἰς, 3,1; 5,7; 7,9. El comparativo de

μέγας es μέζων en jónico y μείζων en ático. El texto presenta con la mayor frecuencia, μέζων, 3,9; 3,10; 8,9, 10,5, y otros; pero μείζωνι, 5,3. La forma verbal ἀναδείξαι, 7,9, ática, frente a la forma jónica y herodotea con la raíz δεξ—.

Siempre aparece ὄν, como en Heródoto, y no οὖν. No se elide la vocal de timbre ε cuando le sigue otra vocal del mismo timbre: δὲ ἔστε, 2,2; δὲ ἔς, 4,4; τε ἔστι, 4,7; δὲ ἐν, 4,11, etc.

En cuanto al consonantismo, la psilosis está poco atestiguada. Aparece constantemente el espíritu áspero. Aparece la forma κατάπερ, 5,9; 5,10; 6,8; 7,3; 7,5; 8,11; pero, καθάπερ, 1,2; 7,2; καθύπερσε, 4,12; y un ejemplo de ἀπηγόνται, 8,6.

El tratamiento en κ de la labiovelar, propio del jónico y de Heródoto, en este texto no se encuentra, aparece la labial, propia del ático. Se testimonian las formas verbales ἐνδεχόμενον, 8,3; δέχεσθαι, 4,3, áticas, frente a las formas jónicas esperadas con κ.

Son constantes las secuencias -σσ- y -ρσ-: βασιλίσσαν, 10,11; τῆσι μελίσσησι, 10,11; ὀρουσόμενον, 10,13; τῆ γλώσση, 8,9; ἡ θάλασσα, 2,7, y otros; ἄρσενας, 7,6. La preposición σύν y el preverbio correspondiente adoptan la forma jónica en la mayoría de los casos, pero ξύν + dat., 2,4; 3,5; 5,3; y como preverbio, ξυν—, 4,10; 10,5.

Morfología. El dativo de plural: predominan las formas en -οισι, pero no faltan las en -οις: 1,2; 1,3; 4,15; 4,5; 4,8; Λακεδαιμονίοισι, en 10,8, y en 10,9, Λακεδαιμονίοις; 4,11; 6,9; Ἴνδοις, 7,5 (Ἴνδοῖσι, 7,3); 6,9; 12,3; 9,11; 10,1; 11,13; 12,5. Los dativos de plural femeninos o de los masculinos de la primera declinación acaban siempre en -ησι.

El genitivo de sing. de los temas masculinos de la primera declinación es casi siempre en -εω: Γαγγέω, 2,9, y otros; pero, Καμβύσου, 1,3. En el acusativo de sing. aparece la forma jónica Γαγγέα, 4,2; Ὑδασπέα, 3,10, y no en -ην, ática. En el genitivo de plural de la primera declinación predominan las formas en -εων: Περσέων, 1,3; Πεγέων, 4,3, 4,15, y otros muchos; αὐτέων, 10,2 (referido a πόλεων), pero se encuentran la -ε- introducida en las formas masculinas y neutras: τουτέων, 4,12 (ποταμοί); ἀπὸ τουτέων, 6,4 (ὄρος); αὐτέων, 6,5 (τὰ πέδια).

Los temas en -ι: de πόλις aparecen las formas: πόλις, 1,8; τὴν πόλιν, 1,5; τῆ πόλει, 1,6; δύο πόληες, 8,5; τὰς πόληας, 7,2; 7,3; 7,5; πόλεων, 10,2; τῆσι πόλεσιν, 7,5.

De los temas en -υ: las formas βόας, 7,7; βασιλέας, 8,3; 9,9; τοῖς βασιλεῦσι, 11,9. El adjetivo πολὺς se encuentra tematizado a la manera jónica: πολλὸς λόγος, 5,8 (2 veces); πολλοστὸν μέρος, 7,1; esta última forma ya se encuentra en Isócrates, Platón, Aristóteles, Andócides y Jenofonte. En el neutro aparece siempre πολὺ.

Sintaxis. Los rasgos más llamativos son:

El empleo del dual propio del ático: αὐτοῖν δὲ τοῖν μεγιστοῖν ποταμοῖν, 4,2; δυοῖν, 7,1; y δύο + plural: δύο πόλεις, 8,5; 2,5.

El escaso uso del relativo: ὃν, 4,5; οἷ, 5,2; οἷς, 9,6; en su lugar se emplea ὅστις: οὐστίνας, 1,4; ἦντινα, 5,10; 8,6; ὄντινα, 8,4; 8,9; ἦστινος, 8,7; ὄτου, 9,3, y otros.

La utilización frecuente del giro ἔστε ἐπὶ + ac. «hasta», en 1,1; 1,8; 2,5; 5,5; 6,1; ya encontrado en Jenofonte y que también usa Luciano.

El empleo frecuente de ἵναπερ, «donde» (y no ὅπου), 1,8 2,5; 3,7; 3,8; 3,10; 4,6; 4,16; ἐνθαπερ, 4,7; 10,6, con el mismo valor; y también en el mismo pasaje aparece ἵναπερ, 4,7; y también ἵνα, «donde», 8,5; 8,7; 9,1, y otros.

El refuerzo -περ se encuentra usado ampliamente; además de la frecuencia de ἵναπερ, κατάπερ, están: ἐνθάπερ, 4,5; οἰάπερ, 7,3; ὅτεπερ, 7,6; ὅτιπερ, 8,8; 9,5; ὅπερ, 9,5; εἵπερ, 9,4, y otros.

El análisis del texto de Arriano me permite ver las semejanzas y diferencias con el tratado *Sobre el buen porte* y puede dar alguna luz sobre la datación de éste.

En cuanto a la *fonética*: creo ver una situación semejante en ambos: en el vocalismo, predominan las formas no contractas propias del dialecto jónico, es decir, las secuencias vocálicas, -εο-, -εου-, -εε-, -εα-, -εω-: μέρεα, ζητέει, ὁμολογέουσιν, μερέων, ἐοῦσα, aparecen sin contraer; pero existen las contracciones: ποιούμενα, 4,12; καταπλεονεκτεῖ, 6,18; μεταποιούμενα, 6,21; βοηθούμεναι, 6,22; τηρεῖν, 7,26; ἐπιτερεῖν, 14,3. Las formas de los verbos en -άω están todas contractas, como en Arriano: ἰώμενα, διαιτώμενα, 12,25; μελετᾶν, 8,33; ἀπαντώμενα, 12,25; ἀπατώμενοισι, 13,30; ἀπαντῶν, 13,31; χρώμενοι, 3,5; pero aparece la forma aberrante, χρωμένοισι, 4,22, con la introducción de una -ε- artificial, por considerarlo verbo en -έω, cuando la contracción en -ω- era esperada como verbo en -άω. Y la forma verbal ἀπατέοντες, 2,16, con paso del verbo en -άω a verbo en -έω, paso propio del griego tardío; esta forma se encuentra en Luciano.

También se encuentran contractas las formas, εὐκλεᾶ, 18,32; ἀπλαῖ, 9,8; σύννουν, νῶ, 3,20, propias del ático; pero νόφ, 9,9. En-

contramos la forma épica, *πουλύ*, 2,18, pero no empleada en la prosa jónica; *πολύ*, en los demás pasajes. Aparece *νούσων*, 9,9, propio de la tercera oleada de alargamientos, forma jónica; pero las formas verbales: *νοσέουσιν*, 7,26; *νοσέοντα*, 11,18; 16,16.

La preposición *ἐς*, o bien como proverbio, *ἐς-*, es lo más frecuente; pero *εἰσόδω*, 12,23; *εἰς*, 17,25. Siempre aparece la partícula *οὖν*, bajo la forma ática, y nunca *ᾠν*, como se encuentra en Heródoto y Arriano.

El vocalismo de las raíces, *χειρ-*, *δεικ-*, es constante: *χειρέων*, 8,1; 8,6, y otros: *ὑποδειχθέν*, 3,6; *δείξιν*, 4,12; *δεικτικόν*, 4,20; *ἀπέδειξε*, 4,25; y la forma *μεγέθεα*, 10,16; todas ellas formas áticas.

En cuanto al consonantismo: la doble sigma es lo habitual en el texto: *φυλάσσειν*, 18,32; *πρήσσειν*, 4,20, y otros; pero se encuentra *περιπτόν*, 6,16. La preposición o preverbio *συν-* es lo usual; pero *ξύνεσιν*, 4,25, frente a *σύνεσιν*, 18, 35. El tratamiento en *κ* de la labiovelar, *δκοίως*, 5,10; *δκως*, 7,30; 17,20; 17,23, propio del jónico y de Heródoto, es constante, frente a Arriano que presenta labial.

La psilosis es poco atestiguada, como en Arriano. Aparece constantemente el espíritu áspero. La aspiración predomina en los compuestos: *ἀφέλκεται*, 1,17; *ἐφειλκύσατο*, 1,8; *ἀφελείης*, 3,22; *καθάπερ*, 4,24; *ἀφορμάς*, 4,28; *καθ' ἑν*, 13,1; *ἐφεστώς*, 17,20.

Respecto a la *morfología*: en el dativo de plural, mientras en Arriano se veía un predominio de las formas en *-οισι*, pero aparecían también formas en *-οις*, y en los temas en *-α*, en *-ησι*, en todos los casos, en este tratado hipocrático, es constante la terminación en *-οισι* y en *-ησι*, también en el artículo y en los pronombres. Sólo en un caso aparece, *τέχναισι*, 4,8, pero *τήσι ἄλλησι τέχνησι*, 18,30; y el relativo, *οἷς*, 17,28, que sólo aparece en este pasaje en dativo.

El comparativo, *χειροτέρη*, 15,11, forma poética hipercaracterizada, aparece ya en la *Iliada*, Hesíodo, Parménides.

Muy artificiales y aberrantes son las formas pseudojónicas de los pronombres demostrativos, *αὐτός* y *οὗτος*; no son formas transmitidas por manuscritos recientes, sino que hay unanimidad en su transmisión: *τουτέων*, 1,5; 1,8; 3,5; 4,1; 4,9; 5,1; 6,23; 8,2; 9,10; 11,18; 18,29; *αὐτέοισιν*, 2,13; 4,8; 4,15; 6,17; 6,19; 16,17; *αὐτέης*, 4,12; *αὐτέων*, 4,14; 7,30; 15,8; 15,9; 18,33; 18,35; *αὐτέη*, 6,16; *τουτέοισιν*, 8,4; 12, 27.

El genitivo de plur. fem., *τουτέων*, es correcto en jonio, frente a la forma ática *τούτων*. A partir de la forma jonia, se observan en

Arriano tres formas erróneas, con introducción de la ε, cuando no se espera, por ser masculinos o neutros. En este tratado hipocrático la ε está extendida de manera general a todas las formas de los pronombres, αὐτός y οὗτος. E incluso en un caso se introduce en el pronombre reflexivo y correlativo: ἐωυτέων, 6,17, τοιουτέων, 7,24. Formas aberrantes que han intentado justificar o corregir comentaristas y editores del texto. (Véase la *Interpretation* del trabajo de U. Fleischer, citado arriba, p. 67 ss.).

En los temas en -ι, se observan las formas jónicas, δυνάμιες, 9, 8, y otros; τῆς ἀνακυριώσιος, 12, 24; τὰς διαλέξιας, 1, 9; τῆς φύσιος, 4, 12; 13, 33; ἐκ μαθήσιος, 4, 24; con la extensión del grado cero a todos los casos, pero se conserva, πολέων, 2, 15; πόλεσιν, 2, 16, formas áticas.

Sobre la *sintaxis*, es llamativo el uso frecuentísimo de πρὸς+ac.: véanse a modo de ejemplo, los capítulos 3 y 5. Le seguirían: ἐς+ac., περί+gen. y μετά+gen. Y el uso del tema de perfecto: γεγενημένοι, 1, 3; πεποιημένη, 1, 10; κερκοσμημένοι, 2, 18; προειρημένων, 4, 7; 4, 9; 5, 1; 7, 24; 16, 19; πεπόρευνται, 4, 9; κέχυται, 4, 11; πεπορευμένοι, 4, 16; κερκορημένοισιν, 4, 22; παρακεχωρήκασιν, 6, 15; κερκοράτται, 6, 17; προκατηρισμένα, 7, 31; 8, 3; ἐσκέφθω, 7, 30; ἀναγεγραμμένοι, 9, 9; προκατεσκευάσθω, 10, 12; ἐσκευσμένα, 10, 12; 10, 15; προητοιμάσθω, 10, 14; εἰλημμένα, 10, 15; 17, 22; μεμελετημένα, 10, 16; ἀνηρτισμένων, 11, 17; μέμνησο, 12, 27; μέμνησθαι, 12, 23; ἐσκέφθαι, 15, 8; ἐνεστώτων, 16, 19; ἐφεστώς, 17, 20; ἐπεγνώσθαι, 17, 28; διειληφότα, 18, 31; εἰρήκαμεν, 18, 31. Este uso tan frecuente del perfecto es propio del griego tardío, su empleo va en aumento a partir del siglo IV a.C. Merecería un estudio más detallado el valor sintáctico aspectual con que aparece en este tratado. Como ya he dicho, parece que está usado con el valor aspectual del contenido verbal después de su término, en casi todos los pasajes. En un ejemplo, εἰρήκαμεν, 18, 31, parece que está empleado como simple pasado. En todo caso, parece un empleo artificial, por su gran frecuencia con ese sentido aspectual originario.

En cuanto a las oraciones y partículas, ya he dicho algo a propósito de la estructura de las frases y el tono autoritario y doctrinal que el autor imprime al escrito. Se observa una escasa variedad de partículas. Se repite con frecuencia: δέ, μὲν...δέ, δέ...καί, γάρ, ἀλλά; con menor frecuencia, οὖν, μὲν οὖν, καὶ γάρ. Quiero ver una mayor pobreza y escasa habilidad en el manejo de éstas que en Arriano.

En la subordinación, abundan las oraciones condicionales y las de relativo. No aparece el empleo de ὅστις por ὅς, ni el refuerzo de con-

junciones y adverbios con -περ, como se ve en Arriano. Para las finales emplea ὅπως + subj., 7, 30; 17, 20; 17, 23; ἵνα μή + subj., 11, 17.

Tras este estudio lingüístico comparativo, observo en relación con la lengua de Arriano, bastantes semejanzas y algunas diferencias significativas:

En *fonética* hay una situación semejante en el vocalismo: predomina en una proporción grande el vocalismo propio del dialecto jónico, con una mayor vacilación, entre las formas jónicas y áticas, en Arriano. La partícula οὖν, aparece siempre bajo esta forma ática en el tratado hipocrático, en Arriano siempre bajo la forma jónica y herodotea, ὄν. En el consonantismo: la gran diferencia es en el tratamiento de la labiovelar sorda: en este caso el tratado presenta siempre κ (tratamiento jónico), y en Arriano π (tratamiento ático) en todos los pasajes.

Esta divergencia en la forma de la partícula y en el tratamiento de la labiovelar entre los dos escritos y, a su vez, la elección divergente en cada uno de ellos (jónica y ática) se explican por el uso artificial que hacen del dialecto los dos autores.

Morfología. En el dativo de plur. el tratado hipocrático siempre presenta -οἰσι y -ησι; en Arriano predominan éstas, pero con gran vacilación para el masc. (-οἰσι / -οις). Las formas aberrantes de los pronombres, en Arriano sólo aparecen en tres ejemplos; en el tratado hipocrático se dan en todas las formas pronominales. Son pseudojonomismos que se van extendiendo cada vez más en la época en que el dialecto se emplea artificialmente.

Sintaxis. El uso del dual aparece en Arriano y no se testimonia en el tratado hipocrático. El empleo de los sintagmas preposicionales es bien diferente: En el tratado hipocrático hay una reiteración abusiva de un mismo giro, πρὸς + ac.; y gran frecuencia de ἐς + ac., substituyendo a otros casos; μετά + gen., con sentido sociativo e instrumental; περὶ + gen., substituyendo al gen. adnominal; el dativo se ve empleado en giros estereotipados (ἔστω δέ σοι; προκατεσκευάσθω δέ σοι...) con sentido de dativo propio; este valor y el de instrumental se ven substituidos por giros preposicionales; estos sintagmas son propios de los primeros siglos de nuestra era. Arriano presenta un uso de los giros preposicionales más próximo a la tradición literaria de la prosa jónica; el giro preposicional tan frecuente en Arriano, ἔστε ἐπί + ac., con una tradición literaria a partir del siglo IV a.C. no se encuentra en el tratado hipocrático.

El texto de este tratado refleja un estilo técnico, mucho más alejado

de la tradición literaria. Tanto en fonética como en morfología y sintaxis se deja ver, en comparación con el texto de Arriano, una semejanza en el uso artificial del dialecto, pero una mayor torpeza en el estilo y mayor artificialidad en el empleo de las formas pronominales, en los sintagmas preposicionales y en el uso de las partículas y de las conjunciones. Todo ello y, especialmente, los pseudojonismos que introduce, nos hace pensar en una época que puede ser posterior al siglo II d.C., posterior desde luego al texto de Arriano.

La segunda parte la dedico al estudio del *vocabulario*. En primer lugar unas consideraciones generales:

En los capítulos 1 al 6 las explicaciones generales, filosóficas, hechas le llevan al uso de un vocabulario que recoge conceptos filosóficos, si bien ya integrados en el lenguaje ordinario, que pueden ser comprensibles, sin más explicación, para los destinatarios: descripción externa del hombre competente y virtuoso y su actitud de espíritu (3): ἀδιάχυτοι, ἀπερίεργοι, πικροί, εὐθετοί, εὐστοχοί καὶ ὀμιλητικοί, εὐκρητοί, σιγητικοί, ἐνθυμηματικοί καὶ καρτερικοί, εὐθετοί καὶ λημματικοί, εὐχρηστοί καὶ αὐτάρκες, ὑπομονητικοί. También el catálogo de cualidades que se dan igualmente en la medicina y en la sabiduría: ἀφιλαργυρία, ἐντροπή, ἐρυθρίασις, καταστολή, δόξα, κρίσις, ἥσυχία, ἀπάντησις, καθαριότης, γνωμολογία, εἶδησις, ἀκαθαρσίης, ἀπεμπόλησις, ἀδεισιδαιμονία, ὑπεροχὴ θεία (5).

Y desde el capítulo 8 al 17 emplea el vocabulario más estrictamente técnico, propio de la profesión del médico y de su comportamiento.

La riqueza de vocabulario y precisión en su empleo, la acepción especial en algunos casos, la creación de palabras en otros, me han llevado a hacer un estudio en este campo. Creo que alguna precisión y ampliación se pueden hacer al buen estudio llevado a cabo por Fleischer, *Untersuchungen...*, pp. 58-109. El vocabulario es también un dato interesante para fechar el tratado.

Un primer dato que llama la atención es la abundante sustantivación de adjetivos y participios: 1,6-7; 3,23; 4,14; 6,16; 6,23; 7,25; 11,19; 11,21; 13,24; 13,1; 17,21; 17,25; 17,27. Y también de infinitivos: τὸ λαβεῖν (4,10), τὸ εἰδῆσαι (4,11), τὸ οἶσθαι, τὸ πρῆσσειν (4,20), τὸ ἐπεγνώσθαι (17,28), τὸ διακεῖσθαι (3,23). Procedimiento con que el autor crea sustantivos, además de recurrir a los sufijos, -σις, -μα, -τη, para obtener nombres de acción y abstractos, con gran precisión en la distinción entre ellos.

Organizo el estudio en cuatro apartados:

1.º Me parece interesante resaltar aquellos términos no encontrados en otros textos (*hárax*) o que adquieren en este tratado, por primera vez, una acepción especial. Además de los ocho recogidos por Fleischer, hay los siguientes:

ἐνθουμηματικοί, 3,2; πρὸς τὰς ἀπογήσιας ἔ. καὶ καρτεριοὶ, «resueltos y decididos ante los silencios»; en Aristot. y Epicur., «diestros en el uso de entimemas».

ἀποτερματιζόμενοι, 3,6, «mirando hacia», en la voz media sólo en este pasaje. En activa: Filodemo (s. I a.C.) (dudoso), «llevar a un fin el razonamiento». En pasiva: Anon. *Geog. Comp.*, 19, «limitar».

ἀντίπτωσις, 3,26, «objeción»; en Gramática: «intercambio», Prisciano (V-VI d.C.), Escols. Aristof., *Vespaes*.

ἐρῶθρίσις, 5,5, «pundonor». En Hesiquio, s.v. λατραπία.

ἀπεμπόλησις, 5,7, «rechazo» (ἀκαθαρσίας). Sólo en este pasaje.

λεσχημονευόμενον, 7,28, «explicar». No conocido en la voz activa. En la voz media sólo en este pasaje.

προκατηρτισμένα, 7,31; 8,3, «preparado de antemano». En pasiva sólo en este pasaje. En activa: *Supplementum Epigraphicum Graecum*, Dídima, s. II a.C.; *Epist. Corint.*

λιτοτέρη, 8,5, comparat. sólo en este pasaje.

εὐδδεινῶς, 16,15, adv. sólo en este pasaje. Como adj. en *CH*, Plat., Aristot., Jenof., Teofras., Plut.

τὰ ἀβληπτηθέντα, 13,33, «lo que pasa desapercibido». En pasiva y sustantivado sólo en este pasaje.

2.º El vocabulario atestiguado a partir del s. IV a.C., perteneciente a la época helenística e imperial:

περιεργίην, 1,2; 3,21. Se encuentra en Plat.; Teofr.; Menandro; Plut.; Luci.; Simplic. (s. VI d.C.).

εὐσχημοσύνη, 1,10, en Plat.; Aristot.; Jenof.; *Epist. Corint.*; *IG* s. I a.C.

αἰσχροκερδείη, 2,11, Dífilo el Cómico (IV-III a.C.).

ἀσχημοσύνη, 2,11, Plat.; Aristot.; *Epist. Rom.* 1; Filón el Mecánico (III-II a.C.); *LXX*; Vetio Valente el astrólogo (s. II d.C.); Simplic.

χρειῶδες, 3,20, Filón el Mecánico; Filod. el filósofo (s. I a.C.); Josefo historiador (s. I d.C.), Plut.; Luci.; Rufo el médico (s. II d.C.); Eliano (s. III-II d.C.); *IG*, Hermione; Diog. Laerc. (s. III d.C.); *Corpus Hermeticum*.

περιβολῆς, 3,21, *CH*; Plat.; Eur.; Jenof.; Filod. el filósofo (s. I a.C.); Arriano; Luci.

τὸ σύννουν, 3,23, Isocr.; *CH*.; Aristot.; Filod. el filósofo; Dion. Halic.; Plut.

ἀδιάχυτοι, 3,24, Teofr.; Dioscor. (s. I d.C.); Longino (s. III d.C.).

συνάντησις, 3,25, Eur.; *P. Cair.* (s. III d.C.); Dion. Halic.; *LXX*; *Evang. Mat.*

ὀμιλητικοί, 3,26, Isocr.; Plat.; *Stoic.*; Filod. el filósofo; Plut.; Caritón erótico (s. II d.C.?). Alcifrón epistologr. (s. IV d.C.).

εὔστοχοι, 3,26, Eur.; Jenof.; Polib.; Filón el mec.; Luci. Adv.: Plat.; Arist.; Jenof.; Filod. el filósofo; Opiano; Partenio. Metafóricamente: Plat., Aristot.; Efipo el cómico; Luci.

καρτερικὸς, 3,2 Amipsias cómico (V-IV a.C.); Isocr.; Plat.; Aristot. Superlativo: Jenof.; Luci. Adv.: Mario biógrafo (s. V-VI d.C.).

εὔχρηστοι, 3,3, *Orphiká*; Plat.; Jenof.; *P. Petr.* s. III a.C.; *Inscrip. Prien.*, s. II-I a.C.; *Epist. Ti.* Superlativo: *CH*; Diodoro Sículo (s. I a.C.); Adv.: Crisipo; *Stoic.*; Polib.; Eliano.

ὑπομενητικοί, 3,3, Plat.; Aristot.; Demetrio astrólogo; Crisipo; Andronico Rodio filósofo (s. I a.C.); Hierocles (s. IV-V d.C.). Adv.: *Stoic.*

ἀδίδακτον, 4,9, Demóst.; Pseudo-Focil. (s. I d.C.?). Plut.: Luci.; Filóstr. (s. II-III d.C.); Ateneo. Adv.: Filod. el filósofo; Juba histórico (s. I a./s. I d.C.), Filón el Mecánico.

ἀτεχνή, 4,21, *CH*; Plat.; Aristot.; Crisipo; Simplic.

ἀφιλαργυρίη, 5,4, Diodoro Sículo; Onasandro (s. I d.C.).

ἀκαθαρσίη, 5,6, *CH*; Plat.; Demóst.; *LXX*.

καταστολή, 5,5, Diodoro Sículo; *Epist. Ti.*; Josefo histórico; Plut.; Arriano; Escol. Aristof. *Pax* 1203; Oribasio.

μετασχηματιζόμενος, 6,21, Plat.; Aristót.; Epicur.; *Epist. Cor.*; Sorano médico; Demetrio Lacón el filósofo; Josefo. Pasiva: Plat.; Aristót.; Diodoro Sículo. Término gramatical: Apolonio Díscolo.

εὐτραπελίην, 7,25, Plat.; Demetrio orador (s. IV a.C.); Posidipo; Diodoro Sículo; *Epist. Ephes.*; Plut.

δυσπρόσιτος, 7,25, Eur.; Dion. Halic.; Diodoro Sículo; Onasandro; Josefo histórico; Díon Casio.

ψηλαφίη, 8,34, Filón el Mecánico; Filod. el filósofo; Areteo médico (s. II d.C.); Rufo médico.

εὐμνημόνευτα, 9,8, Plat.; Demóst.; Eneas Táctico; Ateneo. Comparativo y superlativo: Aristót.

μαλαγμάτων, 10,12, Teofr.; Galeno; *PCair.*, s. II d.C.; Filón el Mecánico; Plut.; Longino; Rufo médico; Escol. a *Íliada* XXI 31.

παλαιώσεις, 10,16, Estrab.; Ateneo; Jenócrates médico, *ap.* Oribasio, II 58, 140; *Studien zur Palaographie und Papyruskunde* 22, 131, 7 (s. II d.C.); *LXX*; Andronico Rodio filósofo.

ἐπίπληξις, 12,26, Timeo Locro filósofo; Demóst.; *SIG*, Delf. s. II a.C.; Esquines; Plut.; *LXX*; *Papiri greci e latini*, s. III a.C.; L. Mitteis *Chron.*, s. II a.C.; Filón el Mecánico.

ἄστατα, 13,32, Aristót.; Filón el Mecánico; Epicur.; Filodemo; Diog. de Enoanda (s. II d.C.); Plut.; de personas: Onasandro.

προσάγμασι, 14,4, *CH (Aph.)*; Rufo médico.

εὐσταλέως, 16,13. Adv.: *CH*; Opiano Apamense (s. III d.C.); Herodiano gramático (s. II d.C.); Filodemo filósofo.

ὑποκρυπτόμενος, 16,14. Media: Jenofonte, *An.* I 9,19, cf. Josefo histórico, I 31,4.

ἔντασις, 16,16, Plat; *CH*; Galeno; Plut.; Areteo médico; Luci.; Porfirio; *P. Sorb.*, s. III d.C.; Vitrubio.

ὕπόδεξις, 16,17, «buena acogida»; *AJPh* 56,362, Colofón, s. IV a.C.
«aportación de contribuir a los fondos públicos».

Y dentro de estos vocablos cabe matizar los que se conocen en su empleo a partir de los siglos III-II a.C.: χρειῶδες; ψηλαφήη. Y los que a partir del s. I a.C.: ἀφυλαργυρή; καταστολή; παλαιώσεις.

En el apartado que Fleischer hace para el vocabulario jónico, helenístico y de carácter poético, además de las 16 formas recogidas por este autor, cabe añadir las siguientes:

πικρήην, 2,15, poét. en *Odisea*; helenístico; Demóst., Aristót., Teofr., *LXX*.

συναντήσιας, 3,25, «controversia»: «agudos en las controversias»; «encuentro»: Eur. *Íon*, lírico; *LXX. Evang. Mat.*; *PCair.*, s. III a.C.; «encuentro fortuito»: Dion. Halic., s. I a.C.

ἀποκρίσιας, 3,25, jónico: Heródoto, Anaxágoras; poét. Teognis; Helenist.: Aristót.

3.º El vocabulario que empieza a emplearse a partir de los siglos I-II d.C.:

ἀπερίεργος, 3,24, Dioscórides médico; Galeno (s. II d.C.); Sorano médico (s. II d.C.); Ateneo (s. II-III d.C.). Superlativo: Plut. (s. I-II d.C.); Aquiles Tacio (s. III d.C.).

ἔγχριστις, 8,34, Eliano.

προδιαστέλλεσθαι, 11,21, Activa: Sorano médico; Tzetzes. Media: Josefo histórico; Dioscórides médico; Ateneo; *PFlor.* 55, 19, s. I d.C.; Apolon. Díscolo, *Sintaxis*, 285,17 (s. II d.C.).

ἀντίλεξις, 12,25, «réplica a las objeciones»: ἀ. πρὸς τὰ ἀπαντώμενα; «diálogo por oposición a monodía»: Filóstrato, *Vita Apollonii* 11 (s. II-III d.C.); «contradicción»: Josefo, *AI XVIII* 1, 3.

ἔτοιμασίης, 12,27; 12,29, «prontitud para actuar», «pronta actuación»; en Josefo, *AI X* 1,2: «disposición»; en Eneas Táctico, *XXI* 1; *LXX*; *Epist. Ephes.*: «preparación».

ἀδιάπτωτον, 12,28, «infallible»; Sexto Empírico; *PRyl.*, s. II d.C. Adv.: Polib., *Stoic.*; Heliodoro (s. III d.C.). Del estilo: Longino s. III d.C.), Diog. Babil. (s. II a.C.) Dion. Tracio (s. II a.C.). Gramática: Apolonio Díscolo.

ἐπακολούθησιν, 13,1, *PRyl.* 233,14, (s. II d.C.); *POxy.*, 1473,8, s. III

d.C.; *Stoic.* según Plut. 2, 1015 c. (*Ant.* 6,44); Sexto Empírico, *M.* I 194; Galeno, XIX 382.

4.º Vocablos que sólo aparecen en este tratado del *CH*.

περιεργίην. 1,2; 3,21; 3,22; καλλονήν, 1,8; αἰσχροκερδείη, ἀσχημοσύνη, 2,11; ἀδιάχυτος, ἀπερίεργοι, 3,24; συνάντησις, 3,25; εὐστοχοί, ὀμιλητικός, 3,26; ἀνάστασις, σιγητικοί, ἀποσίγησις, 3,1; ἐνθυμηματικός, καρτερικοί, 3,2; λημματικός, ὑπομενητικοί, 3,3; ὑπομονήν, 3,4; δισχυριζόμενοι, 3,6; ἀφιλαργυρίη, ἐντροπή, 5,4; γνωμολογίη, 5,6; ἀδεισιδαιμονίη, 5,7; ἀκολασίη, 5,8; μετασχηματιζόμενα, 6,21; τὸ κεφαλαιοδέστατον, 6,23; εὐτραπελίην, δυσπρόσιτον, 7,2; πρόσκλησις, 7,29; ψηλαφίη, ἐγκατάντλησι, 8,34; εὐμνημόνευτα, 9,8; παλαιώσεις, 10,16; προδιαστέλλεσθαι, 11,21; περιστολή, 12,23 (en medicina a partir de Galeno); ἀνακυρώσις, 12,24; ἀντίλεξις, 12,25; εὐσταθίη, ἐπίπληξις, 12,26; ἄστατα, 13,32; εὐμεταποίητα, τὰ ἀβληπτηθέντα, 13,33; ἐπακολούθησις, 13,1 (a partir de Galeno); ὑποκρυπτόμενος, 16,14; ὑπόδεξις, 16,17; ἐπιτροπή, 17,24, «poder para decidir».

Una primera ojeada a los resultados del vocabulario en la distribución en el tiempo y en el uso de los autores lleva a las siguientes conclusiones:

1.^a Es frecuente el empleo de vocabulario de la época helenística e imperial, con una gran influencia de Aristóteles y de los textos de autores de doctrina estoica.

La formación de compuestos, con los prefijos: περι-, εὐ-, ἀ-, συν-, ἀδια-, δυσ-, μετα-, προκατα-, ἀντι-, ἀπο-, ὑπο-, da lugar a los sustantivos del tipo: περιεργίην, εὐσχημοσύνη, ἀσχημοσύνη, τὸ σύννουν, συνάντησις, ἀδιάχυτοι, εὐστοχοί, εὐχρηστοί, ἀδίδακτον, ἀτεχνίη, ἀφιλαργυρίη, δυσπρόσιτον, μετασχηματίζομαι, ὑποκρύπτομαι... Los derivados con los sufijos -ικός para la formación de adjetivos; y con los sufijos -σιη, -ιη, -σις, -μα, para la creación de sustantivos abstractos es muy frecuente en el texto, así como la sustantivación de adjetivos, participios e infinitivos. Todos estos recursos nos sitúan claramente en la época helenística e imperial en las que se acude a estos procedimientos para la creación de vocabulario. Son un ejemplo elocuente de esto los vocablos citados que aparecen en éste tratado y no son conocidos en el resto del *CH*. Es un tratado tardío con toda seguridad.

2.^a Son muy significativos, para datar la obra, los términos citados que se atestiguan a partir de los s. I y II d.C. Y si matizamos, aún lo son más, aquellos cuya acepción, propia de la profesión del

médico, se encuentran a partir del s. II d.C: σύμπτωμα, έπακολούθησις, έντροπή, μετασχηματίζομαι, μάλαγμα, εϋκρητος, ύπομονήν, ψηλαφήη, έγχρησις, περιστολή, ύποκρύπτομαι, términos empleados en este tratado y en los médicos del s. II d.C. y no antes, como Galeno, Sorano, Rufo, Areteo. O bien los que aparecen a partir del s. I d.C. con esa acepción técnica, médica: άπεριεργοι, προδιαστέλλεσθαι, εϋσταθίη, así en Dioscórides y Oribasio.

Este apartado, creo, deja situar el tratado con bastante seguridad, como muy temprano, en el s. II d.C. Los *háραx*, en general, los usados con un sentido técnico profesional, y los términos no testimoniados en el *CH.*, propios del arte de la medicina, ayudan a situarlo en una época muy tardía. Presenta, en general, un vocabulario sin resonancias literarias, muy técnico y artificial.

Tanto el estudio lingüístico como el del vocabulario realizados nos hacen pensar que *Sobre el buen porte* es un tratadito de época muy tardía: como fecha temprana se podría situar en el s. II d.C.

DISCUSIÓN:

N. WILSON pregunta si la tradición manuscrita es a través de un solo manuscrito o es mucho más rica y las variantes significan algo en el estudio de la lengua.

GARCÍA VALDÉS explica en pocas palabras la complejidad de la transmisión del texto del tratado. Ella se ha fijado especialmente en los pseudojonismos y deduce que no son propios de los manuscritos recientes sino que pertenecen a la transmisión textual de los manuscritos antiguos.

I. MAZZINI interviene para señalar las semejanzas que existen en los procedimientos lingüísticos para crear un vocabulario técnico entre este tratado y los tratados de medicina latinos; y pregunta si hay alusiones en el texto sobre el lugar en que pudo ser escrito.

GARCÍA VALDÉS valora esa apreciación de las semejanzas en los tratados griegos y latinos como un punto más a tener en cuenta para la datación y considera, por otro lado, que las semejanzas son esperadas al tratarse de una lengua técnica.

RODRÍGUEZ ADRADOS pregunta si un trabajo de la Dra. Mendoza sobre el estudio de la lengua de algunos tratados hipocráticos tenía en cuenta este tratado.

GARCÍA VALDÉS explica que el trabajo al que hace referencia el Dr. R. Adrados no estudiaba este tratado, sino *Sobre el médico* y *Sobre el arte de la medicina*.

Observations sur le champ sémantique du changement dans la Collection hippocratique

PAUL DEMONT
(Université d'Amiens)

Il serait illusoire, dans le cadre d'une communication, de vouloir décrire complètement un champ conceptuel aussi vaste que celui du «changement» dans la *Collection hippocratique*. Aussi s'agira-t-il ici plutôt d'esquisser une telle description, en se limitant à quelques constatations ¹.

I. DÉFINITION ET COMPOSITION DU CHAMP

L'action du médecin, du malade, de la maladie, de l'environnement est souvent décrite dans la *Collection hippocratique* par des verbes comme κινεῖν, μεταβάλλειν, μεθιστάναι et les substantifs correspondants κινήσις, κίνημα, μεταβολή, μετάστασις. Ces verbes ont des antonymes souvent identiques: ἀτρεμίζειν, ἠρεμεῖν, ἔαν στήναι,

¹ Une telle enquête gagnerait à être menée avec l'aide de méthodes informatiques telles que celles qu'a présentées G. Maloney à Québec voici trois ans concernant les «mots-pôles» et les «mots co-occurents»: «Une analyse informatique de la notion de maladie dans le Corpus hippocratique», *Actes du VI^e Colloque International Hippocratique*, P. POTTER-G. MALONEY- J. DESAUTELS (ed.) Québec, 1990, pp. 113-139. Elle ne serait en tout cas pas possible sans les deux instruments de travail dont nous disposons maintenant: J. H. KÜHN-V. FLEISCHER, *Index Hippocraticus*, Göttingen, 1986 et suiv., *Concordance hippocratique*, ed. G. MALONEY et W. FROHN, Université Laval, Québec, 1984. J'ai été amené à l'étude d'aujourd'hui par trois travaux précédents, menés dans des perspectives différentes: ma thèse sur *La Cité grecque archaïque et classique et l'idéal de tranquillité*, Paris, 1990, pp. 262-270 et deux articles: «Réflexions sur un écart: remarques sur le champ conceptuel de la révolution et du changement dans la Grèce des cinquième et quatrième siècles avant notre ère» dans *L'idée de révolution* (Colloque de Chantilly, septembre 1989), ed. M. PERRIN, *Cahiers de Fontenay*, Paris, 1991 [sous presse] et, en collaboration avec J. PICOCHÉ et G. RÉMI, «Étude de lexicologie comparative: réalisations lexicales de l'archaïsme (trouble de l'ordre établi) en français, en allemand et en grec ancien», *Cahiers de Lexicologie* [sous presse].

ήσυχάζειν. Voici quelques phrases ou parties de phrases empruntées à des traités divers qui attestent l'existence de ce champ conceptuel:

Ἄρχομένων τῶν νούσων, ἦν τι δοκεῖ κινεῖν, κίνει ἀκμαζούσων δέ, ἡσυχίην ἔχειν βέλτιόν ἐστιν (*Aphor.* II 29).

(...) ἦν ἐάσης στῆναι καὶ μὴ κινήση... (*Aphor.* VII 68).

(...) ὡς μάλιστα ἠρεμεῖν τε καὶ ἀτρεμεῖν καὶ μὴ κινεῖσθαι (*Mul.* II 149).

(...) ὁ τι γὰρ ἂν μὴ ἀποπληρώση οὕτως ὥστε στῆναι ἀλλ' ἔχη μεταβολάς τε καὶ κινήσιας, ἀνάγκη ὑπ' αὐτῶν καὶ ψόφον καὶ καταφανέας κινήσιας, γίνεσθαι (*Vet. Med.* 22, 7 [CUF p. 151] [I 632 L.]).

(...) καὶ πνευμάτων μεταβαλλομένων καὶ οὐδέποτε ἀτρεμιζόντων... (*Morb. Sacr.* 18).

Χρηθὼν, ὡς μὴ ἐξαπίνης τὴν δίαιταν μεταβάλλη, διελεῖν τὸν χρόνον (...). (...) ἐν ἐκάστη δὲ ὥρῃ ἕκαστα τῶν διαιτημάτων μεθιστάναι κατὰ μικρόν (*Vict.* III 68,9-10 [CMG I 2,4 p., 198, 15 sqq.] [VI 600 L.]).

Τοῦτο δ' ὅταν μὲν ἐν τῷ καθεστεῶτι μένη, μένει καὶ ἡ φρόνησις ἐτεροιομένου δὲ τοῦ αἵματος, μεταπίπτει καὶ ἡ φρόνησις (...) καὶ ἡ φρόνησις ἀλλοιοῦται (...) μεταπίπτουσιν αἱ ψυχαὶ (...). Ὅταν οὖν ἐκ τοῦ εἰωθότος ἔθεος μεταστῶμεν, ἀπόλλυται ἡμῖν ἡ φρόνησις (*Flat.* 14, 1-3 [CUF p. 121-122] [VI 110-112 L.]).

Il n'est pas indispensable de multiplier les exemples. L'existence d'un ensemble de termes *liés* définissant différents modes de changements et de modifications ou déplacements apparaît facilement à tout lecteur de la *Collection hippocratique*.

Mais cet ensemble est très vaste: de façon générale, comme on sait, l'exhaustivité est inaccessible en matière de description de champ sémantique, car ce qu'on appelle par commodité un «champ» n'a en réalité pas de bornage. Dans le cas présent, il faudrait, par exemple, intégrer l'étude d'un grand nombre d'emplois de ἄλλος: à cet égard, je me suis contenté de faire apparaître le nombre des occurrences de ἄλλοτε dans un certain nombre de traités.

Quoi qu'il en soit des limites de l'enquête, le vocabulaire sélectionné peut être regroupé en trois sous-ensembles (certains mots sont communs à plusieurs sous-ensembles):

1. *Mots de la famille de κίνησις: 307 occurrences*
κινεῖν: 198, κίνησις: 58, κίνημα: 3, κινήτικος: 1.
composés (verbes et substantifs) de κινεῖν: 45,
(dont ἀνακινεῖν 12 διακινεῖν 8 μετακινεῖν 17 περικινεῖν 1
προκινεῖν 4 ὑποκινεῖν 2).
2. *Composés en μετα-: 328 occurrences*
μεταβάλλειν: 65, μεταβολή: 105, ἀντιμεταβάλλειν: 1
μεθιστάναι: 50, μετάστασις: 13
μεταλλάσσειν: 20, μεταλλαγή: 17
μεταπίπτειν: 29
μετακινεῖν: 14, μετακίνησις, μετακίνημα: 3
Divers: μεταβαίνειν, μετάβασις 4, μεταποιεῖν 3, μετατρέπειν
2, μετακοσμεῖν 1, μεταμείβειν 1, μετατιθέναι 1.
3. *Dérivés de ἄλλος et autres mots: 249 occurrences*
ἄλλοτε 186
ἄλλοιόω 14, ἄλλοιοτροπέω 1
ἄλλάσσειν et composés (sauf ἀπαλλάσσειν) 40
(dont: παραλλάσσειν, παραλλαγή, παράλλαγμα, παράλλα-
ξις 18, διαλλάσσειν, διαλλαγή, διάλλαξις 12, ἐξαλλάσσειν,
ἐξαλλαγή, ἐξάλλαξις, 6 ou 8).
ἕτεροιοόω 4
νεωτερίζω, νεωτεροποιέω 4.

II. RÉPARTITION DANS LA COLLECTION HIPPOCRATIQUE

Le tableau présenté dans le cadre de cette communication est loin d'être exhaustif. Il examine les principaux traités de la *Collection*, classés par groupes, à l'exception, en particulier, des traités de compilation et des traités les plus récents. Les chiffres de fréquence les plus notables sont soulignés.

	<i>a</i>	<i>b</i>	<i>c</i>	<i>d</i>	<i>e</i>	<i>f</i>	<i>g</i>	<i>h</i>	<i>i</i>	<i>j</i>	<i>k</i>	<i>l</i>	<i>m</i>	<i>n</i>	<i>o</i>	<i>p</i>
<i>Epid.</i> I-III	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0	1	0	1	0	0	3
<i>Epid.</i> II-IV	2	0	0	0	0	0	1	4	0	0	0	0	2	0	2	
<i>Epid.</i> VI	4	0	1	0	0	0	1	9	0	0	0	0	0	0	0	
<i>Epid.</i> V-VII	6	4	0	0	1	0	3	1	0	0	0	0	0	1	0	
<i>Fract.</i>	11	4	0	0	1	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	10
<i>Artic.</i>	9	1	0	0	3	0	0	0	0	0	0	3	0	0	1	6
<i>Mochl.</i>	3	3	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0

<i>Vul. Cap.</i>	2 0 0 2 0 0	0 0 0 0 0 0 0 0 0 0	
<i>Aer</i>	1 0 0 0 0 0	2 22 2 1 2 2 0 5 0	2
<i>Nat. hom.</i>	0 0 0 0 0 0	5 3 1 1 2 0 0 1 0	2
<i>Morb. sacr.</i>	2 1 0 0 0 0	2 5 1 2 0 1 0 1 0	1
<i>Vet. med.</i>	2 2 0 0 0 0	7 1 0 0 0 0 0 0 0	
<i>Vict.</i>	22 10 1 2 1 1	1 7 6 2 0 2 1 2 5	2
<i>Acut. et Acut. Sp.</i>	2 0 0 0 0 0	18 14 0 0 0 0 0 0 0	
<i>Gen.</i>	0 0 0 0 0 0	0 0 0 0 0 0 0 0 0	1
<i>Nat. puer.</i>	9 3 0 0 2 0	0 0 0 0 0 0 0 0 0	
<i>Morb. IV</i>	0 0 0 0 0 0	0 0 0 0 0 0 0 0 0	
<i>Octam.</i>	0 0 1 0 0 0	1 4 0 0 1 1 0 0 0	15
<i>Morb. I</i>	6 3 0 0 0 0	0 0 8 1 0 0 5 0 0	17
<i>Morb. II</i>	17 0 0 0 0 0	3 1 1 0 0 0 0 0 0	25
<i>Morb. III</i>	2 0 0 0 0 0	0 1 2 0 0 0 0 0 0	
<i>Intern.</i>	5 0 1 0 0 0	2 2 0 0 1 0 1 0 0	12
<i>Aff.</i>	12 0 0 0 0 0	0 1 11 2 0 0 2 0 0	6
<i>Nat. Mul.</i>	11 0 3 0 0 0	0 0 0 0 0 0 0 0 0	
<i>Mul. I</i>	13 1 0 2 0 0	1 0 4 0 1 4 2 0 0	45
<i>Mul. II</i>	8 2 1 1 0 0	0 0 1 0 0 0 0 0 0	13
<i>Superf.</i>	3 0 0 1 0 0	0 0 0 0 0 0 3 0 0	1
<i>Ster.</i>	4 1 0 0 0 0	0 0 0 0 0 0 0 0 0	1
<i>Loc. hom.</i>	3 0 7 0 0 3	0 0 0 0 6 1 0 1 0	
Total des emplois	197 61 17 12 8 4	65 105 50 13 20 17 29 12 14 186	

N.B.:

<i>a:</i> κινεῖν	<i>g:</i> μεταβάλλειν	<i>n:</i> διαλλάσσω + subst.
<i>b:</i> κίνησις, κίνημα	<i>h:</i> μεταβολή	<i>o:</i> ἀλλοιόω
<i>c:</i> μετακινεῖν, μετακίνημα	<i>i:</i> μεθιστάναί	<i>p:</i> ἄλλοτε
<i>d:</i> ἀνακινεῖν, ἀνακίνημα	<i>j:</i> μετάστασις	
<i>e:</i> διακινεῖν, διακίνημα	<i>k:</i> μεταλλάσσειν	
<i>f:</i> προκινεῖν	<i>l:</i> μεταλλαγή	
	<i>m:</i> μεταπίπτειν	

III. GROUPE DE κίνησις

Notons d'abord les verbes explicitement opposés au verbe κινεῖν/κινεῖσθαι, ou rapprochés de lui.

Les antonymes sont des verbes significant «laisser/être tranquille,

en l'état ²): ἔδν στῆναι, ἴστασθαι, ἀναπαύεσθαι, ἡσυχάζειν, ἡρεμεῖν καὶ ἀτρεμεῖν.

On trouve aussi une fois πήγνυσθαι (*Mal.* II 6 a [VII 14 L., *CUF*, p. 138]): πήγνυται καὶ κινηθῆναι οὐ δύναται (sujet sous-entendu: «le sang» ou peut-être «le malade»). Un verbe est moins attendu: on sait que le traité du *Régime* oppose κινῆσαι, caractéristique du feu, et θρέψαι «nourrir», caractéristique de l'eau (en particulier I 3, 1 [*CMG* I, 2, 4, 126, VI 472 L.]). Peut-être cette opposition prend-elle pour nous un caractère plus compréhensible si l'on se souvient que le verbe τρέψω signifie aussi «faire coaguler» et que le processus de la nourriture, comme celui de la conception, est souvent, dans la langue et la pensée grecques, caractérisé comme un processus de fixation et de coagulation ³.

Les verbes associés décrivent des mouvements du patient (e.g. ἀναστῆναι, ἐπικύπτειν, ἐγείρεσθαι, *Nat. Mul.* 44, cf. pour ce dernier verbe *Mul.* II 149, *Vet. Med.* 20,6 [*CUF*, p. 147, I 624 L.], *Vict.* IV 86 [texte de θ, *CMG* I 2, 4, 218]) ou l'action du médecin (νεωτεροποιεῖν, *Aphor.* I 20).

Insistons seulement sur la relative fréquence d'une association explicite avec θερμαίνεσθαι. On la rencontre dans trois types de textes. Le traité sur le *Régime*, bien sûr, comme on vient de le voir, faisant du feu le principe du mouvement, est conduit à rapprocher mouvement et échauffement à plusieurs reprises, en particulier lorsque l'auteur analyse les πόνοι: qu'ils soient «naturels» ou «violents»: les «exercices» meuvent et échauffent à la fois l'âme ou le corps (II 61 sqq. [*CMG* I 2, 4, p. 184 sqq.] [VI 574 sqq. L.]). C'est le cas quand l'âme voit (προσέχουσα ἢ ψυχὴ τῶ ὀρεομένῳ κινεῖται καὶ θερμαίνεται) quand elle entend (διὰ δὲ τῆς ἀκοῆς ἐσπίπτοντος τοῦ ψόφου σείεται ἢ ψυχὴ καὶ πονεῖ, πονέουσα δὲ θερμαίνεται) ou encore quand elle réfléchit (ὄσα μεμνῶ ἄνθρωπος, κινεῖται ἢ ψυχὴ ὑπὸ τούτων καὶ θερμαίνεται) ou quand elle utilise la voix (κινεομένη δὲ θερμαίνεται). Et il en va de même pour les exercices du corps. Mais une telle association n'est pas liée uniquement à la doctrine très particulière de ce traité (l'analyse des effets des «exercices» au livre II du *Régime* ne suppose d'ailleurs pas nécessairement la théorie du livre I sur le feu et l'eau, mais simplement l'observation d'un lien de cause à effet entre mouvement et échauffement).

L'association se trouve aussi dans la théorie des humeurs de deux

² Voir à ce sujet ma thèse citée n. 1.

³ Voir nos «Remarques sur le sens de τρέφω», *REG.* 91, 1978, pp. 358-384.

traités cniidiens, *Maladies* II (I) et *Affections internes*. Le cas exposé au chapitre 3 de *Maladies* II (I) est particulièrement intéressant: le malade a les symptômes décrits (un délire) «par suite de la chaleur excessive de la tête», παραφρονεῖ δὲ ὅταν τὸ αἷμα τὸ ἐν τῇ κεφαλῇ ὑπὸ χολῆς ἢ φλέγματος ὑπερθερμανθῇ καὶ κινήθῃ μᾶλλον τοῦ ἐωθότος (*CUF*, p. 134, 2-5) (VII 10 L.). Cette étiologie permet peut-être de comprendre une partie de la thérapeutique recommandée pour la même maladie, mais sans autre étiologie que la πλήρωσις du cerveau, dans *Maladies* III 2: φυλάσσεσθαι ... ἡλίους, ἀνέμους, πῦρ, καπνόν, δριμέων ὁδμᾶς καὶ αὐτὰ ⁴ καὶ ἡσυχάζειν διαίτη μαλθακῇ χρώμενον (*CMG* I 2, 3 p. 72) (VII 120 L.). Il s'agit par ces mesures d'éviter tout échauffement supplémentaire et d'apaiser les mouvements dans le corps. J. Jouanna explique ainsi le texte de *Maladies* II (I): «le mouvement du sang est normal quand il y a dans le sang équilibre des qualités élémentaires (chaud et froid); le déséquilibre de ces qualités entraîne une perturbation de ce mouvement; un excès de chaud provoque une accélération et inversement un excès de froid entraîne un ralentissement (cf. 6 a)» (*CUF*, p. 134 n. 1). L'explication proposée est fort vraisemblable. Elle a le mérite de ne pas prendre position sur une difficulté peu soluble tenant au rôle du phlegme et de la bile: en 6 a et en 8 les déplacements de la bile et du phlegme refroidissent, et non échauffent, le sang. Mais, dans ces mêmes c. 6 et 8 (et dans une certaine mesure dans la thérapeutique recommandée en *Maladies* III 8 au moins), il est certain que la santé dépend comme ici d'un juste équilibre entre le mouvement excessif et le mouvement trop lent du sang: il faut donc éviter d'un côté l'échauffement excessif entraînant la liquéfaction et l'accélération du mouvement, de l'autre l'engourdissement conduisant à la mort par coagulation ⁵. Voici par exemple la fin du c. 8: μὴ κινεομένου δὲ τοῦ αἵματος, οὐχ οἶόν τε μὴ οὐ καὶ τὸ σῶμα ἀτρεμίζειν καὶ κεκωφῶσθαι. Καὶ ἦν μὲν τὸ αἷμα καὶ τὸ ἄλλο σῶμα κρατήση ὥστε διαθερμανθῆναι, διαφεύγει ἦν δὲ τὸ φλέγμα κρατήση, ἐπιψύχεται μᾶλλον τὸ αἷμα καὶ πήγνυται καὶ ἦν ἐς τοῦτο ἐπιδιδοῖ ψυχόμενον καὶ πηγνύμενον, πήγνυται παντελῶς, καὶ ἐκψύχεται ὄνθρωπος καὶ ἀποθνήσκει (*CUF*, p. 139-140).

Le continuum dans lequel se situe l'observation de la κίνησις va donc de l'immobilité, assimilée à la coagulation et, parfois, à la mort, au mouvement excessif lié à l'inflammation et à la fièvre, pouvant aussi conduire à la mort.

En *Affections* 27 (VI 240 L.), c'est l'échauffement du corps dû à

⁴ καὶ αὐτὰ καὶ M: καὶ αὐτὰ θ: καὶ [αὐτὰ] Jouanna (*Arch.* p. 372).

⁵ Sur ces textes et leur interprétation, voir J. JOUANNA, *Hippocrate. Pour une archéologie de l'école de Cnide*, Paris, 1974, p. 358 (cité ici *Arch.*)

une alimentation trop riche qui conduit à un mouvement excessif de la bile et du phlegme, à l'origine de la diarrhée et du choléra: (...) τὰ ἔξωθεν ἐωθότα ὑπερθερμαίνειν τὸ σῶμα κινήσιν χολήν καὶ φλέγμα. Le schéma général est le même, mais le traité, comme souvent, ajoute une explication par le régime ⁶. On voit ainsi que l'échauffement et le mouvement peuvent être l'un par rapport à l'autre cause ou conséquence: le mouvement induit par les exercices ou la digestion est cause d'échauffement, comme dans le *Régime*; le mouvement de la bile et éventuellement du phlegme ainsi que l'échauffement sont cause du mouvement du sang dans les explications humorales.

Le troisième domaine d'emploi est celui de l'embryologie, avec deux occurrences assez semblables, bien qu'éloignées dans le texte, dans le traité *De la nature de l'enfant*:

Ἀρχὴ δὲ γίνεται τοιήδε τῆσι γυναιξὶ ἐν τῇ ὠδίνι τὸ αἷμα ταρασσεται τῇ γυναικὶ καὶ θερμαίνεται πάνυ ὑπὸ τῆς κινήσεως τοῦ παιδίου σθεναρῆς ἐούσης ταραχθὲν δέ, πρῶτον μὲν ἔρχεται ἔξω (18, 3, *CUF*, p. 61) (VII 500 L.).

(Ecllosion de l'oeuf de l'oiseau) Ἐπικαθεζομένης τῆς μητρὸς θερμαίνεται τὸ ὄν' καὶ τὸ ἐν τῷ ὄφ' ἐνεδὸν ἀπὸ τῆς μητρὸς κινεῖται θερμαινόμενον δέ... (30,7) (VII 536 L.).

Mouvement et échauffement sont, dans ces deux cas aussi, simultanés et peu séparables, qu'il s'agisse de la mère ou du petit à naître.

Qu'en est-il de la distribution du verbe κινεῖν? Il est toujours transitif; les formes médio-passives ont le plus souvent un sens passif; du point de vue morphologique, on note 44 emplois de l'actif et 32 emplois de passifs en -θη-. Cette situation contraste fortement avec le groupe de μεταβάλλω ⁷. Le sujet du verbe, à l'actif, le plus souvent (27 ou 28 exemples), est ou bien un pronom indéfini, une deuxième personne renvoyant au médecin ou au malade, voire à son entourage, ou bien doit être suppléé (dans les injonctions à l'infinitif). Le verbe a le plus souvent son sens concret: «bouger, remuer» (le malade, par exemple, quand il est inanimé, ou telle partie du corps, en particulier les articulations ou les os dans les traités chirurgicaux), mais on est conduit parfois à traduire dans les langues modernes par: «déranger», «modifier l'état de» quand le complément du verbe est par exemple:

⁶ Voir JOUANNA, *ibid.* p. 293 pour le texte et l'interprétation.

⁷ Observation à corriger en partie par une autre: le substantif κίνησις, en particulier dans la tournure κίνησιν ἔχειν, permet une description intransitive des «déplacements» et des «mouvements». Mais on n'en compte que 58 emplois, et qui ne sont pas tous équivalents à des emplois intransitifs, à comparer aux 105 de μεταβολή.

τὴν κοιλίην «le ventre» (avec parfois une indication plus précise: «le ventre d'en haut», «le ventre d'en bas») (12 exemples), «le corps» en général (6 exemples). Rappeler qu'une recommandation comme: τὴν δὲ κάτω κοιλίην μὴ κινεῖν φαρμάκῳ (*Mal.* II 50,3 [*CUF* p. 187]) signifie mot à mot: «ne pas remuer le ventre d'en bas par un évacuant», peut avoir l'avantage de faire apparaître un aspect essentiel de l'ensemble de la médecine hippocratique: par rapport à un état de stabilité ou de mouvements stables, qui est la santé, l'art repère les déplacements du corps et dans le corps, dus à l'environnement, à la maladie, aux processus biologiques, au malade et les corrige par d'autres déplacements, qu'il faut donc soigneusement graduer.

Ce qui bouge ou est bougé, ce sont: ἡ χολή (21 occurrences⁸), τὸ ἔμβρονον (ou mots équivalents, souvent non exprimés⁹), τὸ φλέγμα (dans les mêmes contextes que la bile, et uniquement dans les traités cniadiens), τὸ σῶμα, ἡ κοιλίη (voir plus haut), αἱ μήτραι, τὰ ἐπιμήνια (et mots apparentés, dans les traités gynécologiques bien sûr: on sait le place que tient le déplacement de la matrice dans les théories gynécologiques hippocratiques¹⁰), τὰ ἄρθρα, τὰ σκέλεα (et mots apparentés ou désignant diverses parties du squelette, dans les traités chirurgicaux), τὸ αἶμα, ἡ ψυχή, et divers autres mots.

La répartition des mots du groupe est relativement homogène. On compte par exemple 38 occurrences dans les quatre livres du *Régime*, 39 dans les traités chirurgicaux *Fractures*, *Articulations*, *Mochlique*, *Plaies de tête*, 48 dans les traités gynécologiques *Maladies des femmes I et II*, *Nat. de la femme*, *Femmes stériles*. Deux observations seulement. La très faible fréquence des emplois de ces mots dans le corpus des *Epidémies* (absents, en particulier dans les *Epidémies I-III*). La fréquence dans le traité *Des Lieux dans l'homme* des composés assez rares en μετακιν- et en προκιν-.

IV. GROUPE DES COMPOSÉS EN μετα-

Dans ce groupe figurent quelques quasi-synonymes, comme μεταβάλλω, μεταλλάσσω (on observe parfois quelque hésitation entre

⁸ La bile est le plus souvent mise en mouvement, rarement cause du mouvement; 16 occurrences dans les traités cniadiens, 2 dans *Epid.* V et 2 dans deux traités gynécologiques. JOUANNA a étudié minutieusement le vocabulaire et les différentes théories du mouvement des humeurs dans les traités cniadiens (*Arch.* p. 143-147 pour *Mal.* II, 238 pour *Int.*, 294 pour *Aff.*, 350-354 pour *Mal.* I).

⁹ Le fœtus au commencement n'est qu'un «il bouge», et selon le moment où apparaît ce «il bouge», intervient la première différenciation perceptible selon les médecins anciens, entre mâle et femelle.

¹⁰ Cf. P. MANULI, *Hippocratica*, ed. M. GRMEK, Paris, 1980, p. 393-408.

les deux verbes dans la tradition manuscrite) et μεθίστημι ainsi que les substantifs dérivés. Comparez par exemple les variations uniquement stylistiques και σίτων μεταβολῆς και χωρίων μεταλλαγῆς, puis τὴν δίαιταν μεταβάλλει et ἕκαστα τῶν διαιτημάτων μεθιστάναι en *Vict.* III 68 (*CMG* I 2,4, p. 196 l. 23 et p. 198 l. 15 et l. 19) (VI 596 et 600 L.). Leur distribution et leurs emplois ne sont cependant pas équivalents ¹¹.

Le groupe de μεταβάλλω et μεταβολή d'abord présente un répartition des emplois entre le verbe et le substantif inverse de celle de κινεῖν et κίνησις; parallèlement, le verbe μεταβάλλω est surtout employé de façon intransitive (au moins ¹² 44 occurrences) et l'on n'observe que deux occurrences du passif en -θη-. Il s'agit de décrire des transformations non pas comme des déplacements *provoqués* à l'intérieur du corps ou sur le corps, mais comme des changements d'un état à un autre, très différent, et le plus souvent opposé. Le sens intransitif apparaît bien lorsque le verbe est opposé à παρῆναι ou que l'actif est joint à une série de moyens πέσσεσθαι και μεταβάλλειν και λεπτύνεσθαι τε και παχύνεσθαι (*Vet. Med.* 19, 3 et 6 [*CUF* p. 144, 4-5, 145, 4] [I 616 et 618 L.]). La fréquence des prépositions ἐκ et/ou ἐς (suivies souvent de comparatifs), de l'adjectif ou de l'adverbe μεγάλη/μέγα, et des emplois distributifs de ἄλλος qui accompagnent le verbe ou le substantif montre que la transformation décrite est souvent un passage du contraire au contraire. Cela est vrai d'ailleurs aussi des emplois transitifs (qu'ils soient suivis explicitement d'un complément ou qu'il faille le substituer). La distribution des mots du groupe en fait clairement des outils adéquats pour la conceptualisation et la théorisation du changement.

Ce changement concerne le plus souvent ou bien le régime en général et les constituants du régime (environ 23 occurrences du verbe et 15 du substantif), ou bien les saisons, le temps, l'environnement climatique (27 occurrences du substantif) ¹³. Mais il peut s'agir aussi

¹¹ En raison de la grande similitude entre les emplois de μεταβάλλω/μεταβολή et de μεταλλάσσω/μεταλλαγή, je n'examine pas ces derniers dans ce bref exposé. Notons seulement (après R. JOLY, *C.U.F.*, p. 6) leur fréquence exceptionnelle dans le traité des *Lieux dans l'homme*.

¹² Dans un certain nombre de cas, on peut hésiter sur la valeur de l'accusatif lié au verbe, complément ou accusatif de relation. La deuxième solution s'impose parfois (par ex. τὴν χροίην μεταβάλλει, *Morb.* II. 68 [*CUF*, p. 207, l. 7] [VII 104. 6 L.]); le choix est moins facile pour les emplois avec τὴν δίαιταν (on peut d'ailleurs souvent se demander si ces mots ne sont pas sous-entendus dans des emplois apparemment intransitifs).

¹³ On sait que les mots sont employés par Hérodote dans ces contextes de façon souvent très proche des emplois médicaux (voir la remarque générale d'Hérodote à II 77 et les cas particulier de VIII 117, à comparer à *Mal* II 2 55,2 (*CUF* p. 194) (VII 86 L.), rapprochement présenté dans mon étude «Hérodote et les pestilences. Note sur HDT. VI 27; VII 171 et VIII 115-117», *RPh* 62, 1988 7-13). La problématique remonte donc certainement haut dans le cinquième siècle.

de la peau du malade, de son état général ou de sa maladie, du foetus. Le médecin peut être à l'origine du changement, et il y a comme on sait de nombreuses discussions sur le danger et la nécessité des changements, le mot étant souvent attesté (le verbe mais surtout le substantif) sans aucune spécification pour référer au changement en général.

La médecine apparaît dans ces contextes comme une science des μεταβολαί: connaissance des μεταβολαί subies par l'être humain, de celles que l'on peut provoquer, division des μεταβολαί en espèces selon leur point de départ et d'arrivée, leur intensité, leur caractère soudain ou progressif, nuisible ou utile ¹⁴.

On ne s'étonne pas de la fréquence du groupe dans des traités très théoriques. Les cas du *RMA* et de *AEL* sont frappants, comme on le voit dans le tableau, puisqu'ils représentent à eux deux plus d'un tiers des occurrences du substantif. Dans le *RMA*, l'auteur semble même éviter volontairement (cela apparaît en particulier par comparaison avec le *Régime*) tout autre terme décrivant le changement et il déclare: ὁ οὖν πλεῖστός μοι λόγος γέγονε περὶ τῆς μεταβολῆς τῆς ἐπὶ τὰ καὶ ἐπὶ τὰ (*Acut.* 48 [*CUF* p. 57, 8-9] [II 328 L.]); notons qu'il est le seul à utiliser le surcomposé ἀντιμεταβάλλειν (*Acut.* 26 [*CUF* p. 47, 13] [II 278 L.]) ¹⁵. Dans *AEL*, la fréquence du substantif est tout à fait remarquable, en particulier pour évoquer les changements des conditions atmosphériques. Autre remarque: *Epid VI* se distingue ici nettement du reste des *Epidémies* par une certaine prédilection pour ce groupe, ce qui correspond à l'allure théorique, voire dogmatique que prend parfois le traité. On notera enfin la quasi-absence du groupe dans les traités gynécologiques et dans les traités chirurgicaux.

Les cas de μεθίστημι/μετάστασις est un peu différent: les formes verbales sont beaucoup plus fréquentes que le substantif, mais les emplois verbaux sont presque tous intransitifs (21 occurrences à l'aoriste

¹⁴ Il n'est pas étonnant qu'un maître en changements comme Protagoras compare son activité à celles des médecins: «Il s'en faut de beaucoup que je dise qu'il n'y a pas de sagesse ni d'homme sage. J'appelle au contraire sage précisément celui qui, en effectuant un retournement (*metabállōn*), fait que ce qui nous apparaissait comme mauvais et l'était, nous apparaisse comme bon et le soit (...). Au malade ce qu'il mange et boit paraît amer, et cela l'est, tandis qu'au bien portant, c'est et cela paraît tout le contraire. Il ne faut pas, et c'est d'ailleurs impossible, rendre l'un des deux plus sage, (...) mais effectuer un changement complet vers l'état opposé (*metablēteōn*); car l'un des deux états est meilleur. De la même façon, il faut dans l'éducation effectuer un changement d'un état à l'autre. Le médecin effectue le changement par ses médicaments, le sophiste par ses discours» (*Théét.* 166 d-167 c *passim*).

¹⁵ Sur cet emploi, voir en particulier JOUANNA, *op. cit.*, n. 3, et *Hippocratica* (Cf. n. 10), pp. 311-312. On en rapprochera l'image très expressive ἀνασηκῶσαι τὴν μεταβολήν (*ibid.* 29 [*CUF* p. 48] [II 286 L.]).

ou au parfait intransitif, 23 au moyen). Ce groupe est souvent synonyme du précédent et il permet des effets de *variatio* en particulier à l'auteur du *Régime*, mais il n'a pas été utilisé aussi nettement pour la problématisation du changement que le précédent. Cependant, à côté des emplois transitifs au sens de «déplacer», «changer» et des emplois intransitifs comparables à ceux de μεταβάλλω, on observe une série d'emplois dans le contexte bien particulier de la transformation d'une maladie en une autre maladie. Le verbe est utilisé en ce sens¹⁶ (ainsi qu'une fois le substantif) 9 fois dans les *Affections internes*, 4 fois dans *Mal. I, II et III*. C'est une spécificité des traités cniidiens, qui se trouve cependant aussi dans les compilations des *Aphorismes* et des *Prénotions coaques* sous des formes voisines (5 emplois).

Un rapprochement comparable entre les traités cniidiens et les *Prénotions coaques* (ainsi que le *Prorrhétique I*) est possible à propos des emplois de μεταπίπτειν «se transformer», «aboutir à»¹⁷. Dans ce cas, cependant, les deux traités de compilation n'utilisent le verbe que pour des alternances, surtout dans les fièvres, et non pour le passage d'une maladie à une autre.

La répartition des différents composés en μετα- dans la *Collection* conduit, outre les remarques faites ci-dessus, à noter l'originalité des *Lieux dans l'homme*, la richesse et la diversité du vocabulaire du *Régime*, et à souligner la quasi absence de ce groupe dans les traités chirurgicaux et gynécologiques, ainsi que la rareté des emplois dans les *Epidémies*.

A ce propos, on se gardera de trop extrapoler. Par exemple, il est manifeste que l'ensemble des *Epidémies I-III* offre une série d'observations qui reposent fondamentalement sur l'analyse des changements dus aux saisons, des déplacements d'humeurs et des changements des maladies. Mais ces observations ne donnent pratiquement jamais matière à des développements théoriques. On peut le constater dans les rares emplois de μεταβολή et de μεταπίπτω.

Ταχὺ δὲ καὶ μεγάλη τις ἡ μεταβολή τούτοισι πάντων ἐγίνετο (I 2, II 632, 4 L.).

Il s'agit ici de l'évolution chez certains vers la strangurie, qui en-

¹⁶ F. ROBERT rappelle ce sens avec netteté dans sa communication au Colloque de Québec, «Des maladies qui se changent en d'autres maladies», *Actes du VI^e Colloque International Hippocratique...*, pp. 229-236 (voir p. 232). Ce sens n'est d'ailleurs propre au domaine médical (cf. LSJ s.v. B II).

¹⁷ Le sens concret premier du verbe est bien attesté aussi: «tomber» (e.g. à propos d'un fœtus mort, *Epid. VII, V 376 L.*).

traîne des changements importants à tous égards. Cet emploi unique a un contexte fréquent pour μεταβολή: adjectifs soulignant l'intensité et la rapidité, caractère universel du changement.

Περὶ τὴν ἑβδόμην ἐς δξύτητα τὸ νόσημα μετέπεσεν (I 3, 18; II 656, 1 L.): in add. Gal. Li: om. AVIR. Αἱ μέντοι κρίσεις μετέπεσον (I 3, 22; II 666, 12 L.).

Le premier de ces deux emplois, concernant le passage d'une maladie à son stade aigu un hiver à Thasos, trouve un écho dans une réflexion générale d'*Affections* sur l'évolution des fièvres d'hiver en maladies aiguës (c. 12, VI 220 L.). Il est omis par les manuscrits hipocratiques anciens et inséré dans le texte à partir du lemme de Galien (CMG V 10, 1 p. 92). Le second, concernant la diversité des «crises», n'a pas de parallèle exact.

Les c. 15 (à partir de δοκεῖ) et 16 du troisième livre des *Epidémies* offrent, eux, les deux seuls emplois de μεθίστημι et de μεταλλάσσω des livres I-III. Ils suivent, dans les éditions modernes (Littre, Kühlewein), une description générale de la «constitution» et précèdent une liste de seize cas dont le rapport à la constitution n'est pas clair¹⁸.

(c. 15) Δοκεῖ μοι προσωφελῆσαι κατὰ λόγον τὸ γενόμενον θέρως· τὰς γὰρ θερινὰς νούσους χειμῶν ἐπιγενόμενος λύει καὶ τὰς χειμερινὰς θέρως ἐπιγενόμενον μεθίστησιν. Καίτοι αὐτὸ γε ἐπὶ ἑαυτοῦ τὸ γενόμενον θέρως οὐκ εὐσταθὲς ἐγένετο· καὶ γὰρ ἐξαίφνης θερμὸν καὶ νότιον καὶ ἄπνοον· ἀλλ' ὅμως πρὸς τὴν ἄλλην κατάστασιν μεταλλάξαν ἠφέλησεν.

Or ces remarques, ainsi que le c. 16 qui suit, se trouvent dans tous les manuscrits non pas à cette place, mais à la fin du livre III, après la description des seize cas individuels, bien que Galien signale que Dioscoride les avait placé là où elles se trouvent dans les éditions modernes.

Constatons, avec Littre *ad loc.*, qu'aucun de nos manuscrits d'Hippocrate, pour le passage, «ne provient de l'édition de Dioscoride et qu'ils dérivent tous directement des anciens exemplaires».

L'insertion du passage dans le c. 15 peut sembler très naturelle. L'auteur vient en effet d'opposer le grand nombre des morts au printemps et à l'automne au petit nombre des victimes en été. Cependant,

¹⁸ Les nombreux problèmes posés par ce passage seront examinés plus en détail dans une autre étude.

elle présente deux difficultés sérieuses. Les remarques générales qu'on introduit ne retiennent qu'une opposition entre *l'hiver* et l'été: il n'est question ni printemps ni de l'automne. De plus, la caractérisation de l'été ne correspond guère aux indications du début de la description de la constitution (c. 2, p. 68 L., 224 K.). Seule la chaleur introduit ici un changement par rapport au printemps; d'autre part, l'instabilité de l'été mentionnée à la fin du livre ne correspond pas aux indications du début. Si l'on tient compte aussi du caractère très théorique et général des aphorismes sur le changement et du fait qu'ils n'ont pas d'équivalents dans I-III, on doit laisser le passage à la place où il est dans la tradition manuscrite unanime. Il faut ajouter que le chapitre 16 seul se lit aussi au début du *Περὶ κρισίμων* (IX 298 L.), dont il constitue le premier chapitre¹⁹. Galien, en tout cas, refuse de le commenter, le considérant comme parfaitement clair et abondamment expliqué par ailleurs (c'est-à-dire, note Wenkebach, expliqué aussi bien dans les nombreux passages parallèles hippocratiques que dans d'autres passages de Galien lui-même)²⁰. Si *Jours critiques* n'étaient pas un simple centon de citations et si ce traité donnait un complément au chapitre 16, on devrait considérer la fin du livre III des *Epidémies* comme une «réclame» montrant que dans une édition ancienne sur papyrus on a eu un jour l'ordre *Epid. I-III-Jours Crit.* Une autre hypothèse, plus vraisemblable, est qu'après le troisième livre des *Epidémies* venait dans un autre volume une nouvelle description de constitution, perdue à date ancienne, à l'exception de son premier paragraphe, conservé en raison du procédé de la «réclame» et de la citation dans *Jours critiques*²¹.

¹⁹ La tradition manuscrite de *Jours critiques* repose sur une édition différente de celle qui est à l'origine de notre texte d'*Epidémies* I-III comme le montrent plusieurs variantes: C. 16 l, 8 (K) σκοπεῖν καὶ codd. Kühlewein: κατασκοπέεσθαι cit. Π. Κριτ. C. 16 l, 11-12 (K) τὴν κατάστασιν τῶν ὡρέων ἀκριβῶς ἐκάστην καὶ τὸ νόσημα codd. Kühlewein: τὴν κατάστασιν τῶν ὡρέων ἀκριβῶς ἐκάστην καὶ τῶν νούσων ἐκάστη cit. Π. Κριτ.

²⁰ CMG V 10,2,1, p. 160 l. 15-18 (et apparat critique *ad loc.*).

²¹ Cette réclame, d'une centaine de mots, serait beaucoup plus longue que celle qui unit *Epid. I et Epid. III* (sur laquelle voir J. JOUANNA, «Remarques sur les réclames dans la tradition hippocratique», *Ktéma* 2, 1977, p. 387), mais une telle longueur n'aurait rien d'exceptionnel (*Ibid.* p. 394-395 pour d'autres exemples).

Hipócrates y el discurso científico

LUIS F. GUILLÉN

(Universidad de Zaragoza)

Los hombres de mi generación hemos bebido en buena dosis aquel filtro admirativo que destila Ch. Singer en su contribución al viejo *Legacy*: «The recovered Greek medical writings... contained some material of the purest and most scientific type.»¹

La intención de estas páginas no es entrar en el debate de fondo sobre si Hipócrates marca o no el nacimiento de la verdadera ciencia. A lo mucho que se ha polemizado en este sentido² el filólogo apenas si puede añadir nada fuera de su campo estricto. Lo que me propongo es sugerir unas pautas de análisis que permitan identificar el discurso (en el sentido más amplio de «flujo verbal») de los textos hipocráticos como verdadero «discurso científico» en oposición a otros modos de discurso (oratorio, histórico, filosófico ...).

Lo primero que ocurre preguntarse es si de verdad existe en el tiempo que estudiamos un verdadero discurso científico. Me refiero a la segunda mitad del siglo V y principios del IV, período en que cabe situar la producción de los principales textos hipocráticos³. Lo difícil del caso es que aún no tenemos una definición, ni siquiera un modelo establecido de lenguaje científico; por lo que el peligro de círculo vicioso está al acecho. Sólo queda proceder de una manera inductiva, observando el discurso de los científicos y extrayendo unas constantes textuales. Para el colmo, los «científicos» (por llamarlos de algún modo) no responden a una clase homogénea. Desde los inicios del siglo VI existen maestros o sabios de muy variado pelaje: el sabio poeta y el sabio filósofo, pasando por el sabio fisiólogo, el sabio matemático

¹ R. LIVINGSTONE (ed.), *The Legacy of Greece*, Oxford, 1921, p. 203.

² Cf. G. E. R. LLOYD, *Early Greek Science: Thales to Aristotle*, Londres, 1970.

³ Prescindo del problema de la atribución directa a Hipócrates. Siempre será posible un sano escepticismo como el de H. GRENSEMANN, *Die hippokratische Schrift «Über die heilige Krankheit»*, Berlín, 1968, p. 7, para quien los escritos con el nombre de Hipócrates «praktisch bedeutet dass sie anonym überliefert sind.»

y el sabio médico; y es costumbre incluirlos a todos (menos al poeta y al filósofo que están en los extremos) en cualquier exposición histórica o sistemática de la ciencia griega. Incluso no es infrecuente que coincidan en una misma persona el matemático y el filósofo (Pitágoras, Platón ...), el médico y el fisiólogo (Alcmeón, Empédocles ...), el poeta y el filósofo (Jenófanes), como poco después ocurrirá con Aristóteles y Teofrasto (ambos naturalistas y filósofos). No es de esperar que estos tales cambien el modo de discurso al adoptar una u otra personalidad. El resultado puede ser un discurso-comodín que valga para todo, o significativas variantes de un único discurso.

Otra pregunta importante se refiere al estado de la lengua. ¿Tiene la lengua griega de este período recursos suficientes para generar un «discurso científico»? Dicho de otra manera: los modelos de articulación sintáctica, los ámbitos y códigos de significación en que se mueve la lengua y los recursos léxicos ¿son suficientes para afrontar los nuevos interrogantes que se abren al hombre helénico de finales del siglo V?

En proceso histórico que afecta a nuestro análisis podría describirse así:

1. Hay un modo de exposición heredado de la filosofía milesia. Los componentes de este discurso son a su vez la inevitable herencia cultural del mundo de la poesía oral.
2. El movimiento sofístico somete los postulados de la ciencia de la naturaleza a una crítica que se trasfunde al mundo del lenguaje. Más importante que el «qué» es el «cómo se dice». El hombre re-crea las cosas, y las presenta no necesariamente como son sino «como las ve» y «como quiere hacerlas ver». Esto nos lleva a la retórica. La retórica, como género, se apoya más en los recursos del lenguaje y deja más al descubierto su función impresiva. Asistimos aquí a un giro antropológico. El interés se vuelca hacia el hombre; de ahí a la *phýsis* humana, y de ahí a la medicina (aunque todavía a expensas de los *tics* de la retórica, se ve aquí cómo la exposición depende menos del lenguaje y más de los hechos observados. Hay una tendencia paulatina hacia la *observational science*, que se manifiesta también en la Historiografía).
3. La filosofía, como ciencia, crea unos objetivos propios (¿podríamos decir que un lenguaje propio?)⁴. Parménides supone

⁴ Sobre los aspectos generales del problema, cf. H. DILLER, «Hippokratische Medizin und attische Philosophie», en *Kleine Schriften*, Berlín, 1973, pp. 46 ss.

un ataque contra la *observational science*. Es aquí cuando empieza a abrirse una brecha entre *téchnē* y *epistēmē*.

Incluso dentro de la filosofía existen dos tipos de transmisión de saberes: uno exotérico, de corte apologetico, retórico en la forma, que muestra al científico como maestro popular. Otro, esotérico, que se explica por ciertos comportamientos culturales: la existencia de grupos cerrados, casi iniciáticos, en religión, en medicina ⁵, en filosofía. La enseñanza circula en forma de apuntes casi taquigráficos. La desaparición de una buena parte de esta enseñanza es tan sensible como normal dadas las condiciones culturales en que ocurre.

4. Pero el interés por la *phýsis* no queda confinado a la investigación filosófica. Hay otros dos campos en que se advierte una paulatina penetración de lo general sobre lo particular, de lo constituyente sobre lo episódico y circunstancial.

a) Uno es el de la Historiografía. *Historiē* es un término que nos remite directamente a la investigación milesia. El proceso es semejante al de la filosofía de la naturaleza. En ésta se realizó un esfuerzo por «excluir a los dioses» (en palabras de Farrington ⁶) de los procesos de la naturaleza, por hallar explicaciones válidas basadas en los constituyentes naturales; en aquélla, ya desde Hecateo, se aspira a liberar los acontecimientos humanos de su envoltorio mítico ⁷ y a leer la vida de los pueblos en el papel pautado de sus componentes culturales o geográficos. La pretensión tucididea de pre-leer ⁸ el futuro en la esencia del hombre (*κατὰ τὸ ἀνθρώπινον*) como en una bola de cristal es suficientemente expresiva de lo que vamos diciendo.

b) El otro terreno en que se advierte una creciente atención por la *phýsis* es el de la Medicina. No es preciso acudir al hipocrático *De la naturaleza del hombre*, que Aristóteles ⁹ atribuye a un yerno de Hipócrates, para comprobar esta tendencia. Tratados como el de *La en-*

⁵ Los términos del juramento hipocrático son ilustrativos: «(enseñar) a mis hijos, a los hijos de quien me ha enseñado y a los estudiantes que han hecho el juramento... y a nadie más» (*Iusi.* 10-15).

⁶ *Greek Science*, Londres, 1953, p. 37.

⁷ Importa recalcar el término *alethēs*, al que acuden tanto Hecateo en el prólogo de sus *Genealogías* como Tucídides en I 22,1 (*τῶν ἀληθῶς λεχθέντων*, que se une contextualmente a otro término de gran relevancia, *ἀκριβεῖα*-22,2-).

⁸ Cf. J. H. FINLEY, *Thucydides*, Ann Arbor, 1963, p. 68 ss.

⁹ *HA VIII* 3.

fermedad sagrada implican una fe casi religiosa en las causas naturales, y el *Pronóstico* tiende a generalizar los comportamientos del cuerpo humano tanto como Tucídides los de la Historia. Por supuesto que hay reservas ante una desbocada utilización de postulados para interpretar los hechos de cada día. Pero, como advierte Lloyd ¹⁰, una vez puestos en la tarea de teorizar, el cauteloso empiricismo de *La medicina antigua* había de resignarse a compartir su terreno con generalizaciones y postulados no verificables. De hecho, frente a la escuela de Cnido, más volcada en la terapia inmediata y en la diagnosis, los médicos hipocráticos representados en el *Pronóstico* van en busca de una superciencia que permita anticiparse a los hechos ¹¹.

De todos estos datos se obtiene un retrato robot de lo que puede ser el «discurso científico» habitual a fines del siglo V: Un texto marcado por la preocupación teorizante (afirmaciones, *gnômai*, postulados, aforismos...) y por la preocupación didáctica (explicaciones, refutaciones, hipótesis, ejemplificaciones, etc.). Pero esto es lo que trataré de desarrollar en esta breve intervención.

Empecemos por la consideración del «discurso científico» como texto (estamos en el dominio de la *Textlinguistik*). Un texto es una estructura dotada de dinamismo y coherencia. Siguiendo a Aristóteles, podríamos decir, un ser viviente en pequeña escala, con leyes propias y un cierto metabolismo propio. Esto puede parecer un postulado gratuito, pero no es sino una consecuencia más de lo que la gramática transformacional primero y la lingüística del texto después nos han ido enseñando sobre el lenguaje. Avanzando en esto, podríamos considerar el texto como estructura intermedia entre la oración (con todas sus posibles complejidades) y la unidad literaria. Y, puesto que de literatura hablamos, cabe también contemplar el texto como texto *genérico*, es decir, como texto que pertenece a un determinado género y que muestra los modos posibles del discurso: discurso lírico, narrativo, dramático, histórico, oratorio, etc.

Se dirá que esto es como poner la carreta delante de los bueyes. Aún no sabemos a ciencia cierta si hay géneros literarios y ya estamos hablando de textos «genéricos». Lo cual es verdad, pero se trata de un simple recurso operativo. Quizás la única forma de saberlo sea

¹⁰ *Early Greek Science*, p. 62.

¹¹ Un juicio negativo de esta superciencia lo encontramos en R. JOLY, *Le niveau de la science hippocratique*, París, 1966. Sobre la interpenetración de magia y ciencia, cf. *Ippocrate. Arie, acque, luoghi*, Venecia, 1986.

trabajar sobre diversas hipótesis, una de las cuales es la existencia de los géneros. Hipótesis, por otra parte, que sobrenada, respetable y respetada, a lo largo de nuestra historia occidental.

Empleando la clásica oposición sofística entre *phýsis* y *nómos*, podríamos preguntarnos si a la estructura coherente, interdependiente, mensurable, de la realidad corresponde una forma de designación lingüística, un texto revelador de un conocimiento «científico» de dicha realidad. En el fondo, eso es lo que Sócrates pretende dejar como mensaje subliminal a sus desalentados interlocutores del *Crátilo* ¹². Por otra parte, los modos de «designación correcta» (la ὀρθότης ὀνομάτων que propugnaba Antifonte), los procedimientos de división eidética que defiende Platón en el *Fedro* (265 e) ¿qué son sino intentos de encontrar una trama lingüística coherente que responda a las exigencias de la realidad?

Algo bien distinto es que el afán de los griegos llegara a producir un verdadero texto «científico». Y eso es lo que trataremos de ver. Las dificultades aparecen en diversos terrenos:

- a) El primero es el de la «dictadura» del lenguaje poético. No tenemos tiempo para extendernos, pero sería estimulante profundizar en la incapacidad del verso (y me estoy refiriendo especialmente al verso homérico —con toda su carga cultural—) para convertirse en vehículo de comunicación científica. López Eire ha escrito unas interesantes páginas sobre la influencia del lenguaje poético en la primera prosa griega, recogiendo un análisis que viene desde Norden hasta S. Lilja y otros ¹³. Pero aún más interesante sería analizar desde la lingüística del texto el «discurso» pretendidamente científico de Jenófanes, Parménides y Empédocles, que usaron el verso. El resultado sería descorazonador para la ciencia, *pace* Aristóteles ¹⁴.

Incluso la prosa más filosófica de los investigadores jonios se ve aprisionada no sólo en los esquemas formales, rítmicos y estructurales, de la poesía, sino también en sus esquemas léxicos e imaginativos. Así,

¹² Cf. *Cra.* 435 c: ἐμοὶ μὲν οὖν καὶ αὐτῷ ἀρέσκει μὲν κατὰ τὸ δυνατόν ὅμοια εἶναι τὰ ὀνόματα τοῖς πράγμασιν.

¹³ A. LÓPEZ EIRE, «Formalización y desarrollo de la prosa griega», en el colectivo *Estudios de prosa griega*, Univ. de León, 1985, pp. 37-63. S. LILJA, *On the Style of the earliest Greek Prose*, Helsinki, 1968. Más ceñido al lenguaje científico es el estudio de H. THESLEFF, «Scientific and technical style in early Greek prose», *Arctos* 4, 1966, pp. 89-113; pero sus objetivos y método difieren de los nuestros.

¹⁴ Cf. V. GARCÍA YEBRA, en su edición de la *Poética* de Aristóteles, Madrid, 1974, p. 247.

frente a este único fragmento de Anaximandro: ... κατὰ τὸ χροῶν διδόναι γὰρ δίκην καὶ τίσιν ἀλλήλοις τῆς ἀδικίας κατὰ τὴν τοῦ χρόνου τάξιν, Simplicio, que cita el texto, aplica unas categorías críticas sencillas pero reveladoras: ποιητικωτέροις οὕτως ὀνόμασιν αὐτὰ λέγων¹⁵. Y ¿qué decir del oscuro Heráclito con su πόλεμος πάντων ... πάντων ... etc. y su παλίντονος ἁρμονίη...? Seguramente su antigüedad los hace menos chocantes. Pero más de uno podría escandalizarse al ver a Tucídides terminar su austero planteamiento metodológico con la pura poesía del κτῆμά τε ἐς αἰεὶ μᾶλλον ἢ ἀγώνισμα ἐς τὸ παραχρῆμα ἀκούειν ζύγκειται (I 22,4). Todo esto nos hace pensar en un estado de cultura en que la comunicación arrastra todavía resabios de la antigua *paideía*¹⁶ cuando la poesía era enciclopedia y la metáfora era mucho más transparente.

- b) Una segunda fuente de dificultades brota en la frontera entre *téchnē* y *epistēmē*. Para nosotros, el término «científico» está asociado a unas disciplinas, en su mayoría experimentales, a unos objetos de experiencia y a unos métodos de observación ya consagrados. En la Grecia clásica, en cambio, la situación es muy distinta. Aunque la palabra griega que nuestra «ciencia» traduce es *epistēmē*, el contenido real de ella se encontraría mucho mejor en *téchnē*. Aquella representa un conocimiento filosófico de primera magnitud (tal como lo describe Platón); ésta, un conocimiento demiúrgico de segunda clase. De sobra saben los lexicógrafos que las lindes son poco precisas y que aquí y allí surgen solapamientos semánticos. Pero en términos generales la cosa es así, y resulta chocante hablar de «discurso científico» en una determinada cultura cuando uno siente que nombre y contenido siguen divergentes.

Esto es especialmente sensible en el lenguaje de la medicina. No me voy a detener en probar que el médico es, en el ámbito que nos ocupa y en el mejor de los casos, un profesional que se distingue por su conocimiento técnico y su pericia manual¹⁷. A ratos no se diferencia mucho del cocinero experto¹⁸, y en los medios intelectuales se le trata al mismo nivel que al preparador gimnástico o al carpintero¹⁹.

¹⁵ G. S. KIRK-J. E. RAVEN, *The Presocratic Philosophers*, Cambridge, 1962, p. 117.

¹⁶ En este asunto se hace imprescindible el libro, ya clásico, de E. A. HAVELOCK, *Preface to Plato*, Oxford, 1963.

¹⁷ Cf. LLOYD, *op. cit.*, p. 51.

¹⁸ B. FARRINGTON, *Greek Science*, Londres, 1961, dedica al tema toda una sección titulada: «The cook and the doctor», pp. 66 ss. Cf. PLATÓN, *Io* 531 d.

¹⁹ Cf. PLATÓN, *Io*, *passim*; ARISTÓTELES, *EN* 1094 a 6 ss.

- c) Una tercera dificultad viene del lado de los géneros y como consecuencia de lo anterior. El científico —el médico en nuestro caso— no es más que un cotizado demiurgo, que se mueve en lo que Platón denominaría «*mímēsis* artesanal»²⁰. Pero necesita «vender» su mercancía; necesita defenderse de la acusación de irrelevancia. Deriva, por lo tanto, hacia lo apologético. Dejando a un lado las cuestiones técnicas, toma prestado de los sofistas los primeros esquemas de una argumentación de corte retórico y coloca en los oyentes una falsilla mental hecha de conceptos más abstractos. Resulta así un discurso más oratorio que científico, más extenso que intenso. Volvemos con esto a lo que antes dijimos sobre lo exotérico y lo iniciático. En un extremo hay tratados como el de la *Medicina antigua* que responden plenamente al módulo apologético, externo, divulgador, de la profesión. En otro, *Epidemias* I y III que parecen extraídos del cuaderno de campo de un naturalista y conservados para el uso interno de la práctica médica. Imposible mezclar ambos discursos en un esquema único. Otros hay del tipo intermedio en que son más los aspectos técnicos que se revelan al público, y fluyen en corriente divulgadora, como el de *Aires, aguas y lugares*.

Con una inducción sencilla, tras dar sumaria cuenta de la carrera de obstáculos que tuvo que vencer el pretendiente a «discurso científico», podríamos describirlo —que no definirlo— en torno a los siguientes rasgos:

1. Una articulación textual de tipo *didáctico*, que arranca de los modos de la poesía oral. El «científico» hereda del antiguo maestro bárdico su vocación comunicativa, su deseo de transmitir contenidos sapienciales. Y esto, según un doble esquema:

- a) La propuesta de un enunciado seguida de explicación (coordinante γάϞ). El lenguaje mantiene su principal función denotativa o expositiva.
- b) Una llamada a la reflexión o, más específicamente, una orden o consejo, donde el lenguaje adopta una función impresiva, seguida también de explicación con coordinante γάϞ.

Pueden compararse:

²⁰ Cf. R. 597 d.

- a) *h. Apoll.* 151-4: φαίη κ' ἀθανάτους καὶ ἀγήρωσ ἐμμεναι αἰεὶ
ὄσ τὸτ' ἐπαντιάσει' ὅτ' Ἰάονες ἀθρόοι εἶεν
πάντων γὰρ κεν ἴδοιτο χάριν, τέρωται δὲ θυμὸν
ἄνδρας τ' εἰσορόων καλλιζώνους τε γυναῖκας...
- Empédocl. Fr.* 11-12: νήπιοι' οὐ γὰρ σφιν δολιχόφρονές εἰσι μέριμναι...
ἔκ τε γὰρ οὐδ' αὖμ' ἐόντος ἀμήχανόν ἐστι γενέσθαι
καὶ τ' ἐὸν ἐξαπολέσθαι...
- Pronóstico I.* 1 ss.: Τὸν ἰητρὸν δοκεῖ μοι ἄριστον εἶναι πρόνοϊαν
ἐπιτηδεύειν προγιγνώσκων γὰρ καὶ προλέγων...
- b) *Hes. Op.* 687-691 ...ἀλλὰ σ' ἄνωγα
φοράζεσθαι τάδε πάντα μετὰ φρεσίν, ὡς ἀγορεύου.
...δεινὸν γὰρ πόντου μετὰ κύμασι πῆματι κύρσαι.
- Empédocl. Fr.* 17: ἀλλ' ἄγε μύθων κλυθι' μάθη γὰρ τοι φρένας αὔξει.
ὡς γὰρ καὶ πρὶν εἶπα...
- Aires, aguas...* 2: καὶ ἀπὸ τούτων χρῆ ἐνθυμεῖσθαι ἕκαστα. εἰ γὰρ
ταῦτα εἰδείη τις καλῶς...

2. Por la misma línea *didáctico-impresiva* se llega a la consideración del enunciado como algo *necesario* ²¹. Del imperativo (μύθων κλυθι...σὺ δ' ἐνὶ φρεσὶ βάλλεο σῆσι...) ²²se pasa insensiblemente al χρῆ ο δεῖ referido al proceso mental (cf. ἐκ τῶν μανθάνειν δεῖ, *Hdt.* I 8; χρῆ τὸ λέγειν τε νοεῖν τ' ἐὸν ἐμμεναι, *Parm. Fr.* 6,1). Así, en el de *Medicina antigua* 11: σκέψασθαι δὲ χρῆ, διὰ τίνα αἰτίην... *Ibid.* 22: δεῖν δὲ μοι δοκεῖ καὶ ταῦτα εἰδέναι.... ²³

Y del proceso mental a la práctica. *Pronóstico.* 3: κεκλιμένον δὲ χρῆ καταλαμβάνεσθαι τὸν νοσέοντα, etc. (cf. 14: πτύελον δὲ χρῆ... ταχέως ἀναπτύεσθαι).

3. También por la misma línea, aflora el anunciado como algo evidente (δῆλον y similares) o congruente (εἰκός). En el tratado *Aires, etc.* la secuencia es repetitiva (aunque no hay rigor en el orden de elementos):

cap. 7: enunciado:	ὦδε ἔχει
congruencia:	εἰκὸς γίνεσθαι
necesidad:	ἀνάγκη εἶναι
cap. 8: enunciado:	ὦδε ἔχει
evidencia:	δῆλον δέ

²¹ Esto nos pone cerca de una argumentación de tipo especulativo. Cf. J. SPRUTE, «Topos und Enthymem in der aristotelischen Rhetorik», *Hermes* 103, 1975, pp. 68 ss.

²² P. ej., ΤΕΟΓΝΙΣ 1049.

²³ Cf. ΠΛΑΤΩΝ, *Ti.* 84 c: Τρίτον δ' αὐ νοσημάτων εἶδος τριχῆ δεῖ διανοεῖσθαι γιγνώμενον.

	congruencia:	εἰκὸς τοῦτο γίνεσθαι ἄριστα κατὰ τὸ εἰκὸς
	necesidad:	δεῖται δὲ ἀφέψεσθαι
cap. 10:	enunciado:	ὧδε ἔχει
	necesidad:	ἀνάγκη τὸ θέρους πυρετῶδες γίνεσθαι
	congruencia:	εἰκὸς ἔστι γίνεσθαι

4. Una aportación de carácter didáctico la constituye el *paradigma*. Aristóteles explicitará copiosamente este elemento: παράδειγμα δὲ τούτων ἔχομεν τοὺς Κρητῶν καὶ Λακεδαιμονίων νομοθέτας (*EN* I 1102 a 10). Pero el recurso es muy anterior. Comparativas con οἶον, ὥσπερ, etc. que remiten a una realidad, actividad, lugar o personajes semejante (es como una ampliación del objeto de estudio) las tenemos en Heráclito, Anaxágoras y Platón ²⁴.

El *CH* recurre también al paradigma. *Medic. ant.* 1,17: ὥσπερ καὶ τῶν ἄλλων τεχνέων πασέων οἱ δημιουργοὶ πολλὸν ἀλλήλων διαφέρουσιν. También en la *Dieta de enf.agudas* 8, hay una comparación con la mántica; etc. Justo es decir que la frecuencia de uso de estos paradigmas es baja si se la compara con Platón y Aristóteles.

5. Por último, para no alargar la enumeración, el discurso científico griego dispone de *hipótesis* ²⁵, presupuestos o condiciones previas. Es éste un elemento importantísimo en la articulación del texto y la fluidez de su empleo marca la transición de una arquitectura mental arcaica a otra más clásica, más madura. Este rasgo representa en el discurso científico lo que los participios temporales en el discurso narrativo. Ya en Hesíodo aparece este rasgo:

Εἰ δέ κεν ἠελίοιο τροπῆς ἀρόφως χθόνα δῖαν,
ἦμενος ἀμήσεις ὀλίγον περὶ χειρὸς ἔεργων...
εἰ δέ κεν ὄψ' ἀρόσσης, τόδε κέν τοι φάρμακον εἴη' (*Op.* 479 ss)

Y en Herácl. *Fr.* 5: μαίνεσθαι δ' ἂν δοκοίη, εἴ τις αὐτὸν ἄνθρωπον ἐπιφράσαιτο οὕτω ποιέοντα.

En *Aires...* 2,7 ss.: εἰ γὰρ ταῦτα εἰδείη τις καλῶς... οὐκ ἂν αὐτὸν λανθάνοι οὔτε νοσήματα ἐπιχώρια οὔτε... ²⁶

6. Los *relativos* de todo tipo no pueden considerarse descriptivos

²⁴ La comparación es excepcionalmente sin vínculo comparativo en *Viet* I 6: πρίουσι ἄνθρωποι ξύλον..., pero en el cap. 7 se restablece la normalidad: ὥσπερ οἱ τέκτονες τὸ ξύλον πρίξουσι...

²⁵ En esta línea se mueve el análisis de LILJA, *op. cit.*, pp. 92 y 130 s., para probar la personalidad de Ferecides de Siro frente al historiador ateniense del mismo nombre.

²⁶ Cf. *ibid.* 2,25. Cf también el comienzo de *Viet.* I donde la hipótesis es de corte eminentemente oratorio.

de este modo de discurso, pero completan bastante bien el esquema y ayudan a delimitar el objeto, el sujeto o sus adversarios (ὅστις, ὅποσοι, ὅπως, ὅποτε...).

7. Tampoco son exclusivos del discurso científico los adverbios de tiempo y de orden, pero ayudan a parcelarlo y a ordenarlo (πρῶτον, δεύτερα, ἔπειτα...).

Hasta ahora hemos destacado el carácter didáctico del «discurso científico», tal como aflora en las postrimerías del s. V, desde la propia estructura sintáctica o léxica del mismo. Pero hay otras dimensiones que un análisis lingüístico de los textos no puede desestimar. Por ejemplo:

1. La dimensión «sujeto comunicador». Esta marca el discurso con un sello peculiar. El énfasis puesto sobre el *Yo* o sobre el *Ello* afecta al mayor o menor distanciamiento (y, en razón inversa, a una menor o mayor sensación de objetividad). También afecta a lo «genérico» del discurso, puesto que al *Yo* subrayado corresponde una función impresiva igualmente subrayada, lo que nos pone en el borde de la oratoria²⁷. Este es el caso de algunos tratados, como el de la *Naturaleza del hombre* y el de la *Medicina antigua*. En este último hay, en el c. 1, irrupción del *Yo* (ἡξίουν...ἔγωγε) que quiere dejarse oír a lo largo de todo el texto: ἐγὼ πειράσομαι ἐπιδείξαι...μάλιστα δέ μοι δοκεῖ (c. 2), ἔγωγε ἀξιῶ...ἔγωγε δοκέω...μοι δοκεῖ...μοι δοκέουσι (c. 3), ἐμοὶ μὲν γὰρ...περὶ ὧν μοι λόγος εἴρηται...οἶμαι (c. 5), etc. Al final, el *Yo* emerge igualmente con solemnidad: λέγω δὲ τὸ τοιοῦτον (cap. 23) ¡Qué diferencia con *Aires, aguas y lugares!* De todas formas, tras la impersonalidad del ὄδε ἔχει, el médico hipocrático difícilmente renuncia a dejar aparecer el *Yo*. Aquí mismo surge (c. 3) un ἐγὼ φράσω σαφέως para confirmarlo. En la *Dieta de enf. agudas*: ἑτεροίως γινώσκω...οὐκ ἐπαινέω (c. 2), ἐμοὶ δὲ ἀνδάνει (c. 4), μάλιστα δ' ἂν ἐπαινέσαιμι (c. 5), δοκεῖ δέ μοι (c. 7), φημι δὲ (9), καὶ ἐπαινέω (10), etc. El *Yo* parece volver al primer plano, aunque sin tanta fuerza. Expresiones impersonales como γεγράφεται οὖν παρὰ περὶ τούτων (45) representan ocasiones fallidas de exhibir el *Yo*. Incluso cabe destacar la discreción con que se envuelve el sujeto en frases como ὁ πλεῖστός μοι λόγος γέγονεν (48). En una ulterior configuración —Aristóteles— observamos cómo del *Yo* se pasa al *Nosotros* en un rasgo de complicidad científica que viene de Platón, y de δοκεῖ y φαίνεται desaparece el pronombre personal, con lo que se subraya la tendencia definitiva a hacer desaparecer el sujeto de la comunicación científica.

²⁷ Es particularmente indicativo de este fenómeno el principio de *Vict. I*, tratado que se suele situar hacia 400 a.C. Igual espíritu manifiesta *Morb. Sacr.*

2. La presencia o ausencia del *destinatario* marca también el espíritu de un texto. En el caso del discurso científico (destinatario ausente) la diferencia con el discurso oratorio (destinatario presente) es bien clara. Según ese parámetro, el discurso científico se agrupa con el histórico, mientras que el oratorio lo hace con el dramático. La referencia continua a los destinatarios en muchos diálogos de Platón subraya su tono dramático y es precisamente cuando no lo hace (el *Timeo*, por ejemplo) cuando los modos del discurso científico se hacen más visibles. El texto hipocrático de la *Medicina antigua*, a cuyo carácter oratorio hemos aludido, no explicita un «vosotros», pero frases como la del c. 2: *μάλιστα δέ μοι δοκεῖ περὶ ταύτης δεῖν λέγοντα τῆς τέχνης γνωστὰ λέγειν τοῖσι δημότησι*, revelan la trama oculta de una perorata ²⁸.

3. Por otra parte se ha de sugerir que los *contenidos* mismos van en busca de un determinado texto. Cuando se trata de secuencias o continuos temporales o espaciales (narrativos, descriptivos), los modos de articulación no son los mismos que en los pensamientos más o menos abstractos que requieren desmenuzamiento y análisis. En este último caso, la dialéctica interna del objeto se expresa por:

- (a) Oposiciones: οὐκ... ἀλλά, μὲν...δέ, μέντοι, etc.
- (b) Secuencias del tipo necesidad-evidencia-congruencia.
- (c) Paradigma-comparación-relación.
- (d) Hipótesis y presuposiciones.

Ello no quiere decir que el «discurso científico» que resulta históricamente sea algo homogéneo desde el punto de vista de los recursos de la lengua. Pero sí, en lo que las limitaciones del material permiten, se descubre un como molde reconocible en el *CH.*, en Platón y (algo más adelante) en Aristóteles.

4. Las *funciones* del lenguaje también contribuyen a la marca y modo de discurso.

A priori se esperaría un predominio de la función mostrativa o expositiva, y una total ausencia de las funciones impresiva y expresiva. Pero la cosa no es tan sencilla. Sólo por la función expositiva, no se diferenciarían el discurso narrativo y el discurso científico, como no se diferencian en su estructura profunda la descripción de casos clí-

²⁸ En el *de Arte* 1 (si es que este tratado pudiera situarse en el espacio que estudiamos) ocurre un alegato semejante: ὁ δὲ παρῶν λόγος τοῖσιν ἐς ἰητρικὴν οὕτως ἐμπορευομένοις ἐναντιώσεται, y en 4: ὁμολογηθήσεται παρὰ πᾶσιν.

nicos en *Epidemias* I y III y la descripción de la Peste de Atenas por Tucídides. Comparese, por ejemplo, Th. II 49 con *Epidemias* I 5: el mismo uso de aoristo e imperfecto narrativos, la misma tendencia a la descripción lineal, acentuada en el escrito hipocrático con la mención de los días y representada en Tucídides por *πρῶτον μὲν...εὐθύς...ἔπειτα...καί...τε...καί...μετὰ ταῦτα... ὕστερον...καί...* En todo caso, se puede decir que el discurso del historiador se muestra más científico que el del médico, en cuanto que aquí y allí aparecen en el primero explicaciones con *γάρ* y consideraciones simultáneas de varios síntomas, recurso propio de quien desea exponer la plaga οἶον ἐγίγνετο (II 48), como intentando dar forma esencial a una compleja experiencia. Habrá que volver a lo dicho antes sobre el sentido que la palabra «científico» tenía para los griegos y para nosotros.

A la función impresiva ya nos hemos referido. Es como una tendencia centrífuga del profesional a sacar el objeto del simple plano expositivo ²⁹ y llevarlo a zonas de persuasión, apología o divulgación. Lo ya visto nos autoriza a pensar que, excepto algunos parches aislados de simple verificación de datos, la ciencia griega de esta época presenta un tejido donde ciencia y oratoria (en lo que ésta tiene de más fundamental y heredado) se entrelazan mutuamente. Ofrecer alguno de esos parches como modelo de discurso científico pienso que sería deformante.

En cuanto a la función expresiva del lenguaje, podríamos anotar su ausencia en los escritos médicos. (Aunque no completa; véase, si no, esta frase de la *Medicina antigua* 3: ὡς γὰρ ἔπασχον πολλά τε καὶ δεινὰ ὑπὸ ἰσχυρῆς τε καὶ θηριώδους διαίτης, etc. ³⁰. Pero es excepcional). En esta ausencia coincide con la tendencia general del discurso científico griego desde Heráclito a Aristóteles. Las excepciones se explican por ese solapamiento genérico a que aludíamos antes. Tucídides, que presenta la plaga οἶον ἐγίγνετο, se acerca poéticamente a lo dramático con expresiones del tipo *ταλαιπωρίας* (II 49, 3), *ἀνέχεσθαι* (49,5), *ἡμελημένων* (49,5), *παρὰ δόξαν* (49,6), que en su contexto destilan comunión con los protagonistas de la historia. Erixímaco, el médico, infunde vida y sentimiento a los conceptos abstractos (τὸ δὲ ἀνόμοιον ἀνομοίον ἐπιθυμεῖ καὶ ἐρᾷ) ³¹ porque así se lo exige el marco poético-dramático de su exposición. Y no digamos Parménides y Empédocles, maestros-poetas del ser de las cosas. Con estas salvedades

²⁹ Cf. ARIST. *Rh.* I 1354 a 17: οὐ περὶ τοῦ πράγματός ἐστιν.

³⁰ Hay preguntas de tipo retórico en *VM* 7: τί οὖν φαίνεται...; / τί δὴ τοῦτο ἐκείνου διαφέρει...; 16: τί ἂν ἀπὸ τούτου μέγα...; / ἢ τί δεῖ πολλῆς ἐπὶ τούτῳ βοηθείης; Como también hay un diálogo oratorio en 17: Εἴποι ἂν τις' ... ἐγὼ δέ...

³¹ *Symp.* 186 b.

puede afirmarse que la ausencia de función expresiva marca el discurso científico griego.

5. En el análisis del entramado lingüístico que constituye el discurso nos falta una alusión al *método*. No ha de crear escándalo esta propuesta cuando autorizados lingüistas sugieren «contar con las enseñanzas de la Retórica, a partir de su estructura de partes mayores, *inventio*, *dispositio* y *elocutio*, y sobre todo de la segmentación del texto en unidades, incorporada por la *dispositio*». Anticipando resultados, se puede decir que la falsilla de cualquier discurso, sea narrativo, lírico o dramático, no es el resultado de la simple casualidad, ni siquiera de las leyes de la herencia, sino que responde a una conciencia más o menos clara y a una voluntad de seguir determinados derroteros, según el material lo permita (*κατὰ τὴν ὑποκειμένην ὕλην*, que diría el maestro Aristóteles). Curiosamente, conforme nos vamos acercando al discurso científico, esa conciencia se hace más refleja. Por ejemplo, en ningún historiador encontramos una referencia tan clara al método como en Tucídides. La filosofía, la dialéctica y su prima hermana la retórica son disciplinas en búsqueda consciente de un método. Raro sería que la medicina no lo buscara. Hay efectivamente en la clase médica de finales del s. V un deseo explícito de encontrar su propio camino. El de la *Medicina antigua 2* afirma tenerlo (*καὶ ἀρχὴ καὶ ὁδὸς εὐρημένη*). El de *Aires, aguas y lugares* empieza mostrando lo que ha de hacer «el que busca correctamente». El de la *Dieta en enf. agudas* señala las deficiencias metodológicas de la escuela de Cnido. El del *Pronóstico* propugna un conocimiento de la *phýsis* de las enfermedades para prever y predecir el proceso (*προγινώσκων καὶ προλέγων*).

El método, sin embargo, no es un estereotipo que se distinga por su homogeneidad. Siempre estará en función de los objetivos. De ahí que su trazado pueda resultar más o menos escarpado, simple, pluridireccional, etc. En una especie de radiografía esencial, vemos que abunda el esquema A-B. A = conocimiento, definición, clarificación; y B = verificación, ejemplificación. Un ejemplo de este esquema lo tenemos en el comienzo de *Aires, aguas y lugares*. Los dos primeros capítulos corresponderían a A (toda una serie de procesos mentales —*ἐνθυμεῖσθαι*, *διαφροντίσαι*, etc., que acaban en *conocimiento*: *ὥστε εἰδὼς προφροντίση... καιροῦς εἰδείη... καὶ κατορθοίη οὐκ ἐλάχιστα ἐν τῇ τέχνῃ*). En el c. 3 se inicia la sección B, que corresponde a la comprobación (*σκοπεῖν καὶ βασανίζειν*). Lo mismo ocurre en el comienzo del *Pronóstico*. Más elaborado es el comienzo de la *Dieta en enf. agudas*, que alarga la sección A hasta el c. 9. El esquema afecta también al léxico. Por ejemplo, en el tratado que acabamos de citar, los ocho primeros capítulos están salpicados de verbos de «enterarse» y «conocer». En la sección B, son los términos de «procedimiento» los que marcan la pauta.

Pero no quisiera pecar de simplista. Lo dicho hasta ahora responde a un esquema que, por su semántica particular, calificamos de *didaktikón*. Quizá sea el más abundante y marcado dentro de nuestra inducción sobre el discurso científico. Pero hay otros.

- a) Hay un esquema *gnōmikón*, de larga tradición en la cultura griega. De estructura sencilla (δέ...δέ..., οὐ μόνον...ἀλλά...) ofrece enunciados o sentencias, seguidos a las veces de una explicación en su forma más elemental lo hallamos en Empédocles, y también en los *Aforismos*.
- b) Se da también un esquema *dialektikón*, donde los sintagmas opositivos a que aludíamos antes sirven para responder a un argumento más o menos explícito. Por ejemplo, en la *Medicina antigua* (17, εἶποι ἄν τις...ἐγὼ δέ.../ 20, λέγουσι δέ τινες...ἀλλὰ τοῦτο δεῖ καταμαθεῖν...). Este esquema será altamente productivo en la literatura filosófico-científica (Erixímaco en el *Banquete*, 187 a: ἔστι δὲ πολλή ἀλογία ἁρμονίαν φάναι διαφέρεσθαι...ἀλλ' ἴσως τόδε ἐβούλετο λέγειν.../ Aristóteles, *Política* 1289 a 9: νῦν δὲ μίαν δημοκρατίαν οἴονται τινες εἶναι...οὐκ ἔστι δὲ τοῦτ' ἀληθές).
- c) El esquema *diēgēmatikón* o descriptivo, que puede adquirir gran protagonismo en textos como el de la Peste de Atenas o en *Epidemias* I y III, no deja de ser importante como microestructura dentro del discurso científico. Por lo común la descripción reviste un carácter general, como en la *Antigua medicina* 19: Ὅσα τε αὖ ἐπὶ τοὺς ὀφθαλμοὺς τρέπεται τῶν ῥευμάτων...ἐλκοῖ μὲν βλέφαρα, κατεσθίει δ' ἐνίων γνάθους καὶ τὰ ὑπὸ τοῖσι ὀφθαλμοῖσι,... ῥήγνυσι δὲ καὶ διεσθίει τὸν ἄμφι τὴν ὄψιν χιτῶνα³². Cuando es del tipo individual se parece bastante al paradigma. Esto es frecuente en Aristóteles. Así, en *Pol.* 1285 a, en plena disección «científica» de las formas de monarquía, irrumpe una pequeña narración sobre los acontecimientos de Mitilene en tiempo de Pítaco.
- d) Por último, puede darse (aunque éste no es el caso de los textos hipocráticos) un esquema *epideiktikón*. Se da cuando el presunto científico quiere hacer un alarde literario, como Erixímaco en el *Banquete* platónico. Sobre una estambre textual de tipo científico (Sección A: ἀναγκαῖον... δεῖν...δοκεῖ μοι —tesis programática—, ἄρξομαι λέγων —desarrollo—, ἄλλος...ἄλλος —división—, ἔστι γὰρ ἰατρικὴ —defini-

³² Un modo parecido lo encontramos en *Nat.Hom.* 11, donde describe las venas.

ción—, μουσική δέ —paradigma— / Sección B: πάλιν γὰρ ἦκει ὁ αὐτὸς λόγος —actuación o verificación—) se entreteteje una urdimbre de *intensificación* que pertenece más al género oratorio (πάντων... πᾶσι...ἐπὶ πᾶν/ μέγας καὶ θαυμαστός / ἰατρικώτατος / ἔχθιστα-φίλα / ἔχθιστα τὰ ἐναντιώτατα / πολλὴν καὶ μεγάλην, etc.) cargada a su vez de paralelismos, antítesis, isocola, transposiciones metafóricas (ὁμόνοια...συμφωνία δέ... ὁμολογία τις...), comparaciones elaboradas (μαντική...), etc.

Nos preguntábamos al principio si tenía la lengua griega recursos para generar un discurso científico. La respuesta es que, con sus recursos, efectivamente creó *este* discurso científico y no otro; lo mismo que creó *este* discurso lírico y no otro, *esta* filosofía y no otra. En una adecuada inducción hemos visto que lo que emerge es *este* discurso científico, encadenado esencialmente a un determinado concepto de *epistēmē*, a una determinada *paideía*, a unos hábitos de pensar y de exponer y a unos engarces sintácticos no muy variados. Si esto nos admira, bienvenida la admiración; si no, quede al menos constancia de ello como pura y simple filología³³.

³³ La discusión se centró en la cuestión (plantada por los profesores GRMEK y GOURVITCH) de la oposición *lógos*/descripción factual. Los modos de exposición de *Epidemias* I y III no contienen ningún *lógos* (explicación racional) en el sentido tradicional y exigido por el autor de la comunicación para la configuración del lenguaje científico en el marco de la conciencia cultural del mundo griego clásico. Desde esa perspectiva, y pese a que nuestros hábitos mentales nos llevarían a pensar de otro modo, habrá que afirmar que tanto *Epidemias* I y III como, en su medida, la descripción de la Peste de Atenas por Tucídides no son sino islotes de *observational science* que se escapan del modo más general y «canónico» de exponer la verdadera *epistēmē*.

Zur Mündlichkeit hippokratischer Schriften

JUTTA KOLLESCH

(Akademie der Wissenschaften, Berlin)

Die Eingangsworte der Schrift *Über die alte Heilkunst*: «Alle, die es unternommen haben, über die Medizin zu sprechen oder zu schreiben...»¹ belegen eindeutig, daß Mündlichkeit auch noch nach dem Aufkommen der Schriftlichkeit eine gängige Form der wissenschaftlichen Kommunikation auf dem Gebiet der Medizin war. Eine Chance, daß derartige mündliche Darlegungen, die jeweils aus einem ganz konkreten Anlaß und vor einem diesem Anlaß entsprechend zusammengesetzten Publikum vorgetragen wurden, der Nachwelt erhalten blieben, ist mit der prinzipiellen Möglichkeit gegeben, daß mündliche Vorträge und Reden zuvor schriftlich ausgearbeitet oder nachträglich aufgezeichnet wurden. Aus der griechischen Redenliteratur wissen wir allerdings, daß die schriftliche Fassung nicht in jedem Fall wörtlich mit dem mündlichen Vortrag übereinstimmen mußte, sondern im Hinblick auf die neue Kommunikationssituation in ihrem Wortlaut mehr oder weniger verändert werden konnte. Wir dürfen aber davon ausgehen, daß bei der Überarbeitung der mündliche Charakter dieser Texte gewahrt blieb, so daß wir hier in der Tat von mündlicher Literatur sprechen können.

Dem Zufall ist es zu danken, daß uns in der Sammlung der hippokratischen Schriften, die mit Sicherheit nur einen Bruchteil der medizinischen Literatur aus der Zeit des ausgehenden 5. und beginnenden 4. Jh. v. Chr. repräsentieren, zwei kleine Abhandlungen überliefert sind, die sich auf Grund ihrer formalen Gestaltung eindeutig als Vertreter der mündlichen medizinischen Literatur zu erkennen geben. Es sind dies die Abhandlung *De flatibus*, in der die im Körper eingeschlossene Luft und ihre Bewegung im Körper als allgemeine Krankheitsursache proklamiert wird, und der Traktat *De arte*, dessen Verfasser es sich zur Aufgabe gemacht hat, die Existenzberechtigung

¹ VM I (CMG I 1, 36, 2) (I 570 L.): Ὅμοσοι μὲν ἐπεχείρησαν περὶ ἱητρικῆς λέγειν ἢ γράφειν...

der ärztlichen Kunst zu verteidigen. Der rhetorische Charakter dieser beiden Texte steht außer Frage. Wie J. Jouanna unlängst ausführlich dargelegt hat, haben sie speziell mit den auf Publikumswirkung bedachten epideiktischen Reden sowohl gestalterische Elemente wie das Preisen oder die Verteidigung eines Gegenstandes und das Schmähen der Widersacher als auch die Technik der Komposition und die durch den Gebrauch von Redefiguren und rhythmisierter Prosa gekennzeichnete sprachlich-stilistische Gestaltung gemeinsam².

Angesichts dieses besonderen Charakters der beiden Texte dürfte auch kein Zweifel bestehen, daß sie zum Vortrag vor einem hauptsächlich aus medizinischen Laien bestehenden Publikum bestimmt waren, dessen Beifall eher durch die Form der Darbietung als durch den sachlichen Gehalt des Dargebotenen zu erringen war. Das bedeutet freilich nicht, daß den Verfassern der beiden Reden, wie behauptet wurde³, allein an der virtuellen Handhabung der sprachlichen Ausdrucksmittel und am dialektischen Argumentieren gelegen war, nicht aber an seriöser Wissenschaft, wie sie sonst in den hippokratischen Schriften anzutreffen ist. Denn trotz aller Besonderheiten stehen diese beiden Abhandlungen — das hat die neuerliche inhaltliche Analyse der Schriften von J. Jouanna nach unserem Dafürhalten überzeugend gezeigt — mit ihren engen Beziehungen zur vorsokratischen Philosophie und zur zeitgenössischen Medizin fest auf dem Boden der hippokratischen Heilkunde im umfassenden Sinn dieses Wortes⁴.

Diese Feststellung ist insofern von Bedeutung, als damit zugleich glaubhaft gemacht werden konnte, daß die Verfasser von *De flatibus* und *De arte* nicht, wie bislang allgemein angenommen, Sophisten bzw. Rhetoren, sondern ebenso wie die Autoren der anderen Schriften des *Corpus Hippocraticum* Ärzte waren. Daß die hippokratischen Ärzte durchaus Anlaß hatten, sich der Kunst der Überredung zu bedienen, bei der es mehr auf pointierte Beweisführung und Allgemeinverständlichkeit als auf abwägendes Argumentieren und das Ausbreiten fun-

² Siehe J. JOUANNA, in: *Hippocrate, De vents, De l'art*, hrsg. u. übers., Paris, 1988, S. 10-24 u. 167-174; vgl. dens., «Rhétorique et médecine dans la Collection hippocratique. Contribution à l'histoire de la rhétorique au V^e siècle», *REG* 97, 1984, S. 34-40; E. MAASS, «Untersuchungen zur Geschichte der griechischen Prosa», *Hermes* 22, 1887, S. 566-572; F. BLASS, *Die attische Beredsamkeit*. 1. Abt.: «Von Gorgias bis zu Lysias», Leipzig, 1887², S. 89-91; TH. GOMPERZ, *Die Apologie der Heilkunst*, Leipzig, 1910², S. 9-15; J. KOLLESCH, «Darstellungsformen der medizinischen Literatur im 5. und 4. Jahrhundert v.u.Z.», in: Protokollband der Tagung *Literatur und Gesellschaft in der Antike* (im Druck).

³ Siehe z.B. J.-H. KÜHN, *System- und Methodenprobleme im Corpus Hippocraticum*, Wiesbaden, 1956, S. 58; H. DILLER, *Hippokrates, Schriften. Die Anfänge der abendländischen Medizin*, Reinbek bei Hamburg 1962, S. 187 f.

⁴ Siehe JOUANNA, in: *De vents* (Anm. 2), S. 25-38; 47 f.; 175-190, und «Rhétorique...» (Anm. 2), S. 40 f.; vgl. auch V. LANGHOLF, «Kallimachos, Komödie und hippokratische Frage», *Medizinhistorisches Journal* 21, 1986, S. 21 f.

dierter Spezialkenntnisse ankam, hängt in erster Linie mit den Besonderheiten der Ausübung der ärztlichen Tätigkeit in der Antike zusammen. Da sie weder von einem Befähigungsnachweis abhängig gemacht noch von staatlicher Seite kontrolliert wurde, waren die Ärzte unter dem Druck der Konkurrenz häufig genug gezwungen, um die Gunst der Patienten zu kämpfen und dabei auch auf die Mittel der Überredungskunst zurückzugreifen, wenn es darum ging, eine breite Öffentlichkeit von den eigenen Qualitäten als Arzt zu überzeugen. Die Gelegenheit, sich als Redner hervorzutun, war für die Ärzte ferner bei der Bewerbung um die Anstellung als öffentlicher Arzt gegeben; denn bekanntlich wurde die Auswahl unter den Kandidaten, die aus diesem Anlaß eine Rede zu halten hatten, nicht von einem Gremium von Fachleuten getroffen, sondern von einem Laienpublikum, z.B. von der Volksversammlung, d.h. von einem Personenkreis, bei dem nicht ausgeschlossen werden konnte, daß er sich bei der Entscheidungsfindung weniger von dem ärztlichen Können der Kandidaten als vielmehr von deren rhetorischen Fähigkeiten leiten ließ⁵.

Daß *De flatibus* und *De arte* tatsächlich mündlich vorgetragen wurden, läßt sich freilich nicht mehr beweisen, und schon gar nicht, bei welcher Gelegenheit dies geschah⁶. Das ändert jedoch nichts an der Tatsache, daß bei ihnen alle Voraussetzungen gegeben sind, die das Wesen der zum mündlichen Vortrag bestimmten Reden ausmachen, und daß sie als Repräsentanten dieser Literaturgattung für uns wertvolle Zeugnisse der mündlichen medizinischen Literatur aus hippokratischer Zeit darstellen.

In der hippokratischen Sammlung gibt es noch eine weitere Gruppe von Schriften, bei denen wahrscheinlich eine mündliche Kommunikationssituation angenommen werden kann. Sie können zwar auf Grund ihres größeren Umfangs und ihrer formalen Gestaltung nicht der Gattung der kunstgerechten Rede zugerechnet werden, sie vermitteln aber ebenso, wie es für *De flatibus* und *De arte* zu konstatieren ist, durch ausschließlichen Gebrauch von Verben des Sagens bei Verweisen auf bereits Mitgeteiltes oder noch Mitzuteilendes, durch auffallend häufige Verwendung des Verbs in der ersten Person, nicht selten begleitet von ἐγώ oder ἐγώγε, und schließlich durch den ebenfalls häufigen Gebrauch des Verbs φάσθαι in der ersten Person im Sinne von «ich behaupte» den Eindruck des gesprochenen Wortes und unterscheiden sich dadurch deutlich von den schriftlichen Texten des *CH.*⁷. Als Vertreter dieser Gruppe von Texten, die im Unterschied zu den

⁵ Siehe PL., *Gorg.* 456 b-c.

⁶ Vgl. KOLLESCH (Anm. 2), (im Druck).

⁷ Siehe JOUANNA, «Rhétorique» (Anm. 2), S. 29-32.

beiden Reden als Lehrvorträge bzw. Vorlesungen bezeichnet werden, sind in unterschiedlichen Zusammenhängen folgende sieben Schriften genannt worden: *De prisca medicina*, *De natura hominis*, *De aere aquis locis*, *De morbo sacro*, *De morbis IV*, die Abhandlung *De genitura/De natura pueri* und bestimmte Abschnitte aus *De muliebribus I*⁸.

Wir wollen uns im Folgenden speziell mit *De natura hominis* und dem Schriftenkomplex *De genitura/De natura pueri*, *De morbis IV* und *De muliebribus I* beschäftigen, zumal da sich an Hand dieser Texte besonders eindrücklich die Schwierigkeiten vor Augen führen lassen, vor die wir uns gestellt sehen, wenn wir darauf angewiesen sind, den Charakter eines Textes vorzugsweise auf Grund von sprachlich-stilistischen Kriterien zu beurteilen. Beginnen wir mit *De natura hominis*. Dieser Text wendet sich nicht nur *expressis verbis* an ein hörendes Publikum⁹, in ihm finden sich auch gehäuft alle für die gesprochene Rede charakteristischen Merkmale, die wir oben erwähnt haben¹⁰. Sie finden sich allerdings nur im ersten Teil der Schrift, in den Kapiteln 1-9, in denen der Autor zunächst scharfe Kritik an den monistischen Theorien in der Philosophie und Medizin übt, um dann vor diesem Hintergrund seine eigene Viersäftelehre mit um so größerer Wirkung vorzutragen. In dem zweiten, weitaus längeren Teil der Schrift fehlen Verben des Sagens gänzlich, selbst andere Verben in der ersten Person suchen wir hier vergebens.

Wenn es denn zutrifft, daß für Texte, die zum mündlichen Vortrag bestimmt waren, d.h. mit denen der Autor die direkte Kommunikation mit seinem Publikum suchte, eine der gesprochenen Sprache verpflichtete Ausdrucksweise kennzeichnend ist, sollte eine solche Diskrepanz, wie sie sich uns in der formalen Gestaltung der beiden Teile von *De natura hominis* auf tut, doch zu denken geben. Und so fragen wir uns ernsthaft, ob in diesem Fall der bewußte Einsatz der gesprochenen Sprache als Stilmittel wirklich als Ausdruck der Mündlichkeit gewertet werden darf oder ob es nicht vielmehr die im ersten Teil der Schrift geführte polemische Auseinandersetzung war, die den Autor dazu veranlaßte, hier die Form von Rede und Gegenrede als Mittel der Darstellung zu wählen. Anderenfalls sähe man sich, so meine ich, gezwungen, erneut über die Einheit der Schrift nachzudenken; zumindest scheint uns, daß ein derart eklatanter Stilbruch innerhalb eines Textes,

⁸ Siehe J. ILBERG, *Die Ärzteschule von Knidos*, Leipzig, 1925, S. 9 f. u. 23; A.-J. FESTUGIÈRE, *Hippocrate, L'ancienne médecine*. Introduction, traduction et commentaire, Paris, 1948, S. IX; I.M. LONIE, *The Hippocratic treatises «On generation», «On the nature of the child», Diseases IV»*. A commentary, Berlin/New York, 1981, S. 51; JOUANNA, «Rhétorique»... (Anm. 2), S. 30f.

⁹ *Nat. Hom* 1,1 (CMG I 1,3, 164,3-5) (VI 32 L.).

¹⁰ Siehe z.B. *Nat. Hom.* 1,1; 2,1. 3. 4. 5; 5,1. 2. 4 (CMG I 1,3, 165,5. 8; 166,12; 168,4. 9; 170,2. 3; 174,11. 12; 176,2; 178,9) (VI 32; 34; 36; 40; 44 L.).

wenn man ihn unter dem Aspekt der Mündlichkeit betrachtet, nur damit erklärt werden könnte, daß der zweite Teil von *De natura hominis* nachträglich, möglicherweise im Zusammenhang mit der schriftlichen Herausgabe des Werkes, an den ursprünglich als Rede gehaltenen ersten Teil zur Vervollständigung des Textes angefügt wurde.

Anderer Art sind die Schwierigkeiten bei dem Schriftenkomplex *De genitura/De natura pueri, De morbis IV* und den in Frage kommenden Abschnitten aus *De muliebribus I*. Von diesen Texten gilt es auf Grund innerer Indizien als erwiesen, daß sie vom gleichen Verfasser stammen.¹¹ Der extrem häufige Gebrauch der Verbform φημί — von den 39 Belegen in den hippokratischen Schriften, die J. Jouanna ermittelt hat, entfallen 23 allein auf diesen Schriftenkomplex¹² — und der ebenfalls häufige Gebrauch anderer Verben des Sagens in der ersten Person, ferner die bis zum Überdruß strapazierte An- und Abkündigung des jeweils zu behandelnden bzw. behandelten Gegenstandes mit zum Teil formelhaften Wendungen, zahlreiche Exkurse, die ausdrücklichen Hinweise auf die Wiederaufnahme des Gedankenganges, der durch einen Exkurs unterbrochen worden war, oder der Verweis auf die Wiederholung eines besonders wichtigen Sachverhalts und vieles Ähnliche mehr sprechen zweifellos für die Mündlichkeit dieser Texte.

J. Ilberg hat die Auffassung vertreten, daß wir es bei den genannten Schriften mit ἀποδόσεις, mit Vorlesungen bzw. Lehrvorträgen, eines Arztes zu tun haben, die aus dem Schulbetrieb der Ärzteschule von Knidos hervorgegangen sind.¹³ Ausschlaggebend dafür waren für ihn vor allem die in hohem Maß an der gesprochenen Sprache orientierte Ausdrucksweise des Autors und sein von didaktischen Gesichtspunkten bestimmtes Vorgehen bei der Darlegung der von ihm behandelten Themen. Für die Beantwortung der Frage nach der Kommunikationssituation, in die diese Schriften einzuordnen sind, d.h. für die Beantwortung der Frage nach dem Verfasser, den intendierten Rezipienten und nach der Funktion bzw. dem Verwendungszweck, ist aber in diesem speziellen Fall, so meinen wir, unbedingt noch ein weiterer Faktor zu berücksichtigen.

Die Abhandlungen *De genitura/De natura pueri, De morbis IV* und die dem gleichen Autor zuzuweisenden Partien aus *De muliebribus I* unterschieden sich nicht nur durch Stil, Sprachgebrauch und methodische Verfahrensweise von den anderen Werken des *CH*; zu den Besonderheiten dieser Schriften gehört auch, daß der Verfasser in jeder

¹¹ Siehe LONIE (Anm. 6), S. 43-51.

¹² Siehe JOUANNA, «Rhétorique»... (Anm. 2), S. 32 Anm. 1.

¹³ Siehe ILBERG (Anm. 6), s. 9-23.

von ihnen auf mindestens eine der anderen verweist: In *De genitura/De natura pueri* einmal ohne Angabe des Titels auf *De morbis* IV¹⁴ und zweimal auf seine Schrift über *Frauenkrankheiten*¹⁵, in *De morbis* IV einmal auf seine Schrift über *Frauenkrankheiten*¹⁶ und in den *Frauenkrankheiten* dreimal auf *De genitura/De natura pueri*¹⁷. Wenn wir davon ausgehen, daß sich unser Autor nicht an ein lesendes, sondern an ein hörendes Publikum gewandt hat, macht die Bezugnahme auf bereits gebotene oder noch zu bietende Darlegungen in den anderen Schriften die Annahme erforderlich, daß er bei seinem Auditorium die Vertrautheit mit den jeweiligen anderen Abhandlungen voraussetzen bzw. auch für die Zukunft mit demselben Auditorium rechnen konnte.¹⁸

Wir haben es bei diesen Texten also nicht wie bei den anderen mündlichen Werken mit Einzelvorträgen zu tun, die bei einer einmaligen Gelegenheit vor einem dem jeweiligen Anlaß entsprechenden Publikum gehalten wurden, sondern mit einem Vortrags- bzw. Vorlesungszyklus, der in einem mehr oder weniger langen Zeitraum vor einem Auditorium zu Gehör gebracht wurde, das sich wenigstens zu einem Teil aus dem gleichen Personenkreis zusammensetzte. Als äußerer Rahmen dafür würde, vom modernen Standpunkt aus gesehen, in der Tat am ehesten, wie bereits von J. Ilberg angenommen, der Lehrbetrieb an einer medizinischen Schule in Frage kommen. Eine solche Annahme verbietet sich jedoch; denn nach allem, was wir heute über die ärztliche Ausbildung in der Antike wissen, hat es in Griechenland in der Zeit des ausgehenden 5. Jh., in der unsere Texte entstanden sind, wie auch noch lange danach, medizinische Schulen, verstanden als Ausbildungsinstitute mit festgefügtten Organisationsstrukturen, wie sie für einen regelrechten Vorlesungsbetrieb voraussetzen sind, nicht gegeben¹⁹. Eine wirkliche Lösung des Problems bedeutet es unseres Erachtens aber auch nicht, wenn I. M. Lonie als Alternativvorschlag den Gedanken ins Spiel bringt, daß unser Autor möglicherweise unter den Sophisten zu suchen ist und daß er mit seinem Vorlesungszyklus vor einer nichtprofessionellen Zuhörerschaft aufgetreten sein könnte, weil es im 5. und 4. Jh. die Domäne der Sophisten war, umfangreiche Vorlesungen über ausgesprochen fachspezifische Themen vor einem Laienpublikum zu halten²⁰. I. M. Lonie

¹⁴ *Genit./Nat. Puer.* 3 (VII 474 L.).

¹⁵ *Ebd.* 4; 15 (VII 476; 496 L.).

¹⁶ *Morb.* IV 57 (VII 612 L.).

¹⁷ *Mul.* I 1; 44; 73 (VIII 10; 102; 152-154 L.).

¹⁸ Vgl. LONIE (Anm. 6), S. 51.

¹⁹ Vgl. V. NUTTON, «Museums and medical schools in classical antiquity», *History of Education* 4, 1975, S. 7 f.

²⁰ Siehe LONIE (Anm. 6), S. 51.

weist darauf hin, daß es in diesem Zusammenhang nicht unerheblich ist, daß in keinem der Texte, die unserem Verfasser zugeschrieben werden können, Therapievorschriften gebracht werden ²¹.

Wir wollen nicht bestreiten, daß das Fehlen jeglicher Angaben zur Therapie dafür sprechen könnte, daß sich der hippokratische Autor mit seinen Vorlesungen an ein breites, nicht nur aus Ärzten bestehendes Publikum wenden wollte. Andererseits darf man aber nicht übersehen, daß sowohl die Abhandlung *Über das Werden des Kindes* als auch *De morbis IV* ihrer Anlage und ihrem Anspruch nach ausgesprochen theoretische Schriften sind, in denen man ohnehin keine therapeutischen Hinweise erwartet. Und was die gynäkologische Schrift unseres Autors betrifft, die als handbuchartige Zusammenstellung von *Frauenkrankheiten* zweifellos einen stärkeren Praxisbezug hatte, so ist auf Grund der besonderen Überlieferungssituation dieses Textes eine definitive Entscheidung in der Frage, ob sie in ihrer Originalfassung Angaben zur Therapie enthielt oder nicht, kaum mehr möglich.

I. M. Lonies Vermutung erscheint uns aber nicht so sehr im Hinblick auf die von unserem Autor intendierten Rezipienten, sondern vor allem im Hinblick auf die Person des Verfassers anfechtbar. Den eindeutigen Beweis dafür, daß dieses selbst Arzt war und nicht ein Sophist, der über medizinische Themen nur zu reden verstand, liefert eine Textpassage aus *De natura pueri*, in der unser Autor ausführlich über einen Fall von Schwangerschaftsabbruch aus seiner eigenen Praxis berichtet ²². Das genuine Anliegen eines Arztes dürfte auch dahinterstehen, wenn er in seinen Ausführungen gelegentlich Kunstfehler, deren sich andere Ärzte aus Unkenntnis, wie er meint, schuldig gemacht haben, kritisch vermerkt ²³. Sich diesen Argumenten zu verschließen fällt uns schwer, so daß sich uns erneut die Frage nach dem Verwendungszweck des zur Debatte stehenden Schriftenkomplexes und seinen Rezipienten stellt. Wenn wir es uns einfach machen wollten, könnten wir sagen, daß diese Schriften, obwohl sie sich als mündliche Texte geben, gar nicht zum mündlichen Vortrag bestimmt waren sondern sich von vornherein an ein lesendes Publikum wandten; und damit wäre dann auch das Problem der Bezugnahme von einer Schrift auf die andere aus der Welt geschafft, weil es sich in schriftlich fixierten Texten erst gar nicht als solches stellt. Wir halten es jedoch durchaus für denkbar, daß diese Schriften tatsächlich als Vortragszyklus zu Gehör gebracht wurden, allerdings nicht im Rahmen eines Lehrbetriebs, sondern in Form einer Vortragsreihe für Ärzte. Möglichkeiten für die-

²¹ Siehe *ebd.*

²² *Nat. Puer.* 13 (VII 490 L.).

²³ Siehe, *Morb.* IV 47 (VII 576 L.); *Mul.* I 2; 62; 65 (VIII 20; 126; 134 L.).

se Art der wissenschaftlichen Kommunikation waren mit Sicherheit an so berühmten medizinischen Zentren wie Kos oder Knidos gegeben, von denen man annehmen kann, daß dort jeweils eine größere Zahl gleichgesinnter Ärzte versammelt war, und die damit auch die besten Voraussetzungen für einen gegenseitigen Gedankenaustausch unter Ärzten, sei es in Form von Gesprächen oder in Form von Vorträgen, boten.

Función literaria del prólogo en los tratados hipocráticos más antiguos

DOLORES LARA NAVA

(CSIC, Madrid)

El trabajo que aquí presento sobre el prólogo de un grupo de tratados del *CH* forma parte de un estudio más amplio en el que abordo el análisis literario de cinco escritos de los pertenecientes a la época más antigua de la colección. Los tratados analizados fueron *Medicina antigua*, *Pronóstico*, *Aires, aguas, lugares*, *Enfermedad sagrada*, y *Heridas en la cabeza*, todos ellos tenidos por los hipocráticos, con relativa unanimidad, como de la escuela de Cos y, desde luego, como los de mayor perfección formal. Dicho análisis se hacía de manera exhaustiva y con él se intentaba llegar a algunas conclusiones sobre su composición.

Algunos de los escritos hipocráticos de fines del V o de comienzos del IV, en la medida en que son los primeros ejemplos totalmente conservados de una prosa a la que en cierto modo podemos denominar «científica», pueden llegar a considerarse como el embrión del tratado científico tal como lo vemos ya claramente estructurado en épocas posteriores (e.e., textos y manuales de retórica, medicina, arquitectura u otras τέχναι que proliferan a partir del período alejandrino). Pero, a su vez, el tratado hipocrático temprano es heredero de formas de componer experimentadas en otros terrenos. A través de los presocráticos llega la composición ternaria, ya iniciada por la poesía didáctica, en la que un núcleo central más o menos extensible va precedido por un proemio y cerrado por lo que puede empezar a considerarse como el nacimiento del epílogo. De las conexiones de nuestros escritos con los presocráticos no es mucho lo que se puede decir, dado el estado fragmentario en que éstos se encuentran; sin embargo hallamos elementos compositivos comunes, tales como el uso de proemios, la frase título, los pequeños resúmenes, la delimitación precisa de las unidades, las anticipaciones y, en fin, los intentos de ir haciendo

una composición articulada y sistemática ¹. De otra parte, estos tratados de la primera época, inmersos en el clima intelectual del s. V a.C., están lógicamente influenciados por las corrientes literarias del momento, específicamente la sofística y la retórica. Esta última, quizás por ser un género bien formalizado, que propone una teoría del discurso y posee los medios para plasmar el razonamiento en esquemas eficaces, es la que ha dejado sentir mayor influjo en los tratados hipocráticos, como probablemente también en otros escritos teóricos del momento. Sabemos, en efecto, la enorme influencia que ejercieron en la prosa del s. V hombres como Gorgias y sus discípulos o manuales de retórica como los de Trasímaco, Teodoro de Bizancio y otros. Por lo que hace a nuestro caso, podemos ver también que tratados como el *Pronóstico*, con su estructura composicional, pueden considerarse un buen ejemplo de ese influjo; el constante afán por la clasificación y subdivisión del tratado *Aires, aguas, lugares* es propio de los mejores manuales de retórica, preocupados por la estructuración formal de la materia; y, en fin, se detecta la refutación empleada como forma de presentación de un tratado en *La enfermedad sagrada* o la interpelación al oyente en *Medicina antigua*, o incluso la formulación, en ese mismo escrito, de una regla general sobre cómo dirigirse al auditorio. Estos y otros casos están, por lo demás, dentro de la lógica de los hechos, teniendo en cuenta que el trasvase de los recursos de un género a otro fue frecuente.

En escritos algo posteriores del Corpus, tales como el *Περὶ τέχνης* o el *Περὶ φυσῶν* es mucho más palpable aún la influencia retórica. Se supone que sus autores estaban bien impuestos en este arte y en estrecha relación con la prosa gorgiana, por lo que se nos presentan con una notable perfección formal. No es ésta, sin embargo, la situación de los cinco tratados que analizo: ellos reflejan las leyes de una retórica naciente, pero no se les puede suponer guiados por una teoría formal previa o moldeando sus temas con gran habilidad literaria. No obstante, la hechura de escritos como los dos últimos mencionados recuerda enormemente a la de los que he analizado; y por ello cabe hablar, en cierta medida, de una prosa científica que está creando sus propios procedimientos formales y que será la que dé paso al tratado helenístico y posterior ².

Una mirada amplia a ciertas características de nuestros tratados

¹ Para los aspectos más generales del tema, cf. B. V. GRONINGEN, *La composition littéraire archaïque grecque*, Amsterdam, 1960², pp. 201-255. Un estudio de las diversas formas literarias adoptadas por la primera filosofía, a partir de la reflexión prefilosófica de la épica y los Poemas cíclicos puede verse en A. BERNABE «Los filósofos presocráticos como autores literarios», *Emerita* 47, 1979, pp. 357-394.

² Para las relaciones de nuestros tratados con el tratado científico de época helenística y posterior, cf. M. FUHRMANN, *Das systematische Lehrbuch*, Gotinga, 1960.

nos permite hablar de un estadio de la composición en que aparecen bien diferenciadas una unidad de extensión variable (el prólogo) y otra siempre mucho más extensa (el núcleo), a la que con más o menos regularidad suele seguir otra (el epílogo) que no siempre es totalmente independiente de ella. Si nos permitimos hablar de unidades compositivas es porque advertimos elementos formales y de contenido que las caracterizan. Aquí voy a referirme tan sólo al prólogo tratando de señalar qué recursos de composición le son propios y cuáles son las relaciones que, como tal unidad de composición, guarda con las otras dos.

Desde luego no todos los tratados analizados presentan una organización en tres partes igualmente perfecta. De entrada, me ha parecido totalmente legítimo considerar modélico el *Pronóstico* cuyo tema central va precedido por un prólogo que lo anticipa y es recogido en lo esencial por un epílogo que, además, hace referencia al prólogo. Por otra parte podrían, quizás, parecer abusivas las denominaciones de prólogo y epílogo en un tratado como es el de las *Heridas en la cabeza* pero creo que, en un escrito sobre el tratamiento médico de los traumatismos craneales, una introducción con la descripción anatómica del órgano interesado tiene la misma función prologal. Efectivamente, frente al resto del escrito dicha introducción es una unidad de contenido cuyo papel es el de globalizar el conjunto utilizando, no obstante, la entrada directa en materia; y entiendo que puede interpretarse como una variante formal, quizás impuesta por la materia objeto del escrito. En mi análisis, yo he partido de que cada unidad de composición en la obra se distingue claramente por demarcaciones iniciales y finales, además de por el uso lingüístico general que las caracteriza; aquí voy a referirme a algunos de esos recursos compositivos puestos en juego para la formalización de la unidad *prólogo*.

En primer lugar hay que hacer referencia a la frase inicial del escrito que, en general, puede interpretarse como frase título o frase programática. Esta puede quedar totalmente aislada del resto del prólogo o ser ya parte de él desde el punto de vista sintáctico. En cualquier caso, es la que da lugar tanto al prólogo propiamente dicho, como al núcleo o parte central del escrito. Un ejemplo de frase-título sería el comienzo de la *Morb. Sacr.*: Περί τῆς ἰηρῆς νούσου καλομένης ὧδε ἔχει. Por otra parte, una frase programática típica sería la de *Aër.*: Τητρικὴν ὅστις βούλεται ὀρθῶς ζητεῖν τάδε χρῆ ποιεῖν «quien quiera investigar correctamente en medicina debe hacer lo siguiente». Sea o no tan explícita, esa frase inicial de los restantes tratados presenta igualmente el tema objeto de cada uno de ellos: *Prog.* dice que «el médico mejor es el que pone en práctica la *prónoia*», tema éste que va a ser el que dé lugar a la parte central; *VC* se abre con la frase: Τῶν ἀνθρώπων αἱ κεφαλαὶ οὐδὲν ὁμοίως..., lo que no deja lugar a dudas

sobre la importancia de dicha parte del cuerpo en el tema de que se va a tratar; el objeto de *VM* también va incluido en su frase de presentación: Περί ιητρικῆς λέγειν ἢ γράφειν ὑπόθεσιν αὐτοὶ αὐτοῖς ὑποθέμενοι τῷ λόγῳ. Partiendo de aquí, ya se puede hablar de una primera función del prólogo: la de indicar el tema objeto del escrito, haciendo equivaler ese encabezamiento a lo que hoy sería el título. Una vez mencionado éste en esa frase inicial, que invariablemente se introduce en asíndeton, entramos ya de lleno en el prólogo y en primer término voy a referirme a sus demarcaciones. El recurso normal es el de la composición en anillo, con repetición final de la frase inicial o terminando con el tema por el que se inició, sin que la frase sea estrictamente un eco literal. Es eco literal la demarcación del prólogo de *Prog.* que comienza definiendo con dos participios lo que es πρόνοια: προγινώσκων γὰρ καὶ προλέγων... y termina diciendo: προγινώσκων τε καὶ προλέγων ἀναίτιος ἂν εἶη «conociéndolo de antemano y pudiéndolo predecir no sería culpable». También se demarca en Ringkomposition el prólogo de *Morb. Sacr.* que empieza y termina diciendo «en nada me parece que esa enfermedad sea más sagrada ni divina que todas las demás»³. En ambos casos el anillo se llevará más allá y acabará alcanzando al epílogo cuyo comienzo en el primer tratado es con el verbo προγινώσκειν recordando lo dicho en el prólogo, y con la frase αὕτη ἡ νοῦσος ἢ ἰηρὴ καλεομένη en el segundo caso⁴. En cambio, ecos no literales son los de los prólogos de los restantes escritos que sencillamente recurren al tema inicial para finalizar, dándole así una relevancia especial que luego confirmará el núcleo. Como ejemplo puede ponerse el tema de las estaciones que en el núcleo de *Aër.* tendrá un lugar central y que es con el que se abre el prólogo: «primeramente hay que tener en cuenta las estaciones del año» (ῶραι). Con el mismo término ῶραι se cierra el prólogo, al final del c. 2: «porque junto con las estaciones cambian también las cavidades de las personas»⁵. Lo mismo podría decirse del tema de las «hipótesis» en *VM* y del de «las suturas» en *VC*. La propia distribución del tema está funcionando como elemento de composición.

Independientemente de que, como hemos visto, el prólogo esté bien delimitado por sí mismo del núcleo que le sigue, hay a veces también una frase de transición entre ambos, frase que generalmente consiste

³ El paralelismo entre el comienzo del c. 1 y el del c. 2 (VI 352 y 364 L.) es tal que GRENSEMANN en su edición de este tratado, *Die hippokratische Schrift «Ueber die heilige Krankheit»*, Berlín, 1968 duda en mantener la frase primera, pero no llega a justificar su seclusión. Sin embargo, mi análisis confirmaría que el pasaje tiene su función en este lugar, introduciendo la tesis central que el autor expresa de manera recurrente.

⁴ C. 25 del *Pronóstico* (II 188 L.) y 18 de *Enfermedad sagrada* (VI 394 L.).

⁵ Πρῶτον μὲν ἐνθυμεῖσθαι τὰς ῶρας τοῦ ἔτους (II 12 L.) tiene su correspondencia con ἅμα γὰρ τῆσι ὥρησι καὶ αἱ κοιλίαι μεταβάλλουσι (II 14 L.)

en una exhortación y que es un anuncio expreso del paso de una unidad a otra. Encontramos este mecanismo en *Prog.*: «hay que examinar de la siguiente manera» σκέπτεσθαι δὲ χορῆ ᾧδε ⁶. Con esa frase queda cerrado el prólogo y queda iniciado el núcleo de la obra. Y lo mismo en *Aër.*: «Yo diré claramente cómo hay que observar» ὅπως δὲ χορῆ σκοπεῖν ἐγὼ φράσω σαφέως ⁷. Ambos tratados están especialmente bien organizados y articulan con toda nitidez la materia que van a explicar.

Una segunda función clara del prólogo es la de especificar, definir o centrar, en los términos en que va a ser expuesto a lo largo de la obra, ese mismo objeto que ha quedado anunciado. Cada escrito lo hará a su manera: *Prog.* definirá con una serie de participios que es πρόνοια; *Aër.* complementa con acusativos la frase inicial, dando un índice de temas a tratar «hay que considerar primero las estaciones, luego los vientos, también las aguas» (ῥοας, πνεύματα, ὕδατα); *VC* hace una descripción anatómica del cráneo (δίπλοον ἐστὶ τὸ ὀστέον); *Morb.Sacr.* y *VM* presentan cada uno su propia tesis en el marco de una polémica.

Además de mencionar el tema y centrar en mayor o menor medida su enfoque, el prólogo suele contener anticipaciones de lo que se va a decir en el resto del escrito. Hay que precisar, sin embargo, que sólo en *Aër.* se da una especie de sumario o índice de temas a tratar y que no es función de este tipo de prólogos el dar un verdadero resumen de la materia. En general esas anticipaciones lo son tan sólo de algún aspecto del contenido: de una idea central, de una tesis que mantiene el autor, de la terminología o de algún punto concreto del ulterior desarrollo. Por ejemplo, el prólogo de *VM* contiene un anuncio expreso de la materia a tratar, cuando dice, refiriéndose al método correcto de investigar en medicina «por qué causas es imposible utilizar otro método, yo voy a intentar explicarlo» (ἐγὼ παιρήσομαι δεῖξαι). Contiene también, aunque sin mucho detalle, la organización amplia del núcleo: «diciendo y mostrando qué es la *technē*» (λέγων καὶ ἐπιδεικνύων τὴν τέχνην ὅ τί ἐστίν); además, ofrece los objetivos: «a partir de esto quedará claro...» (ἐκ δὲ τούτου καταφανὲς ἔσται); y, por último, el modo cómo se va a expresar: «el que habla tiene que decir cosas inteligibles para los profanos» γνωστὰ λέγειν ⁸. Un caso completamente distinto, pero en el que también están las anticipaciones, es el de *VC* en cuyo prólogo se introduce toda la terminología que se va a utilizar: los nombres de las lesiones, los pronósticos, los diag-

⁶ *Prog.* 2 (II 112 L.).

⁷ *Aër.* 3 (II 14 L.).

⁸ *VM* 2 (I 572 L.).

nósticos, lo que son partes duras o blandas, densas o porosas, lo que son *hedras* de dardo, etc. De manera que es a través de esos diversos mecanismos como el prólogo cumple siempre la función de avanzar el contenido del núcleo.

También es función del prólogo, y es éste un motivo constante, el de justificar el tema del escrito defendiéndolo por su importancia para la *téchnē* o por su utilidad para el médico y el enfermo. Los objetivos a los que apunta esta parte del prólogo suelen referirse a la terapia, a la superación dentro de la *téchnē*, a la no culpabilidad del médico y al prestigio. El motivo es central en un tratado como *VM* en el que se cuestiona la misma existencia de la medicina como tal *téchnē*, pero también como tema exclusivo del prólogo y sin ninguna otra conexión con el resto del escrito lo vemos en *Aër.*: «investigando de esta manera y conociendo de antemano las oportunidades... no pocas cosas se podrían enderezar en la *téchnē*» se dice en el c.2⁹; también en *Prog.* se habla de ella, casi como de pasada cuando, en una suerte de pequeña digresión se advierte que «no todo el mundo puede sanar y algunos mueren antes de que pueda el médico prestarles ayuda con su *téchnē*¹⁰». Que el tema es poco menos que obligado podrían confirmarlo los prólogos de otros tratados del *Corpus* que tienen grandes conexiones y afinidades con los nuestros. Así, dice el comienzo de *Fracturas* que «hay médicos que se han logrado una fama totalmente inmerecida y que eso es frecuente que pase en esta *téchnē* a la que no se sabe juzgar bien» (ἄλλα γὰρ πολλὰ οὕτω ταύτης τῆς τέχνης κρίνεται). Por su parte, el escrito *Régimen de las enfermedades agudas* recomienda «prestar atención a toda la *téchnē* (πάση τῇ τέχνῃ προσέχειν τὸν νόον). También es propio de estos prólogos el tema del médico mejor, el de su prestigio, y el de los médicos que cometen errores. Dice el comienzo de *Prog.* «el mejor médico es el que practica el pronóstico» y el de *Aër.* «si uno conoce estas cosas... no se verá en un aprieto ante el tratamiento de las enfermedades, ni cometerá equivocaciones...». Es claro que aquí hay una función específica del prólogo que lo hace diferente, por su propia temática, de otras unidades del escrito. Muy ligado a estos temas está la refutación que, como es natural, suele hacerse de doctrinas u opiniones contrarias, con el fin de resaltar la bondad y oportunidad de la propia. El prólogo de *Morb.Sacr.* está basado en la polémica y la refutación y en él domina la reducción al absurdo, la irrealidad. Pero como motivo fijo encontramos en otros una línea argumentativa que acaba llevando de una u otra manera a la aseveración y refutación. En *VM* cuyo tema central

⁹ Οὗτος ἂν τις ἐννοεῦμενος καὶ προγινώσκων τοὺς καιροῦς ... κατορθοίη οὐκ ἐλάχιστα ἐν τῇ τέχνῃ, cf. *Aër.* 2 (II 14 L).

¹⁰ C. I (II 112) πρὶν ἢ τὸν ἰητροὸν τῇ τέχνῃ πρὸς ἕκαστον νόσημα ἀνταγωνίσασθαι.

es la polémica contra los médicos que se atienen a postulados filosóficos, se advierte ya la refutación en el prólogo: «Hay médicos malos y otros que son excelentes, lo que no hubiera podido ser (οὐκ ἂν ἦν) si no hubiera existido una ciencia médica, ni se hubiera investigado ni se hubieran descubierto cosas». Así también en *Aër.* después de asegurar el autor, en el prólogo, que su método es el que mejor va a servir al médico, sale al paso de una posible crítica: «...y si a alguno le parece que estos temas no son propios de la medicina, que cambie de opinión porque...».

Hasta aquí me he referido a algunos elementos de contenido que en sus grandes líneas articulan un prólogo al que, en cierta forma, podríamos llamar «canónico». Desde luego, no son pocas las variantes y debemos tomar estos elementos compositivos sencillamente como opciones a las que los autores recurren para su utilización según su propio estilo, o según la materia que tenga entre manos.

En el nivel formal también se advierten unos usos lingüísticos que son propios del prólogo. En términos muy generales, hay una tendencia clara al empleo de la exhortación del tipo σκέπτεσθαι δὲ χρῆ ὧδε, ζητεῖν προσέκει ¹¹, y al uso de primeras personas del singular, especialmente en afirmaciones como δείξω, οἶδα, πειρήσομαι ¹² y también a la expresión de la opinión, μοι δοκεῖ ¹³. Para los objetivos se utiliza normalmente la potencial con ἄν: πιστεύοιτο ἄν, οὐκ ἂν λανθάνοι ¹⁴ o la irreal de pasado y otras condicionales para la refutación: εἰ δὲ διὰ τὸ θαυμάσιον θεὸν νομιεῖται ¹⁵. Estos son ejemplos de expresiones típicas en esta clase de prólogos. En cuanto al desarrollo de la exposición, es frecuente que tenga dos partes, dedicada una al tema central de la obra y la otra a sus objetivos; sin embargo, existen diferencias de procedimiento. El prólogo de *Prog.* tiene las dos partes separadas por una digresión en la que se introduce el tema de la *téchnē*, pero en ambas se incluyen las funciones entremezcladas; *Aër.*, por el contrario, distingue netamente lo que es anticipación de lo que son los objetivos; *VM* y *Morb. Sacr.* separan igualmente la parte argumental y polémica de la que anticipa el pensamiento del autor. Como tendencia general puede decirse que la exposición es en el prólogo más discursiva que descriptiva ¹⁶. No se da en él la clasificación ni se recurre

¹¹ *Prog.* 2 (II 112 L.) y *VM* 2 (I 572 L.).

¹² *Morb. Sacr.* 1 (VI 352, 354 L.), *VM* 2 (I 572 L.).

¹³ *Prog.* 1 (II 110 L.), *Morb. Sacr.* 1 (VI 352).

¹⁴ *Prog.* 1 (II 110 L.), *Aër.* 2 (II 14 L.).

¹⁵ *Morb. Sacr.* 1 (VI 352 L.).

¹⁶ Salvo en el caso de *VC* que, como se ha indicado, introduce su materia con la descripción del órgano interesado.

a casuísticas particulares; se hace más uso de la subordinación que de la parataxis y suele haber alternancia de la forma verbal: infinitivo exhortativo, primeras o terceras personas, presentes frente a pasados o aoristos.

Finalmente, también el léxico tiende a ser diferente en el prólogo: hay escasa terminología médica y, en cambio, abunda el vocabulario del área del conocimiento, la reflexión, la investigación: λέγειν, εἰδώς, ἀποδείξω, ἐνθυμεῖσθαι.

No quisiera terminar sin apuntar alguna cuestión sobre este análisis formal del prólogo, que aquí he presentado de un modo quizá un tanto abreviado y esquemático y que, ya se ha dicho, forma parte de un estudio más amplio sobre los tratados enteros. Pensemos que la importancia de lo formal radica en su operatividad para organizar una materia; pero los elementos estructurales se convierten en operativos por su funcionalidad dentro de un contexto y así como fuera de él pueden carecer incluso de sentido, dentro de él son los eslabones que articulan y unen el discurso.

Estos elementos, como hemos visto, pueden ser de distinta índole: desde la rudimentaria fórmula estereotipada, cuya repetición marca un cambio de tema, o la arcaica composición en anillo, hasta procedimientos más elaborados de divisiones y subdivisiones. De una comparación entre los distintos recursos compositivos utilizados surge la posibilidad de formalizar un esquema común que pueda servir de modelo para entrever cómo debía de ser un escrito que probablemente se componía en el marco de una *téchnē* en el s. V a.C.

Algunos aspectos de la lengua de los tratados hipocráticos más antiguos

ANTONIO LÓPEZ EIRE

(Universidad de Salamanca)

Desde Kuehlewein¹ hasta quien esto escribe², pasando por E. Schwyzer, autor de un comentario lingüístico al tratado hipocrático *De carnibus* editado, comentado y traducido por K. Deichgräber³, la *communis opinio* acerca de la lengua de los más antiguos tratados del *Corpus Hippocraticum* podría expresarse de este modo: se trata de jonio⁴ salpicado o moteado de innegables aticismos.

Ahora bien, a la hora de interpretar el grado, la medida y la causa de las incontrovertibles salpicaduras del ático⁵ en un texto fundamentalmente jónico las opiniones varían. La que con más presteza resuelve el problema consiste en afirmar que la lengua de los tratados hipocráticos es convencional y resultante de una muy confusa tradición manuscrita, por lo que no merece la pena perder energías analizando una modalidad lingüística impura y espuria, cuando sobre material duro poseemos dialectos puros caracterizados por rasgos empleados con coherencia⁶.

¹ K. = H. KUEHLEWEIN (ed.) - I. ILBERG, *Hippocratis opera quae feruntur omnia* I, Leipzig, 1894; II, 1902. Queremos mostrar nuestro agradecimiento a la CICYT (PB 87-0668) y a la DAAD.

² A. LÓPEZ EIRE, «En torno a la lengua del *Corpus Hippocraticum*», *Emerita* 52, 1984, 325-354.

³ K. DEICHGRÄBER-E. SCHWYZER, *Hippokrates. Ueber Entstehung und Aufbau des menschlichen Körpers, mit einem sprachwissenschaftlichen Beitrag von Eduard Schwyzer*, Leipzig-Berlin, 1935.

⁴ R. HIERSCHE, *Grundzüge der griechischen Sprachgeschichte*, Wiesbaden, 1970, p. 188: «Die Sprache ist ionisch, dorische Einschläge sind verschwindend gering. Auch bei den Aertzten setzte sich die ionische Literatursprache infolge ihres grossen Prestiges durch».

⁵ KUEHLEWEIN, *o.c.*, p. LXV: «*Ex tot codicibus vero nullus est, quin atticis communibusque formis abundet*».

⁶ F. BECHTEL, *Die griechischen Dialekte*, III, Berlin, 1924, p. 25: «die Formen des ionischen Dialekts... wurden so massenhaft durch die geläufigen attischen ersetzt, dass sie gelegentlich nur aus Corruptelen erkannt werden können».

Sobre la dificultad de definir el dialecto de los tratados del *CH* cuando en los manuscritos uno se encuentra a la vez con aticismos e hiperjonismos, cf. V. SCHMIDT, «Hippocrate, Du régime. Texte établi et trad. par Robert Joly», *Gnomon* 45 1973, pp. 11-18; cf. 13-14. Cf. asimismo, P. CHANTRAINE, «Remarques sur la langue du *Corpus Hippocratique*», *La collection hippocratique et son rôle dans l'histoire de la médecine*, Colloque de Strasbourg, 1972, Leiden, 1975, pp. 35-40.

No nos gustan nada (digámoslo de una vez) los términos que se refieren a pureza y coherencia de los textos dialectales, sean éstos especímenes grabados sobre material blando o sobre material duro. Y la razón de que no nos agrade el criterio de pureza dialectal no es sólo de índole teórica sino también práctica, derivada de la experiencia. Es un hecho, en efecto, reconocido por los dialectólogos que han estudiado inscripciones jónicas, que a partir de finales del siglo V y comienzos del IV a.J.C. es difícil no encontrar aticismos ⁷ allí donde en principio debería hablarse el jonio puro (si es que este último concepto no es un ente de ficción). En jonio de pleno siglo V a.J.C. ya nos encontramos con la forma participial *Schw.* 745A, 6 (Halicarnaso, V a.J.C.) οντας y con contracciones vocálicas como *Schw.* 766A, 17 (Júlida, V a.J.C.) θυη y en el siglo IV a.J.C. las inscripciones jónicas están escritas en un jonio en el que se detectan contracción de vocales, ejemplos que contradicen la psilosis: *Schw.* 717, 32 (Samos, 322 a.J.C.) καθοτι ⁸, e incluso *alfa* larga en vez de *eta* tras la vocal *iota*: *Schw.* 766B, 12 (Júlida, V-IV a.J.C.) οικταν.

Para penetrar en la lengua del *CH* hay que pertrecharse del valor suficiente para admitir que junto a jonismos nos vamos a encontrar con aticismos sin que sea posible unificar criterios a no ser violentando extremadamente los textos más antiguos que pertenecen cronológicamente a las postrimerías del siglo V a.J.C. o, todo lo más, a los primeros cincuenta años de la siguiente centuria. Nos referimos a *Epidemias I y III*, *Pronóstico*, *Sobre las fracturas*, *Sobre la reducción de las articulaciones*, *Sobre la medicina antigua*, *Sobre los aires, aguas y lugares*, *Sobre la enfermedad sagrada*, *Sobre la naturaleza del hombre* (tal vez obra de Pólibo, el yerno de Hipócrates), *Sobre la dieta*, *Sobre la dieta de las afecciones agudas* y *Sobre el Arte*.

Todos estos tratados deben ser situados cronológicamente entre el año 420 a.J.C. y el 350 a.J.C., y en todos ellos encontramos justamente rasgos lingüísticos jónicos y áticos entremezclados, lo cual no es exclusivo de los mencionados tratados hipocráticos sino propio también de otros textos literarios compuestos ya en jónico-ático, así como de las inscripciones jónicas, que ya ofrecen asimismo aticismos tan conspicuos como innegables ⁹.

⁷ A. THUMB-A. SCHERER, *Handbuch der griechischen Dialekte II*, Heidelberg 1959, p. 249.

⁸ Cf., en cambio, *Schw.* 715,3 (Samos, V a.J.C.) τηρηι, *Schw.* 726,17 (Mileto, 450 a.J.C.) κατοπερ. *Schw.* 708a, 1,3 (Efeso, 321 a.J.C.) εφ' ισηι (aspiración no etimológica). Más adelante en este mismo trabajo (cf. n. 33) nos referiremos a inscripciones jónicas del siglo IV a.J.C. procedentes de diferentes lugares en las cuales destacan notablemente los aticismos como resultado de la influencia del dialecto ático sobre el jónico.

⁹ P. HANDEL, *De lingua communi in titulos ionicis irrepente*, Lemberg, 1913.

Vamos a poner un ejemplo: Cuando uno lee en *Art.* 30, 15 ἡ δὲ κάτω γνάθος κινεῖται, piensa de inmediato en aquella descripción herodotea del cocodrilo en la que el historiador de Halicarnaso ¹⁰ dice Π 68, 3 οὐδὲ κινεῖ τὴν κάτω γνάθον, y si seguimos leyendo *Art.* 30, 42 τὸν δὲ περιλαβόντα τὴν κάτω γνάθον... τοῖσι δακτύλοισι, nos hacemos a la idea de estar leyendo un texto escrito en jonio, sobre todo al comprobar que se usa el genitivo de plural de γνάθος: *Art.* 33, 44 γνάθων, y no γνάθου, dual que aparece, sin embargo, en el tratado hipocrático *De carnibus* ¹¹. Pero en el mismo tratado *Sobre las articulaciones* en que nos venimos fijando, encontramos el giro preposicional ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ (*Art.* 14, 75), que de ninguna manera encontramos en Heródoto, por la sencilla razón de que lo que más se le parece en la prosa de este historiador, a saber Π 32, 2 ἐπὶ πολλόν, es una locución adverbial local, mientras que nuestro ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ es una locución adverbial modal. En efecto, nos daremos cuenta cabal de ello si leemos detenidamente el pasaje en que aparece; *Art.* 14, 75 = Π 138, 1.2 K. ¹² προσσυνιέναι δὲ ταῦτα χρή, ὅτι κληῖς ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ κατάγνυται («y es preciso hacerse cargo además de que la clavícula, *por lo general*, se rompe...»). Para volver a encontrar esta expresión adverbial tenemos que llegarnos a Tucídides, en cuya obra leemos, por ejemplo: Π 13, 3 θαρσεῖν τε ἐκέλευε προσιόντων μὲν ἑξακοσίων ταλάντων ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ φόρου κατ' ἐνιαυτὸν ἀπὸ τῶν ξυμμάχων... «Y les invitaba a estar de buen ánimo toda vez que se ingresaban, *por lo general*, seiscientos talentos de tributo al año procedentes de los aliados...»

Es evidente que el sentido modal de la locución es posterior al espacial y, por otra parte, resulta asimismo claro que mientras el jonio se decide por regularizar el adjetivo y emplear el neutro πολλόν, en ático se conserva πολὺ, la forma antigua del neutro. Y así «sobre una gran extensión» (de terreno, de mar, etc.) se dice en jonio ἐπὶ πολλόν y en ático ἐπὶ πολὺ. Ejemplos: Hdt. Π 32, 2 (νέμεται) τὴν πρὸς ἡῶ χώρην τῆς Σύρτιος οὐκ ἐπὶ πολλόν. Th. I 50, 2 πολλῶν γὰρ νεῶν οὐσῶν ἀμφοτέρων καὶ ἐπὶ πολὺ τῆς θαλάσσης ἐπεχουσῶν. De esta

¹⁰ Sigo para Heródoto la edición de C. HUDE (ed.), *Herodoti Historiae*, I-II, Oxford, OCT, 1926³. Para Tucídides empleo la de H. STUART JONES, *Thucydides Historiae*, I-II, Oxford, OCT, 1898-1900. Reedición revisada por J.E. POWELL, Oxford 1942.

¹¹ *Carn.* 12, 2. Cf. K. DEICHGRÄBER - E. SCHWYZER, *Hippokrates, Über Entstehung und Aufbau des menschlichen Körpers* (περὶ σαρκῶν), Leipzig-Berlin, 1935. Cf. p. 30: «er gehört in das Ende des fünften Jahrhunderts». R. JOLY, *Hippocrate*, tome XIII, CUF, París, 1978, p. 183: «En l'absence de telles constatations, c'est la date ancienne qu'il faut retenir».

¹² P. = página; l. = línea. Para textos de la *Antigua Medicina (VM)*, citamos por la edición de J.L. HEIBERG, e.a., *Hippocratis opera: De prisca medicina*, Leipzig, 1927, pp. 36-55. El tratado hipocrático *Sobre las fracturas (Fract.)* lo citamos por la edición ya señalada de KÜHLEWEIN (II, 46-110). Lo mismo hacemos con el tratado hipocrático *Sobre las heridas de la cabeza* (II, 1-29).

locución ática, en principio espacial y temporal (cf. Th. VII 38,1 τῆς δὲ ἡμέρας ἐπὶ πολὺ προσπλέοντες), deriva la posterior ἐπὶ τὸ πολὺ, de carácter modal, en la que ἐπὶ expresa la relación.

He aquí, pues, el ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ de nuestro tratado médico, que hemos tenido que ir a reencontrarlo en Tucídides ante la imposibilidad de hallarlo en Heródoto. Y la verdad es que ni en Tucídides ni en el *CH* aparece esta locución adverbial una sola vez, sino varias. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, aquella frase con que el historiador de la guerra del Peloponeso sugería, en la parte de su Historia denominada Arqueología, que en el remoto pasado, tras la guerra de Troya «se producían *por lo general* disensiones internas en las ciudades» (Th. I 12, 2 καὶ στάσεις ἐν ταῖς πόλεσιν ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ ἐγίγνοντο)? Y otros dos ejemplos de esta locución encontramos en Tucídides ¹³, además del par ya mencionado ¹⁴.

Pues bien, la locución ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ, además de encontrarse, tal como ya hemos señalado, en el tratado que lleva por título *Sobre las articulaciones*, aparece también en otras obras antiguas del *CH*, a saber ¹⁵: en *Sobre los aires, aguas y lugares* ¹⁶ —donde, por cierto, encontramos también la locución [*Aër.* 4, 5 L. (=I, p. 37, 1.1 K.) y 14, 16 L. (=I, p. 56, 1.14 K.)] ὡς ἐπὶ τὸ πλῆθος, que reencontraremos en Platón (*Phdr.* 275 b) y Aristóteles (*GA* 786 a 35)—, en *Sobre la enfermedad sagrada* ¹⁷, y en el primer libro de las *Epidemias* ¹⁸. Veamos algunos de estos ejemplos con más detalle: *Aër.* 6, 5 D. αἴτιον δέ, ὅτι ὁ ἥηρ τὸ ἐωθινὸν κατέχει ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ, «y la causa es que de amanecida la bruma domina *por lo general*».

Es ésta una bonita frase porque en ella encontramos la locución ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ, no herodotea, al lado del sintagma τὸ ἐωθινόν, «de amanecida», que sí que es utilizado por Heródoto tal cual, como ad-

¹³ TH. V 107; VI 46, 4.

¹⁴ TH. I 12, 2; II 13, 3. Sobre el carácter ático de πολὺ en el *CH*, cf. H.W. SMITH, *The Sounds and Inflections of the Greek Dialects, Ionic*, Oxford, 1894, p. 386: «In Hipokrates the proportions are somewhat different, and lead one to the conclusion that an original πολλός had been buried by successive deposits of Epic and Attic forms». Cf., asimismo, sobre la tendencia en jonio a emplear πολλόν como adverbio, E. SCHWYZER, *Griechische Grammatik* I, Munich 1953³, p. 584. En Homero coexisten los neutros adverbiales πολὺ y πολλόν: *Il.* II 702 πολὺ πρότιστον. *Il.* I 91 πολλόν ἄριστος.

¹⁵ Nos han sido de inapreciable ayuda los cinco tomos de las concordancias de los tratados hipocráticos: C. MALONEY - W. FROHN - P. POTTER (ed.), *Concordantia in Corpus Hippocraticum, Concordance des oeuvres hippocratiques*, I-V, Hildesheim - Zürich - Nueva York, 1986.

¹⁶ *Aër.* 5, 12; 6, 5; 12 D. = H. DILLER, *Ueber die Umwelt*, Berlín, 1970. (En general, *Aër* aparece citado por D.)

¹⁷ *Morb. Sacr.* 5, 15; 8, 9.

¹⁸ *Epid.* I 1, 6; I 2, 7, 10; I 3, 18, 23 J. (J. = W.H.S. JONES, *Hippocrates: Epidemics I*, Londres-Cambridge (Mass.), 1923, 146-211).

verbio: Hdt. III 104,2 θεομότατος δέ ἐστι ὁ ἥλιος τούτοισι τοῖσι ἀνθρώποισι τὸ ἔωθινόν, «para esas gentes el sol es en mayor grado caliente, de amanecida».

En *Sobre la enfermedad sagrada* registramos la siguiente frase: *Morb.Sacr.* 5,15 G.¹⁹ καὶ τὰ οὕτω παιδευθέντα οὐ γίνεται ἐπίληπτα τῇ νόσῳ ταύτῃ ὥς ἐπὶ τὸ πολὺ, «y los niños así criados no resultan atacados de la enfermedad esa por lo general». Es éste también un precioso ejemplo que nos sirve para observar minuciosamente qué tipo de jonio tan contaminado ya de ático es éste de los más antiguos tratados del *CH*. En efecto: del giro adverbial ὥς ἐπὶ τὸ πολὺ ya hemos hablado y, por tanto, no vamos a insistir sobre él ahora. Pero la perífrasis γίνεται ἐπίληπτα es francamente interesante, porque, por un lado, una perífrasis formada por el verbo γίνεσθαι y un adjetivo o participio es en verdad frecuente en la obra del historiador. Recordemos que Heródoto confiesa, en el proemio de su obra²⁰, su propósito de evitar que «las altas y admirables empresas de griegos y bárbaros se queden sin conmemoración»: ἀκλεῖα γένηται. Pero, por otra parte, aunque Heródoto gusta de perífrasis y conoce el valor semántico del verbo ἐπιλαμβάνω cuando su sujeto es el nombre de una enfermedad («atacar por sorpresa»), aun así y todo, no podría el historiador de Halicarnaso haber escrito nunca ἐπίληπτα, porque en el jonio que él usa para escribir su obra el participio en -τός del verbo ἐπιλαμβάνω es ἐπίλαμπτος. Y así leemos Hdt. III 69,4 ἐπίλαμπτος ἔσται (perífrasis) y en III 127,3 nos topamos con el participio en -τέος, καταλαμπτέος, en la frase καταλαμπτέος ἐστὶ ἡμῖν θανάτῳ, y en Hdt. IV 13,1 nos encontramos con la perífrasis φοιβόλαμπτος γενόμενος, en la que aparece el adjetivo verbal en -τός (λαμπτός) compuesto φοιβόλαμπτος, «preso por la locura de Febo».

Y, sin embargo, como ya hemos señalado, Heródoto conoce el uso del verbo ἐπιλαμβάνω llevando como sujeto el nombre de una enfermedad, y significando «atacar de improviso». Ejemplo: Hdt. VIII 115,3 ἐπιλαβὼν δὲ λοιμὸς τε τὸν στρατὸν καὶ δυσεντερίη κατ' ὄδον ἔφθειρε. Consiguientemente, en la frase del tratado *Sobre la enfermedad sagrada*, que nos ocupa, al lado del jonismo νόσῳ, que en ático sería νόσῳ, no hay más remedio que contar con aticismos.

Pasemos ahora a contemplar un ejemplo del giro adverbial ὥς ἐπὶ τὸ πολὺ en el primer libro de las *Epidemias*.

Nada más comenzar el susodicho libro tropezamos con esta escueta

¹⁹ G. = H. GRENEMANN, *Die Hippokratische Schrift «über die heilige Krankheit*, Berlín, 1968.

²⁰ HDT. I 0, 3.

frase que caracteriza la primera *katástasis*: *Epid.* I 1,6 (I, p. 180,1.5 K.) θέρος ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ ἐπινέφελον, «el verano por lo general nuboso».

Pues bien, a continuación de ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ, aparece un adjetivo que volvemos a encontrar en Heródoto, en aquel pasaje en que se describe cómo Jerjes contempló un eclipse que los magos luego interpretarían como presagio favorable. El Gran Rey pudo ver cómo el sol abandonó su habitual asiento, y esto sin que «el tiempo estuviera nuboso» (Hdt. VII 37,2 οὐτ' ἐπινεφέλων ἐόντων). Una vez más, pues, elementos de la prosa jónica y de la prosa ática se muestran ensamblados en la lengua jónico-ática de los más antiguos tratados hipocráticos. Y no olvidemos lo más importante a propósito de la locución ὡς ἐπὶ τὸ πολὺ: para encontrar en la Historia de la lengua griega un sintagma formado por la conjunción ὡς seguida de sintagma preposicional, hay que llegar a Heródoto (VIII 101,1 ὡς ἐκ κακῶν ἐχάραη) y a Sófocles (*OC* 15 ὡς ἀπ' ὀμμάτων), y para dar con la sustantivación de adjetivos (en concreto πολλύς) hay que aguardar también hasta Heródoto (II 68,1 τὸ πολλὸν τῆς ἡμέρας).

Evidentemente, existe en la lengua de los tratados hipocráticos más antiguos un consciente alejamiento de la lengua herodotea. Piénsese tan sólo en este ejemplo: exceptuando los tratados *Sobre las enfermedades* I, II y el *Sobre la naturaleza de las mujeres*, que pertenecen a la escuela de Cnido²¹, cronológicamente anterior a la de Cos según los propios antiguos²², no encontramos en los escritos del *CH* casos de *tmesis* de preverbo y verbo que exhiban entre uno y otro elemento la partícula οὖν (jónico ὄν). En cambio, en Heródoto²³ sí que se re-

²¹ Sobre esta escuela, I. M. LONIE, «The Knidian Treatises of the *Corpus Hippocraticum*», *CQ*, 15, 1965, 1-30 y J. JOUANNA, *Hippocrate. Pour une archéologie de l'école de Cnide*, París, 1974. El término «cnidio» en su máxima extensión, aplicado a un grupo de veinte tratados del *CH*, se debe a J. ILBERG, «Die medizinische Schrift über die Siebenzahl und die Schule von Knidos», *Festschrift für Lipsius*, 1894, 33 ss.; «Die Ärzteschule von Knidos», *Berichte über die Verhandlungen der Sächs. Akad. Wiss.* 76,3, 1924. Por el contrario, L. EDELSTEIN, *Περί ἀέγων* und *die Sammlung der hippokratischen Schriften*, Berlín, 1931, p. 159, n., sólo adjudica a la escuela cnidia tres tratados, y L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la collection hippocratique*, París, 1953, únicamente dos. Seguimos a JOUANNA, *o.c.*, pp. 152 ss., y 502, al considerar que los tratados ginecológicos son cnidios (cf. JOUANNA, *o.c.*, p. 160 «bien que les écrits gynécologiques soient cnidiens») y que Lonie, y antes Edelstein y Bourgey, se quedan cortos al asignar tratados a la escuela cnidia, mientras que el cómputo de Ilberg es exagerado. Parte de la terapéutica de *Sobre la naturaleza de las mujeres* coincide curiosamente con la de *Sobre las enfermedades* II A (JOUANNA, *o.c.*, p. 461). Cf. JOUANNA, *o.c.*, 462, n. 1: «Il n'est pas une formule [sc. de *Nat.fem.*] qui ne trouve son correspondant dans *Maladies II A*». Ya Littré en el siglo XIX atribuía *Sobre las enfermedades* II a un médico cnidio (cf. E. LITRÉ, *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, I 363).

²² Cf. JOUANNA, *o.c.* p. 13, n. 5 y *RE s. v. Euryphon*, cols. 1342 - 1344 (M. WELLMANN); 1342 «Euryphon aus Knidos, ein älterer Zeitgenosse des Hippokrates».

²³ HDT. I 194,4; II 39,2; 40,2; 47,1; 70,2; 85,2; 86,4; 87,2; 88; 96,2; 122,3; 172,3; III 82,4; IV 60,2; 196,2; etc.

gistran ejemplos de este esquema sintáctico: preverbio + partícula ὄν + verbo en aoristo gnómico del indicativo, que pone de relieve que la acción expresada es habitual: Hdt. II 86,4 ἐξ ὄν εἶλον τὴν κοιλίην πᾶσαν. Como se ve por el ejemplo precedente, esta estructura sintáctica sirve para referir un proceso, lo que encajaría muy bien con el propósito de muchos tratados hipocráticos que, en efecto, describen procesos.

Nos vamos a contentar con citar dos ejemplos de estructura sintáctica muy similar, el uno de *Sobre las enfermedades II* y el otro de *Sobre la naturaleza de las mujeres*, dos tratados de cuya estrecha relación ha escrito el sabio investigador J. Jouanna²⁴. *Morb.* II 50 (p. 186, 1.21 J.)²⁵ ἔπειτα καὶ πυρετοὶ ἰσχυροὶ ἐπιγινόμενοι κατ' ὄν ἔκτειναν, «luego también le sobrevienen unas fuertes fiebres que lo matan»²⁶. *Nat. Mul.* 11,11 καὶ ἐπ' ὄν ἐφάνη τὰ ἐπιμήνια,²⁷ «y hacen acto de presencia las menstruaciones». Existen en *Morb.* I varios ejemplos de δι' ὄν ἔφθειρεν, etc.²⁸, que sólo son comparables a los de Heródoto por la *tnesis*, pues en el historiador la partícula que aparece entre preverbio y verbo es ὄν (forma jónica equivalente al ático οὖν) y de διαφθείρω en concreto no tenemos ningún caso de *tnesis* y mucho menos de un valor intransitivo de este mismo verbo, que es el que tiene en *Morb.* I 18,23 οὐκ ἔτι δέχεται οὐδέν...ἀλλὰ δι' ὄν ἔφθειρεν, «ya no admite nada... sino que, como era de esperar, perece».

En el libro I de *Sobre las enfermedades* nos topamos nada más empezar a leerlo con *Morb.* I 1,2 ἐρωτώμενος ἀποκρίνεσθαι («responder»); y, un poco más adelante, en el mejor manuscrito (el famoso ms. θ) leemos *Morb.* I 1,30 ἢ ἐρωτῶν ἢ ὑποκρινόμενος («respondiendo»). Ahora bien, la coexistencia de ἀποκρίνεσθαι²⁹ y ὑποκρίνεσθαι³⁰ significando «responder» se registra también en Heródoto siempre que estemos dispuestos a preferir el consenso de los más importantes códices a las correcciones de Bekker y de Bredow³¹.

²⁴ Cf. JOUANNA, *o.c.*, pp. 461 ss.

²⁵ Jou. = J. JOUANNA, *Hippocrate*, Tome X, 2.^a partie, *Maladies II*, París, 1983.

²⁶ Cf., asimismo, *Morb.* II 51 (p. 188, 1.17) τοῦτον χρόνον ὅταν ἐπιλάβωσι πυρετοὶ ἰσχυροί, ἀπ' ὄν ὄλετο ὑπὸ λιπυρίου, «Este, con el tiempo, cuando le sobrevienen fuertes fiebres, se muere por lipiria» (Sobre la *lipiria*, cf. R. STRÖMBERG, *Griechische Wortstudien*, Göteborg, 1944, pp. 81 s.).

²⁷ Cito por L. = E. LITTRÉ, *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, París, 1851, VII, 310-431.

²⁸ Cf. Littré, *o.c.* VI 271-2: «N.B. Dans le premier livre *Des Maladies* on trouve fréquemment, donné par un seul ms., le ms. θ, cette forme-ci: δι' ὄν ἐφθάρησαν... Ces formes, je ne les ai pas admises dans le texte; mais actuellement je pense qu'il aurait été mieux de le faire».

²⁹ HDT. V 49,9; VIII 101,1.

³⁰ HDT. V 49,9.

³¹ HDT. VIII 101,1.

En cualquier caso, a nosotros lo que nos interesa es comprobar cómo los tratados del *CH* pasan de un jonio en el que ὑποκρίνεσθαι significa todavía «replicar» (*Fract.* 16,39 K. ὑποκρινέσθω δὲ ὁ ἐπιδεδεμένος) a otro jonio en que se puede usar tanto ὑποκρίνεσθαι (forma jonia) como ἀποκρίνεσθαι (forma ática) para decir «responder». Y esto es muy curioso porque está claro que en un principio para decir «contestar» se empleaba en el *CH* la voz jónica ὑποκρίνεσθαι, como queda claro no sólo por los testimonios de *Sobre las fracturas* (*Fract.* 9,12; 16,34; 19,23 K.), donde aparece expresada «la respuesta del paciente», sino también en las *Epidemias*, donde se leen frases como ésta: *Epid.* VII 11,59 L. πρὸς τὸ ἐρωτώμενον ὑπεκρίνετο. Por otra parte, en cambio, encontramos en los tratados más antiguos del *Corpus* el verbo ἀποκρίνεσθαι con el significado de «separarse a modo de excreción»; así, por ejemplo: *Aër.* 9,22 καὶ τὸ μὲν λεπτότατον αὐτοῦ ἀποκρίνεται. Cf. asimismo *Morb.* I 25,4.

Pasemos ahora a las conjunciones temporales formadas sobre ἐπεί. En jonio de inscripciones localizamos la forma ἐπεάν en una inscripción de Eretria del siglo VI a.J.C., en la que leemos *Schw.* 800 AB I,1 (Eretria, VI a.J.C.) επεαν κατομοσει³². Y ésta es la forma que esta conjunción temporal adopta en Heródoto, si se exceptúa un lugar (*Hdt.* VIII 144,5 ἐπειδὰν τάχιστα πύθηται τὴν ἀγγελίην, según el consenso de los mejores manuscritos, pero corregido por Bredow en ἐπεάν); por ejemplo: *Hdt.* II 14,2 ἐπεάν ὁ ποταμὸς ἄρση τὰς ἀρούρας.

Por el contrario, en ático de las inscripciones encontramos ἐπειδάν (*IG* I², 88, 7 ἐπειδάν δοχσει) y en Tucídides la forma de la conjunción que equivale a jónico ἐπεάν es, asimismo, ἐπειδάν. Ejemplo: *Th.* II 34,3 ἐπειδάν δὲ ἡ ἐκφορὰ ἦ.

Pues bien, en el *CH* nos topamos con ἐπειδάν: *Aër.* 22,18 ἐπειδάν ἀφίκωνται παρὰ γυναικας.

Morb. Sacr. 7,16 ἐπειδάν ἀποκλεισθῶσιν αἱ φλέβες. Ahora bien: existen asimismo en los tratados antiguos ejemplos de ἐπήν y ἐπήν δέ: *Fract.* 15,13 K. ἐπήν ἐπιδεθῶσιν ὅστέα κατηγότα. *Fract.* 31,76 K. ἐπήν δὲ ἐπὶ τὰ ἡμέραι παρελθῶσιν. Y se observa ya desde antiguo una alternancia de ἐπήν δέ (jonio) frente a ἐπειδάν δέ (ático). Por ejemplo: *Fract.* 16,47 K. ἐπήν δὲ ἐβδομαῖος ἢ ἢ ἐναταῖος ἢ ἐνδεκαταῖος γένηται. *Aff.* 7,2 L. ἐπειδάν δὲ πεμπαῖος γένηται ἢ ἐκταῖος.

Y podemos estar seguros de que ἐπειδάν acompañado o sin acom-

³² *Schw.* = E. SCHWYZER, *Dialectorum Graecarum exempla epigraphica potiora*, Leipzig 1923³, reim. Hildesheim, 1960.

pañamiento de la partícula conectiva δέ es forma tan antigua en el CH como ἐπὶν δέ y ἐπὶν respectivamente. Citamos para ello dos ejemplos, uno de *Sobre las heridas de la cabeza* (VC) y otro de *Sobre la enfermedad sagrada* (*Morb.Sacr.*): VC 14,30 ἐπειδὴν δὲ ζύσης τὸ ὄστέον τῷ ξυστήρι. *Morb. Sacr.* 12,7 G.: ἐπειδὴν προαίσιθωνται.

Este último ejemplo del tratado que lleva por título *Sobre la enfermedad sagrada* es espléndido desde el punto de vista de la Historia de la lengua; y ya no sólo porque ἐπειδὴν es una conjunción netamente ática (aparece una sola vez en Homero: *Il.* XIII 285), sino también porque aparece dentro de un más amplio contexto a todas luces revelador. El autor se está refiriendo al hecho de que los niños que han sufrido más de una vez ataques de epilepsia huyen por miedo y por temor a la enfermedad en cuanto presienten que un nuevo acceso o acometimiento de este mal les va a sobrevenir. El autor del tratado se expresa así: ³³

ὅταν δὲ πλεονάκις κατάληπτοι γένωνται, ἐπειδὴν προαίσιθωνται, φεύγουσι παρὰ τὰς μητέρας ἢ παρὰ ἄλλον, ὄντινα μάλιστα γινώσκουσιν, ὑπὸ δέους καὶ φόβου τῆς πάθης.

En todo este pasaje descubrimos una jerga dialectal intermedia entre el jónico y el ático.

En efecto: ya hemos tratado de la perífrasis κατάληπτοι γίνεσθαι, y también de la conjunción ἐπειδὴν.

Pero es que, además, el empleo absoluto del verbo προαίσιθάνεσθαι significando «darse cuenta de antemano de algo» se localiza por vez primera en Tucídides, en frases como ésta: Th. I 136,1 Ὁ δὲ Θεμιστοκλῆς προαίσιθόμενος. Y el adverbio πλεονάκις es una variante textual de las *Historias* de Heródoto ³⁴ que sólo aparece en las

³³ *Morb. Sacr.* 12,7 ss. G. (p. 80, l. 5 ss G.). La conjunción ἐπειδὴν que aparece en algunas inscripciones jónicas ha de entenderse como aticismo. Por ejemplo, en las antiguas inscripciones de Eretria se emplea ἐπεάν (*Schw.* 800 AB, I, 1, VI a.J.C.), mientras que en las modernas (ya en pleno siglo IV a.J.C.) leemos ἐπειδὴν (*IG* XII, 9, 191 a 5). En otras inscripciones jónicas en que también aparece ἐπειδὴν resulta que nos topamos con otras huellas de influjo ático. Cf., por ejemplo, *Schw.* 733, 24-5 (Zelea, 334/3 a.J.C.), *Schw.* 811,3 (Oropo, IV a.J.C.), *SGDI* 5689,7 (Eritras, 350 a.J.C.) etc. En general puede afirmarse que tanto en el caso de* εἰάν > jón. ἦν, át. ἐάν, como en el de *ἐπειάν > jón. ἐπὶν; *ἐπειδῆν > át. ἐπειδὴν, el jónico prefiere la contracción y el ático la crasis. Cf. M. LEJEUNE, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*, París, 1972, p. 323. En cuanto a la aparición de ἐπειδὴν en Hom. *Il.* XIII 285, cf. E. SCHWYZER - A. DEBRUNNER, *Griechische Grammatik* II, Munich, 1959², p. 659, n. 2; «ἐπειδὴν N 285 ist Attizismus der Ueberlieferung».

³⁴ *HDt.* IV 78,5: πλεονάκις δ.

inscripciones áticas a finales del siglo IV y comienzos del III a. J.C.³⁵ Y en cuanto a la literatura, estos adverbios formados sobre el modelo de *πολλάκις* nacen a finales del siglo V a.J.C. Pensemos en *ὀλιγάκις* adverbio empleado por Tucídides en VI 38,3 *ἢ πόλις ἡμῶν ὀλιγάκις ἡσυχάζει*.³⁶

Por último, en cuanto a la construcción *ὑπὸ δέους καὶ φόβου τῆς πάθης*, debemos hacer las siguientes puntualizaciones. En ático ése es el orden en que aparecen normalmente los dos sustantivos que componen el sintagma³⁷, mientras que en Heródoto encontramos el inverso³⁸.

Pero más interesante que eso es el empleo de la voz *πάθη* para indicar una «afección», hecho que se registra en Heródoto cuando éste nos refiere la ceguera de Ferón el hijo de Sesostris: Hdt. II 111,4 *τὴν πάθην τῶν ὀφθαλμῶν*.

Esta palabra, en cambio, no aparece en Tucídides, quien se refiere a la peste de Atenas con la voz *πάθος*: Th. II 54,1 *τοιούτῳ μὲν πάθει οἱ Ἀθηναῖοι περιπεσόντες*. Y justamente ésa es la palabra que encontramos en tratados hipocráticos antiguos para referirse a la enfermedad. Por ejemplo, en el tratado *Sobre la enfermedad sagrada*, sin ir más lejos, cuando se nos dice³⁹ que los ignorantes consideraron sagrada la enfermedad así llamada, o sea: la epilepsia, sin serlo realmente, la voz que se emplea para el concepto de «enfermedad» es *πάθος*. Y más adelante⁴⁰ se considera que la susodicha afección (*πάθος*) no es más que una de tantas enfermedades (*νοσήματα*) incluso para los que intentan curarla mediante purificaciones. Es sumamente interesante para fijar la cronología de los más antiguos tratados hipocráticos el hecho de que en ellos cohabiten tres términos que significan exactamente lo mismo, a saber: «afección». Y, en efecto, debemos contar con *πάθη*, la forma jónica; *πάθος*, la ática; *πάθημα*, la del nuevo jónico-ático que va a dar lugar a la *koiné*. Veamos algunos ejemplos: *VC* 13,2 K. *πάθας τὰ ἐν τῷ ὀστέῳ γινομένης*. *Morb. Sacr.* 3,1 G. *ἀλλὰ γὰρ αἷτιος ὁ ἐγκέφαλος τοῦτου τοῦ πάθους ὥσπερ τῶν ἄλλων νοσημάτων*. *VM* 14, 8 H. *τι τῶν κατὰ τὸν ἄνθρωπον παθημάτων*.

Pero más importante que está puntualización respecto del léxico

³⁵ *IG* II² 682, 24-25 *χειροτονηθεις πλεονακισ*.

³⁶ Cf. E. SCHWYZER, *Gr. Gr.* = *Griechische Grammatik* I, Munich, 1939, 598.

³⁷ *Lys* XX 8; *D.* XXI 124; pero cf. *D.* XXIII 103.

³⁸ *Hdt.* IV 115, 2.

³⁹ *Morb. Sacr.* 1,11 G. = p. 60, 1.25 G.

⁴⁰ *Morb. Sacr.* 1,24 G. = 62,24 G.

es la coincidencia observable en expresiones adverbiales acumulativas que se registra al comparar los más antiguos tratados hipocráticos con las obras de Heródoto y Tucídides. Por ejemplo, la locución acumulativa Hdt. V 90,2 ἔτι δὲ (τε) πρὸς τούτοισι la encontramos tal cual en *Aēr.* 8,19; 16,20; 22,1 D.; *Fract.* 47,20 K.; *De Arte* 10,16 H.⁴¹ Por el contrario, ἔτι δὲ καί, que es la que encontramos preferentemente en Tucídides (Th. I 80,3; II 13,5; III 58,3, etc.), aparece en *Sobre la antigua medicina* (VM 21,1 H.), el libro IV de las *Epidemias* (*Epid.* IV 20,2 Lg.)⁴², en *Sobre el Arte* (*de Arte* 10,10 H.), *Sobre el régimen en las enfermedades agudas* (*Acut.* 21,14; 59,12 J.)⁴³, *Sobre la dieta* (*Vict.* III 67,10 J.)⁴⁴, *Sobre las afecciones internas* 21,26 L., en *Afecciones de la mujer* (*Mul.* I 8,36 L.), en la *Segunda Carta de Hipócrates a Damágetas*, 17,7 P.)⁴⁵ y en el *Discurso de embajada de Tésalo* (*Legat.* 27,125 L.)⁴⁶.

Queda, pues, claro que frente a la locución acumulativa ἔτι δὲ καί aparece en antiguos tratados del CH la locución equivalente ἔτι δὲ πρὸς τούτοισι que, precisamente por el sintagma πρὸς τούτοισι compuesto por la preposición πρὸς con valor aditivo y el locativo neutro plural del pronombre οὗτος, consideramos que es más bien jónica que ática.

En efecto, este sintagma πρὸς τούτοισι(v) o de πρὸς aditivo más pronombre demostrativo aparece una sola vez en Homero (*Od.* X 68 πρὸς τοῖσιν) y luego en Jenófanes (Xenophan. 7,3 D.). En la tragedia ática lo encontramos, en *Persas* de Esquilo (*Pers.* 237 πρὸς τούτοισιν)⁴⁷. Pero la locución πρὸς τούτοισιν donde sobre todo la encontramos es en la prosa de Heródoto: I 65,4; 65,5; 74,6; 86,6; II 51,5; III 45,3; 142,4; IV 184,2; VII 114,1; 135,1; 191,2; 203,1; VIII 38; IX 16,5; 94,2. Y, lo que es más importante todavía: esa locución acumulativa ἔτι δὲ πρὸς τούτοισι, que viene a significar lo mismo que en inglés el adverbio compuesto «moreover», se ve que donde está bien arraigada es en el jonio de Heródoto, pues cuenta en él con tres va-

⁴¹ H. = J. L. HEIBERG e.a. *Hippocratis opera: De arte*, Leipzig, 1927, pp. 9-19.

⁴² Lg. = V. LANGHOLF, *Syntaktische Untersuchungen zu Hippokrates-texten*, Maguncia, 1977, pp. 133-174.

⁴³ J. = W. H. S. JONES, *Hippocrates: Regimen in Acute Diseases*, I-II, Londres-Cambridge (Mass.), 1923, pp. 62-125.

⁴⁴ Jo. = JOLY; cf. n. 52.

⁴⁵ P. = W. PUTZGER, *Hippocrates quae feruntur Epistulae ad codicum fidem recensitae*, Leipzig, 1914. Cf. L. IX 348.

⁴⁶ Cf. L. (Litré), IX p. 414.

⁴⁷ En S. Ph. 1339 y en Ar. Nu. 720 (anap.) leemos respectivamente πρὸς τοῖσδ' ἔτι y πρὸς τούτοις ἔτι κακοῖς. Pero está claro que en ninguno de estos dos casos se trata de la misma locución comentada. En el primero, πρὸς τοῖσδ' se refiere a la afirmación previa (v. 1339) del adivino Heleno. No es, pues, locución adverbial. Tampoco lo es en el ejemplo aristofánico, pues en él τούτοις es adjetivo referido a κακοῖς.

giantes: πρὸς τούτοις ἔτι⁴⁸, πρὸς ἔτι τούτοις⁴⁹ y ἔτι πρὸς τούτοις⁵⁰.

Pues bien, de todo lo que precede se desprende claramente una conclusión: no cabe mostrarse absolutamente pesimista a la hora de caracterizar el jonio de los tratados hipocráticos. Que en él se descubren inaceptables hiperjonismos como πούλῦς⁵¹ o ῥίζη⁵² es claro y hay que rechazarlos tajantemente⁵³. Asimismo los dorismos⁵⁴ son fáciles de detectar aunque no hay por qué suprimirlos del texto. Por ejemplo debemos respetar el verbo ἔρω significando «ir» o «venir» que nos topamos, por ejemplo, en *Vict.* I 16,7 τὰ μὲν κάτω πιέζεται, τὰ δὲ ἄνω ἔρωπει, y, por supuesto, en la tragedia ática (p. ej. E. *Andr.* 722 ἔρωπε δεῦρο) y, claro está, en las inscripciones de dialectos dorios, como p.ej., *IG* IV 951, 86 (Epidauró, IV a.J.C.) ἦρωπε εἰς τὸ ἱερόν. También es muy importante el dorismo ποτί que aparece como adverbio en los tratados *Sobre las fracturas* y *Sobre las articulaciones*⁵⁵, hecho sobre el que llamó hace tiempo la atención Diels⁵⁶.

Y, por lo demás, hay que resignarse a esperar en el dialecto del CH la coexistencia de jonismos y aticismos y, como en toda lengua escrita, la presencia de formas no propias de la lengua hablada, sino procedentes de la lengua o lenguas literarias.

Tomemos un tratado; por ejemplo, el *Sobre la enfermedad sagrada*. En él encontraremos junto a la forma νοῦσος, atestiguada en Homero y en jonio, pero no en dorio (incluso en dialectos que, como el de Cirene⁵⁷, participan en la tercera oleada de alargamientos compensatorios⁵⁸), el adjetivo νοσηρός y el nombre neutro en -μα νόσημα formado no sobre la forma jónica (νούσος) → *νουσέω sino sobre la ática (νόσος) → νουσέω. Ejemplos: *Morb. Sacr.* 18,1 G. ἡ νοῦσος ἢ ἰρή καλεομένη. *Morb. Sacr.* 2,10 G. καὶ ἀπὸ τῶν νοσηρῶν

⁴⁸ HDT. I 32,7; 99,1.

⁴⁹ HDT. I 64,2; III 65,7; IX 111,2.

⁵⁰ HDT. V 90,2; VII 197,2.

⁵¹ Cf. *Morb.* II 55,2 καὶ τὸ σίγαλον (σίελον Jouanna) ἀποπτύει πούλυ (πολλόν Jouanna).

⁵² Cf. *Vict.* I 7,8 Jones οὔτινος γὰρ μὴ ἐνεῖη μοῖρη (μοῖρα Joly). Joly = R. JOLY (ed.), *Hippocrate. Du régime*, París, 1967. Cf. n. 44.

⁵³ Cf. *Vict.* II 54,17 Jones ἡ ῥίζη = II 54,9 Joly. Creemos que hay que leer ῥίζα.

⁵⁴ F. BECHTEL, *Die griechischen Dialekte* III, Berlín, 1924, cf. pp. 27-28. V. SCHMIDT, «Dorismen im *Corpus hippocraticum*», *Corpus Hippocraticum* (Colloque de Mons, sept. 1975), Mons, 1977, pp. 49-64.

⁵⁵ *Fract.* 3,29; 34, 6 K. *Art.* 8,37; 41,3; 46,44; 57,33; 69,49 K. Sobre todo es muy frecuente la locución ποτί καί, claramente acumulativa.

⁵⁶ *Berl. Sitzungsberichte*, 1910, 1151, *Apud* BECHTEL, *o.c.*, III, p. 27.

⁵⁷ *SEG.* IX 1, 1944, n.º 72,4 (Cirene, IV a.d.C.) = *Supplementum Epigraphicum Graecum*, ed. J. J. E. HONDIUS *e.a.*, Leiden, 1923...

⁵⁸ *SEG.* IX 1, 1944, n.º 72, 102 (Cirene, IV a.J.C.) ἠναταν.

νοσηρός. *Morb. Sacr.* 2,12 G. οὐδὲν θειότερόν ἐστι τῶν λοιπῶν νοσημάτων.

En una nota a la introducción a Heródoto de la Colección «Budé», obra de Ph.-E. Legrand⁵⁹, A. Meillet, refiriéndose a la lengua que aparece en los manuscritos que transmiten la obra del historiador jonio, escribió: «En somme, la tradition fournit des formes plausibles, et dont l'intérêt est grand au point de vue linguistique»⁶⁰.

Pues bien: que cuando se constituyen masivamente nombres en -μα el jónico y el ático están en fructífero contacto, no sólo no es una herejía lingüística, sino una de las afirmaciones más ortodoxas que puedan hacerse en la Historia de la lengua griega⁶¹. He aquí un ejemplo que confirma lo que decimos: Heródoto emplea a la vez las voces πάθη y πάθημα con la significación de «infortunio» o «padecimiento». Así, leemos en Hdt. I 123, 1 τὰς πάθας τὰς Κύρου τῆσι ἐαυτοῦ ὁμοιοῦμενος. I 207,1 τὰ δέ μοι παθήματα ἐόντα ἀχάριτα μαθήματα γέγονε⁶². Y la voz πάθη significando «afección» está atestiguada en los tratados hipocráticos antiguos (*Morb.Sacr.* 12,17 ὑπὸ δέους καὶ φόβου τῆς πάθης) conviniendo ya con πάθος (*Morb.Sacr.* 1,25 ἰρὸν ἐνόμισαν τοῦτο τὸ πάθος εἶναι).

En la lengua de la medicina παθήματα significa «afecciones» (*Art.* 56,4 K. τούτοισιν οὖν τὰ μὲν ὁστέα ταῦτα παθήματα πάσχει) y luego ya, en Aristóteles, es decir: en la *koiné*, la voz παθήματα puede referirse a las afecciones anímicas, a las «pasiones». Por ejemplo, Arist. *Po.* 1449 b 27 περαινουσα τὴν τῶν τοιούτων παθημάτων κάθαρσιν⁶³, una frase bien conocida con la que se enuncia que el propósito de la tragedia es intentar llevar a cabo una purificación «de tales afecciones anímicas». Y no cabe ya diferenciar la voz πάθημα, que es una formación en -μα forjada no sobre πάθος ni sobre πάθη, sino que, formada sobre παθεῖν, sustituye a πάθη, una voz más jónica que ática⁶⁴.

La existencia, por un lado, de νόσημα, voz formada sobre el ático

⁵⁹ PH. E. LEGRAND, *Hérodote... Introduction*, CUF, París, 1932.

⁶⁰ LEGRAND, *o.c.*, p. 223, n.2.

⁶¹ Cf. P. CHANTRAINE, *La formation des noms en grec ancien*, París, 1933, pp. 175-190. Cf. p. 188 «la prose ionienne-attique... a tendu a constituer un système défini de dérivés verbaux en -μα qui indiquent le résultat de l'action».

⁶² En la historia de la ceguera de Ferón, el hijo de Sesostris, Heródoto se refiere a su afección oftálmica, a su ceguera, con el sintagma Hdt. II 111,4 τὴν πάθην τῶν ὀφθαλμῶν.

⁶³ Cf. D. W. LUCAS, *Aristotle: Poetics*, Oxford, 1968, p. 97: «they (*sc.* πάθος y πάθημα) are indistinguishable».

⁶⁴ CHANTRAINE, *o.c.*, p. 23: «πάθη n'est jamais devenu usuel en attique et les tragiques emploient le mot avec toute sa valeur expressive».

νοσέω y no el jónico νοῦσος (> * νουσέω), y, por otra, de πάθημα, ya empleada por Heródoto (VIII 136,1 etc.), frente a la voz jónica πάθη, que nunca llegó a ser usual en ático, constituye un elemento emblemático de lo que es en esencia la lengua de los más antiguos tratados del *Corpus Hippocraticum*.

Thermós y derivados en el *Corpus Hippocraticum**

JUAN ANTONIO LÓPEZ FÉREZ

(UNED, Madrid)

1. Queremos ofrecer una visión general de una familia de palabras que alcanzó notable especialización dentro de los tratados hipocráticos: la de θερμός y derivados, vistos desde una perspectiva amplia.

Nuestro trabajo parte de los datos ofrecidos por la *Concordance des oeuvres hippocratiques* de G. Maloney-W. Frohn, reim. Zurich-Nueva York, 1986, y el *Index Hippocraticus* de J. H. Kühn-U. Fleischer, Hamburgo, 1986 ss., así como del examen de los textos. Por otra parte, para hacer ver cómo se especializa la lengua hipocrática hemos revisado esa familia de palabras en un *corpus* amplio que abarca cronológicamente desde Homero hasta Aristófanes (Homero, Hesíodo, Líricos, Presocráticos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Heródoto, Tucídides, Antifonte, Lisias y Andócides).

2. Se ha visto que a diferencia de lo que ocurre con las parejas derecha/izquierda, luz/oscuridad, etc., ni «caliente» ni «frío», ni «seco» ni «húmedo» alcanzaron un sentido positivo ni negativo en el pensamiento arcaico griego, aunque lo adquirieran a la larga por su relación en algunos contextos¹. Además, ninguna de las cualidades ya citadas tuvo un papel importante en las ideas cosmológicas de los pueblos vecinos de los jonios².

* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación PB 85-0078 financiado por la CAICYT.

¹ Cf. G. E. R. LLOYD, *Polarity and analogy*, Cambridge, 1966, p. 46. Véase del mismo autor «Hot and cold, dry and wet in early Greek thought», *JHS* 84, 1964, pp. 92-106; «Who is attacked in *On Ancient Medicine*», *Phronesis* 8, 1963, pp. 108-126; «Aspects of the interrelations of medicine, magic and philosophy in Ancient Greece», *Apeiron* 9, 1975, pp. 1-16. Además, puede consultarse J. DUCATILLON, *Polémiques dans la collection hippocratique*, Lille-París, 1977.

² LLOYD, *Polarity...*, pp. 28-30.

«Caliente» y «frío» para el griego arcaico y clásico no son dos valores relativos dentro de la misma escala de temperatura, sino realidades separadas y distintas. Anaxágoras alude a la situación polar de ambas cualidades, tratando de hacer ver que la situación real era distinta: «no están separados entre sí los elementos que hay en un mundo ordenado ni están divididos con un hacha, ni lo caliente de lo frío, ni lo frío de lo caliente»³. Heráclito, por su lado⁴, se refiere a las cuatro cualidades. Tenemos ciertas noticias de que Anaximandro también se había ocupado de la cuestión, y Alcmeón apunta al equilibrio de los poderes o potencias⁵, frío, caliente, etc.

Probablemente fue Parménides⁶ quien asoció lo caliente con el fuego y la luz, y, por el contrario, lo frío, con la noche y la oscuridad. A este filósofo se remonta la teoría de que la mujer es más caliente que el hombre⁷. A su vez, Empédocles se detuvo en cuestiones como la de que el varón es concebido cuando la matriz está más caliente, y, en cambio, la mujer, cuando está más fría⁸. Sostiene la idea de que el hombre es más caliente que la mujer.

Anaxágoras se refiere a una mezcla que comprende diversos pares de contrarios, entre ellos caliente/frío, y alude en algún pasaje a la separación de lo frío, húmedo, denso y oscuro respecto de lo caliente, seco y raro⁹.

Diógenes de Apolonia, por su parte, sostenía que el aire es bastante frío y bastante caliente, un tanto seco y un tanto húmedo¹⁰.

3. Algunos reflejos de las teorías anteriores aparecen en el *CH*, donde las cuatro cualidades nombradas (caliente/frío, seco/húmedo) se presentan en diversos contextos, aun sin formar una doctrina unitaria ni coherente. En *Sobre las carnes* 2 (VIII 584 L.) encontramos los cuatro principios o elementos, uno de los cuales, el aire, es «caliente» y «húmedo». En otro tratado leemos que todos los elementos vivientes están hechos de fuego (caliente y seco) y agua (fría y húmeda) y se sostiene que los varones son más calientes y más secos que las

³ 59 B 9 D.-K.

⁴ 22 B 126 D.-K.

⁵ 24 B 4 D.-K.

⁶ LLOYD, *op. cit.*, p. 58.

⁷ LLOYD, *op. cit.*, pp. 57 ss.

⁸ 31 B 65 y 67 D.-K.

⁹ 59 B 4 y 15 D.-K.

¹⁰ 64 B 5 D.-K.

hembras a causa de la dieta, y también porque las mujeres purgan cada mes lo caliente de sus cuerpos ¹¹.

En cambio, el autor de *Sobre la medicina antigua* critica con dureza las teorías de los elementos y sostiene claramente que la medicina no necesita ninguna hipótesis para cumplir con sus fines. Desde el capítulo 16 la refutación se concentra en lo caliente y lo frío. Efectivamente no era una novedad decir que las enfermedades se deben a un exceso de lo caliente o lo frío, y, por otra parte, se ha visto el significativo uso de compuestos con ὑπέρ- para indicar el exceso de esas cualidades ¹². Sabemos por el *Anonymus Londinensis* ¹³ que Filolao de Crotona ¹⁴ sostenía que el cuerpo humano está constituido por el calor, y que las enfermedades pueden ser favorecidas por el exceso o falta de calor o frío. Por otro lado, y gracias a la misma fuente, estamos informados de que para Petróon de Egina ¹⁵ son el frío y el calor los que constituyen el cuerpo del hombre, produciéndose las enfermedades a partir del desequilibrio de esas dos cualidades ¹⁶.

Un punto crucial del ataque doctrinal emprendido por el autor de *Sobre la medicina antigua* consiste en criticar a los médicos que parten de un postulado (ὑπόθεσις), intentan reducir las enfermedades a uno o dos elementos y, luego, quieren prescribir una terapia en consonancia con ellos ¹⁷. Naturalmente, esos médicos se encontraban con un problema insoluble, viéndose obligados a divagar, pues no existe lo caliente como medicamento, sino sólo sustancias calientes con sus peculiaridades ¹⁸.

4. ΘΕΡΜΟΣ

A) EVOLUCIÓN DEL TÉRMINO HASTA FINES DEL SIGLO V a. C.

En la *Ilíada* ¹⁹ aparece el adjetivo (1) en singular referido a la «sangre todavía caliente» que sale de una herida. Por lo demás θερμά (7)

¹¹ *Vict.* I 34 (VI 512 L.)

¹² Cf. J. JOUANNA en su estudio *Hippocrate II. De la ancienne médecine*, París, 1990, pp. 25 ss. Referido a *Aff.*, *Morb.* I y II.

¹³ LLOYD, *op. cit.*, pp. 124-125; JOUANNA, *Ibid.*

¹⁴ *Anon. Lond.* 18,3 ss.

¹⁵ *Anon. Lond.* 20,1 ss.

¹⁶ JOUANNA, *op. cit.*, p. 26 se fija en cómo Platón (*Sph.* 242 d) alude a los que explican el universo valiéndose de dos principios: húmedo-seco, o caliente-frío.

¹⁷ JOUANNA, *op. cit.*, p. 23.

¹⁸ *VM* 15 (I 606 L.) (En éste y otros casos, aunque hemos acudido a las ediciones más recientes (Joly, Jouanna, etc.), damos sólo la cita según Littré por mor de brevedad).

¹⁹ θερμόν: *Il.* XI 266.

se dice de lágrimas (4), del baño, etc. Parecida situación hallamos en la *Odisea* ²⁰, Los *Himnos* ²¹, Hesíodo (1) ²² y los Líricos (10) ²³ registran el término. En cuanto a los Presocráticos cabe numerar unos 90 usos ²⁴, entre los que figuran unas 20 secuencias con artículo (τὸ θερμόν). En cambio, no hemos encontrado alusión a enfermedades en esos textos.

Heródoto recoge el vocablo en varios lugares (14) ²⁵. Tucídides, en cambio, sólo lo registra una vez, con el sentido de calor febril ²⁶.

Esquilo (8) ²⁷, Sófocles (11) ²⁸, Eurípides (13) ²⁹ y Aristófanes (21) ³⁰ presentan el término que nos ocupa. Los oradores que entran en el *corpus* estudiado también lo registran, pero no hemos visto nada relevante en sus ejemplos.

B) EL VOCABLO EN EL CH

a) El primer lugar es de destacar el gran número de casos (849) en que aparece. Importante es asimismo examinar la distribución por tratados ³¹, y, por otro lado, su aparición como sustantivo gracias al artículo ³².

b) COMO ELEMENTO

Sobre la medicina antigua ofrece numerosos pasajes llenos de in-

²⁰ *Od.*: θερμόν (2), θερμά (5), referido a lágrimas en 3 ejemplos.

²¹ En dos secuencias.

²² *Th.* 696: θερμός αὐτμή.

²³ Cf. *P.*, *P.* III 66: θερμῶν νόσων.

²⁴ Según Diels-Kranz.

²⁵ En dos ejemplos, con artículo. Así, I 142,2, aludiendo a unas comarcas de Jonia dominadas por «el frío». También presenta numerosos topónimos relacionados con el término: Θερμοπύλαι (28), Θερμαῖος κόλπος (5), Θέρμη (12), Θερμῶδων (6).

²⁶ II 49,5: τὸ ἐξῶθεν ἀπτομένῳ σῶμα οὐκ ἄγαν θερμόν ἦν. En el mismo contexto aparece θερμη (τῆς κεφαλῆς θερμαι ἰσχυραί): II 49,2.

²⁷ El léxico de Italie afirma que en un pasaje hay alusión a la fiebre, pero creemos que no ocurre así. Por su parte, en *Fr.* 177 a Radt leemos: καὶ διὰ πλεομόνων θερμὸν ἄησιν ὕπνον, «exhala desde los pulmones un sueño caliente».

²⁸ En dos ocasiones se refiere a la sangre: *OC* 622 y *Ph.* 696. En éste último texto leemos así: οὐδ' ὅς θερμοστάταν αἱμάδα κηκιομένην ἐλκῶν / ἐνθῆρου ποδὸς ἠπίοισι φύλλοις / κατευνάσειε... Es un pasaje importante en que hallamos la única forma de κηκίομαι (voz media) y de αἱμάδα (por αἷμα), que va referida, como precisa un escolio, al flujo de la sangre.

²⁹ Nada relevante.

³⁰ Sin ninguna cosa especial que destacar.

³¹ Por ejemplo, según el número de secuencias: *Vict.* (90), *Epid.* (58), *Mul.* II (58), *Nat. Mul.* (48), *Mul.* I (41), *VM* (35), *Hebd.* (35), *Aër.* (30), *Aph.* (16).

³² τὸ θερμόν: *Hebd.* (17), *Liqu.* (14), *VM* (12), *Carn.* (8), *Vict.* (8), *Aph.* (7), *Epid.* (4), *Aër.* (2).

terés en este apartado. Así, cuando se hace referencia a todos los que intentaron hablar o escribir sobre la medicina aportando un postulado a su propio razonamiento (ὑπόθεσιν αὐτοὶ ἑωυτοῖσι ὑποθέμενοι τῷ λόγῳ θερμοῦν), bien lo caliente, lo frío, lo húmedo, lo seco o cualquier otro que quieren ³³. El autor hipocrático insiste en las dificultades de quienes razonaron así, pues «el que prepara el pan ¿le quitó a los granos de trigo lo caliente (τὸ θερμόν), o lo frío, o lo seco, o lo húmedo?» ³⁴. Afirma, además, que «ellos no han descubierto ninguna cosa que sea caliente, fría, seca o húmeda por sí misma, sin estar asociada a ninguna otra clase de cualidad» ³⁵.

Con rotundidad, el pensador hipocrático expone su criterio en abierta oposición a ciertos teóricos: «yo considero, por mi parte, que el frío y el calor son, de entre todas las propiedades (πασέων τῶν δυναμίων), las que tienen menos poder en el cuerpo por esas razones...» ³⁶. Y añade otras consideraciones a su postulado: «durante todo el tiempo en que lo frío y lo caliente (τὸ ψυχρόν τε καὶ θερμόν) permanecen mezclados entre sí en el cuerpo, no causan molestia (οὐ λυπεῖ), pues lo frío es templado y moderado por lo caliente, y lo caliente por lo frío. Pero cuando uno de los dos se separa, entonces causa molestia. En ese momento, cuando sobreviene el frío y molesta algo al hombre, lo caliente, a toda prisa, se presenta en primera línea por eso mismo desde el interior del hombre, sin que haya necesidad de socorro ni preparativo alguno» ³⁷. Y precisa su razonamiento de este modo: «pero alguno podrá objetar que los que tienen fiebre como consecuencia de los causos, peripneumonías y otras enfermedades graves no se libran rápidamente del calor (ἐκ τῆς θέρμης), si se presenta allí lo frío contra lo caliente (ἐπὶ τὸ θερμόν). Pero yo pienso que eso es una gran prueba (μέγιστον τεκμήριον) de que los hombres no tienen fiebre sencillamente por causa de lo caliente (διὰ τὸ θερμόν) y de que eso no podría ser la única causa del mal, sino que existe también lo amargo y lo caliente, lo ácido y lo caliente, lo salado y lo caliente, y otras infinitas combinaciones» ³⁸.

Acerca de la transformación de lo caliente en lo frío y viceversa tenemos algún pasaje ilustrativo como éste: «y en esas condiciones todos los flujos que provienen del propio calor en estado puro (ἀπ' αὐτῆς τῆς θέρμης εἰλικρινέος) o del frío en estado puro, sin tener parte alguna de otra cualidad cesarán de la manera siguiente: cuando lo caliente se transforme en lo frío, y lo frío en lo caliente (ὅταν

³³ VM 1 (I 570 L.)

³⁴ VM 13 (I 600 L.)

³⁵ VM 15 (I 604 L.)

³⁶ VM 16 (I 606 L.)

³⁷ VM 16 (I 606-608 L.)

³⁸ VM 17 (I 612-614 L.)

μεταβάλλη ἐκ τοῦ θερμοῦ καὶ ἐς τὸ ψυχρὸν καὶ ἐκ τοῦ ψυχροῦ ἐς τὸ θερμόν)»³⁹. Ambas cualidades están llamadas a mezclarse entre sí, y no con ninguna otra: «¿En qué podremos decir que para el calor y el frío existen mezclas que poseen tal o cual propiedad según se hagan con tal o cual sustancia, ya que lo caliente (τὸ θερμόν), cuando pierda el calor, no se mezclará con ninguna otra cosa más que con lo frío, y lo frío, nada más que con lo caliente?»⁴⁰.

Refiriéndose a los teóricos anteriores el autor de *Sobre la medicina antigua* aparenta aceptar algún postulado de aquéllos, pero sólo para refutarlos con más fuerza: «Si lo que perjudica al hombre es algo caliente o frío (εἰ γάρ τί ἐστι θερμόν ἢ ψυχρὸν ἢ ξηρὸν ἢ ὑγρὸν τὸ λυμαινόμενον τὸν ἄνθρωπον)⁴¹...»

c) ALIMENTOS Y BEBIDAS

Los escritos hipocráticos recogen teorías anteriores o contemporáneas a propósito de la importancia del «calor» y de «lo caliente» en la dieta: «Pues bien, (la medicina) ha descubierto tales bebidas y comidas, que, al ser más calientes que la materia que calienta el cuerpo la funden y hacen que fluya... (ἐξεύρηκεν οὖν καὶ τοιαῦτα πόματα καὶ βρώματα, ἃ τῶν θερμαινόντων θερμότερα γιγνόμενα τήκει τε ἐκείνα καὶ διαρρεῖν ποιέει...)»⁴².

Así leemos en lo referente a las propiedades de los alimentos que calientan (o calientes): «Los alimentos que calientan (τὰ θερμά τῶν σιτίων), si son secos, estriñen, pues resecan el humor que hay en el vientre; si son húmedos, relajan, al dar humedad al calor»⁴³. «Los alimentos laxantes tienen buen jugo y son calientes por naturaleza (φύσει θερμά); los alimentos diuréticos resecan y son fríos»⁴⁴. «Las sustancias que tienen más de la parte húmeda, todas esas sustancias calientes (θερμά) humedecen y producen evacuaciones más que las secas...»⁴⁵.

En otros pasajes se critican ciertas tesis antiguas a propósito de los alimentos, diciendo que los que anteriormente se habían ocupado de la medicina tenían a su disposición los mismos alimentos y las mismas

³⁹ VM 19 (I 618 L.)

⁴⁰ VM 19 (I 620 L.)

⁴¹ VM 13-15 (I 598-602 L.)

⁴² de Arte 12 (VI 24 L.)

⁴³ Aff. 55 (VI 264 L.)

⁴⁴ Aff. 59 (VI 268 L.)

⁴⁵ Vict. II 56 (VI 568 L.)

bebidas que los que existían más tarde, pero «solamente asignan a uno la cualidad de ser caliente (προστιθέασι δὲ τῷ μὲν εἶναι θερμῷ), a otro, la de ser frío...»⁴⁶. «Lo importante no es lo caliente ni lo frío, sino la cualidad de lo caliente... pues existen otras variedades de caliente que tienen cualidades opuestas entre sí»⁴⁷.

Leemos que algunos alimentos son calientes (o calientan): «el vino es caliente y seco»⁴⁸; «la miel pura es caliente y seca»⁴⁹; «la cebolla es caliente y ardiente»⁵⁰; el berro «calienta y funde la carne»⁵¹; «la mostaza es caliente»⁵²; el eneldo es caliente y astringente⁵³; el tomillo es caliente⁵⁴; el altramuz es fuerte y caliente por naturaleza⁵⁵.

En general, «las sustancias que proceden de localidades carentes de agua, secas y asfixiantes son todas bastante secas y calientes (ξηρότερα καὶ θερμότερα) y dan más vigor al cuerpo»⁵⁶. Cuando hay indicio de sequedad en la carne se recomienda abstenerse de fatigas y «de alimentos secos, calientes (θερμά), agrios (δριμέα) y diuréticos»⁵⁷.

El tratado *Sobre los aires, aguas y lugares* nos ofrece interesantes apreciaciones acerca de las aguas: en las ciudades expuestas a vientos calientes, habrá «aguas calientes en el verano (τοῦ μὲν θέρος θερμά) y frías en invierno»⁵⁸; las aguas estancadas son necesariamente «calientes en verano»⁵⁹; las aguas de peor calidad son las que proceden de un terreno en que surgen aguas calientes⁶⁰. Además, hay aguas que «son calientes en invierno y frías en verano⁶¹». Los habitantes del Fasis «toman aguas calientes, estancadas, corrompidas»⁶²; y en Europa, los habitantes que viven en un país encajonado y que toman aguas calientes no podrán ser ni grandes ni bien proporcionados⁶³.

⁴⁶ VM 15 (I 604 L.)

⁴⁷ VM 15 (I 606 L.)

⁴⁸ Vict. II 52 (VI 554 L.)

⁴⁹ Vict. II 53 (VI 556 L.)

⁵⁰ Vict. II 54 (VI 556 L.)

⁵¹ Vict. II 54 (VI 558 L.)

⁵² Ibid.

⁵³ Ibid.

⁵⁴ Ibid. VI 560 L.

⁵⁵ Vict. II 45 (VI 544 L.)

⁵⁶ Vict. II 56 (VI 566 L.)

⁵⁷ Vict. IV 90 (VI 656 L.) Cf. IV 93 (IV 660 L.)

⁵⁸ Aër. 3 (II 16 L.)

⁵⁹ Aër. 7 (II 26 L.)

⁶⁰ Aër. 7 (II 28 L.)

⁶¹ Aër. 24 (II 90 L.)

⁶² Aër. 15 (II 60 L.)

⁶³ Aër. 24 (II 88 L.)

d) *TERAPIA*

Punto de partida puede ser *Sobre la medicina antigua* donde encontramos decidida reserva acerca de la conveniencia de lo caliente o lo frío: «Quien cura correctamente debe ayudar al calor contra el frío, o al frío contra el calor», pues «para un hombre que sufre padecimientos múltiples y graves por comer trigo y carne ¿qué remedio se le puede dar? ¿caliente o frío? (θερμὸν ἢ ψυχρὸν) ¿seco o húmedo?...»⁶⁴.

En la utilización terapéutica de sustancias calientes sobresalen con mucho las *aplicaciones externas*. Para todos los casos sirve la siguiente recomendación: «el agua caliente, que no llegue a quemar. Lo juzga el enfermo, salvo en los casos de pérdida de habla, parálisis...»⁶⁵. Entre las aplicaciones son numerosas las de una esponja con agua caliente. Por ejemplo, en caso de dolor intenso de cabeza «empapa esponjas en agua caliente y aplícalas a la cabeza»⁶⁶. Si se presenta un dolor intenso de oído «se lavará al enfermo con mucha agua caliente, y, empapando esponjas en agua caliente, se las escurrirá y se las aplicará calientes al oído...»⁶⁷. También para la hipoglositis se dice así: «mojad una esponja en agua caliente y aplicadla»⁶⁸. Si un enfermo ha perdido el habla por causa de haber bebido en exceso, hay que lavarlo con agua caliente, «empapar esponjas en agua caliente y aplicárselas a la cabeza»⁶⁹. Hablando de la conveniencia de aplicar fomentos se dice que «el más efectivo es el agua caliente contenida en un odre o en una vejiga, en un vaso de bronce o en una vasija de tierra cocida. Es bueno también aplicar una gran esponja blanda, tras estrujarla en agua caliente»⁷⁰. Para la angina se recomiendan «fomentos con esponjas blandas, estrujadas en agua caliente y luego exprimidas»⁷¹.

De otros fomentos no se nos dice con qué se aplican. En caso de hemorroides se recomienda «sacar lo más posible el ano, aplicar fomentos de agua caliente, y, luego, cortar el extremo de las hemorroides»⁷².

Lugar relevante ocupan las *afusiones*. E.g., cuando sobreviene cólera seco se aconseja actuar así con el enfermo: «lávalo con un líquido

⁶⁴ *VM* 13 (I 598 L.)

⁶⁵ *Liqu.* 1 (VI 120 L.)

⁶⁶ *Morb.* II 15 (VII 26 L.)

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ *Morb.* II 31 (VII 48 L.)

⁶⁹ *Morb.* II 22 (VII 36 L.)

⁷⁰ *Acut.* 7 (II 268-270 L.)

⁷¹ *Acut. (Sp.)* 6 (II 412 L.)

⁷² *Haem.* 3 (VI 438 L.) Cf. *Ibid.* 7 y 9 (VI 442 y 444 L.)

caliente y lo más graso posible, haz que se recline en el baño y échale infusiones de agua caliente poco a poco»⁷³. Por otra parte, «si la matriz se sale durante mucho tiempo y se enfría de forma entumecida, aplicar afusiones de abundante agua caliente»⁷⁴. Tales afusiones son apropiadas también cuando aparece una fístula⁷⁵. Cuando hay luxación del astrágalo, en cada cambio de vendaje se emplearán, en abundancia, afusiones calientes; en general, es necesario usar mucha agua caliente en las lesiones de las articulaciones»⁷⁶. Afusiones tales deben hacerse asimismo para la luxación de talón⁷⁷ o cuando se produce un espasmo de los dedos de la mano⁷⁸. Una fiebre que no procede de bilis se cura mediante afusiones abundantes de agua caliente sobre la cabeza⁷⁹.

Los *lavados* con agua caliente son oportunos en varias afecciones. En caso de íleo el enfermo debe sentarse sobre una vasija que contenga agua caliente⁸⁰, e igual ocurre cuando hay inflamación del recto⁸¹. Si a una mujer «le sobreviene dolor y estranguria, tomará un baño caliente de asiento»⁸². Tales baños son propicios para provocar la regla⁸³. Sentarse en agua caliente es norma recomendada para la mujer cuando se presenta el dolor que acompaña a la expulsión del corión⁸⁴. En algún caso se aconseja que, al tiempo que se sienta en tal agua, bebe hidromiel acuosa y vino blanco dulce⁸⁵. Hay algunos casos más complicados. Tal acontece cuando hay desplazamiento de la matriz, pues en esa circunstancia se manda «inyectar aceite caliente en la matriz, dar baños de vapor o lavar con mucha agua caliente, y que se dé baños de asiento compuestos de aceite y agua»⁸⁶. Otro ejemplo se refiere a la mujer que no puede recibir el esperma de su marido porque se le ha formado una membrana en el orificio uterino. Tras ponerse un pesario y tenerlo durante toda la noche se le pide a tal paciente que se lo quite al llegar el día y que «se lave lo más posible con agua caliente de mirto»⁸⁷. Si tras el parto no hay purgación de los loquios y el orificio de la matriz está duro, conviene, tras la fumigación diaria,

⁷³ *Acut. (Sp.)* 19 (II 494 L.)

⁷⁴ *Mul.* II 145 (VIII 320 L.)

⁷⁵ *Fist.* 5 (VI 452 L.)

⁷⁶ *Fract.* 10 (III 452 L.)

⁷⁷ *Fract.* 11 (III 452 L.)

⁷⁸ *Epid.* II 5, 21 (V 132 L.)

⁷⁹ *Aph.* VII 42 (IV 588 L.)

⁸⁰ *Morb.* III 14 (VII 134 L.)

⁸¹ *Fist.* 7 (VI 454 L.)

⁸² *Nat. Mul.* 8 (VII 324 L.)

⁸³ *Nat. Mul.* 32 (VII 350 L.)

⁸⁴ *Mul.* I 78 (VIII 182 L.) Cf. I 84 (VIII 208 L.)

⁸⁵ *Mul.* II 131 (VIII 278 L.)

⁸⁶ *Mul.* I 37 (VIII 90 L.)

⁸⁷ *Steril.* III 223 (VIII 432 L.)

lavar con agua caliente ⁸⁸. Si hay úlcera de útero es bueno lavar con mucha agua caliente y aplicar fomentos calientes donde se presenta el dolor ⁸⁹.

De las propiedades y efectos del *baño* de agua caliente tenemos varias referencias: «el baño caliente, si es mesurado, ablanda el cuerpo y lo hace crecer; si es excesivo, humedece las partes secas, seca las partes húmedas...»⁹⁰ «El baño salado... calienta y reseca (θερμαίνει και ξηραίνει), porque, siendo naturalmente caliente, saca la humedad fuera del cuerpo. Los baños calientes en ayunas resecan y refrescan, porque le quitan al cuerpo lo húmedo mediante el calor»⁹¹.

El baño caliente es apropiado para varias afecciones: cólera ⁹², ictericia ⁹³, estranguria ⁹⁴, pleuresía ⁹⁵, agujetas ⁹⁶. También sirve de remedio cuando alguien ve en sueños la tierra calcinada y negra ⁹⁷. A las mujeres les resulta oportuno si padecen úlceras uterinas ⁹⁸ o flujo rojo ⁹⁹. En cambio, ha de evitarse cuando hay metrorragias ¹⁰⁰ o trastornos de la matriz ¹⁰¹. Conviene bañar a los niños pequeños en agua caliente durante mucho tiempo ¹⁰².

Lugar mucho menos relevante alcanza el agua caliente cuando se la prescribe como *bebida* terapéutica: «durante la fiebre se hará beber agua caliente»¹⁰³; «para hacer cesar el vómito, dar a beber agua caliente y que (el enfermo) vomite»¹⁰⁴; etc.

e) No faltan *lucubraciones* teóricas sobre la cualidad de lo caliente. Un pasaje importante es aquel en que el hombre se diferencia de la mujer en virtud de tal cualidad: «en general, los varones son más calientes (θερμότεροι) y más secos; las mujeres, más húmedas y más frías, por lo siguiente. Desde el comienzo ambos disfrutaron de tales

⁸⁸ *Mul.* I 37 (VIII 90 L.)

⁸⁹ *Mul.* I 64 (VIII 132 L.)

⁹⁰ *Aff.* 53 (VI 264 L.)

⁹¹ *Vict.* II 57 (VI 570 L.)

⁹² *Aff.* 27 (VI 238 L.) (Pero sin mojar la cabeza).

⁹³ *Aff.* 32 (VI 244 L.)

⁹⁴ *Aff.* 29 (VI 240 L.)

⁹⁵ «En general... el tratamiento será como para la frenitis y la peripneumonía, salvo que se usarán baños calientes y vinos dulces». *Morb.* III 16 (VII 146 L.)

⁹⁶ *Vict.* II 66 (VI 584 L.)

⁹⁷ *Vict.* IV 90 (VI 656 L.)

⁹⁸ «Muchos baños calientes». *Mul.* I 66 (VIII 138 L.)

⁹⁹ «Baños, ni muy calientes, ni muy frecuentes». *Mul.* II 115 (VIII 250 L.)

¹⁰⁰ *Loc. Hom.* 47 (VI 348 L.)

¹⁰¹ *Loc. Hom.* 47 (VI 346 L.)

¹⁰² *Salubr.* 6 (VI 80 L.)

¹⁰³ *Loc. Hom.* 27 (VI 318 L.)

¹⁰⁴ *Epid.* II 5, 19 (V 132 L.)

cualidades y crecían por obra de ellas, pero, ya nacidos, los varones siguen regímenes de vida laboriosos, de suerte que se calientan y resecan, mientras que las mujeres siguen un régimen especialmente húmedo e indolente y cada mes tienen una purgación del calor que procede del cuerpo»¹⁰⁵. Otro pasaje nos ilustra de este modo: «los varones, dependiendo más del fuego, crecen a partir de los alimentos secos y calientes»¹⁰⁶. Pero otro texto, por el contrario, reza así: «la mujer tiene la sangre más caliente, y por ello es más caliente que el hombre»¹⁰⁷.

De interés es asimismo la teoría referente al agua de pozo, caliente en invierno y fría en verano, según el autor hipocrático. Merecería la pena extenderse en la importancia conferida al aire (πνεῦμα) que habría en el interior del agua¹⁰⁸.

f) Θερμός aparece también como *calificativo* de afecciones diversas: «en Cranón, los dolores viejos son fríos, los nuevos, calientes, debidos a la sangre en su mayoría... (ὀδύναι... αἱ δὲ νεαραὶ... θερμαί, αἷματι δὲ πλεῖσται)»¹⁰⁹. «Hacia el día veinticinco, un exantema (ἐξανθήματα) que causaba picor, caliente (θερμά), semejante a las quemaduras, apareció poco a poco»¹¹⁰. «De las enfermedades (νοσήματα) que salen al exterior... se puede juzgar por la vista y el tacto (τῆ τε ὄψει τῶ τε ψαύσει) su dureza y humedad, y distinguir las que son calientes o frías...»¹¹¹ «La úlcera (ἔλκος) atrae hacia sí el frío porque está llena y demasiado caliente y exhala lo caliente, y el pus se evacua...»¹¹².

g) Importantes son los usos de θερμός en expresiones técnicas, abreviadas, propias de un lenguaje profesional: ἐν θερμῷ, «en lugar caliente»¹¹³; θερμόν (-ά) ἐν-, κατα-, παραχέειν¹¹⁴, referido a afusiones de agua caliente¹¹⁵; θερμῷ (θερμοῖσι) ἀλείφειν¹¹⁶, ἀνατριβεῖν¹¹⁷, τέγγειν¹¹⁸. Otras van referidas al sudar, como ὑδρωσε θερμῷ¹¹⁹. Muy frecuente es θερμῷ λούειν, de la que se registran 178 ejemplos, siempre

¹⁰⁵ *Vict.* I 34 (VI 512 L.)

¹⁰⁶ *Vict.* I 27 (VI 500 L.)

¹⁰⁷ *Mul.* I 1 (VIII 12 L.)

¹⁰⁸ *Nat. Puer.* 25 (VII 524-526 L.)

¹⁰⁹ *Epid.* VI 1, 7 (V 268 L.)

¹¹⁰ *Epid.* VII 43 (V 410 L.)

¹¹¹ *de Arte* 9 (VI 16 L.)

¹¹² *Morb.* I 21 (VI 180 L.)

¹¹³ *Liqu.* 2 (VI 124 L.); *Epid.* VI 2, 25 (V 290 L.)

¹¹⁴ Cf. *Morb.* III 13 (VII 134 L.)

¹¹⁵ A veces también con sustantivos: ἐκ καταχύσιος θερμοῦ *Liqu.* 1 (VI 120 L.). Cf. *Epid.* V 73 (V 246 L.) y VII 1 (V 364 L.)

¹¹⁶ *Acut. (Sp.)* 11 (II 464 L.)

¹¹⁷ *Acut. (Sp.)* 25 (II 510 L.)

¹¹⁸ *Art.* 67 (IV 280 L.)

¹¹⁹ *Epid.* I 13, 13 (II 712 L.) Cf. *Epid.* III 17, 6 (III 120 L.)

referidos al baño de agua caliente ¹²⁰; de la fórmula ἀπὸ θερμοῦ, «después del baño caliente» contamos 8 secuencias ¹²¹.

h) Con el sufijo -τερος tenemos 37 ejemplos, la mayoría con valor intensivo ¹²². Ya lo hemos visto en nota 105, referido al hombre por oposición a la mujer. La cualidad de ser especialmente caliente es atribuida en varios contextos de contenido más bien teórico: «(el hombre), cuando permanece en vela está, de modo evidente, más caliente (θερμότερος) en las partes de fuera y más frío en las de dentro. Al contrario, cuando duerme», «Porque (el feto masculino) está en lugar más caliente (θερμοτέρῳ), más sólido, a la derecha... Se conformó sólido, más bilioso y más sanguíneo, pues es especialmente caliente (θερμότερον) ese lugar de los seres vivos» ¹²³. «Todo lo que es expulsado por la fuerza se vuelve especialmente caliente (θερμότερα γίγνεται), obligado por la fuerza» ¹²⁴. «Y, por lo demás, si uno quisiera darse cuenta, se descubrirá que todo lo que es oprimido por sí mismo es más caliente que lo que está dispuesto de forma laxa (θερμότερα εὐρήσει ἢ τὰ ἀραιῶς κείμενα)» ¹²⁵. «Concreción tras la micción, se da especialmente en los niños. ¿Por qué son especialmente calientes? (θερμότερα)» ¹²⁶. Dentro de la especulación teórica está también esta secuencia: «la sangre, muchas veces, llega a ser más caliente de lo que es (θερμότερον αὐτοῦ ἔωυτοῦ)» ¹²⁷.

Más relacionados con la observación de los hechos están otros contextos: «aquellos que tienen un costado elevado y un tanto caliente (μετέωρον καὶ θερμότερον), si cuando están reclinados sobre el otro les parece que tienen un peso suspendido, esos tienen pus en un solo lado...» ¹²⁸ Para conocer el comienzo de la supuración de un empiema pulmonar el médico «se informará de si uno de los dos costados está más caliente que el otro (καταμανθάνειν... καὶ ἢ θερμότερον ἢ τὸ ἕτερον τοῦ ἑτέρου)» ¹²⁹.

Se nos habla de valerse de una cataplasma bastante caliente (θερμοτέρῳ) para tratar la inflamación de matriz de una recién

¹²⁰ Cf. *Art.* 47 (IV 204 L.)

¹²¹ Cf. *Nat. Mul.* 70 y 73 (VII 402 y 404 L.)

¹²² Del comparativo hallamos algunos usos en los Presocráticos: *PARM.* A 52 D.-K. (las mujeres más que los hombres); *DEMOCR.*, B 5, 2 D.-K. (los varones); *DIOG. APOL.*, B 5 D.-K. (el aire), *EMP.*, A 81 y B 67 D.-K. Aparte, cf. *HDT.*, (I) II 68, 1 (el agua); *AR.*, *Eq.* 382.

¹²³ Cf., respectivamente, *Epid.* VI 4, 12 (V 310 L.) y VI 2, 25 (V 290 L.)

¹²⁴ *Nat. Hom.* 7 (VI 46 L.)

¹²⁵ *Nat. Puer.* 24 (VII 520 L.) Cf. nota 42.

¹²⁶ *Epid.* VI 3, 7 (V 296 L.)

¹²⁷ *Morb.* I 24 (VI 190 L.)

¹²⁸ *Coac.* 2, 420 (V 678 L.)

¹²⁹ *Prog.* 16 (II 152 L.)

parida¹³⁰. Uno de los pocos casos con segundo término de la comparación dice así: «cuando la fiebre cesa..., los pies llegan a estar más calientes que el resto del cuerpo (θερμότεροι... τοῦ ἄλλου σώματος), pues aumenta mientras enfría los pies, inflamándose desde el pecho y enviando la llama a la cabeza»¹³¹.

i) Contamos con 28 contextos en que aparece el sufijo -τατος. (En cambio sólo hemos localizado 6 usos del superlativo en la literatura anterior o contemporánea. Menéstor 5 D.-K., Heródoto (3) —II 22,2; III 104,1 y 2. En estos dos últimos casos con referencia al calor del sol—, Sófocles (1) —*Ph.* 696, referido al flujo de la sangre—, Aristófanes (1) —*Th.* 735, aludiendo a las mujeres, por el hecho de haber bebido vino—). Dentro del *CH* constatamos numerosas consideraciones altamente teóricas. Veamos algunos ejemplos: «pues es preciso saberlo bien: que el primer día es cuando el hombre está más caliente (θερμότατός ἐστι αὐτὸς ἐωυτοῦ), y, en el último, cuando más frío...»¹³². «El niño consume cosas húmedas y calientes porque está formado a partir de ellas y con ellas ha crecido. Así, pues, son muy húmedos y muy calientes los seres que está muy cerca de la generación»¹³³. «Y en los degollados la sangre corre al principio muy caliente y muy roja, y, después, especialmente flemática y biliosa»¹³⁴. «Por naturaleza, la flema es el (humor) más frío, y la sangre, el más caliente, y la bilis un poco más fría que la sangre»¹³⁵. «La sangre, temiendo al escalofrío que se presenta, corre y se precipita por todo el cuerpo, acudiendo a las partes más calientes (ἐς τὰ θερμότατα)»¹³⁶. «Los hombres, en primavera y verano... Les brota sangre de la nariz y están muy calientes (θερμότατοι) y rojos»¹³⁷. «El vientre está muy caliente, por naturaleza, en invierno y primavera»¹³⁸.

j) Como *sustantivo*, aparte de los casos vistos en b) como elemento, tenemos otros usos referidos al calor interno (ἔμφυτον, σύμφυτον)¹³⁹, y al calor del alma (τὸ τῆς ψυχῆς θερμόν)¹⁴⁰.

k) Una vez aparece el adverbio θερμῶς: «Y tener el cuerpo entero, cálida (θερμῶς), confortable y blandamente»¹⁴¹.

¹³⁰ *Nat. Mul.* 27 (VII 344 L.)

¹³¹ *Acut. (Sp.)* 7 (II 420 L.)

¹³² *Nat. Hom.* 12 (VI 64 L.)

¹³³ *Vict.* I 33 (VI 512 L.)

¹³⁴ *Nat. Hom.* 6 (VI 46 L.)

¹³⁵ *Morb.* I 24 (VI 188 L.)

¹³⁶ *Flat.* 8 (VI 100 L.)

¹³⁷ *Nat. Hom.* 7 (VI 48 L.)

¹³⁸ *Aph.* I 15 (IV 466 L.)

¹³⁹ Ver respectivamente *Aph.* I 14 (IV 466 L.) y *Morb.* I 11 (VI 158 L.), *Vict.* II 62 (VI 576 L.)

¹⁴⁰ *Vict.* II 38 (VI 534 L.); II 56 (VI 568 L.); II 60 (VI 574 L.); II 62 (VI 576 L.)

¹⁴¹ *Art.* 67 (IV 280 L.) Es la primera aparición en la Literatura griega.

5. ΘΕΡΜΑΙΝΩ

a) HASTA FINALES DEL SIGLO V

Aparece en la *Odisea* (1)¹⁴², Líricos (2), presocráticos (12)¹⁴³, Esquilo (3), Eurípides (4)¹⁴⁴, Aristófanes (4)¹⁴⁵.

b) En el *CH* (271)¹⁴⁶ encontramos numerosos empleos del verbo. En activa, «producir calor», nos interesan especialmente los ejemplos en donde se apunta al «calor febril». Veamos algunos casos: «si el vientre produce calor, haz un lavado»¹⁴⁷. «Llenándose las venas producen dolor y fiebre a la úlcera. Y la parte enfiebrada calienta el resto del cuerpo (τὸ δὲ θερμανθὲν καὶ τὸ ἄλλο σῶμα θερμαίνει)»¹⁴⁸. El humor que abunda más en la enfermedad llega al sitio donde hay gran cantidad...«origina un torbellino al separarse y calienta el cuerpo... o produce fiebre (ὁ πυρετός). La parte calentada calienta a su vez el resto del cuerpo (τὸ δὲ θερμαινόμενον... προσξυνθερμαίνει καὶ τὸ ἄλλο σῶμα) y de eso proviene la fiebre (ὁ πυρετός), la cual es producida sobre todo por la bilis, la flema y la sangre, pues son los humores más calientes»¹⁴⁹. A los enfermos de tisis se les dará un vino acuoso tras la comida, «a fin de que ese vino no caliente, no comunique su calor al cuerpo débil, y que ambos no calienten al mismo tiempo ni produzcan fiebre (θερμαίνωσι ἐν τῷ αὐτῷ χρόνῳ καὶ θερμολὴν ποιέωσιν)»¹⁵⁰. «La fiebre (πυρετός) se produce por lo siguiente: cuando la bilis o la flema se calientan, todo el cuerpo se calienta (θερμαίνεται) a partir de ellas, y eso se llama fiebre...»¹⁵¹.

¹⁴² *Od.* XI 376. Encontramos también θερμω en *Il.* (3) y *Od.* (3).

¹⁴³ Siempre en sentido físico «dar calor». Asimismo, hallamos θερμασία (6). —Cf. ὑπερβολᾶς θερμασίας. *PHILOL.* 44 A 27 D.-K. (I 406, 11). Texto tomado del *Anon. Lond.* que apuntaría a unas de las causas coadyuvantes (συνεργά) de las enfermedades, θερμότης (10)—. Contamos con 2 secuencias referidas a enfermedades: *ALCMAEO* 24 B 4 D.-K. (I 215, 15): «y que una enfermedad sobreviene, unas veces por exceso de calor o de frío...» Asimismo *HIPPO* 38 A 11 D.-K. (I 386, 30). Se trata también de un pasaje del *Anon. Lond.*: «en otro libro... dice que la llamada humedad se altera por exceso de calor o por exceso de frío y de ese modo se producen enfermedades... (νόσους ἐπιφέγειν)».

¹⁴⁴ En dos ocasiones se refiere al calor producido por el vino: *Alc.* 758, *Cyc.* 424. Una creación nueva es θερμόβουλος (1).

¹⁴⁵ También registra θερμω (1).

¹⁴⁶ De ellos 118 en activa. Destacan θερμαίνει (505), -νουςι (8), -νειν (13), -νοντα (10), -νεται (35), -μενον (25).

¹⁴⁷ *Nat. Mul.* 28 (VII 344 L.)

¹⁴⁸ *Morb.* IV 48 (VII 576 L.)

¹⁴⁹ *Morb.* IV 51 (VII 586 L.) Cf. *Morb.* IV 52 (VII 592 L.)

¹⁵⁰ *Loc. Hom.* 19 (VI 312 L.)

¹⁵¹ *Morb.* I 23 (VI 188 L.) Cf. II 5 y 8 (VII 14 y 16 L.)

6. DERIVADOS DE ΘΕΡΜΟΣ

El *CH* se manifiesta en este punto como lengua técnica, especializada, rica en derivados y compuestos. Así, tenemos ἀπόθερμος (4)¹⁵² (siempre en la frase hecha ἀπόθερμον πινέτω); διάθερμος (4), «muy caliente»¹⁵³; ἐνθερμος (7)¹⁵⁴; εὐθερμος (1)¹⁵⁵.

7. DERIVADOS DE ΘΕΡΜΑΙΝΩ

ἀναθερμαίνω (34)¹⁵⁶, ἀποθερμαίνω (1)¹⁵⁷, διαθερμαίνω (66)¹⁵⁸, ἐκθερμαίνω (19)¹⁵⁹, ἐπαναθερμαίνω¹⁶⁰, ἐπιθερμαίνω (16)¹⁶¹, προσσυνθερμαίνω (2)¹⁶², συνθερμαίνω (2)¹⁶³, συνδιαθερμαίνω (1)¹⁶⁴, συνεκθερμαίνω (1)¹⁶⁵, ὑπερθερμαίνω (14)¹⁶⁶, ὑποθερμαίνω (5)¹⁶⁷.

8. OTROS DERIVADOS

Salvo lo que decimos en las notas, aparecen en el *CH* por primera vez: θερμαντέα (2), θερμαντήριος (4)¹⁶⁸, θερμαντικός (7)¹⁶⁹,

¹⁵² La primera aparición es en el *CH*. Los manuscritos ofrecen con frecuencia lecturas alternativas.

¹⁵³ La hallamos en el *CH* por vez primera. Cf. *VM* 16 (I 610 L.)

¹⁵⁴ El *CH* es el primero en registrarlo.

¹⁵⁵ Consta en el *Index*, no en la *Concordance*. Quizás haya que leer ἐν-.

¹⁵⁶ Sólo una vez en activa: «recobrar el calor». Tenemos 13 secuencias con sentido negativo o restrictivo: «a duras penas». Aparece en el *CH* por primera vez.

¹⁵⁷ Lo ofrece el *Index*, no la *Concordance*.

¹⁵⁸ «Calentar por todo el cuerpo». También, «calentar demasiado». E.g. *Art.* 50 (IV 222 L.)

¹⁵⁹ «Calentar completamente». Lo tenemos en el *CH* por vez primera.

¹⁶⁰ Lo recoge el *Index*, no la *Concordance*. Liddell-Scott-Jones lo atestiguan solamente en el *CH*.

¹⁶¹ Todos los ejemplos aparecen en *Epid.* y referidos siempre a «fiebre humana». El *CH* es el primero en registrarlo.

¹⁶² «Calentar además», «a la vez». Por ejemplo: «la parte calentada calienta a su vez todo el cuerpo...», *Morb.* IV 51 (VII 586 L.) (τὸ δὲ θερμαινόμενον προσσυνθερμαίνει καὶ τὸ ἄλλο σῶμα). Liddell-Scott-Jones tan sólo lo registran en el *CH*.

¹⁶³ Cf. *Morb.* II 48 y IV 52 (VII 72 y 592 L.)

¹⁶⁴ *Morb.* I 24 (VI 190 L.) Liddell-Scott-Jones sólo citan el *CH*.

¹⁶⁵ *Vict.* II 66 (VI 584 L.) Es una interesante página de Littré, donde aparecen 7 usos diferentes de la familia de θερμός.

¹⁶⁶ *Morb.* registra 10 ejemplos: I (7), II (3). Los primeros empleos los tiene el *CH*.

¹⁶⁷ También es el *CH* el primero en registrarlo. *Epid.* contiene 3 ejemplos; *Morb.* I (1).

¹⁶⁸ Todos en *Loc. Hom.* Aplicado a «fármacos».

¹⁶⁹ *Vict.* contiene 6 ejemplos. Se refiere a sustancias diversas.

θερμασίη (44)¹⁷⁰, θερμασμα (6)¹⁷¹, θέρμη (121)¹⁷², θερμηρία (1)¹⁷³,
θερμοκοίλιος (2)¹⁷⁴, θερμολουσίη (4)¹⁷⁵, θερμολουτέω (7)¹⁷⁶,
θερμότης (21)¹⁷⁷, θερμωλή (3)¹⁷⁸.

9. Vemos, pues, que θερμός y derivados forman una familia numerosa dentro del *CH*. En los tratados médicos hipocráticos tal familia se especializa, se diversifica y crece considerablemente, apareciendo por primera vez numerosos derivados y compuestos. A su vez todo ese conjunto de vocablos puede servir de ejemplo para saber de teorías y prácticas médicas, de lucubraciones filosóficas y de medidas terapéuticas concretas.

¹⁷⁰ *Morb.* (11), *Vict.* (6). Lo tenemos también en algunos Presocráticos: cf. nota 143. Si dejamos de lado el calor exterior (2) causado por el sol, vemos que el del interior del cuerpo puede ser causado por la dieta y los esfuerzos (*Vict.* III 75. VI 616 L.), la bilis (*Nat. Hom.* 15. VI 68 L.) Por su parte puede originar trastornos diversos. Es notorio su uso con preposición: ὑπὸ θερμασίης (17. De ellos 9 en *Morb.*), ἐκ θερμασίης (1).

Morb. ofrece asimismo ὑπερθερμασίη (4): en dos secuencias se trata de sobrecalentamiento de la sangre; y en las otras dos, de la cabeza.

¹⁷¹ «Fomento»; 5 ejemplos en plural.

¹⁷² *Epid.* (53), *Epid.* VII (41). «Calor», «fiebre». Aparece 1 vez en *TH.*: cf. nota 26. En el *CH* es de señalar que lo tenemos con gran frecuencia en nominativo (51, singular; 25, plural. En plural es el único caso). Se habla de θέρμη λεπτή (6, singular; 4, plural). En algunos casos se trata claramente de «fiebre». E.g.: κόπος, θέρμη ἐπεγένετο κεφαλή βαρή *Epid.* VII 69 (V 432 L.); ἡ θέρμη μάλιστα ἔληξεν. *Epid.* VII 59 (V 424 L.) En otros casos parece ser el calor que acompaña a la fiebre: καὶ πυρετός ἔξει αὐτὴν λεπτός, θέρμη τε ἀνά πᾶν τὸ σῶμα. *Mul.* I 39 (VIII 96 L.)

¹⁷³ «Días calientes», «días de verano».

¹⁷⁴ En *Epid.* VI: «que tiene el vientre caliente».

¹⁷⁵ *Vict.* recoge 3 ejemplos.

¹⁷⁶ *Morb.* registra 4 casos.

¹⁷⁷ Ya en los Presocráticos. Cf. nota 143. Es «calor» en general. En 5 ejemplos lo tenemos junto a otros sustantivos en -της. Asimismo lo encontramos con preposiciones: ὑπὸ + genitivo (4), διὰ + acusativo (4). Es interesante el texto ya citado en nota 36.

¹⁷⁸ «Calor febril». Aparece en *Loc. Hom.*

Los compuestos con $\delta\upsilon\sigma$ - en el *Corpus Hippocraticum*

MARCOS MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

(Universidad de La Laguna)

GERMÁN SANTANA HENRÍQUEZ

(Universidad de Las Palmas)

1. A principios de la década de los sesenta el filólogo alemán O. Regenbogen, refiriéndose a la lengua del *CH*, se lamentaba de que la terminología médica estuviera aún por investigar ¹. Unos años después el profesor P. Chantraine aludía a la misma idea cuando afirmaba que los gramáticos y lingüistas no se han interesado demasiado por el estudio de la lengua de Hipócrates ².

1.1. No hace mucho, el profesor Alsina hablaba, por su parte, de los obstáculos e inconvenientes con los que tropezamos para el estudio de la lengua médica. Entre otros, citaba el profesor catalán los siguientes:

- la falta de trabajos concretos;
- la carencia de un buen *Léxico* o *Índice* hipocrático;
- los defectos y lagunas de los grandes diccionarios generales del tipo Liddell-Scott-Jones;
- los cambios semánticos de algunos términos tal como aparecen en la medicina griega y como los emplea la medicina moderna;
- los cambios de significación de algunos vocablos en la propia Antigüedad ³.

1.2. Pues bien, desde 1982, año al que pertenecen las palabras de Alsina anteriormente citadas, a nuestros días la situación ha mejorado

¹ Cf. O. REGENBOGEN, *Kleine Schriften*, Munich, 1961, p. 138. Citamos por la obra de J. ALSINA, *Los orígenes helénicos de la medicina occidental*, Barcelona, 1982, p. 97.

² Cf. P. CHANTRAINE, «Remarques sur la langue et le vocabulaire du *Corpus Hippocratique*», en *La Collection hipocratique et son rôle dans l'histoire de la médecine (Colloque de Strasbourg, 1972)*, Leiden, 1975, pp. 35-40, p. 36.

³ Cf. J. ALSINA, «Los orígenes de la lengua médica griega: cuestiones metodológicas», en la obra citada en la nota 1, pp. 95-117, especialmente pp. 96-99.

en algunos aspectos, lo que hace que el panorama no sea tan desalentador como antaño. En primer lugar, contamos ya con dos buenos léxicos especializados del vocabulario del *CH.*, la *Concordantia* de Maloney-Frohn-Potter⁴ y el *Index* de Kühn-Fleischer⁵. En segundo lugar, a los trabajos aislados, de contenido lingüístico, debidos a A. Rüst⁶, van Brock⁷, H. Dönt⁸, P. Berrettoni⁹, G. Preiser¹⁰, V. Langholf¹¹, etc., citados por Alsina, habría que añadir otros más recientes, como los de J. Irigoín¹², Wenskus¹³, R. Hellweg¹⁴ y F. Skoda¹⁵, entre otros. A ellos habría que agregar los de origen español, como son las ya clásicas monografías generales de P. Laín¹⁶ y E. Vintró¹⁷, así como las aportaciones de C. Roura¹⁸, López Eire¹⁹, López Férez²⁰ y Lara Nava²¹, sin olvidar la serie de traducciones publicadas hasta la fecha en la conocida *Biblioteca Clásica Gredos*, que suelen ir precedidas de excelentes estudios introductorios con mención

⁴ Cf. G. MALONEY- W. FROHN- P. POTTER, *Concordantia in Corpus Hippocraticum*, Québec, 1984, reim., Hildesheim-Zürich-N. York, 1986.

⁵ Cf. J. H. KÜHN- U. FLEISCHER, *Index Hippocraticus*, Gotinga, 1989.

⁶ Cf. A. RÜST, *Monographie der Sprache des hippokratischen Traktates Περί ἀέρων ὑδάτων τόπων*, Friburgo, 1952.

⁷ Cf. N. VAN BROCK, *Recherches sur le vocabulaire médical du grec ancien. Soins et guérisons*, París, 1961.

⁸ Cf. H. DÖNT, *Die Terminologie von Geschwür, Geschwulst und Anschwellung im Corpus Hippocraticum*, Viena, 1968.

⁹ Cf. P. BERRETTONI, «Il lessico tecnico del I e III libro delle *Epidemie* ippocratiche», *ASNSP* 2, 1970, pp. 27-106 y 217-311.

¹⁰ Cf. G. PREISER, *Allgemeine Krankheitsbezeichnungen im Corpus Hippocraticum*, Berlín, 1976.

¹¹ Cf. V. LANGHOLF, *Syntaktische Untersuchungen zu hippokratische Texten*, Maguncia, 1977 y la reseña de J. ALSINA, *Emerita* 48, 1980, 143 y ss.

¹² Cf. J. IRIGOÍN, «La formation du vocabulaire de l'anatomie en grec: du mycénien aux principaux traités de la Collection Hippocratique», en *Hippocratica* (Actes du Colloque de Paris, 1978), ed. M. D. GRMEK, París, 1980, pp. 247-257, y «Préalables linguistiques à l'interprétation de termes techniques attestés dans la Collection hippocratique», en *Formes de pensée dans la Collection Hippocratique*, Ginebra, 1983, pp. 173-180.

¹³ Cf. O. WENSKUS, *Ringkomposition, anaphorisch-rekapitulierende Verbindung und anknüpfende Wiederholung im hippokratischen Corpus*, Francfort, 1982.

¹⁴ Cf. R. HELLWEG, *Stilistische Untersuchungen zu den Krankengeschichten der Epidemienbücher I und III des Corpus Hippocraticum*, tesis, Bonn, 1985.

¹⁵ Cf. F. SKODA, *Médecine ancienne et métaphore. Le vocabulaire de la anatomie et de la pathologie en grec ancien*, París, 1988.

¹⁶ Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *La medicina hipocrática*, Madrid, 1970.

¹⁷ Cf. E. VINTRÓ, *Hipócrates y la nosología hipocrática*, Barcelona, 1973.

¹⁸ Cf. C. ROURA, «Aproximaciones al lenguaje científico de la Colección hipocrática», *Emerita* 40, 1972, 319-327.

¹⁹ Cf. A. LÓPEZ EIRE, «En torno a la lengua del Corpus Hippocraticum», *Emerita* 52, 1984, pp. 325-354.

²⁰ Cf. J. A. LÓPEZ FÉREZ, «Sobre el léxico de los aforismos hipocráticos», en *Aphoreta Philologica E. Fernández-Galiano...*, vol. I, *EClás* 87, 1984, pp. 91-98 y «Problemas lingüísticos en los escritos hipocráticos: el tratado "Sobre los humores"», *Emerita* 55, 1987, pp. 253-263.

²¹ Cf. D. LARA NAVA, *Estudios sobre la composición de los Tratados Hipocráticos*, Tesis, Universidad Complutense, Madrid, 1984.

de la bibliografía más reciente ²². Desde el punto de vista bibliográfico habría que citar, por último, el muy completo repertorio de G. Maloney y R. Savoie, cuyos quinientos años (1473-1982) de bibliografía hipocrática constituyen un instrumento de trabajo imprescindible para abordar cualquier aspecto del *CH*. ²³.

1.3. Gracias a la labor de todos los autores citados, y de otros que se han mencionado para no alargar demasiado la relación, estamos hoy en mucho mejores condiciones para afrontar el estudio de la lengua técnica de los médicos griegos en general y del *CH* en particular. Esta lengua deriva de los jonios de Asia Menor, quienes, como consecuencia de su desarrollo económico, basado en la prosperidad comercial e intercambio con los pueblos de Oriente, dieron lugar a partir del siglo VI a.C. al nacimiento de una prosa literaria de prestigio, que ha servido como vehículo de expresión para la Historia, la Filosofía, la Música, la Astronomía, la Medicina y demás ciencias nacientes ²⁴. Más concretamente, puede definirse, como lo ha hecho no hace mucho López Eire, la lengua del *CH* como «jonio penetrado de rasgos áticos, de tal forma que constituye una especie de “ático de alto nivel cultural”, similar en su configuración al ático de las primeras manifestaciones literarias» ²⁵. Dicho con palabras de J. Irigoín, toda nueva técnica que se desarrolla necesita de un vocabulario y de una lengua especializada que resulta imprescindible para su transmisión y utilización colectiva ²⁶. En el caso concreto de la lengua médica los recursos más explotados para su enriquecimiento son de orden morfológico (como la derivación y la composición), sintáctico (como el empleo de complementos determinativos), léxico (como la formación de apelativos a partir de adjetivos), estilístico (como el uso metafórico de muchos términos) y semántico (evolución del significado de la lengua corriente a la lengua especializada de la medicina) ²⁷.

1.4. De los recursos citados sobresalen por su papel preponderante en la formación del vocabulario y terminología médicas los procedimientos de la derivación y composición de palabras. A este respecto cabe citar las monografías de Lipourlis ²⁸ y Hipt ²⁹ dedicadas

²² Hasta la fecha se han traducido unos 29 opúsculos repartidos en cinco volúmenes, aparecidos en Madrid, 1983, 1986 (vols. II y III), 1988 y 1989.

²³ Cf. G. MALONEY- R. SAVOIE, *Cinq cents ans de bibliographie hippocratique*, Quebec, 1982.

²⁴ Cf. CHANTRAINE y LÓPEZ EIRE, *op. cit.*, pp. 35 y 322, respectivamente.

²⁵ Cf. LÓPEZ EIRE, *op. cit.*, p. 354.

²⁶ Cf. IRIGOÍN *op. cit.*, 1980, p. 247.

²⁷ Cf. IRIGOÍN, *id.* p. 249 y LÓPEZ FÉREZ, *op. cit.*, 1984, p. 91.

²⁸ Cf. D. LIPOURLIS, *Ἡ παραγωγικὴ κατάληξη -τικός στὴν προσωκρατικὴ φιλοσοφία καὶ στὸ ἱπποκρατικὸ Corpus*, Tesalónica, 1968.

²⁹ Cf. D. PO DE HIPT, *Adjektive auf -ώδης im Corpus Hippocraticum*, Tesis, Hamburgo, 1972.

a los sufijos *-ικός* y *-ώδης*, respectivamente, en el *CH*. Menos estudiado está, en cambio, el fenómeno de la composición, a pesar de los recientes esfuerzos que se han hecho en este dominio en los últimos años³⁰. Como todo helenista sabe, el griego antiguo brilla sobre las lenguas modernas, entre otros aspectos, por la facilidad para formar compuestos, lo que le permite expresar de manera exacta y concisa conceptos difícilmente expresables en otras lenguas. Gracias a la derivación y a la composición la lengua médica griega ha podido formar un «corpus léxico autónomo, caracterizado en buena medida por la precisión y la exactitud»³¹. Nuestra comunicación pretende contribuir al esclarecimiento y estudio de este léxico, abordando la problemática del prefijo *δυσ-* en el *CH*, que, al igual que otros formantes, como los sufijos *-σις* y *-μα*, ha contribuido extraordinariamente a la formación de un vocabulario técnico, preciso y coherente del que los médicos occidentales se siguen sirviendo todavía hoy. Se trata de uno de los prefijos peyorativos tan abundantes en las lenguas indoeuropeas para la expresión de la idea de «mal». Su opuesto es el prefijo *εὖ-*, documentado ya en micénico, como lo ha analizado muy bien F. Bader hace ya un par de décadas³². Nuestro estudio tiene como punto de partida una serie de trabajos anteriores dedicados a este elemento formativo³³ y se enmarca dentro de la perspectiva de una monografía general del griego antiguo hasta el siglo II d.C., dedicada al mismo, que uno de nosotros está elaborando como Tesis Doctoral³⁴.

2. De las diversas escuelas o tendencias que, desde el punto de vista doctrinal, pueden distinguirse actualmente en la formación de palabras, como son la histórica, la morfológica, la estructural y la generativa, entre otras, hay que diferenciar, a nuestro entender, dos, que tienen el significado como punto de mira y eje central en el estudio

³⁰ Para una visión de conjunto en el dominio de la formación de palabras en griego antiguo, especialmente en lo que se refiere a la composición y derivación, remitimos al trabajo de M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, «Estado actual de la semántica y su aplicación al griego antiguo», en *Actualización científica en Filología Griega*, A. MARTÍNEZ DÍEZ (ed.), Madrid, 1984, pp. 355-413, especialmente pp. 386-391 e IGNACIO R. ALFAGEME, *Nueva Gramática Griega*, Madrid, 1988, pp. 61, 76 y 84.

³¹ Cf. LÓPEZ FÉREZ, *op. cit.*, 1987, p. 255.

³² Cf. F. BADER, *Études de composition nominale en mycénien I: les préfixes mélioratifs du grec*, Roma, 1969. Desde una perspectiva general, y en relación con las palabras para las ideas de «bueno» y «malo» en algunas lenguas indoeuropeas, merece recomendarse E. SCHWYZER, «Die altindische und altiranischen Wörter für gut und böse», en *Festgabe-Kaegi*, Frauenfeld, 1919, pp. 19-28.

³³ Cf. M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, «La formación de palabras en griego antiguo desde el punto de vista semántico: el prefijo *δυσ-*», comunicación leída en el *XIX Simposio de la Sociedad Española de Lingüística*, Salamanca, diciembre de 1989 (en prensa) y G. SANTANA HENRÍQUEZ, «En torno a la composición en la prosa médica griega antigua», comunicación leída igualmente en el mismo Simposio y que actualmente está en prensa.

³⁴ Cf. G. SANTANA HENRÍQUEZ, *Los compuestos con *δυσ-* en el griego antiguo*, Tesis, La Laguna, 1992.

de la formación de palabras: la escuela alemana de la *Sprachinhaltsforschung* y la *Lexemática* de Coseriu³⁵. La doctrina de estas dos escuelas ha sido aplicada por uno de nosotros al estudio semántico del vocabulario del dolor en Sófocles y sus frutos se han recogido en dos volúmenes publicados hace unos años por la Universidad Complutense de Madrid³⁶. Nuestro propósito hoy es aplicar al prefijo $\delta\upsilon\sigma$ - en el *CH* el esquema weisgerberiano de las cuatro fases o planos de la investigación lingüística, que tan provechoso se ha mostrado en los estudios semánticos modernos³⁷. Estas cuatro fases se refieren, como es sabido, a la forma, al contenido, a la producción-rendimiento y a la acción-efecto. De esta manera se logra uno de los objetivos primordiales de esta escuela: el estudio integral o global del léxico. Completaremos nuestro análisis con algunas de las ideas procedentes de la teoría semántica de E. Coseriu y sus discípulos.

2.1. Desde el punto de vista de la *forma*, los aspectos que más interesan estudiar relacionados con el prefijo $\delta\upsilon\sigma$ - son los referidos a los datos estadísticos, los problemas de crítica textual y la tipología de los diversos formantes que entran en la composición de los lexemas provistos de tal prefijo.

2.1.1. Según los léxicos de Maloney-Frohn y Kühn-Fleischer, citados más arriba, hay en el *CH* un total de 90 lexemas provistos con el prefijo $\delta\upsilon\sigma$ - en un conjunto de 431 contextos. No se han incluido en estas cifras los tres nombres propios con el mismo formante (Diseris, Dislitas y Disquitas) ni los casos dudosos que comentaremos después a propósito de la crítica textual. De estos lexemas, 54 son adjetivos (232 contextos), 16 sustantivos (132 contextos), 14 verbos (37 contextos) y 6 adverbios en $-\omega\varsigma$ (30 contextos). La mayoría de estos lexemas sólo ofrecen uno o dos ejemplos, siendo los más frecuentes (seis apariciones o más) los siguientes: $\delta\upsilon\sigma\upsilon\rho\acute{\iota}\eta$ (6), $\delta\upsilon\sigma\upsilon\rho\acute{\epsilon}\omega$ (7), $\delta\upsilon\sigma\theta\upsilon\mu\acute{\iota}\eta$ (7), $\delta\acute{\upsilon}\sigma\omicron\delta\mu\omicron\varsigma$ (7), $\delta\upsilon\sigma\tau\omicron\kappa\acute{\epsilon}\omega$ (9), $\delta\upsilon\sigma\alpha\pi\acute{\alpha}\lambda\lambda\alpha\kappa\tau\omicron\varsigma$ (10), $\delta\upsilon\sigma\epsilon\upsilon\tau\epsilon\rho\iota\omega\delta\eta\varsigma$ (14), $\delta\acute{\upsilon}\sigma\phi\omicron\rho\omicron\varsigma$ (15), $\delta\upsilon\sigma\phi\omicron\rho\acute{\iota}\eta$ (17), $\delta\acute{\upsilon}\sigma\kappa\rho\iota\tau\omicron\varsigma$, $\delta\acute{\upsilon}\sigma\pi\upsilon\omicron\iota\alpha$ y $\delta\upsilon\sigma\phi\omicron\rho\acute{\omega}\varsigma$ (21 cada uno), $\delta\acute{\upsilon}\sigma\kappa\omicron\lambda\omicron\varsigma$ (26), $\delta\acute{\upsilon}\sigma\pi\upsilon\omicron\omicron\varsigma$ (27), $\delta\upsilon\sigma\acute{\omega}\delta\eta\varsigma$ (46) y $\delta\upsilon\sigma\epsilon\upsilon\tau\epsilon\rho\acute{\iota}\eta$ (66). A estos lexemas podrían añadirse los tres que aparecen en el llamado *Anonymus Londinensis*: $\delta\acute{\upsilon}\sigma\tau\omicron\iota\alpha$,

³⁵ Para los principios metodológicos de ambas escuelas remitimos al trabajo de M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, «Investigación del contenido lingüístico y semántica funcional (lexemática): intento de fusión», comunicación al *Congreso de la Sociedad Española de Lingüística*, XX Aniversario, Tenerife, abril de 1990 (en prensa).

³⁶ Cf. M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, *La esfera semántico-conceptual del dolor en Sófocles*, Madrid, 2 vols., 1981. Pueden consultarse igualmente las siguientes reseñas a esta obra: M. Tichit, *REG* 95, 1982, pp. 198-199; M. Bile, *BSL* 77, 1972, pp. 97-99; J. Rexach, *LEC* 50, 1982, pp. 269-270 y F. Mawet, *Kratylos* 27, 1982, pp. 92-96.

³⁷ Cf. M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, trabajos citados en notas 30, 33, 35 y 36, passim.

δυσκατέργαστος y δυσκατεργασίη ³⁸. Las cifras globales del *CH* son sensiblemente inferiores a las que tenemos en Galeno, en cuyo *Corpus* existen unos 250 compuestos con δυσ- y más de 3.450 contextos, lo que da una idea más precisa del uso de este tipo de formantes en los principales escritores médicos griegos ³⁹.

2.1.2. Uno de los problemas a los que tiene que hacer frente el estudioso de este prefijo se relaciona con la transmisión y la crítica textual, ya que son abundantísimos los casos de variantes y divergencias en los distintos manuscritos. Ello se comprueba acudiendo al *Index* de Kühn-Fleischer, en donde se constatan variantes en las siguientes entradas:

δυσαισθησίη: δυσθεσίη (se admite éste último).

δυσέκτηκτος: los MS ofrecen las variantes δυσεκτικός y δυσεύκτηκτος.

δυσελκήη: hay la variante δυσκελίαι.

δύσελπις: los MS ofrecen δυσημεϊ y δυσθυμεϊ (se elige δύσελπις).

δυσεργείη: hay las variantes δυσεργίη y δυσοργίη.

δυσημέω: no se admite. Cf. δύσελπις.

δυσήνιος: hay la variante δυσάνιος.

δυσθενέω: hay las variantes δυσθετέω y άλυσθαίνω, que no se aceptan.

δυσκρίτως: εὐκρίτως (se admite el primero).

δυσσοδμίη: δυστομίη (se elige el primero).

δύσοδμος: en dos ocasiones aparecen ήδύοσμος y κάκοδμος, que se rechazan.

δυσοίκηκτος: hay las variantes διοίκηκτος y άοίκηκτος, que no se admiten.

δύσοπτος: en uno de los ejemplos se omite en algunos códices.

³⁸ Para estos tres términos y sus contextos remitimos a VINTRÓ, *op. cit.*, pp. 89-93.

³⁹ Como es bien sabido, el *Corpus* galénico no dispone aún de un léxico como los existentes ya para el *CH*. De aquí que los números que manejamos se han sacado de la lectura completa, tomo a tomo, de los 22 volúmenes de la edición de Galeno. A este respecto puede consultarse el trabajo de G. Santana Henríquez citado en la nota 33. Según los datos que se ofrecen en el diccionario etimológico de P. CHANTRAINE habría unos mil compuestos con δυσ- para todo el griego antiguo, por lo que las cifras de Galeno suponen aproximadamente un tercio de esta cantidad.

δυσοργησίη: hay las variantes δυσοργίαι, δυσοργιστίαι y δυσ-
οργίσται que se rechazan.

δύσουρος: no se admite en el único ejemplo en que se cita al lado
de δυσουρίαι, que es la variante preferida.

δυσσεβείη: hay la variante άσεβίη que se rechaza.

δύστηκτος: hay las variantes δυσεύτηκτοι, δυσεκτικοί, δυσ-
εύκτηκτοι, y δυσέντηκτοι, que no se admiten.

δυστράπελος: hay las variantes δυστράπηλος, δυστράπητος y
δυστρώπητος que se rechazan.

δυσφογήη: en un ejemplo (*Epid.* III, III 140,2 L.) hay la variante
δυσκολία que no se admite.

δυσχερῶς: en un caso aparece la variante ἐργωδῶς que se re-
chaza.

Como puede apreciarse, muchas de estas variantes tienen que ver
con los problemas propios de la transmisión del texto hipocrático,
como es el caso de los llamados hiperjonismos del tipo δυσήνιος/
δυσάνιος, δυσοδμή/ δυσοσμή, en los que no podemos entrar ahora.
Otras veces se trata de las variantes típicas provocadas por fenómenos
tardíos como el itacismo o los típicos bailes de letras tan característicos
de los copistas antiguos. En cualquier caso habría que tener en cuenta
estas variantes, ya que muchas de ellas son auténticos *hápax legómena*
de todo el griego antiguo ⁴⁰.

2.1.3. Desde el punto de vista de las bases y sufijos los com-
puestos con δυσ- en el *CH* presentan los siguientes tipos:

- A) *Adjetivos*. Los 54 adjetivos se distribuyen en 25 adjetivos ver-
bales en -τος, 13 en -ος, 7 en -ής, 2 en -ώδης y 1 en -λος,
-νος y -ρος, a los que habría que agregar los tres llamados
compuestos de determinación ⁴¹ (δυσθάνατος, δύσελπις,
δύσχωρος). Todos estos adjetivos se clasifican según sus bases
en las siguientes clases:

- 1) Δυσ + base verbal + τος : δυσάκεστος, δυσαλλοίωτος,
δυσβοήθητος, δυσδίδακτος, δυσήμετος, δυσθεράπευ-

⁴⁰ Este es uno de los aspectos que ha tratado SANTANA HENRÍQUEZ en su Tesis citada
en la nota 34.

⁴¹ Para los llamados «compuestos de determinación», es decir, un compuesto cuyo
segundo miembro tiene la misma forma y el mismo valor que un término existente en
estado aislado en la lengua (del tipo ἀκρόπολις sobre πόλις), véase H. FRISK «Zum Typus
ἀκρόπολις in den idg. Sprachen», en *IF* 52 1934, pp. 282-296, y BADER, *op. cit.*, p. 19.

τος, δύσθητος, δυσίητος, δύσκριτος, δυσοίκητος, δύσ-
οιστος, δύσοπτος, δύσπεπτος, δύσπλυτος, δυσπνόητος,
δύστηκτος, δύσχητος.

- 2) Δυσ + preverbio + base verbal + τος: δυσανάληπτος, δυσανάσφαλτος, δυσανάλλακτος, δυσέκτηκτος, δυσέμβλητος, δυσμετάβλητος, δυσπρόσιτος.
- 3) Δυσ + preverbio + preverbio + base verbal + τος : δυσεξανάλωτος.
- 4) Δυσ + base verbal + ος : δύσπνοος, δύσφορος, δύσκολος⁴².
- 5) Δυσ + preverbio + base verbal + ος : δυσέμβολος, δυσεξάλωτος.
- 6) Δυσ + base nominal + ος : δυσήνιος, δύσικμος, δύσκωφος, δύσοδμος, δύσχροος.
- 7) Δυσ + preverbio + base nominal + ος : δυσέξοδος.
- 8) Preverbio + δυσ + base verbal + ος : ύποδύσκολος, ύποδύσφορος.
- 9) Δυσ + base verbal + ής : δυσαλθής, δυσημής, δυσπετής.
- 10) Δυσ + base nominal + ής : δυσειδής, δυσελκής, δυσμενής, δυσχερής.
- 11) Δυσ + base verbal + ώδης : δυσώδης.
- 12) Δυσ + base nominal + ώδης : δυσεντεριώδης.
- 13) Δυσ + base verbal + νος : δύστηνος.
- 14) Δυσ + base verbal + λος : δυστράπελος.
- 15) Δυσ + base nominal + ικός : δυσεντερικός.
- 16) Δυσ + base nominal + ρος : δυσχείμερος.

B) *Sustantivos*. Los 16 sustantivos se distribuyen así: 8 en -ίη, 3 en -σίη, 3 en -είη/-εία y uno en -συνη y -οια, dando lugar a las siguientes clases de formación:

- 1) Δυσ + base nominal + ιη : δυσελκήη, δυσεντερίη, δυσθυμίη, δυσσοδίη, δυσουρίη, δυσπειρίη.

⁴² Para la interpretación de δύσκολος con base verbal seguimos la reciente explicación etimológica de A. J. VAN WINDEKENS, *Dictionnaire étymologique complémentaire de la langue grecque*, París, 1986, quien parte de un *σκολος procedente de σκέλλομαι «secar, desecarse, endurecerse».

- 2) Δυσ + base verbal + ίη: δυσφορίη, δυσωδίη.
 - 3) Δυσ + base verbal + σίη: δυσθεςίη, δυσπινησίη, δυσ-οργησίη.
 - 4) Δυσ + base nominal + είη / εια: δυσεργείη, δυσσεβείη, δυσχέρεια.
 - 5) Δυσ + base nominal + συνη: δυσφροσύνη.
 - 6) Δυσ + base verbal + οια: δύσπνοια.
- C) *Verbos*. Los 14 verbos se distribuyen en 12 con el sufijo -έω y 2 en -αίνω, dando lugar a las siguientes clases:
- 1) Δυσ + base verbal + έω: δυσαρεστέω, δυσπνοέω, δυστοκέω, δυσφορέω.
 - 2) Δυσ + base nominal + έω: δυσεργέω, δυσθενέω, δυσθυμέω, δυσκοιτέω, δυσουρέω, δυσσεβέω, δυστυχέω.
 - 3) Δυσ + base nominal + αίνω: δυσχεραίνω.
 - 4) Δυσ + base verbal + αίνω: δυσκολαίνω.
 - 5) Preverbio + δυσ + base verbal + έω: ύποδυσφορέω⁴³.
- D) *Adverbios*. Los 6 lexemas adverbiales son todos en -ως y responden a las siguientes clases:
- 1) Δυσ + base verbal + ως : δυσκόλως, δυσκρίτως, δυσπετέως, δυσπετεστέρως, δυσφόρως.
 - 2) Δυσ + base nominal + ως ; δυσχερῶς.

Desde el punto de vista de la formación llama la atención una serie de hechos. En primer lugar, se nota una evolución desde la épica arcaica hasta el *CH* en el sentido de que, mientras en la primera no hay ningún adjetivo verbal en -τος, en el *CH* es la categoría más numerosa, lo cual coincide con Esquilo, en donde tenemos 31 de estos adjetivos de un total de 102 compuestos con δυσ-. Por otro lado, el tipo homérico más frecuente es el de los adjetivos en -ης que en Esquilo y en el *CH* constituyen la tercera categoría más usada (12 en Esquilo, 7 en

⁴³ Para el valor diminutivo o limitativo de «poco a poco», «lentamente», «un cierto», «un poco», que se suele aducir para ciertos compuestos con ύπο- remitimos al trabajo de M. BENEDETTI, «Considerazioni sul preverbio greco ύπο-», en *SSL* 1986, pp. 77-110, especialmente la p. 83, nota 16. Tal valor se considera propio del griego tardío y está casi ausente en el griego clásico. Para la discusión de otros términos con ύπο- en el *CH* cf. *Tratados hipocráticos*, II ed. Gredos, Madrid, 1986, p. 346, nota 112 (ύπάφωνον) y *Tratados hipocráticos*, V ed. Gredos, Madrid, 1989, pp. 79-80, nota 129 (ύπολάπαρος).

el *CH*), después de los adjetivos temáticos en -ος (26 en Esquilo, 16 en el *CH*). Por otro lado, hay que destacar la gran capacidad de matización de muchos de estos adjetivos, al estar compuestos de uno o dos preverbios, además del prefijo δυσ-, dándose incluso el caso de anteposición del preverbio al prefijo (como en ὑποδύσφορος, ὑποδύσφορέω, ὑποδύσκολος). Tal profusión de preverbios habría que interpretarla como un medio más de que dispone la lengua de la medicina para buscar precisión y exactitud en los fenómenos descritos.

2.2. Ahora bien, la fase más importante en la investigación lingüística en la línea de la escuela weisgerberiana es la aplicada al *contenido*. Nuestro estudio del significado de los compuestos con δυσ- en el *CH* va a incluir aspectos relacionados con los diccionarios generales, las explicaciones y glosas de los autores antiguos, los léxicos antiguos, nuestra propia lectura de los contextos y establecimiento de los significados, y, por último, algunos problemas de traducción.

2.2.1. A la hora de definir semánticamente los valores de δυσ- los diccionarios generales más usuales no suelen ser muy precisos y se limitan a decir, en general, que δυσ- es un prefijo inseparable que expresa la idea de dificultad, privación o mal estado. Algunos otros añaden a las nociones mencionadas las de falta, negación, desorden, imperfección e intensidad. En algún caso concreto se habla en otros términos más actuales, como ocurre con la *Nueva Gramática* de Alfageme, en donde se afirma que «δυσ- se opone como antónimo a εὖ- en formas como ...εὐμενής “de buen ánimo” δυσμενής “de mal ánimo”... y es sinónimo de ἄ- en pares como ἄσεβής - δυσσεβής “impío”»⁴⁴. Pero en ningún diccionario del tipo que comentamos se recogen todos los matices semánticos que el prefijo δυσ- tiene a lo largo de la historia del griego antiguo. Tampoco se mencionan todos los compuestos con δυσ- que encontramos en el *CH* ni, mucho menos, los numerosos que hay en la obra de Galeno. Aquí estamos, pues, ante uno de los inconvenientes de que hablaba el profesor Alsina y que citábamos al principio de nuestra intervención.

2.2.2. - Pero ocurre que con los compuestos con δυσ- abundan las explicaciones, definiciones y comentarios de autores antiguos, muchas veces contemporáneos de los propios usuarios de esos compuestos, o bien existen glosas que mediante el empleo de otros términos nos ayudan a precisar el sentido de tales compuestos. Uno de los ejemplos más conocidos es el caso de δυσήνιος que Galeno comenta así: «Critias en su libro *Sobre la naturaleza del amor o de las virtudes* explica así esta palabra: δυσανίης es el que se aflige por pequeñas y

⁴⁴ Cf. R. ALFAGEME, *op. cit.*, p. 60.

grandes cosas, más y más tiempo que los demás hombres...; δυσήνιος: el que no se aflige fácilmente; significa también el que soporta con dificultad el freno (δυσχαλίνωτος) o el que es de un humor difícil»⁴⁵. Erotiano comenta el δυσθεσίη del *CH* diciendo que es δυσαρέστησις ἢ δυσαποκατάστασις⁴⁶. En Galeno se nos dice, a propósito de τὸ δυσθάνατον, que algunas veces significa también τὸ βραδυθάνατον «muerte lenta» y otras τὸ σὺν ὀδύνη θνήσκειν «morir con dolor»⁴⁷. A propósito de δυσίητος en *Art.* 14, IV 118,7 L. los MS I y G traen una glosa en la que se dice que δυσιητοτέρα es δυσκόλως ἰωμένη θεραπευομένη. En relación con el empleo de δυσκοιτέω en *VM* 10, I 594,3 L. Galeno comenta δυσκοιτέουσι con la frase μοχθηρῶς ἔχοντες ἐν τῇ κοίτῃ διατελοῦσιν⁴⁸. Toda esta información la consideramos de suma importancia a la hora de establecer los significados de estos lexemas en el *CH*.

2.2.3. También valoramos muy positivamente la información semántica que nos suministran los léxicos antiguos como el de Hesiquio, Pólux, la *Suda* o el de Zonaras, entre otros. En muchos casos la explicación que estos léxicos ofrecen de algunos términos con δυσ- del *CH* coincide plenamente, lo que hace suponer una copia, uno del otro. Así, por ejemplo, en Hesiquio, *Suda* y Zonaras⁴⁹ se da la misma explicación para los siguientes vocablos del *CH*:

δυσέμβολος· δυσεπιχείρητος

δύσοσμον· δυσῶδες

δυσπετές· δυσχερές

En algunos ejemplos, por el contrario, la explicación es diferente en los tres, como ocurre con δυσειδής, que una vez se comenta como κακὸν εἶδος ἔχων (Hesiquio), otra como ὁ ἄμορφος (*Suda*) y una tercera como ὁ δύσμορφος (Zonaras). Pero lo más frecuente es que haya divergencia sólo entre dos de los léxicos citados, como tenemos en los siguientes lexemas entre Hesiquio y la *Suda*:

⁴⁵ Cf. *Erotiani Galeni et Herodoti Glossaria in Hippocratem*, Leipzig, 1780.

⁴⁶ Cf. E. NACHMANSON, *Erotiani vocum Hippocraticarum collectio cum fragmentis*, Upsala, 1918.

⁴⁷ La cita la sacamos del *Thesaurus*, de H. STEPHANUS, s.v. δυσθάνατος.

⁴⁸ En adelante citamos los contextos por cualquiera de los sistemas empleados tanto por la *Concordantia* de MALONEY-FROHN-POTTER, como por el *Index* de KÜHN-FLEISCHER. Ambas obras deben tenerse a la vista a la hora de acudir a cualquiera de los lugares que citemos.

⁴⁹ Cf. K. LATTE, *Hesychii Alexandrini Lexicon*, Copenhagen, 1953; A. ADLER, *Suidae Lexicon*, Stuttgart, 1967; J.A.H. TITTMANN, *Iohannis Zonarae Lexikon*, reim., Amsterdam, 1967.

HESIQUIO	<i>Suda</i>
δυσαλθέα' ἀθεράπευτα	δυσαλθές' δυσίατον
δύσοιστος' δυσυπομόνητος	δύσοιστος' δυσφόρητος
δυσπρόσιτον' ᾧ δυσκόλως τις προσέρχεται	δυσπρόσιτα' δυσχερῆ ἐγγισθῆναι
δυστράπελος' δυσμετάθετος	δυστράπελος' δυσκίνητος, ἀμετάτρεπτος, ὅς οὐχ εὔρεν ἐκφυγεῖν
δύσφορον' χαλεπόν	δύσφορα' δυσύποιστα

Diferencias entre Hesiquio y Zonaras se dan también en relación con δύσκολος, que para el primero es ἄγριος, δυσχερῆς, mientras que para el segundo es ὁ δυσάρεστος. En otros casos lo que ocurre es que nos tropezamos con explicaciones más extensas que un simple sinónimo, como ocurre con δύσκωφος en la *Suda* que se comenta con ὁ ἐκ μέρους ἀκούων «el que oye en parte». En relación con un empleo de δύσσομος podemos leer en Pólux el siguiente comentario: δύσσομα δὲ (ἴχνη) καὶ εὔσομα οὐ τὰ δυσχερῆς ἢ ἡδὺ ἀποπνέοντα λέγουσιν, ἀλλὰ τὰ εὐαίσθητα ἢ δυσαίσθητα πνεύματα τῶν ἰχθῶν.

2.2.4. Pero con ser muy importantes todas estas glosas y comentarios de los autores y léxicos antiguos, el significado de los compuestos con δυσ- en el *CH* hay que extraerlo, sin embargo, de la propia lectura de cada uno de los contextos en los que aparece. Hace ya algún tiempo dimos a conocer un esquema en el que presentábamos los valores semánticos del prefijo δυσ-, válido para todo el griego antiguo⁵⁰. De acuerdo con él los compuestos con δυσ- pueden clasificarse de la siguiente forma:

1. Compuestos en los que δυσ- tiene el significado de «malo» por oposición a εὖ- «bueno», del tipo εὐμενής «benévolo» - δυσμενής «malévolo». De este valor derivan otras acepciones como las que corresponden a las nociones españolas de «difícil», «molesto», «penoso», «doloroso», «tardo», etc.
2. Compuestos en los que δυσ- adquiere las nociones de «privación», «falta», «negación», en alternancia con los compuestos con ἀ- / ἄν- privativa, del tipo δύσβατος = ἄβατος «intransitable». No obstante, hay que diferenciar en este apartado los casos del tipo ἀτυχής «sin fortuna» frente a δύστυχής «desafortunado» y εὐτυχής «afortunado».

⁵⁰ Cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, trabajo citado en nota 33.

3. Lexemas en los que δυσ- funciona como un intensivo o refuerzo de la segunda parte del compuesto, en doble sentido:
 - a) Cuando se trata de una noción negativa o desfavorable: tipo δυσάθλιος «muy desgraciado».
 - b) Cuando se trata de un compuesto ya privativo: del tipo δυσάνολβος «muy infeliz».
4. Compuestos en los que δυσ- parece denotar la idea de «provisión» o «dotación de», equivalente a la preposición española «con», que correspondería a los adjetivos latinos en -osus del tipo δύσερις «querrelloso». Este valor sería el opuesto de algunos de los compuestos que hemos establecido en el apartado 2.

Aplicando este esquema a los 90 compuestos del *CH* y a los 431 contextos podemos extraer las siguientes conclusiones:

- a) No se registra el significado 4 en ningún ejemplo.
- b) Una buena parte de estos compuestos en el *CH* son términos técnicos, pertenecientes ya al vocabulario especializado de la medicina y, por lo tanto, deben simplemente transcribirse en castellano. Ejemplos claros son los de δυσεντερία «disentería» (y los adjetivos δυσεντερικός «disentérico» y δυσεντεριώδης «afectado de disentería»), δύσπνοια «disnea» (y el resto de la familia como δυσπνοέω «padecer disnea», δυσπνόητος y δύσπνοος «disneico»), δυσουρία «disuria» y δυσουρέω «padecer disuria». A veces ocurre que en el propio *CH* se define alguno de estos términos, como es el caso de disentería, cuya explicación y definición es como sigue: «Cuando, al recalentarse el cuerpo, la purga se hace violenta, los intestinos son arañados, y quedan ulcerados y se producen deposiciones sangrientas, eso es lo que se llama disentería, enfermedad penosa y peligrosa»⁵¹. Galeno, por su parte, define la disuria como una δυσχέρεια τοῦ οὔρου «dificultad para orinar». Otros vocablos del *CH* recogidos como términos técnicos por los diccionarios médicos especializados⁵² serían los siguientes: δυσεργία «disergia», δυσκινησία «discinesia», δυσοδμία

⁵¹ Traducción de García Gual, en *Sobre la dieta 74 (Tratados hipocráticos)*, III, ed. Gredos, Madrid, 1986, p. 96).

⁵² Cf. *Diccionario terminológico de ciencias médicas*, Barcelona, 1984¹²; J.M. QUINTANA CABANAS, *Raíces griegas del léxico castellano científico y médico*, Madrid, 1987; L. SEGATORE, *Diccionario médico*, Barcelona, 1963².

«disosmia», δύσπεπτος «dispéptico», δυσθεσίη «distesia», δυσθυμίη «distimia», δυσφογίη «disforia». En algunos de estos ejemplos cabría preguntarse si estamos realmente ante un uso técnico de estos vocablos o predomina su uso no especializado. Es lo que ocurre con δύσκριτος, que, según Laín ⁵³, puede usarse técnicamente en el sentido de «discrítico» hablando de enfermedades, aunque los significados en el *CH* son, o bien «difícil de separar», o bien «que tiene o indica una crisis difícil». Algo parecido tenemos también en el vocablo δύσκολος, que en los diccionarios médicos existe como «díscolo», pero que en el *CH* hay que traducirlo por «difícil», «penoso», «molesto», «difícilísimo», «desfavorable», etc. La especialización de los términos generales juega un papel fundamental en la formación del vocabulario técnico de la medicina. Muchos vocablos médicos nacen de una especialización de los términos corrientes mediante una aplicación más estricta y técnica de los términos generales ⁵⁴.

- c) El significado intensivo del prefijo δυσ- en el *CH* es muy poco relevante y creemos que sólo se encuentra en los casos de δυσήνιος «muy afligido», δύσκωφος «enteramente sordo» (por oposición a κωφός «sordo») y δυσορρησίη «arrebato o raptó de cólera», en el sentido de una cólera intensa o fuerte.
- d) Mayor presencia tiene el significado 2 de nuestro esquema referido a los conceptos de «privación», «falta» y «negación». Para traducir este valor al castellano recurrimos en unos casos a compuestos con *in-*, *des-*, *dis-*, o bien a nociones acompañadas de «sin» o «falta de». En un grupo de adjetivos compuestos con δυσ- y sufijo -τος subyace la idea de imposibilidad, correspondiendo en castellano a palabras con *in-* y *-ble*, como en los siguientes ejemplos: δυσβοήθητος «incurable», δυσέκμητος y δύστηκτος «insoluble», δυσίητος «incurable», δυσοίκητος «inhabitable», δύσοιστος «insoportable», δύσοπτος «invisible», δυσπρόσιτος «inaccesible», δυσεξανάλωτος «inagotable». Sin el sufijo *-ble* tenemos

⁵³ Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, pp. 21-23. Para el concepto de κρίσις como elemento fundamental en el *CH* resultan muy provechosas las páginas que le dedica VINTRÓ, *op. cit.*, pp. 131-139.

⁵⁴ Para la cuestión en general cf. E. BENVENISTE, «Termes gréco-latins d'anatomic», *RPh* 39, 1965, pp. 7-13, así como los trabajos de BERRETTONI e IRIGOIN citados en las notas 9 y 12, respectivamente.

los siguientes: δυσαλλοίωτος «indigesto», δύσχρηστος «incómodo», δυσσεβείη «impiedad» (y δυσσεβέω «cometer impiedad»), δυστυχέω «ser infortunado». Casos en los que δυσ- equivaldría a los compuestos castellanos con *des-/dis-* serían δύσελπις «desesperado», δύστηνος «desgraciado», δυσθυμέω «desanimarse», δυσαραστέω «disgustarse» y δυσχεραίνω «estar disgustado». Por último, δυσθενέω sería «no tener fuerzas», δύσικμος «sin secreciones» y δυσφοροσύνη «sin sabor».

- e) El significado más frecuente en nuestros compuestos es el que corresponde al primero del esquema citado, a saber, a la noción de «malo» por oposición a la de εὖ- «bueno». De las acepciones que distinguíamos en este apartado la gran mayoría de nuestros compuestos tiene la de «difícil». He aquí distribuidas ambas nociones:

<i>MAL</i>		<i>DIFÍCIL</i>	
δυσειδής	«de mal aspecto»	δυσάκεστος	«difícil de curar»
δυσελκίη	«mala cicatrización»	δυσαλθής	«difícil de sanar»
δυσεργέω	«funcionar mal»	δυσανάληπτος	«que se recupera difícilmente»
δυσθάνατος	«de mala muerte»	δυσανάσφαλτος	«que se recupera con dificultad»
δυσκοιτέω	«dormir mal»	δυσαπάλλακτος	«difícil de recuperar»
δυσμενής	«malévolo»	δυσβοήθητος	«difícil de curar»
δύσοδος	«de mal olor»	δυσδίδακτος	«difícil de instruir»
δυστοκέω	«tener un mal parto»	δυσελκής	«difícil de cicatrizar»
δυσφορέω	«soportar mal»	δυσέμβλητος	«difícil de encajar»
δύσφορος	«malo de soportar» o «que soporta mal»	δυσέμβολος	«difícil de reducir»
δυσχείμερος	«de malos inviernos»	δυσεξάγωγος	«difícil de eliminar»
δυσχέρεια	«malestar»	δυσέξοδος	«difícil de curar»
δυσχερής	«malo»	δυσήμετος	«que vomita con dificultad»
δυσχερῶς	«mal»	δυσημής	«que vomita con dificultad»
δύσχροος	«de mal color»	δυσθεράπευτος	«difícil de tratar»
δύσχρως	«de mal color»	δύσθετος	«difícil de colorar»
δυσωδίη	«mal olor»	δυσκολαίνω	«ser dificultoso»
δυσώδης	«de mal olor», «maloliente»	δύσκολος	«difícil», etc.
		δυσκόλως	«con dificultad»

δυσμετάβλητος	«difícil de cambiar»
δυσπειρίη	«experiencia difícil»
δυσπετής	«difícil»
δυσπετέως	«con dificultad»
δυσπετεστέρωσ	«con dificultad»
δύσπλυτος	«difícil de limpiar»
δυστράπελος	«difícil de apartar»
δυσχερής	«difícil»

Llama la atención en estas listas la abundancia de términos empleados en el *CH* para la noción del tratamiento y las consiguientes ideas de curar, sanar, etc., que podrían formar algo así como un campo léxico «de la dificultad de curar» y que estaría constituido por los lexemas *δυσάκεστος*, *δυσαλθής*, *δυσαπάλλακτος*, *δυσβοήθητος*, *δυσσελκής*, *δυσέξοδος* y *δυσθεράπευτος* ⁵⁵.

2.2.5. Hay un aspecto que consideramos importante en relación con la traducción de todos estos términos al castellano. Hemos observado en algunos ejemplos que para un mismo vocablo y en un mismo contexto el traductor recurre a dos nociones distintas. Tal ocurre con *δυσφορίη* que en una ocasión se vierte por «angustia extrema» y en otra por «excitación y angustia» ⁵⁶. Habría que cuidar este aspecto e intentar ser más escrupuloso a la hora de verter estos términos al español.

2.3. La tercera fase de la investigación lingüística en la línea de L. Weisgerber gira en torno al concepto alemán de la *Leistung*, que podríamos traducir por «producción», «rendimiento», «actividad». Se trataría en esta etapa de investigar qué capacidades productoras van unidas a los diversos medios lingüísticos y cuál es el acceso que se abre al mundo ⁵⁷. Aplicado a nuestro estudio de los compuestos con *δυσ-* en el *CH* ello se traduce en indagar qué familias de palabras y desa-

⁵⁵ El estudio de todos estos términos es el objeto de trabajo del libro de VAN BROCK citado en la nota 7. Sobre la noción de «tratamiento» cf. también LAÍN, *op. cit.*, p. 298.

⁵⁶ El mismo texto griego (τὰ ὄμματα κοῖλα · ἄλυσμός · δυσφορίη) se traduce en *Epidemias* V 62, 2 por «los ojos hundidos, temblores, angustia extrema» y en *Epidemias* VII 31, 2 por «los ojos hundidos, agitación, excitación y angustia», por parte de la misma persona. Cf. *Tratados Hipocráticos* V, ed. Gredos, Madrid, 1989, pp. 282 y 317, respectivamente.

⁵⁷ Cf. para las cuatro fases weisgerberianas que venimos considerando en la formación de palabras L. WEISGERBER, *Die vier Stufen in der Erforschung der Sprachen*, Düsseldorf, 1963 y «Vierstufige Wortbildungslehre», en *Muttersprache* 74, 1964, p. 33-43.

rollos son más importantes en estos compuestos, y a qué grupos derivados semánticamente afines (*Wortstände*)⁵⁸ podrían dar lugar, la relación del prefijo *δυσ-* con *εὖ-* y *ἄ-*, los procedimientos del *CH* para la constitución de una terminología médica con este formante, la relación del *CH* con el otro gran conjunto de literatura médica, el *Corpus galénico*, los términos que sólo documenta el *CH* en toda la literatura griega (*ἅπαξ λεγόμενα*) y vocablos significativos ausentes en el *CH*.

2.3.1. Las dos únicas familias de palabras compuestas con el prefijo *δυσ-* que tienen representación en las cuatro categorías gramaticales (sustantivo, adjetivo, verbo y adverbio) en el *CH* son las de *δύσφορος* - *δυσφορία* - *δυσφορέω* - *δυσφόρος* - *ὑποδύσφορος* - *ὑποδυσφορέω*, y la de *δυσχερής* - *δυσχεραίνω* - *δυσχέρεια* - *δυσχερῶς*.

La primera tiene como base un derivado del verbo *φέρω* muy usual en la terminología relacionada con el dolor⁵⁹, y la segunda gira en torno al concepto de la mano (*χείρ*), cuya importancia en el *CH* ha sido resaltada por varios estudiosos⁶⁰. Se ha dicho que el médico hipocrático ve en la mano el órgano principal de la acción del médico y en definitiva el instrumento básico para la acción del hombre en el mundo⁶¹. Ello se refleja en el léxico derivado de ella, entre cuyos términos habría que añadir, además de los ya citados con *δυσ-* otros vocablos como *χειροτέχνης*, *ἐγχειρεῖν*, *ἐπιχειρεῖν*, etc.⁶² Otras familias léxicas importantes son las de *δυσπνοέω-δύσπνοια-δύσπνοος-δυσπνόητος* y *δύσκολος* - *δυσκολαίνω* - *δυσκόλως*. El resto de los compuestos con *δυσ-* son, o bien vocablos aislados, o bien desarrollos⁶³ de adjetivos-sustantivos (tipo *δυσελκής-δυσελκή*, *δυσώδης-δυσωδή*, *δύσοδος-δυσοδμή*), o de sustantivos-verbos (como *δυσεργείη-δυσεργέω*, *δυσθυμία-δυσθυμέω*, *δυσουρή-δυσουρέω*, *δυσσεβείη-δυσσεβέω*), o de sustantivos-adjetivos (del tipo *δυσεντερίη-δυσεντεριώδης-δυσεντερικός*, *δυσθεσίη-δύσθετος*), o de adjetivos-adverbios (como en *δυσπετής-δυσπετέως-δυσπετεστέρως*, *δύσκριτος-δύσκριτως*). Por último, hay que resaltar el caso de la doble

⁵⁸ Para este concepto cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, trabajo citado en la nota 36, vol. II, p. 951 y ss.

⁵⁹ Cf. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, *id.*, vol. II, 715-717.

⁶⁰ Por ejemplo, LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, 298 y ss. 347-8.

⁶¹ Cf. B. FARRINGTON, «The hand in healing, a study in Greek medicine from Hippocrates to Ramazzini», en *Proceed. of the Royal Instit. of Great Britain* 32, 1941, p. 60-90.

⁶² A propósito de los compuestos con *δυσ-* derivados del concepto de mano en griego cf. D. C. POZZI, «A note to *δυσχείρωμα*», *HSPH* 75, 1971, 63-67.

⁶³ Para este concepto remitimos a E. COSERIU, «La formación de palabras desde el punto de vista del contenido», en *Gramática, Semántica, Universales*, Madrid, 1978, p. 239-264, especialmente 250 y ss.

representación de lexemas de una misma familia léxica como ocurre con δύσχροος-δύσχρωος, δύστηκτος-δυσέκτηκτος y δυσήμετος-δυσημής.

2.3.2. Una de nuestras preocupaciones en la formación de palabras desde una perspectiva predominantemente semántica es la consideración de los posibles grupos derivativos semánticamente afines (*Wortstände*), cuya importancia para la investigación lingüística hemos señalado en otro lugar ⁶⁴. En el caso que nos ocupa, los compuestos con δυσ- en griego antiguo podrían formar parte, entre otros, de los siguientes tres grupos derivativos:

- a) *Intensificación de la noción básica* junto a otros formantes como δια-, παν-, βαρυ-, ὑπερ-, κατα-, πολυ-, ἐπι-, ὄξυ-, etc. Habría que ver en nuestro caso qué compuestos de estos elementos concurren con δυσ- en el CH, donde tenemos, por ejemplo, formaciones como κακελκής, ἀκόδομος, κακώδης, ὄξυθυμία, βαρυηκοΐα, etc.
- b) *Privación o ausencia de la noción básica* en los que habría que ver la concurrencia de δυσ- con los compuestos privativos como ἀ-/ ἄν-, ἀπο-, etc., intentando discernir las posibles diferencias que se dan en parejas como δυσκνησίη / ἀκνησίη, δυσπειρίη / ἀπειρίη, etc. Insistiremos en este punto en el siguiente párrafo.
- c) *Cambio antonímico con la destrucción de la noción básica positiva* produciéndose antónimos del tipo δυσειδής «feo», δυσαρεστέω «disgustarse», δυσφροσύνη «sinsabor», etc. En este grupo entrarían igualmente muchos compuestos con ἀ-privativa, λειπο-/ λιπο- (del tipo λιποθυμέω), etc.

2.3.3. Precisamente uno de los aspectos que más habría que cuidar desde el punto de vista semántica en los compuestos con δυσ- en el CH es la distinción entre los compuestos con ἀ-privativa y su oposición con los compuestos con εὐ-. A este respecto habría que decir que mientras los compuestos con δυσ- son, como hemos dicho, unos 90, los compuestos con εὐ- superan los 240. De los 90 compuestos con δυσ-, unos 36 tienen representación con εὐ- en el CH y en unos 15 casos tenemos representación del tipo δυσ- / εὐ- / ἀ-. En estos últimos ejemplos habría que cuidar las traducciones de estos vocablos, ya que no es lo mismo δυσάκεστος «difícil de curar» - εὐάκεστος «fácil de curar» / ἀνήκεστος «incurable», o δυσάλθης «difícil de sanar» - εὐάλθης «fácil de sanar» / ἀναλθής «insanable». Esta oposición se da

⁶⁴ Cf. nota 58.

en los siguientes lexemas del *CH*: δυσελκής, δυσήμετος, δυσήνιος, δυσθενέω, δυσίητος, δύσκριτος, δύσοδμος, δύσπεπτος, δύσπνοια, δύσπνοος, δύσφορος, δύσχρηστος y δύσχροος-δύσχροως.

2.3.4. Otra cuestión importantísima dentro del estudio de los compuestos con *δυσ-* en el *CH* es la que afecta a los diversos procedimientos que tenemos en el *Corpus* para la formación de una terminología médica con el formante *δυσ-*. Aquí nos encontramos con un escabroso tema, que ha sido objeto de muy controvertidos estudios. Se trata ni más ni menos que de ver la posible influencia que este léxico recibe de otros vocabularios y autores considerados más poéticos. El profesor Alsina ha insistido en el hecho de que la creación de un lenguaje médico tiene como fuentes el mundo de la magia y la medicina credencial, el lenguaje popular, la lengua poética (sobre todo Homero y Tragedia), los pensadores presocráticos y el lenguaje de la vida social⁶⁵. De todas estas fuentes nos interesa fundamentalmente el tema de los posibles «poetismos» en el *CH*, cuestión aún no resuelta y que ha sido abordada varias veces⁶⁶. Se pretende, en definitiva, saber si nos encontramos ante una influencia de la medicina sobre la poesía o, por el contrario, ante un influjo de la poesía sobre la terminología médica. Dumortier⁶⁷, por ejemplo, sostenía la tesis de un conocimiento de la literatura médica por parte de Esquilo, pero hoy sabemos que el *CH* se elabora a mediados del siglo V a.C. y la última pieza del autor trágico, la *Orestía*, es del 454 a.C. La profesora Lanata admite una influencia mutua, si bien insiste en que no tiene nada de extraño que la prosa médica jónica incipiente eche mano de los medios expresivos de los otros géneros literarios de más sólida tradición, atribuyendo un significado técnico más preciso a términos que en la poesía tenían ya una acepción particular⁶⁸.

En el caso concreto de los compuestos con *δυσ-* en el *CH* debemos decir que 4 están ya en Homero (*δυσμενής*, *δύστηνος*, *δυσφοροσύνη*

⁶⁵ Cf. ALSINA, *op. cit.*, p. 99 y ss.

⁶⁶ Lo fundamental en este aspecto está recogido en VINTRÓ, *op. cit.*, p. 59, notas 14 y 15, y ALSINA, *op. cit.*, p. 115, nota 10. A la bibliografía citada en estas obras habría que añadir, para la relación de la Filosofía (especialmente Platón, Aristóteles) con el *CH* los trabajos de J. LASSO DE LA VEGA, «Pensamiento presocrático y medicina» y «Los grandes filósofos griegos y la medicina», en el vol. II de la *Historia Universal de la Medicina*, dir. por P. LAÍN, Barcelona-Madrid, 1972, págs. 37-71 y 119-151, respectivamente.

⁶⁷ Cf. J. DUMORTIER, *Le vocabulaire médical d'Eschyle et les écrits hippocratiques*, Paris, 1935, donde, por cierto, no se estudia ninguno de los numerosos compuestos con *δυσ-* que hay en Esquilo y en el *CH*.

⁶⁸ Cf. G. LANATA, «Linguaggio scientifico e linguaggio poetico», *QUCC* 5, 1968, 22-36. En relación con lo que debe entenderse como términos más o menos científicos resulta curioso que en la obra de Ch. MUGLER, *Dictionnaire historique de la terminologie optique des grecs*, Paris, 1964, se incluyan voces como *δυσθεώρητος*, *δυσόμματος* y *δυσόραστος*, que no aparecen en el *CH* y, en cambio, no se recoja *δύσσοπος* que sí aparece.

y δυσχείμερος), 12 en Esquilo (δύσελπις, δυσίητος, δύσκριτος, δύσοιστος, δύσφορος, δυσχερής, δυσσεβείη, δυσσεβέω, δυστυχέω, δυσφορέω, δυσκρίτως y δυσπετέως), 12 en Sófocles (δυσαπάλλακτος, δυσειδής, δυσθεράπευτος, δυσπετής, δύσπνοος, δυστράπελος, δυσώδης, δυσθυμίη, δυσοδμίη, δυσχέρεια, δυσφόρος y δυσχεραίνω), además de otros 9 que estaban en Homero o Esquilo, 4 en Eurípides (δυσθάνατος, δύσκολος, δυσπρόσιτος y δυσθυμέω), además de otros 13 recogidos en los autores anteriores, y dos en Aristóphanes (δυσκολαιίνω y δυστοκέω), además de otros 7 recogidos ya por los otros autores. De la lírica arcaica sólo tenemos δύσηρις (además de otros 5 recogidos en los otros autores) que en el *CH* se registra únicamente como nombre propio (Diseris). De los autores en prosa, más o menos contemporáneos de los escritores del *CH*, hay que resaltar dos, no citados hasta ahora, que tenemos en Heródoto (δυσεντερίη y δύσοδμος), los que hay en Platón (δυσαλθής, δύσπεπτος, δυσχερῶς, etc.), Aristóteles (δυσαρρεστέω, δυσεξάγωγος, δυσέξοδος, δυσκινησίη, δύσκωφος, δυσωδίη), Isócrates (δυσκόλως), Jenofonte (δύσπνοια), Epicuro (δυσφορίη), etc. Pensamos que este aspecto podría investigarse más a fondo, pero creemos que con lo expuesto se tiene una idea de la relación de los escritos del *CH* con otros autores y géneros anteriores o coetáneos suyos. Del mismo modo, somos de la opinión de que habría que profundizar en el origen de algunos términos con δυσ- procedentes de otros tipos o niveles de lengua, como ocurre con δυσβοήθητος «difícil de socorrer», propio del lenguaje militar, que en el *CH* adquiere el sentido más técnico-médico de «difícil de curar».

Empleos parecidos ocurren con otros vocablos que de un modo más general pasan a tener en el *Corpus* una acepción más estrictamente médica. He aquí algunos ejemplos:

δυσαλλοιώτος	«difícil de modificar» → «difícil de digerir», «indigesto» (<i>CH</i>)
δυσαπάλλακτος	«difícil de apartar» → «difícil de recuperar, curar» (<i>CH</i>)
δυσέξοδος	«de difícil salida» → «difícil de curar» (<i>CH</i>)
δύσικμος	«sin humedad» → «sin secreciones» (<i>CH</i>)
δύσπνοος	«de viento o soplo desfavorable» → «jadeante, disneico» (<i>CH</i>)

2.3.5. Mención aparte merece la relación del *CH* con Galeno, ya que se trata del otro importante *Corpus* de escritos médicos llegados hasta nosotros. A esta relación le hemos dedicado ya un pequeño

trabajo ⁶⁹. Aquí solamente vamos a insistir en dos o tres aspectos que consideramos de interés. En primer lugar, en Galeno tenemos tres veces más compuestos con *δυσ-* que en el *CH* y el número de ejemplos se ha multiplicado por ocho. En segundo lugar, hay toda una serie de términos que no se recoge en Galeno, pero sí en el *CH*: *δυσέμβολος*, *δυσεξάγωγος*, *δυσέξοδος*, *δυσεργεῖη*, *δυσήμετος*, *δύσθετος*, *δύσοδος*, *δυσοίκτητος*, *δύσοπτος*, *δυσπετής*, *δύσπλυτος*, *δυσπρόσιτος*, *δυσσεβείη*, *δυσσεβέω*, y *δυστράπελος*. En tercer lugar, otra serie de compuestos con *δυσ-* aparece también en Galeno, pero su uso arranca de los autores del *CH*, como ocurre con *δυσάκεστος* *δυσαλλοίωτος*, *δυσανάληπτος*, *δυσβοήθητος*, *δυσελκής*, *δυσεντερίη* y familia, *δυσεξανάλωτος*, *δυσεργεῖη*, *δυσήνιος*, *δύσικμος*, *δυσμετάβλητος*, *δυσουρίη* y familia, *δύσπεπτος*, *δύστηκτος*, *δύσχηρητος* y *δύσχροος*. Por último, hay unos cuantos *lexemas* que sólo aparecen en el *CH* y Galeno, comentados en este autor a propósito de su aparición en el *CH*, por lo que casi podríamos considerarlos como auténticos *ἄπαξ λεγόμενα*. Estos compuestos son *δυσανάσφαλτος*, *δυσελκίη*, *δυσέμβλητος*, *δυσκοιτέω*, *δυσοργησίη*, *δυσπειρίη*, a los que habría que agregar *δυσήμετος* y *δυσημής*, ya que en el *Corpus* galénico sólo tenemos la forma *δυσεμής*.

2.3.6. Este último grupo de compuestos se añadiría a los que están atestiguados sólo en el *CH* en toda la literatura griega antigua y que son los siguientes: *δυσδίδακτος*, *δυσέπτηκτος*, *δυσεργέω*, *δυσθενέω*, *δυσθεσίη*, *δυσπνόητος*, *ὑποδύσφορος*, *δυσπετεστερώς* y *δύσχωρος*. Habría, pues, unos 17 compuestos con *δυσ-* en todo el griego antiguo que sólo se documentan en el *CH* (*ἄπαξ λεγόμενα*).

2.3.7. Por el contrario, resulta sorprendente la ausencia de algunos compuestos con *δυσ-* en nuestro *Corpus* cuando son tan frecuentes en Galeno. Así, por ejemplo, el término *δυσκρασία* «mala mezcla», que en el *Corpus* galénico se registra en unas 649 ocasiones, no se encuentra en el *CH*, aunque, según Laín, como expresión fisiológica y humoral del concepto de enfermedad, figura la idea expresada por él ⁷⁰. Otro caso llamativo es el que ocurre con *εὐσχημοσύνη* «decorosa apariencia», «decencia», concepto del que trata uno de los opúsculos del *Corpus*, pero jamás se creó su contrario (**δυσχημοσύνη*) en griego antiguo. Para lo que hoy se conoce como disfonía el *CH* emplea el término *βράγχοι* «ronqueras», pero no usa *δυσφωνία*, que se documentará posteriormente en Galeno sólo una vez. En cambio, lo que sí registra el *CH* son los compuestos privativos como *ἀκρασίη*

⁶⁹ Cf. SANTANA HENRÍQUEZ, trabajo citado en la nota 33.

⁷⁰ Cf. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 193.

y ἀφώνη. Habría que indagar más a fondo sobre estas significativas ausencias.

2.4. El cuarto grado en la exploración de los fenómenos del lenguaje weisgerberiano tiene que ver con el concepto alemán de la *Wirkung* «acción», «efecto», «función» y se refiere al aspecto pragmático del uso lingüístico: qué efectos pueden tener determinados modos de expresión ⁷¹. En relación con nuestro estudio de los compuestos con *δυσ-* en el *CH* nos importa en esta fase la distribución de los compuestos entre las obras del *Corpus* y algunos fenómenos estilísticos, en especial los que se refieren a la sinonimia, la antonimia, la polisemia y algunas figuras retóricas.

2.4.1. Como es bien sabido, los escritos del *CH* presentan entre sí una gran diversidad cronológica, doctrinal, temática y de escuelas. Entre los más antiguos y los más recientes se calcula un lapso temporal de cuatro o cinco siglos. Ello hace que sea difícil a veces extraer conclusiones a la hora del empleo de determinados vocablos en tan abigarrado conjunto. Siguiendo la conocida distribución temática de Haeser ⁷² de los escritos del *Corpus* nos encontramos con las siguientes cifras en el empleo de compuestos con *δυσ-*:

- I Escritos de carácter general: 19 compuestos y 47 contextos;
- II Escritos de contenido anatomofisiológico: 14 y 14;
- III Escritos de tema dietético: 6 y 10;
- IV Escritos de carácter patológico general: 52 y 156;
- V Escritos sobre patología especial: 37 y 137;
- VI Escritos de contenido terapéutico: 10 y 13;
- VII Escritos quirúrgicos: 10 y 13;
- VIII Escritos oftalmológicos: ninguno;
- IX Escritos ginecológicos, obstétricos y pediátricos: 25 y 33;
- X Escritos apócrifos (*Cartas*): 8 y 9

De los 53 tratados de la colección, en unos 20 no se registra ningún

⁷¹ Cf. O. SZEMERÉNYI, *Direcciones de la lingüística moderna II. Los años cincuenta (1950-1960)*, Madrid, 1986, p. 272-275, especialmente p. 275.

⁷² Cf. AA.VV., *La medicina hipocrática*, en Clásicos de la Medicina, CSIC, Madrid, 1976, p. 36-39.

compuesto con δυσ- mientras que por escritos individuales los que más tienen son los siguientes:

Prenociones de Cos: 20 compuestos y 76 contextos;
Epidemias: 19 y 103;
Predicciones: 15 y 37;
Sobre las enfermedades de las mujeres: 14 y 21;
Aforismos: 13 y 40.

Otro aspecto significativo es el hecho de que algunos compuestos relativamente numerosos se encuentran exclusiva o predominantemente en una obra determinada. Así, por ejemplo, de 13 empleos de δυσεντεριώδης, 11 se encuentran en *Epidemias*, al igual que 20 de los 21 de δυσφόρος y 3 de los 4 de δυσκόλως. De 26 empleos de δύσκολος, 21 se encuentran en *Prenociones de Cos*; los 4 usos de δύσπεπτος se encuentran exclusivamente en *Sobre la dieta II*; los 7 empleos de δύσοδιμος sólo aparecen en *Sobre las enfermedades de las mujeres*; los 3 empleos de δυσθενέω sólo se registran en *Sobre las enfermedades II*. A la vista de estos datos se deducen algunas consecuencias. Ante todo, el prefijo δυσ- tiene su mayor empleo en los escritos de carácter patológico, tanto de patología general como especial, ya que suman en total unos 293 empleos de los 431 que hay en todo el *Corpus*. De estos escritos el conjunto formado por *Pronóstico*, *Predicciones* y *Prenociones de Cos*, o sea, los tratados que tienen que ver en la operación de pronosticar, operación esencial de la medicina hipocrática⁷³, es el que mayor uso hace de este tipo de compuestos: 25 en 125 empleos. De estos escritos, *Prenociones de Cos* es el que mayor uso registra de los compuestos con δυσ- al que le siguen *Epidemias*, *Predicciones*, *Sobre las enfermedades de las mujeres* y los *Aforismos*. Todos estos escritos suelen datarse entre el siglo V a.C. y finales del siglo IV a.C., por lo que puede afirmarse que es este período de tiempo el más productivo en lo que se refiere a nuestros compuestos⁷⁴. En cambio, nuestro prefijo es muy poco significativo en escritos de tipo oftalmológico, dietético, terapéutico y quirúrgico. Sorprende que los escritos quirúrgicos, que suelen considerarse, desde el punto de vista literario, como «una joya de la literatura griega»⁷⁵, sólo emplean 10 de estos compuestos y en sólo 13 contextos, repartidos únicamente en dos tratados (*Sobre las articulaciones*, 6 compuestos, y *Sobre las fracturas*, 4 compuestos). Lo cual contrasta con otros opúsculos considerados literariamente como obras maestras, que hacen un

⁷³ Cf. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 269.

⁷⁴ Sobre el carácter especial del léxico de *Prenociones de Cos* cf. la introducción de E. GARCÍA NOVO a su traducción en *Tratados Hipocráticos II*, ed. Gredos, Madrid, 1986, p. 294-295.

⁷⁵ Cf. LAÍN ENTRALGO, *op. cit.*, p. 362.

uso abundantísimo de nuestros compuestos, cual ocurre con *Pronóstico* y *Predicciones*. Igualmente resulta llamativa la concentración de este tipo de compuestos en obras de estilo aforístico, como son *Aforismos*, *Predicciones I* y *Prenociones de Cos*, que reúnen un total de 138 empleos con *δυσ-*⁷⁶.

2.4.2. En la bibliografía hipocrática encontramos con relativa frecuencia lamentaciones que apuntan al hecho de que «el estilo es un campo poco trabajado en este *Corpus*»⁷⁷. Por otra parte, predomina la idea de que, respecto a este punto, la lengua de Hipócrates presenta un estilo sin ornato, de dicción clara y concisa, sin palabras poéticas o pomposas y sin el artificio de figuras retóricas⁷⁸. En líneas anteriores hemos hablado ya en relación con el tema de los posibles poetismos en nuestro *Corpus*. Ahora queremos abordar algunos fenómenos que suelen catalogarse dentro de la estilística, como son los aspectos que se refieren a la sinonimia, antonimia y polisemia, para terminar con algunas figuras de dicción que observamos en el empleo de nuestro tipo de compuestos.

2.4.2.1. Una de las constantes que suele producirse en relación con los usos de compuestos con *δυσ-* es su frecuente empleo al lado de otros lexemas que solemos considerar como sinónimos. En el caso de nuestros compuestos ello ocurre en los siguientes lugares (ponemos el compuesto con *δυσ-* y su posible lexema sinónimo):

δυσπαλλακτότατον-παραμονιμώτατον	: <i>Aff.</i> 31,7.
δυσεμβολώτερα-δυσθετώτερα	: <i>Fract.</i> 38,4.
δυσεξαγωγότερον-ισχυρότερον	: <i>Vict.</i> IV 89,39.
δυσεργείη-δυσθυμίη	: <i>VM</i> 10,22.
δύσικμος-ξηρή	: <i>Mul.</i> I 34,24.
δύσκριτον-οὐκ ἀσφαλές	: <i>Coac.</i> 7,565,2.
δύσκριτα-ἀβέβαια	: <i>Iudic.</i> 25,3.
δύσκριτοι-ἀκατάστατοι	: <i>Aph.</i> 3,8,4.
δυστυχοῦσι-κακοπραγέουσι	: <i>EHiDa2</i> , 17, 103
δυσφορώτατα-ἐπιπόνως	: <i>Epid.</i> I 4,8,6.
δυσφορῶσιναι-λῦπαι-ἀνίαι	: <i>MSacr.</i> 14,3.

Otro tipo de sinonimia que habría que tener en cuenta es la que se produce con los dobletes del tipo *δυσοδμή-δυσωδή*, *δυσελκής-κακελκής*, tripletes del tipo *δύσχροος-δύσχρωος-κακόχροος* e incluso,

⁷⁶ Para una clasificación de los escritos de la Colección hipocrática desde el prisma literario remitimos a VINTRÓ, *op. cit.*, p. 73.

⁷⁷ Cf. LÓPEZ FÉREZ, *op. cit.*, 1987, citada en la nota 20, p. 254.

⁷⁸ Esto, al menos, es lo que se afirma en O. HOFFMANN-A. DEBRUNNER-A. SCHERER, *Historia de la lengua griega*, Madrid, 1973, p. 176-7.

hasta series de cuatro sinónimos, como es el caso de δύσοδος-δυσώδης-κάκοδος-κακώδης.

2.4.2.2. También el fenómeno de la polisemia se produce con alguna frecuencia entre los compuestos con δυσ- en el CH. A este respecto los casos más llamativos son los de δυσφορή, para el que se suele asignar acepciones como «malestar», «angustia», «agitación», «excitación»; δύσκολος, que abarcaría nociones como las de «difícil», «molesto», «penoso», «difícil», «desfavorable»; δυσθυμία, para el que se proponen las acepciones de «mal humor», «abatimiento», «tristeza», «desmayo», «desánimo»; δύσκριτος que, por un lado, es «difícil de separar», y, por otro, «difícil de conocer» o «que tiene crisis difícil»; δύσφορος, para el que se han propuesto acepciones como «difícil de llevar», «perjudicial», «insostenible», «penoso»; δυσανάλλακτος, traducido por «de difícil solución», «de difícil recuperación», «difícil de rechazar», «difícil de eliminar», etc.

2.4.2.3. Pero el fenómeno estilístico más importante en relación con nuestros compuestos es el de la *antonimia*. Hace ya algunos años dedicamos un breve trabajo a este tema, en el que, entre otras cosas, afirmábamos que la antonimia en griego antiguo hay que entenderla desde la perspectiva de su carácter interdisciplinario, ya que puede ser objeto de estudio de la Filosofía, la Matemática, la Medicina, la Lingüística, la Estilística, la Lógica y la Semántica ⁷⁹. Una de las notas más características de la medicina hipocrática es el uso continuo del fenómeno de la alopatía o *contraria contrariis curantur*. Se trata del procedimiento terapéutico preconizado en el CH por el cual la curación se produce a base de los elementos contrarios a la enfermedad. Para la verbalización lingüística de este fenómeno los autores de nuestro *Corpus* se ven obligados a hacer constante uso de lo que se conoce como ἐναντίωσις o «apareamiento de contrarios», cuyo estudio pormenorizado está aún por realizar ⁸⁰. De la frecuencia del uso de antónimos en el CH dan idea los siguientes emparejamientos:

Liqu. 1,34: ἀσθενές-ἰσχυρόν, τὸ θερμόν-τὸ ψυχρόν, βλάπτει-ὠφελεῖ, ἡδονή-ἀχθηδών, εὐφορή-δυσφορή.

⁷⁹ Cf. M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, «El carácter interdisciplinario de la antonimia y sus procedimientos léxicos y gramaticales en Platón», en *Tabona* N.S. 4, 1983, pp. 153-179, especialmente pp. 157-8 y nota 21 para la relación con la Medicina.

⁸⁰ Desde el punto de vista más estrictamente médico el tema de la ἐναντίωσις en el CH ha sido estudiado por LAÍN, *op. cit.*, pp. 80-83 y 312-313. Trabajos más recientes sobre la cuestión son el de A. THIVEL, «Saison et fièvres, une application du principe des semblables et du principe des contraires», en *Corpus Hippocraticum* (Actes Coll. hipp. de Mons, 1975), Mons, 1977 pp. 159-181, y V. LANGHOLF, «Über die Kompatibilität einiger binärer und quaternärer Theorien im Corpus Hippocraticum», en *Hippocratica* (Actes du Coll. de Paris), M. D. GRMEK (ed.), París, 1980, pp. 333-346.

MSacr. 14,3: ἡδοναί-λύπαι, εὐφροσύναι-δυσφροσύναι, γέ-
λωτες-άνιαι, κλαυθμοί-παιδίαι, τὰ αἰσχρά- τὰ
καλά, κακά-ἀγαθά, ἡδέα-ἀηδέα, ἡδονάς-
ἀηδίας.

Ejemplos de este tipo son relativamente frecuentes a lo largo de todo el *CH*. En relación con nuestros compuestos hay toda una serie de ellos que se emplean antonímicamente junto a un compuesto con εὐ-, como ocurre con los siguientes:

δυσαλλοίωτος-εὐπρόσθετος	: <i>Alim.</i> 49,2.
δυσανάσφαλτος-εὐανάσφαλτος	: <i>Alim.</i> 28,5.
δυσελκῆς-εὐελκῆς	: <i>Acut.</i> 46,4.
δυσεξανάλωτος-εὐεξανάλωτος	: <i>Alim.</i> 49,2.
δυσημῆς-εὐημῆς	: <i>Aph.</i> 4,7,1.
δυσισητοτέρη-εὐισητοτέρη	: <i>Art.</i> 14,2
δύσκριτα-εὐκριτα	: <i>Aph.</i> 1,12,10.
δυσμενῆς-εὐνους	: <i>Vict.</i> I 36,10
δυσμετάβλητος-εὐμετάβλητος	: <i>Alim.</i> 51,2
δύσοδμα-εὐώδεα	: <i>Mul.</i> II 137,30.
δυσόπτω-εὐδήλω	: <i>de Arte</i> 9,4.
δυσπετεστέρωσ-εὐπετεστέρωσ	: <i>Morb.</i> I 22,2.
δυσπνοώτεροι-εὐπνοοί	: <i>Prorrh.</i> II 40,8.
δυσσεβείη-εὐσεβείη	: <i>Morb.Sacr.</i> 1,358,17 L.
δυσφορίη-εὐφορίη	: <i>Liqu.</i> 1,34
δύσφορον-εὐφορον	: <i>Epid.</i> VI 8,24,4.
δυσφόρωσ-εὐφόρωσ	: <i>Acut.</i> 36,5 y <i>Epid.</i> I 1,3,3.
δυσχερῶσ-εὐφόρωσ	: <i>Aph.</i> 4,3,3.
δύσχροος-εὐχροος	: <i>Aph.</i> 5,42,2.

En otros casos se produce una antonimia entre un compuesto con δυσ- y otro con ἀ- privativa:

δύσκριτα-ἀκρισία	: <i>Epid.</i> III 3,9.
δυσπειρίη-ἀπειρίη	: <i>Hum.</i> 1.6.

No faltan tampoco ejemplos de antonimia léxica del tipo δυσχεραίνοντα-μειδιῶντα (*EDmHi.* 1,18,13), ni ejemplos con litotes del tipo δύσχηστον-οὐκ ἀηδέσ (en *Aph.* 2,54,3).

2.4.2.4. Para concluir quisiéramos aludir muy brevemente ya a otros fenómenos estilísticos que se producen en el empleo de nuestros compuestos en el *CH*. Por razones obvias de espacio aquí no podemos sino citar muy de pasada algunos de los usos más notables. Relativamente frecuente es el recurso al *homoeoteleuton* (cf. ejemplos en *Alim.* 49,2; *Aff.* 31,2; *Mul.* I 9,23; *Alim.* 51,1; *Moch* 1,35,23; *Aph.*

3,11,4, etc. etc.). Tampoco faltan casos de *aliteración*, del tipo κρίσιμα... δύσκριτα (*Epid.* II 1,6,13), de *litotes*, como en *de Arte* 9,4, de *hipálages*, como el caso de δυσελκίαι τῶν ἐκλεύκων (*Epid.* II 10,6) equivalente a ἐκλευκα καὶ δυσελκῆ ἔλκη. Incluso el conocido fenómeno con los compuestos con δυσ- del tipo épico μήτεῖ...δυσμήτεῖ «madre que no es una madre», como equivalente del esquema tan frecuente en los trágicos del tipo ἄδωρα δῶρα (Sof. *Ayante* 665) «regalos que no son regalos», se da también en nuestro *Corpus*, en *Prog.* 13,7, donde tenemos δυσώδεις ὀδμαί, aunque semánticamente no es exactamente similar a los casos anteriores.

Estamos plenamente convencidos de que investigaciones en el dominio de la formación de palabras en griego antiguo, tal como las hemos llevado a cabo y esbozado en los párrafos anteriores, podrían aportar valiosos frutos a la Filología Griega, que sigue tan necesitada de estudios semánticos ⁸¹.

⁸¹ COLOQUIO.

J. REDONDO comentó la posibilidad de un estudio diacrónico que aclarase el hecho de que no se registre el significado 4 del esquema en el que presentábamos los valores semánticos del prefijo δυσ- en el *CH*.

Le contestamos que sería muy positivo dicho estudio pero teniendo siempre presente el lapso temporal de cuatro o cinco siglos existente en los tratados hipocráticos.

A. THIVEL, presidente de la sesión, preguntó por la etimología del prefijo δυσ-.

Le respondimos aportando ejemplos de diversas lenguas indoeuropeas.

Niveles retóricos en el *Corpus Hippocraticum*

JORDI REDONDO

(Universidad de Valencia)

El concepto moderno de la literatura ha superado años ha, y felizmente por cierto, toda duda respecto al valor de los textos de la prosa científica; así, las investigaciones de Haberle, Schick, Lilja, Thesleff, Wenskus y Hellweg, y, en España, Alsina, López Eire y López Férez, han contribuido a poner de relieve la calidad estilística de los autores de la prosa jonia arcaica y del *Corpus Hippocraticum*. Por supuesto, el papel que en la confirmación de ese estilo tuvo la retórica no ha pasado inadvertido. El presente trabajo no pretende insistir en principios ya expuestos por otros, ni examinar en profundidad la relación entre la oratoria de los siglos V y IV a.C. y los tratados contemporáneos; nuestro objetivo es mucho más modesto, pues vamos a intentar determinar algunas características del empleo de técnicas retóricas en dos de los tratados más ricos en ellas, *De flatibus* y *De Arte*. Cabría para ello proceder a examinarlos en dos planos: el propiamente retórico, que comprende tanto la organización de cada obra por medio de recursos formales y de contenido tomados de la oratoria, como el empleo de las figuras de estilo propias de ésta; y el lingüístico, en el que apreciaríamos la deuda de ambos tratados para con la lengua de la poesía, el jonio, el ático y las tendencias precursoras de la *koiné*. La presente aproximación se limitará a la organización de la obra en el plano retórico, pero sin entrar en el análisis de las figuras de estilo. En cuanto a la selección de estos dos tratados, no se debe tan sólo a la razón ya apuntada; además, la excelente labor editora de Jouanna nos ha deparado un muy buen estado del texto; súmense también otros dos motivos: el primero, la muy semejante extensión de ambas obras; el segundo, la inclinación de buen número de críticos a compararlas. De ahí que atrajeran nuestra atención desde muy pronto.

El principio teórico que pretendíamos verificar era el de la existencia y condiciones de empleo de múltiples técnicas retóricas en la colección hipocrática. Indudablemente, de haber escogido un libro de las *Epidemias* y el *De morbo sacro*, por poner un ejemplo, nos habríamos ahorrado un cierto esfuerzo en la disquisición, a cambio de

ganar para nuestra propuesta un más amplio margen de confianza. Pero la influencia de la retórica en todo tipo de textos, incluso aquellos de la más conspicua renuncia de literariedad, obliga a reconocer una diversidad de niveles o grados en el empleo de las técnicas oratorias. Recientes trabajos de los profesores López Eire y García Teijeiro han puesto de relieve la riqueza estilística de textos «prosísticos» que no siempre han gozado de la atención debida ¹. De ahí que nosotros optásemos por apurar también en lo posible el estudio de los usos retóricos, pero esta vez en obras de un innegable sello literario.

Dedicados al examen de *De flatibus* y *De Arte*, una solución tan inconsecuente como fácil habría sido la de oponer ambos tratados, presentando en el primero las virtudes estilísticas de cuya ausencia o pobreza adolecería el segundo. Sin embargo, el balance obtenido resulta más complejo, como de inmediato veremos. Si nos ceñimos tan sólo, como es nuestro propósito, a aquellos elementos estilísticos que conforman, por así decirlo, el genotexto de la obra literaria, habremos de dar cuenta de los tópicos retóricos empleados, la estructuración de la obra en partes coincidentes con bloques de contenido, las *key-words*, el estilo repetitivo, el antitético, la oración nominal pura, la elipsis, la substantivación de participio e infinitivo, el genitivo absoluto, el asyndeton, el polisíndeton, el uso de μέν, δέ, τε y και, las oraciones parentéticas con γάρ o con δέ, la interrogación retórica... Todos estos rasgos sirven para caracterizar a la prosa técnica y en especial a la de la oratoria. Se trata, pues, de textos de un alto valor ideológico y muy atentos a la expresión de un determinado mensaje; oscilan entre el discurso de muy precisa terminología, como es el caso habitual en los escritos de la colección hipocrática, y el discurso coloquial, más directo, donde la expresión abstracta cede el protagonismo a una alta dosis de emotividad. La retórica se aplica a ambos polos, junto a toda la gama de matices intermedios posibles. Es evidente que las técnicas utilizadas por el orador varían según se trate de un discurso judicial o un discurso epidíctico, de un proemio, una narración, una etopeya o una invectiva. Vamos a ver algo de todo ello en *De flatibus* y *De Arte*.

El empleo de tópicos oratorios resulta casi una declaración de principios; por descontado, el autor de cada tratado se refiere siempre a su obra como a un discurso ²; también se alude a los oyentes ³, lo que

¹ Cf. A. LÓPEZ EIRE, «Formalización y desarrollo de la prosa griega», *apud* G. MOROCHO (coord.), *Estudios de prosa griega*, León, 1985, pp. 37-63; M. GARCÍA TEJEIRO, «Expresividad y estilo en la prosa epigráfica griega», *Estudios...* pp. 89-96, y «Recursos fonéticos y recursos gráficos en los textos mágicos griegos», *RSEL* 19, 1989, pp. 233-249.

² Cf. *Flat.* 1, 5; 2, 1; 5, 2; 15, 2, *De Arte* 1, 3; 3, 1; 4, 1; 9, 1; 13, 1.

³ *Flat.* 14, 1; *De Arte* 13, 1.

claramente demuestra que estos opúsculos se vinculan a un género oratorio en tanto que discursos realmente pronunciados en la propia escuela médica, o ante un auditorio algo más amplio. Puesto que parece más que verosímil la ejecución de este tipo de ejercicios, la exposición de un tema de la teórica o la práctica médicas ante alumnos o condiscípulos, ¿por qué habríamos de limitar la difusión de estos discursos a la meramente escrita? Pero a las solas menciones señaladas hay que añadir otros datos: en *De flatibus* se lee que «con aquellos mismos argumentos con los que yo me convencí a mí mismo voy a intentar persuadir también a quienes me escuchan»⁴, medio de acercar a orador y oyente que no hace sino seguir un tópico que conocemos bien desde los primeros oradores áticos. Por no citar sino ejemplos de Antífonte, válganos éste del discurso *Sobre el asesinato de Herodes*: «Aún más, incluso sin el concurso de semejante tortura quienes en todo momento hacen la misma declaración sobre un mismo asunto son más dignos de confianza que los que se contradicen a sí mismos»⁵. Es más, la duplicidad de argumentos y la incoherencia son prueba terminante de culpabilidad: «Pero en favor de la homicida llegará a haceros ruegos sin el menor fundamento religioso ni legal, imposibles de cumplir ni tan siquiera de escuchar ni por los dioses ni por vosotros mismos, puesto que os pide algo de que ella no se convenció a sí misma a fin de no obrar una vileza»⁶. Todavía en *De flatibus* leemos: «Que la causa de las enfermedades es ésta, *acabamos de demostrarlo*. Prometí que iba a mencionar la causa de las enfermedades. Pues bien, *he demostrado* que el aire es el elemento predominante en toda suerte de procesos así como en el organismo de los seres vivos. Y además, *he hecho derivar mi discurso*», etc.⁷. Hay, por tanto, un plan de la obra, una adecuación del discurso a la misma y una decidida voluntad por parte del orador de hacer valer su punto de vista, exactamente igual que como se hace ante un círculo selecto, un auditorio, un tribunal, el Consejo o la Asamblea. Que la estructura del tratado, aun siendo éste muy breve, se acomoda a ese plan lo demuestra el siguiente pasaje, también de *De flatibus*: «*Han quedado expuestas*, pues, las enfermedades de orden común, así como por qué, cómo, en quiénes y de qué se originan; por tanto, *paso a dar cuenta en detalle* de la fiebre que se produce de resultas de una dieta eficiente»⁸. No de otra manera procede el orador conforme va leyendo su discurso.

Lo mismo ocurre en *De Arte*, verbigracia: «Por consiguiente, cómo

⁴ *Flat.* 14, 1.

⁵ ANTIPHO V 50.

⁶ ANTIPHO I 22, Cf. ANTIPHO VI 47: «¿Cómo, pues, fijaos bien, podría haber hombres más desafortunados o crueles? Creen justo persuadiros de cuanto precisamente no se persuadieron ellos a sí mismos, pero os instan a condenar aquello que de hecho exculparon».

⁷ *Flat.* 15, 1-2.

⁸ *Flat.* 7, 1.

logra (*sc.* la medicina) todo ello y cuán capaz es de hacerlo en todo momento, sobre ese particular va a versar desde ahora el resto de mi discurso»⁹. O bien: «Así pues, las cuestiones de otras artes las pondrá de relieve otra ocasión por medio de otro discurso; pero las de la medicina, tal como son y en la medida en que se puede juzgarlas, unas las ha expuesto la sección precedente de este discurso, y otras las expone la sección presente»¹⁰. En ambos tratados, pues, el orador diferencia los bloques que articulan la obra y hace que el oyente tenga plena conciencia de ello. Más aún: este segundo pasaje separa una primera parte dominada por la primera persona y una segunda en la que sólo se emplea la tercera¹¹. Luego éstas no son meras fórmulas de transición, sin ningún valor específico, sino auténticos índices de que el orador se vale para modificar el tono, color o carácter de su discurso.

Otro claro ejemplo del sabio empleo de tópicos oratorios lo constituye la antítesis forjada por los conceptos ἔργον y λόγος, muy frecuente en el discurso judicial desde el siglo V a.C.¹². En *De flatibus* aparece en una ocasión, exactamente en el pasaje que sirve de epílogo a la primera parte del discurso¹³, y el autor de *De Arte* lo utiliza en otros dos lugares clave, tanto en el proemio como en el epílogo¹⁴. Ambos términos adquieren un papel referencial que los equipara a esos elementos léxicos definidos como *key-words*, pero su localización en el discurso refuerza aún más su valor.

Hay otros tópicos oratorios: en *De flatibus*, la doble alusión a los «testimonios» que certifican cuanto el orador expone¹⁵, y la que se hace al argumento de verosimilitud¹⁶; en *De Arte* la influencia de la retórica parece más abundante: se recurre, a modo de sutilísima *captatio benevolentiae*, al aserto de que orador y oyente comparten un mismo razonamiento básico¹⁷; se emplean *key-words* como «evidencia»¹⁸, y, de nuevo, «verosimilitud» y «testimonios»¹⁹; leemos expre-

⁹ *De Arte* 3, 3.

¹⁰ *De Arte* 9, 1.

¹¹ Esta atenuación de una hipotética acusación de subjetividad se encuentra también en otros textos hipocráticos, cf. H. SCHNEIDER, *Das griechische Technikverständnis. Von den Epen Homers bis zu den Anfängen der technologischen Fachliteratur*, Darmstadt, 1989, p. 83, n. 146, sobre *VM* 14, 18.

¹² Cf. ANTIPHON III a 3, V 84, VI 47; PL. *Apol.* 17 c; Is. II 32, 35, 38 y 44; cf. B. DUE, *Antiphon. A Study in argumentation*, Copenhagen, 1980, p. 30, cuyos ejemplos utilizamos aquí.

¹³ *Flat.* 5, 2.

¹⁴ *De Arte* 1,2; 13, 1.

¹⁵ *Flat.* 14, 2.

¹⁶ *Flat.* 5, 1.

¹⁷ *De Arte* 4, 1.

¹⁸ *De Arte* 5, 3.

¹⁹ *De Arte* 7, 4 y 5, 5, respectivamente.

siones de neto sabor oratorio como, por detenernos en una tan sólo, «pero a los que hacen quedar en nada a la ciencia (*sc.* médica) en razón de los casos de fortuna de los que fallecen, los admiro (θαυμάζω) por el razonamiento, digno de toda consideración, animados por el cual sientan que la debilidad de los que fallecen es carente de cualquier responsabilidad, mientras que la ciencia de quienes practican la medicina es culpable, en la idea de que a los médicos les cabe la posibilidad de prescribir lo que no deben, pero a los enfermos no les es posible contravenir lo ordenado»²⁰. Pues bien, del empleo irónico de θαυμάζω —subrayado a veces por la peculiaridad sintáctica de dotar al verbo de un doble régimen, uno casual, de acusativo o genitivo, que denota a la persona objeto del estupor del orador, y otro oracional, con una subordinada completiva interrogativa indirecta— tenemos paralelos desde Antífonte: «Me pregunto, yo al menos, de mi hermano, con qué intención se ha puesto contra mí como parte contraria, y si cree que es un acto de piedad éste de no entregar a su madre»²¹. Dicha fórmula no es precisamente de las más habituales, y menos aún en el grado de elaboración que nos depara el pasaje de *De Arte*. Eso hace aún más notable su empleo y confirma el talento creativo y dominio de la retórica por parte del autor de la obra.

Vamos a poner fin a este apartado con un último apunte: el perfecto conocimiento que en *De Arte* se demuestra de la aplicación de la «evidencia» (τεκμήριον), que la *Retórica a Alejandro* dice que se basa «en aquellos hechos que están en contradicción con aquello de lo que trata el discurso», y que se puede obtener «observando si el discurso del oponente se contradice a sí mismo, o si su acción contradice al discurso»²². Pues bien, leamos el siguiente pasaje: «Y una importante evidencia en favor de la existencia de la ciencia, en tanto que tiene una entidad y ésta es además de consideración, consiste en la presente, en que incluso los que no creen que existe se revelan sanos y salvos gracias a ella»²³.

Nos referiremos ahora a diversas clases de estilo. Entre las más importantes se cuentan las definidas por el empleo de antítesis y repeticiones, que constituyen procedimientos complementarios y bien documentados en la oratoria. De las primeras hay varios tipos, según se apoyen en correspondencias sintácticas o léxicas, sin olvidar la combinación de ambas y aun su refuerzo mediante el cuidado del orden

²⁰ *De Arte* 7,1.

²¹ ANTIPHO I 5. Véase también AND. II 2 y DEM. XLI, 14.

²² *Rh.* IX 1-2. Citamos por la edición de J. SÁNCHEZ SANZ, *Retórica a Alejandro*, Salamanca, 1989, p. 62.

²³ *De Arte* 5, 3.

de palabras o la adición de figuras de estilo. Véase el siguiente ejemplo, tomado de *De flatibus*:

ὁπόταν γυμνασθῆν ὑπὸ τῶν πόνων τὸ σῶμα θερμανθῆ, θερμαίνεται καὶ τὸ αἷμα· τὸ δὲ αἷμα διαθερμανθῆν ἐξεθέρμηνε τὰς φύσας· αὗται δὲ διαθερμανθεῖσαι διαλύονται καὶ διαλύουσιν τὴν σύστασιν τοῦ αἵματος, αἱ μὲν συνεξεληθοῦσαι μετὰ τοῦ πνεύματος, αἱ δὲ μετὰ τοῦ φλέγματος ²⁴

Son fáciles de distinguir las repeticiones léxicas y sintácticas; entre éstas, salvo la *uariatio* introducida por el aoristo ἐξεθέρμηνε, tenemos oraciones principales independientes de presente intemporal unidas por la partícula δέ, participios concertados que siguen inmediatamente a los sujetos de las oraciones principales, y un esquema SVO/determinado-determinante, roto tan sólo por el quiasmo que cierra la primera oración. Las figuras de la anadiplosis y el homoteleuto contribuyen al ornato del pasaje, también como formas de recurrencia que son.

Un buen ejemplo de repetición léxica es el de *De Arte* 8, 2, donde se registran las formas λέγοντες - ἐμέμφοντο - λεγόντων - ἐμέμφοντο-μεμφόμενοι, amén de los políptotos τέχνην - τέχνη y φύσιν - φύσις y la figura etimológica ἄγνοεῖ - ἄγνοιαν. Como ejemplo de repetición sintáctica, valga el de *De Arte* 1,3, donde el orador cierra el proemio del discurso con una frase rematada por tres participios concertados unidos por μὲν y δέ y seguidos por sendos sintagmas preposicionales de διὰ con acusativo, cuyos núcleos son los antecedentes de otras tantas oraciones subordinadas de relativo; el sujeto de todos los verbos es el mismo, ὁ παρεῶν λόγος.

El empleo de la repetición no es privativo de las secciones más cuidadas de cada tratado. En el proemio de *De flatibus* hay una acumulación de adjetivos en grado superlativo, hasta siete ²⁵; pero estas partes del discurso requieren un mejor tratamiento estilístico, en particular la composición periódica. En cambio, pueden hallarse magníficos ejemplos del estilo repetitivo en pasajes narrativos, como ocurre en *Flat.* 6, 2 y *De Arte* 7, 3, ambos de gran brillantez y muy lograda fuerza expresiva.

Creemos poder afirmar que en los dos tratados que analizamos no se da un uso especialmente abundante de la repetición, ni destaca en

²⁴ *Flat.* 14, 7 (VI 114 L.).

²⁵ *Flat.* 1, 1-3.

ellos uno de los dos sobre el otro ²⁶. Tampoco es grande el empleo de la antítesis, aunque sí nos parece apreciar una cierta mayor predilección por este procedimiento en *De flatibus*. Así, frente a los cuatro pasajes del *De Arte* ²⁷, el *De flatibus* presenta siete ejemplos de antítesis ²⁸. El común denominador de todos ellos es su extrema brevedad, lo que nos lleva a hacer la reflexión siguiente: semejante escasez y brevedad no concuerdan con la importancia concedida a estas técnicas por el estilo del tratado antiguo y por los primeros oradores; luego *De flatibus* y *De Arte* apuntan a una época de mayor refinamiento de la prosa.

Precisamente uno de los rasgos propios de la mejor prosa griega es el de la correcta aplicación de las ventajas sintácticas del genitivo absoluto, cuya profusión lastra y afea la fluidez del texto. Pues bien, mientras que en *De flatibus* se registran veintidós casos de genitivo absoluto ²⁹, en *De Arte* hay dos tan sólo ³⁰. Por contra, si en *De flatibus* se contabilizan hasta dieciséis casos de substantivación del participio, en *De Arte* llegan a ser hasta cincuenta y siete. Por fin, mientras que en *De flatibus* no hay ningún ejemplo de substantivación del infinitivo, en *De Arte* se cuentan un total de veinticuatro. El conjunto de estos tres rasgos nos marca una profunda diferencia entre ambos tratados, pero no, como parece sugerir la crítica más autorizada, haciendo del *Περὶ φύσων* el más brillante: al contrario el estilo del *Περὶ τέχνης* es en estos aspectos mucho más elegante e innovador, y más cercano al modelo de la prosa científica más retORIZANTE y bella.

Veamos ahora qué ocurre con el empleo de las conjunciones de coordinación, en particular *τε* y *καί*. Por de pronto, cabe apuntar que no se da en ninguno de los dos tratados el asíndeton, salvo en el proemio de *De flatibus* y para bien caracterizar una gradación ³¹. Nos hallamos, pues, ante sendos ejemplos de *λέξις κατεστραμμένη*, muy alejados de la oratoria de las narraciones de Lisias o Demóstenes, y del discurso judicial en general; aquí se documentan usos retóricos comunes al discurso epidíctico y sobre todo al deliberativo. Pues bien,

²⁶ J. JOUANNA, en su edición de *Des Vents (Hippocrate. Des Vents. De l'Art*, Paris, CUF V, 1988), destaca en este tratado el abundantísimo empleo de la *duplicatio*, *op. cit.*, pp. 20-22. F. LASSERRE, «Sociolectes hippocratiques dans le traité *Des lieux dans l'homme*», *Actes du IV Coll. Intern. Hippocratique*, Ginebra, 1983, pp. 163-172; en p. 169 señala la preferencia de la lengua médica por las estructuras binarias.

²⁷ *De Arte* 2,2; 5,5; 7,1; 8,6.

²⁸ *Flat.* 1,1; 1,4; 3,3 (*bis*); 6,2; 12,2; 14,3.

²⁹ *Flat.* 4,2; 6,2; 7,2 (4); 8,2; 8,3; (*bis*); 8,4; 8,5; 9,1 (*bis*); 10,3; 12,1; 12,3; 14,1; 14,3; 14,5; 14,6 (*ter*).

³⁰ *De Arte* 2,2; 10,5.

³¹ *Flat.* 1, 2. J.D. DENNISTON, *Greek Prose Style*, Oxford, 1952, p. 100, brinda un magnífico ejemplo, comparable al que señalamos, en GORGAS, *Fr.* 11 a 19.

si tenemos en cuenta que el empleo de las series unidas por τε supone un recurso cuasi poético, y desde luego más literario, que el de las series con τε - καί, καί y μέν - δέ, ¿qué nos sugiere su presencia en los tratados que estamos analizando? En ellos aparecen dieciocho pasajes que acrediten el empleo de τε - τε, catorce de los cuales en *De Arte*³² frente a tan sólo cuatro en *De flatibus*³³. El auténtico polisíndeton aparece una vez en cada opúsculo. El ejemplo de *De Arte* es el siguiente:

παρέχει γὰρ ἑωυτῶν τῆ τε ὄψει τῶ τε ψαῦσαι τὴν στερεότητα καὶ τὴν ὑγρότητα αἰσθάνεσθαι, καὶ ἅ τε αὐτῶν θεορμὰ ἅ τε ψυχρά, ὧν τε ἐκάστου ἢ παρουσίη ἢ ἀπουσίη τοιαυτ' ἐστίν³⁴.

En el ejemplo de *De flatibus* sólo se utiliza τε:

ὅταν οὖν πολλὸς ἀῆρ ἰσχυρὸν τὸ ρεῦμα ποιήσῃ, τὰ τε δένδρεα ἀνασπαστὰ πρόρριζα γίνεται διὰ τὴν βίην τοῦ πνεύματος, τό τε πέλαγος κυμαίνεται, ὀγκάδες τε ἀπείρατοι μεγέθει διαρριπτεῦνται³⁵.

Otra notable particularidad consiste en que mientras *De Arte* se sirve con frecuencia de las series con τε a partir del párrafo 7, pero en alternancia con los otros nexos, *De flatibus* circunscribe su empleo al proemio, justo cuando introduce una secuencia yámbica³⁶, una comparación de gran plasticidad³⁷ o la apostilla final a toda la sección³⁸, y a una frase muy cerca ya de la conclusión, donde se combinan la paripsis y el homoteleuto³⁹. Una vez más, un recurso estilístico que roza la categoría del poetismo recibe una diferente aplicación en cada texto, aunque siempre con la función de conferir a éste un mayor empaque expresivo.

El empleo del nexo τε καί es otro rasgo propio de la mejor prosa, o, por mejor decir, de la más estilizada⁴⁰. Pues bien, también aquí *De*

³² *De Arte* 3, 3; 7, 3; 8, 3; 8, 7; 9, 1; 9, 3; 9, 4; 10, 2; 11, 1; 11, 3; 11, 6; 12, 2; 12, 6 y 13, 1.

³³ *Flat.* 1, 2; 3, 2; 3, 3, 14, 5.

³⁴ *De Arte* 9, 3 (VI 16 L.).

³⁵ *Flat.* 3, 2 (VI 94 L.).

³⁶ *Flat.* 1, 2.

³⁷ *Flat.* 3, 2.

³⁸ *Flat.* 3, 3.

³⁹ *Flat.* 4, 5.

⁴⁰ Cf. J. BLOMQUIST, «Juxtaposed τε καί in post-classical prose», *H* 102, 1974, pp. 170-178, donde se señala lo habitual de este nexo, dentro de su rareza, en la prosa científica y técnica más atenta a las innovaciones estilísticas de los sofistas.

Arte supera a *De flatibus*, ya que tenemos ocho casos del primero ⁴¹ por tres del segundo ⁴². Por otro lado, el polisíndeton por medio de *καί* se da sólo una vez, en *De flatibus* ⁴³. Pero en *De Arte* hay, en cambio, dos muestras del llamado «estilo *καί*», de sabor claramente coloquial y empleo usual en la narración ⁴⁴. Luego parece ser que el autor del *Περί τέχνης* maneja un mayor número de recursos expresivos, y de más variado origen.

Veamos todavía algo más sobre esos magníficos auxiliares sintáctico-estilísticos que son las partículas: en *De flatibus* se producen tres casos de oraciones parentéticas marcadas por medio de *γάρ* ⁴⁵ o *δέ* ⁴⁶, por una sola de *De Arte*, marcada por *γάρ* ⁴⁷. Ambas partículas cumplen una función que describiremos, en palabras de nuestro maestro López Eire, como «una reliquia de la parataxis cuasiasindética, es decir: de una frase anterior a la subordinación» ⁴⁸. Cabe aún precisar que este tipo de cláusulas parentéticas, como la parataxis *δέ*, tiene que ver con el estilo del tratado antiguo, y no con la lengua conversacional o con el estilo de la narración ⁴⁹. En todo caso, sin faltar en ambos textos, no encajan muy bien con el estilo retorizante de uno y otro.

Otro útil retórico es el del empleo de la oración nominal pura, que para Thesleff caracteriza al estilo intelectual, al de la prosa tardía de Platón y al llamado por él «estilo patético», todos ellos de expresión claramente literaria, cuajada de artificios y rica en técnicas de escuela ⁵⁰. Pues bien, aquí es *De flatibus* el que presenta un mayor número de registros, doce ⁵¹ frente a seis en *De Arte* ⁵². Pero es que también registramos casos de empleo de elipsis, procedimiento propio de la prosa conversacional y también más abundante en el *Περί φυσῶν* ⁵³. Por consiguiente, no es de recibo decir que este tratado carezca de una variación estilística que reconocemos como el sello de una gran parte de la más selecta prosa griega por su complejidad y su belleza.

⁴¹ *De Arte* 1, 2 (*bis*); 1, 3; 2, 2; 5, 4; 10, 2; 10, 5 y 11, 7. Hay también trece casos de disyunción, al haber una o más palabras intercaladas entre ambas conjunciones.

⁴² *Flat.* 3, 3; 5, 2; 7, 2. Hay un solo caso de disyunción.

⁴³ *Flat.* 10, 3.

⁴⁴ *De Arte* 2, 2 *καί* (...) ὀρθῶται, 4,1 *καί* φασιν, ambos de valor adverbial, consecutivo el primero y causal el segundo.

⁴⁵ *Flat.* 1, 3; 3, 3.

⁴⁶ *Flat.* 7, 2.

⁴⁷ *De Arte* 3, 1.

⁴⁸ LÓPEZ EIRE, *op. cit.*, p. 53.

⁴⁹ Cf. LÓPEZ EIRE, *op. cit.*, p. 54.

⁵⁰ Cf. H. THESLEFF, *Studies in the Styles of Plato*, Helsinki, 1967, pp. 70-73 y 77-80.

⁵¹ *Flat.* 1, 2; 1, 3 (*bis*), 1, 4; 1, 5; 3, 3; 4, 1; 4, 3; 5, 1; 6, 1; 7, 2 y 9, 1.

⁵² *De Arte* 2, 2; 5, 3; 5, 4; 11, 3; 11, 5 y 11, 7.

⁵³ *Flat.* 1, 4 (*bis*); 3, 3; 4, 1; 5, 1; 12, 2 y 14, 2; *De Arte* 2, 1 y 8, 4.

Tocaremos aún un par de puntos: en primer lugar, el empleo de la interrogación retórica, más frecuente y marcada en *De flatibus*, como muy bien señala Jouanna ⁵⁴; a este respecto hemos de indicar la feliz utilización de la fórmula ἴσως δ' ἂν εἴποι τις ⁵⁵, que se halla en Demóstenes, Isócrates y Esquines ⁵⁶, pero no en los oradores precedentes, con las solas excepciones de un pasaje de Lisias que registra una fórmula parecida ⁵⁷ y otro de la *Defensa de Palamedes* de Gorgias ⁵⁸. Por tanto, la fórmula parece integrada en otros géneros de oratoria a partir de su uso en el epidíctico.

Por otra parte, del empleo de *key-words* ya hemos dado algunos ejemplos al hablar de ἔργος y λόγος, de «evidencia», «verosimilitud» y «testimonios»; pero hemos de recoger también el caso de πρᾶγμα, que en dos pasajes de *De flatibus* presenta un valor léxico sólo posible en textos de un determinado nivel de lengua ⁵⁹, y que en otros dos de *De Arte* aparece, esta vez bajo las formas διαπρησόμενοι y πρήσσειν, como un elemento consubstancial al proemio ⁶⁰.

A guisa de recapitulación, hemos de constatar la riqueza de procedimientos nacidos o desarrollados en la oratoria, y no sólo en la epidíctica, de que hacen gala estas dos obras. Creemos haber demostrado dos principios estilísticos que no siempre han sido objeto de la atención que merecen: por de pronto, el hecho de que un parco empleo de las figuras literarias, las llamadas «figuras gorgianas» muy en especial, no presupone una escasa influencia de la retórica, ya que ésta puede darse por medio de otros recursos no menos importantes; es así como hemos verificado la calidad literaria del *De Arte*, al que en ningún modo hay que tener por una obra más modesta, pues en conjunto resulta ser prosa de muy fina especie y expresión elegante y cuidada ⁶¹. En segundo lugar, dicha influencia supone una tan extensa gama de procedimientos que éstos se articulan en niveles diferentes, más o menos próximos a un registro puramente literario o a uno puramente coloquial; en consecuencia, la obra es susceptible de integrar recursos retóricos procedentes de distintos niveles, y cuya adecuada combina-

⁵⁴ *Flat.* 1, 4 (*bis*); 3, 3 (*bis*); 6, 2; 10, 1 (*bis*); 10, 5; 12, 2 y 12, 5, *De Arte* 4, 3; 5, 6; 7, 4; 7, 5 y 8, 4 (*bis*), cf. JOUANNA, *op. cit.*, pp. 14-15 y 170-171.

⁵⁵ *Flat.* 1, 1.

⁵⁶ DEM. XXIII 64 y XLV 83; ISOC *Ep.* VIII 7; AESCH. I 105. Véase también DEM. XIX 83; XX 3 y LII 26, e ISOC. XI 48, donde la fórmula se emplea acerca de un sujeto concreto; en ISOC XV 98 y 221, aparece la variante secundaria «atreverse a decir».

⁵⁷ LYS. XII 50, con sujeto concreto y distinta expresión, ἔχοι εἰπεῖν, cf. XIX 60.

⁵⁸ GORG. *Fr.* 11 a 15.

⁵⁹ *Flat.* 5, 2 y 15, 2.

⁶⁰ *De Arte* 1, 1 y 3, 3, cf. J. REDONDO, «Una nota sobre el uso de πρᾶγμα en el proemio», *Minerva* 1, 1987, pp. 33-39.

⁶¹ El tono medio de cualquier capítulo de *De Arte* supera en calidad literaria a *Flat.* 7-8, por ejemplo.

ción por parte del autor proporcionará al texto la variedad y la riqueza deseadas. Así, hemos visto, por ejemplo, que el empleo de las series con $\tau\epsilon$ es un rasgo compartido por ambos tratados, pero no así su frecuencia y, lo que es más importante, la naturaleza de ese empleo.

Esa diversidad en el empleo de elementos y criterios estilísticos obliga también a postular para las obras analizadas dos autores diferentes, aun teniendo en cuenta la gran semejanza de ambas en cuanto a las técnicas y materiales a que recurren, como en las anteriores páginas se ha podido comprobar. Por otra parte, nos parece arriesgado aventurar una propuesta en torno a la datación de ambos tratados, o incluso a su cronología relativa; bastará con indicar que algunos indicios abonan su adscripción a la prosa del s. IV a.C., si bien esta es cuestión que consideramos aún abierta. Por fin, hemos de señalar que los niveles retóricos que estas obras hipocráticas registran tienen un marco habitual de empleo que rebasa el del discurso epidíctico; queremos significar, por tanto, que los autores de *Περί φυσῶν* y *Περί τέχνης* disponían de una muy completa formación retórica, que ésta es de escuela y no de manual, y que el conocimiento de los diferentes géneros de discurso les permitió integrar en sus obras procedimientos tanto de la oratoria epidíctica como de la que se practicaba ante el tribunal o el foro ⁶².

⁶² COLOQUIO:

BYL: «Je voudrais bien savoir si vous avez eu compte de l'ouvrage d'un savant hollandais, le Professeur Van Groningen.»

REDONDO: «C'est à Van Otterlo que je m'attendais, notamment à son livre sur la *Ringkomposition*. Quant aux recherches de Van Groningen, mes élèves sont bien soucieux d'y avoir recours lorsqu'il s'agit de la stylistique archaïque.»

SUÁREZ: «Quisiera conocer su punto de vista sobre la naturaleza oral o escrita de estos tratados, y si la metodología empleada por Vd. puede aportar algún tipo de criterios distintivos a ese respecto.»

REDONDO: «Parece más que probable que los oradores editaron sus discursos en versiones diferentes de las pronunciadas. Basta pensar en Demóstenes. Y por ser breve me permitiré aludir a las observaciones de Blass en *Die attische Beredsamkeit*. Por otra parte, ya en el *Corpus Hippocraticum*, Festugière y Jouanna han señalado la existencia de tratados de difusión oral, y entre éstos Jouanna distingue aún entre «cursos» y «discursos»; en los «discursos», como es el caso de *De flatibus* y *De Arte*, la composición escrita prima sobre el factor de la oralidad; en los dos tratados en cuestión, a mi modo de ver, estamos ante obras demasiado complejas para pensar en un origen locutivo. En cuanto a su segundo punto, creo que esos criterios existen, y que los hay de carácter extralingüístico y lingüístico; los segundos son más fiables, y van desde el tratamiento del hiato, la elisión y la crisis, que configuran un mismo bloque de fenómenos, hasta aspectos como los que se han tratado en la presente comunicación y cuestiones similares: sintaxis de los nexos, coordinación y subordinación, uso de anafóricos y catafóricos, etc.»

Las fuentes del tratado *De glandulis*

IGNACIO RODRÍGUEZ ALFAGEME

(Universidad Complutense, Madrid)

1. En un trabajo anterior ¹ estudiaba los procedimientos de introducción de oraciones en los tratados conexos con *De glandulis*, como un medio para determinar la identidad de autor y la fecha del tratado, basándome en el hecho de que las palabras gramaticales tienen una frecuencia constante en cada época. Los resultados de aplicar los tests estadísticos usuales en estos estudios me permitieron asegurar que este tratado no puede ser anterior al siglo II a.C. y que su autor no puede ser el autor de ninguno de los dos tratados más afines en lo que a lengua y a doctrina se refiere, (i.e.: *De locis in homine* y *De articulis*). *De glandulis* hace uso de una lengua plagada de términos poéticos y palabras técnicas raras en el *CH*, que nos pueden dar indicios de sus fuentes y, quizá, de los conocimientos médicos de la época. El objeto del presente estudio es pasar revista a estos términos, una vez que la estadística nos ha desbrozado el camino para proceder con mayor seguridad a su valoración, y poder determinar así cuáles han sido sus fuentes directas, en la medida que sea posible hacerlo. Las palabras más significativas son las siguientes:

ξύνοδος ². Sólo aparece aquí y en *Morb.* I (24.17); J. Kühn-U. Fleischer ³ lo dan como de sentido dudoso ⁴. El texto es difícil hasta el punto de que R. Joly lo atetiza, pero creo que el pasaje puede entenderse tal como ha sido transmitido. Esta es la lectura de Joly:

15.1 ...καὶ πονεῖ ὁ ἐγκέφαλος καὶ αἱ ἄλλαι ἀδένες † ἔχει γὰρ καὶ τόνον καὶ ἄλλη σύνοδος ἐνταῦθα πάλιν τοῦ σώματος.†

¹ «Sobre la fecha de Hipp. *De glandulis*», *Epos*, 1991 (en prensa).

² Littré da ξύνοδος; Joly, sin más comentarios, lee σύνοδος.

³ *Index hippocraticus*, Hamburgo, 1986, s.v.

⁴ En *Morb.* I el término sirve para explicar el escalofrío, ῥῆγος, como el efecto de la confluencia de la sangre, σύνοδος τοῦ αἵματος.

Las dos oraciones plantean problemas, aunque la sintaxis es clara: el segundo *καί* coordina la oración *ἔχει γάρ...* con una oración nominal cuyo atributo es *ἐνταῦθα* ⁵. Podemos, pues, traducir: «porque tiene también *τόνον* y de nuevo hay allí otra “confluencia” del cuerpo». El problema es, por lo tanto, doble: hay que entender qué quieren decir los términos y qué quiere decir esta explicación referida a las enfermedades que padece el encéfalo junto con las demás glándulas. Por lo que respecta a *τόνος*, el pasaje más cercano, a primera vista, es *Epid* II 4, 2, 1: *δύο τόνοι ἀπ’ ἐγκεφάλου*, que se repite casi igual en *Oss.* 10, 31. Interpretándolo desde estos paralelos *τόνος* tiene que referirse a la médula espinal, como parece entender Littré, aunque con dudas. Otro significado usual en el *CH* es «tensión», que sirve para distinguir ciertos vasos dotados de ella como la aorta ⁶ de otros que no la tienen. En cualquier caso no parece referirse a los vasos que descienden de la cabeza, ya que aquí se trata de un único *τόνος* y el autor sabe que de la cabeza desciende más de una vena ⁷, con lo cual la comparación con los pasajes de *Epidemias* II y *Sobre la naturaleza de los huesos* no puede justificarse directamente. Si lo entendemos en el primer sentido, entonces concuerda con el uso de *Epidemias* II 7, que distingue cierto tipo de «arterias» que «tienen *τόνον* de arteria», *ἀρτηρίας τόνον ἔχουσαι* ⁸, refiriéndose a la rigidez de ciertos vasos que impide su cierre tras la muerte ⁹. Se entiende, pues, la confusión semántica del término que puede aplicarse tanto a los nervios como a los tendones y a otras partes del cuerpo ¹⁰.

2. Pero, ¿cómo lo podemos entender en este contexto dicho del *ἐγκέφαλος*? En principio hay dos posibilidades de interpretación: o bien se refiere a la médula espinal, o bien a la membrana que recubre el cerebro, es decir, las meninges. El primer significado tropieza con el obstáculo de que el autor emplea en tres ocasiones el término *νωτιαῖος* [11; 14 (2)] para referirse a la médula espinal, por lo que quizá sea mejor quedarnos con la otra interpretación ¹¹. Pero, tal como está redactado este texto, no parece que *τόνος* sea un término anatómico para referirse a los vasos o a la médula. Esta suposición no

⁵ Exactamente igual que la oración de 4,2: *τρίχες τε ἐνταῦθα ἐκατέρωθεν*.

⁶ Véase la discusión pormenorizada de estos pasajes y las implicaciones anatómicas del término en M. P. DUMINIL, *Le sang, les vaisseaux, le coeur dans la Collection Hippocratique*, París, 1983, pp. 37-43; sobre la ambigüedad de significación de *τόνος* vid. p. 108 nota 1; para el significado «tensión», cf. *Morb.* I 22, 33, *Epid.* VII 3, 28, *Coac.* 634, 2, etc.; a veces es equivalente a «nervio», cf. *Art.* 45,7.

⁷ Al describir los siete flujos del encéfalo dice que los dos últimos descienden a través de las venas, *διὰ φλεβῶν*, cf. 11.

⁸ Cf. V 124, 2 L.; DUMINIL, *o.c.*, p. 36 ss.

⁹ Cf. DUMINIL, *o.c.*, p. 40.

¹⁰ Cf. *Aer.* 4, 20, 24.

¹¹ Al respecto quizá se pueda traer a colación la afirmación de ARISTÓTELES, *PA* II 652 b 30, de que las venas terminan en la meninge que rodea el cerebro.

tiene una base firme en el tratado ni en la terminología médica, y además una interpretación anatómica no daría cuenta del mecanismo «fisiológico» implícito en este texto. Más bien parece que *τόνος* alude a una cualidad abstracta que sirve para explicar el fenómeno de que el «encéfalo» contagie sus enfermedades a las demás glándulas. Para entender su significado es necesario asociarlo a la noticia que se nos da a renglón seguido: en el encéfalo hay «otro *σύνοδος*». Indudablemente esto implica la existencia, al menos, de dos *σύνοδοι*. ¿Cuál es esta otra «confluencia» del cuerpo que también está dotada de *τόνος*? La tentación inmediata es pensar en el corazón, pero nuestro autor no lo menciona ni da indicación alguna de qué órgano tenía en mientes. En cualquier caso el texto, tal como lo entiendo, indica que el encéfalo padece y comunica las *παραφροσύναι καὶ μανίαι* al resto de las glándulas y que ello se debe precisamente a que el cerebro tiene *τόνος* y es uno de los lugares de «confluencia» del cuerpo¹². En resumidas cuentas, este texto nos dice que la transmisión de la locura y las alucinaciones se produce desde el cerebro debido al *τόνος*¹³. Y estas ideas están en la base de la teoría estoica que explica la fuerza del alma por analogía con la fuerza corporal residente en el *τόνος* de los nervios¹⁴. De hecho en la filosofía estoica es el *τόνος τοῦ πνεύματος*, sito en el *ἡγεμονικόν*, el que permite las sensaciones, de forma que su relajación es la causa del sueño¹⁵. La localización del centro de control del organismo, *τὸ ἡγεμονικόν*, ha sido un problema ampliamente discutido por los filósofos estoicos y por los médicos; al final parece que se impuso la idea de que el centro estaba situado en

¹² Desde este punto de vista el lugar que ocupa el «encéfalo» como lugar de reunión se corresponde con las teorías antiguas, que centran en la cabeza el origen de sistema vascular, cf. DUMINIL, *o.c.*, p. 122; según nota esta autora (p. 306) en ello coinciden con *De locis in homine*, pero extraña que se le haya escapado la mención del corazón en el c. 17 que comento a continuación. Pero el hecho de que se nos diga más adelante que el corazón y los pulmones son *οἱ κύριοι τοῦ σώματος* (17,1) nos coloca en otra perspectiva. En efecto, la atribución de una mayor importancia al corazón es un proceso que se desarrolla a lo largo del siglo IV a.C., de forma que en su primer tercio, tal como señala DUMINIL, (*o.c.*, pp. 307 s), se tiende a una solución de compromiso presente en *Epid. VI* y en *De nat. oss.*; la coincidencia de doctrina con nuestro tratado es mayor por cuanto que todos ellos ponen en plano de igualdad el corazón y los pulmones. Hay un grupo de tratados que reparten los fenómenos psíquicos entre el cerebro y el corazón. Entre ellos figura *De locis in homine*, *Epid. VI* y *De natura ossium*, cf. DUMINIL, *o.c.*, pp. 306 ss.; quizá el lugar de *Epid. VI* al que alude esta autora (5.5) aclare lo que quiere decir *σύνοδος*. En él se dice que «la cólera contrae sobre ellos mismos al corazón y al pulmón, y a la cabeza el calor y la humedad; el buen humor relaja el corazón». Parece, pues, que la idea de ver en el corazón el otro *σύνοδος*, tiene cierta base.

¹³ *SVF* II 876, 877.

¹⁴ Cf. VON ARNIM, *SVF* I 563; vid. J. LASSO DE LA VEGA: «Los grandes filósofos griegos y la medicina», en P. LAÍN ENTRALGO (ed.), *Historia universal de la medicina*, Barcelona-Madrid, 1972, II p. 141; L. ROBIN, *La pensée grecque et les origines de l'esprit scientifique*, París, 1973, p. 394 s.

¹⁵ Cf. *SVF* II 766, 836.

el corazón ¹⁶. Pero ese puesto se lo ha disputado la cabeza, según indica el testimonio de Filodemo ¹⁷ y el de Aecio ¹⁸. Desde las perspectivas de estas teorías filosóficas se explica perfectamente el mecanismo fisiológico implícito en la frase atetizada por Joly, así como la vacilación del autor al situar el centro en el encéfalo.

Esta coincidencia con el estoicismo no es única en el tratado: lo mismo ocurre con el término σύμμετρος (cf. *SVF* III 278) y con la idea implícita en él de que la salud es fruto del equilibrio de los elementos ¹⁹.

Y hay algo más: el uso de κύριος con el significado de «dueño», «señor», es propio del ático y recuerda la imagen que emplea el autor de *Sobre la naturaleza de los huesos* 19: ὡς ἐκ παντός τοῦ σώματος τὰς ἡνίας ἔχουσα, «el corazón tiene las riendas ²⁰ de todo el cuerpo». Pero el hecho curioso es que también lo emplea Crisipo para definir τὸ ἡγεμονικόν, como la parte principal del alma: τὸ κύριον τῆς ψυχῆς μέρος ²¹. Su uso en el tratado para designar el corazón y los pulmones concuerda con el estoicismo.

3. El término περισσόν aparece en dos lugares (4, 1; 16, 2). En el primer caso se dice cómo las glándulas absorben el humor sobrante e hirviente que se produce en las extremidades o en el cuerpo como resultado del movimiento, en el segundo se generaliza el principio diciendo que el cuerpo de los varones no acepta la humedad sobrante debido al trabajo; su cuerpo es más compacto frente al de las mujeres ²². Lo más cercano es *NatHom.* 1.15.18, donde se refiere a la bilis χολή ²³. Subyace en el empleo de περισσόν la teoría de los depósitos: las enfermedades se originan por los depósitos de líquido acumulados en las partes que trabajan más, tal como aparece en *Epidemias* II, IV y VI ²⁴. El autor de *Sobre las glándulas* ve en ellas instrumentos que regulan la acumulación de líquidos y por lo tanto evitan la formación de depósitos. Indudablemente este es un problema que no se plantean los demás tratados que se refieren a los depósitos. A lo más que llegan esos tratados es a afirmar que los humores pasan

¹⁶ CRISIPO, cf. *SVF* II 898, lo sitúa allí, dejando para la cabeza el principio de los movimientos; cf. *SVF* II 837 ss.

¹⁷ *SVF* II 910, cf. II 885.

¹⁸ Cf. *SVF* II 836: αὐτὸ δὲ τὸ ἡγεμονικὸν ὡσπερ ἐν κόσμῳ < ἥλιος > κατοικεῖ ἐν τῇ ἡμετέρῃ σφαιροειδεῖ κεφαλῇ.

¹⁹ Cf.: *SVF* II 770; LASSO DE LA VEGA, *l.c.*, p. 142.

²⁰ No sólo hay que recordar aquí el mito del *Fedro*, sino también el hecho de que en el *Timeo* (70 b 3) se le dé al corazón el puesto de centinela: τὴν δορυφορικὴν οἴκησιν.

²¹ Cf. *SVF* II 887 (p. 241, 9).

²² Esta es la teoría que aparece en *De morbis muliebris* I 1 (VIII 12, 6; 12, 23 L.); vid. DUMINIL, *o. c.*, p. 147.

²³ También aparece en dos epístolas (*EHiDa* 2, 17.157 y *EHiDe* 2, 24, 14).

²⁴ Cf. DUMINIL, *o. c.*, p. 142 s.

de las carnes a los vasos por ciertos pasos, δίοδοι, πόροι, pero ninguno de ellos se plantea qué regula ese paso ²⁵. Por lo tanto hemos de pensar que el asignar esta función a las glándulas nuestro autor está formulando una hipótesis que intenta solucionar este problema teórico y, en consecuencia, el *De glandulis* supone los conocimientos de todos estos tratados. Además la consideración de las glándulas desde un punto de vista médico es casi exclusivo de este tratado; de hecho sólo se mencionan aquí y en *De articulis*, dejando de lado la mención única de la parótida que aparece en *Epid.* IV 43, 5.

4. Los términos que designan los fluidos requieren un estudio específico ²⁶. El tratado usa ῥοή, ἐπιρροή, τὸ ἐπιρρέον, ῥόος, ῥεῦμα, κατάρροος, ὑγρόν, ὑγρασίη, ὑγραδών, ἰχώρες, πλάδος, λύματα, φλέγμα, τὸ περισσόν, pero no emplea χολή. A los distintos líquidos se les aplican los siguientes adjetivos: φλεγματοῦδες καὶ πολὺ καὶ ἀργόν, νοσῶδες, ὀδάξον, οὐ σύνηθες, ἄλογον, πικυνή (ῥοή); θανατώδεις (ῥόοι); κολλῶδες, ὀλίγον καὶ σύμμετρον (ῥεῦμα); δριμεῖς (ῥεῦμα, ἰχώρες); στάσιμον, ἐλαιῶδες (ὑγρόν). Todos estos términos se usan en sentido genérico para designar los líquidos; únicamente en el c. 14 se identifica el flujo que llega de la cabeza al vientre como flema. En los demás lugares lo más que hace nuestro autor es clasificar el fluido de acuerdo con sus cualidades: 1) consistencia (ἐλαιῶδες, κολλῶδες), 2) cantidad (ὀλίγον, πολὺ, πικυνή), 3) movilidad (στάσιμον, ἀργόν), 4) proporción (σύμμετρον, ἄλογον), 5) acidez (δριμύ, ὀδάξον), 6) extrañeza (οὐ σύνηθες), 7) composición (φλεγματοῦδες), 8) efectos (νοσῶδες, θανατώδεις). En todo ello se ve claramente que los humores tienen efectos nocivos debido a la cantidad, a la acidez y a la consistencia; ésta última puede provocar su fijación. El mecanismo por el que se produce la enfermedad es la acumulación de alguno de estos humores en algún lugar, pero no se supone que ningún humor por sí mismo sea nocivo. Las fuentes de esta teoría podrían ser indeterminables por su generalidad. Pero algunas de las cualidades resultan reveladoras. Así ocurre con el concepto de irracionalidad y proporción aplicado a los flujos, (ῥοή, ῥεῦμα), que no puede ser de origen antiguo. En efecto, estos conceptos proceden de los estudios rítmicos de Aristóxeno y han entrado en la medicina de la mano de Herófilo quien los aplicó al pulso ²⁷. En cualquier caso su aplicación a los flujos carece de antecedentes en el *CH* ²⁸. También en el caso de ἀργός ocurre algo

²⁵ Cf. DUMINIL, *o. c.*, p. 148 ss.

²⁶ Vid. DUMINIL, *o. c.*, pp. 137 ss.; en la nota 5 señala que πλάδος es típico de la escuela de Cos.

²⁷ Cf. H. VON STADEN, *Herophilus. The art of Medicine in Early Alexandria*, Cambridge, 1989, pp. 280 s., y 392 s.

²⁸ No lo son exactamente los paralelos de *Coac.* y *Ep.* que recogen ΚΥΗΝ - FLEISCHER, s.v.

semejante; en el *CH* no se aplica este adjetivo nunca a los flujos, sino a los hombres, a la enfermedad y a ciertos alimentos. En cambio, en el ámbito de la filosofía estoica nos encontramos con tres términos asociados: al discutir la tesis de que el frío es la ausencia de calor ²⁹ se dice: τὸ στάσιμον αὐτῶ καὶ δυσκίνητον οὐκ ἀργόν ἐστιν, ἀλλ' ἐμβριθὲς καὶ βέβαιον, ὑπὸ ῥώμης συνερμειστικὸν καὶ συνεκτικὸν ἐχούσης τόνον. Los contextos son distintos, pero el concepto aplicado a la propiedad de formar depósitos, στάσιμον, aparece tal cual en *De glandulis* (7, 3), para explicar las escrófulas de la garganta de las que se dice que son provocadas por un flujo de flema abundante y ἀργόν que produce un líquido στάσιμον. Parece, por lo tanto, que nuestro tratado presupone las teorías estoicas junto con los trabajos de Herófilo.

5. Una vez establecida esta relación entre el estoicismo y el tratado *Sobre las glándulas* es necesario establecer las relaciones que guarda con los tratados del *CH*. Hay una relación clara con *De locis in homine*. En efecto, en el c. 3 se dice que la ὑγρασίη es producto del πόνοσ ³⁰. El autor del *De locis in homine* (7) repite la misma idea y en el espacio de una página emplea con significados equivalentes ὑγρασίη, ὑγρότης, ὑγρόν, ῥόοι, ῥοή, y nos dice que las carnes por el calor se hacen porosas (ἀραιαί) ³¹ y dejan pasar los humores (9, 2). Por si fueran pocas estas coincidencias en el capítulo siguiente se enumeran los siete flujos que descienden de la cabeza, el mismo número que se menciona en de *De glandulis* (11). El cuadro siguiente proporciona una visión comparativa de ambos tratados en este punto:

<i>LocHom</i> 10	11-22	<i>Gland</i> 11	13-14
1 κατὰ ῥίνας	ῥίνες	1 δι' ὄτων	ἐπ' ὀφθαλμούς
2 κατὰ ὄτα	ἐς ὄτα	2 δι' ὀφθαλμῶν	ἐπὶ ῥίνας
3 κατ' ὀφθαλμούς	ἐς ὀφθαλμούς	3 διὰ ῥινῶν	ὄτα
		δι' ὑπερόφης	
4 ἐς κίθαρον	ἐς κίθαρον	4 ἐς φάρυγγα	ἐς κοιλίην
5 ἐς μυελόν	ἐς ῥάχιν	5 ἐς στόμαχον	ἐπὶ φάρυγγα
		διὰ φλεβῶν	
6 ἐς σπονδύλοϋς	ἐς κοιλίην παρὰ σπονδύλους	6 ἐπὶ νωτιαῖον	ἐπὶ νωτιαῖον
7 ἰσχιάδα	ἐς σάρκα ἰσχιάς	7 ἐς ἰσχία	κοτύλησι ἰσχιῶν

Ni el orden ni los términos coinciden exactamente en los dos textos.

²⁹ *SVF* II 407.

³⁰ En *Aff.* 55.5 se precisa que se trata de la flema.

³¹ La idea es bastante frecuente: cf. DUMINIL, *op. cit.*, pp. 190 s.

De locis in homine en el c. 10 sigue este orden: narices, oídos, ojos en un primer apartado, y después: pecho (κίθαρον), médula (μυελόν), vértebras y carnes (σπονδύλους καὶ τὰς σάρκας) y añade una mención a la inflamación de cadera (ἰσχιάδα). La enumeración de *Sobre las glándulas* es la siguiente: a través de los oídos, de los ojos, de las narices; después agrupa los flujos de dos en dos: a) por el paladar a la faringe (φάρυγγα), al esófago (στόμαχον), b) por las venas a la espina dorsal (νωτιαῖον), a las caderas (ἰσχία). Ambos tratados unen en un mismo apartado los flujos de la cabeza, aunque el orden es distinto: el autor del *De glandulis* sigue más coherentemente el orden de arriba abajo y de atrás adelante y estructura los flujos del cuerpo de acuerdo con las vías por las que se producen (paladar y venas). En los capítulos siguientes ambos tratados desarrollan los efectos de los flujos en las distintas partes del cuerpo. *De locis in homine* establece ahora los siguientes apartados: 1) κίθαρον: la tisis y su tratamiento (14), 2) ῥάχιν: tisis oculta (15), 3) *excursus* sobre los efectos de la bilis y los tratamientos de la pleuresía, la peripneumonía, el empiema y la tisis (16-19), 4) διὰ τὸν οἰσόφαγον ἔς τὴν κοιλίην: se produce ἴνησις, 5) σπονδύλους καὶ σάρκας: hidropesía (21), 6) ἰσχιάς ἀπὸ ῥόου (22). Aun descontando el *excursus* sobre los tratamientos de los capítulos 16-19 la enumeración es confusa; además en lo que se refiere a la médula, ῥάχιν, no se nos da indicación ninguna de tratamiento y los síntomas se reducen a dos: dolor de espalda y sensación de vacío en la cabeza.

6. Por su parte el *De glandulis* varía el orden que había establecido en el resumen: 1) ἔς τὴν κοιλίην: flema que produce íleos y enfermedades crónicas (14), 2) ἐπὶ φάρυγγα: flema que produce pus, 3) διὰ φλεβῶν ἐπὶ νωτιαῖον: la espina dorsal conduce el flujo hasta el sacro y de allí llega a las caderas y las piernas, 4) τῆσι κοτύλησι τῶν ἰσχιῶν. Parece, pues, que los dos flujos separados en el c. 11 se han confundido en uno solo, como nota R. Joly³². Se invierte el orden *a capite ad calcem* al poner en primer lugar el flujo del vientre. Es posible que este detalle no sea más que un intento de variación, como ocurre en el c. 13 donde se habla de los flujos del oído en último lugar tras tocando el orden que se había adoptado al principio, pero también podría ser un indicio de una fuente distinta. En la introducción de *Sobre los lugares en el hombre* no se menciona el flujo διὰ τὸν οἰσόφαγον εἰς τὴν κοιλίην que después se explica en el c. 20. Atendiendo al orden de la enumeración inmediatamente se nota que ambos tratados coinciden en la sucesión de los dos últimos flujos: los c. 21 y 22 de *Sobre los lugares en el hombre* tratan de los que van a lo largo de la columna vertebral (παρὰ τοὺς σπονδύλους) produciendo hidro-

³² Cf. *op. cit.*, p. 124.

pesía, y de los que afectan a la cadera. Estos dos coinciden con los últimos que se mencionan en *De glandulis*. Y, aunque el orden esté invertido, también coinciden los flujos que van al pecho y al vientre. ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Cómo explicar estas diferencias? *De locis in homine* olvida en la introducción el flujo del vientre y *De glandulis* no menciona el que afecta a la médula espinal y produce tisis latente. Lo que subyace aquí, en mi opinión, es un malentendimiento del flujo que afecta a la espina dorsal: *De locis in homine* establece una diferencia entre el flujo que afecta ἐς τὸν μυελόν, «médula», y el que va por las vértebras a la carne; el primero produce la tisis latente, mientras que el segundo produce hidropesía al inundar las carnes. El autor del *Sobre las glándulas* piensa que se identifican y que se transmiten por las venas, pero entra en contradicción más adelante al afirmar que el flujo que afecta a las caderas es conducido por la espina dorsal (14, 2). Por otra parte las diferencias son tan grandes que no parece económico, en principio, suponer que *De locis in homine* sea la fuente directa para *De glandulis*.

7. Podemos, pues, suponer o bien que el autor de *Sobre las glándulas* ha tomado esta teoría del tratado *De locis in homine*, o bien que ambos la han tomado de una fuente común. En el primer caso nuestro autor habría hecho una adaptación de los términos originales para ponerlos al día y adecuarlos al dialecto³³, y ha podido sentirse desorientado por la falta de coherencia que se da entre la introducción de la teoría en el c. 10 y su posterior desarrollo, y la repetición del flujo que afecta a la espina dorsal antes y después del flujo del vientre (c. 15 y 21) le ha llevado a eliminar el primero de los dos independizando el último flujo, el que afecta a las caderas, como también parece hacer el autor de *De locis in homine*³⁴. Por otra parte, la teoría de los flujos no es original de este último tratado³⁵. En cualquier caso es posible reconstruir una teoría que hace partir de la cabeza los flujos por siete vías eferentes: tres en la misma cabeza y cuatro en el cuello: tráquea, esófago, venas y médula espinal. La expresión διὰ φλεβῶν ἐπὶ νωτιαῖον, que repite *De glandulis* (11, 1 y 14, 2), podría ser un buen indicio de la confusión del autor y explicar la repetición del *De locis in homine*, así como su intento de precisar este flujo describiéndolo como ἐς τὴν σάρκα ὀπισθεν παρὰ τοὺς σπονδύλους (21), «a la carne de atrás a lo largo de las vértebras». La solución de este dilema requiere el estudio de la terminología de ambos tratados.

³³ Hay dorismos en la terminología de *Sobre los lugares en el hombre*. Sabemos por ejemplo, que κίθαρον es un dorismo; cf.: EROTIANO K 27; JOLY, *op. cit.*, p. 42 n. 2.

³⁴ Es curioso que también JOLY, *op. cit.*, p. 50 identifica este flujo como el séptimo, quizá influido por *De glandulis*.

³⁵ Cf. K. SCHUBRING, «Zur Aufbau und Lehre der hippokratischen Schrift *De locis in homine*», *Berliner Medizin* 23, 1964, p. 744, y M. VEGETTI, «Il *De locis homine* tra Anassagora ed Ippocrate», *RIL* 99, 1965, p. 195 ss.

8. ἰχώρ no es un término muy frecuente en CH ³⁶. Pero lo más interesante es que su calificación de δοιμαῖς «acres», sólo aparece en *AcutSp.* 1,3. Esta calificación surge a finales del s. V, cuando el término adquiere un significado muy amplio ³⁷. El término ha pasado de designar un humor nocivo a un significado neutro con el curso del tiempo; la necesidad de calificarlo con un adjetivo de este tipo sólo puede justificarse desde el momento en que el término ha adquirido este significado neutro. Desde este punto de vista *De locis in homine* está en el estadio anterior, según se desprende del empleo que hace de este término (cf. 12.3, 29, 32), y *De glandulis* es posterior.

ἐπίπλουν. Es un término bastante frecuente. Pero la idea de que es un lugar de aflujos vuelve a aparecer en *LocHom.* 24,6 y en *Morb.* IV 57,3. De estos dos lugares el más interesante es el primero, ya que su autor emplea en el mismo pasaje (24,1) el término τεύχεα para indicar los «vasos» propios de este órgano. *De glandulis* (16) coincide con la idea, propia de *NatMul.* 20,2 y *Steril.* 229,2, de que la compresión (ἀποπιέζει) del epiploon provoca la subida de la leche.

τεύχεα. En plural sólo se usa aquí (5,2; 17) y en *De loc. in hom.* (τὰ ἄνω τεύχεα 9,21; 24,7; 1,17). En singular aparece en *Epid.* VI y en *Steril.*, pero el significado no coincide en ninguno de los dos casos; únicamente en un lugar de transmisión discutida (*De superfoetatione*) aparece también este significado. Lo importante es que este término manifiesta la necesidad de distinguir entre las venas y los otros vasos que llevan otros líquidos ³⁸. Podemos, pues, anotararlo como otra coincidencia significativa de los dos tratados.

Y en fin, en el c. 12,1 dice *De glandulis*: «si enviara un flujo acre el encéfalo, come y ulcera τὰς ἐπιρροάς». Desde Littré ³⁹ se entiende este término como un modo de designar las «vías» o conductos que llevan los flujos, pero nadie, que yo sepa, ha dado una explicación de este significado excepcional. Creo que la comparación con *De locis in homine* en este punto es definitiva. En el c. 10,6, de este tratado, al hablar de la causa de la ἰσχυιάς, se dice: «(el flujo) al ser poco y no tener ἐπιρροήν... busca escape en las articulaciones». Creo que el sentido excepcional que sorprende en *De glandulis* no es más que el resultado de la lectura de *De locis in homine*, sería una «palabra hipocrática», si se me permite calcar la expresión de M. Leumann.

³⁶ Véase el análisis de los 62 ejemplos registrados debido a DUMINIL, *o.c.*, pp. 164-184.

³⁷ Cf. DUMINIL, *o.c.*, p. 179 s.

³⁸ Así lo destaca DUMINIL, *o.c.*, p. 199 s., quien sugiere con dudas una relación temporal entre los dos tratados.

³⁹ Cf. JOLY, *o.c.*, p. 119 n. 3.

9. Los dos *hapax*, ἰσότης y λύματα, pueden dar una idea precisa del carácter del tratado. El primero de ellos, ἰσότης, plantea un problema delicado, sobre el que hablaremos más adelante. La idea que subyace en λύματα es la existencia de una excrecencia del cerebro⁴⁰, un líquido cargado de materias miasmáticas, cuya expulsión sería causa de distintas enfermedades al contaminar las glándulas. Es decir, parece subyacer aquí la teoría de los περιπτώματα, sin que se haga mención expresa del término. El inventor de esta teoría fue Eurifonte de Cnido, pero el término περίπτωμα es tardío⁴¹; el hecho de que Erotiano⁴² explique λύματα como καθάρματα nos proporciona, al menos, la certeza de que era un término empleado por los médicos antiguos.

Si este término supone la teoría de los «depósitos», el término ἀτμός (7) parece estar en relación con las teorías pneumáticas. El tratado no nos dice más que el cuerpo produce y envía a la cabeza todo tipo de vapores (ἀτμούς) y que ésta los reenvía de nuevo⁴³. Subyace aquí la mecánica de la condensación: de la cabeza descienden fluidos calificados como «no densos», ἀσύστροφος (13). Y este último término en los dos únicos lugares del *CH* donde aparece alude al fenómeno de la condensación. Así *De morbis* I 25,6, explica el sudor por evaporación y condensación de la flema y la bilis, y *De flatibus* (8,25), a reglón seguido de usar ἀτμός como sinónimo de πνεῦμα, explica que la sangre al calentarse produce πνεῦμα que asciende y obstruye los conductos.

10. Otros términos pueden agruparse en los siguientes apartados:

a) *POETISMOS*:

παῦρα⁴⁴; también se puede considerar poético λάβρωσ, pero hay paralelos en otros lugares del *CH*. Por lo que respecta a λύματα puede ser lengua médica, según hemos dicho antes, pero no por ello pierde

⁴⁰ Así se dice en *Anon. Lond.* 4, 31-40; «cuando el vientre no evacúa el alimento recibido, se forman *residuos* que, subiendo a la zona de la cabeza, provocan enfermedades». El mecanismo causante de las enfermedades coincide en parte con el que expone el autor del tratado *De glandulis*.

⁴¹ JOLY lo dice así expresamente, cf. *Hippocrate*, XIII, París, 1978, pp. 22-23; ya aparece en Aristóteles.

⁴² Cf. E. NACHMANSON, *Erotiansstudien*, p. 450, citado por JOLY, *o.c.*, p. 112.

⁴³ Sobre esta función de la cabeza vid. DUMINIL, *o.c.*, p. 190 s.

⁴⁴ Cf.: N. VAN BROCK, *Recherches sur le vocabulaire médical du grec ancien*, París, 1961, p. 103.

su carácter poético ⁴⁵. Más claramente poéticos son la tendencia a evitar el artículo determinado y el uso de perífrasis verbales como κέρδος ποιούνται (4,1), equivalente a ἀποκερδαίνω, por indicar un verbo que usa el mismo tratado un poco más adelante (6,1). En este mismo apartado podemos incluir τελέως ὄλλυνται (14,2), que coexiste con ἐξαπόλλυται (1,1) ⁴⁶, así como χρέος (4), y πῆμα y el adverbio παῦρα, que han sido comentados por H. Mørland; únicamente es de notar que este adverbio aparece en Aristófanes (*Pax* 764), con lo que es preferible considerarlo un aticismo. En el mismo apartado hay que incluir μειδιήμασι del c. 12, atestiguado en Hesíodo (*Th.* 205).

b) *ATICISMOS*:

καταναισιμόω (3) y ἀπαναισιμόω (9), referidos a la regulación de la cantidad de humores llevada a cabo por las glándulas, no tienen paralelos en *CH*, salvo en *De articulis* 11, donde dice:

καταναισιμοῦται γὰρ ἐν τῇ ἀνατάσει, «en la extensión (del brazo) se ajusta (la piel)». El término parece jónico a primera vista; Heródoto usa ἀναισιμόω con el significado de «gastar dinero» (III 90), mientras que el ático prefiere δαπανάω con ese sentido. Pero el cómico Epicrates (1,10) usa el compuesto καταισιμόω con el significado de «apurar la bebida», que es justamente el significado que le da nuestro autor. En resumidas cuentas, el uso de estos verbos para referirse a «apurar líquidos» es ático.

ἄξυνετέω (14,1). Parece un aticismo por la forma, que ha de conservarse ⁴⁷, aparece en *Art.* 14 y en *Fract.* 25 referido a la acción del médico, justo como en este lugar.

También la forma πολύ y la expresión ἐπὶ πολύ son áticas.

ἰσότης (9). Este término refleja la teoría médica que ve en la enfermedad la preponderancia de uno de los elementos de la naturaleza humana y, por lo tanto, en la salud el equilibrio de esos elementos.

⁴⁵ De hecho el testimonio de Erotiano se encuadra en la tradición glosográfica helenística, que reúne las palabras atendiendo a criterios diversos, no siempre transparentes; cf. lo que dice al respecto VON STADEN, *o.c.*, pp. 492 s.

⁴⁶ MØRLAND, *l.c.*, p. 95 está en lo cierto cuando se niega a ver en este uso un indicio de lengua tardía. Pero véase más adelante.

⁴⁷ El adjetivo ἄξυνετος ha debido sentirse como ático desde un principio, según indica el hecho de que aparezca en Heródoto con esta grafía; su presencia en el *CH* es un aticismo claro: cf. A. LÓPEZ BIRE, «En torno a la lengua del *Corpus hippocraticum*», *Emerita* 52, 1984, pp. 325-354, en p. 344, recogido en *Estudios de lingüística, dialectología e historia de la lengua griega*, Salamanca, 1986, p. 390.

La teoría es original de Alcmeón de Crotona y la medicina pitagórica ⁴⁸, pero el término que usa este autor es ἰσονομίη y en esta diferencia se puede entrever la distancia de fechas. Frente a este término, que tiene todos los visos del arcaísmo político, ἰσότης se impuso en la lengua a través de la propaganda de la democracia radical ateniense de finales del siglo V a.C. ⁴⁹ Ha de considerarse, pues, un aticismo. Respecto a su fecha hemos de pensar que para su paso de la jerga política al lenguaje abstracto ha de transcurrir cierto tiempo; el hecho de que este paso se haya producido ya en Platón invita a considerarlo no anterior a principios del siglo IV a. C.

11. Ahora bien una vez admitidos estos aticismos no extraña que aparezcan duales ⁵⁰. El ejemplo más sorprendente es δὺ' ἑστὸν κακία, ya que el significado de κακία, «mal», parece reciente. Sin embargo su aparición en *De locis in homine* (43,2) excluye la idea de que sea tardío y es una muestra más de la estrecha relación de ambos tratados. Probablemente han de considerarse también aticismos la construcción de las condicionales con optativo ⁵¹, el uso de κύριος (c. 2), y el término ψαφαρός, que aparece aquí, pero también en *De locis in homine* (14,2) ⁵². Una vez admitidos éstos no es posible eliminar, como hace Joly, del texto todos los aticismos «inorgánicos», que nos transmiten los manuscritos: ξυν-, μείζων, αἴθις, ταράττεται, ἄρρην. También es ático el verbo ἀκολουθεῖω (2.2) con el significado de «seguir», pero es posible también interpretarlo como un koinismo, ya que en época helenística se impone eliminando a ἔπομαι. En fin, hay una serie de tér-

⁴⁸ El problema es más complejo; el tratado parece suponer una elaboración del tópico que compara el cuerpo humano con la sociedad, cuyo estudio nos llevaría muy lejos: cf. G. CAMBIANO. «Pathologie et analogie politique», en F. LASSERRE - Ph. MUDRY (ed.), *Formes de pensée dans la Collection hippocratique*, Ginebra, 1983, pp. 441-458, y M. VEGGETI, «Metafora politica e immagine del corpo negli scritti ippocratici», *ibid.*, pp. 459-469. Nótese también que precisamente el nombre que da título a la obra, οὐλομελίη, también es pitagórico: cf. JOLY, *o.c.*, p. 107 y Ps. IAMBLY, *Theol. arithm.*, 36, ARIST. *Metaph.* 1039 b 4; D.-K. *Vor.* I 458, 12 y *De alim.* 23. Pero la idea perdura en la teoría estoica de la salud, (cf. *SVF* III 68; LASSO DE LA VEGA, *l.c.*).

⁴⁹ Aparece por primera vez personificada en EURÍPIDES, *Ph.*, 536, referida a la igualdad política. Pero en sentido geométrico de proporción se encuentra en Platón y Aristóteles, y en Epicuro encontramos que el concepto pasa a la cosmología al aplicarse a la tierra. Sobre este punto vid. L. GIL, «La ideología de la democracia ateniense», *CFC* 23, 1989, pp. 39-50, en p. 47 y P. FREI, «ἘΘΝΟΜΙΑ. Politik im Spiegel der griechischen Wortbildungslehre», *MH* 38, 1981, 205-219.

⁵⁰ Cf. *De gland.* 4, 12, 14; para ANASTASSIOU, *l.c.*, p. 307 n. 17, sigue siendo una prueba sólida para una datación tardía. Aduce este autor que en los tratados más cercanos a éste (*De articulis*, *De fracturis* y *Mochl.*) no aparece el dual. Ello es cierto, pero hay que notar que en cambio sí aparece en *De locis in homine* (6, 2), cuya relación con *De glandulis* creo que está a estas alturas bien patente.

⁵¹ Cf. I. RODRÍGUEZ ALFAGEME, «Sobre la fecha de Hipp. *De glandulis*», *Epos*, 1991. Cf. nota 1.

⁵² En efecto, ésta es la forma ática frente a la forma jónica ψαφερός, cf. LIDDELL-SCOTT-JONES, *A Greek-English Lexicon*, Oxford, 1968, s.v.

minos que son hapax en el *CH* y tenemos atestiguados en ático: ἐμπίνομαι, ἀγγίνους, κύριος, y otros que no aparecen más que en otro tratado: πλεονεξίη sólo vuelve a aparecer en *Acut*(*Sp*) 10 con la variante πλεονεξίας, φάντασμα (*Virg.* 1), ἀλλόκοτος (*De fracturis* 1), ἀστεργές (*De fracturis* 16). Su presencia, salvo en el caso de los dos últimos ejemplos que abundan en una relación clara, es difícil de valorar. Y lo mismo ocurre con un par de términos en los que coincide su atribución a Demócrito: ναστός lo usa Demócrito según dice el *Fr.* 208 de Aristóteles; el único lugar del *CH* en el que se usa κύριος con significado próximo es en la *Carta de Demócrito* (2, 23, 26: κύριος ἀπάσης κοιλῆς ὁ καλούμενος ἐπίπλους); el término ἐπικαιρίη (4) es hapax en el *CH* y es propio de Demócrito ⁵³.

12. Entre los términos de época tardía, aparte del uso de los pronombres relativos ⁵⁴, aparece el uso del diminutivo con valor formal en σαρκία (1) ⁵⁵, (12). En el c. 2 aparece el sintagma ἴδιον νοῦσον, en el que el adjetivo ἴδιος parece funcionar casi ya como posesivo. Únicamente la ausencia del artículo hace pensar que se trata en realidad de un poetismo ⁵⁶ para el que se pueden encontrar paralelos en el *CH* ⁵⁷. Aparte de éstos hay dos términos que son hapax en el *CH* y sólo encontramos atestiguados en autores muy recientes: el adjetivo ἀσύστροφος vuelve a aparecer en medicina en Arquígenes ⁵⁸, pero el abstracto συστροφή, «depósito», que está en la base del adjetivo, lo encontramos en *De articulis* (41) y en Aristóteles con el significado de «condensación» (*Prob.* 964 a 18). En cambio, no hay paralelo para el nombre σπάθη, cuyo significado no está claro ⁵⁹. Pero quizá lo más sugerente sea la terminología anatómica. *De locis in homine* no atestigua ὑπερώη, στόμαχος, νωτιαῖος, μυκτῆρ ni ἱερὸν ὀστέον. En cambio, *De articulis* no sólo usa μυκτῆρ y ἱερὸν ὀστέον, sino que es el único tratado del *CH* que coincide con el nuestro en emplear νωτιαῖος como sustantivo. Los otros dos términos, ὑπερώη y στόμαχος, tienen una distribución dispar: no coinciden en ningún tratado del *CH*, pero ambos términos comparten el carácter poético; ambos aparecen en Homero y tienen a su lado un sinónimo que se impuso: οὐρανός y

⁵³ Desgraciadamente sólo figura en un título transmitido por DIÓGENES LAERCIO (IX 48).

⁵⁴ Cf. RODRÍGUEZ ALFAGEME, *l.c.* en nota 51.

⁵⁵ Si lo consideramos diminutivo formal, el tratado no puede ser anterior a mediados del siglo IV a.C.: cf. K. DEICHGRÄBER, *Die Epidemien und das Corpus Hippocraticum*, Berlín, 1933, p. 169.

⁵⁶ Cf. A., *Pr.* 543, ἰδία γνώμη; EUR., *Ph.* 555, etc.

⁵⁷ Cf. *ex. gr.*: *De prisca medicina* 19.

⁵⁸ Cf. GAL., VIII 650; cf. D.H., *Din.* 8.

⁵⁹ Rufo de Efeso, *ap.* ORIB., *Coll.* XLIX 33, da este nombre a un instrumento que sirve para reducir dislocaciones; normalmente se entiende como «costado», cf. J. IRIGOIN, «La formation du vocabulaire de l'anatomie en Grec», en *Hippocratica*, M.D. GRMEK (ed.), París, 1980, p. 251.

οἰσόφαγος; este último empleado en *Sobre los lugares en el hombre*. Parece, pues, que nuestro tratado aproxima sistemáticamente su terminología a *De articulis*, y donde este tratado falla prefiere un término arcaizante o poético.

13. Términos no específicos de la lengua médica.

El empleo de las preposiciones también muestra algunos rasgos de época reciente. Las más frecuentes son ἐς, ἐν, ἐπί, ἀπό y διά, por este orden. Hay algunos ejemplos en los que ἀπό sirve para indicar una determinación nominal, (cf. 8, 1) τὴν ἀπὸ τῶν ὑπερκειμένων ὕγρασίνην, que no puede ser antiguo). También usa ἐς con valor final, valor que tenemos atestiguado a partir de Jenofonte, Demóstenes y Esquines ⁶⁰.

ἀποπλανᾶν τὸν λόγον, sólo aparece en *De articulis* 34,4 y en Luciano.

γραφή. Frente al término normal para referirse al tratado (λόγος), γραφή sólo aparece 8 veces, y de ellas sólo en *De victu in acutis* y en *De articulis* tiene este significado ⁶¹. Lo curioso es que el autor coincide con estos tratados en más de una ocasión. Por lo que respecta a *De victu in acutis* la coincidencia se da en un hecho más banal. En los tres tratados aparece el futuro de perfecto γεγράφεται, que es raro en el resto del *CH*. El reparto es el siguiente: *RgAcut.* 6, *Artic.* 5, *Epid.* I 3, *Epid.* III 2, *Aff.* 2, *Mul.* I 2. Pero lo más importante de estas dos últimas coincidencias es que parecen probar la dependencia de nuestro tratado respecto a *De articulis*, desde un punto de vista ajeno al hecho de que parezca ser el desarrollo de su promesa de escribir un tratado περὶ ἀδένων οὐλομελῆς.

14. En conclusión, el estudio del vocabulario empleado por *De glandulis* muestra una serie de coincidencias con *Sobre las articulaciones* y *Sobre los lugares en el hombre*, que no pueden atribuirse al mero azar, sobre todo porque las coincidencias con otros tratados son más escasas y no afectan a su contenido doctrinal. Incluso cuando se puede ver una coincidencia significativa, como ocurre con *De flatibus* y *De morbis* I, no se puede establecer un grado de dependencia. Respecto a su lengua podemos afirmar que está escrito en ático con un fuerte

⁶⁰ Cf. 16,1: παραγίνεται... ἐς τὴν μετὰ τὸν τόκον τῷ παιδίῳ τροφήν; KÜHNER-GERTH, *Ausführliche Grammatik der griech. Sprache*, Hannover, 1898, I, 470, 3; E. MAYSER, *Grammatik der griech. Papyri aus der Ptolomaerzeit*, Berlín, 1926, II 2, p. 341 y 375 s.

⁶¹ No tengo en consideración las cartas, por ser tardías, ni los lugares en los que se refiere a la escritura.

influjo jónico, cosa que no es de extrañar en el *CH* ⁶². Estadísticamente no puede ser obra del autor de ninguno de estos tratados, pero su lengua depende de *De articulis* y su terminología no se entiende sin recurrir a *De locis in homine*. Los ejemplos de ἐπιρροάς, ἰχώρ, ἐπίπλους, τεύχεα (c. 8), κακία y ψαφαρός (c. 11) son elocuentes. Creo que el dilema que planteaba a propósito de la teoría de los flujos queda ya solucionado y podemos renunciar a la hipótesis de que nuestro autor haya tenido acceso directo a la teoría original. El hecho de que *De glandulis* atribuya el séptimo flujo ἐς ἰσχία se explica a partir del c. 10 de *Los lugares en el hombre*, que termina hablando de la inflamación de cadera sin aclarar si se refiere a un flujo o no, de forma que el cómputo lleva a contarlo como séptimo. El autor de *Sobre las glándulas* se ha visto confundido hasta el punto de eliminar por completo el flujo ἐς σάρακα y con él toda la explicación de la hidropesía. Nos encontramos, pues, con un tratado que traduce a la terminología de *Sobre las articulaciones* la doctrina de *Los lugares en el hombre*, redactado en una lengua que mezcla rasgos áticos y jónicos y muestra preferencia por los términos y la sintaxis poéticos. Todo ello no invita a pensar en una fecha antigua: los rasgos como el uso de σφέτερος y las construcciones de participio cobran más peso desde este punto de vista. En cualquier caso hemos de situarlo antes de Galeno, que ya lo conoce y lo tiene por una imitación de «un hipocrático», y después del siglo II a.C. Las coincidencias con la lengua del *NT*, que veíamos en el estudio estadístico ⁶³, invitan a situarlo en el siglo I d.C. Con ello el tratado ha de situarse en un ámbito cercano a la medicina pneumática, como muestran los influjos estoicos que hemos podido demostrar. Los poetismos y demás arcaísmos son una muestra más del hipocratismo arcaizante del siglo I que produjo obras como el tratado *De alimento* o el Περὶ μανίης atribuido a Demócrito ⁶⁴.

⁶² LÓPEZ EIRE, *l.c.*, p. 400, llega a la conclusión de que la lengua del *CH* es jónico «penetrado de rasgos áticos»; al menos en este tratado casi se puede afirmar lo contrario.

⁶³ Cf. «Sobre la fecha de Hipp. *De glandulis*», *Epos*, 1991 (en prensa).

⁶⁴ Cf. F. KUDLIEN, *RE Suppl.* 11, col. 1101, s.v.: «Pneumatische Arzte».



Die Entdeckung eines pseudohippokratischen Briefromans als Melancholieschrift

THOMAS RÜTTEN

(Universität Münster)

In den pseudohippokratischen *Epistolae*¹ zeichnet sich innerhalb der *Briefe* Nr. 10-23² ein Romangeschehen ab, in dessen Mittelpunkt eine Begegnung zwischen Demokrit und Hippokrates steht.

¹ Zitierwürdige Textausgaben sind die einsprachige von Putzger sowie die zweisprachige von Littré: W. PUTZGER, *Hippocratis quae feruntur Epistolae ad codicum fidem recensitae*, Wurzen, 1914; IX 312-429 L. Da die Ausgabe von Putzger wenig Zustimmung gefunden hat (R. PHILIPPSON, «Verfasser und Abfassungszeit der sogenannten Hippokratesbriefe», *RhM* 67, 1928, S. 293; D.TH. SAKALIS, «Beiträge zu den pseudohippokratischen Briefen», in: *Actes du IV colloque international hippocratique*, F. LASSERRE - PH. MUDRY (ed.), Genève, 1983, S. 499 Anm. 1), ist der Ruf nach einer neuen textkritischen Edition laut geworden: F. KUDLIEN, «Hippokrates-Rezeption im Hellenismus», in: *Die Hippokratischen Epidemien. Theorie-Praxis-Tradition. Verhandlungen des V^e Colloque International Hippocratique*, G. BAADER - R. WINAU (ed.), Stuttgart, 1989, S. 366: «Nach Putzgers unzureichender Edition ist eine Neuausgabe des Briefwechsels in der Tat dringend erwünscht (Sakalis a.a.O. kündigt eine solche an). Sie müßte auch eine möglichst vollständige Sammlung der nicht seltenen Bezugnahmen auf die, (sic) und Parallelen zu den Briefen bzw. zu deren Inhalt bieten (...), um den Bekanntheitsgrad dieses merkwürdigen literarischen Produkts zu demonstrieren.» Zuletzt R. KLIBANSKY-E. PANOFSKY-F. SAXL, *Saturn und Melancholie*. Übersetzt von Christa Buschendorf, Frankfurt a.M., 1990, S. 19. Die Edition von Sakalis ist inzwischen erschienen: D.TH. SAKALIS, *Ἱπποκράτους Ἐπιστολαί, Ἐκδοσὴ κριτικὴ καὶ ἐρμηνευτικὴ*, Ioannina, 1989; ebenso eine solche mit englischer Übersetzung von W.D. SMITH: *Hippocrates. Pseudoepigraphic Writings*. Edited and translated with an introduction by W.D. Smith, Leiden-New York, etc. 1990. Da mir die Edition von Sakalis nicht zur Verfügung stand, werden Textstellen nach Smith zitiert unter Angabe der Referenzstellen bei Putzger und Littré.

² Zu diesem groß gewählten Rahmen des Briefromans (54/55-104/105 Smith; 4-27 Putzger; IX 320-399 L.) muß einschränkend vermerkt werden, daß die *Briefe* 18 und 20 zu einer anderen Version gehören, sich *Brief* 19 nebst seiner zweiten Fassung ebenfalls nicht nahtlos einfügt, die *Briefe* 21 und 23 nur lose mit der Romanhandlung verknüpft sind und *Brief* 22 offenbar gar nicht hineinpaßt. Vgl. O. TEMKIN, «Hippocrates as the physician of Democritus», *Gesnerus* 42, 1985, Heft 3/4, S. 455-464, Anm. 4.; J. LEBEAU, «Le rire de Démocrite» et la philosophie de l'histoire de Sébastien Franck», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 33, 1972, S. 242. Andere zählen nur die *Briefe* 10-17 zum eigentlichen Romangeschehen, womit mit Rücksicht auf die an dieser Stelle nicht näher erörterten Kohärenzfragen die Mindestlänge des Briefromans bezeichnet ist. Vgl. H. FLASCHAR, *Melancholie und Melancholiker in den medizinischen Theorien der Antike*, Berlin, 1966, S. 68; Z. STEWART, «Democritus and the cynics», *HSPH* 63, 1958, S. 179-191, Anm. 32; G.L. HENDRICKSON, «Satura tota nostra est», *CPh* 22, 1927, S. 52 Anm. 1. In der Rezeptionsgeschichte des Briefromans spielt die Brieffolge 10-18, 20 und 22 in der Über-

Die Bürger von Abdera halten ihren prominenten Mitbürger Demokrit für verrückt, nachdem er ihrem Gemeinwesen den Rücken gekehrt und sich in eine Einsiedelei zurückgezogen hat. Am meisten unter allerlei Auffälligkeiten seines einsamen Forscherdaseins beunruhigt die Abderiten das stereotype Lachen des Philosophen, das sie für ein Zeichen des Wahnsinns halten. So bitten sie Hippokrates von der Insel Kos um ein ärztliches Konsil. Der berühmte Arzt folgt ihrem Ruf, sucht seinen vermeintlichen Patienten auf und findet ihn bei Tiersektionen, die der Suche nach Natur und Sitz der Galle (78.5 Smith; 15.11 Putzger; IX 356.7-8 L.: *χολῆς ... φύσιν και θέσιν*) gelten und zur Vorbereitung einer Schrift über den Wahnsinn (76.28 Smith; 15.6 Putzger; IX 356.1 L.: *περὶ μανίης*) dienen. In einer langen Unterredung lernt er Demokrits Lachen als reflektierten Ausdruck einer philosophischen Haltung gegenüber der Eitelkeit und Torheit der Menschen kennen. Hippokrates zeigt sich beeindruckt und spricht Demokrit von jedem Krankheitsverdacht frei, die Abderiten aber nennt er krank, da sie die Weisheit ihres Mitbürgers für Wahnsinn halten.

Die Geschichte, die seit den Untersuchungen von Philippson gemeinhin in die zweite Hälfte des 1. vorchristlichen Jahrhunderts datiert wird³, ist, nachdem sie von philologischer Seite diskreditiert wurde⁴

setzung von Rinuccio Aretino die größte Rolle. Vgl. P. KIBRE, «Hippocrates Latinus. Repertorium of Hippocratic Writings in the Latin Middle Ages», *Traditio* 35, 1979, S. 288-291. SMITH, a.a.O., S. 20-34 unterscheidet bei den Demokrit-Briefen die Folge 10-17 von den Nummern 18-21 und grenzt sie zu den Briefen Nr. 22-24 ab.

³ PHILIPPSON, a.a.O., S. 305-306 gibt bei der Suche nach einem terminus post quem orientierungsweise das Todesjahr von Mithridates dem Großen, 63 v. Chr., an, da der im 16. Brief angeschriebene Krateuas als ein Nachfahre des berühmten Wurzelschneiders und Leibarztes unter besagtem Herrscher vorgestellt wird. Einen sicheren terminus ante quem markiert ein Papyrusfund aus der Mitte des 1. nachchristlichen Jahrhunderts. Innerhalb des so gesteckten Rahmens wird als Entstehungszeit einvernehmlich die 2. Hälfte des 1. vorchristlichen Jahrhunderts angenommen. Vgl. FLASHAR, 1966, a.a.O., S. 68; H. DE LEY, *Demokritos en Hippokrates*, Gent, 1968, S. 1-2: «(...) waarschijnlijk daterend van nog voor het begin van onze jaartelling»; TEMKIN, a.a.O., 455: «By the end of the Christian first century these letters probably had the form they still have today.» J. PIGEAUD, *La maladie de l'âme*, Paris, 1981, S. 452: «R. Philippson, qui propose pour la rédaction primitive la date la plus haute, parle de 62 avant J.-C. Si ses raisons ne sont pas très convaincantes, parce que reposant sur une critique extérieure au contenu même des Lettres, nous pensons qu'une telle date est parfaitement possible.»

⁴ H. DIELS, «Hippokratische Forschungen V», *Hermes* 53, 1918, S. 57 fürchtet um den Geschmack der sich für den Briefroman Interessierenden und nennt (S. 84-85) den zentralen 17. Brief des Romans ein «liederliches Machwerk». Er fügt hinzu (ebenda, Anm. 4): «(...) geschmackvoll wird man diese Epistolographie sowenig finden dürfen wie die übrige damals blühende Fabrikation von Pseudobriefen, welche unser Briefcorpus füllen.» So stellt er sich in die Nachfolge ERMERINS' (*Hp.* III Prol. S. LXXXIII), der von einem mediocris scriptor gesprochen und damit ein schon bei Wieland vorgeprägtes Verdikt tradiert hatte. Siehe auch E.D. BAUMANN, «Die pseudohippokratische Schrift Peri Manies», *Janus* 42, 1938, S. 141: «Es war nichts anderes als eine spät-hellenistische Kompilation, die Arbeit eines nicht sehr gewandten Iatrosophisten, der "unter dem durchsichtigen Mantel antiker Medizin" seinen Zeitgenossen Wissenschaft seiner Zeit woresetzte.»

und daraufhin nahezu in Vergessenheit geraten war ⁵, erst unter einem ideengeschichtlichen Aspekt zu neuer Geltung gelangt. Gemeint ist die Melancholieliegeschichtsforschung, die den pseudohippokratischen Text seit dem Melancholiebuch von Flashar immer wieder als Melancholieschrift proklamiert ⁶. Dies erstaunt zunächst, da der gesamte Romantext lediglich drei Belegstellen ⁷ der Wortfamilie mit dem Stamm *μελαγχολ-* aufweist, deren Kontext es nicht erlaubt, die Melancholie zum expliziten Verhandlungsgegenstand des Briefromans zu erklären ⁸.

Solche Urteile dürften die Erforschung des Briefromans behindert haben, was sich im Fehlen neuerer philologischer Literatur m.E. bis in die jüngste Vergangenheit niederschlägt. Eine Ausnahme bilden die Arbeiten von H. de Ley. Siehe Anm. 5.

⁵ Zunächst zogen die pseudohippokratischen Briefe das Interesse philologisch-kritischer Forschung auf sich: T.C. SCHMIDT, *Epistolarum, quae Hippocrati vulgo tribuntur censura*, Jena, 1813; H. NASSE, *De insaniam commentatio secundum libros hippocraticos*, Diss. inaug. medica, Leipzig, 1829; J.F. MARCKS, *Symbola critica ad epistolographos Graecos*, Bonn, 1883; M. POHLENZ, «Zu den Hippokratischen Briefen», *Hermes* 52, 1917, S. 348-353; DIELS, a.a.O.; R. HERZOG, «Nikias und Xenophon», *HZ* 125, 1922, 189-247; PHILIPPSON, a.a.O.; H. DILLER, «Die sogenannte zweite Fassung des 19. Hippokratesbriefes», *Quellen und Studien zur Geschichte der Naturwissenschaften und der Medizin* 3, 1933, S. 243-252; BAUMANN, a.a.O. Vermutlich im Zusammenhang mit dem pejorativen Urteil von Diels versiegte die wissenschaftliche Auseinandersetzung mit den Briefen, und wenn einmal ein Aufsatz bzw. ein Dissertationsteil über sie erschien, so fanden sie wenig oder gar keine Resonanz: K. SVOBODA, «Mravní Tendence spolecenská kritika V Hippokratovských Listech» (Tendances morales et critique de la société d'après les épîtres du Pseudo-Hippocrate), *Listy Filologické* N.S. 1, 1953, S. 55-64; LEY, 1968, a.a.O.; H. DE LEY, «De samenstelling van de Pseudo-Hippokratische Brievenverzameling en haar plaats inde traditie», *Koninklijke Zuidnederlandse Maatschappij voor Taal- en Letterkunde en Geschiedenis*. Handelingen 23, 1969, S. 47-80. Erst Sakalis, a.a.O. leitete mit seinem Beitrag die Renaissance der Briefe innerhalb der Hippokratesforschung ein, die inzwischen zu den beiden erwähnten Editionen und Übersetzungen geführt hat.

⁶ Vgl. FLASHAR, 1966, a.a.O., S. 68-72; PIGEAUD, 1981, a.a.O., S. 452-477; TEMKIN, a.a.O., S. 455-464; L.F. FÖLDÉNYI, *Melancholie*. Aus dem Ungarischen übersetzt von N. Tahy, durchgesehen von G. Bergfleth, München, 1988, S. 19. Stellvertretend für diesen Forschungszeitung vgl. KLIBANSKY, a.a.O., S. 19 (Vorwort von R. Klibansky zur deutschen Übersetzung): «Den im vorliegenden Buch erwähnten Werken (d.h. zur Melancholieliegeschichte) muß noch ein weiteres Dokument von großer Bedeutung hinzugefügt werden, die Briefe, die den Namen des Hippokrates tragen.». Klibansky formuliert hier ein Desiderat, das sich auch in der Neuaufgabe seines Buches nicht erfüllt.

⁷ *μελαγχολικός* (62.8 Smith; 7.21 Putzger) (IX 330.14 L.: *μελαγχολῶσι*); *μελαγχολῶ* (66.27 Smith; 10.6 Putzger, IX 338.17 L.); *μελαγχολίη* (78.28 Smith; 16.4 Putzger; IX 358.12 L.).

⁸ Die erste Belegstelle (62.8 Smith; 7.21 Putzger; IX 330.14 L.) läßt die Melancholie im Zusammenhang mit Demokrits vermeintlichem Wahnsinn lediglich als differentialdiagnostische Erwägung seitens des Arztes erscheinen, die bereits verworfen wird, noch ehe sie recht in Betracht gezogen wird. Sie ist um so unbedeutender, wenn man bedenkt, daß sie vom «Leitsymptom» des angeblichen Patienten, seinem permanenten Lachen nämlich, absieht. Die Verbalform (Hp., Ep. 14, 66.27-28 Smith, 10.6-7 Putzger, IX 338.17-18 L.: «*μελαγχολᾶς οὖν, Δημόκριτε, κινδυνεύων καὶ αὐτὸς Ἀβδηρίτης εἶναι, φρονιμωτέρῃ δὲ ἢ πόλις.*») darf schon aus bedeutungsgeschichtlichen Gründen nicht als Melancholiediagnose mißverstanden werden. Vgl. KLIBANSKY, a.a.O., S. 55-57; W. MÜRI, «Melancholie und schwarze Galle» (1953), in *Antike Medizin*, H. FLASHAR (ed.), Darmstadt, 1971, S. 185-186, wo «angeschlagen, verückt, wahnsinnig sein, an einer Störung des Urteilsvermögens leiden» als Übersetzungsvarianten angegeben werden. Daß dieser aus der Literatur der 2. Hälfte des 5. Jhdts. v. Chr. geschlossene Bedeutungsrahmen auch im 1. Jhd. v.

So hat man sich in Forscherkreisen auch nicht primär auf den Wortlaut des Textes, gewissermaßen auf die begriffliche Repräsentanz des Melancholischen berufen, sondern intra- und intertextuelle Bezüge zur Voraussetzung einer Auffassung des Briefromans als Melancholieschrift gemacht. Es sind, soweit ich sehe, im wesentlichen vier Argumentationswege, die eingeschlagen wurden, um eine solche Deutung zu rechtfertigen. Die ersten drei, die sich als Resultat philologischer Textanalyse und -interpretation ausgeben, lassen den melancholiegeschichtliche Deutungsansatz als Entdeckung neuester Forschung erscheinen. Der vierte führt in die Rezeptionsgeschichte des Briefromans und bringt die medizinhistorischen und ideengeschichtlichen Prämissen einer solchen Deutung in Erinnerung, benennt ihren historischen Ort und läßt erkennen, daß die Entdeckung, von der die Rede war, eine Widerentdeckung ist. Bevor ich diesen entscheidenden rezeptionsgeschichtlichen Ansatz skizziere, möchte ich die übrigen kurz vorstellen und problematisieren.

Das erste Begründungsverfahren nimmt seinen Ausgang von der Prämisse, daß *μανία* und *μελαγχολία* im Briefroman synonym gebraucht würden⁹. Daraus folgt, daß schon die Klage der Abderiten, Demokrit leide an *μανία*, im Grunde einer Melancholiediagnose gleichkomme und auch im folgenden bei den zahlreichen *μανία* -Stellen die Melancholie mitgelesen werden dürfe und so zum zentralen Thema des Romans werde¹⁰. Dem ist entgegenzuhalten, daß bei aller Nähe von

Chr. noch nicht verloren ist, kann hier gegen Smith, a.a.O., S. 67, Flashar, 1966, a.a.O., S. 70 und Fingerle, a.a.O., S. 39 und mit Temkin, a.a.O., S. 458 nur unterstellt, nicht bewiesen werden. Der antikisierende Stil des Briefschreibers stützt jedoch die Plausibilität einer solchen Annahme. Im übrigen ist nur unter dieser Prämisse das Gedankenspiel zu verstehen, das Hippokrates an dieser Stelle mit dem Ruf der Abderiten als Schildbürger [*Epid.* III 17 (III 121-134 L.); LUKIAN, *Hist. Conscr.* 1; CIC., *Att.* 4, 173] anstellt. Vgl. auch V. LANGHOLF, *Medical Theories in Hippocrates. Early Texts and the «Epidemics»*, Berlin-New York, 1990, 47-50. Die dritte Stelle (78.28 Smith; 16.4 Putzger; IX 358.12 L.) erwähnt die Melancholie neben Manie und Parakope als unziemlichen Gegenstand des Lachens, nicht als Ursache. Auch von ihr läßt sich keine Diagnose Demokrits als Melancholiker oder eine Apostrophierung des Briefromans als Melancholieschrift ableiten.

⁹ FLASHAR, 1966, a.a.O., S.70.

¹⁰ So folgert FLASHAR, 1966, a.a.O., S.70. Demokrits Verhalten werde «von den Abderiten fälschlich als Melancholie gedeutet». Und auch PIGEAUD, 1981, a.a.O., S.456 meint, daß sich das Verhalten des Philosophen auf den ersten Blick, «à vue d'Abderitain», nicht von dem eines Melancholikers unterscheide. Da die Abderiten jedoch an keiner Stelle den Begriff *μελαγχολία* verwenden, scheint auch er von einem synonymen Gebrauch von *μανία* und *μελαγχολία* auszugehen. Zur laienhaften Schilderung, in der die Abderiten das vermeintliche Krankheitsbild ihres Mitbürgers zu erfassen suchen und in der medizinische Fachterminologie nicht vorkommt, vgl. folgenden Auszug: Hp., *Ep.* 10 (56.4-13 Smith; 4.24-5.8 Putzger; IX 320.17-322.7 L.):

ἐκλαθόμενος γὰρ πάντων καὶ ἑαυτοῦ καὶ πρότερον, ἐγρηγορῶς καὶ ἡμέρην καὶ νύκτα, γελῶν ἕκαστα, σμικρὰ καὶ μεγάλα, (...) ζητεῖ δὲ ὁ ἀνὴρ καὶ περὶ τῶν ἐν Ἄιδου καὶ γράφει τὰντα καὶ εἰδῶλον πληρῆσι τὸν ἥερα εἶναι καὶ ὀρνέων φωνὰς ἀτακουστεῖ. καὶ πολλὰκις νύκτωρ ἐξαναστὰς μόνος ἠσυχῆ ὀδὰς ἄδοντι ἔοικεν' καὶ ἀποδημεῖν ἐνίοτε λέγει ἐς τὴν ἀπειρίην καὶ Δημοκρίτους εἶναι ὁμοίους ἑωυτῷ ἀναριθμήτους' καὶ συνδιεφθορῶς τῇ γνώμῃ τὸ χροῖμα ζῆ.

Mania- und Melancholiakonzeptionen in der antiken Medizin nirgendwo die Konnotationsfelder zur Deckung gebracht werden, somit ein synonyme Gebrauch nicht unterstellt werden kann. Selbst bei Aretaios, dem in dieser Frage umstrittensten antiken Autor¹¹, werden die Entitäten *μανία* und *μελαγχολία* nicht aufgegeben. Im übrigen ist es mit Blick auf die Dramaturgie des Briefromans fraglich, ob der von den Abderiten propagierte Manieverdacht überhaupt im Sinne einer medizinischen Diagnose zu verstehen ist oder nicht vielmehr als unspezifische, umgangssprachliche Bezeichnung für Verrücktheit und Wahnsinn schlechthin aufgefaßt werden muß¹². Und schließlich läßt sich die Aufzählung aus dem 17. *Brief*¹³, in der *μελαγχολία* und *μανία* nebeneinander stehen, bei der Annahme eines synonymen Gebrauchs als Pleonasmus schwerlich erklären.

Ein zweites Begründungsverfahren setzt bei der Sektionsszene an. Demokrit suche nicht Sitz und Natur der Galle zur Erforschung der *μανία*, wie es im Text heißt, sondern Sitz und Natur der schwarzen Galle, so daß auch die geplante Abhandlung nicht eine solche über die Manie sei, wie Demokrit sagt¹⁴, sondern eine Melancholieschrift¹⁵. Hier schließt die Annahme eines synonymen Gebrauchs auch die Begriffe *χολή* und *χολή μέλαινα* mit ein, was vor dem Hintergrund antiker Humoralpathologie zumindest erklärungsbedürftig bleibt. Und wenn man geneigt ist, in dem als Nr. 19 gezählten *Brief* «Περί

¹¹ Zur Melancholiekonzeption des Aretaios vgl. G. ILBERG, «Das neurologisch psychiatrische Wissen und Können des Aretaeus von Kappadokien», *Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie* 86, 1923, S.227-246; J. STAROBINSKI, *Geschichte der Melancholiebehandlung*, Basel, 1960, S.24-26; FLASHAR, 1966, a.a.O., 75-79; A. ROTHKOPF, «Manie und Melancholie bei Aretaios von Kappadokien», *Confinia psychiatrica* 17, 1974, S.4-14; PIGEAUD, 1981, a.a.O., S.129-130 und 261; H. TELLENBACH, *Melancholie*, Berlin, etc., 1983⁴, S.2-3; S. W. JACKSON, *Melancholia and Depression*, New Haven, etc., 1986, S.39-41; J. PIGEAUD, *Folie et cures de la folie chez les médecins de l'antiquité gréco-romaine. La Manie*, Paris, 1987, S.71.

¹² PIGEAUD, 1987, a.a.O., hat zwar gezeigt, daß seit der 2. Hälfte des 2. vorchristlichen Jahrhunderts *μανία* als fachspezifische Krankheitsentität zu einem terminus technicus der antiken Medizin wird, dennoch wird sich parallel zu dieser Spezifizierung die hergebrachte Bedeutung der Laiensprache erhalten haben. Als solche, nämlich als Laien, führen auch die Abderiten den Begriff im Munde.

¹³ Hp., *Ep.* 17 (78.26-28 Smith; 16.3-4 Putzger; IX 358.10-12 L.); ἢ οὐκ οἶε ἀποπός γε εἶναι γελῶν ἀνθρώπου θάνατον ἢ νοῦσον ἢ παρακοπήν ἢ μανίην ἢ μελαγχολίην ἢ σφαγὴν ἢ ἄλλο τι χεῖρον (...).

¹⁴ Hp., *Ep.* 17 (76.28 Smith; 15.6 Putzger; IX 356.1 L.).

¹⁵ FÖLDÉNYI, a.a.O., S.19: «Hippokrates erzählt, daß Demokrit, der nicht nur melancholisch war, sondern über diese Krankheit auch ein Buch verfaßt hat, als er ihn besuchte, gerade ein Tier sezirt hätte, um den Sitz der Melancholie zu finden.» Die entsprechende Textstelle im Briefroman lautet aber: Hp., *Ep.* 17 (78.3-9 Smith; 15.10-14 Putzger; IX 356.6-11 L.): τὰ τε γὰρ ζῷα, ἔφη, τὰτα ὀκόσα ὀρῆς, τούτου μέντοι γε οὐνεκα ἀνατέμνω, οὐ μισῶν θεοῦ ἔργα, χολῆς δὲ διζήμενος φύσιν καὶ θέσιν. οἶσθα γὰρ ἀνθρώπων παρακοπῆς ὡς αἰτίη ἐπὶ τὸ πολὺ αὐτῆ πλεονάσασα, ἐπεὶ πᾶσιν μὲν φύσει ἐνυπάρχει, ἀλλὰ παρ' οἰσὶ μὲν ἐλάσσων, παρ' οἰσὶ δὲ τι πλείων. ἢ δ' ἀμετρίη αὐτῆς νοσοῖ τυγχάνουσιν, ὡς βλῆς ὅτε μὲν ἀγαθῆς, ὅτε δὲ φαύλης ὑποκειμένης.

μανίης»¹⁶ das Resultat der von Hippokrates im 17. *Brief* erwähnten Forschungsarbeit Demokrits zu erblicken, so ist auch hier der Nachweis zu führen, inwiefern in dieser aus der hippokratischen Epilepsieschrift schöpfenden Abhandlung die Melancholie thematisiert sein soll. Die Tatsache, daß die Sektionsszene ebenso wie die Beschreibung Demokrits oder auch der 21. *Brief* über den Helleborismus¹⁷ hautnah Prädikationen des Melancholischen berühren, aber nicht als solche explizieren, sollte im Rahmen einer Textdeutung berücksichtigt werden und vor Überinterpretationen warnen.

Ein drittes Argumentationsmuster arbeitet mit intertextuellen Bezügen zu antiken Melancholieschriften, die im Briefroman aufgegriffen worden sein sollen. An erster Stelle wird hier das berühmte ps.-aristotelische *Problema* 30, 1¹⁸ genannt. Dieser für die gesamte Melancholiegeschichte und die Geschichte des Geniegedankens bedeutsame Text¹⁹ soll dem Briefroman, in dem die Frage nach Genie und Wahnsinn ebenfalls thematisiert ist, Pate gestanden haben. So richtig diese Assoziation unter rezeptionsgeschichtlichem Blickwinkel ist - wir kommen darauf zurück -, so unübersehbar sind jedoch die Unterschiede, die beide Texte trennen. Im Briefroman geht es im Gegensatz zum

¹⁶ (94/95-96/97 Smith; 23 Putzger; IX 384-387 L.). Vgl. zur Problematik des 19. *Briefes* DILLER, a.a.O.; BAUMANN, a.a.O.

¹⁷ Hp., *Ep.* 21 (98/99-100/101 Smith; 24-25 Putzger; IX 388-393 L.).

¹⁸ Der griechische Text mit deutscher Übersetzung findet sich bei KLIBANSKY, a.a.O., S.59-76, mit französischer Übersetzung bei PIGEAUD (*Aristote. L'Homme de génie et la mélancolie*. Traduction, présentation et notes de J. PIGEAUD, Paris, 1988, S.82-127) und mit englischer Übersetzung bei R. KLIBANSKY et al., *Saturn and Melancholy*, London, 1964, S.18-29. Eine weitere deutschsprachige Übersetzung liefert H. FLASHAR: *Aristoteles, Problemata Physica*. Übersetzt von H. Flashar (*Aristoteles. Werke*. In deutscher Übersetzung. Hrsg. von E. GRUMACH, Bd. 19) Berlin, 1962, S.250-256. Griechischer Text und deutsche Übersetzung bei Klibansky differieren geringfügig von Flashars Übersetzung und Lesarten, die er im Kommentar seiner *Problemata*-Übersetzung nennt und im Aristoteles-Kapitel seines *Melancholiebuches* (1966, a.a.O., S.60-72, v.a. 63, Anm. 8 und 66 Anm. 10) z.T. korrigiert. Eine weitere französische Übersetzung mit Anmerkungen hat P. GRAVEL, «Aristote: sur le vin, le sexe, la folie, la génie. *Mélancolie*», *Etudes francaises* 18,1, 1982, S.129-145, S.135-145) verfertigt. Als Anhang findet sich der Text in einer italienischen Übersetzung aus dem Jahre 1922 in dem Buch: *La malinconia nel Medio Evo e nel Rinascimento*. A cura di A. BRILLI, Urbino, 1982, S.159-167. Vgl. auch die ausführlichen Kommentare bei FLASHAR, 1962, a.a.O., S.711-722 und PIGEAUD, 1988, a.a.O., S.9-80 und S.108-127.

¹⁹ Es herrscht Einvernehmen, daß es sich beim *Pr.* 30,1 um ein Exzerpt aus Theophrasts Buch über die Melancholie handelt, das bei D.L. V 44 als Titel bezeugt ist. Vgl. MÜRI, a.a.O., S.165; FLASHAR, 1962, a.a.O., S.714; FLASHAR, 1966, a.a.O., S.61; KLIBANSKY, 1990, a.a.O., S.17-19. Zum Inhalt des Textes sei auf die Literatur verwiesen: MÜRI, a.a.O., S.165-174; KLIBANSKY, 1990, a.a.O., S.55-92; FLASHAR, 1966, a.a.O., S.60-72; H. WATANABE-O'KELLY, *Melancholie und die melancholische Landschaft*, Bern, 1978, S. 20-21; F. LOQUAI, *Künstler und Melancholiker in der Romantik*, Frankfurt/M., 1984, S.19-26; M. C. LAMBOTTE, *Esthétique de la mélancolie*, Paris, 1984, S.24; TELLENBACH, a.a.O., S.8-11; JACKSON, a.a.O., S.31-33; *Aristotle, la «melanconia» dell' uomo di genio*. A cura di C. ANGELICO ed. E. SALVANESCHI, Genova, 1981; F. ROUSSEL, «Le concept de mélancolie chez Aristote», *RHS* 41, 1988, S.299-330.

Problema 30,1 nicht um die Nobilitierung einer Gleichgewichtslage innerhalb einer nosologischen Kategorie (μελαγχολία), sondern um die Unterscheidung von Pathologischem und Physiologischem in zwei Kategorien, die nach der Terminologie des Briefromans mit μανία und ῥῶσις τῆς ψυχῆς zu benennen wären. Dem integrativen Moment in der Problema-Konzeption steht das dissoziative Konzept des Briefromans gegenüber. Auch bleibt die medizinische Konnotation, die für den Melancholiebegriff im *Problema* 30,1 unstreitig ist, für den Maniebegriff des Briefromans fragwürdig. Und schließlich scheint die spärliche Verwendung des Melancholiebegriffs im Briefroman weit mehr auf das hippokratische Verständnis, das Melancholie vorzugsweise als pathologischen Zustand profiliert, als auf den ps.-aristotelischen nobilitierten Melancholiebegriff hinzudeuten²⁰. So ist Flashar beizupflichten, den der Vergleich zwischen dem Briefroman und dem ps.-aristotelischen Problema zu dem Schluß führt:

«So zeigt dieses Beispiel (d.h. der Briefroman) deutlich, wie sich die peripatetische Konzeption von der Genialität der Melancholiker auch im halbwissenschaftlichen Bereich selbst dort zunächst nicht durchgesetzt hat, wo eine Verbindung zwischen den krankhaften Erscheinungenweisen und der naturgegebenen Höchstform der Melancholie der Sache nach gut hätte angebracht werden können»²¹.

Ein zweiter intertextueller Zusammenhang sei, so ein weiterer Legitimationsversuch für die Auffassung des Briefromans als Melancholieschrift, durch die Verwendung der Ilissoszenerie gegeben²².

Damit werde auf die im *Phaidros* entwickelte Manialehre angespielt, die wiederum auf die theophrastische Melancholiekonzeption gewirkt habe²³. Nun bedeutet die formale Aufnahme einer zum Topos gewordenen literarischen Figur²⁴ nicht notwendig die Übernahme inhaltlicher Implikationen. Die scharfsichtige Beobachtung von Pigeaud, der das Ilissos-Motiv im Briefroman nicht nur namhaft gemacht, son-

²⁰ Hp., *Ep.* 12 (62.1-10 Smith; 7.16-24 Putzger; IX 330.6-16 L.):

ἔλθοιμεν δ' ἂν αἰσία τύχη, καὶ ἀφιζόμεθα, ὡς ὑπολαμβάνομεν, χρηστοτέρησιν ἐλπίσιν, ὡς ἐν τῇ γραφῇ παραδεδήλωται, οὐ μανίην, ἀλλὰ ψυχῆς τινα ῥῶσιν ὑπερβάλλουσαν διασαφηνέοντος τοῦ ἀνδρός, μήτε παίδων μήτε γυναικῶς μήτε ξυγγενῶν μήτε οὐσίης μήτε τινὸς ὄλφους ἐν φροντίδι ἐόντος, ἡμέρην δὲ καὶ εὐφρόνην πρὸς ἑαυτὸν καθεστειώτος καὶ ἰδιάζοντος τὰ μὲν πολλὰ ἐν ἀντροῖσι καὶ ἡρεμίῃσι, ὑπὸ σκιάσει δένδρῶν ἢ ἐν μαλακῇσι ποίησι ἢ παρ' ἡσυχίοισιν ὕδατων ῥεϊθροῖσι. συμβαίνει μὲν οὖν τὰ πολλὰ τοῖσι μελαγχολικοῖσι τοιαῦτα σίγηροί τε γὰρ ἐνίοτέ εἰσιν καὶ μονῆραι καὶ φιλέρημοι τυγχάνουσι ἀπανθρωπέονταί τε ξύμφυλον ὄψιν ἀλλοτρίην νομίζοντες.

²¹ FLASHAR, 1966, a.a.O., S.72.

²² Vgl. PL., *Phdr.* 230 B-C und Hp., *Ep.* 17 (74.15-21 Smith; 13.17-22 Putzger; IX 350.9-15 L.).

²³ PIGEAUD, 1981, a.a.O., S.455-459.

²⁴ Vgl. PLU., *Erotikos* 749.

dern auch auf Nuancierungen im Sinne einer bewußt gezeichneten Antithetik von Sokrates und Demokrit hingewiesen hat²⁵, kann nicht über die inhaltlichen Divergenzen zwischen der Manialehre Platons und der Moral des Briefromans hinwegtäuschen. Das Fehlen des für die Melancholiegeschichte entscheidenden Charakteristikums der Polarität, das schon die theophrastische Konzeption vom Briefroman trennte, muß auch im Vergleich mit der platonischen Manialehre zu Irritationen führen, wenn *μανία* ausschließlich die menschliche Krankheit bezeichnet, während die göttliche Manie des Phaidros ihr Analogon allenfalls im Begriff *ἑὼς τις τῆς ψυχῆς* findet. Was aber hat es mit dem Ilissosmotiv im Briefroman auf sich? M.E. läßt es sich als dramaturgisches Moment auffassen, das den Leser durch die Assoziation des Sokrates, der im Hellenismus als Inbegriff des Weisen gilt, auf das Urteil des Arztes am Ende der Unterredung einstimmen soll. Die von den Abderiten geschürte Erwartungshaltung des Lesers, mit dem Arzt in das Ambiente eines Verrückten einzudringen, wird kontrapunktiert durch die Ilissoszenerie und die atmosphärische Präsenz des Weisesten aller Weisen. Die Nuancierungen erklären sich dabei als kynische Übersteigerungen der Gestalt des Sokrates, die Demokrit den Habitus eines Sokrates *mainomenos* geben und ihn in die Nähe des Diogenes von Sinope rücken, ein Umstand, der angesichts der kynischen Prägung des Briefromans nicht verwundert.

Solange sich also die Auffassung des Briefromans als Melancholieschrift als Resultat philologischer Analyse oder einer auf das antike Schriftencorpus beschränkten intertextuellen Vernetzung präsentiert, bleibt sie wenig überzeugend.

Und in der Tat ist zumeist ein rezeptionsgeschichtlicher Blickwinkel im Spiel gewesen, wenn der Briefroman als Melancholieschrift gelesen wurde²⁶, auch wenn ein solches rezeptionsgeschichtliches Präjudiz mitunter in Vergessenheit geraten und so das Verständnis des Briefromans im Sinne einer Melancholieschrift als neuzeitliche Entdeckung erscheinen konnte. Es scheint also geboten, die rezeptionsgeschichtliche Dimension in Betracht zu ziehen, um die Verwobenheit der Textgeschichte des Briefromans mit der Melancholiegeschichte zu verstehen. Dabei erweisen sich Rezeptionsspuren aus Antike, Mittelalter und früher Renaissance als unergiebig. Bis ins 16. Jahrhundert findet sich, so weit

²⁵ Die Platane im Phaidros ist hoch aufsteigend und mächtig ausladend, im Briefroman niedrig und weit; Sokrates sitzt auf dem Rasen, Demokrit auf einem Stein.

²⁶ KLIBANSKY, 1990, a.a.O., S.19: «Das von Philologen geringgeschätzte romanhafte Werk aus der hellenistischen Ära (...) wurde zur Zeit der Renaissance sehr geschätzt (...)» PIGEAUD, 1981, a.a.O., S. 453-454 mit Blick auf Huarte, Cabanis und Moreau: «L'on voit que la tradition y a trouvé sa nourriture. Et cela seul justifie une étude approfondie des thèmes de ces Lettres (...)». Bei Flashar und Földényi tritt dieser Blickwinkel völlig in den Hintergrund.

mir bekannt ist, kein literarischer Beleg für eine Auffassung des Briefromans als Melancholieschrift bzw. eine Engführung mit Melancholietexten²⁷. Vergleicht man bei einzelnen enzyklopädischen Autoren wie Tzetzes oder Vicent von Beauvais die Anverwandlung des Briefromans mit ihrem anderenorts formulierten Melancholieverständnis, so wird die Unvereinbarkeit beider Stoffe augenfällig²⁸.

Dieses argumentum ex silentio wird gestützt durch die antimelancholische Prägung, die das Dictum vom lachenden Philosophen²⁹ in der stoischkynischen Philosophie erfahren hat und die Kontrastierung Demokrits zum weinenden Heraklit, dem in dieser Konstellation die Sphäre des Melancholischen vorbehalten blieb. In stoischer Tradition gilt Demokrits Lachen geradezu als Antidot gegen die Melancholie³⁰. In kynischer Tradition dient sein Lachen zur Wiederherstellung des *σπουδογέλοιον* das den Kynismus und die ihm eigene literarische Gattung der Satire prägt, aber in Zeiten eines ernst gewordenen Kynismus ebenfalls als antimelancholischer Impuls in Erinnerung zu bringen war. In diesem Sinne funktionalisiert etwa Lukian die Demokritfigur, wenn er gegen den suicidalen Peregrinus Proteus polemisiert³¹.

Auf der anderen Seite taucht Demokrit, so weit ich sehe, in der gesamten Melancholieliteratur bis ins 15. Jahrhundert nicht als Me-

²⁷ AEL., *VH* IV 20, 69; *VH* IV, 29, 72. BOET., *Inst. Mus.* I. VINCENTIUS BELLOVACENSIS, *Speculum maius*, T. 4, Venedig, 1591, S. 34. Tz., *H.* 2, 979-990; *Ep.* 98 (rec. Leone, 1972, S. 144).

²⁸ BELLOVACENSIS, a.a.O., lib. 70, cap. 51. Tz., *H.* 8, 869-884.

²⁹ Außer den im folgenden genannten Quellen vgl. die bei S. LURIA, *Demokrit. Teksty, perevod, issledovanija*, Leningrad, 1970, S. 21-22 (Quellen), 197 (Übersetzung ins Russische) und 399-402 (russischer Kommentar). Zur ausufernden Literatur zur Ideengeschichte des philosophus ridens siehe folgende Übersicht: E. WIND, «The Christian Democritus», *Journal of the Warburg Institute*, 1937/38, S. 180-182; C. E. LUTZ, «Democritus and Heraclitus», *CJ* 49, 1953/54, S. 309-314; A. BUCK, «Democritus ridens und Heraclitus flens», in: ders., *Die humanistische Tradition in der Romania*, Homburg v.d.H., 1968, S. 101-117; H. MEHNERT, «Democritus ridens und Heraclitus flens - Zur thematischen Tiefenstruktur der Rabelaischen Bücher», in: ders., *Melancholie und Inspiration*, Heidelberg, 1978, S. 310-325, S. 316 Anm. 20; J. JEHASSE, «Démocrite et la Renaissance de la critique», in: *Etudes seizièmistes offertes à V.-L. Saulnier*, Genève, 1980, S. 41-64; zuletzt zusammenfassend und um eine beachtliche Materialfülle bereichert durch A. M. GARCÍA GÓMEZ, *The legend of the laughing philosopher and its presence in spanish literature (1500-1700)*, Cordoba, 1984.

³⁰ Exemplarisch SEN., *De tranqu. animi* 15, 2-5, wo Demokrits Lachen dem von Überdruß (*taedium vitae*), Niedergeschlagenheit (*tristitia privata*) und Menschenekel (*odium generis humani*) affizierten Serenus als antimelancholische Therapie empfohlen wird. Vgl. HORAZ., *Ep.* 2, 1, 194-200. STOB. III 20, 53. SEN., *De ira* II 10, 5 f..

³¹ Zum «kynischen» Demokrit vgl. JUV. X 28-35; X 47-53. LUKIAN, *Peregr.* 7; *Peregr.* 45; *Vit. auct.* 13-14; *Sacr.* 15. MONTAIGNE, *Essais* 1, 50. ERASMUS VON ROTTERDAM, *Μύθιας. Ἐγκώμιον*. RABELAIS, *Gargantua* 20. Daß auch der Briefroman in die kynische Tradition des philosophus ridens gehört, erhellt nicht nur das Lachen Demokrits, sondern auch kynisches Gedankengut, das er vor Hippokrates (Hp., *Ep.* 17) ausbreitet, und auch der Umstand, daß besagter Brief als Diatribe gefaßt ist.

lancholiker auf. Auch wenn hier wieder ein *argumentum ex silentio* vorliegt, so mag es angesichts der sonstigen Exemplifizierungsfreude dieses literarischen Genus³² ein Hinweis darauf sein, wie resistent der lachende Philosoph gegen eine Apostrophierung als Melancholiker blieb und wie wenig sich das Lachen als Leitsymptom in antike bzw. mittelalterliche Melancholiekonzeptionen integrieren ließ³³.

Auch die erste Phase der Wiederentdeckung des Briefromans, die ganz im Zeichen der lateinischen Übersetzungen von Rinuccio Aretino (1395-1456) und Giovanni Aurispa (1369-1459) steht, gibt keinen Anhalt für eine Rezeption des Briefromans im Sinne einer Melancholieschrift. Weder die Übersetzungen selbst noch Praefationes, Widmungsschreiben, Briefe an den Leser oder Argumenta lassen sich entsprechend auswerten³⁴.

Erst etwa 100 Jahre nach der verdienstvollen Aquirierung und Verbreitung des Briefromans durch die geschickten päpstlichen Bücherfinder und deren Kopisten beginnt die Rezeptiongeschichte des Briefroman als Melancholieschrift. 1539 erscheint eine lateinisch paraphrasierte griechische Textausgabe des 17. *Briefes* an Damagetos, in

³² Zu solchen Exemplifikationen gehören Aias (ARIST., *Pr.* 953 a 21; ALEX TRALL., *Ther.* 17) Bellerophon (ARIST., *Pr.* 953 a 23-25; GAL., *Intr. seu med.* 13: XIV 741 K.), Herakles (ARIST., *Pr.* 953 a 14; PLU., *Lys.* 2, 5), Lysander (ARIST., *Pr.* 953 a 20; PLU., *Lys.* 2, 5), Empedokles (ARIST., *Pr.* 953 a 27; LUKIAN, *Fugit.* 2; *Dial. mort.* 20, 4), Platon (ARIST., *Pr.* 953 a 27; PLU., *Lys.* 2, 5), Sokrates (ARIST., *Pr.* 953 a 27; PLU., *Lys.* 2, 5), Alexander der Große (ATHEN. XII 53, S. 537 E- 538 B), Agamemnon (ARET., *SD V*, *CMG II*, 3.5, 39.22-25).

³³ Nur bei PAUL. AEG. III 14 (*CMG IX* 156.20) wird das Lachen als ein spezifisches Symptom der Melancholie gedeutet.

³⁴ (Rinuccio Aretino) *Epistolae Diogenis interprete Francisco Aretino. Accedunt Bruti et Hippocratis Epistolae ex versione Rinuccii*, Florentiae, Impr. per Antonium Francisci, 1487 (London, BL IA. 27672). Aurispa, Giovanni (*Mss.: Rom Vat. lat.* 2066, ff. 33^v-46^v; *Vat. Barb. lat.* 64, ff. 169^v-183^v). Vgl. JEHASSE, a.a.O., S. 43 n. 7; IX 310-311 L.; KIBRE, a.a.O. 288-291; D. P. LOCKWOOD, «De Rinuccio Aretino Graecarum litterarum interprete», *Harvard studies in classical philology* 24, 1913, S. 51-109; D. P. LOCKWOOD, «In domo Rinuccii», in: *Classical and Medieval Studies in Honor of E. K. Rand*, New York, 1938, S. 177-191. Die Version von Rinuccio wurde aufgegriffen von TH. ULSENIUS (*Ep.* 17) *De insania Democriti philosophi facetum epistolium Hippocratis medici*, Augsburg, J. FROSCHAUER (London, BL IA. 6563, ca. 1480), in einer Briefeausgabe, die um 1500 datiert wird (*Epistolae Maumetis Turcorum imperatoris ad diuersos principes. Epistolae Diogenis Cynici Philosophi Acutissimi. Epistolae M. Bruti. Hippocratis Choi medicorum principis epistolae*, 35^v-46^v (London, BL IA. 24616, ca. 1500) und von G. COUSIN (*Epistolarum Laconicarum, atque selectarum Farragines duae: quarum prima e Graecis tantum conuersae: altera Latinorum tam ueterum quam recentium elegantiores aliquot complectitur*: GILBERTI COGNATI NOZARENI, *Opera in studiosorum usum iam olim collectae, & nunc rursus magna accessione locupletatae*, Basileae, Per Ioannem Oporinum, 1554). Sie initiiert die erste deutschsprachige Übersetzung des 17. *Briefes* von P. TREIBENRAIFF (*Von dem leben und gelächter Democriti kurtzweilig und fast nützlich zu lesen*, Augsburg, 1521, auf die wiederum Sebastian Francks Anverwandlung zurückgeht (*Chronica*, Straßburg, 1531, ff. CI-CIIII)).

der sich die ungewöhnliche Metamorphose einer Schrift über das Lachen zu einer Melancholieschrift vollzieht³⁵.

Sein Verfasser bzw. Herausgeber, Alaard von Amsterdam (1491-1544), verknüpft den Briefroman programmatisch mit der *fabula de philosopho ridente*, indem er seiner Ausgabe Verse von Horaz, Juvenal und ein Epigram aus der *Anthologia Planudiana* mit eigener Übersetzung voranstellt³⁶. Was im nachfolgenden Widmungsschreiben und Brief an den Leser geschieht, kommt einer humanistischen Rehabilitierung eines vor allem durch die traditionelle Amalgamierung mit der Rezeptionsfigur Diogenes von Sinope vulgarisierten Demokrit gleich.

Dessen laut und verletzend aus der Satire schallendes Lachen wird zu einem weisen Lächeln retuschiert. Demokrit wird als Vertreter urbaner Scherzkunst in humanistischem Geiste porträtiert, dessen Lachen moralisch-erzieherische Funktion hat. Den im 17. *Brief* zahlreichen, zweifellos polemischen Ausfällen Demokrits gegen seine Mitmenschen nimmt Alaard die Spitze in einem bemerkenswerten Exculpierungsversuch. Demokrit beleidigt keinen einzelnen und schwärze ihn an, er spreche vielmehr allgemein von menschlichen Lastern. Darin sei ihm beizupflichten, da nicht alle Ärzte so vorbildlich wie Hippokrates oder Galen, nicht alle Fürsten wie Numa seien. Demokrit kränke höchstens sich selbst, denn:

«Er (d.h. Hippokrates) erklärt, daß er (d.h. Demokrit) mit den Besten derjenigen Krankheit ausgesetzt gewesen sei, die er so sorgfältig beschrieben hat, und daß ebenso alle, die an Begabung oder im Philosophiestudium oder in der Staatsverwaltung oder in anderen Künsten sich hervortaten, unter dem Einfluß der schwarzen Galle gestanden hätten».³⁷

Alaard zitiert an dieser Stelle kein Wort aus dem Briefroman, sondern in getreuer lateinischer Übersetzung den Kernsatz der Eingangsformel des *Problema* 30,1. Diesen Text appliziert er auf den Briefroman, seinen zentralen Gedanken von der Genialität der Melancholiker macht er zur Moral der Geschichte, wenn er im nachfolgenden *Argumentum* schreibt:

³⁵ Ἱπποκράτους Κόου πρὸς Λαμάρητον Ἐπιστολή. *Hippocratis Coi Epistola, Cum Primis Erudita Iuxta Ac Salutaris*, Interprete Simul & paraphraste ALARDO AEMSTEL-REDAMO, Salingiaci, 1539 (Universitätsbibliothek Erlangen: Trew F* 978, Hippocratis; London, BL 539. b. 7 (3)). Vgl. JEHASSE, a.a.O., S. 49-50. Zur Biographie des Alaard von Amsterdam siehe den betreffenden Artikel in: *Contemporaries of Erasmus*, P. G. BIETENHOLZ ET. AL. (ed.), 3 vols., Toronto, 1985-1987, vol. 1, 1985, S. 19-21.

³⁶ HORAZ, *Ep.* 2, 1, 194-200; *Juv.* X, 28-35; *Antologia Graeca* IX 148.

³⁷ ALAARD, a.a.O., ff.aV^r-aV^v: Seq; *cum primis uero huic morbo, quem tam graphice depinxit obnoxium fuiße, atq; omnes adeo qui uel ingenio uel studio philosophiae uel in administranda re publica uel in alijs artibus excelluerunt, atrae bili obnoxios fuiße differit.*

«In diesem Brief zeigt er (gemeint ist Hippokrates) zunächst, daß wegen des Übermaßes an schwarzer Galle im Körper alle Krankheiten und Erkrankungen entstehen, oder fast alle. Darauf führt er mit wunderbaren Wendungen vor Augen, daß Demokrit und ebenso alle, die entweder an Begabung, im Philosophiestudium, in der Staatsverwaltung oder in anderen Künsten herausragend gewesen sind, der schwarzen Galle ausgesetzt gewesen seien ³⁸»,

wovon - möchte man hinzufügen - im Briefroman kein Wort geschrieben steht. Die Programmatik der zweimaligen Nennung ist unübersehbar. Doch welchem Zweck dient sie? Mit ihrer Hilfe begegnet Alaard dem Vorwurf gegen den kynischen bzw. zynischen Demokrit, mit Mitteln von Spott und Hohn seine Mitmenschen zu verletzen. Er selbst wird als der potentiell Gefährdete seiner eigenen Lebensweise und philosophischen Haltung beschrieben.

Demokrits Leiden sei nicht Habsucht, Wollust, Ehrgeiz oder Neid, sondern Melancholie. Er teile das Schicksal der Sterblichen und ihr Verfallensein an das Morbide, Unvernünftige und Wahnsinnige ³⁹. Aber neben der Gefahr des Scheiterns ist ihm die Chance gegeben, Geniales zu leisten. Den Balanceakt zwischen solchen Möglichkeiten des Menschseins lebt er im Briefroman als Philosoph, Forscher und Arzt vor, der in seinem persönlichen Leiden das Leiden der Welt reflektiert. Als Therapeut seiner selbst wirkt er auch für seine Mitmenschen, verkörpert er den Pädagogen, Arzt und Heiler.

Wie unvermittelt Alaard die Melancholie ins Spiel bringt, macht auch seine Paraphrase der Sektionsszene deutlich. Zunächst noch nah am griechischen Text orientiert, beginnt der Satz:

«Nicht weil ich Haß hegte auf die wunderbarsten Werke Gottes (der ich nicht könnte), sondern weil ich Natur und Sitz der Galle überaus begierig erforsche, (...)»

Dann aber spinnt er den Satz melancholiewärts fort:

«(...) des Schleims, des verdorbenen Blutes und ebenso des verbrannten, worin ich entweder schwarze Galle antreffe oder Schwarzgalle, die am meis-

³⁸ ALAARD, a.a.O., f.aV: *In hac epistola primum subindicat, ob atram bilem redundantem in corpore morbos aegrotationesque omnes, aut fere omnes nasci. Deinde mira quadam hypotyposi sub oculos ponit Democritum, atque adeo omnes, qui uel ingenio uel studio philosophiae, uel in administranda republ. uel in aliis artibus excelluerunt, atrae bili obnoxios fuisse.*

³⁹ ALAARD, ebenda: *(diferit) Nullumque esse mortalem, qui non in aliqua re desipiat. Quanquam alius alio morbo laboret, hic auaritia, ille libidinis, hic ambitionis, ille inuidiae.*

ten von den Grundstoffen des Lebens gesonderten Abfälle, Feinde der Freude und Freigebigkeit, dem Alter und Tod gleichsam verwandt»⁴⁰.

Es folgt ein zweiseitiger Exkurs zur Melancholie, die damit als Gegenstand der Forschung Demokrits und zudem als Gesprächs- und Korrespondenzgegenstand des Briefromans ausgemacht wird. Von klinischen Zeichen (*graue caput, ceruix torpens, tempora pulsata, auris praecipue dextrae tinnitus*) ist die Rede, von verzehrenden inneren Krankheiten, Fieberkrankheiten, Lähmungen, Schlagflüssen, Geschwüren, Angstzuständen und plötzlichem Tod. Auch sei die schwarze Galle *causa ignaviae* und *seminarium delirij*⁴¹. Alaard recurriert in diesem Exkurs im wesentlichen auf die galenische Melancholiekonzeption, die Demokrit in den Mund gelegt wird⁴².

Es ist bezeichnend, daß sich die Wandlung des Briefromans zur Melancholieschrift in einem paraphrasierenden Werk vollzieht. In der Tat scheint diese Auffassung eher ein Element der Interpretationsgeschichte als der Editions- oder Übersetzungsgeschichte des Briefromans zu sein. Das in Frage stehende Deutungsmuster spricht sich nicht zwingend im Text selbst aus, es stellt keine ahistorische Konstante in der Textgeschichte des Briefromans dar, es setzt vielmehr eine Konvergenz unterschiedlicher Traditionslinien voraus. Damit rückt die Frage in den Vordergrund, welchem Begründungsbedarf ein solcher interpretatorischer Akt genügt, auf welche Bedarfslage der Democritus melancholicus, ureigenste Schöpfung der Humanisten, zu antworten versteht. Denn daß Alaards Anverwandlung keine persönlicher Exzentrik entstammende *creatio ex nihilo* darstellt, belegt die nachhaltige, literarisch und bildnerisch belegbare Tradition des Democritus melancholicus.

Zunächst ist es der Enzyklopädist, wie er aus Diogenes Laertius hervorgeht, der die Humanisten fasziniert. Solcher Identifikation mit Ehe-, Kinder- und Besitzlosigkeit bei rastlosem Wissensdurst mußte der Briefroman Vorschub leisten, wenn er Demokrits der Forschung hingeebene Existenzform in Autonomie und Ungebundenheit

⁴⁰ ALAARD, a.a.O., f.c^o: *Non quod odio habeam (qui n. possem) mirificentissima dei opera, sed quod bilis, pituitae, corruptique iuxta ac adusti sanguinis naturam sedemque perquam sitius inuestigem, quo ue deprehendam bilem atram, seu melancholiam, sordes foeculentas dissitas plurimum ab uitae principijs, letitiae hostes ac liberalitatis, senio et morti velut cognatione iunctas.*

⁴¹ ebenda und folgende.

⁴² Zu Galens Melancholiekonzeption vgl. F. RAMEIS, *Die Krasislehre des Galenos*, Diss.phil. Wien, 1936; R.E. SIEGEL, *Galen's system of physiology and medicine*, Basel, 1968, S. 258-322; R. E. SIEGEL, *Galen on psychology, psychopathology, and function and diseases of the nervous system*, Basel, 1973, S. 189-199; KLIBANSKY, a.a.O., S. 110-124; FLASHAR, a.a.O., S. 105-117; STAROBINSKI, a.a.O., S. 27-30; JACKSON, a.a.O., S. 41-45.

vorführt⁴³. Mit dem Image des Enzyklopädisten und rastlosen Forschers erhielt Demokrit jedoch auch die schon in antiken Lehren damit einhergehende Disposition zur Melancholie. Sowohl seine außergewöhnliche Begabung als auch seine Lebensweise trugen zu dieser Disposition bei. Kein anderer hat dieses Los des homo literatus, des Musarum sacerdos wirkmächtiger beschrieben als Marsilio Ficino (1433-1499). Einsamkeit und intellektueller Rückzug aus der Sinnenwelt verleihen auch Demokrit die Fähigkeit zur divinatorischen Kontemplation und göttlichen Inspiration. Deswegen, so schreibt er in seinem zwischen 1469 und 1474 entstandenen Hauptwerk *Theologia Platonica*, schreibe Aristoteles, daß alle in welcher Kunst auch immer hervorragenden Menschen entweder von Geburt an Melancholiker seien oder durch ständige Meditation solche würden. Zu letzteren zählt Ficino auch Demokrit. Und er erklärt das Phänomen mit der irdigen Natur der schwarzen Galle. Diese werde weniger als die übrigen Säfte gelöst, sammle sich vielmehr in sich selbst. Sie sei daher das Substrat, das sich die Seele anverwandle, wenn sich der Mensch konzentrieren wolle. Nach wiederholter Anverwandlung der spiritus des melancholischen Saftes könne die Seele selbst den irdigen Charakter der schwarzen Galle annehmen⁴⁴. Von der in *De vita triplici* unterschiedenen Ursachen der Melancholie werden für Demokrit, der nach Ficino nicht Melancholiker ist, sondern geworden ist, die causa naturalis (Konzentration des forschenden Geistes) und die causa humana (psychologische Folgen der dem Gelehrten eigentümlichen Lebensweise: Austrocknung des Gehirns, Verdickung des Blutes, schlechte Verdauung, usw.), nicht aber die causa coelestis in Anspruch genommen⁴⁵.

Melancholie als Gelehrtenkrankheit -so lautete die Formel, mit der Ficino rechtfertigt, Demokrit unter denjenigen zu nennen, die Melancholiker geworden seien. In seinem Werk finden sich jedoch andere Anknüpfungspunkte an eine philosophie- und medizingeschichtliche Provenienz dieser Typisierung. Gemeint ist Ficanos Umgang mit der Tradition des Democritus ridens, die er häufig aufgreift und auch, wie er in einem Brief mitteilt, ins Bild setzen ließ⁴⁶. Ficino deutet jedoch das einstmals euthymistische, stoisch oder kynisch geprägte Lachen als konstante Reaktion des geistig Erweckten gegenüber einer zwischen

⁴³ JEHASSE, a.a.O., S.41 erinnert an die enzyklopädische Besessenheit der Renaissancehumanisten, die in Demokrit die «incarnation de l'Encyclopédie» erblickt hätten.

⁴⁴ M. FICINO, *Theol.* 13-14, in: *Opera omnia*, L. FIRPO (ed.), 2 vols., Torino, 1962, S.286-322.

⁴⁵ M. FICINO, *De vita triplici* I, 4, in: *Opera omnia*, a.a.O., S.496. Vgl. KLIBANSKY, a.a.O., S.383-384, Anm. 80.

⁴⁶ M. FICINO, *Ep.*: Ad. P. Vannium et alios, in: *Opera omnia*, a.a.O., S.637. Dieser Brief gehört zu einer «Stultitia miseriaque hominum» überschriebenen Brieffolge, in der das Dictum vom lachenden bzw. weinenden Philosophenpaar häufig verwandt und moralisch gedeutet wird.

Freude und Leid hin- und herschwankenden Menschheit⁴⁷. Selbst der Ausdruck der Freude, das Lachen nämlich, wird von der Trauer hinterfangen.

Diese Deutung des demokritischen Lachens wurde sodann auch in Lachtheorien des 16. Jahrhunderts fundiert, so in dem 1579 erschienenen *Traité du ris*⁴⁸. Neben der Gelehrtenkrankheit und dem melancholischen Lachen verknüpft Ficino m.W. auch erstmals die Enthusiasmuslehren aus den platonischen Dialogen, die schon von antiken Autoren mit einem Originalwort Demokrits zusammengebracht worden waren⁴⁹, mit dem ps.-aristotelischen *Problema* 30,1⁵⁰. Somit stilisiert er Demokrit zum Ahnherrn derjenigen, die über Melancholie geschrieben haben und damit -wie er selbst und viele andere Humanisten- selbsttherapeutisch tätig wurden.

Einen dritten Gesichtspunkt liefert die Geschichte der Temperamentenlehre, die bereits seit Avicenna wegen der vielfältigen, z.T. diametral entgegengesetzten Eigenschaften des Melancholikers mehrere Subtypen bereitstellte: den sanguinischen, choleralischen, melancholischen und phlegmatischen Melancholiker. Daß Demokrit zum Prototypen des v.a. durch Lachen gekennzeichneten sanguinischen Melancholikers wurde, belegt Melanchthon⁵¹. Ficino kannte diese Dif-

⁴⁷ M. FICINO, *Epp.*: «Stultitia miseriaque hominum» in: *Opera omnia*, a.a.O., S.636-638. M. FICINO, *Theol.* 14, ebenda, S.316. Vgl. P. O. KRISTELLER, *Die Philosophie des Marsilio Ficino*, Frankfurt a.M., 1972, S.193.

⁴⁸ L. JOUBERT, *Traité du ris suivi d'un dialogue sur la cacographie française* (1579), Reprint Genève, 1973.

⁴⁹ Die Überlieferung des vermeintlichen Originalwortes bei LURIA, a.a.O., S.141 Nr. 574: (D.D.B. 18). CLEM., *Strom.* VI 168 (II 518, 20 St.): καὶ ὁ Δ. ὁμοίως (ut Plato. *Ion* 534 b): ποιητῆς δὲ ὅσα μὲν ἂν γράφῃ μετ' ἐνθουσιασμοῦ καὶ ἱεροῦ πνεύματος, καλὰ κάττα ἔστιν. (D.D.B 17). CIC. *De orat.* II 46, 194: *Poetam bonum neminem (id quod a Democrito et Platone in scriptis relictum esse dicunt) sine inflammatione animorum existere posse et sine quodam adflatu quasi furoris.* CIC. *De divinat.* I 38, 80: *Negat enim sine furore D. quemquam poetam magnum esse posse.* HORAT. *De arte poet.* 295: *Excludit sanos Hellicone poetas D.*

⁵⁰ M. FICINO, *De vita triplici* I 5, in: *Opera omnia*, a.a.O., S. 497: *Haec enim quam ob causam Musarum sacerdotes melancholici, vel sint ab initio, vel studio fiant, rationibus primo coelestibus, secundo naturalibus, tertio humanis, ostendisse sit satis. Quod quidem confirmat in libro Problematum Aristoteles. Omnes enim, inquit, viros in quavis facultate praestantes melancholicos exitisse. Qua in re Platonium illud, quod in libro de Scientia scribitur, confirmavit, ingeniosos videlicet plurimum concitatos furiososque esse solere. Democritus quoque nullos, inquit, viros ingenio magnos, praeter illos, qui furore quodam perciti sunt, esse unquam posse. Quod quidem Plato noster in Phaedro probare videtur, dicens poeticas fores frustra absque furore pulsari. Etsi divinum furorem hic forte intelligi vult, tamen neque furor eiusmodi apud Physicos, aliis unquam ullis praeterquam melancholicis incitatur.* Vgl. KLIBANSKY, a.a.O., 374 Anm. 53.

⁵¹ PH. MELANCHTHON, *De anima* lib. II (*Corpus Reformatorum* Bd. 13) Sp. 83: *Cum melancholia est ex sanguine et diluitur modico sanguine, efficit amentias ridicule laetantium, quale aiunt fuisse delirium Democriti hilarius, qui ridere solebat hominum stultitiam, eaque animi tranquillitate vitam produxit usque ad annum centesimum nonnum suae aetatis.* Vgl. KLIBANSKY, a.a.O., S. 155.

ferenzierung des Typus melancholicus⁵², auch wenn er sie bei der Nennung Demokrits als Melancholiker nicht eigens in Erinnerung ruft.

Die Ernennung Demokrits zum Melancholiker vollzog sich also zunächst außerhalb der Rezeptionsgeschichte des Briefromans. Zu ihrer Breitenwirkung bedurfte es großer Anstrengungen, das konstante, philosophischer Handlungskontrolle unterworfenen Lachen des Philosophen in theoretische Melancholiekonzepte zu integrieren.

Erst die Zusammenführung verschiedener Traditionsstränge ermöglichte eine Auffassung des pseudohippokratischen Briefromans als einer Melancholieschrift, eine Auffassung, die sich weder im Text selbst noch in dessen Nähe zu antiken Melancholietexten ausspricht. Die Genese des Typus melancholicus sanguinicus mit der entsprechenden Prototypisierung Demokrits, die Entwicklung einer Lachtheorie, die das Lachen als Ausdruck einer Melancholie theoretisch zu deuten verstand, die Verknüpfung platonischer und demokritischer Enthusiasmuslehre mit dem theophrastischen *Problema* 30,1 sowie die Rückbesinnung auf den enzyklopädisch gelehrten und dadurch melancholiegefährdeten Demokrit sind die medizinhistorischen und philosophiegeschichtlichen Theorien, die im 16. Jahrhundert an den Briefroman herangetragen und in ihn hineingelesen wurden. Aus der Konvergenz dieser Traditionsstränge entstand ein *Democritus ridens melancholicus sanguinicus*, der, mit solchen Epitheta versehen, zur humanistischen Identifikationsfigur schlechthin wurde⁵³. Der Briefroman galt fortan als Legitimationsinstanz dieser typologischen Prägung und erfuhr aufgrund dieses Anspruchs zahlreiche interpretatorische Metamorphosen. Die melancholiegeschichtlich interessantesten sind die von Alaard, die wegen ihrer Vorreiterrolle hier exemplarisch dargestellt wurde, sowie die von Huarte de San Juan und Marcellin Bompard⁵⁴. Zum literarischen Prägnanztypus wird der *Democritus ridens melancholicus sanguinicus* im Werk von Robert Burton⁵⁵, dessen Anverwandlung des Briefromans eine reiche Wirkungsgeschichte in Kunst und Wissenschaft entfaltet⁵⁶, die auch die zu Beginn genannten Forscherstandpunkte präjudiziert.

⁵² M. FICINO, *De vita triplici* I 5: *Melancholia, id est atra bilis, est duplex; altera quidem naturalis a medicis appellatur, altera vero adustione contingit. Naturalis illa nihil aliud est quam densior quaedam siccioreque pars sanguinis. Adusta vero in species quattuor distribuitur, aut enim naturalis melancholiae, aut sanguinis purioris aut bilis (sc. flavae) aut salsae pituitae combustionem concipitur.* Zitiert nach KLIBANSKY, a.a.O., S. 153 Anm. 67.

⁵³ Vgl. JEHASSE, a.a.O.

⁵⁴ J. HUARTE, *Examen de ingenios para las ciencias*. Compuesto por el Doctor Juan Huarte de San Juan (erweiterte Neuauflage 1594), Barcelona, 1883, S. 40-41. *La Conférence et Entrevue d'Hippocrate et de Démocrite*. Tirée du Grec, & commentée par Marcellin Bompard, Paris, 1632.

⁵⁵ R. BURTON, *The anatomy of melancholy*, London, 1638³.

⁵⁶ Vgl. J. STAROBINSKI, "Démocrite parle. L'utopie mélancholique de Robert Burton", *Le débat* 29, 1984, S. 49-72.

Las *Cartas* pseudo-hipocráticas

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE

(Universidad de Valladolid)

Como género literario, la carta, aunque obedezca a unos criterios más o menos fijos en cuanto a su forma y pueda ser reducida a unos determinados tipos de acuerdo con su tenor, sin embargo, desde el punto de vista del contenido, es un auténtico bosque de variedades ¹. Si la clasificación de la carta ha supuesto con frecuencia un quebradero de cabeza para los especialistas, es precisamente por esa gran diversidad en todos los niveles: naturaleza ficticia o no de la misma, finalidad pretendida por el autor, etc. No obstante, desde su propio nacimiento como (llamémoslo así) género, parece que la carta está estrechamente unida al de la *biografía* ² y, paralelamente, a la difusión de determinadas doctrinas u opiniones. De ahí su uso, entre lo propagandístico y lo didáctico, con una tendencia frecuentemente parenetica (y a veces simplemente apologética) por parte de las escuelas filosóficas y, más adelante, por el cristianismo para la propagación de su credo.

Convertida en una breve y sustanciosa demostración de las habilidades retóricas de su redactor, así como de su capacidad para reflejar en estos escritos el *carácter* del supuesto autor, fueron un instrumento perfecto para hacer auténtica propaganda de individualidades y sectas,

¹ Para los problemas generales de la epistolografía y nuestros puntos de vista al respecto remitimos a nuestros trabajos: «La epistolografía griega», *Eclás* 83, 1979, pp. 19-46; «*Ars epistolica*: la preceptiva epistolográfica y sus relaciones con la retórica», en *Estudios de Drama y Retórica en Grecia y Roma* (ed. por G. MOROCHO GAYO), Universidad de León, 1987, pp. 177-204; y *Epistolografía*, en *Historia de la Literatura Griega* (ed. por J.A. LÓPEZ FÉREZ), Madrid, 1988, pp. 1144-1152. Para la cuestión concreta de la clasificación pueden verse, entre otros, J. SYKUTRIS, «Epistolographie», *RE Suppl.* 5, 1931, cols. 185-220; W.G. DOTY, «The Classification of Epistolary Literature», *CBQ* 31, 1969, pp. 183-199; K. BERGER, «Hellenistische Gattungen im neuen Testament», *ANRW* II 25, 2, 1984, pp. 1730-1756.

² Para las relaciones entre epistolografía y biografía desde sus posibles comienzos como género, véanse las observaciones de A. DI MOMIGLIANO en *The Development of Greek Biography*, Harvard, 1971.

para restituir a veces famas dañadas, para defender posturas y creencias. Si este carácter apologético o publicitario quita a veces credibilidad a estas colecciones (a lo que contribuyen con frecuencia errores de bulto o evidentes falsedades), también es cierto que suelen ofrecer interesantes puntos de vista sobre el proceder de sus biografiados (con una dosis lógica de idealización), o completan aspectos que conocemos de forma parcial por las obras de aquéllos o incluso, en algún caso, nos dan a conocer datos imprescindibles.

Algunas de esta colecciones presentan una gran coherencia como conjunto y notables cualidades desde el punto de vista literario. Ejemplos bien conocidos (y también estudiados), de distinto contenido y naturaleza, son las cartas de Quión (de carácter erótico) y de Temístocles. Se destacan ambos *corpora* por la hábil combinación de la técnica narrativa de la *novela*, los rasgos de la *biografía* en sentido estricto y las particularidades del género epistolar, con un destacable cumplimiento de las normas de la preceptiva correspondiente, especialmente en los aspectos de concisión, claridad, adecuación de forma y contenido, estructura, etc.³

La colección conservada bajo el nombre de Hipócrates⁴ responde plenamente a las características que acabamos de perfilar. Sin entrar de momento en la cuestión concreta de la autoría, se observa la combinación ya referida de los rasgos apologéticos, parenético-doctrinales, didácticos y novelesco-biográficos. El autor o autores de estas cartas podrían considerarse pertenecientes a una escuela de tradición filosófico-médica con un concepto sumamente noble de la función del médico y de la medicina (totalmente acorde con las más notables páginas del *Corpus Hippocraticum*) y con un conocimiento abundante (aunque no carente de imprecisiones) de las doctrinas «fisiológicas» democriteas y de las estrictamente hipocráticas, así como de las relaciones entre unas y otras⁵, pero dotados de una visión filosófica que

³ Vid. I. DÜRING, *Chion of Heraclea. A novel in letters*, Göteborg, 1951; N.A. DOEN-
GES, *The Letters of Themistocles*, Salem (N.H.), 1981 (edición con introducción y comen-
tario); R.G. USSHER, «Love letter, novel, Alciphron and "Chion"», *Hermathena* 143,
1987, pp. 99-106 (este último con referencia a la mayor o menor atención prestada por
estos *corpora* a la preceptiva epistolar).

⁴ Hasta el momento las ediciones accesibles eran las de R. HERCHER, *Epistolographi
Graeci*, París, 1873, 289-318; Littré IX 312-429 y W. PUTZGER, *Hippocratis quae feruntur
Epistolae ad codicum fidem recensitae*, Wurzen, 1914. Afortunadamente ahora disponemos
de la muy reciente de W.D. SMITH, *Hippocrates, Pseudoepigraphic Writings*, Leiden-Nueva
York, 1990. Por simplificación de las referencias, citamos las cartas por su número ará-
biga, no romano, en la secuencia habitual y, en caso necesario, el párrafo.

⁵ Sobre esta cuestión remitimos a los trabajos de J.A. LÓPEZ FÉREZ, «La etiología
democritea y su influjo en el *Corpus Hippocraticum*», *Eclás* 18, 1974, pp. 347-356; «La
idea de *phýsis* en Demócrito y su utilización en el *Corpus Hippocraticum*», *CFC* 8, 1975,
pp. 209-218; «Algunos datos sobre la influencia de la teoría embriológica de Demócrito
en el *Corpus Hippocraticum*: gemelos y abortos», *Asclepio* 33, 1981, pp. 379-390. Véase
además su estudio «El falso Demócrito y los escritos médicos pseudodemocriteos», *As-
clepio* 36, 1984, pp. 347-362, con alguna referencia al *corpus* epistolar (p. 354).

amalgama aspectos que se pueden remontar a Demócrito con una visión claramente *cínica* (con algún apunte estoico) de lo que debe ser la conducta humana, según subrayaremos luego. En este sentido, son muy notables algunas coincidencias con las cartas consideradas cínicas por excelencia (las de Crates, Heráclito, Diógenes y de Sócrates y los socráticos)⁶. Esos ideales de conducta quedan precisamente ejemplificados por la figura del médico, a quien defiende de la más extendida y eterna de las críticas, la ambición por el dinero (φιλαργυρία), al tiempo que elabora una hábil apología del sabio en general y, en concreto, del φυσιολόγος en un sentido etimológico y amplio del término⁷. Asimismo, su defensa ardiente del papel supuestamente desempeñado por Cos en determinadas circunstancias «históricas» y, más concretamente, por la familia de los Asclepiádas, hace pensar en un representante tardío de esta escuela⁸, cuya localización temporal oscila entre el siglo I a.C.⁹ y la época de Tiberio¹⁰, ya que existen copias en papiro de la primera mitad del siglo I d.C.¹¹. Varias de estas cartas reflejan un gran espíritu de identificación (quizá idealizado) de las comunidades locales (Cos, Abdera) con estos personajes ya legendarios, esta especie de «héroes pacíficos», que podría resumirse en la sentencia gnómica de la *Ep.* 11:

⁶ Véase la introducción de A.J. MALHERBE, *The Cynic Epistles. A Study Edition*, Atlanta, Georgia, 1986², pp. 1-34. No obstante, Smith (*op. cit.*, p. 28) considera las cartas 10-17 «más refinadas» que las cínicas.

⁷ No nos parece justificado el juicio negativo y peyorativo que ha recibido esta colección por parte de algunos filólogos, como muy bien observa K. RÜTTEN en su contribución al presente Coloquio («Die Entdeckung eines pseudohippokratischen Briefromans als Melancholieschrift»). Según se desprende de la descripción que aquí efectuamos del conjunto, los valores literarios son notables y, desde el punto de vista médico, las posibles «confusiones» o deficiencias en la aplicación de los términos se deben más a la tradición posterior y a interpretaciones modernas, como se demuestra en el citado trabajo de Rütten. A lo sumo puede hablarse de una utilización inespecífica de algunos términos médicos.

⁸ Es muy notable el conocimiento que se refleja de algunas tradiciones locales. Por ejemplo, en la *Ep.* 11 se alude a unos festejos locales (καὶ ἔτυχε τὸτ' εἶδουσα ἡ ἀνάληψις τῆς ῥάβδου ἐν ἐκείνῃ τῇ ἡμέρῃ καὶ ἐτήσιος ἑορτῆ, ὡς ἴστε, πανήγυρις ἡμῖν καὶ πομπὴ πολυτελὴς ἐς κνάρισσον, ἦν ἔθος ἄγειν τοῖσι τῷ θεῷ προσήκουσι) perfectamente atestiguados en documentación epigráfica: en el calendario que recoge las actividades mensuales del *Gymnasium* de Cos, se menciona la procesión al bosque sagrado de los cipreses, que debía hacerse en los días séptimo y undécimo del mes *Karneios* y séptimo del mes *Artamittos*. Cf. W.R. PATON - E.L. HICKS, *The Inscriptions of Cos*, Oxford, 1891, n. 43, A10, 21, B6; I. VON PROT - L. ZIEHEN, *Leges Graecorum Sacrae e Titulis Collectae*, I. *Fasti Sacri*, Leipzig, 1896 (reimpr. Chicago, 1988), n. 13; R. HERZOG, *Heilige Gesetze von Kos*, Berlín, 1928, n. 9; F. SOKOŁOWSKI, *Lois Sacrées des Cités Grecques*, París, 1969, n. 165. Agradezco la localización de estas referencias a la Dra. Henar Zamora Salamanca. Para el episodio, citado *infra* (a propósito de la *Ep.* 27), de la resistencia frente a Artemisia, vid. J. JOUANNA, «Collaboration ou résistance au barbare: Artémise d'Halicarnasse et Cadmos de Cos chez Hérodote et Hippocrate», *Ktema* 9, 1984, pp. 15-26.

⁹ Así R. PHILIPPSON, «Verfasser und Abfassungszeit der sogenannten Hippokratesbriefe», *RhM* 77, 1928, pp. 293-328.

¹⁰ Así H. DIELS, «Hippokratische Forschungen», *Hermes* 1918, pp. 57-87 y *VS* I, p. 225.

¹¹ *POxy* 9, 1184; cf. M. POHLENZ, «Zu den hippokratischen Briefe», *Hermes* 1917, 348-353.

μακάριοι δὲ δῆμοι ὀκόσοι ἴσασι τοὺς ἀγαθοὺς ἄνδρας ἔρματα ἕωυτῶν,
καὶ οὐ τοὺς πύργους οὐδὲ τὰ τείχια, ἀλλὰ σαφῶν ἀνδρῶν σαφᾶς γνώμας
(IX 326 L.).

Desde un punto de vista estrictamente literario, pensamos que el conjunto, a pesar de la no muy perfecta integración de algunas de las cartas finales y de los discursos, y por encima de su heterogeneidad, da muestras de una técnica muy depurada y de una notable *coherencia*, que hace sospechar la existencia de un núcleo amplio muy antiguo elaborado por una sola mano y de un interesante proceso de amalgama y organización del conjunto. Aunque parece admisible la existencia de diversos grupos pertenecientes a diferentes estratos cronológicos¹², habría que reconocer una perfecta «compenetración» entre las hipotéticas manos colaboradoras. No se trata tampoco de defender de forma obstinada una postura «unitaria» (lo cual sería sin duda bastante difícil). Nuestra intención es destacar cómo en la progresiva configuración de este *corpus*, tal como ha llegado hasta nosotros, se ha conseguido una interesante unidad dentro de la variedad de contenidos, mediante procedimientos perfectamente analizables. Ello nos lleva a pensar que la coincidencia de episodios diversos en una nueva unidad como la presente debió de efectuarse en fecha bastante antigua. Obsérvese que el largo discurso a los atenienses que aparece como *Ep. 27*, y que aparentemente podría considerarse sin problemas como «mal integrado», supone una culminación en el clímax del conjunto, que queda rematado con esta magnífica apología de los Asclepiadas, de su papel histórico y del de la isla de Cos. Dada la antigüedad del mismo, según la hipótesis de Smith, hay que suponer su conocimiento por los demás redactores.

Un repaso al contenido y ordenación de esta colección puede re-

¹² Se suelen reconocer al menos dos grupos. Diels (*art. cit.*) no dudaba en asignar las cartas 1-24 a un médico de Cos dotado de una alta formación intelectual. Un caso más extremo es el de Littré (IX 308-309), quien hablaba de tres grupos. Los más antiguos serían: 1, el compuesto por el «discurso del altar», el «discurso de la embajada» y el asunto entre Atenas y Cos; y 2, el formado por el intercambio de cartas con los persas y el Decreto del pueblo de Atenas; para él el grupo más reciente (3) es el protagonizado por Demócrito. Más unitario es Philippson, *art. cit.* Cuestión distinta es la de la existencia temprana de versiones «alternativas» de algunas de estas cartas, tal como acabamos de indicar con referencia a Pohlenz (nota precedente). Smith (*op. cit.*) da una excelente discusión de las teorías sobre el origen del *corpus*, con un buen análisis de los diversos núcleos o partes (Discursos y Decreto, «Cartas persas», «Cartas democriteas» —distinguiendo dos manos, 10-17 y 18-21—, y «Cartas misceláneas»), así como de la tradición manuscrita. Nuestro análisis no pone en duda este tipo de clasificaciones, sino que trata de fijar los criterios que justifican la consideración de este *corpus* como algo unitario en una fase secundaria, pero antigua, de su transmisión, aunque en la tradición manuscrita epistolográfica se suprimieron pronto, por razones obvias, los discursos, que eran, sin embargo, de los más antiguos en la tradición pseudepígrafa recogida por los manuscritos «médicos».

forzar esta sensación *unitaria*, a pesar de la diversidad, y ayudar a la percepción de esas cualidades literarias. Naturalmente estas no podrán ser entendidas si no se tienen en cuenta los presupuestos genéricos antes mencionados y la técnica habitual del procedimiento biográfico-epistolar. En primer lugar existe un principio básico de *verosimilitud* en las situaciones descritas. Para conseguirla, cada autor selecciona un período de tiempo unitario y unas pocas situaciones o episodios suficientemente representativos de los personajes retratados. Desde ese punto de vista se permite casi todo, en el sentido de que se une a «lo que fue» (y, como veremos, existe bastante rigor por parte del epistológrafo en cuestiones básicas), también «lo que pudo ser» llegando al extremo de anacronismos (o «falsos sincronismos») evidentes: Diels¹³ observaba lo que él llamaba «ingenuidad» del autor al incluir destinatarios como un supuesto rey Demetrio o un Dionisio de Halicarnaso, además del herbario Crátevas (nombre conocido de un personaje de este oficio contemporáneo de Mitrídates). Si acaso, más ingenuidad supone la jonzación de *todas* las cartas y hasta del propio decreto de los atenienses. Sin embargo, más que «Naivetät» (o junto con ella) creemos que también hay una intención de crear un relato totalmente coherente, que juega con la ausencia de preocupación cronológica o lingüística del posible lector. Se prefiere la efectividad al rigor histórico. De hecho, esta es la forma de hacer *leyenda*.

Las primeras cartas (1-9) se refieren a la petición de los persas de que Hipócrates acuda a liberarlos de la epidemia que los azota (*Ep.* 1 νοῦσος ἢ καλεομένη λοιμική). Dado que Artajerjes no escribe directamente a Hipócrates, sino que primero pide ayuda a Peto (Παῖτος) y es éste quien recomienda a Hipócrates, consigue el autor darnos los primeros datos biográficos de forma indirecta, a través de esta especie de ἐπιστολή συστατική. En realidad, los datos biográficos no se completan hasta el discurso final. El resto lo da el testimonio directo de las cartas. La primera carta de Hipócrates es la 5. Hasta entonces, el autor de este grupo nos da un primer ejemplo de la *técnica de retardación*, característica del *corpus*: Artajerjes escribe a Peto (*Ep.* 1) y Peto a Artajerjes (*Ep.* 2); Artajerjes a Histanes (3) y éste a Hipócrates (4), acompañando, dice, a la carta del rey persa y exigiendo respuesta. Por fin, la negativa de Hipócrates (5), con desprecio de las riquezas del persa: una nueva versión del arquiloqueo οὐ μοι τὰ Γύγεω¹⁴ refrendada por una misiva de dos líneas a Demetrio: Βασιλεὺς Περσέων ἡμέας μεταπέμπεται, οὐκ εἰδὼς ὅτι λόγος ἐμοὶ σοφίης χρυσοῦ πλέον δύναται (*Ep.* 6) (Cf. IX 318 L.)

La misiva de Histanes al rey (*Ep.* 7), la amenaza de Artajerjes a

¹³ *loc. cit.*

¹⁴ ARCH. Fr. 19 West.

los de Cos (*Ep.* 8) y el decreto de éstos (9) refrendando su negativa al rey completan este primer cuadro, idealizador tanto de la figura del gran médico como de sus compatriotas.

El segundo grupo de cartas, el más amplio, contiene el episodio de la enfermedad de Demócrito, desarrollado magistralmente por nuestro autor y que da pie para añadir pequeños tratados de contenido estrictamente médico o médico-filosófico. Es el más célebre y mejor estudiado por su unidad interna como «Briefroman» y por las cuestiones médicas a que hace referencia ¹⁵.

La *técnica de retardación*, un auténtico «suspense epistolar», se desarrolla en este grupo al máximo. Comienza con la petición de ayuda a Hipócrates por parte de los Abderitas, quienes hacen gala de esa identificación de la comunidad con su «sabio local», cuyo exceso, dicen, de sabiduría pone en peligro la ciudad (*Ep.* 10):

οὗτος, ὑπὸ πολλῆς τῆς κατεχούσης αὐτὸν σοφίης νενόσηκεν, ὥστε φόβος οὐχ ὁ τυχόν, ἂν φθαρή τὸν λογισμὸν Δημοκρίτος, οὕτως δὴ τὴν πόλιν ἡμέων Ἀβδηριτέων καταλειφθήσεσθαι.

Nos enteramos del principal síntoma de su trastorno: Demócrito se ríe de todo, de lo nimio y de lo (aparentemente) importante. En una peculiar versión de las doctrinas democriteas, sus compatriotas ven en sus especulaciones filosóficas síntomas demenciales indudables:

Ζητέει δὲ ὁ ἀνὴρ καὶ περὶ τῶν ἐν Αἴδου καὶ γράφει ταῦτα, καὶ εἰδώλων φησὶ πλήρη τὸν ἥερα εἶναι, καὶ ὀρνέων φωνὰς ὠτακουστέει, καὶ πολλάκις νύκτωρ ἐξανασταὺς μόνος ἠσυχῆ φῶδὰς ἄδοντι ἔοικε, καὶ ἀποδημέειν ἐνίοτε λέγει ἐς τὴν ἀπειρίην καὶ Δημοκρίτους εἶναι ὁμοίους ἐωυτῷ ἀναριθμήτους, καὶ συνδιεφθορώς τῆ γνώμη τὸ χροῶμα ζῆ.

La respuesta de Hipócrates (*Ep.* 11) es una nueva demostración de largueza y generosidad, un ataque a la φιλαργυρία, *con referencia a la anterior negativa a los persas*: le atenderá gratuitamente. Siguen después cinco cartas que sirven de *preparación* para el encuentro con Demócrito, el cual no se nos narrará hasta la gran carta 17. Hipócrates se dirige al gobernante de Abdera Filopemén y hace un primer diagnóstico que, como veremos, está destinado a poner de relieve el buen «ojo clínico» del gran médico. El autor de estas cartas no incurre en el error de presentar a Hipócrates como un hombre dotado de poderes

¹⁵ Cf. J. A. LÓPEZ FÉREZ, «Semblanza de Demócrito», *Anuario de Filología*, Barcelona, 1975, pp. 43-49 y las observaciones de RÜTTEN, *loc. cit.*, especialmente su nota 2 para los problemas de transmisión de este grupo concreto; véase ahora su monumental obra *Demokrit-lachender Philosoph und sanguinischer Melancholiker*, Leiden, 1991, con riquísima documentación sobre la tradición del *philosophus ridens*.

extraordinarios, casi un mago, sino como un razonable sabio (de hecho, tiene la *habilidad* de hacerle emitir un juicio que, sin ser inexacto, no es totalmente preciso), cuyos saberes sobrepasan el nivel estrictamente técnico, hasta adentrarse en el conocimiento profundo del hombre. Lo que aquí encontramos es una especie de «humanismo médico», una presentación verdaderamente noble del arte de curar. Lo primero que afirma Hipócrates es que Demócrito no está *loco*¹⁶, sino que padece nada menos que un exceso de παιδείη, incomprendible para los ignorantes que le contemplan. No es μανίη, sino un efecto propio del desmesurado vigor de la ψυχή del filósofo. Con este motivo encontramos las primeras observaciones médicas del *corpus*; la conducta de Demócrito, con su tendencia al aislamiento, es propia de los μελαγχωλοῦντες¹⁷:

σιγηλοί τε γὰρ ἐνίοτε καὶ μονήρεις καὶ φιλέρημοι τυγχάνουσι, ἀπανθρωπεύονται τε ξύμφυλον ὄψιν ἄλλοτριωτάτην νομίζοντες.

No obstante, subrayará luego que la búsqueda de la soledad no es algo exclusivo de los locos, sino de todos aquellos que ansian la ἀταραξίη:

ποθέουσι δὲ ἄντρα καὶ ἡσυχίην οὐ πάντως οἱ μανέντες, ἀλλὰ καὶ οἱ τῶν ἀνθρώπων πρηγμάτων ὑπερφρονήσαντες ἀταραξίης ἐπιθυμίη.

En el curso del razonamiento hipocrático encontramos un excelente ejemplo de la concepción *psicosomática* de la enfermedad y muy especialmente de la locura. La imagen de los esclavos alborotados y reprendidos por la dueña de la casa (el νόος respecto al cuerpo), quien hace reinar de nuevo la calma, sirve para fundamentar esta relación. De este modo, la búsqueda de la soledad (τὸ φιλέρημον) confiere apariencia de locura a la actitud de Demócrito.

La carta a su amigo Dionisio de Halicarnaso (!), en la que se manifiesta en términos similares, aunque menos precisos, acerca del padecimiento del Abderita, tiene como finalidad encomendar a aquél la guarda de su esposa, en la idea de que esta función es ejercida con mayor severidad por un amigo que por los padres. De esta forma la *situación* va alcanzando plena verosimilitud. Su idea (que recoge, como se ve, una antigua tradición, bien atestiguada desde los yambógrafos)

¹⁶ Sobre la «locura» de Demócrito cf. J. PIGEAUD, *La maladie de l'âme*, París, 1981, 74 ss. y *Folie et cures de la folie*, París, 1987, 206 ss.

¹⁷ Para una valoración, muy extendida, de estas cartas en la historia de las teorías sobre la melancolía, cf. H. FLASHAR, *Melancholie und Melancholiker in den Medizinischen Theorien der Antike*, Berlín, 1966, 68-72; pero vid. las importantes objeciones de RÜTTEN, *loc. cit.*

es que la mujer es por naturaleza indolente y necesita una «poda» diaria:

ἔχει γὰρ φύσει καὶ τὸ ἀκόλαστον ἐν ἑωυτῇ. (*Ep.* 13,5).

La *Ep.* 14 contiene la petición a Damageto de Rodos (!) de que le preste su veloz *barca* y las razones para ello. La carta se cierra con las palabras que Hipócrates piensa decir a Demócrito: ahora la *preparación* del encuentro definitivo se hace subrayando la diferencia entre la intención de Hipócrates y lo que será el encuentro «real». De esta forma el contraste será mucho mayor.

Por el contrario, la *Ep.* 15 nos acerca a la realidad de la situación a través del mecanismo del *ensueño*. Hipócrates narra a Filopemén su visión nocturna, la cual, de acuerdo con las teorías antiguas¹⁸, al producirse en los primeros momentos del amanecer, tiene más probabilidades de ser verídica (πρὸς ἀρχομένην τὴν ἑὼ ὄναρ ἔφαντάσθην, ἐξ οὗ νομίζω κατὰ μηδὲν ἐπισφαλὲς γενήσεσθαι). En este ensueño (que merecería por sí solo un detallado análisis) se le aparece el dios Asclepio con aspecto terrible, en contra de lo habitual en sus estatuas, acompañado de espantosas serpientes, y le avisa de que no tendrá necesidad de él, sino de una mujer que le acompaña. Ésta resulta ser la Verdad, Ἀληθείη, quien le conduce a través de la ciudad hasta que aparece otra que, según le indica la primera, es Δόξα «y habita entre los Abderitas». Al despertarse Hipócrates, comprende que la «enfermedad» de Demócrito no es tal. La carta se cierra con una afirmación acerca del parentesco entre la medicina y la mántica, por ser ambas «hijas de Apolo», ὅς καὶ πρόγονος ἡμῖν, ἐσομένας νούσους προαγορεύων καὶ νοσήσαντας ἰώμενος.

Si en la *Carta* 10 los Abderitas rogaban a Hipócrates que hiciera acopio de hierbas curativas, es *ahora en la* 16 cuando el médico procede a proveerse de las mismas, aunque sólo sea por precaución. De nuevo el autor aprovecha el recurso *moratorio con función literaria* para hacer una demostración de sus conocimientos, ahora de los botánicos (pero no fuera de lugar, según señalamos). Hipócrates se dirige al herbario («rizótomo») Crátevras (!), expresando primero el irrealizable deseo de que encuentre un remedio para «arrancar la amarga raíz de la codicia hasta no dejar ni rastro» (*de nuevo* la φιλαργυρίη atacada por Hipócrates y la relación curación del alma-remedio del cuerpo: εἶ ἴσθι ἐκαθήραμεν ἂν τῶν ἀνθρώπων μετὰ τῶν σωμάτων καὶ

¹⁸ Para las doctrinas sobre el ensueño del *Corpus Hippocraticum* remitimos al estudio de L. GIL, «La diagnosis onírica en el *Corpus Hippocraticum*», *Actas del VI Congreso Internacional de Medicina Neohipocrática*, Madrid-Ávila, 1965, pp. 543-548.

τὰς ψυχάς) A continuación se extiende sobre diversas plantas y sus propiedades, de acuerdo sobre todo con el lugar donde se dan, instrucciones para su transporte y, finalmente, observaciones sobre la κάθαρσις y precauciones sobre el hecho de que algunas plantas puedan haber sido envenenadas por alguna serpiente. Las purificaciones más seguras, afirma, se consiguen mediante el *elébora* (a propósito de lo cual cita las curaciones de las Prétides, por Melampo, y de Anticireo). Esta última mención no carece de importancia de acuerdo con la técnica del autor: las cartas 20-21, especialmente la última, veremos que son, como ya se ha dicho ¹⁹, auténticos «tratados de eleborismo». Por otra parte, debería tenerse en cuenta la posibilidad de que en esta carta se recojan doctrinas *auténticas* de Crátevas, de quien conocemos la enorme influencia que ejerció sobre los tratadistas posteriores, empezando por el mismo Dioscórides.

Llegamos, por fin, a la gran *Ep.* 17, donde Hipócrates narra con todo detalle a Damageto su encuentro con Demócrito. El conjunto es un magnífico ejemplo de la técnica narrativa y del buen estilo de nuestro autor. La primera fase *anticipa* el resultado (Demócrito está más que cuerdo) para luego relatar todo con detalle: su llegada a Abdera, cómo fue conducido al lugar donde se hallaba, apartado de todos, Demócrito (a quien encuentra escribiendo un tratado que luego sabremos que versaba Περί μανίης y dedicado a experimentos) y la conservación que con él sostuvo. La risa inesperada de Demócrito cuando Hipócrates le habla de los *negotii* humanos deja perplejo a éste. No así la justificación de aquél, que le hará ver su perfecta cordura. Los locos, dice, son los hombres en general, que se toman en serio cosas que no lo merecen (ὄση σπουδῆ περὶ τὰ ἀσπούδαστα, φιλοτιμεύμενοι πρῆσσειν μηδενὸς ἄξια, πάντες ἄνθρωποι τὸν βίον ἀχρήστως ἀναλίσκουσι, γελῶτων ἄξια διοικεῦντες).

Las palabras del sabio se convierten en una dura crítica a la ambición y la *codicia* (véase la *coherencia* con las críticas anteriores en boca de Hipócrates), así como de la irracionalidad de la conducta humana en general, que hace de los hombres unos «Tersites de la vida». La réplica de Hipócrates, que intenta defender la naturaleza *activa* y laboriosa del hombre, da lugar entonces a la defensa por el Abderita de los ideales de la ἀταραξίη y de la necesidad de que cada persona sepa medir sus posibilidades, lo que concluye (tras un largo párrafo con una llamada a la αὐτάρχεια —defendida también por los

¹⁹ Con carácter general cf. M. C. GIRAND, *Emploi des fonctions de l'ellébore dans l'Antiquité*, Québec, 1988 y para una valoración de estas cartas, además, las observaciones de Y. DAVID-PEYRE, «L'elléborisme au Siècle d'Or (France et Espagne)», *Asclepio* 41, 1989, 3-18 (para la Antigüedad, pp. 3-4). A esta autora se debe la definición recogida en el texto.

cínicos), con el clásico ejemplo de la *autonomía* de los animales salvajes. Todo ello, en fin, lleva a Hipócrates no sólo a reconocer la cordura de Demócrito, sino a confesar que es el único capaz de infundir sensatez en los hombres. En resumen, la carta 17 es una de las más ardorosas defensas del ideal de vida *procul negotiis* que encontramos en los textos antiguos.

Las cartas que siguen tienen un contenido casi exclusivamente médico y quizá sean las que plantean algún problema más complejo de transmisión, ya que probablemente estamos ante segundas versiones. Especiales dificultades entraña en este sentido la número 19²⁰. Parece razonable admitir que el encabezamiento es absolutamente erróneo, ya que, aunque figura en algunos códices como de Demócrito a Hipócrates (no así en el *Urbinas* 68), las doctrinas son totalmente hipocráticas y además se incluyen citas literales de obras hipocráticas. Tanto es así, que en algunos códices hay modificaciones de la primera persona por la segunda, intentando adaptar el texto al título («escribiste, dijiste», etc.).

Es evidente que este grupo de cartas era el más apto para ser objeto de interpolaciones por parte de anónimos autores que quisieran hacer gala de sus conocimientos médicos. Sin embargo, debe tenerse en cuenta, por una parte, que en algún momento de la transmisión, sin duda antiguo, se ha podido omitir una carta en la que figurara un encabezamiento «Demócrito a Hipócrates περί μανίης» y que éste, a consecuencia del «salto», haya aparecido en la carta de Hipócrates, réplica de aquélla y con idéntica temática. Por otra parte, en cuanto a las posibilidades generales de «interpolación» del grupo, volvemos a insistir en la aceptable *coherencia* que resulta del conjunto, en su ordenación y contenido. La justificación de su presencia se desprende de la propia secuencia de acontecimientos, ya que este intercambio epistolar entre los dos sabios viene a ser una consecuencia de su encuentro. Simultáneamente cumple una función estrictamente retórica: la *caracterización* mediante la etopeya de ambos personajes en su vertiente científica, por el procedimiento del *contraste*.

En primer lugar (*Ep.* 18) Demócrito envía a Hipócrates una carta, con alguna dosis de humor («menos mal que me encontraste escribiendo»), en la que le comunica que le ha enviado su escrito Περὶ μανίης. En el *corpus* conservado aparece a continuación (*Ep.* 19) la carta ya comentada sobre dicho tema (en la que, intentando dar autenticidad hipocrática al texto, se indica como causa de la locura la

²⁰ Cf. H. DILLER, «Die sogenannte zweite Fassung des 19 Hippokratesbriefes», *Quellen und Studien zur Geschichte der Naturwissenschaften und der Medizin* 3, 1933, 243-252.

ὕψοτης del cerebro), seguida de las que tratan sobre el eléboro (20-21), con las características notables ya señaladas.

En realidad, en este grupo el *corpus* adquiere un tono decididamente científico, pero que denota simultáneamente un buen conocimiento por parte del autor de algunos principios consagrados por la *perceptiva epistolar*, sobre todo aquel que aconseja evitar que la carta se convierta en un tratado científico precedido simplemente del saludo, ya que en la primera parte del cuerpo de las mismas se justifica bien su *finalidad* (muy notable en *Ep.* 18-21); además son *concisas y no excesivamente largas* ²¹. En el *protréptico* de la *Ep.* 22 Hipócrates aconseja a su hijo Tésalo sobre la utilidad de las ciencias como auxiliares para la medicina. En el conjunto se puede observar una doble función de esta breve carta: sirve, por una parte, para subrayar el *rigor* de la metodología hipocrática, frente a concepciones menos técnicas o más «mágicas» (en lo que también puede subyacer una polémica con «Demócrito») y, por otra, introduce en el conjunto de este peculiar *relato* un nuevo personaje, que será precisamente el *remitente* de la última gran carta.

Siguen dos cartas-tratado de doctrina *Περὶ φύσιος* (*Ep.* 23 y 24). La primera aparece asignada a Demócrito y presenta un estilo verdaderamente peculiar. Se inicia con la ecuación entre la *sabiduría* y la *medicina* como sanadoras, respectivamente, del alma y del cuerpo, para pasar después a una descripción anatomo-fisiológica del cuerpo humano. Lo más notable es la abundancia de *metáforas*, en perfecta consonancia con una de las características del lenguaje hipocrático y médico en general ²², aunque en una concentración verdaderamente infrecuente. Puede, pues, plantearse el problema de si el autor de la carta se expresa en términos pretendidamente hipocráticos (de hecho, casi ninguno de los términos claves sobre los que cae el peso de esas imágenes aparece en el resto del *Corpus Hippocraticum*, pero el espíritu de estas líneas se adapta perfectamente a los reconocidos logros de la escuela de Cos en la descripción anatómica) o si en obras perdidas de Demócrito habrían existido descripciones como la presente. Ahora bien, en algunas líneas puede detectarse una base genuinamente hipocrática: la descripción de la emisión de la voz coincide plenamente con la que encontramos en el tratado *Sobre las carnes* ²³. Por tanto, más bien habrá que pensar que, a pesar del encabezamiento, el intento

²¹ Tales son las recomendaciones más frecuentes en los tratados de preceptiva de Demetrio, Proclo, etc.; véase nuestro estudio (cit. en n. 1) «*Ars epistolica...*»

²² Cf. F. SKODA, *Médecine ancienne et métaphore. La vocabulaire de l'anatomie et de la pathologie en Grec ancien*, París, 1988.

²³ Véase la intervención de F. REDONDO PIZARRO en este *Coloquio*, «Algunos aspectos de la otorrinolaringología en el *Corpus Hippocraticum*».

de caracterización demócritea de la carta no ha podido liberarse plenamente de la raigambre hipocrática de la formación de su autor.

Por su parte, la *Ep.* 24 (de Hipócrates al «rey Demetrio») se adentra más en aspectos patológicos y de diagnóstico. Se justifica como carta *simbuléutica* ²⁴, para que el destinatario pueda gozar siempre de buena salud (y, en composición anular, en la parte final Hipócrates dirá que así vive precisamente él). La parte central se inicia con la división de las enfermedades en dos grupos, elementales en una clasificación médica: congénitas (*κατὰ γένος*) y adquiridas (*κατὰ πάθος*), para continuar con diversas observaciones de raigambre hipocrática (pero con otros precedentes) sobre la fiebre, la *melancolía* y, en general, sobre el papel de la *cabeza* en el origen de las enfermedades.

Con el número 25 nos aparece el supuesto decreto de los atenienses (pero con jonismos, al menos en parte de la tradición manuscrita, cf. *ἱητρος*) en que se conceden los máximos honores a Hipócrates. La *fundamentación* de esta concesión contiene referencias a algunos de los hechos ya mencionados en las cartas anteriores y, por otra parte, este decreto será *a su vez recordado* en el discurso final (*Ep.* 27), con lo que queda perfectamente integrado en el presente *corpus*.

Los dos últimos escritos son de naturaleza diferente de la de los anteriores y Smith ha demostrado su mayor antigüedad con respecto al resto del *corpus*. Se localizan en un momento histórico dramático para los coenses: la amenaza de su sojuzgamiento y destrucción por los atenienses (de no segura localización histórica). El breve discurso a los tesalios (*Ep.* 26) en petición de ayuda está encabezado por Hipócrates, mientras que en *Ep.* 27 (ahora un discurso extenso) es Tésalo, hijo de Hipócrates, quien se dirige a los atenienses en petición de clemencia. Ello le sirve de pretexto al autor para hacer una exposición de los méritos de los Asclepiadas y de sus servicios a la Hélade, para centrarse muy especialmente en Hipócrates y Tésalo.

En su exordio, Tésalo menciona cuatro servicios notables (*ὑπουργίαι*) llevados a cabo por su familia y él mismo, que luego pasa a desarrollar en un tipo de descripción que merece cierta atención por sus características. Obsérvese que son de una verosimilitud extraordinaria (desde el punto de vista griego).

El primero de ellos corresponde a la época de la primera «guerra sagrada». Durante el sitio de Crisa se produjo una *epidemia* que pro-

²⁴ Para la terminología, tomada de la retórica, cf. asimismo nuestro estudio «*Ars epistolica...*»

vocó una consulta a Apolo délfico. Con su *respuesta* ficticia nuestro autor deja claro, una vez más (como con el recurso del ensueño) el favor de que goza la familia de los Asclepiadas. La respuesta apolínea es uno de los ejemplos más célebres de oscuridad mediante la homonimia ²⁵: la victoria se obtendría «*si llevaban al hijo del ciervo con oro para ayudar*». La solución la dio un asclepiada en la asamblea: él se llamaba Νεβρός («ciervo») y debería ir como ἐπίκουρος («ayudante») junto con su hijo Χρυσός. En efecto, cuando llegaron cesó la plaga y Nebro contribuyó con su astucia (y el sacrificio de su propio hijo) a tomar la ciudad. Desde entonces los Asclepiadas poseían la προμηθεϊή πρός μαντείην.

El segundo servicio rendido por sus antepasados habría tenido lugar durante la guerra con Persia. Cadmo e Hipóloco, entonces al frente de Cos, supieron hacer frente a la célebre Artemisia y los isleños tuvieron una heroica conducta frente al invasor, aparte de que Cadmo contribuyó para que Gelón no se aliara con el bárbaro frente a los griegos.

El tercer episodio se refiere a su padre Hipócrates, quien, se dice, habitaba en Tesalia cuando empezó a extenderse la gran epidemia de peste: no acudió a la llamada de los bárbaros, pero advirtió a los tesalios de las precauciones a tomar y envió a sus propios hijos (entre ellos a Tésalo) a diversos lugares para atender a los griegos.

Por último, Tésalo recuerda que su padre le envió a Sicilia cuando fue allí Alcibiades y que en los tres años que pasó allí no sufrieron enfermedades los atenienses. Volvió, premiado con una corona de oro, para casarse y dejar descendencia y sucesores en su arte.

La argumentación se justifica como apoyo de la petición a los atenienses de que no les ataquen y no menosprecien a los de Cos. La razón principal es, pues, el carácter *benefactor* de los miembros de esta familia que, como recuerda a continuación Tésalo, se remonta a los grandes bienhechores de la humanidad Asclepio y Heracles y cuenta en su haber con médicos ya mencionados por el mismo Homero, como Macaón. El discurso se cierra, en fin, con un llamamiento a la amistad y a la generosidad de Atenas.

Si nos hemos detenido en este discurso es porque, a nuestro juicio, define muy bien la figura del médico *en consonancia* con las cartas

²⁵ Para la tipología de este oráculo vid. J. FONTENROSE, *The Delphic Oracle. Its responses and Operations, with a Catalogue of Responses*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California, 1981², p. 292 (Q72 = 237 Parke-Wormell).

precedentes. Un rasgo común a todo el *corpus* analizado es el magnífico *perfil* que se obtiene del médico comprometido e identificado con su comunidad y que, al mismo tiempo, es un benefactor de la sociedad en general y un modelo de conducta. Protegido por Apolo, cuidadoso de la perduración de su saber y de su arte en el círculo familiar que lo va heredando, no duda en acudir allí donde se necesitan sus servicios con absoluto desinterés. Conoce el cuerpo humano y su funcionamiento a la perfección, pero no descuida (incluso antepone) el conocimiento del alma y su relación con los padecimientos físicos.

Llegados a este punto, parece razonable intentar una pequeña recapitulación de las observaciones precedentes, que sirva como perfil definitorio del *corpus* analizado. En él hemos encontrado:

- a) Buen conocimiento de la *técnica epistolar* y aprovechamiento de sus posibilidades en la organización de un conjunto con pretensiones de *coherencia*, dotado de *valores narrativos*.
- b) La utilización para tal fin de recursos como la *anécdota histórica* desarrollada con cierta extensión, el *ensueño* (por su valor anticipador), el *relato* de raigambre popular (que incluye elementos como el *oráculo* con juego de palabras), etc. Este conjunto se consolida en una forma peculiar de *biografía*, propia de otros *corpora* epistolares.
- c) Destacan algunos *conocimientos* científicos de tradición hipocrática con probable elementos democriteos, así como otros de tipo botánico no menos importantes.
- d) A ello hay que sumar *concepciones filosóficas* de tradición democritea, cínica e incluso estoica, especialmente notables en la descripción del ideal humano de conducta. Destacan las críticas a la ambición y la codicia y la concepción «humanística» y filosófica del médico y de la medicina.

La terre dans la Collection hippocratique: vocabulaire et usages

LAURENCE VILLARD

(CNRS, Paris)

L'enquête sur le vocabulaire et l'usage de la terre dans la *Collection hippocratique* s'inscrit dans un ensemble beaucoup plus vaste, qui m'oblige à faire un peu d'histoire: car son point de départ réside dans un travail mené sur *Morb.* III, traité qui comporte à la fois le terme rare de *bombýlion*, ce vase muni d'un goulot étroit selon les glossateurs et doté d'une large embouchure selon les manuscrits,¹ et un usage de la terre plus abondant qu'ailleurs. Partie de là, j'ai bientôt pris conscience de la mine de renseignements qu'offre le *Corpus* hippocratique sur les *Realia* en général, et sur l'argile et les vases en particulier; il fournit en effet une documentation vaste, ancienne, et de première main, et présente par là-même un intérêt bien supérieur au livre XI des *Deipnosophistes* d'Athénée, compilation hétéroclite du II^e siècle de notre ère et pourtant principale référence des archéologues.

Or de cette recherche menée dans trois directions complémentaires, les potiers, l'argile et les vases, n'apparaissent aujourd'hui que les résultats relatifs à l'argile; deux raisons fort différentes ont présidé à ce choix et provoqué l'élimination des potiers par défaut et des vases par excès: car, si les potiers occupent dans la clientèle des médecins hippocratiques une place très réduite et viennent loin derrière le foulon, le charpentier ou le corroyeur² — tout au plus est-il permis de penser que «l'homme qui tomba du four du potier»³ n'était autre que le potier lui-même (*Epid.* IV 20 = L. V 160, 4-5) — les vases, eux, pré-

¹ Comparer l'adjectif εδυστόμου qui qualifie βομβυλίου dans *Morb.* III 16 et l'adjectif στενόστομος dont se servent indifféremment GALIEN (*s.v.* βομβύλιον, ed. K. XIX 89, 4-5), ÉROTIEN (B 10, ed. Nachmanson 29, 1-3) et POLLUX (*Onom.* X 68) pour définir la forme du vase.

² Les mentions de ces trois artisans sont à peu près équivalentes, et varient de 5 à 8.

³ Hormis ce passage, où le potier est désigné par la périphrase ὁ ἀπὸ τοῦ κεραμέου ἴπνοῦ (et non ἴππου, comme le donne à tort la tradition manuscrite) καταπεσών, le κεραμεύς n'est présent qu'au c. 22 du traité du *Régime* (L. VI 494, 15), où l'auteur, développant une vaste théorie de la *mimēsis*, met en scène de nombreux artisans.

sentent une telle variété de types et d'usages qu'il m'a paru difficile de parler à la fois de terre et de vases tout en respectant les limites prescrites pour ce colloque. Aussi ai-je pris le parti de commencer par le commencement, et de vous soumettre les résultats mais aussi les questions qu'engendre l'étude de la terre dans la *Collection hippocratique*.

La première d'entre elles est évidemment de savoir comment les médecins dénomment cette terre qu'ils utilisent pour leurs soins: tandis que πηλός (la glaise, la boue) n'est mentionné que quatre fois et sert surtout à désigner la matière dont on colmate les vases avant la fumigation⁴, le substantif γῆ, parmi des emplois nombreux et des acceptions variées, désigne aussi la terre comme matériau.

Or ce terme γῆ présente deux particularités: d'un côté une très grande parenté formelle avec l'article féminin, surtout dans un système d'écriture en onciale; de l'autre, une assez forte propension à être omis ou sous-entendu, ce qu'on observe par exemple dans l'expression ἡ στυπτηρίη, fréquemment attestée dans la *Collection hippocratique*⁵. Ces deux faits expliquent sans doute les erreurs des copistes - et spécialement celles du manuscrit θ (*Vind. med. gr.* 4) - qui écrivent parfois τῆν, τῆς ou τῆ en lieu et place de γῆν, γῆς ou γῆ. Heureusement, la confrontation des autres manuscrits ou l'existence d'une glose permettent de rétablir la leçon originale: c'est ainsi que Foes, se fondant sur la glose de Galien γῆ κεραμίτιδι = τῆ ἀργίλη (K. XIX 90, 16), a restitué l'expression γῆ κεραμίτιδι au c.17 de *Morb.* I (L. VI 170, 20 = Wittern 44, 17). Faut-il pour autant en rester là, et mésestimer la cohérence du contexte? C'est la question que pose un passage des *Morb.* III 16 où l'adjectif Ἐρετριάς revient à quelques lignes d'intervalle: or, dans un cas, on adopte la tournure Ἐρετριάδα γῆν grâce au témoignage du manuscrit M (*Marc. gr.* 269) contre θ (*Morb.* III 16: L. VII 154, 6 = Potter, 94, 25-26), dans l'autre (*Morb.* III 16: L. VII 154, 10 = Potter, 94, 29), on maintient l'expression τῆ Ἐρετριάδι, par une fidélité louable envers les deux manuscrits, mais aux dépens peut-être de la cohérence interne du passage.

Quoi qu'il en soit, cette terre dont les médecins se servent à des fins thérapeutiques n'est pas indifférente, car on observe que le substantif γῆ est alors toujours accompagné d'au moins un adjectif, ce qui n'est assurément pas le cas lorsque l'ingestion de terre par le ma-

⁴ Utilisation de πηλός pour luter les vases: *Morb.* III 17 (L. VII 158, 2 = Potter 96, 31); *Mul.* II 133 (L. VIII 284, 15) et *Stéril.* 230 (L. VIII 438, 20).

⁵ Importé de Mélos ou d'Égypte, l'alun, qui est un matériau très astringent (στυπτηρίη < στύφω), est utilisé surtout pour soigner ulcères et fistules; mais il sert également dans les affections gynécologiques.

lade constitue l'un des symptômes de la maladie ⁶. En effet, les médecins précisent tantôt la couleur de l'argile - elle est blanche ici, ailleurs elle est noir ⁷ -, tantôt sa provenance - elle vient d'Érétie ou de Samos ⁸ -, tantôt sa chaleur - elle est tiède ou bien froide ⁹ -, tantôt enfin sa qualité, puisque tel soin requiert de la «terre de potier», tel autre de la «terre de nettoyage».

Ces derniers adjectifs, *κεραμίτις/κεραμικός* pour la terre de potier, *σμηκτρις* pour la terre de nettoyage, appellent du reste quelques remarques:

- a) *κεραμίτις* et *κεραμικός* appartiennent à la famille de *κέραμος*, plus propre que celle d'*ὄστρακον* à désigner l'argile crue; car *ὄστρακον* qui évoque, on le sait, la carapace, la coquille et, par analogie, le pot ou le tesson, contient une idée de dureté qui limite son emploi aux objets de terre cuite ¹⁰. En revanche *κέραμος*, dont l'étymologie est incertaine ¹¹, n'exprime en tout cas rien de si précis et convient pour l'argile aussi bien crue que cuite: ainsi l'attestent les tournures hippocratiques *κεραμικῆ γῆ*, *γῆν κεραμίτιδα* ou bien *γῆ κεραμίτιδι* que Galien, on l'a vu, glose par *τῆ ἀργίλῃ* ¹².
- b) *σμηκτρις*, qui appartient pour sa part à la famille de *σμήχω* (nettoyer, laver), est attesté deux fois dans la *Collection hippocratique*, la première à l'accusatif sous la forme *τὴν σμηκτριδα γῆν* dans *Mul.* II 189 (L. VIII 370, 2), la seconde au datif sous la forme *γῆ σμηκτριδι* au c. 3 des *Fist.* (L. VI 450, 6 = Joly XIII, 139, 14). Or il existe trois gloses qui se rapportent, tantôt de façon certaine, tantôt de façon très vraisemblable, à ces deux passages: l'une est d'Érotien, qui explique *σμηκτριδα γῆν* par *τὴν Κιμωλίαν* (Σ 65, ed. Nach-

⁶ *Superf.* 18 (L. VIII 486, 7) et *Coac.* 2, 333 (L. V 656, 5): dans les deux cas, les malades ont «envie de terre»; et *Prorrh.* II 31 (L. IX 64, 11 et 14).

⁷ *γῆς λευκῆς*: *Mul.* I 81 (L. VIII 202, 6); *τὴν γῆν τὴν μέλαιναν τὴν Σαμίην*: *Nat. Mul.* 32 (L. VII 356, 4).

⁸ Pour ces deux provenances, cf. *supra* et n. 7.

⁹ Si l'argile d'Érétie est parfois appliquée tiède, *χλιερὴν* (*Morb.* III, 16: L. VII 154, 6), la terre de potier est employée ailleurs comme «refrigérant» (*Morb.* III 1: L. VII 118, 14-15 = Potter, 70, 15-16: *τῶν ψυκτικῶν*) ou qualifiée de *ψυχρῆ*: *Int.* 7 (L. VII 184, 13).

¹⁰ Cf. CHANTRAINE, *DELG*, III, s.v. *ὄστρακον*: «*ὄστρακον* comme *ὄστρεον* est apparenté au nom de l'os, cf. *ὄστρεον* et *ὄστακός*, en tant qu'ils désignent des objets durs». Cette famille de mots est limitée dans la *CH* à trois termes: *ὄστρακον*, *ὄστράκινος* et *ὄστρακώδης*.

¹¹ Cf. les dictionnaires Frisk et Chantraine, pour qui les rapprochements proposés avec *κεράσαι*, *κεράννυμι* ou avec le latin *cremare* ne sont guère démontrables.

¹² *κεραμικῆ γῆ*: *Int.* 7 (L. VII 184, 13); *γῆν κεραμίτιδα*: *Morb.* III 1 (L. VII 118, 15 = POTTER 70,15); pour *γῆ κεραμίτιδι*, cf. *supra*.

manson 83, 11), c'est-à-dire par «la terre de Cimôlos»; les autres sont de Galien, et présentent d'une part une concordance grammaticale parfaite avec le texte d'Hippocrate puisque l'une (K. XIX 139, 11) est à l'accusatif comme dans *Mul.* II 189, et que l'autre (K. XIX 90, 15) est au datif comme dans *Fist.* 3, d'autre part une interprétation cohérente avec celle d'Erotien, puisque les deux glossateurs s'accordent à faire venir de Cimôlos la terre de nettoyage¹³.

Toutefois, s'il n'existe aucune difficulté de sens, il reste un problème d'orthographe, car le mot glosé est *σημηκτρις* chez Erotien, *σημηκτις* (sans *q*) chez Galien. Quelle attitude convient-il dès lors d'adopter? Faut-il privilégier l'une des deux formes, comme le font la plupart des dictionnaires (Chantraine, Frisk, ou L.S.J.), ou les admettre l'une et l'autre, comme le fait, avec plus ou moins de bonheur, le dictionnaire Bailly^{14?}

Pour essayer d'en juger, voici les éléments d'appréciation:

- La forme *σημηκτρις* est attestée non seulement chez Hippocrate et Erotien, mais aussi chez les auteurs comiques, Eupolis, Céphiosodore et Nicocharès, tous trois cités par Pollux, *Onom.* VII 40 et X 135¹⁵. Cette forme en *-τρις* est du reste à mettre sur le même plan que *σημαντρις* ou *πλυντρις* qui qualifient *γη* chez Hérodote et Théophraste¹⁶.
- La forme *σημηκτις*, elle, n'est connue que par Galien, de sorte que le choix des auteurs des dictionnaires s'est évidemment porté sur *σημηκτρις*. Toutefois on observera les points suivants: — de même que les féminins en *-τρις* correspondent à des masculins en *-τηρ*, de même les féminins en *-τις* correspondent à des masculins en *-της*¹⁷; or *σημηκτης* existe et figure dans un recueil de gloses, où il a pour équivalent le latin *pumicator*¹⁸; — la forme *σημηκτις* est non seulement attestée

¹³ Cf. GALIEN, ed. K. XIX 139, 11: *σημηκτιδα γην: την Κιμωλίαν* et 90, 15: *γη σημηκτιδι: τη Κιμωλία*. La nature détersive de la terre de Cimôlos apparaît nettement chez ARISTOPHANE, *Ran.* 711-712, où elle est associée à la soude: ... *ψευδολίτρου τε κονί/ας και Κιμωλιάς γης...* Sur ce type de terre, cf. H. BLÜMNER, *Technologie und Terminologie...* I², Leipzig-Berlin, 1912, p. 176.

¹⁴ Celui-ci en effet rapporte à Hippocrate, et non à Galien, la forme en *-τις*.

¹⁵ POLLUX, *Onom.* VII 40 = EUPOLIS, *Fr.* 412 (R. KASSEL et C. AUSTIN, *Poetae comici graeci*, V, Berlin, 1986) qui mentionne aussi Céphiosodore; POLLUX, *Onom.* X 135 = CÉPHIOSODORE, *Fr.* 6 (*ibid.*, IV, Berlin, 1983) qui mentionne aussi Nicocharès.

¹⁶ HÉRODOTE II 38 et THÉOPHRASTE, *De caus. pl.* II 4,3.

¹⁷ Cf. P. CHANTRAINE, *La formation des noms en grec ancien*, Paris, 1933, p. 339-340.

¹⁸ G. GOETZ et G. GUNDERMANN, *Glossae latinograecae et graecolatinae*, II, Leipzig, 1888, p. 434, 1.44.

deux fois chez Galien, mais figure aussi dans tous les manuscrits du plus ancien - et le *Marc. gr.* 269 remonte au Xème siècle - jusqu'au plus récent ¹⁹.

Ne peut-on dès lors concevoir l'existence d'un doublet *σημηκρίς/σημηκρίς* comme on admet par ailleurs *ἄρυστις* et *ἄρυστρις*, *θερμάστις* et *θερμαστρίς* ²⁰, *στεφανωτίς* et *στεφανωτρις* ²¹? Une telle solution aurait en tout cas le mérite de ne pas reléguer définitivement *σημηκρίς* parmi les *falsae lectiones*, place qu'il occupe déjà dans l'*Index Hippocraticus* de Hambourg.

Au reste, bien que la nature de la terre ne soit pas toujours précisée — c'est le cas de certaines expressions un peu vagues telles que «terre blanche» ou «terre noire de Samos», le contexte confirme sans ambiguïté le double usage qui en est fait.

Tantôt en effet les médecins mettent à profit la vertu décapante de la terre, soit qu'ils veuillent purger la matrice par un breuvage ou une application locale ²², soit qu'ils cherchent à soigner une fistule ²³ ou à enrayer la chute des cheveux; voici l'un des traitements dermatologiques qu'ils proposent à cet effet: «si les cheveux tombent ... (triturer) la terre de nettoyage avec du vin ou avec de l'huile de rose, ou avec

¹⁹ Les collations des manuscrits de Galien effectuées par J. ILBERG «De Galeni vocum hippocraticarum Glossario», *Commentationes philologiae quibus Ottoni Ribbeckio... congratulantur discipuli...*, Leipzig, 1888, p. 338-340 et G. HELMREICH «Handschriftliche Verbesserungen zu dem Hippokratesglossar des Galen», *Sitzungsberichte der königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften*, 1916, p. 197-214, n'ont sur ce point rien changé au texte de Kühn. de sorte que la faute, si elle existe, est bien antérieure à la vulgate que représente son édition: voilà qui répond à la question posée par R. Joly dans son édition des *Fist.*, *CUF* XIII, p. 139, n.1: «l'absence du *q* à *σημηκρίδα* est-elle plus qu'une erreur de Kühn?».

²⁰ Sur ces doublets, cf. E. FRAENKEL, «Zur metaphorischen Bedeutung der Suffixe -τήρ, -τωρ, -της im Griechischen», *IF* 32, 1913, p. 118 et n.1, 2 et p. 119: l'auteur envisage que la succession des deux *q*, aussi bien dans *ἄρυστρις* que dans *θερμαστρίς*, a pu entraîner la chute du second *q*. Voir aussi Chantraine, *DELG*, I, s.v. ἄρω qui s'interroge sur la formation de l'hapax *ἄρυστις* (SOPHOCLE, *Fr.* 764 Radt): «la plus simple (interprétation) serait de voir dans la forme un féminin en -τις répondant à *ἄρυστήρ*, mais la flexion sans *δ* rapproche le suffixe de -τις/-σις».

²¹ La forme en -τίς ne se rencontre que chez THÉOPHRASTE, *H.P.* V 8, 3 (αἱ στεφανωτίδες μωρίαι), qui connaît aussi la forme en -τρις, il est vrai plus largement attestée: cf. E. FRAENKEL, *Geschichte der griechischen Nomina agentis auf -τήρ, -τωρ, -της (-τ)*, Strasbourg, 1910, I, p. 164 et 223.

²² *Mul.* I 81 (L. VIII 202, 6) et *Nat. Mul.* 32 (L. VII 356, 4): Ἐτερον τὴν γῆν τὴν μέλαιναν τὴν Σαμίην ἐν ὕδατι τρίψας ὅσον ἀστράγαλον δίδου πιεῖν.

²³ *Fist.* 3 (L. VI 450, 6 = Joly 139, 14): βάλανον ἐνθεις κερατίνην ἐς τὸν ἀρχόν, γῆ διαχρίσας σημηκρίδι, τὸν ἀρχόν ἔαν: «introduisez dans le rectum un suppositoire en corne que vous aurez enduit de terre de nettoyage, laissez le rectum en l'état». Si énergique qu'il paraisse, le traitement ne s'arrête pas là, puisque ce suppositoire est remplacé, quelques jours plus tard, par un autre suppositoire, rempli d'alun.

de l'omphacion, ou avec le suc d'acacia» (*Mul.* II 189 = L. VIII 370,2).

Tantôt les médecins choisissent une terre pour sa fraîcheur, son humidité ou la finesse de son grain, comme on l'observe dans trois traités d'obédience cnidienne, *Les affections internes*, *Mal.* I, et *Mal.* III. Mais par delà certaines parentés d'expression tout à fait remarquables - on rapprochera les tournures κεραμικῆ γῆ ψυχρῆ καταπλάσσειν de *Int.* 7 (L. VII 184, 13-14) et ἦν καταπλάσης γῆ κεραμίτιδι de *Morb.* I 17 (L. VI 170, 20 = Wittern 44, 17), on constate que l'emploi de la terre par les médecins répond alors à deux finalités assez différentes: ici, la fraîcheur de la terre sert à soigner le mal; là, l'humidité de la terre sert à la révéler. Or c'est sur de double aspect et cette double relation (terre froide → soin; terre humide → «révélateur») que je voudrais insister.

L'utilisation de la terre froide à des fins thérapeutiques, attestée dans *Int.* 7 et dans *Morb.* III 1, vise à soigner deux maladies différentes, dans un cas un érysipèle du poumon, dans l'autre une vive douleur à la tête due à une inflammation du cerveau; du reste, le moyen mis en oeuvre diffère lui aussi, puisque l'application de terre de potier se fait tantôt directement sur le corps du malade qu'on expose ensuite à l'air froid de la nuit (*Int.* 7), tantôt par l'intermédiaire d'un récipient dans lequel on place la substance réfrigérante, avant de le déposer sur la tête du patient (*Morb.* III 1). Mais le principe qui sous-tend cette thérapeutique est bien entendu le même, et repose sur la nécessité de rafraîchir le malade, comme le prouve, dans les deux textes, l'accumulation de termes exprimant le froid; en effet, quoique le détail et surtout la présentation du traitement varient d'un texte à l'autre, l'auteur des *Int.* procédant par énumération et répétant trois fois l'adjectif ψυχρός, l'autre recourant, de façon plus synthétique, à la formule τῶν ψυκτικῶν τι, la prescription initiale est analogue dans les deux cas: ψύχειν μὲν τὸ σῶμα dit le médecin d'*Int.* 7 (L. VII 184, 10); χροῖ ... ψύχειν τὴν κεφαλὴν lui fait écho l'auteur de *Morb.* III 1 (L. VII 118, 12-13 = Potter, 70, 14).

L'utilisation de l'humidité de la terre à des fins que l'on pourrait qualifier d'«heuristiques» est mentionnée quant à elle dans *Morb.* I 17 et dans *Morb.* III 16, et la présence dans les deux textes de ce procédé assez original suggère évidemment leur comparaison. Dans *Morb.* I 17 (L. VI 170, 20 = Wittern, 44, 17), l'auteur considère le cas des malades atteints de collections purulentes dans le ventre, et envisage successivement deux hypothèses: quand le mal se manifeste au dehors (avec éruption de pus), et quand il se manifeste au dedans: «et s'il se manifeste au dedans, il est difficile à reconnaître, car on ne peut même pas le savoir par la succussion; mais c'est surtout par la douleur qu'on

découvrir où est le mal; et, si l'on applique de l'argile de potier ou toute autre substance du même genre, elle sèche rapidement». Dans ce texte, riche en verbes de connaissance ²⁴, le recours au cataplasme d'argile intervient en quelque sorte de façon secondaire, et cela à double titre: en effet, on l'emploie quand le procédé de succussion est impossible (οὐδὲ γὰρ διασεῖσαντά ἐστι εἰδέναι), et l'indication qu'il procure intervient après celle que fournit la douleur qui, elle, est essentielle: γινώσκειται δὲ μάλιστα τῇ ὀδύνῃ; du reste, le procédé du cataplasme d'argile n'est que brièvement mentionné, et l'auteur ne juge pas utile de donner d'autres explications que le rapide ἀποξηραίνει δι' ὀλίγου.

Il en va tout autrement du passage de *Morb.* III 16, où, par deux fois, l'auteur utilise de l'argile d'Érétrie pour traiter les collections de pus dans le poumon: «mais si, par suite de sa viscosité, le pus ne clapote pas et ne fait pas de bruit ..., qu'on ne s'y trompe pas et qu'on sache bien que la poitrine est pleine de pus. Qu'on trempe alors dans de l'argile d'Érétrie humide, finement broyée et tiède un linge fin, qu'on en enveloppe la poitrine tout autour, et là où il sèche d'abord, c'est là qu'il faut inciser ou cautériser le plus près possible de la cloison phrénique, mais en respectant telle cloison; si l'on veut, qu'on enduise avec de la terre d'Érétrie, et qu'on observe comme dans le linge; mais que plusieurs personnes enduisent ensemble, afin que les parties enduites au début ne sèchent pas» ²⁵. Les circonstances qui préludent à l'emploi du cataplasme d'argile sont identiques dans ce texte et dans le texte précédent: car non seulement la maladie à traiter est à peu près la même -collection de pus dans la cavité inférieure ou dans le poumon- mais surtout le recours à cette méthode n'intervient que lorsque l'auscultation par succussion se révèle impossible; le procédé du cataplasme n'est donc bien qu'une solution de remplacement ²⁶.

Et pourtant, quelle différence entre l'allusion rapide faite dans *Morb.* I 17 et le profusion de détails fournis par l'auteur de *Morb.* I ! D'un côté, le médecin fait intervenir le cataplasme pour renforcer les indications tirées de la douleur du patient, ce qui entraîne une liaison assez lâche par καί; de l'autre, le médecin se réfère à ce procédé et à lui seul de façon logique, comme le souligne la liaison par οὐν. D'un côté, l'argile du potier peut être remplacée par une substance analogue

²⁴ Il y a entre les manuscrits anciens, un léger désaccord concernant l'un des verbes (γινῶναι θ : εἰδέναι M) mais le sens diffère à peine, et les deux autres emplois de γινώσκειν sont, eux, parfaitement attestés: cf. *Morb.* I 17 (L. VI 170, 18-19 = Wittern 44, 15-16).

²⁵ *Morb.* III 16 (L. VII 154, 3-12 = Potter 94, 22-31).

²⁶ Noter que dans *Int.* 7 l'application d'argile froide sur le malade atteint d'érysipèle du poumon intervient aussi en dernier recours, quand les autres applications (bettes ou linges trempés dans l'eau froide) se sont révélées inefficaces.

(γῆ κεραμίτιδι ἢ ἄλλῳ τῷ τοιοῦτῳ: *Morb.* I 17: L. VI 170, 20 = Wittern 44, 17), de l'autre l'argile requise doit venir d'Erétrie et présenter à la fois trois qualités (humidité, finesse et tiédeur) ce qui provoque la succession, à mon sens assez rare, de quatre adjectifs pour un même terme. Mais il y a plus: l'installation du cataplasme, évoquée seulement par le verbe καταπλάσσω dans *Morb.* I 17, fait ici l'objet d'une double description, car on ne procède pas de la même façon si l'on plonge le linge dans l'argile²⁷ et si le cataplasme est fait d'argile pure, l'intervention de plusieurs aides devant alors accélérer sa mise en place. Sans doute cette liberté laissée au médecin traitant, sous la forme ἦν δὲ βούλη qui introduit la seconde méthode, est-elle bien dans la manière de l'auteur de *Morb.* III, car il ne lui est pas rare de recourir à ce type d'expression²⁸. Mais l'importance accordée au procédé de détection par l'argile n'en est pas moins remarquable, et ressort d'autant mieux si l'on compare ce passage au passage parallèle de *Morb.* II.

Il n'est bien entendu pas question de reprendre ici dans le détail les ressemblances qui unissent ces textes²⁹, et qui affectent le fond (nature et déroulement de la maladie; étapes du traitement) et la forme. On notera toutefois qu'un tel réseau de correspondances souligne davantage les différences. Or l'auteur de *Morb.* II 47 b, s'étant livré à une description de l'auscultation par la succussion, envisage ensuite que ce procédé ne puisse fonctionner convenablement: «si vous n'entendez pas de bruit par suite de la viscosité ou de l'abondance du pus —cela se produit parfois— vous pratiquerez l'incision au côté qui est enflé et qui est le plus douloureux»³⁰. On retrouve donc le même cas de figure que précédemment dans *Morb.* I 17 et *Morb.* III 16, et l'hypothèse d'une impossibilité de l'auscultation est parfois formulée dans les mêmes termes: on comparera les allusions à la viscosité du pus (ὕπὸ πάχους) et à l'absence de bruit (μηδὲ οὐ μὴ ψοφῆ) présentes dans *Morb.* III 16 et dans *Morb.* II 47 b. Et d'autres analogies apparaissent encore quand les médecins tirent les conséquences de l'hypothèse avancée: car, faute de pouvoir recourir à l'auscultation, les auteurs de *Morb.* II et *Morb.* I font tous deux appel à la douleur du malade pour

²⁷ On trempe le linge fin dans l'argile d'Erétrie humide (*Morb.* III 16: L. VII 154, 6-7 = Potter 94, 25-27: ἐς ... Ἐρετριάδα γῆν ὑγρὴν ... ἐμβάσας ὀθόνιον λεπτόν), comme ailleurs on trempe des chiffons dans l'eau fride avant de les appliquer sur le malade (*Int.* 7, L. VII 184, 12: ἡ ῥάκεια βάπτων ἐν ὕδατι ψυχρῷ: c'est dire le degré d'humidité que doit avoir l'argile affectée à cet usage).

²⁸ L'expression ἦν δὲ βούλη employée absolument a deux autres occurrences dans *Morb.* III 2 (L. VII 120, 4 = Potter, 70, 26) et 13 (L. VII 134, 4 = Potter 80, 25).

²⁹ Cf. J. JOUANNA, *Hippocrate. Pour une archéologie de l'école de Cnide*, Paris, 1974, pp. 465-467: la mise côte à côte des textes est à elle seule éclairante.

³⁰ Comparer *Morb.* III 16 (L. VII 154, 3-4 = Potter 94, 22) et *Morb.* II 47 b (L. VII 70, 8-9 = Jouanna 181, 21-182, 1).

déterminer le point à inciser; seule diffère alors l'importance accordée à ce critère, essentiel pour l'auteur de *Morb. I* ³¹, secondaire par rapport à l'enflure pour celui de *Morb. II*. Mais le grand absent est incontestablement le procédé du cataplasme d'argile, que l'auteur de *Morb. II* ne mentionne même pas ³².

Par conséquent, la comparaison des trois textes de *Morb. I* 17, *Morb. III* 16 et *Morb. II* 47 b permet de mesurer l'importance relative accordée par chaque auteur au procédé de détection par l'argile: ignorée de *Morb. II*, brièvement évoquée dans *Morb. I*, cette méthode suscite un développement circonstancié dans *Morb. III*: voilà peut-être qui rappelle opportunément, par delà certaines ressemblances parfois très frappantes d'un texte à l'autre, l'existence d'une personnalité propre à chaque auteur; voilà qui, à coup sûr, va nous inciter à tirer avec prudence quelques conclusions.

Il apparaît tout d'abord que les médecins hippocratiques ont mis en pratique les recommandations formulées au début du traité des *AER*, et qu'ils ont, comme le conseillait l'auteur aux praticiens itinérants, examiné «les divers états du sol» ³³: car non seulement ils observent les réactions que provoque sur la terre telle substance acide (sang, vomissure) qui la «ronge» ou la «soulève» ³⁴, mais ils savent que la qualité de la terre varie d'une région à l'autre -parfois même à de très faibles distances ³⁵- et connaissent l'aspect, la propriété et la provenance de certaines terres.

Pourtant, l'esprit d'observation dont ils font preuve dans ce domaine -et qui tranche avec le silence d'Hérodote ³⁶- ne s'accompagne encore d'aucune réflexion et d'aucune tentative même sommaire de définition. On pourrait donc être tenté d'opposer à cet éparpillement de données livrées sans commentaire les chapitres en bonne et due forme que Dioscoride et Galien consacrent à la terre: car c'est un véritable catalogue, organisé selon l'origine géographique des terres ³⁷ qu'ils élaborent tous deux, analysant leur aspect (couleur, impression

³¹ Cf. *supra*.

³² De façon plus générale, l'auteur de *Morb. II* n'utilise jamais la terre: tout au plus note-t-il les réactions que provoque à son contact une substance acide: *infra*, n. 34.

³³ *A.E.R.* I (L. II 12, 16-18).

³⁴ Cf. les expressions ξύει τήν γῆν ὡς (ou ὠσπερ) ὄξος: *Mul.* I 9 (L. VIII 40, 5) et *Int.* 6 (L. VII 180, 13); et τήν γῆν αἴρει: *Morb.* II 73 (L. VII 110, 19 = Jouanna 212, 17).

³⁵ *Morb.* IV 34 (L. VII 544-548).

³⁶ Hormis une brève remarque sur le limon du Nil (II 5, 11), Hérodote n'attache guère d'importance à la terre, sinon pour quelques anecdotes (ainsi en II 70, 9).

³⁷ Aussi bien l'interprétation de συμπῆξις par Galien est-elle non seulement cohérente avec les autres textes (Aristophane, Erotien), mais surtout conforme à l'importance qu'il attache aux provenances géographiques.

au toucher...), déterminant leur δύνανται, et établissant à l'occasion de nombreuses comparaisons ³⁸.

Mais, si la recherche sur l'argile prend alors une forme très élaborée, les premiers jalons ont été posés, me semble-t-il, par les médecins hippocratiques: c'est ce que suggèrent certaines ressemblances dans les prescriptions, comme l'usage de la terre de Samos pour soigner les affections gynécologiques (comparer *Mul.* I 81 = L. VIII 202, 6, Dioscoride V 71 = K. XXV 822 et Galien: K. XII 179), ou comme l'emploi de terre détergente dans les suppositoires (comparer *Fist.* 3 et Dioscoride V 173 = K. XXV 824), et c'est ce que confirme le recours aux mêmes carrières d'argile.

Bien entendu il faut sur ce point être circonspect, car l'origine géographique des terres ne présente pas pour les hippocratiques le même intérêt que pour Dioscoride et Galien qui en font un critère essentiel, et pour qui la recette «terre blanche, la valeur d'une potion» (*Mul.* I 81) serait sans doute dépourvue de signification. De plus, à l'intérieur du *corpus* hippocratique lui-même, les auteurs attachent aux provenances une importance variable: certains n'en donnent guère, d'autres les accumulent -c'est le cas notamment de l'auteur de *Mul.* I (L. VIII)- et, sans aller jusque là, il est clair que l'auteur de *Morb.* III se plaît plus que d'autres à les indiquer, de sorte que l'insistance qu'il manifeste à propos de l'origine érétienne de l'argile est tout à fait conforme à son état d'esprit ³⁹.

Malgré ces réserves, les indications géographiques méritent pourtant d'être prises en compte, et cela pour deux raisons:

- a) d'abord parce que Mélos (d'où vient l'alun) ⁴⁰, Samos, Érétie et Cimôlos -si l'on accepte l'équivalence des glossateurs entre «terre de nettoyage» et «terre de Cimôlos»- constituent encore, chez Dioscoride et Galien, les principaux centres de production pour la terre ⁴¹. Et le fait est d'autant plus re-

³⁸ Une anecdote racontée par Galien prouve que l'intérêt qu'il porte à la terre est partagé par d'autres: arrivé à Lemnos pour vérifier sur place si l'on mêle effectivement du sang de capridé à l'argile locale, il se voit offrir un livre où sont consignés tous les usages possibles de la terre de Lemnos (ed. K. XII 174, 3-7).

³⁹ *Morb.* III comporte cinq indications géographiques (outre Érétie d'Eubée, mention est faite de l'Éthiopie, de Thasos, de la Cilicie, de Kydonia en Crète); *Morb.* II n'en renferme que deux et *Morb.* I aucune.

⁴⁰ Cf. *supra*, n. 5.

⁴¹ Dans Dioscoride, non seulement ces quatre types de terre ont droit à un développement spécifique, mais ils servent aussi de références à l'analyse des autres (cf. la comparaison de la terre de Chios avec celle de Samos: V 173 = K. XXV 823-824); dans Galien ils interviennent à l'intérieur d'un vaste développement consacré à l'argile de Samos (K. XII 178-192) et figurent encore dans une liste de succédanés (K. XIX 727, 4-8).

marquable qu'on assiste chez eux à un vaste élargissement des connaissances vers Lemnos, Chios, Sélinonte, Séleucie de Syrie, ou encore l'Arménie;

- b) ensuite parce que ces îles étant situées en plein coeur de l'Égée, là où les médecins hippocratiques ont exercé leur art, il est assez naturel qu'ils y puisent les ressources nécessaires aux traitements qu'ils effectuent. Mais dans quelles conditions se procuraient-ils ces terres ⁴²? Faut-il imaginer, au profit des médecins, un transport ou même un commerce de la terre, analogue -en plus petit- à ce que l'on suppose en certains cas pour les potiers ⁴³? Ou bien faut-il admettre, plus simplement, que les médecins s'approvisionnaient eux-mêmes à la faveur des voyages qui les menaient de cité en cité?

La question, j'en conviens, est difficile à résoudre, mais elle ne doit pas, pour cela seul, être totalement écartée: car il est vraisemblable que les difficultés d'approvisionnement -valables pour toutes les marchandises mais surtout pour les plus pondéreuses d'entre elles (ce qui est le cas de la terre)- sont l'une des raisons qui conduisent les médecins hippocratiques à envisager souvent une ou plusieurs solutions de remplacement; le fait du reste se vérifie pour la terre qui, comme substance rafraîchissante, intervient au même titre que le jus de strychnos ⁴⁴ ou que les bettes et les linges trempés dans l'eau froide ⁴⁵.

Mais ce pragmatisme que les médecins montrent quand il s'agit de soigner ⁴⁶ tranche avec la rigueur qu'ils manifestent quand il s'agit de prouver ou de découvrir: c'est ce qu'illustre parfaitement l'exemple du cataplasme d'argile destiné à révéler la poche de pus dans *Morb.* III, et ce que confirme l'étude des vases dans la *CH*; mais ceci est un autre problème.

⁴² La question se pose pour la terre plus que pour l'alun, car on sait que ce matériau astringent pouvait être transporté: cf. le don de mille talents d'alun qu'Amasis offre au sanctuaire de Delphes (HÉRODOTE II 180, 7).

⁴³ Deux cas au moins peuvent être proposés en exemple: celui très vraisemblable des potiers ioniens installés en Etrurie, qui utilisent une terre identique à celle de leur mère-patrie et fort différente de l'argile locale (peintre des hydries de Caeré...); celui, plus sûr encore, de la grosse fabrique locale de l'île de Lipari qui, du VI^{ème} au III^{ème} siècle, utilise uniquement, faute d'argile exploitable sur place, une argile venue de la côte sicilienne.

⁴⁴ *Morb.* III 1 (L. VII 118, 14 = Potter, 70, 15).

⁴⁵ Cf. *supra*, n. 26.

⁴⁶ Se servir pour les soins de ce que l'on a sous la main est un conseil qui revient souvent, notamment dans les traités chirurgicaux: cf. par exemple *Art.* 7 (L. IV 94, 1).

El léxico ginecológico de las *Epidemias* hipocráticas

JOANA ZARAGOZA GRAS

(Universidad de Tarragona)

Este breve estudio se inserta dentro de un trabajo de análisis léxico-técnico de las *Epidemias* II, IV, V, VI, VII. La I y III han sido ya estudiadas por P. Berretoni en «Il lessico tecnico del I e III libro delle epidemie ippocratiche» *ASNP* 2, 1970, Fasc. I-II, pp. 27-106; Fasc. III-IV, pp. 217-312, si bien no se trata de un trabajo exhaustivo.

El método utilizado ha sido el siguiente: Para cada vocablo se ha buscado el primer significado, viendo cuál es el primer autor constatado que lo utiliza y con qué acepción; el cambio semántico, si lo hay, que ha sufrido a través de los diversos autores hasta llegar al campo de la medicina y a Hipócrates, y a la posterior utilización en aquella. Confrontando el texto de los distintos autores griegos, comprobamos si el vocablo en el contexto en que está empleado corresponde a la acepción dada. Es por ello por lo que damos en notas al final estas citas en griego. Cuando el significado es el mismo en las atestiguaciones anteriores que en las *Epidemias*, se nombra a los autores pero sin dar los textos.

Con todo ello se logra saber los neologismos, la apropiación y adaptación que hace el léxico médico de otros campos y los campos semánticos: ampliación y especialización.

Al final hemos elaborado un índice en el que se recogen todos los vocablos estudiados por orden alfabético, indicando cada uno de los lugares en los que aparece dentro de los libros aquí tratados. Los términos que figuran con asteriscos corresponden a neologismos hipocráticos.

Aunque las *Epidemias* no sean en modo alguno tratados ginecológicos, hallamos vocablos referentes a las mujeres como posible madre, fecundada, parturienta y alimentadora de hijos. Las palabras están agrupadas por temas, siguiendo un cierto orden cronológico de los acontecimientos.

a) MENSTRUACIÓN

ἡ φύσις ὀρμήσασα...: «La naturaleza habiendo hecho erupción...» (*Epid.* VII 123, L. V 468), se habla de una joven muchacha a la que le llega la menstruación y, según el médico que hace las anotaciones, ésta se le desvía teniendo hemorragias por la nariz ¹.

El término γυναικεία está usado como «flujo menstrual» y en dos ocasiones: γυναικείων πόνοι: «dolor de los genitales» (*Epid.* I 13, L. II 690 y καρδίας πόνος καὶ γυναικείων: «dolor de estómago y de genitales» (*Epid.* I 13, L. II 692) como órgano genital femenino ². Γυναικείος quiere decir desde Homero «concerniente a las mujeres» ³; Heródoto lo emplea para denominar el «gineceo» ⁴. La primera vez que se utiliza con la lectura de «desarreglos femeninos» es en el *CH.*, siempre en neutro. Sin embargo hay indicios de haber sido utilizado en la terminología científica de la época de Parménides ⁵. Está presente en todos los libros de *Epidemias*. Περὶ γυναικείων κατάδηξις: «en lo que se refiere al flujo de las menstruaciones» (*Epid.* II 2, 8, L. V 88). En una sola ocasión encontramos el grupo γυναικείων χώρησις como «flujo de la menstruación» (*Epid.* VII 120, L. V 466).

Relacionada con la palabra γυναῖκεια está ὑγρότης: «humedad»; aparece en dos ocasiones: ὅτι μετὰ τὰ γυναικεία τὰ μὲν δεξιά, τὰ δὲ ἀριστερὰ χάσκων, ὑγρότης, διὰ τῶν ἀπιόντων: «que después de la menstruación, está entreabierta o a la derecha o a la izquierda, la humedad a través de las secreciones» (*Epid.* II 3, 17, L. V 116), y también en *Epidemias* VI 8, 6, L. V 344 ⁶.

El adjetivo ἐπιμήνιος «mensual» está usado en neutro plural, en las *Epidemias*, funcionando como un adjetivo sustantivado. Τὰ ἐπιμήνια puede ser «sacrificios mensuales» si nos fijamos en Heródoto ⁷, o según Polibio «provisiones que se necesitan para un mes» ⁸. En *Epidemias* sirve para indicar las «pérdidas mensuales» de la mujer, ésta acepción será usada por Aristóteles en su *Historia de los animales* ⁹.

¹ Ὀρμάω está atestiguado y no pocas veces a lo largo de las *Epidemias* con otros significados derivados de «poner en movimiento».

² Cf. BERRETTONI, *op. cit.* fasc. I-II, p. 52. Γυναικείων con el significado de «órgano genital femenino» sólo aparece en *Epidemias* I y III.

³ HOM., *Od.* X 437: γυναικείας διὰ βουλᾶς.

⁴ HDT., V 20: γυναῖκας μὲν ἐξεληθούσας ἀπέπεμπε ἐς τὴν γυναικήην.

⁵ ARIST., *PA* 648 a 28 ss.

⁶ Se trata de un calco.

⁷ HDT., VIII 41: καὶ ὡς ἔδοντι ἐπιμήνια ἐπιτελέουσι προτιθέντες τὰ δ' ἐπιμήνια μελιτόεσσα ἔστι.

⁸ PLB., XXXI 12, 13: διὸ καὶ τὴν τε τῶν ἐπιμηνίων παρασκευῆν ἀνυπόπτως ἐποιεῖτο.

⁹ ARIST., *HA* 638 a 7: καὶ τῶν ἐπιμηνίων σχέσις.

La significación del *fluir* de la menstruación está indicada con distintos verbos: γίγνομαι, ἐπιφαίνω, ἔρχομαι, καταβαίνω, λύω.

De la misma raíz de γυναικεῖα es el verbo γυναικῶ que está presente una sola vez en las *Epidemias* (*Epid.* VI 8, 32, L. V 356) en voz pasiva con el significado de «volverse mujer». Es el caso de mujeres que toman apariencia viril y la única esperanza de volver al estado anterior consiste en la reaparición de las menstruaciones.

b) COITO

Para denominar el acto sexual en las *Epidemias* se usan las siguientes palabras:

El grupo ἀφροδισίος –α –ον, ἀφροδισιάζω. El adjetivo está sustantivado en todos los casos en que se utiliza en *Epidemias*, y su valor es el de «coito» (*Epid.* VI 8, 23, L. V 352) o «placeres sexuales» (*Epid.* II 2, 20, L. V 90). El verbo correspondiente es ἀφροδισιάζω: «hacer uso del coito» (*Epid.* V 72, L. V 246, *Epid.* VII 69, L. V 432 entre otros); data del s. V.

Λαγνεῖη «coito» y el verbo λαγνεύω «realizar el coito»; atestiguado por primera vez en Hipócrates y usado después por Jenofonte¹⁰ para hablar del libertinaje, y por Aristóteles como «comercio íntimo»¹¹. El sustantivo se emplea para dar un remedio a las enfermedades que provienen de la flegma.

Otra de las palabras utilizadas es μίξις, atestiguada desde el s. V en Heródoto y en el *CH* como «unión», «comercio íntimo»¹². También es una terapéutica para algunas enfermedades, de modo que aparece junto a νοῦσος¹³.

Πορνείη como «acto sexual» aparece por primera vez en el *CH*: sin embargo, su significado más corriente, el de «prostitución», se lo

¹⁰ X., *Mem.* I 6, 8: τοῦ δὲ μὴ δουλεύειν γαστρὶ μηδ' ὕπνῳ καὶ λαγνεῖα οἶται...

¹¹ ARIST., *HA* 575 a 21: ὅταν δ' ἐξαδυνατήσῃ διὰ τὴν λαγνεῖαν.

¹² HDG., IV 104: ἐπικοινωνοῦν δὲ τῶν γυναικῶν τὴν μείξιν ποιεῖνται. HDG., I 203: μείξιν δὲ τούτων τῶν ἀνθρώπων εἶναι ἐμφανέα κατάπερ τοῖσι προβάτοισι.

¹³ En *Epid.* VI 5, 15, L. V 320 aparecen los términos λαγνεῖη y πορνείη como remedios: λαγνεῖη τῶν ἀπὸ φλέγματος νοῦσῶν ἀφέλιμον... Τὰς ἐπαυξέας νοῦσους, μίξις.

da Demóstenes ¹⁴, significado que más tarde, por extensión pasará a «todo acto deshonesto» y metafóricamente a «idolatría»; de nuevo el coito bajo la forma de πορνείη es un remedio, esta vez contra la disentería (*Epid.* VII 122, L. V 468) ¹⁵.

Πρόσοδος es un sustantivo que no tiene en principio ninguna acepción sexual. Usado por Píndaro ¹⁶, Heródoto ¹⁷ como «acceso», Aristóteles lo utiliza para denominar «procesión religiosa» ¹⁸. Una sola vez aparece con este significado de «relación sexual», en plural (*Epid.* VI 3, 14, L. V 300); ningún otro autor se sirve de esta acepción.

Un verbo con un significado semántico parecido es προσέρχομαι «ir hacia», «acercarse». Bajo la acepción de «tener relación sexual con una mujer» lo encontramos en *Epidemias* VI 3, 14, L. V 300. Utilizado ya por Esquilo ¹⁹, Jenofonte también se sirve de él ²⁰.

c) PROCREAR, ESTAR ENCINTA:

De la raíz de γίγνομαι es γονή atestiguado desde época homérica. Puede significar «la acción de engendrar» y «lo que es engendrado». Los pitagóricos lo utilizan como nombre para la «unidad». También es la «raza» o el «linaje» ²¹, pero esto nos aleja del significado que aparece en las *Epidemias*. En el mismo *CH* tiene varias acepciones: «órganos de la generación» ²², «nacimiento» (*Epid.* IV 31, L. V 174). Hesíodo lo utiliza como «germen», «semilla» ²³, y en las restantes citas de *Epidemias* es «esperma». El médico de *Epidemias* VI lo analiza para saber la constitución del paciente (*Epid.* VI 6, 8, L. V 328).

Igual utilización a la de γονή es la de γόνος, pero si γονή son los

¹⁴ D., XIX 200: οὗτος ἄλλον ἔκρινε παρ' ἑμῖν ἐπὶ πορνείᾳ.

¹⁵ Cf. J. ZARAGOZA GRAS, «Alguns aspectes màgics de la terapeutica hipocràtica» *Universitas Tarraconensis* 8, 1985, pp. 55-59.

¹⁶ Pí., N. VI 45: πάντοθεν λογίοισιν ἐντὶ πρόσοδοι.

¹⁷ HDT., IX 21: ἡ πρόσοδος μάλιστα ταύτῃ ἐγένετο τῇ ἴππῳ.

¹⁸ AR., Nu. 307: παῖ πρόσοδοι μακάρων ἱερώταται.

¹⁹ A., Eu. 285: ὅσοις προσήλθον ἀβλαβεῖ ξυνουσίαι.

²⁰ X., Smp. IV 38: οὕτω μοι τὸ παρὸν ἀρκεῖ ὥστε αἷς ἂν προσέλθῳ ὑπερασπίζονται με διὰ τὸ μηδένα ἄλλον αὐταῖς ἐθέλειν προσιέναι.

²¹ A., Ag. 1565: τίς ἂν γονάν ἀραῖον ἐκβάλῃ δόμων; S., OT 1469: ἴθ' ὃ γονῆ γενναίῃ. E., Ion 328: οὐδ' ἦξας εἰς ἔρευναν ἐξευρεῖν γονάς;

²² Art. 45, L. IV 194: κύστις τε γὰρ καὶ γοναὶ καὶ ἀρχοῦ τὸ χαλαρὸν ἐν τούτῳ ἔκτισται.

²³ HES., Op. 733: μηδ' αἰδοῖα γονῆ πεπαλαγμένος ἐνδοθι οἴκου.

órganos femeninos, γόνος son los masculinos en algún tratado hipocrático ²⁴; en *Epidemias* está presente con dos significados: «esperma» (*Epid.* VI 8, 11, L. V 348) y «bebé» (*Epid.* VII 6, L. V 378).

De él se deriva el adjetivo γονοειδής cuya primera atestiguación está en el *CH* y es un uso limitado. El adjetivo es uno de los formados con el sufijo -ειδής tan frecuente en el *CH* junto con -ώδης ²⁵. El significado de γονοειδής es evidentemente «parecido al esperma». Se dice de las partículas que hay a veces sobre la orina y se usa seis veces a lo largo de las siete *Epidemias* ²⁶.

La «concepción» está expresada una sola vez con la palabra κήσις (*Epid.* V 42. L. V 232); del verbo de la misma familia hablaremos más tarde.

Σύλληψις sustantivo de la misma raíz de συλλαμβάνω; su significado es el de «coger conjuntamente», «acción de apoderarse de algo» en Tucídides ²⁷, contemporáneo de Hipócrates. El primer testimonio de σύλληψις en la acepción de «concepción» lo encontramos en el *CH*: εἰ ἀπὸ τῶν γυναικείων ἀριθμητέοι οἱ ἐννέα μῆνες, ἢ ἀπὸ τῆς ξυλλήψιος: «si los nueve meses deben contarse a partir de las menstruaciones o de la concepción» (*Epid.* II 3, 17. L. V 118). Aristóteles lo emplea en el mismo sentido, y más tarde Sorano.

El verbo συλλαμβάνω está ya utilizado por Heródoto con el significado de «tomar conjuntamente», «reunir». Es éste un verbo del lenguaje corriente utilizado por los escritores griegos. Los médicos hipocráticos se sirven de él, y así en *Aforismos* 5, 46, L. IV 548, va unido a ἐν γαστρὶ hablando de una mujer embarazada, y en *Περὶ ἀφόρων* 220, L. VIII 424, unido a τὴν γονὴν también con el mismo significado, «concebir». Pero en *Epidemias* II 2, 17, L. V 90, va en relación a τίπτω «dar a luz».

Como contrapartida, en *Epidemias* VII 97, L. V 452 el verbo λαμ-

²⁴ *Liqu.* 2, L. VI 126: καὶ ἄκρεια, καὶ κύστις, καὶ γονή, καὶ ἄλλος γόνος ὁ γύμνος· ἔστι τε φύσει ψυχρότερος, ἢ ὅς τις οἶεται.

²⁵ Cincuenta y seis de estas formas son creación de los médicos hipocráticos. Cf. BERRETTONI, *op. cit.*, y J. ZARAGOZA GRAS-A. GONZÁLEZ, «Réflexions sur le lexique dans les *Epidémies* II, IV, V, VI, et VII» en *Verhandlungen des V Colloque International Hippocratique*.

²⁶ En un caso desaparece cuando son juzgadas las fiebres (*Epid.* IV 57, L. V 196) y en otro el enfermo muere (*Epid.* VI 8, 29, L. V 354). En el *CH* asistimos a la creación de una nueva palabra ἐξονειρώσσω, atestiguada en *Epid.* IV y VI y en el *Περὶ γονῆς*. Compuesto de ἐξ + ὄνειρος significa «tener pérdidas seminales durante la noche». Es síntoma de enfermedad.

²⁷ *Th.*, I 134: βεβαίως δὲ ἤδη εἰδότες ἐν τῇ πόλει τὴν ξύλληψιν ἐποιοῦντο.

βάνω va junto a ἐν γαστρὶ «coger en el vientre», de donde «estar embarazada». Este mismo verbo lo encontramos para señalar que alguien enferma. Ἐχω y su frecuentativo ἴσχω se presentan acompañados de ἐν γαστρὶ con el mismo significado, si bien se emplea en construcción braquilógica y aparece ἴσχω con el significado de «estar embarazada» (*Epid.* II 2, 18, L. V 90).

El verbo exacto para expresar esta idea es κνέω; atestiguado ya en la *Iliada*²⁸, y su forma κύω post-homérica. Es digno de atención el hecho de que κνέω aparece solamente en *Epidemias* V junto con κήσις y κνίσκομαι, y hay en este libro una ausencia total de los otros verbos, mientras que en *Epidemias* VII coexisten κύω y λαμβάνω.

Hipócrates forma un nuevo verbo ἐπικνέω, que recoge Aristóteles²⁹; su significado es el de «concebir otra vez antes de haber parido el primero»: es un producto de superfetación y está sólo atestiguado en dos ocasiones, ambas en *Epidemias* V 11, L. V 210-212).

Otra construcción nos da el significado de «estar encinta», ἔχω νήπιον: εἰ δὲ καὶ εἶχέ τι νήπιον, οὐκ οἶδα: «si tenía algo infantil, no lo sé», ésta sería la traducción literal, lo cual significaría «si estaba embarazada, no lo sé» (*Epid.* IV 26, L. V 170).

En la *Odisea* se lee ἔμβρυον para designar a todo ser recién nacido³⁰; Esquilo lo emplea como «embrión», «feto de un animal»³¹. En las *Epidemias* lo hallamos una sola vez (*Epid.* II 6, 18, L. V 136), con significado de «feto».

En *Epidemias* VII leemos κήμα «feto», como primera atestiguación de esta palabra en los escritos griegos, pero sólo en dos ocasiones (*Epid.* VII 6, L. V 376 y *Epid.* VII 73, L. V 432). Más tarde la recogerán Platón y Aristóteles³²; una vez tiene otra traducción, aunque evidentemente relacionada con el embarazo: ἦσιν ἐν κνήμασιν ἐκ πτώματος ἢ σπάσματος ἢ πληγῆς πόνοι: «las mujeres que están en estado tiene dolores a raíz de una caída, de un esfuerzo o de un golpe» (*Epid.* VII 73: L. V. 432)³³.

²⁸ HOM., *Il.* XIX 117: ἡ δ' ἐκείφι φίλον υἷόν.

²⁹ ARIST., *HA* 548 b: ὅσα μὴ πέφυκεν ἐπικνίσκεσθαι.

³⁰ HOM., *Od.* IX 245: καὶ ὑπ' ἔμβρυον ἦκεν ἐκάστη.

³¹ A., *Eu.* 945: ξὺν διπλοῖσιν ἔμβροῖς.

³² PL., *R.* 461 c: μηδ' εἰ φῶς ἐκφέρειν κήμα μηδέ γ' ἔν, εἰν γένηται. ARIST., *GA* 1, 13: ἐκκρίνεται τὸ περιττώμα τὸ ὕγρον καὶ τοῖς μὲν ἄρρεσι τὸ σπέρμα, τοῖς δὲ θήλεσι τὸ κήμα.

³³ Una alternativa sería: «En los fetos, a raíz de una caída, de esfuerzo o de un golpe se producen dolores» en base a la anotación hecha por Littré en su aparato crítico. Cf. L. V 432, n. 10.

d) PARTO

En la tragedia el adjetivo λεχώ conceptúa a una mujer como parturienta ³⁴, y esta misma palabra está atestiguada en *Epidemias* para indicar lo mismo, aunque no es muy frecuente; también aparece en los Epigramas de Delfos ³⁵.

Ἀπόλυσις es la acción de desatar; entre los hipocráticos es utilizado en varias ocasiones para designar el «restablecimiento de una enfermedad», al desligarse de νοῦσος o bien hablando de un vendaje ³⁶. Este sustantivo y el verbo correspondiente ἀπολύω van a veces referidos a παιδίον y es la acción o el hecho de deshacerse del niño que tiene la madre en el vientre, por lo que pasan a tener el significado de «parto» y «parir» respectivamente. El verbo está ya presente en la epopeya con el valor de «desatar» ³⁷, pero el sustantivo es más tardío ³⁸.

Creemos conveniente recoger aquí también la frase leída en *Epidemias* V 13, L. V 212 ya que, si bien por sí solo el verbo no tiene el significado que corresponde a este apartado, al ir acompañado de una serie de palabras, puede formar parte de él: ἐξέπεσεν ἐκ τῆς γαστρὸς τὸ παιδίον: «se descolgó del útero el niño»; en esta ocasión el bebé sale muerto.

La acción de traer al mundo un niño se expresa por medio del verbo τίκτω: es éste un término de uso común, muy extendido junto con su sustantivo τόκος «parto».

Hay otra palabra dentro del mismo grupo, δυστοκέω, que aparece atestiguada por primera vez en el *CH*, si bien luego es recogida por Platón y Aristóteles ³⁹. Su significado es «tener un parto difícil» y queda ya como término técnico. Puede que para su formación haya influido una palabra usada en la *Iliada* y referida a Tetis, que es δυσσαριστοτόκεια, es decir «infortunada madre de un héroe».

De la misma familia es ἐπιτόκος cuya primera aparición está en el

³⁴ E., *El.* 652: λεχώ μ' ἀπάγγελ' οὔσαν ἄρσενος τόκω. *El.* 654: δέχ' ἠλίους, ἐν οἷσιν ἀγνεύει λεχώ.

³⁵ Schwyzer 323 D 13: καὶ κ' αὐτὸς θύητ' ἡσθη[σ]ιον καὶ κα λεκχοῖ παρῆι.

³⁶ *Fract.* 10, L. III 452: ἐν δὲ ἐκάστη τῶν ἀπολυσιῶν ὕδατι πολλῷ θερμῷ χρῆσθαι.

³⁷ *Hom.*, *Od.* XXI 46: αὐτίκ' ἄρ' ἢ γ' ἱμάντα θοῶς ἀπέλυσε κορῶνης.

³⁸ *Hdt.*, VI 136: ἀπόλυσις κακῶν θάνατος. *Pl.*, *Cra.* 405 b: κατὰ μὲν τὰς ἀπολύσεις τε καὶ ἀπολούσεις, ὡς ἰατρὸς ὢν τῶν τοιούτων. Ἀπολούων ἂν ὄρθως καλοῖτο.

³⁹ *Pl.*, *Thi.* 149 d: καὶ τίκτειν τε δὴ τὰς δυστοκοῦσας. *Arist.*, *HA* 587 a 4: Δυστοκοῦσι δὲ μᾶλλον καὶ ἄν...

CH: su significado es el de «la que ha tenido hijos con anterioridad», pero su uso es poco frecuente.

Πρωτοτόκος «primeriza», está más generalizada entre los autores griegos; aparece ya en la epopeya ⁴⁰, y la encontramos en *Epidemias* II 3, 17. L. V 118; utilizada por Platón ⁴¹ y más tarde en los Evangelios ⁴².

e) ABORTO

Ἀπαλλάσσω es un verbo atestiguado a partir de Heródoto con el significado de «alejarse» ⁴³, apartarse para deshacerse de alguien, de donde al estar referido a πόνος o a νόσος pasa a tener el significado de librarse de los sufrimientos o enfermedades; en este sentido aparece en el *CH* y en los trágicos; pero también significa en dos ocasiones «abortar», coexistiendo con los compuestos de φθείρω.

Ἀποφθείρω es una especialización semántica que no parece atestiguada antes del *CH* y que no es de uso muy frecuente en los autores posteriores.

El sustantivo correspondiente es ἀποφθογή «aborto» *Epid.* VI 1, 1, L. V 266). Este sustantivo está atestiguado por primera vez en Esquilo ⁴⁴, hablando de castración. En las *Epidemias* siempre tiene el valor de «aborto»; fuera de estos dos casos parece no ser utilizado.

Otro compuesto utilizado es διαφθείρω, cuyo significado desde la epopeya es «destruir». Podría definirse por oposición a φύω. En Heródoto, Esquilo y Sófocles está empleado bajo la aceptación de «hacer perecer» ⁴⁵. De uso muy frecuente, se tecnifica en Hipócrates y pasa a tener el valor de «abortar». Empleado una sola vez en los libros aquí estudiados, con el valor de «estar muerto», hablando de un feto en el vientre materno: ὡς διεφθαρμένον: «como si estuviera muerto» (*Epid.* VII 6. L. V 376). Más tarde Isócrates lo utilizará también en un sentido

⁴⁰ ΗΟΜ., *Il.* XVII 45: μήτηρ πρωτοτόκος κινυρή...

⁴¹ ΡL., *Thi.* 151 c: μή ἀγρίαινε ὥσπερ αἱ πρωτοτόκοι περὶ τὰ παιδία.

⁴² Εν. *Luc.* 2, 7: καὶ ἔτεκεν τὸν υἱὸν αὐτῆς τὸν πρωτότοκον.

⁴³ ΗΔΤ., I 61: μαθὼν δὲ ὁ Πεισίστρατος τὰ ποιούμενα ἐπ' ἑωυτῷ ἀπαλλάσσετο ἐκ τῆς χώρας τὸ παράπαν, ἀπικόμενος δὲ ἐς Ἐρέτριαν ἐβουλεύετο ἅμα τοῖσι παισὶ.

⁴⁴ Α., *Eum.* 187-8:... σπέρματος τ' ἀποφθορᾶ / παίδων κακοῦται χλονῆς, ἡδ' ἀμρω-
ναίαι.

⁴⁵ ΗΟΜ., *Il.* XIII 625: διαφθέρσει πόλιν. ΗΔΤ., I 36: ἔργα διαφθείρεσκε. Α., *A.* 1266: σὲ μὲν πρὸ μοίρας τῆς ἑμῆς διαφθερῶ. S., *OT* 438: ἡδ' ἡμέρα φύσει σὲ καὶ διαφθερεῖ.

médico «estar arruinado» alguien por una enfermedad ⁴⁶. Aparecerá otras veces en *Epidemias* y en otros tratados del *CH* con el significado de «abortar» o como «corrompido», «sangre corrompida» αἷμα διεφθορός (*Mul.* 2, 134, L. X 304). Plutarco también lo usa al hablar de un cuerpo en putrefacción ⁴⁷.

El sustantivo διαφθορή está presente en la obra de Heródoto como «ruina», «destrucción» ⁴⁸, pero cambia su significado junto con el verbo de su misma familia, para pasar a referirse también al «aborto».

El sustantivo φθορή aparece una sola vez y es en *Epidemias* II 4...; tiene la misma especialización semántica que los anteriores y está atestiguado en inscripciones ⁴⁹ y en la literatura médica ⁵⁰.

Ἀπόφθαγμα está sólo atestiguado en el *CH* con dos significados: «aborto» y «abortivo»; en *Epidemias* tiene siempre el primero de los dos, y la palabra «abortivo», que puede ser ésta o φθορεῖον, no aparece; en su lugar se utiliza πίνω τι, si bien su valor viene dado por el contexto ⁵¹.

f) LACTANCIA

Una vez el niño ha nacido, la madre le amamanta y para ello se utiliza el verbo θηλάζω ⁵², verbo con el sufijo -αζω que indica función,

⁴⁶ ISOC., XVIII 11: Τὸ μὲν τοῖνον πρῶτον ἐνέμεινε τοῖς ὁμολογημένοις, ὕστερον δ' ἐπιβουλεύσας μετὰ Ξενοτίμου τοῦ τοὺς νόμους διαφθείραντος καὶ τὰ δικαστήρια δεκάξοντος καί...

⁴⁷ PLU., 2, 87 c: καὶ καθάπερ οἱ γῦπες ἐπὶ τὰς ὁσμάς τῶν διεφθορότων σωμάτων φέρονται, τῶν δὲ καθαρῶν καὶ ὑγαινόντων αἴσθησιν οὐκ ἔχουσιν,...

⁴⁸ HDT., IV 164: τοὺς δὲ τινὰς χειρωσάμενος ὁ Ἄρκεσίλειος ἐς Κύπρον ἀπέστειλε ἐπὶ διαφθορῇ.

⁴⁹ IG² 1365, 18-25:... καὶ / ἀπὸ νεκροῦ καθαρίσθεσται δεκα-/τ[αί]αν, ἀπὸ γυναικῶν ἐβ[δ]ομαία[v], / ἀνδροφόνον μηδὲ περὶ τὸν τό-/πον, ἀπὸ δὲ φθορᾶς τετταρα-/κοσταίαν... IG² 1366, 6-8:... καὶ ἀπὸ νεκροῦ διὰ ἡμερῶν δέκα / καὶ ἀπὸ φθορᾶς ἡμερῶν τετταρακοντα, καὶ μηνῆνα θυσιάζειν ἀνε[v] / τοῦ καθειδρυσάμενου τὸ ἱερόν.

⁵⁰ GAL., XVII A 800: ὁκόσησιν ἀπὸ φθορῆς περὶ ὑστέρας καὶ οἰδημάτων εἰς καρηβαρίας τρέπεται, φθορὰν, οὐκ ἀποφθορὰν βουλόμενοι δηλονότι τὴν ἀμβλωσιν ὀνομάζειν. SOR. I 59: φθορὰ τοῦ ἐμβρύου.

⁵¹ *Epid.* V 53. L. V 238: Τῆ Σ. τὸ τριηκοσταῖον ἀπόφθαγμα. Πιούση τι ἢ αὐτόματον τοῦτο ξυνέβη. Ver *Epid.* VII 74. L. V 432. Se trata de un calco.

⁵² Θηλάζω en *Epid.* II 2, 16. L. V 90 y *Epid.* IV 10. L. V 148 es una causa de enfermedad, sanando el niño en el momento en que la madre deja de amamantarlo.

atestiguado a partir del siglo V, de la misma raíz de θηλή, que aparece en Eurípides ⁵³ designando el «pezón».

ÍNDICE

ἀπαλλάσσω	VII 41, L. V 408; VII 97, L. V 452.
ἀπόλυσις	V 13, L. V 212.
ἀπολύω	II 2, 17, L. V 90; V 11, L. V 210.
ἀπόφθαγμα	II 2, 13, L. V 90; V 53, L. V 238; VII 74, L. V. 432.
ἀποφθειρω	II 1, 6, L. V 76; IV 6, L. V 146; IV 7, L. V 148; IV 20, L. V 160; IV 22 (2), L. V 162.
ἀποφθορή	VI 1, 1, L. V 266.
ἀφροδισιάζω	V 72, L. V 246; VI 3, 5, L. V 294; VI 3, 14, L. V. 300; VII 69, L. V 432.
ἀφροδισίος	II 2, 20, L. V 92; VI 6, 2, L. V 324; VI 8, 23, L. V 352.
γαστήρ	II 2, 19, L. V 90; VII 97, L. V 452.
γονή	IV 31, L. V 174; VI 3, 9, L. V 296; VI 6, 8, L. V 328.
*γονοειδής	VI 2, 19, L. V 286; VII 25, L. V 398; II 3, 11, L. V 114.
γόνος	VI 8, 11, L. V 348; VII 6, L. V 378.
γυναικεῖα	II 2, 8, L. V 88; II 3, 1, L. V 102; II 3, 13, L. V 114; II 3, 17 (2), L. V. 116-118; IV 24, L. V. 164; IV 25, L. V 168; IV 38 (2), L. V 180; V 91, L. V 254; VI 1, 6, L. V 268; VI 8, 6, L. V 344; VI 8, 32 (2), L. V 356; VII 97, L. V 452; VII 98, L. V 452; VII 100, L. V 454; VII 120 (2), L. V 466.
γυναικῶ	VI 8, 32, L. V 356.
διαφθείρω	VII 6, L. V 376; VII 41, L. V 408; VII 73, L. V 432.
διαφθορή	VII 97, L. V 450.
δυστοκέω	II 2, 20, L. V 92; IV 7, L. V 148.
ἔμβρυον	II 6, 18, L. V 136.
ἔξονειρώσσω	IV 57, L. V 196; VI 8, 29, L. V 354.
ἐπικυέω	V 11 (2), L. V 210-212.
ἐπιμήνιος	II 2, 17, L. V 90; II 3, 17 (2), L. V 118; II 6, 16, L. V 136; IV 32, L. V 176; V 10, L. V 40; V 12, L. V 212.

⁵³ E., *Cyc.* 56: δέξαι θηλαῖσι σποράς.

ἐπίτοκος	VI 8, 32, L. V 356.
θελάζω	II 2, 16 (2). L. V 90; IV 10, L. V 148.
θηλή	V 101, L. V 258; VI 5, 11. L. V 314; VII 116, L. V 462.
ἴσχω	II 2, 18, L. V 90.
*κατάρρηξις	II 2, 8, L. V 88.
κυέω	V 11, L. V 210; V 12, L. V 212; V 13, L. V 212; V 25, L. V 224.
κύημα	VII 6, L. V 376; VII 73, L. V 432.
κύησις	V 42, L. V 232.
κυίσκω	V 18, L. V 216.
κύω	VII 6, L. V 376.
λαγνεία	VI 5, 15, L. V 320.
*λαγνεύω	V 25, L. V 224.
λαμβάνω	VII 97, L. V 452.
λεχώ	II 5, 3, L. V 128; II 6, 3, L. V 132; IV 25, L. V 166.
μίξις	VI 5, 15 (2), L. V 320.
νήπιος	IV 26, L. V 170.
ξύλληψις	II 3, 17, L. V 118.
όρμάω	VII 123, L. V 468.
πορνείη	VII 122, L. V 468.
προσέρχομαι	VI 3, 14, L. V 300.
πρόσοδος	VI 3, 14, L. V 300.
πρωτοτόκος	II 3, 17, L. V 118.
συλλαμβάνω	II 2, 17, L. V 90.
τίκτω	II 2, 17 (3), L. V 90; II 2, 18 (3), L. V 90 (2)-91; II 2, 19, L. V 92; II 2, 20, L. V 92; II 3, 17, L. V 116; II 4, 5, L. V 126; IV 22, L. V 162; IV 24, L. V 164; V 90 (2), L. V 254; VI 8, 6, L. V 344; VII 6, L. V 378; VII 99, L. V 452.
τόκος	II 2, 13, L. V 90; II 2, 19 (2), L. V 92; II 2, 22, L. V 94; V 103, L. V 258; VI 4, 4, L. V 306; VII 49, L. V 418; VII 99, L. V 452.
ύγρότης	II 3, 17, L. V 116; VI 8, 6, L. V 344.
φθορή	II 2, 4, L. V 86 ⁵⁴ .

⁵⁴ Por ausencia justificada de la autora, a pesar del interés suscitado por el trabajo presentado, se estimó conveniente no debatir acerca del tema.

V

RELACIÓN, INFLUENCIA,
TRADICIÓN

Nota al parágrafo 86 del tratado hipocrático *Peri diaitēs*

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ CONESA

(Universidad de Valencia)

En el escrito hipocrático que constituye tradicionalmente el cuarto libro del tratado ΠΕΡΙ ΔΙΑΙΤΗΣ, y que, a diferencia de los tres anteriores, lleva el título particular de ΠΕΡΙ ΕΝΥΠΝΙΩΝ, *Sobre los ensueños*, figura un pasaje con algunas variantes textuales. El parágrafo que notamos se enmarca en lo que podríamos llamar el proemio de este opúsculo que contiene un análisis de los fenómenos oníricos, como método de prodiagnosis de las enfermedades.

El texto en cuestión dice así (ed. R. Joly):

Τὸ μὲν γὰρ σῶμα καθεῦδον οὐκ αἰσθάνεται, ἡ δὲ ἐγρηγορούσα γινώσκει πάντα, καὶ ὄρη τε τὰ ὄρατὰ καὶ ἀκούει τὰ ἀκουστά, βαδίζει, παθεῖ, λυπεῖται, ἐνθυμεῖται, ἐν ὀλίγῳ ἐοῦσα ὀκόσαι τοῦ σώματος ὑπηρεσίαι ἢ τῆς ψυχῆς, πάντα ταῦτα ἢ ψυχὴ ἐν τῷ ὕπνῳ διαπρήσσεται.¹

«Pues el cuerpo, mientras duerme, no tiene sensaciones, en tanto que ella (el alma), que está en vela, conoce todo, ve lo visible y oye lo audible, pasea, palpa, se aflige, piensa; *en resumen*, cuantas funciones del cuerpo y del alma existen, todo ello lo verifica el alma durante el sueño».

Como se puede observar en nuestra traducción, seguimos la lectura ἐνὶ λόγῳ «en resumen», con preferencia a las otras variantes.

En adelante utilizaremos las letras A, B y C para referirnos a las tres lecturas propuestas respectivamente y por el mismo orden en que las citamos.

Subrayamos que A y B, es decir, ἐν ὀλίγῳ ἐοῦσα y ἐνὶ λόγῳ, son las dos locuciones que con mayor frecuencia se registran en las edi-

¹ Cf. *Vict.* 86 (VI 640 L.) Variantes de lo ofrecido en cursiva (A): ἐνὶ λόγῳ (B), ἐν ὀλίγῳ (C).

ciones. Editores, comentaristas y traductores se decantan por una u otra lectura de acuerdo con el grado de fiabilidad o peso de autoridad concedido a unos o a otros manuscritos. De este modo es cómo el *status* de alteración del texto se ha ido perpetuando a lo largo de la tradición. Existe, pues, una auténtica laguna, al respecto, que la crítica textual aún no ha desvelado con completa claridad. Tampoco está en nuestro ánimo caer en la petulancia de pretender que nuestro modesto estudio deje el problema resuelto. La realidad es que nuestro objetivo sólo aspira a presentar unas reflexiones en torno a este polémico pasaje.

Como muestra que sirva de base a nuestras observaciones, comenzaremos por mencionar algunas ediciones. Quizás la más conocida y la que mayor servicio ha prestado a filólogos y médicos modernos, interesados por la medicina hipocrática, es la de E. Littré ², que en el volumen VI incluye el tratado ΠΕΡΙ ΔΙΑΙΤΗΣ. Pues bien, Littré elige la lección A, registrada en el manuscrito denominado 9.

Otro editor, posterior a Littré, es W. H. S. Jones ³, que en su edición de *Hippocrates* inserta también, en el volumen IV, el texto citado. Jones discrepa de la lectura preferida por Littré y se decanta por la lectura B. El giro semántico que encarna esta variante es muy notable y fundamentalmente irreconciliable con la lectura A. Autores posteriores a los citados se suelen alinear a uno y otro lado de las lecturas seguidas por Littré y por Jones.

Así, por ejemplo, R. Joly ⁴, cuyo prestigio como comentador y exégeta de la medicina hipocrática es harto conocido, mantiene en su edición el texto propuesto por Littré con la variante A. Últimamente, Maloney - Frohn ⁵, en su edición de las *Concordantia in Corpus Hippocraticum*, se inclinan por la lectura B.

La tercera variante, la C, está registrada en el manuscrito denominado M.

Mencionaremos también, por cierta curiosidad, la versión latina del escrito *Sobre los ensueños* realizada por Julio César Escalígero ⁶.

² E. LITTRÉ, *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, I-X, París, 1839-1861.

³ W.H.S. JONES, *Hippocrates with an english translation*, I-IV. Londres-Nueva York, 1923-1931 (Loeb).

⁴ R. JOLY, *Hippocrate. Du Regime*, París, 1967 (Les Belles Lettres). ID., *CMG*, Berlín, Akademie Verlag, 1984.

⁵ G. MALONEY-W. FROHN, reim. Hildesheim, 1986.

⁶ JULIO CAESARE SCALIGERO, «Hippocratis. De insomniis liber», en *Avgerii Ferreri Tolosatis medici liber de somniis*. Lvgdvni, MDXLIX.

Esta versión no está exenta de interés, y, aunque desconocemos a ciencia exacta el texto griego que vertió al latín, la locución latina «*temporis momento ratiocinatur*» parece que corresponde a la lectura C. La interpretación particular de Escalígero nos llama la atención por la sugestión de la noción de tiempo que introduce. En efecto, la alusión al tiempo —*momento temporis*— sugiere una hipótesis sorprendente, por su anticipación a la moderna onirológia, que sostiene que basta un momento de tiempo durante el sueño para contemplar imágenes oníricas de toda una vida. Es decir, si esta hipótesis está en lo cierto, puede decirse que Escalígero intuyó realmente la desproporción del tiempo invertido en las vivencias oníricas en comparación con el consumido en la realidad por las acciones correspondientes a las imágenes oníricas. O realmente se está refiriendo a la sutileza del alma para captar, en sólo un instante durante el sueño, todo el complejo estado del cuerpo. En cualquier caso, repetimos, no deja de ser brillante la interpretación de Escalígero.

Reconduciendo nuestras consideraciones a las lecturas A y B, traductores y editores mantienen discrepancias semánticas radicales. Así, Littré interpreta el texto A: «dans le petit espace où elle est». Por su parte Joly traduce la misma lectura por «dans l' espace étroit où elle se tient». Ambas versiones se mueven en un mismo contexto y sólo matices de forma las separan.

Jones, que sigue la lectura B, la traduce por la expresión «in a word», «en una palabra».

Un detalle más, que debemos tener en cuenta, es que el texto se inscribe en un marco de aparente forma filosófica sobre la concepción del alma. Es decir, el estilo del pasaje tiene, en sus modos, verdaderas remembranzas de doctrinas que se pueden rastrear en las escuelas espiritualistas, en la religión órfico-pitagórica, en ciertos textos sobre los ensueños de la literatura oriental, así como en la doctrina platónica del alma.

Pero cuanto más nos adentramos en los parámetros materialistas de la concepción del alma hipocrática, se desvanece toda idea de relación de la concepción del alma en el *Corpus hippocraticum* con las doctrinas mencionadas. Por tanto sería un error toda pretensión de identificación de la doctrina hipocrática sobre el alma con la del orfismo o pitagorismo. La relación es pues superficial, en la medida en que afecta sólo a los modos de expresarse el autor. De ahí que sea lícito buscar tal o cual antecedente dentro de las corrientes filosóficas o religiosas aludidas. Pero debemos subrayar que el médico hipocrático sitúa la concepción del alma en un plano eminentemente, por no decir escuetamente, materialista. Porque el autor es, ante todo, un ra-

cionalista y un fisiólogo, y es en el campo de la fisiología y de lo material donde inscribe su concepción del alma. Lo cual es de una gran coherencia con el plano en que concibe el carácter endógeno del sueño y los ensueños. En realidad, todo el escrito está impregnado de su compleja doctrina fisiológica. De ahí que no debamos pasar por alto estas reflexiones, a fin de centrar la cuestión en sus auténticos parámetros. Porque las versiones representadas por Littré y Joly, no exentas de cierta dificultad de comprensión desde nuestro punto de vista, evocan las teorías órfico-pitagóricas del alma y la doctrina platónica al respecto. Como se sabe, la idea tradicional del Orfismo era considerar el cuerpo como una tumba del alma, teoría del σῶμα / σῆμα.

Platón evoca también esta doctrina cuando concibe el alma amarrada al cuerpo como en una prisión; εἰσγγμός⁷ es el término platónico. Ambas concepciones sugieren cierta violencia para el alma, al convertir lo que es para el autor hipocrático la morada propia y natural del alma en una tumba o cárcel.

Pero, como señala Cambiano⁸, el cuerpo, lejos de ser una morada extraña o una prisión, en realidad es la verdadera estancia del alma, la cual lo administra como si fuera su propiedad.

Otra orientación muy distinta es la lectura representada por Ermerins, Jones y otros. En efecto, el pasaje describe una serie de funciones o actividades del alma, pero no completa la enumeración, sino que la corta mediante la locución ἐνὶ λόγῳ, que Jones interpreta «in a word», «en una palabra». Esta lectura B está ya recogida en la edición de Mack⁹, una de las más notables del *CH* entre las antiguas, en opinión del propio Joly, y ya encomiada por Littré.

La variante C, ἐν ὀλίγῳ, registrada en el manuscrito M, como hemos señalado, no ha merecido por parte de los editores la preferencia con la misma frecuencia que las otras dos mencionadas. Sin embargo, como tal locución, fuera del pasaje hipocrático que comentamos, aparece en otros textos del *CH*. En general se trata de una expresión abreviada, con sentido de «poco a poco», «gradualmente», etc., lo que sugiere la noción de tiempo, tal como habíamos observado para la lectura C, en el caso de la versión de Escalígero. Incluso hallamos la expresión completa en algunos pasajes del *CH*, es decir, ἐν

⁷ Cf. PL., *Phd.* 82 e.

⁸ G. CAMBIANO, «Une interprétation matérialiste des Rêves: du Régime IV», *Hippocratica*, Actas III Coll. int. hippocratique, París, pp. 87-96.

⁹ S. MACK, *Hippocratis opera omnia*, Viena, 1743. Cf. Littré I, p. 550.

ὀλίγω χρόνῳ¹⁰. Sin embargo, no hemos observado la locución ἐν ὀλίγω referida a la idea de local o de espacio.

Por tanto, recalamos la gran coherencia de la lectura B con el texto en que está comprendida. Esta expresión actúa de cierre en la serie gradacional y enumerativa de las actividades del alma. Pero se trata de un catálogo de funciones incompleto¹¹.

Desde el punto de vista estilístico, la fórmula es impecable y clásica, pues expresiones de este tipo las hallamos en los clásicos; así, la locución λέγειν ἐνὶ λόγῳ de Platón¹². Que la descripción de las funciones o actividades del alma es en este pasaje incompleta lo demuestra el hecho que en el *CH* se mencionan muchas más. Pero el estilo sucinto y condensado, propio de un recetario, que impregna todo el escrito *Sobre los ensueños*, justifica esta expresión del autor «en una palabra», dejando ver que existen otras muchas actividades. Otro aspecto estilístico es la transición de la locución a la frase siguiente en perfecta correlación. Es decir, la frase ὀκόσαι... marca el otro extremo del puente sintáctico tendido en el contexto para expresar la idea complejiva de las funciones del alma: «en una palabra», «cuantas actividades»...

Es más, por analogía constructiva de otros pasajes con esta misma locución, podríamos postular puntuación tras ἐνθυμεῖται e iniciar la frase siguiente con ἐνὶ λόγῳ ὀκόσαι...

Porque, en efecto, y éste es un dato más en apoyo de la lectura que seguimos, la locución B aparece en otros pasajes del *CH* en contextos similares y con la misma función. Así ocurre en el libro primero del tratado que comentamos. Dice así:

Ἐνὶ δὲ λόγῳ πάντα διεκοσμήσατο κατὰ τρόπον αὐτὸ ἕωυτῶ τὰ ἐν τῷ σώματι τὸ πῦρ, ἀπομίμησιν τοῦ ὅλου, μικρὰ πρὸς μεγάλα καὶ μεγάλα πρὸς μικρὰ¹³.

«En una palabra, todo lo ha estructurado el fuego por sí mismo a su propia manera, una imitación del universo, (ajustando) lo pequeño con lo grande y lo grande con lo pequeño».

En el plano estilístico, el motivo es el mismo, aunque aquí no hay

¹⁰ Cf. *Prorrh.* II 1 (IX 8 L.).

¹¹ Existen otras muchas actividades del alma, así, junto a la de afligirse, de nuestro pasaje, la de regocijarse y preocuparse (parágrafo 89, 9) de este mismo escrito. Puede sentir dolor, espanto, distinguir el bien y el mal, lo agradable y desagradable, etc.

¹² Cf. *Pl.*, *Phdr.* 241 e.

¹³ *Vict.* I 10 (VI 484 L.).

discrepancias de lectura. Pero se trata también de una serie de funciones y cualidades del fuego en el cuerpo.

Otro texto que aducimos es el de *Sobre las carnes*, donde aparece también ἐνὶ λόγῳ como fórmula pertinente de resumen. Dice así:

Ἔστι δὲ καὶ ἀριθμῶ εἰπεῖν τὰς φλέβας τὰς μεγίστας ἐνὶ δὲ λόγῳ ἀπὸ τῆς κοίλης φλεβῶς καὶ ἀπὸ τῆς ἀρτηρίας ¹⁴.

«Es fácil enumerar las grandes venas y se puede decir, en *una palabra*, que todas las venas distribuidas por todo el cuerpo provienen de la cava y de la arteria».

Como se puede observar, en estos dos últimos pasajes, la locución ἐνὶ λόγῳ inicia frase. Ambos textos guardan una analogía en su construcción estilística con el pasaje que comentamos, por lo que volvemos a insistir en la hipótesis de suponer una puntuación tras ἐνθυμεῖται, en el pasaje en cuestión.

Así pues, sobre la base de estas consideraciones estilísticas y de exégesis del texto en coherencia con el planteamiento materialista y racionalista del autor, creemos que la lectura B tiene perfiles bastante fiables para representar a la genuina. No obstante somos conscientes de que los datos aducidos no constituyen de por sí pruebas definitivas para proclamar la solución del problema, pero la coherencia de nuestro razonamiento nos induce a apoyar la lectura B con mayor viso de autenticidad que las otras dos mencionadas ¹⁵.

¹⁴ *Carn.* 5 (VII 590 L.).

¹⁵ En el coloquio abierto tras la lectura de esta comunicación, se apuntaron, por parte del público asistente, algunas ideas. Unas en la línea general que sostenemos, como la de considerar la locución B una rectificación, o la de suponer que el participio ἐοῦσα, integrado en la expresión de la lectura A, sería una interpolación. Aunque también se alzó alguna voz discrepante y en apoyo de la lectura mantenida por Littré.

Audición, olfacción y voz en el tratado *Sobre las carnes del Corpus Hippocraticum*, en relación con los conocimientos actuales

FRANCISCO REDONDO PIZARRO

(Universidad de Valladolid)

Nuestro propósito es hacer comentarios comparando los conocimientos del *Corpus Hippocraticum* (CH) con los actuales en la fisiología de la audición, olfacción y de la voz.

Introducción. En el CH, el protocolo de la historia clínica sigue la evolución del paciente día a día con la descripción de síntomas y signos en cada caso. En él se dedican diez libros a la patología humana, pero a la fisiología muy pocas páginas; a pesar de ser fundamento de los mecanismos de funcionamiento de nuestro complejo psique-soma.

Aquí se recoge la descripción anatómo-fisiológica de la audición, olfacción y de la voz, comparándola con los conocimientos en esta materia.

Audición. Según el CH, «El hombre oye de este modo: los conductos auditivos llegan a tocar hueso duro y seco semejante a una piedra; además, el hueso está excavado en una cavidad fistulosa. Los sonidos van a chocar contra este cuerpo duro; y el hueso, que está hueco, resuena por su misma dureza. En el conducto auditivo está fijada una membrana al hueso duro, tenue como una tela de araña, la más seca de todas las membranas. Hay muchas pruebas de que los cuerpos más duros resuenan mejor; o cuando los sonidos son más fuertes, los oímos mejor. Algunos que han escrito sobre la materia han pretendido que era el cerebro mismo el que resonaba, lo que es imposible; pues el cerebro está húmedo y rodeado de una membrana húmeda y gruesa, y alrededor de la membrana están los huesos. Los cuerpos líquidos no resuenan; allí no hay más que cuerpos secos; luego lo que resuena es lo que produce la audición.» (*Carn.* 15, VIII 603-5 L.)

Para poder llegar a los conocimientos sobre la audición hubiese sido necesario, en aquella época, haber conocido mejor la anatomía

macroscópica, que quizá hubiese estado a su alcance, pero podían tener conocimientos de anatomía microscópica (faltan muchos siglos para el descubrimiento del microscopio), así como de histoquímica, electricidad, electrónica, sistema nervioso, neurología, bioneurología, neurotransmisores, etc., ciencias necesarias para comprender la audición. Actualmente tenemos muchos conocimientos de la audición, pero también es cierto que ignoramos todavía más que mucho de la fisiología y de la fisiopatología de la audición, de los múltiples centros, vías neuronales y sinapsis para la inteligibilidad de la palabra, del lenguaje con ideas abstractas, etc., lo que demuestra el corto alcance que todavía poseemos sobre el tema.

La vibración de cualquier materia sólida, líquida o gaseosa se transmite con la misma frecuencia a través de cualquier cuerpo, no transmitiéndose en el vacío, perdiendo intensidad con el cuadrado de la distancia y, también, con el paso de un medio a otro. Por ejemplo, al pasar la vibración de un medio sólido a un medio líquido se produce una pérdida de intensidad de 30 decibelios (dbs.), como ocurre en el paso del sonido de la cadena de huesecillos a los líquidos laberínticos, donde pierde 30 dbs.

Los peces no tienen oído medio. Tienen el oído interno en contacto directo con el agua que les rodea, y no tienen pérdida de intensidad en la percepción de un sonido producido dentro del agua, por lo que no tienen, ni necesitan, oído externo ni medio. Pero los animales con respiración aérea necesitan oído externo y medio. El oído externo recoge y conduce el sonido hacia la membrana timpánica. El oído medio, con la cadena de huesecillos en sistema de palancas, actúa sobre la membrana de la ventana oval aumentando la presión y, por tanto, la intensidad del sonido; a esto se añade la diferencia de superficie entre la membrana timpánica, de un cm. cuadrado, y la de la membrana de la ventana oval, de un mm. cuadrado; ello hace que el sonido se refuerce en 27,5 dbs. antes de perderlos en su paso a los líquidos laberínticos. Por esto, en la evolución animal, al emerger del agua y recibir el sonido desde un medio aéreo, la naturaleza dota de oído medio al animal.

El *CH* desconoce la existencia de oído interno y sus mecanismos de acción. El sonido, presión mecánica en los líquidos laberínticos, excita las células neuro-sensoriales del órgano de Corti, a las que despolariza electrónicamente, produciendo los microfónicos cocleares que recoge el nervio auditivo como potenciales de acción del orden de 80 milivoltios. Este mensaje cifrado corre a través de diversas neuronas del nervio auditivo para llegar a varias áreas de la corteza cerebral donde es decodificado e integrado. Esto es lo que conocemos actual-

mente de la audición, expuesto sucintamente, aunque es mucho más complejo.

Olfación. Según el *CH*, «El cerebro, siendo, húmedo, huele sustancias secas, atrayendo el olor con el aire a través de tubos que están secos. Pues se extiende en las cavidades de las narinas; de este modo, ninguno le opone una barrera; y no está limitado más que por un cartílago blando como una esponja, y que no es carne ni hueso. Cuando las cavidades de las narinas están secas se percibe con más exactitud el olor de las sustancias secas. No se huele el agua, pues es más húmeda que el mismo cerebro, a menos que esté putrefacta; pues el agua, así como los demás cuerpos, se espesa al corromperse. Pero cuando las narinas se vuelven húmedas, pierden la facultad de oler, el cerebro no atrae el aire hacia él. Es por esta vía, también, por la que el mismo cerebro, fluye abundantemente sobre el paladar, sobre la garganta, sobre el pulmón y sobre el vientre; entonces se reconoce y se dice que se hace un catarro de cabeza; él se hace también sobre el resto del cuerpo, y esto es una conversión por el calor.» (*Carn.* 16, VIII 605 L.).

El *CH* tiene una idea muy equivocada de todo ello, mezclando y equivocando la fisiología de la olfacción con la patología nasal aguda. Repetimos lo dicho en el apartado anterior sobre los conocimientos adquiridos posteriormente que son necesarios para poder comprender el mecanismo funcional de la olfacción. Por ello no es posible conocer mucho más en aquella época, a pesar de su capacidad observadora. Caen en el mismo error que es habitual del hombre a lo largo de la historia; incluso actualmente creemos estar en el acmé del conocimiento y de la civilización.

Es cierto que el nervio olfatorio, lo que denominamos nervio olfatorio, no es tal nervio, sino una prolongación del cerebro anterior, que se extiende por la fosa nasal en la mucosa olfativa situada en la parte superior. En total ocupa una superficie de 2 a 3 cm. cuadrados en el hombre. La estructura de esta mucosa olfativa ha sido estudiada por técnicas de microscopía y más efectivamente por microscopía electrónica de barrido. La estructura de la mucosa olfativa es el de un epitelio cilíndrico pseudo-estratificado en el que se incrusta el nervio olfatorio. El nervio olfatorio contiene tres tipos de células: las receptoras neurosensoriales, las de sostén y las basales. Las células neurosensoriales son neuronas bipolares, cuyo cuerpo celular tiene dos prolongaciones: una periférica, dendrítica, que termina en la vesícula olfativa desparramándose en un manojo de cilios; la otra, prolongación central axónica, amielínica, se hunde en la profundidad del tejido conjuntivo subepitelial, donde se agrupa con otros axones para formar las raíces del nervio olfatorio. Este nervio reúne alrededor de

25.000.000 de axones en el hombre. Está muy atrofiado en relación con los denominados animales macrósmicos. Se describen cuatro neuronas sucesivas que transmiten el impulso nervioso, cada uno con su determinado cifrado, a diversos centros situados entre el páleo-córtex y el tálamo donde se reúnen con fibras aferentes gustativas y somas-tésicas, procedentes de la lengua y de la faringe, para dirigirse a zonas quimiorreceptoras sensoriales del páleo-córtex y del neo-córtex.

La olfacción es un sentido químico. Frecuentemente es considerado como el pariente pobre de los cinco sentidos (que son más de cinco). Tiene extraordinaria importancia en la vida vegetativa, adquiriendo cada vez importancia en otros aspectos en la vida del hombre, además del que tiene en los animales en busca de alimento, defensa de los depredadores, etc.

Volvamos a los cilios de la vesícula olfativa situados en las neuronas neurosensoriales de la mucosa olfatoria. Cada célula posee una decena de cilios de dos micras de longitud. Cada cilio tiene unos pequeñísimos receptores sensoriales en número de 4.000; cada micro-receptor está condicionado para recibir un mensaje odorífero determinado distinto. Cada neurona posee unos 40.000 receptores; cada neurona es capaz de transmitir muchos mensajes al mismo tiempo, cada uno con su código distinto. El transmitir cientos de mensajes, o incluso miles, por un solo conductor al mismo tiempo es un reciente descubrimiento de la ciencia de aplicación en telefonía; la naturaleza lo posee ya desde los primeros animales del Cámbrico. Al llegar el estímulo específico al receptor despolariza a la célula, produciendo una descarga eléctrica de forma específica, que recoge el nervio y lo transmite a otras neuronas y centros donde es decodificado.

Voz y palabra.—Según el *CH*, «El hombre habla por el aire que atrae a todo su cuerpo, pero, sobre todo, a las cavidades. Lanzado afuera a través del hueco el aire produce un sonido, pues la cabeza resuena. La lengua articula por sus choques; interceptando en la garganta y golpeando contra el paladar y los dientes, hace sonidos distintos. Si, cada vez, la lengua no articulase chocando, el hombre no hablaría distintamente, y no emitiría más que sonidos simples naturales. La prueba está en los sordos de nacimiento que, no sabiendo hablar, no emiten nada más que sonidos simples. No se conseguirá hablar después de una espiración. En efecto, un hombre que quiera hacerse oír una gran voz, atrae el aire exterior, lo lanza afuera y grita fuerte a fin de que el aire resuene por contra; a continuación el sonido va debilitándose. Los músicos cuando necesitan llevar la voz lejos, haciendo una inspiración profunda, prolongan la espiración y cantan fuerte para que el aire resuene a la contra; el sonido cesa cuando el aire falta. Todo esto muestra que es el aire el que hace el ruido. He

visto personas que, queriendo suicidarse, se cortaron la garganta completamente; ellos viven, es cierto, pero no hablan, a menos que se reuniese la herida; entonces hablaban. Esto prueba que el aire no puede ser atraído a las cavidades, estando cortada la laringe; pues pasa a través de la herida. Tal es sin duda la explicación de la voz y la palabra.» (*Carn.* 18, VIII 608 L.).

Aquí, en la emisión de la voz, el *CH* no puede estar más acertado. Explica cómo se forma el sonido laríngeo al ser espirado entre las cuerdas vocales y especifica la existencia de resonadores y cómo la lengua actúa en la articulación de la palabra.

Pero el avance de la ciencia, a veces, desvía de la verdad. En los siglos XVIII y hasta la mitad del XIX se consideró que el sonido laríngeo era el resultado de la vibración de las estructuras glóticas, de las cuerdas vocales, bajo la influencia de una corriente espiratoria, es decir, el sonido está producido por la vibración de las cuerdas vocales. Es la denominada teoría mecánica.

En el siglo pasado, Savart en 1825 y Guillemin en 1897, no conformes con la teoría mecánica, emiten la teoría aerodinámica, explicando que el sonido laríngeo se produce por la turbulencia del aire en el ventrículo de Morgagni, como en el silbato.

Posteriormente, Müller en 1831, Longet en 1869 y Lermoyez en 1866, son sólidos defensores de las lengüetas membranosas. Al comienzo del presente siglo Ewald y Wethlo demuestran que las cuerdas vocales pueden vibrar horizontalmente. Más tarde, Trendelenburg y Wullstein corroboran el movimiento vocal en el cadáver, accionando los músculos por medio de unos hilos. Se emite la teoría mioelástica, admitida hasta 1950. Explica esta teoría que las cuerdas están juntas, en tensión, y la fuerza de la corriente espiratoria vence esta resistencia separando las cuerdas, dejando escapar una burbuja de aire; al disminuir la fuerza de la columna de aire vuelven a juntarse las cuerdas, así se explica la vibración de las cuerdas vocales y éstas serían las productoras del sonido. Así describe Aubry, Catedrático de O.R.L. de París en 1950, esta teoría mioelástica, en una revisión histórica del tema.

Pero en ese año de 1950, Husson, O.R.L. de los hospitales de París, enuncia la teoría neuro-cronáxica, afirmando que «la vibración de las cuerdas vocales no es un fenómeno periférico y que la frecuencia de la vibración de sonido es transmitida por el nervio recurrente; que es de origen central y exclusivamente rítmica». Esta teoría, que tuvo gran resonancia en el mundo laringológico, no explica muchos fenómenos que ya señalaba el *CH*. Por ejemplo, en esta teoría neuro-cronáxica

la laringe debería emitir sonido sin que hubiese corriente de aire, lo que no es cierto.

Todas las teorías de los últimos siglos tienen como argumento la vibración de las cuerdas vocales por uno u otro mecanismo; creen que la laringe se parece a un instrumento de cuerda.

En 1959 se publicó mi teoría denominada «tubo-fonatoria» en que se compara la laringe a un instrumento de viento. En ella se explica que el mecanismo de la voz no está producido por la vibración de la cuerda, sino que es la propia columna de aire la que adquiere vibración a su paso por el estrechamiento de la glotis (que es el espacio aéreo entre las cuerdas vocales). Se asemeja al órgano en el que pasa el aire por diversos tubos de diferente longitud, sección, etc.; se producen sonidos de frecuencias distintas. Este tubo fonatorio lo forma la variada colocación y disposición de las cuerdas vocales.

El fenómeno de Bernoulli explica que el paso de un fluido por un lugar estrechado, con determinada presión, etc., origina alteraciones turbulentas, que pueden dar lugar, como en este caso, a efectos de audio-frecuencias en la columna aérea.

A pesar de los años transcurridos no ha sido rebatida esta teoría tubo-fonatoria, y es la que explica todos los mecanismos de la fisiología vocal y patología de la voz.

Dotados de aguda observación, los clínicos griegos, que describen en el *CH* la formación de la voz y de la palabra, tenían plena razón. La sofisticación de la ciencia ha conducido a errores de interpretación en este caso. La mente humana, cuando tiene datos suficientes, es la mejor máquina para la correcta elección e interpretación de los hechos.

Σύνεσις come malattia: Euripide e Ippocrate

ANTONIO GARZYA

(Università di Napoli)

Oreste, all'apertura dell'omonimo dramma euripideo, giace da sei giorni (vv. 39.422) nel suo letto di dolore tra spossatezza e delirio, intervallati da brevi schiarite. Gli è accanto, a confortarlo, Elettra. È la celebre scena con i due fratelli che piacque a Anatole France, uno dei culmini del sentimentale patetico nella tragedia greca. Ma è anche la descrizione, ben presente agli studiosi, d'un grave stato di disagio psichico, costellata da precise notazioni mediche. Il culmine di quest'ultima è raggiunto nell'episodio seguente, quando, allontanatasi Elettra (v. 315), sopraggiunge Menelao il quale, una volta resosi conto che lo stato del congiunto non è normale, gli chiede qual mai sia il male che lo consuma: τί χοῦμα πάσχεις; τίς σ'ἀπόλλυσιν νόσος; (395). Al che Oreste risponde col celebre verso ἡ σύνεσις, ὅτι σύννοϊδα δειν'εἰργασμένος (396). È da qui che prenderemo le mosse per agguingere al dibattito relativo qualche nuovo elemento.

Incominciamo col precisare che Menelao giunge alla sua domanda non *ex abrupto*, come per un dubbio intuitivo, ma dopo aver bene inteso, e fatto intendere, di trovarsi di fronte un quadro patologico: Oreste gli sembra aver uno sguardo che incute timore (δεινὸν λεύσσεις 389) con le sue «secche pupille degli occhi» (ὀμμάτων ξηραῖς κόραις *ibid.*), dove «secco» allude non al fatto che il giovane abbia gli occhi «asciutti» perché ha finito di piangere, ché in tal caso non incuterebbe timore, ma alla «fissità», alla «durezza» del suo sguardo impietrito dal male¹; per descrivere il suo aspetto di ammalato usa il verbo ἀγριόω (386), la cui presenza sia in tragedia sia nel *Corpus Hippocraticum*, indipendentemente o meno dalla sua sfumatura metaforica, può ri-

¹ Così *durus* in PLAUTO, *Men.* 923 *solent tibi unquam oculi duri fieri*; l'accostamento si deve a E. FRÄNKEL, *ap. V. Di Benedetto ad l.* (ed. Firenze 1965); ved. inoltre l'unione di ἀποξηρανθῆναι e ἀποθνήσκειν in HIPPOCR., *Fr. A 11 D.-K.* ὅταν μὲν οὖν οἰκείως ἔχη ἡ τοιαύτη ὑγρότης, ὑγιαίνει τὸ ζῷον ὅταν δὲ ἀποξηρανθῆ, ἀναισθητεῖ δὲ τὸ ζῷον καὶ ἀποθνήσκει.

specchiare un uso tecnico ². All'ottica, per così dire, medica che è di Menelao accede subito Oreste nella risposta: la sua malattia è ἡ σύνεσις, come dire è «la malattia denominata così». La singolarità e novità dell'accezione è provata per più versi già dalla presenza dell'articolo e poi dai riecheggiamenti del verso da parte di autori vari. Nelle *Rane* di Aristofane (892 ss.) Euripide al momento di scontrarsi con Eschilo invoca il soccorso della lingua e del fiuto nonché di 'divinità' quali Etere e, appunto, Synesis ³. Nella *Vita di Apollonio di Tiana* Filostrato fa dire al protagonista che «la sapienza (σοφίη) loda anche la sentenza di Euripide, il quale ritiene che negli uomini la σύνεσις sia la malattia che li consuma (ἀπολλύσαν), una volta che si rendono conto (ἐνθυμηθῶσιν) di avere commesso il male». Ma quale sarà qui esattamente il valore di σύνεσις? E se il contesto è medico, a quale condizione morbosa si farà allusione?

La prima domanda ha ottenuto finora due risposte: σύνεσις come sinonimo di συνείδησις/*conscientia*; σύνεσις come intelligenza, capacità di discernere. Alla prima pensa forse Filostrato, alla seconda Aristofane ⁴. La scelta non offrirà motivi di dubbio ove, assunto il v. 396 come un tutt'uno strettamente connesso nelle sue componenti, si ponga mente a due fatti: 1) le radici di σύνεσις e di σύννοια portano a due valenze semantiche del tutto differenti: la prima a quella di «incontrarsi» (d'una cosa con un'altra, da cui l'*intelligere*: συν-ιέναι come *con-icere*), la seconda a quella di «sapere» (con altri, o con sé stesso: ved. già in Saffo, *Fr.* 26 LP ἔγω δ'ἔμαύται - τοῦτο σύννοια), epperò il nesso σύνεσις, ὅτι σύννοια non ha nulla di tautologico né si risolve in un finalistico giuoco paretimologico, ma è nettamente differenzian-

² Luoghi e discussione in J. JOUANNA, «La maladie sauvage dans la *Collection hippocratique* et la médecine grecque», *METIS* 3, 1988, pp. 343-360. Per quanto riguarda l'Oreste, va ricordato che, oltre a Menelao, anche Elettra apostrofa il giovane con ὡς ἠγρίωσαι... (226), e che la stessa ha innanzi affermato (34) che il τλήμων Ὀρέστης si consuma di «malattia selvaggia», ἀγρία συντακίς νόσῳ νοσεῖ (anche συντήκω può essere del linguaggio medico: ved. p. es. *Vet. med.* 11, 2 Jou.; *Vict.* I 32, 5; II 60, 1; III 76, 1 Jol.).

³ Non parodico ma sentenzioso è invece il richiamo alla σύνεσις in AR., *Ran.* 1483 μακάριός γ'ἀνήρ ἔχων - ζύνεσιν ἠκριβωμένην; cf. anche MEN., *app.* 1, 64 Jā. Ως ἡδὺ συνέσει χρηστότης κεκραμένη. Se non proprio comica, certamente paratragica è l'invocazione ὦ γῆ καὶ ἦλιε καὶ ἀρετὴ καὶ σύνεσις καὶ παιδεία in ESCHINE, III, 260 (beccato poi da DEMOSTENE, XVIII, 127 s. ...ὥσπερ ἐν τραγωδίᾳ βοῶντα...); cf. Wilamowitz ad EUR., *Her.* 655.

⁴ Ma non è qui il caso di riprendere il tēma σύνεσις/συνείδησις al di fuori del luogo euripideo che c'interessa. Se il valore di σύνεσις come facoltà intellettuale e razionale è bene attestato quasi in ogni epoca (definizione in quanto capacità «critica», diversa e dall'εὐσυνεσία e dalla φρόνησις, in ARIST., *Eth. Nic.* VII 11, 1143 a), quello di σύνεσις come *con-scientia* è assai raro, molto forte essendo la concorrenza di συνείδησις. Le migliori trattazioni recenti sono, con particolare riguardo ai tragici, in M. CLASS, *Gewissensregungen in der griechischen Tragödie*, Hildesheim, 1964, e in generale in A. CANCRINI, *Syneidesis. Il tema semantico della «con-scientia» nella Grecia antica*, Roma, 1970.

te, la prima parte essendo congiunta alla seconda da un ὅτι del tipo «epesegetico»⁵, e entrambe essendo strettamente complementari e reciprocamente condizionandosi. Nel nostro verso si è ritenuto (fino alla codificazione del *LSJ*) che σύνεσις indicasse la συνείδησις poiché si è attribuito a entrambi i termini del nesso il valore che scaturisce dall'insieme del nesso stesso⁶. In effetti il sostantivo indica una realtà razionale, il verbo una emozionale, ma dall'accostamento delle due viene fuori un *tertium quid*, la cui pregnanza non si coglie a prima vista, e lo sottolinea il poeta stesso quando fa esclamare a Menelao πῶς φήεις; σοφόν τοι τὸ σαφές, οὐ τὸ μὴ σαφές (397). Si tratta d'uno stato morboso che Oreste non esita a dichiarare in qualche modo adducendo le componenti relative: λύπη... μανία... μητρὸς αἵματος τιμωρία (398-400) e che Menelao dal canto suo conferma chiedendo ἤρξω δὲ λύσσης πότε; (401), ma che tocca a noi collocare nell'ambito della cultura medica alla quale Euripide poteva in qualche modo attingere.

Sia μανία sia λύσση, è noto, sono termini largamente usati in poesia per alludere al delirio e al furore e a altre manifestazioni di follia, il secondo occorre una sola volta anche in Ippocrate⁷; non si tratta però di tecnicismi e il loro intento è qui esemplificativo. D'altra parte, sia λύπη che ...αἵματος τιμωρία danno la motivazione psicologica della condizione morbosa: la νόσος di Oreste, avendo origine nella colpa, non è paragonabile dunque a quella paradigmatica di Io, «vittima innocente di una persecuzione ingiusta» e portatrice forse unica nella tragedia «di un dramma autonomo della follia»⁸. Peraltro, il male di Oreste né si lascia inserire in alcuna delle categorie di follia «divina», quali distingue Platone nel celebre passo del *Fedro* 265 b (profetica, teletica, poetica, erotica) né ha il carattere della comune follia dovuta a minorazione fisica nota almeno a partire da Erodoto e Empedocle⁹.

Nel far riferimento alla sua complessa condizione esistenziale Ore-

⁵ Cf. SCHWYZER, *Gr. Gr.* II², p. 646, 3.

⁶ Bene, qui (non anche nel resto), H. OSBORNE, «Σύνεσις and Συνείδησις» *CR* 45, 1931, p. 9. L'assunzione sinonimica della coppia σύνεσις/συνείδησις anche in età classica — in epoca tarda le cose vanno diversamente — si trova già, per esempio, in M. KAEHLER, *Das Gewissen*, Halle, 1878, pp. 47 ss.; ved. *contra* già il di poco precedente J. JAHNEL, *De conscientiae notione, qualis fuerit apud veteres et apud Christianos*, Berlin, 1862, pp. 37 ss.

⁷ In *Vet. med.* 19, 5 Jou., dove ved. l'importante nota dell'editore.

⁸ Così, acutamente, M.G. CIANI, «Lessico e funzione della follia nella tragedia greca», *BIFG* 1, 1974, pp. 78.109.

⁹ Cf. HEROD. III 33; EMPED. 31 A 98 D.-K. ex CAEL AUR., *Morb. chron.* I 5 (*furor*) *Empedoclem sequentes alium dicunt ex animi purgamento fieri, alium alienatione mentis ex corporis causa sive iniquitate...; quem Graeci siquidem magnam faciat anxietatem, adpellant maníav.*

ste, come abbiamo visto, distingue tre punti: la σύνεσις, il συνειδέναι, le componenti del συνειδέναι.

Il primo volge nella sfera mentale, gli altri due in quella psicologica. Di fondamentale importanza è il primo. Per intenderlo bisogna rifarsi alla dottrina ippocratica dell'encefalo. È codesta, come sappiamo, una delle grandi tesi del *Morbo sacro*, in parte ripresa da Alcmeone¹⁰. Il cervello vi figura quale organo centrale del sistema nervoso, come una cerniera tra fisico e psichico; le malattie mentali hanno origine in suoi scompensi funzionali. Si legga il capitolo 14 Grens.: «...da null'altro si formano i piaceri e la serenità e il riso e lo scherzo, se non dal cervello, e così i dolori, le pene, la tristezza e il pianto (λύπαι και ἀνία και δυσφροσύνη και κλαυθμοί). E soprattutto grazie ad esso pensiamo e ragioniamo e vediamo e udiamo... Ed è a causa del cervello stesso se impazziamo, e deliriamo, e ci insorgono incubi e terrori, sia di notte sia di giorno (τῷ δ'αὐτῷ τούτῳ και μαινόμεθα και παραφρονοῦμεν και δειμάτα και φόβοι παρίστανται ἡμῖν), e insonnia e smarrimenti strani, ed ansietà (φρονηδεις) senza scopo, e incapacità di comprendere cose consuete e oblio. E tutto ciò soffriamo per via del cervello, quando esso non sia sano...» (VI 386 L.)¹¹. Più innanzi (17) Ippocrate, in polemica con suoi predecessori (Empedocle, Filolao: λέγουσι δέ τινες...), distingue fra attività sensitiva e mentale (αἰσθάνεσθαι e φρονεῖν), assegnando la prima al cuore e al complesso del diaframma (ἡ καρδίη ... και αἱ φρένες), la seconda, nonostante la base etimologica φρεν/φρον, esclusivamente al cervello, l'unico organo fornito della cavità (κοιλίη) necessaria a accogliere dall'esterno l'aria indispensabile affinché si dispieghi la sua straordinaria potenza (πλείστη δύναμις). Ma in questo quadro c'è un punto più sottile. Oltre alle due menzionate facoltà (αἰσθάνεσθαι e φρονεῖν) l'autore ne introduce una terza, che attribuisce alla σύνεσις (16). Se l'ἐγκέφαλος è «interprete di ciò che proviene dall'aria» (τῶν ἀπὸ τοῦ ἠέρος γινομένων ἐρμηνεύς), esso è anche l'organo «che interpreta, rende esplicito il discernimento»; altrimenti detto, come il cervello fa sì che gli stimoli dell'aria, una volta captati e compresi, passino nelle varie parti corporee, occhi orecchie lingua ecc., che fungono da suoi ministri (ὀπηρετέουσι), così lo stesso cervello è il tramite fra il raziocinio, ossia la capacità prima d'intendere, che è resa possibile dall'aria (τὴν δὲ φρόνησιν ὁ ἄηρ παρέχεται), e l'atto esso stesso dell'intendere. La σύνεσις pertanto è, per così dire, un secondo grado nel dispiegarsi psicofisico dell'attività cerebrale. Lo stesso concetto si trova ripreso a breve distanza: ἐξ τὴν σύνεσιν ὁ ἐγκέφαλός ἐστιν ὁ διαγγέλλων (sc. τὴν φρόνησιν, oggetto ricavabile

¹⁰ Cf. H. GRESEMANN, *Die hippokratische Schrift «Über die heilige Krankheit»*, Berlin, 1968, pp. 27 ss.

¹¹ Trad., salvo rari scarti, di M. VEGETTI, in *Opere di Ippocrate* a cura di M. VEGETTI, Torino, 1976².

dalla proposizione precedente)... διὸ φημί τὸν ἐγκέφαλον εἶναι τὸν ἐρμηνεύοντα τὴν σύνεσιν, ma non si tratta di pura ripetizione, la seconda volta c'è qualcosa in più¹²; per un verso come un passaggio dalla potenza all'atto, per l'altro come uno sconfinamento dal dominio razionale del φρονεῖν in un altro forse più ricco e mosso (da qui la tentazione, a cui taluni soggiacciono, di tradurre con «coscienza»). Sia o no esatta questa sistemazione del difficile luogo, rimane il fatto che il relativo impiego di σύνεσις costituisce quasi un *unicum* nel *CH* e fuori. Unico riscontro è forse nell'*Oreste* euripideo, al quale ora ritorniamo.

Con la σύνεσις il giovane eroe si proietta verso il συνειδέναι (ἐαυτῷ sott.); è essa «a far sì che egli abbia in sé coscienza della propria cattiva azione: è insomma l'intelligenza... che fa nascere la coscienza»¹³. Oreste sembrerebbe così allinearsi, per richiamare un esempio assai, seppur non verbalmente, calzante, con l'Ermione dell'*Andromaca* di Euripide che, nelle parole della nutrice, vuole uccider la rivale συνοίᾳ...οἷον δέδρακεν ἔργον (805 s.). Ma in realtà qui la situazione è diversa e senza veri riscontri in tragedia. La coscienza non è per Oreste una presa d'atto neutrale, ma, come s'è visto, una condizione psichica morbosa movente da una disfunzione mentale (νόσος...ἢ σύνεσις 395 s.)¹⁴ e caratterizzata da determinate manifestazioni, le quali hanno semmai il loro corrispettivo in qualche patologia ansiosa del *CH*, in qualcuno di quei πάθη ἐγκεφάλου καὶ ἄλλαι νοῦσοι, παραφροσύνη καὶ μανίαι dei quali parla l'autore del *Sistema delle ghiandole* (15,1 Joly) (VIII 570 L.). Ne possiamo considerare qualcuno.

Nel III delle *Epidemie* si osservano due ammalate che accusano gravi disturbi fisici e psichici intervenuti —si dice— in séguito a un dolore spirituale, ἐκ λύπης¹⁵. La seconda (b) muore al ventunesimo giorno e la malattia relativa viene interpretata come φρενίτις (propr. una forma di delirio), ma quello che si descrive è probabilmente un attacco (para)tifoideo. La prima (a) invece giunge alla «crisi» al terzo giorno con abbondante flusso di regole e la malattia relativa non viene identificata, ma si tratta manifestamente d'una sintomatologia nervosa. Nei due casi clinici i sintomi in effetti coincidono solo in parte. Quanto alla durata del male, un accenno c'è anche in Euripide: sei giorni (v. 39). Nel II trattato sulle *Malattie* (c) si descrive così una

¹² Non intese così il Hüffmeier, il quale congetturò un πρὸς prima di τὴν σύνεσιν nella seconda frase per istituire, evidentemente, un parallelo con la prima (ἐς ... τὴν σύνεσιν ... διαγγέλλων; ma, a parte l'impovertimento concettuale dell'insieme, sarebbe difficile costruire ἐρμηνεύοντα senza compl. ogg.).

¹³ Così bene CANCRINI, *op. cit.* p. 62.

¹⁴ A deviazione della σύνεσις allude l'*hapax* ippocratico παραξύνεσις (*Art.* 10; 52=IV 102, 104, 226 L.).

¹⁵ Ved., *Epid.* III 17, 11.15 = 134, 1; 142, 6 L.

malattia detta φροντίς «ansietà»¹⁶: «L'ammalato ha l'impressione di avere nelle viscere come una spina che punge, è preso da nausea (ἄση), rifugge dalla luce e dagli uomini, ama la tenebra, è in preda al terrore, ha il diaframma gonfio come per uscir fuori, sente dolore se lo si tocca, è terrorizzato, ha paure e visioni terribili, a volte anche di persone morte. La malattia prende per lo piú a primavera». La consonanza fra questo tipo di ansietà e i due casi di sindrome ἐκ λύπης, soprattutto il primo, va fatta rientrare nel quadro clinico, piuttosto che dell'ipocondria¹⁷, della melancolia, del quale sono parte appunto i terrori, le visioni, la ricerca della tenebra, ecc.¹⁸. A loro volta questi sintomi trovano singolare riscontro nel caso clinico di Oreste.

Intanto il primo termine che quest'ultimo adopra per spiegare la σύνεσις malata è appunto λύπη, una λύπη «devastante», διαφθείρουσα. Ma non è qui che s'arrestano le coincidenze testuali e concettuali. Le principali sono le seguenti:

- l'ammalato evita la luce, si tira le coperte: b (περιεστέλλετο, bis); c (τὸ φῶς φεύγει); Eur., *Or.* 42 s. (χλανιδίων δ' ἔσω κρυφθεῖς, cf. *Hipp.* 242. 245);
- è preso da terrore: a (φόβοι); c (φόβος λάζεται... φοβεῖται); *Or.* 270 (... θεάς, εἴ μ' ἐκφοβοῖεν). 297 (τὸ δεινὸν ... φρενῶν). 312 (τὸ ταρβοῦν κάκφοβοῦν σ');
- è turbato da visioni: c (ὄνειρατα φοβερά); *Or.* 407 s. (ἐκ φασμάτων ... νοσεῖς ποίων;...);
- rifiuta il cibo: a (ἄσιτος ... διψώδης); b (σμικρά... ἔπινεν) *Or.* 41 (οὔτε σῖτα ... ἐδέξατο). 188 (οὐδὲ ... πόθον ἔχει βορᾶς); cf. σιτίοισι δὲ χρῆσθαι ὡς ἐλαχίστοισιν *Morb.* II 72, 9 (VII 110 L.);
- ha respirazione breve: b (βραχύπνοος, bis); *Or.* 83 (νεκρὸς γὰρ οὔτος οὐνεκα σμικρᾶς πνοῆς);
- alterna momenti di eccitazione e di calma: a (οἱ μὲν σπασμοὶ ἀπέλιπον ἄλωμα [*Or.* 169. 173 εὔδειν ... ὑπνώσσει] δὲ καὶ καταφορῇ καὶ πάλιν ἔγερσις); b (πολλὰ παρέλεγε καὶ πάλιν

¹⁶ Ved., *Morb.* II 72 Jou.

¹⁷ Come vuole il *LSJ* sulle orme del Littré; va comunque ricordato che φροντίς come malattia è un *hapax*.

¹⁸ Per esempio nel *De locis affectis*: οἱ φόβοι συνεδρεῦουσι τοῖς μελαγχολικοῖς ... μῦρια τοιαῦτα φαντασιοῦνται... III 10 = VIII 190 K.; anche Hp., *Virg.* 1 = VIII 466 L.; Ps.-GAL., *De melanch.* 1 = XIX 702 K. οἱ πλείους ἐν σκοτεινοῖς τόποις χαιρουσι διατρέβειν ..., AL. TRALL., I 17 (II. τῆς... μελαγχολίας) = I 605 Puschm.

ἰδρύνθη' σιγῶσα... λόγοι πουλλοὶ καὶ πάλιν ἰδρύνθη); *Or.* 277-279 (τί χρῆμ' ἄλύω ... ἐκ κυμάτων ... αἰθρὶς γαλήνην ὄρω: questa celebre metafora marina della poesia lirica e tragica s'incontra anche nel trattato *Sui venti*¹⁹;

- quando è eccitato ha tendenza a balzare violentemente fuori dal letto: a (ἀνήϊσσε); *Or.* 44 s. (δεμνίων ἄπο πηδῆ). 278 (ποῖ ποῖ ποῖ ἠλάμεθα δεμνίων ἄπο;).

Altri tratti del quadro patologico che Oreste presenta trovano riscontro nel *Morbo sacro*, soprattutto due: la schiuma che fuoriesce dalla bocca durante l'accesso (*Morb. sacr.* 7, 1 Gr. ἀφρός ἐκ τοῦ στόματος ῥεῖ = VI 372 L.; *Or.* 220 στόματος ἀφρώδη πελανὸν ...; cf. Eur., *Iph.T.* 308. 311); gli occhi stravolti (*ibid.* τὰ ὄμματα διαστρέφονται 253 ὄμμα σὸν ταρασσεται; cf. Eur., *Her.* 932 ss. e Aesch., *Prom.* 673, Soph., *Ai.* 447²⁰).

In conclusione: Euripide attribuisce a Oreste un disturbo mentale che coinvolge la sfera psichica nel suo complesso, con un passaggio dalla lucida valutazione dell'atto compiuto alla perdita d'ogni autocontrollo. L'aver chiamato in causa la σύνεσις prova che l'autore ha voluto risalire all'origine della patologia descritta rifacendosi a una particolare dottrina della genesi dei processi mentali. L'idea che alla base della coscienza vi fosse una componente emozionale andava certamente facendosi strada per varie vie nella cultura comune già alla fine del V secolo, come prova, ad esempio, nonostante la receniorità, una delle *Definizioni* pseudo-platoniche (415 e σύννοια δῖα νοία μετὰ λύπης ἄνευ λόγου); e che d'altra parte il peso della coscienza, sia buona sia cattiva, fosse enorme e ogni livello della vita dell'uomo era anch'essa già da tempo nozione corrente, se vi si richiama più volte nei suoi interventi giudiziari l'avvocato Antifonte di Ramnunte, del quale almeno un passo va citato: «... l'anima [dell'innocente] salva con sé stessa il corpo sfinito, desiderosa di soffrire per non aver seco stessa cattiva coscienza; colui invece che ha cattiva coscienza, ha proprio in questa il suo primo nemico: anche se il corpo è vigoroso, l'anima lo abbandona prima» (*Caed. Herod.* 93). Tuttavia, la posizione euripidea ha una specificità senza confronti se non nell'ambito delle conoscenze mediche del tempo, quali attestano le opere a cui abbiamo fatto ri-

¹⁹ 14 Jou., cf. anche la nota 4 a p. 124, ove sono citati luoghi del *Regime* e del *Prognostico* nei quali ricorrono derivati di γαλήνη e di χειμών in impiego tecnico-metaforico.

²⁰ In *Morb. sacr.* 15,7 Gr. (VI 390 L.) si parla anche di occhi che si arrossano (ἐρεῦθονται) quando l'epilettico «si spaventi e la sua mente pensi di fare qualcosa di male» (ὅταν φοβῆται καὶ ἡ γνώμη ἐπινοῇ τι κακὸν ἐργάσασθαι), al che corrisponde forse *Or.* 389 δεινὸν λεύσσεις.

ferimento, e questo aggiunge un altro tassello al discorso sui rapporti fra tragedia e tradizione medica confluita nel *CH*, rapporti possibili anche se i piú antichi trattati di quest'ultimo cadono nella seconda metà del secolo V a.C.²¹.

²¹ Ved. l'importante messa a punto di J. JOUANNA, «Médecine hippocratique et tragédie grecque», = *Anthropologie et théâtre antique*. Actes Coll. intern. Montpellier (6-8 mars 1986), Montpellier, 1987, pp. 109-131. Per l'isolamento teorico del concetto di follia e per la collocazione storica relativa cf. J. PIGEAUD, *Folie et cures de la folie chez les médecins de l'antiquité gréco-romaine*, Paris, 1987.

Hippokratisches in den Komödien des Aristophanes

BERNHARD ZIMMERMANN

(Universität Zürich)

I

Ein wesentliches, Komik erzeugendes Mittel der Aristophanischen Komödie ist die Parodie. Am bekanntesten sind wohl die Parodien, denen Aristophanes die Schwestergattung Tragödie aussetzt. Zu nennen sind natürlich vor allem die beiden Literaturkomödien *Thesmophoriazusen* und *Frösche* mit ihrer Euripides-, Agathon- und Aischylos-Parodie, aber auch schon im frühesten erhaltenen Stück, in den *Acharnern* aus dem Jahr 425 v. Chr., findet sich eine große parodische Einlage (395-479). Parodiert wird jedoch nicht nur die Tragödie, sondern auch die andere Gattung, die an den Großen Dionysien in Athen aufgeführt wurde: der Dithyrambos. Sowohl in der Dithyramben- als auch in der Tragödienparodie geht es Aristophanes darum, die Unverhältnismäßigkeit von Form und Inhalt, von Significans und Significatum, von Musik und Sprache komisch verzerrt bloßzustellen.

In der wissenschaftlichen Beschäftigung mit dem Phänomen der Parodie pflegte man vorwiegend gattungsspezifisch vorzugehen. So gibt es eine Untersuchung zur Tragödienparodie von P. Rau (*Paratragodia. Untersuchung einer komischen Form des Aristophanes*, München, 1967) und zur Gebetsparodie von H. Kleinknecht (*Die Gebetsparodie in der Antike*, Stuttgart, 1937) und H. Horn (*Gebet und Gebetsparodie in den Komödien des Aristophanes*, Nürnberg, 1970); die Dithyrambenparodie wird von mir in meinen Studien zum griechischen Dithyrambos als eine wichtige, zeitgenössische Quelle der Kritik behandelt (*Dithyrambos. Geschichte einer Gattung*, Göttingen, 1991).

Es ließe sich allerdings auch ein anderer, breiterer Zugang zum Phänomen Parodie in der Komödie denken, indem man nicht die Frage stellt, welche Gattungen, sondern welche Sprachformen, welche Sprachhaltungen Aristophanes parodiert. Damit rücken natürlich wieder das Pathos des *sermo tragicus*, die Hymnensprache oder die ma-

nieristischen, avantgardistischen, häufig sinnentleerten Neologismen der Dithyrambiker des ausgehenden 5. Jahrhunderts in den Mittelpunkt des Interesses. Gleichzeitig wird jedoch der Blick auf einen weiteren großen Bereich von Parodien gelenkt, der in der Forschung eher am Rande und nicht systematisch behandelt wurde: Ich meine den Bereich der Fachsprache und der Fachterminologie, die Aristophanes häufig mit parodischer Absicht in seinen Komödien einsetzt. Vor über 60 Jahren hat J.D. Denniston in seinem Aufsatz «Technical Terms in Aristophanes» (*CQ* 21, 1927, 113-120) auf die rhetorischen Fachtermini hingewiesen, mit denen in den *Fröschen* des Jahres 405 die Tragödien des Aischylos und Euripides charakterisiert werden, und die komische Absicht herausgestellt, die Aristophanes damit verfolgt: «Every living science, especially in its early stages, is compelled to devise fresh terms, either by coining new words or by giving new meanings to old ones. Unless and until these fresh terms become absorbed in the vocabulary of everyday speech, their unfamiliarity makes them a target for the shafts of the humourist» (113).

In den Bereich der Fachsprache gehören auch die medizinischen, hippokratischen Ausdrücke und Formulierungen, die sich in den Komödien finden. H.W. Miller hat 1945 in seinem Aufsatz «Aristophanes and Medical Language» (*TAPhA* 76, 1945, 78-84) medizinische Ausdrücke aufgelistet, ohne allerdings nach der Funktion und Deutung dieser Termini zu fragen¹. Im Rahmen der vorliegenden Arbeit kann natürlich keine zusammenfassende Interpretation hippokratischer Ausdrücke in den Aristophanischen Komödien geleistet werden. Ich will mich vielmehr darauf beschränken, Möglichkeiten der Interpretation aufzuzeigen und die Relevanz sowohl für die hippokratische Frage als auch für das Verständnis der Aristophanischen Komödie zu beleuchten.

Man muß sich bei einer derartigen Fragestellung wie der unsrigen stets die methodischen Probleme vergegenwärtigen, denen man ausgesetzt ist; d.h. man muß sich stets die Frage stellen, ob ein bestimmter Ausdruck, der im *Corpus Hippocraticum* zur Beschreibung einer bestimmten Krankheit etc. verwendet wird und sich auch bei Aristophanes findet, von dem Komiker tatsächlich in direkter Bezugnahme auf die medizinische Fachterminologie verwendet wird. Ein instruktiver Fall, um die methodischen Probleme zu beleuchten, ist das Verb $\mu\epsilon\lambda\lambda\alpha\gamma\chi\omicron\lambda\tilde{\alpha}\nu$ mit 5 Belegstellen in den Komödien des Aristophanes (*Av.* 14, *Eccl.* 251, *Phut.* 12. 366. 903). Miller merkt zu dem Verb an (a.a.O.

¹ Eine ausführliche Untersuchung zur medizinischen Sprache in den Komödien des Aristophanes, die über Miller hinauskommt, stellt die leider nur maschinenschriftlich vorliegende Madrider Dissertation von M. I. RODRÍGUEZ ALFAGEME dar (*La medicina en la comedia ática*, Tesis Doctoral, Madrid, 1981).

S.82): «In Aristophanes, the verb has not lost completely its medical significance and assumed the later general meaning of popular language». Eine Überprüfung der betreffenden Stellen zeigt jedoch, daß keinerlei medizinische Anspielungen vorliegen; vielmehr verwendet Aristophanes das Verb, wie es in der attischen Umgangssprache der Zeit bereits üblich war, nämlich als Synonym für «verrückt sein» (μαίνεσθαι). Langholf in seinem eben erschienenen Buch *Medical Theories in Hippocrates*, Berlin-New York, 1990, S. 48, bemerkt denn auch zu den Aristophanes-Stellen zu Recht: «Without any medical connotation it (sc. μελαγχολᾶν, B.Z.) signifies there a state of the soul, “to be crazy”. No medical bodily humour such as bile or black bile can be ascertained in Aristophanes: The colloquial expression melagkholáo is rather likely to reflect the unspecific meaning of khólos and kholé as found in Homer and in Aristophanes respectively». Als methodisches Kriterium bei einer Überprüfung etwaiger medizinischen Ausdrücke empfiehlt sich daher die Frage, ob an der jeweiligen Stelle ein wie auch immer gearteter medizinischer Kontext aufspürbar ist und ob Aristophanes mit der Verwendung des Begriffs komische oder parodische Absichten verfolgt. Man kann somit wohl nur dann zu Recht von hippokratischen Ausdrücken bei Aristophanes sprechen, wenn sich eine bewußte Verwendung dieser Ausdrücke nachweisen läßt. Diese bewußte Verwendung kann sich, wie sich zeigen wird, auf mehreren Ebenen abspielen, die teilweise ineinander übergehen. Ich möchte als Arbeitshypothese unterscheiden:

1. Die technische Verwendung medizinischer Ausdrücke, d.h. an der betreffenden Stelle soll eine wirkliche Krankheit damit bezeichnet werden.
2. Die metaphorische Verwendung medizinischer Begriffe (oft mit einer obszönen Richtung).
3. Die Verwendung medizinischer Ausdrücke zu komischen Zwecken:
 - 3.1. zum Zwecke des ὀνομαστί κωμῶδεῖν, also um jemand zu verspotten.
 - 3.2. und oft damit verbunden: in parodischer Absicht.

II

Zunächst sollen die Fälle eins und zwei (*technische und metaphorische Verwendung*) anhand der Begriffe für Augenkrankheiten und Fieber vorgestellt werden ²:

² Eine derartige Untersuchung wie die unsrige läßt sich befriedigend natürlich erst

Als Augenkrankheiten findet man in den Komödien das Schielen und die Augenentzündung (*Ophthalmia*). Die Begriffe für Schielen, die Augen verdrehen, διαστρέφεσθαι und ἰλλός sind unspezifisch, ohne nachweisbare Intention des Dichters verwendet (*Ach.* 15, *Eq.* 175, *Av.* 177). D.h.: man kann sie eigentlich auch nicht in medizinischem Sinn erklären. Vielmehr sind sie eine komische Ausdrucksweise für 'die Augen verdrehen'.

In medizinischem Sinn hingegen sind das Verb ὀφθαλμῶν und das Substantiv ὀφθαλμία verwendet. Der Sklave Xanthias entschuldigt sich für sein Fehlen bei der entscheidenden Schlacht bei den Arginusen mit einer Augenentzündung (*Ran.* 192). In *Fr.* 132 PCG (aus dem *Geras*) berichtet eine Person von einer Augenentzündung, die sie im vergangenen Jahr durchmachte (ὀφθαλμιάσας); auf den medizinischen Kontext wird im zweiten Vers des Fragments verwiesen: κἄπειθ' ὑπαλειφόμενος παρ' ἱατροῦ. Im *Plutos* schließlich verspricht Chremylos dem blinden Gott des Reichtums, ihn von seiner ὀφθαλμία zu heilen und wieder sehend zu machen (115). Das Verb und Substantiv gehören, wie ein Blick in LSJ deutlich macht, am Ende des 5. Jahrhunderts bereits zum gängigen Sprachgebrauch³. Eine Stelle aus den *Memorabilien* (III 8,3) des Xenophon verdeutlicht, daß *Ophthalmia* eine ebenso eingebürgerte Krankheitsbezeichnung wie Fieber war. Sokrates wendet sich an Aristippos mit der Frage: «Fragst du mich etwa, ob ich etwas Gutes gegen das Fieber (πυρετός) weiß? ... Oder gegen schlimme Augen (ὀφθαλμία)?»

Πυρετός, πυρέττειν und ἡπιάλος sowie das Verb ἡπιαλεῖν finden sich an mehreren Stellen in rein medizinischer Verwendung (*Ach.* 1165, *Vesp.* 284. 813. 1038). In *Fr.* 346 PCG⁴ aus den zweiten *Thesmophoriazusen* findet sich sogar eine gleichsam medizinische Definition von ἡπιάλος als πυρετοῦ πρόδρομος. In den *Wespen* (1038 ff.) hingegen verwendet Aristophanes ἡπιάλος und πυρετός metaphorisch, um damit seine Gegner zu bezeichnen: Indem Aristophanes seine Widersacher als Personifikationen von Fieber und Schüttelfrost einführt und zudem bei *Epialos* der Name des Giganten *Epialos* oder *Ephialtes* mitklingt, stellt er sich auf eine Stufe mit dem kurz zuvor (1029) erwähnten Herakles, dem Wohltäter der Menschheit, der die Welt von Unholden befreite⁵.

Nun zur *obszönen Ausdeutung* medizinischer Fachausdrücke:

jetzt – nach dem Erscheinen des kompletten *Index Hippocraticus* (Göttingen, 1986 – 1989) angehen.

³ Vgl. z.B. HERODOT VII 229: Eurytos und Aristodemos liegen an einer schweren Augenkrankheit darnieder (κατεκέατο ... ὀφθαλμιῶντες).

⁴ Vgl. dazu K. DEICHGRAEBER, *Parabasenverse aus den Thesmophoriazusen II des Aristophanes bei Galen*, Sitzungsberichte Berlin, 1956, 2 (1957²).

⁵ Vgl. G. MASTROMARCO, «L'eroe e il mostro», *RIFC* 117, 1989, 410-423.

Λορδός und λορδόω ('zurückgebeugt' und 'zurückbeugen'), zwei Termini, die sich vor allem in den beiden orthopädischen Schriften *De fracturis* und *De articulis* finden, sind von Aristophanes an allen drei Belegstellen obszön ausgedeutet im Sinne der *figurae Veneris* (explizit in *Eccl.* 10: λορδουμένων τε σωμάτων επιστάτην; vgl. auch *Fr.* 147 PCG)⁶. In *Fr.* 630 PCG findet sich das Adjektiv λορδός sogar in Verbindung mit dem terminus technicus ἐμβολή ('Einrenken'), wobei ἐμβολή ebenfalls einen obszönen Sinn aufweist (χωρεῖ ἔπι γρραμμὴν λορδός ὡς εἰς ἐμβολήν). In der *Lysistrate* gibt es, wie nicht anders zu erwarten, zahlreiche metaphorische Umschreibungen des sexuellen Notstandes, dem die Männer ausgesetzt sind. Ihre Spannungen und Krämpfe sind eine schier unerschöpfliche Quelle derber Späße: σπασμός (845 und 1089), ἀντισπασμός (967) sowie τέτανος (553 und 846) beschreiben den status erectus der Männer ebenso treffend wie 987 f. (ἢ βουβωνιᾶς ὑπὸ τῆς ὁδοῦ)⁷. Der Humor an all diesen Stellen ist natürlich nicht nur verbaler Natur, sondern hat eine noch derbere, gestische und optische Entsprechung: Zeigt doch der arme Kinesias in *V.* 845 mit verzweifelter Gebärde auf seinen Phallos, der ja Bestandteil des komischen Kostüms war⁸. Interessant für den Umgang des Aristophanes mit der medizinischen Sprache ist *V.* 553, wo Lysistrate die für die Männer verheerenden Folgen des Sexstreiks voraussagt: κἄτ' ἐντέξῃ τέτανον τερπνὸν τοῖς ἀνδράσι καὶ ῥοπαλισμούς. Mit dem Neologismus ῥοπαλισμός, abgeleitet von ῥόπαλον, der 'Knüppel', und durch die Endung -ισμός verwissenschaftlicht —man denke nur an die *ismen* unserer Wissenschaftssprachen—, interpretiert Aristophanes sozusagen den terminus technicus τέτανος komisch in eindeutiger Richtung um. Gleichzeitig verspottet er die Tendenz der einzelnen Technai, neue Ausdrücke zu kreieren, indem er die 'Knüppelkrankheit' einführt.

Als Ergebnisse dieses ersten Abschnitts kann man festhalten: Es hat sich herausgestellt, daß einige gängige Krankheits- oder Symptombegriffe, die zahlreiche Belegstellen im *CH* haben, bei Aristophanes in eindeutig medizinischem Sinn vorliegen. Die metaphorische Verwendung, vor allem dazu eingesetzt, um derbe, erotische Pointen zu erreichen, basiert ebenfalls auf Begriffen, die keinerlei besondere medizinischen Kenntnisse voraussetzen, sondern auf der Alltagserfahrung der Zuschauer beruhen. Auf der Grundlage der bisherigen Überlegungen läßt sich die Kenntnis hippokratischer Schriften durch Aristophanes anhand dieser Parallelen zwischen den Komödien

⁶ Vgl. dazu J. HENDERSON, *The maculate Muse*, New Haven-London, 1975; auch zu den folgenden obszönen Ausdeutungen vgl. jeweils Henderson, a.a.O.

⁷ Vgl. dazu M. D. GRMEK, *Diseases in the ancient world*, Baltimore-London, 1989, 146.

⁸ Vgl. J. HENDERSON, *Aristophanes, Lysistrata*, Oxford, 1987, 175.

und dem *CH* nicht beweisen; wohl aber sind diese Termini Beweis für ein medizinisches Grundwissen, für die Kenntnis gewisser medizinischer Ausdrücke bei dem breiten Publikum, das mit der wissenschaftlichen Terminologie immerhin so weit vertraut gewesen sein mußte, daß es einen komischen Neologismus wie ῥοπαλισμός goutieren konnte.

III.

MEDIZINISCHE SPEZIALAUSDRÜCKE UND ὄνομαστὶ κωμῳδεῖν

Ein wesentliches komisches Mittel der Aristophanischen Komödien ist der Spott, das ὄνομαστὶ κωμῳδεῖν. Ein Bereich der Verunglimpfung ist das Aussehen des Verspotteten, besonders seine körperlichen Gebrechen und Defekte, die teilweise in grotesker Übersteigerung, teilweise jedoch auch in medizinischer Terminologie beschrieben werden. Eine kurze Szene aus den *Vögeln* macht in besonderer Weise die Vielschichtigkeit des Humors und Spotts des Aristophanes deutlich. Die zweite Hälfte der *Vögel* nach der Parabase besteht aus einer Reihe sogenannter Abfertigungsszenen, d.h. es erscheinen der Reihe nach verschiedene Typen des öffentlichen Athener Lebens, die an den Vorteilen des neuen Vogelimperiums teilhaben wollen und von dem Protagonisten Peisetairos auf recht derbe Art abgefertigt werden. Einer dieser Einwanderungswilligen ist der Dithyrambendichter Kinesias, der auch in der *Lysistrate* (845 ff.) und in den *Fröschen* (1437) von Aristophanes verspottet wird; der Komödiendichter Strattis hat dem Dithyrambiker sogar eine ganze Komödie gewidmet (*Fr.* 14-22 PCG). Nachdem sich nun Kinesias in den *Vögeln* (1372 f.) mit zwei hochtrabenden Versen aus seinen Dichtungen in angemessener Weise eingeführt hat, wird er von Peisetairos folgendermaßen begrüßt (1378 f.): ἀσπαζόμεσθα φιλόρινον Κινησίαν./ Τί δεῦρο πόδα σὺ κυλλὸν ἀνὰ κύκλον κυκλεῖς; Die Komik des zweiten Verses ist auf mehreren Ebenen zu suchen: Zunächst liegt Parodie einer tragischen Periphrase vor: πόδα (oder βάσιν) κυκλεῖν ist die poetische Umschreibung für das prosaische «kommen», «sich nähern»⁹. Mit κυλλόν wird darauf angespielt, daß Kinesias ein κυκλιοδιδάσκαλος, ein Dithyrambendichter, ein Dichter von κύκλιοι χοροί ist. Zum Stil der avantgardistischen Strömung des Dithyrambos am Ende des 5. Jahrhunderts passend, ist

⁹ Vgl. EUR., *Or.* 632, *El.* 561; SOPH., *Ai.* 19.

der Klangeffekt des Verses, die Alliteration in *κλλόν ... κύλον κκλεῖς*. Dieselbe Doppelbödigkeit, die der gesamte Vers aufweist, ist auch in dem Adjektiv *κλλός* zu erkennen. *Κλλός* ist terminus technicus für «klumpfüßig»; das 62. Kapitel von *De articulis* ist dieser Krankheit und ihrer Heilung gewidmet¹⁰. Da das Wort völlig unpoe-tisch ist, liegt also ein bewußter Stilbruch vor. Um so mehr Gewicht muß man dem aus dem stilistischen Kontext fallenden Adjektiv bei-messen. Der Spott ist wohl in erster Linie darauf gerichtet, daß Kinesias sich Peisetairos wie ein Klumpfüßiger nähert. Da Gesang immer von Tanz begleitet war, mag das auf die seltsamen Pirouetten abzielen, die Kinesias bei seinem Erscheinen schlägt. Gleichzeitig jedoch enthält *κλλός πούς* eine stilistische Kritik: *Πούς* ist ja auch metrischer Ter-minus technicus für «Versfuß». Indem Aristophanes die Komposition des Kinesias mit dem Adjektiv *κλλός* charakterisiert, drückt er damit aus, daß sie völlig verquer ist, daß sie nicht normal «geht». Die me-trische Analyse der wenigen Kostproben, die Kinesias gibt, beweist diese «Klumpfüßigkeit» seiner Dichtung¹¹.

Daß die Komiker sich gerade Kinesias als Objekt ihres Spottes aussuchten und nicht irgendeinen anderen Vertreter der Avantgarde, hat eine dreifache Ursache. Zum einen ist er einer der wenigen einheimischen Dithyrambendichter, d.h. er ist eine bekannte Gestalt des athenischen öffentlichen Lebens, der durch seinen Lebensstil häufig für Aufsehen sorgte¹²; zum anderen wird von Aristophanes sein Name komisch von *κνεῖν*, «bewegen», und zwar in eindeutig sexuellem Sinn, abgeleitet, und in dieser Eigenschaft, als einer, der seine Frau bewegen will und deshalb unter *σπασμοί* und *τέταντοι* leidet, muß Kinesias auch in der *Lysistrate* herhalten. Schließlich muß er durch sein Äußeres, seine auffällige Magerkeit die Aufmerksamkeit auf sich gezogen haben. Seine Magersucht, die ihre Wurzeln vermutlich in einer Magen- oder Darmkrankheit hatte, gibt auch in anderen Szenen, in denen Kinesias verspottet wird, Anlaß zu nach unserem heutigen Verständnis von De-zenz bössartigen, ja ausfälligen Scherzen. In *Fr.* 156,13 PCG scheint Aristophanes auf eine mit ständigem Durchfall verbundene Krankheit des Kinesias anzudeuten, die die Ursache seiner Magerkeit ist (*ὁ τῆς διαρροίας ποταμός*); nach den antiken Erklärern spielt auch die Beschmutzung, denen die Choreuten eines Dithyrambenchors ausge-setzt sind (*Ran.* 366), auf den chronischen Durchfall des Kinesias an¹³.

¹⁰ Vgl. auch *De articulis* c. 53.

¹¹ Zur interpretation der Kinesias-Szene vgl. B. ZIMMERMANN, *Untersuchungen zur Form und dramatischen Technik der Aristophanischen Komödien*, Bd. 2: *Die anderen lyri-schen Partien*, Königstein, 1985, 58-60.

¹² G. ZANETTO, *Aristofane, Gli Ucelli*, Milano, 1987, 290 f.

¹³ Vgl. KASSEL-AUSTIN zu ARISTOPH. *Fr.* 156 PCG; außerdem D. DEL CORNO, *Aristofane, Le Rane*, Milano, 1985, 177; L. RADERMACHER, *Aristophanes' «Frösche»*, Sitzungsberichte Wien, 1967³, 192.

Ich will es bei diesen Beispielen, die mit der Gestalt des Kinesias zusammenhängen, belassen und kurz die Funktion der medizinischen Termini im Zusammenhang des ὄνομαστί κωμῶδειν resümieren: Hippokratische Termini technici erscheinen im Zusammenhang mit der Verspottung lebender Personen dann, wenn der Spott sich auf einen bestimmten körperlichen Defekt, eine bestimmte Auffälligkeit der jeweiligen Person richtet. Dies sind vor allem Mißbildungen (Klumpfuß, Buckel oder sonstige Deformierungen des Knochenbaus), oder die Witze bewegen sich im Umkreis des Skatologischen (Durchfall, Verstopfung, Harndrang) oder zielen auf Sexuelles (Spannungen und Verspannungen des Kinesias, geschwollene Leisten). Diese Arten des persönlichen Spotts gehören sozusagen zum Grundbestandteil einer Aristophanischen Komödie. Sind sie, was eher die Ausnahme ist, mit hippokratischen Ausdrücken verbunden, die der Deskription, der Diagnose des Verspotteten dienen, erhält der Spott eine weitere, ich möchte sagen parodische Dimension, die vor allem durch die Unverhältnismäßigkeit von Significatum und Significans zustandekommt: Der derbe Spott, in wissenschaftliche (σπασμός etc.) oder pseudowissenschaftliche (ἔσπαλισμός) Sprache gekleidet, wird dadurch einerseits verfremdet. Der Zuschauer kann erkennen, daß es dem Dichter auch, oder sogar vorwiegend, auf das Wortspiel ankommt. Man denke an κyllός oder an den Namen Κινησίας, der von κινεῖν abgeleitet und zu den σπασμοί in Beziehung gesetzt wird. Andererseits wird durch den derben, obszönen Kontext und durch die komischen Neologismen gerade auch die wissenschaftliche oder pseudowissenschaftliche Sprache demontiert und auf einen oft simplen Sinn reduziert, der sich hinter dem bombastischen Klang, hinter der auffälligen Neuprägung verbirgt. So hat Aristophanes immer wieder die in der damaligen theoretischen Diskussion aller Disziplinen, aller Technai und insbesondere auch der Medizin aufkommenden Neubildungen von Substantiven auf -μα und Adjektiven auf -ικός verspottet¹⁴. Wir können in dieser parodischen Verwendung hippokratischer Ausdrücke eine Technik entdecken, die Aristophanes auch sonst in anderem Zusammenhang häufig anwendet: nämlich das «Wörtlichnehmen», das «In-Szene-Setzen» von metaphorischen oder in unserem Fall technischen, wissenschaftlichen Ausdrücken¹⁵. Wenn der Zuschauer sehen kann, was sich hinter einem derartigen Ausdruck verbirgt, da er es in komischer Verzerrung vorgeführt bekommt, verliert er im Lachen über die komische Demontage, die auf der Bühne betrieben wird, seinen Respekt vor dem elitären Charakter technischer Sprachen.

¹⁴ Vgl. dazu die Arbeiten von CH. W. PEPLER, *AJPh* 31, 1910, 428-444 und *AJPh* 37, 1916, 459-465; vgl. außerdem G. PREISER, *Allgemeine Krankheitsbezeichnungen im Corpus Hippocraticum*, Berlin-New York, 1976, 80 ff.

¹⁵ Zu dieser komischen Technik des Aristophanes vgl. H-J. NEWIGER, *Metapher und Allegorie*, München, 1957.

IV

Abschließend sollen noch, um das, was bisher an Einzelfällen aufgezeigt wurde, auch im Zusammenhang einer ganzen Szene zu interpretieren, drei Szenen bzw. Szenenfolgen vorgestellt werden, in denen sich Aristophanes in besonderem Maße hippokratischer Ausdrücke bediente.

Beginnen wir mit den *Acharnern*. Am Ende dieses Stücks (1174 ff.) wird von einem Boten in tragischer Manier die Heimkehr des «Heros» Lamachos angekündigt, der sich bei der Verteidigung der Grenze, bei einem Sprung über einen Graben in ganz und gar unheroischer Art und Weise den Knöchel ausgerenkt hat. Die Worte des Boten sind zunächst Tragödienparodie¹⁶ Das Erstaunliche an dieser Szene ist jedoch, daß Aristophanes sich im Rahmen der Tragödienparodie hippokratischer Terminologie bedient. In *De fracturis* (c. 11) werden genau der Unglücksfall beschrieben, der Lamachos passiert, und die dazu notwendigen Behandlungsmittel angegeben: Ὅσοι δὲ πηδῆσαντες ἀφ' ὑψηλοῦ τινὸς ... οἴδημα δὲ ἐπιγίγνεται καὶ πόνος πολὺς - die Klagen des Lamachos bestätigen die Schmerzen, die in dem Traktat erwähnt werden. Als Behandlung wird dann empfohlen: τούτους χρῆ ἰητροῦν μὲν κηρωτῆ καὶ σπλήνεσι καὶ ὀθονίοισιν ὕδατι δὲ θερμῷ πλείστῳ ἐπὶ τούτοισι χρῆσθαι καὶ ὀθονίων πλειόνων κτλ. So fordert denn auch der Bote des Lamachos die Diener auf, Wasser in einem Topf zu wärmen (ὑδὼρ θερμαίνετε), Bandagen, Wachssalbe und ungerinigte Wolle als Verbandsmüll bereitzustellen (ὀθόνια, κηρωτὴν παρασκευάζετε, / ἔρι' οἰσπηρά). εἴριον οἰσπηρόν (in *De fracturis* und *De articulis* auch εἴριον ὀσπηρόν) ist eine gebräuchliche Verbindung in den hippokratischen Schriften. Schließlich sollen sie einen Verband für den verstauchten Knöchel vorbereiten (λαμπάδιον περὶ τὸ σφυρόν). Hier verläßt Aristophanes die Sphäre der medizinischen Fachsprache; jedenfalls ist λαμπάδιον, das der Scholiast u.a. als ἐπιδεσμοῦ εἶδος erklärt, im gesamten *CH* nicht belegt. Die Schwierigkeiten, die der antike Erklärer mit dem Begriff hatte, belegen, daß er jedenfalls keine gebräuchliche Bezeichnung für einen Verband war.

Es folgt die Begründung für die Befehle (1178-1180): ἀνήρ τετραῶται χάρακι διαπηδῶν τάφρον, / καὶ τὸ σφυρόν παλινόρρον ἐξεκόκισεν, / καὶ τῆς κεφαλῆς κατέαγε περὶ λίθῳ πεσῶν. Die komische Technik besteht in diesem Teil in einem bunten Nebeneinander von Termini technici, von medizinischen bzw. pseudomedizinischen Formulierungen, von Umgangssprache und erhabener Diktion. So ist κα-

¹⁶ P. RAU, *Paratragodia*, München, 1967, 139 spricht von «Katastrophenparodie».

ταγνῶναι + Genitiv im *CH* die gebräuchliche Verbindung für das Brechen eines Glieds, hier wohl abgemildert zu verstehen im Sinne von «den Kopf anschlagen»; ἐκκοκκίζω dagegen ist Slang und ruft natürlich eine gewollte Dissonanz zu dem epischen παλίνορθον hervor. Die komische Wirkung, die die medizinischen Ausdrücke in dieser Szene hervorrufen, liegt zunächst —auf der sprachlichen Ebene— wohl darin, daß sie in Spannung zu der hochpathetischen, paratragischen Ankündigung des Boten stehen. In der Tragödie wird bei der Heimkehr des tödlich verwundeten Helden eben nicht in prosaischen Formulierungen dazu aufgefordert, die Vorbereitungen für die ärztliche Versorgung zu treffen. Die komische Spannung, die durch den Gegensatz zwischen Sprechhaltung (Katastrophenbericht) und Inhalt (medizinische Anweisungen) zustandekommt, wird noch verstärkt durch das Einstreuen von umgangssprachlichen Wörtern in unmittelbarer Nähe zu epischen, also hochpoetischen Formulierungen.

Nun stellt sich natürlich die Frage, ob Aristophanes bei seinem Publikum mit der Kenntnis dieser hippokratischen Begriffe rechnen konnte, ohne die der Witz der Szene ins Leere liefe. Wenn man die historischen Umstände in die Überlegung miteinbezieht, gewinnt die Annahme, daß großen Teilen des Publikums diese hippokratischen Ausdrücke geläufig waren, durchaus eine gewisse Plausibilität. Die *Acharner* wurden im sechsten Jahr des Peloponnesischen Kriegs aufgeführt. Die Bevölkerung war demnach schon längere Zeit an den Krieg und an die durch den Krieg verursachten Verwundungen und dementsprechend auch an die erforderlichen Heilmethoden gewöhnt. Bei der Durchsicht der von Miller zusammengestellten medizinischen Termini in den Komödien des Aristophanes fällt auf, daß die meisten dieser Ausdrücke in zwei hippokratischen Schriften ihre Belegstellen haben, nämlich in *De fracturis* und *De articulis*, also in den Schriften, die, jedenfalls in ihrem Kern, aus dem 5. Jahrhundert stammen könnten¹⁷ und die in Kriegszeiten bei den anfallenden Verwundungen von höchstem Interesse gewesen sein dürften. Die beinahe wörtlichen Übereinstimmungen zwischen der Ankündigung des verwundeten Lamachos und der hippokratischen Schrift *De fracturis* ist meines Erachtens ein schlagender Beweis für die Kenntnis der Lehren dieses Traktats in Athen im Jahre 425 v. Chr., wodurch wir - an einem eher unerwarteter Ort - einen terminus ante quem für *De fracturis* oder jedenfalls für gewisse Teile dieser Schrift gewonnen hätten¹⁸.

Ich will noch kurz wenigstens auf zwei weitere Szenen hinweisen,

¹⁷ Vgl. z.B. E.T. WITHINGTON in seiner Einleitung der Loeb-Ausgabe (Bd. 3, 1959) XXV.

¹⁸ Damit soll keine Aussage über die Art der Vermittlung der Lehren - mündlich oder schriftlich - gemacht sein.

die medizinisches Wissen bzw. die Kenntnis medizinischer Ausdrücke beim Publikum voraussetzen. In den *Wespen* des Jahres 422 rasonnieren die zwei Sklaven über die seltsame Krankheit, an der alte Herr leiden soll (71 νόσον ... ἀλλόκοτον νοσεῖ). Dabei bedienen sie sich bei ihrer Diagnose der im *CH* gebräuchlichen Formulierung τεκμαιρεσθαι ἀπό τινος (76). Nachdem die verschiedenen Ausbruchsversuche des Alten gescheitert sind, erscheinen seine alten Richterkollegen, um ihn abzuholen, und stellen Mutmaßungen über seine außergewöhnliche Vorspätung an (277 ff. ἐφλέγημεν αὐτοῦ τὸ σφυρὸν γέροντος ὄντος / καὶ τάχ' ἂν βουβωνιάη)¹⁹. Hat er einen verstauchten Knöchel oder eine Leistenschwellung, oder liegt er mit Fieber darnieder (284 καίται πυρέττων)? Ich überspringe den Hauptteil des Stücks und wende mich noch kurz der Exodos zu, wo der verjüngte Alte von einer ungeheueren Tanzlust gepackt wird. Philokleon selbst kommentiert seine Tanzfiguren und läßt dazwischen zweimal seine anatomischen Kenntnisse aufblitzen: 1489 σφόνδυλος ἀχεῖ und 1495 στρέφεται χαλαρὰ κοτυληδών. Der Wirbel ächzt und die Hüftpfanne dreht sich locker herum. Auf soviel Aberwitz kann der Sklave nur noch zu dem probaten Mittel raten: (1489) πῖθ' ἐλλέβορον.

Die Verwendung der medizinischen Termini in den *Wespen* hängt eng mit der Konzeption des gesamten Stücks zusammen. Die «Richterkrankheit», die φιλοδικία, wird von Bdelykleon und den beiden Haussklaven als eine außergewöhnliche Erkrankung (νόσον ἀλλόκοτον), als ein pathologischer Zustand diagnostiziert, während die alten Freunde Philokleons (der Chor), die ja selbst von der *Philodikia* befallen sind, eine harmlose Erkrankung ihres Kollegen wie Fieber, einen verstauchten Knöchel oder eine Leistenschwellung vermuten. Die außergewöhnliche Krankheit des Alten bedarf auch einer außergewöhnlichen Behandlung. Als jedoch am Ende die Kur, die der Sohn seinem Vater verordnet hat allzu gut anschlägt und der Alte ganz über die Stränge schlägt, fällt dem Sklaven nichts anderes mehr ein als das altbewährte Hausmittel ἐλλέβορος.

Noch eine letzte Szene: In den *Fröschen* (937 ff.) rühmt sich Euripides, daß er die Dichtkunst, die ihm Aischylos in geschwellenem Zustand (940 οἰδοῦσαν) übergeben habe, entschlackt, sie auf Diät gesetzt und ihr eine Gewichtsreduzierung verordnet habe, und zwar durch ἐπυλλίοις καὶ περιπάτοις καὶ τευτλίοισι λευκοῖς. Schließlich habe er ihr einen Kräftigungstrank verabreicht, den er aus geschwätzigen Büchern abgeseiht habe (χυλὸν διδοῦς στρωμυλάτων ἀπὸ βιβλίων ἀπηθῶν), bevor er sie wieder aufgepäppelt habe - durch seine Arien.

¹⁹ Vgl. GRMEK a.a.O. 146 f. (siehe Anm. 6).

Die Dichtkunst wird von Aristophanes in dieser Szene personifiziert. Ihrem Wesen entsprechend braucht sie ganz besondere Medikamente und muß sich einer besonderen Kur unterziehen. Sie leidet ja auch nicht an einem gewöhnlichen Übergewicht, sondern ist angeschwollen durch Wortblähungen, denen man eben nur mit destillierten Wortsäften zu Liebe rücken kann. Um so unerwarteter steht dann inmitten der literarischen Heilmittel auch das derbe Purgierungsmittel τεύτλιον.

Es ist diesem Zusammenhang erwähnenswert, daß Aristophanes in den *Fröschen* die medizinischen Termini auf eine Stufe mit den rhetorisch-literarischen Begriffen stellt und beide als Produkte der Sophistik verspottet. In dieselbe Richtung weist auch die komische Wortprägung *ιατροτέχναι* (*Nub.* 332), die im Agon der *Wolken* in der Gesellschaft anderer windiger Gesellen erscheinen: οὐ γὰρ μὰ Δί' οἶσθ' ὅτι ἡ πλείστους αὐταὶ βόσκουσι σοφιστάς / Θουριομάντεις *ιατροτέχνας* σφραγιδονυχαργοκομήτας, / κωκλίων τε χορῶν ἄσματοκάμπτας ἄνδρας μετεωροφένακας, / οὐδὲν δρῶντας βόσκουσ' ἄργούς, ὅτι ταύτας μουσοποιοῦσιν²⁰.

V. ZUSAMMENFASSUNG

Es hat sich zunächst herausgestellt, daß sich in den Komödien des Aristophanes hippokratische Ausdrücke vorfinden, die Krankheiten, Verletzungen und deren Heilung beschreiben, die wohl jedem Zuschauer bekannt waren. Neben den Allerweltskrankheiten wie Fieber sind es vor allem Ausdrücke für Verletzungen, Verstauchungen und Knochenbrüche, die ihre Parallelen vorwiegend in den Schriften *De fracturis* und *De articulis* haben. Ich versuchte diesen Befund dadurch zu erklären, daß der athenische Bürger in den Jahren des Peloponnesischen Kriegs dauernd mit derartigen Verletzungen und eben auch mit den Spezialausdrücken für einzelne Knochen und Knochenbrüche konfrontiert war, so daß Aristophanes durchaus mit der Kenntnis dieser Termini bei seinem Publikum rechnen konnte.

Aristophanes setzt die medizinischen Fachausdrücke meist zu komischen Zwecken ein. Zunächst kann das Äußere einer Person dadurch besonders markant beschrieben werden, z.B. ihre Klumpfüßigkeit, ihr Buckel, ihre klapperdürre Gestalt usw., d.h. die Termini

²⁰ Vgl. dazu schon F. G. WELCKER, «Die Ärzte», in: *Kleine Schriften* 3. Teil, Bonn, 1850, 226-234; K. J. DOVER, *Aristophanes, Clouds*, Oxford, 1968, 144.

technici werden dazu eingesetzt, um diese Person besonders treffend, sozusagen aus der Perspektive einer ärztlichen Diagnose heraus zu verspotten. Ich habe versucht, dies am Beispiel des Kinesias vorzuführen.

Sodann setzt Aristophanes auch die medizinische Fachsprache, wie er dies übrigens auch mit anderen Fachsprachen tut, seinem Spott aus, indem er sie auf ihre eigentliche Bedeutung, oft derb und deftig genug, reduziert. Man denke an *σπασμός* und *τέτανος* in der *Lysistrate*.

Schließlich verwendet Aristophanes gerne die dürre, prosaische Fachsprache zu dem Zweck, komische Inkongruenzen zu erzeugen. Auf die hochpathetische Ankündigung des verletzten Lamachos folgt die trockene, medizinische Anweisung, wobei der pathetische Gestus aufrechterhalten und durch tragische oder epische Einstreusel immer wieder darauf verwiesen wird, bevor am Ende alles im Slang endet.

Doch über die reine Beschreibung der Funktionen hippokratischer Ausdrücke in den Komödien des Aristophanes hinaus kann eine derartige Fragestellung, unter der ich die Komödien streifte, auch einen Einblick in die Bekanntheit medizinischer Praxis und Terminologie im Athen des ausgehenden 5. Jahrhunderts gewähren und damit zu einem tieferen Verständnis der Alten Komödie und der Polis-Kultur insgesamt beitragen.

Demóstenes y el vocabulario hipocrático

FELIPE HERNÁNDEZ MUÑOZ

(Universidad Complutense, Madrid)

Es conocido que Platón (*Fedro* 270 b-d) establece una analogía entre los procedimientos seguidos por la medicina y la retórica¹. El propio Demóstenes, cuando en el año 330 haga recapitulación de toda su trayectoria como político y orador en el discurso *Sobre la corona*, no encontrará mejor imagen para definirla que la del buen médico que ha actuado siempre con la mejor de sus voluntades sobre un organismo enfermo, Grecia². Tal paralelismo no parece que sólo sea un hallazgo del último Demóstenes, sino que está presente desde sus primeros discursos políticos y se va afianzando progresivamente, condicionando la utilización de un determinado tipo de metáforas y, claro está, del vocabulario correspondiente. Sin embargo, este aspecto, para nosotros fundamental, de la oratoria demosténica no creemos que haya sido analizado en la profundidad que merece por los estudiosos de la obra del peanio³. Haciéndonos eco del título del trabajo que en 1979 C. W. Wooten publicó en la revista *Hermes* sobre el tema, sigue pareciéndonos aún hoy que muchos aspectos de la cuestión permanecen «unnoticed», «inadvertidos», principalmente en lo que toca a la procedencia, función y desarrollo en la oratoria demosténica de estas imágenes y de este vocabulario.

El título de nuestra comunicación compromete, aunque con matices, la solución a la primera de las cuestiones. La constatación de

¹ Para la analogía entre la medicina y la justicia, cf. *Grg.* 464 b ss. En el testimonio del *Fedro* se hace mención explícita de la figura de Hipócrates.

² A nuestro juicio, son estas dos nociones las que articulan todo el discurso. De una de ellas (la buena voluntad, εὐνοία) ya hemos tenido ocasión de ocuparnos (cf. *Minerva* 3, 1989, pp. 173-188); la otra (la equivalencia de las figuras del médico y del orador) será en parte analizada en estas páginas.

³ Cf. D. KRÜGER, *Die Bildersprache des Demosthenes*, Tesis, Gotinga, 1959, pp. 33-36; G. RONNET, *Étude sur le style de Démosthène dans les discours politiques*, París, 1951, pp. 163-166; G. O. ROWE, «Demosthenes' Use of Language», en *Demosthenes' On the Crown*, J. MURPHY (ed.), Nueva York, 1967, pp. 178-179; C. W. WOOTEN, «Unnoticed medical language in Demosthenes», *Hermes* 107, 1979, pp. 157-160.

que hay en Demóstenes un número relativamente importante de términos procedentes del campo de la medicina y que se documentan también en el *Corpus Hippocraticum* no haría sino aproximar nuestro orador al círculo de otros escritores (Tucídides, Aristófanes y los trágicos, especialmente) que, según algunos críticos ⁴, también recibieron su influencia. Como ellos, también nosotros al emplear el término «hipocrático» no presuponemos necesariamente una influencia directa sobre el orador del gran médico de Cos o de algunos de sus tratados ⁵. No es nuestro propósito entrar en la denominada «cuestión hipocrática», sino sólo señalar, por su documentación en el *CH*, el carácter de parte del vocabulario empleado y, a lo sumo, sugerir en algunos casos una influencia de algunos tratados considerados generalmente como pertenecientes al siglo V y primera mitad del IV, por vía directa o indirecta (a través de Tucídides y Platón) ⁶. La mayoría de estos términos, aunque procedentes del campo de la medicina, tendrán un carácter «no técnico» ⁷, comprensible para grandes audiencias, a las que las obras del orador —como también las de Aristófanes y los trágicos— iban dirigidas. El caso de Tucídides es diferente.

No hay que olvidar tampoco que, al igual que las obras atribuidas a Hipócrates, también las de Demóstenes constituyen un *Corpus* (abreviado, *CD*) con problemas de autenticidad y cronología. Por ello, el conjunto de los discursos políticos atribuidos a Demóstenes (incluyendo los político-judiciales), con los casi veinticinco años que median entre el discurso XXII, *Contra Androción*, y el XVIII, *Sobre la corona*, además de los ocho discursos considerados dudosos o claramente apócrifos ⁸, nos ofrece campo suficiente para seguir una posible evo-

⁴ Cf. W. NESTLE, «Hippocratica», *Hermes* 73, 1938, pp. 24 ss.; K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippocratische Schriften*, Heidelberg, 1954; J. PSICHARI, «Sophocles et Hippocrate», *RPh* 32, 1908, pp. 104 ss.; J. DUMORTIER, *Le Vocabulaire médical d'Eschyle et les écrits hippocratiques*, París, 1935; H. W. MILLER, «Medical Terminology in Tragedy», *TAPhA* 75, 1944, pp. 156-167 (citado Miller I); N. E. COLLINGE, «Medical terms and clinical attitudes in the Tragedians», *BICS* 9, 1962, pp. 43-55; H. W. MILLER, «Aristophanes and Medical Language», *TAPhA* 76, 1946, pp. 74-84 (citado Miller II) y G. SOUTHARD, *The Medical Language of Aristophanes*, Baltimore, 1970, entre otros.

⁵ Cf. MILLER I, *art. cit.*, p. 157, n. 4 y SOUTHARD, *op. cit.*, p. 9.

⁶ La influencia de Tucídides sobre Demóstenes es, desde el juicio de D. H. (*Dem.* 9-10; *Thuc.* 53), casi un lugar común. En cuanto a la de Platón, hoy nos es mucho mejor conocida gracias al excelente estudio de S. ACCAME (*Demostene e l'insegnamento di Platone*, Milán, 1947). Cf. también J. MANSFELD, «Plato and the Method of Hippocrates», *GRBS* 21, 1980, pp. 341-362.

⁷ WOOTEN, *art. cit.*, p. 159, n. 4. También los empleados por Aristófanes, cf. SOUTHARD, *op. cit.*, p. 2, frente a MILLER II, *art. cit.*, p. 75.

⁸ X (*Cuarta Filipica*), XIII (*Sobre la organización financiera*) y XXV (*Contra Aristogitón*, I) integran el grupo de los dudosos; VII (*Sobre el Haloneso*), XI (*Respuesta a la carta de Filipo*), XII (*Carta de Filipo*), XVII (*Sobre el tratado con Alejandro*) y XXVI (*Contra Aristogitón*, II), el de los apócrifos. Para las cuestiones de autenticidad y cronología, cf. nuestra Tesis doctoral *La expresión del conocimiento y la voluntad en los discursos políticos de Demóstenes*, Madrid, 1988, p. 18 ss., n. 36.

lución en el empleo de estos términos y metáforas. Creeremos con ello haber contribuido a un mejor conocimiento de la oratoria política de Demóstenes y de la influencia del *CH* en la literatura griega.

En el año 354 a.C., fecha probable del primer discurso ante la asamblea, *Sobre las simmorías*, encontramos el primer apunte de empleo de vocabulario médico: con la expresión 'λαβεῖν παράνοϊαν' (XIV 39) Demóstenes parece sentirse atraído, en primer lugar, por la expresión de las patologías psicológicas individuales. Son cinco los pasajes que en el *CH* documentan el sustantivo (cf. *Prog.* 23)⁹ y la presencia del verbo λαμβάνω¹⁰, que en el *CH* se asocia a otras enfermedades o síntomas de ellas (por ejemplo la fiebre, cf. *Epid.* III 8), refuerza ese sentido médico.

Un año después, en el discurso *En defensa de los megalopolitas* (XVI 4), se sugiere ya un método de conjetura (τεκμαιρῆσθαι) de tipo inductivo, que culminará en los últimos discursos políticos (cf. XIX 45; IX 10 y XVIII 246), paralela al pronóstico hipocrático (cf. *Prog.* 24; *Acut.* 68) y al tucidideo (cf. III 53; IV 123); a partir de ciertos indicios, de ciertas «señales» que se repiten (πολλάκις) en el momento presente (καιρός) se puede, en cierto modo, hacer una predicción racional del futuro, ya se trate de una enfermedad o de la situación política. En otro pasaje del mismo discurso (XVI 31) asoma ya el ámbito preferente por el que discurrirá en lo sucesivo el contraste salud-enfermedad: el colectivo de los pueblos. En este caso es el de los tebanos que acaso se «recobren» (ἀνενέγκωσιν: cf. *Aph.* 2. 43) de su debilidad.

Deberemos situarnos en el año 351, fecha de la *Primera Filípica* y omitir, por tanto, los discursos núm. XXII, XX, XXIV, XXIII y XV, poco interesantes para nuestro propósito, para encontrar ya un hito importante en la evolución del pensamiento médico de Demóstenes.

⁹ En I 26 encontramos la ὄνοια ligada a ἐκλαλεῖν. El «delirio», ληρεῖν, (cf. VIII 31; IX 20 y XIX 262) puede tener también un sentido médico (cf. *Epid.* I 26). Significado más técnico tiene el adjetivo ἀπόπληκτος (cf. *Aph.* 3.16; 6.57; 7.40; *Flat.* 13), asociado a ἄφρων en XXI 143. Como el éleboro se recomienda para los casos de μανία (*Vict.* I 35), es posible que en XVIII 121 lo que Demóstenes sugiera es que Esquines está loco: de ahí la necesidad de ἐλλεβορίζειν, única vez que el término es utilizado en el *CD*; para su documentación en el *CH*, cf. MILLER II, *art. cit.*, p. 77. Si es cierto, como apunta M. G. CIANI («Lessico e funzione della follia nella tragedia greca», *BIFG* I, 1974, p. 99), que el término παράνοια puede ser una creación de Esquilo, estaríamos ante uno de los casos en que la lengua médica ha acudido «al caudal léxico de la poesía para crear su propia nomenclatura» (J. ALSINA, «Sobre los orígenes de la lengua médica griega», *BIEH* 9, 1975, p. 74). En otros casos la relación puede ser la inversa (cf. *Id.* p. 76). Cf. también C. ROURA, «Aproximaciones al lenguaje científico de la Colección Hipocrática», *Emerita* 40, 1972, pp. 319-327 (con referencia a la lengua homérica).

¹⁰ Cf. XVIII 198.

Parece ser que, según nos cuenta el escoliasta, en esas fechas Filippo —en lo sucesivo eterno antagonista de nuestro orador— cayó enfermo durante su campaña en Tracia. Muy probablemente, el hecho concentró la mirada de Demóstenes hacia un campo, el de la medicina, que ya antes, como acabamos de ver, le era interesante. Lo cierto es que en IV 11 el orador se hace eco de esta noticia y, lo que es más importante, implícitamente compara a Filippo con la propia enfermedad: «Filippo está enfermo pero él mismo es una enfermedad que “ha crecido” (ἐπηύξηται, cf. *Epid.* VI 5,15) y amenaza ya a los descuidados atenienses», viene a decir Demóstenes entre líneas. Más adelante, en IV 44, el orador, seguro de su arte y de la importancia que ya tiene ante su auditorio, se atreve a paralelismos aún más sugestivos: no sólo Filippo está enfermo; su imperio, pese a las apariencias, también lo está, contiene partes «insanas» (σαθρά: cf. *Vict.* I 15)¹¹. La imagen era tan atractiva que se mantendrá en discursos posteriores, aunque extendida también a los pueblos griegos. El párrafo 14 de la *Segunda Olintíaca* no hace sino repetir la misma imagen: el imperio macedónico es «αὐτὴ δὲ καθ’ αὐτὴν ἀσθενὴς καὶ πολλῶν κακῶν μεστή», pero —se añade— también los tesalios están «enfermos» (νοσοῦσι). Y poco después (II 21) se insiste en la misma idea, pero ya referida en general a todos los gobiernos tiránicos, en una imagen plagada de términos médicos con ecos que reaparecerán en el discurso *Sobre la corona* (XVIII 198) y en dos apócrifos (XI 14 y XXVI 26), cuyos anónimos autores también sintieron interés por el campo de la medicina e imitaron el pasaje para dar así a sus piezas un «sello» demosténico:

ὥσπερ γὰρ ἐν τοῖς σώμασιν, τέως μὲν ἂν ἐρρωμένος ἦ τις, οὐδὲν ἐπαισθάνεται, ἐπὰν δ’ ἀρρώστημά τι συμβῆ, πάντα κινεῖται, κἂν ῥήγμα κἂν στρέμμα κἂν ἄλλο τι τῶν ὑπαρχόντων σαθρὸν ἦ, οὕτω καὶ τῶν πόλεων καὶ τῶν τυράννων (II 21).

ὥσπερ τὰ ῥήγματα καὶ τὰ σπάσματα, ὅταν τι κακὸν τὸ σῶμα λάβῃ, τότε κινεῖται (XVIII 198).

συμβαίνει γὰρ, ὥσπερ ἐν τοῖς σώμασιν ἡμῶν ὅταν μὲν ἐρρωμένος ἦ τις, οὐδὲν ἐπαισθάνεται τῶν καθ’ ἕκαστα σαθρῶν, ἐπὰν δ’ ἀρρώστησῃ, πάντα κινεῖται, κἂν ῥήγμα κἂν στρέμμα κἂν ἄλλο τι τῶν ὑπαρχόντων ἢ μὴ τελέως ὑγιεινόν οὕτω καὶ τῶν βασιλειῶν καὶ ἀπασῶν τῶν δυναστειῶν (XI 14).

τὰ μὲν γὰρ ἐν τοῖς σώμασιν ἀρρωστήματα τοῖς τῶν ἱατρῶν

¹¹ Cf. PL., *Euthphr.* 5 c; PLU., *Dio.* 23 (en alusión también al poder tiránico). Los precedentes de la identificación de la salud del cuerpo con la del Estado hay que buscarlos en Solón, cf. W. JAEGER, *Demosthenes: The origin and growth of his policy*, Berkeley, 1938; *Demóstenes, la agonía de Grecia*, trad. esp., México, 1945, p. 289, n. 32.

εὐρήμασι καταπαύεται¹², τὰς δ' ἐν ταῖς ψυχαῖς ἀγριότητος αἰ τῶν νομοθετῶν ἐξορίζουσι διάνοιαι (XXVI 26).

Pese a algunos cambios en el sentido (la mención de los gobiernos «tiránicos», que en XI 14 es sustituida por la de los gobiernos «monárquicos» y «autoritarios» en general, se queda en XXVI 26 en la simple analogía entre los procedimientos de la medicina y la legislación), resulta clara la vinculación de estos cuatro textos. Más aún, que los autores de los discursos XI (*Respuesta a la carta de Filipo*) y XXVI (*Contra Aristogitón, II*) han tenido a la vista la *Segunda Olintiaca*, por lo que el año 349 a.C. se convierte, en todo caso, en *terminus post quem* de redacción de ambos discursos. Pero lo que aquí más nos interesa es el vocabulario utilizado en la comparación: términos como ἐπαισθάνεσθαι (especializado en sentido médico para los síntomas de una enfermedad), ἀρρώστημα (cf. *Flat.* 9), ῥήγμα, στρέμμα (cf. *Off.* 23), σπάσμα, σαθρόν, se documentan todos en el *CH*. Incluso la secuencia de XVIII 198, ῥήγματα καὶ σπάσματα, también puede leerse en el *CH* (cf. *Aēr.* 4)¹³. Aunque la aliteración puede haber influido en la elección del vocabulario (ἐρρωμένος, ἀρρώστημα, ῥήγμα, στρέμμα, con la repetición del sonido [r] no hacen sino subrayar la impresión de «fuerza»)¹⁴, la causa principal ha sido, sin duda, su sentido médico, que cuadraba perfectamente a una imagen en la que se compara el imperio macedónico con un organismo descoyuntado. La presencia, también en II 21, del verbo συμπλέκω, vocablo perteneciente al léxico deportivo y, más concretamente, de la lucha, nos sugiere que Demóstenes, por su parte, concibe el imperio macedónico como un atleta lesionado. Las causas, sólo insinuadas por Demóstenes, las ha visto muy bien el anónimo autor del discurso XI (XI 14): el atleta —Filipo— ha caído (πταίω) «por levantar un peso superior a sus posibilidades», μείζον φορτίον ἢ καθ' αὐτὸν αἰρόμενον, al intentar conquistar más de lo que era capaz¹⁵. Lo cierto es que el propio Demóstenes, también en la *Segunda Olintiaca* (II 9), llega a mencionar el «tropiezo» (πταίσμα), pero con referencia, más bien, al del caballo cuando se le «tira de las crines hacia atrás» (ἀναχαιτίζειν). Que en este párrafo Filipo se compare a un caballo que ha tropezado, comparación quizá favorecida por otro tipo de relaciones (Φίλιππος - ἵππος), es algo que Demóstenes parece insinuar¹⁶. De cualquier manera, la mención en el

¹² Para el sentido médico del término, cf. N. VAN BROCK, *Recherches sur le vocabulaire médical du grec ancien*, París, 1961, p. 208.

¹³ Cf. también DIOSCÓRIDES III 74 para la asociación con στρέμμα, cf. *id.* I 85 y *GAL.*, X 890 K.

¹⁴ Con referencia explícita a Filipo en II 9: ὥσπερ οὗτος ἰσχύσει. Para la oposición ἐρρωμένος / ἀρρώστημα, cf. VAN BROCK, *op. cit.*, pp. 193-194.

¹⁵ En XVIII 286 el verbo πταίω se referirá a Atenas: era ella la que realmente se había desplomado en el año 330. Para la expresión, cf. *TH.*, I 122; II 43; IV 18 y VI 33.

¹⁶ Y, quizás también, que se trate de un caballo enloquecido. Las metáforas «hípicas» son adecuadas para expresar estas patologías, cf. CIANI, *art. cit.*, pp. 71-72.

párrafo del sustantivo πρόφασις con el sentido de «causa externa»¹⁷ aporta al texto también un matiz médico (cf. *Aph.* 3.12; *Epid.* III 3; III 17) que el autor del discurso XI (XI 7) ha querido subrayar, sustituyendo la expresión πρώτη πρόφασις por la más hipocrática (cf. *Coac.* 477) μικρὰ πρόφασις y el término ecuestre ἀνεχαίτισε por el más médico διέσεισε (cf. *Morb.* I 6). La sustitución del preverbio κατα- por δια- en el verbo λύω también puede obedecer a la misma razón: la referencia a las articulaciones. La *Primera Filípica* y la *Segunda Olintíaca* se constituyen, pues, en puntos obligados de estudio para todos aquéllos que se acerquen al pensamiento médico de Demóstenes, y no sólo las piezas posteriores al año 346, como parece defender Ronnet¹⁸. Es más: en la *Tercera Olintíaca* ya aparece la primera identificación explícita del orador con el médico (ιατρός) —figura todavía neutra, que ni daña ni cura— y se apunta que los atenienses están aquejados de una enfermedad de índole psicológica: la ῥαθυμία. Así las cosas, toda la oratoria política posterior no hará otra cosa que desarrollar estos conceptos, algunos aún sólo meras intuiciones.

El discurso XXI (*Contra Midias*), ca. año 347, es el único político-judicial con verdadero interés para nuestro propósito. La reflexión del orador se dirige, sobre todo, a precisar las nociones de enfermedad curable e «incurable» (ἀνήκεστος; cf. *Acut.* 39). A la última categoría pertenecen ciertos caracteres individuales incorregibles, como el de Midias (anticipación del de Esquines en los discursos núm. XIX y XVIII, y del de Aristogitón en el XXV y XXVI), para Demóstenes claramente patológicos, ante los que el orador poco puede hacer. Sobre el conjunto de los atenienses, sin embargo, su opinión es más favorable.

En el discurso XIX (*Sobre la embajada fraudulenta*) encontramos con frecuencia el adjetivo ὑγιής, «sano», con el sentido también de «razonable» (cf. XIX 39, 52, 174)¹⁹. En XIX 171, a estos dos conceptos se une un tercero, completándose la ecuación, tan demosténica, salud = razón = acción: γνοὺς οὐδὲν ἡμᾶς ὑγιής πράττοντας. La enfermedad de los atenienses es, sobre todo, la inactividad. Combatirla será el objetivo primordial de la oratoria demosténica.

Siguiendo el camino emprendido en el discurso *Contra Midias*, el

¹⁷ Cf. WOOTEN, *art. cit.*, p. 160, n. 16. En XVIII 156 se habla de ἀληθὴ πρόφασις como «causa profunda» frente al plural προφάσεις (cf. XXV 28: προφάσεις πλάττων), los meros «pretextos». La referencia obligada para esta distinción entre causa real y aparente es también Tucídides (cf. I 23), cf. WOOTEN, *art. cit.*, p. 159, n. 13 y 14 (con bibliografía).

¹⁸ *Op. cit.*, p. 166.

¹⁹ *Id.*, p. 163; KRÜGER, *op. cit.*, p. 33. También en el discurso XVIII: cf. XVIII 23 y 298 (cf. PL. R 409 a y 619 d).

XIX persiste en la atención a los caracteres «incurables», ἀνήκεστοι (cf. XIX 97 y 150). Ahora le toca el turno al de Esquines, perfilado de manera semejante al anterior de Midias. La verdadera «causa» (y aquí Demóstenes, heredero de Tucídides, emplea el mismo término, αἴτιον, que en el historiador suele significar «causa principal u originaria»²⁰) de la «enfermedad» de Esquines —y de sus partidarios— no es otra que su venalidad: ἀσθενὲς τὸ συνειδέναι πεπρακόσιν αὐτοῖς τὰ πράγματα (XIX 208). Como a continuación (XIX 210) se emplea el verbo ἐπιλαμβάνω para referirse a esta conciencia de la propia venalidad, ἐπελαμβάνετο γὰρ αὐτῆς τὸ συνειδέναι, Demóstenes parece así asimilarla a la epilepsia. Los síntomas que atenazan a Esquines, descritos en XIX 208, parecen abonar la misma interpretación: ἀποστρέφει τὴν γλῶτταν, ἐμφράττει τὸ στόμα, ἄγχει. El trasvase de la esfera moral a la física, con referencia también a la epilepsia, resulta claro en el más que dudoso discurso XXV (*Contra Aristogitón*, I), deudor de los discursos XXI, XIX y XVIII. También el carácter de Aristogitón es ἀνίατος (XXV 95); también él es atacado por una cierta «epilepsia» moral: αὐτὸς ὢν ἐπιλήπτος πάση πονηρίᾳ (XXV 80). El autor parece jugar con los dos sentidos del término ἐπιλήπτος: éste de ser «atenazado» por algo en general, y el más técnico de «epiléptico» (cf. *Aph.* 3. 16): τοὺς ἐπιλήπτους φησὶν ἰᾶσθαι (XXV 80). En XXV 95 el autor irá aún más lejos: Aristogitón es comparado con las úlceras cancerosas (καρκίνον ἢ φαγέδαιναν: cf. *Aër.* 10, *Aph.* 6. 38)²¹ que los médicos no tienen más remedio que cauterizar o extirpar completamente: ἀπέκασαν ἢ ὅλως ἀπέκοψαν.

Este texto del discurso XXV no sólo parece haber tenido en cuenta el discurso *Sobre la embajada fraudulenta*, sino también el *De corona*, con lo que su fecha de redacción habría que situarla después del año 330. El párrafo final del discurso *Sobre la corona* termina precisamente refiriéndose a ciertos individuos que, como Esquines, tal vez sean «in-correctibles», εἰ δ' ἄρ' ἔχουσιν ἀνιάτως, empleando un adverbio de resonancias hipocráticas (*Aph.* 7.87), pero también platónicas (*Lg.* 660 c; 877 a; *Phd.* 113 e). De ello se hace eco el autor del discurso XXV como acabamos de ver, y añade aún: δεῖ δὴ ... οὕτω τοῦτο τὸ θηρίον ὑμᾶς ἐξορίσαι, ῥῆσαι ἐκ τῆς πόλεως (XXV 95). El autor del apócrifo discurso XXVI (*Contra Aristogitón*, II), claramente dependiente del 25²², ha reproducido el pensamiento, incluyendo ecos hipocráticos (*Aër.* 23; *VM* 7) y también platónicos (*Smp.* 197 d): τὰς δ' ἐν ταῖς

²⁰ Cf. G. KIRKWOOD, «Thucydides' Words for Cause», *AJPh* 73, 1952, p. 42; WOOTEN, *art. cit.*, p. 158, n. 8. Cf. También D. VIII 31-2 y XVIII 286.

²¹ Cf. asimismo GAL. VII 727 y X 83 K.

²² También en la asimilación de los conceptos νόμος y εὐρημα (XXV 16). Por otra parte, lo que en Platón es función de Ἐργῶς (ἀγριότητα δ' ἐξορίζων: *Smp.* 197 d), en este discurso (XXVI 26) es papel de la legislación.

ψυχαῖς ἀγριότητος αἰ τῶν νομοθετῶν ἐξορίζουσι διάνοιαι (XXVI 26).

Continuando con el discurso XIX, *Sobre la embajada fraudulenta*, gran parte del vocabulario médico empleado se dedica a describir la enfermedad que asola Grecia: νόσημα δεινὸν ἐμπέπτωκεν²³ εἰς τὴν Ἑλλάδα (XIX 259). Tal enfermedad es compleja. Por una parte, cierta debilidad psicológica cercana a la desidia, a la abulia, casi una depresión colectiva: καὶ δέδοικα, δέδοικα... μὴ... νῦν δ' ἀναπεπτωκότες ἦτε. παντάπασι γάρ... ἐκλελύσθαι μοι δοκεῖτε (XIX 224)²⁴; por otra, una crasa ignorancia de los asuntos políticos, descrita gráficamente en XIX 226, τσαυτὴν κωφότητα καὶ τοσοῦτο σκότος παρ' ὑμῶν²⁵, texto con el que hay que relacionar otro del dudoso *Sobre la organización financiera* (XIII 13): δεῖ γάρ... τὸν βουλόμενόν τι ποιῆσαι τὴν πόλιν ὑμῶν ἀγαθὸν τὰ ὅτα πρῶτον ὑμῶν ἰάσασθαι· διέφθαρται γάρ. Finalmente, a estas dos causas se suma una tercera, tal vez la más difícil de vencer: la venalidad, la corrupción de los políticos (XIX 335). Tan grave enfermedad necesita de los cuidados (ἐπιμέλεια: XIX 259) del orador, que asume así los rasgos de verdadero médico, atento a su labor terapéutica para que la ciudad «despierte» (cf. XIX 305; X 6) y los asuntos públicos «recobren la salud» (XIX 289).

El discurso VIII (*Sobre los asuntos del Quersoneso*: VIII 36 y 46) insistirá en estos conceptos y el IX (*Tercera Filípica*), también, aunque introducirá elementos nuevos. No sin ironía, y siguiendo con la figura del médico, Demóstenes sugiere en IX 12 que los soldados de Filipo son médicos que «visitarán» (ἐπισκεψομένους)²⁶ a los pueblos que «están enfermos» de discordias internas: ὡς νοσοῦσι καὶ στασιάζουσιν. En IX 29 se compara a Filipo con una enfermedad periódica o ataque de fiebre: ὥσπερ περίοδος ἢ καταβολὴ πυρετοῦ. Tanto περίοδος como πυρετός son términos abundantes en el CH²⁷ (cf. *Aph.* 2.26; 4.59; *Epid.* III 8; III 31), donde la fiebre se contempla como síntoma de una enfermedad interna. Demóstenes, sin embargo, tam-

²³ Cf. XIX 262 y MILLER I, *art. cit.*, p. 165, con la documentación hipocrática del término. Para προσπίπτειν, cf. IX 50 y TH. I 5 y II 75.

²⁴ Cf. *Aph.* 2.41 y TH. I 70. Del texto demosténico (XIX 224), teniendo también en cuenta el de IX 35 (μαλκίομεν), parece hacerse eco el apócrifo *Sobre el tratado con Alejandro* (XVII 29: τινὰ τῆς πόλεως ἔκλυσιν καὶ μαλακίαν). Ambos términos también se documentan en el CH: cf. *Aph.* 7.8 y *Coac.* 625 (ἐκλυσις), y *Aér.* 20 (μαλακία).

²⁵ σκότος es otro término que la lengua médica parece haber acogido de la poética, aunque otorgándole un sentido especial («vértigo»: *Epid.* V 23). También puede acudir a otros ámbitos, como el económico: cf. XIX 262 (εἰσάγειν) y IX 39 (ἀντεισάγειν), ambos con referencia a la «enfermedad» «importada», introducida en Grecia.

²⁶ El término también se documenta en el CH: cf. *Prorrh.* II 1; *VM* 14. Con referencia al médico, cf. HDN. IV 2.4.

²⁷ Cf. MILLER II, *art. cit.*, p. 83; WOOTEN, *art. cit.*, p. 160, n. 16; cf. también PL., *Grg.* 519 a.

bién admite que pueda tratarse de una enfermedad periódica y contagiosa: así parecen subrayarlo los verbos ἀφιστάναι y προσέρχεσθαι, conscientemente aproximados en el mismo pasaje. Sobre esta idea girarán los textos posteriores: en IX 39 se afirma tajantemente que «Grecia está enferma», νενόσηκεν ἡ Ἑλλάς, y se apuntará la causa fundamental de tal enfermedad: la venalidad, δωροδοκεῖν. En IX 50, sin embargo, se añade que sobre los enfermos en sí mismos cae, además, Filipo: πρὸς νοσοῦντας ἐν αὐτοῖς προσπέση. La reiteración del preverbio προσ-, llegando a cambiar el más usual ἐμπίπτειν, tratándose de enfermedades (cf. XIX 259), por προσπίπτειν, subraya la idea de que Filipo es más que un síntoma de una enfermedad previa: es otra enfermedad, si se quiere secundaria, que se añade (προσ-) a ella.

El último discurso de Demóstenes, *Sobre la corona*, fechado en el año 330, representa la culminación de su oratoria. También su pensamiento médico «corona» en esta pieza. En XVIII 19, pasaje que comienza con ecos de Jenofonte (*HG VII 5,27*), reaparece la comparación de Filipo con una enfermedad que se desarrolla a costa de la debilidad (ταλαιπωρούμενοι)²⁸ de todos: κατὰ πάντων ἐφύετο. La imagen se hace más técnica, médicamente hablando, en XVIII 62: ἐν τοιαύτῃ δὲ καταστάσει καὶ ἔτ' ἀγνοία τοῦ συνισταμένου καὶ φρομένου κακοῦ τῶν ἀπάντων Ἑλλήνων ὄντων. El término κατάστασις no es aquí un mero equivalente de διάθεσις, «disposición», sino que mantiene la vinculación, tan hipocrática, con la enfermedad. También se documenta en el *CH* el otro término médico, συνίσταμαι²⁹ (cf. *Epid.* III 17; *Coac.* 589; *Medic.* 7).

Pero si creyéramos que la única causa de las desventuras de Grecia es Filipo, «enfermedad» que la ha atacado, estaríamos, según Demóstenes, en un error. Las ciudades griegas ya estaban enfermas, aquejadas de un mal —si cabe— aún peor. En la *Primera Filípica* (IV 11) ya había afirmado tajantemente que, si a Filipo le pasara algo, los atenienses, con su negligencia, crearían otro Filipo. Ahora, veinte años después, su diagnóstico de la situación es más negativo, porque a los factores intelectuales (falta de previsión) y psicológicos (abulia, indolencia) se suman —y adquieren un valor preponderante— los morales (venalidad) y afectivos (discordias internas): αἱ δὲ πόλεις ἐνόσουν, τῶν μὲν ἐν τῷ πολιτεύεσθαι καὶ πράττειν δωροδοκούντων καὶ διαφθειρομένων ἐπὶ χρήμασι, τῶν δ' ἰδιωτῶν καὶ πολλῶν τὰ μὲν οὐ προορωμένων, τὰ δὲ τῇ καθ' ἡμέραν ῥαστώνῃ καὶ σχολῇ δελεαζομένων (XVIII 45). Se explica así la función que Demóstenes, a la vez

²⁸ Cf. *Aer.* 19; *Th.*, III 3 (ὅπὸ τῆς νόσου).

²⁹ Cf. *Aph.* 1.12; *Epid.* I 25; *Fract.* 31. En algunos contextos se aproxima al significado de καιρός, «momento decisivo», cf. XVI 4: ἐν τινι τοιοῦτῳ καιρῷ.

educador y médico, tuvo que realizar, con tanto de παιδεία como de θεραπεία: ἰδεῖν τὰ πράγματ' ἀρχόμενα καὶ προαισθῆσθαι καὶ προειπεῖν τοῖς ἄλλοις. ταῦτα πέπρακταί μοι. καὶ ἔτι τὰς ἑκασταχοῦ βραδυτήτας, ὄκνους, ἀγνοίας, φιλονικίας, ἃ πολιτικὰ ταῖς πόλεσιν πρόσσεστιν ἀπάσαις καὶ ἀναγκαῖ' ἀμαρτήματα, ταῦθ' ὥς εἰς ἐλάχιστα συστεῖλαι, καὶ τοῦναντίον εἰς ὁμόνοιαν καὶ φιλίαν καὶ τὴν τοῦ τὰ δέοντα ποιεῖν ὁρμὴν προτρέψαι. καὶ ταῦτά μοι πάντα πεποιήται (XVIII 246).

El párrafo, construido en κύκλος, cierra también anularmente toda la trayectoria del orador. No sin cierto pesimismo, ha otorgado rango universal (ἀπάσαις) y necesario (ἀναγκαῖα) al proceso degenerativo de las constituciones políticas que, como los organismos físicos, también están sometidos a las leyes de la naturaleza³⁰, y se ha atribuido a sí mismo una doble misión: preverlo (προαισθάνεσθαι)³¹ —comunicándolo a los demás (προειπεῖν)— y reducirlo al mínimo (ὥς εἰς ἐλάχιστα συστεῖλαι), como si de una fractura se tratase³². Tras la figura del orador se vislumbra la del médico hipocrático, atento al pronóstico de las enfermedades y a su predicción (cf. en el texto la reiteración del preverbio προ-) pero, sobre todo, a la actividad terapéutica. ¡Qué distinto es este médico del perfilado en el mismo discurso unos párrafos antes (XVIII 243), «médico» que «ni dice ni enseña los remedios para librarse de la enfermedad», que se identifica con Esquines³³ y que sirve de contrapunto al propio Demóstenes! Y lo más paradójico de todo, y, para Demóstenes más amargo, es que, pese a lo afirmado en la *Primera Filípica* y en la *Segunda Olintíaca*, el orador debe reconocer que la organización política que se ha mostrado más firme, más articulada, ha sido la macedónica, aunque la imagen física de su responsable, Filipo, sugiriese lo contrario, τὸν ὀφθαλμὸν ἐκκεκομμένον, τὴν κλεῖν κατεαγότα, τὴν χειρᾶ, τὸ σκέλος πεπηρωμένον... (XVIII 67)³⁴. Por esta vez, el Estado no ha sido imagen ampliada del hombre, el macrocosmos del microcosmos. Sea como fuere, lo que sí parece claro es la procedencia de los términos utilizados: de nuevo, la hipocrática

³⁰ Cf. RONNET, *op. cit.*, p. 166.

³¹ Cf. TH., III 38, 102 y 112. Es posible que detrás de la figura del orador haya que ver también el retrato tucidideo de Pericles en los libros I y II. Por otra parte, en D., II 21, otro compuesto de αἰσθάνεσθαι, ἐπαισθάνεσθαι, fue utilizado para el conocimiento de los síntomas de una enfermedad.

³² El verbo, utilizado por Demóstenes sólo en este pasaje, se documenta también en el *CH*: cf. *Art.* 50; *VM* 22. No se puede descartar tampoco que se trate de una metáfora marina: cf. AR., *Ra.* 999.

³³ Cf. ROWE, *op. cit.*, p. 179. Los precedentes hay que buscarlos en III 33.

³⁴ El texto es interesante por las designaciones anatómicas que contiene, algunas metafóricas, como también XIX 314; cf. F. SKODA, *Médecine ancienne et métaphore*, París, 1988, p. 38 (κλεῖς) y pp. 45-46 (σφυρά). Por razones similares también ofrece interés un pasaje (VII 45) del discurso *Sobre el Haloneso*, que ya extrañó a los críticos antiguos que hubiera salido de la mano de Demóstenes.

y, más concretamente, los tratados *Sobre las fracturas* y *Sobre las articulaciones*, fechados ambos en la segunda mitad del siglo V o principios del IV³⁵, al alcance, por tanto, del propio Demóstenes. Incluso una de las expresiones utilizadas, τὸ σκέλος πεπηρωμένον, encuentra fiel reflejo en *Art.* 60: πηροῦται τὸ σκέλος³⁶. Y si repasamos los tratados hipocráticos más citados en la documentación de los términos médicos empleados por Demóstenes, comprobaremos que, preferentemente, se sitúan también en el mismo período: en primer lugar, *Aforismos*, seguidos de *Epidemias III* y *Sobre los aires, aguas y lugares*. También parecen tener importancia, aunque menor, *Sobre la medicina antigua*, *Epidemias I*, *Pronóstico* y *Sobre la dieta en las enfermedades agudas*.

Es hora ya de cerrar estas páginas y queremos hacerlo volviendo a lo que era su comienzo. En Demóstenes se da una simbiosis perfecta de las figuras del orador, del político, del educador y —creemos— también del médico. Él, al menos, así parece haberlo asumido ya desde época temprana y así lo reivindicará en el discurso *Sobre la corona*, cuando revise toda su carrera política. La frase que la resume sintéticamente, identificando, además, las nociones de salud y justicia, bien pudiera ser la de XVIII 298, ya al final de la pieza y revestida, por tanto, de toda solemnidad, cuando Demóstenes afirme de sí categóricamente «πάνθ' ὑγιῶς καὶ δικαίως πεπολίτευμαι». Tanto como παιδεία, y quizás por ello mismo, la oratoria política de Demóstenes es también θεραπεία.

³⁵ Cf. L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la Collection hippocratique*, París, 1953, pp. 36 ss.; P. LAÍN ENTRALGO, *La Medicina hipocrática*, Madrid, 1970, pp. 392 ss.; A. LÓPEZ EIRE, «En torno a la lengua del "Corpus Hippocraticum"», *Emerita* 52, 1984, pp. 330-331; J. A. LÓPEZ FÉREZ, «La Colección hipocrática», en *Historia de la literatura griega*, J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), Madrid, 1988, pp. 621-622.

³⁶ Cf. también ARIST., *HA* 620 a 1: πεπήρωται τοὺς ὀφθαλμούς, y AR., *Au.* 342: τὸν ὀφθαλμὸν ἐκκεκομμένον. Para la documentación de κατάγνωμι dentro del CH, cf. *Fract.* 45; 590, y *Art.* 67.



La medicina hipocrática y los *iámata* de Epidauro

MARÍA LUISA DEL BARRIO VEGA

(Universidad Complutense, Madrid)

Con el nombre de *iámata* o *tabellae sanationis* conocemos una serie de relatos o catálogos de curaciones teúrgicas debidas a alguna divinidad. Todos los *iámata* conocidos hasta ahora pertenecen a santuarios de Asclepio, pero no hay que descartar que también los hubiera en santuarios de otras divinidades, como el de Anfiarao en Oropo. Aunque había templos de Asclepio prácticamente en toda Grecia, hasta ahora solamente conservamos *sanationes* de los templos de Epidauro, de Lebena en Creta, y de la Isla Tiberina en Roma, pero la existencia de este tipo de catálogos y de estelas votivas en otros santuarios de Asclepio, como los de Cos y Trica, está confirmada por el testimonio de Estrabón VIII 6, 15 (374), y XIV 2, 19 (657), así como el mimo IV 19 ss. de Herodas, que se desarrolla en el templo de Cos.

De los *iámata* conservados, los más largos, antiguos (segunda mitad del siglo IV a.C.) e importantes son los de Epidauro, y en ellos nos vamos a centrar en nuestro estudio. Conservamos cuatro estelas más o menos fragmentarias, aunque, según Pausanias II 27, 3, en su época, siglo II d.C., quedaban seis y antiguamente había más. Son catálogos de curaciones de Asclepio y otros prodigios de diversa índole redactados por los sacerdotes del templo, seguramente tras examinar las estelas que dedicaban al dios los fieles curados, y que contendrían un relato de la enfermedad y su curación precedido del nombre del enfermo y su procedencia, aunque también podían ser anónimos.

Por otra parte, es muy probable que los médicos se sirvieran de los templos de Asclepio, u otras divinidades sanadoras menores como Trofonio y Anfiarao, para profundizar en sus conocimientos mediante la observación directa de los enfermos que acudían allí y mediante el examen de las tablillas que recogían casos anteriores. En efecto, según fuentes antiguas, el joven Hipócrates se sirvió de los *iámata* del Asclepico de Cos para ampliar sus estudios de medicina (cf. Estrabón XIV 2, 19 (657), y Plinio XXIX 1,4). Sin embargo hay un error cronológico en estas afirmaciones, dado que el Asclepico de la ciudad de

Cos fue fundado como filial del de Epidauro en la segunda mitad del siglo IV a.C., por lo que es posterior a la muerte de Hipócrates. Algunos autores (por ejemplo, Herzog, 1931, p. 141; Phillips, 1973, p. 98) concluyen de este hecho que el culto de Asclepio se introdujo en Cos con posterioridad a esta fecha, por lo que la medicina hipocrática se desarrolló independientemente de la medicina templaria, pero hay restos de templos de Asclepio más antiguos en otros lugares de la isla, cuyos *iámata* bien pudo consultar el joven Hipócrates (cf. F. Robert, 1939). Sea como fuere, estas afirmaciones de Estrabón y Plinio muestran que ya en la Antigüedad interesó la relación entre la medicina hipocrática y la practicada en los templos.

La actitud de la medicina hipocrática ante las curaciones teúrgicas y el modo en que se producían es otra cuestión importante. Por lo general éstas se llevaban a cabo mediante la llamada ἐγκοίμησις o *incubatio* de los fieles enfermos en un lugar especial del santuario reservado para ello, tras una serie de actos rituales purificadores y preparatorios. Durante el sueño, generalmente de noche, se producía la teofanía del dios que, o bien curaba al enfermo inmediatamente, o bien le daba instrucciones que hacían posible su curación en un tiempo más o menos prolongado. ¿Cuál es la actitud de la medicina hipocrática ante la *incubatio* y el sueño terapéutico? A este respecto resulta de gran interés el libro IV del tratado hipocrático *Sobre la dieta* (titulado en muchos manuscritos *Sobre los sueños*) en el que, además de reconocerse la gran importancia de los sueños como instrumento diagnóstico, significativamente se admite también la existencia de otros sueños enviados por la divinidad, premonitores de desgracias o de bienes, cuya interpretación corresponde a los onirocritas tradicionales. Ahora bien, se ignora el sueño terapéutico por medio del cual se producían las curaciones teúrgicas.

Una de las cuestiones más complejas y polémicas es el grado de intervención de los médicos en las curaciones de los templos y su relación con los sacerdotes. Este punto está estrechamente ligado con la realidad de estas curaciones, sobre la que hay muy diversas opiniones: cuando para unos se trata sencillamente de una superchería y un engaño por parte de los sacerdotes, otros han visto en los templos una especie de centros de salud, dado su privilegiado emplazamiento en lugares salubres y junto a manantiales de aguas medicinales (lo cual no siempre es cierto, pese a la gran aceptación de que gozó esta teoría durante mucho tiempo), o piensan que se trata de casos de hipnotismo o incluso intervenciones reales de los sacerdotes-médicos durante el sueño del incubante ¹. En general se reconoce la gran importancia del

¹ A este respecto resulta de gran interés la aparición en sueños de los «hijos» y los «servidores» de Asclepio en *W* XXIII y XLVIII que, según Herzog 1931, p. 153, n. 25, no serían sino médicos.

factor psíquico en estas curaciones y el papel decisivo de la autosugestión del enfermo, su voluntad de curarse y su fe en el poder de Dios. Los sacerdotes del templo, sabedores de ello, contribuían a aumentar esta confianza y a crear una atmósfera apropiada predisponiendo al enfermo con un ritual previo a la *incubatio* y mediante la lectura de curaciones anteriores. De cualquier manera, hay que pensar en la posibilidad de que, a partir del s. IV a.C. y como consecuencia del gran desarrollo que experimentó la medicina científica, se viera incrementada la intervención de médicos profesionales en los templos, y muy probablemente de la escuela hipocrática, si es que los mismos sacerdotes no eran también médicos en muchos casos ².

Ahora bien, ¿hay algún indicio concreto de la influencia e intervención de la medicina hipocrática en las curaciones teúrgicas de los templos? Si la medicina hipocrática y sus médicos tenían que ver con estas curaciones, hay que esperar que los *iámata* reflejen esta intervención, bien en la semejanza de los procedimientos que Asclepio —o sus ministros— empleaban para sanar a los fieles y los métodos terapéuticos practicados en el *Corpus Hippocraticum*, bien en coincidencias léxicas del *CH* y los *Iámata*. R. Herzog, 1931, ya reparó a lo largo de su monografía en algunas de estas coincidencias, y otro tanto hizo L. Gil en *Therapeia*, 1969, pp. 351-99, con resultados semejantes a los de Herzog. En las páginas que siguen, por nuestra parte, intentaremos señalar nuevos paralelos.

- a) En los *iámata* de Epidauro hay casos en que la curación se produce mediante una intervención quirúrgica (*W* IV, XIII, XXIII, XXV, XXVII). Ya Herzog, p. 76, hizo notar cómo las operaciones llevadas a cabo en Epidauro suponen un adelanto respecto al estado en que se encontraba la medicina de esta época, que no practicaría este tipo de operaciones hasta la primera mitad del s. III a.C. La finalidad de registrar estas intervenciones en los relatos de curaciones divinas sería, por tanto, resaltar su carácter sobrenatural y, en consecuencia, el gran poder del dios. La vía por la que se llegó a concebir este tipo de operaciones en Epidauro, según Herzog; nos la revelan las expresiones empleadas (*ἀνασχίζειν*, «abrir, hacer una incisión», *ἐξαιρεῖν*, «extraer», *συρράπτειν*, «coser»), procedentes del lenguaje técnico del embalsamamiento de los muertos (cf. Heródoto II 86) y de la disección de animales (cf. Heródoto I 123).

² Esta cuestión, imposible de resolver de un modo definitivo, ha sido objeto de numerosos estudios, entre los que destacan los de R. HERZOG, 1931, pp. 147 ss.; E. y L. EDELSTEIN, 1945 II, cap. 3 pp. 142 ss.; L. GIL, 1969, pp. 358 ss.; P. LAÍN ENTRALGO, 1970, pp. 30-1; M. GUARDUCCI, *Epigr. Graec.* IV, pp. 143 ss.; G. GUIDORIZZI, 1988, pp. 97 ss.; etc.

En *CH* estos vocablos son muy poco empleados. Herzog cita a propósito un pasaje de *Steril.* 230 (VIII 440 L.): σκυλάκιον ὅτι νεώτατον ἀνασχίσας... τὰ ἐντοσθίδια ἐξελεῶν τοῦ σκυλακίου.... Se describe un tratamiento en el que se comienza por abrir a un perrillo muy joven, sacarle las vísceras y sustituirlas por aromas.

A este pasaje citado por Herzog, hay que añadir otro procedente de *Superf.* 7, 6-7 (VIII 480 L.), en el que se describe el modo más fácil de extraer un feto muerto con las mismas expresiones que los *iámata* mencionados, si bien en un contexto diferente: ἔπειτα πάλιν ἐνεύραντα τὴν κοιλίην ἀνασχίσαι καὶ ἀνασχίσαντα ἤσυχῆ ἐξελεῖν τὰ ἐντοσθίδια.... «Seguidamente, tras introducir de nuevo (la mano), desgarrar el vientre (del feto), y una vez hecho, extrae los intestinos...».

¿Cuál es el carácter de las curaciones de Epidauro en las que se emplean estas expresiones? Con excepción de *W IV*, en que el órgano objeto de la incisión es el ojo, en todos los demás casos siempre se trata del vientre, y la finalidad es extraer lombrices o una solitaria o para tratar una úlcera: *W XXIII*: ἀνσχίσσας τὰ γ κοιλ[ία]ν τὰν αὐτ[ᾶς] ἐξ]ελεῖν τὰν ἔλ[μ]ιθα καὶ συρράψαι πάλιν... *W XXVII*: ἀνσχίσσαντα τὰ γ κοιλίαν ἐκταμεῖν τὸ ἔλκος καὶ συρρά[ψαι] πάλιν.... *W XIII*: τὸν θεὸν τὰ στέρνα μαχαίραι ἀνσχίσσαντα τὰς δεμελέας ἐξελεῖν..., καὶ συνράψαι τὰ στέθη..., ἐξήλθε τὰ θηρία ἐν ταῖς χερσὶν ἔχων. *W XXV*: ἔπειτα τὰ γ κοιλίαν αὐτᾶς ἀνσχίσσας ἐξαιρεῖ πλήθος ζ[ώ]ων π[ά]μ]πολυ... συνράψας δὲ τὰ[γ γ]αστέρα.... *W IV*: ἀνσχίσσαι οὐ τὸν ὀπιλλον τὸν νοσοῦντα....

Los términos, como vemos, coinciden con los dos pasajes de *CH* citados, aunque aplicados a unos tipos de operación que no aparecen en *CH*. El empleo en *W XIII* de la palabra θηρία para designar las lombrices intestinales aparece varias veces en *CH*: *Coac.* 279 (V 646 L.), 458-459 (V 686 L.); *Epid.* VI 7, 2 (V 338 L.); *Morb.* IV 54 (VII 594 L.), etc. En el último pasaje citado, *Morb.* IV 54, se emplea también el término ζῶιον para referirse a la tenia, en lo que se apoya Herzog para completar la laguna del *iama* XXV ζ[ώ]ων...].

En todos estos casos observamos que, como era de esperar, los vocablos que aparecen tanto en *CH* como en los *iámata* se presentan bajo la forma dialectal propia: jónico en *CH*, y dórico de la Argólide en los *iámata*. Así, encontramos τὴν κοιλίην en *CH* frente a τὰν κοιλίαν en Epidauro; ἀνασχίσαι, ἀνασχίσαντα, ἀνασχίσσας, en *CH*, frente a ἀνσχίσσας, ἀνσχίσσαντα de Epidauro, con apócope del preverbio, y conservación de la doble sigma procedente del encuentro de la dental sonora de la raíz con la silbante del aoristo. En los *iámata* mencionados encontramos también otros términos dialectales, como ὄτριλλος (*W IV*), para designar el ojo, en lugar de ὀφθαλμός, el tér-

mino usual y el que aparece en *CH*; *δεμελέας* para las lombrices (*W* XIII), forma conocida también por una glosa de Hesiquio, aunque en la forma apocopada y con la consecuente labial epentética (*δεμβλεῖς βδέλλαι*: aunque Bücheler y Latte leen *δεμελεῖς*, forma idéntica a la de *W* III), mientras que en *CH* se emplea, una sola vez, *βδέλλα* (*Prorrh.* II 17, 6 = IX 44 L.); o el acusativo *ἐλμιθα* (*W* XXIII (23)), en lugar de *ἐλμινθα*, forma usada en *CH* (*Morb.* IV 54, 23 (VII 594 ss. L.); *ibid.* 54, 41).

- b) Un procedimiento terapéutico muy frecuente en *CH* es la cauterización, asociada en muchos casos con la punción y sección, *τέμνειν καὶ καίειν*. Veamos cómo contempla estos procedimientos la medicina del templo.

En el caso de la cauterización, los dos únicos testimonios de los *iámata* parecen indicar que Asclepio no era muy favorable a este procedimiento. En *W* XLVIII, por ejemplo, a un paciente con un absceso de pus, *ἔμπυος*, que por prescripción de los médicos iba a ser cauterizado en Trecén, Asclepio le ordena en sueños que no se lleve a cabo esta operación, y que pernocte en el templo. El paciente le obedece y, pasado un tiempo, *ἐρράγη τὸ πύος*, con lo que el paciente se cura espontáneamente³. Igualmente en *W* XLI, una paciente ha probado ya la cauterización sin éxito (según la reconstrucción de Herzog se trataría de un caso de lombrices), y acude al templo de Asclepio. Allí sueña que el dios le da un bebedizo, ella lo bebe y a continuación vomita fuera los parásitos.

Como hemos indicado, en *CH* la cauterización era un procedimiento muy frecuente, en general y, concretamente, en el caso de infección o pus, *πύος*: *Morb.* I 15, 17 (VI 166 L.); I 19 (VI 174 L.); *ibid.* II 32, 2-3 (VII 48 L.); *ibid.* II 47 (VII 70 L.); *ibid.* II 57 (VII 90 L.); *ibid.* II 60, 7 (VII 94 L.); *Epid.* VI 7, 4 (V 340 L.); *Loc. Hom.* 25 (VI 316 L.); *Intern.* 23-25 (VII 226, 228, 230 L.); *ibid.* 31 (VII 247-8 L.); etc. En otros pasajes, sin embargo, encontramos una opinión más cercana a la de Asclepio, dado que se toman en consideración los peligros que entraña el empleo de este método: *Morb.* I 10 (VI 158 L.); I 19 (L VI 174); *Aph.* VI 27 (IV 570 L.); *ibid.* VII 44-5 (IV 590 L.); *Intern.* 32 (VII 250 L.). Por lo demás, en el caso de *W* XLVIII, la hostilidad de Asclepio hacia las prescripciones de los médicos puede deberse al interés de los sacerdotes-redactores de Epidauro por desacreditar a la competencia de Trecén, lugar donde se producen los hechos.

³ Esta expresión para indicar el brote del pus es frecuente en *CH*: *Morb.* I 17 (VI 170 L.); I 19-20 (VI 174 L.); II 27 1.26 (VII 44 L.); II 47 (VII 64-72 L.); II 57 (VII 90 L.); etc.

Respecto a la sección o sajadura hay que citar *W* XLIII, un caso de podagra cuyo paciente sueña que un ganso le muerde (según la reconstrucción de Herzog) los pies, sangra y se cura. Herzog, pp. 107-8, lo pone en paralelo con las operaciones mencionadas de cauterizar y sajar, pero parece más lógico pensar en este último procedimiento, una sección o sajadura, con lo que el mordisco del ganso haría las veces de una sangría. Es posible que tengamos un caso paralelo en *W* XLV, en que una mujer es curada de un absceso, φῦμα, por una serpiente, probablemente por un mordisco⁴, o en *W* XXVI, en que un niño es curado, también de un absceso, por los lamidos de un perro. Un caso de tratamiento de la podagra por cauterización de las venas en *CH* lo encontramos, por ejemplo, en *Aff.* 31 (VI 244 L.).

- c) Hay en Epidauro algunas curaciones de enfermos tullidos en alguna parte de su cuerpo: en los dedos: *W* III: Ἀνήρ τοῦς τὰς χηρὸς δακτύλους ἀκρατεῖς ἔχων... En general: *W* XV: ἀκρατῆς τοῦ σώματος..., lo mismo en *W* LVII, con algunas lagunas; en las piernas o en las rodillas: *W* LXIV: [ἀκρατῆς τῶν σ]κελέων, *W* XXXVIII: [ἀκρατῆς ἐὼν...] τῶν γονάτων.... En los dos últimos pasajes Herzog completa la laguna apoyándose en *Epid.* VII 9 (V 380 L.), aunque, como veremos, hay en el *CH* más pasajes semejantes. En *W* XXXVII se ha perdido el lugar en que se nombraba la parte del cuerpo afectada, y Herzog reconstruye [σώματος]. El término empleado para designar esta dolencia, ἀκρατῆς, lo encontramos en *CH*, y generalmente la parte afectada está en genitivo partitivo, como en Epidauro, aunque también puede aparecer en nominativo sujeto: *Prorrh.* II 16, 3 (IX 42 L.): τῶν τε σκελέων ἀκρατῆς γίνεται ὁ ἄνθρωπος («el individuo queda tullido de las piernas»); *Art.* 48 (IV 212 y 216 L.): παντὸς τοῦ σώματος ἀκρατέες... σκελέων τε καὶ χειρῶν ἀκρατέες γίνονται *Epid.* II 4, 3, 2 (V 126 L.): σκελέων ἀκρατέες ἐγίνοντο. Cf. también *Morb.* I 3, 17-8 (VI 144 L.), *Epid.* VII 9, 1 (V 380 L.), etc.

Los términos empleados en *W* III para la acción de estirar y doblar los dedos tullidos son ἐκτείνειν y συγκάμπειν: ἐκτεῖναι οὐ τοὺς δακτύλ<λ>ους ... συγκάμψας τὰν χῆρα καθ' ἓνα ἐκτείνειν τῶν δακτύλων. Lo mismo sucede en *CH*: *Loc. Hom.* 6, 36 (VI 288 L.): καὶ ξυγκάμπουσι τοὺς δακτύλους..., *Epid.* V 23, 3 (V 222 L.): ἐκτείνειν, οὔτε ξυγκάμπειν..., *Art.* 26, 2 (IV 136 L.), *Mochl.* 16, 2 (IV 358 L.): συγκάμπειν τοὺς δακτύλους οὐ δύνανται..., (las mismas palabras, en distinto orden, en *Art.* 64, 12=IV 274 L.); *Intern.* 52, 4 (VII 298 L.) y *Dieb. Judic.* 4 (IX 302 L.): καὶ τὰ σκέλεα οὐ δύνανται ξυγκάμπειν,

⁴ Así reconstruye Herzog la laguna del texto, apoyándose en la parte conservada: «abre el absceso de la mano y como consecuencia queda curada».

οὐδὲ τὰς χεῖρας, *Prorrh.* II 15, 10 (IX 40 L.): συγκάμπτεσθαι τε καὶ ἐκτείνεσθαι (los miembros); *Fract.* 3 (III 422-6 L.), etc.

Respecto a los métodos terapéuticos empleados en los *iámata* en estos casos, en el *iáma* III ya mencionado el paciente sueña que, mientras juega a las tabas al pie del templo, se le aparece Asclepio, que se lanza sobre su mano y le estira los dedos. Cuando el dios se va le parece que dobla la mano y luego extiende uno por uno todos los dedos. Pues bien, en *Art.* 26 (IV 136 L.), se emplea un método muy parecido: Ἐμβολή δὲ, ὑπὲρ τραπέζης τοὺς δακτύλους ἔχων, τοὺς μὲν τείνειν, τοὺς δὲ ἀντιτείνειν... («Poner los dedos sobre una tabla, hacer practicar la extensión y la contraextensión...»). Aquí tenemos, por tanto, un dato más para pensar que los enfermos del templo soñaban por la noche que el dios les prescribía o incluso aplicaba los métodos que estaban acostumbrados a ver practicar a los médicos de su entorno.

Los otros métodos empleados en los *iámata* para curar los miembros tullidos, no tienen paralelos en *CH*. Así, en *W XV* el dios ordena al paciente una especie de ejercicio gimnástico, consistente en levantar la piedra más grande que pueda; el paciente lo hace y queda curado. En *W XXXVII* se menciona el agua de una laguna, aunque por el estado fragmentario del texto no sabemos qué aplicación se daba al agua. En *W XXXIV* encontramos un tratamiento poco recomendable en la medicina humana: el enfermo sueña que el dios pasa por encima de él con un carro y caballos. En los otros *iámata* o no se especifica el procedimiento de curación o el texto está lacunoso. Este es el caso de *W LVII*, que Herzog reconstruye, quizá abusivamente, a partir de la palabra πῦρ conservada en la inscripción, apoyándose en *Int.* 52 (en el pasaje hipocrático se trata de un caso de pérdida de la fuerza en las piernas, manos y espalda, y el remedio consiste en suministrar una fumigación, πυριᾶν, untar con aceite, y calentar al fuego de leños).

- d) Hay otros casos clínicos paralelos en *CH* y en los *iámata* de Epidauro. En *W XXX*, por ejemplo, un herido lleva ya un año y medio con una flecha en el pulmón que le provoca una infección, πύος. En sueños se le aparece el dios, que le extrae la flecha: al día siguiente ya está curado. Un caso paralelo encontramos en *Morb.* I 21 (VI 180 s. L.): Ὅσοι δ' ἀπὸ τραμάτων ἔμπνοι γίνονται, ἦν ὑπὸ δόρατος ἢ ἐγχειριδίου ἢ τοξέματος ἐσωτέρω τραθῶσιν..., «en los casos de supuración, a consecuencia de heridas penetrantes causadas por una lanza, un puñal o una flecha...».

Igualmente encontramos semejanza entre *W XXXII* y *Epid.* V 49, 1 (V 236 L.). En el *iáma* de Epidauro el paciente, herido por una lanza, queda ciego de los dos ojos (hay que notar el empleo de ὀφθαλμός,

en lugar de la forma dialectal ὀπιλλος. ¿Influencia del jónico de CH?). En el pasaje hipocrático se trata de un herido en un ojo por la punta de un arma; en este caso se le hace una incisión en el ojo, lo que recuerda a *W IV*, mencionado más arriba, en el que en sueños Asclepio hace una incisión en el ojo enfermo de una mujer para verter un φάρμακον o unguento.

- e) Por último, mencionaremos también dos casos de «mola» o de falso embarazo, en *W I* y *W II*, de cinco y de tres años respectivamente, en ambos casos con interrupción espontánea de la mola y embarazo con final feliz. En *CH* encontramos casos de mola en *Mul.* I 71 = III 233 (VIII 148 y 446 L.), y en *Epid.* V 11 (V 210 L.) la mola dura cinco años, como en *W I*, y acaba en embarazo real con parto al noveno mes. La nota pintoresca de *W I* está en que el niño fruto de este embarazo se levanta por sus propios medios, se lava en la fuente y se va con su madre. Lógico en un niño tras cinco años de embarazo... Otros casos de «falso embarazo» en *Nat. Puer.* 30 (VII 532 ss. L.), *Prorrh.* II 26 (IX 58 L.)

¿Qué conclusiones pueden extraerse de estas observaciones, y qué puede aportar la medicina hipocrática al estudio de los *iámata* de Epidauro, y viceversa?

- a) El paralelo es ante todo léxico. Se observa la influencia de *CH* en los *iámata* en el empleo de términos y expresiones relacionados con enfermedades y métodos terapéuticos. Pero, mientras que *CH* emplea el dialecto jónico normalmente usado por la lengua científica ⁵, los *iámata* de Epidauro están redactados en el dórico de la Argólida. Por ello hay una serie de correspondencias léxicas en las que los *iámata* utilizan la forma dórica para el correspondiente término jónico empleado en *CH* (τὰν κοιλίαν, ἀνσχίσσας, ὀπιλλος, δεμελέας en Epidauro, frente a τὴν κοιλίην, ἀνασχίσσας, ὀφθαλμός, βδέλλα en *CH*). Cuando en los *iámata* aparecen formas ajenas al dialecto de Epidauro o, por lo menos, diferentes a las formas dialectales características (como, por ejemplo, ὀφθαλμός), bien puede deberse a la influencia de la *koiné*, pero también es posible pensar en la influencia de la lengua jónica de *CH*.
- b) En segundo lugar, estas semejanzas léxicas corresponden a veces a semejanzas en el empleo de determinados métodos terapéuticos. Esto puede deberse a que los sueños de los fieles de Asclepio estaban condicionados por su experiencia diurna y por las prescripciones y métodos que oían y veían aplicar a

⁵ Sobre los dorismos del *Corpus Hippocraticum*, cf. V. SCHMIDT 1977.

los médicos profesionales: el día siguiente a la *incubatio* las imágenes oníricas sufrían una «elaboración secundaria» freudiana, es decir, los incubantes, al contar sus sueños, los re-hacían de un modo coherente sobre el modelo de la medicina contemporánea; a su vez, al redactar los sacerdotes los *iámata*, no hay que descartar lo que E. R. Dodds⁶ llamó «tercera elaboración», en la que igualmente hay que contar con la influencia de la medicina hipocrática, bien porque los sacerdotes del templo fueran médicos o, si ellos no lo eran, porque a su lado actuaban médicos profesionales. Es posible también que se sirvieran de diferentes tratados médicos, en especial los tratados hipocráticos, utilizando léxico y expresiones procedentes de estas obras, en ocasiones, quizá, para dar una apariencia de mayor verosimilitud a estas curaciones. Igualmente es probable que en su redacción final los sacerdotes deformaran los *iámata*, exagerando el carácter milagroso de la curación para mayor gloria del dios y fama del templo.

- c) Esta presunta relación entre la medicina hipocrática y los *iámata* de Epidauro ha repercutido en el establecimiento del texto de estas inscripciones: diversos pasajes del *CH* han sido utilizados para completar lagunas del texto en aquellos casos en que la piedra estaba deteriorada. Así hace Herzog, a veces de manera abusiva. Ya hemos mencionado los *iámata* XXV, XXXVIII, LXIV, XLI, LVII; a ellos hay que añadir *W* XLIX, un caso de hidropesía, de cuyo proceso de curación sólo se conserva la palabra *πόμετι*, y el resto lo reconstruye Herzog a partir de *Nat. Mul.* 2 (VII 314 L.), y *Acut.* 26 (II 512 L.).

Con estas observaciones esperamos haber contribuido al estudio de la relación entre la medicina hipocrática y los *iámata*. Sin duda se podrían citar algunos ejemplos más procedentes de los *iámata* de Epidauro así como de otros documentos relacionados con las curaciones teúrgicas, de diversa índole y procedencia. Hay que esperar también que el hallazgo de nuevas inscripciones de este tipo en Epidauro o en otros lugares del mundo griego nos proporcione nuevo material que arroje más luz sobre la relación de la medicina hipocrática y la medicina practicada en los templos⁷.

⁶ *Los griegos y lo irracional*, Madrid 1983, p. 114.

⁷ COLOQUIO:

Finalizada la comunicación, el presidente de la mesa, L. GUILLÉN, destacó el interés del tema y señaló que la semejanza de expresiones y vocablos entre los *iámata* de Epidauro y los tratados del *CH* puede deberse, no a la influencia de la medicina hipocrática sobre la templaria, sino a que ambas se basen en una tradición médica anterior, común a toda Grecia. B. BRUNI CELLI preguntó sobre la autenticidad de los nombres de los pacientes

BIBLIOGRAFÍA

- R. HERZOG, *Die Wunderheilungen von Epidauros*, Leipzig, 1931 (= *W*).
- R. NEHRBASS, *Sprache und Stil der Iamata von Epidauros*, Leipzig, 1935.
- F. ROBERT, «Hippocrate et le clergé d'Asclépios à Cos», *CRAI*, 1939, 91-99.
- E. y L. EDELSTEIN, *Asclepius*, I y II, Baltimore, 1945.
- R. JOLY, *Recherches sur le traité pseudo-hippocratique du Régime*, París, 1960.
- G. LANATA, *Medicina magica e religione popolare in Grecia fino all' età di Ippocrate*, Roma, 1967.
- L. GIL FERNÁNDEZ, *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*, Madrid, 1969.
- P. LAÍN ENTRALGO, *La Medicina Hipocrática*, Madrid, 1970 (reed. 1983).
- E. D. PHILLIPS, *Aspects of Greek Medicine*, Philadelphia, 1973.
- G. BRATESCU, «Eléments archaïques dans la médecine hippocratique», *Colloque de Strasbourg*, 1975, 41-50.
- V. SCHMIDT, «Dorismen im Corpus Hippocraticum», *Colloque de Mons*, 1977, 49-64.
- M. GUARDUCCI, *Epigraphia Graeca* IV, Roma, 1978, pp. 143-66.
- G. E. R. LLOYD, «Healing and healers in the Classical period», en *Magic, Reason and Experience. Studies in the origin and development of the greek Science*, Cambridge-Londres-N. York-Melbourne, 1979, pp. 37-49.
- G. MALONEY-R. SAVOIE, *Cinq cents ans de bibliographie hippocratique 1473-1982*, Quebec, 1982.
- G. GUIDORIZZI, «Sogno, diagnosi, Guarigione: da Asclepio a Ippocrate», en *II Sogno in Grecia* (ed. G. GUIDORIZZI), Roma-Bari, 1988, pp. 87-102.

de los *iámata*, y si los lugares de procedencia pertenecen a una zona determinada del mundo griego. La comunicante respondió que los sacerdotes redactaban estos catálogos tras el escrutinio de las tablillas votivas ofrecidas por los fieles, seguramente seleccionando los casos más espectaculares. Es probable que algunos de estos nombres fueran ficticios o pertenecientes a curaciones distintas de las que encabezan en los *iámata*. Su presencia en estos relatos era fundamental, puesto que contribuían a dar una mayor credibilidad a las curaciones milagrosas. Respecto de los lugares de procedencia, en bastantes casos se trata de localidades próximas a Epidauro, pues es lógico que los fieles de zonas más alejadas acudieran a otros santuarios de Asclepio más cercanos, como el de Pérgamo, Trica o Cos, si bien no hay que descartar que la fama de Epidauro atrajera a enfermos de regiones distantes.

A. LÓPEZ EIRE insistió también en el interés de la cuestión, y apuntó igualmente la posible existencia de una lengua médica técnica común en toda Grecia, que presentaría diferencias dialectales en las diversas regiones griegas.

Por último, J. REDONDO señaló la existencia de diferentes niveles lingüísticos en la redacción de los tratados del *CH*, y el hecho de que los médicos emplearan la lengua jónica independientemente de su procedencia dórica; citó al respecto los trabajos de J. A. LÓPEZ FÉREZ sobre el léxico de los *Aforismos*, A. LÓPEZ EIRE sobre la lengua del *Corpus Hippocraticum* y V. SCHMIDT sobre los dorismos en *CH*.

Lexicography in the Third Century B. C.: Bacchius of Tanagra, Erotian, and Hippocrates¹

HEINRICH VON STADEN

(Yale University)

καὶ τίς ἐστὶν ὁ γεγραφὼς ὅτι
ἀρχὴ παιδεύσεως ἢ τῶν ὀνομάτων ἐπίσκεψις;

Epictetus, *Diatribai* I 17, 22.

The earliest author-specific lexica of European culture to which Greek sources seem to make unequivocal reference are the Hippocratic lexica composed by Xenocritus of Cos and Bacchius of Tanagra². The paucity of evidence concerning Xenocritus' lexicon might explain its neglect by modern scholarship. But the silence of Rudolf Pfeiffer and other historians of Alexandrian philology about Bacchius' lexicon is a poor measure of its significance and of the relatively rich evidence

¹ For helpful comments on an earlier version of this paper I am grateful to Jacques Jouanna, Zlatko Pleše, and Brent Vine.

² EROT., p. 4,24-5,2 Nachmanson. By "author-specific" I simply mean a lexicon devoted to explaining words in the works of what was taken to be a single author. A treatise "On Homer or on *orthoépeia* or on *glōssai*" is attributed to Democritus (D. L., IX 48; 68 A 33, II, p. 91,27 D/K.), but it is not clear that this was a lexicographic work. Allusions such as those in AR., *Daitales*, FR. 233 Kassel-Austin (*PCG* III 2), and LYSIAS, X 16 ff., do not represent unequivocal evidence of author-specific lexicographic works. The *Onomastika* associated with the names of Democritus (D. L., IX 48), of Gorgias (POLLUX, IX, praef.; II, p. 148, 10-12 Bethe), and of other pre-Hellenistic writers do not seem to have been confined to words from a single author, as little as do the works on *onómata* attributed to Antisthenes (D. L., VI 17) and the *περὶ ἑτυμολογιῶν* of Heraclides of Pontus. The early Hellenistic works by Simias of Rhodes (*Glōssai*) and Philitas of Cos (*Atakta* or *Ataktōi Glōssai*) seemed to have dealt both with Homeric and with non-Homeric words, as did the *Glōssai* attributed to Zenodotus and the various lexicographic works on local usages attributed to a certain Zenodotus (*Ethnikai lexeis*), Clitarchus of Aegina (*Glōssai*), Neoptolemus of Parium (*Glōssai*, including one book called *Phrygiai phōnai*), and Callimachus (*Ethnikai onomasiāi*). Similarly, works such as the ones on comedy by Lycophron of Chalkis (ATHEN., XI 485 d) and by Eratosthenes dealt with words from many different authors, and so did the various *Attikai Lexeis* and later, the famous *Lexeis* of Aristophanes of Byzantium. The famous Sumerian, Akkadian, and Hittite "lexica" and word-lists likewise were not author-specific. While commentaries and grammatical treatises on individual authors and works preceded the Hippocratic lexica of Xenocritus and Bacchius, theirs accordingly seem to be the earliest unequivocally attested author-specific lexica.

concerning its contents. Several features and fragments of Bacchius' third-century B. C. lexicon can be recovered, and they provide interesting insights not only into the early history of Greek lexicography but also into issues such as the general state of Hippocratic scholarship in the early Hellenistic period, the vexed question concerning which Hippocratic works passed under the name "Hippocrates" in the third century B. C., the lexicographers' principles of selection and interpretation, and the state of Hippocratic texts at this time.

To lay the groundwork for an assessment of the exegetical quality of Bacchius' lexicon, this contribution will explore the following basic questions: I. How much can be learned about Bacchius' lost work from subsequent lexicographers, notably from Erotian? II. Did Erotian, our single most important source for Bacchius, have direct access to the latter's Hippocratic lexicon? III. What were the structure and arrangement of Bacchius' lexicographic work, and from which Hippocratic works did he draw his lemmata? IV. What, if anything, can be learnt about the principles of selection and interpretation deployed by Bacchius, and what do these imply about the reading of "Hippocrates" in the third century B. C.?

I

Erotian's Hippocratic lexicon, composed in the first century A. D.,³ relies heavily on earlier sources and thus allows us to reach back into Hellenistic traditions of Hippocratic lexicography. The lexicographic precursor whom he mentions most frequently—by far—is Bacchius. Erotian refers to Bacchius by name almost seventy times, quoting sixty of his glosses, whereas he cites only twenty-one glosses by Epicles of Crete, his next most cited lexicographic predecessor.

However, Erotian interposes daunting problems between his reader and the text of Bacchius. As scholars such as Tiberius Hemsterhuys' pupil Adriaan Heringa in the eighteenth century, Johannes Ilberg in the nineteenth, and Ernst Nachmanson and others in the twentieth

³ It is addressed to the *archiatros* Andromachus (EROT., p. 3,3; cf. 116,15-16 Nachm.), who probably is identical with Nero's physician.

have argued, Erotian's work is itself extant only in a mutilated, strongly revised version ⁴. Not only did an unknown redactor alphabetise Erotian's lexicon, at least to the extent of grouping together all words that begin with the same letter, but it also has been abridged. Moreover, Erotian's original text included, somehow or other, identification of the Hippocratic texts from which his lemmata are drawn, whereas a subsequent ancient editor omitted these identifications.

The difficulties entailed by these acts of omission and reshaping are compounded by the fact that Bacchius' lexicon experienced similar fortunes even before the time of Erotian, as Erotian makes clear in his preface (see Part II *infra*). Bacchius' *Lexeis* too had, for example, been alphabetised and abridged, notably by Epicles the Cretan, and it likewise had been condensed by Apollonius "Ophis" ("the Serpent"?), perhaps in the early first century B. C. ⁵ Furthermore, in certain cases Epicles attempted, apparently with some success, to contest or usurp Bacchius' glosses with his own, and Erotian in turn drew on Epicles' revised version of Bacchius' lexicon. In short, the transmission not only of Erotian's lexicon but also of Bacchius' is mediated by multiple layers of deformation and alteration, such as are well known from other ancient lexicographic traditions, too ⁶.

Yet for several reasons the prospect of reconstructing an indirect tradition that reaches back into the third century B. C. is not entirely without promise.

First, Johannes Ilberg and Ernst Nachmanson have argued convincingly, on the whole, that it is possible to reconstruct the sequence in which Erotian treated individual Hippocratic works in the original, prealphabetised version of his lexicon (his so-called *Urglossar*) ⁷. In this version Erotian proceeded treatise by treatise, glossing words from one given treatise before turning to the next. Such reconstruction is

⁴ A. HERINGA, *Observationum criticarum liber singularis* (Leeuwarden, 1749), pp. 1-12 (cf. 104-20); J. ILBERG, *Das Hippokrates-Glossar des Erotianos und seine ursprüngliche Gestalt*, Abhandlungen der K. Sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften, XXXIV, phil.-hist. Cl., XIV 2, 1893, 101-148; E. NACHMANSON, *Erotianstudien* (Uppsala-Leipzig, 1917). See J. JOUANNA, "Le rôle des glossaires dans la transmission et l'édition des textes hippocratiques", *RHT* 19, 1989, 1-17. Cf. n. 7 *infra* (Grensemann).

⁵ EROT., pp. 5,5-7 and 7,23 ff. Nachm. See Part II *infra*.

⁶ Much of our "Festus", for example, comes from Paulus Diaconus' epitome of Festus' excerpts from a lost work by Verrius Flaccus.

⁷ ILBERG, *op. cit.*, 127-143; NACHMANSON, *op. cit.*, 260-460. But see the important reservations and corrections offered by H. GRENSEMANN, "Zu den Hippokratesglossaren des Erotian und Galen", *Hermes* 92, 1964, 505-7; *id.*, "Weitere Bemerkungen zu den Hippokratesglossaren des Erotian und Galen", *Hermes* 96, 1968, 177-90. Cf. also W. D. SMITH, *The Hippocratic Tradition*, Ithaca, N.Y.-London, 1979, 202-4. Erotian refers to twenty-seven of the more than forty Hippocratic treatises he knew either by title or by means of a quotation.

possible *inter alia* because in the alphabetised revision, within each letter of the alphabet, this original sequence remains largely intact.

Furthermore, the recovery of the original sequence allows the identification of about forty Hippocratic works represented by lemmata in Erotian's glossary. In Erotian's *Urglossar* these works were represented in partial accordance with a threefold ordering scheme. This triadic scheme, like the sequence of individual Hippocratic works, remains residually visible under each letter of the alphabet in the extant, revised version of his lexicon. In his preface Erotian admittedly announces a different, more complex division:

Since, then, of the [Hippocratic] works that have authentically been preserved, some are semiotic (*sēmeiōtiká*), while some are physiological and aetiological (*physiká kai aitiologiká*), and some pertain to an account of the Art (*téchnē*); and of the therapeutic works (*therapeutiká*) some are dietetic, others surgical, and [still others are?] entirely mixed, I consider it right first to record the number of works and then to come to the explanation [unfolding: *an-háplōsis*] of the words ⁸.

In his immediately following enumeration of Hippocratic treatises Erotian adheres to this division, but in his glossary proper the threefold scheme prevailed, the "mixed" class (*Aphorisms, Epidemics*) being assimilated to the "semiotic" class, and the class of "works pertaining to an account of the Art" (*Oath, De arte, De vetere medicina, Lex*) being subsumed under the "therapeutic" class. The sequence prevailing in Erotian's *Urglossar* thus was that, first, lemmata from Hippocratic "semiotic" works were glossed treatise by treatise (first the entries from *Prognostic*, then words from *Prorrhetic I*, etc.), next those from "physiological-aetiological" treatises, and finally words and phrases from "therapeutic" writings ⁹.

Once these elements of identification are in place, more than seven hundred of Erotian's lemmata can with reasonable confidence be assigned not only to individual Hippocratic works but often also to specific passages in the roughly forty Hippocratic works used by Erotian, as Nachmanson, especially, shows in detail in his *Erotianstudien*, an

⁸ EROT., p. 9,1-6 Nachm. The *kai* in "physiological and aetiological" works might be epexegetical. Most modern scholars have taken the "mixed" class to be a fifth class, but Erotian's phrasing here rather suggests that it is a subgroup of the "therapeutic" class.

⁹ See ILBERG, *op. cit.*, 141-2 for a summary. NACHMANSON (ed., p. xix) segregates *Or. Thess.* and *Iusi.* as a separate class, whereas ILBERG (*loc. cit.*) includes them under the "therapeutic" class. But see EROT., p. 9, 19-21 Nachm.

impressive exercise in philological detective work¹⁰. While a number of Nachmanson's ascriptions are less secure than he believed, as Hermann Grensemann and others have pointed out¹¹, most of them remain uncontroversial.

These clarifications in turn allow one to determine the Hippocratic works and passages from which Erotian's major direct or indirect source —Bacchius of Tanagra— drew his lemmata, since, in glossing his entries, Erotian in general cites Bacchius' explanations of the same lemmata. Before some examples are introduced, a question whose importance is matched only by its difficulty needs to be addressed.

II

Did Erotian have direct access to Bacchius' lexicon? Or was he acquainted with it only through intermediary sources that were largely polemical toward Bacchius? Erotian himself, after all, informs his reader of at least six major Hellenistic responses to Bacchius' lexicon:¹²

1. A contemporary of Bacchius, the Empiricist Philinus of Cos (who had defected from Herophilus' school), gain-said *ant-eipeîn*) Bacchius with a polemical treatise in six books.
2. Epicles of Crete abridged and alphabetised Bacchius' glossary, as indicated above.
3. Apollonius Ophis condensed Bacchius' lexicon.
4. Dioscorides Phacas, a Herophilean, opposed Bacchius and other with a treatise in seven books.
5. The Empiricist Heraclides of Tarentum wrote a work of three books against Bacchius.

¹⁰ NACHMANSON, *op. cit.*, 260-460.

¹¹ See n. 7.

¹² EROT., pp. 5,3-10 and 7,23 ff. Nachm.; see n. 24 *infra*. The enormous role ascribed by M. Wellmann to Lysimachus of Cos as Erotian's main source for practically all precursors rests on a flimsy basis; WELLMANN, *Hippokratesglossare (Quellen und Studien zur Geschichte der Naturwissenschaften und der Medizin, 2, 1931)*. In his preface Erotian says that Lysimachus of Cos composed a treatise in twenty books (along with writing three against the Herophilean Cydias and there against Demetrius), but Erotian cites only two glosses by Lysimachus: EROT., p. 28,12-14 Nachm., on *πλιχῶδες*, in agreement with Bacchius, and p. 85,10 on *τράμιν*. In neither case does Erotian express agreement with, let alone admiration for, Lysimachus. See also VON STADEN, *Herophilus. The Art of Medicine in Early Alexandria* (Cambridge University Press, 1989), 493, n. 41.

6. Apollonius of Citium in turn composed a work in eighteen books against Heraclides' attack on Bacchius.

In short, the steady stream of substantial —though perhaps not always substantive— works triggered by Bacchius' lexicon would appear to have left ample means for Bacchius' text or views to have been transmitted to Erotian by intermediary sources.

Indeed, in certain cases the conclusion lies at hand that Erotian drew on one of Bacchius' critics for a Hippocratic gloss that had originated with Bacchius. Thus five of the seven glosses attributed by Erotian to Heraclides of Tarentum are presented in conjunction with a gloss by Bacchius, most often in the form: "Bacchius said it means *x*, but Heraclides said it means *y*"¹³. This formula suggests that Erotian, in such cases, might have used Heraclides' polemical work (against Bacchius' lexicon) as his source both for Heraclides' view and for Bacchius'.

In other cases the matter appears to be more complicated. In his extant, apparently revised, and very problematic preface Erotian does not seem to profess direct knowledge of each and every precursor in the history of Hippocratic lexicography. Reporting that many reputable physicians and grammarians had made a serious effort to explicate Hippocrates and "to reduce his *léxeis* to more common usage", Erotian begins his enumeration with the claim that "Xenocritus of Cos, who was a grammarian, ... was the first to undertake explicating [*ex-haploûn*, "unfold, "make simple"] such *phōnaí*", but he qualifies the claim by interjecting "as Heraclides of Tarentum says" and by adding "and as Apollonius of Citium and Callimachus —the one from the House of Herophilus— also record [*historeî*]"¹⁴. Furthermore, Erotian (or his redactor) continues by adding: «After him [Xenocritus], they say [*phasi*] that Bacchius of Tanagra devoted himself to such a treatise [*pragmateía*] ... and that his contemporary Philinus, the Empiricist, gainsaid [*ant-eipeîn*] him through a treatise in six books, while Epicles the Cretan abridged Bacchius' *Lexeis*..."¹⁵. Indeed, Erotian's entire "history" of the polemical and other responses to Bacchius' *Lexeis*, including what he says about the six intermediaries enumerated above, appears to be dependent on the simple indefinite *phasi*, "they

¹³ EROT., pp. 44,15-16; 60,2-3; 106,10-22; 108,16-19; 112,11-17 Nachm.; only in EROT., pp. 77,9-15 and 88,16 Nachm., does Heraclides appear in isolation from Bacchius, and in the former case a commentary by Heraclides on HP., *Epid.* IV, rather than the Empiricist's lexicographic work, might be the source. Cf. K. DEICHGRÄBER, *Die griechische Empirikerschule*, 2nd ed. (Berlin-Zürich, 1965), Fr. 311 ff., and pp. 317-22.

¹⁴ EROT., p. 4,20-27 Nachm.

¹⁵ EROT., pp. 4,27-5,6 Nachm.

say". A further complication is that the subject of *phasi* does not seem to be the three sources whom Erotian had just cited —Heraclides, Apollonius, Callimachus— inasmuch as two of these, viz. The Empiricists Heraclides of Tarentum and Apollonius of Citium, appear in the statement that is dependent upon *phasi*: "the say that ... Philinus gainsaid him ... while Apollonius of Citium drafted (διαγράψαντος) eighteen [books] against [Heraclides] of Tarentum's three [books] against Bacchius ..." ¹⁶. None of this suggests direct access, at least not to the *history* of Hippocratic lexicography. But other factors suggest a different picture, at least as far as Erotian's to Bacchius and Epicles is concerned.

Erotian cites Epicles of Crete by name twenty-three times, all but twice quoting the Cretan's glosses. The only work by Epicles to which Erotian ever refers is his abridged, alphabetised version of Bacchius' Hippocratic lexicon, and this abridgement therefore seems to have served as Erotian's direct or indirect source Epicles. But did it also serve Erotian as a source for Bacchius? Here a curious pattern emerges which, to my knowledge, has never been observed before.

When citing one of Epicles' glosses on a lemma beginning with α to ε, Erotian in the extant version of his lexicon invariably uses the formula Βακχεῖος μὲν..., Ἐπικλήης δὲ..., or a mild variant thereof, suggesting that, in these cases, his access to Bacchius might have been mediated by Epicles ¹⁷. However, in Erotian's glosses on lemmata starting with ζ to ω, Epicles almost never appears in Bacchius' company. Indeed, with a single exception, in entries beginning with ζ to ω, glosses by Epicles an Bacchius no longer are even quoted on the same lemmata in Erotian's transmitted text ¹⁸. This sharp break in

¹⁶ EROT., p. 5,4-10 Nachm. See n. 12 *supra* on Lysimachus of Cos who here, too, is not identified by Erotian as his source.

¹⁷ EROT., pp. 10,16-18 (ἀτρεκέως); 13, 2-4 (ἀπολελαμμένοι); 19,2-5 (ἀορτέων); 20,1-2 (ἀθέλγηται); 20, 12-13 (ἀνακόχησις); 21,10-11 (αὐτίκα); 28,10-14 (βλιχῶδες/ πλιχῶδες); 37,9-10 (ἔδρη); 112,2-7 βαλβιδῶδες). See n. 20 for further details. Under another twenty-five lemmata beginning with α-ε Bacchius' glosses appear without any mention of Epicles; the α-ε "rule", in other words, is not that whenever Bacchius is cited, Epicles, too, is cited, but rather than whenever Epicles is cited, Bacchius will be cited. To this "rule" there are no exceptions under α-ε in the extant version of Erotian's lexicon as transmitted in the MSS that constitute the foundation of Nachmanson's edition. Hippocratic scholia from which Daremberg, Klein, and Nachmanson culled their problematic "fragments" of Erotian twice cite Epicles without citing Bacchius on lemmata beginning with δ and ε (p. 101,14-20 Nachm., ἐκκεχυμώμενα, and p. 105,10 ff., δέτρον), but these "fragments" are not explicitly attributed to Erotian. Furthermore, it is not clear to what degree the scholiast(s) preserved Erotian's patterns of source citations, if indeed Erotian is the source of these scholia.

¹⁸ The lemmata with glosses by Epicles but not by Bacchius include, for example, EROT., pp. 46,11-14 (ἴδρωτο); 50,10-11 (κανονία); 59,21-2 (μεθίτησιν) 64,18-24 (ὄμματα ἐνδεδινημένα); 73,1-2 (πλωδής); 88,11-13 (ύδεροῦν); 91,18-19 (φαρμάκοισι πλατυ-

practice between glosses on words beginning with α to ϵ and those commencing in ζ to ω could, of course, be accounted for by several explanatory hypotheses (none of which is, however, satisfactory) ¹⁹.

Among the hypotheses insistently suggested to me at the Colloquium (see n. 19) is that Erotian consulted Epicles when working on only *one* of his three “classes” of Hippocratic treatises, and that this may account for the break—a parallel to the notorious “fatigue” theory of redaction?—but this clearly is not the case. Erotian cites Epicles and Bacchius together in glosses (α - ϵ) on entries from both “semiotic” treatises (*Prog.*, *Prorrh.* I) and “therapeutic” works (*Loc. Hom.*, *Off.*, *Mochl.*, *VC*), and he cites Epicles in isolation from Bacchius in glosses (ζ - ω) on words from works belonging to all three classes ²⁰. Whatever the reason or reasons for the discontinuous patterns of citation in α - ϵ and ζ - ω might be—and contingency cannot be excluded, especially given the relatively small sample size—perhaps more im-

οφθάλμοις); 94,11-13 (χῆται). Bacchius in turn is cited in isolation from Epicles in twenty-four lemmata that begin with ζ - ω . In Erotian’s transmitted lexicon (ζ - ω) the single exception is p. 58,2-4 Nachm.: in the interpretation of the lemma λελυγισμένα, from *Mochl.* 4 (IV 348,4 L. = II, p. 248,20 Kw.). Erotian here sides with Bacchius’s explanation (συγκκαμμένα) against Epicles’ (ἐπιπεπλεγμένα). In the “Fragments” which Nachmanson culled from the Hippocratic scholia there is one further exception, viz. λυγγώδες (p. 113,2-3), which is glossed by both Bacchius and Epicles; but as indicated in n. 17, it is far from clear to what extent the scholiasts preserved Erotian’s habits.

¹⁹ The most obvious explanation is that the discontinuous pattern is due to chance. It could, however, also be due to a redactor—or to two or more redactor—post-dating Erotian, but it is unclear what would have motivated such a redactor (or successive redactors) to follow one pattern from α - ϵ , only to abandon it completely once he (or they) turned to ζ - ω . In this matter there is also no distinctive break between groups of MSS that would explain this feature. On the basis of the statistics provided below, I believe it is clear that Erotian had access—direct or indirect—both to Bacchius’ lexicon and to Epicles’ abridgement thereof, and that he used them unequally and independently of each other in different parts of his works. As indicated above, Erotian did not alphabetise his lemmata, proceeding instead treatise by treatise, following his semiotic-aetiological-therapeutic sequence. But whenever he consulted Epicles, this procedure would have collided (a) with the alphabet and, more specifically, (b) with Epicles’ alphabetised, abridged version of Bacchius (perhaps rolls, one of which may have contained α - ϵ ?). I am grateful to several participants in the Colloquium for exploring these and other hypotheses with me.

²⁰ Epicles and Bacchius are both cited in glosses on the following lemmata from “semiotic” works: *Prog.* 20 (II 170,1 L. = I 200, 21 Kw.: ἀτρεκέως), *Prorrh.* I 41 (V 520,9 L.: ἀποελαμμένοι). They are both cited on the following lemmata from “therapeutic” treatises: *Loc. Hom.* 14,7 (VI 306, 9 L. = XIII 56,6 Joly: ἀορτέων), *Off.* 3 (III 282,2 L. = II 32,10 Kw.: ἔδρη), *Off.* 11 (III 308,1 L. = II 37,15 Kw.: (ἐξ)αθέληται), *Mochl.* 1 (IV 344,10 L. = II 247,14 Kw.: βαλβιδῶδες), *Mochl.* 2 (IV 346,4-5 L. = II 248,1-2 Kw.: ἀνακώχσις or ἀνακώχεῖν, and αὐτίκα; cf. GRENEMANN, “Weitere Bemerkungen ...” [1968], 184), *Mochl.* 4 (IV 348,4 L. = II 248, 20 Kw.: λελυγισμένα), *Mochl.* 30 (IV 372,12 L. = II 262,1 Kw.: λυγγώδες), *VC* 19 (III 252, 10 L. = II 25,20 Kw.: βλιχῶδες). Epicles is cited without Bacchius on lemmata from works which Erotian treated under (i) the “semiotic” class: ἐκκεχυμμένα (*Hum.* 1), δέστρον (*Epid.* V 26), and ὄμματα ἐνδεδινημένα (*Epid.* V 99); under (ii) the “physiological and aetiological” class: μεθίτησιν (*Nat. Puer.* 12), κανονίαι (*Aer.* 24), and ὕδερσιν (*Aer.* 4); and likewise under (iii) the “therapeutic” class: πλωδής, χῆται, φαρμάκοισι πλατυοφθάλμοις (*Artic.* 14. 62, 67), and so on.

portant for present purposes is that these patterns indicate that Erotian did not depend only on Epicles for his knowledge of Bacchius, as is also suggested by the following considerations.

First, as indicated above, Erotian refers to Bacchius at least sixty-eight times, i.e., more often than to any other ancient writer except, obviously, “Hippocrates”, citing sixty of Bacchius’ glosses, whereas Epicles’ glosses are cited only twenty-one times, and the other intermediaries mentioned above surface overtly even less often. Thus, (i) despite his six books of polemics against Bacchius’ lexicon, Philinus’ glosses are deemed worthy of mention only thrice. (ii) Though he refers to Apollonius Ophis’ revision of Bacchius, Erotian cites none of Apollonius’ own contributions. (iii) Dioscorides Phacas, for all of his seven books of polemics against Bacchius and others, contributes but one gloss (critical of Bacchius) to Erotian’s extant lexicon. (iv) Glosses by Heraclides of Tarentum are, as indicated, cited merely seven times, despite his three books of polemics against Bacchius. (v) Apollonius of Citium’s treatise in eighteen books earned him all but one gloss mentioned by Erotian. (vi) Lysimachus of Cos, whom Max Wellmann regarded as one of Erotian’s primary sources on predecessors —although Erotian makes no such claim— contributes but two acknowledged glosses to Erotian’s lexicon, and (vii) Antigonus of Alexandria, whom Wellmann also constructs as a significant intermediary between Bacchius and Erotian, is cited by Erotian on only one lemma²¹. Bacchius’ presence in Erotian’s work therefore clearly dwarfs that of all other possible sources mentioned by Erotian, and these statistics suggest not only that the Neronian considered Bacchius a far more important source than all of Bacchius’ contentious epigoni, but also that Erotian probably did not have to rely on the epigoni for Bacchius’ glosses, i.e., that he had direct access to Bacchius’ lexicon.

This impression is reinforced by the fact, hitherto apparently unnoticed, that Erotian in an overwhelming majority of cases does not cite Bacchius’ glosses in conjunction with *any* of the possible Helle-

²¹ For Epicles’ glosses in Erotian see nn. 17, 18, and 20 *supra*. Philinus’ glosses are introduced by Erotian on ἀτρεκέως (EROT., p. 10,17 Nachm.), ἄμβην (p. 23,9), and by a scholium on θειοτέρη or θεῖον (p. 108, 16-19). Dioscorides Phacas is represented only by a gloss on φωναὶ κατ(ε)ίλλουσαι (p. 91,4-6). Heraclides’ glosses on θράσσει (p. 44, 15-16), μάσσον (p. 60,2-3), στεγγίδα (p. 77,9-15), and ὑποφρον (p. 88, 16 ff.) are preserved in Erotian’s extant lexicon; in the scholia appended by Nachmannson there are further glosses on ἐλινύειν (p. 106, 10-22), θειοτέρη or θεῖον (p. 108, 16-19), and ῥοικοὶ μῆροι or ῥοικός (p. 112, 16-17) by Heraclides. Apollonius of Citium is cited on ἄμβην (p. 23,17-18 Nachm.), but this is from his commentary on *Artic.*, as Erotian makes clear, and on κλαγγώδη (p. 48,5-7), a lemma from *Prorrh.* I 17 (V 514, 10 L.). Cf. DEICHGRÄBER, *loc. cit.* On Lysimachus see n. 12 *supra*. For Antigonus see EROT., p. 73, 16-17 (on πηρίνα); cf. 5,19.

nistic intermediaries. This is true despite the observations made above about the relatively limited conjunctions Bacchius-Heraclides and Bacchius-Dioscorides, and it applies also to the pairing Epicles-Bacchius. Thus Erotian cites Bacchius' glosses independently of Epicles' glosses far more often than in conjunction with the Cretan's regardless of how one calculates the statistics. If one expands the evidence to include the "fragments" (i.e., those drawn by Nachmanson and others from the Hippocratic scholia and claimed for Erotian's lexicon but not verified by the version of Erotian's lexicon transmitted through the MSS tradition), Bacchius is cited forty-nine times independently of Epicles, and only eleven times with him, i.e., eighty-two percent of the citations are without reference to Epicles. (If the problematic scholia "fragments" are excluded, the percentage of Erotian's "independent" citations of Bacchius' glosses, i.e., citations without any reference whatsoever to Epicles and to his views, is eighty-one percent (39 of 48). Even in glosses on lemmata beginning with α - ϵ Bacchius is cited independently of Epicles 73 percent of the time (25 of 34 times), and in glosses on lemmata from ζ - ω Bacchius' "independence" rate leaps to ninety-two percent (24 of 26 occurrences). Perhaps most important, however, is the statistic mentioned at the outset: Erotian cites sixty glosses by Bacchius, but only twenty-one by Epicles. While none of these statistics *proves* that Erotian had direct access to Bacchius' lexicon, the patterns are suggestive.

Furthermore, in a majority of his citations of Bacchius, Erotian appears to be more precise, or to strive to give the impression of greater specificity, than in his references to his other lexicographic sources. He specifies, for example, δ Βακχεῖος ἐν τῷ πρώτῳ τῶν Λέξεων or ἐν τῷ δευτέρῳ or ἐν τῇ τρίτῃ (*scil.* συντάξει τῶν Λέξεων)²². None of Erotian's other precursors is the beneficiary of such frequent precision. Though this precision could conceivably be inherited from intermediaries, and though improbability is never to be confused with impossibility (and though our age of suspicious, even paranoid, reading has rendered us exceptionally alert to rhetorical cunning on the part of ancient authors, too), on the whole Erotian's admittedly revised text does not suggest that he would have been consistently more precise about a source known to him only indirectly than about sources to which he had direct access.

Cumulatively, these considerations suggest that the value of Erotian's text for reconstructing parts of Bacchius' lexicon might not be insubstantial, in spite of all the revisionary acts performed upon both texts already in antiquity. The discrepancy between (i) Erotian's ap-

²² See nn. 29-31 *infra*.

parent disclaimer in the prooemium (*phasi*) of first-hand acquaintance with the works of Bacchius and Epicles and (ii) his apparent use of their works in the glossary proper could a consequence of intervention by a redactor or of the mutilated state of the extant preface, or it could be yet another example of the discrepancies and contradictions noted, especially by Ilberg and Nachmanson, between statements and taxonomic principles introduced in the prooemium and the procedures followed in the glossary (including the *Urglossar*) itself. Or Erotian might be disclaiming direct knowledge of the *history* of Hippocratic lexicography while displaying direct knowledge of individual lexica. Be this as it may, what is reasonably secure is that Erotian preserves no less than sixty glosses from Bacchius' Hippocratic *Lexeis*.

III

What, then, can be learned from Erotian's work about Bacchius' *Lexeis*? What was its structure and arrangement?

First, it was divided into three, "collections" or "arrangements" (συντάξεις). Not only does Erotian explicitly mention the *treis syntáxeis* of Bacchius' *pragmateía* but, as indicated above, he often specifies explicitly from which of the three sections of Bacchius' lexicon he draws glosses²³. (What each "syntaxis" contained, is a question addressed below.)

Second, the Hippocratic words or phrases were not arranged alphabetically. This follows, of course, from the unequivocal claims that Epicles not only abridged but also alphabetised Bacchius' work²⁴.

Third, the original version of Bacchius' lexicon appears to have contained identification of the Hippocratic works (and perhaps even of the individual sections of works) from which his lemmata were drawn. This is suggested by one of Erotian's criticisms of Epicles. Charging Epicles with being "a zealous partisan of fruitless brevity",

²³ ΕΡΟΤ., p. 5,1-2 Nachm.: ...φασί...Βακχεῖον ἐπιβαλεῖν τῇ πραγματεία καὶ διὰ τριῶν συντάξεων πληρῶσαι τὴν προθεσμίαν... See nn. 29-31 *infra*. Cf. F. KUDLIEN, "Hippokrates-Rezeption im Hellenismus", in *Die Hippokratischen Epidemien* (Sudhoffs Archiv, Beiheft, 27, 1989, ed. G. BAADER and R. WINAU), pp. 355-76, especially 366-7.

²⁴ ΕΡΟΤ., p. 5,5-6: καὶ Ἐπικλέους τοῦ Κρητὸς ἐπιτεμομένου τὰς Βακχείου Λέξεις ...; and p. 7,23-24: ... Ἐπικλήης μὲν, ὁ κατὰ στοιχεῖον ποιησάμενος τὴν ἀναγραφὴν, ματαίου συντομίας ἐγένετο ζηλωτής..

Erotian claims that Epicles not only (i) made an alphabetical recording of Bacchius' work and (ii) failed to interpret all *léxeis*, but also (iii) created a regrettable, formidable "silence for readers" where there had been no silence before, viz. by omitting references to the Hippocratic treatises or "books (*syntágmata*) in which each *léxis* had been written down"²⁵. The point is lent by the explicit contrast Erotian draws between Epicles and the Empiricist lexicographer Glaucias who, though also a partisan of alphabetisation, added at greater length "in the case of each entry (*phōnē* the *syntáxeis* in which the words (*glōttai*) happen to have been written down"²⁶.

Fourth, Bacchius does not seem to have anticipated Erotian's tripartite "semiotic-physiological-therapeutic" sequence. This surprising conclusion will not please all historians of ancient Hippocratic philology, *inter alia* because it directly contradicts the universally accepted claims of Ilberg, Wellmann, and Nachmanson. They all argued that it was precisely Bacchius' division into three *syntáxeis* that provided Erotian with the model for his tripartite division of Hippocratic works²⁷. I take no pleasure in disputing those from whom I have learned so much, but my conclusion is rendered quite secure by an exploration of the content of each of Bacchius' three *syntáxeis*, to which I now turn.

As pointed out above, the work of Ilberg and, in particular, of Nachmanson, has permitted identification—with varying degrees of reliability and accuracy²⁸—of the Hippocratic works from which individual lemmata were drawn by Erotian and hence, with some notable exceptions, by his source Bacchius. These identifications, combined with Erotian's frequently explicit specification of the part ("first", "second", "third") of Bacchius' work from which he cites a given gloss, allows the following provisional conclusions.

Syntaxis I of Bacchius' lexicon contains glosses on words from the

²⁵ EROT., p. 8,1-3; see n. 24.

²⁶ EROT., p. 8, 5-8. On Glaucias (fl. ca. 175 B.C.) see DEICHGRÄBER, *Empirikerschule*, pp. 168-70. Cf. EROT., pp. 5,10 -11; 15,21-4; 18,12-14; 20,9-10; 75,10 app.;76,9; 103,15-16; 111,19 app.

²⁷ ILBERG, *op. cit.*, p. 127, is ambiguously vague but leaves the clear impression that Erotian followed Bacchius' tripartite division; Ilberg is cited approvingly by NACHMANSON, *Erotianstudien*, 263-4. See also WELLMANN, *op. cit.*, p. 11, and cf. p. 2: "Was die Anordnung der [hippokratischen] Schriften [in der Ausgabe des Bakcheios] angeht, so ist es sehr wahrscheinlich, dass ihre Einteilung nach dem von Erotian in seiner Praefatio ... angegebenen Schema in semiotische, physiologisch-ätiologische und therapeutische Schriften von ihm [Bakcheios] herrührt". The evidence apart, this is an appealing vision, but virtually every component of this claim is erroneous or questionable.

²⁸ See especially GRENSEMANN, *opp. citt.* (n. 7 *supra*).

Hippocratic works *Prognostic*, *De morbo sacro*, *De articulis*, *Mochlicum*, and *Epidemics* I and VI. The relevant lemmata are ἀλυσμόν and ἀτρεκέως from *Prog.*; ἀλάστορες from *Morb. Sacr.*; ὠτειλαί, τύρσις, and σκεθροτέρης from *Artic.*; αὐτίκα, ἀνακωχεῖν, (ἀνακώχησις), and ἔδος from *Mochl.*; σπληνός κατ' ἴξιν from *Epid.* I; and ἐλινύειν and γυῖον from *Epid.* VI. While a number of other attested glosses by Bacchius probably belong to his first *Syntaxis*, these have the advantage, for present purposes, of all explicitly being identified by Erotian as being ἐν (τῷ) πρώτῳ (τῶν Λέξεων) of Bacchius' work²⁹. In *Syntaxis* I Bacchius accordingly glossed words not only from the Hippocratic texts which Erotian later grouped together as "semiotic" works, such as a *Prognostic*, but also from Erotian's second class (*physikà καὶ aitiologiká*), e.g., *Morb. Sacr.*, and likewise from his third or "therapeutic" class, e.g., *Artic.* and *Mochl.*

In his second *Syntaxis* Bacchius included the following lemmata: τρῶζειν from *Prog.*; ἀπολελαμμένοι, λαπῶδες, γοιφώμενα and ἐκχλοιούμενα from *Prorrh.* I; ἀγάλλεται from *Artic.*; ἄλις from *Off.*; ἐπιμυλίδα and ἐσματτευόμενον from *Mochl.*; ποταίνια and πωθμενόθεν from *Acut.* All of these are explicitly attested by Erotian as occurring ἐν δευτέρῳ of Bacchius' work. Galen, relying on Heraclides of Tarentum, also reports that Bacchius, "in the *second* of his treatises in which he explained the expressions of Hippocrates", commented on πρὸς τὰ φροδίσια αἰ οὐραὶ ἔβλεπον, from *Epid.* II³⁰. Words both from "semiotic" works, such as *Prog.* and *Prorrh.* I, and from "therapeutic" treatises, such as *Artic.* and *Mochl.*, accordingly were glossed in Bacchius' second *Syntaxis*. This section therefore does not correspond to Erotian's second "physiological-aetiological" group of treatises, as little as Bacchius' first *Syntaxis* anticipates Erotian's first or "semiotic" class.

In his third *Syntaxis*, Bacchius commented on words from *Nat. Oss.* (ἐνεφλεβοτόμησε), *Fract.* (μετεξέτεροι), *Artic.* (ἀνάγκη and στερωθείη), *Mochl.* (λυγγώδες), *Off.* (ἔδρη and ἐξαρῦεται), *Loc. Hom.* (ἄορτέων), and *Epid.* V (συχνόν). Erotian's explicit references to ἐν (τῇ) τρίτῃ and ἐν (τῷ) τρίτῳ of Bacchius' work in conjunction with

²⁹ In the sequence in which I cited the lemmata from BACCHIUS, *Syntaxis* I: EROT., pp. 10,5-6; 10,16; 17,14; 113,12; 85,21; 81,3; 21,10; 20,8; 38,10; 76,8; 106,10; 30,17.

³⁰ In the sequence cited: EROT., pp. 84,2-3; 13,2; 57,6; 100,12; 35,7; 24,15; 20,5; 111,4; 38,6; 73,8; 73,9. GALEN, *In Hippocratis Epidemiarum* II 2,20 comment. 2 (*CMG* V 10,1, pp. 232-3 Pfaff), from Hunain's Arabic translation, on *HP.*, *Epid.* II 2,20 (V 92,8-12 L.). This puzzling Hippocratic passage provoked comment by several early commentators and lexicographers, including two Herophileans (Bacchius and Heraclides of Erythrae) and three Empiricists (Glaucias, Heraclides of Tarentum, and Zeuxis); see GALEN, *ibid.*, p. 230 Pfaff.

each of these entries again leaves little doubt that they belong to the third *Syntaxis*³¹. The third section therefore seems to have been dominated by glosses on words from works belonging to only one of Erotian's three classes, viz. the third or therapeutic class. Once again, however, the taxonomic boundaries that inform Erotian's procedure are not neatly anticipated, or at least not observed, by Bacchius, inasmuch as the latter includes *Epidemics* V in his third *Syntaxis*. As pointed out above, in Erotian's preface the *Epidemics* are classified, along with the *Aphorisms*, in a class of "mixed" works (*epímikta*; see n. 8), but in his glossary itself the three-fold arrangement prevails, and there both the *Epidemics* and the *Aphorisms* appear to have been treated in the "semiotic" section, immediately following *prognostic*, *Prorrhetic* I, and *On Humours*³², and immediately prior to the "physiological-aetiological" treatises.

As now is evident, Bacchius did not hesitate to gloss different words from the same Hippocratic work in more than one of the three sections of his lexicon. Indeed, the perhaps insoluble puzzle of the organising principles of Bacchius' *Lexeis* is rendered more complex by the fact that, for example, words from *De articulis* and *Mochlicum* are glossed by Bacchius in all three *Syntaxeis* of his lexicon, while words from *Prognostic* are glossed in each of the first two *Syntaxeis*³³. Moreover, words from *Epid.* I and VI are glossed in Bacchius' first *Syntaxis*, from *Epid.* II in the second, and from *Epid.* V in the third *Syntaxis*.

³¹ In the sequence cited: EROT., pp. 38,18; 60,17; 23,5; 80,14; 113,2-3; 37,9; 38,1; 19,2; 76,6. See n. 36.

³² EROT., p. 9,17-19; ἐπίμικτα δὲ ἐστί ταῦτα Ἐφορισμοί, Ἐπιδημίαι ζ. See ILBERG, *op. cit.*, 127-34, 141-2; NACHMANSON, *Erotianstudien*, 260-8, 283-309.

³³ From *Artic.* the lemmata ὀτειλαί, τύρσις, and σκεθορότης are glossed in *Syntaxis* I of Bacchius *Lexeis* (*Artic.* 11, 43, 50 [IV 106,16; 186,4; 220,4 L. = II 128,19; 169,12; 186,6 Kw.]; EROT., pp. 113,8-15; 85,21-2; 81,3-9 Nachm.), ἀγάλλεται in *Syntaxis* II (*Artic.* 35 [IV 158,11 L. = II 155,6 Kw.]; EROT., p. 24, 15-16) and ἀνάγκη, ἄμβην, and στεροφωθεῖν (?) in his third *Syntaxis* (*Artic.* 1,7,16 (?) [IV 80,18; 88,19; 96,15 L. = II 113,7; 118,8; 122,16 Kw.]; EROT., pp. 23,5-6, 23,21-23; 80,14; cf. NACHMANSON, *Erotianstudien*, 388). From *Prognostic* ἄλυσμόν and ἀτρεκέως are glossed in Bacchius' first *Syntaxis* (*Prog.* 3 and 20 [II 120,2; 170,1 L. = I 81,19; 100,21 Kw.]; EROT., p. 10,5-7 and 10,16-17) and τρύζειν in the second *Prog.* 11 [II 134,17 L. = I 88,5 Kw.]; EROT., p. 84,2-4).

From *Mochl.* three lemmata — αὐτίκα (?), ἀνακωχεῖν (ἀνακώχησις?), and ἔδος — seem to be glossed in Bacchius' first *Syntaxis* (*Mochl.* 2 and 5 [IV 346,4-5; 352,14 L. = II 248,1-2; 251,7 Kw., where περὶ ἔδος should be read for περίοδος, as in *Artic.* 7, IV 93, L. = II 120,6 Kw., the probable source of *Mochl.* 5]; EROT., pp. 21,10; 20,8; 38,10). The attribution of these lemmata to a "lost" part of *Mochl.* by Ilberg, Nachmanson, and Wellmann (*opp. citt.*) is unnecessary and probably erroneous; see K. DEICHGRÄBER, *Die Epidemien und das Corpus Hippocraticum* (Abh. Berlin, phil.-hist. kl., 1933, 3), 86; GRENSEMANN, "Weitere Bemerkungen ..." (1968), 184-5. Two further lemmata from *Mochl.*, ἐπιμυλίδα and ἔσματ(τ)ευόμενον, are glossed in Bacchius' second *Syntaxis*, and one, λογγώδες, in the third: *Mochl.* 1, 2, 30 (IV 340,11; 346,5; 372,12 L. = II 245,13; 248,2; 262,1 Kw.); EROT., pp. 111,3-5; 38,6-7; 113,2-3. Cf. NACHMANSON, *Erotianstudien*, 466, 356-7, 275; GRENSEMANN, *ibid.*, 184.

Thirty-one further glosses by Bacchius on words from fifteen different Hippocratic works (including *VC*, *Morb.* I, *Us. Liq.*, *Epid.* III) are cited by Erotian but without ascription to a specific book of Bacchius' *Lexeis*³⁴. Some of these unassigned glosses are on words from Hippocratic texts attested to have been treated in *Syntaxis* I of Bacchius' work (e.g., *Prog.*, *Artic.*, *Mochl.*, *Epid.* I), some belong to works glossed in *Syntaxis* II (e.g., *Prog.*, *Prorrh.* I, *Artic.*, *Mochl.*, *Off.*, *Epid.* II), and some to works represented in Bacchius' third *Syntaxis* (e.g., *Fract.*, *Artic.*, *Mochl.*, *Off.*, *Loc. Hom.*, *Epid.* V). In view of the patterns of distribution traced above, however, this observation does not allow one to assign any of these glosses specifically to one of the three *Syntaxeis*.

Among the negative results of this exploration are, then, (i) that Bacchius' arrangement was not strictly by treatise only, (ii) that it was not alphabetical, and (iii) that it was not an anticipation of Erotian's influential ternary division. "Omnis negatio est determinatio", but among the significant positive results are not only the recovery of sixty glosses from Bacchius' lexicon but also the identification of at least eighteen works or parts of works known by Bacchius—and hence presumably by y other third-century B.C. readers—under the name "Hippocrates" (even though it is not certain under what titles Bacchius knew these works)³⁵:

<i>De articulis</i>	<i>Mochlicum</i>
<i>Epidemics I</i>	<i>De morbis I</i>
<i>Epidemics II</i>	<i>De morbo sacro</i>
<i>Epidemics III</i>	<i>De officina medici</i>
<i>Epidemics V</i>	<i>De ossium natura</i>
<i>Epidemics VI</i>	<i>Prognosticum</i>
<i>De fracturis</i>	<i>Prorrheticus I</i>
<i>De liquidorum usu</i>	<i>De victu acutorum</i>
<i>De locis in homine</i>	<i>De vulneribus in capite.</i>

Two of these, *Liq. Us.* and *Oss.*, are not mentioned in Erotian's prefatory enumeration of Hippocratic works but, as Ilberg, Nachmanson, and others have argued, they seem to be represented by lemmata³⁶. *On the Nature of Bones* is an especially curious case, be-

³⁴ See VON STADEN, *Herophilus*, 498-500.

³⁵ See n. 7 *supra*. If Epicles of Crete was dependent on Bacchius for his lemmata, as might be implied by Erotian's claim that Epicles abridged Bacchius' *Lexeis* (see n. 24 *supra*), then this list could be expanded to include three Hippocratic treatises on lemmata from which Epicles offered glosses: (i) *De aere aquis locis* 4 and 24, ὕδρωσιν (ὕδρωπες) and κανονίαι (II 22,10 and 88,2 L.=I 39,4 and 69,1 Kw.=CMG I 1, pp. 59,4 and 77,3 Heiberg=CMG I 1,1, pp. 32,4 and 78,20 Diller; EROT., pp. 88,11 and 50,10); (ii) *De natura pueri* 12, 3, μεθίησιν (VII 486,16 L.=XI 53,19 Joly; EROT., p. 59,21); (iii) *De humoribus* 1, ἐκκεχυόμενα (V 478,2 L.; EROT., 101,14).

³⁶ EROT., p. 38,18-19; ἐνεφλεβοτόμησε, from *On the Nature of Bones* 18 (IX 194,8-

cause no ancient source mentions such a treatise, and the existing text appears to be a later compilation. The parts of it from which Bacchius and Erotian drew their lemmata (chapters 1-7 and 11-9), some believe, were closely associated with *Instruments of Reduction* (*Mochl.*). Indeed, some have argued that *Oss.* 11-19 is what the Hippocratic glossary attributed to Galen refers to as τὰ προ(σ)κείμενα τῷ Μοχλικῷ³⁷, but this remains speculative.

IV

The structure and content of Bacchius' lexicon have become partly visible, but what, if anything, can be learnt about his principles of selection and interpretation?

First, despite Erotian's emphasis in his preface on "obsolete usage" as a major motivating factor in the growth of Greek lexicography, and despite the apparent Galenic claim that Bacchius interpreted only rare and obscure words (*glōttai*), Bacchius does not appear to have confined himself to such words³⁸. If the common Hellenistic distinction between *glōssai* (to refer to rare or obsolete words) and *léxeis* (to refer to any words in need of, or chosen for, explication, even if they were not obsolete) was observed by Bacchius, the title, *Lexeis*, attributed to Bacchius' work by Erotian might accurately reflect a broader lexical interest³⁹. In its selection of entries Bacchius' work thus may have been closer to the *Lexeis* of Aristophanes of Byzantium than to the *Glossai* of Philitas, Simias, and Zenodotus. The latter collected rare or obsolete words, whether from epic, lyric, or dialects. By contrast, Bacchius' extant glosses suggest that he selected words not only for their obscurity and obsolescence or obsolescence but also for their predominantly poetic usage, their morphological peculiarity, their homonymy, their polysemy, or for some other aspect of their semantic challenge, much as did Hesychius and other later Greek lexicographers.

Thus Bacchius selects the lemma ἄλις, "enough" or "sufficiently",

9 L.), glossed in the third section of Bacchius' *Lexeis*; and EROT., p. 18,1: αἰόνησις, from *On the Usefulness of Liquids* 1 (VI 118,6 L. = CMG I 1, p. 85,7 Heiberg = VI 2, p. 164,8 Joly). See NACHMANSON, *Erotianstudien*, 347, 329, 518 n. 3; ILBERG, *op. cit.*, 134-5.

³⁷ GAL., *Expl. voc. Hp.* (XIX 114,2 and 128,1 K.). Cf. ILBERG, *op. cit.*, pp. 135; NACHMANSON, *Erotianstudien*, 346-58; O. REGENBOGEN, *Symbola Hippocratea*, Diss. Berlin, 1914, 54 ff.; GRENEMANN, *opp. cit.*

³⁸ GAL., *Expl. voc. Hp.*, prooemium (XIX 64-5 K.): τὰς γλώττας...μόνας.

³⁹ On *glōssai* vs. *lexeis* see R. PFEIFFER, *History of Classical Scholarship. From the Beginnings to the End of the Hellenistic Age* (Oxford, 1968), 198.

for inclusion ⁴⁰. The word is, of course, perfectly common not only in archaic and classical poetry but also in Hellenistic literature; it is used by Theocritus, Callimachus, Apollonius of Rhodes, Theophrastus, and Nicander ⁴¹, and hence is neither rare nor obsolete. Furthermore, Bacchius does not assign it an unexpected meaning; rather, he glosses it with ἀρχαῖοντως and ἰκανῶς, perhaps adding a quotation from the *Iliad* ⁴². Why does he select a word as common and accessible as ἄλις? It could be because ἄλις (like the French *assez* in certain usages) had become semantically so “bleached” as to become *inter alia* what modern linguists call a “discourse particle”; while never quite “empty” semantically, it has an elusive function or meaning. A further reason might be that ἄλις is used relatively rarely in classical prose outside the Hippocratic Corpus, at least compared to its use by classical poets such as Euripides ⁴³. The two synonyms offered by Bacchius’ gloss are, by contrast, common in classical prose; indeed, both are also used in the Hippocratic Corpus ⁴⁴.

A further example of a word neither obsolete nor rare but included by Bacchius is αὐτίκα ⁴⁵. It is a word widely used in both poetry and

⁴⁰ EROT., p. 20,5; probably a gloss on *Off.* 3 (III 282,6 L. = II 32,8 Kw.): if a physician stands when examining a patient, he should stand “firmly, with both feet *quite/sufficiently* level” (ἐπ’ ἀμφοτέρων βεβῶτα ἐξ ἴσου τῶν ποδῶν ἄλις). NACHMANSON, *Erotianstudien*, 355, assigns the lemma to a lost part of *Mochl.*, but DEICHGRÄBER, *Epidemien*, 85, shows this to be unnecessary. Cf. WELLMANN, *op. cit.*, 12. See n. 43 *infra*. On *HP.*, *Off.* 3, see GALEN, XVIII B 699 K.

⁴¹ E.g., THEOC., X 13, XXV 17; CALL., *H.* I (*Iov.*) 84, and VI (*Cer.*) 132; *id.*, *Hecale*, Fr. 251 Pf.; A.R., II 87, III 329; NIC., *Al.* 23, 483, 499. Theocritus uses ἄλις four times, Apollonius of Rhodes and Nicander each thirteen times, Callimachus thrice. See n. 43.

⁴² *Il.* XIV 122; but it is unclear whether Erotian (p. 20,5-7) also wishes to attribute the Homeric quotation to Bacchius.

⁴³ See n. 40 *supra*. Modern scholars, too, have at times found ἄλις difficult; cf. Gow and Schofield on NICANDER, *Al.* 23 (p. 191): “We have attempted to construe ἄλις, but this word seems often in *Al.* to have little or no meaning”. So too *id.*, p. 198, on NIC., *Al.* 499: “We cannot translate ἄλις, but this word presents difficulties elsewhere in *N.*”. Euripides uses ἄλις at least thirty-six times; Sophocles ten times. By contrast, there are two occurrences in HERODOTUS (I 119,5; IX 27,5; See below), three in XENOPHON (*Cyr.* VI 3,17; VIII 7,25; *An.* V 7,12), and one each in ISOCRATES (XV 74) and PLATO (*Politicus* 287 A 6). Thucydides, Demosthenes, and Lysias never use ἄλις in their extant works. Hippocratic writer use ἄλις nineteen times (five of which are, however, *dubiae lectiones*), and it remains in use in Aretaeus’ “Ionic” (six times) and in Galen’s Attic (about thirty occurrences). On Aristotle see VON STADEN, *Herophilus*, 493 n. 38. (ἄλις in HDT., II 135,2, is, however, an unwarranted conjecture by Legrand.)

⁴⁴ ἀρχαῖοντως occurs in *HP.*, *Mul.* II 133 and 162 (VIII 294,5; 340,12 L.); ἰκανῶς, which is far more common in prose writers, occurs in, e.g., *Artic.* 7 and 11 (IV 92,10; 106,17 L. = II 120,6; 128,21 Kw.); *Acut.* (*Sp.*) 29 (II 516,7 L. = VI 2, p. 95,10 Joly), and *Vict.* I 1 and III 70 (VI 466,5; 608,20 L. = CMG I 2,4, pp. 122,5 and 202,28 Joly/Byl).

⁴⁵ EROT., p. 21,10. This is probably a lemma from *Mochl.* 2 (IV 346 L. = 248 Kw.). It is unnecessary to assume with ILBERG (*op. cit.*, 135), NACHMANSON (ed. *Erot.*, p. 21 *ad loc.*), and WELLMANN, *op. cit.*, 11, that the lemma must be from a lost part of *Mochl.* A more plausible position is adopted by GREENSEMANN (1968), 184, and DEICHGRÄBER, *Epidemien*, 85.

prose, early and late; there is no lack of evidence for its use in early Hellenistic literature. But ἀτύκτα is a word of semantic notoriety, and Bacchius might well have been trying to clarify its use in a particularly difficult passage. Not only do the temporal senses of ἀτύκτα range from “immediately, at once, on the spot” to “for the present moment” and to a future-oriented “presently, very soon”, but as early as the Hippocratic Corpus ἀτύκτα also is used to signal “for example”. That a difficult occurrence might have been glossed is suggested by the disagreement among Hippocratic lexicographers: Bacchius glossed it with ἤδη in Book I of his *Lexeis*, Epicles with εὐθέως, and Erotian with μετὰ ταῦτα ⁴⁶. At any rate, ἀτύκτα, like ἄλις, confirms that Bacchius’ selection was not confined to obsolete words.

Second, the examples cited confirm that Bacchius did not limit himself to technical medical terms. Relatively common, non-technical words glossed by Bacchius include not only ἄλις and ἀτύκτα, but also ἀτρεκέως (rare in classical Attic prose and in tragedy, but used by Homer, Theognis, Pindar, Ionic prose writers, and later Hellenistic prose authors), γυῖον (uncommon in classical Attic prose, but common in poetry from Homer to the Hellenistic period), ποταίνια (used mainly in poetry and in Ionic prose), and several words that cut across most generic boundaries, such as ἀνάγκη, συχνόν, and ἀραιά ⁴⁷.

Third, Bacchius liberally quoted poetry to explain “Hippocrates”. Erotian is explicit on this point: Bacchius “cited many pieces of evidence from the poets” ⁴⁸. Bacchius may have drawn much of this poetic evidence from the *lexeis* of his younger contemporary Aristophanes of Byzantium (ca. 257-180 B.C.). This hypothesis might be lent support by Apollonius of Citium, who says in his first-century B.C. commentary on the Hippocratic *De articulis*: “Bacchius in his work *On Hippocratic Words (Lexeis)* explains ... that in the *Lexeis* it is recorded that ...” ⁴⁹ The *Lexeis* on which Bacchius here is said to have drawn in all probability was the *Attikai Lexeis* of Aristophanes of Byzantium. No other lexicographic work by this title enjoyed sufficient fame at that time to be referred to simply as *The Lexeis*. Some have invoked the Hippocratic glossary attributed to Galen in further support of this hypothesis, but its value depends upon acceptance of a modern conjecture. The Galenic author says that Bacchius interpreted the words of Hippocrates “after Aristarchus/Aristophanes [Ἀριστο-

⁴⁶ EROT., p. 21,10-12. See n. 45.

⁴⁷ EROT., pp. 10,16-27; 30,17; 73,8; 23,5-6; 76,6-7; 12,11.

⁴⁸ EROT., p. 5,6-7: πολλὰς παραθέμενον εἰς τοῦτο μαρτυρίας ποιητῶν.

⁴⁹ APOLLON. CIT., In *Hp. De artic. comm.* 1 (CMG XI 1,1, p. 28 Kollesch-Kudlien), in a discussion of ἄμβη and ἄμβων. See ARISTOPHANES BYZ., *Fr.* 337 Slater (SGLG, VI, pp. 112-3).

τάρχου *codd.* (Ἀριστάρχου *D*): Ἀριστοφάνους Klein, Ilberg, Wellmann], the grammarian, had collected a large number of examples for him”⁵⁰. To my knowledge all the Galenic manuscripts hitherto collated read “Aristarchus”, not “Aristophanes”. There are several reasons why “Aristarchus” is, however, a problematic reading. One is that he lived about 217-145 B.C., a date not especially compatible with Erotian’s evidence that the Empiricist Philinus, a direct pupil of Herophilus (ca. 325-250 B.C.), was a contemporary of Bacchius⁵¹. Another is that Aristarchus was known primarily as a commentator and textual critic, not as a lexicographer. Josef Klein’s emendation of “Aristarchus” to “Aristophanes”, accepted by Johannes Ilberg, Max Wellman, and William J. Slater, offers a plausible solution, inasmuch as Aristophanes was not only a younger contemporary of Bacchius but also arguably the most famous lexicographer of his time⁵². (See also the seventh point —“Finally”— introduced below).

Fourth, in his deployment of non-Hippocratic authors to illuminate Hippocratic usage, Bacchius does not confine himself to poets or to lexicographers but on occasion also invokes classical prose authors (whether he consulted them directly or through lexicographic intermediaries, remains unclear). In his explanation of the Hippocratic ἄμβην, for example, he draws not only on Aristophanes the comedian, and on Aristophanes’ lexicographic namesake, but also on Democritus: “Democritus calls the brow-like rim lying around the hollow of a shield ἄμβη”⁵³. Erotian, too, though in general following Bacchius’ preference for explaining Hippocratic words by means of poetic usage, does not hesitate to invoke non-lexicographic prose authors on occasion (including Democritus, Herodotus, Thucydides, Plato, Aristotle, Diocles of Carystus, Praxagoras, Herophilus, and Erasistratus, but not the orators).

Fifth, to what extent Bacchius also anticipated Erotian’s practice of drawing on other Hippocratic works to explain words in a given Hippocratic text is unclear. Given his prominence as a source of Erotian, it is, however, not inconceivable that he anticipated the principle, fervently espoused by commentators from Aristarchus to Galen, of ἐξηγεῖσθαι τὸν ἄνδρα ἐξ ἑαυτοῦ.

⁵⁰ GAL., *Expl. voc. Hp.*, prooem. (XIX 64-5 K.). On Aristophanes’ lexicographic activity cf. PFEIFFER, *op. cit.*, 135 and 197 ff.; H. ERBSE, *Untersuchungen zu den attizistischen Lexika* (Abh. Berlin, phil.-hist. Kl., 1949, 2); W. J. SLATER, *Aristophanis Byzantii Fragmenta* (SGLG, VI, 1986), especially p. XV.

⁵¹ On the dates of Herophilus and Bacchius see VON STADEN, *Herophilus*, 43-40, 485.

⁵² Klein’s conjecture was made in his edition, *Erotiani Vocum Hippocraticarum Collectio*, Leipzig, 1865. See SLATER, *loc. cit.*

⁵³ APOLLON. CIT., *loc. cit.*; DEMOCR., 68 B 29 D-K.; ARISTOPH. BYZ., Fr. 337 Slater.

Sixth, Bacchius, like other Alexandrians and like later lexicographers, discusses local usage and dialect in his glosses. Erotian reports, for example, that Bacchius glosses ἐλινύειν, a lemma from *Epidemics* VI 1, 5 (V 268 L.) with “to be idle (ἀργεῖν), to be at leisure (σχολάζειν), saying that while the Eleans call ‘to be at leisure (σχολάζειν)’ ἐλινύειν, the Thymbrians call ‘to be idle (ἀργεῖν)’ ἐλινύειν”⁵⁴. Bacchius’ interest in local usage is further confirmed by his invocation, in his explanation of ἄμβην, of the Rhodians’ use of ἄμβωνες to refer to the crests of mountains and to ascending ridges⁵⁵.

Finally, the poems used by Bacchius to explicate Hippocratic words included epic (notably Homer), tragedy (notably Euripides), and comedy (Aristophanes, Eupolis)⁵⁶. At times it is unclear whether or not Erotian’s quotations of poets are copied from Bacchius but, given the fact that Bacchius is by far Erotian’s most prominent source, it is not inconceivable that Erotian’s patterns of citations from poetry reflect those of Bacchius. This suggestion is lent support by the fact that Homer (cited almost fifty times by Erotian), Aristophanes the comedian (quoted twenty-three times), and Euripides (cited seventeen times) are precisely the poets invoked most often by Erotian, too (followed by Sophocles with fourteen citations, Nicander with eleven, Eupolis with ten, and Menander with nine). No prose author (except, of course, “Hippocrates” and Bacchius) is cited with nearly such frequency. While one should not overlook the fact that Erotian occasionally invokes his own poetic examples—typically from Homer, once perhaps also from Archilochus—in order to attack or refute Bacchius’ interpretation⁵⁷, the fact that Homer, Aristophanes, and Euripides are the most conspicuous poets *both* in Bacchius’ fragments *and* in Erotian’ text is suggestive in these contexts (even if not surprising from the retrospective view allowed by later Greek lexicography).

The use of poetry to perform lexical exegesis on a scientific text might strike modern readers as odd, but several plausible reasons for this practice could be advanced. One is that early lexicographic works

⁵⁴ EROT., p. 106,10-20.

⁵⁵ APOLLON. CIT., *loc. cit.* Cf. also EROT., p. 19,5-7, for Bacchius’ view on κατ’ ἐθνικῆν στοιχείων ἐναλλαγὴν.

⁵⁶ E.g., EROT., p. 113,13-14 (“Bacchius was led astray by Homeric usage ...”); 17,14-15 (“Bacchius says *alastores* means ‘slayers’ on the basis of Euripides’ *Melanippe* ...”); 104,13-17 (“Bacchius says *sphakelismos* is ‘ache’, ‘pain’, and ‘inflammation’, citing as evidence Euripides’ words from the *Temenus* and *Hippolytus* ...”). See also APOLLON. CIT., *ibid.*, for a quotation Bacchius is said to have ascribed to the comedian Aristophanes (to illustrate the meaning of ἄμβων), but which might belong to Eupolis; cf. EUP., *Fr.* 60 Kassel-Austin (*PCG* V, pp. 326-8); EROT., pp. 23,21-24,10; GAL., *In Hp. De artic. comm.* I 19 (XVIII A 340 K.).

⁵⁷ Cf. EROT., pp. 10,2-7; 24,15-16; 112,12-15.

often concentrated on poetry at the expense of prose. Bacchius' lexicographic sources, including Aristophanes of Byzantium, might therefore have offered him more ready examples from poetry than from prose. A second reason is to be found in the principles of selection delineated above: since Bacchius did not confine himself to technical medical terms, poetry could provide him with parallels. The modern lexicographic assumption of the primacy of prose is alien to Bacchius, as it is to his contemporaries. A third, related reason might be an often overlooked feature of ancient Greek, viz. the lexical kinship between Greek poetry, including Attic poetry, and Ionic prose⁵⁸. Many ancient Greek words nowadays said to be "poetic" often because they do not appear in Attic prose, in fact show up in Ionic prose—and not only in supposedly *homērikōtatos* Herodotus but also in writers such as "Hippocrates" and Aretaeus. It is noteworthy that the sharp boundaries most modern classicists have drawn between "literary" texts and "non-literary" or "sub-literary" works, such as medical and other scientific treatises, did not affect Bacchius' approach to lexical exegesis. Unclear, uncommon, ambiguous, and obsolete words all stood in the way of a serious reading of Hippocrates, and if using poetry could further the task of elucidation, no impediments to doing so arose from a literary-theoretical ideology of inviolable difference. The modern segregation and isolation of an ancient literary canon, to be interpreted only in terms of interactive relations between its privileged member texts, is alien to the lexicographic tradition in which Bacchius stands.

These preliminary results suggest that important features of Bacchius' *Lexeis* can be retrieved through a careful study of Erotian, in particular. The wide range of Hippocratic works from which Bacchius drew his lemmata; the broad spectrum of Hippocratic words represented in his *Lexeis*, including non-technical terms; the structure and arrangement of his work; his principles of selection and exegesis, including his use of poetry to explain scientific texts—all these features have become visible. They, too, establish Bacchius as a major figure in the history of Greek lexicography. As will be shown elsewhere, Bacchius' glosses might not always be felicitous, but he left a clear, discernible mark on the formidable history of ancient Hippocratic scholarship. Equally significantly, Bacchius created the earliest author-specific lexicon of European culture to which we can still gain substantial access.

⁵⁸ Cf. G. LANATA, "Linguaggio scientifico e linguaggio poetico. Note al lessico del *De morbo sacro*", *QUCC* 5, 1968, 22-36; K. J. DOVER, "Lo stile di Aristofane", *QUCC* 9, 1970, 7-23, especially 8-9, 16 ff.; V. BERS, *Greek Poetic Syntax in the Classical Age*, New Haven-London, 1984, 7-13.

Ippocrate in Celso

INNOCENZO MAZZINI

(Università di Macerata)

1. PREMESSA

Con il presente contributo mi propongo di rivisitare il tema del rapporto Celso —Ippocrate, sviluppando i seguenti punti. 1. atteggiamento psicologico e culturale di Celso di fronte ad Ippocrate; 2. opere del corpus solitamente utilizzate nel *De medicina*, 3. modalità di utilizzo del materiale ippocratico, o, se si preferisce, la tecnica di traduzione.

Prima di entrare in argomento, devo dire subito che il tema, in se stesso, non è nuovo nella storia della critica celsiana, e che, nonostante ciò, ne ho ritenuto opportuno, un nuovo approfondimento perché, alcune premesse come anche l'impostazione metodologica e, di conseguenza, almeno in parte, le conclusioni dell'ultimo studio esaustivo e che ha fatto finora testo, quello cioè del Wellmann¹, si devono considerare, a mio avviso, superate.

La premessa da cui muove tutta l'indagine sulle fonti di Celso del Wellmann è che Celso non fosse medico e che, di conseguenza, identificando esercizio della professione e conoscenza dell'arte, tutto quanto di originale o comunque diverso in lui rispetto alle sue fonti in genere, ad Ippocrate in particolare, è innegabile, deve essere attribuito ad una fonte intermedia perduta²; Il principale difetto del metodo, è

¹ A. Cornelius Celsus. *Eine Quellenuntersuchung*. Berlin, 1913.

² Nel mondo romano non necessariamente la conoscenza dell'arte è legata all'esercizio della professione, e, soprattutto, non necessariamente, l'esercizio della professione presuppone la conoscenza dell'arte: da un lato non esisteva a Roma, ai tempi di Celso, un *curriculum* ufficiale di studi per il medico, né esistevano scuole pubbliche, dall'altro molti medici improvvisati dovevano circolare, soprattutto negli ambienti economicamente più poveri (su queste tematiche oggi esiste una letteratura abbastanza ricca, che ha chiarito a sufficienza i termini della questione, mi limito a rinviare a V. NUTTON, «Archiatry and the medical profession in Antiquity». *Papers of the British School at Rome* 45, 1977 =

nel porre a confronto i luoghi paralleli di Celso e della sua fonte, sottovalutando il contesto immediato e generale, in concreto la compatibilità o meno delle differenziazioni con il resto dell'opera e con l'ambiente culturale, con i tempi di Celso.

Che Celso sia stato medico o no, nel senso che abbia esercitato l'arte o meno è del tutto secondario ai fini dell'accertamento dell'originalità celsiana nei confronti delle sue fonti (e del resto chi può essere definito medico nell'antichità e chi no?), importante è sapere se sia stato esperto o meno di medicina. Altrettanto importante, mi sembra, è anche valutare il comportamento del Nostro nei confronti delle sue fonti: quando, come, con quale funzione le cita e le utilizza, il suo pensiero in merito, ed il suo atteggiamento psicologico nei confronti dei personaggi che menziona ed utilizza, come pure l'atteggiamento dello scrittore tecnico in genere e, medico in particolare, difronte alle fonti di cui si serve, onde poter fare dei confronti tra gli altri ed il Nostro.

Divido adunque la mia esposizione in due parti: 1. preliminari funzionali alla trattazione del tema, cioè conoscenze mediche del nostro autore, e suo comportamento nei confronti delle fonti, atteggiamento degli altri autori medici nei confronti dei testi e scrittori di cui si servono; 2. Ippocrate fonte di Celso.

V. NUTTON, *From Democedes to Harvey*, London, 1988, pp. 191-226; a F. KUDLIEN, *Die Stellung des Arztes in der römischen Gesellschaft*, Stuttgart, 1986, *passim*; al mio «Le accuse contro i medici nella letteratura latina ed il loro fondamento». *Quaderni Linguistici e filologici*; *Ricerche svolte presso l'Università degli Studi di Macerata* 1982-4, pp. 75-90; a J. ANDRÉ, *Entre médecin à Rome*, Paris, 1987 (*passim*).

Gli argomenti che il Wellmann riteneva decisivi a dimostrazione che Celso non fosse medico, sono in se stessi piuttosto labili, e neppure integralmente veri; vediamoli brevemente: 1. il fatto che Plinio menziona Celso, negli *indices* dei libri medici tra gli *auctores* e non esclude necessariamente la possibilità che fosse medico, infatti nell'*index* del l. 29 tra gli *auctores* è citato un *Caecilius medicus* e in quello del l. 28 un *Rabirius*, un *Ofilius* e un *Granius medici*. 2. Se è vero che gli autori medici immediatamente successivi giunti sino a noi non attingono direttamente a Celso, non è vero che bisogna attendere fino al XIII secolo (Simone di Genova), per trovarne prove di utilizzazione diretta: si pensi ai brani confluiti nella traduzione latina di Oribasio ed in Muscione, opere riconducibili al s. VI (cf. in proposito U. CAPITANI, «La tradizione indiretta: limiti della sua utilizzazione nella costituzione dei testi di medicina latina» in *I testi di medicina latini antichi. Problemi filologici e storici* a c. di I. MAZZINI e F. FUSCO, Roma, 1985; 3. Il fatto che Celso sia autore di un'enciclopedia non esclude necessariamente che fosse medico; se l'esercitare una professione dovesse escludere la possibilità di scrivere di argomenti diversi, dovremmo negare che Plinio fosse ammiraglio, Cesare condottiero, o per converso che un medico potesse essere oratore, come ad es. sappiamo essere stato Asclepiade di Bitinia. Sappiamo per altro di medici che hanno scritto oltre che di medicina, di grammatica e di filosofia, come ad es. Sorano o Galeno.

2. PRELIMINARI

I preliminari, funzionali ad un approccio diverso al problema del rapporto Celso Ippocrate, data la ristrettezza di spazio non potranno che essere appena accennati, e trattati sulla base delle conoscenze finora acquisite.

2.1. Sulle conoscenze mediche dirette di Celso, comunque acquisite (esercizio della professione o esperienze occasionali) nessuno sembra avere più dubbi³. Non si possono ignorare le menzioni di esperienze viste o vissute⁴, i punti di vista personali su singoli sintomi o terapie⁵, la dimestichezza e conoscenza diretta di medici contemporanei (*Med.* V 27, 5 B), il rivolgersi a medici⁶, ecc.

2.2. Solitamente Celso, all'inizio della trattazione, elenca le sue fonti, o per lo meno i principali esperti del settore: «I segni che preannunciano la malattia che sta per sopraggiungere sono molti. Nell'esporsi non esiterò a fare ricorso all'autorità degli antichi, soprattutto di Ippocrate, dato che i medici più recenti, seppure hanno mutato alcune cose nella terapia, ammettono che quelli hanno dato delle ottime prognosi» (II 1); «Ora passo a quella parte della medicina che combatte il male soprattutto con le medicine. Nello sviluppare queste arrecarono un grande contributo i medici antichi, ed Erasistrato e quelli che si sono chiamati empirici, in modo precipuo tuttavia Erofilo ed i suoi seguaci, al punto tale da non curare alcuna malattia senza medicine. Molte informazioni sulle proprietà dei medicamenti ci hanno tramandato Zenone, Andria ed Apollonio soprannominato Mys.» (V 1, 1); «Questa parte (la chirurgia), sebbene sia antichissima, tuttavia è stata perfezionata dal famoso padre di tutta la medicina, Ippocrate, più che dai suoi predecessori. Successivamente separata dalle altre branche, ha incominciato ad avere i suoi maestri; anche in Egitto ebbe un grandissimo sviluppo grazie a Filosseno, che raccolse gli insegnamenti di questa branca in più volumi. Anche Gorgia, Sostrato, Erone, i due Apolloni ed Ammonio, tutti di Alessandria, e molti altri celebri chi-

³ Sono per un Celso medico, o in ogni caso esperto di medicina, gli studiosi che, più recentemente, hanno affrontato la questione; alcuni nomi: O. TEMKIN, «Celsus' on Medicine and the ancient medical sects». *BHM* 3 1935, pp. 249-64; B. MEINECKE, «Aulus Cornelius Celsus - plagiarist or artifex medicinae?» *BHM* 10, 1941, pp. 288-98; J. SCARBOROUGH, *Roman Medicine*, Ithaca - New York 1969, pp. 60-63; U. CAPITANI, «A. C. Celso e la terminologia tecnica greca» *ASNP* 5, 2, 1975, p. 450; S. CONTINO, *Auli Cornelii Celsi De medicina liber VIII*. Introduzione, edizione critica, traduzione e commento a c. di S. C., Bologna, 1988, pp. 44-7.

⁴ *Med.* III 5, 6; III 6, 6; III 11, 2; III 21, 14; V 17; ecc.

⁵ *Med.* III 4, 2, 2-3; IV 4, 6; III 6, 9-10; III 24, 3-4; IV 11,6; ecc.

⁶ III 3, 9; IV 2, 1; V 26 C; ecc.

rurgi, tutti hanno scoperto qualche cosa. Anche a Roma, professionisti non mediocri, soprattutto, di recente Trifone padre ed Evelpisto, e come si può desumere dai suoi scritti, il più colto di questi, Megete, hanno apportato contributi a tale scienza migliorando talune operazioni» (VII, *prohoem.* 3).

Nel corpo dei singoli libri cita poi moltissimi medici, come puro orientamento cronologico ⁷ o più frequentemente, a proposito di tecniche, punti di vista, terapie, singole ricette ⁸, ecc.; alcuni una volta soltanto ⁹, altri molte volte ¹⁰, solitamente senza citazione dell'opera, ma in due casi con la sua esplicita menzione ¹¹, sovente introduce i vari personaggi con un verbo che designa l'azione compiuta o consigliata da loro ¹², ma non raramente con un verbo che esplicitamente fa riferimento al documento da loro lasciato, così *dicere* ¹³, *memoriae prodere* ¹⁴, ecc.

Non raramente comunica, indirettamente, al lettore, il suo porsi diretto nei confronti della fonte, infatti ne presenta il pensiero o comunque il contenuto, con verbi come *invenio* ¹⁵ e *video* ¹⁶ seguiti da una oggettiva, ecc.

A proposito delle ragioni che determinano la menzione esplicita della fonte, mi sembra rimarchevole, il fatto che, esclusi i casi di segnalazione della paternità delle ricette o di puro riferimento cronologico, per lo più la citazione ha una funzione dialettica: la fonte viene chiamata in ballo per essere contestata o precisata ¹⁷, oppure a sostegno delle proprie affermazioni o convinzioni ¹⁸.

⁷ Ad es. Esculapio, in *prohoem.*; Ippocrate in III 9,4; ecc.

⁸ Ammonio Alessandrino, i due Apolloni, Diocle di Caristo, i moltissimi inventori di ricette, ecc.

⁹ Per lo più gli inventori di ricette.

¹⁰ Tra i più citati, oltre ad Ippocrate, Asclepiade, Erasistrato, Eraclide, Megete, Erofilo, ecc.

¹¹ Vengono menzionate due opere di Asclepiade, i *Communia auxilia* ed il *De tuenda sanitate*.

¹² Qualche esempio: *Prohoem.* 69 *Cassius...aquam frigidam ingessit*; III 4, 1 *Asclepiades medicamenta sustulit*; V 18, 14 *Andrias auctor est ut haec misceantur*; ecc.

¹³ III 4, 1; III 6, 4; III 15, 4; III 24, 1; IV 18, 4; ecc.

¹⁴ III 21, 8; IV 22, 4; VIII 20, 4; ecc.

¹⁵ III 4, 9 *id apud Erasistratum quoque invenio*; V 18, 13 *ad strumam multa malagmata invenio*.

¹⁶ III 2, 14 *Quod a Tharria profectum (sc. malagma) esse servatum a pluribus video*; IV 5, 2 *Haec Graeci κοούζας Hippocrates nominavit, nunc video apud Graecos in gravedine hoc nomen servari, destillationem κατασταγμόν appellari*; IV 20, 1 *Diocles Carystius tenuioris intestini morbum χορδαψόν, plenioris εϊλεόν nominavit; a plerisque video nunc illum priorem εϊλεόν, hunc κοιλικόν appellari*; ecc.

¹⁷ Come in III 10, 3; IV 18, 4; IV 31, 9, a proposito di Erasistrato, o in III 4, 3; III 4, 16 a proposito di Asclepiade; ecc.

¹⁸ Così in III 4, 12; III 6, 11 Asclepiade; VIII 20, 4 Ippocrate; ecc.

2.3. Celso esplicita più volte una certa volontà di imparzialità nei confronti dei meriti storici sue fonti, così ad es. in II 14,1 «Sulle frizioni Asclepiade ha scritto veramente molto in qualità di inventore...Se tuttavia non si deve defraudare i personaggi più recenti in ciò che hanno trovato oppure hanno correttamente applicato, va attribuito agli antichi ciò che nei loro scritti si trova».

2.4. L'atteggiamento psicologico nei confronti dei personaggi chiamati in causa a vario titolo, ove espresso, è profondamente diverso, da ammirato a critico, mai comunque passivo. Chiaramente non lascia trasparire il proprio stato d'animo, sempre e nei confronti di tutti, ma solo nei confronti dei personaggi più noti o dei contemporanei direttamente conosciuti o frequentati. L'ammirazione emerge soprattutto nelle menzioni dei personaggi del passato chiamati in causa nel contesto di riferimenti storici, o cronologici (Democrito, Diocle, Erasistrato, Erofilo)¹⁹, a proposito invece di singole affermazioni o convinzioni degli stessi è solitamente critico²⁰, in *toto* o in parte. Dei contemporanei, ove li menziona, fa apprezzamenti molto positivi sul piano professionale e ne sottolinea la consuetudine: Cassio²¹, Trifone, Evelpisto, Megete²², ecc.

2.5. Un confronto rapido, a proposito del rapporto con le fonti, da parte di Celso da un lato e di un autore quasi contemporaneo dall'altro, quale Scribonio Largo, evidenzia alcuni comportamenti peculiari del Nostro, che non saranno privi di importanza, a livello di conclusioni, riguardo al tema che ci siamo proposti, la presenza cioè di Ippocrate in Celso.

2.5.1. Anche in Scribonio Largo si possono distinguere fonti dichiarate e no, antiche e recenti, ma la differenza di atteggiamento nei confronti di esse, rispetto a Celso, è notevole: 1. i grandi personaggi storici (Ippocrate, Erofilo ed Asclepiade) sono citati con ammirazione, mai, neppure parzialmente, contestati; 2. I contemporanei chiamati in causa, generalmente, a proposito di medicinali di cui sono inventori, sono nominati senza alcun apprezzamento o connotazione particolare, esclusi Apuleio Celso, Trifone, Valente di cui ci fa sapere che sono

¹⁹ Qualche esempio: *Prohoem. 2: cum vetustissimus auctor Aesculapius celebretur; Prohoem. 8: clarissimos ex his Pythagoran et Empedoclem et Democritum; VIII 20, 4 Sed Hippocrates et Diocles... clari admodum auctores.*

²⁰ cf. n. 17; per fare qualche altro esempio: III 15, 4 *quo minus etiam probari curatio Heraclidis Tarentini debet; III 10, 3 quo magis erravit Erasistratus, cum febrem nullam esse sine hoc dixit; ecc.*

²¹ *Prohoem. 69: ergo etiam ingeniosissimus saeculi nostri medicus, quem nuper vidimus, Cassius.*

²² VII *Prohoem. 3: Romae quoque non mediocres professores, maximeque nuper Tryphon pater et Evelpistus et, ut scriptis eius intellegi potest, horum eruditissimus Megetes...*

stati suoi maestri ²³; 3. nella letteratura medica a noi giunta ed anteriore a Scribonio, non sembra si possa trovare, pur al dilà di talune coincidenze isolate con Nicandro e Celso, dei passi consistenti che traducano una derivazione diretta ²⁴.

3. IPPOCRATE FONTE DI CELSO

Entrando ora nel merito dell'argomento che mi sono proposto di affrontare, cioè Ippocrate in Celso, passiamo direttamente al 1° punto dello schema accennato all'inizio cioè atteggiamento psicologico di Celso nei confronti di Ippocrate.

3.1. Colpiscono subito le espressioni di profondo rispetto e ammirazione con cui Ippocrate viene presentato, la costante e totale adesione alle affermazioni attribuite al maestro, la rivendicazione per lui della priorità di determinate scoperte.

Il passo in cui Celso fa l'elogio più ampio di Ippocrate si legge nel Proemio del primo libro, 8: *Huius (sc. Democriti)... discipulus, primus ex omnibus memoriae dignus, a studio sapientiae disciplinam hanc separavit, vir et arte et facundia insignis* ²⁵.

Mai si incontrano nel *De medicina* espressioni di dissociazione anche parziale dalle idee attribuite al Maestro; in un caso, più che dissociarsi, sembra chiarire il pensiero Ippocratico, di modo che esso non appaia erroneo: «Ciò che Ippocrate ha detto (si parla di lussazione della colonna vertebrale) doversi fare nel caso della lussazione esterna di una vertebra, cioè collocare il paziente bocconi, sottoporlo ad estensione e poi far forza sull'osso lussato col calcagno e spingerlo dentro, è da considerare riferito (*accipiendum*) alle lussazioni parziali e non a quelle totali» (VIII 14, 3).

Un esempio chiarissimo e significativo di rivendicazione di priorità per Ippocrate, è quello di II 14, 2 «Se per un verso non si può mettere in dubbio che Asclepiade ha dato i consigli più dettagliati e più chiari sul luogo e sui modi di praticare le frizioni, dall'altro è ugualmente

²³ 171, 1; 175, 3; ind. 91.

²⁴ Cf. S. SCONOCCHIA, «Le fonti e la fortuna di Scribonio Largo», in *I testi di medicina*, cit.

²⁵ Cf. ancora II *Prohoem.* 1; VIII 4, 3; VIII 8, 1 B; ecc.

vero che non ho trovato nulla che già non fosse stato compendiato dal vecchio Ippocrate in poche parole, quando ha detto che...»

3.2. Riguardo alle opere del corpus ippocratico usate da Celso vi risparmio un arido, quanto inutile elenco di luoghi, per altro facilmente accessibile nell'edizione del Marx; qui sia sufficiente rilevare alcuni dati di fatto significativi, ricavabili da un rapido sguardo al *conspectus locorum* del Marx: 1. l'opera ippocratica in assoluto più utilizzata sono gli *Aforismi*, seguono in ordine decrescente il *Prognosticon* e il *De articulis*; non mancano echi, tuttavia sporadici delle *Praenotiones Coacenses*, del *De morbis popularibus*, *De natura hominis*, *De victu*, *De salubri victu*, ecc.; 2. i libri in cui Celso ricorre ad Ippocrate sono quasi esclusivamente il secondo e l'ottavo, seguono, ma con notevole distacco, il terzo, il primo, il quarto, il sesto ed il settimo; 3. L'utilizzazione di Ippocrate è limitata soprattutto alla semeiotica e alla cura delle fratture; è interessante rilevare, a proposito di quest'ultimo dato, il fatto che, pur essendo trattati nel *De medicina* altri temi a loro volta ampiamente svolti in altre opere del *corpus*, si pensi ad es. ai capitoli dedicati all'alimentazione nel secondo libro, in questi si fa pochissimo uso diretto dei libri ippocratici, che per altro sono indubbiamente conosciuti dal Nostro.

In sostanza, solo considerando il *conspectus locorum* Celso Ippocrate, si ricava l'impressione di un'utilizzazione mirata coerente con il criterio della modernità e attualità della fonte ricavabile da Celso stesso (cf. sopra i passi già citati *Med.* II 1; V 1, 1; VII *prohoem.* 3).

3.3. Passiamo ora al punto centrale del presente intervento, quello delle modalità di utilizzo del materiale ippocratico, o se si preferisce della tecnica di traduzione. Credo che potremo dire di aver spezzato una lancia importante a favore dell'originalità celsiana, in particolare a favore di un rapporto diretto e dinamico, non mediato e/o passivo con le fonti, in particolare con Ippocrate, se esaminando taluni luoghi in cui il legame con l'originale è indiscutibile, perché la concordanza è molto stretta, o addirittura letterale, vi si possono rimarcare delle variazioni formali e contenutistiche attribuibili solo a Celso in quanto in linea con la lingua e lo stile di Celso le prime; coerenti con gli argomenti trattati, l'ambiente culturale e geografico, le abitudini alimentari, la situazione sanitaria del Nostro e dei suoi tempi, tali da presupporre delle conoscenze mediche le seconde.

3.3.1. La lingua dei brani tradotti appare decisamente coerente con quella del resto dell'opera, sia nella classicità del periodare, sia nell'uso cauto del grecismo lessicale, funzionale ad informare il lettore sulla terminologia medica greca, e solitamente non ripetuto.

3.3.1.1. A proposito del periodare si possono considerare tipicamente celsiane, in ogni caso certamente suggerite dalla volontà di realizzare una prosa ornata e basata sulla *concininitas*, tra le altre, le seguenti variazioni:

1. Superamento della struttura aforismatica attraverso l'introduzione di subordinate (ipotetiche, temporali, relative, ecc.), in luogo di participi congiunti, infiniti soggettivi, aggettivi predicativi, attraverso l'esplicitazione in frasi complete o, se non altro, mediante l'introduzione del verbo essere in luogo delle sintetiche annotazioni diagnostiche dell'originale tipo, *κακόν, ἀγαθόν*, ecc.; alcuni esempi: Π 4, 1 *Contra gravis morbi periculum est ubi supinus aeger iacet porrectis manibus et cruribus* / *Progn.* 3, 118, 12-13 L.: ὕπτιον δὲ κέεσθαι καὶ τὰς χεῖρας... καὶ τὰ σκέλεα ἐκτεταμένα ἔχοντα, ἦσσον ἀγαθόν. Π 4, 1 *pessimum est, si somnus neque noctu, neque interdium accedit* / *Progn.* 10, 134, 9-10 L.: κάκιστον δὲ μὴ κοιμᾶσθαι μήτε τῆς νυκτός, μήτε τῆς ἡμέρας, ecc.
2. Uniformazione delle strutture diverse di periodi tratti da contesti diversi (ad es. *Aforismi* o *Prognostico*), ad uno schema nuovo e comunque coerente all'interno del testo celsiano; così ad es. ove Celso inizia con una principale del tipo *gravis morbi periculum est*, oppure *neque signum bonum est*, ecc. fa seguire una serie di proposizioni subordinate tutte coordinate e dello stesso tipo, temporali o soggettive o altro, ecc. senza farsi influenzare minimamente dal modello ²⁶.
3. Eliminazione di strutture incompatibili con il latino colto e letterario, come quelle anacolutiche; può essere significativo, in proposito il raffronto tra Cels. I 3, 24 e *Vict. sal.* 5: *Qui vomere bis in mense vult, melius consulat si biduo continuerit, quam si post quintum decimum diem vomuerit* / ὅστις δὲ εἴωθε τοῦ μηνὸς δις ἐξεμεῖν, ἄμεινον ἐφεξῆς ποιεῖσθαι τοὺς ἐμέτους ἐν δυσὶν ἡμέρησι μᾶλλον, ἢν διὰ πεντεκαίδεκα. (VI 80 L.).

3.3.1.2. Sull'uso del grecismo da parte di Celso ha scritto un saggio fondamentale U. Capitani ²⁷, qui sia sufficiente ricordare le conclusioni più importanti, e sottolineare che sono valide anche per i brani desunti da Ippocrate.

²⁶ Si mettano a confronto, a titolo di esempio, i capitoli 4 e 5 del secondo libro con i diversi luoghi ippocratici, tratti dagli *Aforismi* e dal *Prognostico*, quali sono riportati nell'edizione del Marx. Può essere significativo a proposito degli stessi passi tradotti da Celso, per evidenziare la preoccupazione linguistica e stilistica del Nostro, vedere la traduzione offerta, ad es., dal traduttore anonimo ravennate; cf. ad es. *Progn.* 10,1 *pessimum autem non dormire neque nocte neque die* (*Die hippokratische Schrift Prognostikon. Überlieferung und Text* von B Alexanderson, Göteborg-Uppsala, 1963).

²⁷ A. C. Celso e la terminologia, cit.

1. Celso fa ricorso al grecismo con facilità quando esso appartiene già alla tradizione ed, in questo caso, lo usa anche ripetutamente, sebbene abbia a disposizione il termine latino: in questi casi si tratta solitamente di grecismi lessicali adattati morfologicamente ²⁸;
2. I termini greci che non appartengono alla tradizione, sono per lo più usati una volta soltanto ²⁹, ed offertane la traduzione, è questa ad essere preferita; questa seconda categoria di grecismi solitamente non è integrata morfologicamente e, spesso, nemmeno traslitterata; sembra che questi grecismi, siano usati soprattutto con lo scopo di introdurre il lettore alla terminologia medica greca corrente ³⁰. Tra i grecismi integrali non adattati, introdotti da Celso nel contesto di brani tratti da Ippocrate si possono ricordare ἀποστήματα, εἰλεός, εἰλικρινές, κακεξία, μελαγχολία, στραγγουρία, φθίσις, ecc. Talora essi si trovano nell'originale, è il caso di στραγγουρία, εἰλεός, φθίσις, ecc.; tal'altra non si trovano nell'originale, ove, addirittura, ricorrono altre forme, è il caso, tra gli esempi di sopra di ἀποστήματα e di εἰλικρινές ³¹. Questo comportamento, proprio nella sua

²⁸ In prevalenza nomi di semplici, (minerali o vegetali), talune parti del corpo e soprattutto denominazioni di malattie (*brachium, stomachus, diarrhoea, dysenteria, epilepsia, icterus*, ecc.).

²⁹ Su un totale di 218 grecismi integrali, solo 53 ricorrono più di un volta (il conteggio è stato effettuato su W. F. RICHARDSON, *A Word Index to Celsus: De medicina*, Auckland, 1982, pp. 181-184).

³⁰ Non solo e non tanto perché sono introdotti con la formula *Graeci nominant, Graeci vocant* o *Graeci appellant*, quanto perché «di norma Celso glossa il vocabolo o la locuzione latina subito la prima volta che ne fa uso; talora però aggiunge la denominazione greca con un certo ritardo. Anche in questo egli segue una sua logica: puntualizza cioè nella sede più adatta, laddove l'espressione latina ha per così dire maggiore importanza nell'economia generale dell'opera e quindi, più che altrove, è destinata a colpire l'attenzione del lettore» (CAPITANI, *A.C. Celso*, cit., p. 480).

³¹ Questi due esempi erano serviti al Wellmann, *Op. cit.*, pp. 13-14, per dimostrare che Celso, o meglio la fonte da cui egli avrebbe tratto il *De medicina*, aveva a disposizione un esemplare di Ippocrate adatto all'evoluzione della lingua medica greca. E chiaro che, se non si è, come il Wellmann, prevenuti nei confronti dell'originalità celsiana, i due esempi non provano nulla circa la passività di Celso, ma provano solo la volontà dell'Autore latino, di fornire al lettore contemporaneo una terminologia greca in linea con i tempi. Significativo della volontà di 'aggiornare' i lettori, ed in fondo anche se stesso, o se si preferisce correggere se stesso, mi sembra il seguente passo IV 5,2: *aliud autem quamvis non multum distans malum gravedo est. Haec nares claudit... Haec omnia κορόζας Hippocrates nominat. Nunc video apud Graecos in gravedine hoc nomen servari, destillationem κατασταγμόν appellari*; infatti precedentemente in II 1,6, senza distinguere e facendo una sorta di endiadi, egli ha tradotto il κορόζας ippocratico con *gravedines destillationes*.

Ritornando brevemente all'affermazione del Wellmann, per cui ἀποστήματα, dato da Celso come corrispondente greco di *abscessus* (II 1, 6), si sarebbe trovato nella ipotetica edizione aggiornata degli *Aforismi* usata dalla fonte di Celso in luogo dell'originario φύματα, essa non mi pare si possa condividere. In realtà è subito evidente che, una volta tradotto φύματα con *abscessus*, se Celso voleva informare il lettore sul corrispondente greco di tale forma, non poteva non rimandare ad ἀποστήματα, nei cui confronti *abscessus*

coerenza, presuppone un Celso che traduce direttamente dall'originale, senza esserne succube, che ha ben presente le informazioni già fornite al lettore, e non si ripete³², che è conseguente con l'orientamento dei letterati del suo tempo nei confronti del grecismo³³.

3.3.2. Non meno significative per la tesi di un rapporto diretto e dinamico di Celso con Ippocrate sono le differenziazioni di tipo contentutistico.

3.3.2.1. I casi di adattamento dei passi ippocratici al contesto in cui essi sono inseriti, son piuttosto numerosi: Si metta a confronto, tanto per fare qualche esempio, *Vict. acut.* 9 (28) e *Cels.* I 3, 2; *Vict. acut.* 45 e *Cels.* I 3, 9, o anche *Aphor.* 3, 20 e *Cels.* II 1, 6: nel primo caso, Celso traduce ἀρροστίην e βλάβας con un generico *periclitatur* perché il soggetto non è più il malato, ma il debole, l'*imbecillis*; nel secondo il πόνον ἐμποιεῖ dell'originale è reso con *lassat*, perché il soggetto del luogo latino non è il malato, ma il sano affaticato; nel terzo le *lippitudines* che nell'originale sono considerate malattie dell'estate e ricorrono più avanti, nell'aforisma seguente, il 21, sono inserite tra le malattie primaverili a causa dell'osservazione generale di tipo eziologico, cioè l'affermazione che *vere tamen maxime quae cum umoris motu novantur, in metu esse consuerunt*: sempre alla osservazione eziologica appena accennata si deve, con tutta probabilità, ricondurre la resa di φύματα con *corporis abscessus*, semanticamente più ampio della forma greca (cf. n. 32)³⁴.

3.3.2.2. Alcune differenziazioni di carattere culturale in senso

è un perfeto calco lessicale e semantico. Che d'altra parte *abscessus* potesse tradurre bene, per Celso, anche φύματα è subito evidente se si mettono a confronto il passo in questione e II 8, 20 *Vere tamen maxime, quae cum umoris motu novantur in metu esse consuerunt... abscessus corporis quae apostemata Graeci vocant.../veluti minutiores abscessus quos φύματα vocant*. Data la premessa, aggiunta rispetto all'originale, *Vere tamen...*, Celso non poteva non dare alla forma φύματα il valore più ampio, e generico quello appunto di *abscessus*; dunque anche qui un'ulteriore prova di traduzione coerente, da parte di Celso, con il contesto generale e immediato.

³² Provano la consapevolezza delle informazioni fornite al lettore gli esempi di κόρυζα, κατασταγμός, ἀποστήματα sopra riportati, ed anche quei casi in cui il grecismo integrale è usato più volte; in genere, a guardare bene, il riuso non è una vera ripetizione perché, solitamente, ora va a coprire uno spazio semantico in latino leggermente diverso, come nel caso della ripetizione di φύματα, dato come corrispondente di *minutiores abscessus* (II 8,20), e ora è richiesta da ragioni evidenti di contesto.

³³ Accettazione di ciò che è entrato ampiamente nell'uso *instituto veterum* (cf. *Cic., Fin.* III 2), e di ciò che in latino manca (*Quint., Inst.* I 5,58).

³⁴ Per altri esempi ancora si può mettere a confronto *Cels.* II 1, 8 e *Hipp., Aph.* 3, 22: data la premessa che in autunno si manifestano le stesse malattie della stagione precedente, Celso omette di ripetere i nomi delle malattie già menzionate nella stagione precedente, anche se riportate nell'originale.

lato e climatico, se non necessariamente ci riconducono a Celso, certo bene si adattano ad un autore dalle caratteristiche simili a quelle di Celso, cioè che scrive per un pubblico di Romani colti del primo secolo a.C., che ha in mente una zona geografica un po' meno calda della Grecia.

Molto bene si adatta ad un autore che rappresenta, o che comunque esalta la figura del *medicus amicus*³⁵ che partecipa alle sofferenze del paziente e che in più occasioni dimostra sensibilità per la sofferenza, l'aggiunta, di *super magnum dolorem* nel contesto di una traduzione letterale, a proposito dell'ulcerazione delle palpebre a della pupilla provocata dalle lacrime calde e salse: si confronti Cels. VI 6, 1C e *Prorrh.* 2, 18.

Se si mettono a confronto i paragrafi 34-39 del capitolo 3 del primo libro del *De medicina* con il capitolo 68 del terzo libro del *Regime pseudoippocratico*, si notano nei primi, accanto ad alcuni periodi tradotti letteralmente da Ippocrate (*Med.* I 3, 34, p. 37, 24-5 (Marx)/*Vict.* III 68, p. 594, 16-18 L.; *Med.* I 3, 37, p. 38, 1012 (Marx)/*Vict.* III 68, p. 604, 8-10 L.), delle omissioni e variazioni particolarmente significative ai fini della nostra tesi, cioè l'originalità e l'autonomia di Celso: 1. Il consumo delle frutta collocato nella la fonte greca in estate e definito nocivo, è da Celso posto nell'autunno e rivalutato, in chiara polemica con la fonte (cf. *Med.* I 3, 38, p. 38, 14-18 (Marx)/*Vict.* III 68, p. 602, 13-15, L.); 2. Il riferimento a taluni esercizi ginnici, come la lotta³⁶, che nel capitolo del modello occupano uno spazio rilevante e sono dosati a seconda delle stagioni, in Celso, in linea con le abitudini romane e con il resto dell'opera è completamente omesso.

³⁵ Il medico amico, quello che possiede, accanto alla preparazione professionale, le doti umane che lo legano al suo cliente è un po' il medico ideale romano degli aristocratici dell'epoca di Celso: tale figura emerge da vari luoghi di CICERONE (*Fam.* IV 1; XIII 20; *Att.* XV 1), di SENECA, *Ben.* VI 15, 45, di SCRIBONIO LARGO, *Ep.* 2, 11-12, e lo stesso CELSO, *prohoem.* 73 *quum par scientia sit, utiliorem tamen medicum esse amicum quam extraneum*; sempre in Celso altri passi che rivelano una concezione di medico caratterizzato da umanità e dedizione al paziente si leggono in III 3, 9-10; III 6, 6;

È chiaro che il *medicus amicus* deve incarnare anche l'ideale dell'uomo aristocratico e colto dell'epoca, non solo esperto dell'arte, ma buon parlatore. Quanto anche Celso condivide questa figura ideale, si deduce implicitamente dall'idealizzazione che egli fa del medico simbolo, cioè Ippocrate, definito *primus ex omnibus memoria dignus... vir et arte et facundia insignis*.

Sulla figura del *medicus amicus* esiste una bibliografia relativamente ampia, si cf. ad es. PH. MUDRY. «*Medicus amicus. Un trait romain dans la médecine antique*». *Gesnerus* 37, 1980, pp. 17-20, G. PISI, «Il medico amico in Seneca» *Pubblicazioni dell'Istituto di Latino dell'Università di Parma* 7, 1983, pp. 10-46.

³⁶ È notorio come per i Romani l'esercizio ginnico agonistico non ha mai acquistato una grande diffusione a livello individuale: l'esercizio è parte integrante dell'educazione militare, ma al di fuori di questa è un fatto che riguarda essenzialmente gli atleti professionisti. Nel primo libro Celso dice che l'uomo occupato da affari pubblici o privati deve

3.3.2.3. Si adatta bene ad un autore che ha in mente la situazione sanitaria dell'Italia, o della Gallia, o della Spagna, nel 1° s.a. o d.C. l'omissione da parte di Celso in delle *lichenae* nella traduzione (II 1, 6) dell'aforisma 3, 20 (λειχήνες): Plinio, *Nat. XXVI* 1 parla delle *lichenae* come *morbi novi, omni priori aevo incogniti* ed anche ai suoi tempi ignoti in Illirico, Gallia e Spagna ed in Italia con l'esclusione di Roma e dintorni ³⁷.

4. CONCLUSIONE

In sostanza, da quanto si è detto finora si possono trarre le seguenti conclusioni:

1. Ippocrate è considerato un'autorità indiscussa e indiscutibile, se qualche cosa nei suoi scritti non è condiviso da Celso, la polemica con lui (al contrario di ciò che avviene con altri nomi illustri della medicina del passato cui non sono negati riconoscimenti ed espressioni di stima, quali Erasistrato o Asclepiade, o Eraclide di Taranto) non è mai diretta, o si accusano altri di non averlo bene inteso, oppure il nome di Ippocrate non è fatto;
2. Pur nel rispetto e nella stima formalmente indiscutibili nei confronti del padre della medicina, Celso ne fa un uso mirato e personalizzato, infatti:
 - a) sono scelti, tra le opere ed i temi attribuiti del Maestro di Cos, quelli che, ai tempi di Celso, sono considerati ancora validi;
 - b) la traduzione non è mai pedissequamente letterale, e anche là

riservare un certo tempo agli esercizi, questi esercizi tuttavia non sono, assolutamente, di tipo agonistico: passeggio, corsa, gioco della palla e lettura ad alta voce; sugli esercizi ginnici a Roma, ed in particolare sul pensiero di Celso a proposito di essi cf. A. TEJA, *L'esercizio fisico nell'antica Roma*, 1988, pp. 53-101.

³⁷ Si può obiettare che in realtà Celso, anche se omette la menzione del lichen nel passo sopra segnalato, tratta tuttavia dell'*impetigo* in V 28, 17, A-C, che è esplicitamente identificata con il lichen da vari medici come ad es. CASSIO FELICE 11, p. 192 (Rose). Per la verità mentre tale identificazione è certa in autori tardi (oltre Cassio Felice si veda anche la *Medicina Plinii* e lo Ps. Apuleio), non la si può considerare affatto tale nell'età di Celso, infatti tra la descrizione dell'*impetigo* da parte di Celso (luogo citato) e quella del lichen di PLINIO XXVI 2 o di MARZIALE XI 99 non sembra esserci nulla in comune, inoltre Plinio sembra distinguere il lichen dall'*impetigo*, XX 4.

dove il rapporto diretto con modello ippocratico non può essere messo in dubbio si notano interventi che, sono in linea con il clima, le condizioni sanitarie, la cultura e la lingua, rispettivamente dell'ambiente geografico, del pubblico e del resto dell'opera di Celso ³⁸.

³⁸ POSTILLA

Le colleghe J. KOLLESCH e A. ROSELLI richiamano la mia attenzione sul fatto che le innovazioni celsiane rispetto ad Ippocrate possono anche derivare da commentari ellenistici.

Certamente è ben possibile che Celso si sia servito, oltre che di opere mediche originali anche di commentari. Se da un lato nel *De medicina* si leggono affermazioni abbastanza esplicite di un uso diretto delle fonti, come ad es. Erasistrato, (cf. n. 15), alcune annotazioni di tipo linguistico circa l'equivalenza di forme ippocratiche rispetto ad altre in uso ai tempi di Celso (cf. n. 16), come anche l'accenno ad un fraintendimento di affermazioni ippocratiche possono costituire un chiaro indizio dell'utilizzazione di commentari.

L'uso di commentari da parte di Celso, possibile ma non dimostrabile, cui si possono eventualmente attribuire alcune innovazioni di tipo «medico» rispetto al modello, certamente non può spiegare le variazioni di tipo sintattico e strutturale in linea con lo stile del *De medicina*, e nemmeno l'adattamento alla «cultura» romana.

In sostanza se vogliamo tirare in ballo eventuali commentari ellenistici, nulla togliamo alla originalità Celsiana, caso mai aggiungiamo, per così dire, qualche cosa alla scrupolosità nella documentazione.

Paralelismos sintomatológicos entre el *Corpus Hippocraticum* y la obra médica de Areteo de Capadocia

MIGUEL E. PÉREZ MOLINA

(Universidad de Murcia)

I. INTRODUCCION

Al abordar el presente trabajo, la treintena de afecciones tratadas por Areteo de Capadocia ¹ nos creó un problema metodológico: o las estudiábamos todas con la consiguiente visión parcial de sus ideas, limitadas a un solo aspecto, o escogíamos algunas, analizándolas exhaustivamente. Hemos optado por esta última posibilidad, para tener, así, una noción más exacta de su pensamiento, no sólo del cuadro sintomatológico, sino también de la etiología, período de la dolencia y la incidencia en ella de la edad de los afectados y de las estaciones del año.

1. EPILEPSIA

La importancia de esta afección entre los antiguos se manifiesta por la presencia, en el *Corpus Hippocraticum*, de un tratado dedicado a ella. El autor pretende demostrar que su carácter sagrado es producto de la magia y de la superstición. Por su parte, Areteo, en dos capítulos diferentes, da por sentado que no es una afección sagrada. Por eso no la menciona nunca como tal, sino con la denominación de ἐπιληψία, que, por su aparición tardía en griego con esta acepción, no conocía el autor del tratado hipocrático. Además, ofrece algunas causas por las que esta enfermedad pasaba por ser sagrada: «creen

¹ Sobre las ediciones y comentarios a la obra de Areteo en los siglos XVI, XVII y XVIII, cf. nuestro trabajo presentado al *I Simposio sobre Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico*, Alcañiz, 1990.

que la enfermedad les llega a los que han cometido una impiedad contra la luna; por ello, llaman sagrada a la afección, pero también por otras razones: por la magnitud del mal (pues lo grande se considera sagrado); por la curación, no obra humana, sino divina; por la creencia en un demon que la introduce en el hombre o por todas a la vez»².

El proceso patológico está descrito en el *CH* fundamentalmente en *Sobre la enfermedad sagrada* y en *Sobre los flatos*³. En la primera, su causa radica en el cerebro: se debe a que la flema que desciende de él a través de los conductos venosos se espesa, se enfría e impide la circulación del aire preciso para dotar a los órganos del cuerpo de sensibilidad y actividad. Además, es una enfermedad debida a una disposición hereditaria y se presenta, en mayor medida, entre los flemáticos que entre los biliosos. En la segunda, la causa de la obstrucción es el «soplo». Como vemos, hay una diferencia clara entre estos dos fragmentos: en el primero, es la flema el obstáculo, mientras que en el segundo, es el aire. Areteo no plantea la descripción del proceso morboso, sino sólo la de los síntomas observables en los pacientes. Ahora bien, el libro I es fragmentario en su inicio, el capítulo donde se comenta la epilepsia en tal libro es el primero y tal capítulo, a su vez, no está completo tampoco. Quizás, en lo perdido, nuestro autor definió la enfermedad como hace con otras. Pese a esta ausencia, en su obra hay alusiones al origen, que, por su contenido, no están alejadas de *Sobre la enfermedad sagrada*. Así, al explicar los síntomas que preceden al síncope⁴, leemos: «Tampoco esto es cosa digna de gran admiración pues las demás afecciones son propias y afines a algunos miembros con los que están relacionadas, y se ligan a ellos: los bubones del hígado pestilentes y malignos en extremo no proceden de ningún otro sitio; el tétanos de los músculos: *la epilepsia*, de la cabeza». En cuanto al elemento que produce la obturación, en el capítulo dedicado al escotoma⁵, se dice lo siguiente: «... Si la enfermedad va en aumento, los miembros se aflojan y se arrastran por tierra; náuseas, vómito de flema o de bilis, amarillenta o negruzca. De la bilis amarillenta, sobreviene manía; de la negruzca, melancolía; de la flema, epilepsia. Pues tal es la conversión de todas las enfermedades».

En cuanto a los efectos, Areteo es más prolijo. Los comunes son

² Cf. III 4, 2.

³ Cf. 6-9 y 14, respectivamente.

⁴ Cf. II 3, 2. Según el D.R.A.E.: «accidente con pérdida repentina del conocimiento y de la sensibilidad, debido a la suspensión momentánea de la acción cardíaca».

⁵ Cf. III 3, 2. «Pérdida de la facultad visual en ciertas zonas del campo visual», en J. M. QUINTANA CABANAS, *Raíces griegas del léxico castellano, científico y médico*, Madrid, 1987, p. 755.

sensación de ahogo, afonía ⁶, emisión de saliva espúmea ⁷, ojos o pupilas extraviados ⁸, pérdida de razón ⁹, emisión involuntaria de orina y excrementos ¹⁰, distorsiones de boca, ojo, mano o cuello ¹¹, hinchazón de testículos ¹² o insensibilidad generalizada ¹³. Junto a ellos, fundamentalmente, el tratado sobre la epilepsia transmite otros efectos distintos: palpitaciones, asma, rechinar de dientes, agitación de brazos y de piernas, escalofríos, paroplejia ¹⁴. Por otra parte, es mayor el número de los descritos por Areteo no presentes en los tratados hipocráticos: dedos agarrotados, manos crispadas, párpados muy abiertos durante la sacudida, mejillas enrojecidas y agitadas, rigidez de la lengua y peligro consiguiente de quedar seccionada por los dientes ¹⁵, etc.

Finalmente, en cuanto a las edades más propensas a contraerla, comenta que, si ataca a niños y adolescentes, cuando llegan a la flor de la vida, se desvanece. Un hecho similar presenta *Sobre la enfermedad sagrada* ¹⁶. En el mismo sentido, Areteo incide en que el cambio de edad favorece la curación: «Si el mal se extiende a lo más profundo, no es curado ni por el médico ni por el cambio de edad, sino que se vive con él hasta la muerte...». Hallamos algo similar en *Aforismos* ¹⁷.

-
- ⁶ A. *Morb. Sacr.* 10: ἄφωνος γίνεται καὶ πνίγεται.
B. *ARET. SA.* I 5, 5: ὡς ἐν πνιγί ἀφωνίη.
- ⁷ A. *Morb. Sacr.* 10: καὶ ἀφρὸς ἐκ τοῦ στόματος ἐκρεῖ.
B. *ARET. SA* I 5, 7: ἀφρὸν δὲ ἀποπτύουσι ὡσπερ ἐπὶ τοῖσι μεγάλοισι πνεύμασι ἢ θάλασσα τὴν ἕχνην...
- ⁸ A. *Morb. Sacr.* 10: καὶ τὰ ὄμματα διαστρέφονται.
B. *ARET. SA.* I 5, 4: ὀφθαλμοὶ ἐνδεδινημένοι.
- ⁹ A. *Morb. Sacr.* 10: καὶ οὐδὲν φρονέουσιν.
B. *ARET. SD.* III 4, 3: ὑποτέμνεται δὲ κοτε καὶ τὴν διάνοιαν ἢ νοῦσος.
- ¹⁰ A. *Morb. Sacr.* 10: ἐνίοισι δὲ καὶ ὑποχωρεῖ ἢ κόπρος κάτω.
B. *ARET. SA.* I 5, 6: κοιλῆς περιπλυσίς.
C. *ARET. SD.* III 4, 2: αἰσχροὴ καὶ οὖροι καὶ αὐτομάτῳ κοιλίῃ.
- ¹¹ A. *Morb. Sacr.* 11: ἢ γὰρ στόμα παρέσπεται ἢ ὀφθαλμὸς ἢ χεὶρ ἢ αὐχὴν.
B. *ARET. SA.* I 5, 4: ἐν δὲ τῇ σημασίῃ χεῖρες δὲ οἱ σπασμῶ ζυνέρχονται.
C. *ARET. SD.* III 4, 2: ποτὶ καὶ ἐπίπνοος ἢ νοῦσος σπασμοῖσι καὶ διαστροφῆσι μελέων τε καὶ ὄπιος.
- ¹² A. *Epid.* II 5, 11: τοῦ νοσήματος γινομένου, λύσις, ὀρχίων οἴδησις.
B. *ARET. SA.* I 5, 6: αἰδοίων ζύντασις.
- ¹³ A. *Flat.* 14: κατὰ δὲ τοῦτον τὸν καιρὸν ἀναίσθητοι πάντων εἰσίν.
B. *ARET. SA.* I 5, 4: ἐν δὲ τῇ σημασίῃ ἀναισθητὸς μὲν κέεται ὄνθρωπος.
Cf. 9-10.
- ¹⁴ Cf. I 5, 2-7; III 4, 2.
- ¹⁵ A. *Morb. Sacr.* 13: ὅταν δὲ εἴκοσιν ἔτεα παρέλθῃ, οὐκέτι ἢ νοῦσος αὐτῇ ἐπιλαμβάνει, ἢν μὴ ἐκ παιδίου σύντροφος ἦ, ἀλλ' ἢ ὀλίγους ἢ οὐδένα.
B. *ARET. SD.* III 4, 1: ἐξηλάθῃ δὲ κοτε ὑπ' εὐτυχίης, δι' ἄλλης ἡλικίης μέζονος, εὐτε τῷ κάλλει συνέξεισι τῆς ὥρης.
- ¹⁷ A. *Aph.* II 45: τῶν ἐπιληπτικῶν τοῖσι νέοισιν ἀπαλλαγὴν αἰ μεταβολαὶ μάλιστα τῆς ἡλικίης, καὶ τῶν ὠρέων καὶ τῶν τόπων καὶ τῶν βίων ποιέουσιν.
B. *ARET. SD.* III 4, 2: ἢν δὲ φωλεύσῃ τὸ κακὸν ἐς ῥίζαν, οὔτε ἰητρῶ οὔτε ἡλικίης μεταβολῆ <ἐς> ἕξοδον πείθεται.

2. ANGINAS

Sobre su origen, Areteo no dice nada; sólo realiza una mera constatación de hechos. Sí se explica en *Apéndice a «Sobre la dieta en las enfermedades agudas»* y en *Enfermedades*¹⁸; en el primero radica en un flujo que, abundante, frío, viscoso y procedente de la cabeza, obstruye los conductos del aire y de la sangre, produciendo el ahogo de las anginas; en el segundo, se produce por la detención de la flema, procedente también de la cabeza, en la zona maxilar y en la región del cuello.

El carácter agudo es claro por su desenlace: Areteo comenta que «los enfermos agudos mueren el mismo día, lo hacen de cualquier modo y antes de llamar al médico»¹⁹. Esto mismo se encuentra en *Pronóstico*²⁰. En *Epidemias*, en los casos con anginas²¹, los afectados no sobreviven más de ocho días; en *Aforismos*²², cuando pasa al pulmón, no más de siete²³.

Después, nuestro autor cita dos tipos de anginas: uno, caracterizado por la inflamación de los órganos de la respiración; y otro, cuando se produce una afección sólo de la respiración. Al primero, que provoca una inflamación de la lengua hasta tal punto que sobresale de la boca, lo denomina *cinanquia*, debido a que «afecta frecuentemente a estos animales o a su costumbre de sacar la lengua incluso estando sanos». Al segundo, cuya inflamación y ahogo se deja sentir en el interior, lo llama *sinanquia* pues «se expande en el interior y produce ahogo»²⁴. En los escritos hipocráticos, se registra también el empleo de *cinanquia* y *sinanquia*, pero con un valor similar²⁵: en *Enfermedades*²⁶, se ofrecen tres tipos de anginas, pero las diferencias entre ellos son muy sutiles y nada significativas. En otro pasaje del mismo tratado²⁷ se citan otros dos: uno podría denominarse «normal» y el otro se caracteriza por la ausencia de algún síntoma de los pre-

¹⁸ Cf. 9; II 9, respectivamente.

¹⁹ Cf. I 7, 6. Estas palabras son muy parecidas, en muchos casos se corresponden término a término, a las del primer capítulo de *Prorrh.* acerca del médico.

²⁰ Cf. 23.

²¹ Cf. III 1, 7; V 63; 104; VII 28.

²² Cf. V 10.

²³ A. *Pro.* 23: αἱ δὲ κυνάγχει γὰρ καὶ ἀθημερὸν ἀποπνίγουσι καὶ δευτεραῖαι καὶ τριταῖαι καὶ τεταρταῖαι.
B. ARET. SA. I 7, 6: οἷδε δεύτατοι θνήσκουσι αὐτῆμαρ, ἔσθ' ὅπη καὶ πρὶν μαλέσασθαι τὸν ἡμερὸν.

²⁴ Cf. I 7, 1-2.

²⁵ Cf. *Acut. (Sp.)* 9 y 10.

²⁶ Cf. III 24, 25 y 26.

²⁷ Cf. III 10.

sentos en el primero y por su carácter más leve; a éste último se la denomina *paracinaquia*, término, por otro lado, no presente en Areteo.

Seguidamente, nuestro autor presenta el cuadro sintomatológico. Además de las diferencias ya apuntadas, señala indicios exclusivos de cada uno: para la *cinanquia*, emisión de saliva, mucosidad densa y fría²⁸, semblante hinchado y enrojecido, ojos saltones y muy abiertos, emisión de la bebida por la nariz²⁹, deseo de aire frío, respiración difícil, fiebres enervantes y débiles, abscesos tras las orejas o en las amígdalas, etc. Para la *sinanquia*, colapso, consunción, palidez, ojos hundidos, amígdalas unidas, afonía, ahogo más violento, etc³⁰. Obviada la diferente tipología y los síntomas exclusivos de cada una, el parecido con los tratados hipocráticos es muy grande³¹. Junto a ello, también se detectan otros síntomas omitidos por Areteo³²: rojez por el cuello y la garganta; escalofríos, extremidades frías y lívidas, emisión de materia dura y seca, esputos de materias viscosas duras, etc.

A continuación, nuestro autor apunta las causas ocasionales que la provocan, entre las que se encuentran los enfriamientos, circunstancia relacionada con la noción hipocrática de que el invierno coadyuva a su desarrollo. Así lo encontramos en *Aforismos*, en *Sobre los humores* o en *Apéndice a «Sobre la dieta en las enfermedades agudas»*³³.

3. PLEURITIS

El cuadro patológico de esta afección es más sencillo en Areteo que en los tratados hipocráticos. Así, en éstos, de forma fundamental en *Enfermedades*³⁴, contabilizamos hasta tres tipos: la denominada

²⁸ A. *Morb.* II 27: πτύει δὲ παχὺ καὶ πολλόν.

B. ARET. *SA.* I 7, 4: φλέγμα παχύτατον ἀπορρέον καὶ ψυχρόν.

²⁹ *Epid.* II 2, 24: οὐκ ἠδύναντο, ἀλλ' ἐς τὰς ῥίνας ἐφευγεν.

B. *Epid.* III 1, 7: ποτὸν διὰ ῥινῶν.

C. *Morb.* II 28: ἦν δ' ἀναγκασθῆναι, διὰ τῶν ῥινῶν οἱ ῥεῖ.

D. ARET. *SA.* I 7, 4: τὸ ποτὸν ἐς τὰς ῥίνας ἀνακόπτεται.

³⁰ Cf. para ambos tipos 4 y 5.

³¹ Síntomas parecidos se observan en *Prorrh.* 23; *Epid.* II 2, 24; III 1, 7; V 63; 104; VII 18; 28; *Morb.* II 9; 26; 27; 28; III 10.

³² Además de algunos tratados hipocráticos citados, estos síntomas se encuentran en *Epid.* IV 7, 1; VI 7, 1.

³³ Cf. III 16; 13; y 9, respectivamente.

³⁴ Cf. III 16.

pleuritis propiamente dicha, la seca y la dorsal. Frente a ello, el de Capadocia no hace distinciones. Sí menciona la dorsal, pero refiriéndose a ella como una distinción de los médicos antiguos; la única diferencia es la zona afectada, pero los síntomas y su solución son los mismos.

En el proceso patológico, nuestro autor se muestra parco, pues sólo, al comienzo, alude a ello brevemente: «Cuando se origina en la pleura una inflamación, sobreviene fiebre acompañada de tos y tialosis; la afección se denomina pleuritis. Es necesario que todos estos síntomas operen e influyan a la vez, originándose todos ellos de una misma causa»³⁵. Sin embargo, no dice quién provoca la inflamación. En los escritos hipocráticos considerados cnidios no faltan alusiones a este respecto. Ofrecemos sumariamente su contenido³⁶: el descenso de la flema del cerebro a los pulmones, el humedecimiento de ésta misma y de la bilis, debido a la ingestión de bebidas enérgicas, y su circulación provocan en el paciente escalofríos, pero, sobre todo, en el costado, porque es la parte del cuerpo menos carnosa y musculosa, y, por tanto, incapaz de ofrecer resistencia. El enfriamiento hace que los conductos venosos que circulan por este lugar se contraigan, que se impida cada vez más el paso por ellos y que flema y bilis queden retenidas y fijadas en el costado³⁷. Este humor acumulado se transforma en pus, que, en caso de ser expulsado, provoca la curación, pero que, si no lo es, da lugar a la formación de un depósito purulento en la cavidad pleural o en la masa pulmonar³⁸. En ocasiones también se propone como causa de la inflamación la ingestión de bebidas³⁹. La pleuritis seca tiene como origen la sequedad, si bien los agentes causantes son los mismos⁴⁰.

Como sucedía antes, hay concordancia entre el capadocio y los escritos hipocráticos en que se trata de una afección aguda⁴¹, cuyos efectos provocan la muerte de los enfermos, en la situación más favorable para ellos, en no más allá de quince o veinte días y, en la más desfavorable, en menos de siete.

³⁵ Cf. I 10, 1.

³⁶ Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *La medicina hipocrática*, Madrid, 1982 (= 1970), pp. 283-284.

³⁷ Que lo que motiva esta afección es la acumulación de flema y bilis en el costado, se pone también de manifiesto y se desarrolla en *Morb.* I 32.

³⁸ Sobre este último aspecto, cf. *Aff.* 7.

³⁹ Cf. *Aff.* 7.

⁴⁰ Cf. *Morb.* I 28.

⁴¹ A. *Epid.* V 3: πλευρίτιδι ἐχόμενος, ἀπέθανεν ἐβδομαίος παρακόπτων.

B. ARET. *SA.* I 10, 3: ἦν μὲν ἐς κακὸν τρέπηται ἢ νοῦσος, ἔντος ἐβδόμης οἶδε θνήσκονσι ἐς ξυγκοπὴν ἔμπεσόντες.

El cuadro sintomatológico trazado por Areteo, en resumen, es el siguiente: el paciente, además de los síntomas ya mencionados, sufre dolor agudo hasta la clavícula, fiebre violenta; muchas veces, el dolor se extiende a las partes adyacentes a la pleura: hombros y clavículas. Sobre este último aspecto, en *Enfermedades* se comenta la causa: la contracción y el cierre de la vena «esplénica» o «hepática» a la altura del costado debido a un enfriamiento ⁴². Además de ellos, el dolor se extiende, en algunos, por omoplatos y espalda, momento en que Areteo nos dice textualmente: «los antiguos la llamaron pleuritis dorsal»; aparecen también disnea, agripnia, eritema en la mejilla, tos reseca, flema biliosa, sanguinolenta o amarillenta. La sanguinolenta es la peor, pues hace que los pacientes se vuelvan dementes, comatosos y enajenados. Sobre esta cuestión, se muestra concordante con lo que leemos en *Enfermedades* ⁴³. Hasta aquí, los síntomas que acompañan a cualquier pleuritis, según nuestro autor. Los mismos aparecen dispersos también en diferentes tratados ⁴⁴; sin embargo, es frecuente encontrar otros distintos ⁴⁵: lengua biliosa, vientre blando, esputos coloreados, calores leves durante el día y más agudos por la noche, orina sanguinolenta, verde puerro, rojiza, de color amarillo verdoso, crujir de dientes, dolor en las zonas inferiores, etc.

En cuanto a los factores externos que inciden en esta afección, el invierno es la estación más dañina, seguida de otoño y primavera, y, en última instancia, el verano. Las apreciaciones de los tratados hipocráticos son semejantes: enfermedad propia del invierno es la pleuritis; en ciudades expuestas a vientos calientes, no se producen pleuritis; o dicho de otro modo, en las expuestas a los vientos fríos, sí se dan ⁴⁶. Por otro lado, la padecen, sobre todo, los ancianos, aunque también se salvan más por el carácter frío y seco de su cuerpo ⁴⁷; los siguientes en ser afectados son jóvenes y adultos, pero mueren en mayor medida; y los que menos la contraen y menos mueren son los

⁴² A. *Morb.* I 26: ὀδύνην δὲ παρέχει ἐς τὸ ὄμον καὶ ἐς τὴν κληϊδα.

B. *ARET. SA.* I 10, 2: ξύνεστι δὲ πόνος ὀξύς ἄχρι κληϊδέων.

⁴³ A. *Morb.* III 16: ἡ δὲ αἱματώδης ἰσχυρὴ καὶ ἐπίπονος καὶ θανατώδης.

B. *ARET. SA.* I 10, 2: κάκιον δὲ ἀπάντων, ἦν τὸ διαίμον ἐκλείπη.

⁴⁴ Cf. *Coac.* 380; *Aff.* 7; *Acut. (Sp.)* 31; *Morb.* I 26; 28; 32; II 44; 45; 46; III 16.

⁴⁵ Estos síntomas diferentes se registran en: *Coac.* 377, 380, 396, 570, 575; *Morb.* I 26; II 46.

⁴⁶ A. *Aph.* III 23: τοῦ δὲ χειμῶνος, πλευρίτιδες, περιπλευμονίαι.

B. *Aër.* 3: ἦτις μὲν πόλις πρὸς τὰ πνεύματα κεῖται τὰ θερμὰ, πλευρίτιδες οὐκ ἐγγίνονται πολλά.

C. *Aër.* 4: ὀκόσαι δ' ἀντεικόνται τούτων πρὸς τὰ πνεύματα τὰ ψυχρά ... νοσεύματα δὲ αὐτοῖσιν ἐπιδημεῖ τάδε πλευρίτιδες...

D. *ARET. SA.* I 10, 5: φέρει δὲ τὴν νοῦσον ὥρη μὲν χειμῶν μάλιστα πάντων, δευτερον φθινόπωρον, ἦρ δὲ ἦσσον' ἕρος δ' ἦκιστα.

⁴⁷ Cf. I 10, 6.

niños. En términos parecidos, aunque sin establecer una diferencia tan clara, se manifiestan los escasos testimonios hipocráticos ⁴⁸.

4. ÍLEO

Los datos sobre el íleo ⁴⁹, en los tratados hipocráticos, salvo pocas excepciones, proceden de los considerados cnidios. En cuanto al origen, el capadocio comenta que, debido a una inflamación de los intestinos, el *pneuma* queda retenido y obstruido en ellos, dando vueltas en sus reducidas sinuosidades. De ahí, según él, procede su nombre: ειλέω. Una explicación parecida se encuentra en *Sobre los flatos*: íleos, cólicos y dolores intestinales dependen del flato ⁵⁰. Por otro lado, en *Enfermedades*, se propone el calentamiento de la parte superior del vientre y el enfriamiento de la inferior. La sequedad juega también un papel importante en nuestro autor, pues, al hablar de los niños como muy propensos a contraer esta enfermedad, nos comenta que escapan muy fácilmente de ella por la condición húmeda natural de sus intestinos ⁵¹. Sin embargo, contamos con una explicación diferente a éstas en *Sobre las afecciones* ⁵², donde varían los factores determinantes: se produce por una acumulación de excremento y de flema en el intestino, provocando su inflamación. Los causantes de ella son, para Areteo, muchos, la mayoría distintos de los apuntados por los tratados hipocráticos y de otros todavía no citados: corrupción permanente de alimentos múltiples, diversos e inusuales, apepsia continuada provocada, entre otras cosas, por la ingestión de productos viscosos; no es inverosímil que se produzca también por un golpe o por la ingestión

⁴⁸ Cf. *Coac.* 502, donde se dice que, entre las enfermedades que no surgen antes de la pubertad, se encuentra la pleuritis; en *Aph.* III 30 leemos que las personas por encima de la edad juvenil son propensas a sufrirla.

⁴⁹ Según el D.R.A.E., se trata de una «enfermedad aguda, producida por el retorcimiento de las asas intestinales».

⁵⁰ A. *Flat.* 9: τῶν δὲ ἄλλων ἀρρωστημάτων, ὅσοι μὲν εἰλεοί, ἢ ἀνειλήματα, ὅτι ἀποστηρίγματα φυσέων ἐστί, πᾶσιν ἡγεῦμαι φανερόν εἶναι. πάντων γὰρ τῶν τοιοῦτων ἡτριχὴ τοῦ πνεύματος ἀπαρῶσαι.

B. *ARET. SA.* II 6, 1: (πνεῦμα) μίμνει δὲ ἐπὶ πολὺ ἐλίσσόμενον ἐν ὀλίγησι τῶν ἄνω ἐλίξεσι τοῦνεκεν καὶ τὸ πάθος ἐπίκλησιν ἔσχεν εἰλεόν.

⁵¹ A. *Morb.* III 14: εἰλεοί δὲ γίνονται τῆς ἄνω κοιλίης θερμαινομένης καὶ τῆς κάτω ψυχρομένης.

B. *ARET. SA.* II 6, 2: ζύνηθες δὲ τὸ πάθος παιδίοισι, οἰσίπερ ἂν καὶ ἀπεψίῃ ἢ, καὶ τὸ βλάβος διαδιδρῆσκουσι μᾶλλον δὲ διὰ τε τὸ ἔθος καὶ τὴν ὑγρότητα τῶν ἐντέρων ὀλισθηρὰ γάρ.

⁵² Cf. 21.

de bebidas frías mientras se suda. En términos parecidos se manifiesta el autor de *Afecciones internas* ⁵³.

Por otro lado, Areteo no fija ninguna tipología sobre el íleo. Dice que puede ser afectado no sólo el intestino delgado, sino también el colon; sin embargo, los síntomas son los mismos y, en todo caso, se agudizan en ciertos lugares. Que pueden afectar al intestino grueso lo encontramos en una alusión rápida en *Prenociones de Cos* ⁵⁴, cuando se habla de las enfermedades que no surgen antes de la pubertad; entre ellas se menciona el «íleo del intestino grueso no congénito». Tampoco hay ninguna distinción cuando se describe en *Enfermedades* ⁵⁵; sin embargo, en *Afecciones internas* ⁵⁶, se citan tres tipos distintos, a los que incluso se les da nombre: uno sería el que podríamos llamar general; el segundo, denominado *ικτεριώδης* por la tonalidad que adquieren los ojos; y el tercero, *αίματίτης* por la emisión de sangre por la nariz.

En cuanto a los síntomas, los descritos por Areteo, coincidentes con los de los tratados hipocráticos, se asemejan a los de *Aforismos*, *Prenociones de Cos*, *Epidemias* y *Enfermedades*; sin embargo, el parecido con los de *Afecciones internas*, salvo alguna excepción, es nulo: comunes a ambos, dolor por diversas partes del cuerpo ⁵⁷, flujos de vientre, los líquidos del vientre llegan al ano, pero no salen ⁵⁸, vómitos de flema y bilis, pero, en ocasiones, también de heces o excrementos ⁵⁹, sed, fiebre ⁶⁰, disuria u orina escasa. No presentes en los tratados hipocráticos son: debilidad, respiración difícil, sudor gélido, afonía, pul-

⁵³ A. *Int.* 45: ἐπιλαμβάνει μὲν μάλιστα θέρους ὥρη ἐν ἐλώδεσι χωριοῖσι, μάλιστα δ' ἐπιλαμβάνει ἀφ' ὕδροπώσεως.

B. *ARET. SA* II 6, 2: οὐ ἀδόκητος δὲ οὐδὲ πληγὴ, ἢ ψύξις, ἢ ψυχροποσίη ἐφ' ἰδρωτὶ ἄδην ἢ χανδόν.

⁵⁴ Cf. 502.

⁵⁵ Cf. III 14.

⁵⁶ Cf. 44, 45 y 46.

⁵⁷ A. *Epid.* III 1, 9: πόνοι περὶ ὑποχόνδρια. καὶ ἐν τοῖσι κάτω κατὰ κοιλίην οἱ πόνοι.

B. *Morb.* III 14: ὀδύνη ἔχει, μάλιστα μὲν πρὸς τὰ ὑποχόνδρια.

C. *ARET. SA* II 6, 3: ξύνεστι δὲ αὐτέοισι... πόνος ἐλισσόμενος.

⁵⁸ A. *Aff.* 21: εἰλεὸς ὅταν λάβῃ, ἢ γαστήρ σκληρὴ γίνεται, καὶ διαχωρῆσει οὐδέν.

B. *ARET. SA* II 6, 3: χοιλίη ὑποβορβορῶζουσα φύσῃσι ὄδοιπορίη μέσφι ἔδρης, διέξοδοι δὲ ἀτελέες.

⁵⁹ A. *Morb.* III 14: καὶ ἐμέει ἐνίοτε, πρῶτον μὲν φλεγματώδεα, ἔπειτα χολώδεα, τελευτῶν δὲ κόπρων.

B. *Aff.* 21: ἐνίοτε δὲ ὑπὸ πόνου καὶ ἐμέει χολήν.

C. *ARET. SA* II 6, 3: ἦν δὲ ἐπίτασιν ἰσχη ὁ εἰλέος, πάντων ἄνω ἢ φορῆ, πνευμάτων, φλέγματος, χολῆς ἔμοῦσι γοῦν τάδε... κόπρων ἔμετοι.

⁶⁰ A. *Aff.* 21: ἔχει καὶ πυρετὸς καὶ δίψα.

B. *Prorrh.* I 158: ἐπὶ εἰλεοῖσι δυσώδεσι πυρετῶ ὄξει, ὑποχονδρίῳ μετεώρῳ χροονιατέρῳ, τὰ πάρ' οὗς ἐπαρθέντα κτείνει.

C. *Morb.* III 14: καὶ δίψα ἔχει... καὶ πυρετοὶ ἐπιλαμβάνουσι.

D. *ARET. SA* II 6, 3 y 5: διψαλέοι... καὶ γὰρ καὶ πυρεταίνουσι οἶδε.

saciones pequeñas y perdidas; dolor, si la enfermedad afecta al colon, en hígado, bazo, sacro, muslos y testículos, etc... En sentido contrario, algunos que figuran en los tratados hipocráticos no lo hacen en Areteo; aquí, sobre todo, destacan los descritos en *Afecciones internas*⁶¹: hipo, convulsión y delirio; inflamación próxima al oído; sordera; extremidades frías, náuseas, agripnia y deposiciones crudas, fluidas y escasas; como síntomas del íleo propiamente dicho figuran, en *Afecciones internas*: el color del cuerpo del paciente se torna plomizo —y no pálido, como proponía Areteo—, escalofríos, piel escamosa, piernas pesadas y temblorosas, dolor de cabeza, las cejas como si estuvieran suspendidas, los alimentos ingeridos son evacuados crudos; como característica distintiva del íleo *ἰκτεριώδης*, ojos ictericos; como síntomas del íleo *αἱματίτης*, fetidez de boca, encías separadas de los dientes, hemorragias nasales, piernas ulceradas, color oscuro; etc.

II. CONCLUSION

Aunque no hemos realizado aquí un estudio exhaustivo de todas las afecciones, sino sólo de un número reducido, podemos proponer algunas conclusiones. La teoría humoral juega un papel importante en el *CH* incluso en los escritos que por su tema se hallan más lejos de las explicaciones humorales —los quirúrgicos—. Pero, además, en palabras de Lain Entralgo⁶², «la noticia que sobre el pensamiento médico de Hipócrates contiene el *Anónimo Londinense* nos obliga a admitir, por otro lado, que una visión pneumática de la nosogénesis tuvo parte importante en la medicina de Cos». En efecto, en ella, el pneuma alimenta, impulsa, refresca y vivifica; además, es el artífice, entre otras cosas, de la producción de la inteligencia y de la fonación. No creemos necesario insistir en la influencia que ejercen los tratados hipocráticos en Areteo de Capadocia en este último sentido, aunque ciertamente no sólo ellos. A lo largo de toda su obra, se observa cómo, si el pneuma es atacado por algún vicio o quebrantado por alguna fuerza, se originan diversos tipos de enfermedades, diferentes por la variedad de las causas. Podemos decir, pues, que, en parte, sus principios de patología general están tomados de los tratados hipocráticos.

Hemos observado también que Areteo no tiene un propósito firme

⁶¹ Cf. también *Aph.* VII 10; *Morb.* III 14; *Prorrh.* I 158; *Coac.* 197, 461; *Epid.* III 1, 9.

⁶² Cf. *o.c.* n. 36, pp. 413-314, donde se pasa revista a las doctrinas fisiopatológicas de los autores hipocráticos.

de describir minuciosamente el origen y etiología de cada afección como hacen algunos tratados hipocráticos, sobre todo los considerados cnidios. De ellos precisamente proceden muchas veces los datos que nos han servido de punto de referencia para la comparación con él; no en vano se puede decir que sus descripciones están realizadas «al modo cnidio», presentando esquemas tipificadores. Sin embargo, no llegan a tener un carácter tan extremado, artificioso y rígido: no se observa una intención tipológica tan radical como en los escritos cnidios⁶³; sólo se produce la diferenciación cuando hay unos síntomas muy claros que la avalan. En este sentido, dentro de las afecciones estudiadas, en *Enfermedades* (III), encontramos tres tipos de angina y otros tantos de pleuritis e íleo. Frente a ello, Areteo nos ofrece sólo dos de la primera y uno de la segunda y de la tercera.

En cuanto a los síntomas, la concordancia es importante, sobre todo, en la epilepsia y, sin tener en cuenta la tipología, en la angina y pleuritis. Pocos son los comunes tratándose del íleo, si bien las diferencias estriban en los diversos tipos descritos en *Afecciones internas* no presentes en la obra médica de Areteo. En resumen, la impronta del *Corpus Hippocraticum* en materia patológica es, como cabía esperar, pero ahora constatada, muy clara en nuestro autor.

⁶³ Recuérdese al respecto lo que Galeno dice en su comentario a *Sobre la dieta en las enfermedades agudas*: los cnidios distinguieron, por ejemplo, siete enfermedades de la bilis, doce de la vejiga, cuatro de los riñones, cuatro estrangurias, tres tétanos, cuatro ictericias, tres tisis.

Les lectures hippocratiques de Soranos d'Ephèse dans son traité *Des maladies des femmes*

DANIELLE GOUREVITCH

(*École Pratique Hautes Études, Paris*)

«Dans l'ensemble du traité *Des maladies des femmes*, Soranos aime à faire le point sur les questions difficiles. Il s'appuie alors sur une abondante bibliographie, qui va d'Hippocrate et des auteurs de son temps, à ceux du règne d'Auguste environ. Ou bien il cite l'oeuvre et son auteur, ou bien il cite l'auteur seul sans donner de référence. Pour les auteurs dont les oeuvres sont conservées, on peut contrôler l'exactitude globale des citations, à quelques nuances près.

La variété, la richesse et le sérieux de cette bibliographie fournissent pour l'histoire de la médecine qui lui est antérieure une doxographie sans prix; ils constituent aussi un des moyens d'évaluer la rigueur ou la liberté du méthodisme de Soranos».

C'est ce que j'écrivais il y a quelques années dans l'introduction générale à notre édition de Soranos d'Ephèse¹; nous allons aujourd'hui le vérifier point par point, en nous contentant d'exploiter les citations explicites (c'est-à-dire chaque fois qu'apparaît le nom d'Hippocrate) et en suivant le texte de notre édition pour les deux premiers livres déjà sortis², celui d'Ilberg³ pour les livres III et IV, en tous les cas avec notre propre traduction pour Soranos; pour Hippocrate, celle de Littré, parfois modifiée.

D'abord, au début du chapitre I 15, p. 42 (Ilb. I 45), Soranos s'exprime sur la valeur des signes qui indiquent le sexe de l'enfant à naître: «D'après Hippocrate, les signes du sexe masculin du fœtus sont chez la mère les suivants: elle a meilleur teint, elle est plus ingambe, elle a le sein droit plus gros, plus volumineux et plus plein, et c'est surtout le mamelon qui gonfle; les signes du sexe féminin sont la pâ-

¹ *Traité des maladies des femmes*, CUF, Paris, 1989, p. XL-XLI.

² Cf. note 1 et *Traité des maladies des femmes*, II, Paris, 1990.

³ Ilberg, *CMG*, IV, 1927.

leur, le plus grand développement du sein gauche et surtout de son mamelon»^a.

C'est en effet à peu près ce qu'on peut comprendre en combinant plusieurs passages d'Hippocrate. A savoir l'*Aphorisme* V 42: «Une femme enceinte a bonne couleur si elle porte un garçon, mauvaise si elle porte une fille» (= L. IV 546-547); un passage du traité *Des femmes stériles* (= L. VIII 416-417), «les femmes qui, enceintes, ont des taches de lentigo au visage, sont grosses d'une fille, celles qui conservent un bon teint, le sont la plupart du temps d'un garçon», et dans *De la superfétation* 19 (= L. III 486-487): «Il faut remarquer chez une femme laquelle des deux mamelles est la plus grosse; car c'est de ce côté qu'est le fœtus; de même pour les yeux; l'oeil sera plus grand, et tout ce qui est en dedans de la paupière plus brillant, du côté aussi où la mamelle est plus grosse». Il n'y a aucune citation véritable, ce sont des résumés qui, loin d'aller à l'essentiel, sont simplificateurs et réducteurs.

Ce qui facilite évidemment un jugement farouchement hostile: «Mais ce sont des préjugés erronés qui ont conduit Hippocrate à ces affirmations», dit Soranos, amené ainsi à une deuxième critique en chaîne: «Il croyait en effet que si la semence était conçue dans la partie droite de la matrice, il se formait un mâle, et que si c'était dans la partie gauche, il se formait une femelle».

Ceci rappelle aussi bien l'*Aphorisme* V 48 (= L. IV 550-551): «Le fœtus mâle est plutôt à droite, le fœtus femelle à gauche», qu'un passage des *Epidémies* II 6, 15 (= L. V 136-137): «Sur la force de la nature: la force la plus grande appartient à la mamelle droite, à l'oeil droit; de même pour les parties inférieures, et en outre les enfants mâles sont placés dans le côté droit (de la matrice)».

La critique est tout aussi cinglante que dans le premier cas: «Or il y a là une erreur, comme nous l'établissons dans les observations physiologiques de notre traité "De la génération"».

Dans le chapitre que nous appelons I 20, Hippocrate apparaît à

^a J. JOUANNA a signalé, dans le Colloque, que pour respecter l'opposition entre la droite et la gauche, il faudrait sous-entendre ici un verbe qui décrirait l'état du mamelon gauche. Selon lui, ce verbe signifierait le contraire d'επαίρεσθαι, «gonfler», quelque chose comme «s'affaisser». Je ne le crois pas: en effet, l'affaissement du mamelon, d'un côté comme de l'autre, est un signe de mort fœtale; l'opposition entre mâle et femelle dans les deux cas est marquée par le siège droit ou gauche, et non par des états différents, ce que confirme à mon avis le chapitre 19 du *De superfétation*, cité quelques lignes plus loin dans cette même page.

nouveau, deux fois (p. 59 et 64), d'ailleurs liés entre elles, au début (Ilb. I 60), une fois à la fin (Ilb. I 65).

Voici le premier groupe, à propos de l'avortement: (certains distinguent les abortifs des expulsifs), «c'est pourquoi, disent-ils, Hippocrate, après avoir proscrit les abortifs, indique dans son livre *Natura de l'enfant* l'emploi du saut avec coup de talons aux fesses pour favoriser l'expulsion». Or il s'est élevé un différend: certains rejettent les abortifs en prenant à témoin Hippocrate qui dit: «je ne donnerai d'abortif à aucune femme»...

Le traité de la *Nature de l'enfant* 13 (= L. VII 490-491) raconte en effet l'histoire d'une musicienne contrainte de se faire avorter pour sauvegarder sa valeur marchande: «Chez une femme de ma parentèle⁴ était une baladine très estimée qui avait commerce avec les hommes, et qui ne devait pas devenir grosse, afin de ne pas perdre de son prix. Cette baladine avait entendu ce que les femmes disent entre elles, à savoir que, quand une femme conçoit, la semence ne sort pas, mais demeure dedans. Ayant entendu ces dires, elle les comprit et retint. Un jour elle s'aperçut que la semence ne sortait pas; elle le dit à sa maîtresse, et le bruit en vint jusqu'à moi. Ainsi informé, je lui ordonnai de sauter de manière que les talons touchassent les fesses^b; elle avait déjà sauté sept fois lorsque la semence tomba à terre en faisant du bruit».

Quant à la clause anti-abortive, elle se trouve en effet dans la *Serment*, qui dit: «Je ne remettrai à aucune femme un pessaire abortif» (= L. IV 630). Soranos, qui voudrait substituer la contraception à l'avortement, passe sans commenter.

Vers la fin du même chapitre qui se demande «si l'on doit utiliser des abortifs et des contraceptifs, et comment», Soranos, contraint par sa clientèle d'exposer les mesures contraceptives les moins dangereuses, utilise Hippocrate *a contrario* et le nuance avec une subtilité qui semble mettre le vieux maître en accord avec la doctrine méthodique. Celui-ci craint l'effet abortif de la saignée; celui-là, connaissant ces effets, prescrit la saignée à qui veut avorter: «La femme qui a l'intention

⁴ Toute la traduction de ce passage par Littré est critiquable, et il est en tout cas indispensable de remplacer «une femme de ma connaissance», véritable contresens euphémistique, pas quelque chose comme «une femme de ma parentèle»; sur cet ensemble, cf. I. M. LONIE, *The Hippocratic Treatises «On Generation», «On the Nature of the Child», «Diseases IV»*, Berlin-New York, 1981, p. 164-168.

^b P. DEMONT m'a fait remarquer, pendant la discussion du Colloque, qu'ici le texte de Soranos a conservé la leçon correcte du texte hippocratique, πρὸς πωγὴν πηδῆσαι, que Littré par bon sens avait rétablie d'après les manuscrits à sa disposition. Cf. pour l'examen serré de ce passage, M. LONIE, *op. cit.*, dans ma note 4, p. 165.

d'avorter doit, pendant les deux ou trois jours qui précèdent, prendre des bains fréquents, manger peu, utiliser des tampons émollients, s'abstenir de vin, puis faire pratiquer sur elle une saignée abondante. En effet, ce qu'a dit Hippocrate dans ses *Aphorismes*, est vrai sinon dans le cas d'une femme souffrant de constriction, du moins dans celui d'une femme en bonne santé: "une femme enceinte que l'on saigne avorte"⁵ (p. 64). Il est vrai tout de même qu'il ne cite pas l'aphorisme jusqu'au bout (V 31 = L. IV 542-543): «Une femme enceinte, saignée, est exposée à avorter, d'autant plus que le fœtus est plus avancé».

Enfin dans le chapitre I 21 de notre édition (p. 65), qui déplace Ilb. I 59, Soranos passe en revue les signes qui indiquent la mort du fœtus *in utero*, et dit notamment «celles qui font une fausse-couche spontanée commencent, aux dires d'Hippocrate, par présenter un dessèchement inattendu des mamelles», ce qui évoque trois *Aphorismes* (V 37, 38 et 53). Selon le premier (= L. IV 544-545): «Une femme enceinte dont les mamelles deviennent sèches subitement, avorte». Selon le second: «Une femme enceinte, portant des jumeaux, si l'une des mamelles devient sèche, avorte d'un des fœtus; si c'est la mamelle droite qui devient sèche, elle avorte du fœtus mâle; si c'est la mamelle gauche, du fœtus femelle». Selon le troisième (= L. IV 550-551): «Chez une femme menacée d'avorter, les mamelles deviennent sèches».

On peut penser aussi aux *Epidémies* II 1,6 (= L. V 76-77): «Chez les femmes qui avortent, les mamelles se dessèchent». Enfin, au traité des *Maladies des femmes* I 27 (= L. VIII 70-71): «Quand, chez une femme enceinte de sept ou huit mois, la plénitude des mamelles et du ventre s'affaisse subitement, que les mamelles s'assèchent et que le lait ne paraît pas, on dira que l'enfant est mort, ou, s'il vit, débile».

Le phénomène envisagé, du moins en ce qui concerne les seins, est encore aujourd'hui considéré comme un signe de mort fœtale, qui ne s'observe que dans les avortements tardifs (4^{ème} mois et après), ce que Soranos ne dit pas plus que l'auteur des *Aphorismes* ou des *Epidémies* II, se montrant moins précis que celui des *Maladies des Femmes*, qui confirme la notion en précisant qu'il n'y a pas de lait. Il s'agit d'un assèchement subit (cf. l'adj. ἰσχνός, sec, desséché, maigre), la rétraction étant particulièrement bien marquée par ce dernier médecin qui fait précéder le radical du préfixe συν-; celui des *Epidémies* choisit le préverbe προσ- qui, en ce cas, me paraît moins parlant. Ailleurs on a l'adjectif simple, et Soranos utilise le nom abstrait dérivé, ce qui sans doute ne change pas grand chose. Sur tous les autres points⁵, on

⁵ Sans parler bien sûr de la spécificité de la droite et de la gauche à laquelle Soranos ne croit pas.

constate qu'il va dans le sens de la simplification, préférant les formules brutales des *Aphorismes*. Le choix de *μαστοί* contre *τιτθοί*, pourtant plus pittoresque et plus imagé, ne semble pas avoir de signification par rapport aux passages hippocratiques.

Dans le livre II de l'édition d'Ilberg, Hippocrate n'apparaissait pas; il apparaît dans celle que nous présentons, au chapitre 2, avec un passage qu'Ilberg mettait en IV 14, relatif à l'expulsion des secondines: ce phénomène, même s'il est parfois un peu difficile à maîtriser pour le médecin et pénible à supporter pour l'accouchée, fait partie des choses conformes à la nature, selon la classification du méthodisme. «Hippocrate pour sa part recourt aux sternutatoires en pinçant les ailes du nez, afin que la pression du souffle vers les profondeurs du corps provoque la descente du chorion». Hippocrate donne effectivement deux fois le conseil, mais sans explication: dans les *Aphorismes* (V 49 = L. IV 550-551) et dans les *Epidémies* (II 5, 25 = L. V 132). Dans ce dernier passage, «pour faire sortir l'arrière-faix qui est resté, appliquer de l'hellébore au nez, de façon à provoquer l'éternuement, et fermer les narines de la femme au moment où elle étternue», et dans le premier: «Expulsion de l'arrière-faix: Après avoir donné un sternutatoire, comprimer les narines et la bouche».

La critique viendra, mais plus loin dans le chapitre et ne frappe pas le seul Hippocrate: «Tous les moyens qu'on vient d'énumérer sont néfastes; les sternutatoires provoquent un ébranlement excessif, qui donne à redouter dans l'immédiat une hémorragie, et pour la suite des troubles nerveux par sympathie»...

Le livre III fait quatre fois allusion à Hippocrate, sans donner le nom d'aucun d'ouvrage. D'abord en Ilb. III 29, à propos du traitement de l'hystérie par le chou, le lait d'ânesse, l'insufflation d'air. «Outre cela, Hippocrate faisait boire à certaines femmes de la décoction de chou, à d'autres du lait d'ânesse; et, comme si la matrice était entortillée à la manière des intestins qui souffrent de coliques avec torsion, il insérait un petit tuyau pris à un soufflet de forgeron au vagin de la femme et y insufflait de l'air, obtenant ainsi une dilatation».

«Manger du chou, boire en abondance du jus de chou», tel est bien le conseil de traitement qui figure dans le traité hippocratique *Des maladies des femmes* (II 123 = L. VIII 266-267), mais la préparation du légume médicinal n'est pas la même. Plus exactement, Hippocrate conseillait du «jus», comme si la préparation allait de soi ou n'avait aucune importance; Soranos introduit un dérive-composé de la racine qui signifie «bouillir», ἀφέψημα, qui d'après les dictionnaires, n'est pas hippocratique et n'apparaît qu'à l'époque impériale (Dioscoride, Rufus, Galien), alors que les dérivés simples ἔψημα et ἔψησις, étaient

déjà hippocratiques. Par contre, il renonce au verbe φορέω, «boire en abondance ou goulûment», qu'avait choisi Hippocrate, et banalise l'idée en disant tout simplement «faire boire», ἐπότισε.

Le lait d'ânesse est prescrit par l'illustre ancêtre, c'est vrai, mais à l'issue de la crise et non pas pendant: «Après, elle boira du lait d'ânesse». Encore une fois la citation n'est pas scrupuleusement exacte.

Puis, en cas de déplacement de la matrice, Hippocrate écrit (*De la nature de la femme* 14 = L. VII 332-333): «Attachez un tuyau à une vessie et insufflez les matrices». Le déplacement de l'organe n'implique pas forcément une hystérie franche; et le procédé hippocratique est plus raffiné que ce que laisse entendre Soranos: il ne s'agit pas d'une insufflation directe, mais d'une insufflation médiate, par l'intermédiaire d'une vessie qui adhèrera aux parois et les écartera. Soranos critique quelque chose qu'Hippocrate n'a pas vraiment conseillé. En outre, l'idée de présenter le tuyau médical comme un tuyau de forge tend à rendre le procédé vulgaire, relevant du bricolage plutôt que de l'art.

On peut ajouter que Soranos associe deux citations hippocratiques empruntées à deux ouvrages différents, ce qui n'est pas rigoureux et qui pourrait bien être de mauvaise foi: les deux points cités n'étant vraiment pas du même ordre, les critiques qui leur sont faites ne devraient pas être mêlées.

Enfin en Ilb. III 48, il est à nouveau question de la diminution des seins en cas d'avortement, ce que nous avons déjà examiné à propos du livre I.

Reste le livre IV tel que nous l'avons conçu (c'est-à-dire après le déplacement d'Ilb. IV 14 au livre II); il utilise Hippocrate dans deux chapitres: en IV 13, consacré aux méthodes permettant d'accélérer l'accouchement et en IV 36 à propos du prolapsus des organes génitaux internes. Soranos écrit: «Quant à prescrire aussi des drogues qui accélèrent l'accouchement, comme ont fait entre autres les sectateurs d'Hippocrate, c'est le geste de quelqu'un qui fait n'importe quoi. En effet ni les feuilles sèches de laurier trempées dans de l'eau chaude, ni le dictame, l'aurone, la résine de cèdre ou l'anis avec de l'huile douce et vieille, ni le fruit du concombre sauvage ajouté à un cérat de dattes et fixé sur les reins, rien de tout cela ne peut procurer un accouchement rapide...». Son jugement est extrêmement sévère: σχεδιάζω signifie «agir à la légère, ou d'une manière superficielle», et s'il s'en prend à des sectateurs d'Hippocrate qu'il se garde bien de nommer et dont on peut se demander s'ils sont réellement identifiables, on peut comprendre qu'il vise aussi et peut-être surtout Hippocrate.

C'est ainsi encore que, dans *Des maladies de femmes* (I 77 = L. VIII 170-173), on peut lire des formules de préparation accélérant l'accouchement. «Préparations pour accélérer l'accouchement quand il est difficile: racine de laurier ou les jeunes pousses, en racler un demi-oxybaphe ⁶, donner à boire chaud dans du vin. Préparation pour accélérer l'accouchement: dictame, deux oboles ⁷; piler, boire dans l'eau chaude. Ou bien aurone, une drachme ⁸, baie de cédros, anis, piler dans un cyathe ⁹ de vin doux, ajouter un cyathe de vieille eau, donner à boire; le bon moment de l'administration est avant les douleurs. Ou bien dictame, une obole, myrrhe une obole, anis deux oboles, nitre une obole, bien broyer, verser un cyathe de vin doux et deux cyathes d'eau chaude, donner à boire, puis laver avec de l'eau chaude. Préparation accélérant l'accouchement: térébenthine, miel, huile le double du miel et de la térébenthine, vin de bonne odeur aussi agréable que possible, mêler, faire tiédir, donner à boire plusieurs fois; cela remettra aussi la matrice si elle est enflammée. Autre, accélérant l'accouchement: fruit déjà blanc du concombre sauvage, l'emplâtrer de cire, l'enrouler dans une laine rouge, l'attacher autour des lombes. Si une femme enceinte est longtemps en travail, ne peut accoucher et a les douleurs pendant plusieurs jours; est-elle jeune, forte et sanguine, il faut ouvrir les veines des chevilles et ôter du sang, en se réglant sur les forces du sujet; ensuite laver avec beaucoup d'eau chaude, de manière à ce que la femme en soit pénétrée; donner à boire le fruit du vitex et le dictame de Crète, à dose égale, dans du vin blanc ou de l'eau; préparer en pessaire galbanum, baies de laurier et huile de rose, rouler dans de la laine et appliquer. Autre, accélérant l'accouchement: racine de dryopteris, piler dans du vin donner à boire; et aussi, adiante, piler dans de l'huile, délayer dans du vin pur, donner à boire».

Soranos est hostile à ces prescriptions et trie dans ses notes ou ses souvenirs. La fixation sur les reins est à ses yeux un geste que nous qualifierions de placebo, et il est ravi de pouvoir le citer pour le contredire: c'est bien là une de ces superstitions contre lesquelles il est habituellement en guerre.

Quant aux plantes retenues dans la longue liste hippocratique, il y a le laurier, le dictame, l'aurone, l'anis, le concombre sauvage, mélangées dans de l'huile ou de l'eau chaude ou dans des préparations à

⁶ Un oxybaphe vaut un quart de cotyle ou de 24 drachmes, soit 6 drachmes, soit 25 gr. 92 après Solon, 20 gr. 46 après Ptolémée.

⁷ Un poids d'une obole vaut huit chalques, soit 0 gr. 72, dans le système attique après Solon; vaudra 0 gr. 57 après la réforme ptoléméenne.

⁸ Une drachme vaut 6 oboles, soit 4 gr. 32 dans le système attique après Solon, 3 gr. 41 dans le système ptoléméen.

⁹ Un cyathe = 0 l. 045.

base de cire. Quelques détails diffèrent, ce qui indique peut-être qu'il s'agit de souvenirs non contrôlés: feuilles sèches de laurier chez Soranos contre racines ou jeunes pousses chez Hippocrate, et fruit du concombre au lieu de fruit *déjà blanc* du concombre. Ces choix qu'a faits Hippocrate ne sont pas sans justifications empiriques: encore dans la pharmacopée du XIX^{ème} siècle, l'aurone est présentée comme tonique et emménagogue; le laurier en application excite la peau; l'anis, très stimulant et tonique, détermine un sentiment de chaleur et d'excitation dans certains états du ventre.

Reste Iib. IV 36 où il est question encore de l'opinion des «sectateurs d'Hippocrate», à propos cette fois du prolapsus de l'orifice utérin seul: «Quant aux sectateurs d'Hippocrate et d'Hérophile, ils disent que l'orifice (τὸ στόμιον) seul prolapse (on le reconnaît à sa consistance molle, la partie qui tombe faisant penser à une tête de poulpe, comme disait Hérophile, et ayant un passage (πόρον) qui permet l'introduction d'une sonde (διπύρηνον)»¹⁰. Soranos admet qu'une telle éversion partielle est possible.

Dans *Maladies des femmes* (II 145 = L. VIII 318-323), on lit: «l'orifice de la matrice (τὸ στόμα τῶν μητρῶων) fait saillie hors des parties génitales, vu que le col utérin (τοῦ ἀρχένος τῶν μητρῶων) est voisin de ces parties et large. ... Avec le temps cette maladie devient incurable et la femme vieillit avec la matrice dehors...».

Litré commente: «Ceci paraît être un renversement utérin; mais il diffère de ce qui est décrit sous ce nom dans les livres modernes. Ce n'est pas le fond de l'utérus qui, se renversant, vient s'engager dans le col; c'est l'orifice utérin qui s'engage dans le col, et vient sortir par l'orifice du col; car l'auteur distingue ces deux orifices. De plus il ne parle pas de l'accouchement, comme condition de renversement, laquelle est, comme on sait, à beaucoup près la principale...»¹¹.

Ce que Soranos va critiquer, ce sont les traitements sur lesquels la plupart s'accordent, en particulier le traitement pour lequel la femme

¹⁰ Il n'est pas possible aujourd'hui d'examiner l'attitude de Soranos envers Hérophile; mais nous renvoyons pour le texte au fragment T 201, p. 371-372, et pour le commentaire à la page 395 de H. VON STADEN, *Herophilus. The art of medicine in early Alexandria*, Cambridge, 1989. «Cases of prolapsus apparently were fairly common; it is discussed or alluded to from the Hippocratic Corpus onward», etc., dit-il. Mais je crois qu'il faut nuancer la première partie de cette note: «Herophilus observation that only the orifice of the uterus (i.e.? cervix) and not the entire uterus prolapses comes close to the modern understanding of prolapsus», en fait nous distinguons le prolapsus proprement dit qui est un glissement progressif par le bas, et l'éversion qui est une sortie complète de l'utérus par retournement, notamment à la suite d'un accouchement malheureux.

¹¹ Il semble que Temkin n'ait pas compris le texte en ce sens.

est placée tête en bas sur l'échelle; il l'attribue d'ailleurs non pas à Hippocrate mais à Euryphon de Cnide, qui ne peut certainement pas passer pour un «sectateur» d'Hippocrate même si ses vues en matière de gynécologie ressemblent souvent à celles du maître de Cos.

Ainsi donc, dans l'ensemble du traité soranien, deux noms de traités hippocratiques sont donnés: celui des *Aphorismes*, à propos des dangers de la saignée et celui *De la nature de l'enfant* à propos du saut abortif. On remarquera qu'ils se trouvent dans le premier livre, ce qui donne bien le sentiment que notre auteur a voulu impressionner favorablement son public en commençant, s'en souciant moins par la suite, sûr du succès de son opération de *captatio benevolentiae*. Ce désir de plaire est certainement toujours une des raisons de la citation.

Soranos est bien loin de se conduire en dévot: jamais ses citations ne sont des citations exactes, ce qui pourrait faire admettre qu'il connaît son Hippocrate, mais n'en a pas d'exemplaire sous la main, du moins quand il s'agit de détails scientifiquement neutres.

Mais il y a plus: les méthodes et propositions hippocratiques sont toujours gauchies or critiquées. Il devient difficile alors de croire à la seule approximation du souvenir. Soranos sait ce qu'il fait: son devoir culturel de transmission des connaissances le contraint à citer le grand ancêtre, comme l'y pousse son goût de l'érudition, sensible également dans ses analyses étymologiques. Mais la fougue de ses idées médicales et de ses convictions morales et humanitaires l'empêche d'adhérer à bien des propositions du médecin de Cos, et ne lui interdit pas de jouer avec les textes.

Bref, on est presque gêné par sa trop grande habileté. Et, de façon plus générale, on se rend compte de la difficulté que présente la reconstruction d'une pensée ancienne par un recueil doxographique ¹².

Il reste à vérifier ce qu'il est advenu de ces lectures hippocratiques dans les quatre versions tardives éditées, de Caelius (V^{ème} siècle), de Mustio (VI^{ème} siècle), du Moschion byzantin (XIII^{ème} siècle) et du plus troublant encore Moschion latin. L'examen sera assez vite fait: le nom d'Hippocrate n'apparaît que chez Caelius, dans les autres versions on peut considérer qu'il est tout juste évoqué par la rubrique «des anciens» lorsque l'adaptateur est plus ou moins d'accord avec le père de la médecine. Voyons donc Caelius de plus près: *Ypocrates* apparaît dans

¹² Pour ce genre de problèmes, parmi les études très récentes, cf. A. ROSELLI, «Citazioni ipocratiche in Demetrio Lacone (Pherc. 1012)», in *CronErc* 18, 1988, p. 53-57.

quatre chapitres du livre I, l'ouvrage ne comportant d'ailleurs que deux grandes parties.

- 1.° Le chapitre 57 du livre I, p. 19, *que sunt secundum veteres signa masculinum vel feminam ferentis pregnantis*. A la ligne 19 *Ypocrates marem facere dicit eam que boni coloris fuerit pregnans et dexteram mammam plus habuerit ab alia turgentem; feminam vero illam que cum pallore sinistram mammam supradicto habuerit modo*. L'adaptateur n'est pas d'accord: *set hoc falso videtur*. La suite du chapitre est malheureusement un salmigondis préparé par Drabkin, où l'expression *ab Ypocrate* apparaît deux fois.
- 2.° Le chapitre 82 du livre I, p. 28, *utrum medicaminibus conceptionem prohibentibus vel factam rumpentibus utendum sit vel quomodo*. Non seulement Hippocrate est nommé, mais aussi son oeuvre *De puerili natura: Ypocrates... cum corruptiva dari medicamina prohibet, libro quem De puerili natura conscripsit discretionis causa iussit feminas suo saltu naticarum fibras pari plantarum percussu pulsare*. L'auteur lui prête une intention qui n'est nulle part ailleurs (*discretionis causa*) et n'est pas enthousiaste sur la méthode: *set de hiis fuit apud veteres magna certatio*.
- 3.° Le chapitre 87 du livre I, p. 30-31, dans une série intitulée *quomodo inhibeat conceptio: tunc accedente abstinencia cibi unius diei vel bidui, adhibenda flebotomia, ac sanguis plurimus detrahendus sententia Ypocratis qui ait pregnantas flebotomatas discutere*. Le contre-sens lancé par Soranos n'est pas franchement conservé; la phrase de Caelius est au moins équivoque.
- 4.° Le chapitre 90 du livre I, *que sunt signa future discussionis: hiis autem que nullo impulsu voluntario discutiunt antecedit, ut Ypocrates ait, mammaram marcor, ut deposita inflatione residere videantur sine ulla manifesta ratione*.

Autrement dit le stock culturel si délicat emmagasiné par Soranos s'est adultéré encore et rétréci dans la suite des temps. Dans un manuscrit inédit conservé à l'Académie de médecine de Paris (D. 505). Ch. Daremberg, qui préparait une préface à une édition de Soranos, laquelle n'a jamais vu le jour, écrivait: «La méthode de Soranus (sic) est déjà bien connue du lecteur, parce que j'ai eu si souvent l'occasion de ramener ce nom sous ma plume; elle consiste à réunir les données de l'histoire aux renseignements pratiques; il n'y a pas de chapitres du traité *Des maladies des femmes* qui ne renferme quelque citation, soit pour critiquer, soit pour approuver l'auteur; et ce sont autant de pe-

tites lacunes comblées dans l'histoire des accouchements, à défaut des ouvrages originaux, sans doute à jamais perdus. Mais au temps où Soranus écrivait, l'histoire n'était pas encore un luxe qu'on devait sacrifier aux exigences de la pratique, et ce que Soranus regardait comme utile à des sages-femmes, Moschion¹³ le tenait pour superflu, car c'est à peine si de loin en loin on rencontre quelque nom estropié par les copistes. Tous les développements des énonciations dogmatiques sont également sacrifiés, et ces sages-femmes qu'il croit indignes d'apprécier la valeur des notions historiques, il les regarde comme assez expérimentées pour se passer de ces judicieuses explications qui semblent cependant fort nécessaires, qui du moins ont pour nous un grand intérêt puisqu'elles nous révèlent plus d'une particularité de la vie privée et des moeurs médicales des anciens...». Combien Daremberg avait raison qui pourtant ne connaissait pas la version de Caelius, retrouvée à Zurich¹⁴ dans une vente en 1948.

¹³ Daremberg appelle Moschion le Byzantin, auquel j'ai laissé ce nom; et le latin, que j'ai préféré appeler Mustio. Il ne connaît pas l'adaptation de Caelius Aurelianus.

¹⁴ Cependant quelque chose de la tradition ancienne s'est conservé différemment, semble-t-il, dans les versions orientales, dérivées pourtant de Soranos mais qui ont suivi d'autres voies. On regrette de ne de pouvoir lire déjà le traité juif médiéval, *Le malheur de Dina*, dont R. Barkaï prépare une édition pour Le Cerf. Mais on peut lire déjà un petit traité du XIV^{ème} siècle, conservé à la Bibliothèque nationale Ms. *Par. heb.* 1120, présenté et traduit par le même savant (R. BARKAÏ, «A medieval Hebrew treatise on obstetrics», in *Medical History*, 33, 1988, p. 96-119). Dans ce traité *On difficulties of birth*, le chapitre 15 commence ainsi: «according to Hippocrates, in the chapter “those who are always in labour”», etc... Et dans sa note Barkaï écrit: «The Hebrew treatise cites the Hippocratic work *On the sperm and on the nature of the child*: “in childbirth it is the women who are having their first child who suffer the most, because they have had no experience of pain; apart from the general discomfort of the body, they suffer most in the loins and in the hips, because they become distended. Those who have more experience of bearing children suffer less; much less, if they have a large number of children” (I. M. LONIE, *The Hippocratic treatises 'On generation'*)” p. 20. The author used Hippocrates' work directly, and not the Arabic adaptation: *Kitab al-ajinna li-Buqrat: Hippocrates: On embryos (On the sperm and On the nature of the child)*, edited and translated with introduction, commentary and glossary by M. C. Lyons and J. N. Mattock, Cambridge, Pembroke Arabic Texts for the Cambridge Middle East Centre, 1968, p. 14”. Autrement dit, tout un pan de la tradition soranienne reste à découvrir.

Galeno e l'anatomia di Ippocrate

IVAN GAROFALO

(Università di Siena)

INTRODUZIONE ¹

Le relazioni mia, di D. Manetti e A. Roselli vertono principalmente sulla IV sezione di *Epid. II*, che contiene la descrizione anatomica della vena *hepatitis* e quella di due *tonoi* originanti dal cervello. Le ricerche sono finalizzate all'edizione critica di *Epid. II*.

Per l'edizione critica della sezione IV di *Epid. II* abbiamo in particolare a disposizione.

- a) la tradizione manoscritta diretta, contenuta nel codice V (*Vat. greco 276*) e dei *recentiores* vicini a M (*Marciano greco 269*).
- b) la tradizione indiretta in *De Nat. Oss.* [*Oss.*] cap. 10 contenuta in M).
- c) la tradizione forse parallela di *Oss.* 5-7.
- d) i lemmi e il commento di Galeno.
- e) le citazione del *De plac. Hipp. et Plat.* di Galeno per la parte relativa alle vene, e una breve citazione nel commento a *Articolazioni*, [*Art.*] per il capitolo sui *tonoi*. Il lavoro sulla tradizione di Ippocrate è opera di D. Manetti e A. Roselli. La mia collaborazione riguarda il commento di Galeno come galenista, per il suo inquadramento nello sviluppo dell'anatomia

¹ Questo articolo riproduce sostanzialmente il testo presentato al VII Colloquio ipocratico di Madrid, con alcune modifiche dovute al controllo operato sul manoscritto arabo *Scorialense 804*.

di Galeno e come arabista, per il fatto che esso è trasmesso in arabo.

1. IPOCRATE E L'ANATOMIA DI GALENO

L'interesse per Ippocrate «anatomista» deve essere iniziato fin negli anni della sua formazione. I suoi primi maestri Satyros a Pergamo, come poi Pelops a Smirne, furono anatomisti e ippocratisti. In generale gli anatomisti erano anche commentatori di Ippocrate. Il capostipite di tutti era stato Marinos, ad un tempo restauratore dell'anatomia e interprete di Ippocrate. Quest'interesse per l'anatomia (e per la fisiologia) ippocratica mirava a distinguere i commentatori «dogmatici» da quelli empirici, tanto benemeriti per altro nell'esegesi del Padre della medicina. Senza soffermarci qui sui più antichi sappiamo che Galeno trovava nell'introduzione ad Ippocrate del suo maestro anatomista Pelops proprio quest'approccio congiunto ad Ippocrate e all'anatomia. Compito dei maestri di Galeno, e poi dello stesso Galeno, fu di selezionare nel *corpus* delle opere ippocratiche quelle che potevano essere decentemente accordate con la corretta anatomia. Nel pregiudizio classicista di Galeno (e dei suoi maestri dogmatici) non era possibile concepire un progresso sostanziale da Ippocrate agli alessandrini. Per questo opere considerate di valore da Galeno, come *Morbo sacro* o *Antica medicina* non potevano essere considerate ippocratiche. Espressamente condannate per questo motivo nel commento a *Epid.* II sono *De locis in homine*, l'appendice al *Mochlikon* (= parte di *Oss.*), il cap. 11 di *Nat. hom.*

Nulla sappiamo dell'ippocratismo di Galeno nel periodo alessandrino (c. 150-155), ma di anatomia ippocratica Galeno si occupò molto nel primo soggiorno romano (161-165 c.), intensissimo di attività anatomica, scrivendo i libri *Sull'anatomia di Ippocrate*.

L'opera comprendeva sei o cinque libri². Il contenuto ci è tramandato da Hunain. «Galeno cerca di dimostrare che Ippocrate era familiare con la scienza dell'anatomia, a porta prove di ciò da tutti i libri di lui». L' *Ars medica* colloca quest'opera tra quelle anatomo-

² Cf. *SM* II 95, 13. L'opera era ancora nota a Hunain (Sezgin p. 133) che ne conosce solo cinque libri. Un errore nella tradizione del *De libris* è forse più probabile.

fisiologiche ³. Essa è citata da Galeno in *UP I 14, II 293 H.* a proposito del sesso dei feti e le relazioni tra utero e mammelle, sulla base di oscuri aforismi ippocratici. Nel secondo libro Galeno commentava l'ortodossia ippocratica in materia di vasi, quella contenuta in *Epid. II*. Nel terzo attaccava la teoria erasitratea della *triplokia*. Su questo punto tornerò più avanti.

Anche quest'opera è andata perduta. Conservato invece è il trattato sulle dottrine di Ippocrate e Platone, opera scritta anch'essa durante il primo soggiorno romano, ma rivista al momento della scrittura dei libri 7-9. In essa è citato il capitolo sulle vene di *Epid. II 4*, oltre al famoso aforisma sull'origine delle vene dal fegato di *Alim. 31*.

In realtà il testo della citazione, pur male trasmesso (il *de Plac* è sostanzialmente tramandato in un solo manoscritto, l'*Hamiltonianus*) è molto più vicino a quello della tradizione diretta che a quello accolto nel lemma del commento a *Epid.* e presenta perciò difficoltà di ordine anatomico sulle quali Galeno non si sofferma. Più tardi nel testo che formerà il lemma del commento queste difficoltà spariranno. All'epoca del *De plac.* come sappiamo anche da altra fonte, Galeno non disponeva di commenti autorevoli a *Epid.* Il testo commentato invece ha probabilmente subito il rimaneggiamento di critici anatomisti, che hanno tolto o aggiunto qualcosa, per rendere intellegibile il testo. Certamente non si tratta di Sabinos, per il quale l'anatomia di Ippocrate era chiara ed esatta ⁴. E probabile che si tratti di Marinos, che è più volte citato nel commento ⁵, e che soleva citare le opinioni dei più antichi anatomisti:

331,1 «Marinos ha descritto la via che questo nervo [vago] prende nella sua discesa dal collo e dal petto verso le parti sotto il diaframma come Ippocrate ha fatto in questo luogo, e si è sforzato di chiarire le parole di Ippocrate e ha mostrardo che le parole di Ippocrate sono corrette, ma a causa della loro brevità, oscure.»

Il giudizio di Marinos è sostanzialmente ripreso da Galeno.

Il testo ippocratico aveva ricevuto normalizzazioni. A 321, 11-18 Galeno riferisce.

³ Non posso qui entrare nel merito della presunta inautenticità del' *A.M.* sostenuta da J. KOLLESCH, 1988. Comunque, anche se non di Galeno, l'opera è di uno stretto collaboratore ed è ritenuta genuina da Oribasio.

⁴ Sabinos è giudicato severamente 329, 40; 336, 38.

⁵ 312, 327, 330, 331. Commentò certamente il libro VI di *Epid.* Galeno consigliava in questo commento (*CMG V 102, 2, 337, 40*) di leggere l'*Anatomia* in venti libri di Marinos, o almeno il compendio di Galeno in 4 libri.

«Questa parte delle sue (di Ippocrate) parole non la scrivono tutti allo stesso modo, ma la cambiano, fanno aggiunte e tralasciano anche molte cose. Essi vogliono con ciò migliorare il testo in ragione della oscurità che vi è in esso.

Li si deve appoggiare solo se i mutamenti sono piccoli. Guadagneremo ⁶ solo se il senso con ciò diventa corretto e accettabile. Sono dell'opinione che in questo testo all'inizio sia caduto qualcosa.»

Galeno stesso si pone in una posizione moderata, ammettendo, qui, come in altri commenti, soltanto piccole modifiche utili per in senso ⁷.

Non è chiaro se Galeno abbia seguito nella costituzione del testo la prassi dei piccoli mutamenti utili, e rimane ovviamente difficile discernere tra errori della tradizione medievale, posteriori a Galeno, errori testuali anteriori a Galeno e infine errori *anatomici* che i commenti, e tra questi quello che Galeno riproduce, hanno eliminato.

Una frase dell'anatomia dei *tonoi* è riprodotta in una citazione all'interno del commento ad *Art.*, commento datato attorno al 176. Diversamente che per la sezione sulle vene qui il breve testo coincide con quello che forma il lemma del commento ad *Epid.* Ma questo testo a sua volta differisce in due punti da quello di tradizione diretta e da quello parallelo del *De nat. oss.*

2. IL COMMENTO ARABO A *EPID.* II

Il commento di Galeno alla sezione anatomica di *Epid.* II presenta una grande quantità di problemi testuali e fattuali causati dal fatto che il commento è conservato solo in arabo e che il testo arabo a sua volta è conservato in un solo manoscritto scorialense, arabo 804 ⁸.

Questa ricerca, condotta assieme alle amiche Manetti e Roselli, è iniziata purtroppo sulla traduzione tedesca di Pfaff, pubblicata come parte di *CMG V* 10, 1, Berlino, 1934. Solo più tardi ho potuto con-

⁶ *Guadagneremo* è emendamento incerto di Pfaff.

⁷ Cf. *In off. med.* 18 B 630-32 K.

⁸ Per lo scorialense v. H. DEREMBOURG - RENAUD, Tome II, Fasc. 2, n. 804. Datato a 625 H. Scrittura magrebina. Punteggiatura diacritica spesso omessa. Per l'ambrosiano O. LOEFGREN - R. TRAINI, vol. 1, Milano, 1975, p. 66; per il parigino G. VAJDA, vol. II s.v. *Epidemika*.

trollarla sul manoscritto arabo della biblioteca Ambrosiana, n.º CV, copiato nel 1624 dallo scozzese David Colvillus⁹. Di questa copia¹⁰, è a sua volta copia il manoscritto recentissimo (1873) della Nazionale di Parigi, arabo 2856. Ho recentemente effettuato il controllo sul manoscritto Scorialense arabo 804¹¹. Colvillus afferma di aver consultato *complures manuscriptos*, affermazione giustamente contestata da Pfaff, che riduce le varianti a diversità di lettura dell'unico manoscritto Scorialense 804¹².

Il commento di Galeno è interamente perduto in greco. La falsificazione di Rasarius, che è giunta nell'edizione di Kühn, era stata già compresa da David Colvillus, ma la dimostrazione ha dovuto aspettare il XX secolo.

Il commento di Galeno a *Epid. II* fu reputato di tale importanza dalla direzione del *C(orpus)M(edicorum)G(raecorum)* che si aspettò la sua pubblicazione per procedere poi all'edizione del testo ippocratico, che è ancora un *desideratum*. In effetti l'opera di Galeno meritava l'attesa. Ma l'interpretazione che Simon-Pfaff¹³ hanno dato, almeno del settore anatomico, si è rivelata inferiore alle aspettative.

Bisogna rilevare in primo luogo che la rigida costruzione del tedesco impedisce a questa lingua di seguire l'ordine delle parole dell'arabo e indirettamente del greco, rendendo faticosa la ricostruzione.

Ma, a parte questo, gli errori, le omissioni, le imprecisioni si contano a decine, e parecchi di questi nei lemmi stessi ippocratici, così da fuorviare l'editore di Ippocrate oltre che lo studioso di Galeno.

E da considerarsi grave che lo studioso tedesco in più di un'occasione si sia servito della copia parigina dello scorialense invece che dell'originale, come dimostrerò più avanti.

Oltre agli errori di Simon-Pfaff (A) vi sono errori anche nella tradizione araba (B) e altri imputabili al traduttore arabo stesso, Hunain Ibn Ishaq, (C).

⁹ Nel *Dictionary of national biography* compaiono parecchi di nome Colville, ma nessun David.

¹⁰ Non segnalata da Sezgin, p. 35.

¹¹ L'edizione del testo arabo del commento rientra nei piani a lungo termine.

¹² Le note latine di Colvillus sono talvolta utili talvolta fuorvianti.

¹³ Nell'introduzione Pfaff dice di aver utilizzato per la sezione anatomica il lavoro di Simon.

Si deve osservare in generale che Pfaff non segna mai corruzione; se ciò corrispondesse alla realtà si tratterebbe di un caso fortunatissimo. Nella traduzione Pfaff emenda spesso, talvolta felicemente, ma non segnala né giustifica gli emendamenti; il testo è corrotto in più punti, il più importante dei quali si trova in corrispondenza a 337, 7 (su cui tornerò più sotto).

Nell'elenco seguente segno con asterisco gli errori che interessano i lemmi ippocratici.

Lemma sui vasi (CMG V 10, 1, 309-310, 21 = 120,12-124,8 L.)

*309,10 = 120,15 L.] κληῖδας è tradotto *Schlüsselbein*, singolare. Ma in arabo, come in greco, vi è il plurale *al-taraqī*. Pfaff traduce sempre *al-taraqī*, le clavicole, col singolare, oscurando perciò la effettiva *varia lectio* di 122, 1 L., dove l'arabo ha effettivamente il singolare, *tarquwah*.

* 309,28 = 122,8 L.] ἐπί τι χωρίον ἐν τοῖσιν ἀριστεροῖσιν μᾶλλον οὔσα. Nell'arabo, come in greco, *fino a un certo luogo sta particolarmente a sinistra*, tradotto da Pfaff: *bis zu einer Stelle die besonders linkseitig liegt*, dove Pfaff ha tradotto l'indefinito *ma*, di *ila maudf in-ma*, *fino a un certo punto*, come se fosse un relativo. Stesso errore a 319, 23.

*309,29 = 122,10 L.] dopo *sotto l'arteria* Pfaff ha ommesso *si consuma e giunge* che si trova nel greco, καταναλωθῆ καὶ ἔλθη.

*309,37 = 122,15 L.] nel testo *min hadha* da questo, letterale per ἀπὸ ταύτης tradotto liberamente *von hier*.

*310,3 = 122,16 L.] *min haithu*] *da dove*, ἐξ οὗ (variante galenica) non *wo*.

*310,8 = 124,1 L.] = *sitr al-sadr* (copertura del petto) στῆθος è tradotto erroneamente con *Brustfell* (pleura)¹⁴.

*310,13 = 124,4 L.] Pfaff ha ommesso *una vena* (*sc. pulsante* = un'arteria) *da entrambi i lati*, (di questo si discuterà più avanti).

*310,14 = 124,4 L.] *An dieser Stelle gelangt* (*die Lebervene*), *la vena giunge a questo luogo* dove vi è in greco ταύτη δέ πη...

¹⁴ Ma 324, 7 *Unterleib*, correttamente.

ἐληγεν. L'arabo ha *verso questo luogo si consuma*: i due verbi *nafadha*, penetrare e *nafida*, consumarsi, senza punti, sono scritti allo stesso modo.

*310,19 non vi è nell'arabo (neanche nel commento) *viele* con *Venen*, ma solo *ukhar*, *altre*. Va dunque integrato ἄλλαι.

Nel commento.

312,1 omesso dopo *ist*: «poi osserva ciò che c'è sotto».

312,2 omesso «sotto gli ipocondri».

314,30 *minha* (le vene) tradotto con *von den* come se si trattasse dell'addome. Gli addominali sono nutriti dai rami della cava.

317,37 ^c*ala al-mithal al-awwal* tradotto *wie die erste*. Si tratta del percorso della vena *azygos* del cuore alla spina dorsale che avviene *in modo uguale* verso sinistra. Traducendo *come la prima (coppia, quella delle intercostales supremae)* Ptaff ottiene che la prime coppia (ossia quelle delle intercostali supreme) si muova verso sinistra (ma è una coppia!) e che la *azygos* (la «non accoppiata») sia considerata una coppia!

320,16 Il secondo *Lebervene* deriva da un errore di Colvillus¹⁵ nello scorialense correttamente *hadha al-^cirq*, *questa vena*, come nel lemma (su tratta sempre della *azygos*).

321,32 *ila hadihi al-ghaya*, fino a questo momento, tradotto *bis zum Uebermass*.

323,34 e 38 *dieser Haut*: in arabo «membrane» (mediastinali) al plurale.

327 41 e 43 *Schadewandt*: nel testo il plurale *membrane*.

324,17 *muntasibah*, i muscoli retti dell'addome, tradotto *parallelen*.

325,1 omesso «e» tra il. *De ven art.* e le *AA*.

325,16 *unter der Brust*: nel testo *dopo il petto*.

325,35 *nach der Leber... gehen*: nel testo *si distribuiscono nel fegato...*

326,13 *entsprechend der ersten Lesart]* *ersten* manca nell-arabo ed è integrazione errata.

326,28 Il codice ha *al-^curuq alladhi*, evidentemente bisogna correggere in *al-^cirq*, dato che si parla della vena *azygos*.

¹⁵ Pfaff ha qui usato la copia parigina.

327,6 ss. da tradursi: *nasce dal suo stesso corpo un condotto in cui scorre il sangue dalla vena che penetra in esso.*

327,19 *il tendine del nervo*, tradotto *die Hauphäute des Felles.*

327,24 *jauhar* (sostanza) tradotto *Basis.*

327,17 *Die Häute*: nel testo il singolare (*la membrana*).

327,18 ss] Il testo è corrotto in Colvillus-Pfaff: nello Scorialense: «*infatti la tunica mediana del diaframma è il tendine del muscolo noro come sostanza del diaframma separatore: Al disopra di questa tunica vi è un'altra tunica la uqlae è la base delle membrane che stano sotto il petto da ciascuno dei suoi due lati...*» Questa anatomia è perfettamente in accordo con la descrizione del diaframma in AA.¹⁶

327,23 *nach den Brüsten*: nell'arabo *ila al-yadaini*, alle braccia. Pfaff ha letto *al-thadyaini*. In effetti la menzione dei vasi brachiali è già stata fatta a 323,20, dove Pfaff traduce correttamente *Armen*. Ippocrate infatti menziona le mammarie (secondo Galeno) più sotto, 124,1 L.

327,34 nel codice *basr* (vista) letto (o emendato) come *sadr* (petto).

327,35] *watar* (tendine) tradotto «*muscolo*».

329,24] *dass sie niemals die Zerschneidung eines Menschen gesehen haben*. Questa frase ha fatto credere che Galeno considerasse normale la dissezione umana. Ma si tratta di un'omissione di Colvillus, e poi di Pfaff. Nel testo arabo si legge: *che essi non hanno mai visto la dissezione del porco, per non parlare della dissezione dell'uomo.*

329,31] nell'arabo il testo è corrotto. Pfaff traduce *beredter und aufschlussreicher sei als was Aristoteles geschrieben hat*. Nel'arabo nessuna menzione di Aristotele.

LEMMA SUI TONOI

*328,32 = 124,14 L.] *an der beiden seiten der Wirbel am Schlüsselbein*; nel testo: *a lato delle due vertebre che sono attigue alle clavicole. Clavicole* al plurale conferma la lezione di M di Oss. *κατὰ κληρίδων.*

*328,35 = 124,16 poi 38 e 39 = 126,1, e spesso nel commento] *hadha al-^casab* è tradotto col singolare, *dieser Nerv*, errore gra-

¹⁶ AA. II 141 Simon.

vissimo, che nasce dalla scarsa pratica con la terminologia anatomica araba: si tratta di un *collectivo*, che del resto Pfaff occasionalmente traduce col plurale¹⁷. Quando nel greco vi è il singolare Hunain adopera il *nomen unitatis* ^c*asaba*: non vi è dunque una variante in Galeno, né nel lemma né nel commentario¹⁸.

*328,39 = 124,18 L.] nell'arabo *wa-yattasilu*, e sono *continui* (συνεχεῖς) che va riferito al precedente ^c*asab*, *collettivo*, *nervi*. Nel commento (337,6) Galeno parafrasa «*e questi nervi sono continui*». Pfaff lo riferisce a *baqiyuhu*, il suo resto τὸ ἐπίλοιπον, e traduce *setzt sich ein Rest an*. Il lemma correttamente tradotto suona: *ancora da dove il diaframma nasce, sono continui e il loro resto si dirama in mezzo sotto la vena pulsante*. Nel lemma di Galeno manca probabilmente ἀπὸ τοῦτου. Come si è visto *baqiyuhu* (il loro resto, τὸ ἐπίλοιπον) è tradotto come se fosse *baqiyatun*, un resto, facendo sospettare una inesistente *varia lectio*.

*328,39-42 = 126,2 L.] Pfaff rende erroneamente le forme verbali al singolare: si tratta invece di III maschili riferite al collettivo ^c*asab*, *nervi*.

COMMENTO

330,37 *Anfang des Wirbels*] *inizio della testa*.

331,25 *an dan beiden Enden*] *dalla base*.

331,26 *ersten Knocken*] *prima vertebra*.

333,36 *aus dem Kopfe*] *dal cranio*.

334,24 *mil dem ersten Nerv*] *nel testo con i primi due nervi*.

335,8 *der Nieren*] il testo ha invece *al-tikhal*, la milza, come è del resto ovvio.

336,10 *auf der Wirbelsäule*] *nel testo sui lombi*.

336,18 *Lendengegen*] nell'arabo *regioni delle anche* (λαγόνες) (ma in 335,24 tradotto correttamente *Hüften*).

¹⁷ Stesso uso anche nella traduzione di Hubaish delle *Anatomicae Administrationes*. L'uso del collettivo par designare un singolo nervo deve considerarsi un errore della tradizione.

¹⁸ L'errore ritorna parecchie volte nel commento.

336,34-35 *Mann e Frau*] dove il testo ha *maschio e femmina*: nessuna anatomia umana qui!

Discuterò ora il passo del commento più travagliato (f. 82v, 1.1-2):

337,5 *Anche nel discorso di Ippocrate* «questi nervi sono continui» (*muttasilun*)¹⁹. *E necessario sapere cosa intende con ciò*.

Segue una frase leggermente corrotta e difficile perché le parole sono senza punti.

Pfaff traduce *Denn es ist so dunkel wie wenn er sagte* che non ha relazione con quanto è scritto. Ma mettendo i punti opportuni nella prima parola e cambiando il *nun* finale della seconda in *ya* si ottiene:

Infatti il mio maestro Pelops affermava che le membrane sotto il diaframma si formano dai nervi dopo che essi si sono allargati e collegati assieme.

Una teoria siffatta assomiglia a quella di Erasistratos, la celebre *triplokia*, e infatti Galeno la critica più sotto come altrove critica Erasistratos. Egli rinvia qui (337,19) come nelle *Anatomicae administrationes*²⁰, al terzo libro *Sull'anatomia di Ippocrate*. Nelle *A.A.* è espressamente nominato Erasistratos.

337,16 nel cui novero entrano anche le tuniche tradotto *die nach ihrer Einrichtung in Hüllen liegen!*

337,19 *Wie die Nerven die übrigen Körperteile miteinander verbinden, so verbinden sich auch die Hüllen*] nel testo «come i nervi s'inseriscono nelle altre parti del corpo... così s'inseriscono anche nelle membrane».

337,40 *die von mir genannten Aeste*, nel testo vi è il singolare (*nomen unitatis*).

337,42 non *Von dem Nerv*, ma *con il nervo*.

338,35 «e sono continui (i nervi) anche da dove nasce il diaframma» tradotto *und auch da wo das Zwerchfell seinen Anfang nimmt setzt sich ein Rest an*.

¹⁹ Il testo arabo ha *questi nervi sono continui*. Pfaff traduce con un fantasioso *dass sich ein Rest ansitzt*.

²⁰ II 337 K. = I 129 G.

SCIATTERIE

Di minor peso le rese troppo libere:

327,43 *tabaqah* = tunica non *Schichte*.

328,1 *jauhar* sostanza, non *Inhalt*.

337,7 tutti i nervi: *der ganze Netz*.

Spesso (es. 337,3) il verbo *inhadara* (scendere) tradotto con *laufen*.

Questi errori di Pfaff nulla tolgono al fatto che egli ha tradotto la maggior parte del testo correttamente, con un buon equilibrio tra letteralità e fedeltà al testo, facendo inoltre alcuni emendamenti assai acuti. Bisogna tener conto anche del difficile momento (stampato 1933).

B) TRADIZIONE

333,11 *yabqa*, restano (*und dort verbleiben*): in luogo di «restano» leggere *yanfadu* «si consumano».

C) TRADUZIONE

310,20 Il traduttore ha erroneamente riferito ἀμφὶ ταύτας (124,7 L.) alle vene, si tratta invece del diaframma, almeno secondo Galeno.

Ciò premesso esaminiamo in quali casi il commento di Galeno arricchisce la nostra tradizione testuale:

A 121,1 L. Galeno omette ἐπὶ τὴν αὐτὴν χωρίον. In effetti la frase, che qui non dà senso, sembra trasposta da 122,8, dove è invece ben interpretabile. L'espunzione consente anche di risolvere le divergenze della tradizione tra αὐτὴν di VIHR αὐτῆς di M e ταυτ' di *Plac*. Galeno suggerisce anche l'espunzione di ἡ δὲ del rigo seguente.

A in 122 14-15 καὶ ἀπὸ ταύτης compare nella linea 124 in VIHR, nella linea 125 in Gal., in entrambe le linee in M e *Plac*.

E probabile che queste parole avessero collocazione incerta già nella tradizione anteriore a Galeno. Il testo di *Plac.* e di *M* mostra tale stato. In Galeno invece il testo è normalizzato in un modo, come nella tradizione diretta in un altro.

Il caso di 124,5 presenta parecchie difficoltà. Nel lemma si legge *Anche da questo nascono vene, da ciascuno dei due lati una vena* (sc., pulsante = arteria) *alla quale aderisce un nervo.*

Accanto a *vene* è certamente caduto *pulsanti*, come risulta dal commento, in cui questa parte del lemma è ripresa: (325,26) *anche da questo nascono vene pulsanti, da ciascuno dei due lati.* Questo testo è quello di *Plac.* ἀρτηρίαί ἐκ τούτου ἐκπεφύκασιν, ἔνθεν καὶ ἔνθεν ἀρτηρίαί τόνον ἔχουσα.

Nel commento manca *una vena* (sc. *pulsante*) che abbiamo trovato nel lemma. Infatti più avanti nel commento (326,2) Galeno continua il lemma: *con ciascuna delle vene pulsanti si unisce da ciascuno dei due lati un nervo.*

In questo testo par di capire che non vi fosse ἀρτηρίαί e che quindi si leggesse ἀρτηρίαί ἐκ τούτου ἐκπεφύκασιν ἔνθεν καὶ ἔνθεν τόνον ἔχουσαι. Il testo che Galeno commenta è in effetti questo, in cui *da ciascuno dei due lati* viene riferito a «nervo». Tuttavia Galeno propone anche un'altra interpretazione in cui *da ciascuno dei due lati* si riferisce certamente alle arterie. Questa lezione-interpretazione è in realtà quella rappresentata dal lemma *Anche da questo nascono vene, da ciascuno dei due lati una vena, alla quale aderisce un nervo.*

Da questo risulta che Galeno accoglie nel commento un testo differente da quello accettato come lemma, a meno che si sia prodotto un guasto nel lemma, come è certamente avvenuto con l'omissione di *pulsanti* accanto a *vene*.

CARATTERISTICHE DEL TRADUTTORE ARABO

Il traduttore mira a rendere il senso non la lettera, anche in casi in cui la resa letterale sarebbe necessaria per la comprensione del commento di Galeno. I verbi che designano distribuzione vengono con-

vertiti in verbi come *si diramano da* ²¹. Egli elimina nuances linguistiche quali l'imperfetto anatomico ²².

Di contro cerca di rendere con finezza nuances del greco 122,6 ἀποδιδοῦσα, ἀπο- «dalla fine».

GIUDIZIO SULL'INTERPRETAZIONE DI GALENO

A parte la selezione di lezioni compatibili con la propria interpretazione anatomica, selezione che non è stata fatta per primo da lui, Galeno fornisce una interpretazione del testo ippocratico talvolta faticosa e comunque diversa da quella data da interpreti moderni (Duminil, Harris). Ciò nasce dal desiderio di conciliare Ippocrate con la realtà anatomica. Bisogna tuttavia ricordare che Galeno non esita a biasimare l'oscurità di Ippocrate, non solo, ma ha condannare apertamente suoi errori anatomici.

Il punto di maggiore difficoltà è costituito da 122,3-5 perché Galeno vuole che ἐκείνη si riferisca alla intercostale suprema sinistra e che quel che segue si riferisca all'intercostale suprema destra, e che l'intercostale suprema sinistra sia ancora soggetto di προστύχη. Dal punto di vista anatomico ciò è comprensibile: l'intercostale suprema sinistra incontra la *azygos* che va verso sinistra; ma dal punto di vista sintattico è la seconda vena, ossia l'intercostale suprema destra, quella che incontra la *azygos* che si sposta verso sinistra.

Altra durezza sintattica si trova subito dopo, dove ἀποκαμφθεῖσα è secondo Galeno la *azygos*, prima designata da un participio al dativo. In realtà essa non può essere che la vena *hepatitis*. Tuttavia questo fatto, di per sé, non infirma l'interpretazione di Galeno.

BIBLIOGRAFIA

a) EDIZIONI

Erasistratus

Erasistrati fragmenta, ed. I. GAROFALO, Pisa, 1988.

Herophilus

Herophilus, the art of medicine etc., ed. H. von STADEN, Cambridge, 1989.

Hippocrates

²¹ 120; 141.

²² 120,15; 124,5.

Oeuvres complètes d'Hippocrate, ed. E. LITTRÉ, Paris, 1839-61.

Galenus

CMG Corpus Medicorum Graecorum

V 10,1 *Galenii commentaria in Hipp. Epid. II*, ed. F. PFAFF, Lipsiae et Berolini, 1934.

V 10, 2,2 *Galenii commentaria in Hipp. Epid. VI*, ed. WENKEBACH-PFAFF, Berolini, 1956².

V 4,1,2 *De placitis Hipp. et Plat.* ed. P. DE LACY, Berlin, 1978-1981.

SM Scripta Minora, ed. MARQUARDT, MÜLLER, HELMREICH, Lipsiae, 1907-9.

Anatomicae administrationes, ed. I. GAROFALO, Napoli, 1986.

Sieben Bücher Anatomie des Galen, ed. M. SIMON, Leipzig, 1906.

b) *STUDI IN ORDINE CRONOLOGICO*

Dictionary of (british) national biography, London, 1908.

1941 H. DEREMBURG-RENAUD, *Catalogue des manuscrits arabes de l'Escorial*, Tome II, Fasc. 2, Paris, 1941.

1942 K. BARDONG, «Beiträge zu Hippokrates-und Galensforschung», *NGG*, 1942, 7 pp. 577-640.

1953 G. VAJDA, *Catalogue des manuscrits arabes de la Bibliothèque Nationale*, Paris, 1953, vol. II s.v. *Epidemika*.

1970 F. SEZGIN, *Geschichte der arabischen Schrifttums*, Band. III, Leiden, 1970.

1973 C.R.S HARRIS, *The heart and the vascular system in ancient greek medicine*, Oxford, 1973.

1975 O. LOEFGREN-R. TRAINI, *Catalogue of the arabic manuscripts in the Biblioteca Ambrosiana*, vol. 1, Milano, 1975.

1979 W.D. SMITH, *The hippocratic tradition*, Ithaca and London, 1979.

1983 M.P. DUMINIL, *Le sang, les vaisseaux, le coeur dans la collection hippocratique*, Paris, 1983.

1988 J. KOLLESCH, In MANULI-VEGETTI (ed), *Opere psicologiche di Galeno*, Napoli, 1988.

1988 P. MANULI-M. VEGETTI (ed.), *Opere psicologiche di Galeno*, Napoli, 1988.

Problemi di edizione della sezione anatomica di *Epidemie II*

DANIELLA MANETTI - AMNERIS ROSELLI

(Università di Pisa)

Il contributo che il *Commento* di Galeno nella traduzione araba tramandata dal ms. *Scorialensis* 804, apporta alla costituzione del testo e all'interpretazione nel caso della sezione anatomica di *Epidemie II*, come abbiamo sentito, è di grande rilievo¹; oggi l'editore di *Epidemie II* dispone di un importante testimone che, per le sue vicende di tradizione, non rischia di essere stato contaminato sulla tradizione diretta ippocratica a partire dall'età bizantina² e che quindi permette di fare un sensibile passo avanti, sul piano della documentazione, rispetto all'edizione di E. Littré - nonostante che la traduzione araba imponga limiti oggettivi alla possibilità di confronto testuale ed apra uno spazio abbastanza ampio alla ricostruzione del dettato ippocratico.

Garofalo ha già illustrato i casi in cui la testimonianza di Galeno mette in evidenza alcune interpolazioni intervenute nella tradizione del testo e ci dà informazioni su varianti che, in qualche caso, rappresentano il testo che conosciamo dalla tradizione medievale, ma che non erano accolte da Galeno nel lemma (cf. 124,9 e 124,10): una grande quantità di nuovi dati rispetto ad una porzione così breve di testo.

Ci proponiamo ora di presentare alcune considerazioni sulle caratteristiche e sui problemi che la documentazione pone all'editore di *Epidemie II* in generale, e per questa parte del trattato in particolare.

Come è noto il più antico testimone di *Epidemie II* è il ms. *Vat. gr.* 276 (V) del XII sec.; rispetto ad *Epidemie VI*, che ha avuto la stessa tradizione medievale, manca in questo caso la testimonianza del *Marc.*

¹ *CMG* V 10.1, pp. 153 ss.: per i capitoli che ci riguardano, pp. 309-338; vedi la relazione di I. Garofalo in questo stesso volume.

² Diversamente dal commento ad *Epidemie VI* inoltre il *Commento* di Galeno ha avuto meno fortuna già in età tardo-antica (Hunain ebbe difficoltà a trovarne un testimone completo, e non ci sono conservate rielaborazioni, come è successo, ad opera di Giovanni Alessandrino e Palladio, nel caso del commento ad *Epidemie VI*).

gr. 269 (M) (del X sec.), e si deve far affidamento sul testo dei manoscritti più recenti che appartengono alla stessa famiglia (IHR).

L'edizione di *Epidemie II* si presenta in generale impresa più ardua rispetto a quella di *Epidemie VI* per una diversa situazione sia della tradizione diretta (assenza di un testimone importante quale è M) che di quella indiretta (tradizione solo araba del commento di Galeno); la traduzione araba del commento inoltre sembra poter configurare relazioni stemmatiche diverse da quelle che abbiamo individuato per il commento a *Epidemie VI*³ rispetto ai testimoni greci, e permetterci di darne una valutazione più precisa e più critica.

Una valutazione più complessa ed articolata dell'autorevolezza dei testimoni di tradizione diretta è tuttavia possibile almeno per i due capitoli che in *Epidemie II* sono dedicati alla descrizione dell'*hepatitis* e dei *tonoi*. Il primo dei nostri due capitoli, cioè l' «anatomia delle vene che nascono dal fegato», per usare un'espressione di Galeno⁴, è stato citato per intero nel *De Placitis*, e qualche informazione sul valore di questa testimonianza indiretta ci ha già dato Garofalo. Oggi disponiamo di un'edizione critica aggiornata, quella di De Lacy, che, diversamente da quella di Müller⁵, permette di leggere un testo più aderente ai dati della tradizione manoscritta galenica, non contaminato cioè sul testo ippocratico. Il testo di *Epid.* in *Placit.* è indenne da alcuni errori della restante tradizione ippocratica (p. es. 124,3 dove *Placit.* ha permesso già a Littré di recuperare la lezione ἀμφιβεβηκῦται), ma non da altri errori che si sono individuati grazie alla testimonianza prima ignota del commento di Galeno⁶. La testimonianza di *Placit.* appare comunque di difficile valutazione, forse anche a causa della non buona tradizione manoscritta di questo testo.

Ma la maggior quantità di problemi nasce in relazione alla testimonianza dello scritto che va sotto il titolo di *Natura delle ossa*⁷ che al cap. 10 (IX 178,3-180,23) contiene la stessa descrizione della vena *hepatitis* e dei *tonoi* di *Epid.* II 4.1-2 (V 120,12-126,3), uno dei non infrequenti casi di doppioni che si riscontrano nel *CH*: l'analisi di questo testo costituirà il nucleo della nostra relazione.

³ Vedi in particolare D. MANETTI-A. ROSELLI, *Ippocrate, Epidemie libro VI*, Firenze, 1982, p. LI.

⁴ *Placit.* 420, 29 De Lacy.

⁵ P. DE LACY, *Galen. On the Doctrines of Hippocrates and Plato*, CMG V 4.1.2, Berlin, 1978-84; I. MÜLLER, *Claudii Galeni De placitis Hippocratis et Platonis*, Leipzig, 1874.

⁶ Cf. relazione di Garofalo.

⁷ Galeno nel *Glossario* (XIX 142,2 e 128,1) lo cita come τὰ προσκείμενα τῷ μοχλικῷ oppure τὸ περὶ φλεβῶν ὃ προσκείμενον τῷ μοχλικῷ.

Definitivamente tramontata la tesi radicale di Ilberg ⁸ che *Oss.*, così come noi lo conosciamo dalla tradizione medievale, sia una compilazione piuttosto tarda e che addirittura i capp. 8-10 siano un'inserzione posteriore a Galeno, è oggi comunemente accettato che il testo di *Oss.* sia di formazione comunque antica, anche se, trattandosi di un assemblaggio, niente esclude che si sia costituito in tempi diversi. Questo scritto infatti, non sappiamo con che titolo, non solo è compreso fra i testi glossati da Erotiano, ma era sicuramente già parte del gruppo glossato da Bacchio (che infatti viene citato in Erot. E 39=38,18 N. ἐνεφλεβοτόμησε riferito a *Oss.* 18, IX 194,8). Dunque *Oss.* costituisce una sorta di dossier di testi raccolti «a tema» (in particolare, dal cap. 4 in avanti, il percorso dei vasi), la cui origine risale (in tutto o in parte) almeno al III sec. a.C. Per un altro aspetto il fatto che Aristotele, *HA* III 2, 511 b ss., citi diversi sistemi di vene, nella stessa sequenza dei capp. 8-9 del trattato (secondo Siennesi e secondo Polibo: quest'ultimo passo è contenuto anche in *Nat. hom.* 11), dimostra l'identità delle fonti dossografiche utilizzate da Aristotele e *Oss.*, evidenziando che *Oss.*, in ciascuno dei due casi (Siennesi e Polibo), fornisce il testo più ricco e completo. In teoria non si può dunque escludere che l'autore di *Oss.* abbia attinto alle stesse fonti da cui deriva il testo di *Epid.*, o addirittura che *Epid.* derivi da *Oss.*, come voleva Fredrich ⁹; poiché però è ormai comprovata ¹⁰ la pertinenza della sezione anatomica alla dottrina generale di *Epidemie*, che era stata messa in dubbio da Fredrich ¹¹, è più probabile che *Oss.* 10 derivi dal testo che compare in *Epid.* II, così come era tradito al più tardi nel III sec. a.C., anche se non necessariamente estrapolato da lì.

Dunque una fonte che ha buone *chances* di essere importante per la costituzione del testo; vedremo adesso il valore del suo più autorevole testimone, il manoscritto Marciano Greco 269, che Littré, sulla cui edizione dobbiamo ancora fondarci, non ha potuto utilizzare: la testimonianza di questo manoscritto diventa quindi particolarmente importante per l'editore di *Epidemie*. J. Jouanna, affrontando i problemi di edizione di *Nat. hom.* ¹², un trattato che si trova in una situa-

⁸ J. ILBERG, *Das Hippokrates-Glossar des Erotian und seine ursprüngliche Gestalt*, Leipzig, 1893, 134-35: la disposizione delle glosse di Erotiano (in collegamento con quelle di *Mochl.*) gli sembrava giustificare l'ipotesi che Erotiano ignorasse questi capitoli.

⁹ K. FREDRICH, *Hippokratische Untersuchungen*, Berlin 1899, p. 71; A. NIKITAS, *Untersuchungen zu den Epidemienbüchern II IV VI des Corpus Hippocraticum*, Diss. Hamburg, 1968, pp. 237-8 e n. 1, annovera questo caso, insieme a tutti gli altri casi di doppioni del *CH*, sotto la categoria di «testi che derivano da una fonte comune».

¹⁰ K. DEICHGRÄBER, *Die Epidemien und das Corpus Hippocraticum*, Berlin, 1933, p. 104 s.; V. LANGHOLF, *Medical theories in Hippocrates. Early Texts and the «Epidemics»*, Berlin, 1990, p. 145 ss.

¹¹ Per la presunta contraddizione con II. 2. 22-23; ma cf. DEICHGRÄBER, 98-105.

¹² *Hippocrate. La nature de l'homme*, CMG. I.3, Berlin, 1975, 118-122.

zione testuale parzialmente analoga a quella di *Epidemie* (M riporta due volte lo stesso capitolo sull'anatomia delle vene attribuito a Polibo), ha già impostato in termini generali il problema che si pone anche a noi; egli ha mostrato con evidenza, confermando per vie diverse una tesi di J. Irigoïn¹³, che il manoscritto Marciano è composito e frutto di un assemblaggio recente, e che il testo di M del cap. 9 di *Oss.* rispetto a quello di *Nat. hom.* 11 è più conservatore: il manoscritto Marciano testimonia insomma due diversi rami della tradizione della sezione anatomica di *Nat. hom.* Questo è importante anche per noi: si dovrà prestare particolare attenzione alla tradizione di M (che, come dicevamo, per cause accidentali conserva solo la redazione di *Oss.*), confrontandola con quella die *recc.* di *Epidemie* ed evitare di integrare *sic et simpliciter* al posto del perduto M di *Epidemie* la testimonianza di M in *Oss.* no scartando l'ipotesi che anche in questo caso M apporti dati di tradizione diversa (e più antica).

L'esame delle varianti conferma che M (in *Oss.*) ha un testo diverso da quello di V e IHR (in *Epid.* II), e che le concordanze tra M (in *Oss.*) e i soli *recc.* (in *Epid.*) sono irrilevanti: M doveva contenere due recensioni diverse di questo stesso passo, in *Epid.* e in *Oss.* Quello che Jouanna ha visto per il cap. 9 è ora confermato per il cap. 10; a noi manca la possibilità di un confronto con un altro ms. ippocratico antico (il *Par. gr.* 2253 (A) nel caso di *Nat. hom.*), ma la compattezza di tradizione all'interno di *Oss.* sembra garantita.

Noi però disponiamo di un ulteriore strumento di controllo dell'autorevolezza e delle caratteristiche della tradizione di M nella testimonianza delle glosse di Erotiano.

E conservata una sola glossa di Erotiano al testo di *Epidemie* II per la parte che ci riguarda (T 5 τόνοι), interessante dal punto di vista semantico (cfr. *infra*) ma non testuale.

Tuttavia c'è una glossa riconducibile al cap. 10 di *Oss.* che è entrata nelle edizioni ippocratiche di *Epid.* II di Littré ed Ermerins: si tratta di E 37 (38,16 N.) ἐδικραιώθη εἰς δύο διηρέθη, che è poi passata in Hesych. E 72 ἐδικραιώθη (corretto da Heins su ἐδικραιώθη) ἴσως ἐμερίσθη e in Gregorio di Corinto *De dialectis, Ion.* 181, p. 563-64 Schaefer.

In *Oss.* il ms. M dà ἐδιχώθη (corrotto in V di *Epidemie* in

¹³ J. IRIGOÏN, «Tradition manuscrite et histoire du texte», *RHT* 3, 1973, 1-13.

ἔδιώχθη¹⁴) e la stessa lezione ἔδιχώθη ricorre in *Placit.*; i mss. recenti IHR hanno ἔδιαιρέθη (!).

La glossa era stata attribuita a questo passo da Heringa¹⁵ ed ora viene indirettamente confermata dal commento di Galeno che nel lemma accoglie la lezione «teilt sie sich... in zwei Teile» (*CMG V 10.1 p. 309, 31 ss.*), ma nel commento (*CMG V 10.1 p. 319, 9*) dice «in einigen Handschriften finden wir statt “sie teilt sich in zwei Teile”: “es entstehen ihr zwei Ausläufer”». Dunque 1) Erotiano (o la sua fonte) leggeva ἔδικραιώθη in *Oss.*, 2) da alcuni manoscritti (o da commentatori) Galeno era a conoscenza di questa lezione anche in *Epidemie II*, ma quando cita el passo in *Placit.* conosce la lezione ἔδιχώθη che è passata in tutta la tradizione sia di *Epid.* che di *Oss.*, con la sola eccezione della curiosa forma dei *recc.* che danno l'impressione di risentire della spiegazione di Erotiano.

Il verbo διχόομαι è *falsa lectio* per δικραιόομαι come vuole LSJ s.v. διχόω? La forma usuale da questa radice è διχάζω, ma Arato testimonia anche διχαίω (δικαιόμενον v. 495; δικαιομένης v. 807) e da διχάω le forme διχόωντι v. 512; διχόωσα v. 605; διχόωνται v. 856)¹⁶. Nelle spiegazioni del verbo δικραιόομαι di Erotiano e di Esichio ricorrono termini banali come εἰς δύο διαιρέομαι o μερίζομαι: in *Oss.* 4 (170, 11) per lo stesso concetto si usa l'espressione διχῆ...σχίζονται (così anche in Arist. *HA III*, 513 b 17 e 31); διχόομαι, che i manoscritti quasi concordemente testimoniano, è quindi un verbo che ha buone probabilità di non essere pura banalizzazione.

Δικραιόομαι a sua volta è un verbo non altrimenti attestato, ma almeno i testi ippocratici testimoniano l'agg. δίκραιος in *Epid.* VI 1.10, con relativa glossa di Erotiano (Δ 4 = 31,13 N.), parallela ad E 38: τὰ διηρημένα εἰς δύο¹⁷, e in *Loc. hom.* 6 dove compare anche il derivato δικραιότης; e in *Oss.* 18 (IX 192, 20) abbiamo διακρέην detto di una vena, che Foes ha corretto in δικραίνην (mentre Littré conserva la *falsa lectio* διακραίνην di van der Linden). Se allora si propende per la lezione di Erotiano, ἔδικραιώθη, e la si accoglie nel testo come ha

¹⁴ E. NACHMANSON, *Erotianstudien*, Uppsala, 1917, p. 355, attribuisce a M la lezione ἔδιώχθη, ingannato dall'apparato del Littré, in cui alla sigla M corrisponde il ms. *Par. gr.* 2248.

¹⁵ A. HERINGA, *Observationum criticarum liber singularis, in quo passim veteres auctores, Graeci maxime, emendantur*, Leovardiae, 1761, p. 106 e O. REGENBOGEN, *Symbola Hippocratea*, Diss. Berlin, 1914, p. 54 s.

¹⁶ E particolarmente interessante è il caso della descrizione di Tritone in A.R., IV 1613-6: αὐτὰρ ὑπαὶ λαγόνων δίκραιρά οἱ ἔνθα καὶ ἔνθα / κήτεος ἀλκαίη μῆκύνετο κόπτε δ' ἀκάνθαις / ἕκρον ἔδωρ, αἶ τε σκολοῖς ἐπινειόθι κέντροις / μήνης ὡς κεράεσσιν ἐειδόμεναι διχόωντο, che contiene due parole rare (δίκραιρος e διχάω).

¹⁷ La stessa spiegazione dà lo scolio ad A.R., *II*. διπλῆ' ...οὐδ' ἀ διηρημένη εἰς δύο.

fatto Littré, di deve comunque riconoscere che anche l'altra variante è piuttosto antica ed ha una sua autorevolezza.

Le altre glosse di Erotiano ad *Oss.*, evidentemente irrilevanti per la costituzione del nostro testo, permettono tuttavia di valutare lo scarto tra la testimonianza di Erotiano e quella di M, il solo testimone antico di tradizione diretta e dunque, cosa che ci interessa in questo momento, il valore del manoscritto M.

Delle 14 glosse di Erotiano ad *Oss.* ben 9 attestano un testo diverso da quello di *Oss.* in M; in alcuni casi si tratta di cose banali (Γ 9=30,21 N. γαργαλισμοῦ invece di γαργαλισμόν, IX 190,8, un errore dovuto ad abbreviatura; Σ 22=79,1 N. συνοκωχῆ invece di συνοκωχῆς, IX 172,21; banale anche l'errore ὑπονησησαμένη, IX 192,22, di M rispetto ad Y 12=89,4 N. ὑπονησαμένη¹⁸, mentre T 12=85,6 N τετάρσονται invece di ἐκτετάρσονται IX 182,13, sarebbe dovuto al redattore B1 di Erotiano¹⁹) ma, oltre al caso di E 37 che abbiamo già discusso, restano 4 glosse che meritano attenzione.

Erot. II 40 (72,5 N.) περαιωθεῖσαι εἰς ἀλλήλας testimonia un costrutto diverso da quello di M περαιωθεῖσαι ἀλλήλαις IX 174,2²⁰. Analogamente la glossa H 8 (43,9 N.) ἠγκυροβόλησε testimonia la forma dell'aoristo, quando in *Oss.* 18 IX 194,5 sia M sia Gal. *Gloss.* (XIX 102,7 K.) hanno il perfetto ἠγκυροβόληται. Nelle spiegazioni i due glossari di Erotiano e Galeno hanno rispettivamente e coerentemente l'aoristo (κατήντησεν) ed il perfetto (ἐγκαταπέφυκεν ἀγκύρα ὁμοίως). Il contesto può spiegare l'origine della variante: ἠγκυροβόλησε si trova al limite tra una sezione in cui i verbi sono tutti al perfetto ed una in cui sono all'aoristo; il perfetto sembra una banalizzazione. In questo caso la discordanza tra i lemmi dei due lessici isola in modo molto chiaro la tradizione che confluisce in Erotiano e mostra che la lezione di M data almeno ai tempi di Galeno. Diverso è invece il caso degli altri due esempi che andiamo a trattare.

Erot. H 7 (43,8 N.) la glossa ἠγκιστρεύται ἀγκιστροειδῶς συμπέφυκεν, riferita ad *Oss.* 14 IX 186,21 ha un preciso corrispondente in Gal. *Gloss.* (XIX 102,6) che chiosa ἐγκαταπέπλεκται; ma in M si trova ἐγκισσεύεται. Il verbo corrisponde bene al gusto metaforizzante di *Oss.*, è a sua volta *hapax* ed è stato glossato da Esichio, E 30 ἐγκισσεύεται ἐμφύεται, πλέκεται.

Ed infine la stessa situazione si riscontra per Erotiano E 40 (38,21

¹⁸ Vedi anche GAL. *Gloss.* XIX 149,11 ὑπονησησαμένη ὑποκολυμβήσασα, ὑπελθοῦσα.

¹⁹ NACHMANSON, *Erotianstudien*, p. 347 e p. 497.

²⁰ Vedi NACHMANSON *ibid.*

N.) ἔξαμελγόμεναι ἔκθηλαζόμεναι. Ma in *Oss.* 19 (IX 196,2) leggiamo ἔξαθειλγόμεναι, e questa stessa forma costituisce il lemma di Esichio E 3506: ἔξαθειλγόμεναι ἔκθλιβόμεναι. Esichio conserva anche glosse collegate a questa: E 1545 ἀθέλγηται θηλάζηται ἢ θλίβηται²¹, che corrisponde a sua volta a Erotiano A 66 (20,1 N.), dove apprendiamo che la spiegazione che mette in campo θηλάζηται deriva da Bacchio, quella che mette in campo θλίβηται da Epicle²²; e ancora A 1544 ἀθέλγειν ἀμέλγειν.

Questi casi sono in sintonia con quanto si era visto per διχραιόμα/διχόμοι; testimoniano che il testo di M presenta una redazione diversa da quella che è alla base delle glosse confluite in Erotiano, ma non banalizzante; le divergenze non sono mai dovute a semplice sostituzione di parole difficili con i termini usuali che vengono usati per glossarle. Sembra che il testo risalga ad una edizione erudita e ad una redazione antica.

Questo il quadro generale del valore della testimonianza di *Oss.* per l'editore di *Epidemie*. Nel caso specifico del nostro testo, M è caratterizzato da molte lezioni (spesso errori) singolari e tuttavia in qualche caso conserva un testo superiore a quello di VIHR e spesso coincidente con Galeno e *Placit.* Vi sono d'altra parte evidenti tracce di rimaneggiamento del testo: probabilmente così si devono valutare il παχεῖς davanti a τόνοι (124,9) di cui M è l'unico testimone e il caso di 122,1 dove M è l'unico testimone delle parole ἄλλη δ' ἐκατέρωθεν ἀποκαμφθεῖσα ἄλλη (se ἐκατέρωθεν non è una banale duplicazione di κατώτερον).

Queste riflessioni devono essere presenti all'editore se vuol tentare di districare un complesso intreccio di dati di tradizione, ristabilendo la giusta distanza tra rami che si sono staccati, e che probabilmente non sono più stati messi a confronto fino alle edizioni moderne, quando si è proceduto ad un mescolamento di varianti che, soprattutto nel caso di *Oss.* e di *Placit.*, ha sfigurato la loro fisionomia tradizionale.

La trattazione della testimonianza offerta da *Oss.* non sarebbe completa se non affrontassimo anche il problema della valutazione dei capitoli 4-7 di *Oss.* La storia degli studi ippocratici ha infatti coinvolto nella interpretazione a lettura di *Epid.* II 4,1 questi capitoli che sono stati considerati, da Fredrich in poi²³, come rielaborazione del brano

²¹ Altre glosse, comprese tra A 1542 e 1548 si riconducono allo stesso verbo; cf. anche P. CHANTRAINE, *Dictionnaire Etymologique*, s. v. ἀθέλγειν.

²² Non sappiamo se possa essere troppo ardito far risalire la glossa E 40 a Bacchio, e concludere che la lezione ἔξαμελγόμεναι in *Oss.* risale a quel periodo.

²³ P. 72.

di *Epid.* II, e conseguentemente utilizzati come una parafrasi che chiarifica i molti punti oscuri del nostro brano. L'editore di *Epidemie* si trova di fronte a un problema che ha rilevanza sulla costituzione del testo, toccandone l'interpretazione. I capp. 4-7 sono davvero una sorta di testimone secondario, più o meno equivalente ad una parafrasi chiarificatrice, del brano di *Epid.* II? Quale valore deve essere loro riconosciuto dall'editore ipocratico?

Un esempio di come questo genere di testimonianza è stato effettivamente utilizzato è per es. il richiamo di Deichgräber²⁴ ad *Oss.* 6 (IX 172,3-6), in cui compaiono tre ramificazioni dei vasi all'altezza delle clavicole e si insiste particolarmente sulla loro bilateralità (παρὰ δὲ κληΐδος ἐκατέρῃς τῶν φλεβῶν δύο μὲν ἄνω, δύο δὲ ὑπὸ τὸ στῆθος, αἱ μὲν ἐς δεξιὰ αἱ δὲ ἐς ἀριστερὰ ἀπεσχίσθησαν ἀποσχίδες, πρὸς αὐχένος μὲν μᾶλλον αὐται' δύο δὲ πρὸς καρδίην μᾶλλον, αἱ μὲν ἐπὶ δεξιὰ, αἱ δὲ ἐπ' ἀριστερὰ) per giustificare il testo accolto da Littré (ἐξ ἀριστερῶν μὲν μία ἐγγὺς κληΐδων, ἐκ δεξιῶν δέ, ἐπὶ τι αὐτῆ χωρίον. ἄλλη δὲ ἐκατέρωθεν ἀποκαμφθεῖσα, ἄλλη δὲ σμικρὸν κατωτέρω ἀποκαμφθεῖσα, ὅθεν μὲν ἐκείνη ἀπέλιπε, προσέδωκε τῆσι πλευρῆσιν κτλ.) in *Epid* II 4.1 (V 120,17-122,3) sulla base del cap. 10 di *Oss.* che è l'unico testimone del segmento ἄλλη δὲ ἐκατέρωθεν ἀποκαμφθεῖσα, ἄλλη, contro sia i codd. di *Epid.* sia la citazione in *Gal. De placitis*, sia, aggiungiamo noi, il lemma e commento di Galeno²⁵.

E dunque importante esaminare preliminarmente il rapporto fra questi capitoli di *Oss.* e il testo di *Epid.*

È stato Fredrich il primo a sostenere che in *Oss.* ritornano tutti i termini chiave di *Epid.* (παλινδρομεῖν, ἀποσχίδες, μετέωρος, εὐθύς, ὁ τῆς ἀρτηρίας τόνος) ma che in *Oss.* è descritto in modo sistematico ciò che in *Epid.* è frammentario od oscuro; la tesi di Fredrich è stata poi ampliata da Regenbogen con un'analisi comparata dei dati, fino a concludere che i capp. 4-7 e 10 di *Oss.* sono pezzi di uno stesso più ampio trattato²⁶. La versione più recente e più articolata di questa posizione è nel libro di M.P. Duminil²⁷, che critica le conclusioni di Regenbogen sull'esistenza di un trattato sistematico di anatomia e sostiene che per la redazione di *Oss.* 4-7 è stato utilizzato il materiale

²⁴ P. 102 s.

²⁵ Diversamente DEICHGRÄBER, p. 102, sostiene che il commento di Galeno conosce questa lezione.

²⁶ P. 56 ss.

²⁷ *Le sang, les vaisseaux, le coeur dans la Collection Hippocratique*, Paris, 1983, pp. 42 ss.; 109 ss.

bruto di *Epid.*, eliminandone le ambiguità lessicali, le oscurità di esposizione e riempiendo le sue lacune.

Alcune affinità di linguaggio sono innegabili, p.es. l'uso del verbo παλινδρομέω²⁸, o di μετέωρος²⁹ e ἀποσχίς/διασχίς³⁰ ma non bisogna per il resto sopravvalutarle, poiché si tratta comunque di una affinità derivata da identità di oggetto, cioè il percorso dei vasi all'interno del tronco. Buona parte dei vocaboli che nei due testi descrivono il percorso dei vasi appartengono infatti ad un fondo comune che si riscontra p.es. anche in Aristotele³¹. In ogni caso si riscontrano termini assolutamente peculiari a *Epid.* come ἐδιχώθη/ἐδικραιώθη. Il caso poi, sul quale si fonda principalmente tutta la costruzione dell'analogia fra i due testi, è la presenza di ὁ τῆς ἀρτηρίας τόνος a cap. 7 (172, 22 ss. καὶ τὸ ἰθὺ ἀδέτης πρὸς σφονδύλων μᾶλλον ἐστὶν ἢ ὁ τῆς ἀρτηρίας τόνος καὶ ὁ τῆς ἀπὸ τοῦ ἥπατος φλεβός), che viene identificato come corrispondente a *Epid.* II 4.1 (124, 3-4) ἀρτηρίαὶ δὲ ἐκ τούτου ἐκπεφύκασιν ἔνθεν καὶ ἔνθεν [ἀρτηρίας] τόνον ἔχουσαι, dove l'espressione indicherebbe la tensione particolare di questi vasi che sarebbe diversa da quella delle vene³². L'analogia risulta già molto compromessa dall'esame dello stato della tradizione testimoniato da Galeno³³, perché il testo di *Epidemie* è molto dubbio in questo punto e tenderemmo a credere che l'espressione ἀρτηρίας τόνον ἔχουσαι sia l'esito di una corruzione sopravvenuta allo spostamento del soggetto (ἀρτηρίαὶ) accanto alla locuzione avverbiale ἔνθεν καὶ ἔνθεν, dove si sarebbe corrotto in ἀρτηρίας. Non è comunque corretto sovrapporre *sic et simpliciter* il sintagma τόνον ἔχειν di *Epid.*, vi sia o no un genitivo dipendente, con l'espressione di *Oss.* ὁ τῆς ἀρτηρίας τόμος: il primo è attestato un paio di volte in *CH* a descrivere un particolare stato patologico, in relazione alle evacuazioni³⁴, e nel suo uso più generico, anche al di fuori dei testi medici, indica uno stato di tensione. Nel *CH* invece non si riscontra altrove l'uso di *Oss.* del sostantivo

²⁸ V 124, 5 e IX 170, 25; 172, 8 e 18. In *CH* più comunemente riferito a sintomi o fasi della malattia che non raggiungono la crisi e regrediscono: p.es. *Epid.* II 3.18 (V 120, 6) dell'erisipela; II 1.7 (V 78, 10) della malattia.

²⁹ V 120, 14; 122, 6 (μετεωρίζεσθαι); 122, 10 (ἐμετεωρίσθη), e IX 172, 10. L'aggettivo indica più comunemente in *CH* uno stato patologico.

³⁰ I due termini compaiono solo qui (V 122, 7 ἀποσχίς e IX 172, 1 διασχίς; 172, 5 e 19; 174, 1 (ἀποσχίς) e in *Fract.* 44 (III 554, 19) διασχίς, ma i verbi della famiglia (σχίζομαι e composti) sono molto diffusi nelle descrizioni anatomiche; ἀπόσχισις in *ARIST. HA* 514 a 13.

³¹ Oltre ai numerosi composti di σχίζομαι e φύω, cf. p. es. διαδίδομι in *PA* 668 a 4; καταναλίσκομαι in *PA* 671 b 11; μετέωρος in *PA* 670 a 9: ὅπως οὔσαι (sc. αἱ φλέβες) μετέωροι μένωσι... πρὸς τὸ σῶμα.

³² FREDRICH, p. 72; da ultimo DUMINIL, p. 36 ss.

³³ Cf. *supra* Garofalo.

³⁴ Cf. *Coac.* 606 (V 724, 20) κοπρώδης μετὰ τόνου διαχώρησις. 634 (V 732, 1) διαχωρήματα τόνον ἴσχοντα.

seguito da un genitivo di specificazione. Si tratta probabilmente di un uso perifrastico in cui l'espressione vale il «percorso», la «linea» dell'arteria o di altro vaso, il tratto di estensione³⁵, come suggerisce anche l'uso di Erodoto in *Storie* VII 36³⁶. Il contesto di *Oss.* 7 dimostra l'equivalenza fra le espressioni τὸ ἰθὺ ἀπ' αὐτῆς e ὁ τῆς ἀρτηρίας τόνος e poi ὁ (τόνος) τῆς ἀπὸ ἥπατος φλεβός (subito seguiti da ὁ μὲν ἰθὺς τόνος ἀπ' αὐτέης IX 172, 24). Il passo è interessato infatti a descrivere la posizione relativa rispetto alle vertebre di singoli tratti dei vasi, di cui si è appena parlato, nella zona fra cuore e sterno (mentre si osservi che nel punto in questione di *Epid.* si parla della zona dei reni). Il significato che riconosciamo in questa espressione, fra l'altro, corrisponde abbastanza a ciò che è spiegato dalla glossa di Erotiano T 5 a *Epid.* II 4.2 τόνοι, che dà prima una spiegazione generale nei seguenti termini τὰ περιτεταμένα σώματα ταῖς σαρξίν, οἷον φλέβας, νεύρα καὶ τὰ ὅμοια, τόνους ὀνομάζει ἀπὸ τοῦ περιτεταῖσθαι κτλ. In conclusione le coincidenze lessicali non sono sufficienti a giustificare l'ipotesi che l'autore di *Oss.* si sia ispirato a *Epid.* II.

Per quanto riguarda il contenuto, Deichgräber ha mostrato per primo, e Langholf ha poi lungamente analizzato³⁷, come in *Epid.* II 4.1-2 vi siano indizi che lo rivelano una sorta di protocollo di dissezione, scritto a breve distanza dall'anatomia. Tali indizi sono costituiti dalla mescolanza di tempi presenti e passati (specie imperfetto e piuccheperfetto) e da espressioni di dubbio che ci riportano in primo piano tutte le difficoltà dell'osservazione anatomica per gli antichi, spesso sottovalutate nel continuo tentativo di rapportare il testo a ciò che sono le nostre attuali conoscenze. Ora, se si esaminano attentamente i capp. 4-7, invece di una maggiore sistematicità si ritrovano in essi gli stessi elementi di *Epid.*: sembra dunque improbabile che i capitoli 4-7 di *Oss.* siano la versione più sistematica e chiara di ciò che verrebbe descritto sommariamente in *Epid.* In particolare, il cap. 4, il cui inizio sembra essere lacunoso o malamente tagliato (αὐται δ' αἱ φλέβες IX 170, 11), è incentrato sull'analisi dei vasi in comunicazione con i reni e sembra essere motivato da considerazioni fisiologiche sulla formazione dell'urina, solo parzialmente esplicitate. L'osservazione anatomica risponde a quesiti teorici e polemici, come è chiaro dalla frase (170, 18 ss.) σπογγοειδὲς γάρ ἐστι τὸ ἀπ' αὐτέων ἐς τὴν κύστιν, καὶ ἐνταῦθα διηθούμενον καὶ ἀποκρινόμενον ἀπὸ τοῦ αἵματος τὸ οὖρον, διὸ δὴ ἴσως (ἴσως M. om. cett.) ἐρυθρόν ἐστιν οὐδὲ γὰρ ἐς τοὺς νεφροὺς (οὐκ add. M perp.) ἦσαν ἄλλαι φλέβες ἢ αἱ εἴρηγται,

³⁵ Cf. ARIST, *PA* 671 b 11 ὁ δ' ἀπὸ τῆς φλεβός τείνων πόρος, che mostra una perifrasi analoga.

³⁶ ... κορμούς ξύλων καταπρίσαντες καὶ ποιήσαντες ἴσους τῆς σχεδῆς τῆ εὐρεῖ κόσμῳ ἐπετίθησαν κατ' ἕκαστον τῶν ὄπλων τοῦ τόνου.

³⁷ DEICHGRÄBER, pp. 103 ss.; LANGHOLF, p. 148 s.

οὐδ' ὅποι (ἢ add. M perp.) ἄν τὸ ποτὸν ξυντήκοιτο, ὅσον ἐγὼ οἶδα («Poiché il canale dai reni alla vescica è spugnoso e in questo punto l'urina si filtra e si separa dal sangue: questo il motivo, forse, per cui è rossa. E non vi erano altri vasi verso i reni oltre a quelli che sono stati detti, né, per quanto io sappia, un luogo in cui la bevanda potesse essere raccolta»). È altrettanto chiaro che qui, come in *Epid.*, ci sono sia il richiamo ad un effettivo episodio di dissezione e sia l'espressione del dubbio, due elementi che non fanno parte di un'esposizione sistematica.

Inoltre il cap. 5 non ha alcun legame evidente con il cap. 4, poiché esamina i vasi che vanno alle costole in relazione alla «arteria» (aorta); il cap. 6 si concentra sui vasi della regione clavicolare. Poiché però il cap. 7 sembra richiamarsi all'arteria citata a cap. 5 (ἀπὸ τῆς ἀρτηρίας ταύτης), si può forse vedere maggiore continuità tra i capp. 5-7.

Il cap. 7 espone il percorso dei vasi del tronco, fra i quali è senz'altro compresa anche la vena che viene dal fegato, cioè il corrispondente della *hepatitis* di *Epid.*³⁸. Anche per il cap. 7 si percepisce un *leitmotiv* della descrizione: nel parlare del percorso dei vasi si insiste continuamente a specificare se essi sono sospesi o attaccati a qualche altro organo, se sono «semplici» o no, se «poggiano» sulla colonna vertebrale, se sono più o meno vicini alle vertebre. Tutto ciò purtroppo costituisce solo un'allusione a potenziali presupposti teorici o polemici che rimangono per noi irraggiungibili. In sostanza, *Oss.* in questi capitoli partecipa delle stesse caratteristiche di *Epid.* e si rivela un testo probabilmente destinato ad un uso interno, forse didattico, di circoli medici che condividono gli stessi interrogativi e problemi, testi che dunque si caratterizzano per avere gran parte delle loro motivazioni implicite³⁹. Certo il quadro che ne risulta non sembra presentare il testo di *Oss.* come più sistematico di quello di *Epid.*, al contrario entrambi selezionano il materiale da un punto di vista ben orientato e circoscritto: p.es. l'attenzione che l'autore di *Epid.* rivolge al punto terminale del percorso dei vasi (si veda l'uso del verbo καταναλίσκομαι e di altri termini che indicano il «cessare» l'«estinguersi» di un

³⁸ Ma non è altrettanto sicuro che essa coincida con, o venga definita, la vena «piena di sangue». La frase iniziale del cap. 7 (172, 9) ἢ δὲ αἰμόροστος ἀπὸ τῆς ἀρτηρίας ταύτης διὰ τοῦτο ἐσχίσθη κτλ. indica che almeno in questo caso l'aggettivo è riferito ad un vaso che deriva (σχίζομαι ἀπὸ) dall'arteria e quindi non può essere riferito alla vena che viene dal fegato: cf. C.R.S. HARRIS, *The Heart and the Vascular System in Ancient Greek Medicine*, Oxford, 1973, p. 58.

³⁹ L'opinione che abbiamo per la prima volta a che fare con testi sganciati da preoccupazioni terapeutiche o eziologiche è espressa da DUMINIL, p. 127: cf. invece LANGHOLF, 145 ss.; per il collegamento della dissezione a singoli problemi terapeutici o teorici, G.E.R. LLOYD, *Magic, Reason and Experience*, Cambridge, 1979, 156-69.

vaso come ἀπολείπω, ἐκλείπω, λήγω)⁴⁰, è totalmente estranea al redattore di *Oss.*

La descrizione di un sistema fondato su due vasi paralleli e simmetrici, costruita dalla critica ippocratica, non si attaglia né ad *Oss.* né ad *Epid.*, il cui contenuto più probabile sembra essere la descrizione dei vasi derivati dalla *hepatitis*, utilizzando un vaso come l'«arteria» come punto di riferimento. Converrà comunque abbandonare l'uso di *Oss.* come fonte secondaria per l'interpretazione di *Epid.* e invece valorizzare i capp. 4-7 a pieno per quello che possono offrire sul piano del confronto fra testi che rispondono alle stesse esigenze, ma che sono sostanzialmente autonomi l'uno dall'altro.

⁴⁰ L'applicazione di questi verbi al percorso dei vasi è eccezionale all'interno del *CH.*

Médecine et philosophie dans l'*Ad Gaurum*, sur la manière dont l'embryon s'anime

JANINE BERTIER

(CNRS, Paris)

I. En 1895, K. Kalbfleish éditait dans les Mémoires de l'Académie de Berlin, d'après un Ms. grec de Paris (Suppl. 635), qui avait été inventorié en 1844 par M. Mynas, un texte attribué à Galien, intitulé «*A Gauros, sur la manière dont l'embryon s'anime*»¹. Une minutieuse étude de cet écrit avait conduit le philologue à conclure qu'il ne s'agissait pas d'une oeuvre de Galien, dont on connaît les positions et les doutes sur le sujet en cause², mais de celle d'un néoplatonicien féru de médecine, sans doute de Porphyre, disciple et éditeur de Plotin. Les indices de cette attribution tenaient à des mots, à des coïncidences significatives d'expressions avec celles d'un recueil porphyrien intitulé *Sententiae ducentes ad intelligibilia*³, enfin aux implications de témoignages de Jamblique et de Psellos⁴ attestant que Porphyre avait traité le sujet de l'animation de l'embryon de façon concordant avec le contenu de l'*Ad Gaurum*.

Ainsi restitué au domaine des spécialistes du néoplatonisme ou à celui des sciences religieuses⁵, l'*Ad G.* n'a guère retenu l'attention des historiens de la médecine. Comme Galien l'avait remarqué, un tel sujet ne concerne pas l'art médical⁶. Mais l'*Ad G.* doit trop à une culture médicale, dont on sait à quel point elle a marqué la philosophie, pour qu'on ne s'intéresse pas à cet exemple de tentative de résolution d'un problème classique par la transposition à la physiologie humaine des principes de l'ontologie néoplatonicienne. Rapellons celui de la hiérarchie des instances du réel (Un, intellect, âme, nature) et l'axiome

¹ *Die neuplatonische, fälschlich dem Galen zugeschriebene Schrift. Πρὸς Γαῦρον περὶ τοῦ πᾶς ἐμψυχοῦται τὰ ἔμβρυα*, Berlin, 1895, 80 p.

² *De foet. form.* (IV 670, 695 sq. 700 K.); *De us. part.* XV 5, ed. Helmreich II sp. 357, 12 sq.

³ Ed. Lamberz, Lipsiae, 1975.

⁴ *De anima* (STOBÉE, *Anth.*, ed. Wachsmuth I 381-382, trad. Festugière, 1953; PSELLOS, *De omnifaria doctrina*, ed. Westerink, Nimègue, 1948.

⁵ Trad. fr. Festugière (*La révélation d'Hermès Trismégiste*, Paris, 1953, III, 265-305).

⁶ *De subst. fac. nat.* (IV 762-763 K.).

d'engendrement nécessaire de l'inférieur par le supérieur, qui exclut toute *consubstantialité* de droit du rejeton avec son géniteur ⁷.

Comme on le verra, la règle de la position des hypostases vaut aussi pour le statut initial du rejeton de l'homme et de la femme: celui-ci ne leur est pas *consubstantiel*, tant qu'une âme venue du dehors ne l'a pas, à sa naissance, rendu semblable à eux.

S'y ajoute un principe de gouvernement de l'inférieur par le supérieur, qui exclut toute participation du premier à la vie du second, et dont l'application à la situation mutuelle de la mère et de l'embryon justifiera la radicale *in-conscience* et *in-sensibilité* de la vie de ce dernier jusqu'à sa naissance ⁸.

Ces principes constituent l'horizon indépassable et fondateur de la résolution d'un problème menée dans le cadre d'une argumentation très structurée et flamboyante. De quelle connivence entre le néoplatonisme et la physiologie se nourrit l'*Ad G.*, c'est ce que le rappel de quelques éléments significatifs de ce texte peut aider à comprendre.

II. Par sa forme, l'*Ad G.* s'apparente au genre littéraire des *Problèmes* ou encore à ce qu'on appellera plus tard *Quaestio disputata*: exposition d'une aporie, suivie de sa résolution raisonnée par le truchement de thèses divergentes, étoffées d'emprunts tant à des auteurs de référence qu'à des faits d'expérience apportant en témoignage la preuve de la justesse de celles-ci. Sur le plan méthodologique, ce genre reste très tributaire de procédures exégétiques et judiciaires. D'ailleurs à bien le considérer, l'enchaînement des trois parties proposées par Porphyre lui-même (I et II: présentation et réfutation de deux façons de comprendre que l'embryon est un animal; III: et quand bien même il en serait un, la thèse sur l'animation qui est soutenue n'en serait pas moins valide) ⁹ évoque davantage le plaidoyer qu'une démonstration telle qu'un moderne se la représente. Mais ce trait n'est pas propre à l'*Ad G.*: il marquera la philosophie naturelle jusqu'à l'instauration des sciences expérimentales.

L'aporie est résumée dans le titre: «*De quelle façon l'embryon s'anime*». Compte tenu du sens du terme *s'animer*, la question posée n'est autre que celle du statut vital de l'embryon. Porphyre en justifie

⁷ *Ad G.* 6, 2 (42, 20); consubstantiel est un terme plotinien (*Enn.* IV 4, 28, l. 55; IV 7, 10, l. 19).

⁸ *Ad G.* 6, 3 (42, 29-30); 10, 2 (46, 21); 10, 5 (47, 17 sq.).

⁹ I^o partie: 2, 1-12, 7; II^o p.: 13, 1-16, 9; III^o p. 17, 1... La fin, mutilée a été complétée avec des éléments empruntés à l'*Hermippus sive de astrologia* (attribué à Actuaire), ed. G. Kroll, P. Viereck, Lipsiae, 1895.

la pertinence par l'embaras qu'elle procure aux médecins et aux physiologues: Abstraitement, cette question se présente de la façon suivante: A supposer que l'être conçu et en gestation doive être un animal, l'est-il déjà pendant sa gestation, comment faut-il comprendre pour la période précédant sa mise au monde la réalité des fonctions vitales qui seront les siennes une fois qu'il sera né.

A cette question, on le sait, trois réponses ont été apportées: Les deux premières obéissent à un principe du tout ou rien, selon lequel il n'y a pas de milieu entre être et n'être pas un animal. Mais elles s'opposent à propos du moment qu'il convient de fixer pour l'animation de l'embryon. Selon la première, l'animation est acquise dès la conception. L'embryon est un animal parce qu'il s'apprête à en être un une fois mis au monde. Selon la seconde, l'animation ne se produit qu'à la naissance. L'embryon n'est pas un animal et toute son existence intra-utérine est exclusivement végétative. Cette réponse est la plus longuement développée par Porphyre. Quant aux partisans de la troisième position, ils acceptent que l'animation, c'est à dire le caractère d'animal de l'embryon s'installe progressivement au cours de la gestation; Ce sont des partisans de ce qu'on appellera l'épigénèse. Ils se fondent sur les connaissances acquises par la pratique de l'obstétrique, par celle de la dissection des embryons de vivipares, toutes connaissances qui imposent la notion de stades distincts de la croissance de l'embryon. Ces connaissances mettent en effet en évidence l'apparition successive d'organes de nature et de fonctions différentes qui vont progressivement rendre possible et commander la vie végétative et la vie animale (vie de relation) du sujet en gestation.

La question du statut de l'embryon a pour contre-partie celle de l'origine de l'âme, facteur décisif de qualification de celui-ci comme animal. L'embryon est-il supposé être un animal dès sa conception, l'âme lui est présente dès ce moment, déjà en puissance de toutes les fonctions qui seront les siennes. A l'inverse, la qualification progressive ou tardive de l'embryon comme animal implique pour l'âme une entrée en scène postérieure à la conception ou même contemporaine de la naissance.

Parmi les enjeux théoriques de ces questions figure celui de la complémentarité de la transmission de l'âme au même titre que celle du corps de génération en génération ¹⁰. Non moins important, celui, lié à la représentation de la conception comme une rétention de la

¹⁰ *Ad G.* 2, 4 (35,27 sq.) 2, 5 (36,8-9); 17, 2 (58,21-22).

semence dans la matrice ¹¹ et à celle de l'animation comme la capture d'un principe de vie, désormais prisonnier du corps ¹².

III. Porphyre n'est pas le premier à avoir traité du statut vital de l'embryon humain. En dehors des écrits médicaux classiques, les textes les plus intéressants pour la compréhension de son propos se laissent répartir en deux groupes selon qu'ils sont théoriques, polémiques ou bien doxographiques.

Au premier groupe se rattachent quelques paragraphes des *Mémoires pythagoriques* d'Alexandre Polyhistor, dont l'auteur expose une cosmologie inspirée du *Timée* et dont la partie médicale reviendrait à Dioclès de Carystos ¹³, avec une thèse de l'animation immédiate de l'embryon par un double principe de vie et d'âme.

On peut y compter également un extrait d'Hermès Trismégiste, de même conception générale, mais porteur d'une thèse opposée, admettant l'entrée de l'âme dans le corps de l'homme, à sa naissance ¹⁴.

Anti-platonicien déclaré et résolument polémique dans son *De anima* Tertullien, qui veut persuader ses adversaires que l'homme doit à ses parents son âme au même titre que son corps, emprunte à une source médicale des arguments destinés à montrer que l'embryon est un animal dès sa conception ¹⁵.

Les historiens de la médecine connaissent bien l'écrit du Corpus galénique, *An animal sit quod in utero est* ¹⁶. Dans un même contexte cosmogonique hérité du *Timée*, l'auteur montre que l'embryon jouit de fonctions commandées par la nature ainsi que par l'âme et de la raison. Il complète son argumentation en alléguant le bien-fondé de certaines lois interdisant l'avortement et celui du pouvoir d'hériter reconnu par le droit romain à l'enfant postume ¹⁷.

Si la pratique de la doxographie remonte à Aristote, c'est à Aétius qu'on doit le recueil des *Placita philosophorum* dont plusieurs chapitres du livre V concernent la reproduction humaine. Sont particulièrement importants les ch. 15 (Si l'embryon est un animal), dont le sujet

¹¹ Pour la définition médicale, SORANOS I 43,8 sq. ed. Burgière, Gourévitch, Malinas, Paris, 1989.

¹² Pour la transition de la conception à la capture, *Ad G.* 2, 3 (35,17-21); 11, 2 (48,18-20); 14, 4 (54,20-25).

¹³ DIOGÈNE LAERCE VIII 28-29.

¹⁴ Fragments et extraits, ed. Nock-Festugière III 66-75, Paris, 1954.

¹⁵ Ed. Waszink, Amsterdam, 1945, Ch. 25-27 et Comm. 317-353.

¹⁶ Ed. Wagner, Marburg, 1914.

¹⁷ *Ibid.* 16,20-22.

concorde avec celui de l'*Ad G.*, 16 (Comment l'embryon se nourrit) et 26 (Comment les plantes croissent-elles et si elles sont des «animaux»). Ces chapitres et quelques uns de ceux qui les entourent constituent un vivier d'arguments dont certains présentent des ressemblances significatives avec certains de ceux de l'*Ad G.* En dehors des thèses attribuées à Platon à propos du statut d'animal de l'embryon et de celui des plantes, on doit retenir celles, attribuées aux Stoïciens, sur le statut de *fruit* de l'embryon et sur la manière dont il se nourrit, ainsi que la position d'Hérophile pour qui la première respiration marque la transformation de l'embryon en animal ¹⁸.

Sans insister sur les textes parallèles aux *Placita* d'Aétius réunis par Diels dans les *Doxographi graeci*, il faut en venir aux *Definitiones medicae* du Ps. Galien. Les arguments présentés en 445 en faveur du statut d'animal de l'embryon font état d'une syntonie sensitive et affective complète entre l'embryon et sa mère. On en trouvera l'équivalent dans l'*Ad G.* ainsi que des parallèles avec la thèse inverse. La fin du paragraphe préserve une opinion d'Asclépiade, selon qui l'embryon n'est ni un animal, ni un non-animal, mais ressemble à un dormeur. La formule vaudra d'être comparée avec les termes dans lesquels Porphyre développe son aporie ¹⁹.

La doxographie n'est pas un art figé. Comme on l'a vu, c'est à l'*Anthologie* de Stobée qu'on doit les extraits du *De anima* de Jamblique dont un chapitre résume les positions d'Hippocrate, de Galien et de Porphyre sur l'entrée de l'âme dans le corps, et enfin au byzantin Psellos qu'il a été donné de fournir un dernier état de la question du statut de l'embryon, rapportant les opinions d'Hippocrate, de Galien et de Porphyre.

IV. L'*Ad G.* se caractérise par une argumentation contradictoire ainsi que par le soin apporté à l'analyse de certains termes.

La démonstration que l'embryon n'est pas un animal et que son animation se produit au moment de la naissance repose sur la réfutation successive de thèses inégalement développées qui amènent à poser que: 1) l'embryon n'est pas un animal en acte, 2) l'embryon n'est pas un animal en puissance, 3) même si cela était, l'animation ne s'en produirait pas moins du dehors du corps, car l'âme, à la différence du corps ne vient pas des parents ²⁰.

Tous les développements reposent sur un bilan comparé des fonc-

¹⁸ *Dox. gr.* Diels 425 a 14-427 a 2; 438 a 4-20.

¹⁹ XIX 451-452 K.

²⁰ *Ad G.* 2,5 (36,4-10).

tions vitales de l'embryon et de celles de l'être mis au monde. Ce bilan impose l'idée d'une opposition tranchée entre le mode de vie intra-utérin et le mode de vie postérieur à la naissance. Tout ce qui pourrait suggérer l'idée d'une progression insensible effaçant la frontière de la naissance est récusé ²¹.

Le rappel des fonctions animales et végétales ou végétatives s'accompagne d'analyses sémantiques dont les principales concernent l'éluclation des termes *en puissance*, *animal*. En philosophe, Porphyre, qui sait qu'une aporie procède autant de l'ambiguïté des concepts sous-tendant les thèses à discuter que de la simple discordance des opinions, se demande ce que l'on veut dire quand on dit *en puissance*, *animal*. De plus, en lexicographe, il précise les limites acceptables de l'emploi du terme *âme*.

En puissance prend deux valeurs distinctes selon qu'on le dit d'un être qui s'apprête à être ce qu'il va être, qui est en sursis de sa propre manifestation, ou qu'on le dit d'un substrat à rendre capable de recevoir sa forme spécifique.

Cette analyse des sens du terme *en puissance*, marqué par l'emploi inhabituel en philosophie de *epitêdeios* (Idoneus) ²², concorde pour l'essentiel avec celle qu'en donne Galien, dans un contexte différent ²³, mais avec la même distinction du cas de ce qui s'apprête à être ce qu'il est dit être *en puissance*, à condition qu'aucun obstacle extérieur ne l'en empêche, et du cas d'une matière appelée à subir une ou plusieurs transformations avant d'atteindre le terme de son actualisation.

Pour Porphyre, décidé à déprécier le premier sens de *en puissance* comme confus et indigent, affirmer que l'embryon est un animal *en puissance* parce qu'il s'apprête à en devenir un, revient à ramener la vie intra-utérine à une forme de sommeil, à une hibernation et à masquer la spécificité de sa condition en estompant toute la différence, évidente selon lui, de nature qui sépare l'embryon de l'être mis au monde. Il n'accepte comme valable que le second sens de *en puissance* qui sert la thèse soutenue par lui avec prédilection. En effet, dire en ce sens que l'embryon est un animal *en puissance* revient à dire que tant que l'embryon compris comme le matériau du vivant qu'il sera lorsqu'il aura été mis au monde, n'a pas pris toute sa forme, il n'est encore qu'un instrument inachevé, sans rapport avec le fait d'être un animal ²⁴.

²¹ *Ad G.* 12,4-5 (50,27-51,24).

²² *Ad G.* 1,1 (33,18; 20); 2,3 (35,15); 11,3 (49,9); 13,7 (53,19); 14,4 (54,24-25).

²³ *De temp.* III 1 ed. Helmreich 86,8 sq.

²⁴ *Ad G.* 1,2 (33,13-22); 13,1-3 (52,1-26).

L'élucidation des sens de *animal* accompagne l'exégèse de longs passages du *Timée* dans la réfutation de la première thèse (l'embryon est un animal). Il est inutile de passer par Aétius et surtout par les cosmogonies dérivées du *Timée* pour se rappeler l'usage extensif que Platon y fait des termes *animal* et *animé*, l'appliquant en particulier aux organes génitaux, aux produits ensemencés dans la matrice, enfin aux plantes. Pour répondre à toute méprise née d'une lecture confuse de ce text vénérable, Porphyre s'arme de la technique aristotélicienne des valeurs d'un même nom, qui se dit *synonymement* d'êtres répondant à une même définition et *homonymement* d'êtres ayant des définitions différentes. Ainsi paré, il entreprend de montrer que dans le *Timée*, le terme *animal* est employé *homonymement*, que pour en accepter l'usage, il faut convenir des limites de cet emploi, et dès lors admettre que l'embryon comme la plante n'y sont appelés animaux que par métaphore, sans en être à proprement parler²⁵.

L'importance accordée à l'exégèse du *Timée* ne laisse pas du surprendre dans un écrit aussi tardif. Celle-ci se fait aux détriment d'autres auteurs, en déséquilibrant la dynamique de toute l'argumentation. Mais ce genre d'exégèse est loin d'être exceptionnel à en juger par les *Fr.* du Commentaire de Galien à ces mêmes textes ou à son petit écrit sur l'*Essence des fonctions naturelles*²⁶.

L'emprise de l'aristotélisme sur l'*Ad G.* ne va pas jusqu'à la conservation du vocabulaire désignant les espèces d'âmes (végétative, sensitive, rationnelle), toujours en usage chez les philosophes pour définir les types d'êtres vivants. Porphyre n'applique pas à la puissance végétative le terme d'âme végétative et il souligne même le caractère désuet d'une telle formulation²⁷. Sans remonter jusqu'à la restriction stoïcienne de l'emploi du terme *âme* du cas des seuls animaux, ainsi qu'à leur refus de considérer l'embryon comme un animal²⁸, il est intéressant de rapprocher d'une telle remarque le début du *De naturalibus facultatibus* dans lequel Galien expose le même point de vue en soulignant fortement le caractère suranné de l'emploi de *âme* pour désigner les fonctions végétatives²⁹.

V. Porphyre conduit sa démonstration en faisant leur bonne place à ce qu'il appelle des faits, pour justifier tant sa propre thèse que celle de ces adversaires. Inégalement développés, ces faits sont du ressort

²⁵ *Ad G.* 4 tout entier.

²⁶ *Fragments sur le Timée* par Ch. Daremberg, 1848, 6-13; *CMG Suppl.* I ed. Schroeder et Kahle; *De subst. fac. nat.* (IV 757-766 K.).

²⁷ *Ad G.* 4,7 (39,23-24); 16,1 (56,2-3) avec une allusion à l'usage hippocratique.

²⁸ *SVF Arnim* II 708-713 et 804-808 (qui ne connaît pas l'*Ad G.*).

²⁹ *De nat. fac.* I 1 ed. Helmreich, *Scripta minora* III 101,1-5.

de la physiologie et de l'obstétrique. Ils mettent en cause a) les fonctions vitales de l'embryon, 2) les manifestations d'une vie qui lui serait propre, 3) l'origine des caractères secondaires de l'animal. Les premiers (1 et 2) sont présentés dans la longue démonstration concluant que l'embryon n'est pas un animal en acte. Les derniers (3) le sont à deux reprises: tout d'abord, à peine esquissés, dans la démonstration de la thèse que l'embryon n'est pas un animal en puissance, ensuite dans la dernière partie, inachevée et mutilée.

L'examen de leur présentation permet de comprendre comment Porphyre a utilisé la médecine et la physiologie pour parvenir à ses propres fins.

Porphyre présente sa propre thèse sous le couvert de connaissances physiologiques admises comme telles et communément enseignées. Sur la base du critère de l'identification de l'animal par la sensation et par l'impulsion autonome, il décrit deux fonctions physiologiques de l'embryon, la nutrition et la respiration, lesquelles s'exercent par le canal du cordon ombilical qui enracent celui-ci dans le chorion comme une plante dans la terre. Si la description de la nutrition du fœtus est largement répandue³⁰, la manière dont Porphyre oppose à la respiration pulmonaire la respiration *in utero*, la conclusion qu'à la naissance, il se produit une transformation du mode de vie qui vaut changement de nature, cela concorde tant avec l'enseignement d'Hérophile qu'avec celui des Stoïciens, eux et leur thèse que l'embryon ne s'anime qu'à la naissance³¹.

Il accentue de façon relativement originale le caractère de végétal de l'embryon dès sa formation, en complétant les notions courantes du mélange de deux semences par celle de la production d'une plante à l'aide de la technique de la greffe, assimilant l'élément venu de la mère à un porte-greffon et celui venu du père à un greffon, les deux jouant à part égale dans la production initiale³².

L'embryon est le siège de mouvements dont l'apparition peut suggérer de façon de plus en plus précise qu'il est en train de devenir un animal³³. Porphyre, qui n'éluide pas cet aspect de la question, la traite d'une façon qui contraste fortement avec les analyses précédentes. On peut en juger en comparant les objections présentées par lui à la thèse du statut végétatif de l'embryon et dont les thèmes peuvent être em-

³⁰ *De us. part.* VI 20 ed. Helmreich, I, sp. 367, 11 sq., entre autres.

³¹ *Fr.* 202 von Staden.

³² *Ad G.* 10, 1-2 (46,12-24) avec une allusion à *Nature de l'enfant* 12.

³³ Voir par ex. *Nat. de l'enf.* 21 (cité en 2, 2; 35,7-9); *Ibid.* 30; GALIEN, *De semine* I 9 (IV 543-544 K.).

pruntés à l'obstétrique. Les données d'une physiologie fondée peu ou prou sur l'anatomie, font place à la recension de faits connus et attestés par l'expérience vécue des femmes enceintes ou par celle des sages femmes.

Compte tenu de ces données, l'embryon serait un animal parce qu'il connaîtrait avec sa mère des formes de symbiose qui révéleraient la dualité de deux organismes distincts et surtout un fonctionnement en parallèle de deux psychismes. C'est ce que montrent 1) les mouvements de l'embryon qui épousent les plaisirs et les déplaisirs de la mère, 2) Les envies aberrantes de celle-ci, qui trahissent celles du fœtus, 3) Les dystocies dues au décès de celui-ci ou à sa paresse et à son insuffisante collaboration à sa propre naissance.

La notion de mouvement impliquée dans ces exemples est marquée par une prédominance d'affects sur les déplacements locaux auxquels on songe surtout en parlant de mouvements. Aux termes de ces arguments, il n'y aurait pas de mouvements sans une âme qui les produit et les enveloppe. Si les faits évoqués à propos de la thèse selon laquelle l'embryon est un animal sont classiques³⁴, il est malaisé d'en trouver des équivalents dans les textes médicaux pour la manière dont ils sont présentés. Cela tient peut-être, entre autres raisons, à la progression de la polémique. Un quatrième exemple, impliquant l'influence de deux psychismes sur deux corps, peut le faire penser, celui de la ressemblance supposée de l'enfant à des modèles contemplés par sa mère lors de la conception³⁵. Porphyre le présente avec dérision, comme pour faire sombrer dans le ridicule ceux qui précèdent et pour écarter une bonne fois pour toutes l'imputation de sensibilité à l'embryon, en rejetant comme autant de fables l'interprétation des faits allégués plus haut.

Plus loin, il reprendra ces exemples et réfutera cette interprétation des mouvements de l'embryon de façon aussi surprenante que celle dont il l'a présentée.

Le cas de la dystocie et du possible conflit d'intérêt entre deux vies distinctes, celle de la mère et celle de l'enfant, avec toutes ses implications, ne sera pas repris.

Sans aucune allusion aux présupposés des mouvements propres de

³⁴ Sur les envies et les nausées, SORANOS I 48; GALIEN, *De sympt. caus.* 7 (VII 133-134 K.); Sur la dystocie, SORANOS IV sp. 55.

³⁵ Sur la ressemblance aux parents, *Dox. gr.* V 11, 422 a 13-423 a 8; ... à d'autres qu'aux parents, *Ibid.* 423 a 9-25; Voir aussi SORANOS I 39.

l'embryon dans la dernière phase de sa formation, faisant exclusivement fond sur l'absence théorique de sensibilité et de capacité d'impulsion de celui-ci, il réduit tout mouvement perçu par la mère ou la sage femme à des sortes de coliques, tressaillements, palpitations, qui sont le propre de la vie végétative. Il rappelle que de tels tressaillements sont aussi le fait des foetus de superfétation, avortons ni vifs ni morts et aussi celui des môles, tumeurs sans existence destinée à une quelconque autonomie³⁶. On pouvait difficilement aller plus loin dans le déclassement de l'embryon. Toutefois, il faut se garder d'oublier que pour Porphyre, la vie végétative dans sa profondeur inconsciente a sa valeur propre, car elle est un lieu de fécondité proportionnelle à son éloignement de la sphère d'influence de l'esprit³⁷.

Quant aux envies et aux nausées de la femme enceinte, ce n'est pas à un Soranos ou à un Galien qu'il en demande une explication fondée sur un déséquilibre purement physiologique de la mère, il les impute à des mouvements de la matrice, rejoignant ainsi le *Timée* qu'il s'apprête à citer, mais à des mouvements privés de tout psychisme³⁸.

A bien considérer la suite de la réfutation (l'embryon n'est pas un animal en puissance, i.e. s'apprêtant à en devenir un), on comprend mieux la manière dont Porphyre a traité la question du mouvement de l'embryon. On y découvre que l'adversaire visé en premier lieu n'est pas un partisan de l'épigénèse, mais Chrysippe et les Stoïciens qui pervertissent l'ordre des choses. On sait comment ce philosophe et ses émules ont opposé la vie végétative à la vie animale avec des arguments que Porphyre avec bien d'autres adopte, et aussi, ce que ce clivage peut devoir à la médecine alexandrine. Mais ce qu'il n'admet pas, lui et tous les néoplatoniciens, c'est l'hypothèse stoïcienne de la transformation de la *nature* en *âme* au moment de la naissance à l'heure où l'embryon, nouveau né, se met à respirer. Il y a dans l'idée de cette transformation un renversement inacceptable de l'ordre des choses, avec cette production du supérieur (l'âme) par l'inférieur (la nature)³⁹.

La brève allusion au parti qu'on pourrait tirer de l'apparition tardive des caractères biologiques secondaires, dont on admet qu'ils appartiennent à l'ordre des raisons séminales⁴⁰, se heurte à l'impossibilité de supposer que de semblables raisons préexistent dans l'embryon, dès lors qu'elles mettent en jeu l'une quelconque des fonctions de l'esprit, car à aucune d'elles on ne peut assigner un support embryonnaire⁴¹.

³⁶ *Ad G.* 7, 1-3 (43,12-44,3) et 12, 6 (51,15-23).

³⁷ *Ad G.* 12, 7 (51,23-52,2); 16, 2 (56,5 sq.).

³⁸ *Ad G.* 8, 1 (44,4-10).

³⁹ *Ad G.* 14, 3-4 (54,2-25).

⁴⁰ *Ad G.* 14, 1 (53, 29-31).

⁴¹ *Ad G.* 12, 4-5 (50, 27-51, 15).

Comme pour les mouvements de l'embryon, l'exemple des caractères secondaires donne lieu à deux présentations contraires. Dans la dernière partie, malheureusement mutilée, Porphyre le reprend et le développe dans un sens positif⁴². Il rapporte l'apparition tardive de ces caractères à une loi générale du développement de tous les êtres vivants (végétaux, animaux), opérant par différenciation et apparition successive et régulière des caractères spécifiques, tous impliqués dès le début de la germination du sujet vivant. Les caractères psychiques qui se manifestent tardivement n'en font pas moins partie des raisons séminales.

En acceptant pour l'homme l'idée d'une animation venue de l'extérieur, on le dépossède d'une faculté reconnue aux autres vivants: celle de se reproduire. En ne lui accordant de ne mettre au monde qu'un corps végétatif, on le ravale au rang de ces animaux surgis de la boue ou de la pourriture⁴³. Comment Porphyre sauvait-il la supériorité de l'homme sur les autres créatures vivantes, on ne le sait pas.

On peut supposer que sa concession aux partisans de la thèse du statut d'animal de l'embryon s'accompagnait, comme il l'a déjà fait en critiquant les images grossières, selon lui, de la rétention de l'âme dans le corps et de sa capture, d'un remaniement des concepts signifiant la relation de l'âme et du corps⁴⁴.

Porphyre est un «rationaliste», il cherche dans des modèles physiques, non pas l'explication, mais la possibilité de comprendre l'existence d'un processus qui soit indépendant de médiations locales et temporelles. Ainsi: la vision, la mise à feu à distance du naphthe, l'aimant, la vibration sympathique de cordes tendues à l'unisson, tel que cela est expliqué⁴⁵, sont une bonne propédeutique à la compréhension de la formation d'un vivant.

Un des maîtres concepts de son argumentation —typiquement néoplatonicien— est celui de la présence (*parousiē*), à la fois soudaine et naturelle, de l'âme au corps convenablement préparé à s'animer. Ce concept dénote la différence qui oppose le rapport de l'intelligible au sensible au rapport mutuel des êtres sensibles. Dans le cas de l'âme et du corps, il marque les limites dans les-quelles on peut légitimement parler de l'animation de l'embryon⁴⁶.

⁴² *Ad G.* 12, 6 (59, 27 sq.).

⁴³ *Ad G.* 17, 3 (59, 2-4); 17, 5 (59, 24-26).

⁴⁴ *Ad G.* 11, 2 (48, 15 sq.); 11, 3 (49, 14 sq.).

⁴⁵ *Ad G.* 11, 2 (48, 21-49,3); 11, 4 (49, 22 sq.).

⁴⁶ *Ad G.* 11, 3 (49, 3; 11); 13, 7 (53, 19).

I romanzi greci antichi e il *Corpus Hippocraticum*

MARIA FERNANDA FERRINI

(Università di Macerata)

L'Anonimo del Sublime, lodando Euripide per la diligente e felicemente riuscita messa in scena di follie e amori (μανίας τε καὶ ἔρωτας), gli riconosce forse il merito di aver saputo elaborare poeticamente una materia trattata anche con pertinenza più propriamente scientifica, soprattutto medica in questo caso (*Περί ὕψους* 15, 2). Veniva così posto, seppure indirettamente, l'accento sulla possibilità di una feconda interazione tra letteratura e scienza. In questo ambito, vasto per la varietà delle concrete realizzazioni e complesso per la molteplicità delle problematiche connesse, la cultura greca, come noto, trova un posto di primo piano. Acquisizioni e dibattiti scientifici e filosofici si riflettono in opere più propriamente letterarie con straordinaria continuità in un fertile e reciproco scambio. In particolare, per ciò che ci riguarda più da vicino, precisi echi e riscontri lessicali sono riconoscibili per esempio tra testi del *CH* e la tragedia.

La ricerca dei rapporti con la medicina, ben documentata per altri generi di diverse epoche, non sembra essersi estesa al romanzo greco. Eppure, le sue notazioni mediche sono numerosissime e consistono in osservazioni talora brevi e succinte, ma talora più articolate e ampie, distribuite con una certa regolarità nel corso della narrazione, e uniformemente nei cinque romanzi pervenuti integri. Sono descrizioni di sintomi fisici scrupolosamente condotte e appropriate, o arricchite di retorica, di luoghi comuni, di magia e di pseudoscienza, introdotte come riflesso di un vivo interesse o di pura curiosità erudita, per lo più sulla scia di una precisa e notissima tradizione. Il romanzo, infatti, genere letterario di per sé composito e aperto, accoglie stimoli e influenze di varia provenienza, no certo da ultimo dalla scienza, come prova tra l'altro la maggior parte degli excursus.

Per le sue implicazioni più immediatamente pratiche, la medicina aveva da sempre riscosso interesse tra il pubblico greco. Di ciò si hanno precise testimonianze per l'età classica, come noto; in età più tarda, la figura e l'opera del medico mantennero la loro popolarità anche per

la crescente diffusione e specializzazione, di cui proprio un passo di Eliodoro offre indiretta testimonianza ¹. Nell'ambito più strettamente letterario continua la consuetudine di inserire notazioni mediche in determinati punti della narrazione, per descrivere altrettanto determinati stati d'animo, attraverso uno schema fisso, non sempre di necessità direttamente attinto a scritti medici: talora si può supporre la mediazione dell'ampia e ben consolidata tradizione da essi influenzata.

La notazione medica appare nel romanzo un momento atteso e irrinunciabile della narrazione. Il riferimento a teorie mediche contemporanee, a più recenti scoperte e acquisizioni è occasionale e in un certo senso secondario e marginale rispetto alla più generale fruizione di quanto della medicina aveva già trovato riflesso nella letteratura precedente. Basta essersi calati per un po' nella natura e nella struttura del romanzo greco per scoprire il suo debito verso i più vari elementi della tradizione, e il modo in cui essi si inseriscono nel nuovo contesto (operazione quanto mai storicamente significativa per i futuri sviluppi della letteratura).

In tale prospettiva si inserisce il nostro confronto col *CH*, in quanto momento di codificazione di specifiche teorie, di esposizione e trattazione di aspetti e problemi variamente discussi nella cultura di allora, e che il duplice carattere delle sue opere, alcune veri e propri trattati, altre piuttosto conferenze e pubblici dibattiti, contribuiva a divulgare e ad espandere nel tempo.

Al di là di precisi riscontri lessicali e di più precise analogie, che pure vedremo, questa ricerca non si propone come risultato la scoperta, per le notazioni mediche, di fonti nel senso più tecnico e specifico di questa parola; il suo contributo sta principalmente nell'individuare acquisizioni e descrizioni mediche assunte come tradizionali in letteratura, per influenza del *CH* di cui si potrà constatare la vitalità anche in epoche tarde.

La descrizione dei sintomi fisici di uno stato d'animo è familiare per esempio al lettore di Saffo, di Euripide, dell'elegia ellenistica; il romanzo ne è ricchissimo: in esso ripetute e insistite notazioni di questo tipo hanno tutto l'agio di dilatarsi e di articolarsi con dovizia di particolari, costellando la narrazione in più punti e costituendo spesso delle scene tipiche. Il più delle volte la malattia fisica è in relazione con una «malattia dell'anima» (espressione a cui va tolta ogni connotazione moderna, più consona certo alla nostra letteratura diretta-

¹ In HLD. VII 14, 3 siamo informati che un personaggio è da poco uscito per «farsi curare gli occhi».

mente influenzata dalla psicanalisi) o meglio ne è la manifestazione più immediatamente percepibile e comunicabile agli altri.

Improvvisi pallori o rossori, sudori e svenimenti, astenie e stati di prostrazione, afonie e disturbi oculari, movimenti esagitati e incontrollati o completa acinesia, forti grida o inquietanti silenzi, insonnia o sonni agitati da turbanti e terrificanti sogni, brividi, tremori e battiti cardiaci frequenti, respiro alterato, sospiri, pianti o inspiegabili risa, anoressia, vertigini e battito dei denti, stordimenti e tremolio della voce costituiscono il nutrito repertorio dei sintomi fisici più ricorrenti e più frequentemente associati nella descrizione di uno stato d'animo o del modo di reagire ad un'emozione².

Gli stessi sintomi con cui eroi ed eroine del romanzo manifestano il loro amore, il dolore, l'ira, la gelosia, la sorpresa, il disorientamento o la paura, sono riferiti in genere nel *CH* a malattie di tipo melancolico (epilessia, isteria, frenite) e sono attribuiti a discrasie umorali, a sofferenza del cervello. In particolare la descrizione dell'epilessia, quale troviamo nel *De morbo sacro*, sembra aver offerto il modello per l'espressione di tutti quei fenomeni avvertiti dalla cultura greca come rottura di equilibrio psichico e fisico.

Questa temutissima malattia, definita «sacra», «grande», «eraclea» (perfino eroi del mito ne sono colpiti, come ricorda Aristotele), sospesa tra il sacro (la possessione divina individuale o collettiva) e il profano, è più volte osservata clinicamente nel *CH*. Ma non solo: l'autore del *De morbo sacro* si sente impegnato in un'accesa polemica e, contro chi ne sostiene l'origine divina, la interpreta invece inequivocabilmente come νόσος, come patologia della mente, apportando così un elemento

² Per il motivo tradizionale delle manifestazioni fisiche dell'amore, vd. per es. PL., *Phaedr.* 251 a-b; THEOC., *Id.* II 106 ss.; LUC., *Tox.* 15; EUST., *Macr.* II 14; III 2 e 3 (ed. Hirschig, Parisiis, 1856); ARISTAENET., I 13; MAX. TYR., XVIII-XXI; HP., *Ep.* XVII (IX 364 L.); GAL., *De praen. ad Posth. liber* 5 (XIV 626 K.) e 6 (XIV 631 ss. K.); *Hipp. Progn. et Gal. in eum libr. comm.* I (XVIII B 18 e 40 K.); ARET., *CD* I 5, 8 (*CMG* II, p. 41); OV., *Am.* III 14, 37 s.; APUL., *Met.* X 2; *Hist. Apoll. reg. Tyr.* 18; S. Mariotti (ed.) *Aegritudo Perdicæ*, Roma, 1966. Appartiene alla tradizione anche l'assomigliare il comportamento dell'innamorato a quello di un ubriaco, vd. ACH. TAT., II 3, 3; HLD., III 10, 5; CHARITO IV 3, 8; PLUT., *Mor.* 622 d; ARISTAEN., I 3, 71 ss.

Come ulteriore riscontro alla descrizione della malattia d'amore, vd. PLUT., *Demetr.* 38; APP., *Syr.* 59 ss.; LUC., *Syr.D.* 17 s.; *Hist. Conscr.* 35; [SOR.] *Vita Hippocr.* 2; SUID., s.v. Ἐρασιστρατος; VAL. MAX., V 7 ext. I; JUL. MIS. 347-348 a.

In questi passi è contenuta, in varie versioni, la storia dell'amore di Antiochos II Soter per Stratonike, che ebbe forse a modello l'*Ippolito* di Euripide, vd. J. MESK, «Antiochos und Stratonike», *RhM* n.s. 68, 1913, pp. 366-394; P. GHIRON-BISTAGNE, «Phèdre ou l'amour interdit. Essai sur la signification du "motif de Phèdre" et son évolution dans l'Antiquité classique», *Klio* 64, 1982, pp. 29-49; E. RÖHDE, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Hildesheim, 1960⁴, pp. 55 ss.; L. PEPE, «La narrativa» in *Introduzione allo studio della cultura classica*, Milano, 1972, pp. 424 s. e 428 s.

completamente nuovo e rivoluzionario nella più generale considerazione della *μανία*, anche nei confronti dell' impostazione platonica. Euripide descrive la malattia di Oreste, le reazioni di Medea e di Alceste, el comportamento di Agave con espressioni che richiamano da vicino questo trattato, offrendo un esempio di eccellente interazione tra testo medico e testo letterario.

Nel romanzo continua e si accentua, in un certo senso, la tendenza a presentare stati d'animo e reazioni facendo ricorso più o meno direttamente all'analisi dei medici. Laddove noi vedremmo meglio approfondite analisi e considerazioni psicologiche da parte dell'autore in momenti spesso significativi della narrazione, o più sofferti e intimistici monologhi, troviamo invece descrizioni del tutto tradizionali di sintomi fisici. L'immagine, per la sua immediata percettibilità, è ancora di gran lunga preferita anche in opere destinate alla lettura, in un ambito culturale completamente diverso cioè da quello che poteva aver favorito o addirittura determinato, nel pieno periodo dell'oralità, un modo di comunicare stati d'animo ed emozioni, esteriorizzandoli piuttosto che interiorizzandoli.

L'amore al suo nascere si manifesta anche nei romanzi greci come νόσος che richiede l'intervento di medici e cure con φάρμακα, è un male fisico che tormenta, che costringe alla lotta, un malessere che sconvolge il personaggio e lo prostra completamente. La concezione secondo cui un dio, Eros o Afrodite, può determinarlo in chi si vanta di esserne immune (caso frequente nel romanzo e anch'esso del tutto tradizionale) fa sì che sia sottolineato anche il suo carattere di possessione divina, di turbamento di un preesistente equilibrio; in ogni caso l'accento è posto sempre sulle parossistiche reazioni fisiche: l'innamorato si comporta come il malato colpito da qualche forma di *μανία*.

La medicina del V secolo contribuisce a fornire definitivamente alla letteratura lo schema dei sintomi patologici più indicativi e influisce sul modo di vedere e quindi di descrivere ogni eccesso o attacco maniacale, ogni fenomeno di dissociazione mentale e di straniamento. Se superstizioni e credenze popolari, ampiamente riflesse anche nel romanzo, continueranno, com'è prevedibile, a colorire di magia e di mistero il manifestarsi di tali fenomeni morbosi, non si manca però mai di connotarli come νόσος e di presentarli come tali. Il deperimento fisico e lo strano comportamento dell'innamorato fanno accorrere il medico che tasta il polso, esamina il colorito della pelle, lo sguardo degli occhi, si accerta della temperatura corporea, prescrive rimedi. Certo può esservi anche una vena di divertito umorismo in questi interventi, per di più destinati all'insuccesso; tuttavia l'innamoramento è ogni volta considerato come una malattia, sia nelle più ampie e ar-

ticolate note, sia nei più brevi accenni qua e là nella narrazione. Per definirlo si utilizzano termini più specifici e tecnici come νόσος, ἀνία, μανία, λύπη, τραῦμα - o più generici come ἀτύχημα, κακόν, κέντρον.

La descrizione dell'epilessia come in genere delle malattie connesse con turbe umorali nel *CH* non fa solo da modello per la resa delle manifestazioni fisiche di determinati stati d'animo. Da crisi di tipo epilettico è colta Leucippe, per effetto di una droga somministratale con inganno; di epilessia si finge ammalata Anzia per sfuggire ad una difficile situazione.

In Achille Tazio, uno dei tanti innamorati della protagonista, Gorgia (egiziano, certo non a caso, vista la considerazione che i Greci avevano della scienza egiziana come il romanzo ben documenta, e di cui si hanno riflessi anche nel *CH*), desiderandone l'amore, prepara un filtro. Sbagliando la dose, però, provoca la pazzia (μανία) nella donna (IV 15), come i personaggi coinvolti scopriranno più tardi.

Leucippe improvvisamente, mentre cammina, cade a terra e distorce gli occhi (IV 9, 1... ἄφνω βαδίζουσιν καταπεσεῖν καὶ τῷ ὀφθαλμῷ διαστρέφειν) rimanendo distesa (... ἐπὶ τῆς γῆς κειμένην) sobbalza di tanto in tanto e colpisce, non riconoscendoli, coloro che la soccorrono (IV 9, 2 ... ἀναπηδήσασα παίει...), guarda con occhi iniettati di sangue (ὑφαιμον βλέπουσα) e, pur tenuta a viva forza, continua a dimenarsi senza ritegno e pudore (IV 9, 2); infine le si legano le mani (IV 9, 3-4).

Allo stesso modo, nel *CH* l'epilettico o il delirante in genere cade a terra improvvisamente, muove convulsamente gli arti (il medico ipocratico nota in particolare gli spasmi delle braccia e delle mani), perde conoscenza e distorce gli occhi. In esso l'analisi è ovviamente arricchita e completata da altre più specifiche osservazioni, ma le annotazioni ricordate ne costituiscono gli elementi più costanti e più frequentemente accostati. Inoltre il malato, ritornato in sé, o non appena avverte l'avvicinarsi della crisi, prova vergogna del proprio stato, come Leucippe, una volta guarita, rimane turbata al racconto di Clitofonte (IV 17, 5-6).

Chi assiste alla scena, sottolinea significativamente Achille Tazio, attribuisce subito la crisi di Leucippe ad una forma di μανία (IV 9, 2 ... συνέντες οὖν, ὅτι μανία εἶη τις τὸ κακόν...). Poco dopo sono date anche spiegazioni più precise: la malattia è di carattere acuto, non è duratura e prende chi è nel pieno della sua giovinezza. Il sangue infatti, data l'età, ribollendo trabocca e inonda il cervello togliendo la ragione (... μὴ ἔμμονα εἶναι τὰ τοιαῦτα νοσήματα, πολλάκις δὲ καὶ ἡλικίας ζεούσης ὑπάρχειν τὸ γὰρ αἷμα πάντη νεάζον, καὶ ὑπό

πολλῆς ἀκμῆς ἀναζέον, ὑπερβλύζει πολλάκις τὰς φλέβας, καὶ τὴν κεφαλὴν ἔνδον περικλύζον βαπτίζει τοῦ λογισμοῦ τὴν ἀναπνοήν... IV 10,1).

Il medico che si consiglia di far chiamare si preoccupa dapprima di placare col sonno la violenza dell'attacco; in seguito si dovrà ungerle la testa con un farmaco sciolto nell'olio; infine dovrà essere preparato un rimedio purificatore "Νῦν μὲν ὕπνον αὐτῇ παρασκευάσομεν, ὅπως τὸ ἄγριον τῆς ἀκμῆς ἡμερώσωμεν ὕπνος γὰρ πάντων νοσημάτων φάρμακόν ἔπειτα δὲ καὶ τὴν λοιπὴν θεραπείαν προσοίσομεν." δίδωσιν οὖν ἡμῖν φάρμακόν τι μικρόν, ὅσον ὀρόβου μέγεθος, καὶ κελεύει λύσαντας εἰς ἔλαιον ἐπαλεῖψαι τὴν κεφαλὴν μέσσην σκευάσειν δὲ ἔφη καὶ ἕτερον εἰς γαστρὸς αὐτῇ κάθαρσιν. IV 10, 3-4).

In questo passo, McLeod vede un adattamento letterario della dottrina di Erasistrato: vi sarebbe qui un riflesso delle sue conoscenze sulla circolazione sanguigna³. Vilborg al contrario non vi si sofferma troppo, definendo catacretico il modo di arrangiare e di presentare diagnosi e cura⁴. Non si può escludere neanche un intento parodico, o comunque una rappresentazione umoristica dei personaggi che affettano con tanta sicurezza cognizioni mediche (esempio non isolato nel romanzo), come accade per esempio nella Commedia nuova.

La spiegazione della malattia, a ben vedere, non è chiarissima, nonostante possa apparire ad una prima lettura sufficientemente esauriente e perfino scrupolosa. Un esame più ravvicinato può rilevarvi in realtà un confuso confluire di nozioni diverse. Innanzitutto sorge il dubbio se il termine φλέβες sia usato nell'accezione più specifica di vene, o nel significato più generale di vasi sanguigni; di conseguenza è difficile interpretare con sicurezza quale rapporto venga supposto tra sangue e pneuma.

Meriterebbe inoltre più attenzione il nesso τοῦ λογισμοῦ ἀναπνοή. L'idea generale con esso espressa è trasparente dal contesto, ma non è di immediata evidenza. Ne è un riflesso il disagio dei traduttori che rinunciano ad un resa più aderente e pertinente⁵.

³ A.M.G. McLEOD «Physiology and medicine in a Greek novel. Achilles Tatius' Leucippe and Clitophon» in *JHS* 89, 1969, pp. 97-105. L'autore distingue tra l'analisi e la prescrizione del medico, e l'interpretazione degli astanti.

⁴ E. VILBORG, *Achilles Tatius. Leucippe and Clitophon. A commentary*, Göteborg, 1962, p. 85.

⁵ Vd. per es. S. GASELEE (ed.) *Achilles Tatius*, London-Cambridge (Mass.), 1969, p. 211: «The fount of reason»; B. KYTZLER (ed.) *Im Reiche des Eros*, München, 1983, II p. 247: «... den Verstand in Betäubung versinken»; K. PLEPELITS, *Achilleus Tatius. Leucippe und Kleitophon*, Stuttgart, 1980, p. 137: «... den Atem des Verstandes»; P. GRIMAL (ed.) *Romans grecs et latins*, Paris, 1958 p. 493: «... noyait la raison et l'empêchait de se reprendre»; Q. CATAUDELLA (ed.), *Il romanzo antico greco e latino*, Firenze, 1981, p. 434: «lo spirito della ragione»; O. VOX, *Storie d'amore antiche*, Bari, 1987, p. 108: «il soffio della ragione».

Il passo in realtà ha troppi punti oscuri per permettere la sicura individuazione di una fonte precisa. Esso inoltre si presta ai collegamenti più diversi, già in parte suggeriti dalla critica: il φάρμακόν τι μικρόν, ὅσον ὀρόβου μέγεθος potrebbe rimandarci ad un capitolo del l'opera di Celso ⁶; l'immagine del sangue che bolle potrebbe far pensare anche a Galeno ⁷; il trattamento proposto dal medico e l'importanza riconosciuta allo pneuma potrebbero portarci nell'ambito di scuole ellenistiche. Certo non da ultimo potremmo guardare al *CH* per la connessione qui ribadita tra cervello, aria e intelligenza, tra cervello e sonno, tra età, forza e durata del male; potrebbero essere tentati anche confronti più ampi con specifici trattati o con tutti quei passi in cui il sonno è considerato come un elemento risolutore e terapeutico.

Limitandosi a considerazioni più strettamente lessicali, si nota la ricercata assonanza nella successione ravvicinata dei termini ζεύσης... νεάζων... ἀναζέων, ὑπερβλύζει... περικλύζον, βαπτίζει, la ricerca cioè di effetti retorici proprio laddove si è impegnati a spiegare la malattia. Inoltre i verbi ὑπερβλύζω e περικλύζω sono usati anche in scritti ipocratici e più spesso proprio in contesti in cui si parla di versamenti di umori e degli effetti sul cervello ⁸.

Tali riscontri lessicali assumono maggiore evidenza quando si torni alla descrizione dell'attacco di Leucippe: con le espressioni τὸ ὀφθαλμὸν διαστρέφειν e ὕφαιμον βλέπουσα si indica lo sguardo di chi è colto da epilessia o in genere da forme di delirio anche nei trattati del *CH* e nelle tragedie che li riflettono ⁹.

E ragionevole dunque supporre non una trasposizione letteraria di una precisa fonte e di una precisa dottrina, quanto un'esibizione da parte dell'autore di generiche conoscenze culturalmente acquisite ormai a vari livelli e diffuse in diversi ambiti. Inoltre, se si considera tutto l'episodio della follia di Leucippe, dal suo inizio alla sua risoluzione, si intravedono meglio i modelli culturali e una precisa tradizione letteraria; Clitofonte teme che una divinità sia causa della malattia (IV 9, 7); la malata è descritta mentre pronuncia prima parole

⁶ CELS., V 25, 1/4/9, per es.

⁷ GAL., *Liber, quod animi mores corporis temper. sequ.* (IV 810 K.); *De Hipp. et Plat. plac. liber VI* (V 573 K.).

⁸ Vd. *Ep.* XXIII (IX 396 L.); *Morb.Sacr.* 11 e 13 (VI 382 e 386 L.); *Mul.* II 145 (VIII 320 L.).

⁹ Vd. per es. *Morb.Sacr.* 7 (VI 372 e 374 L.); *Prorrh.* II 10 (IX 28 L.); *Aph.* 7, 74 (IV 604 L.); *Epid.* VII 5 e 11 (V 376 e 382); S., *Tr.* 794 s.; E., *Ba.* 1122 s.; 1166 s.; *HF* 868; sch. AR., *Vesp.* 730; PL. *Phaedr.* 253 e; ARIST., *Physiogn.* III, 807 b 30; LUC., *Par.* 41; GAL., *Hipp. Progn. et Gal. in eum libr. comm. III* (XVIII B 301 K.); AEL., *NA* III 21; ARTEM., II 36; S.E. *P.* I 44; PHILOSTR., *Gymn.* 25; PHILOSTR. JUN., *Im.* 15; *Phil. Anthol. Plan.* 141. Cf. anche CHARITO I 3, 5: ὁ δὲ ὑφαίμοις τοῖς ὀφθαλμοῖς...

senza senso poi provvidenzialmente rivelatrici di una decisiva circostanza (IV 10,6; 15,1); è soccorsa e confortata da personaggi che le parlano anche mentre è mentalmente assente; è infine guidata nella ripresa della conoscenza, dopo un iniziale disorientamento e l'amnesia che la coglie appena risvegliata. Ci vengono in mente così personaggi della tragedia i cui squilibri fisici e psichici seguono il decorso e l'andamento delle malattie descritte nel *CH* (si pensi per esempio al comportamento di Oreste e di Elettra, di Agave e di Cadmo, di Eracle e di Anfitrione rispettivamente nell'*Oreste*, nelle *Baccanti* e nell'*Eracle* di Euripide).

Come spettatori di una tragedia, sono presi da pietà e paura (V 7,4: ἔλεος e φόβος sono le reazioni attese, secondo l'affermazione aristotelica) coloro che assistono all'attacco epilettico di un'altra eroina, Anzia, nel romanzo di Senofonte Efesio: cade a terra, sfinita e abbandonata, imitando chi è colpito dal morbo sacro (πίπτει μὲν γὰρ εἰς γῆν καὶ παρῆται τὸ σῶμα καὶ ἔμιμειτο τοὺς νοσοῦντας τὴν ἐκ θεῶν καλουμένην νόσον' ἦν δὲ τῶν παρόντων ἔλεος ἕμα καὶ φόβος καὶ τοῦ μὲν ἐπιθυμεῖν συνουσίας ἀπείχοντο, ἐθεράπευον δὲ τὴν Ἀνθίαν' ὁ δὲ πορνοβοσκὸς συνεῖς οἱ κακῶν ἐγεγόνει καὶ νομίσας ἀληθῶς νοσεῖν τὴν κόρην, ἤγεν εἰς τὴν οἰκίαν καὶ κατέκλινέ τε καὶ ἐθεράπευε ... V 7,4-5).

Il padrone del bordello, alle cui mire Anzia si sottrae fingendo la crisi, non sospetta alcuna simulazione del male (contrariamente allo stratego che in Achille Tazio teme un inganno, IV 9,3) e, compresane la gravità, porta la donna a casa e la cura.

Anche qui la malattia non è solo e semplicemente descritta: una causa precisa ne è indicata come origine. Anzia racconta di essere stata contagiata dal contatto con l'ombra di un uomo che, uscendo da una tomba, la spaventa, la insegue e le trasmette la malattia (V 7,6-9). La spiegazione non è dunque, come in Achille Tazio, condotta in termini strettamente medici; è significativo, però, dal nostro punto di vista, che si voglia ogni volta trovare per essa una causa. Vengono in mente, inoltre, le moltissime annotazioni sui φόβοι che accompagnano o causano le manifestazioni morbose di questo tipo nel *CH*.

Nel passo ora ricordato, la malattia diventa pretesto per il raggiungimento di uno scopo, come in altre occasioni nel romanzo: i personaggi non di rado accusano febbre e malesseri fisici, reali o immaginari, col preciso intento di sfuggire a qualche impegno o di motivare un loro comportamento o una loro decisione.

La notazione medica è dunque estremamente frequente e non certo relegata a qualche episodio o momento della narrazione. Parallelismi

e confronti col *CH* potremmo trovare tutte le volte che si fa attenzione al respiro (in esso non si manca mai di esaminarlo e di descriverlo nella sua ricca casistica); al tipo di sguardo e a tutti quegli aspetti considerati centrali nell'osservazione clinica e nella diagnostica del *CH*: il polso, il sonno e la veglia, il sogno, gli svenimenti e le riprese, i peggioramenti e i miglioramenti, le improvvisi μεταβολαί, la posizione del malato, i movimenti del suo corpo, il suo atteggiamento e le sue reazioni, la sua coscienza o meno del male, il suo stesso essere sospeso tra realtà e immaginazione. L'elenco potrebbe allungarsi con le considerazioni sulla vecchiaia, le descrizioni dei vari tipi di morte e delle ferite riportate in scontri o in incidenti vari, per esempio.

Questi possibili e fruttuosi spunti di analisi, alcuni dei quali saranno sviluppati più avanti, traggono evidenza dalla presenza e dall'uso di un linguaggio medico nel romanzo. A precisi passi del *CH* rimandano termini come: ἀνία, ἀνιάω e ἀνιάτος; ὠδὶς; ἔκπληξις; ἰλιγγος e ἰλιγγία; τραῦμα; οἴδημα; τομή, ἀνατέμνω; ἀναφέρω; φρίκη; μαλακία; κατηφής; σκυθρωπός; χάσμη; ἀδημονέω; ἀνώμαλος; ἐπιτείνω; χιλάω; τρέμω e τρόμος, ἀτρεμέω; ἄπνος; ἰδρός; ἐρυσθρία, ἐρυσθρός e ἐρύθημα; ὠχρία e ὠχρός; ἀγρυπνέω, ἀγρυπνία e ἄγρυπνος; ἀθυμία e ἄθυμος; ἀσθένεια e ἀσθενής; ἀκίνησια e ἀκίνητος; ἀφωνία e ἄφωνος; ἀναυδος; ἀχλὺς; ἀρτηρία; ἄση; ἀποπληξία; λιποθυμέω; λιποψυχέω; πάλλω e παλμός; σπασμός; σκοτοδινιάω; εὐβοήθητος; σαίρω; ἀπορία...

Questi termini non sono tutti specificamente tecnici; caratterizzano però in modo determinante la descrizione di stati morbosi anche nel *CH* e in altri contesti letterari da esso più o meno direttamente influenzati.

Specialmente significativi, nel confronto, sono inoltre i nessi lessicali, le associazioni di certi sintomi, nel romanzo: τραῦμα / τομή / οἴδημα; ὕφαιμος / ὀφθαλμός; ἄθυμον / βλέμμα; κυμαῖνον / ὄμμα; φρίκη / τρόμος; πάλλω / καρδία; (ἐκ)πηδάω / καρδία / πνεῦμα; ἐξάλλομαι / καρδία; μανία / ἀνήκεστος; μαινομαι / λύπη; ἀνιάω / ἀπορέω; ἰλιγγία / ἀχανής; χάσμη / ἀδημονέω; ἰδρός / ἐρυσθρία; ἐπίληψις / ἀναλαμβάνω; ἰλιγγία / σπασμός / σφακελισμός; ἀχανής / αἶος / τρόμος / παλμός / ἰδρός; τρόμος / παλμός; ἄση / ἀγρυπνέω; ἄφωνος / ἀχλὺς; ἀσθενής / ἀχλὺς; ἀθυμία / ἀπορία; ἀθυμία / γῆρας; ἀνατέμνω / σημείωσις...¹⁰.

¹⁰ Vd. per es. ACH.TAT., III 13,3; V 27,1; VI 13,2; VII 9,14; CHARITO I 3,5; I 8,2; II 7,4; III 1,3; VI 9,2; LONGUS I 18,1; I 13, 5-6; HLD., III 15,3; V 6,1; III 11,1; IV 11,1; VI 9,2; VII 4,3; VIII 7,7; X 13, 1; 29, 2; X 33,3 XEN.EPH., I 5,2; V 6, 1 e 3.

Altrettanto importanti e considerevoli sono altri riscontri più generali.

Di frequente il medico osserva che il male si aggrava di notte (è nota la sistematica attenzione del *CH* ai ritmi temporali); è spesso di notte che gli accessi del male assalgono il malato più violentemente da provocare o risolutorie crisi o irrimediabili peggioramenti. Allo stesso modo, Achille Tazio, soffermandosi a lungo su una notte insonne di Clitofonte, completamente preso e dominato dall'amore per Leucippe, constata che di notte tutte le malattie, del corpo e dell'anima, si acuiscono; della loro recrudescenza notturna dà anche un'articolata spiegazione (Ach. T. I 6, 2-4). Ancora in Elidoro, il sopraggiungere della notte con la sua solitudine e il suo silenzio accresce l'inquietudine e il dolore di Cariclea (I 8, 1).

Sia nel *CH* sia nel romanzo si dà importanza agli effetti dell'esercizio fisico sullo stato d'animo. Altrettanto rilievo hanno i sogni, preziosi strumenti di diagnosi per il medico; nel romanzo, essi non sono solo premonitori e rivelatori di eventi, come nella più radicata tradizione: talora l'accento posto sui sogni agitati e turbati dei personaggi serve a completare la descrizione del loro stato d'animo.

Una delle manifestazioni esterne della malattia, da cui trarre indizi diagnostici, sono nel *CH* le lacrime dei malati. I personaggi dei romanzi, come noto, piangono e si lamentano largamente, in conformità anche qui ad una precisa tradizione letteraria e ad un comportamento degli antichi, che in genere si può supporre meno riservato e controllato del nostro. In questo contesto, la notazione del pianto di chi soffre fisicamente e moralmente sembra poco significativa; Achille Tazio, però, disquisendo sul suo rapporto col dolore (III 11) richiama la nostra attenzione. Affermato che il grande dolore non conosce lacrime, egli ne spiega il motivo: esso arresta il flusso delle lacrime che ritornano così verso l'anima e rendono la ferita più grave. La solita sovrapposizione di due piani, del fisico che serve da esemplificazione e da termine di confronto, e del morale, in un insieme spesso non ben distinto, fa immaginare le lacrime come un umore che se fermato esacerba la sofferenza: altrove esse sono esplicitamente definite «il sangue delle ferite dell'anima» (VII 4,5). In tutto ciò si rispecchiano anche la concezione e il senso del profondo rapporto tra mente e corpo, quale la cultura greca ha più volte espresso e quale si riflette con chiarezza anche nel *CH*, nonostante la più generale tendenza dei suoi autori a considerare con più sistematicità le cause fisiologiche della malattia.

Il passo ora ricordato di Achille Tazio fa parte del gruppo relativamente numeroso di excursus scientifici o pseudoscientifici così tipici del romanzo, in cui grandi temi e questioni della scienza e della filo-

sofia vengono esposti con dovizia di particolari. La tendenza e il primario interesse a meravigliare il lettore con una traboccante erudizione, con sottigliezze e acutezze interpretative restringono e limitano il rigore espositivo: l'autore più spesso attinge da varie parti, anche dalla letteratura paradossografica, e ne rimette insieme non sempre limpidamente alcuni elementi.

La ricerca di precise fonti è pertanto difficile; più utili e produttivi sono senz'altro i confronti con certe acquisizioni culturali, con certe impostazioni e concezioni che avevano trovato formulazione e diffusione sia nella letteratura sia nella scienza. E ciò che accade, per esempio, quando in entrambe si stabiliscono rapporti tra carattere, tipo di vita, modi di reagire da una parte, e il paese e il clima in cui si vive dall'altra. Così nel romanzo, sulla scorta anche di ben note osservazioni del *CH*, ci si sofferma sul comportamento di alcuni popoli, degli Egiziani in particolare, apprezzati per i loro rimedi o temuti per i loro malefici; si vantano le qualità dell'acqua del Nilo; si fanno dure considerazioni sull'ira e la passionalità spesso incontrollata dei barbari, sui loro discorsi talora infidi.

Tra gli autori che inclinano di più ad inserire notazioni mediche c'è Eliodoro, insieme con Achille Tazio. Tre passi del suo romanzo ci permettono di constatare tre diversi modi di introdurle e svilupparle.

Cnemone profondamente turbato per quanto sente dire di Tisbe, da lui creduta morta, passa una notte inquieta e agitata, tanto da essere vicino alla pazzia (V 2, 1-2). Certo poi di averla sentita parlare e lamentarsi, sta per svenire, traballante si allontana a fatica, inciampa, urta qua e là, batte la testa, vagando senza meta, infine si lascia cadere sul letto: il suo corpo è scosso da un tremito (... τὸ μὲν σῶμα παλμὸς εἶχε), i denti battono (τῶν δὲ ὀδόντων ἄραβος πολὺ ἐγίνετο), solo il sollecitato intervento di Calasiris che lo riscalda e lo conforta gli salva la vita (... μικρὸν ἀνέπνευσε V 3, 1-3).

Questa descrizione ricorda quella degli accessi maniacali e dei deliri nel *CH*; in particolare ne sono messi in evidenza due sintomi tipici: il tremore del corpo e il battito dei denti, unitamente all'incontrollato vagare senza orientamento. Per esprimerli si usano un termine tecnico (παλμός) e un nesso che ricorda invece piuttosto l'*Iliade* (K 375: ... ἄραβος δὲ διὰ στόμα γίγνεται ὀδόντων)¹¹.

¹¹ Da ricordare è anche PLU., *Mor.* 654 b, dove παλμόν è associato ad ἄραδον, congettura del Doehner invece del traditio ἄραβον.

Cf. ancora HLD. VII 9, 3 (descrizione della notte di Arsace, innamorata di Teagene) e Hom., *Il XXIV* 3 ss. Nel presentare l'episodio di Arsace, Eliodoro ha avuto forse in mente l'*Ippolito* di Euripide.

Il riferimento omerico, che non sorprende il lettore dei romanzi, concorre insieme con notazioni più proprie dei medici a completare l'accurata presentazione di una scena non solo in Eliodoro. Anche in Achille Tazio e in Caritone, l'uso di espressioni epiche (νέφος... κατεχύθη λύπης Ach. T. VI 8, 3; ἄχεος νεφέλη... μέλαινα Ch. I 4, 6; νύξ... τῶν ὀφθαλμῶν κατεχύθη III 9, 10) alterna con l'impiego di termini più tecnici (ἀχλύς, σκοτοδινιάω) in determinati contesti; così la formula omerica λύτο γούνατα καὶ φίλον ἦτορ ricorre quando un personaggio reagisce con improvvisi mancamenti ad una forte emozione (Ch. I 1, 14). Suggestioni e precisi rimandi alla poesia di Saffo si colgono inence nella descrizione del malessere fisico dei personaggi di Longo ¹²; nelle stesse circostanze è poi comune a tutti i romanzi l'ampia presenza di δυστυχής, ἄθλιος, οἴχομαι, più propri della tragedia.

Nel passo considerato di Eliodoro, c'è però un elemento che merita ancora attenzione: il remedio con cui si interviene per rianimare Cnemone. Calasiris lo riscalda e lo assiste così che egli possa riprendersi. Nel *CH* più volte è raccomandato il caldo come terapia di alcune affezioni, in particolare come calmante negli spasmi.

Il confronto col *CH* è più puntuale in un altro luogo in cui si spiega la causa della morte di Calasiris, personaggio centrale della prima parte del romanzo. Della sua non del tutto inaspettata scomparsa, preceduta da un dettagliato resoconto delle sue ultime ore di vita, sono supposte due cause, l'una fisica, l'altra divina (VII 11, 4): una dilatazione eccessiva e violenta delle vie respiratorie ha forse causato il collasso in un corpo già provato dagli anni; oppure gli die gli hanno accordato quanto egli aveva chiesto (... εἶτε διὰ τὸ τῆς χαρᾶς μέγεθος τῶν πνευματικῶν πόρων εἰς ὑπερβολὴν ἀνεθέντων καὶ χαλασθέντων, οἷα δὴ γηραιοῦ τοῦ σώματος ἀθρόον διαφορηθέντος, εἶτε καὶ θεῶν αἰτήσαντι τοῦτο παρασχομένων...).

L'espressione οἱ πνευματικοὶ πόροι appartiene al linguaggio medico e riflette precisi orientamenti scientifici e filosofici ben rappresentati nel *CH* (37). A confermarci la consapevole e intenzionale utilizzazione di un linguaggio medico da parte di Eliodoro sono, in questo caso, l'insistenza sul deperimento fisico causato dall'età e la presenza dei verbi ἀνίημι e χαλάω che sottolineano con esattezza la distensione e il rilasciamento dei tessuti.

Altrove invece Eliodoro mescola confusamente scienza e superstizione, quando spiega «la malattia dell'invidia», il malocchio. I poteri

¹² LONGUS I 14; 17; 18.

straordinari dell'occhio umano e la proprietà dell'aria di veicolare il contagio (III 7 e 8) sono gli argomenti addotti a sostegno di una diffusa credenza. L'esplicita definizione di νόσος per gli effetti fisici di uno sguardo maligno e invidioso, che trasmette all'aria la sua nocività e che può insinuarsi così nel corpo di un'altra persona, rimanda in ogni caso ad ambiti anche medici.

Il breve panorama, qui proposto, dei molteplici ambiti di ricerca offerti dalle numerosissime notazioni mediche nel romanzo potrebbe arricchirsi di altri riscontri e di altri echi. Qui si è constatato quanta straordinaria vitalità abbiano precise tradizioni letterarie e scientifiche nel romanzo e come di esse si fruisca. La vasta e articolata produzione del *CH*, con tutto il cumulo delle sue acquisizioni, analisi, osservazioni, discussioni e polemiche, con tutto il peso della sua rivoluzionaria concezione della malattia e con la ricchezza della sua stessa interazione con ambiti più propriamente letterari, costituisce per tutta la produzione seguente un bacino di raccolta, dal quale emanano influenze che possiamo riconoscere e seguire per secoli. Così esso trova riflesso anche nel romanzo, sia dove la notazione medica serve semplicemente da metafora, sia dove essa completa e sostiene più impegnative descrizioni di stati morbosi, fino a riscontri più puntuali e precisi ¹³.

¹³ I professori O. LONGO e A. GARZYA intervenuti nella discussione hanno sottolineato rispettivamente il concetto di «malattia dell'anima» nei suoi riflessi fisici, e la larga utilizzazione nel romanzo di topoi letterari attinti a varie fonti.

L'epiglottide fra fisiologia e filosofia: da Ippocrate ai latini

PAOLA MIGLIORINI

(Università di Firenze)

INTRODUZIONE

Dal *Corpus Hippocraticum* alla tarda latinità sono numerosi gli autori che, sia in ambito medico che filosofico, hanno occasione di occuparsi del funzionamento dell'epiglottide. In particolare, questa piccola parte anatomica costituisce il nodo centrale attorno a cui gravita la famosa *quaestio* relativa alla via di accesso dei liquidi nell'organismo, assai dibattuta specie nei sec. V-IV a.C.¹

Delineata chiaramente in un passo delle *Quaestiones convivales* di Plutarco, accennata anche in Galeno², essa viene ripresa in ambito latino da Gellio e poi da Macrobio³ che, però, dovesse avere una diffusione piuttosto ampia lo dimostra il fatto che a tale polemica si fa cenno anche in epoca molto tarda, addirittura nel *De natura generis humani* dello Ps. Vindiciano, presumibilmente del VI-VII sec.⁴

Nell'ambito di tale *quaestio* si sottolinea sempre di più, sia pure con differenti sfumature a seconda che essa coinvolga medici o filosofi, il carattere della *κατασκευή* teleologica dell'uomo. In qualche autore poi, al di fuori di ogni contesto scientifico e medico e per evidente influsso stoico, la funzione dell'epiglottide appare quasi il simbolo della provvidenzialità che regola la natura umana.

¹ Per una rapida sintesi dei punti salienti della questione vd., per es., P. MANULI-M. VEGETTI, *Cuore sangue e cervello. Biologia ed antropologia nel pensiero antico*, Milano, 1977, p. 220, n. 131, dove si rinvia opportunamente anche a F. KUDLIEN, *Der Beginn des medizinischen Denkens bei den Griechen*, Zurich-Stuttgart, 1967, p. 88 sgg.

² GAL., *De usu part.* VII 16-17, pp. 425-428 H. (:III 586-589 K).

³ Si veda D. GOUREVITCH, «Les noms latins de l'estomac» *RPh* 50, 1976, pp. 98-102.

⁴ VIND., *De nat gen. hum* 25.

Questo studio si propone quindi di mostrare lo sviluppo della questione e di spiegare, analizzando le varie testimonianze, come possa essersi verificata tale evoluzione nella concezione dell'epiglottide.

LA QUAESTIO

Il testo da cui prende le mosse la nostra indagine e che va tenuto presente per poter seguire tutta l'articolazione delle argomentazioni successive è il passo di Plutarco (*Quaest. conv.* 7, 698 B-C).

La *quaestio*, introdotta dopo la citazione di un verso di Alceo⁵, inizia con la critica da parte del medico Nicia di Nikopolis, seguace di Erasistrato, alla concezione, attribuita a Platone, secondo la quale la bevanda scorre nel polmone⁶. Fra gli altri appunti che vengono mossi al filosofo c'è anche quello di aver trascurato l'importanza dell'epiglottide, sebbene, per le altre parti del corpo, si fosse sempre preoccupato di comprendere lo scopo per cui esse erano state create:

(*Quaest. conv.* 7, 698 C) ...καὶ μὴν ἐπὶ γε τῶν πλείστων τοῦ σώματος μορίων τὸ οὐ ἔνεκα τῷ λόγῳ μετιῶν, καὶ πρὸς ἣν ἔκαστον ἢ φύσιν χρεῖαν πεποίηκεν βουλόμενος, ὥσπερ καὶ προσήκει τῷ φιλοσόφῳ φρονεῖν, οὐκ εὖ παρήσει τὸ τῆς ἐπιγλωττίδος ἔργον, ἐπὶ τούτῳ τεταγμένης, ὅπως ἐν τῇ καταπόσει τῆς τροφῆς τὴν ἀρτηρίαν πιέζουσα κωλύη παρεμπεσεῖν ὀτιοῦν εἰς τὸν πλεύμονα.

Nicia quindi espone quanto affermava Erasistrato sull'argomento e cioè che tale organo, definito μέταυλος, ha lo scopo, nella deglutizione, di chiudere la trachea e di impedire che qualsiasi cosa cada nel polmone. Non solo, ma eso quando si parla si inclina verso l'esofago (στόμαχος)⁷, quando si mangia e si beve sulla trachea, sorvegliando l'accesso dell'aria e l'ispirazione.

⁵ ALC., *Fr.* 39, I p. 430 D. τέγγε πλεύμονας οἴνω τὸ γὰρ ἄστρον περιτέλλεται.

⁶ Cf. PLAT., *Tim.* 91 a: Τὴν τοῦ ποτοῦ διέξοδον, ἢ διὰ τοῦ πλεύμονος τὸ πῶμα ὑπὸ τοῦ νεφροῦς εἰς τὴν κύστιν ἔλθόν. La posizione platonica appare un po' diversa in *Tim.* 70 c-e (πρῶτον μὲν μαλακὴν καὶ ἄναιμον, εἶτα σήραγγας ἐντὸς ἔχουσαν οἶον σπύγγου κατατετρημένας, ἵνα τὸ τε πνεῦμα καὶ τὸ πῶμα δεχομένη, ψύχουσα ἀναπνοῆν καὶ ἄραστῶν ἔν τῷ καύματι παρέχοι), 73 a, 78 a-b, 78 e-79 a in cui sembra che il liquido passi anche attraverso l'esofago insieme al cibo. Si tratterebbe dunque di un accenno ad una teoria simile a quella del *De corde* (vd. *infra* n. 14).

⁷ Sul significato di στόμαχος vd. GOUREVITCH, *art. cit.*, cit., p. 98 sg. n. 19.

A Nicia si contrappone Floro che cita a sostegno di Platone Filistione di Locri, Ippocrate e Dioxippo che, egli afferma, condivisero la sua teoria:

(699 B-D): ἔτι δὴ τῶν μαρτύρων τῷ Πλάτωνι προσκαλοῦμαι Φιλιστίωνα τε τὸν Λοκρὸν, εὖ μάλα παλαιὸν ἄνδρα καὶ λαμπρὸν ἀπὸ τῆς τέχνης ὑμῶν γενόμενον, καὶ Ἴπποκράτη καὶ Διώξιππον τὸν Ἴπποκράτειον· οὗτοι γὰρ οὐχ ἑτέραν ὁδὸν, ἀλλ' ἦν Πλάτων, ὑφηγοῦνται τοῦ πόματος. ἢ γε μὴν πολυτίμητος ἐπιγλωττίς οὐκ ἔλαθε τὸν Διώξιππον, ἀλλὰ περὶ ταύτην φησὶ τὸ ὑγρὸν ἐν τῇ καταπόσει διακρινόμενον εἰς τὴν ἀρτηρίαν ἐπιρρεῖν, τὸ δὲ σιτίον εἰς τὸν στόμαχον ἐπικυλινδεῖσθαι· καὶ τῇ μὲν ἀρτηρίᾳ τῶν ἐδωδίων μηδὲν παρεμπίπτειν, τὸν δὲ στόμαχον ἅμα τῇ ξηρᾷ τροφῇ καὶ τῆς ὑγρᾶς ἀναμιγνύμενόν τι μέρος ὑποδέχεσθαι (πιθανὸν γὰρ ἐστὶ) τὴν (μὲν) ἐπιγλωττίδα τῆς ἀρτηρίας προκεῖσθαι διάφραγμα καὶ ταμείον, ὅπως ἀτρέμα καὶ κατ' ὀλίγον διηθῆται τὸ πορὸν, ἀλλὰ μὴ ταχὺ μὴδ' ἄθρουν ἐπιρρακτὸν ἀποβιάζεται τὸ πνεῦμα καὶ διαταράττη.

Floro, quindi, attribuisce a Dioxippo ⁸ il merito di aver individuato l'importanza dell'epiglottide e spiega che, secondo questo medico, il liquido, nella deglutizione, si spartisce appunto intorno all'epiglottide cosicché una parte finisce nella trachea, mentre il resto si incanala nell'esofago. Egli ribadisce ancora che nell'una non entra nessun cibo, mentre nell'altro passa sia una parte di bevanda sia il cibo solido.

Plutarco affronta lo stesso problema anche in *De stoicorum repugnantibus* dove, criticando Crisippo che aveva mosso obiezioni a Platone e condividendo esplicitamente le idee di questo filosofo, si appoggia nuovamente all'*auctoritas* di alcuni medici ippocratici e di numerosi poeti per suffragare la teoria che la bevanda scorre nei polmoni ⁹.

Per poter avere un quadro completo della *quaestio* esposta da Plutarco è opportuno verificare nelle testimonianze in nostro possesso l'attendibilità di Plutarco stesso nell'attribuire ai vari autori le dottrine accennate.

⁸ Per l'identificazione di Dioxippo con Dexippo vd. M. WELLMANN, *RE* 9, pp. 294-295.

⁹ PLUT., *De stoic. rep.* 29 (*SVF* II, 763) Ἐν δὲ ταῖς Φυσικαῖς Θέσεσι (Χρῆσιππος)... ἵνα φησὶ ἢ μήτε Πλάτωνι παραπλησίως ὑπονοήσωμεν τὴν μὲν ὑγρὰν τροφήν εἰς τὸν πλεύμονα φέρεσθαι τὴν δὲ ξηρὰν εἰς τὴν κοιλίαν, μηθ' ἕτερα παραπλήσια γεγνότα τούτοις διαπτώματα... καίτοι Πλάτων μὲν ἔχει τῶν ἰατρῶν τοὺς ἐνδοξοτάτους μαρτυροῦντας, Ἴπποκράτην Φιλιστίωνα Διώξιππον τὸν Ἴπποκράτειον, καὶ τῶν ποιητῶν Ἐδριπίδην Ἀλκαῖον Εὐπολιν Ἐρατοσθένην, λέγοντας ὅτι τὸ ποτὸν διὰ πνεύμονος διέξεισι.

Una sintesi della questione in ambito greco si ha nella recente edizione dei frammenti di Erasistrato a cura di I. Garofalo¹⁰, cui si rimanda per l'analisi dei problemi e per l'identificazione degli autori citati da Plutarco. Per chiarezza espositiva, però, per quanto si tratti di testimonianze a tutti note, mi sia consentito riassumere brevemente i punti fondamentali della controversia.

DA IPPOCRATE A ERASISTRATO

Nel *CH* la teoria delle due diverse vie di accesso dei liquidi e dei cibi, presentata da Plutarco come platonica, è non solo attestata ma anche puntualmente confutata in alcune opere di incerta datazione.

Se in un passo abbastanza oscuro del *De natura ossium* in cui l'autore ammette che della bevanda si introduce attraverso le vie respiratorie, non si fa menzione esplicita dell'epiglottide, si accenna tuttavia ad un νόμος che governa l'entrata dei liquidi¹¹.

Nel *De corde* invece, di cui appunto è discussa la datazione e l'attribuzione¹², il ruolo e la funzione dell'epiglottide è già piuttosto chiaro: c'è piena consapevolezza del fatto che essa chiude ermeticamente la trachea, ma si ammette che, per effetto della pressione, un

¹⁰ I. GAROFALO, *I frammenti di Erasistrato*, Pisa, 1988, Fr. 114, p. 100 sg.

¹¹ HP., *De nat. oss.* 13 (IX 185-187 L.). Vd. C.R.S. HARRIS, *The Heart and the Vascular System in Ancient Greek Medicine*, Oxford, 1973, p. 63 sg.

¹² Come è noto, le posizioni degli studiosi divergono per quel che concerne sia l'attribuzione che la cronologia dell'operetta; senza entrare in merito alla questione per cui si rimanda a MANULI-VEGETTI, *Cuore...*, cit., p. 108, ricordiamo, per chiarezza espositiva, che vi è chi l'attribuisce alla scuola cnidia, come L. BOURGEY, *Observation et expérience chez les médecins de la Collection Hippocratique*, Paris, 1953, p. 2, n. 3; chi a quella siciliana (in particolari a Diocle di Caristo o a Filistione di Locri) come, rispettivamente, il WELLMANN (M. WELLMANN, *Die Fragmente der Sikelischen Ärzte*, Berlino, 1901, pp. 94-107) e il LÉBOUCQ (J. BIDEZ-G. LÉBOUCQ, «Une anatomie antique du coeur humain», *REG*, 1944, pp. 7-40) e chi invece ne sposta la datazione ad un'epoca successiva ad Erasistrato e agli Alessandrini, come K. ABEL, «Die Lehre vom Blutkreislauf in Corpus Hippocraticum», *Hermes* 86, 1959, pp. 192-218. Ad una datazione tarda pensano anche HARRIS (*The Heart...*, cit., pp. 83-95), F. KUDLIEN, («Poseidonios und die Ärzteschule der Pneumatiker», *Hermes* 90, 1962, pp. 192-218; «Antike Anatomie und menschlicher Leichnam», *Hermes* 97, 1969, pp. 78-94), il quale vi individua elementi del patrimonio medio-stoico ed in particolare di Posidonio e I.M. LONIE, «The paradoxical text "On the Heart"», *Medical History* 17, 2, 1973, pp. 83-95.

po' di liquido riesca ugualmente a filtrare¹³. Tale ammissione di scarso funzionamento della chiusura ermetica dell'epiglottide è finalizzato, come è noto, ad una spiegazione fisiologica, cioè alla necessità di trovare una giustificazione per la presenza nel polmone di liquido «simile a urina» (ὄποϊον οὖρον)¹⁴.

L'autore del *De morbis* IV, che si oppone alla teoria del passaggio dei liquidi nel polmone, sottolinea l'efficacia funzionale dell'epiglottide che, nella deglutizione, impedisce che cibo o bevanda finisca nella trachea¹⁵.

Fra i confutatori di quella teoria non è certo il meno importante Aristotele¹⁶, il quale ritiene ridicola l'ipotesi che gli animali ingeriscano le bevande attraverso la trachea e descrive con precisione il movimento dell'epiglottide che si alza per consentire la respirazione e si abbassa invece quando viene ingerito del cibo.

Dell'altro grande oppositore della teoria, diciamo platonica, Erasistrato, medico alessandrino famoso per le sue conoscenze anatomico-fisiologiche dell'organismo umano, abbiamo già parlato menzionando Plutarco. Ricordiamo soltanto che tale teoria è ancora seguita in epoca tarda dall'Anonimo Londinese¹⁷.

In questa breve sintesi delle testimonianze greche relative alla funzione dell'epiglottide fino a Plutarco, pur fra le differenti posizioni, possiamo però osservare un dato comune, riscontrabile in tutti anche se con sfumature e accenti differenti, qualunque sia la tesi che sostengono, cioè la spiegazione finalistica di tale funzione. Così, per esempio, come è noto, nel *De corde* l'epiglottide «che perde» serve a giustificare

¹³ Cf. GAL., *De usu part.* IV, 8, p. 206-207 H. (:III 282 K.); VII 16-17, pp. 428-429 H. (:III 588-590 K.); VI 16, p. 357 H. (:III 491 K.); *Simp.* II 17 (:XI 502 K.); *De plac. Hipp. Plat.* IX 9, (CMG V 4, 2 532-538) (:V 713-719 K.). Come osserva HARRIS, (*The Heart...*, cit., 170, n. 1.) Galeno si rifiutava dunque di credere che per Platone tutto il liquido passasse attraverso il polmone e riteneva che in *Tim.* 70 c si alludesse solo ad una piccola parte della bevanda (vd. HARRIS, *The Heart...*, cit., p. 393 sg.).

¹⁴ HP., *De cord.* 2, 4 (IX 82 L.) πῶμα γὰρ ἀτρεκέες ἢ ἐπιγλωσσίς, κἂν διήσῃ μεῖζον ποτοῦ οὐδὲν... Per i problemi connessi si rimanda a LONIE, "The Paradoxical...", cit., pp. 83-95. BIDEZ-LEBOUCQ, "Une anatomie...", cit., pp. 23-25.

¹⁵ HP., *De morb.* IV 56 (VII 608 L.) Καὶ διὰ τούτου οὐ χωρεῖ τὸ ποτὸν ἐς τὸν πλεύμονα, ἀλλ' ἐς τὴν κοιλίην, ὅτι προσαφῆς αὐτῇ ἐστὶν ὁ στόμαχος τοῦ ἀνθρώπου αἰεὶ χάσκων, καὶ χωρεῖ ἐς ἐκεῖνον, καὶ ἅμα ἐπίκειται τῇ σύριγγι τοῦ πλεύμονος, ὥσπερ κισσοῦ φύλλον, ὥστε οὐκ ἂν παρακαθιῖ ἐν τῇ καταπόσει, εἰ χωρεῖ αὐτόν.

¹⁶ ARIST., *De part. an.* 664 b, 4-19 ἐπιβάλλει τε καὶ ἀναπτύσσεται τοῦ πνεύματος τῇ εἰσόδῳ τε καὶ ἐξόδῳ ἀναπτυσσομένη, τῆς δὲ τροφῆς αἰσιούσης ἐπιτυσσομένη, ἵνα μηθὲν παραρροῖ παρὰ τὴν ἀρτηρίαν.

¹⁷ Anon. Lond. 23, J.89 διηθεῖται δὲ εἰς κοιλίαν ὀλίγον διὰ τοῦ στομάχου καθ' ἡμᾶς, οὐ μὴν κατὰ τὸν Ἐρασίστρατον.

la presenza di umore nel polmone¹⁸; in Aristotele a rimediare alla posizione difettosa dell'esofago rispetto alla trachea. Chiaramente la teleologia di Aristotele è diversa da quella documentata nel *CH*, perché il «finalismo biologico» si inquadra nell'impostazione generale teleologica di tutta la scienza aristotelica. Così diversa ancora è quella del medico «vitalista» Erasistrato (che presenta contatti con la prima Stoa e che a sua volta fu ripreso da Panezio)¹⁹ il quale basa tutta la sua fisiologia su un accentuato teleologismo e parla di *prónoia* della natura²⁰ nei riguardi degli esseri viventi.

In qualche modo però, non c'è bisogno di ricordarlo, ciascuno di questi autori è legato all'altro perché riprende e sviluppa in chiave diversa elementi precedenti. Sono dunque tutti anelli di una stessa catena, ciascuno dei quali ha un dettaglio in più rispetto al precedente, ma la cui logica connessione giustifica poi il risultato finale.

LA *QUAESTIO* E L'IMPORTANZA DELL'EPIGLOTTIDE IN AMBIENTE LATINO

Nell'ambito della letteratura latina numerosi sono gli autori che, con diverse motivazioni e diversi intenti, accennano all'importanza dell'epiglottide nel processo di deglutizione. Se nel caso di autori tecnici come Celso e Plinio²¹, per esempio, pur essendone sottolineata l'importanza, tutto si riduce ad una sommaria descrizione anatomica espressa con lo scarno linguaggio dei testi scientifici, nel caso invece di Cicerone e, in parte, di Gellio, la presentazione dell'epiglottide si colora di sfumature addirittura provvidenziali. Per capire come ciò possa spiegarsi e appurare se sia possibile individuare esattamente il momento in cui si è cominciato a dare questo rilievo particolare ad

¹⁸ Cf. MANULI-VEGETTI, *Cuore...*, cit., pp. 84 e 221, n. 134.

¹⁹ Cf. M. POHLENZ, *La Stoa*, trad. it., Firenze, 1978, I, pp. 172 e 336; p. 401, n. 17.

²⁰ Cf. GAL., *Nat. fac.* II, 2, p. 157 H. (:II 78 K.) ἀλλ' ὃ σωφώτατοι, προνοητικῆν τοῦ ζώου καὶ τεχνικὴν αὐτὸς ὁ Ἐρασίστρατος ὑπέθετο τὴν φύσιν. Cf. M. POHLENZ, *La Stoa...*, cit., p. 336, n. 2.

²¹ CELS. IV 1, 3: *deinde duo itinera incipiunt: alterum asperam arteriam nominant, alterum stomachum. Arteria exterior ad pulmonem, stomachus interior ad ventriculum fertur; illa spiritum, hic cibum recipit. Quibus cum diversae viae sint, qua coeunt exigua in arteria sub ipsis faucibus lingua est; quae, cum spiramus, attollitur, cum cibum potionemque adsumimus, arteriam claudit.* PLIN. *HN XI* 175 ss. *sub ea (scil. uva) minor lingua nulli ova generantium. Opera eius gemina duabus interpositae fistulis. Interior earum appellatur arteria, ad pulmonem atque cor pertinens; hanc operit in epulando, spiritu et voce in illa meante, ne, si potus cibusve in alienum deerraverit tramitem, torqueat. Altera exterior appelletur sane gula, qua cibus atque potus devolant.*

una simile minuscola parte anatomica, è opportuno vedere da vicino le varie attestazioni.

Osserviamo prima di tutto il passo di Gellio (XVII 11)²² nel quale è testimoniata la *quaestio* impostata da Plutarco; egli, pur rifacendosi indubbiamente all'autore greco, se ne discosta in vari punti con omissioni od aggiunte rilevanti e usa un linguaggio non sempre semanticamente affine a quello del modello:

Et Plutarchus et alii quidam docti viri reprehensum esse ab Erasistrato, nobili medico, Platonem scripsere, quod potum dixit defluere ad pulmonem eoque satis humectato demanare per eum, quia sit rimosior, et confluere inde in vesicam...

(3-5) *Per alteram autem fistulam, quae Graece nominatur τραχεῖα ἄρτηρία, spiritum a summo ore in pulmonem atque inde rursum in os et in naris commeare, perque eandem viam vocis quoque fieri meatum ac, ne potus cibusve aridior, quem oporteret in stomachum ire, procideret ex ore labereturque in eam fistulam, per quam spiritus reciprocatur, eaque offensione intercluderetur animae via, impositam esse arte quadam et ope naturae inde apud duo ista foramina, quae dicitur ἐπιγλωττίς, quasi claustra quaedam mobilia coniventia vicissim et resurgentia, eamque ἐπιγλωττίδα inter edendum bibendumque operire atque protegere τὴν τραχεῖαν ἄρτηρίαν, ne quid ex esca potuve incideret in illud quasi aestuantis animae iter: ac propterea nihil humoris influere in pulmonem ore ipso arteriae communito. Haec Erasistratus medicus adversum Platonem.*

Sed Plutarchus in libro symposiacorum auctorem Platonis sententiae Hippocratem dicit fuisse idemque esse opinatos et Philistiona Locrum et Dioxippum Hippocraticum, veteres medicos et nobiles, atque illam, de qua Erasistratus dixerat, ἐπιγλωττίδα non idcirco eo in loco constitutam, ne quid ex potu influeret in arteriam, —nam pulmoni quoque fovendo rigandoque utiles necessariosque humores videri—sed adpositam quasi moderatricem quandam et arbitram prohibendi admittendive, quod ex salutis usu foret, uti edulia quidem omnia defenderet ab arteria depelleretque in stomachum, potum autem partiretur inter stomachum et pulmonem et quod ex eo admitti in pulmonem per arteriam deberet, non rapidum id neque universum, sed quadam quasi obice sustentatum ac re-

²² Un breve cenno alla questione, senza peraltro approfondimenti, si ha in M. NEUBURGER. «Die Medizin in den *Noctes Atticae* des Aulus Gellius» *Archivio di storia della scienza* 6, 1925, pp. 3-5.

pressum sensim paulatimque tramitteret atque omne reliquum in alteram stomachi fistulam derivaret.

Confrontando il passo di Gellio con quello di Plutarco vediamo che ci sono molte cose in comune, ma altre che mancano nell'autore greco. L'impostazione stessa della *quaestio* è diversa, perché Gellio fa risalire ad Alceo (*erroris istius...dux*) l'origine della teoria attribuita a Platone. Più ampia rispetto a Plutarco²³ e diversamente articolata è l'esposizione delle obiezioni di Erasistrato. Una certa coincidenza è evidente quando si parla dell'epiglottide²⁴, di cui entrambi mettono in evidenza lo scopo e ne spiegano la funzione, ma Gellio sottolinea maggiormente l'azione finalistica della natura (*impositam esse arte quadam et ope naturae*). Una frase dell'autore latino appare, comunque, quasi tradotta alla lettera da Plutarco: si confronti, infatti, (r. 23 sgg.)... *ne quid ex esca potuve incideret in illud quasi aestuantis animae iter* con Plutarco (7, 698 C) και τῆ μὲν ἀρτηρίᾳ τῶν ἐδωδίων μηδὲν παρεμπίπτειν.

In Plutarco, però, tale espressione è impiegata a proposito della teoria platonica (tant'è vero che si accenna solo al cibo, in quanto il liquido si dà per scontato che finisca nella trachea); in Gellio l'espressione è usata per la teoria di Erasistrato e, quindi, in più rispetto a Plutarco, vi è la precisazione che nella trachea non deve cadere non solo il cibo, ma neppure la bevanda (ed è ovvio perché per Erasistrato la trachea serve soltanto per la respirazione). Lo scrittore latino ribadisce il concetto ulteriormente con l'espressione seguente: *ac propterea nihil humoris influere in pulmonem ore ipso arteriae communito.*

Al § 6 Gellio si appoggia ancora a Plutarco per suffragare la teoria platonica, citando, sia pure in un diverso ordine, Ippocrate, Filistione di Locri e Dioxippo. Si sofferma quindi a riferire quanto lo scrittore greco diceva dell'epiglottide e precisa: *illam, de qua Erasistratus dixerat*; in realtà, come si è visto, Plutarco, ne attribuiva la spiegazione fisiologica a Dioxippo e non ad Erasistrato. Per illustrare la funzione dell'epiglottide secondo la dottrina opposta a quella di Erasistrato («platonica») Gellio la definisce *moderatricem quandam et arbitram prohibendi admittendive quod ex salutis usu foret*, e quasi la personifica elencando dettagliatamente gli scopi della sua collocazione anatomica (*ut defenderet... depelleretque... partiretur... tramitteret*).

In Plutarco gli stessi concetti sono esposti in modo più impersonale

²³ Si veda, per es, l'accento al κόλον.

²⁴ Gellio, però, non accenna al fatto che Platone non si è occupato di epiglottide.

e l'epiglottide è solo denominata τῆς ἀρτηρίας... διάφραγμα καὶ ταμείον.

Dunque, sia a proposito della teoria di Erasistrato sia di quella diciamo platonica, Gellio impiega per l'epiglottide espressioni e vocaboli che non hanno riscontro preciso in Plutarco e che sottolineano come essa sia stata creata «ad arte» per il suo scopo. Nel caso della teoria cosiddetta platonica, il linguaggio non è solo finalistico, ma ha delle sfumature quasi provvidenziali e questa piccola parte anatomica assume il ruolo di arbitra di ciò che può entrare e di ciò che deve stare lontano dalla trachea. Questa sorta di personificazione dell'epiglottide focalizza dunque l'attenzione sulla sua funzionalità e la sua importanza nell'ambito di un processo vitale come quello dell'alimentazione dell'organismo.

Ora, se per quanto concerne *arte* e *ope naturae* a proposito della dottrina di Erasistrato, si può anche arrivare a supporre che l'espressione nasca direttamente dalla fisiologia teleologica di questo ²⁵ (di cui forse Gellio poteva conoscere le opere ²⁶), quando si tratta di termini come *moderatrix* e *arbitra* il discorso è più complesso. Sono, infatti, vocaboli del linguaggio stoico, impiegati in contesti filosofici da Cicerone e dallo stesso Gellio e dunque non possono essere casuali. Per quel che concerne il primo basti citare Cicerone (*de nat. deor.* III 92): *Neque id dicitis superstitiose atque aniliter sed physica constantique ratione; materiam enim rerum, ex qua et in qua omnia sint, totam esse flexibilem et commutabilem, ut nihil sit quod non ex ea quamvis subito fingi convertique possit, eius autem universae fictricem et moderatricem divinam esse providentiam* ²⁷.

Per il secondo, si ricordi Gellio nel passo in cui (VII 2,5) accennando alle concezioni di Crisippo, definisce la *necessitas*: *omnium quae sit rerum domina et arbitra per quam necesse sit fieri, quicquid futurum est* ²⁸. Dato quindi che non si può pensare ad un'innovazione gelliana, bisogna supporre che in questa tradizione dell'epiglottide si sia inserito in ambito latino un elemento nuovo.

La chiave che ci permette di avanzare un'ipotesi plausibile di spiegazione per questa sfumatura provvidenziale oltre che teleologica del-

²⁵ Si ricordi che Erasistrato definiva la natura anche τεχνικήν (vd. *supra* n. 20).

²⁶ Cf. HARRIS, *The Heart...*, cit., p. 185. Come è noto. GALENO (*De ven. sect. adv. Erasistr. Rom. degent* 5 [XI 221 K.]) lo nega.

²⁷ Cf. anche, per es., AMM., XV 5,1 *fortuna moderatrix humanum casuum*. AUG., *Epist. CXVIII* 24, p. 688, 7... *quasi ille (scil. Cicero) dixisset, mentem illam ordinatricem et moderatricem rerum omnium habere sensum...*

²⁸ Cf. SEN., *Epist. LXVI* 35 in cui la *ratio* è detta *arbitra... bonorum ac malorum*.

l'epiglottide è proprio Cicerone; in un passo del *De natura deorum*, infatti, la fisiologia della deglutizione e della digestione (e non dunque solo l'anatomia) è presa come esempio per mostrare come la costituzione dell'uomo sia voluta dalla natura (*De nat. deor.* II 133-136): *Faciliusque intelletur a dis immortalibus hominibus esse provisum, si erit tota hominis fabricatio perspecta omnisque humanae naturae figura atque perfectio. Nam cum tribus rebus animantium vita teneatur, cibo potione spiritu, ad haec omnia percipienda os est aptissimum quod adiunctis naribus spiritu augetur, dentibus autem in ore constructis mandatur atque ab his extenuatur et mollitur cibus. eorum adversi acuti mor-su dividunt escas, intimi autem conficiunt qui genuini vocantur; quae confectio etiam a lingua adiuvari videtur... Sed cum aspera arteria (sic enim a medicis appellatur) ostium habeat adiunctum linguae radicibus paulo supra quam ad linguam stomachus adnectitur, eaque ad pulmones usque pertineat excipiatque animam eam quae ductast spiritu eandemque a pulmonibus respiret et reddat, tegitur quodam quasi operculo, quod ob eam causam datum est, ne si quid in eam cibi forte incidisset spiritus impediretur.*

Ora, l'Arpinate non dice esplicitamente qual è la sua fonte, ma, in base ad una testimonianza di Seneca, possiamo, affermare con sufficiente sicurezza che si tratta di Posidonio ²⁹. Egli, infatti, come è noto, nell'epistola XC (§§ 7 e 25-26) polemizza con questo filosofo che, intendendo la filosofia come «tecnica», «operatività» ³⁰, attribuiva al saggio la facoltà di farsi «collaboratore» della natura (che è lo specchio del *Logos*) per creare le arti a beneficio dell'uomo ³¹; non solo, ma, sempre secondo Posidonio, il saggio, imitando il processo fisiologico della nutrizione e della digestione arriva ad escogitare il metodo della panificazione ³². Nella descrizione di questo processo fisiologico da Seneca attribuita esplicitamente a Posidonio, ricorrono espressioni molto vicine ad alcune del passo ciceroniano appena menzionato.

²⁹ Cf. A. SETAIOLI, *Seneca è i Greci*, Bologna, 1988, p. 335 n. 1552 che rinvia a K. REINHARDT, *Poseidonios*, München, 1921, p. 255 sgg.

³⁰ Vd. F. ADORNO, *La filosofia antica*, Milano, 1978³, p. 59.

³¹ Cf. § 7 *artes... quibus in quotidiano vita utitur*, gli strumenti per il lavoro (*ferramenta fabrilia*), l'arte del tessere (§ 20 *textrini quoque artem*) e l'attività agricola (§ 21). Per questa concezione che Posidonio derivava da ARISTOTELE (*Met.* IV 381 b, 6-9. *De part. an.* II 650 a, 2-5) si veda SETAIOLI, *Seneca... cit.*, p. 325 e pp. 334-336.

³² (§ 22) *Deinde non est contentus his artibus, sed in pistrinum sapientem summittit; narrat (scil. Posidonius) enim quemadmodum rerum naturam imitatus panem coeperit facere. 'Receptas' inquit in os fruges concurrans inter se duritia dentium frangit, et quidquid excidit ad eosdem dentes lingua refertur; tunc umore miscetur ut facilius per fauces lubricas transeat; tum pervenit in ventrem, aequali eius fervore concoquitur; tunc demum corpori accedit. (§ 23) Hoc aliquis secutus exemplar lapidem asperum aspero imposuit ad similitudinem dentium, quorum pars immobilis motum alterius expectat; deinde utriusque adritu grana franguntur et saepius regeruntur donec ad minutiam frequenter tria redigantur; tum farinam aqua sparsit et adsidua tractatione perdomuit finxitque panem, quem primo cinis calidus et fervens testa percocxit, deinde furni paulatim reperti et alia genera quorum fervor serviret arbitrio.*

Cioè l'interesse principale di Posidonio non era medico, ma egli partiva da un'esatta conoscenza dei processi fisiologici per andare oltre ed applicarli alle sue concezioni filosofiche. Ora, in Seneca non appare accennata la funzione dell'epiglottide, ma che in Posidonio ci fosse lo conferma un frammento testimoniato in *Schol. II. XXII 325* (366 b Theiler). Ποσειδώνιος δέ φησι κατὰ ῥιπὴν τῆς τροφῆς σκέπεσθαι ὑπὸ τῆς ἐπιγλωττίδος τὸν βρόγχον.

Non sappiamo in quale contesto si ascriva questo accenno all'epiglottide, ma è probabile che esso si inserisse appunto in quel processo della digestione di cui parla Seneca, che a sua volta è molto vicino al passo di Cicerone in cui la funzione provvidenziale dell'epiglottide è ben sottolineata.

Si può dunque supporre, sulla base della testimonianza di Cicerone e di Seneca, che la fisiologia di tale parte anatomica costituisse per Posidonio un esempio del fine provvidenziale in cui si iscrive il processo di deglutizione e digestione. L'influsso rilevante che tale concezione posidoniana dovette avere nel mondo antico è confermato anche dal fatto che se ne trovano echi in epoche molto lontane fra loro e in autori ben diversi, come Galeno³³, Nemesio³⁴ e il bizantino Melezio³⁵. In tutti e tre, per esempio, è riscontrabile l'equiparazione fra i processi fisiologici e le «arti» e in Galeno e Melezio è dato molto rilievo anche alla funzione dell'epiglottide. Per quanto, quindi, analizzando i passi in cui è affrontata la fisiologia della deglutizione sia facile cogliere differenze anche rilevanti con Posidonio, la sostanza delle argomentazioni non cambia e denota chiaramente la sua origine³⁶.

Dunque Posidonio ha utilizzato in chiave filosofica un problema medico o attestato solo in opere mediche; la sua influenza è tale che ne risentono anche scrittori che da lui si discostano. Così, tutte le volte che nel mondo greco-romano ritorna la comparazione della fisiologia

³³ In Galeno (*De usu part.* IV, 195-196 H. [III 266-269 K.]) si raffronta alla pulitura del grano dalla terra dalle pietre e dai semi selvatici compiuta dagli addetti, l'operazione di selezione del cibo effettuata dallo stomaco, il quale invia agli intestini la parte inutile, mentre avvia al processo di trasformazione tutto ciò che può essere di nutrimento per l'organismo.

³⁴ In Nemesio (Περὶ φύσ. ἀνθρ. 23) si ha un parallelo fra l'azione dei denti che triturano il cibo e quello delle macine del mulino. Manca ogni accenno all'epiglottide, ma il contesto è chiaramente riconducibile a Posidonio. Vd. anche SETAIOLI, *Seneca...* cit., p. 335, n. 1549.

³⁵ In Melezio (Περὶ ἀνθρ. κατασκ. I [CRAMER, *Anecd. Gr. Oxon.* III, p. 80, 26-30; p. 81, 5-7]), in un passo in cui è già stata rilevata la vicinanza al testo di Seneca, è evidenziata, come in Cicerone, proprio la funzionalità dell'epiglottide. Vd. SETAIOLI, *Seneca...* cit. p. 335, n. 1551.

³⁶ Per es. in Galeno (vd. n. 33) e Nemesio (vd. n. 34) il paragone con l'arte di fare il pane è ribaltato, ma comunque il parallelismo è il medesimo.

della deglutizione e della digestione (sia o no menzionata l'epiglottide, siano o no invertiti i termini) con attività quotidiane c'è da supporre che la fonte prima sia proprio Posidonio.

Ritornando al passo di Gellio, per spiegare, dunque, sia le innovazioni dell'autore latino rispetto a Plutarco (appare difficile poterle attribuire ad una sua originalità) sia la genesi di certe sfumature provvidenziali più che genericamente teleologiche, bisogna pensare che egli abbia avuto anche un'altra o addirittura altre fonti. L'ipotesi più allettante, anche se non dimostrabile, è che, pur conoscendo il passo di Plutarco, egli abbia seguito una fonte filosofica³⁷ in cui erano affrontate questioni anatomiche ed era trattata anche la fisiologia dell'epiglottide; quale poteva essere questa fonte se non Posidonio, che sappiamo con certezza, come si è visto, essersi occupato di tale argomenti? Non sarebbe da escludere, inoltre, neppure che tale filosofo fosse conosciuto dallo stesso Plutarco³⁸, questo spiegherebbe le somiglianze e le differenze appunto fra Plutarco e Gellio, in quanto il filosofo greco avrebbe utilizzato la sua fonte con molta libertà e limitatamente a quanto poteva corrispondere alle sue concezioni. Del resto vi è un indizio che costituisce una sorta di legame ideale fra Cicerone, Plutarco, Gellio: quella frase che abbiamo già osservato essere quasi identica negli ultimi due (anche se utilizzata con riferimento diverso) ha un precedente preciso proprio in Cicerone, nel passo citato: (§ 5) la trachea, dice il nostro, è chiusa da un *operculum, quod ob eam causam datum est, ne si quid in eam cibi forte incidisset spiritus impediretur*. Da notare che anche Cicerone, come Plutarco, parla soltanto di cibi e non anche di bevande come Gellio.

Comunque, anche non accettando l'idea di una fonte filosofica greca, un dato è certo: nella scelta dei vocaboli impiegati per esporre la questione Gellio deve senz'altro essere stato influenzato da Cicerone e quindi, attraverso lui, da tutta una tradizione sull'argomento di matrice stoica che si rifaceva appunto a Posidonio. Come si è accennato, infatti, della fisiologia provvidenziale posidoniana troviamo ampie tracce in autori di epoca romana sia che l'accettino totalmente sia che la presuppongano: Cicerone, Seneca, Galeno, Nemesio, Melezio. Non è quindi così difficile supporre che Gellio, nel rendere in latino il passo di Plutarco in cui si trattava dell'epiglottide e della sua finalità, riecheggiasse più o meno consapevolmente «lo spirito» del passo di Cicerone in cui si parlava di questa parte anatomica, ma in un contesto filosofico e non medico.

³⁷ Si veda L. HOLFORD-STREVENSON, *Aulus Gellius*, London, 1988, p. 225.

³⁸ Per la questione, ancora aperta, del rapporto di Plutarco con Posidonio si veda la rapida sintesi di F. BECCHI. «A proposito degli studi sugli scritti etici di Plutarco» *A & R* 35, 1990, p. 5.

Per completare il quadro, ricordiamo brevemente che la *quaestio* affrontata da Plutarco e Gellio, fu ripresa poi da Macrobio (*Sat.* VII 14). Anche in questo caso vi sono somiglianze e differenze rispetto ai modelli precedenti.

Interessante è notare che la parte relativa alla teoria di Erasistrato è ripresa quasi interamente e quasi alla lettera da Gellio³⁹; quella invece relativa a Platone è una rielaborazione piuttosto libera ed imprecisa di Plutarco. Così, mentre nell'una anche in Macrobio si parla di *ars et ops naturae* a proposito dell'epiglottide, nell'altra non vi è traccia di quel linguaggio provvidenzialistico che abbiamo trovato in Gellio, anche se permane il concetto finalistico della funzione di ciascuna parte dell'organismo⁴⁰. In essa, infatti, il filosofo Eustazio afferma che l'epiglottide ha lo scopo di coprire e scoprire con regolare alternanza la via del cibo (*via cibatus*) e della bevanda (*via potus*)⁴¹, ma non accenna minimamente alla funzione di spartire il liquido fra questi due canali.

Il passo di Macrobio è, dunque, un'ulteriore conferma dell'esistenza di un filone filosofico che interpretava provvidenzialisticamente la

³⁹ *Sat.* VII 15, 4-7 *duas enim esse fistulas instar canalium, easque ab oris faucibus proficisci deorsum, et per earum alteram induci delabique in stomachum esculenta omnia et poculenta, ex eoque ferri in ventriculum, qui Graece appellatur ἡ κάτω κοιλία, atque illic subigi digerique ac deinde aridoria ex his recrementa in alvum convenire, quod Graece κόλον dicitur, umidiora autem per renes in vesicam trahi et per alteram de duabus superioribus fistulam, quae Graece appellatur τραχεῖα ἀρτηρία spiritum a summo ore in pulmonem atque inde rursus in os et in nares commeare, perque eandem vocis fieri meatum; ac ne potus cibusve aridior, quem oporteret in stomachum ire, procideret ex ore labereturque in eam fistulam per quam reciprocatur, ex aequae offensione intercluderetur animae via, impositam esse arte quadam et ope naturae ἐπιγλωττίδα quasi claustrum mutuum utriusque fistulae, quae sibi sunt cohaerentes eamque ἐπιγλωττίδα inter edendum bibendumque operire ac protegere τὴν τραχεῖαν ἀρτηρίαν, ne quid ex esca potuve incideret in illud quasi aestuantis animae iter; ac propterea nihil umoris influere in pulmonem ore ipso arteriae communito. Haec Erasistrato, cui ut aestimo vera ratio consentit.*

Nei paragrafi successivi, dopo un accenno, più ampio che in Plutarco, all'ingerimento delle bevande semiliquide, leggiamo: (§ 11) unde ἐπιγλωττίς a natura provisus est, quae cum cibus sumitur, operimento sit arteriae, nequid per ipsam in pulmonem spiritu passim trahente labatur sicut et cum sermo emittendus est, inclinatur ad operiendam stomachi viam ut ἀρτηρίαν voci patere permittat.

⁴⁰ *Sat.* VII 15, 18 *natura enim nihil superfluum sed membra singula ad aliquod vivendi ministerium fecit, quod cum deest usus eius non desideratur.*

⁴¹ *Sat.* VII 15, 16, ἐπιγλωττίς, quam memoras, inventum naturae est ad legendas detegendasque certa alternatione vias cibatus et potus ut illum stomacho transmittat, hunc pulmo suscipiat. Propterea tot meatibus distinctus est et interpatet rimis, non ut spiritus egressionem habeat, cui exhalatio occulta sufficeret, sed ut per eos siquid cibatus in pulmonem deciderit, succus eius mox migret in sedem digestionis. Deinde ἀρτηρία siquo casu scissa fuerit, potus non devoratur, sed quasi fixo meatu suo reiectatur foras incolumi stomacho, quod non contingeret nisi ἀρτηρία via esset umoris. Sed et hoc in propositum est, quia quibus aeger est pulmo accenduntur in maximam sitim, quod non eveniret nisi esset pulmo receptaculum potus. Hoc quoque intueri, quod animalia quibus pulmo non est potum nesciunt.

funzione dell'epiglottide e una testimonianza dell'influenza che esso aveva esercitato su Gellio.

CONCLUSIONE

Per quel che concerne, dunque, la concezione dell'epiglottide nel mondo greco-romano, si assiste ad un'evoluzione i cui punti salienti sono ben individuabili.

Per prima cosa essa si inserisce in una concezione tradizionale di tipo finalistico, documentata con diverse sfumature dal *Corpus Hippocraticum* a Erasistrato, ma sempre in opere mediche o comunque, come nel caso di Aristotele, biologiche. Tale concezione è ripresa, non in ambito medico ma filosofico, da Posidonio, che, adattandola, la utilizza per le sue argomentazioni sulla Provvidenza nel mondo. Così, impostata su nuove basi, la fisiologia della deglutizione e della digestione diventa oggetto di trattazione anche da parte di autori di cultura magari scientifica, ma non tecnici. Quand'anche tale questione venga ripresa nuovamente in un contesto medico, come in Gellio, essa conserva traccia dell'impostazione filosofica originaria.

El Hipócrates de los comentarios atribuidos al Círculo de Rávena

MANUEL E. VÁZQUEZ BUJÁN

(Universidad de Santiago)

1. INTRODUCCION

“When Oribasius praised Galen for following the hippocratic principles, he accepted Galen’s view of Hippocrates. Oribasius marks the triumph of Galen as well as of Galenic Hippocratism”¹. Esta aseveración de O. Temkin nos pone sobre la huella del carácter general de la recepción de Hipócrates en la antigüedad tardía, poniendo de relieve que, a partir de Oribasio, el Hipocratismo aparece mediatizado por el marchamo del Galenismo dominante en este período. Por lo demás, el título de esta comunicación parecerá, sin duda, engañoso a la luz de lo que en su desarrollo se podrá comprobar. En efecto, y dejando al margen problemas de detalle, sería tal vez más adecuado hablar de «Hipocratismo» que de «Hipócrates» en los comentarios tardolatinos, habida cuenta de la escasa presencia directa de los textos del *Corpus Hippocraticum*.

El título propuesto deberá también ser matizado en relación con su comprensión. De los escasos comentarios médicos tardolatinos conocidos sólo algunos han sido objeto de edición crítica², con lo cual

¹ O. TEMKIN, *Galenism. Rise and Decline of a Medical Philosophy*, Ithaca, 1973, 63-64.

² El códice de la Biblioteca Ambrosiana de Milán *G 108 inf.* transmite en versión latina el comentario a las cuatro obras de Galeno que encabezaban el canon alejandrino de este autor constituido a lo largo del s. VI. Sobre este corpus de comentarios, remito al trabajo de A. BECCARIA, «Sulle tracce di un antico canone latino di Ippocrate e di Galeno. III. Quattro opere di Galeno nei commenti della scuola di Ravenna all’inizio del Medioevo», *IMU* 14, 1971, 1-23. Dos de ellos se pueden leer en las ediciones siguientes: Agnellus of Ravenna, *Lectures on Galen’s De sectis*, State University of New York at Buffalo, 1981, edición que atribuiremos convencionalmente a L. G. Westerink; N. PALMIERI, «Un antico commento a Galeno della scuola medica di Ravenna», *Physis* 23, 1981, 197-296. Estos dos comentarios constituirán la base de este trabajo y las referencias se hacen a las ediciones citadas.

su manejo se hace dificultoso y el estudio apenas puede sobrepasar la condición de exploratorio. Esta limitación resulta todavía más enojosa en el caso del comentario a los *Aforismos*, obra que por su carácter sentencioso y conciso fue pionera entre las de Hipócrates por su grado de difusión y debería constituir el espejo primordial para conocer el perfil del hipocratismo tardío y altomedieval en occidente ³.

Desgraciadamente no podemos contar con este comentario a los *Aforismos* hipocráticos, pero, incluso así, las referencias a esta colección de máximas en los comentarios galénicos aquí utilizados tienen un relieve especial para este trabajo por cuanto que se trata probablemente la única obra hipocrática de la que se hace uso directo y de la que se toman algunas citas literales, que parecen proceder directamente de la antigua traducción latina ⁴.

2. ASPECTOS DOCTRINALES

Al hilo de la referencia inicial a la recepción mediatizada del hipocratismo en la antigüedad tardía, cuando menos a partir de Oríbasio, convendrá recordar con W. D. Smith ⁵ que, tras las diversas alternativas que se suceden desde el s. IV a.C. en la forma de entender y apreciar a Hipócrates, los s. I a.C.-I d. C. comportan una situación en la que dos escuelas, metódicos y pneumáticos, sostienen la necesidad de corregir al venerable Hipócrates, en el caso de los primeros, o simplemente no proyectan su doctrina hacia él, en lo que atañe a los segundos. Con todo, la tradición popular e incluso los tratados más elaborados hacen de Hipócrates «el padre de la medicina», al que hay que reverenciar aunque no sea necesario conocer detalladamente el contenido de sus doctrinas.

Precisamente he invocado esta visión de Hipócrates, magnificada y difusa al mismo tiempo, para postular que su recepción en los comentarios a Galeno, de corte —o acaso origen— alejandrino, puede ser considerada globalmente como «legendaria» antes que directa y

³ El carácter general de este comentario, tanto en lo que se refiere a su contenido doctrinal como a su disposición y transmisión, está descrito en A. BECCARIA, «Sulle tracce di un antico canone latino di Ippocrate e di Galeno. II», *IMU* 4, 1961, 26-63.

⁴ El texto de esta traducción fue editado por I. MÜLLER-ROHLFSEN, *Die lateinische ravenatische Übersetzung der hippokratischen Aphorismen aus dem 5/6. Jahrhundert n. Ch. Textkonstitution auf der Basis der Übersetzungscodices*, Hamburgo, 1980.

⁵ W. D. SMITH, *The Hippocratic Tradition*, Ithaca, 1979, 177-178.

precisa ⁶; lo que, por lo demás, concuerda bien con el hecho de que nuestros comentaristas adopten globalmente una posición favorable al Hipocratismo y a Galeno y contraria a empíricos y metódicos.

Un repaso a los distintos lugares hipocráticos retenidos por los comentaristas a *De sectis* (*Sect.*) y *Ad Glauconem de medendi methodo* (*Glauc.*) nos permitirá verificar esta afirmación. Precisamente en el apartado consagrado a la exégesis del capítulo galénico sobre las fiebres efímeras ⁷, Hipócrates aparece como el autor de la denominación *efemeris* para esta patología, sin duda porque el comentarista sigue la huella del propio Galeno. Lo relevante para mi propósito es la fórmula empleada en el comentario: *efemeris febres, quas etiam pater artis istius Hyppocratis sic iam appellauit*. El hacer remontar al mismo Hipócrates el adjetivo *efemeris* no parece prueba clara del hipocratismo del comentario, si se tiene en cuenta que tal postura la adopta ya Galeno; en cambio, la consideración del autor de Cos como *pater artis istius* conecta con la situación descrita para los s. I a.C.—I d.C.: Hipócrates es una *auctoritas* cuyo testimonio debe aducirse aunque su conocimiento sea impreciso. En otro lugar el mismo comentarista explicita que ya Galeno apela a Hipócrates como medio de mejor comprensión:

iterum Hyppocratem testem introducit, ut enim semper ipsum in melius et prospectius omnino memorat. (Glauc. 32, 9-10, ed. Palmieri, 267).

A la misma conclusión nos conduce la referencia a Hipócrates en el prólogo al comentario a *De sectis*, más precisamente en el apartado relativo a la autenticidad del título de la obra de Galeno. Tras señalar que el título de un libro puede falsificarse *propter lucrum aut propter laudem magistri aut propter xenodoxiam*, se explica y ejemplifica la última de estas tres razones y se sitúa el nombre de Hipócrates en el mismo plano que el de Sócrates y Platón para la filosofía y el de Galeno para la medicina:

Propter xenodoxiam uero quia multi uolentes suos libros in expositione

⁶ Dejaré de lado la cuestión del carácter textual de estos comentarios, esto es, la determinación de si son traducciones o adaptaciones de otros griegos previos o, por el contrario, fueron directamente redactadas en latín. La existencia de otro texto muy cercano al considerado de Agnello y que la tradición relaciona con Juan de Alejandría, en el que también se utilizan los mismos aforismos hipocráticos —aunque no siempre coincidentes verbalmente con los citados en *Sect.*— plantea dificultades espinosas: ¿Cuál es la relación de los dos textos? ¿Cómo explicar que los aforismos utilizados sean los mismos pero con diferencias verbales? El texto atribuido a Juan de Alejandría puede leerse en *Iohannis Alexandrini commentaria in librum De sectis Galeni*. ed. C. D. Pritchett, Leiden, 1982.

⁷ *Glauc.* 2, 6-7, ed. Palmieri, 234.

uenire superscribebant mendacia nomina, aut Socratis aut Platonis aut Ypocratis aut Galieni. (Sect., ed. Westerink, 32. 7-10)

Idéntico peso de autoridad para el nombre de Hipócrates puede colegirse de lo que se afirma en el *proemium* del comentario *Ad Glaucconem* al referirse a la teoría de los temperamentos. Por supuesto, se admiten las clásicas enantiosis que oponen los tipos secos a los húmedos y los calientes a los fríos:

Aliquibus enim sicca est, aliis humida, aliis calida, aliis frigida, hoc est temperantia dixit. Ut autem ostenderit se hoc in ueritate dixisse, refugit ad Hyppogratis testimonium. (Glauc. 1, 17-19, ed. Palmieri, 233).

Estas enantiosis básicas, paralelas a los elementos primarios de los presocráticos, debieron constituir doctrina común, recogida globalmente por Galeno y por nuestro comentarista; de manera que Hipócrates es aquí citado como argumento de autoridad antes que como fuente doctrinal directa.

Esta perspectiva de la recepción de Hipócrates es coherente con el hecho de que la mayoría de las referencias que a él se hacen en estos comentarios galénicos se orienten hacia los grandes principios de la medicina hipocrática, que muy pronto debieron constituir sustrato común de las doctrinas médicas. Por empezar con un ejemplo muy conocido, hay que señalar que los dos comentarios estudiados apelan con relativa frecuencia a la máxima *tà enantía tòn enantiôn estin iémata* (*Flat.* 1. VI 92 L.). El análisis de las distintas ocurrencias de esta fórmula revela una cierta divergencia.

Un caso es en realidad un lema del texto de Galeno que se hace objeto de explicación:

Contraria contrariis remedia sunt. Contraria contrariis remedia non sunt, sed inimica sunt. Calor frigidori inimicus est, quomodo frigidor calori; simili modo et siccitas humectationi et humectatio siccitati inimicatur; sed remedium est in subiecto corpore. (Sect., ed. Westerink, 70.15-19)

Este pasaje encuentra su paralelo en el comentario editado por Pritchett y atribuido por él a Juan de Alejandría⁸ y se presenta también aquí con un tenor verbal muy similar: *contraria contrariis et remedia sunt*. El que estemos ante un lema del texto de Galeno nos aleja del hipocratismo específico de los comentarios, pero la fórmula *remedia sunt* de ambas redacciones corresponde literalmente al texto griego y tal vez deba explicarse por la existencia de una traducción autónoma del texto de Galeno. Contrariamente, todas las demás ocurrencias de

⁸ Pritchett, *op. cit.* n. 6; la referencia es a 4ra 15-16, p. 42.

esta máxima en los dos comentarios aparecen bajo una fórmula más libre y tal vez más acorde con su carácter de proverbio médico: *contraria contrariis curabuntur*⁹.

Entiendo que estas divergencias de carácter verbal sólo pueden considerarse indicio tenue de que esta referencia hipocrática aparece como eco general. Sin embargo, el comentarista confirma esta sospecha en algún lugar de su exposición. Así, en *Glauc.* 19, 1-2, encabezando el capítulo *De tristitia*, se lee lo siguiente:

Voluit hic uniuersalem Hippocratis tradere nobis canonem, quia contraria contrariis curabuntur. (ed. Palmieri, 249).

Del mismo modo en *Sect.* 48, 15-18, a propósito de la denominación de las sectas médicas, se eleva a la categoría de *lex* el principio que venimos comentando:

Imperici ab imperia uocati sunt imperici, hoc est ab uso usoperiti, quemammodum dogmatici a dogma, quia dogma dicitur lex. Lex est ut dicit Hyppocratis: contraria contrariis curabuntur.

Como apunte final para probar el carácter paradigmático de este lugar hipocrático aduciré todavía otro pasaje en el que la máxima sirve de ejemplo de silogismo de autoridad e Hipócrates aparece como una especie de garantía de la verdad:

Ad magnam personam acceptus, utpota: contraria contrariis curabuntur, si dixerit tibi: Quis hoc dixit? dices qui <a> Hyppocrates. Dicit tibi quia et Hippocrates ut homo mentitus est. Plura tamen ueritati dixit et nos que mentibit renuntiauimus et que uera dixit suscipimus. (*Sect.* 90, 10-14).

Otro tanto cabe decir de la aparición única de otro principio estrictamente simétrico del anterior, *similia in similibus amica et augentia sunt* (*Glauc.* 29, 52-53)¹⁰, o de una definición general de la medicina que en *Sect.* 22, 8-11, se hace remontar al propio Hipócrates:

Primus Ypocrates dixit quia medicina est abiectio et detractio: abiectio est addere cibos digestibiles et nutrire corpus, detractio est quod superfluum fuerit per flebothomum aut catarticum subtrahere.

Los editores del texto atribuido a Agnello, en la nota a este pasaje¹¹, señalan que la fuente de esta definición es Ps.-Galeno, *Defin. med.* 9 (XIX 350.18-351.3 K.) e indican que la atribución a Hipócrates se debe básicamente a Galeno. Por encontrar un precedente hipocrá-

⁹ La varianza *medicabuntur* que se lee en *Sect.* 82, 21, no parece contravenir el planteamiento adoptado.

¹⁰ Ed. Palmieri, 262. En el aparato de fuentes, la editora cita otra aparición de este principio en el comentario a *Ars medica*, f. 85v del códice de Milán (A).

¹¹ *Op. cit.* n. 2, 159.

tico explícito, sugieren *Acut.* 11, pero Pritchett, en su edición de la versión atribuida a Juan de Alejandría¹², remite acertadamente a *Flat.* 1. Como quiera que sea, parece que esta referencia puntual nos conduce otra vez a la misma perspectiva generalista en lo que se refiere a la comprensión y utilización de Hipócrates en estos textos.

La doctrina general que inspira el título del tratado hipocrático *De aere, aquis, locis* condiciona diversos aspectos de la doctrina médica antigua. En *Sect.* 68.34-70.4, se manifiesta en el capítulo consagrado a las condiciones requeridas para la práctica de la flebotomía y los nombres de Galeno e Hipócrates se asocian a ella como garante de verdad. La concurrencia favorable de todos o alguno de los ocho factores necesarios para esta práctica tiene, sin duda, lejano fundamento hipocrático, al igual que la importancia atribuida al pronóstico en una tradición doctrinal de raigambre lógica y racionalista, a la cabeza de la cual se situaba precisamente Hipócrates¹³. En *Sect.* 82.30-32, tras ponderar con Galeno la necesidad de distinguir tipos de individuos y diferencias de lugar o de causas, se establece:

Ista scientes melius cognoscimus et curamus, Hyppocratem testem, qui dicit in Prognostica quia qui bene cognoscit bene et curat.

Tal principio, que se fundamenta en la importancia del pronóstico en la tradición hipocrática, parece encontrar su precedente o paralelo más cercano en el comentario de Esteban de Atenas al *Pronóstico* y a los propios *Aforismos*¹⁴.

Más cerca de la literalidad de un lugar concreto del *Pronóstico* están las referencias que se hacen en el comentario *Ad Glauconem*. En 3, 21-24, se puede leer:

Pro qua re oportet modis omnibus medicum praescire praesentia, futura et praeterita, qualiterque incipiunt aut ante coeperunt; hoc fieri quod Hypocratis testatur suadens saepius non solum quae futura sunt ante praescire, sed et praeterita et praesentia. (ed. Palmieri, 236-237).

Se trata, como es obvio, del conocido inicio del tratado hipocrático. Aunque sólo fuera el carácter común de la referencia, nos autorizaría a pensar que no estamos obligatoriamente ante una «cita» de Hipócrates, pero, además, el orden de palabras, no coincidente en-

¹² *Op. cit.* n. 6, 14.

¹³ Así en *Sect.* 22.33-24.1 se lee: *Qui sunt qui constituerunt dogmaticam sectam? Ypocrateus de Cho, Diocles, Praxegoras, Philotemus, Erasistratus, Asclepiades, Gallienus.*

¹⁴ Según señalan los editores del texto atribuido a Agnello (cit. n. 2), 165. Pritchett (*op. cit.* n. 6, 52) remite a *Lex* 4, donde se pondera la importancia de la *epistēmē* frente a la *dóxa*.

teramente con el original griego y el de la traducción latina antigua ¹⁵, lleva a pensar lo que, por otra parte, se confirma con el hecho de que la referencia hipocrática esté en el propio texto de Galeno.

La famosa *facies hippocratica* (*Progn.* 2), que, según el comentarista, se ha de observar en el estudio de los síntomas de la enfermedad después del pulso y la orina, encuentra también eco en *Glauc.* 5, 6-7:

Dicuntur enim quae circa uultu sunt, hoc est nares acute, oculi concaui, tampara dimessa et alia. (ed. Palmieri, 238).

Es cierto que la secuencia *nares... dimessa* coincide literalmente con la antigua traducción latina ¹⁶ y que el texto griego de *Ad Glauconem* (2, XI 8.9-11 K) no explicita esta referencia a los rasgos faciales. Con todo, como señala Temkin ¹⁷, el comentario griego de Esteban de Atenas sobre el *Pronóstico* recoge la explicación galénica de este pasaje y no parece imposible que el autor de nuestro comentario, como tantas otras veces, apele a Hipócrates a través de otros comentarios o, en último término, a través del mismo Galeno ¹⁸.

N. Palmieri entiende que la secuencia de *Glauc.* 55, 11, *quoniam alica firmus et fortis est cibus*, corresponde a *Regim.* 42. De cualquier modo, la escasa correspondencia verbal con el original griego y con la antigua traducción latina nos conduce a conclusiones similares a las hasta ahora sostenidas ¹⁹.

Idéntica explicación puede valer para los ecos hipocráticos que se encuentran en el pasaje dedicado a las distintas acepciones del término *natura* que se hacen remontar a Hipócrates. La fuente, según los editores ²⁰, es el comentario de Esteban de Atenas *Ad Glauconem*. Interesa este pasaje porque su contenido arroja la idea de que Hipócrates es más que nada un paradigma, pero de modo especial merece

¹⁵ *Medicum existimo perfectum esse praescientiam affectantem. Praesciens enim et praedicens circa aegrotantes praesentia et praeterita et quae futura sunt*, ed. B. Alexanderson, *Die hippokratische Schrift Prognostikon. Überlieferung und Text*, Göteborg, 1963, 135.

¹⁶ El lugar paralelo que nos interesa dice *erit autem eiusmodi: nares acutae, oculi concaui, tempora dimersa, aures frigidae et contractae et pinnacula contracta, cutis quae in fronte est dura et tensa et sicca, ...*, ed. B. Alexanderson, *ibid.*, 136.

¹⁷ *Op. cit.* n. 1, 66-67.

¹⁸ A todo ello habría que añadir el matiz léxico de que nuestro texto recoge el término griego *prósōpon* con *uultu* y la antigua traducción latina alterna este término con *facies*.

¹⁹ Palmieri, 283. El pasaje de *Regim.* dice: *Fortior tamen in his omnibus est siligineus; sed et his qui de grussa farina fuerit factus, omnibus fortius nutrit*, ed. I. Mazzini, *De observantia ciborum, traduzione tardo-antica del Peri diaites pseudohipocratico* I. II, Roma, 1984, 53.

²⁰ *Op. cit.* n. 2, 163.

interés porque en él se incluye el aforismo 3, 2 (*Sect.* 60. 29-30) y ello nos plantea el problema de la utilización del tratado más conocido de los del *CH* en la antigüedad tardía.

3. LOS AFORISMOS

Si el pasaje que acabo de comentar tiene su fuente o paralelo en Esteban de Atenas, se comprenderá que *Aphor.* 3, 2, ahí citado, aparezca sencillamente por dependencia del comentario griego y, por consiguiente, no es muy verosímil que sea una cita de la antigua traducción latina que nosotros conocemos ²¹. La comparación de los textos nos ilustrará en este sentido:

Aliqui in hieme et aliqui in estate bene et male esse consuerunt. (*Sect.* ed. Westerink, 60.29-30).

Naturarum quaedam ad aestatem, quaedam ad hiemem bene et male consistunt. (*Aphor.* 3, 2, ed. Müller-Rohlfesen, 28).

El análisis del aparato crítico no aporta ninguna variante significativa para las diferencias entre estas dos redacciones ²² y parece difícil admitir que la versión del comentario sea reutilización de la otra.

La situación se repite a propósito del conocido inicio de los *Aforismos*, que aparece dos veces en el curso del comentario, pero en ambos casos parece que estamos ante la simple apelación a un lugar absolutamente conocido más bien que ante una cita:

Sed dicenti Ypocrati uitam breuem et artem prolixam. (*Sect.* ed. Westerink, 2.9).

Et illum quidem qui ait breuem uitam et artem prolixam reprehendunt. (*Sect.*, ed. Westerink, 108.27-28).

Vita breuis, ars autem prolixa. (*Aphor.* 1, 1, ed. Müller-Rohlfesen, 5).

Como se ve a primera vista, el texto hipocrático está hasta tal

²¹ Esta traducción fue editada, sólo sobre la parte de la tradición que la transmite de manera autónoma, por MÜLLER-ROHLFSEN, *op. cit.* n. 4. A ella se hacen todas las referencias en este trabajo.

²² Tan sólo cabe señalar que una rama de la tradición transmite *constituae sunt* en lugar de *consistunt* (gr. *pephýkasi*).

punto reutilizado que aparece adaptado gramaticalmente al contexto; y a ello ha de añadirse que la segunda ocurrencia se produce en un lema del texto de Galeno.

En último término debemos decir algo semejante a propósito de *Aphor.* 2, 9, cuya presencia comporta una modificación tan notable respecto al texto latino antiguo y al original griego que probablemente deba explicarse a través de algún comentario intermedio ²³.

La situación se presenta de manera claramente distinta en las restantes ocurrencias de alguno de los aforismos dentro de nuestros comentarios, por cuanto que el tenor textual hace pensar que el comentarista o adaptador latino utiliza en sus citas el texto que circulaba en latín de modo independiente, como ya estableció A. Beccaria hace algunos años ²⁴. Por otra parte, y como sabemos bien desde los trabajos de este mismo autor, en la Alta Edad Media occidental circuló un comentario en versión latina para cuyos lemas fue utilizada la misma traducción. Veamos a continuación los aforismos citados por los dos comentaristas en parangón con el texto de la edición Müller-Rohlfen ²⁵.

1, 7:

Vbi ualde secundum acumen est aegritudo, statim et ultimos labores habent, illic et ultime tenuioribus cibis necesse est uti; ubi autem non, se < d > conuenit humaniorem cibum adhibere, tantum subtrahere, quantum aegritudo melior ultimis sit. (ed. Müller-Rohlfen, 7).

Vbi ualde secundum acumen est aegritudo, statim ultimus labores habens, et illic ultime tenuioribus cibis necesse est uti; ubi autem non se < d > conuenit humaniorem cibum adhibere et reliqua. (*Glauc.* 39, 15-17, ed. Palmieri, 272).

²³ El texto del aforismo (ed. Müller-Rohlfen, 15) es el siguiente: <Corpora> cum uoluerit quis purgare, mollia reddere. La referencia en *Sect.* (ed. Westerink, 28.34) dice: corpora cum uoluerit quis purgare, prius mollita superponere. Los editores (p. 161) creen que la variación de la última parte puede venir del comentario de Esteban de Atenas a los *Aforismos*.

²⁴ A. BECCARIA, «Sulle tracce di un antico canone latino di Ippocrate e di Galeno. II», *IMU* 4, 1961, 1-75, particularmente 20-22.

²⁵ Algunos de estos aforismos y otros citados en los comentarios a *De pulsibus* y a *Ars medica* los cita ya BECCARIA, «Sulle tracce... II», *art. cit.*, n. 3, 21-22, y establece que se trata del mismo texto que se difundía en tradición independiente. Por mi parte, dejo de lado la supuesta referencia a *Aphor.* 2, 24, que PALMIERI (*art. cit.* n. 2, 259) establece en el aparato crítico de su edición; el texto resulta fragmentario e inseguro: *septima [quarta] decima declarat dies*.

2, 10:

Quae non pura sunt corpora, quanto magis nutris, plus nocet. (ed. Müller-Rohlfesen, 16).

Quae non pura sunt corpora, quanto magis nutris, plus nocet. (Sect. ed. Westerink, 110.12).

2, 13:

Quibuscumque crisis fit, his nox grauis, quae ante accessionem est, superueniens uero leuior plerumque. (ed. Müller-Rohlfesen, 16).

Quibuscumque crisis fit, his nox grauis quae ante accessionem est; superueniens uero dies leuir plerumque. (Glauc. 82, ed. Palmieri, 295).

4, 5:

Sub caniculares et ante caniculares molestae sunt purgationes. (ed. Müller-Rohlfesen, 42).

Sub canicularis et ante moleste purgationes. (Sect., ed. Westerink, 120.11).

4, 59:

Tertianus uerus determinatur in septem periodos, si tardius. (ed. Müller-Rohlfesen, 56).

Verus tertianus determinatur in septem periodus, si tardus. (Glauc. 25, ed. Palmieri, 254).

La comparación de los textos lleva claramente a la conclusión de que nos encontramos ante citas literales de la traducción tardolatina. Para el desarrollo global de este trabajo, las conclusiones no difieren mucho de las vistas anteriormente: el conocimiento de los *Aforismos* es más amplio que el de cualquier otra obra del *Corpus Hippocraticum*, al menos en el sentido de que se utiliza directamente el texto. Ahora bien, ha de tenerse en cuenta que los aforismos citados tienen un tono muy general y se refieren a aspectos como la dieta o las fiebres, aspectos que podemos incluir entre los grandes temas de la tradición médica, con lo cual tampoco podemos ir muy lejos al atribuir a estos comentarios un contacto fuerte con la doctrina hipocrática precisa y de nuevo tenemos que hablar más bien de eco lejano.

Un problema de carácter distinto podría suscitarse a propósito de la historia del texto de los *Aforismos*. Cabría, en efecto, la posibilidad de analizar las variantes del texto utilizado en los comentarios en comparación con cada una de las ramas de la tradición independiente, utilizada por Müller-Rohlfesen para su edición. El análisis debería

extenderse al texto utilizado en los lemas del comentario a los propios *Aforismos* para contrastar de este modo la hipótesis de que los comentarios a las obras de Galeno hayan tal vez utilizado un texto cercano al del comentario hipocrático. Por esta vía podrían encontrarse indicios de interés para abordar los problemas de localización y datación de todos estos textos o acaso replantear el *stemma codicum* propuesto por Müller-Rohlfen en su edición ²⁶. La escasez de los datos que se pueden derivar de los aforismos citados en los comentarios galénicos y la falta de un estudio sistemático del comentario hipocrático invitan a posponer la formulación de alguna propuesta concreta a este propósito.

²⁶ MÜLLER-ROHLFSEN, *op. cit.* n. 4, XXVX-XXXII.

Pervivencia de Hipócrates en el *Liber de somniis* de Auger Ferrier

FRANCISCO CALERO

(UNED, Madrid)

I. VIDA Y PERSONALIDAD DE AUGER FERRIER

En el año 1513 nació, en Toulouse, Auger Ferrier; era hijo de un cirujano con aficiones a la matemática y a la astrología; estudió en Montpellier, donde permaneció hasta 1540; al terminar sus estudios marchó a París, donde entró en contacto con las más altas personalidades de la política y de la intelectualidad; el hecho más decisivo fue su amistad con Catalina de Médicis, quien en 1533 había ido a París para contraer matrimonio con Enrique, hijo del rey Francisco I. Las aficiones de la reina hacia la astrología le impulsaron a nombrar a Ferrier su médico particular.

Otra amistad decisiva fue la mantenida con el gran humanista Julio César Escalígero, hasta el punto de que éste no se atrevía a hacer nada ni en lo privado ni en lo público sin consultar a Ferrier.

En la parte contraria hay que situar la terrible polémica que mantuvo con Jean Bodin, el autor de *Six livres de la République*; contra él escribió Ferrier sus *Advertissemens à M. Jean Bodin sur la quatrième livre de sa République*. La acritud por ambas partes fue tan grande que posiblemente influyó en la muerte de Ferrier, ocurrida en octubre de 1588 a consecuencia de unos agudísimos dolores de intestinos.

En cuanto a su personalidad, se puede afirmar que fue muy compleja; los conocimientos técnicos de medicina, su profunda vivencia del movimiento humanista, su afición a la astrología y sus creencias cristianas contribuyeron a la formación de una mente inquieta y extraordinariamente rica en ideas. Como ocurría en la Florencia de los Médicis, Ferrier tratará de hacer compatible el cristianismo con la astrología y la magia.

II. ESCRITOS

La producción bibliográfica de Ferrier es la siguiente:

- 1.^a *De diebus decretoriis secundum pythagoricam doctrinam et astronomican observationem.* 1541.
- 2.^a *Remèdes préservatifs et curatifs de peste, nouvellement composez.* 1548.
- 3.^a *Liber de somniis.* 1549.
- 4.^a *Jugements astronomiques sur les nativités.* 1550.
- 5.^a *De radice china liber. Quo probatur diversum esse ab apio.* 1554.
- 6.^a *De pudendagra lue hispanica libri duo.* 1553.
- 7.^a *Vera Methodus medendi.* 1557.
- 8.^a *Henrici II, Gallorum regis... Epitaphia; J. C. Scaligeri Funus; M. Sangelasisi Epicedium.* 1559.
- 9.^a *Advertissements à M. Jean Bodin sur le quatriesme livre de sa République.* 1580.

Aquí nos detendremos solamente en su publicación del año 1549 ¹. En ese volumen Ferrier publicó, además de su obra, un *corpus* de los principales tratados de la antigüedad sobre los sueños: el primero es el de Hipócrates en la traducción latina de J. C. Escalígero, el segundo, de Galeno, en traducción de Guinter de Andernach, y el tercero, de Sinesio de Cirene, en la traducción de Marsilio Ficino.

III. INFLUENCIAS EN EL *LIBER DE SOMNIIS*

El tratado *De somniis* de Ferrier responde plenamente a la época y al ambiente cultural en que se produjo; por una parte se inserta en el mundo grecorromano, que con tanta fuerza había resurgido desde hacía ya un siglo; dentro de esta tradición conoce, según se ha indicado antes, a todos los autores griegos y latinos que escribieron sobre los

¹ Las citas del presente trabajo se referirán a la siguiente edición: AUGER FERRIER: *Liber de somniis*. Traducción y comentarios de F. Calero, Madrid, 1989.

sueños; de quien mayor influencia recibe es del tratado hipocrático, pero también son perceptibles en él las ideas de Platón, de Artemidoro, de Cicerón y de Sinesio.

Dentro de esta tradición, ejerció también notable influencia en el tratado de Ferrier la astrología; en esa época se había vuelto al sistema astrológico de Ptolomeo, tras haber abandonado las enseñanzas de los árabes; el propio Ferrier compuso un manual para hacer e interpretar los horóscopos, dedicado a la reina Catalina; en el *De somniis* hace alguna referencia, como ésta ²: «En efecto, se cree que los sueños se vuelven más eficaces si la luna recorre el signo que estuvo en la morada novena en el momento del nacimiento o de la vuelta de aquel año, o bien en el signo noveno a partir del signo de origen. Los astrólogos creyeron que no estaban desprovistos de divinidad los sueños, cuando en los lugares citados Mercurio se encuentra en Acuario, o el Sol en Libra, o también cuando Júpiter, Saturno o Venus iluminan la novena mansión, sobre todo si Saturno mira a ella y a Júpiter con algún rayo benévolo». También es cierto que no quiso introducir más elementos astrológicos por miedo a las malas interpretaciones, como él mismo dice al final del tratado ³. «Acerca de ellos (los oráculos) hemos escrito bastante siguiendo las opiniones de los platónicos. Pero, como hubiese mezclado muchos elementos de astrología, así como los misterios secretísimos de los filósofos caldeos e indios, pareció a algunos eruditos amigos míos (a los que lo había comunicado) que tales milagros de la naturaleza debían mantenerse dentro de sus límites, porque los oídos del vulgo no soportan lo que traspasa un examen vulgar. Por eso, para no dar ocasión a la ignorancia insolente y a la calumnia, cuanto habíamos escrito sobre esa materia o lo hemos borrado o lo hemos echado a las ardientes llamas.»

En segundo lugar, la obra de Ferrier se fundamenta en la tradición cristiana; en el círculo cultural de Catalina de Médicis, que profesaba la religión católica, no eran incompatibles la práctica de la magia y la de la religión; la *Biblia* está muy presente en Ferrier, tanto en el Antiguo como el Nuevo Testamento; de aquí procede la importancia concedida a los sueños divinos y a los diabólicos; en este contexto se inscribe la aportación principal de Ferrier, esto es, la distinción y reconocimiento de ambas clases de sueños.

² FERRIER, *o.c.*, pp. 18-19.

³ FERRIER, *o.c.*, p. 23.

IV. PRINCIPALES IDEAS HIPOCRATICAS SOBRE LOS SUEÑOS

En este apartado trataremos de describir las principales influencias hipocráticas en el tratado de Ferrier, investigando al mismo tiempo si la interpretación dada por él es la correcta o no.

A) ACTIVIDAD DEL ALMA DURANTE EL SUEÑO

Al comienzo de su tratado ⁴ Hipócrates defiende que el alma durante el sueño realiza todas las actividades, tanto las del cuerpo como las suyas propias; es precisamente entonces, mientras el cuerpo duerme, cuando el alma se encuentra a sus anchas y realiza sola lo que durante la vigilia comparte con el cuerpo. Sin duda, es ésta una idea clave del tratado hipocrático, ya que gracias a esa actividad clarividente del alma libre de las ataduras del cuerpo son posibles los mensajes enviados por ella misma en forma de sueños.

Esta concepción de la actividad del alma durante el sueño es de origen órfico-pitagórico, pero fue aceptada con decisión por el autor del tratado hipocrático.

A Ferrier llegaron estas ideas desde distintas fuentes, pero una fue, sin duda, el tratado hipocrático; he aquí unas palabras significativas ⁵: «Pero, cuando dormimos, podemos librarnos por completo de esa especie de cadenas puestas al alma, y entonces servirnos de la vida separada de la generación. Me parece producirse una sola clase de sueños en esas circunstancias, esto es, cuando el alma omnisciente por su propia naturaleza se separa y se desembaraza del cuerpo y de las cosas mundanas que obscurecen su luz».

B) CLASIFICACIÓN DE LOS SUEÑOS; LA INEXISTENCIA DE SUEÑOS SIN SIGNIFICADO

A pesar de que la intención del tratado hipocrático es muy clara en el sentido de tratar solamente de los sueños naturales, se admite

⁴ HP., Περὶ διαίτης Δ ἢ περὶ ἐνυπνίων, Ed. R. Joly. París, 1967, LXXXVI, 1-2.

⁵ FERRIER, *o.c.*, p. 6.

también la existencia de sueños divinos, que tienen sus propios intérpretes. Así, pues, se da una primera clasificación de los sueños en naturales y divinos.

No vamos a estudiar ahora todo el complejísimo problema de la clasificación de los sueños en la antigüedad, al que Kessels ⁶ ha dedicado un extraordinario trabajo.

Nos interesa más referirnos a la clasificación medieval, en la que se introduce un término nuevo: vanos; queda, pues, una división tripartita en vanos, naturales y divinos o premonitorios.

Contra esta clasificación se va a dirigir Ferrier, atacando la existencia de los sueños vanos; y en este ataque se apoya fundamentalmente en Hipócrates; después de definir cada una de las tres clases, argumenta Ferrier ⁷: «A los premonitorios y a los naturales les atribuían una cierta capacidad de adivinación, pero los que llamaban vanos creyeron que no tenían en absoluto ningún significado. En esto me parece que piensan poco acertadamente, puesto que también éstos tienen su significado como enseñó Hipócrates».

Así, pues, Ferrier no admite de ninguna forma la clasificación medieval; en lo fundamental está más de acuerdo con Hipócrates, si bien la concordancia no va a ser absoluta, ya que, atendiendo a sus creencias cristianas, va a admitir una tercera clase, la de los sueños procedentes del demonio.

C) LOS SUEÑOS NATURALES

Hipócrates prescinde en su tratado de los sueños divinos, para dedicarse plenamente a dar el significado de los sueños naturales. En toda esta parte Ferrier trata de seguir con fidelidad el pensamiento hipocrático, si bien no siempre acierta en la verdadera interpretación.

1. *Semejanza entre los sueños y las acciones del día.* Cuando se produce esa similitud, para Hipócrates ⁸ es señal de salud; así lo refleja

⁶ A. H. M. KESSELS, «Ancient systems of dream clasification», *Mnemosyne* 12, 1969, pp. 389-424.

⁷ FERRIER, *o. c.*, pp. 3-4.

⁸ HP., *o. c.*, LXXXVIII, 1.

también Ferrier ⁹: «En efecto, si uno sueña cosas semejantes de las que vio, pensó o practicó el día anterior, es indicio de salud, según su enseñanza (de Hipócrates)». En el párrafo que sigue, por el contrario, no reproduce fielmente la idea hipocrática; dice así Ferrier ¹⁰: «si el espíritu se detiene en los pensamientos u ocupaciones del día, sin ser vencido ni por la hartura ni por el hambre ni por otra circunstancia exterior también según la enseñanza de Hipócrates, es indicio seguro de una enfermedad inminente, igual que ver monstruos deformes y cosas semejantes». La idea de Hipócrates es que los sueños que se refieren a las actividades del día son indicio de salud, puesto que el alma persiste en los proyectos del día; por su parte, Ferrier se contradice, ya que inmediatamente antes ha dicho que el soñar cosas semejantes a las realizadas durante el día es indicio de salud, y después esos mismos sueños son indicio de enfermedad inminente.

2. *Oposición entre los sueños y las acciones del día.* En el tratado hipocrático ¹¹ se defiende que la oposición entre los sueños y las acciones del día es indicio de una perturbación en el cuerpo. Esta misma idea es sostenida por Ferrier ¹²: «Y es fácil deducir la significación de tales sueños según lo dicho por Hipócrates, quien afirma que en general los sueños alterados y que no concuerdan entre sí indican una perturbación del cuerpo».

D) LOS SUEÑOS DIVINOS

El tratado hipocrático ¹³ se limita a decir respecto a los sueños divinos que son los que anuncian males o bienes para las ciudades o los individuos, y que existen intérpretes que poseen el arte de juzgarlos. Por su parte, Ferrier dice bastante más de lo afirmado en el anterior pasaje ¹⁴: «Incluso desde el comienzo de su *Libro sobre los sueños*, resulta evidente que Hipócrates tuvo como verosímiles algunos de los premonitorios, cuando relata que algunos de ellos tienen una peculiar perfección, y que casi nunca son falsos» ¹⁵.

⁹ FERRIER, *o. c.*, p. 4.

¹⁰ FERRIER, *o. c.*, p. 4.

¹¹ HP., *o. c.*, LXXXVIII, 2.

¹² FERRIER, *o. c.*, p. 6.

¹³ HP., *o. c.*, LXXXVII, 1

¹⁴ FERRIER, *o. c.*, p. 4.

¹⁵ COLOQUIO:

L. GUILLÉN pregunta por las causas de la incorrecta interpretación de Hipócrates por parte de Ferrier. CALERO contesta que lo más probable es que Ferrier conociese el griego y que, por tanto, la causa sería una mala interpretación del texto.

I. MAZZINI se interesa por el latín de Ferrier. CALERO responde que dicho latín se adecuaba al modelo ciceroniano en líneas generales.

VI
INDICE DE PASAJES CITADOS
(Selección)

Elaborado por MARÍA TERESA GALLEGO PÉREZ

A) AUTORES ANTIGUOS

ACH. TAT. (ACHILLES TATIUS scriptor eroticus)

I	6,2-4	656
II	3,3	649
III	11	656
	13,3	655
IV	9,1	651
	2	651
	3-4	651, 654
	7	651
	10,1	651
	3-4	651
	6	654
	15	651
	1	654
	17,5-6	651
V	27,1	655
VI	8,3	658
	13,2	655
VII	4,5	656
	9,14	655

AEL. (AELIANUS sophista)

NA (de natura animalium)

III	21	653
VI	1	278
VII	10	102
XII	16	101

VH (Varia historia)

IV	20,69	445
	29,72	445
XI	3	278

AESCHIN. (AESCHINES)

I	105	418
III	260	506

A. (AESCHYLUS)

A. (Agamemnon)

	1266	486
	1565	482

Eu. (Eumenides)

	187-188	486
	285	482
	658 ss.	124

945	484
<i>Pers. (Persae)</i>	
237	361
<i>Pr. (Prometheus uinctus)</i>	
543	433
673	510
<i>Fr. Radt</i>	
177 a	368
ALCMAEO	
24 A 13 D.-K.	108
B 4	366, 378
B 18	87
ALEX. TRALL. (ALEXANDER TRALLIANUS)	
I 17	446, 510
AMM. (AMMIANUS MARCELLINUS)	
XV 5,1	669
ANAXAG. (ANAXAGORAS)	
59 A 66 D.-K.	80
B 4	366
9	366
15	366
21 a	77
AND. (ANDOCIDES)	
II 2	413
<i>Anon. Lond. (Anonymus Londinensis)</i>	
4,31-40	430
18,3	367
20,1	367
23	665
ANTIPHO orator	
I 5	413
I 22	411
V 20	411
47.	411
50	411
84	412
93	511
VI 47	412
ANTIPHO sophista	

87 B 44 D.-K.	26
<i>AP (Anthologia Graeca)</i>	
IX 148	447
APOLL. CIT. (APOLLONIUS CITIENSIS)	
1	566
A.D. (APOLLONIUS DYSCOLUS)	
<i>Synt. (de syntaxi)</i>	
285	302
A.R. (APOLLONIUS RHODIUS)	
II 87	565
III 329	565
IV 1613-1616	627
APP. (APPIANUS HISTORICUS)	
<i>Syr. (Syriaca)</i>	
59 ss.	649
APUL. (APULEIUS)	
<i>Met. (Metamorphoses)</i>	
X 2	649
ARAT. (ARATUS)	
495	627
512	627
605	627
807	627
856	627
ARCHIL. (ARCHILOCHUS)	
<i>PKöln II 58</i>	238
ARET. (ARETAEUS)	
ed. <i>CMG</i>	
<i>CD (Cura diuturnorum morborum)</i>	
I 5,8	649
<i>SA (de causis et signis acutorum morborum)</i>	
I 5,4	587
5	587
6	587
7	587
7,4	589
6	588
10,2	591
	697

3	590
5	591
II 6,1	592
2	592
3	593
5	593
<i>SD (de causis et signis diuturnorum morborum)</i>	
III 4,1	587
2	586
3	587
ARISTAENET. (ARISTAENETUS epistolographus)	
I 3,71 ss.	649
13	649
AR. (ARISTOPHANES)	
<i>Ach. (Acharnenses)</i>	
15	516
1165	516
1174 ss.	521
1178-1180	521
<i>Au. (Aues)</i>	
14	514
177	516
342	537
1372 ss.	518
1378 ss.	518
<i>Ec. (Ecclesiazusae)</i>	
10	517
251	514
<i>Eq. (Equites)</i>	
175	516
382	376
<i>Lys. (Lysistrata)</i>	
553	517
845	517
845 ss.	518
846	517
967	517
987 ss.	517
1089	517
<i>Nu. (Nubes)</i>	
188-194	58
225-234	58
307	482
332	524

720	361
1045-1046	241
<i>Pax</i>	
33-34	231
764	431
1203	301
<i>Pl. (Plutus)</i>	
12	514
115	516
366	514
657-8	208
903	514
<i>Ra. (Ranae)</i>	
192	516
366	519
711-712	470
892	506
937 ss.	523
940	523
999	536
1340	210
1437	518
1483	506
<i>Th. (Thesmophoriazusae)</i>	
735	377
<i>V. (Vespaee)</i>	
71	523
76	523
277 ss.	523
284	516, 523
553	517
730	653
813	516
845	517
1029	516
1038	516
1195	523
1489	523
1495	523
<i>Fr. Kassel-Austin</i>	
14-22	518
132	516
147	517
156,13	519
233	549
346	516
630	517
	699

AR. BYZ. (ARISTOPHANES BYZANTINUS)

Fr. Slater
337

566, 567

ARIST. (ARISTOTELES)

APo. (Analytica Posteriora)

I 2,72 a 14 ss. 56
10,76 b 3-22 56

de an. (de anima)

I 1,403 a 7 73

EN (Ethica Nicomachea)

I 1094 a 6 ss. 324
1102 a 10 327
II 1,1103 a 20 24
6,1106 a 36 61
III 3,9,1112 b 228
VI 4,1140 a 10-24 23
VII 11,1143 a 506

GA (de generatione animalium)

I 17,721 b 11 ss. 109
II 8,747 a 3-5 42
IV 1,763 b 30 ss. 109
764 a 10 110
764 b 14 109
766 b 1-3 107
4,769 b-770 a 103
V 6,786 a 35 354

HA (Historia animalium)

III 2,511 b ss. 625
3,513 b 17 627
514 a 13 631
V 16,548 b 484
VI 21,575 a 21 481

Met. (Metaphysica)

VII 7,1032 b 13 23
14,1039 b 4 432
XIV 6,1092 b 26 162

Mete. (Meteorologica)

IV 4,381 b 6-9 670

PA (de partibus animalium)

I 1,639 b 16 30
639 b 20 23
640 b 1-2 24
II 2,648 a 28 480
3,650 a 2-5 668

7,652 b 30	422
III 3,664 b 4-19	665
5,668 a 4	631
7,670 a 9	631
9,671 b 11	631, 632
<i>Ph. (Physica)</i>	
I 2,184 b 17	91
II 2,193 a 10 ss.	24
3,195 a 18	56
5,196 b 27-31	21
8,199 a 8-20	23
VIII 3,253 b 5	56
<i>Po. (Poetica)</i>	
1,1447 b 19	91
6,1449 b 27	363
<i>Pol. (Politica)</i>	
II 5,6,1268 a 25	117
III 9,1285 a	332
IV 1,4,1289 a 9	332
VIII 3,1338 b	228
4,2,1339 a 6	279
<i>Pr. (Problemata)</i>	
XXVIII 7,964 a 18	433
XXIX 16,953 a 20 ss.	446
<i>Rh. (Rhetorica)</i>	
I 1, 1354 a 17	330
5,10 1361 b	227
<i>Sens. (de sensu)</i>	
1,436 a-b	94
PSEUDO-ARISTOTELES	
<i>Phgn. (Physiognomica)</i>	
3,807 b 30	653
ARR. (ARRIANUS)	
<i>An. (Anabasis)</i>	
I 1-12	167
12,2-3	292
ARTEM. (ARTEMIDORUS DALDIANUS)	
II 36	653
ATH. NAUCR. (ATHENAEUS NAUCRATICUS)	
XI 485 d	549
XII 53	446
	701

AUG. (AUGUSTINUS episcopus)

Ep. (Epistulae)

CXVIII 24

669

CAEL. AUR. (CAELIUS AURELIANUS)

TP (Tardae passiones)

I 5

507

CALL. (CALLIMACHUS)

Cer. (Hymnus in Cererem)

132

565

Iou. (Hymnus in Iouem)

84

565

Fr. Pfeiffer

251

565

CEL. (CELSUS MEDICUS)

Pro. 1

576

2

575

8

575

69

574

73

581

I 3,2

580

9

580

24

578

34

581

37

581

38

581

II 1

573, 577

1,6

579, 582

8

580

4,1

578

8,20

580

14,2

575, 576

III 3,9

573, 581

4,1

574

2-3

573

3

574

9

574

12

574

16

574

5,6

573

6,4

574

6

573, 581

9-10

573

9-11

574

11

574

9,4	574
10,3	574
11,2	573
15,4	574
21,8	573
14	573
24,1	573
3-4	573
IV 1,3	666
2,1	573
4,6	573
5,2	574, 579
11	189
11,6	573
18,4	574
20,1	574
22	189
22,4	574
31,9	574
V 1,1	573, 577
17	573
18,13	574
14	574
25,1	653
26 C	573
27,5 B	573
28,17	582
VI 6,1 C	581
VII Pro. 3	575, 577
VIII 4,3	576
8,1 B	576
14,3	576
20,4	574

CENSORINUS

5,2	108
5	108

CHARITO

I 1,14	658
3,5	653, 655
4,6	658
8,2	655
II 7,4	655
III 1,3	655
9,10	658
IV 3,8	649
VI 9,2	655
VII 11,4	658

CIC. (CICERO)		
<i>Att. (Epistulae ad Atticum)</i>		
IV 173		440
XV 1		581
<i>Diu. (de diuinatione)</i>		
I 38,80		451
<i>Fam. (Epistulae familiares)</i>		
IV 1		581
XIII 20		581
<i>Fin. (de finibus)</i>		
III 2		580
<i>ND (de natura deorum)</i>		
II 133-136		670
III 92		669
<i>Orat. (Orator)</i>		
II 46,194		451
CLEM. AL. (CLEMENS ALEXANDRINUS)		
<i>Strom. (Stromateis)</i>		
VI 168		451
DEMOCR. (DEMOCRITUS)		
68 A	1,45 D.-K.	77
	33	549
	151	101, 102
B	5	102
	5,2	376
	29	567
D. (DEMOSTHENES)		
	I 26	529
	II 9	531
	14	530
	21	530, 531
	III 33	536
	IV 11	530, 535
	44	530
	VII 45	536
	VIII 31	529, 533
	36	534
	46	534
	IX 10	529
	12	534
	20	529
	29	534
	35	534

39	534
50	534
X 6	534
XI 7	532
14	530, 531
XIII 13	534
XIV 39	529
XVI 4	535
31	529
XVII 29	534
XVIII 19	535
45	535
62	535
67	536
121	529
127 ss.	506
156	532
198	529, 530, 531
243	536
246	529, 536
286	531, 533
298	532, 537
XIX 39	532
45	529
52	532
83	418
97	533
150	533
171	532
174	532
200	482
208	533
210	533
224	534
226	534
259	534, 535
262	529, 534
289	534
305	534
314	536
335	534
XX 3	418
XXI 124	360
143	529
XXIII 64	418
103	360
XXV 16	533
28	532
80	533
95	533

XXVI 26	530, 531
XLI 14	413
XLV 83	418
LII 26	418
D. CHR. (DIO CHRYSOSTOMUS)	
VII 11	228
DIOG. APOLL. (DIOGENES APOLLONIATES)	
64 A 5 D.-K.	151
B 5	100, 366, 376
8	100
25	151
C 3	100
D. L. (DIOGENES LAERTIUS)	
V 44	442
VI 30	228
49	231
70	228
VII 17	549
VIII 28-29	638
IX 48	549
D. H. (DIONYSIUS HALICARNASSENSIS)	
<i>Dem. (de Demosthene)</i>	
9-10	528
<i>Din. (de Dinarcho)</i>	
8	433
<i>Th. (de Thucydide)</i>	
53	528
DSC. (DIOSCORIDES)	
I 85	531
II 78	261
III 74	531
V 71	476
173	476
EMP. (EMPEDOCLES)	
31 A 81 D.-K.	376
86	73
98	507
B 11-12	326
17	326
65	366

EPICT. (EPICTETUS)

I 17,22	549
III 15,3	279

EROT. (EROTIANUS)

Nachmanson	
3,3	550
4,20-27	554
24-5,2	549
27-5,6	554
5,3-10	553
4-10	555
5-6	559
5-7	551
6-7	566
10-11	560
7,23 ss.	551, 559
8,1-3	560
5-8	560
9,1-6	551
17-19	562
19-21	551
10,2-7	568
5-7	561
16-17	561
16-18	555
17	557
12,11	566
13,2-4	561
15,21-24	560
17,14	568
18,1	563
12-14	560
19,2-5	555, 561
5-7	568
20,1-2	555, 629
5	561, 565
8	561
9-10	560
12-13	555, 566
21,10-11	555, 561, 565
22,21-24	568
23,5	561, 566
9	556
17-18	557
21-23	562
21-24,10	568

24,15	561
28,12-14	553
29,1-3	467
30,17	561, 566
21	628
31,13	627
35,7	561
37,9-10	555, 561
38,1	561
6	561
6-7	562
10	561, 562
16	626
18	561, 563, 625
21	628
43,9	628
44,15-16	554, 557
46,11-14	555
48,5-7	557
50,10-11	555, 563
58,2-4	555
59,21	555, 563
60,2-3	554, 557
17	561
64,18-24	555
72,5	628
73,1-2	555
8	561, 566
9	569
16-17	557
75,10	560
76,6	561, 566
8	561
9	560
77,9-15	554, 557
79,1	628
80,14	561
81,3	561
3-9	562
83,11	470
84,2-3	561
85,10	553
21	561
88,11-13	555, 563
16	554, 557
89,4	628
91,4-6	557
18-19	555
94,11-13	555
100,12	561

101,14	563
14-20	555
103,15-16	560
105,10 ss.	555
106,10-20	557, 561, 568
10-22	554
108,16-19	554, 557
111,3-5	562
4	561
19	560
112,2-7	555
11-17	554, 557
113,2-3	555, 562
8-15	562
12	561
13-14	568
116,15-16	550
<i>EM (Etymologicum magnum)</i>	
Gaisford	
222,2	216
EUP. (EUPOLIS)	
Kassel-Austin	
<i>Fr.</i> 60	568
412	470
E. (EURIPIDES)	
<i>Alc. (Alcestis)</i>	
758	378
<i>Andr. (Andromaca)</i>	
805 ss.	509
<i>Ba. (Bacchae)</i>	
1122 ss.	653
1166 ss.	653
<i>Cyc. (Cyclops)</i>	
56	488
424	378
<i>El. (Electra)</i>	
561	518
652	485
654	485
<i>Heracl. (Heraclidae)</i>	
655	506
932 ss.	511
<i>HF (Hercules furens)</i>	
	709

216	142
868	653
<i>Hipp. (Hippolytus)</i>	
242	510
245	510
<i>IT (Iphigenia Taurica)</i>	
308	511
311	511
1317	142
<i>Io.</i>	
328	482
<i>Or. (Orestes)</i>	
34	506
39	505, 509
41	510
42 ss.	510
44 ss.	511
83	510
169	510
173	510
188	510
220	511
226	506
253	511
270	510
277-279	510
278	511
297	510
312	510
315	505
386	505
389	505
395	509
395 ss.	505
396	505
397	507
398-400	507
401	507
407	510
552 ss.	124
632	518
805 s.	509
<i>Ph. (Phoenissae)</i>	
536	432
555	433
<i>Fr. Nauck</i>	
282	229, 232

GAL. (GALENUS)

Kühn

<i>de nat. fac. (de facultatibus naturalibus)</i>			
II	2:	II 78	666
<i>de usu part. (de usu partium)</i>			
IV	1 ss:	III 266-9	671
	8 :	282	665
VI	16 :	491	665
VII	16-17:	586-9	661
<i>de sem. (de semine)</i>			
I	9:	IV 543-544	642
<i>de foet. form. (de foetuum formatione)</i>			
	3:	IV 670	635
	6:	695	635
		700	635
<i>de subs.nat.fac. (de substantia facultatum naturalium)</i>			
	:	IV 757-766	641
		762-763	635
<i>Quod. an.mor. (Quod animi mores corporis temperamenta sequantur)</i>			
	10:	IV 810	653
<i>de plac.Hipp.et Plat. (de placitis Hippocratis et Platonis)</i>			
VI	8:	V 573	653
		574-584	137
IX	9:	713-719	665
<i>de caus.sympt. (de symptomatum causis)</i>			
7:	VII	133-134	643
<i>de tumoribus praeter naturam</i>			
	14:	VII 727	533
<i>de diff.puls. (de pulsuum differentia)</i>			
III	3:	VIII 650	433
<i>de meth.med (Methodi medendi libri XIV)</i>			
II	2:	X 83	533
XIII	6:	X 890	531
<i>ad Glauc.de meth.med. (ad Glauconem de medendi methodo)</i>			
I	2:	XI 8	681
<i>de uen.sect.adu.Er. (de uenae sectione aduersus Erasistrateos Romae degentes)</i>			
	5:	XI 221	669
<i>de simp.med.temp.et fac. (de simplicium medicamentorum temperamentis et facultatibus)</i>			
II	17:	XI 502	665
IX	2:	XII 174	476
			711

3 ss.:	178-192	476
4:	179	476
<i>de praecogn. (de praenotione ad Epigenem)</i>		
5:	XIV 626	649
6:	631 ss.	649
<i>In Hipp. de hum.comm. (in Hippocratis de humoribus librum commentarii III)</i>		
II 28:	XVI 302	137
<i>in Hipp.Epid. comm. (in Hippocratis Epidemiarum librum VI commentarii)</i>		
I 2:	XVII A 800	487
<i>in Hipp.Aph.comm. (Hippocratis Aphorismi et Galeni in eos commentarii)</i>		
I 3:	XVII B 362	281
V 62:	869-872	240
<i>in Hipp.de artic. (in Hippocratis de articulis commentarii)</i>		
I 19:	XVIII A 340	568
<i>in Hipp.Progn. comm. (in Hippocratis Prognosticum commentarii)</i>		
I 4:	XVIII B 18	649
	8:	40
III 37:	301	653
<i>in Hipp. de off.med.comm. (in Hippocratis librum De officina medici commentarii III)</i>		
I 18:	XVIII B 699	565
<i>Ling. exol.Hipp.expl. (Singularum seu dictionum exoletarum Hippocratis explicatio)</i>		
	: XIX 64-5	564, 567
	89	467
	90	468, 470
	102	628
	114	564
	128	564, 624
	139	470
	142	624
	149	628
<i>Def. med. (Definitiones medicae)</i>		
	: XIX 350-351	679
	382	303
	421-422	189
	449	108, 111
	451-452	639
<i>de melancholia ex Galeno</i>		
	: XIX 702	510
<i>de succedaneis</i>		

PSEUDO-GALENUS

Ad Gaurum

1,1	640
2,3	637
4	637
5	637, 639
4,7	641
6,2	636
3	636
7,1-3	644
8,1	644
10,1-2	642
2	636
5	636
11,2	637, 645
3	640, 645
4	645
12,4-5	640, 644
6	645
7	644
13,1-3	640
7	640, 645
14,4	637, 640
16,1	641
2	644
17,2	637
3	645
5	645

GELL. (GELLIUS, AULUS)

VII 2,5	669
XVII 11	667

GORG. (GORGIAS)

82 B 3 D.-K.	27
11	27
a 15	418
19	415
25	418

HLD. (HELIODORUS scriptor eroticus)

I 8,1	656
III 7-8	659
10,5	649
11,1	655

15,3	655
IV 11,1	655
V 2,1-2	657
3,1-3	657
6,1	655
VI 9,2	655
VII 4,3	655
9,3	657
14,3	648
VIII 7,7	655
X 13,1	655
29,2	655
33,3	655
HERACLIT. (HERACLITUS philosophus)	
22 B 5 D.-K.	327
126	366
HEROD. (HERODAS)	
IV 19 ss.	539
HDN. (HERODIANUS historicus)	
IV 2,4	534
HDT. (HERODOTUS)	
I 0,3	355
8	326
32,7	362
36	486
61	486
64,2	362
65,4	361
5	361
74,6	361
86,6	361
99,1	362
119,5	565
123,1	363, 541
142,2	368
194,4	356
203	481
207,1	363
II 5,11	475
14,2	358
22,2	377
32,2	353
38	470
39,2	356

	40,2	356
	47,2	356
	51,5	361
	68,1	356, 376
	3	352
	70,2	356
	9	475
	77	313
	85,2	356
	86,4	356, 357
	87,2	356
	88	356
	96,2	356
	111,4	360, 363
	122,3	356
	172,3	356
	180,7	477
III	33	507
	45,3	361
	65,7	362
	69,4	355
	82,4	356
	90	431
	104,1	377
	2	355, 377
	125	226
	127,3	355
	142,4	361
IV	13,1	355
	60,2	356
	78,5	359
	104	481
	115,2	360
	164	487
	184,2	361
	196,2	356
V	20	480
	49,9	357
	90,2	361, 362
VI	136	485
VII	36	632
	37,2	356
	114,1	361
	135,1	361
	191,2	361
	197,2	362
	203,1	361
	229	516
VIII	38	361
	41	480

101,1	356, 357
115,3	355
117	313
144,5	358
IX 16,5	361
21	482
27,5	565
94,2	361
111,2	362
HEROPH. (HEROPHILUS)	
Von Staden	
<i>Fr.</i>	
201	604
202	642
HES. (HESIODUS)	
<i>Op. (Opera et Dies)</i>	
479	327
733	482
687-691	326
<i>Th. (Theogonia)</i>	
205	431
696	368
HSCH. (HESYCHIUS lexicographus)	
Latte	
I 331,23	219
HIPPAS. (HIPPASUS)	
18 A 1 ss. D.-K.	154
HIPPO	
38 A 1 ss. D.-K.	154
11	378, 505
HP. (HIPPOCRATES) (<i>Corpus Hippocraticum</i>)	
Littré	
<i>Acut. (de uictu acutorum)</i>	
1(II 224)	113
(226)	113, 252
2(234)	33
3(238)	222
(240)	33
4(252)	219
5(260)	215

7(268-270)	372
(274)	210
8(278)	30, 314
9(282)	31
(296)	31
10(298)	26
11(302)	110
12(328)	314
14(334)	206
16(354)	25
<i>Acut. (Sp.) (de uictu acutorum) (Spuria)</i>	
1(II 396)	253
6(412)	372
7(420)	377
11(464)	375
16(474)	265
19(494)	373
25(510)	375
26(512)	547
29(516)	565
<i>Aër. (de aëre, aquis, locis)</i>	
1(II 12)	225, 346, 475
2(14)	326, 346, 348, 349
3(14)	347, 371
3-6(14-16)	142
4(22)	354, 422, 563
6(26)	354
7(26)	371
(28)	371
8(34)	361
9(38)	245, 358
14(60)	24, 106, 354
15(60-62)	248, 371
16(64)	136, 141, 274, 361
19(72)	248
20(72-74)	422
22(76)	24, 361
(78)	106, 358
24(88)	371, 422, 563
(90)	371
<i>Aff. (de affectionibus)</i>	
2(VI 210)	208, 211
7(214)	358
10(218)	133
15(224)	203, 207
16(224)	208
27(238)	207, 374
(240)	310
29(240)	253
30(242)	209, 252

	31(244)	404, 544
	32(244)	374
	33(244)	206
	53(264)	374
	55(264)	245, 370, 426
	(266)	424
	59(268)	370
<i>Alim. (de alimento)</i>		
	14(IX 102)	24
	15(102)	19
	34(110)	274, 281
<i>Anat. (de anatome)</i>		
	(VIII 538-540)	172
<i>Aph. (Aphorismi)</i>		
I	3(IV 458-460)	281
	14(466)	377
	15(466)	274, 282, 377
	20(468)	32, 309
II	6(470)	70
	12(472)	32
	20(476)	246
	29(478)	306
	45(484)	31
	50(484)	26
	53(484)	245
III	11-14(490-492)	248
IV	18(506)	210
V	25(540)	209
	31(542)	600
	33(544)	236
	37(544)	600
	42(546)	598
	46(548)	483
	48(550)	598
	49(550)	601
	53(550)	600
	59(554)	239
	62-63(554-6)	240
VI	2(562)	248
	27(570)	543
	40(572)	203
VII	42(588)	373
	44-5(590)	543
	52(592)	203
	68(600)	306
	74(604)	653
<i>Art. (de articulis)</i>		
	1(IV 80)	562

7(88)	562
(92)	562, 565
(94)	477
10(102-4)	509
11(106)	562, 565
(108)	432
14(118)	391
(124)	353
26(136)	544, 545
30(142)	353
33(152)	353
35(158)	562
42(184)	33
43(186)	562
45(194)	422, 482
47(204)	376
48(212)	544
49(216)	31
50(220)	379, 562
(222)	378
52(226)	509
53(236-8)	177, 519
56(242)	363
58(252)	32
64(274)	544
67(280)	375, 377

de arte

1(VI 2)	412, 417
2 ss(2)	415, 417
(4)	119, 204
3(4)	32, 416, 417
4(6)	24
8(14)	34, 415, 416, 417
9(16)	70, 375, 412, 416
10-12(16-26)	29, 361, 412, 416
11(20)	29, 70, 417
12(24)	370
(26)	29

carn. (de carnibus)

1(VIII 584)	93, 97, 98
2(584)	100, 366
5(590)	498
6(592)	46
15(602-4)	499
(604)	96, 98
16(604)	501
18(608)	97, 503
19(610)	242

<i>Coac. (Coacae praenotiones)</i>		
2,279(V	646)	542
333(656)	469
388(668)	207
394(672)	70, 215
420(678)	376
440(682)	212
458-9(686)	542
6,542(708)	204
7,606(724)	631
(728)	70, 631
634(732)	422
<i>cord. (de corde)</i>		
2(IX	82)	665
<i>Decent. (de decenti habitu)</i>		
(IX	228-244)	287-304
<i>Dieb.iudic. (de diebus iudicatoriis)</i>		
1(IX	298)	317
4(302)	544
<i>Ep. (Epistulae)</i>		
VI(IX	318)	457
X(320)	440, 458
(320-2)	440, 458
(324)	69
XI(326)	456, 458
XII(330)	439, 443, 459
XIV(338)	439, 460
(348)	361
XVII(350)	443, 461
(356)	438, 441
(358)	441
(364)	649
(368)	70
(378)	69
XIX(384-6)	462
XXI(388-92)	442, 461
XXIII(396)	463, 653
XXVII(414)	361, 456, 464
<i>Epid. (Epidemiarum libri I-VII)</i>		
I	1,6(II 598)	354, 356
	2,4(632)	315
	5(636)	33
	6(636)	184
	9(656)	316
	(666)	316
	3,10(670)	22, 29, 184
	13,1(682)	181

	13,4(692)	480
	13(712)	375
II	1,6(V 76)	488, 600
	7(78)	31, 631
	11(82)	31
	2,8(88)	480
	17(90)	483, 488
	20(90)	488
	(92)	561
	3,17(116)	246, 265, 480, 483
	18(120)	614, 631
	4,1-2(120-6)	614, 624, 630, 631
	2,1(124)	422, 614, 631
	3,2(126)	544
	5,4(128)	257
	13(130)	185
	19(132)	374
	21(132)	373
	23(132)	185
	25(132)	601
	6,13(134)	257
	15(136)	598
	18(136)	484
III	1,2(III 28)	183
	14 (98)	135
	17,1(108)	183
	2(112)	136
	3(112)	134, 136
	6(120)	375
	10(130)	136
	11(134-6)	135, 509
	15(142)	135
	16(146)	136
IV	6(V 146)	488
	7(148)	488
	10(148)	487
	20(160)	361, 467, 488
	26(170)	484
	31(174)	482, 488
	35(178)	183
	57(196)	483
V	2(V 204)	70
	3(204)	182, 190
	4(204-6)	182, 194
	5(206)	191
	6(206)	182
	7(206-8)	182, 194
	9(208)	192
	11(210-2)	484, 488, 546
	13(212)	485, 488

14(212-4)	191
15(214)	182, 194
17(216)	193
20(218)	188
22(220-2)	193
23,3(222)	544
25(224)	195, 489
26(224)	26
29-30(228)	189
30(228)	182
42(232)	483, 489
46(234)	182
49(236)	182, 197, 545
52(236-8)	198
53(238)	487
58(240)	208
59(240)	199
71(244)	190
72(246)	197
73(246)	204, 210, 375
79(248)	190
86(252)	71
89(252)	189
90(254)	489
96(256)	182
98(256)	196
101(258)	489
VI 1,1(V 266)	181, 486
2(266)	181
3(266)	181
4(268)	181
5(268)	181
7(268)	375
8(270)	181
9(270)	181
10(270)	181
12(272)	22, 181
13(272)	181
2,7(282)	23
25(290)	375, 376
3,7(296)	376
12(298)	29
14(300)	482, 488
18(302)	283
4,4(306)	181, 489
12(310)	376
5,1(314)	21
4(316)	23
15(320)	207, 240, 481, 530
6,2(324)	211, 282

8(328)	248, 482
7,2(338)	542
4(340)	543
8,6(344)	246, 480, 488
11(348)	483, 488
23(352)	488
29(354)	483
31(356)	135
32(356)	181, 488
VII 1(V 364)	375
3,28(370)	253, 255, 256, 422
5(376)	653
6(376)	315, 484, 486
(378)	483, 488
9(380)	544
9,1(380)	544
11,59(386)	358
41(408)	70, 488
43(410)	375
45(414)	253
55(422)	189
59(424)	380
67(430)	183
69(432)	380, 197, 488
73(432)	484, 488
74(432)	488
76(434)	208
97(452)	483, 488
99(452)	189, 489
112(460)	211
115(462)	256
120(466)	488
122(468)	482, 489
123(468)	236, 480, 489

Fist. (de fistulis)

2(VI 448)	70
3(450)	469, 471
5(452)	373
7(454)	373

Flat. (de flatibus)

1(VI 92)	410, 414, 415, 416, 417, 418, 678
2,1(92)	30, 204, 410
3,3(94)	29, 416, 417
7(98-100)	411, 412, 415, 417
8(100)	377, 415
(102)	430
13(110)	70, 529
14,1-3(110-2)	306, 410, 411, 412, 414, 415

Foet. exsect. (de foetus exsectione)

1(VIII 512-4)	238
4(514-6)	237

Fract. (de fractis)

2(III 420)	27
3(422-6)	362, 545
9(450)	358
10(452)	373
11(452)	373, 485, 521
15(470)	358
16(476)	358
19(482)	358
31(530)	358
34(536)	362
44(554)	631
45(556)	537

Genit. (de genitura)

1(VII 470)	39, 40, 104, 110
1,1(472)	38
2,2-3(472)	38, 39, 106, 240
3(474)	340
4(476)	340
4,2(474-6)	42
5,1(476)	241, 244
6,1(478)	44, 110
8,2(480)	40, 110
11,1(484)	50

Gland. (de glandulis)

1(VIII 556)	431, 433
2(556)	432, 433
3(556-8)	431
4,7(558)	422, 424, 431
5(560)	429
6(560)	431
10(564)	429
11(564)	422, 426, 427, 428
12(566)	429, 431, 433
12,11(566)	203
13(568)	427, 430
14(570)	421, 422, 426, 427, 428, 431, 432
15,1(570)	509
16(572)	424, 429, 434
17(574)	429

Haem. (de haemorrhoidibus)

3(VI 438)	372
7(442)	372
9(444)	372

<i>Hebd. (de hebdomadibus)</i>	
1(VIII 634)	163
2(634-5)	162
6(637)	164
14(640-1)	162
15(641)	164
16(641)	162
18(642)	154
19(643)	166
50(666-8)	167
<i>Hum. (de humoribus)</i>	
1(V 478)	563
9(488-90)	135
<i>Int. (de internis affectionibus)</i>	
1(VII 172)	256
3(176)	252, 255
6(180)	475
7(184)	212, 469, 472
8(186)	258
10(190)	253, 256
18(212)	258
23-5(226-230)	543
25(230)	253
29(240)	253
30(244)	253
31(248)	543
32(250)	253
33(252)	253
43(274)	196, 254
46(280)	258
48(284)	69, 139, 253, 258
(286)	139
49(288)	256
51(296)	256
52,4(298)	544
<i>Iusi. (Iusiurandum)</i>	
IV 628	33
630	599
<i>Lex</i>	
1(IV 638)	34
<i>Liqu. (de liquidorum usu)</i>	
1(VI 118)	563
(120)	372, 375
2(126)	375, 483
6,2(132)	209
4(132)	208
5(134)	209
	725

Loc. Hom. (de locis in homine)

1,1(VI 276)	22, 429
2(278-80)	138
3(280)	106, 138, 240
6(288)	544
9(292)	429
10(294)	138, 426
14(304)	427
14,7(306)	556
17,1(310)	209, 423
19(312)	378
24,6(314)	429
25(316)	543
27(318)	374
41,4(332)	22
42(334)	204
43(336)	432
47(344)	140
(346)	374
(348)	374

Mochl. (Mochlicum)

1(IV 340)	562
(344)	556
2(346)	556, 562, 565
4(348)	555, 556
5(352)	562
16(358)	544
30(372)	556, 562

Morb. (de morbis)

I 1(VI 140)	33, 357
(142)	357
3(144)	544
10(158)	543
11(158)	377
15(166)	543
17(170)	468, 472, 473, 474, 543
18(172)	357
19(174)	543
21(180)	375, 545
22(186)	422
23(188)	378
24(190)	376, 377, 379, 421
25(190)	358, 430
30(200)	218
31(202)	543
II 3(VII 10)	139, 218, 310
5(12)	139, 378
6(14)	139, 309
8(16)	215, 378

13(24)	253
15(26)	372
19(32)	208, 209
21(36)	139
22(36)	372
25(38)	215
27(44)	543
31(48)	372
32(48)	543
38(54)	252
40(56)	252, 253
44(62)	207
47(70)	219, 256, 474, 543
48(72)	379
50(76)	357
51(78)	253, 257, 357
55(86)	313, 362
57(90)	543
59(92)	219, 223
60(94)	219, 543
(94)	543
66(100)	253
68(104)	252, 313
69(104-6)	206
70(106)	252
72(110)	510
73(110)	252, 475
III 1(VII	118)	209, 469, 472, 477
2(120)	259, 310, 474
3(120)	215
10(128)	218
13(134)	375, 474
14(134)	373
16(146-8)	255, 374
(154)	468, 469, 473
(156)	223
17(158)	223
IV 32(VII	542)	110
34(544-8)	474
35(548)	173
45(568)	247
47(576)	341
48(576)	378
(578)	252
51(586)	378, 379
52(592)	378, 379
54(594)	542, 543
56(608)	223, 665
57(612)	340, 429

Morb. sacr. (de morbo sacro)

1(VI 352)	346, 349
(354)	208, 349, 363
(356)	406
2(364)	21, 346, 362
3(366)	360
5(370)	26, 354, 355
7(372)	358, 511, 653
11(382)	653
12(384)	359, 363
13(384)	71, 141
14(386)	71, 508, 653
15(390)	138, 510
17(392)	71, 138
18(394)	138, 141, 306, 346, 362

Mul. (de morbis mulierum)

I 1(VIII 10)	236, 340
(12-14)	141, 175, 244, 247, 375, 424
2(14)	244
(16-18)	236
(20)	341
(22)	244
8(36)	361
9(40)	475
10(40)	244
16(54)	254
20(58-60)	243
25(66-68)	242
27(70)	600
37(90)	373, 374
39(96)	380
40(96)	244
43(102)	254, 257
44(102)	340
57(114-6)	41
62(126)	341
63(126-130)	41, 252, 254, 257
64(132)	235, 374
65(134)	341
66(138)	374
67(140)	242
68(142)	237
70(146-8)	238
71(148)	546
(150)	32, 47
73(152-4)	340
74(154)	239, 244, 260
75(164-6)	241, 259
77(170)	603

78(176)	239, 260
(180)	237
(182)	239, 373
(196)	254, 257
81(202)	469, 471, 476
84(204-8)	239, 260, 373
85(210)	239
90(218)	244
105(228)	261
109(232)	254
II 113(244)	235
115(250)	255, 374
118(256)	258
119(258)	254
121(264)	252, 254, 257
123(266)	601
125(268)	254
127(272)	254
128(276)	254
129(278)	258
131(278)	373
133(284)	468
(294)	565
134(304)	244
140(314)	258
145(318-322)	604
(320)	373, 653
149(324)	306
158(336)	260
162(340)	254, 565
171(352)	207, 254
172(352)	211
174(356)	254
176(358)	254
179(362)	260
189(370)	469, 472
206(400)	211
214(414)	260
215(416)	43
216(416)	260
222(430)	255

Nat. Hom. (de natura hominis)

1,1 (VI 32)	338
2,1 (34)	338
4 (40)	29
5,1 (40-4)	338
6 (46)	377
7 (46)	376

	(48)	377
7-8	(46-52)	142
8	(50)	31
11	(58-60)	138, 210
11,2-4	(58)	39, 211
12	(64)	377
15	(68)	380, 424

Nat. Mul. (de natura muliebri)

	2(VII 314)	547
	3(314)	254
	8(324)	255, 373
11,11	(328)	357
	14(332)	602
	15(334)	258
	16(336)	254
	18(338)	254, 255
	27(344)	377
	28(344)	378
	32(346-350)	239, 255
	(350)	239
	(356)	469, 471
	38(382)	258
	45(390)	206
	52(394)	257
	67(402)	243, 376
	70(402)	243, 376
	73(404)	376
	109(428)	239

Nat.Puer. (de natura pueri)

12	(VII 486)	563
12,6	(488)	46
13,1	(490)	42, 240, 241, 242, 341
14,2	(492)	46, 599
15	(496)	340
17,1	(496)	46
	2(498)	46
18,1	(498)	246
18,3	(500)	311
19,1	(506)	46
21,1	(510)	47, 246
24	(520)	376
25	(524-6)	375
30	(530-2)	237, 546
30,7	(536)	311
31	(540)	43, 102

Oct. (de octimestri partu)

	7(VII 444)	48
	13(458)	41

<i>Off. (de officina medici)</i>	
1(III 272)	70
3(282)	556, 565
11(308)	556
<i>Oss. (de ossium natura)</i>	
4(IX 170)	631
6(172)	630, 631
7(172)	632
10(178-180)	422, 624
13(184-6)	221, 664
14(186)	105, 628
15(190)	105
18(192)	627
(194)	563, 625, 628
19(196)	424, 629
<i>Praec. (Praecepta)</i>	
1(IX 250)	71
6(258)	33
9(264)	19
<i>Prog. (Prognosticum)</i>	
1(II 110)	78, 326, 349
(112)	32, 33, 348, 349
2(112)	30, 347
3(118)	326, 578
(120)	30, 562
10(134)	578
11(134)	245, 562
12(142)	174
15(146-8)	207
16(152)	376
17(158)	29
20(170)	30, 556, 562
25(188)	346
<i>Prorrh. (Prorrheticus)</i>	
I 17(V 514)	557
41(520)	556
78(530)	70
II 1(IX 6-8)	274, 275, 277, 278, 497
2(14)	30, 276
4(14)	34
(16)	276, 277, 278
(18)	276, 277
(20)	33
10(28)	653
15(40)	544
16(44)	544
17(44)	543
26(58)	546

31(64)	469
40(68-70)	210
<i>Salubr. (de uictu salubri)</i>	
6(VI 80)	374, 578
<i>Septim. (de septimestri partu)</i>	
1(VII 436)	48
5(444)	48
7(444)	48
<i>Steril. (de sterilibus)</i>	
213(VIII 408)	239
214(414)	239
215(416)	598
216(416)	245, 247
218(422)	241
219(422-4)	239
220(424)	240, 483
222(430)	255
223(432)	244, 373
229(438)	429
230(438)	468
(440)	542
<i>Superf. (de superfoetatione)</i>	
7,6-7(VIII 480)	542
14 (484)	43
16 (484)	43
18 (486)	469
19 (486)	598
31 (500)	241, 246
<i>VC (de capitis uulneribus)</i>	
2(III 190)	71
13(228)	360
14(238)	358
19(252)	556
<i>Vict. (de uictu)</i>	
I 1 (VI 466)	565
2,1-3(468-70)	28, 93, 263
3,1 (472)	309
7 (480)	40, 362
10,1 (484)	24, 484
11,1 (486)	23, 29
15 (490)	204, 530
16 (490)	362
18,3 (492)	24
24,3 (496)	24
25 (496)	40
26 (498)	46
27 (500)	41, 246, 375

28,3	(502)	44
30	(504)	104
33	(512)	377
34	(512)	141, 367, 375
35	(516)	71
36,2-3	(522-4)	117, 143
II 38	(534)	377
39	(534)	266
41	(538)	252
45	(544)	371
52	(554)	371
53	(556)	371
54	(556)	362, 371
56	(566)	371
	(568)	370, 377
57	(570)	374
60	(574)	377, 506
61	(574)	309
62	(576)	377
66	(584)	374, 379
III 67,3	(594)	28, 361, 581
68	(600)	306, 313
	(602)	581
	(604)	581
69,2	(606)	82
70	(608)	565
75	(616)	380
IV 86	(640)	493
89	(644-6)	136
90	(656)	371, 374
93	(660)	371

Virg. (de uirginum morbis)

VIII 466	244, 433, 510
468	140, 243

VM (de uetere medicina)

1(I 570)	57, 335, 369
2(572)	58, 347
3(574)	58, 59
(576)	59
(578)	204
6(584)	62, 265
7(584)	265
9(588)	14, 60, 61
(590)	14, 70
10(594)	391
13(598)	57, 63, 370, 372
(600)	63, 369
14(600-2)	59, 62, 360, 370
15(604)	64, 369, 371

(606)	65, 367, 371
16(606)	369
(610)	379
17(612-4)	369
18(616)	265
19(616)	313, 370, 433
(618)	313
(620)	370
20(620)	56, 93, 94
(624)	26, 309
21(624-6)	63, 361
22(626)	59, 173
(630)	174
(632)	306
23(634)	176
24(634-6)	66

HOM. (HOMERUS)

Il. (Ilias)

I 91	354
II 702	354
IV 184	31
VII 99	148
XI 266	367
XIII 285	359
625	486
XIV 122	565
XVII 45	486
XIX 117	484
XXIV 3 ss	657

Od. (Odyssea)

V 397	205
IX 245	484
X 68	361
437	480
XI 376	378
XXI 46	485

HOR. (HORATIUS)

De art. poet. (de arte poetica)

295	451
-----	-----

Ep. (Epistulae)

II 1,194-200	447
--------------	-----

H. Hom. (Hymni Homerici)

h. Ap. (Hymnus ad Apollinem)

151-4	326
-------	-----

h. Cer. (Hymnus ad Cererem)

200-210	206
IO (IO CHIUS)	
36 A 6 D.-K.	101, 149
I.(IOSEPHUS)	
<i>AI (Antiquitates Iudaicae)</i>	
I 9,19	301
X 1,2	302
XVIII 1,3	302
IS. (ISAEUS)	
II 32	412
35	412
38	412
44	412
ISO. (ISOCRATES)	
X 2-3	91
XI 48	418
XV 74	565
98	418
221	418
251	56
268	91
XVIII 11	487
<i>Ep. VIII 7</i>	418
IUL. (IULIANUS imperator)	
<i>Mis. (Misopogo)</i>	
347-348 a	649
IUU. (IUENALIS)	
X 28-35	445, 447
47-53	445
LEUCIPP. (LEUCIPPUS)	
67 B 2 D.-K.	77, 80
PS. LONGIN. (PSEUDO-LONGINUS)	
15,2	647
LONGUS	
I 13,5-6	655
14	658
17	658
18,1	655, 658
	735

LYS. (LYSIAS)	
X 16 ss.	549
XII 50	418
XIX 60	418
XX 8	360
LUC. (LUCIANUS)	
<i>DMort. (Dialogi mortuorum)</i>	
20,4	446
<i>Fug. (Fugitiui)</i>	
2	446
<i>Hist.cons. (Quomodo historia conscribenda sit)</i>	
1	440
35	649
<i>Par. (de parasito)</i>	
41	653
<i>Peregr. (de morte Peregrini)</i>	
7	445
45	445
<i>Sacr. (de sacrificiis)</i>	
15	445
<i>Syr.D. (de Syria dea)</i>	
17 ss.	649
<i>Tox. (Toxaris)</i>	
15	649
<i>Vit.Auct. (Vitarum auctio)</i>	
13-14	445
LUCR. (LUCRETIUS)	
IV 1268-1276	242
MACR. (MACROBIUS)	
<i>Sat. (Saturnalia)</i>	
VII 14	673
15,4-7	673
16	673
18	673
MAX.TYR. (MAXIMUS TYRIUS)	
XVIII-XXI	649
MELISS. (MELISSUS)	
30 B 1-2 D.-K.	77

MENEST. (MENESTOR)	
32 A 5 D.-K.	377
MNESITH. (MNESITHEUS ATHENIENSIS)	
Bertier	
<i>Fr.</i> 21	268
24	267
NIC. (NICANDER (COLOPHONIUS))	
<i>Al. (Alexipharmaca)</i>	
23	565
483	565
499	565
ORIB. (ORIBASIIUS)	
XLIX 33	433
ORPH. (ORPHEUS)	
1 B 13 D.-K.	148
OU. (OUIDIUS)	
<i>Am. (Amores)</i>	
III 14,37	649
<i>Met. (Metamorphoses)</i>	
I 169	251
PARM. (PARMENIDES)	
28 B 6,1 D.-K.	77, 326
PAUL. AEG. (PAULUS AEGINETA)	
III 14	446
PAUS. (PAUSANIAS periegeta)	
II 27,3	539
V 21,2-4	229
VI 7,10	279
PHILOL. (PHILOLAUS)	
44 A 27 D.-K.	378
PHILOSTR. (PHILOSTRATUS sophista)	
<i>Gym. (de gymnastica)</i>	
	737

25	653
43 ss.	231, 279
44	279
47	231
<i>VS (Vitae sophistarum)</i>	
II 17	279
PHILOSTR. IUN. (PHILOSTRATUS IUNIOR sophista)	
<i>Im. (Imagines)</i>	
15	653
PI. (PINDARUS)	
<i>N. (Nemea)</i>	
VI 45	482
<i>O. (Olympia)</i>	
VIII 59	117
<i>P. (Pythia)</i>	
III 66	368
PL. (PLATO)	
<i>Ap. (Apologia)</i>	
17 c	359
19 b-c	58
26 d-e	58
36 d	230
<i>Cra. (Cratylus)</i>	
405 b	485
435 c	323
<i>Def. (Definitiones)</i>	
415 e	511
<i>Euthphr. (Euthyphro)</i>	
5 c	530
<i>Grg. (Gorgias)</i>	
456 b-c	337
464 b ss.	527
519 a	534
<i>Io</i>	
531 d	324
<i>La. (Laches)</i>	
198 d ss.	77
<i>Lg. (Leges)</i>	
II 660 c	533
VI 761 c	207

VII 797 d	31
VIII 840 a	232, 278
<i>Men. (Meno)</i>	
86 e	56
87 b-c	56
87 d	56
<i>Phd. (Phaedo)</i>	
82 e	496
96 a-b	95, 152
101 d	56
113 e	533
<i>Phdr. (Phaedrus)</i>	
230 b-c	443
241 e	497
251 a-b	649
253 e	650
265 e	323, 507
270 b-d	527
275 b	354
<i>Plt. (Politicus)</i>	
269 d-274 e	25
287 a	565
<i>Prt. (Protagoras)</i>	
313 b ss	34
316 d-e	226
<i>R. (Respublica)</i>	
III 404 a-b	227, 232
406 a-b	275
409 a	532
410 b ss.	225
V 452 c-d	274
461 c	484
510 c-511 d	56
X 597 d	325
619 d	532
<i>Smp. (Symposium)</i>	
186 b	330
187 a	332
197 d	533
<i>Sph. (Sophista)</i>	
242 d	367
<i>Tht. (Theaetetus)</i>	
149 d	485
151 c	486
166 d-167 c	25
	739

<i>Ti. (Timaeus)</i>	
70 b 3	424
70 c-e	665
73 a	662
78 a-79 a	662
84 c	326
91 a	662
PLAU. (PLAUTUS)	
<i>Men. (Menaechmi)</i>	
923	505
PLIN. (PLINIUS)	
XI 175	666
XX 4	582
XXVI 2	582
XXVIII 21	259, 261
31	259
33	258, 259
50	255
XXIX 1,4	539
PLO. (PLOTINUS)	
IV 4,28	636
7,10	636
PLU. (PLUTARCHUS)	
<i>Demetr. (Demetrius)</i>	
38	649
<i>Dio.</i>	
23	530
<i>Lys. (Lysander)</i>	
2,5	446
<i>Phil. (Philopoemen)</i>	
3	232
<i>Rom. (Romulus)</i>	
26	251
<i>Moralia</i>	
87 c	481
549 c	531
622 d	649
654 b	657
698 b-c	662, 668
699 b-d	663
749	443
1015 c	303

PSEUDO-PLUTARCHUS	
V 10,3-4	103
11	104
17	108
POLL. (POLLUX)	
III 153	280
VII 40	470
IX Praef.	549
X 68	467
135	470
PLB. (POLIBIUS)	
XXXI 12,13	480
QUINT. (QUINTILIANUS)	
<i>Inst. (Institutio oratoria)</i>	
I 5,58	580
SAPPH. (SAPPHO)	
Lobel-Page	
26	506
SCRIB. LARG. (SCRIBONIUS LARGUS)	
171,1	576
175,3	576
SENECA (L. ANNAEUS)	
<i>Ir. (de ira)</i>	
2,10,5 s.	445
<i>Tranqu. (de tranquillitate animi)</i>	
15,2-5	445
<i>Ep.</i>	
LXVI 35	669
XC 7	670
XC 22-23	670
S. E. (SEXTUS EMPIRICUS)	
<i>M. (aduersus mathematicos)</i>	
I 194	303
<i>P. (Pyrrhonianae institutiones)</i>	
I 44	657
SIMP. (SIMPLICIUS)	
<i>in Ph. (In Aristotelis Physica commentaria)</i>	
I 25	151
S. (SOPHOCLES)	

<i>Ai. (Ajax)</i>	
19	518
447	511
<i>OC (Oedipus Coloneus)</i>	
15	356
622	368
<i>OT (Oedipus Tyrannus)</i>	
438	486
1469	482
<i>Ph. (Philoctetes)</i>	
696	368, 377
1339	361
<i>Tr. (Trachiniae)</i>	
794	653
<i>Fr. Radt</i>	
764	471
SOR. (SORANUS)	
I 15	597
17	245
20	598
21	600
37	239
39	643
43,8	638
48	643
59	482
61	242
III 29	601
48	601
IV 13	601
36	601
STOB. (STOBAEUS)	
III 20,53	445
STR. (STRABO)	
VIII 6,15	539
XIV 2,19	539
TERT. (TERTULIANUS)	
<i>de an. (de anima)</i>	
15	137
THEOC. (THEOCRITUS)	
II 106 ss.	649
X 13	565

XXV 17	565
THGN. (THEOGNIS)	
1049	326
THPHR. (THEOPHRASTUS)	
<i>CP (de causis plantarum)</i>	
II 4,3	470
<i>HP (Historia plantarum)</i>	
V 8,3	471
<i>Sens. (de sensu)</i>	
10-11	72
TH. (THUCYDIDES)	
I 1-21	78
5	534
6,5	274
12,2	354
13,5	361
22,1	321
22,4	324
23	532
50,2	353
70	534
80,3	361
122	531
134	483
136,1	359
II 13,3	353, 354
34,3	358
43	531
48	330
49,2	330, 368
49,3-6	330
49,5	330, 368
54,1	360
75	534
III 3	535
38	536
53	529
58,3	361
102	536
112	536
IV 18	531
123	529
V 107	354
VI 33	531
38,3	360
	743

46,4	354
VII 38,1	354
TYRT. (TYRTAEUS)	
West	
12	232
Tz. (TZETZES)	
<i>H. (Historiarum uariarum Chiliades)</i>	
2,979-990	445
8,869-684	445
<i>Ep.</i>	
XCVIII	445
XENOPH. (XENOPHANES)	
21 B 1 D.-K.	230
2	229
7	361
29	148
33	148
34	58
X. (XENOPHO HISTORICUS)	
<i>An. (Anabasis)</i>	
I 9,19	301
V 7,12	565
<i>Cyr. (Cyropaedia)</i>	
VI 3,17	565
VIII 7,25	565
<i>HG (Historia Graeca)</i>	
VII 5,27	535
<i>Mem. (Memorabilia)</i>	
I 6,8	481
III 8,3	516
<i>Smp. (Symposium)</i>	
I 2,4	228
IV 38	482
X. EPH. (XENOPHO EPHESIUS)	
I 5,2	655
V 6,1	655
7,4	654
4-5	654
6-9	654

B) OTRAS FUENTES

Schw. (E. Schwyzer, *Dialectorum Graecarum exempla epigraphica potiora*, Leipzig, 1923)

323 D 13	485
708 a 1,3	352
715,3	352
717,32	352
726,17	352
733,24-5	359
745 A,6	352
766 A,17	352
766 B,12	352
800 AB I,1	358, 359
811,3	359

IG (Inscriptiones Graecae)

I 88,7	358
II ² 682,24-25	360
II ₂ ² 1365,18-25	487
II ₂ ² 1366,6-8	487
IV 951,86	362
XII 9,191 a 5	359

W. (R. Herzog, *Die Wunderheilungen von Epidauros*, Leipzig, 1931)

I	546
II	546
III	541, 543, 544
IV	542, 546
XIII	541, 542, 543
XV	544, 545
XXIII	540, 542, 543
XXV	541, 542, 547
XXVI	544
XXVII	541, 542
XXX	545
XXXII	545
XXXIV	545
XXXVII	544, 545
XXXVIII	544, 547
XLI	543, 547
XLIII	544
XLIV	544
XLV	544
XLVIII	540, 543
XLIX	547
LVII	544, 545, 547
LXIV	544, 547

VII

LISTA DE INSCRITOS EN EL VII^e
COLLOQUE INTERNACIONAL
HIPPOCRATIQUE



- AYACHE, Laurent; A Sorbinca, 20200 *Miomo* (Francia).
- BARRIO VEGA, María Luisa del; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- BERNIER, Réjane; *Abercorn*, Prov. Quebec, Canadá, JOE 1B0.
- BERTIER, Janine; 2 résidence du Clos d'Orleans, 29 Bd. Henri Ruel, 94120 *Fontenay sous Bois* (Francia).
- BRĂTESCU, Gheorghe; Intr. Lt. Col. Buzoianu 4, 70471 *Bucarest* 37 (Rumania).
- BRUNI CELLI, Blas; 1.^a Av. Altamira entre transv. 9 y 10, Qta. María Eugenia, *Caracas* 106 (Venezuela).
- BYL, Simon; 77 avenue du Heymbosch, 1090 *Bruselas* (Bélgica).
- CALERO, Francisco; Departamento de Filología clásica, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 28040 *Madrid* (España).
- COMITI, Vincent-Pierre; Collège de France. Laboratoire d'Anthropologie physique, 11 Place Marcelin Bertelot, 75231 *Paris* (Francia).
- CUBEDDU, Paola T. I.; Via E. Costa 42, 07100 *Sassari* (Italia).
- DEBRU, Armelle; 10 avenue de Villars, 75007 *Paris* (Francia).
- DEMONT, Paul; 116 Square Auguste Rodin, 77350 *Le Mée sur Seine* (Francia).
- DESAUTELS, Jacques; 945 aven. Manrèse, *Quebec* G1S 2W9 (Canadá).
- DUMINIL, Marie Paule; Cidex 14 A. Denguin, 64230 *Lescar* (Francia).
- ESTEBAN SANTOS, Alicia; Departamento de Filología griega, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- FAUSTI, Daniella; Via di Pratale 48 B, 56127 *Pisa* (Italia).
- FERRINI, Maria Fernanda; Istituto di Filologia classica, Via Don Minzoni, Università di Macerata, 62100 *Macerata* (Italia).
- GALLEGO PÉREZ, María Teresa; Islas Cies 9, 28223 *Pozuelo* (Madrid) (España).
- GARCÍA GUAL, Carlos; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- GARCÍA NOVO, Elsa; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- GARCÍA PENAS, Fernando; Avenida de Lugo 23, 27200 *Palas de Rey* (Lugo) (España).
- GARCÍA ROMERO, Fernando; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- GARCÍA VALDÉS, Manuela; Departamento de Filología clásica, Universidad de Oviedo, 33003 *Oviedo* (España).
- GAROFALO, Ivan; Via delle sette Volte 11, 56100 *Pisa* (Italia).
- GARZYA, Antonio; Via Simone Martini, Parco Mele C (Trav. Pigna 5), 80128 *Nápoles* (Italia).
- GOUREVITCH, Danielle; École pratique des Hautes Études. IV Section Sciences Historiques et philosophiques, 45-47 Rue des Écoles, 75005 *Paris* (Francia).
- GRMEK, Mirko D.; 10 rue de Savoie, 75006 *Paris* (Francia).
- GUILLÉN, Luis F.; Canoa 5, 2.^o C, 28042 *Madrid* (España).

- HANKINSON, Jim; Department of Philosophy, Univ. of Texas at Austin, Waggener Hall 316, *Austin*, Texas 78712-1180, USA.
- HANSON, Ann Ellis; Department of classical studies, University of Michigan, 2016 Angell Hall, *Ann Arbor*, Michigan 48109-1003, USA.
- HERNÁNDEZ MUÑOZ, Felipe; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- HOESSLY, Fortunat; Klassisch-philologisches Seminar der Universität Zürich, Rämistr. 68 8001 *Zurich* (Suiza).
- IOANNIDI, Hélène; 43 rue Vasco de Gama, 75015 *Paris* (Francia).
- JORI, Alberto; V. le Vesce 5, 46100 *Mantua* (Italia).
- JOUANNA, Jacques; 8 rue Corot, 75016 *Paris* (Francia).
- LAÍN ENTRALGO, Pedro; Ministro Ibáñez Martín 6, 6º, 28015 *Madrid* (España).
- KOLLESCH, Jutta; Akademie der Wissenschaften, Corpus Medicorum Graecorum, Leipziger Strasse 3-4, 108 *Berlin* (Alemania).
- LARA NAVA, Dolores; Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Duque de Medinaceli 6, 28014 *Madrid* (España).
- LENS, Jesús; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad de Granada, 18071 *Granada* (España).
- LONGO, Odone; Istituto di Filologia greca, Università degli Studi di Padova, Via Accademia 5, 35139 *Padua* (Italia).
- LÓPEZ EIRE, Antonio; Departamento de Filología clásica, Universidad de Salamanca, *Salamanca* (España).
- LÓPEZ FÉREZ, Juan Antonio, Departamento de Filología clásica, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 28040 *Madrid* (España).
- LÓPEZ REGUEIRO, José M.; Vilardeseo 34, 27370 *Rábade* (Lugo) (España).
- LÓPEZ SALVÁ, Mercedes; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- MAGDELAINE, Caroline; 14 rue Domat, 75005 *Paris* (Francia).
- MANETTI, Daniela; Via Studiati 6, 56100 *Pisa* (Italia).
- MARTÍNEZ CONESA, José Antonio; Departamento de Filología clásica, Facultad de Filología, Universidad de Valencia, Av. Blasco Ibáñez 28, 46010 *Valencia* (España).
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Marcos; Departamento de Filología clásica, Facultad de Filología, Universidad de *La Laguna* (Tenerife) (España).
- MAZZINI, Innocenzo; Via Gianandrea 8, 60035 *Jesi* (Ancona) (Italia).
- MIGLIORINI, Paola; Viale Talenti 129, 50142 *Florenzia* (Italia).
- MUDRY, Philippe; Montolivet 28, 1006 *Lausana* (Suiza).
- PÉREZ MOLINA, Miguel E.; Departamento de Filología clásica, Facultad de Filología, Universidad de *Murcia* (España).
- PETIT, Alain; 5 bis Avenue de Grande Bretagne, 63000 *Clermont-Ferrand* (Francia).
- PIÑERO, Félix; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- REDONDO, Jordi; Departamento de Filología clásica, Facultad de Filología, Universidad de Valencia. 46010 *Valencia* (España).
- REDONDO PIZARRO, Francisco; Teresa Gil 12, 1.º dcha., 47002 *Valladolid* (España).
- RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco; Ministro Ibáñez Martín 5, 28015 *Madrid* (España).

- RODRÍGUEZ ALFAGEME, Ignacio; Departamento de Filología griega, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 28040 *Madrid* (España).
- ROSELLI, Amneris; Piazza Guerrazzi 2, 56125 *Pisa* (Italia).
- RÜTTEN, Thomas; Institut für Theorie und Geschichte der Medizin, Waldeyerstr. 27. 4400 *Münster* (Alemania).
- SANTANA HENRÍQUEZ, Germán; Departamento de Filología clásica, Facultad de Filología, Universidad de *Las Palmas* (Gran Canaria) (España).
- SINGER, Peter; Trinity College, *Cambridge*, CB2 ITQ (Reino Unido).
- SMITH, Wesley D., Department of classical studies, 720 Williams Hall, University of Pennsylvania, *Philadelphia*, Pennsylvania 19104-6305, USA.
- VON STADEN, Heinrich; Department of classics, Yale University, Box 1967, Yale Station, *New Haven*, CT 96520, USA.
- SUÁREZ DE LA TORRE, Emilio; Departamento de Filología clásica, Facultad de Filología, Universidad de *Valladolid* (España).
- THIVEL, Antoine; Les Mimosas, 26 Avenue de Flirey, 06000 *Niza* (Francia).
- VAZQUEZ BUJÁN, Manuel Enrique; Facultad de Filología, Departamento de Filología clásica, Universidad de *Santiago de Compostela* (Coruña) (España).
- VILLARD, Laurence; 6 villa Adrienne Simon, 75014 *París* (Francia).
- VINCENTELLI, Céline; 86 Bd. Gambetta, 06000 *Niza* (Francia).
- VISA, Valérie; 1 rue Maurice Arnoux, 92120 *Montrouge* (Francia).
- WILSON, Nigel; Lincoln College, *Oxford*, OX2 6DP (Reino Unido).
- WITTERN, Renate; Institut für Geschichte der Medizin der Friedrich-Alexander-Universität, 8520 *Erlangen* (Alemania).
- ZARAGOZA, Joana; Barón IV Torres 1, 5.º, 3, 43002 *Tarragona* (España).
- ZIMMERMANN, Bernhard; Klassisch-philologisches Seminar, Universität Zürich, Rämistr. 68, 8001 *Zurich* (Suiza).



